

ae

ANTÓN P.

CHÉJOV

CUENTOS COMPLETOS

[1885-1886]

EDICIÓN DE PAUL VIEJO



Lectulandia

El padre del cuento. Un punto de partida para la literatura. Antón Pávlovich Chéjov y su universo. Por primera vez en español cuidados volúmenes reunirán toda la narrativa breve del maestro ruso universal. Una selecta traducción realizada por los mejores traductores y una rigurosa edición a cargo de Paul Viejo, que servirá para conocer de principio a fin y cronológicamente la obra del autor de *La dama del perrito*. En esta segunda entrega, los dos años más fecundos y ricos, fundamentales en su obra. De miniaturas impecables como *Fracaso* a relatos extensísimos como *Un drama de caza*, pasando, por supuesto, por cuentos que ya son clásicos de la literatura universal: *La broma*, *En el camino*, *Agafia* o *Vanka*. 1885 y 1886, donde su estilo, su capacidad para la sugerencia y la elipsis, sus estructuras y su arriesgada modernidad, se modificaron para dejar un legado heredado universalmente. El camino continúa hacia una obra de referencia. El camino de Chéjov. Chéjov completo.

Lectulandia

Antón Chéjov

Vol. 2 (1885-1886)

Cuentos completos de Chéjov - 2

ePub r1.2

Titivillus 27.07.16

Antón Chéjov, 2013

Edición: Paul Viejo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN



I

AVANZAR CON CHÉJOV

Avanzamos con Chéjov. Avanzamos con Chéjov imaginando que crecemos con él, que también nosotros tenemos los veinticinco, los veintiséis años que tiene él ahora mismo —*ahora mismo*, dentro de este libro— y poco a poco vamos madurando. Maduramos con Chéjov, mientras lo leemos, si es que no nos violenta demasiado la palabra madurar, la madurez, aunque ésta sea, en muchas más ocasiones de las que pensamos, no una cuestión física, tampoco una cuestión de edad o de razonamiento, sino, sobre todo, una cuestión política.

Un asunto político, la mayoría de las veces, y qué complicado es hablar de términos políticos cuando se está tratando a Chéjov, acusado tantas veces —unas justas, muchas injustas— de cierta pasividad, de poco posicionamiento, de un estar así como ensimismado y no decir lo que tenía que decir o lo que se supone que tenía que decir. Como si no fuera una posición política también permanecer callado para no tener que reventar ciertas cosas o ciertas caras, pero como si no fuera una actitud política también deslizar de matute en ciertos temas su opinión, aunque sea riéndose de los que mantienen la posición contraria. Como si no fuera un mostrar el pecho políticamente transformar el chiste de un cuento en un ninguneo hacia, por ejemplo, los cambios que el gobierno ha hecho en relación a los cargos y los rangos oficiales, e ir poniéndole —para dejar en mal lugar a todos, a los políticos que no lo merecen y a los escritores que tampoco— la equivalencia literaria a sus contemporáneos literarios. Como si no fuese un fuera de juego político —o un dentro de juego político, un *offside* o un *onside* narrativo— tener que escribir un diálogo por encargo y, al paso, dinamitar ciertas instituciones, denunciar el funcionamiento —también por ejemplo— del sistema de correos, poner en duda el destino y la preocupación de en qué se gasta el gobierno su dinero, en qué malbarata sus arcas, o peor, por qué hace caso omiso del despilfarro, del agujero, de la pérdida aunque, incluso, haya alguien —normalmente un *simple*, un tonto, uno de nosotros— que se lo haga ver con palabras sencillas, con hechos cotidianos. Como si no fuera una reacción política hablar de un marido que se sobrepasa con su esposa, sea a consecuencia del alcohol, tan cercano, o simplemente de la estupidez. Como si no lo fuera hablar de la prostitución, o más exactamente de las prostitutas, y así entonces mostrar su capacidad de elección, o su destino, defendiéndolas sin defender, comprendiéndolas y al tiempo criticando —tal vez, sólo tal vez— a quienes abusan de ellas. Como si no lo fuera, una cosa política, hacer un retrato de «la mujer» (como si esto fuera posible o creíble), despiadado, de una incorrección política brutal, sólo para criticar un libro sobre el mismo tema que arremete contra ellas, y aunque este cuento no se vaya a entender y se la vaya a tener que enfundar con calma, casi hasta hoy cuando se lea. Como si no fuera político casi

cada uno de los actos que realizamos. Casi cada palabra. Como si no fuera político, Chéjov, cuando el día en que a Gorki se le empieza a empujar de aquí para allá en la Academia por ciertas ideas que defiende, y él, que no sólo es su amigo sino su *comprendiente*, sólo él y otro más, dice vamos a ver, no entiendo por qué mezclamos literatura con... Y se calla. Y de la misma forma que al final todo se mezcla, la literatura, y la política, y el cómo se comporta uno, no le queda más remedio que renunciar a su «sillón» en la academia (o donde sea) por una injusticia. Social. Política. Humana. Pero esto último pasará dentro de unos años, no mientras Chéjov tiene aún nuestros veinticinco, veintiséis.

Hablábamos de Chéjov madurando —de nosotros madurando con él, perdón, al tiempo que lo leemos—, y decíamos que esa madurez es un hecho político. Y no cabe duda, porque la mayoría de las veces está relacionada tan sólo con el trabajo. Uno puede haber vivido una infancia problemática y haber tenido que crecer a golpe de reloj. Haber sufrido la pérdida que lo obliga a tomar responsabilidades. Haber pasado por una situación de crisis, de cambio, anticipada e injusta y transformadora, y convertirse entonces en un adulto. Pero la mayoría de las veces, la madurez llega sólo con el trabajo, llega ese día en que uno comienza a trabajar y de repente se encuentra atado a un horario, enrejado en un oficina, encadenado a un jefe, por bueno que sea, a un sueldo necesitado, a un contrato pactado en desigualdad, atado, sería lo mismo, a un escritorio entregando una, dos, tres piezas a la semana —a cambio de dinero, por supuesto— sin poder levantar la espalda de la silla, los plazos de entrega, las correcciones a tiempo, el tiempo gastado para comprar tiempo, a cambio de dinero. La madurez llega el día en que uno descubre que trabaja por necesidad, pero que trabaja para otro y que ese otro no trabaja para uno, y esa desigualdad es difícil de deshacer. Se pueda poner remedio o no, llega ese día, más o menos.

Que es lo que le ocurría a Chéjov justo estos años, entre el cinco y el seis de los ochenta, cuando sin querer —o a propósito porque le hacía falta— es capaz de arramplar con la mitad del papel de una imprenta y perpetrar casi doscientos cuentos en dos años, como si no fuera con él, o por necesidad, pero ya con la cabeza en otra parte, en un cambio, en una crisis. Encajonado entre los cajones de un escritorio —que por primera vez tiene en su casa nueva de Moscú—, Chéjov redacta y redacta y redacta, hasta la exasperación, todo lo que le encargan, pero también todo lo que él mismo necesita que le encarguen, es decir, lo que le sale de las mismísimas ganas, y empieza a ver que trabajar es necesario —y eso que su diploma de médico cuelga en la pared desde ese septiembre de 1885—, pero que trabajar también es llevar a cabo su tarea. Su tarea, la que tenga encomendada. Y sabiendo que a un escritor —no lo dijo él, pero valdría— para escribir, aunque sea a su ritmo, le sobran manos porque sólo le sirve una, y que a la mano le sobran dedos, será capaz no sólo de evitar la irresponsabilidad de no mantenerse a él y a su familia, texto tras texto, cuento tras cuento —algún cuento malo mediante, por supuesto—, sino al mismo tiempo proyectar sus verdaderos intereses. Escribir lo que él cree que quiere escribir. Lo que

debe escribir. Asumir la responsabilidad de escribir lo que sólo él puede hacer. Como si cumplir con *sus* obligaciones (aquéllas en las que él cree) fuera un acto político en toda regla, un asunto social, una cuestión relevante. Porque lo contrario sería traicionarse, y por tanto traicionar a los que le rodean.

Por eso la maduración, por eso el cambio, por eso el arrebató, porque durante estos años, los dos tan intensos que habrá que ver quién hoy los sostendría, Chéjov escribe para *ellos*, es decir, escribe de lo que pasa, y escribe con humor (porque todavía queda), y escribe sin provocar muchas ampollas. Pero escribe también cuentos sobre huérfanos, con toda la miseria que hay alrededor de un huérfano; escribe sobre viudas y sobre viudas tristes y esposas tristes y niños tristes, porque en el fondo es lo que él ve; y escribe sobre todo cada vez con menos humor (pero con más gracia, *gracia*) para ir acercándose a una cosa que nadie le pedía: dejar de retratar lo que sucede alrededor de nosotros, para ir retratando lo que nos sucede *a nosotros*.

A nosotros, ahora que ya vamos madurando. Ahora que Chéjov está a punto de cumplir veintisiete y —se verá— irá relajando el ritmo de publicación a cambio de un ritmo de calidad, o de profundidad, o de compromiso, que siempre será éste un término político. El que adoptó Chéjov, y se ve en estos dos años «bisagra» de su producción, donde uno antes ha escrito todo lo que podía, y, entonces, escribiendo todo lo que uno *quería*, acaba por ir distanciándose (se verá en los años siguientes), y escribiendo cada vez menos, cada vez menos, cada vez menos, como si se hubiera acogido a una inexistente hermandad que, amando tanto lo que hace, prefiriera escribir menos, o casi nada, o nada, a cambio de que lo poco que haga sea como lo que hizo él, un Chéjov maduro, que maduró con nosotros, o estaba madurando.

II

1885-1886

Este segundo volumen de los *Cuentos completos* de Chéjov comienza con un «problema» de fechas y de géneros que ha sido, es y será conflictivo entre los seguidores del autor ruso, y que afecta incluso a esta misma introducción. El problema tiene nombre: «Un drama de caza».

Si la breve puesta en escena que son estas páginas iniciales llevan el membrete «1885-1886» por ser las fechas que abarcan los cuentos recogidos en este volumen, «Un drama de caza» nos obliga a traicionarlas ligeramente. Se sabe que este relato, el mayor en extensión de los suyos, comenzó a redactarse en 1883, a tenor de una carta de Chéjov a su editor y colaborador, Leikin, en la que le avisa de la invitación hecha por *Noticias del día*, la publicación donde vería la luz. 1884 vuelve a traicionar este epígrafe, pues se trata de la fecha en que se daría a la imprenta la primera de las treinta y dos entregas publicadas, cuya fecha de conclusión, ya sí, sería 1885. Pero es que es en 1884, con toda probabilidad, cuando habría sido escrito por completo antes de iniciarse la serie en la revista. Es decir, Chéjov lo hubiera completado y cerrado en su forma definitiva (todo lo definitivo que puede ser un texto que ha de pasar por las manos de la censura y de sus editores) durante ese año. Será difícil asegurarlo salvo confiando en la memoria de uno de sus contemporáneos, el editor de la revista *Teatro*, que en 1915 dejó por escrito un recuerdo en el que afirmaba haber conocido a Chéjov —al que ya tenía por una joven promesa, habitual de la prensa pequeña— en el momento en el que entregaba «un voluminoso trabajo», el que nos ocupa, que había vendido «al por mayor» al editor de *Noticias del día*, Abraham Lípskerov.

También uno de los hermanos de Chéjov, Mijaíl, hace una breve alusión a la misma fecha de finalización del trabajo, cuando en sus memorias, *Alrededor de Chéjov*, rememora los tres rublos que cada semana tenía que ir a recoger a la propia redacción de la revista y que, además, con bastante frecuencia se retrasaban. El propio Mijaíl volverá a aludir a los tres rublos en otra carta —ya de 1885— dirigida a Antón. Y sin embargo, del propio autor no se encontrará referencia alguna entre sus papeles sobre «Un drama de caza». No podemos saber cómo fue el proceso de escritura, las dificultades, la organización, los planes futuros para ella y, ni siquiera, su opinión sobre el trabajo. Lo que sí sabemos es que Chéjov no volvería a ella en su vida, ni para recopilarla más adelante, una vez finalizadas las entregas seriadas, ni para revisarla, como fue habitual en él con otros textos, de cara, por ejemplo, a su reunión de obras completas, ni siquiera para rechazarla, o defenderla, o para tomar algunas de las posturas que un autor a lo largo de su carrera puede adoptar respecto a sus textos más tempranos.

Hasta aquí el asunto de las fechas y la datación. Decíamos al comienzo que existe

otro conflicto, mucho más polémico, pero con el mismo número de imprecisiones: el del género, palabra polisémica que nos servirá para abordar dos aspectos a su vez. Por un lado, el del género como «temática» y como postura. Una vez leído «Un drama de caza», y tal como ocurrió en su época, sería difícil establecer si lo que Chéjov ha construido es un relato de género muy concreto —llámese policial, criminal, negro, detectivesco, como se quiera— o si prácticamente lo contrario. Durante las décadas de los 70 y 80 del siglo XIX, en Rusia ya eran habituales de las revistas las narraciones de este tipo perpetradas por autores como Sokolov o Bazárov, igual que tampoco era escasa la demanda del público hacia temas —no sólo en materia de ficción— escabrosos como asesinatos, robos y demás dramas, tan frecuentes también, por otra parte, en la «realidad». La narración de Chéjov, sin abandonar por supuesto esos rasgos burlones y «agradables» que ya se configuraban como propios del primer periodo, cumplía con todos los requisitos del género, y «Un drama de caza» podría entonces considerarse como lo que parecía.

No será sino hasta pasada la muerte de Chéjov que la crítica comenzará a recibir la pieza desde otra óptica muy diferente, y no sería arriesgado afirmar que sea incluso la imperante entre los lectores hoy día: la de una propuesta absolutamente burlesca del género, una parodia de la novela de crímenes en la que Chéjov volvía a hacer gala de sus excelentes dotes para la imitación (se había visto ya con Verne, con Turguéniev, casi con Victor Hugo) y se estaba riendo de esa moda entre los lectores que a veces pudiera parecer una plaga, se estaba riendo de la afición de los *tabloides* por lo escabroso y el crimen, se estaba riendo de sus compañeros de profesión y los imitadores, se estaba incluso riendo de sí mismo mientras se reía. Porque desde luego, ésa también podría ser una lectura, la de una broma, más o menos lograda, que a veces —de tan fiel— pareciera estar yéndosele de las manos.

Hay por suerte también, sobre todo a partir del último cuarto del siglo XX, en medio de la batalla posmoderna, quien en no pocas ocasiones ha defendido «Un drama de caza» como un aparato mucho más complejo donde se cumple todo: la fidelidad y la adhesión a un género, la parodia e incluso la crítica del mismo, contradictoria, realista y falsa al tiempo, con un lenguaje tan concreto que sólo podría ser posible así, e incluso contenedor de no pocos recursos (el juego de voces, el uso de las notas, la presencia del narrador en conflicto con la del escritor e incluso la del editor, etcétera) que se antojan extremadamente modernos, aunque ya se sepa que, en estos temas, la modernidad pueda venir de mucho, mucho más lejos. No sería pequeña defensa a la que atenerse para defender su selección en caso de hacer falta.

Porque hay un motivo más, decíamos, para la polémica en torno a esta cuestión del género, aunque ahora haya que tomar la palabra en su significado más cercano al «formato», a la extensión incluso. Se ha hecho notar ya la extensión de este relato y basta asomarse al índice para comprobar los cinco pliegos de papel que ocupa en esta edición y lo descompensado que pudiera estar respecto al resto de cuentos de este mismo periodo (aunque no tanto respecto a otros futuros e incluso pasados, «Flores

tardías», por ejemplo, del volumen anterior). No faltarán lectores que señalen que su extensión lo coloca en el apartado de las novelas (las novelas que Chéjov no llegó a escribir, en todo caso, porque sí hay referencias en su correspondencia a proyectos fracasados de escribir una «novela» y no ser capaz, e incluso reutilizar fragmentos de esos fracasos como cuentos, técnica que, además, tampoco ha dejado de usarse a día de hoy, haciendo pasar por un cuento lo que hubiera sido un mero capítulo), y que consideren por tanto que su reunión en unos *Cuentos completos* carece de sentido. En un minimísimo intento de justificarlo, aun no habiendo verdadera necesidad, habrá que sacar a escena unas cuantas palabras, unos cuantos términos y no pocas preguntas. Cuento, relato, microcuento, relato hiperbreve, cuento breve, relato breve, narración breve, novela corta, relato largo, novela, al fin, quizás. Si incluimos la palabra *nouvelle*, que tanto juego da a la hora de buscarle una traducción en la mayoría de los idiomas y acomodarla, crece la dificultad. Pero si además, el término francés es tan poco preciso (o está tan mal delimitado) como los de nuestra lengua, e incluso tan difusas las diferencias —y los mismos conflictos— como los de *пачка* o *повесть* en el ruso de Chéjov y que habría que encajonar entre cuentos, relatos y novelas cortas, o casi lo que se quiera salvo una novela que se sepa novela, o *роман*, casi como el *roman* francés. Porque lo de menos sería que Chéjov reservase esa palabra, novela, para los proyectos que no logró acometer y que algunos críticos lo usen para esta obra de la que se habla aquí; lo de menos es si esta cacería dramática es una novela por su tamaño o si en realidad no será un cuento dentro de un cuento —un cuento *mal alargado*, si se quiere, también—; lo de menos es si no sabemos establecer dónde termina un cuento y dónde comienza un relato, dónde un cuento breve se convierte en microrrelato y dónde un relato largo se transforma en novela corta; lo de menos es que editorialmente se haya aprovechado su extensión, incluso su estructura, para venderlo como libro individual, esa gran novela policial de Chéjov que hasta Borges incluyó en alguna de sus colecciones. Lo de más sería perderse esta «narración», y remarcaremos la palabra, sólo por su extensión, aun cuando nadie pueda estar seguro de qué es un cuento. O un relato. Un relato, por cierto, que tampoco destacó en exceso en el momento de su publicación, más bien fueron creciendo sus afines con el tiempo, pero sí granjeó a Chéjov una sensación importante que acarrearía además consecuencias: la de estar capacitado para emprender la «profesión» de escritor. Algo que hoy parece fuera de duda, por otra parte.

Continúa, a partir de ahí, la publicación de los cuentos de 1885 que empezó en el volumen anterior de esta serie —desde «La última mohicana»— hasta completar el año 1886. En suma, se podría decir que se mantiene una línea bastante similar a los publicados en años anteriores: pequeños cuentos humorísticos, escenas o viñetas ancladas a los sucesos más inmediatos, relatos más «literarios», pero siempre con un regusto burlón que parecía ser o muy natural, o muy disimuladamente impuesto. Y también, como en los años anteriores, desperdigado y a traición, algún cuento que

muestra un giro sorprendente en la escritura del autor y que ya revela el camino conocido en el futuro. Sin embargo, se dan algunos hechos que conviene destacar, para intentar explicar la importancia en estos dos años en la carrera de Chéjov, los de mayor producción, dos años que parece que tuvieran muchos más días que el resto.

En 1885, el mayor número de colaboraciones de Chéjov continuaba siendo la revista *Fragmentos*, dirigida por Nikolái Leikin, que suponía para Chéjov al mismo tiempo una fuente sólida de ingresos, con lo que eso le podía tranquilizar económicamente, y por otra, también, cierto grado de esclavitud, no tanto por el ritmo de publicación, como podría pensarse, sino por las ataduras y limitaciones que podía suponer a su obra. Entre la abundante correspondencia que se conserva con su editor, se pueden rastrear no pocas objeciones de Leikin a Chéjov: desde la exigencia de mayor cantidad de colaboraciones —pese a que Chéjov le proporcionaba material que bien se hubiera podido cubrir entre varias firmas colaboradoras— a la crítica poco sutil sobre ciertos giros que las narraciones de Chéjov estaban tomando y que le disgustaban. *Fragmentos*, lo dejaba claro Leikin, se debía a su público y al tipo de lectores que lo compraban, y que reclamaban, sí, esos pequeños chistes e historias mordaces sobre sucesos políticos, sociales o anécdotas que habían sucedido en esos mismos días. Por eso destacaban negativamente —en esa revista— algunas historias que empezaban a sorprender por apartarse de lo habitual. Leikin mismo le pone algunos ejemplos: cuentos como «El cazador», «Los niños» o «Arte» no son los adecuados para un suscriptor de *Fragmentos*. Seguramente sea por esto que, entre las copias conservadas, nos encontramos con muchas notas del autor que recomienda no reunirlos para sus futuras obras completas, y también por qué las colaboraciones con Leikin hacia el final de año se verían drásticamente reducidas hasta una mínima decena.

A partir de mayo de 1885, periodo que cubre este libro, Chéjov comenzaría a publicar regularmente, y no en pocas ocasiones, con la *Gaceta de San Petersburgo*, algo que, además, provocó los celos nada velados de Leikin. En los primeros meses de colaboración, Chéjov llegó a publicar hasta cuarenta historias en la *Gaceta*, entre las que se encuentran algunas tan destacadas como «La Iota», «Tristeza», «El malhechor», «Las botas» o el citado cuento «Los niños», tan importante que acabaría dando nombre a uno de sus libros. Aunque también aquí, en esta nueva etapa, sufría Chéjov las limitaciones del espacio, y sus colaboraciones solían ser de dos a la semana, Judekov, su nuevo editor, animó a Chéjov —económicamente incluso, con varios aumentos del precio por línea— hasta el punto de confesar y lamentarse de la ausencia de Chéjov cuando ésta empieza a notarse hacia 1887. Pero no sólo eso. El cambio en el tipo de publicaciones —y por tanto de escritura— le granjearán a Chéjov también el aplauso de no pocas personas relacionadas con el mundo literario.

Uno de ellos, y pieza clave, sería el escritor Grigórovich, quien apostó por él desde los inicios pero alentándole, también, a abandonar los esfuerzos de las piezas menores en pos de una mayor «seriedad» en la escritura. Algo que vio en las nuevas

publicaciones, y que valoró, hasta el punto de ser quien medió para que Chéjov pudiera llegar a conocer al editor Suvorin y dar lugar a uno de los sucesos más importantes en su carrera: el comienzo de las colaboraciones en *Tiempo nuevo*.

Su debut con el cuento «Réquiem» marcaría una constante, con una recepción de su literatura completamente diferente a la que venía siendo. «Agafia», «Pesadilla» o «La noche de Pascua» no serían recibidas como acostumbraban sus colaboraciones anteriores —aunque, como siempre, tuviera partidarios y detractores—, con el asentimiento de los círculos intelectuales, unas condiciones económicas aún mejores por parte de Suvorin y, lo que es más importante, la publicación de todas sus obras, ya por fin, con su nombre verdadero, o casi: «An. Chéjov». No es de extrañar por tanto que, con poquísimas excepciones («Gente difícil», «El tedio de la vida», «Maestro»...), casi todos los cuentos publicados en *Tiempo nuevo* acabaran incluidos en *En el crepúsculo*, el libro de 1887 que le granjeó premios y honores, e incluso alguno —«Viajeros de primera»— se rescató para la segunda edición del libro que publicó en ese mismo año 1886, *Relatos abigarrados*, una revisión que se hizo en 1891 y que incorporaría también el cuento «Arte».

Este proceder de Chéjov respecto a sus libros no es infrecuente. La inclusión o el descarte de algunos cuentos con el paso del tiempo se da también en *El crepúsculo*, así como en un curioso volumen, *Cuentos*, que publicaría en 1888, en una breve tirada de mil quinientos ejemplares por recomendación de Suvorin —a quien Chéjov tenía por un hombre bueno e inteligente—, lo que ratifica la fe que el editor tenía en su autor. Hasta trece ediciones se hicieron en el lapso de once años, con numerosas modificaciones, tanto en el contenido como en el continente. «El consejero secreto», «Cieno» y «Vanka», de entre los recogidos aquí, acabarían formando parte de ese volumen en una u otra edición.

La relación con *Tiempo nuevo* y Suvorin también sufriría cambios con el tiempo, pero de eso habrá que ocuparse en su momento. 1886 también es el año en que, además de continuar con esas colaboraciones humorísticas en *Fragmentos* y, más ocasionalmente, en *El despertador*, Chéjov comienza a colaborar con la revista de humor *El grillo* («Una noche en el cementerio», «La propuesta», «¡Ay, la muela!», «La broma»...), pero también el año que suponga una decisión drástica que poco a poco irá incorporando: la de retirarse gradualmente de las «piezas pequeñas», de humor, e ir desterrando, en cierta manera, alguno de esos seudónimos que se venían repitiendo en número exagerado e inútil, como «El hermano de mi hermano», «El hombre sin bazo» y el muy famoso «A. Chejonté» que en el fondo lo apartaban del Chéjov que tenía ganas de ser. Y que nos merecemos.

Falta un poco todavía para ver este cambio por completo. Recordemos que este año 1886 es el mismo en el que se publica el citado *Relatos abigarrados*, y que será recibido a partes iguales, bien y mal, dado lo heterogéneo de su composición, contenedor a su vez de características innovadoras y rasgos o intenciones incomprensibles. Basta recordar que en él se incluyen —de entre los recogidos aquí—

títulos tan diferentes entre sí como «Los simuladores», «El pensador», «Un cínico» o «El pianista», cuento que por cierto fue recibido de malas maneras. Habrá que esperar —para ver a ese Chéjov prometido— a que se terminen de escribir los relatos que conformarán *En el crepúsculo* o en *Cuentos*, es decir, los pocos recogidos aquí, y los más que vendrán en el tercer volumen, a partir de 1887, que se abrirá con los títulos «Torturas de Año Nuevo», «*Champagne* (Relato de un granuja)» o «La helada», y que recorrerá la transformación absoluta de Chéjov hasta el año 1892, con historias como «La estepa», «El duelo», «Luces», «Gúsiev» o «El beso», donde ya nadie podrá tener la más mínima duda de que la decisión tomada por Chéjov no sólo fue acertada, sino necesaria para la historia de la literatura. Es decir, para nosotros, sus lectores.

III

NOTAS, HISTORIA Y REFERENCIAS DE LOS CUENTOS PUBLICADOS

ACERCA DE LAS MUJERES. — «О женщинах» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 26 de abril de 1886, con la firma «El hombre sin bazo», en el número 17 de la revista *Fragmentos*. El cuento es tan sólo una reacción sarcástica a la publicación, a principios de ese año, del libro *Sobre las mujeres. Nuevos y viejos pensamientos*, de Skalkovski, publicado por Suvorin en la editorial de *Tiempo nuevo*, y que causó numerosas polémicas.

AGAFIA. — «Агафья» (Traducción: Víctor Gallego Ballester) apareció el 15 de marzo de 1886 en *Tiempo nuevo*, con la firma «An. Chéjov». Fue incluido en el libro *En el crepúsculo* (1887), con algunas modificaciones, y en el tercer tomo de las *Obras completas*. En vida de Chéjov fue traducido al serbocroata, eslovaco y checo.

ALGO GRAVE. — «Нечто серьезное» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 27 de julio de 1885, en el número 30 de la revista *Fragmentos*, con la firma «A. Chejonté».

AMENAZA. — «Угроза» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 25 de mayo de 1885 en la revista *Fragmentos* (número 21) bajo el seudónimo de «El hombre sin bazo».

ANIUTA. — «Анюта» (Traducción: Víctor Gallego Ballester) se publicó el 22 de febrero de 1886, en el número 8 de la revista *Fragmentos*, con la firma «A. Chejonté». Se incluyó en el segundo tomo de las *Obras completas* editadas por A. Marx y tan sólo en la primera edición de *Relatos abigarrados* (1886). En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, alemán, serbocroata y checo.

APELLIDO DE CABALLO. — «Лошадиная фамилия» (Traducción: Víctor Gallego Ballester) se publicó el 7 de julio de 1885, en el número 183 de *Gaceta de San Petersburgo*, con el subtítulo «Escenita» y firmado por «A. Chejonté». Se recogería en el segundo tomo de las *Obras completas*, con pequeñas modificaciones. En vida de Chéjov se tradujo al polaco, serbocroata y checo.

ARTE. — «Художество» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 6 de enero de 1886, en el número 5 de *Gaceta de San Petersburgo*, con el subtítulo «Cuento» y el seudónimo «A. Chejonté». Se incluyó en el segundo volumen de las *Obras completas* de A. Marx con algunas modificaciones.

¡AY, LA MUELA! — «Ах, зубы!» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 9 de octubre de 1886, con el seudónimo «El hombre sin bazo», en el número 39 de la revista *El grillo*.

BAGATELAS. — «Финтифлюшки» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el

1 de junio de 1885, en el número 22 de *Fragmentos*, con la firma «El hombre sin bazo». Otros títulos en español: «Futilezas».

BORRACHERA TENAZ. — «Средство от запоя» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 26 de octubre de 1885, en el número 43 de la revista *Fragmentos*, con la firma «A. Chejonté». Su título original era «Una celebridad dañada» y se conservó en el libro *Discursos inocentes* (1887). El nuevo título apareció, junto a algunas correcciones, en el primer volumen de las *Obras completas* de A. Marx. En vida de Chéjov se tradujo al serbocroata, eslovaco y sueco. Otros títulos en español: «Remedios para la borrachera».

BUENA GENTE. — «Хорошие люди» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 22 de noviembre de 1886, en la sección «Sábado» de *Tiempo nuevo*, con el título original de «La hermana». Lo firmaba «An. Chéjov». Se incluyó en el sexto tomo de las *Obras completas* con el nuevo título y numerosos cambios. Otros títulos en español: «Excelentes personas».

CASAS DE CAMPO. — «Кулачье гнездо» (Traducción: Luis Abollado) apareció en el número 139 de la *Gaceta de San Petersburgo*, el 24 de mayo de 1885, bajo el seudónimo «A. Chejonté». El autor dejó indicado: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov». Otros títulos en español: «Nido de campesinos».

CHAMPAÑA. — «Шампанское» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 4 de enero de 1886 en el número 1 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo «El hombre sin bazo». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov». No confundir con el cuento de 1887 «El champagne (Relato de un granuja)».

CIENO. — «Тина» (Traducción: Paul Viejo) apareció el 29 de octubre de 1886, con la firma «An. Chéjov», en *Tiempo nuevo*. Se incluyó, con cambios significativos, en el libro *Cuentos* de 1888, y en el cuarto volumen de las *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al eslovaco, alemán y francés.

CONCURSO. — «Конкурс» (Traducción: Luis Abollado) apareció en el número 2 de la revista *Fragmentos*, el 11 de enero de 1886, sin firma en la sección «De la redacción». Se repetirá en el número 7, del 15 de febrero.

CONSEJOS MÉDICOS. — «Врачебные советы» (Traducción: Paul Viejo) apareció en el número 39 de *El despertador*, con fecha de 2 de octubre de 1885. Lo firmaba «Un médico sin pacientes».

COSAS DE DARGOMISCHSKI. — «Кое-что об А. С. Даргомыжском» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en el número 20 de *El despertador*, del 24 de mayo de 1885. Lo firmaba «A. Ch.».

COSAS DEL SINO. — «Не судьба!» (Traducción: Luis Abollado) apareció en el número 28 de la revista *Fragmentos*, el 13 de julio de 1885, con el seudónimo de «A. Chejonté». Se publicó en el libro *Relatos abigarrados*, aunque sólo en su primera edición de 1886. Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de

Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov». Otros títulos en español: «¡No tiene suerte!», «Mala suerte».

CUESTIÓN DE PECES. — «Рыбье дело» (Traducción: Paul Viejo) se publicó en dos entregas de *El despertador* (números 23 y 25), la primera sin firma, la segunda como «El hermano de mi hermano». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

CULTURA GENERAL. — «Общее образование» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 30 de septiembre de 1885, con la firma «A. Chejonté», en el número 268 de *Gaceta de San Petersburgo*. Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

DE TODO UN POCO. — «О том, о сем» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 18 de mayo de 1885 en el número 20 de *Fragmentos*, firmado por «El hombre sin bazo». Otros títulos en español: «De esto y de aquello».

DEMASIADOS PAPELES. — «Много бумаги» (Traducción: Paul Viejo) se publica el 29 de marzo de 1886 en la revista *Fragmentos* (número 13), con el título «La escarlatina y un matrimonio feliz». Aparece con el seudónimo «A. Chejonté», y el título se cambia para su publicación en el primer tomo de las *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, polaco y serbocroata.

DESDICHA. — «Горе» (Traducción: James y Marian Womack) se publicó el 25 de noviembre de 1885, en el número 324 de *Gaceta de San Petersburgo*, firmado como «A. Chejonté». Se incluyó en el tercer tomo de las *Obras completas*, en la recopilación *Relatos abigarrados* (1886), y en 1895, la editorial Sytin lo publicó en un pequeño volumen. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro, alemán, noruego, serbocroata, eslovaco, checo y sueco. Otros títulos en español: «La pena».

DESPUÉS DEL BENEFICIO. — «После бенефиса» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 23 de septiembre de 1885 en el número 261 de *Gaceta de San Petersburgo*, bajo la firma «A. Chejonté». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

DIPLOMACIA. — «Дипломат» (Traducción: Luis Abollado) apareció el 20 de mayo de 1885 en *Gaceta de San Petersburgo* (número 135) firmado como «A. Chejonté». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov». Otros títulos en español: «El diplomático».

DISFRAZADOS. — «Ряженные» (Traducción: Paul Viejo) apareció el 1 de enero de 1886 en *Gaceta de San Petersburgo* con el seudónimo «Ruwer». Chéjov escribió un cuento con el mismo título («Disfraces» en esta edición) en 1883.

DOS PERIODISTAS. — «Два газетчика» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 5 de octubre de 1885 en la revista *Fragmentos* (número 40), con la firma

«A. Chejonté». Se incluyó sin cambios en la primera edición de *Relatos abigarrados*.

DRAMA. — «Драма» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 25 de septiembre de 1886, con el seudónimo «El hombre sin bazo», en el número 37 de la revista *El grillo*. No confundir con «El drama», cuento de 1887.

EL AHOGADO. — «Утопленник» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 19 de agosto de 1885, con la firma «A. Chejonté», en el número 226 de la *Gaceta de San Petersburgo*. Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

EL ALCALDE. — «Староста» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en el número 340 de *Gaceta de San Petersburgo*, el 2 de septiembre de 1885, bajo el seudónimo «A. Chejonté».

EL CAZADOR. — «Егерь» (Traducción: Víctor Gallego Ballester) se publicó el 18 de julio de 1885, en el número 194 de *Gaceta de San Petersburgo*, con el seudónimo «A. Chejonté». Se reunió, con pequeñas correcciones, para su publicación en *Relatos abigarrados* (1886) y en el tercer tomo de las *Obras completas*. Alabada por la crítica, también ha generado numerosas discusiones sobre su cercanía a los «relatos de un cazador» de Turguénev. En vida de Chéjov se tradujo al húngaro, alemán, polaco, serbocroata y checo. Otros títulos en español: «Un cazador», «Yeguer».

EL CONSEJERO SECRETO. — «Тайный советник» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) apareció en *Tiempo nuevo* el 6 de mayo de 1886, con la firma «An. Chéjov». Se incluyó tanto en el cuarto tomo de las *Obras completas* como en el libro *Cuentos* que Chéjov dio a la imprenta en 1888. En vida de Chéjov se tradujo al alemán, eslovaco y checo.

EL CONTRABAJO Y EL FLAUTISTA. — «Контрабас и флейта» (Traducción: Luis Abollado) apareció en el número 296 de *Gaceta de San Petersburgo*, el 28 de octubre de 1885, con la firma «A. Chejonté». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

EL CUERVO. — «Ворона» (Traducción: Augusto Vidal) se publicó el 1 de junio de 1885, en el número 22 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo «A. Chejonté» y un título diferente «Pavo real con plumas de cuervo». Chéjov lo cambiaría para su inclusión en las *Obras completas* de A. Marx.

EL DEBUT. — «Первый дебют» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 13 de enero de 1886 en *Gaceta de San Petersburgo* (número 12), con la firma «A. Chejonté». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

EL ESCRITOR. — «Писатель» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) apareció en el número 310 de *Gaceta de San Petersburgo* el 11 de noviembre de 1885, con el subtítulo «Escena» y el seudónimo «A. Chejonté». Para su publicación

en el segundo volumen de las *Obras completas* Chéjov hizo numerosas modificaciones y eliminó el subtítulo.

EL ESPEJO. — «Зеркало» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 30 de diciembre en *Gaceta de San Petersburgo* (número 358), con el subtítulo «Escena» y la firma «A. Chejonté». Se incluyó en *Relatos abigarrados* de 1886 (sólo en la primera edición conservaba el subtítulo) y en el tercer tomo de las *Obras completas*.

EL FELIZ MORTAL. — «Счастличик» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 5 de mayo de 1886 en el número 121 de *Gaceta de San Petersburgo*, con el subtítulo «Escena» y el seudónimo «A. Chejonté». Chéjov lo incluyó, sin subtítulo y algunos cambios, en el libro *Discursos inocentes* (1887) y en el primer tomo de las *Obras completas* de A. Marx. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro, alemán, polaco, serbocroata y checo. Otros títulos en español: «Afortunado», «El viaje de novios».

EL GRAJO. — «Грач» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 29 de marzo de 1886, en el número 13 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo «El hombre sin bazo».

EL HOMBRE. — «Человек» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 27 de diciembre, con el seudónimo «El hombre sin bazo», en el número 52 de la revista *Fragmentos*.

UN HUÉSPED. — «Гость» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en *Gaceta de San Petersburgo* (número 212), el 5 de agosto de 1885, firmado como «A. Chejonté». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov». Otros títulos en español: «El invitado».

EL INQUILINO. — «Жилец» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 1 de noviembre de 1886, con la firma «A. Chejonté», en el número 44 de la revista *Fragmentos* con el título «El inquilino n.º 31». El cambio se realizó para su publicación en noviembre 1898, y ya con su nombre, en *Diario para todos*.

EL MALHECHOR. — «Злоумышленник» (Traducción: Jesús García Gabaldón) se publicó el 24 de julio de 1885 en la *Gaceta de San Petersburgo* (número 200), con el subtítulo «Escena», y bajo el seudónimo «A. Chejonté». Posteriormente, Chéjov lo incluiría en su libro *Relatos abigarrados* (1886) y en las *Obras completas* de Marx, en ambas con pequeños cambios estilísticos y la supresión del subtítulo. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro, alemán, serbocroata, eslovaco y checo. Otros títulos en español: «El delincuente».

EL MARIDO. — «Муж» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) apareció el 9 de agosto de 1886, con el título «Impuestos», en el número 32 de la revista *Fragmentos*. Lo firmaba «A. Chejonté» y el título se modificó para la publicación en 1898, y con el nombre de Chéjov, en el *Diario para todos* del 12 de diciembre. Se incluyó también en el primer tomo de las *Obras completas* de Marx. En vida de Chéjov se

tradujo al búlgaro y serbocroata.

EL ORADOR. — «Оратор» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 29 de noviembre de 1886, con el subtítulo «Cuento» y la firma «A. Chejonté», en el número 48 de la revista *Fragmentos*.

Se incluyó en el primer tomo de las *Obras completas* editadas por A. Marx, y apareció también en una colección de 1899 titulada *En recuerdo de V. Belinski*.

UN PADRE DE FAMILIA. — «Отец семейства» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) apareció el 26 de agosto de 1885 en el número 233 de *Gaceta de San Petersburgo*. El título original era «El chivo expiatorio (Dedicado a un joven padre)». Éste se modificó para la primera edición de *Relatos abigarrados* (1886) y fue incluido en las *Obras completas* de A. Marx. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, noruego, rumano, finlandés y checo.

EL PAVO. — «Индеекский петух. (Маленькое недоразумение)» (Traducción: Luis Abollado) apareció el 14 de octubre de 1885 en el número 282 de *Gaceta de San Petersburgo*, con la firma «A. Chejonté». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

EL PENSADOR. — «Мыслитель» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 10 de agosto de 1885, en el número 32 de la revista *Fragmentos*, con la firma «A. Chejonté». Se incluyó en el libro *Relatos abigarrados* (1886), con algunas correcciones a partir de la segunda edición, y en las *Obras completas* de A. Marx. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro y serbocroata.

EL PIANISTA. — «Тапёр» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 14 de noviembre en el número 45 de *El despertador*, con el seudónimo «A. Chejonté». Fue incluido en el libro *Relatos abigarrados* de 1886, pero Chéjov dejó escrito «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

EL PRIMER DON JUAN. — «Первый любовник» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 13 de septiembre de 1886 en el número 37 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo «A. Chejonté». Se incluyó, con cambios y recortes menores, en el primer tomo de las *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al serbocroata y al checo. Otros títulos en español: «El primer galán».

SIGNOS DE ADMIRACIÓN. — «Восклицательный знак» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) apareció el 28 de diciembre de 1885, con la firma «A. Chejonté», en el número 52 de la revista *FRAGMENTOS*. Chéjov lo incluyó, con pocos cambios, en el libro *Relatos abigarrados* y en el segundo tomo de las *Obras completas* de A. Marx. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro, checo, alemán, polaco, serbocroata y rumano.

EL SUBOFICIAL PRISHIBÉIEV. — «Унтер Пришибеев» (Traducción: Jesús García Gabaldón) se publicó el 5 de octubre de 1885, en el número 273 de *Gaceta de San Petersburgo*, con el título original «El calumniador (Escena)», que se cambió

(junto con algunas modificaciones) para evitar la censura que había denegado su publicación. Lo firmaba «A. Chejonté» y se incluyó en las *Obras completas* de A. Marx con nuevas modificaciones. Se conservan las galeras de esta última publicación, con anotaciones a lápiz de Chéjov, entre ellas un cambio en el final, que finalmente no se incluyeron. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, alemán, serbocroata y checo.

EL TALENTO. — «Талант» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 6 de septiembre de 1886, con la firma «A. Chejonté», en el número 36 de la revista *Fragmentos*. Con cambios y reducciones significativas, se incluyó en el tercer tomo de las *Obras completas* editadas por A. Marx. En vida de Chéjov se tradujo al alemán, polaco y serbocroata.

EL TEDIO DE LA VIDA. — «Скука жизни» (Traducción: Ana López G.) se publicó en *Tiempo nuevo* (número 3682) el 31 de mayo de 1886, en su sección «Sábado» y la firma «An. Chéjov». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas».

EL TIMO. — «Надул» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 22 de junio de 1885, con el seudónimo «El hombre sin bazo», en el número 25 de la revista *Fragmentos*.

EL VENENO. — «Отрав» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 8 de marzo de 1886, con el seudónimo «A. Chejonté», en el número 10 de la revista *Fragmentos*. Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

EN EL CAMINO. — «На пути» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) apareció en el número de Navidad de *Tiempo nuevo* el 25 de diciembre de 1886, con la firma «An. Chéjov». Se incluyó en el tercer tomo de las *Obras completas* editadas por A. Marx, y en el libro *En el crepúsculo* de 1887. En vida de Chéjov se tradujo al alemán e inglés.

EN EL INTERNADO. — «В пансионе» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 24 de mayo de 1886 en el número 21 de la revista *Fragmentos*, y también el 30 de mayo en *Noticias del día*, sin firma pero citando la publicación original. Se conserva el recorte de la revista *Fragmentos* con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

EN EL TRIBUNAL. — «В суде» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 11 de octubre de 1886 dentro de la sección «Sábado» de *Tiempo nuevo*. Lo firmaba «An. Chéjov». Se incluyó en el libro *En el crepúsculo* de 1887 y en el tercer tomo de sus *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al serbocroata, finlandés, checo, alemán e inglés.

EN LA FARMACIA. — «В аптеке» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 6 de julio de 1885 en *Gaceta de San Petersburgo* (número 182), firmado por «A. Chejonté». Se publicó en el libro *Relatos abigarrados*, aunque sólo en su primera

edición de 1886. Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov». Otros títulos en español: «En la botica».

EN LA HACIENDA. — «На даче» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) apareció por primera vez en el número 20 de la revista *El despertador*, del 25 de mayo de 1886, firmado por «A. Chejonté», y se reprodujo en la edición del 25 aniversario de la revista, con la nota «Publicado en virtud de acuerdo con el propietario de las obras de A. Chéjov, A. F. Marx». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov». En vida de Chéjov se tradujo al finlandés y al checo.

EN LA OSCURIDAD. — «В потемках» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó en el número 235 de la *Gaceta de San Petersburgo*, el 15 de septiembre de 1886, firmado por «A. Chejonté». Se incluyó, sin el subtítulo «Recuerdos de verano», en el libro de 1887, *Relatos abigarrados*, y en el primer tomo de las *Obras completas* de Marx. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, alemán, serbocroata y eslovaco.

EN LA PRIMAVERA. — «Весной» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 24 de marzo de 1886 en el número 81 de *Gaceta de San Petersburgo*, con el seudónimo «A. Chejonté». Se incluyó más tarde en el tercer tomo de las *Obras completas*, cuyas galeradas se conservan con anotaciones del autor, donde se realizan modificaciones y se suprime el subtítulo «Escena».

EN TIERRAS EXTRANJERAS. — «На чужбине» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 12 de octubre de 1885, con la firma «A. Chejonté», en el número 41 de la revista *Fragmentos*. Chéjov lo incluyó en los libros *Relatos abigarrados* (a partir de la segunda edición), en *Discursos inocentes* (1887) y, con ligeros cambios, en las *Obras completas* de A. Marx. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro, alemán, polaco, rumano, serbocroata, checo y francés.

EN UN VAGÓN. — «В вагоне» (Traducción: Paul Viejo) apareció el 27 de julio de 1885 en el número 30 de la revista *Fragmentos*, y se reprodujo dos días después, con algunos cambios y sin el consentimiento de Chéjov, en *Noticias del día*. Lo firmaba «A. Chejonté».

ENSUEÑOS. — «Мечты» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó en *Tiempo nuevo* el 15 de noviembre de 1886, con la firma «An. Chéjov». Se incluyó en el tercer tomo de las *Obras completas* y en el libro de 1887 *En el crepúsculo*. De este cuento se hizo una edición separada en 1898, a cargo del Ministerio de Instrucción Pública para una campaña de alfabetización. En vida de Chéjov se tradujo al húngaro, alemán, polaco, serbocroata y checo.

¡ERA ELLA! — «То была она!» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 27 de diciembre de 1886 en el número 52 de la revista *Fragmentos*, con el subtítulo «Cuento de Navidad» y la firma «A. Chejonté». El subtítulo se eliminaría al incluirse en el libro *Discursos inocentes* (1887) y en el primer tomo de las *Obras completas*

editadas por A. Marx. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, polaco, checo, noruego y alemán.

ESTADÍSTICA. — «Статистика» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 18 de octubre de 1886, con el seudónimo «El hombre sin bazo», en el número 42 de la revista *Fragmentos*.

EXAGERÓ LA NOTA. — «Пересолил» (Traducción: Augusto Vidal) apareció en la revista *Fragmentos* (número 46) el 16 de noviembre de 1885. Lo firmaba «A. Chejonté». Incluido con pequeñas ediciones en *Relatos abigarrados* (1886), también se incluyó en el primer volumen de *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro, alemán, polaco, rumano, serbocroata, eslovaco, checo e inglés. Otros títulos en español: «Exageró», «Un exagerado».

FALSARIOS. — «Свистуны» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 24 de agosto de 1885, en el número 24 de la revista *Fragmentos*, con el subtítulo «Cuento». Lo firmaba «A. Chejonté», y fue incluido únicamente en la primera edición de *Relatos abigarrados*. De cara a su publicación en las obras completas, Chéjov dejó escrito: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

FRACASO. — «Неудача» (Traducción: Augusto Vidal) se publicó el 11 de enero de 1886, en el número 2 de la revista *Fragmentos*, firmado por «A. Chejonté». Se incluyó en el primer tomo de las *Obras completas* y en vida de Chéjov fue traducido al búlgaro, alemán, polaco, serbocroata, finlandés, checo y sueco. Otros títulos en español: «El fracaso», «Fiasco».

GENTE DIFÍCIL. — «Тяжелые люди» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en *Tiempo nuevo* el 7 de octubre de 1886, con la firma «An. Chéjov». Chéjov lo incluyó, reducido y con cambios significativos, en el quinto volumen de sus *Obras completas*. En vida del autor se tradujo al búlgaro.

GENTE SOBRANTE. — «Лишние люди» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 23 de junio de 1886, con la firma «A. Chejonté», en *Gaceta de San Petersburgo* (número 166). Se incluyó tanto en el primer volumen de las *Obras completas*, como en el libro *Discursos inocentes* de 1887. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, alemán y serbocroata. Otros títulos en español: «Gente que está de más».

GRISHA. — «Гриша» (Traducción: James y Marian Womack) se publicó el 5 de abril de 1885, con la firma «A. Chejonté», en el número 14 de la revista *Fragmentos*. Se incluyó en el primer volumen de las *Obras completas* editadas por A. Marx. En vida de Chéjov se tradujo al húngaro, alemán, serbocroata y checo.

GUÍA PARA AQUÉLLOS QUE QUIEREN CASARSE. — «Руководство для желающих жениться» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 2 de noviembre de 1885 en el número 44 de la revista *Fragmentos*. Lo firmaba «El hombre sin bazo».

HISTORIA DE UN CONTRABAJO. — «Роман с контрабасом» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 7 de junio de 1886, con la firma «An. Chejonté»

y el subtítulo «Extravagancia veraniega», en el número 23 de la revista *Fragmentos*. Se incluyó en el primer volumen de las *Obras completas*. Otros títulos en español: «Novela con contrabajo».

IMPRESIONES FUERTES. — «Сильные ощущения» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 21 de abril de 1886 en *Gaceta de San Peters burgo* (número 107). Lo firmaba «A. Chejonté» y tenía el subtítulo «Escena», que se recortó para su inclusión en el tercer tomo de *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al alemán, polaco y serbocroata.

INTÉRPRETE DE PALABRAS PARA «SEÑORITAS». — «Словотолкователь для “барышень”» (Traducción: Paul Viejo) apareció en el número 28 de la revista *Fragmentos*, el 12 de julio de 1886, con el seudónimo «El hombre sin bazo».

IVÁN MATVEICH. — «Иван Матвеич» (Traducción: Víctor Gallego Ballester) apareció en el número 60 de *Gaceta de San Petersburgo*, con el seudónimo «A. Chejonté», el 3 de marzo de 1886. Se incluyó en la primera edición de *Relatos abigarrados* (1886) y en el primer volumen de las *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, alemán y serbocroata. Otros títulos en español: «El amanuense».

LA BOTICARIA. — «Аптекария» (Traducción: Jesús García Gabaldón) se publicó el 21 de junio de 1886, con la firma «A. Chejonté», en el número 25 de la revista *Fragmentos*. Se incluyó, con notables cambios, en el primer tomo de las *Obras completas* editadas por A. Marx. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro, alemán y serbocroata. Otros títulos en español: «La mujer del boticario».

LA BROMA. — «Шуточка» (Traducción: Jesús García Gabaldón) se publicó el 12 de marzo de 1886 en la revista *El grillo* (número 10) con el seudónimo «El hombre sin bazo». Se incluyó en el segundo volumen de *Obras completas* de A. Marx. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, alemán, polaco, serbocroata y eslovaco. Otros títulos en español: «Una broma», «La bromita».

LA BRUJA. — «Ведьма» (Traducción: Víctor Gallego Ballester) se publicó, firmado como «An. Chéjov», el 8 de marzo de 1886 en *Tiempo nuevo*. Se incluiría en el libro *En el crepúsculo* (1887) y en el tercer tomo de las *Obras completas* editadas por A. Marx. A juzgar por una carta de Chéjov a Grigórovich, el cuento fue escrito en un día. En vida de Chéjov se tradujo al alemán y al checo.

LA CARTERA. — «Бумажник» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en el número 20 de *El despertador*, del 24 de mayo de 1885, con el subtítulo «Fábula en prosa» y la firma «El hermano de mi hermano». Chéjov hizo numerosas modificaciones al relato para su inclusión en las *Obras completas* de A. Marx. Otros títulos en español: «La billetera».

LA CIUDAD MÁS GRANDE. — «Самый большой город» (Traducción: Paul Viejo) se publicó en el número 4 de la revista *Fragmentos*, el 25 de enero de

1886, con el seudónimo «Ruwer».

LA COCINERA SE CASA. — «Кухарка женится» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) apareció en el número 254 de *Gaceta de San Petersburgo*, con la firma «A. Chejonté» y el subtítulo «Cuento». Chéjov lo incluye en el libro *Relatos abigarrados* (1886) y en su siguiente colección, *Los niños*, de 1889, sin subtítulo y con algunos recortes. En las *Obras completas* de A. Marx aparecería sin estas supresiones y nuevas revisiones. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, danés, húngaro, alemán, polaco, rumano, serbocroata y checo.

LA CONVERSACIÓN DEL BORRACHO CON EL DIABLO SOBRIO. — «Беседа пьяного с трезвым чёртом» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 8 de febrero de 1886, en el número 6 de *Fragmentos*, con el seudónimo «El hombre sin bazo». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

LA CORISTA. — «Хористка» (Traducción: Jesús García Gabaldón) se publicó el 5 de julio de 1886 en la revista *Fragmentos* (número 27). El seudónimo utilizado fue «A. Chejonté» y llevaba un título distinto: «Una cantante», que se modificó al incluir en el segundo volumen de las *Obras completas*. También se reprodujo, ya con el nombre de Chéjov, en un volumen colectivo y con fotografías publicado en 1893. En vida de Chéjov se tradujo al alemán, polaco, eslovaco y húngaro.

LA LEZNA EN EL SACO. — «Шило в мешке» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 14 de diciembre de 1885 en el número 50 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo de «A. Chejonté». En la primera edición de *Relatos abigarrados* (1886) conservaba el subtítulo «Cuento», que se eliminó en las siguientes y en el segundo tomo de *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro, danés, alemán, polaco, rumano, serbocroata, finlandés y checo. Otros títulos en español: «Todo termina por saberse».

LA LOTA. — «Налим» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 1 de julio de 1885 en el número 177 de *Gaceta de San Petersburgo*, firmado por «A. Chejonté». Se incluyó en el libro *Relatos abigarrados* (1886), con algunas correcciones a partir de la segunda edición, y en las *Obras completas* editadas por A. Marx. En vida de Chéjov se tradujo al polaco y serbocroata. Otros títulos en español: «Historia de una anguila».

LA NOCHE DE PASCUA. — «Святою ночью» (Traducción: Víctor Gallego Ballester) se publicó por el 13 de abril de 1886, firmado por «An. Chéjov», en *Tiempo nuevo*. Se incluyó en el tercer tomo de las *Obras completas* editadas por A. Marx, en el libro de cuentos *En el crepúsculo* (1887) y en un pequeño libro que publicó en 1896 el Ministerio de Educación para una campaña de alfabetización. En vida de Chéjov se tradujo al esloveno.

LA OBRA DE ARTE. — «Произведение искусства» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó, con el seudónimo «A. Chejonté», en el número 50 de

la revista *Fragmentos*, el 13 de diciembre de 1886. Además de en el segundo tomo de sus *Obras completas*, se incluyó también en el libro *Discursos inocentes* (1887) y en la segunda edición de *Relatos abigarrados* (1886), que apareció en 1891. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, alemán, noruego, polaco, rumano y checo.

LA SUERTE FEMENINA. — «Женское счастье» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 14 de septiembre de 1885, en el número 37 de *Fragmentos*, firmado por «A. Chejonté». Para su inclusión en las *Obras completas*, el autor realizó números cambios. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro, polaco, serbocroata y eslovaco. Otros títulos en español: «La suerte de las mujeres».

LA ÚLTIMA MOHICANA. — «Последняя могикианка» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) apareció publicado en el número 122 (6 de mayo de 1885) de *Gaceta de San Petersburgo*, bajo el seudónimo de «A. Chejonté». Se incluiría en el tercer libro de cuentos de Chéjov, *Relatos abigarrados* (1886), así como en el tercer tomo de las *Obras completas* editadas por A. Marx. Este cuento fue el debut de Chéjov en *Gaceta de San Petersburgo*, aunque tendría que haber sido la historia «Sueño», pero se retrasó prácticamente un año. En vida de Chéjov se tradujo al alemán, serbocroata y checo.

LAS BOTAS. — «Сапоги» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 3 de junio de 1885, en el número 149 de *Gaceta de San Petersburgo*, bajo el seudónimo «A. Chejonté». Se incluyó, con algunas correcciones, en el primer volumen de sus *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al alemán, serbocroata y checo.

LENGUA IMPRUDENTE. — «Длинный язык» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 27 de septiembre de 1886, en el número 39 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo «A. Chejonté». Al revisar el texto para su publicación en el primer tomo de las *Obras completas*, Chéjov dejó escritas pocas anotaciones. En vida del autor se tradujo al búlgaro, alemán, noruego, serbocroata y finlandés. Otros títulos en español: «Lengua larga».

LISTADO DE PERSONAS CON DERECHO A VIAJAR GRATIS... — «Список лиц, имеющих право на бесплатный проезд по русским железным дорогам» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 7 de junio de 1886, en el número 23 de la revista *Fragmentos*. Lo firmaba «El hombre sin bazo». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas».

LO TRANSITORIO. — «О бренности. (Масленичная тема для проповеди)» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 22 de febrero de 1886, con la firma «El hombre sin bazo», en el número 8 de la revista *Fragmentos*.

LOS NERVIOS. — «Нервы» (Traducción: Víctor Gallego Ballester) apareció el 8 de junio de 1885, con la firma «A. Chejonté», en el número 23 de la revista *Fragmentos*. Chéjov lo incluyó en su cuarto libro *Discursos inocentes* (1887) y en las

obra completas preparadas por Marx. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro, alemán y serbocroata.

LOS NIÑOS. — «Детвора» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 20 de enero de 1886, en el número 19 de *Gaceta de San Petersburgo*, con el subtítulo «Escena» y la firma de «A. Chejonté». Se incluyó, ya sin subtítulo, en el libro *Relatos abigarrados* (1886), en el tercer tomo de *Obras completas*, y en el libro *Los niños* que la editorial de Suvorin publicó en 1889. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro, danés, alemán, polaco, serbocroata y checo. Otros títulos en español: «Los chicos», «Entre chiquillos».

LOS SIMULADORES. — «Симулянты» (Traducción: Víctor Gallego Ballester) se publicó en el número 26 de *Fragmentos* (28 de junio de 1885) con la firma «A. Chejonté». Chéjov lo incluyó sin cambios en su libro *Relatos abigarrados* (1886) y con algunas correcciones de las *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, alemán, polaco, serbocroata y checo.

LOS VERANEANTES. — «Дачники» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) apareció en el número 24 de *Fragmentos*, del 15 de junio de 1885, con el título original «¡Presten atención! (Un accidente terrible)». Lo firmaba «El hombre sin bazo». El título cambiaría para su publicación en las *Obras completas* de A. Marx. En vida de Chejov se tradujo al búlgaro, serbocroata, checo, alemán y japonés.

MAESTRO. — «Учитель» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 12 de julio de 1886, en la sección «Sábado» de *Tiempo nuevo*, con la firma «A. Chéjov». Una versión revisada se incluyó en el quinto tomo de las *Obras completas* editadas por A. Marx. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro y serbocroata.

MARI D'ELLE. — «Mari d'elle» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 18 de diciembre de 1885, en el número 347 de *Gaceta de San Petersburgo* con el seudónimo «A. Chejonté». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov». Otros títulos en español: «El marido de su mujer».

MÁRTIRES DEL AÑO NUEVO. — «Новогодние великомученики» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 4 de enero de 1886 en el número 1 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo «A. Chejonté».

MÁRTIRES. — «Страдальцы» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 18 de agosto de 1886, firmado por «A. Chejonté», en el número 225 de *Gaceta de San Petersburgo* y se incluyó, con correcciones, en el segundo tomo de las *Obras completas* editadas por A. Marx. En vida de Chéjov se tradujo al alemán, polaco, serbocroata y checo. Otros títulos en español: «Los mártires».

MATRIMONIOS DEL FUTURO. — «Брак через 10-15 лет» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 21 de noviembre de 1885 en el número 46 de *El despertador*, con el seudónimo «El hermano de mi hermano». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras

completas. Ant. Chéjov».

MEDIAS ROSAS. — «Розовый чулок» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 16 de agosto de 1886 en el número 33 de la revista *Fragmentos*. Lo firmaba «A. Chejonté» y se conserva el recorte de la publicación original con la anotación del autor: «NB: No incluir en las obras completas». Otros títulos en español: «Medias azules».

MEMORIAS DE UN ILUSO. — «Из воспоминаний идеалиста» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 4 de julio de 1885, en el número 26 de *El despertador* con el título original «Incidente veraniego (De las memorias de un idealista)». Lo firmaba «El hermano de mi hermano». Se cambió el título mientras preparaban el segundo volumen de sus *Obras completas*, aunque finalmente no fue incluido. Otros títulos en español «De los recuerdos de un idealista».

MI «ELLA». — «Моя “она”» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en el número 22 de *El despertador* (6 de junio de 1885) con la firma «El hermano de mi hermano».

MI CHARLA CON EDISON. — «Моя беседа с Эдисоном» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 7 de diciembre de 1885, en el número 49 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo «El hombre sin bazo».

MI CHARLA CON EL JEFE DE CORREOS. — «Мой разговор с почтмейстером» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 15 de marzo de 1886, con la firma «A. Chejonté», en el número 11 de la revista *Fragmentos*.

MIS PRECEPTOS. — «Мой Домострой» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 26 de octubre de 1886, con el seudónimo «El hermano de mi hermano», en el número 42 de *El despertador*. Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas».

MIEDOS. — «Страхи» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó en la *Gaceta de San Petersburgo* (número 162), el 16 de junio de 1886. Tenía un subtítulo, «Cuento veraniego», y apareció con el seudónimo «A. Chejonté». Se incluyó en el segundo tomo de las *Obras completas* editadas por Marx.

MURALLA INFRANQUEABLE. — «Стена» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 21 de septiembre de 1885 en el número 38 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo «A. Chejonté». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov». Se incluyó, sin cambios, en el libro *Relatos abigarrados* (1886), y en vida de Chéjov se tradujo al serbocroata. Otros títulos en español: «El muro», «La pared».

NINOOKA. (Novela). — «Ниночка» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 4 de noviembre de 1885, en el número 303 de *Gaceta de San Petersburgo*, con la firma «A. Chejonté». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

OCASO DE UN ACTOR. — «Актёрская гибель» (Traducción: E.

Podgursky/Aguilar) se publicó en *Gaceta de San Petersburgo* (número 40), el 10 de febrero de 1886, con el seudónimo «A. Chejonté». Se incluyó en todas las ediciones del libro *Relatos abigarrados* (1886) y en el tercer tomo de *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al alemán.

PEQUEÑECES. — «Житейская мелочь» (Traducción: James y Marian Womack) se publicó el 29 de septiembre de 1886, bajo la firma «A. Chejonté», en el número 267 de *Gaceta de San Petersburgo*. Con algunas modificaciones se incluyó en el segundo volumen de las *Obras completas* de Marx. En 1888 Chéjov escribió otro cuento con el mismo título aunque para incluirlo en su libro *Gente sombría* de 1890 lo cambió por «Suceso desagradable». En vida de Chéjov se tradujo al alemán, polaco y checo. Otros títulos en español: «Una pequeñez», «Asuntos cotidianos», «Pequeñeces de la vida».

PESADILLA. — «Кошмар» (Traducción: Víctor Gallego Ballester) apareció en la sección «Sábado» de *Tiempo nuevo*, el 29 de marzo de 1886, con la firma «An. Chéjov». Fue incluido en el libro *En el crepúsculo* de 1887, y en el tercer tomo de las *Obras completas* editadas por A. Marx. En vida de Chéjov se tradujo al finalandés.

POR CASUALIDAD. — «Пустой случай» (Traducción: Víctor Gallego Ballester) se publicó en *Tiempo nuevo* el 20 de septiembre de 1886, con la firma «A. Chéjov». Se realizaron pequeños cambios para incluirlo en el libro *En el crepúsculo* (1887) y en el tercer tomo de las *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al húngaro y serbocroata.

POR LA ESCALA SOCIAL. — «Вверх по лестнице» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 15 de junio de 1885 en *Fragmentos* (número 24) con la firma «El hombre sin bazo».

POR TELÉFONO. — «У телефона» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 19 de enero de 1886, en el número 3 de *El despertador*, con el seudónimo «El hermano de mi hermano». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

PRÓLOGO NECESARIO. — «Необходимое предисловие» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 20 de julio de 1885 en *Fragmentos* (número 29) con la firma «El hombre sin bazo». Otros títulos en español: «Un preámbulo necesario».

PSICÓPATAS. — «Психопаты» (Traducción: Luis Abollado) apareció en el número 275 de *Gaceta de San Petersburgo*, el 7 de octubre de 1885, con el seudónimo «A. Chejonté». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

PUNTOS DE VISTA SOBRE LA CATÁSTROFE DE LOS SOMBREROS. — «Мнения по поводу шляпной катастрофы» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 2 de octubre de 1885, en el número 39 de *El despertador*. Lo firmaba «El hermano de mi hermano».

¡QUÉ PÚBLICO! — «Ну, публика!» (Traducción: Víctor Gallego Ballester)

se publicó el 30 de noviembre de 1886 en el número 30 de la revista *Fragmentos*, bajo el seudónimo de «A. Chejonté». Se incluyó en el libro *Relatos abigarrados* de 1886, y en el segundo tomo de las *Obras completas* de A. Marx. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro, alemán, polaco, rumano, serbocroata, eslovaco y checo.

¿QUIÉN TIENE LA CULPA? — «Кто виноват?» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 20 de diciembre de 1886 en el número 51 de la revista *Fragmentos*, bajo el seudónimo «A. Chejonté».

QUIMERAS. — «Конь и трепетная лань» (Traducción: Luis Abollado) apareció en el número 219 de *Gaceta de San Petersburgo*, el 12 de agosto de 1885, con el subtítulo «Escena» y el seudónimo «A. Chejonté». Se recopiló en la primera edición de *Relatos abigarrados* de 1886, revisado y sin subtítulo, pero no en las siguientes. Además, se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov». En vida de Chéjov se tradujo al serbocroata.

RARA AVIS. — «Rara avis» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 19 de julio de 1886, con el seudónimo «Ruwer», en el número 29 de la revista *Fragmentos*.

REMEDIOS CASEROS. — «Домашние средства» (Traducción: Paul Viejo) se publicó en el número 49 de la revista *Fragmentos*, el 7 de diciembre de 1885, con la firma «El hombre sin bazo».

RÉQUIEM. — «Панихида» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 15 de febrero de 1886, en la sección «Sábado» de *Tiempo nuevo*, siendo el debut en esta publicación. Se incluyó en el libro *En el crepúsculo* (1887) y en las *Obras completas* de A. Marx. Chéjov envió el cuento con la firma «A. Chejonté», pero Suvorin, el editor, le solicitó permiso para publicarlo con su propio apellido. En vida de Chéjov se tradujo al húngaro, alemán, rumano, serbocroata y finlandés.

SANTA INOCENCIA. — «Святая простота» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en *Gaceta de San Petersburgo* (número 338) el 9 de diciembre de 1885. Lo firmaba «A. Chejonté». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov». Otros títulos en español: «La santa simpleza».

SEÑORAS. — «Дамы» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 19 de abril de 1886, con el subtítulo «Cuento» y la firma «A. Chejonté», en el número 16 de la revista *Fragmentos*. El subtítulo, junto a numerosos cambios, se eliminó al incluirlo en el primer tomo de las *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, alemán, polaco, serbocroata, checo y sueco. Otros títulos en español: «Las damas».

SIN EMPLEO. — «Без места» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 18 de noviembre de 1885 en el número 317 de *Gaceta de San Petersburgo*, con el seudónimo de «A. Chejonté». Se conserva el recorte de la publicación original con la

anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

TABLA DE RANGOS LITERARIOS. — «Литературная табель о рангах» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 10 de mayo de 1886, en el número 19 de *Fragmentos*, con la firma «El hombre sin bazo».

TARJETAS DE VISITA. — «Визитные карточки» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 4 de enero de 1886 en el número 1 de la revista *Fragmentos*, con el seudónimo «El hombre sin bazo».

TEMPORADA DE BODAS. — «К свадебному сезону» (Traducción: Paul Viejo) se publicó en la revista *Fragmentos* (número 39) el 28 de septiembre de 1885, después de que la censura lo prohibiera unos días antes. Apareció con el seudónimo «El hombre sin bazo».

TRISTEZA. — «Тоска» (Traducción: Jesús García Gabaldón) se publicó el 27 de enero de 1886, en el número 26 de *Gaceta de San Petersburgo*, bajo la firma «A. Chejonté». Fue incluido en la colección *Relatos abigarrados* de 1886 y en el tercer tomo de las *Obras completas* publicadas por A. Marx. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro, alemán, serbocroata, eslovaco, finlandés, checo y francés.

¡TSSSS!. — «Тccc!» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) apareció con la firma «A. Chejonté» en el número 46 de la revista *Fragmentos*, el 15 de noviembre de 1886. Además de en el primer tomo de las *Obras completas*, se incluyó también en el libro *Discursos inocentes* de 1887. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, alemán, rumano, serbocroata y sueco. Otros títulos en español: «¡Chist!», «Chiss...».

UN ACONTECIMIENTO. — «Событие» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 24 de noviembre de 1886 en el número 323 de *Gaceta de San Petersburgo*, con la firma «A. Chejonté». Se incluyó en el tercer tomo de las *Obras completas*, y en los libros *En el crepúsculo* (1887) y *Los niños* (1889), prácticamente sin cambios. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro, danés, serbocroata, checo, alemán, francés e inglés.

UN ANUNCIO. — «Реклама» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 22 de agosto en el número 33 de *El despertador*, bajo el seudónimo «El hermano de mi hermano».

UN CÍNICO. — «Циник» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 16 de diciembre de 1885 en el número 345 de la *Gaceta de San Petersburgo*, con el subtítulo «Escena» y firmado por «A. Chejonté». Tenía un título original, «las bestias», que la censura no permitió. Chéjov lo incluyó en el libro *Relatos abigarrados* (1886), sin subtítulo y con algunas correcciones.

UN DESCUBRIMIENTO. — «Открытие» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 25 de enero de 1886 en el número 4 de la revista *Fragmentos*, con la firma «A. Chejonté».

UN DÍA EN EL CAMPO. — «День за городом» (Traducción: Paul Viejo) se publicó en el número 135 de *Gaceta de San Petersburgo*, el 18 de mayo de 1886, con

la firma «A. Chejonté». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

UN DRAMA DE CAZA. — «Драма на охоте» (Traducción: Sergio Pitol) se publicó a lo largo de treinta y dos entregas en *Noticias del día* desde el 4 de marzo de 1884 al 25 de abril de 1885. Apareció con la firma de «A. Chejonté», a excepción de una entrega en la que aparecía sólo «Chejonté», tres como «Antosha Chejonté» y una última sin firma. En vida, Chéjov no lo volvió a publicar ni recopilar. Otros títulos en español: «Drama en la cacería», «Extraña confesión».

UN DRAMATURGO. — «Драматург» (Traducción: Paul Viejo) se publicó en el número 46 de la revista *El grillo*, el 27 de noviembre de 1886, con el seudónimo «El hombre sin bazo».

UN EMPRESARIO DEBAJO DEL DIVÁN. — «Антрепренер под диваном» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 21 de diciembre de 1885, con la firma «A. Chejonté», en el número 51 de la revista *Fragmentos*. Chéjov lo incluyó, con bastantes reducciones y cambios, en el primer tomo de las *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al alemán, polaco, serbocroata y checo.

UN HOMBRE CONOCIDO. — «Знакомый мужчина» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) apareció en el número 18 de la revista *Fragmentos*, el 3 de mayo de 1886. El título original era «Un poquito de dolor (Un suceso en la calle)» y lo firmaba «A. Chejonté». El 23 de junio también lo reprodujo, con algunas modificaciones, el periódico *Noticias del día*. Chéjov lo incluyó en el primer volumen de sus *Obras completas* editadas por A. Marx. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, húngaro, alemán, polaco, rumano, serbocroata y checo.

UN HOMBRE EXTRAORDINARIO. — «Необыкновенный» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó, bajo el seudónimo de «A. Chejonté», en el número 43 de la revista *Fragmentos*, con el título «El hombre del saco», que modificaría para publicarlo, ya con su nombre, en el número 12 de *Diario para todos*, en 1898. Se incluyó en el primer tomo de sus *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro.

UN HUÉSPED INQUIETANTE. — «Беспокойный гость» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 14 de julio de 1886, con la firma «A. Chejonté», en el número 190 de *Gaceta de San Petersburgo*. Con pequeños cambios, se incluyó en el tercer tomo de las *Obras completas*, y en el libro de 1887, *En el crepúsculo*. En vida de Chéjov se tradujo al húngaro, danés, alemán, serbocroata y eslovaco. Otros títulos en español: «El invitado inquieto».

UN NEGOCIANTE. — «Делец» (Traducción: Luis Abollado) apareció en el número 33 de la revista *Fragmentos*, el 17 de agosto de 1885. Lo firmaba «El hombre sin bazo».

UN PASO IMPORTANTE. — «Серьезный шаг» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 28 de junio de 1886, en el número 26 de la revista *Fragmentos*, bajo el

seudónimo «A. Chejonté».

UN PINGAJO. — «Тряпка» (Traducción: Luis Abollado) apareció en el número 331 de la *Gaceta de San Petersburgo*, el 2 de diciembre de 1885, con la firma «A. Chejonté». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

UN ZOQUETE ILUSTRADO. — «Интеллигентное бревно» (Traducción: Luis Abollado) se publicó en la *Gaceta de San Petersburgo* (número 169), el 23 de junio de 1885. Lo firmaba «A. Chejonté». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas. Ant. Chéjov».

UNA BRILLANTE PERSONALIDAD. — «Светлая личность» (Traducción: Paul Viejo) se publicó en la revista humorística *El grillo* (número 37), el 25 de septiembre de 1886, con el seudónimo «A. Chejonté».

UNA DESGRACIA. — «Несчастье» (Traducción: Luis Abollado) apareció en *Tiempo nuevo* el 16 de agosto de 1886, con la firma «An. Chéjov». Se incluyó, con correcciones, en el libro *En el crepúsculo* (1887) y en el tercer tomo de las *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al alemán, danés, serbocroata, eslovaco y checo. Otros títulos en español: «La desgracia».

UNA MALA NOCHE. — «Недобрая ночь (Наброски)» (Traducción: Ana López G.) se publicó el 3 de noviembre de 1886, en el número 302 de *Gaceta de San Petersburgo*, con el seudónimo «A. Chejonté». Se conserva el recorte de la publicación original con la anotación de Chéjov: «NB: No incluir en las obras completas».

UNA NOCHE EN EL CEMENTERIO. — «Ночь на кладбище» (Traducción: Luis Abollado) se publicó el 8 de enero de 1886 en el número 1 de la revista humorística *El grillo*, con la firma «A. Chejonté». En vida de Chéjov se tradujo al eslovaco.

UNA NOTA. — «Записка» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 28 de septiembre de 1885, en el número 39 de la revista *Fragmentos*, con la firma «El hombre sin bazo».

UNA PERRA CARA. — «Дорогая собака» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) se publicó el 9 de noviembre de 1885, con la firma «A. Chejonté», en el número 45 de la revista *Fragmentos*. Apareció también, sin permiso del autor y con el título «El perro» en la revista *El grillo*. Chéjov lo incluyó en su libro *Discursos inocentes* (1887) y en el primer volumen de las *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al húngaro, alemán, polaco, serbo— croata, checo y sueco.

UNA PROPUESTA. — «Предложение» (Traducción: Paul Viejo) se publicó el 23 de octubre de 1886, con el seudónimo «El hombre sin bazo», en el número 43 de la revista *El grillo*.

VANKA. — «Ванька» (Traducción: Jesús García Gabaldón) se publicó en la *Gaceta de San Petersburgo* (número 354), en la sección «Cuentos de Navidad», el 25

de diciembre de 1886, con el seudónimo «A. Chejonté». Se recogerá después tanto en el cuarto tomo de las *Obras completas*, como en los libros *Cuentos* (1888) y *Los niños* (1898). En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, danés, alemán, rumano, eslovaco y francés. No confundir con el cuento de mismo título publicado en 1884.

VEJEZ. — «Старость» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) apareció el 22 de noviembre de 1885, en el número 47 de la revista *Fragmentos*, firmado como «A. Chejonté». Se incluyó en el libro *Relatos abigarrados* y en las *Obras completas* de A. Marx, corrigiendo el final. En vida de Chéjov se tradujo al húngaro, alemán, rumano, serbocroata y finlandés.

VENGANZA. — «Местъ» (Traducción: E. Podgursky/Aguilar) apareció en el número 41 de la revista *Fragmentos*, el 11 de octubre de 1886. Lleva un subtítulo: «Vodevil cotidiano», y lo firmaba «A. Chejonté». Se incluyó en el primer tomo de las *Obras completas* y en el libro *Discursos inocentes* de 1887, sin cambios pero eliminando el subtítulo. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, alemán, polaco, serbocroata, eslovaco, checo y sueco. No confundir con el cuento de mismo título («Vil venganza» en esta edición) de 1882.

VIAJEROS DE PRIMERA. — «Пассажир 1-го класса» (Traducción: Luis Abollado) apareció en *Tiempo nuevo* el 23 de agosto de 1886. Lo firmaba «An. Chéjov» y en 1891 se incluyó en la segunda edición del libro *Relatos abigarrados*, así como en el cuarto tomo de las *Obras completas*. En vida de Chéjov se tradujo al búlgaro, alemán, húngaro, rumano y checo.

А. Никонте (Ан. П. Чехов).

ПЕСТРЫЕ РАЗСКАЗЫ.

Маркелу Форменскому
— Семину

от „железного его попузика“
Издание журналь Осколки.

А. Никонте

С.-ПЕТЕРБУРГ,
Типография Р. Катана Третья и др., № 10,
1886.

СПОРНИК «ПЕСТРЫЕ РАССКАЗЫ».
Титульные страницы первого издания
с автографом владельца М. Р. Семинского.

Portada de la primera edición de *Relatos abigarrados*.

НЕВИННЫЯ РѢЧИ

А. ЧЕХОНТЕ

(А. П. Чехова)

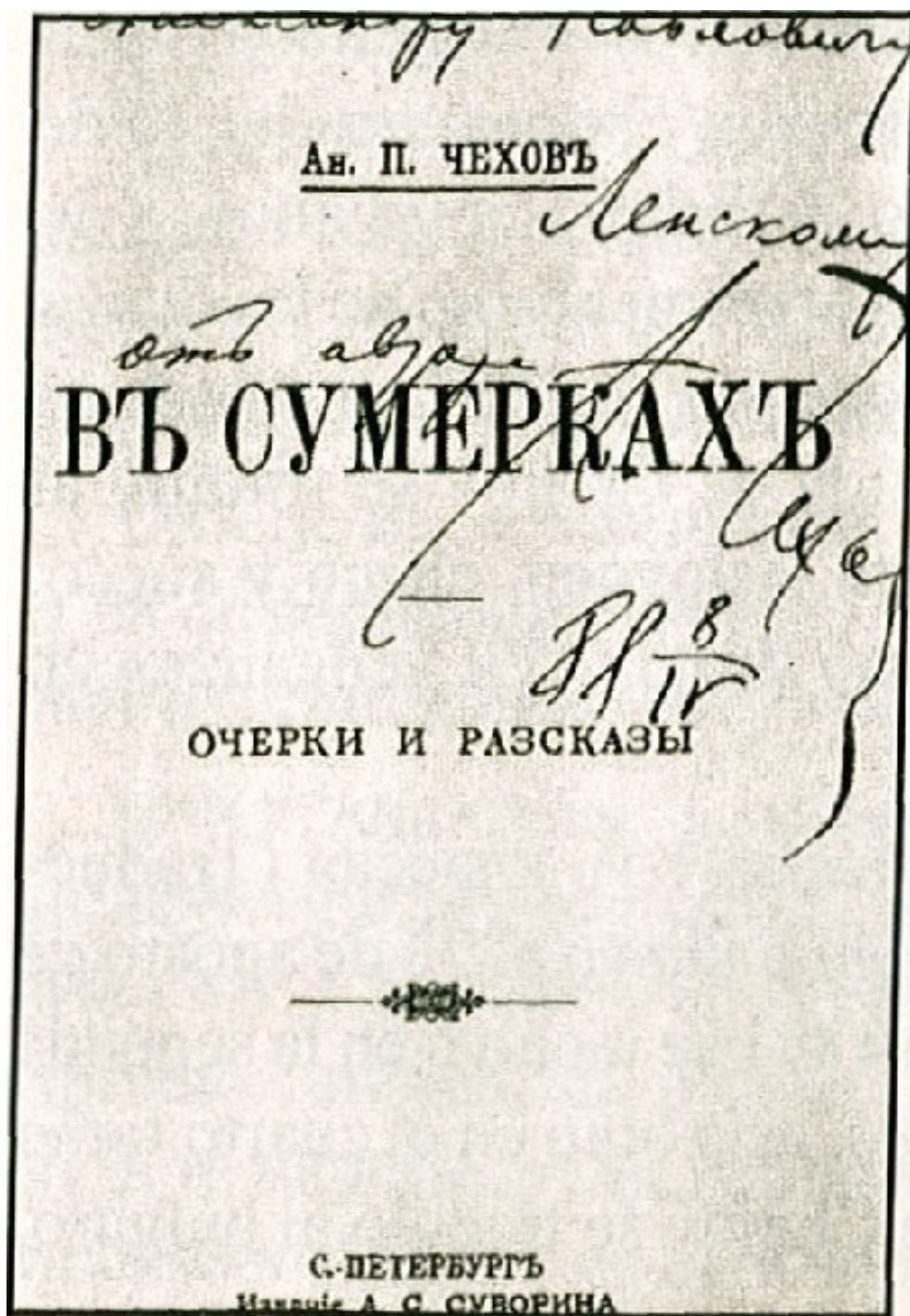


Издание Журнала „СВЕРЧОКЪ“.

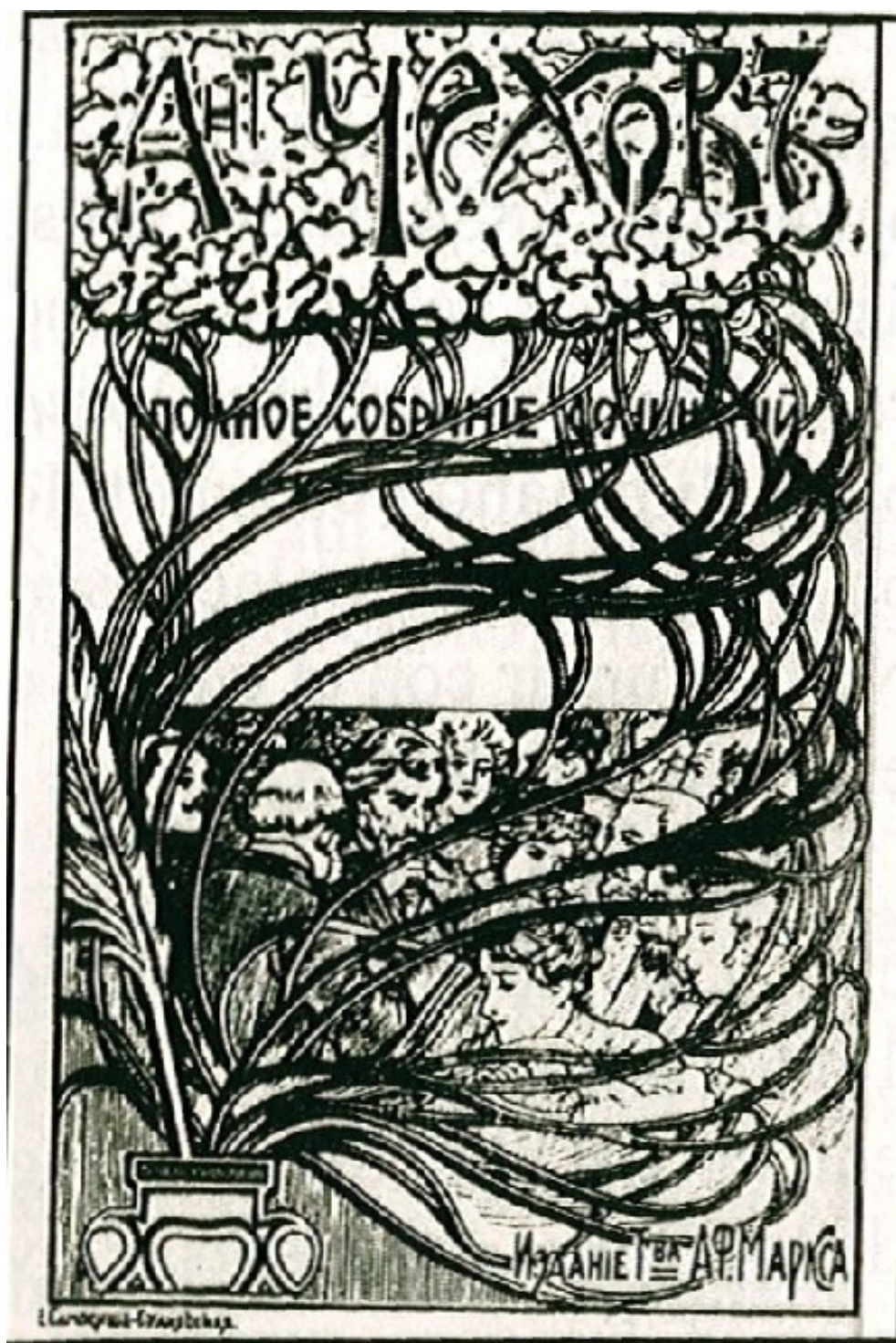
МОСКВА.

Типографія бр. Вернера, Арбата, дома Каринской.
1887 г.

Portada de la primera edición de *Discursos inocentes*.



Portada de la primera edición *En el crepúsculo*.



Portada de la primera edición de las *Obras completas* en la edición de A. Marx.

IV

RELACIÓN DE TRADUCTORES, FECHAS Y PUBLICACIONES DE LOS CUENTOS

Para facilitar la consulta y la ordenación de datos de los cuentos incluidos en el presente volumen, se ha confeccionado una tabla donde se recogen los nombres de los diferentes traductores que han participado en esta edición, la fecha de publicación original de los cuentos —que es el criterio por el que están ordenados en el interior del libro—, la revista o periódico donde se publicaron originalmente, así como el título del libro o antología donde el propio Chéjov los incluyó en vida.

Se proporcionan a continuación las claves de las diferentes abreviaturas utilizadas en el listado.

Revistas

DESP — *El despectador*
ENTR — *Entretenimiento*
ESPE — *El espectador*
FRAG — *Fragmentos*
GAZP — *Gaceta de San Petersburgo*
GRIL — *El grillo*
HOJA — *Hoja moscovita*
LAOL — *La ola*
LIBE — *La libélula*
LUZY — *Luz y sombras*
MOSC — *Moscú*
NOTI — *Noticias del día*
NUEV — *Tiempo nuevo*
PROV — *El provecho mundano*
SATI — *Hojilla satírica rusa*
SPUT — *Sputnik*

Libros

ABIG — *Relatos abigarrados* (Пестрых рассказов), 1886
CREP — *En el crepúsculo* (В сумерках), 1887
CUEN — *Cuentos* (Рассказы), 1888

INOC — *Discursos inocentes* (Невинныеречи), 1887

MELP — *Cuentos de Melpomene* (Сказки Мельпомены), 1884

NIÑ — *Los niños* (Детвора), 1889

TRAV — *Travesura* (Шалость) [No publicado], 1882

Traductores

[ABOL] — Luis Abollado Vargas

[CAST] — Sebastián Castro

[GGAB] — Jesús García Gabaldón

[LOPG] — Ana López G.

[MORI] — Juan López-Morillas

[OTER] — Fernando Otero Macias

[SPIT] — Sergio Pitol

[PODG] — E. Podgursky / A. Aguilar

[PORT] — René Portas

[VGAL] — Víctor Gallego Ballesterero

[VIDA] — Augusto Vidal

[VIEJ] — Paul Viejo

Título	Traductor	Fecha	Libro	Revista
Acerca de las mujeres	[VIEJ]	1886	FRAG	
Agafia	[VGAL]	1886	[CREP]	NUEV
Algo grave	[VIEJ]	1885	FRAG	
Amenaza	[ABOL]	1885	FRAG	
Aniuta	[VGAL]	1886	[ABIG]	FRAG
Apellido de caballo	[VGAL]	1885	GAZP	
Arte	[PODG]	1886	GAZP	
¡Ay, la muela!	[VIEJ]	1886	GRIL	
Bagatelas	[ABOL]	1885	FRAG	
Borrachera tenaz	[PODG]	1885	[INOC]	FRAG
Buena gente	[ABOL]	1886	NUEV	
Casas de campo	[ABOL]	1885	GAZP	
Champaña	[ABOL]	1886	FRAG	
Cieno	[VIEJ]	1886	[CUEN]	NUEV
Concurso	[ABOL]	1886	FRAG	
Consejos médicos	[VIEJ]	1885	DESP	
Cosas de Dargomizhski	[ABOL]	1885	DESP	

Cosas del sino	[ABOL]	1885	[ABIG]	FRAG
Cuestión de peces	[VIEJ]	1885	DESP	
Cultura general	[ABOL]	1885	GAZP	
De lodo un poco	[ABOL]	1885	FRAG	
Demasiados papeles	[VIEJ]	1886	FRAG	
Desdicha	[WOMA]	1885	[ABIG]	GAZP
Después del beneficio	[ABOL]	1885	GAZP	
Diplomacia	[ABOL]	1885	GAZP	
Disfrazados	[VIEJ]	1886	GAZP	
Dos periodistas	[ABOL]	1885	[ABIG]	FRAG
Drama	[VIEJ]	1886	GRIL	
El ahogado	[ABOL]	1885	GAZP	
El alcalde	[ABOL]	1885	GAZP	
El cazador	[VGAL]	1885	[ABIG]	GAZP
El consejero secreto	[PODG]	1886	[CUEN]	NUEV
El contrabajo y el flautista	[ABOL]	1885	GAZP	
El cuervo	[VIDA]	1885	FRAG	
El debut	[ABOL]	1886	GAZP	
El escritor	[PODG]	1885	GAZP	
El espejo	[PODG]	1885	[ABIG]	GAZP
El feliz mortal	[PODG]	1886	[INOC]	GAZP
El grajo	[VIEJ]	1886	FRAG	
El hombre	[VIEJ]	1886	FRAG	
El huésped	[ABOL]	1885	GAZP	
El inquilino	[ABOL]	1886	FRAG	
El malhechor	[GGAB]	1885	[ABIG]	GAZP
El marido	[PODG]	1886	FRAG	
El orador	[PODG]	1886	FRAG	
El padre de familia	[PODG]	1885	[ABIG]	GAZP
El pavo	[ABOL]	1885	GAZP	
El pensador	[PODG]	1885	[ABIG]	FRAG
El pianista	[ABOL]	1885	[ABIG]	DESP
El primer Don Juan	[ABOL]	1886	FRAG	
El signo de admiración	[PODG]	1885	[ABIG]	FRAG
El suboficial Prishibéiev	[GGAB]	1885	GAZP	
El talento	[PODG]	1886	FRAG	
El tedio de la vida	[LOPG]	1886	NUEV	
El timo	[VIEJ]	1885	FRAG	
El veneno	[VIEJ]	1886	FRAG	
En el camino	[PODG]	1886	[CREP]	NUEV

En el internado	[VIEJ]	1886	FRAG	
En el tribunal	[PODG]	1886	[CREP]	NUEV
En la farmacia	[ABOL]	1885	[ABIG]	GAZP
En la hacienda	[PODG]	1886	DESP	
En la oscuridad	[PODG]	1886	[ABIG]	GAZP
En la primavera	[PODG]	1886	GAZP	
En tierras extranjeras	[PODG]	1885	[ABIG][INOC]	FRAG
En un vagón	[VIEJ]	1885	FRAG	
Ensueños	[PODG]	1886	[CREP]	NUEV
¡Era ella!	[PODG]	1886	FRAG	
Estadística	[VIEJ]	1886	FRAG	
Exageró la nota	[VIDA]	1885	[ABIG]	FRAG
Falsarios	[ABOL]	1885	[ABIG]	FRAG
Fracaso		1886	FRAG	
Gente difícil	[ABOL]	1886	NUEV	
Gente sobrante	[PODG]	1886	[INOC]	GAZP
Grisha		1886	FRAG	
Guía para aquellos que quieren casarse	[VIEJ]	1885	FRAG	
Flistoria de un contrabajo	[PODG]	1886	FRAG	
Impresiones fuertes	[PODG]	1886	GAZP	
Intérprete de palabras para «señoritas»	[VIEJ]	1886	FRAG	
Iván Matveich	[VGAL]	1886	[ABIG]	GAZP
La boticaria	[GGAB]	1886	FRAG	
La broma	[GGAB]	1886	GRIL	
La bruja	[VGAL]	1886	[CREP]	NUEV
La cartera	[ABOL]	1885	DESP	
La ciudad más grande	[VIEJ]	1886	FRAG	
La cocinera se casa	[PODG]	1885	[ABIG][NIN]	GAZP
La conversación del borracho	[VIEJ]	1886	FRAG	
La corista	[GGAB]	1886	FRAG	
La lezna en el saco	[PODG]	1885	[ABIG]	FRAG
La Iota	[PODG]	1885	[ABIG]	GAZP
La noche de Pascua	[VGAL]	1886	[CREP]	NUEV
La obra de arte	[PODG]	1886	FRAG	
La suerte femenina	[PODG]	1885	[INOC][ABIG]	FRAG
La última mohicana	[PODG]	1885	[ABIG]	GAZP
Las botas	[PODG]	1885	GAZP	
Lengua imprudente	[PODG]	1886	FRAG	
Listado de personas con derecho	[VIEJ]	1886	FRAG	

Lo transitorio	[VIEJ]	1886	FRAG	
Los nervios	[VGAL]	1885	[INOC]	FRAG
Los niños	[PODG]	1886	[ABIG][NIN]	GAZP
Los simuladores	[VGAL]	1885	[ABIG]	FRAG
Los veraneantes	[PODG]	1885	FRAG	
Maestro	[PODG]	1886	NUEV	
Mártires	[PODG]	1886	GAZP	
Mártires del Año Nuevo	[ABOL]	1886	FRAG	
Matrimonios del futuro	[ABOL]	1885	DESP	
Medias rosas	[ABOL]	1886	FRAG	
Memorias de un iluso	[ABOL]	1885	DESP	
<i>Mari d'elle</i>	[ABOL]	1885	GAZP	
Mi «ella»	[ABOL]	1885	DESP	
Mi charla con Edison	[VIEJ]	1885	FRAG	
Mi charla con el jefe de correos	[VIEJ]	1886	FRAG	
Miedos	[PODG]	1886	GAZP	
Mis preceptos	[VIEJ]	1886	DESP	
Muralla infranqueable	[ABOL]	1885	[ABIG]	FRAG
Ninotchka	[ABOL]	1885	GAZP	
Ocaso de un actor	[PODG]	1886	[ABIG]	GAZP
Pequeñeces	[WOMA]	1886	GAZP	
Pesadilla	[VGAL]	1886	[CREP]	NUEV
Por casualidad	[VGAL]	1886	[CREP]	NUEV
Por la escala social	[ABOL]	1885	FRAG	
Por teléfono	[VIEJ]	1886	DESP	
Prólogo necesario	[ABOL]	1885	FRAG	
Psicópatas	[ABOL]	1885	GAZP	
Puntos de vista sobre la catástrofe...	[VIEJ]	1885	DESP	
¡Qué público!	[VGAL]	1885	[ABIG]	FRAG
¿Quién tiene la culpa?	[VIEJ]	1886	FRAG	
Quimeras	[ABOL]	1885	[ABIG]	GAZP
<i>Rara avis</i>	[VIEJ]	1886	FRAG	
Remedios caseros	[VIEJ]	1885	FRAG	
Réquiem	[PODG]	1886	[CREP]	NUEV
Santa Inocencia	[ABOL]	1885	GAZP	
Señoras	[PODG]	1886	FRAG	
Sin empleo	[ABOL]	1885	GAZP	
Tabla de rangos literarios	[VIEJ]	1886	FRAG	
Tarjetas de visita	[VIEJ]	1886	FRAG	
Temporada de bodas	[VIEJ]	1885	FRAG	

Tristeza	[GGAB]	1886	[ABIG]	GAZP
¡Tssss!	[PODG]	1886	[INOC]	FRAG
Un acontecimiento	[PODG]	1886	[CREP][NIÑ]	GAZP
Un anuncio	[VIEJ]	1885	DESP	
Un cínico	[ABOL]	1885	[ABIG]	GAZP
Un descubrimiento	[VIEJ]	1886	FRAG	
Un día en el campo	[VIEJ]	1886	GAZP	
Un drama de caza	[SPIT]	1884/85	NOTI	
Un dramaturgo	[VIEJ]	1886	GRIL	
Un empresario debajo del diván...	[PODG]	1885	FRAG	
Un hombre conocido	[PODG]	1886	FRAG	
Un hombre extraordinario	[PODG]	1886	FRAG	
Un huésped inquietante	[PODG]	1886	[CREP]	GAZP
Un negociante	[ABOL]	1885	FRAG	
Un paso importante	[VIEJ]	1886	FRAG	
Un pingajo	[ABOL]	1885	GAZP	
Un zoquete ilustrado	[ABOL]	1885	GAZP	
Una brillante personalidad	[VIEJ]	1886	GRIL	
Una desgracia	[ABOL]	1886	[CREP]	NUEV
Una mala noche	[LOPG]	1886	GAZP	
Una noche en el cementerio	[ABOL]	1886	GRIL	
Una nota	[VIEJ]	1885	FRAG	
Una perra cara	[PODG]	1885	[INOC]	FRAG
Una propuesta	[VIEJ]	1886	GRIL	
Vanka	[GGAB]	1886	[CUEN][NIÑ]	GAZP
Vejez	[PODG]	1885	[ABIG]	FRAG
Venganza	[PODG]	1886	[INOC]	FRAG
Viajeros de primera	[ABOL]	1886	[ABIG]	NUEV

NOTA A LA EDICIÓN

Para llevar a cabo esta edición se ha tomado como referencia la que todavía hoy sigue siendo la edición canónica de la obra chejoviana, Полное собрание сочинений и писем: В 30 т (*Obras completas y cartas en 30 tomos*), Moscú, Editorial Nauka, 1974-1983. Es en esa publicación donde se fijan definitivamente los textos y, sobre todo, se determinan cuáles de las colaboraciones de Chéjov son cuentos y cuáles no, algo que se ha respetado aquí. El mismo criterio cronológico de escritura es el que hemos mantenido, con las pocas excepciones que aparecerán en el último de los cuatro volúmenes, en un apéndice que reunirá dispersos, inéditos, inconclusos y atribuciones dudosas aún a día de hoy. Se ha consultado también la reedición actualizada de la citada anteriormente, Собрание сочинений в 15 томах (*Obra en 15 tomos*) editada por el Club del Libro de Moscú en 2010, así como Полное собрание: повестей, рассказов и юморесок (*Obra completa: relatos, cuentos y piezas humorísticas*), publicada en dos tomos por Alfa-Kniga en 2010. Imprescindible para seguir las últimas actualizaciones de los textos y recopilar mucha de la información ofrecida ha sido la Фундаментальная электронная библиотека «Русская литература и фольклор» (Biblioteca electrónica fundamental «Literatura y folclor ruso», < www.feb-web.ru>) y su fondo de obras digitalizadas.

A esta edición le acompaña en cada uno de los volúmenes un apartado explicativo sobre la procedencia de cada cuento publicado, con todos los detalles que se hayan podido recabar, así como varias tablas e índices con los que poder consultar toda la información posible: fecha, títulos originales, revistas donde aparecieron publicados, libros en los que se incluyó y, por supuesto, el nombre del traductor que se ha encargado de volcarlo al español. En muy pocos casos, cuando la traducción ya había sido publicada anteriormente, se han enmendado títulos o añadidos subtítulos que por diversas razones se habían omitido, y se ofrece en las notas títulos alternativos con los que el lector en español ha podido conocer esos mismos relatos para evitar confusiones o facilitar la localización.

Paul Viejo

Antón P. Chéjov
Cuentos completos
(1885-1886)



UN DRAMA DE CAZA

(BASADO EN UN HECHO AUTÉNTICO)

(Драма на охоте. Истинное происшествие)

Un buen día de mediados de abril de 1880 entró en mi despacho Andréi y con un misterioso susurro me dijo que en la antesala se encontraba un caballero que insistía en que le recibiera.

—Creo que es un funcionario —añadió—. Lleva en la gorra una insignia de colores.

—Dile que venga a verme en otra ocasión —le dije—. Hoy estoy muy ocupado. Dile que el jefe de redacción sólo recibe los sábados.

—Vino anteayer y preguntó por usted. Dice que se trata de un asunto importante. Suplica verlo casi con lágrimas en los ojos. Los sábados, según dice, no está libre. ¿No podría usted recibirlo?

Suspiré. Dejé la pluma en la mesa y me dispuse a recibir al hombre de la insignia. Los escritores incipientes y los tipos más excéntricos se sienten por lo general atraídos por la palabra «Redacción» y le hacen perder a uno un tiempo precioso. Una vez que el editor ha dicho «¡Hágalo pasar!», se levantan pausadamente, se suenan la nariz con toda parsimonia y se dirigen a la puerta con paso lento, lo cual le hace perder a uno un tiempo precioso. El hombre de la insignia, en cambio, no se hizo esperar. Apenas se había cerrado la puerta tras Andréi cuando apareció un hombre alto y fornido que llevaba unos papeles en una mano y una gorra con un distintivo en la otra.

El hombre que deseaba entrevistarse conmigo desempeña uno de los papeles más importantes de mi relato, por lo que me apresuraré a describirlo.

Era, como ya he dicho, alto y fuerte como un caballo de tiro. Todo en su aspecto denotaba salud y energía. El rostro era sonrosado, las manos grandes, los hombros anchos. Su musculatura y su espesa cabellera demostraban patentemente su salud. Debía de tener unos cuarenta años. Vestía con gusto: un traje de espesa lana a la última moda. Una gruesa cadena de oro adornaba su pecho; en su dedo meñique brillaba un diamante. Pero, lo que es más importante, y aun esencial en el protagonista de una novela o relato que se respete, era extraordinariamente guapo. Como no soy ni mujer ni pintor, entiendo muy poco de belleza masculina, pero el caballero de la insignia, con su cara larga y musculosa, me produjo una honda impresión. La nariz era la de un héroe griego, los labios delgados, los ojos azules y en cierto modo misteriosos, con ese «misterio» que puede verse en algunos animales pequeños cuando están apesadumbrados o enfermos. Algo importante, infantil,

resignado y dolorido... La gente astuta no tiene esos ojos...

Su rostro entero parecía transpirar candor y sinceridad. Si es cierto que la cara es el espejo del alma, yo podría haber jurado el mismo día que le conocí que el caballero de la insignia era incapaz de mentir. Podía hasta haber hecho una apuesta.

Si la habría ganado o no, es cosa que el lector sabrá más tarde.

Su cabellera y su barba, de color castaño, eran espesas y suaves como la seda. El cabello suave es señal de un alma tierna y sensible. Los criminales tienen en la mayoría de los casos una pelambre áspera. Si esto es cierto o no, es cosa que también sabrá el lector. Ni la expresión de su cara ni la suavidad de la barba podían compararse en delicadeza a los movimientos de su enorme cuerpo. Esos movimientos parecían denotar educación, cultura, gracia y, si se me permite el comentario, también cierto aire de afeminamiento. Mi protagonista no habría tenido que hacer más que un ligero esfuerzo para doblar una herradura o aplastar una lata de sardinas, y, sin embargo, ninguno de sus movimientos denotaba esa fuerza física. Podía asir el pomo de la puerta o el sombrero como si se tratara de una mariposa, delicada y cuidadosamente, como si apenas posara los dedos sobre esos objetos. Caminó silenciosamente y me estrechó la mano con suavidad. Al mirarlo, uno olvidaba que tenía la fuerza de Goliath y que con una sola mano podía levantar pesos que ni cinco hombres como Andréi, mi empleado, habrían podido mover. Al observar la ligereza de sus movimientos era imposible creer en su fuerza. Spencer habría podido definirlo como un modelo de gracia.

Al entrar en el despacho, se quedó confuso un instante. Su naturaleza delicada y sensible reaccionó ante mi rostro ceñudo y poco amable.

—¡Perdóneme, por el amor de Dios! —comenzó a decir con voz aterciopelada de barítono—. He venido a verlo a una hora indebida y lo he obligado a hacer conmigo una excepción. Está usted muy ocupado, lo sé. Pero, señor redactor, mañana debo emprender un viaje a Odessa por razones de negocios... Si hubiera podido posponer mi viaje hasta el sábado, le aseguro que no le habría pedido que hiciera esta excepción. Yo me someto a las reglas porque amo el orden...

«¡Cómo habla!», pensé mientras tendía una mano hacia la pluma, tratando de hacerle comprender con ese movimiento cuán ocupado me hallaba (hasta entonces ese tipo de visitantes siempre me había aburrido).

—No le robaré más que unos cuantos minutos —continuó mi héroe con tono de disculpa—. Pero antes permítame presentarme... Iván Petróvich Kamishev, abogado y antiguo juez de instrucción. No tengo el honor de pertenecer al círculo de los escritores; sin embargo, vengo a visitarle por razones estrictamente literarias. A pesar de que friso ya en los cuarenta, se encuentra ante usted un principiante... ¡Más vale tarde que nunca!

—Mucho gusto... ¿En qué puedo serle útil?

El hombre que se daba a sí mismo el título de principiante se sentó y dijo sin levantar los ojos del suelo:

—Le he traído una pequeña novela que me gustaría ver publicada en su periódico. Señor redactor, le diré con toda sinceridad que no he escrito esta novela para lograr celebridad como autor ni para recibir el elogio de los críticos. Ya no estoy en edad para esas cosas. Si me he aventurado en el camino de la literatura ha sido por razones puramente comerciales... Quiero ganar algún dinero... Por el momento no tengo ocupación alguna. Durante cinco años fui juez de instrucción en el distrito de S., pero ni hice fortuna ni conservé la inocencia...

Kamishev me miró con sus ojos bondadosos y sonrió cordialmente.

—El servicio es tedioso. Trabajé, trabajé hasta que no pude más y lo abandoné. Ahora no tengo ocupación. Hay días en que casi no puedo comer... Si a pesar de su poco valor publica usted mi historia, me hará un gran favor. Un periódico no es una institución filantrópica, ni un asilo de ancianos..., lo sé..., pero si fuera usted tan amable...

«¡Mientes!», pensé.

La cadena de oro y el anillo de diamantes no se correspondían con el hecho de escribir para ganar un mendrugo de pan. Por otra parte, una ligera nube ensombreció el rostro de Kamishev, lo que un ojo experimentado puede advertir solamente en las personas que rara vez mienten.

—¿Cuál es el tema de su obra? —le pregunté.

—¿El tema...? ¿Cómo decírselo...? El tema no es nuevo... Amor, un asesinato... Léala; usted mismo lo verá... Son las memorias de un juez de instrucción.

Debí de fruncir el ceño. Kamishev se me quedó mirando en plena confusión. Entrecerró los ojos, y luego continuó hablando de prisa:

—Mi novela está escrita en el estilo convencional de los viejos jueces de instrucción. En ella encontrará usted un hecho real... Todo lo que cuento sucedió ante mis ojos del principio al fin. No sólo fui testigo, sino también uno de los actores del drama.

—La verdad no interesa. No es importante haber visto un hecho para describirlo. Nuestros pobres lectores están hartos de Gaboriau y de Chkiliarevski. Están hartos de crímenes misteriosos, de detectives hábiles y de la extraordinaria sagacidad de los jueces de instrucción. El público lector, por supuesto, varía; yo le hablo del que lee mi periódico. ¿Cómo se llama su novela?

—Un drama de caza.

—¡Hmmm! No es serio, sabe usted... Y si he de decirle la verdad, tengo tal cantidad de material que me resulta imposible aceptar nuevos textos, por meritorios que sean.

—A pesar de todo, señor, le suplico que acepte mi manuscrito. Dice usted que no es serio..., pero es que resulta difícil encontrar un título para algo que uno ha visto. Por otra parte, ¿es posible que no pueda usted admitir que un juez de instrucción logre escribir algo seriamente?

Todo esto lo dijo Kamishev con balbuceos, mientras hacía girar un lápiz entre sus

dedos y se miraba la punta de los zapatos. Pronunció las últimas palabras de un modo muy confuso. Sentí pena por él.

—Muy bien, deje su novela —le dije—. Pero no le prometo leerla pronto. Tendrá usted que esperar.

—¿Mucho tiempo?

—No lo sé. Puede que un mes..., dos, o hasta tres.

—¿Tanto? Pero no me atrevo a insistir. Será como usted quiera...

Kamishev se levantó y tomó su gorra.

—Le agradezco que me haya recibido —dijo—. Vuelvo a mi casa lleno de esperanza. ¡Tres meses de esperanza! No quiero molestarlo más. Ha sido un honor conocerle.

—Tan sólo una palabra —le dije mientras hojeaba su voluminoso manuscrito escrito en una letra muy fina—. Escribe usted en primera persona. ¿Quiere eso decir que el juez de instrucción es usted mismo?

—Sí, pero con otro nombre. Mi papel en la historia es bastante escandaloso. No me atreví a poner mi propio nombre. ¿Así que dentro de tres meses?

—Sí, por favor. No antes.

—¡Buenas noches tenga usted!

El antiguo juez de instrucción se inclinó con una elegante reverencia, hizo girar con suavidad el picaporte y desapareció dejando su obra sobre mi mesa de trabajo. La tomé y la puse en un cajón.

La novela del apuesto Kamishev permaneció en el cajón de mi escritorio durante dos meses. En una ocasión en que dejé mi oficina para ir al campo me acordé de ella y la llevé conmigo.

En el tren abrí el manuscrito y comencé a leerlo por la mitad. Debo decir que me interesó. Esa misma tarde, a pesar de la fatiga, leí todo el relato desde las primeras frases hasta la palabra «fin», escrita con grandes y floridas letras. Por la noche volví a leer toda la novela y a la madrugada me paseaba de un extremo a otro de la terraza frotándome las sienes como para borrar una serie de dolorosos pensamientos. Se trataba de una idea penosa hasta un grado insoportable. Me parecía que, a pesar de no ser yo un magistrado de instrucción ni un psicólogo, había descubierto el terrible secreto de un hombre, y que, ante ese secreto, no sabía lo que debía hacer. Me paseé una y otra vez por la terraza tratando de restarle importancia a mi descubrimiento.

La historia de Kamishev no apareció en mi periódico por razones que al final explicaré. Encontraré al lector al final de este libro. Ahora le propongo que lea la obra de Kamishev.

Esta novela no tiene nada de notable. Algunos pasajes son muy largos y la narración es muy desigual. El autor recurre demasiado a frases efectistas. Es evidente que escribe por primera vez y que su pluma no es muy diestra. Pero el relato se deja leer con facilidad. Tiene una trama, un sentido oculto, y, lo que es más importante, es original, muy característico, y, por ciertas razones, *sui generis*. Con todos sus

defectos, tiene algunos valores literarios. Vale la pena leerlo. Helo aquí.

Un drama de caza

(Según las memorias de un juez de instrucción)

Capítulo 1^[1]

—¡El marido mató a su mujer! ¡Estúpidos! ¡Dame azúcar!

Estos gritos me despertaron. Me estiré y sentí una indisposición y pesadez indecibles en todos los miembros. A uno puede dormírsele un brazo o una pierna cuando se acuesta sobre ellos, pero en esa ocasión sentí que todo el cuerpo, de la cabeza a los pies, se me había paralizado. Una siesta en una atmósfera sofocante, entre el zumbido de moscas y mosquitos, más que reponerlo a uno le enerva y debilita. Roto, bañado en sudor, me levanté y me dirigí a la ventana. El sol, todavía alto, calentaba con el mismo ardor que tres horas atrás. Faltaban muchas aún para que se ocultase y diera paso a la frescura del crepúsculo.

—¡El marido mató a su mujer!

—¡Deja de mentir, Iván Démianich! —grité, dándole al loro un papirotazo en el pico—. Los maridos sólo matan a sus mujeres en las novelas y en los trópicos, donde hierven pasiones africanas. Nosotros ya tenemos suficientes horrores con los robos con agresión y las personas con pasaportes falsos.

—¡Robos con agresión! —repitió Iván Démianich con su pico ganchudo—. ¡Estúpidos!

—¿Qué podemos hacer? ¿Qué culpa tenemos los mortales de las limitaciones de nuestro espíritu? Por otra parte, Iván Démianich, tampoco tenemos la culpa de que con este calor los cerebros se licúen. Tú eres muy inteligente, pero no me cabe duda de que el calor te ha idiotizado.

A mi loro nadie le llama con los nombres que se acostumbran a dar a los pájaros, sino que se le conoce como Iván Démianich. Se le dio este nombre casi por casualidad. Un día en que Polikarp, mi criado, limpiaba la jaula hizo un descubrimiento que impidió que mi noble pájaro llevara un nombre típico de loro. Mi perezoso sirviente descubrió de pronto que el pico del pájaro se parecía de manera asombrosa a la nariz de Iván Démianich, el almacenero del pueblo. Y a partir de ese día el nombre y patronímico de nuestro almacenero quedaron unidos para siempre al loro. A partir de ese día, Polikaip y el resto del pueblo bautizaron al extraordinario pájaro con el nombre de Iván Démianich, incorporándolo así al género humano, en tanto que el almacenero perdió su propio nombre, pues en boca de la gente se convirtió, y así será llamado hasta el fin de sus días, en «el loro del juez».

Compré a Iván Démianich a la madre de mi predecesor, el juez de instrucción Pospelov, que había muerto poco antes de mi designación. Lo compré con los viejos muebles de roble, los trastos de cocina, y en general todos los bártulos que quedaron en la casa después de su muerte. Mis paredes están decoradas, aún ahora, con las fotos de sus familiares, y el retrato del anterior propietario cuelga sobre mi cama. El difunto, un hombre delgado y fuerte de bigote rojo y labios carnosos, no me quita la mirada de encima desde su deteriorado marco de nogal cada vez que me echo en la cama. No me interesa negar ni a los muertos ni a los vivos —si así lo desean— el placer de estar colgados en mis paredes^[2].

Iván Démianich sufría tanto por el calor como yo. Esponjaba las plumas, levantaba las alas y repetía las frases que le habían enseñado tanto mi predecesor como Polikarp. Para matar el tiempo, me dediqué a observar detenidamente los movimientos del loro, quien trataba laboriosamente, aunque sin éxito, de escapar de los tormentos del sofocante calor y de los insectos que poblaban sus plumas.

—¿A qué hora se despierta? —esas palabras, pronunciadas por una grave voz de bajo, me llegaron desde la antesala.

—Eso depende —respondió Polikarp—, Algunas veces se levanta a eso de las cinco; otras se queda dormido como un tronco hasta la mañana siguiente. Es natural: no tiene nada que hacer.

—¿Es usted su ayuda de cámara?

—Su criado. Ahora te ruego que dejes de molestarme. ¿No ves que estoy leyendo?

Me asomé a la antesala. Allí estaba Polikarp, tendido sobre el gran arcón rojo. Como de costumbre, leía un libro. Pegado a las páginas, los ojos soñolientos, Polikarp movía los labios y fruncía el ceño. Era evidente que le molestaba la presencia de un *muzhik* barbudo, de elevada estatura, que en vano trataba de continuar la conversación. Al aparecer yo, el *muzhik* se apartó del arcón e hizo una reverencia. Polikarp se incorporó con aire descontento, sin apartar los ojos del libro.

—¿Qué quieres? —le preguntó al campesino.

—Vengo de parte del conde, Excelencia. El conde le envía saludos y lo invita a presentarse de inmediato en su casa.

—¿Ha llegado el conde? —pregunté yo asombrado.

—Así es, Excelencia. Llegó ayer por la noche. Me pidió que le entregara una carta.

—Otra vez lo ha traído el diablo —gruñó Polikarp—. Hemos pasado sin él dos veranos tranquilos, y ahora va a volver a convertir el distrito en una pocilga. Nuevamente caerá la vergüenza sobre nosotros.

—Ten la lengua quieta. Nadie te ha pedido tu opinión.

—No necesito que me la pidan. Diré lo que me venga en gana. De nuevo vendrá usted a casa completamente borracho, o empapado por haber caído al lago con la ropa puesta. ¡Y tengo que limpiarla después! ¡Por lo menos tres días de trabajo!

—¿Qué hace ahora el conde? —le pregunté al *muzhik*.

—Estaba comiendo cuando me mandó aquí... Antes de comer estuvo pescando en el pabellón de baños... ¿Qué respuesta debo darle?

Abrí la carta y leí lo siguiente:

«Mi querido Lecoq: Si aún vives, gozas de buena salud y no te has olvidado de tu siempre ebrio amigo, no te entretengas ni un momento. Vístete y vuela a mi casa. Llegué anoche y ya estoy medio muerto de tedio. Te espero con una impaciencia sin límites. Quería ir yo mismo a buscarte y traerte a mi cubil, pero el calor me tiene aniquilado. Estoy sentado, abanicándome. Bueno, ¿cómo va tu vida? ¿Cómo se porta tu sabio Iván Démianich? ¿Aún peleas con el pedante de Polikarp? Por favor, date prisa en venir a contármelo todo.

Tuyo, A. K.».

No había necesidad de mirar la firma para reconocer la ebria, torpe y desdibujada escritura de mi amigo el conde Alekséi Karníéiev. La brevedad de la carta, sus pretensiones de jovialidad, hacían pensar que mi amigo, con su característica incapacidad mental, había roto muchas páginas antes de lograr redactar su misiva. Con astucia había evitado los adverbios, que eran elementos gramaticales que el conde difícilmente lograba dominar en una primera sentada.

—¿Qué respuesta debo dar, señor? —volvió a preguntarme el *muzhik*.

Tardé en responder, y creo que, en mi caso, todo hombre que poseyera una mente clara habría vacilado. El conde me quería y buscaba sinceramente mi amistad. Yo, por mi parte, no sentía el menor afecto hacia él; es más, me disgustaba. Por consiguiente, hubiera sido más honesto rechazar su trato de una vez por todas, en lugar de continuar con disimulos. Por otra parte, aceptar la invitación del conde significaba hundirme de nuevo en eso que Polikarp calificaba de «pocilga», lo que dos años atrás, durante la estancia del conde en sus propiedades, había quebrantado mi salud y dañado mi cerebro. Esa vida desordenada y extravagante, si no había logrado acabar del todo con mi organismo, por lo menos me había hecho célebre en la región.

Mi razón me decía la verdad; el recuerdo de lo vivido en un pasado bastante reciente hizo que se me encendiera la cara de vergüenza; mi corazón palpitó ante el temor de no poseer la suficiente fuerza de voluntad para rechazar la invitación del conde. La lucha no duró más de un minuto.

—Dale mis saludos al conde —le dije a su mensajero—, y agradécele que se haya acordado de mí... Dile que estoy muy ocupado y que... Dile que yo...

En el momento en que mi lengua iba a pronunciar un «no» definitivo, me sentí vencido por un súbito sentimiento de soledad. El hombre joven, lleno de vida, fuerza y deseos, que por un mandato del destino fue arrojado a esa aldea en medio de los bosques, quedó sobrecogido por un agudo sentimiento de angustia.

Recordé los jardines del conde, sus invernaderos riquísimos, sus senderos estrechos siempre en penumbra... Esos senderos, protegidos del sol por una bóveda de viejos tilos, me conocían muy bien, como también conocían a las mujeres que habían buscado mi amor en la penumbra... Recordé el lujoso salón y la deliciosa blandura de sus sofás de terciopelo, las espesas cortinas y mullidas alfombras, esa languidez tan amada por los animales jóvenes y sanos... Recordé mis audacias en la embriaguez, que no conocían límite alguno, mi orgullo satánico, mi desprecio a la vida. Todo mi cuerpo, fatigado de dormir, anheló de nuevo el movimiento...

—¡Dile que iré a verlo!

El *muzhik* hizo una reverencia y se alejó.

—De haberlo sabido, no habría dejado entrar a ese demonio —refunfuñó Polikarp, hojeando precipitadamente su libro.

—Deja en paz ese libro y ve a ensillar a Zorka —ordené con tono severo—. ¡Date prisa!

—¿Prisa? ¡Cómo no! Por supuesto que me daré prisa... Bueno fuera si él saliera en viaje de negocios, pero no, va a colocarse frente a los cuernos del mismo diablo.

Apenas se podía oír lo que mascullaba, y, sin embargo, lo decía con la suficiente claridad como para que llegara a mis oídos. Mi criado, después de pronunciar estas insolencias, se levantó sonriendo, esperando, al parecer, mi respuesta, pero yo fingí no haber escuchado sus palabras. El silencio era la mejor arma que yo podía usar contra Polikarp. Mi manera displicente de dejar pasar sin respuesta sus palabras venenosas lo desarma y le hace perder terreno. Mi silencio lo castiga con más eficacia que un golpe en la nuca o un estallido de palabras injuriosas... Cuando Polikarp salió al patio a ensillar a Zorka, eché una mirada al libro que mi urgencia le impedía seguir leyendo. Era *El conde de Montecristo*, la terrible novela de Dumas. Mi civilizado idiota lo lee todo, desde las listas de anuncios comerciales hasta los ensayos de Auguste Comte, que guardo en mi baúl, junto con otros libros que no he leído. Pero de toda esa masa de material impreso, lo que él prefiere son las novelas de acción trepidante y tramas terribles, con personajes célebres, venenos, pasillos subterráneos; todo lo demás lo considera una tontería. Un cuarto de hora después, los cascos de mi Zorka levantaban el polvo del camino que une la aldea con el palacio del conde. El sol comenzaba a ponerse, pero aún se sentía un pesado calor. El aire ardiente estaba seco e inmóvil, a pesar de que el camino bordeaba las orillas de un lago enorme. A la derecha estaba el agua; a la izquierda, el follaje primaveral de un bosque de encinas y, sin embargo, mis mejillas sufrían la sequedad de quien atraviesa el Sahara.

«¡Si se presentara una tormenta!», me dije, pensando con delicia en un buen aguacero.

El lago dormía tranquilamente. Ningún ruido respondía al resonar de los cascos de Zorka. Sólo de cuando en cuando el grito penetrante de una becada rompía el silencio funeral del gigante inmóvil... El sol parecía reflejarse en un espejo inmenso y desparramaba una luz cegadora que se extendía desde mi camino hasta los bancos

de la orilla opuesta.

La quietud parecía regir todas las formas de vida que pululaban a la orilla del lago. Los pájaros se habían ocultado; no se veía a los peces jugar en el agua, los grillos esperaban en silencio a que el tiempo refrescara. A veces, Zorka me llevaba a través de una espesa nube de mosquitos, y a lo lejos apenas podía ver los tres pequeños barcos del viejo Mijaíl, nuestro pescador, quien poseía todos los derechos de pesca sobre el lago.

No iba yo en línea recta, ya que debía seguir un camino en círculo que rodeaba el lago. Sólo en barco se hubiese podido ir directamente. Quienes van por tierra tienen que hacer un enorme desvío de unas ocho verstas. Sin perder de vista el lago, veía todo mi camino: la blanca arena, de la otra orilla, los huertos de cerezos en flor y, más allá aún, los techos del palomar del conde, lleno de palomas de múltiples colores, y, por encima de todo, el blanco campanario de la capilla condal.

Durante el viaje no hacía sino pensar en mis extrañas relaciones con el conde. Me hubiera gustado analizarlas y poner orden en mis ideas, pero, por desgracia, un análisis de esa naturaleza estaba por encima de mis posibilidades. Por más que pensaba en el asunto no lograba entender mi situación y al final llegué a la conclusión de que yo era un mal juez, no sólo de mí mismo, sino también de la humanidad en general. La gente que nos conocía al conde y a mí explicaba de diferentes maneras nuestras relaciones. Los espíritus estrechos afirmaban que el ilustre conde encontraba en el «pobre y poco distinguido» juez de instrucción un compañero ideal de borracheras. Según su corto entendimiento, yo, el autor de estas líneas, me arrastraba a los pies de la mesa del conde en busca de los huesos y migajas que cayeran al suelo. En su opinión, el ilustre millonario, blanco tanto del escándalo como de la envidia del distrito de S., era muy inteligente y liberal; de otra manera no podían comprender su condescendencia, que llegaba hasta la amistad con un magistrado indigente, y el genuino liberalismo que hacía que el conde tolerara mi tuteo. Otras personas, más inteligentes, se explicaban nuestra intimidad por nuestros comunes «intereses intelectuales». El conde y yo éramos de la misma edad. Habíamos cursado estudios en la misma universidad. Ambos estudiamos derecho, materia en la que nuestros conocimientos son más bien escasos. Los míos son parcos; el conde ahogó en alcohol lo poco que alguna vez supo. Ambos somos orgullosos y, por razones que sólo nosotros conocemos, despreciamos el mundo como auténticos misántropos. Nos es indiferente la opinión del mundo, es decir, la del distrito de S... Somos inmorales y seguramente terminaremos mal. Ésos eran los «intereses espirituales» que nos unían. Eso era todo lo que las personas que nos conocían podían decir de nuestras relaciones.

Habrían hablado de otra manera si hubiesen sabido cuán débil, suave y sumisa es la naturaleza de mi amigo el conde, y cuán fuerte y dura la mía. Y habrían añadido más si hubieran estado enterados de lo mucho que ese hombre endeble me quería y lo mucho que a mí me disgustaba. Fue él quien primero me ofreció su amistad y yo fui

el primero en hablarle de «tú», ¡pero con qué diferencia de tono! En un momento de embriaguez amistosa me había abrazado y pedido tímidamente que aceptara ser su amigo. Yo, saturado de desprecio y repugnancia, le respondí:

—¿No puedes dejar de decir estupideces?

Y aceptó ese tuteo como una expresión de amistad y a partir de ese momento nunca dejó de tratarme con el más honesto y fraternal afecto...

Sí, hubiera sido mejor y más decente volver grupas y retornar junto a Polikarp e Iván Démianich.

Más tarde lo pensé a menudo. ¡Cuántas desventuras podrían haberse evitado, cuántas desdichas no cargaría yo sobre mis hombros, cuánto bien se habría podido hacer a los vecinos si esa tarde hubiera tenido el valor de regresar, si mi Zorka, espantada, enloquecida, me hubiera alejado del lago! ¡Cuántos recuerdos dolorosos no me asaltarían ahora, forzándome en este momento a dejar la pluma y a oprimirme la frente! Pero no quiero anticiparme a los hechos. Más adelante, ya tendré ocasión de detenerme en cosas desgraciadas. Por ahora hablemos de cosas alegres.

Mi Zorka me condujo hasta la puerta cochera de la propiedad. Al llegar tropezó y yo, perdiendo los estribos, estuve a punto de caer.

—¡Mal presagio, señor! —me gritó un *muzhik* que estaba parado junto a la puerta de las caballerizas.

Yo creo que si un hombre se cae de un caballo puede desnucarse, pero no creo en supersticiones. Le di las riendas al *muzhik*, sacudí con la fusta el polvo de mis botas y me dirigí rápidamente hacia la casa. Nadie salió a mi encuentro. Todas las puertas y ventanas de la casa estaban abiertas y, sin embargo, el aire era pesado en el interior y flotaba un olor extraño. Era una mezcla de olor a cuartos largamente cerrados y el aroma agradable, pero fuerte y narcotizador, de las plantas que habían sido transportadas recientemente del invernadero a los salones... En el salón principal, sobre uno de los divanes, cubierto de seda azul muy pálido, había dos almohadones arrugados y, sobre una mesa redonda, un vaso contenía unas cuantas gotas de un líquido que exhalaba un aroma semejante al del bálsamo de Riga. Todo ello denotaba que la casa estaba habitada, pero no encontré a un solo ser viviente en las once habitaciones que atravesé. La misma soledad que encontré a orillas del lago reinaba en el interior de la casa...

Una puerta de cristal conducía al jardín desde el llamado «salón de los mosaicos». La abrí con ruido y bajé por las escaleras de mármol al jardín. Había dado unos cuantos pasos cuando encontré en uno de los senderos a Nastasia, una anciana de cerca de noventa, años, que había sido nodriza del conde. Esta vieja criatura pequeña y arrugada, olvidada por la muerte, calva y de ojos penetrantes, me hizo recordar que en la aldea la conocían con el nombre de «lechuza». Cuando me vio se echó a temblar y casi derramó el vaso de leche que llevaba en las manos.

—Buenos días, Lechuza —le dije.

Me lanzó una mirada de reojo, y sin decir palabra siguió su camino. La tomé por

un brazo.

—¿De qué te asustas, tonta? Dime, ¿dónde está el conde?

La anciana señaló su oído con un dedo.

—¿Estás sorda? ¿Desde cuándo no oyes?

A pesar de su provecta edad, la anciana oye y ve a la perfección, pero le resulta útil calumniar a sus sentidos. La amenacé con el índice y dejé que se marchara.

Caminé unos pasos más y oí voces masculinas. En el lugar donde el sendero se ensanchaba en un terraplén rodeado de bancos de hierro, bajo la sombra de altas y blancas acacias, había una mesa en la que resplandecía el samovar. Un grupo estaba sentado alrededor de la mesa y mantenía una viva conversación. Me acerqué despacio y, escondido tras un macizo de lilas, busqué con la vista al conde.

Mi amigo el conde Karniéiev tomaba el té sentado en una silla de caña de bambú llena de almohadones. Vestía una *robe de chambre* de ricos colores, la misma que le había visto dos años atrás, y estaba tocado con un sombrero de paja de Italia. Su rostro tenía una expresión concentrada y pesarosa, de manera que quien no lo conociera de antemano podría pensar que estaba aquejado por serias preocupaciones. El conde no había cambiado en absoluto desde la última vez que nos vimos, dos años atrás. Tenía el mismo cuerpo frágil y amojamado, los mismos hombros estrechos de tísico de los que sobresalía su pequeña cabeza pelirroja. Tenía la nariz roja como antes y las mejillas flácidas como harapos.

En esa cara no había nada que denotara fuerza, carácter o virilidad... Todo era débil, apático y blandengue. La única cosa importante allí era su gran bigote caído. Alguien le había dicho que ese bigote le sentaba muy bien, lo había creído y todas las mañanas observaba cuánto había crecido sobre sus pálidos labios. Ese bigote le daba el aspecto de un gato bigotudo y demasiado joven y enfermo.

Cerca del conde estaba sentado un obeso personaje desconocido para mí, de gran cabeza rapada y cejas espesas y negras. La cara era ancha y reluciente como un melón maduro. Llevaba un bigote más largo que el del conde. La frente era estrecha, los labios enjutos y apretados. Miraba al cielo con indolencia... Toda su apariencia era áspera, con la aspereza de la piel reseca. Su aspecto no era ruso. Sin chaqueta ni chaleco, aquel obeso individuo estaba en mangas de camisa, empapado en sudor. En lugar de té bebía agua de Seltz.

A una distancia respetuosa de la mesa se mantenía un hombre encorvado, de orejas muy separadas y nuca enrojecida. Era Urbenin, el administrador del conde. Para honrar la llegada del conde se había puesto una nueva chaqueta negra, que lo atormentaba. El sudor corría en torrentes por su rostro curtido. Cerca de él se hallaba el *muzhik* que me había llevado la carta. Sólo entonces advertí que era tuerto. Parecía una estatua; tieso, como si se hubiera tragado una estaca, esperaba ser interrogado.

—¡Kuzmá, merecerías ser azotado con tu propio látigo! —decía el mayordomo con su aterciopelada y grave voz de reproche, desgranando entre pausas cada una de sus palabras—. No es posible que las órdenes del amo se cumplan con tanto

descuido. Debiste haberle pedido que viniera en seguida o al menos haberle preguntado cuándo lo haría.

—Sí, sí, sí —exclamó el conde nerviosamente—. Debiste haberte informado de todo. Te ha dicho que vendrá, pero eso no basta. Lo necesito en seguida. ¡En este mismo instante! Le pediste que viniera, pero él no te ha entendido.

—¿Por qué esa prisa? —preguntó el hombre obeso.

—¡Necesito verlo!

—¡Sólo por eso! Por lo que a mí respecta, Alekséi, preferiría que ese juez se quedara hoy en su casa. No me siento con ánimo de recibir visitas.

Quedé atónito. ¿Qué significaba ese tono autoritario y patronal?

—Pero si no se trata de un huésped —dijo mi amigo con tono suplicante—, no te impedirá descansar de tu viaje. Te ruego que no le trates con demasiada ceremonia... Te va a gustar tan pronto como lo veas. Sé que os vais a hacer amigos en seguida.

Salí de mi escondite tras el macizo de lilas y me dirigí hacia la mesa. El conde me reconoció y su cara se iluminó con una sonrisa de alegría.

—¡Pero si está aquí!, ¡está aquí! —gritó, rojo de placer, y levantándose de la mesa—. ¡Qué bien que hayas venido!

Corrió hacia mí, me estrechó en sus brazos y sus largos bigotes rozaron varias veces mis mejillas. Sus besos fueron seguidos de prolongados apretones de manos y profundas miradas a los ojos.

—¡Serguéi! ¡No has cambiado nada! ¡Sigues siendo el mismo! ¡El mismo muchacho fuerte y hermoso! ¡Gracias por aceptar mi invitación y venir de inmediato!

Cuando me libré de las efusiones del conde, saludé al administrador, a quien conocía de tiempo atrás, y me senté a la mesa.

—¡Ay, palomito mío! —continuó el conde en tono excitado y ansioso—, ¡si supieras cuánto me reconforta ver tu cara seria otra vez! Pero no os conocéis, ¿verdad? Permíteme presentarte a mi buen amigo Gaetan Kazimirovich Pchejotski. Y éste —continuó, dirigiéndose a su obeso acompañante— es mi amigo, mi viejo amigo, Serguéi Petrovich Zinoviev. Nuestro juez de instrucción.

El hombre gordo, de cejas negras, apenas se incorporó y me tendió su enorme mano bañada en sudor.

—Mucho gusto —masculló, observándome de pies a cabeza—. Mucho gusto.

Terminadas las presentaciones, el conde me sirvió un vaso de té frío, rojizo, y me tendió una lata de bizcochos.

—¡Pruébalos...! Al pasar por Moscú entré en la tienda de Einam a comprarlos. No sabes lo enojado que estoy contigo, Seriosha. Quería pelearme contigo... No sólo no me has escrito una sola línea durante estos dos últimos años, sino que tampoco te has dignado contestar ninguna de mis cartas. Eso no es propio de un amigo.

—No sé escribir cartas —dije—. Por otra parte, no tengo tiempo para escribirlas. Además, ¿de qué iba yo a escribirte?

—¿Han sucedido pocas cosas?

—La verdad, ninguna. Yo sólo admito tres clases de cartas: las de amor, las de felicitación y las de negocios. Las primeras no podía escribírtelas ya que no eres una mujer y yo no estoy enamorado de ti; las segundas no las necesitas, y las terceras son imposibles, ya que desde nuestro nacimiento no han existido posibilidades de negocios entre nosotros.

—En el fondo tienes razón —dijo el conde, que siempre compartía la opinión de los demás—, pero, de cualquier manera, podías haberme escrito, aunque fuera una línea. Además, Piotr Yegórich me ha dicho que en estos dos años nunca has venido por aquí, como si vivieras a mil verstas, o despreciaras mi finca. Podrías haber venido a cazar... Muchas cosas debieron pasar aquí durante mi ausencia.

El conde habló mucho y atropelladamente. Una vez que se lanzaba sobre un tema, era tan infatigable para emitir sonidos como mi loro Iván Démianich. Ésa era una de las cosas que más insoportables me resultaban en él. En esa ocasión fue callado por su mayordomo, Ilyá, alto y delgado, enfundado en una librea vieja y manchada, quien traía una bandeja de plata con una copa de vodka y un vaso de agua. El conde bebió el vodka de un trago, se enjuagó la boca con el agua y luego meneó la cabeza como si estuviera ardiendo.

—Por lo que veo, no has perdido la costumbre de llenarte de vodka —le dije.

—No, Seriosha, no la he perdido.

—Bueno, al menos deberías abandonar la costumbre de hacer gestos y menear la cabeza. Es muy desagradable.

—Todo eso lo dejaré, querido. Los médicos me han prohibido la bebida. Si bebí ahora es porque es perjudicial cortar un hábito de golpe. Hay que hacerlo progresivamente.

Miré el rostro ajado y enfermo del conde, la copa vacía, al mayordomo con sus zapatos amarillos, al polaco de cejas negras, quien desde el primer momento me pareció, sin que supiera bien por qué, un canalla y un estafador, y finalmente al *muzhik* tuerto, duro y silencioso, y experimenté un profundo sentimiento de temor y ansiedad... Repentinamente deseé abandonar ese ambiente turbio, declararle al conde mi aversión sin límites. Estuve a punto de levantarme e irme. Pero no lo hice. Me lo impidió (me da vergüenza confesarlo) una oleada de pereza física.

—Dame también a mí un vaso de vodka —le dije a Ilyá.

Largas sombras comenzaban a extenderse sobre el sendero y el terraplén en el que estábamos sentados.

El croar de las ranas, el graznido de los cuervos y el silbido de la oropéndola anunciaban la puesta del sol. Una alegre noche estaba empezando.

—Dile a Urbenin que se siente —le murmuré al conde—. Está de pie ante ti como si fuera un niño.

—Ah, no lo había advertido. ¡Piotr Yegórich, siéntate si quieres! ¿Por qué estás ahí parado?

Urbenin se sentó, dirigiéndome una mirada de gratitud. Siempre lo había visto

sano y alegre, pero ese día me pareció enfermo y afligido. Sus rasgos parecían ajados y sus ojos dormidos miraban todo con una gran pereza.

—Bueno, Piotr Yegórich, ¿qué hay de nuevo por acá? Algunas muchachas bonitas, ¿eh? —le preguntó Karníéiev—. ¿Hay alguna especial..., alguna fuera de lo común?

—No hay ninguna novedad, Excelencia.

—¿Estás seguro de que no hay ninguna nueva muchacha atractiva, Piotr Yegórich?

El administrador enrojeció de vergüenza.

—No lo sé, Excelencia..., yo no me ocupo de esas cosas...

—Hay, Excelencia —irrumpió por vez primera la voz del *muzhik* tuerto—, algunas que valen la pena.

—¿Hermosas?

—Las hay de todos los tipos, Excelencia, para todos los gustos, las hay morenas, rubias, de todas las pelambres.

—Oh, espera, espera..., ahora me acuerdo de ti, mi antiguo Leoporello, una especie de secretario para ciertos menesteres. Te llamas Kuzmá, ¿verdad?

—Sí, Excelencia.

—Ya me acuerdo, ya me acuerdo... Bueno, ¿qué tienes en vista? Campesinas, ¿no es cierto?

—Sí, siervas sobre todo, pero también hay algo más fino.

—¿Dónde has encontrado esas finuras? —preguntó Ilyá, volviendo los ojos hacia Kuzmá.

—En Pascua llegó la cuñada del cartero a quedarse en su casa... Nastasia Ivanovna... Una muchacha muy bien formada. Me hubiera gustado acercarme a ella, pero para eso se necesita dinero. Tiene mejillas como duraznos, y todo lo demás es de primera. Pero hay algo todavía mucho mejor, Excelencia. Podría decirse que lo ha estado esperando. Es joven, aterciopelada, sana. Ni siquiera en Petersburgo encontraría su Excelencia una belleza igual.

—¿Quién es?

—Olenka, la hija del guardabosque Skvorotsov.

La silla de Urbenin crujió bajo su peso. Con las manos apoyadas en la mesa y el rostro purpúreo, el administrador se levantó despacio y miró al tuerto. Su cólera aumentaba por momentos.

—¡Muérdete la lengua, siervo! —gritó—. ¡Gusano tuerto! Di lo que quieras, pero no te atrevas a tocar a la gente respetable.

—No estoy hablando de usted, Piotr Yegórich —dijo Kuzmá, imperturbable.

—¡No se trata de mí, imbécil! —continuó Urbenin, y luego dijo, dirigiéndose al conde—: Suplico a su Excelencia que le prohíba a su Leoporello, como lo ha llamado, ejercer sus actividades entre personas dignas de todo respeto.

—Yo no entiendo... —dijo el conde con toda ingenuidad—. No ha dicho nada

que sea ofensivo.

Insultado y ofendido en extremo, Urbenin se alejó de la mesa. Con los brazos cruzados y los ojos bajos, escondió detrás de unas ramas su cara enrojecida. ¿Sospecharía que en un futuro próximo su sentido moral iba a sufrir injurias mil veces más atroces?

—No comprendo qué ha podido ofenderlo —murmuró el conde—. ¡Qué hombre más raro! No se ha dicho nada ofensivo.

Después de dos años de vida sobria, el vaso de vodka me mareó ligeramente. Una sensación de bienestar y de placer se insinuó en mi cerebro y en mi cuerpo. A la vez, sentía la brisa fresca que, poco a poco, reemplazaba al calor del día. Propuse que diéramos un paseo. Trajeron de la casa las chaquetas del conde y de su nuevo amigo el polaco y comenzamos a caminar. Urbenin nos seguía.

Los jardines del conde son tan hermosos que merecen una descripción particular. Desde todo punto de vista son los más ricos y de mayor colorido que haya visto jamás. Además de los senderos ya mencionados, con sus verdes cúpulas, es posible encontrar en ellos una serie de exquisiteces y caprichos que los hacen placenteros. Se encuentra en ellos toda clase de frutas nacionales o extranjeras, comenzando por las cerezas silvestres y las ciruelas para terminar con albaricoques del tamaño de un huevo de oca. Hay toda clase de árboles frutales, hasta olivos, a cada paso. Hay grutas semidestruidas y cubiertas de musgo, fuentes, pequeños lagos llenos de peces dorados y de carpas, colinas, bosquecillos y costosos invernaderos... Todo este raro mundo de lujos fue construido por los abuelos y padres del conde; toda esa riqueza de rosales enormes, de poéticas grutas e interminables senderos y avenidas fue poco a poco abandonada e invadida por la maleza, destruida por el hacha de los ladrones y por los cuervos que han hecho sus nidos en las ramas de árboles exóticos. El legítimo propietario de este jardín caminaba a mi lado sin que un solo músculo de su rostro se moviera ante la vista de ese lamentable abandono, como si él no tuviera ninguna relación con aquellos jardines. Sólo en una ocasión, por decir algo, le comentó a Urbenin que sería bueno echar arena en los caminos. Advertía la ausencia de arena que no le hacía falta a nadie y, sin embargo, no reparaba en los árboles desnudos que se habían congelado en los duros inviernos anteriores, ni en las vacas que ramoneaban en medio del jardín. En respuesta a su comentario, Urbenin dijo que se necesitarían diez hombres para poner el jardín en orden y que como el señor no habitaba el lugar, le parecía que ese gasto sería un lujo innecesario. El conde, como era su costumbre, estuvo de acuerdo.

—Además, debo confesar que no tengo tiempo para ello —dijo Urbenin haciendo un movimiento con la mano—. Paso el verano en los campos y el invierno en la ciudad vendiendo el grano. ¡Aquí no hay tiempo para jardines!

La avenida principal del jardín, bordeada de altos tilos y de macizos de magnolias, terminaba a lo lejos en una mancha amarilla. Era un pabellón de piedra amarilla donde antes había un comedor, un billar, un juego de bolos y otros

entretenimientos. Caminamos sin objeto alguno hacia aquella edificación. A la entrada nos recibió algo vivo que estremeció enormemente a mi nada valiente amigo.

—¡Una serpiente! —gritó el conde, asiéndome la mano y palideciendo—. ¡Mira!

El polaco retrocedió unos pasos y luego se quedó petrificado, agitando tan sólo los brazos como si espantara fantasmas. En una de las semidestruidas gradas de piedra había una víbora de una especie muy extendida en Rusia. Al vernos, levantó la cabeza e hizo un movimiento. El conde lanzó otro grito y se escondió detrás de mí.

—No tema, Excelencia —dijo Urbenin y colocó un pie en el primer escalón.

—¿Y si nos ataca?

—No nos atacará. Además, se ha exagerado mucho el peligro de la mordedura de estos bichos. En una ocasión me mordió una serpiente muy grande y, como usted puede ver, no me mató. El aguijón humano es mucho peor que el de las serpientes —moralizó Urbenin, exhalando un profundo suspiro.

En efecto, apenas el administrador llegó al segundo o tercer escalón, la serpiente se estiró y desapareció en una grieta entre las piedras. Cuando entramos al pabellón vimos otra criatura viviente. Tendido sobre una vieja mesa de billar estaba un viejecito con chaqueta azul, pantalones a rayas y una gorra de *jockey*. Dormía dulce y apaciblemente. Alrededor de su nariz y de su boca desdentada revoloteaban las moscas. Flaco como un esqueleto, con la boca abierta, totalmente inmóvil, parecía un cadáver que hubiera sido transportado a esa mesa para efectuarle la autopsia.

—¡Franz! —dijo Urbenin, sacudiéndolo por el codo—. ¡Franz!

A la quinta o sexta llamada, Franz cerró la boca, se levantó, nos miró y se volvió a acostar. Al momento, su boca se abrió nuevamente y las moscas comenzaron a rondar sobre él para ser espantadas, sólo de cuando en cuando, por sus ronquidos.

—¡Se ha vuelto a dormir! ¡Es un cerdo depravado! —comentó Urbenin.

—¿No es Trischer, nuestro jardinero? —preguntó el conde.

—El mismo. Todos los días es igual... Duerme como un muerto durante el día y se pasa la noche en blanco jugando a las cartas. Me han dicho que anoche estuvo jugando hasta las seis de la mañana.

—¿Así que estos señores suelen trabajar de esta manera? Se les paga para que no hagan nada.

—No lo dije por quejarme —se apresuró a aclarar Urbenin—. Me da pena este hombre, esclavo de una pasión. Sin embargo, cuando trabaja lo hace muy bien; no roba su salario.

Miramos nuevamente al jugador y salimos. Dimos la vuelta por un sendero y nos dirigimos hacia el campo.

Hay pocas novelas en que la puerta del jardín no juegue un papel importante. Si ustedes no lo han advertido, pueden preguntárselo a mi sirviente Polikarp, que en el transcurso de su vida ha engullido multitud de novelas terribles, y él, sin duda, confirmará este hecho insignificante pero característico.

Mi novela tampoco prescinde de la puerta del jardín. Pero mi portezuela entraña

una diferencia, ya que mi pluma hará pasar por ella a mucha gente desgraciada y a muy poca dichosa. Y lo peor de todo es que tendré que describir esta puerta no como un novelista, sino como juez de instrucción. Esta puerta será franqueada, en mi novela, por más criminales que enamorados.

Apoyándonos en nuestros bastones, llegamos al cabo de un cuarto de hora a una colina llamada la «Tumba de piedra». En los pueblos vecinos corre la leyenda de que bajo este montículo de piedra reposan los restos de un Kan tártaro, quien, temiendo que el enemigo profanara sus cenizas después de su muerte, ordenó que se construyera un monte rocoso sobre su cadáver.

Desde la cima del solitario montículo vimos el lago en toda su indescriptible belleza. El sol se había puesto, pero dejaba tras de sí una cinta purpúrea que teñía el cielo de un agradable color naranja. La propiedad del conde con su mansión, sus casas de servicio, iglesia y jardines yacía a nuestros pies y, en la otra parte del lago, la pequeña aldea donde el destino me había llevado a vivir adquiría a la distancia un color grisáceo. Como antes, la superficie del lago parecía no moverse. Las barcas del viejo Mijaíl regresaban a la orilla.

Sólo el conde y yo habíamos trepado a la colina. Urbenin y el polaco, más pesados, habían preferido esperarnos en el camino.

—¿Quién es ese aguafiestas? —le pregunté al conde, señalando al polaco—. ¿De dónde lo sacaste?

—Es una persona muy agradable, Seriosha, muy agradable —dijo el conde con voz agitada—. Pronto serán ustedes muy buenos amigos.

—No lo creo. ¿Por qué casi no habla?

—Es silencioso por naturaleza. Pero es un hombre muy inteligente.

—¿Qué clase de hombre es?

—Lo conocí en Moscú. Es muy agradable. Te lo contaré todo después, Seriosha; ahora no me hagas preguntas. Es hora de que bajemos.

Bajamos y caminamos hacia el bosque. Oscurecía. El grito de un cuclillo y el tembloroso canto de un ruiseñor extenuado llegaron del bosque.

—¡Aver, a ver si me alcanzas! —oímos que decía una voz infantil en el interior del bosque.

Una niña como de unos cinco años, con el pelo blanco como el lino y un vestido azul claro, salió del bosque. Cuando nos vio, corrió hacia Urbenin y se abrazó a sus rodillas. Urbenin la levantó y la besó en las mejillas.

—Mi hija Sasha —dijo—. Os la presento.

Después de Sasha salió corriendo del bosque un chico de unos quince años, el hijo de Urbenin. Al vernos se quitó la gorra, vaciló, se la puso para nuevamente volver a quitársela. Detrás del colegial apareció, caminando con lentitud, una figura roja que en seguida atrajo nuestra atención.

—¡Qué maravillosa aparición! —exclamó el conde, apretándome la mano—. ¡Mira, qué encantadora! ¿Quién es? Ignoraba que mis bosques estuvieran poblados

por tales náyades.

Miré a Urbenin para preguntarle quién era la muchacha y sólo entonces advertí que estaba totalmente ebrio. Rojo como un cangrejo, me tomó del brazo y me dijo al oído:

—Serguéi Petróvich, se lo suplico —sentía yo cerca de mí el vaho de alcohol—, impida usted que el conde siga haciendo comentarios sobre esta muchacha. Él acostumbra a decir inconveniencias y ésta es una muchacha honorable.

La muchacha «honorable» era una chica de unos diecinueve años, con una deliciosa cabellera rubia peinada en rizos y unos ojos azules bondadosos. Llevaba un vestido color escarlata que no era ya el de una niña, pero tampoco el de una mujer. Sus piernas, espigadas como agujas, cubiertas con medias rojas, terminaban en unos pies calzados con zapatos casi infantiles. Miré sus hombros bien redondeados y ella los encogió con coquetería, como si tuviera frío o como si mi mirada se los mordiera.

—¡Tan joven de cara y tan desarrollada de curvas! —exclamó el conde, que había perdido desde joven la facultad de respetar a las mujeres y no podía verlas desde ningún otro punto de vista que no fuera el de una bestia sensual.

Recuerdo que un buen sentimiento se encendió en mi pecho. Yo era aún un poeta, y en medio de un bosque, en una tarde de primavera, bajo el tímido resplandor de las estrellas, no podía mirar a una mujer sino como un poeta. Miré a «la muchacha de rojo» con la misma veneración con que acostumbraba yo mirar las montañas, los bosques, el azul del cielo. Aún me quedaban vestigios del sentimentalismo que había heredado de mi madre alemana.

—¿Quién es? —preguntó el conde.

—Es la hija de nuestro guardabosques Skvorotsov, Excelencia —respondió Urbenin.

—¿Es la Olenka de quien hablaba el tuerto?

—Sí, la misma —respondió el administrador, mirándome con ojos implorantes.

La muchacha de rojo dejó que pasáramos a su lado sin concedernos la más mínima atención. Sus ojos miraban hacia otro lado, pero yo, que conozco a las mujeres, sentí que me observaba furtivamente.

—¿Cuál de ellos es el conde? —oí que murmuraba a nuestras espaldas.

—El del bigote largo —respondió el colegial.

Escuché una risa cantarína detrás de nosotros. Era una risa de desencanto. Sin duda la muchacha había creído que el conde, el propietario de esos inmensos bosques y del lago, era yo, y no el pigmeo de rasgos alcohólicos y bigote caído.

Un profundo suspiro salió del pecho de Urbenin. Aquel hombre de acero apenas podía moverse.

—Dile al administrador que se retire —aconsejé al conde—. Está enfermo o borracho.

—Piotr Yegórich, me parece que estás enfermo —le dijo el conde a Urbenin—. Puedes retirarte; no te necesito.

—Su Excelencia no necesita preocuparse por mí. Gracias por sus intenciones, pero no estoy enfermo.

Miré hacia atrás. La figura roja permanecía inmóvil, pero no nos quitaba la mirada de encima.

¡Pobre cabecita rubia! ¿Hubiera podido yo pensar esa tranquila noche de mayo que ella iba a ser la heroína de mi tempestuoso relato?

Escribo estas líneas mientras la lluvia de otoño golpea los cristales y el viento aúlla. Miro la negra ventana y, sobre un fondo de tinieblas, trato de evocar por medio de la imaginación la imagen encantadora de mi heroína. Veo su rostro ingenuo, infantil, bondadoso y sus ojos cuajados de amor, y siento entonces deseos de arrojar la pluma y quemar lo que hasta aquí llevo escrito.

Al lado del tintero tengo su fotografía. Veo su rostro menudo en toda la vana majestuosidad de una hermosa mujer que ha caído hasta lo más bajo. Sus ojos lánguidos, pero orgullosos de su corrupción, están inmóviles. Es la serpiente, a cuya ponzoña se había referido Urbenin en términos un tanto exagerados.

Ella provocó la tempestad y la tempestad la arrancó de cuajo. Mucho recibió, pero lo pagó a un precio muy alto. ¡Que el lector le perdone sus pecados!

Caminamos un rato a través del bosque.

El silencio comenzó a resultarnos monótono. Los pinos crecen todos de la misma manera, cada uno es igual a los otros, y en cada estación del año conservan el mismo aspecto, sin conocer el sentimiento de la muerte ni la renovación de la primavera. Sin embargo, su parsimonia tiene cierto atractivo, su inmovilidad, su silencio parecen expresar pensamientos tristes.

—¿No sería mejor que regresáramos? —propuso el conde.

La pregunta quedó sin respuesta. Al polaco parecía serle indiferente estar allí o no. Urbenin pareció considerar que su opinión no tenía ninguna importancia y yo estaba demasiado embelesado con la frescura y perfumes del bosque como para desear volver. De alguna manera teníamos que matar el tiempo hasta que llegara la noche. La idea de la noche salvaje que nos esperaba me enervaba deliciosamente. Me avergüenza confesarlo, pero ya estaba disfrutando el placer por anticipado. El conde miraba con impaciencia el reloj, pues una urgencia igual a la mía atormentaba sus sentidos. Sentíamos que en esos momentos nos comprendíamos el uno al otro.

Cerca de la casa del guardabosque, que se levantaba en un pequeño claro cuadrado del bosque, nos recibieron los ladridos furiosos de dos mastines de color amarillo rojizo, de raza para mí desconocida. Su agilidad y el lustre de su pelo los hacían parecerse a anguilas. Al reconocer a Urbenin saltaron alegremente a su alrededor, por lo que uno podía deducir que el administrador visitaba con frecuencia aquella casa. Cerca de allí encontramos a un mocetón descalzo con cara de asombro y llena de pecas. Nos miró durante un momento en silencio, con aire de sorpresa; luego, seguramente al haber reconocido al conde, lanzó una exclamación y salió corriendo en dirección a la casa.

—Sé por qué ha huido —dijo el conde, riendo—. Me acuerdo muy bien de él: es Mitka.

El conde no se equivocaba. Un minuto después, el muchacho volvió a aparecer trayendo una bandeja con un vaso de vodka y otro de agua.

—A vuestra salud, Excelencia —dijo sonriendo con toda la cara.

El conde bebió el vodka de un sorbo y se enjuagó la boca con el agua. En esa ocasión reprimió su mueca habitual.

A cien pasos de la casa había un banco de hierro tan viejo como los pinos... Nos sentamos y contemplamos la delicada belleza de ese crepúsculo de mayo... Los gritos de las cornejas y el canto de los ruiseñores nos llegaban de todas partes; eran los únicos sonidos que rompían aquel silencio perfecto.

El conde no sabe permanecer en silencio ni siquiera en las tardes de primavera en el bosque, en las que la voz humana es el ruido menos agradable que existe.

—No sé si quedarás satisfecho —me dijo—; he ordenado para la cena una sopa con raviolos y liebre. Para acompañar el vodka habrá esturión frío y lechón con ruibarbo.

Los pinos, como ofendidos por ese lenguaje, se agitaron y un sordo murmullo corrió por todo el bosque. Un viento fresco se levantó y jugueteó con las ramas de los árboles.

—¡Largo de aquí! ¡Largo! —gritaba Urbenin a los perros, que con sus juegos le impedían encender un cigarrillo—. Tengo la impresión de que va a llover. Será muy bueno para el trigo.

«¿Qué te importa a ti el trigo —pensé yo—, si el conde se lo va a gastar todo en bebida? La lluvia no necesita preocuparse por sus cosechas».

Un aire más vivo corrió por el bosque. Los pinos y la hierba intensificaron su murmullo.

—¡Volvamos!

Nos levantamos y caminamos indolentemente en dirección a la casita.

—Es mejor ser la rubia Olenka —le dije a Urbenin— y vivir aquí entre los animales y no ser juez de instrucción y tener que soportar a los hombres. Todo es aquí mucho más tranquilo, ¿no es así, Piotr Yegórich?

—Todo es lo mismo, Serguéi Petróvich, cuando uno tiene en paz el alma.

—¿Y el alma de la preciosa Olenka estará en paz?

—Sólo Dios sabe los secretos del alma de los demás, pero me parece que ella no tiene ningún motivo para sentirse intranquila. Ha conocido muy pocas penas, y no tendrá más pecados que un niño. Es una muchacha buena... En fin, el cielo anuncia lluvia.

Se escuchó algo del otro lado del bosque, como el rodar de un carro o el ruido de las bochas al caer en el juego. Un trueno retumbó detrás de los árboles. Mitka, quien no nos quitaba la vista, tembló y se santiguó apresuradamente.

—¡Una tormenta! —exclamó el conde, empavorecido—. ¡Qué horrible sorpresa!

La lluvia nos va a pescar en el camino. ¡Cómo ha oscurecido de pronto! Dije que deberíamos volver, pero tú te empeñaste en venir hasta aquí.

—Esperaremos en la casa a que pase la tormenta —propuse.

—¿Cómo en la casa? —dijo Urbenin, parpadeando extrañamente—. Lloverá toda la noche; no se podrán quedar aquí. Pero no se inquieten. Sigán su camino. Mitka irá a toda prisa por un coche para que los recoja.

—No se preocupe; tal vez no llueva toda la noche... Las nubes de verano, por lo general, descargan muy rápido. A propósito, no conozco al nuevo guardabosques y me gustaría también conversar con Olenka, descubrir su temperamento.

—Yo no me opongo —dijo el conde.

—¡Cómo! ¿Quedarse? —balbuceó Urbenin en el colmo de la inquietud—. No hay necesidad de que se quede en este ambiente sofocante, Excelencia, cuando en su casa estará mucho mejor. No sé qué agrado puedan obtener... Además, no es el momento de conocer al guardabosques porque está enfermo.

Era evidente que Urbenin no quería de ningún modo que entráramos a la casa. Llegó hasta a extender los brazos como para impedirnos el paso. Comprendí por su cara que tenía razones para no desear que entrásemos. Tengo por norma respetar las razones y los secretos de los demás, pero en esa ocasión me picaba la curiosidad. Insistí, y al fin entramos en la casa.

—Pasen a la sala —dijo con un tartamudeo de placer el muchacho descalzo.

Imagínense la más pequeña «sala» posible, con los maderos sin pintar. Las paredes estaban adornadas con cromos de la revista *Neva* y con fotografías enmarcadas con caracoles y conchas. Había un documento enmarcado en que un barón agradecía no sé qué servicio, y otros referentes a caballos. Aquí y allá la hiedra se enredaba en los tabiques. Una pequeña llama azul ardía veladamente frente a un icono, y se reflejaba débilmente en un marco plateado. Unas sillas, en apariencia recién compradas, se alineaban a las paredes en un número excesivo para las dimensiones de la pieza. Había también algunos sillones y un sofá con fundas blancas adornadas con encajes. Sobre el sofá dormía una liebre domesticada. La habitación era cómoda, muy limpia y tibia. La presencia de una mujer se advierte dondequiera que exista. Hasta un armario con libros daba la impresión de algo inocentemente femenino, como si no contuviera más que novelas y poemas sentimentales.

Mitka frotó con vigor algunos fósforos, hasta que uno prendió y pudo así encender dos velas que colocó cuidadosamente frente a nosotros, sobre la mesa.

—Nicolái Efimich está en cama, enfermo —dijo Urbenin—, y su hija ha salido seguramente a recoger a los niños.

—Mitka, ¿están cerradas las puertas? —se oyó una voz débil de tenor salir de la habitación vecina.

—Están todas cerradas, Nikolái Efimich —contestó Mitka con voz ronca, y corrió hacia la habitación de su padre.

—Muy bien. Ocúpate de que estén cerradas con llave —volvió a decir la misma

débil voz—, firmemente cerradas. Si los ladrones quieren entrar, los recibiré a tiros.

—Así lo haré, Nikolái Efimich.

Todos nos echamos a reír y miramos a Urbenin con aire de interrogación. Éste se sonrojó y para ocultar su molestia se acercó a la ventana. Todos estábamos perplejos. Desde fuera llegó un rumor de pasos ágiles y rápidos, y se escuchó el ruido de los goznes de la puerta. La muchacha de rojo entró bruscamente. Cantaba con una voz de contralto, y al vernos se interrumpió con una sonrisa. Cohibida, tímida como un corderito, entró en la habitación desde donde nos había llegado la voz de su padre.

—Ella no esperaba verlos aquí —dijo Urbenin, riendo.

Unos minutos después, la muchacha reapareció en silencio, se sentó en la silla más próxima a la puerta y se puso a examinarnos. Nos miró con una insistencia que tenía algo de atrevimiento, como si no fuéramos personas, sino especímenes de un jardín zoológico. Por un instante también nosotros la miramos en silencio.

Estaba tan hermosa aquella tarde que yo me hubiera podido quedar mirándola un año entero. Su piel tenía una frescura de agua o de brisa, su garganta se agitaba suavemente, sus cabellos ondulados en la frente y en la nuca caían sobre la mano con que arreglaba el cuello de su vestido; sus grandes ojos brillaban. Y todo eso en un cuerpo brioso que yo aprecié de una sola mirada. La muchacha me observaba de la cabeza a los pies, con aire serio e interrogante, pero cuando su vista se dirigió al polaco no pudo contener una sonrisa de burla.

Fui el primero en romper el silencio.

—Me permito presentarme —le dije acercándome—. Me llamo Zinoviev. Permítame también que le presente a mi amigo, el conde Karniéiev. Le rogamos nos disculpe por habernos metido en su hermosa casa sin ser invitados. No lo hubiésemos hecho de no habernos obligado la tormenta...

—Nuestra casa no va a derrumbarse porque estén aquí —contestó, tendiéndome la mano.

Mostró su dentadura espléndida. Me senté en una silla a su lado, y le conté cómo la tormenta había interrumpido nuestra marcha.

La conversación se inició con el tema del tiempo —el comienzo de los comienzos—. Mientras hablábamos, Mitka tuvo tiempo de ofrecer al conde dos vasos más de vodka, y mi amigo, creyendo que yo no lo miraba, hizo después de cada trago su mueca favorita.

—¿Quiere usted tomar algo? —me preguntó, y desapareció antes de que yo hubiese respondido.

Las primeras gotas de lluvia azotaron las ventanas. Me acerqué a la ventana y sólo pude ver el agua que resbalaba por el cristal y el reflejo de mi nariz. Un relámpago iluminó los pinos más cercanos.

—¿Están cerradas todas las puertas? Mitka, bandido, cierra las puertas. ¡Ay, Señor, qué desastre!

Una campesina de vientre enorme y cara estúpida entró en la sala. Saludó al

conde en voz baja y extendió sobre la mesa un mantel blanco. Detrás de ella, Mitka llevaba algunos platos. En un minuto hubo en la mesa vodka, ron, queso y trozos de algún ave asada. El conde bebió un vaso de vodka sin poner atención en la comida. El polaco olfateó el ave con cierta desconfianza y luego comenzó a devorarla.

—La lluvia ha comenzado, ¡mire! —le dijo a Olenka, que había vuelto a entrar.

Se acercó a la ventana y en ese preciso instante un resplandor azul iluminó nuestras caras. Un trueno retumbó estruendosamente y tuve la impresión de que algo enorme y pesado se había desprendido del cielo y rodaba por la tierra. Las lunas de los cristales y los vasos temblaron con ruido cristalino.

—¿No le asustan las tormentas? —le pregunté a Olenka.

Ladeó la cabeza sobre un hombro y me miró con aire de infantil confianza.

—Tengo miedo —murmuró, después de reflexionar durante un momento—. Mi madre murió durante una tormenta... Los periódicos escribieron sobre ella. Iba corriendo en medio del campo y lloraba; era muy desgraciada; su vida había sido muy amarga. Dios tuvo compasión de ella y la mató con su celestial electricidad.

—¿Cómo sabe usted que hay electricidad allá?

—Lo he aprendido... ¿Usted no lo sabe? La gente que muere por una tormenta o en la guerra, y las mujeres que fallecen al dar a luz, van todos al paraíso. Aunque no esté escrito en los libros, es la verdad. Mi madre está ahora en el paraíso. También yo pienso que un rayo me va a matar un día y que iré al paraíso... ¿Es usted un hombre culto?

—Sí.

—Entonces no se ría... Ésta es la manera como me gustaría morir: vestirme con un traje elegante y costoso, como uno que le vi el otro día a la propietaria Sheffer, que es muy rica; ponerme pulseras en los brazos, subir hasta la cúspide de la tumba de piedra y dejar que me mate un rayo..., de modo que toda la gente pueda verme. Un enorme trueno, y nada más.

—¡Qué fantasía tan extraña! —dije sonriendo y mirando los ojos de la muchacha, llenos de horror sagrado ante la idea de una muerte violenta—. ¿Así que usted no quiere morir vestida de manera ordinaria?

—No —dijo Olenka con obstinación—. Además, me gustaría que todo el mundo me viera.

—Su vestido de hoy es mucho mejor que el más elegante y costoso de los vestidos. Y le queda maravillosamente. Parece usted una flor roja del bosque.

—No, no es verdad, un vestido barato no puede ser hermoso.

El conde se aproximó a la ventana con el propósito evidente de conversar con la bella Olenka. Mi amigo sabe hablar tres idiomas europeos, pero nunca sabe qué decirle a las mujeres. Torpemente, de pie cerca de nosotros, esbozó una sonrisa idiota y mugió:

—Hola, ¿qué tal? —luego retrocedió unos pasos y se fue a buscar la botella de vodka.

—Usted cantaba cuando entró algo así como «Amo la tormenta de comienzos de mayo» —le dije a Olenka—. ¿Hay música que acompañe a esas palabras?

—No —respondió con vivacidad—. Yo invento música para todos los versos que conozco.

Volví la cabeza y descubrí que Urbenin nos observaba con fijeza. En sus ojos latía un odio y un resentimiento que contrastaba curiosamente con la placidez de su rostro.

«¿Estará celoso?», me pregunté.

Al verse sorprendido se levantó y salió al vestíbulo con gran agitación. Los truenos eran cada vez más frecuentes y profundos.

Los relámpagos blanqueaban el cielo, los pinos y la tierra mojada. El chubasco iba para largo. Frente al armario de los libros eché un vistazo a la biblioteca de Olenka. «Dime lo que lees...». Pero de lo que vi no logré obtener ninguna conclusión sobre el nivel mental de la muchacha o su grado de educación. Había una extraña mezcla en esos anaqueles. Tres antologías, un libro de Borne, el manual de aritmética de Evtuchevski, el segundo volumen de las obras completas de Lérmonov, novelas de Chkliarevski, varios ejemplares de la revista *Trabajo*, un libro de cocina... De pronto se abrió la puerta y una nueva persona entró en la sala, lo que me distrajo en mis investigaciones sobre la cultura de Olenka. Era un hombre alto y musculoso, con una bata de algodón y pantuflas hechas jirones; la forma del bigote y las patillas le daban un aire de pájaro. La cabeza pequeña se balanceaba en el extremo de un cuello largo en el que destacaba la nuez. Aquel extraño personaje nos examinó con sus ojos verdes y turbios y luego los fijó penetrantemente en el conde.

—¿Están todas las puertas cerradas? —preguntó con voz casi implorante.

El conde me lanzó una mirada y subió los hombros.

—Papá, no te preocupes —dijo Olenka—. Vuelve a tu habitación, todo está cerrado.

—¿El cobertizo está cerrado?

—Es un poco extraño —murmuró Urbenin, volviendo del vestíbulo—. Le asustan los ladrones y vive preocupado por cerrar las puertas. ¡Nikolái Efimich, vuelva a su dormitorio a acostarse! No tenga miedo, todo está cerrado.

—¿Las ventanas también?

El hombre revisó todas las ventanas, verificó que las cerraduras estuviesen en orden, y sin mirarnos, desapareció en su cuarto.

—El pobre hombre tiene a veces estos desarreglos —comenzó a explicar Urbenin, tan pronto como el otro salió de la habitación—. Es un hombre bueno, inteligente. Para su familia es una desgracia. Casi todos los veranos anda con la razón un poco extraviada.

Olenka escondió la cara y se dedicó a arreglar los libros. Era evidente que la locura del padre la avergonzaba.

—El coche ha llegado, Excelencia. Puede volver a su casa cuando lo desee.

—¿De dónde ha salido ese coche? —pregunté.

—Lo mandé venir...

Momentos después, sentado al lado del conde en el coche, escuchaba con malhumor la embestida de la tormenta.

—¡Ese tal Piotr Yegórich nos ha hecho salir tranquilamente de la casa! —mascullé—. ¡Que el diablo se lo lleve! No nos dejó casi tiempo de conocer a Olenka. Por supuesto que no íbamos a comérmola. Ardía de celos. No me cabe duda que está enamorado de ella.

—Sí, sí, sí... También yo lo he observado. Por celos no nos dejaba entrar a la casa y por celos, también, mandó a buscar el coche... ¡Ja, ja, ja!

—Mientras más tarda en llegar el amor, más ardores produce. Por otra parte, hermano, es difícil no enamorarse de esa muchacha si la ve uno todos los días. ¡Es extraordinariamente hermosa! Pero no está hecha para ese tipo repugnante. Y él debería comprenderlo. Está bien que la adore de lejos, pero que no impida que los demás la admiren. Sobre todo, debe saber que no es para él. ¡Qué viejo imbécil!

—¿Te acuerdas cómo se enfureció cuando Kuzmá la mencionó? Parecía que iba a golpearnos. No se defiende así a una mujer cuando le es a uno indiferente —añadió el conde.

—Algunos hombres lo hacen... Pero no es eso lo importante. Si hoy gritaba de ese modo, ¿qué no hará con los pobres tipos que tiene bajo su mando? Estoy seguro de que los sirvientes, mayordomos, cazadores y el resto de la grey que preside, no pueden ni siquiera acercarse a ella. El amor y los celos nos vuelven injustos, duros de corazón, misántropos. Apuesto a que a causa de Olenka debe haberle hecho imposible la vida a más de uno de los tipos que están bajo su mando. Sería bueno que tomaras con mucha reserva todas las quejas que haga contra tus servidores. Ponle límites a su poder, al menos por un tiempo. Cuando pase el amor, las cosas se normalizarán. Al fin y al cabo, no es un mal hombre.

—¿Y qué piensas del padre de la muchacha? —me preguntó el conde, riendo.

—Un loco que debería estar en el manicomio y no cuidando tus bosques. Deberías poner un letrero a la entrada de tu finca que dijera «Manicomio». No falta nadie: el guardabosque, la lechuza, Franz el jugador, un vejete enamorado, una muchacha exaltada y tú, a quien ha perdido el alcohol.

—¿Por qué debe recibir este guardabosque un salario? ¿Cómo puede cumplir con su trabajo si está loco?

—Sin duda Urbenin lo conserva sólo por amor a su hija... Urbenin dice que estos ataques se le repiten cada verano... Eso no me parece lógico. Este guardabosque no está enfermo cada verano, sino siempre. Felizmente, tu Piotr Yegórich no miente muy a menudo y se traiciona cuando lo hace.

El coche entró en el patio y se detuvo en la puerta. Bajamos. La lluvia había cesado. Las nubes, iluminadas por los relámpagos, corrían hacia el norte, descubriendo un espacio cada vez más amplio de cielo estrellado. La Naturaleza había visto cómo se restauraba la paz.

Y esa paz parecía atónita ante la calma, el aire perfumado, la música de los ruiseñores, el silencio de los jardines durmientes y la luz acariciadora de la luna naciente. El lago despertaba de su sueño diurno, y su suave murmullo acariciaba el oído humano.

En esas condiciones nada apetece más que atravesar los campos en una cómoda calesa o remar por el lago... Pero nosotros entramos en la casa... Allí era otra clase de poesía la que estaba esperándonos.

Al hombre que bajo la influencia de una enfermedad mental o de un sufrimiento insoportable se dispara un balazo en las sienes se le llama suicida, pero para aquellos que dan rienda suelta a sus más deplorables pasiones en los sagrados días de la primavera y la juventud no hay un nombre determinado. Después del disparo sigue la paz de la tumba; una juventud arruinada tiene como consecuencia años de enfermedad y de penosos recuerdos. Aquéllos que han profanado la primavera de sus vidas entenderán las presentes condiciones de mi espíritu. Aún no soy viejo, pero mi vida ya no puede llamarse vida. Los psiquiatras han hablado de un soldado que herido en Waterloo, enloqueció y que a partir de ese día le aseguraba a todo el mundo —y él mismo lo creía— que había muerto en Waterloo, y que lo que ahora se consideraba que era su persona no era sino una sombra, un mero reflejo del pasado. En la actualidad yo experimento algo semejante a esa muerte parcial.

—Me alegro que no hayas probado bocado en casa del guardabosque —me dijo el conde, apenas hubimos entrado en su mansión—; te habría quitado el apetito. Hoy tendremos una cena magnífica, como en otros tiempos. Puedes servir ya, Ilyá —le ordenó al sirviente, mientras éste le quitaba la chaqueta y le ayudaba a ponerse la bata.

Entramos en el comedor. Sobre la mesa, alineadas como en el bufet de un teatro, una serie de botellas de todos los tamaños y colores reflejaban la luz de los candiles. Entremeses salados, escabechados y de muchas especies esperaban en una segunda mesa con unas botellas de vodka y otras de aguardiente inglés. Cerca de las botellas había bandejas con el lechón y el esturión fríos.

—Señores —dijo el conde sirviendo tres copas de vodka con un ligero, pero visible, temblor—, ¡brindo a vuestra salud! Toma tu vaso, Kaetan Kasimírovich.

Yo bebí mi copa, pero el polaco rehusó con un movimiento de cabeza. Se acercó a la nariz el plato de esturión, lo olió y comenzó a comer.

Debo excusarme ante el lector por tener ahora que describir algunas cosas poco románticas.

—Bueno, bebamos la segunda —dijo el conde y volvió a llenar las copas—. ¡Hasta el fondo, Lecoq!

Tomé la copa, la contemplé un momento y volví a vaciarla.

—¡Que el diablo nos lleve! ¡Hacía mucho tiempo que no bebía una copa! ¡Volvamos a portarnos como en los viejos tiempos!

Y sin reflexionar más, llené cinco copas y las vacié una tras otra. No sabía beber

de otra manera. Los escolares aprenden a fumar observando a sus mayores; el conde, igual a un escolar, se sirvió cinco copas y, doblado como un arco, frunciendo el ceño y sacudiendo grotescamente la cabeza, se las bebió. Mis cinco copas seguidas le parecieron una bravata, pero yo no bebía por presumir de buen bebedor, sino porque quería emborracharme, pescar una fuerte borrachera como las de otros tiempos. Después de haber bebido me senté a la mesa y comencé a comer el lechón.

La embriaguez no tardó en surtir sus efectos. A los pocos minutos comencé a sentir un ligero mareo. Sentía en el pecho una agradable frescura, preludio de un estado expansivo y feliz. Sin transición, me sentí de pronto extraordinariamente alegre. La sensación de vacío y aburrimiento desapareció para dar paso a la dicha. Sonreí. Tuve de pronto deseos de conversar, de reír, de ver gente. Mientras comía un trozo de cerdo casi comencé a sentir la alegría de la vida, la felicidad.

—¿Por qué no bebe usted nada? —le pregunté al polaco.

—Él nunca bebe —me respondió el conde—. No trates de obligarlo.

—¡Al menos podría beber una copa!

El polaco se llevó un trozo de esturión a la boca e hizo con la cabeza un gesto negativo. Su silencio me irritó.

—Lo que quiero saber, Kaetan..., ¿cuál es su patronímico...?, es por lo que no habla usted —le pregunté—. Hasta ahora no he tenido el placer de escuchar su voz.

Sus cejas, que parecían las alas extendidas de una golondrina, se alzaron. El polaco se me quedó mirando.

—¿Quiere usted que hable? —preguntó con fuerte acento polaco.

—Me gustaría mucho.

—¿Por qué?

—Porque me parece lo más natural. En los barcos, cuando uno se sienta a la mesa, comienza a conversar con absolutos desconocidos. Nosotros, que nos conocemos desde hace varias horas y que hemos estado observándonos, no hemos cambiado una sola palabra. ¿Qué significa eso?

El polaco permaneció callado.

—¿Por qué calla usted? —le pregunté después de haber esperado un momento su respuesta—. ¿Acaso no puede usted contestar algo?

—No quiero contestarle. Advierto la burla en su voz y eso no me gusta.

—No se está burlando —lo interrumpió el conde, alarmado—. ¿De dónde sacas eso, Kaetan? Te está hablando como amigo.

—¡Ni condes ni príncipes me han hablado jamás en ese tono! —dijo Kaetan, arrugando la frente—. No me gusta ese tono.

—¿De manera que me niega usted el honor de su conversación? —continué azuzándolo, mientras vaciaba en mi garganta otra copa.

—¿Sabes cuál es la verdadera razón de mi viaje? —dijo el conde, deseoso de cambiar la conversación—. ¿No te la he dicho todavía? En Petersburgo visité a mi médico para hacerle una consulta sobre mi salud. Me auscultó, me golpeó y pellizcó

todo el cuerpo; luego me preguntó: «¿Es usted cobarde?». Bueno, aunque no lo soy, no pude menos que palidecer. «No soy cobarde», le respondí.

—Abrevia, hermano... Eso es muy aburrido.

—Me dijo que moriría pronto si no salía de Petersburgo. Tengo el hígado hecho pedazos de tanto beber... Así que decidí venir al campo. Hubiera sido una locura quedarme allá. Esta finca es tan hermosa, tan rica... El clima tan sólo vale una fortuna... Aquí, además, puedo ocuparme de mis negocios. El trabajo es la mejor medicina, la más eficaz. ¿No es cierto, Kaetan? Me ocuparé de mis propiedades y dejaré de beber. El doctor no me permite beber ni una copita... ¡Ni una sola!

—Bueno, entonces no bebas.

—No bebo... Hoy es la última vez, y eso debido a tu visita —el conde se arrastró hacia mí y me besó ruidosamente una mejilla—, ¡Mi querido, mi buen amigo! ¡Mañana, ni una gota! Esta noche me despido de Baco para siempre. ¡Seriosha, vamos a brindar por esa despedida con coñac!

Bebimos una copa de coñac.

—Me aliviaré, Seriosha, palomito mío, me dedicaré a mi finca... ¡Cultivos racionales! Urbenin es bueno, bondadoso..., él entiende de todo..., pero ¿acaso es el amo? ¡Hace las cosas por rutina! Haremos llegar revistas, lo leeremos todo, tomaremos parte en las ferias agrícolas y ganaderas. ¡Él no tiene educación para eso! ¿Crees posible que pueda estar enamorado de Olenka? ¡Ja, ja! Me ocuparé de todo y lo mantendré como mi asistente... Participaré en las elecciones; haré una vida social activa. ¿Por qué te ríes? ¡Siempre te estás riendo! Realmente, no se puede hablar contigo de nada serio.

Me sentía alegre, de buen humor. El conde me divertía; las luces, las botellas, todo me divertía; las liebres y los patos esculpidos que ornaban los muros del comedor me parecían de lo más gracioso. Lo único que no me divertía era el rostro sobrio de Kaetan Kazimirovich. La presencia de ese hombre me irritaba.

—¿No podría mandar al diablo a ese noble polaco? —le susurré al conde.

—¿Qué te pasa? ¿Cómo se te ocurre...? —respondió el conde, asiéndome por las manos como si hubiese estado yo a punto de golpear al polaco—. ¡Déjalo en paz!

—No lo soporto. ¡Escuche! —le dije a Chejotski—, usted rehúsa dirigirme la palabra; sin embargo, yo no he perdido la esperanza de conocer sus aptitudes para la conversación.

—¡Déjalo en paz! —suplicó el conde, tirándome de una manga—. ¡Te lo ruego!

—No voy a dejar de molestarlo hasta que me conteste —continuó—. ¿Por qué frunce las cejas? ¿Es posible que aún sienta algo burlón en mi voz?

—Si hubiera bebido todo lo que usted ha bebido, podríamos hablar —refunfuñó el polaco—, pero ahora me parece que no estamos en igualdad de condiciones.

—Que no somos una pareja es lo que quería yo probar... Eso es exactamente lo que quería decir. Un ganso no puede ser compañero de un cerdo; el borracho y el sobrio no hacen pareja; el borracho molesta al sobrio y el sobrio al borracho. Mire, en

el salón hay un excelente sofá. Sería magnífico tenderse allí después de haberse atiborrado de esturión y rábanos. Mi voz no lo alcanzaría. ¿No desea usted retirarse a ese salón?

El conde, estupefacto, se apretaba las manos y caminaba desesperadamente de un extremo a otro del salón.

Es muy cobarde y siempre le asustan los altercados. En cambio a mí, cuando estoy borracho, me entusiasman las riñas y los altercados.

—¡No comprendo! ¡No comprendo! —gimió el conde sin saber qué hacer ante esa situación. Sabía que era casi imposible contenerme.

—Le conozco muy poco —continuó—. Es posible que sea usted un hombre excelente. Por esto, no me gustaría pelearme con usted de entrada. No lo voy a hacer. Sólo me permito indicarle que entre borrachos los sobrios están de más. La presencia de un hombre sobrio tiene un efecto perturbador en el organismo de un borracho. Usted debería comprenderlo...

—Hable todo lo que quiera —suspiró Chejotski—. Nada de lo que diga usted, joven, logrará provocarme.

—¿Está seguro? ¿Nada? ¿No se ofendería si le dijera que es usted un cerdo obstinado?

El polaco enrojeció. Eso fue todo. El conde, pálido, se acercó a mí con los brazos abiertos.

—Te lo suplico. Modera tu lenguaje.

Yo hubiera querido continuar desempeñando mi papel de borracho; por fortuna para el polaco y el conde, se oyó ruido de pasos y un instante después Urbenin entraba en el comedor.

—¡Buen apetito! —dijo—. ¿No tiene su Excelencia ninguna orden que darme?

—Ninguna, pero me alegro que haya venido, Piotr Yegórich. Siéntese a comer algo. Vamos a hablar de agricultura.

El administrador se sentó. Su patrón, entretanto, comía y bebía coñac y entre copa y bocado exponía sus ideas sobre una agricultura racional en su finca. Hablaba fatigosamente, repitiéndose y saltando sin cesar de una idea a otra. Urbenin lo escuchaba con atención pero desgánadamente, de la misma manera que los adultos escuchan la charla de un niño. Comía la sopa de pescado, mirando tristemente el plato.

—He traído unos proyectos notables —dijo el conde—. ¡Verdaderamente notables! ¿Quiere usted verlos?

Karniéiev se levantó de un salto y corrió a su estudio en busca de los proyectos. Urbenin aprovechó su ausencia para servirse un vaso de vodka y tomárselo de un trago.

—¡Horrible bebida! —dijo, mirando con repulsión el garrafón.

—¿Por qué no bebe delante del conde, Piotr Yegórich? —le pregunté— ¿Le tiene usted miedo?

—Es mejor disimular y beber en secreto, Serguéi Petróvich, que hacerlo delante del conde. Usted sabe que tiene un carácter muy extraño. Si yo le robara veinte mil rublos y se enterara de ello no me diría nada, por indolencia. Pero si me olvido de rendirle cuenta de un gasto de diez kopeks, o si bebo delante de él, no hará sino llamarme ladrón. Usted lo conoce muy bien.

Urbanin se sirvió un segundo vaso y lo volvió a beber de un trago.

—Me parece que antes no bebía usted, Piotr Yegórich.

—Así es. En cambio ahora bebo terriblemente. Lo hago día y noche, sin darme tregua. Ni siquiera el conde bebe lo que yo bebo. Siempre lo he estimado, Serguéi Petróvich, por eso voy a serle franco: sólo Dios sabe qué peso llevo sobre el corazón. Por eso bebo. Me ahorcaría con placer.

—¿Por qué?

—Por estupidez. No sólo los niños son tontos. Hay imbéciles que a los cincuenta años... Por favor, no me pregunte las causas.

La entrada del conde puso fin a las confesiones de Urbanin.

—Un licor excelente —dijo, poniendo en la mesa, en lugar de los proyectos «notables», una botella ventruda con el lacre de los benedictinos—. La compré en Depré al pasar por Moscú. ¿Quieres probarlo, Seriosha?

—Creí que habías ido a buscar unos proyectos —le dije.

—¿Yo? ¿De qué proyectos hablas? ¡Ah! ¡Sí...! Pero no los encontré. Los busqué por todas partes, pero no los encontré... Acabé por dejarlo... ¡Qué buen licor! ¿No quieres?

Urbanin pidió permiso para retirarse y se marchó. Nos pusimos a beber más vino tinto. El vino me liquidó. Acabé por embriagarme de la manera que deseaba cuando cabalgaba hacia casa del conde. Me sentí audaz y extraordinariamente alegre. Experimenté el deseo de hacer algo que dejara asombrados a los demás. En momentos como ése siempre pienso que puedo cruzar a nado el lago, resolver el asunto más complicado, seducir a cualquier mujer. Tenía deseos de reñir con alguien, de acribillarlo a insultos, de escarnecer al polaco y al conde, de hacerlos polvo a base de invectivas.

—¿Por qué tan calladitos? —volví a comenzar— Hablen, los escucho. ¡Ja, ja! Adoro a las personas que con rostro solemne no saben decir sino disparates. Son como una caricatura irrisoria del hombre pensante. ¡La cara no corresponde al cerebro! Ustedes deberían tener caras de idiotas y, en cambio, parecen sabios griegos.

Me sentía desenfrenado. De pronto advertí que me dirigía a nulidades que ni siquiera merecían una sola de mis palabras; lo que yo necesitaba era una sala llena de mujeres inteligentes, elegantes, hermosas... Me levanté, tomé mi vaso y me puse a recorrer las habitaciones. No nos limitábamos a una sola cuando celebrábamos nuestras orgías; invadíamos toda la casa, a veces toda la propiedad.

Elegí un sofá turco en el salón de los mosaicos para abandonarme al imperio de la fantasía. Alcohólicas divagaciones se apoderaron de mi cerebro. Penetré en un mundo

nuevo, lleno de exaltado encanto y de colores indescriptibles. Sólo me faltaba hablar en verso y tener visiones.

El conde se sentó en una esquina del sofá. Quería decirme algo. Yo lo había adivinado desde el principio de la cena, y sabía de qué se trataba.

—¡Qué barbaridad!, ¡cómo he bebido hoy! —me dijo— Para mí esto es peor que cualquier veneno. Pero ésta es la última vez. Te doy mi palabra de que es la última vez. Tengo voluntad...

—¡Qué bien!, ¡qué bien!

—La última vez, Seriosha, amigo. Y a propósito, ¿qué tal si enviáramos un telegrama a la ciudad?

—¡Anda, envíalo!

—Tengamos, por última vez, una juerga como es debido. Vamos, levántate, y redacta el telegrama.

El conde no sabía cómo escribir un telegrama. Los hacía muy prolijos e incoherentes. Me levanté y escribí:

«S... Restaurante Londres. Karpov, director del coro. Deja todo y ven inmediatamente. Tren de las dos. El conde».

—Son las once menos cuarto —dijo el conde—. En tres cuartos de hora, a lo sumo una hora, el mensajero estará en la estación. Karpov recibirá el telegrama antes de la una... Tendrá tiempo de tomar el tren... Si lo pierde, puede venir en el tren de carga, ¿verdad?

El telegrama fue despachado con el tuerto Kuzmá. Se ordenó a Ilyá que enviara los coches a la estación. Para matar el tiempo comencé a encender morosamente todas las lámparas y candelabros de la casa. Abrí el piano y ensayé el teclado.

Después me tendí en el sofá, tratando de evitar al conde, que me molestaba con su charla interminable. Entré en un sopor, en una disposición de espíritu feliz y tranquila, sin mirar otra cosa que no fuera la luz de los candiles... La imagen de la muchacha de rojo, su cabeza inclinada, los ojos llenos de terror ante la idea de una muerte sensacional, y un ademán de amenaza que me hacía en la distancia, pasaban delante de mí. La imagen de otra muchacha, vestida de negro, pálida y orgullosa, pasó también ante mis ojos. Me miró con un gesto en que se unían la súplica y el disgusto.

En ese instante me despertó el estrépito, las risas, las carreras en la sala. Unos profundos ojos negros se interpusieron entre la luz y mi mirada. Oí su risa. Sus frescos labios se abrían en una sonrisa feliz... Era la sonrisa de Tina, mi gitana preferida.

—¿Duermes? —me preguntó—. Levántate, querido. ¡Cuánto tiempo sin verte!

Le apreté la mano en silencio y la atraje hacia mí.

—Nos están esperando. Hemos venido todos.

—¡Quédate, Tina! Me siento muy bien aquí.

—Pero... hay mucha luz... Pueden entrar.

—Si alguien entra, le retuerzo el cuello. Me siento muy bien aquí. ¡Dos años sin verte, Tina!

En la sala comenzaron a tocar el piano.

*¡Ay, Moscú, Moscú,
Moscú de blancas piedras!*

—¿Lo ves? Están cantando. Nadie vendrá a molestarnos.

—Sí, sí...

La llegada de Tina me sacó del embotamiento. Diez minutos después me llevó a la sala, donde un coro gitano se había instalado en semicírculo. A horcajadas en una silla, el conde los dirigía. Chejotski, de pie, miraba la escena con ojos de asombro. Tomé la balalaika de manos de Karpov y canté:

Navegando por nuestro padrecito el Volga...

—¡Volga! —rugía el coro.

Hice otro ademán, y con la velocidad del rayo surgió una nueva canción:

¡Noches de locura! ¡Oh, noches felices!

Nada me excita tanto los nervios como esos cambios bruscos de ritmos y melodías. Tomando por la cintura a Tina, y blandiendo mi balalaika, terminé de cantar *Las noches de locura*. La balalaika se me escapó de las manos, cayó al suelo y estalló en mil pedazos.

—¡Vino!

A partir de ese momento mis recuerdos son confusos y caóticos. Todo se mezcla y desvanece. Me acuerdo del sol gris de una madrugada. Estoy de pie en un bote, balanceándolo. Tina trata de convencerme de que me calme si no quiero caer al agua. Me pide que me siente. El lago está ligeramente agitado. Espanto con mis gritos a las gaviotas, que aparecen y desaparecen en manchas blancas sobre el azul del lago. Me quejo a gritos de que las olas no sean tan altas como la tumba de piedra... Luego sigue un largo y caluroso día con sus interminables comidas, licores, coñacs, ponches..., sus excesos... Son pocos los momentos que puedo recordar de ese día. Me veo en el jardín sobre un balancín. Tina está en el otro extremo. Lo hago subir y bajar con todas mis fuerzas, y no sé qué es lo que quiero exactamente; que Tina caiga y se mate o que salte hasta los cielos. Está pálida, pero por orgullo aprieta los labios para no revelar su terror. Subimos cada vez más y más alto... No recuerdo cómo terminó el juego. Luego sigue un paseo con Tina por un sendero arbolado del parque; las verdes copas se unen ocultando el sol; una penumbra poética, las trenzas negras de Tina, sus labios húmedos, un murmullo. Después, a mi lado, camina una rubia de nariz respingona, ojos infantiles, cintura muy fina. Tiene voz de contralto. Me paseo

con ella hasta el momento en que Tina, que nos ha seguido, me hace una escena. Está verdaderamente furiosa. Me llama «maldito» y amenaza con volver a la ciudad. El conde, pálido, con las manos temblorosas, corre a nuestro lado, y, como de costumbre, no encuentra palabras para conversar con Tina. La gitana, en el colmo de la indignación, me abofetea. Yo, que me enfurece la primera palabra ofensiva de un hombre, permanezco absolutamente indiferente cuando las mujeres me golpean... Hay nuevamente otra larga sobremesa, nuevamente una serpiente en la escalera, nuevamente el durmiente Franz con una nube de moscas alrededor de la boca... «La muchacha de rojo», de pie en lo alto de la tumba de piedra, desaparece como un lagarto al advertir nuestra presencia.

Al caer la tarde, Tina y yo nos reconciliamos. Y llegó la noche, tan tempestuosa como la anterior, con música, canciones atrevidas... ¡y ni un solo momento de sueño!

—¡Esto es un suicidio! —me susurró al oído Urbenin, quien había entrado por un instante a escuchar a los gitanos.

Tenía razón. Me acuerdo que hubo un momento en que el conde y yo reñíamos cara a cara en el jardín. Kaetan, el polaco cejinegro, no se apartaba de nosotros. En ningún momento participó de nuestra alegría, pero nos siguió como una sombra por todas partes, sin cerrar los ojos... El cielo empezó a aclarar, las cimas de los árboles se doraron con los rayos del sol. Alrededor de nosotros comenzó el alborozo de los gorriones y el canto de los estorninos; aleteo precipitado apagado por la noche. Se oyó el mugir de los rebaños y el grito de los pastores. Cerca de nosotros, en una candelera con pie de mármol, ardía una pálida bujía. Restos de cigarrillos, envolturas de bombones, vasos rotos, cáscaras de naranjas cubrían el fuego.

—¡Debes tomarlo! —dije al conde, tendiéndole un fajo de billetes—. ¡Te obligaré a aceptar esto!

—Fui yo quien los mandó llamar, no tú —insistía el conde con energía, agarrándome de la chaqueta—. Yo soy el anfitrión. Yo te invité, ¿por qué tienes que pagar tú? ¿No comprendes que me estás ofendiendo?

—También yo los invité, así que debo pagar la mitad. ¿No quieres aceptar mi dinero? Yo no acepto esta clase de favores. ¿Crees que porque eres rico puedes permitirme humillarme? ¡Que el diablo te lleve! Yo he invitado a Karpov y yo le pagaré. No quiero aceptar tu limosna. Yo escribí el telegrama.

—Seriosha, en un restaurante puedes pagar lo que quieras, pero mi casa no es un restaurante... Por otra parte, no acabo de entender por qué te empeñas en provocar estas escenas. No puedo entender tus derroches. Eres pobre y a mí el dinero me sobra. La justicia está de mi lado.

—¿Entonces no los aceptas? Bueno, yo no los necesito.

Acerqué los billetes a la llama de la bujía, los encendí y los tiré al suelo. Un gemido doloroso surgió del pecho de Kaetan.

Abrió los ojos desorbitadamente, palideció y se arrojó al suelo tratando de apagar el fuego con las manos. Lo consiguió.

—¡Quemar dinero! —dijo, metiendo en sus bolsillos los billetes quemados—
¡Como si fuera trigo de la cosecha pasada o cartas de amor! Es mejor que lo regale yo
a los pobres a dejar que se queme.

Caminé hacia la casa... En todos los cuartos, en los sofás o echados sobre las
alfombras yacían los gitanos, agotados. Tina dormía en el sofá del salón de los
mosaicos. Tenía los labios apretados, las mejillas muy pálidas. Es posible que en
sueños viera el balancín. La Lechuza recorría los cuartos; miraba con sus ojos
malignos a los invitados, que repentinamente habían irrumpido en la quietud y el
silencio de la casa hasta hacía poco abandonada... No es el tipo de persona que se
tome tantas molestias si no tiene un objetivo en mente.

Eso es todo lo que me quedó como recuerdo de las dos noches de fiesta; pero es
suficiente. El resto se evaporó de mi cerebro alcoholizado, o tal vez no sea
conveniente recordarlo.

Nunca me llevó Zorka con tanto celo como aquella mañana, después de la historia
de los billetes. Parecía que también tenía prisa por regresar. Las olas espumosas del
lago reflejaban el crepúsculo matutino. Me es difícil describir el estado de mi espíritu
en esos instantes. Diré, sin entrar en detalles, que me sentía inefablemente feliz y al
mismo tiempo abochornado por la vergüenza cuando al volver a mi casa encontré a la
orilla del lago al viejo Mijaíl, agotado por el trabajo honrado y sus enfermedades. Su
apariencia me recordó la de los pescadores bíblicos. Barbudo, blanco como un cisne,
miraba al cielo. Detuve a Zorka y tendí una mano al viejo, como para purificarme con
su mano callosa. Levantó hacia mí sus inteligentes y risueños ojos.

—Buenos días, señor —dijo, tendiéndome torpemente la mano—. ¿Vuelves a
caballo? ¿Así que ha vuelto ese bribón? Lo leo en tu cara. Yo me quedo aquí y
observo. El mundo será siempre el mundo. Vanidad de vanidades. Mira. El alemán
debería morirse y se ocupa de vanidades. ¡Míralo!

El viejo me indicó con un bastón el pabellón de baños del conde, de donde salía,
en una canoa, un hombre con gorra de *jockey*: el jardinero Franz.

—Todas las mañanas lleva dinero a la isla y lo esconde allí. El idiota no
comprende que, para él, la arena y el dinero tienen el mismo valor. No podrá
llevárselo a la tumba. Señor, dame un cigarrillo.

Le ofrecí mi cigarrera; sacó tres cigarrillos y se los guardó en el bolsillo.

—Son para mi sobrino. Le encanta fumar.

Zorka se impacientó. Me despedí del viejo, agradecido de haber podido descansar
mis ojos en su rostro. Me siguió largamente con la mirada.

En casa encontré a Polikarp. Me midió con una mirada despectiva, como si
quisiera averiguar si en esa ocasión me había vuelto a bañar con la ropa puesta.

—¡Le felicito! —rezongó—. ¡Se ve que se ha divertido!

—¡Cállate, imbécil!

Su rostro estúpido me enfureció. Rápidamente me desvestí, apoyé la cabeza en la
almohada y cerré los ojos.

La cabeza me daba vueltas, el mundo parecía envuelto en vapor. Algunas imágenes familiares y recientes parecían querer atravesar ese halo de vapor... El conde, una serpiente, Franz, perros color de fuego, «la muchacha de rojo», el loco Nikolái Efimich.

—¡El marido mató a la mujer!

La muchacha del traje rojo me amenazó con el dedo. Tina oscureció la luz con sus ojos negros... Quedé dormido.

—¡Qué sueño tan tranquilo e inocente! Cuando uno contempla su rostro pálido y cansado podría pensar que contempla la conciencia más tranquila del mundo; que no ha llegado el conde Karniéiev, que no ha habido orgía, ni gitanos, que no se ha producido ningún escándalo en el lago... ¡Levántese, hombre malvado! ¡No se merece la bendición de un sueño tranquilo! ¡Levántese!

Entreabrí los ojos y me estiré con voluptuosidad. Desde la ventana llegaba un rayo de sol, en el cual flotaba el polvo blanco de la habitación. El rayo aparecía y desaparecía delante de mis ojos según se interponía o no nuestro amable vecino, el doctor Pável Ivánovich Voznisienski. Parecía flotar como dentro de una percha, envuelto en su largo chaqué. Con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón iba de una esquina a otra de mi habitación, de silla en silla, de retrato en retrato, pestañeando con sus ojos miopes al escrutar cada uno de los objetos de mi cuarto. Observaba a través de sus anteojos la menor rajadura, la más mínima mancha en el papel; fingía preocupación, respiraba fuerte y trataba de arreglar con las manos cualquier desperfecto que encontrara. Hacía todo eso maquinalmente, pasando con ligereza de un objeto a otro, como un experto que procede a un severo examen.

—¡Le he dicho que se levante! —repitió con suave voz cantante, examinando una jabonera y extrayendo con las uñas los cabellos adheridos al jabón.

—Buenos días, amigo —le dije entre bostezos—. ¡Hacía siglos que no nos veíamos!

Al verme despierto, Voznisienski se acercó a mi cama, se sentó e inmediatamente después dirigió la vista hacia una caja de fósforos.

—Sólo los perezosos y aquellos que poseen una conciencia tranquila duermen así, y como usted no es ni una cosa ni otra, será mejor que se levante lo antes posible.

—¿Qué hora es?

—Son casi las once.

—¡Váyase al diablo! Nadie le ha pedido que me despierte tan temprano. Debe usted saber que me acosté a eso de las cinco y media de la mañana y que de no haber sido por usted habría dormido hasta la tarde.

—¡Así es! —oí decir a Polikarp desde la habitación vecina— ¡Aún no ha dormido lo suficiente! Hace dos días que no hace sino dormir y no le basta. ¿Sabe usted qué día es? —me preguntó, entrando en la pieza y mirándome como la gente razonable mira a los locos.

—Miércoles —dije.

—¡Claro! ¡Han arreglado que para usted la semana cuente con dos miércoles!

—Hoy es jueves —dijo el doctor—; de modo que usted, mi querido amigo, se ha permitido el lujo de dormir todo el miércoles. ¡Qué bien! ¡Qué bien! Permítame que le pregunte cuánto bebió.

—He pasado dos días enteros sin dormir. No recuerdo cuánto bebí.

Despedí a Polikarp y comencé a contar al doctor las «noches locas» que acababa de vivir, tan deliciosas y sentimentales en las canciones, y tan ingratas en la realidad. Traté de mantener en mi relato el tono jocoso y de limitarme a exponer los hechos sin moralizar. Yo parecía contar trivialidades como si los hubiera contemplado desde lejos, y, conociendo la mojigatería del doctor y su aversión al conde Karníéiev, omití muchos detalles, pero, a pesar de mi tono retozón, no logré que Pável Ivánovich dejara de mirarme con seriedad. Evidentemente, mi «tono jocoso» no le resultaba tal.

—¿Por qué no se ríe, gruñón? —pregunté, cuando terminé la descripción.

—Si no hubiera sido usted quien me hubiese contado todo esto, y no existiera, además, otro episodio que ha callado, no lo creería. Es demasiado escandaloso, amigo mío.

—¿Cuál es ese episodio?

—Anoche me visitó un *muzhik*, Iván Óssipov, a quien golpeó usted con un remo de manera muy poco delicada.

—¿Iván Óssipov? —pregunté levantándome—. Es la primera vez que oigo mencionar ese nombre.

—Un hombre alto, pelirrojo, con la cara cubierta de pecas... Trate de recordarlo. Le rompió usted la cabeza con un remo.

—No me acuerdo. No me acuerdo de ningún Iván Óssipov, ni de haber golpeado a nadie con un remo. Usted lo ha soñado.

—Este *muzhik* llegó con un informe administrativo para pedirme un certificado. El informe dice que usted lo ha herido. ¿Todavía no lo recuerda? Una herida contundente en la parte superior de la frente. Llegó usted hasta el hueso, amigo mío.

—Sigo sin acordarme. ¿Quién es? ¿De qué se ocupa?

—Es un simple sirviente del conde. Remaba en el lago cuando ustedes llegaron allí a divertirse.

—¡Hummm! Puede ser, pero no me acuerdo. Quizá, estando borracho, debió de ser algo ocasional.

—Nada de ocasional, ningún accidente. Asegura que usted se irritó por algo, lo injurió ampliamente, y, luego, enfurecido, lo golpeó delante de testigos. Afirma que no hacía usted sino gritar: «¡Te mataré, canalla!».

Me ruboricé y comencé a caminar de un lado a otro.

—¡Que me muera si miento, pero no puedo recordarlo! —exclamé, haciendo un esfuerzo sobrehumano para acordarme—. La verdad es que cuando bebo puedo volverme odioso.

—¿Cómo piensa arreglar este asunto?

—Me parece evidente que este hombre quiere provocar un escándalo, pero eso no es nada. Lo grave son los golpes. ¿Cómo he podido golpear a alguien? ¿Por qué razón he golpeado a ese pobre *muzhik*?

—He aquí el problema, amigo mío. Yo no podía negarme a expedir el certificado, pero no dejé de aconsejarle que se dirigiera a usted. Arréglense como puedan. La herida no es grande, pero, entre nosotros, una herida en la cabeza que penetra hasta el hueso es cosa seria. No es raro que una herida que parece benigna termine en una necrosis de los huesos y en un feliz viaje *ad patres*.

Entusiasmado con su tema, el médico se levantó, agitó los brazos y se dispuso a hacer una exhibición de sus conocimientos de patología quirúrgica. Magullamiento de los huesos del cráneo, inflamación del cerebro, procesos macroscópicos y microscópicos, hasta llegar a la muerte, esa enigmática *terra incognita*.

—¡Deje usted de aturdirme! —le dije— ¿No se da cuenta de que todo esto es para mí sumamente desagradable?

—Eso no es nada. Escúcheme y pida disculpas. Puede ser que otra vez sea más circunspecto y no cometa tonterías inútiles. Si no se arregla el asunto, puede perder su puesto. Un sacerdote de Themis acusado de infligir a un campesino golpes y lesiones. ¡Bonito escándalo!

A Pável Ivánovich es el único hombre a quien le admito una advertencia sin fruncir las cejas; puede, si se le ocurre, mirarme con aire interrogador o llevar sus investigaciones hasta los más oscuros pliegues de mi alma. Somos amigos, en el mejor sentido de la palabra. Nos tenemos afecto, a pesar de que entre nosotros quedan por saldar algunas cuentas de naturaleza delicada y desagradable. Una mujer pasó entre nosotros como un gato negro. Ese eterno *casus belli* nos creó dificultades, pero no nos hizo reñir. Pável Ivánovich es un hombre excelente. Me gusta su cara sencilla, su gran nariz, sus ojos siempre parpadeantes, su barba pelirroja y sus cabellos ralos. Usa pantalones excesivamente justos, muy largos y arrugados en las rodillas. Su corbata blanca no está jamás en su sitio. Su negligencia es comprensible. No tiene tiempo ni sabe ocuparse de sí mismo. No fuma, no bebe, no malgasta en mujeres los dos mil rublos que gana al mes. Lo arruinan dos pasiones: la manía de prestar dinero sin documentos y sin reclamado, y la de comprar todo lo que lee que se anuncia en los diarios: libros, gemelos de teatro, revistas humorísticas, servicios de mesa «compuestos de cien objetos», cronómetros, etcétera. Por eso no es sorprendente que sus enfermos confundan su casa con un museo. En fin, es un buen muchacho y lo encontraremos a menudo en las páginas de esta novela...

—¡Oh, se me ha hecho tarde! —dijo mirando su reloj barato, con garantía por cinco años y dos composturas ya en su haber—. Tengo que irme, amigo. Adiós y ande con cuidado. Esos excesos en casa del conde van a terminar muy mal. A propósito, ¿va usted mañana a Tenevo?

—¿Mañana? ¿Qué hay?

—La fiesta parroquial. Todo el mundo irá y usted también. Venga sin falta. He

dado mi palabra de que usted irá. No me haga quedar mal.

No tenía necesidad de preguntar *a quién* había dado su palabra. Nos comprendimos inmediatamente. Me saludó. Se puso su abrigo y partió.

Me quedé solo. Para alejar las ideas desagradables que empezaban a agitarme me dediqué a revisar las cartas que me esperaban sobre el escritorio. El primer sobre que abrí contenía la carta siguiente:

«Querido Seriosha, perdóname que te moleste, pero estoy tan sorprendida que no sé a quién recurrir. Nunca me ha sucedido una cosa semejante. ¡Es una vergüenza! Aunque pienso que no hay nada que hacer, quiero que juzgues por ti mismo. Cuando desperté, después de tu partida, noté que me faltaban varias cosas. Me habían robado una pulsera, un botón de oro, diez perlas de mi collar y unos cien rublos. Pensé hacerle una reclamación al conde, pero no logré despertarlo. ¿Qué te parece? Estás en casa de un conde y te roban como en una taberna. Dile esto al conde. Te envío mi amor y muchos besos.

Te quiere, Tina».

Para mí no era una novedad la existencia de ladrones en casa del conde. Añadí esa carta a los muchos antecedentes que tenía sobre el particular. Algún día los utilizaría. Yo conocía a los ladrones...

La carta de Tina, el recuerdo de sus ojos negros, me llevaron al salón de los mosaicos y me hicieron desear, para reponerme, una copa de alcohol. Pero me contuve porque tenía que trabajar. Por lo pronto, fue para mí un fastidio indescriptible tener que descifrar la escritura informe de mis empleados. Sin embargo, fui concentrando poco a poco mi atención en un robo con agresión en el que trabajé largo rato.

Trabajé toda la tarde. Polikarp, asombrado, pasaba a cada instante, desconfiando de mi fuerza de voluntad. No creía en mi cordura y, a cada momento, esperaba que me levantara y le ordenara ensillar a Zorka. Al atardecer, sin embargo, mi perseverancia lo convenció y le hizo abandonar su aire melancólico. Caminaba de puntillas y hablaba muy bajo. Como acertaron a pasar unos muchachos que tocaban el acordeón, salió a gritarles:

—¿Qué diablos buscan aquí? ¡Vayan a otro lado! ¡El señor juez está trabajando!

Luego colocó el samovar en la sala y abrió la puerta.

—¿No quiere tomar un vaso de té? —me preguntó con voz respetuosa.

Mientras tomaba el té se mantuvo muy sumiso a mi lado.

—Tiene usted mejor aspecto, Serguéi Petróvich. ¿Por qué no manda usted a paseo a ese diablo rubio, que se lo trague la tierra? ¿Cómo son posibles esas debilidades en una persona de inteligencia e instrucción? Su profesión es honrosa. Es necesario que todo el mundo le obedezca y tema. Pero si se pone usted a romperle la cabeza a la gente y a bañarse vestido en el lago, todo el mundo dirá que no tiene usted cerebro.

Arruinará usted su reputación.

Esas locuras están bien para los comerciantes, pero no para la gente ilustrada.

—Está bien... ¡Basta, basta!

—Serguéi Petróvich —continuó—, sepárese del conde. Si necesita usted amigos, qué mejor que el doctor Pável Ivánovich. Olvídese usted de los andrajos que viste, y piense sólo en su espíritu.

La sinceridad de Polikarp me conmovió. Traté de decirle algo amable.

—¿Qué novela lees ahora?

—*El conde de Montecristo*. Un conde verdadero, no como ese tipo repugnante.

Después del té, volví al escritorio y trabajé hasta que mis ojos, fatigados, empezaron a cerrarse. Antes de acostarme le di orden a Polikarp de que me despertara a las cinco.

Al día siguiente, a eso de las seis, silbando alegremente y rompiendo con mi bastón los tallos de las flores silvestres, me encaminé a Tenevo, donde mi amigo el doctor me había invitado a celebrar la fiesta parroquial. Era una hermosa mañana. Parecía que la felicidad, suspendida sobre la tierra, se reflejaba en las gotas de rocío y cautivaba el alma del caminante. Rodeado de luz nueva y fresca, el bosque parecía escuchar mis pasos y el griterío de los pájaros asustados por mi presencia. El olor de la vegetación primaveral penetraba el aire que yo respiraba con fruición. Mis ojos, extasiados, abarcaban el espacio y yo sentía la juventud y la primavera; se me ocurrió que los jóvenes abedules, la hierba del camino y los abejorros zumbadores compartían mis impresiones.

«¿Por qué allá en la ciudad —pensaba— el hombre se confina en sus estrechas y mezquinas ideas, en tanto que aquí hay tanto espacio para la vida y el pensamiento?».

Y mi poética imaginación se negaba a pensar en el invierno y en el pan, esas dos tristezas que arrojan a los poetas a la fría y prosaica Petersburgo o a la sucia Moscú, donde se les paga cada línea, pero donde no pueden encontrar la inspiración.

A mi lado pasaban carros de campesinos y coches de propietarios, apresurados hacia la misa y la feria. A cada momento tenía que quitarme la gorra para corresponder a los saludos afables de unos y otros.

Todos me invitaban a subir, pero yo prefería caminar. Entre ellos pasó el jardinero Franz, con una chaqueta azul y su gorra de *jockey*. Me miró indolentemente con sus ojitos soñolientos y agudos y se llevó despacio una mano a la gorra. En la parte trasera de su carro llevaba amarrado un barril pequeño con aros de hierro; sin duda alguna volvería lleno de vodka. Su rostro odioso y su barril echaron a perder por un instante mi humor poético. Oí un ruido de ruedas detrás de mí, volví la cabeza y vi un carro tirado por dos caballos bayos. En el carro iba, sentada sobre un cojín de cuero, mi nueva conocida, «la muchacha de rojo», quien dos días atrás me había hablado sobre «la electricidad que había matado a su madre». La hermosa cara de Olenka, recién lavada y aún soñolienta, se ruborizó levemente al verme. Hizo un movimiento con la cabeza y me sonrió con una expresión de vieja amistad.

—¡Buenos días! —le grité.

Agitó una mano y desapareció sin darme tiempo a contemplar con mayor detenimiento su rostro. Esa vez no vestía de rojo; llevaba un vestido verde y un gran sombrero de paja. Me gustó tanto como la primera vez que la vi. Me hubiera agradado conversar con ella; me hubiera gustado mirar de cerca sus ojos profundos; hubiera querido, en fin, hacerla descender de su pobre vehículo e invitarla a caminar conmigo el resto del camino. Pero se interponían las reglas sociales. Creo que ella hubiera aceptado mi invitación. Se volvió dos veces hacia mí antes de que el carro desapareciera detrás de una arboleda. Sí, estoy seguro de que hubiera caminado con gusto junto a mí.

De mi casa a Tenevo hay seis verstas de distancia, lo que no es nada para un joven en una hermosa mañana. Alrededor de las siete me encaminé a la iglesia, pasando entre los barracones de la feria y los vehículos. No obstante la hora matinal y el hecho de no haber terminado la misa, el rumor de la feria llenaba el aire. El chirriar de las ruedas, los relinchos y mugidos de las bestias, el sonido de las cometas de los niños se mezclaban con los gritos de los vendedores de caballos gitanos y con los cantos aguardentosos de los *muzhiks*, borrachos ya desde la mañana. ¡Cuántas caras! ¡Qué cantidad de tipos diferentes! ¡Cuánto hechizo en esa masa abigarrada de vestidos brillantes! Millares de seres humanos bullían y alborotaban, tratando de terminar sus negocios en pocas horas y partir a la tarde, dejando como recuerdo briznas de heno, avena desparramada y cáscaras de nueces. El pueblo, en densas multitudes, entraba y salía de la iglesia.

La cruz de la iglesia emitía rayos dorados, tan brillantes como el mismo sol. Chispeaba, como si estuviera ardiendo con un fuego dorado. Con el mismo fuego ardía el campanario, en tanto que, más abajo, lucía la cúpula recién pintada de verde. Detrás de la cruz centelleante se extendía el azul del cielo, transparente y sombrío. Traspasé la puerta, llena de gente, y entré en la iglesia. La misa estaba en ese momento en los *Hechos de los Apóstoles*. No se oía el menor ruido, salvo los propios del oficio y los pasos del diácono con el incienso. La concurrencia, inmóvil frente al iconostasio, escuchaba devotamente la ceremonia. Cualquier tentativa de turbar el silencio era reprobada severamente por la comunidad. En el umbral estaba Olenka, mi heroína. Roja de calor y sofocada por la multitud, buscaba con la mirada a un salvador; no podía avanzar ni retroceder, parecía un pájaro aprisionado en una mano; al verme, sonrió amargamente y me hizo señas.

—Ayúdeme a pasar, por favor —me dijo, tomándome del brazo—. Me ahogo en estas apreturas.

—Adelante es lo mismo —le dije.

—Pero allí está la gente respetable. Aquí no hay sino gente del pueblo. Allá, en cambio, hay asientos reservados. Usted también debería estar allí.

Deduje que su rostro no estaba enrojecido por el calor; su ahogo, su molestia, provenían del hecho de estar rodeada de gente grosera. Escuché su pedido y,

apartando el gentío, la conduje al sitio en que estaba la aristocracia del distrito. Una vez que llegamos al lugar donde sus aspiraciones sociales llamaban a Olenka, me coloqué detrás de la gente y me dediqué a observarla. Como de costumbre en esa sección, hombres y mujeres hablaban en murmullos y reían. Kalinin, el juez de paz, con ademanes y movimientos de cabeza, le hablaba de sus enfermedades al propietario Deriaiev. Al advertir la presencia de Olenka, los cuchicheos de las damas aumentaron.

Sólo una joven parecía rezar. Arrodillada, mirando hacia adelante, movía los labios sin notar que un mechón de cabellos, escapado del sombrero, le caía en desorden sobre las sienes. Tampoco advirtió que había entrado con Olenka y que me había colocado a su lado.

Era Nadiezhda Nikoláievna, la hija del juez Kalinin. Cuando poco antes escribí que una mujer se había interpuesto entre el doctor y yo como un gato negro, me estaba refiriendo a ella. El doctor la amaba como sólo pueden hacerlo las almas puras. De pie al lado de ella, recto como un beatón, de cuando en cuando dirigía sus ojos inquisidores y apasionados al rostro absorto de la joven. Se hubiera podido decir que vigilaba sus oraciones y que el brillo de sus ojos revelaba el deseo secreto de ser el objeto de ellas. Pero, para su desgracia, sabía muy bien por quién rogaba Nadiezhda.

Le hice una seña al doctor cuando advirtió mi presencia y ambos salimos juntos.

—Vamos a dar una vuelta por la feria —le propuse.

Encendimos nuestros cigarrillos y caminamos hacia las barracas.

—¿Cómo está Nadiezhda Nikoláievna? —le pregunté al doctor mientras llegábamos a un toldo donde vendían chucherías.

—Bastante bien, creo —dijo, pestañeando delante de un soldadito de cara verde y uniforme escarlata—. A propósito, me preguntó por usted.

—¿Qué deseaba saber?

—Nada en particular. Está enfadada porque usted no ha ido a visitarlos desde hace mucho tiempo..., quiere verlo y preguntarle por qué esa súbita frialdad hacia su casa... Usted acostumbraba ir a diario y ahora ni siquiera la saluda.

—Eso no es cierto... La falta de tiempo ha sido, en verdad, la causa de que dejara de ir a casa de los Kalinin. Mis relaciones con la familia son excelentes y nunca dejo de saludar cuando me encuentro con alguno de ellos.

—Sin embargo, cuando el jueves encontró usted a su padre no le respondió el saludo.

—No me gusta ese juez charlatán y no tengo paciencia con él. Sin embargo, hago un esfuerzo y lo saludo y estrecho su mano cuando me la tiende. Tal vez el jueves no le vi o no le reconocí.

Hoy está usted de mal humor, Pável Ivánovich, y quiere pelear conmigo.

—Usted sabe que lo estimo —murmuró mi amigo—, pero no le creo... «No le vi o no le reconocí». No necesita justificarse ni dar más explicaciones. ¿Para qué, si no

son ciertas? Usted es un hombre excelente, pero existe en su cerebro enfermo una protuberancia, capaz, perdóneme que se lo diga, de llevarlo a cualquier ignominia.

—¡Muchas gracias!

—No se enfade, pero creo que usted es algo neurasténico. Se le escapan a veces, a pesar de su naturaleza noble, deseos y actos que dejan sorprendidos a cuantos lo consideran un hombre normal. ¿Qué animal es éste? —dijo de pronto, cambiando de tono y acercando los ojos a un animal de madera con nariz humana, provisto de crines y adornado con rayas grises.

—Es un león —contestó el vendedor con un bostezo—. O tal vez sea otro animal. ¡Quién sabe!

De las tiendas de juguetes pasamos a las de géneros.

—Esos juguetes no tienen otro objeto que engañar a los niños —dijo el doctor—, inculcándoles ideas del todo erróneas sobre la flora y la fauna. Ese león, por ejemplo, rayado, rojo, ¡y que pía! ¿Quién ha oído piar a un león?

—Escúcheme —le dije—, usted tiene, evidentemente, algo que decirme, pero no se decide a hacerlo. Diga lo que tenga que decir. Lo escucho con placer, aunque me diga cosas desagradables.

—Agradables o no, escuche. Yo querría hablarle de varias cosas.

—Bien, le escucho...

—He emitido la hipótesis de que sea usted un neurasténico. ¿Quiere una prueba? Quizá hable con rudeza y lo ofenda, pero no se enoje. Usted conoce los sentimientos que guardo hacia usted. No hablo ni para ofenderle ni para herirle. Seamos objetivos los dos. Vamos a examinar su alma con ojos imparciales, como si fuera un hígado o un estómago.

—Bueno, sea usted objetivo.

—¡Excelente...! Vamos a comenzar entonces por sus relaciones con la familia Kalinin. Usted recuerda que apenas llegado a nuestro distrito comenzó a frecuentarlos. No fueron ellos quienes lo buscaron. Su aire orgulloso, su tono burlón y su amistad con el conde libertino no le hacían ninguna gracia al juez, y nunca lo hubiera recibido de no haberse presentado usted sin invitación. ¿Se acuerda? Hizo usted amistad con Nadiezhda Nikoláievna y la visitaba casi a diario. Cada vez que uno iba a esa casa, era seguro que lo encontraría a usted allí. El recibimiento que se le hizo fue de los más cordiales. Lo agasajaban todo lo que podían: el padre, la madre, las hermanas menores. Se encariñaron con usted como si fuera un pariente. Le ponían por las nubes; se extasiaban y reían con sus bromas. Para ellos usted era el prototipo del ingenio, la nobleza y la caballerosidad. Usted parecía comprender eso y respondía con afecto a aquel afecto. La desgraciada pasión que inspiraba a Nadiezhda no es un secreto para usted, ¿no es cierto? Sabía que ella le amaba con locura y no dejaba de visitarla. Y de pronto, hace un año más o menos, sin razón alguna, interrumpió usted sus visitas. Le esperaron durante una semana, durante un mes... Aún ahora le esperan. Y usted no vuelve. Le escriben y no contesta. En fin, ni siquiera los saluda.

Usted que es un hombre cortés, ¿no encuentra que eso es el colmo de la descortesía? ¿Por qué se alejó de los Kalinin en forma tan abrupta? ¿Le ofendieron en algo? ¿Se aburría en esa casa? En tal caso, debió haberse retirado poco a poco, sin esta brusquedad hiriente, injustificada.

—¿Porque no hago visitas —contesté sonriendo— me considera usted un neurasténico? ¿Qué inocencia la suya, Pável Ivánovich! ¿Da lo mismo cortar unas relaciones de golpe que hacerlo poco a poco! Quizá sea más honesto, menos hipócrita, hacerlo de golpe. Por lo demás, todo esto es una tontería.

—Admitamos que lo sea, pero ¿cómo explica entonces su conducta posterior?

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, un día apareció usted en una reunión del *zemstvo* a tratar no sé qué asunto, y el presidente le preguntó por qué no se le veía ya nunca en casa de los Kalinin. Usted respondió... ¿se acuerda de su respuesta?: «Me parece que quieren casarme». Eso fue lo que dijo. Y lo dijo en voz alta, de modo que las cien personas presentes pudieron oírlo. Muy bonito, ¿no? Y en respuesta a sus palabras estallaron carcajadas y anécdotas impertinentes sobre la caza de novios. Para colmo, esa misma noche, un miserable se lo contó a Nadiezhda Nikoláievna. ¿Por qué esa ofensa, Serguéi Petróvich? —el doctor me cortó el paso y continuó mirándome en los ojos con aire de súplica, casi lloroso—: ¿Por qué esa ofensa? ¿Todo porque esa muchacha excelente lo ama? Admitamos que el padre, como todos los padres, haya tenido segundas intenciones respecto a usted. Como padre, ha pensado en todo el mundo, en usted, en mí, en Markuzin. Todos los padres son así. Nadie duda que ella, locamente enamorada, deseaba ser su mujer. Y por ese motivo, ¿semejante broma? ¿No se prestaba usted a esos designios? Los visitantes corrientes no son tan asiduos. Por las tardes salían ustedes a pescar en el lago, de noche salían a pasear por el jardín. Sabía usted que ella le amaba, y eso no le hizo modificar su conducta. ¿Cómo se podía, entonces, no confiar en sus intenciones? Yo estaba convencido de que se casaría con ella. Y en lugar de eso tomó usted el asunto en broma. ¿Por qué? ¿Qué tiene usted contra Nadiezhda Nikoláievna? ¿Qué le ha hecho ella?

—No grite, amigo mío, la gente nos está mirando —dije, apartándome unos pasos de Pável Ivánovich—. ¡Cambiemos de conversación! Parece una charla de mujeres. Le contestaré en unas cuantas palabras y que eso le baste. Si visitaba a los Kalinin era porque me aburría; me interesé en Nadiezhda porque es una joven muy interesante. Tal vez me habría casado con ella, pero supe que usted la pretendía antes que yo y que no le era indiferente. Hubiera sido cruel hacer sufrir a un hombre como usted.

—¡*Merci* por ese grandísimo favor! Yo nunca le pedí ese regalo, y, a juzgar por su expresión, no está usted diciendo la verdad. Habla usted por hablar, sin reflexionar. Además, el hecho de que yo sea el hombre que soy no le impidió a usted hacer a Nadiezhda una proposición que no le hubiera alegrado nada a quien se casara con ella.

—¡Ah! ¿Cómo se enteró usted de esa proposición, Pável Ivánovich? ¿Sus asuntos

no deben ir nada mal si ya le confían semejantes secretos! Está usted pálido de cólera y veo que tiene intenciones de golpearme. ¡Y había prometido usted que sería objetivo! ¡Es usted un hombre muy extraño, mi querido doctor! Vamos, dejemos de hablar de tonterías y acompáñeme al correo.

Nos dirigimos a la oficina de correos, situada en la plaza del mercado. El enmarañado jardín de Maksim Fiódorovich, el encargado del correo, aparecía detrás de la empalizada gris.

Encontramos a Maksim Fiódorovich muy agradablemente ocupado. Sonriente y rojo de placer, contaba sobre su mesa verde un fajo de billetes de cien rublos. Aun el dinero ajeno influía sobre su humor.

—¡Buenos días, Maksim Fiódorovich! —le dije—. ¿De dónde llega esa cantidad de dinero?

—Es un envío a San Petersburgo —dijo, encantado, señalándome con un movimiento de cabeza un rincón de la oficina, donde estaba sentada, en la sombra, una figura humana.

La figura oscura se levantó al verme y se acercó. Reconocí a mi nuevo conocido, a mi nuevo enemigo, al hombre a quien tanto había yo insultado en casa del conde.

—¡Mis respetos! —me dijo.

—¿Cómo está usted, Kaetan Kazimirovich? —contesté, haciendo caso omiso de la mano que me tendía—. ¿Cómo está el conde?

—Gracias a Dios, bien; sólo que se aburre un poco. Lo espera a usted con impaciencia.

Leí en su rostro el deseo de hablar conmigo. ¿De dónde podía venir ese deseo después del trato recibido? ¿Por qué ese repentino cambio de modales, después de que reiteradamente lo había yo tratado de «cerdo»?

—¡Qué cantidad de dinero tiene usted! —expresé, mirando los fajos de cien rublos.

Y de pronto sentí que mi cerebro se abría a la verdad. Fue una súbita revelación. Vi los bordes quemados de algunos billetes; era el dinero que yo había querido quemar en la llama de una vela cuando el conde los rechazó y que recogió Chejotski. «Es mejor dárselos a los pobres que dejar que las llamas los consuman», o algo así, había dicho entonces. ¿A qué pobre los mandaba ahora?

—¡Siete mil quinientos rublos! —contó lentamente Maksim Fiódorovich—, ¿está exacta la cuenta?

Es desagradable inmiscuirse en los asuntos de los demás, pero yo deseaba terriblemente averiguar qué dinero era ése y a quién lo enviaba el polaco. Me parecía evidente que no le pertenecía, y sabía que el conde no tenía a quién enviar dinero.

«Ha robado al conde», pensé. «Si la estúpida y sorda Lechuza puede robarlo, ¿qué dificultad podrá encontrar este imbécil para meter las manos en sus bolsillos?».

—¡Ah! ¡A propósito, yo también voy a enviar dinero! —dijo el doctor—. Señores míos, es increíble. Por quince rublos voy a recibir cinco objetos libres de porte: un

catalejo, un cronómetro, un calendario y aún más... Maksim Fiódorovich, pásame una hoja de papel y un sobre, por favor.

El médico envió sus quince rublos, yo recibí mi periódico y una carta y ambos salimos de la oficina.

Nos dirigimos hacia la iglesia. El doctor me seguía, pálido y triste como un día de otoño. Aquella conversación en que había pretendido ser objetivo lo había emocionado profundamente.

Todas las campanas repicaban. Una multitud compacta descendía del atrio. Viejos y raídos pendones y una cruz negra encabezaban la procesión. El sol jugaba alegremente sobre las casullas sacerdotales y sobre la imagen de la Madre de Dios, que irradiaba reflejos cegadores.

—¡Ah, aquí están nuestros amigos! —dijo el doctor, señalando al *beau monde* de nuestro distrito, el cual se mantenía alejado de la multitud.

—Los suyos, no los míos —añadí.

—Es lo mismo... Vamos a reunimos con ellos.

Me acerqué y saludé. Delante de todos estaba el juez de paz Kalinin, alto, ancho de espaldas, barba gris y ojos saltones como los de un pescado; cuchicheaba algo al oído de su hija. Simuló no verme y no respondió al saludo general enviado en su dirección.

—¡Adiós, ángel mío! —le dijo a su hija con tono plañidero, besándola en la frente—. Vuelve a casa; yo regresaré esta tarde. Mis visitas me tomarán poco tiempo.

Volvió a besar a su hija y sonrió con amabilidad al *beau monde*. Frunció las cejas y se volvió hacia el campesino con chapa de policía que se encontraba a su lado:

—¿Van a traerme al fin los caballos o no?

El campesino tembló y levantó las manos.

—¡Atención!

La gente que seguía la procesión se apartó y con gran repique de campanillas se acercaron los caballos del coche del juez, trotando elegantemente. El juez subió al coche, saludó majestuosamente y, después de que el campesino apartó a la multitud con un nuevo grito de atención, desapareció sin haberme concedido una mirada.

—¡Qué grandísimo cerdo! —murmuré al oído del doctor—. ¡Vámonos!

—¿No quiere hablar con Nadiezhda Nikoláievna? —me preguntó Pável Ivánovich.

—Ya es hora de que regrese a casa. Tengo prisa.

Pável Ivánovich me miró con furia y se retiró suspirando. Hice un saludo general y volví hacia las barracas. Al cruzar la multitud, volví el rostro y miré a la hija del juez. Ella me seguía con los ojos, como para ver si yo soportaba su mirada penetrante y pura, llena de un amargo sentimiento de reproche. Sus ojos parecían decir: «¿Por qué?».

Sentí que algo se me removía en el pecho y me avergoncé de mi conducta. Pensé volver y ser amable con esa muchacha que me quería tanto, decirle que no era

culpable de nada, cargar todo a cuenta de mi maldito orgullo, que no me dejaba respirar ni vivir. Pero ¿podía yo, superficial y frívolo como soy, tenderle la mano y reconciliarme con ella, viendo que todos los ojos de las viejas del lugar, sí, esas «siniestras viejas», observaban con atención cada uno de mis movimientos? Más valía que se burlaran de Nadiezhda Nikoláievna y que cotillearan a sus expensas que disuadirlas de la «inflexibilidad» de mi carácter y de mi orgullo, tan apreciados por las mujeres estúpidas.

Cuando, poco antes, hablé de las razones que me obligaron a cesar mis visitas a los Kalinin no fui enteramente sincero ni preciso con el doctor. Le escondí la verdadera causa porque su insignificancia me avergonzaba. La causa fue que cuando visité por última vez a la familia, mientras dejaba mi yegua en la puerta, oí estas palabras: «Nadenka, ¿dónde estás? Tu pretendiente ha llegado». Era el juez quien hablaba sin advertir que yo lo escuchaba. Lo oí y mi amor propio estalló de indignación. «¿Cómo su pretendiente? ¿Con qué derecho me llamaba así? ¿Quién le había dado motivo?».

Algo pareció desgarrarse en mi pecho. Mi orgullo se reveló y olvidé todos los motivos que me llevaban a casa de los Kalinin. Olvidé que cortejaba a la muchacha y que me dejaba seducir hasta el punto de no poder pasar una sola velada sin ella; olvidé sus bellos ojos, cuyo recuerdo me acompañaba día y noche; olvidé hasta su imagen y su voz armoniosa. Olvidé, en fin, las dulces veladas de verano que no volverían jamás, ni para mí ni para ella. Todo cayó bajo el peso de mi orgullo endemoniado, despertado por una frase estúpida de un padre irresponsable. Abandoné la casa presa de una cólera irresistible, monté en Zorka y regresé a mi casa decidido a burlarme de ese caballero que se atrevía a colocarme, sin haber consultado mi opinión, a tratarme como a un pretendiente de su hija.

«Me parece muy bien que Pável Ivánovich la enamore», me decía. «Comenzó antes que yo y por lo mismo antes que yo estuvo calificado como pretendiente. No quiero inmiscuirme en sus asuntos».

Desde entonces no volví a aparecer por casa de los Kalinin, aunque pasé muchos momentos de angustia; y aunque mi alma, destrozada, deseó muchas veces renovar el pasado. Todo el distrito se enteró de la ruptura y sabía que yo «huía del matrimonio». ¿Podía, acaso, ceder en mi orgullo?

Si el juez no hubiera pronunciado aquellas palabras, y si yo no fuera tan empecinado por naturaleza, es posible que no hubiera tenido necesidad de volver el rostro hacia ella, ni ella de mirarme con tan reconcentrada tristeza. Pero más valían esas miradas y ese sentimiento de ofensa y reproche que lo que vi en sus ojos algunos meses después de nuestro encuentro en la iglesia. El infortunio que leí en el fondo de sus ojos negros no fue sino el principio de un desastre que, como el repentino paso de un tren, se llevó a esa joven de la faz de la tierra. Eran como pequeñas florecillas comparadas con los frutos que estaban madurando a fin de destilar su terrible veneno en el frágil cuerpo y angustiado corazón de aquella joven.

Regresé de Tenevo por el mismo camino que había tomado esa mañana. Era mediodía. Como en la mañana, carretas y coches me alegraban el oído con el ruido seco de las ruedas y el metálico repicar de sus cascabeles. Franz pasó con su barril de vodka, sin duda ahora lleno. Me miró de nuevo con sus ojillos perversos y se llevó la mano a la visera en señal de saludo. Su rostro enjuto me disgustó, pero esa vez la impresión desagradable que su vista me causaba fue borrada como por encanto por la hija del guardabosques, que me alcanzó con su pesada carreta.

—¡Déjeme subir! —le grité.

Accedió alegremente y detuvo el vehículo. Subí y la carreta partió con estruendo por el camino que atravesaba, a lo largo de casi tres verstas, el bosque de Tenevo. Durante dos o tres minutos nos miramos en silencio.

«¡Verdaderamente es una belleza!», pensaba mientras miraba su cuello fino y su barbilla enérgica. No cabe duda que entre Nadiezhda y ella me quedaría con esta muchacha. Es de temperamento más natural, más fresco, más generoso. Puesta en buenas manos, se podrían hacer maravillas con ella. La otra es triste, demasiado melancólica, tal vez demasiado inteligente.

A los pies de Olenka había dos cortes de tela y algunos paquetes.

—¡Cuántas compras! —le dije—, ¿Qué necesidad tiene usted de tanto género?

—Necesito mucho más —respondió—. Esto no es nada. No puede usted imaginar todo lo que tengo que hacer. Esta mañana recorrí durante una hora la feria y mañana iré a la ciudad para hacer otras compras. Después, tendré que cortar y coser una barbaridad. Dígame, ¿entre las mujeres que usted conoce no habría una que trabaje por horas?

—Me parece que no. Pero ¿qué necesidad tiene usted de tantas telas y de tanta costura? Su familia no es numerosa. Usted y dos personas más...

—¡Qué raros son los hombres! No entienden nada. Espere a casarse y ya verá. ¿Le gustaría que su mujer anduviera en andrajos? Yo sé que Piotr Yegórich no carece de nada; por eso es conveniente demostrar desde el primer día que una es buena ama de casa...

—¿Qué tiene que ver con todo esto Piotr Yegórich? —pregunté, sorprendido.

—¡Hummm! ¡Se ríe usted como si no supiera nada! —dijo Olenka, ruborizándose tenuemente.

—¡Deje de hablarme en enigmas, jovencita!

—¿Realmente no sabe nada? ¿No sabe que estoy por casarme con Piotr Yegórich?

—¿Usted...? ¿Por casarse...? ¿Con Urbenin? ¡No haga bromas!

—¡No es ninguna broma! No entiendo dónde ve usted la broma.

—¿Se casa usted con Urbenin? —repetí, poniéndome pálido sin saber por qué—. Si no es una broma, ¿qué es entonces?

—Ninguna broma, se lo repito. No veo qué pueda tener de extraño —dijo Olenka con tono de malhumor.

Hubo un minuto de silencio. Contemplé a aquella hermosa muchacha, su rostro joven, casi infantil, y me quedé atónito ante la idea de que pudiera bromear de manera tan atroz. De repente me imaginé a Urbenin al lado suyo, gordo, con la cara roja, las orejas como biombos, sus manos rudas que sólo serían capaces de mancillar ese dulce y joven cuerpo de mujer que comenzaba a florecer. ¿Era posible que la idea de un cuadro semejante no horrorizara a esa hermosa hada de los bosques que había contemplado poéticamente el cielo, surcado de relámpagos mientras la tempestad rugía amenazadoramente? Me sentí casi asustado.

—Es verdad que es un poco viejo —suspiró Olenka—, pero me quiere. Si de algo estoy segura, es de su amor.

—No se trata de tener seguridad en su amor, sino de la felicidad.

—Seré feliz con él. Gracias a Dios, tiene medios... No es un indigente ni un mendigo, sino un hombre de origen noble. Desde luego, no estoy enamorada de él, pero ¿acaso sólo son felices los que se casan por amor? Conozco muy bien esos casamientos por amor.

—Pequeña, ¿cuándo ha tenido usted tiempo para llenarse el cerebro con esa infame sabiduría de la vida? —le pregunté—. Admitiendo que me esté tomando el pelo, ¿dónde ha aprendido usted a burlarse de esa manera tan brutal y madura? ¿Dónde?, ¿cuándo?

Olenka me miró con asombro y se encogió de hombros.

—No comprendo lo que dice usted. ¿Le disgusta que una joven se case con un hombre mayor? ¿Es eso?

Olenka enrojeció súbitamente, se llevó la mano a la barbilla y sin esperar respuesta prosiguió:

—¿Le disgusta? Venga usted mismo a nuestro bosque, donde fuera de los pájaros y de un padre loco no hay nada. ¡Póngase a esperar a un pretendiente joven! La otra tarde le gustó nuestra casa, pero visítela en invierno, cuando uno sería feliz tan sólo con que llegara algo o alguien, aunque fuera la muerte.

—¡Todo eso es absurdo, Olenka! Todo eso es pueril, absurdo. Si no es una broma, no sé realmente qué decir. Es mejor que calle antes de decir esas cosas. Yo, en su lugar, me ahorcaría de un alto álamo. En vez de eso, compra ropa. ¡Ah, sonrío!

—Por lo menos con su dinero haré curar a mi padre.

—¿Cuánto necesita para curar a su padre? —exclamé—. Yo le presto el dinero. ¿Cien rublos?, ¿doscientos?, ¿mil? Usted oculta la verdad, Olenka. No es la salud de su padre lo que le importa.

Las novedades que Olenka me había comunicado me turbaron de tal manera que ni siquiera advertí que la carreta había dejado atrás mi pueblo, entraba en las propiedades del conde y se detenía ante la puerta de Urbenin. Cuando vi a los niños salir corriendo de la casa y la sonrisa de Urbenin que había salido a ayudar a Olenka, salté a tierra y, sin decir palabra, corrí hacia la casa del conde. Allí me esperaba otra novedad.

—¡Qué llegada tan oportuna! ¡Llegas a tiempo! —dijo el conde, cosquilleándose las mejillas con sus bigotes caídos—. No podías elegir mejor momento. Acabamos de sentarnos a la mesa. Conoces al señor, ¿verdad? Me imagino que habrán tenido una que otra discusión de orden judicial. ¡Ja, ja, ja!

El conde me indicó a dos señores, quienes sentados en mullidos sillones comían carnes frías. En uno de ellos tuve el disgusto de reconocer al juez de paz Kalinin, y en el otro, a mi buen amigo el propietario Babaiev.

Después de saludar, miré a Kalinin con sorpresa. Sabía lo mucho que odiaba al conde Karniév y los rumores que esparcía sobre aquél en cuya casa lo encontraba en ese momento comiendo y bebiendo un licor añejo de diez años. ¿Cómo podía explicar un hombre honesto esa visita?

El juez sorprendió mi mirada y pareció comprender mis pensamientos.

—Consagro este día a las visitas —me dijo—. Hago un recorrido por el distrito. Como usted ve, he pasado por la casa de su Excelencia...

El sirviente colocó en la mesa un cuarto plato. Me senté. Tomé una copita de vodka y me puse a almorzar.

—Es una lástima, Excelencia —dijo Kalinin, retomando la conversación que mi llegada había interrumpido—. Nosotros somos gente humilde, por lo mismo no tiene la menor importancia, pero para usted, un hombre rico, instruido...

—Así es, así es —convenía Babaiev.

—¿De qué se trata? —intervine.

—Nikolái Ignátievich me ha dado una buena idea —dijo el conde, señalándome al juez—. Me estaba yo quejando de mi aburrimiento...

—Se queja de su aburrimiento —interrumpió Kalinin—. Melancolía, pena, desencanto. Una especie de Onegin. La culpa es sólo de usted, Excelencia —le decía yo—. Para entretenerse, ocúpese de algo. Ocúpese de asuntos agrícolas; usted posee una propiedad excelente, maravillosa. Me ha contestado que tenía usted la intención de ocuparse de los cultivos, pero que de cualquier manera eso no es suficiente, se aburre. Le falta, si así puede decirse, un elemento estimulante, ciertas diversiones, emociones...

—¿Y qué le ha aconsejado usted?

—Propiamente hablando, nada. Pero me atreví a hacerle un reproche a su Excelencia. ¿Cómo es posible, le dije, que una persona tan joven, instruida y brillante pueda vivir en soledad semejante? ¿No es eso un pecado? No sale nunca, no recibe amigos, nadie lo ve, como si fuera un anciano o un ermitaño. ¿Qué le costaría abrir su casa a los amigos, ofrecer reuniones, fijar un día a la semana, por ejemplo?

—¿Fijar un día para qué?

—¿Cómo para qué? Por lo pronto, para organizar veladas. Su Excelencia entrará en contacto con la sociedad; la estudiará, en cierto modo. En segundo lugar, la sociedad tendrá el honor de conocer de cerca a uno de los más importantes propietarios de la región. Intercambio de ideas, conversaciones, alegría. Bien mirado,

hay una legión de caballeros y señoritas cultas por aquí. ¡Qué espléndidas veladas musicales podrían organizarse! ¡Qué bailes y qué excursiones! La residencia del conde tiene amplios salones, jardines, bosques. Podrían organizarse espectáculos y conciertos como jamás se han visto, ni siquiera en sueños, en este distrito. Todo esto se pierde inútilmente, se hunde en la tierra. Si yo tuviera la fortuna de su Excelencia le mostraría a la gente cómo se debe vivir. Y nos dice que su vida es aburrida. ¡Es como para avergonzarse...!

Kalinin parpadeó y se llevó la mano a los ojos como si de verdad sintiera vergüenza.

—Todo eso es muy cierto —dijo el conde, levantándose de su asiento y metiéndose las manos en los bolsillos—. Puedo organizar magníficas veladas, conciertos, representaciones teatrales. Será una delicia. Y esas veladas pueden tener una influencia educativa. ¿No lo creen ustedes así?

—Desde luego —asentí—. Tan pronto como las señoritas de los alrededores vean tu bigotuda fisonomía, se sentirán impregnadas del espíritu de la civilización.

—Seriosha, no haces sino bromear —dijo el conde, ofendido—. Pero no eres capaz de dar un consejo de amigo. ¡Te diviertes con todo! ¡Ya es hora de que pierdas tus hábitos de estudiante!

El conde se puso a caminar de un lado al otro del comedor y con largos y tediosos argumentos trató de demostrarme la utilidad cultural que podían tener esas veladas. La caza, por ejemplo, podía unir a las mejores fuerzas sociales del distrito.

—Tenemos que volver a hablar de esos proyectos —le dijo Karníéiev a Kalinin al separarse después del almuerzo.

—¿Entonces, Excelencia, es posible esperar...?

—Por supuesto, por supuesto... Estudiaré la idea. Me siento muy feliz con estos proyectos. Puede darles la publicidad que desee.

Había que ver la beatitud que reflejaba el rostro del juez cuando subió a su coche y gritó: «¡Adelante!». Estaba tan feliz que olvidó nuestras divergencias, me llamó «amigo querido» y me estrechó cordialmente la mano.

Después de la partida de los invitados, el conde y yo volvimos a sentarnos a la mesa y continuamos comiendo. A las siete levantaron los cubiertos y sirvieron la cena. Seguimos bebiendo y comiendo durante un buen rato.

—¿Le enviaste hoy dinero a alguien? —le pregunté al conde.

—A nadie.

—Dime, tu nuevo amigo... ¿cómo se llama? ¿Kaetan qué...? ¿Es un hombre rico?

—No, Seriosha. Se trata de un pobre mendigo. Pero, en cambio, ¡qué alma!, ¡qué corazón! Haces mal en hablar de él con desprecio y en zaherirlo. Hay que aprender a conocer a la gente. ¿Tomamos otra copita?

Chejotski regresó para cenar. Al verme frunció las cejas y, después de dar una vuelta alrededor de la mesa, prefirió subir a su habitación. Rehusó comer, pretextando

un dolor de cabeza, pero no protestó cuando el conde dio órdenes de que le llevaran la cena a su cuarto.

Estábamos en el segundo plato cuando llegó Urbenin. Me costó trabajo reconocerlo. Su ancha cara resplandecía de felicidad. Una sonrisa de satisfacción parecía extenderse hasta sus orejas. A cada momento se ajustaba con sus toscos dedos la corbata nueva.

—Una de las vacas está enferma, Excelencia —informó—. Mandé buscar al veterinario, pero no lo encontraron. ¿No sería posible llamar a uno de la ciudad, Excelencia? Si lo llamo yo no vendrá, pero si usted le escribe será otra cosa. No sé exactamente lo que tiene la vaca, pero puede ser algo serio.

—Bueno, escribiré —dijo el conde con un gruñido—. Lo felicito, Piotr Yegórich —dije tendiéndole la mano.

—¿Por qué, señor?

—Por su boda.

—¡Ah, sí! ¿Te imaginas? Está a punto de casarse —dijo el conde, guiñándole al ruborizado Urbenin un ojo— ¿Qué piensas de él? ¡Ja, ja, ja! Lo tenía muy calladito, no decía una palabra, y luego, de repente..., esta bomba. ¿Y sabes con quién va a casarse? ¡Lo adivinamos esa noche! Piotr Yegórich, nosotros dedujimos lo que ocurría en su marchito corazón. Al contemplarlos a los dos, Seriosha dijo: «¡Ese hombre está flechado!». ¡Ja, ja! Siéntese y cene con nosotros, Piotr Yegórich.

Urbenin se sentó respetuosamente e hizo una señal con los ojos a Ilyá para que le sirviera la sopa. Yo le pasé una copa de vodka.

—No bebo, señor.

—¡Tonterías! Usted bebe más que nosotros.

—Bebía, pero ahora ya no lo hago —dijo sonriendo el administrador—. Ahora ya no tengo por qué beber, no hay motivo. Gracias a Dios, todo se ha arreglado satisfactoriamente, como mi corazón quería, aún mejor de lo que podía esperar.

—Bueno, entonces va a beber esta copa por su felicidad —dije sirviéndole un jerez.

—Eso sí, con placer. En realidad bebía demasiado. Ahora puedo confesarlo, bebía de la mañana a la noche. Pero ahora, a Dios gracias, no tengo ya penas que ahogar.

Urbenin bebió su copa de jerez. Yo le serví otra. La bebió también y poco a poco se fue embriagando.

—Apenas puedo creerlo —dijo, echándose a reír con una risa feliz, infantil—; miro este anillo y me acuerdo de las palabras con que ella expresó su consentimiento. Apenas puedo creerlo. Es casi ridículo. ¿Podía yo a mi edad, con mi aspecto, esperar que esta muchacha se convirtiera en la madre de mis huérfanos? Es hermosa, como ustedes se han dignado admitir. Un ángel personificado. Todo esto tiene algo de prodigio. ¿Me ha servido otra copa? Bueno, la última. Bebía porque me aburría; ahora bebo porque soy feliz. ¡Ah, señores, lo que he sufrido! ¡Las desdichas que he tenido que soportar! La conocí hace un año, y deberán creerme cuando les digo que

desde entonces no pude ya dormir una noche tranquilo, no pasó un día sin que ahogara en aguardiente mis sentimientos. La miraba por la ventana, la admiraba y me arrancaba los cabellos. ¡Tenía ganas de ahorcarme! Pero me arriesgué a hacer la proposición y fue como un mazazo. ¡Ja!, ¡ja! No lo quería creer. Aceptó. Yo esperaba que me mandara al diablo por viejo. Sólo quedé convencido cuando me besó.

Al recuerdo del beso de la poética Olenka, Urbenin cerró los ojos y, a pesar de sus cincuenta años, se sonrojó como un niño. Era repugnante.

—Caballeros —dijo mirándonos con ojos felices y bondadosos—. ¿Por qué no se casan ustedes también? ¿Para qué derrochar en vano la existencia? ¿Para qué tirarla por la ventana? ¿Por qué apartarse de lo que constituye el mejor bien de este mundo? Los placeres que se extraen de las orgías no son ni la centésima parte de los que puede ofrecer la pacífica vida de familia. Créamelo, Excelencia. Lo mismo le digo a usted, Serguéi Petróvich. Dios es testigo de que los quiero a los dos. Perdónenme estos consejos tontos, pero deseo vuestra felicidad. ¿Por qué no se casan? La vida de familia es el bien, es el deber de cada uno.

Se me hizo odiosa la vista de ese viejo satisfecho y enternecido que se casaba con una joven hermosa y nos aconsejaba modificar nuestra vida. ¡Era como una befa!

—Sí, estoy de acuerdo —le dije—, la vida de familia es un deber. Usted cumplirá ese deber por segunda vez, ¿no es así?

—Sí, por segunda vez. Yo soy un entusiasta de la vida familiar. Ser soltero o viudo es para mí como vivir a medias. Digan ustedes lo que digan, señores, el matrimonio es una gran cosa.

—Por supuesto... ¿Aun cuando el marido sea tres veces mayor que la mujer?

Urbenin enrojeció. La mano que llevaba una cucharada de sopa a su boca tembló, y la sopa volvió a caer en el plato.

—Entiendo lo que quiere usted decir, Serguéi Petróvich —murmuró—; gracias por su franqueza. Yo también me pregunto a veces si todo esto no será más que una debilidad. Sufro. Pero no hay mucho tiempo para pensar y enfrentarse a problemas cuando uno se siente feliz casi a todas horas, y se olvida de su edad y fealdad. ¡*Homo sum*, Serguéi Petróvich! Así que cuando pienso en nuestras diferencias de edad me tranquilizo como puedo; me parece que yo puedo hacer feliz a Olenka. Le doy un padre y a la vez le doy a mis dos hijos una madre. Por otra parte, todo esto es para mí como una novela, y mi cabeza me da vueltas. Ha hecho mal haciéndome beber tanto jerez.

El administrador se levantó, se limpió la cara con la servilleta y volvió a sentarse. Bebió el vaso de un trago y me miró largamente, como si implorara perdón; después le entró un temblor y comenzó a llorar como un niño.

—¡No es nada! ¡Nada! —murmuró, tratando de dominar sus sollozos— No me hagan caso. Al escucharle, mi corazón tuvo un presentimiento. Se lo aseguro, no es nada.

El presentimiento de Urbenin se cumplió tan pronto que no tengo tiempo para

cambiar mi pluma y comenzar una nueva página. A partir de la próxima parte, mi apacible Musa cambiará de expresión. La calma de su rostro se transformará en cólera y tristeza. La introducción ha terminado y el drama comienza.

La voluntad criminal del hombre exige sus derechos.

Me acuerdo de una hermosa mañana de domingo. A través de las ventanas de la iglesia del conde se podía ver el cielo de un azul diáfano y el conjunto de la iglesia, desde su cúpula pintada de azul hasta el suelo, se inundaba de suaves rayos de luz en que minúsculos copos de incienso flotaban en el aire. El canto de las golondrinas y los gorriones entraba por las ventanas y puertas abiertas. Un gorrión sumamente audaz entró por la puerta y salió por una ventana después de haber volado en círculos, piando sobre nosotros. Había cantos en la iglesia. Los coros cantaban dulcemente, con sentimiento, con esa pasión que hace que nuestros cantantes ucranianos sean tan celebrados cuando se sienten los héroes del momento y todo el mundo los admira. Las melodías eran alegres como los rayos de sol que caían sobre las paredes y los vestidos de los asistentes. A través de la melodía nupcial mi oído sorprende en la voz del tenor, poco cultivada pero dulce y fresca, una ligera nota de pesar, como si sufriera viendo al lado de la hermosa y poética Olenka al envejecido y pesado Urbenin, con su aspecto rudo como el de un oso. No sólo el tenor sufre al ver a esa pareja. Hasta en los rostros que parecen indiferentes y alegres incluso un idiota podría leer signos de compasión.

Yo estaba de pie detrás de la novia, vestido con un frac nuevo y sosteniendo sobre su cabeza la corona nupcial. Estaba pálido y molesto. Parecía que mi cabeza iba a estallar debido a una fiesta celebrada la noche anterior con el correspondiente paseo por el lago. Miraba a cada momento mi mano para ver si me temblaba al sostener la corona. Estaba incómodo y angustiado como si estuviera en un bosque, una noche de lluvia, en el otoño avanzado.

Sentía asco y tristeza. Mi corazón estaba desgarrado por extraños remordimientos. Desde el fondo del alma sentía que si el casamiento de Olenka era un pecado, el culpable era yo.

¿De dónde surgían semejantes ideas? ¿Podría yo haber sido capaz de salvar a esa chica irresponsable de un riesgo que ella misma no comprendía?

«No es compasión lo que sientes —me decía una voz interior—, lo que ocurre es que estás celoso».

Pero no podemos estar celosos sino de lo que amamos. ¿Amaba yo acaso a la muchacha de rojo? Si fuésemos a amar a todas las muchachas con que tropezamos a la luz de la luna, el corazón no podría darse abasto. Pero sería demasiado hermoso.

El conde Karniéiev estaba cerca del mostrador donde el velador de la iglesia vendía los cirios. Se le veía más relamido y pomposo que nunca, lleno de pomadas y afeites, excesivamente perfumado. Parecía un verdadero querubín, de manera que cuando lo vi no pude contenerme y le dije:

—Alekséi, tienes el aire de un conductor ideal de cuadrillas.

Saludaba con gestos graciosos a cada persona que entraba o salía. Yo escuchaba los obsequiosos cumplidos con que agradecía a toda mujer que le compraba un cirio. El niño mimado de la suerte que jamás en la vida había tenido en la mano una moneda de cobre, hacía girar en sus dedos con placer las abolladas piezas de tres y de cinco kopeks. Cerca de él, apoyado en el mostrador, peroraba el majestuoso Kalinin, luciendo sobre el pecho la Orden de san Estanislao. Se le veía resplandeciente y dichoso porque su idea de «los días fijos para actividades sociales» había caído en terreno propicio. Desde el fondo de su alma brotaba su gratitud hacia Urbenin. Aunque ese casamiento fuera absurdo, encontraba todo su beneplácito porque le servía de pretexto para celebrar la primera reunión.

La vanidosa Olenka debía regocijarse. Desde el facistol a la puerta santa del iconostasio estaban, en dos hileras, los representantes más destacados del distrito. Algunos iban vestidos como si se casara el propio conde; no podían concebirse trajes más hermosos. La mayoría del público estaba formado por aristócratas. No había allí ninguna mujer de clérigo ni de mercader. Había mujeres a las que hasta hacía poco Olenka no se sentía con derecho a saludar. Su marido es un administrador, un sirviente privilegiado; pero su vanidad no tiene nada que decir: es de origen noble y posee en el distrito vecino una propiedad hipotecada. ¿Qué otra cosa podía desear la atolondrada joven? También su padrino puede halagar su orgullo, ya que toda la región lo conoce como un *bon vivante* un don Juan. Por supuesto que éste era el punto de mira de todos los asistentes. Hacía más efecto que cuarenta mil otros padrinos; y lo que era más importante, no le rehusó ese favor a la muchacha de rojo cuando se había negado, en cambio, a apadrinar a muchos aristócratas.

Sin embargo, no había en el rostro de la vanidosa Olenka ninguna señal de regocijo. Estaba pálida y su mano sostenía el cirio con un ligero temblor. Su mentón también temblaba de cuando en cuando. Sus ojos tenían una expresión de estupor, como si súbitamente algo la hubiera asombrado extraordinariamente. No le quedaban ni rastros de la alegría que irradiaba la víspera, cuando corría por el jardín contando la clase de papel que prefería para su salón o cuáles serían sus días para recibir. Su cara parecía demasiado seria, mucho más seria de lo que la solemne ocasión exigía.

Urbenin estaba enfundado en un traje nuevo. Se le veía vestido de modo respetable, pero llevaba el cabello peinado a la manera en que lo hacían los ortodoxos rusos hacia el año 1812. Su rostro enrojecido tenía la seriedad que le era característica. Se le veía orar y se podía adivinar que los signos de la cruz que hacía después de cada «¡Señor, *apiádate de nosotros!*» no tenían nada de mecánico.

Detrás de mí estaban Gricha y la rubia Sasha, los hijos del primer matrimonio de Urbenin. Miraban con interrogación la nuca roja y las orejas descomunales de su padre. No comprendían qué necesidad tenía de llevar a vivir a su casa a la tía Olia. ¿Alguien tiene algo o sabe de algo? ¿Alguien tiene algo o sabe de algo? Sasha estaba atónita, en tanto que Gricha, que tenía ya catorce años, miraba al suelo sombríamente.

Si su padre le hubiera pedido permiso para casarse, se lo habría negado.

El casamiento fue celebrado con extraordinaria magnificencia. Tres popes y dos diáconos oficiaron la ceremonia. El servicio se prolongó de tal manera que mi mano se fatigó de sostener la corona y las damas se cansaron de mirar a los novios. El decano dijo las plegarias con modulaciones y dilaciones, sin omitir una sola. Los chantres cantaron, sin despegar los ojos de sus cuadernos de música, algo muy largo y complicado. El diácono aprovechó la ocasión para lucir todas las modulaciones de su voz y recitó con mortal lentitud los Evangelios.

Por fin el diácono me retiró la corona de las manos y los recién casados se besaron; la concurrencia se agitó. Hubo cambio de felicitaciones, de besos, de exclamaciones. Urbenin, sonriente, radiante de alegría, ofreció su brazo a Olenka y todos salimos de la iglesia.

Si algún concurrente a la ceremonia encuentra incompleta e inexacta esta descripción, puede atribuir las lagunas a mi terrible jaqueca y al estado de espíritu del que hablé. Si hubiese sabido entonces que escribiría una novela sobre esos acontecimientos, habría tratado de dominar el dolor de cabeza y observar con mayor atención los detalles de la ceremonia.

En algunas ocasiones el destino se complace en jugar bromas pesadas y malignas. Apenas el cortejo se aprestaba a dirigirse por los soleados prados a la casa del conde, Olenka dio repentinamente un paso atrás, se detuvo y sacudió con tanta fuerza el brazo de su marido que éste trastabilló.

—¡Le han dejado salir! —exclamó, mirándome aterrada.

Por un sendero del jardín, haciendo grandes y desmesurados ademanes y con los ojos extraviados, corría su padre; el orate, con su bata de algodón y arrastrando los chanclos, ofrecía un cuadro lamentable. Sus cabellos flotaban al viento y llevaba el camisón desabotonado.

—¡Olenka! —gritó al llegar frente a nosotros—, ¿Por qué te fuiste?

Olenka enrojeció y miró de reojo a las mujeres, que sonreían; no podía ocultar su vergüenza.

—¡Mitka no cerró las puertas! —gritó—, ¡Entrarán los ladrones! La vez pasada nos robaron el samovar. ¿Qué irán a robarnos ahora?

—No sé quién le ha dejado salir —murmuró Urbenin—; yo había dado órdenes de que cerraran bien las puertas. Serguéi Petróvich, haga el favor de ayudarnos a salir de esta situación.

—Yo sé quién le robó su samovar —le dije a Skvorotsov—. Venga conmigo; le mostraré dónde ha ido a parar.

Tomé al guardabosques por el brazo y lo arrastré hacia la iglesia. Conversé unos momentos con él y cuando calculé que el cortejo había ya pasado lo dejé allí sin revelarle el paradero de su samovar.

Aunque el encuentro con el loco fue inesperado y extraordinario, al poco rato había sido olvidado. La suerte reservaba a los recién casados otra sorpresa, mucho

más asombrosa.

Una hora después estábamos todos sentados en largas mesas, disfrutando del almuerzo nupcial.

A los que estábamos habituados a las telarañas, a la suciedad de la mansión y a los gritos de los gitanos, nos resultaba bastante extraño contemplar esa multitud de gente normal que rompía con su charla vacua el silencio de las piezas solitarias. El ruidoso gentío hacía pensar en una bandada de estorninos abatiéndose sobre un desvencijado cementerio, o en un grupo de cigüeñas —que ese noble pájaro me perdone la comparación— lanzándose en el crepúsculo de un día de migración sobre las ruinas de un castillo abandonado.

Me senté odiando a esa frívola multitud que con insaciable curiosidad observaba la menguante fortuna de los condes Karniéiev. Los muros cubiertos de mosaicos, los cielos rasos esculpidos, los tapices de Persia y el mobiliario Luis XV suscitaban el estupor y el entusiasmo. La cara monstruosa del conde relucía de satisfacción. Creía que todos los elogios de sus huéspedes le eran debidos, aunque nada había hecho para merecer sus propiedades ni para impedir su deterioro; por el contrario, se hubiera sorprendido mucho si alguien le hubiera echado en cara su monstruosa indiferencia hacia una propiedad que durante décadas levantaron sus antepasados. En cada losa de pálido mármol, en cada cuadro, en cada rincón del jardín, sólo los mentalmente ciegos o los pobres de espíritu podían no ver plasmados el sudor y el llanto de los trabajadores cuyos hijos vivían ahora en las chozas miserables de las aldeas del conde. Y aunque en la concurrencia había personas ricas y de mente independiente que podían darse el lujo de decir la verdad más cruda, nadie se animó a decirle al conde que sus modales orgullosos eran necios y estaban fuera de lugar. Todos se sintieron obligados a quemar un incienso mediocre y a sonreír lisonjeramente.

Urbanin sonreía también, pero por razones diferentes. Sonreía cortésmente, con respeto y felicidad infantil. Como Risler padre, en la novela de Daudet, que se frotaba siempre las manos satisfecho, Urbanin contemplaba a su mujer y, en el cúmulo de sensaciones que lo asaltaban, se hacía mil y una preguntas.

«¿Quién hubiera podido pensar que esta joven belleza podía enamorarse de un viejo como yo? ¡Qué incomprensible es el corazón de la mujer!».

Hasta tuvo la audacia de dirigirse a mí con aires de superioridad:

—¡Qué siglo más curioso! ¡Ja!, ¡ja! ¡Pensar que un viejo como yo pudo arrancar del bosque a esta hermosa hada habiendo tantos jóvenes a su alrededor! ¿Cómo he merecido todas estas atenciones? ¿Dónde tenían ustedes los ojos? ¡Ja, ja, ja! Sí, según parece, la juventud de hoy ya no es lo que era antes.

Estaba agradecido y nervioso; se levantaba a cada momento, brindaba con el conde y decía con trémula voz:

—Su Excelencia conoce mis sentimientos; ha hecho tanto por mí que mi cariño por usted es nada al lado de todo eso. ¿Cómo es posible que merezca yo tantas atenciones? Puede creerme que no lo olvidaré jamás, del mismo modo que jamás

olvidaré este día, el mejor de mi vida...

Era evidente que el elocuente respeto de su marido no le era del todo agradable a Olenka. Sentía el servilismo de las palabras, que despertaban sonrisas en los invitados. A pesar de la copa de champaña que había bebido, no estaba alegre; mantenía la misma palidez que en la iglesia, el mismo terror en los ojos. Silenciosa, respondía con indolencia, sonreía forzosamente a los elogios del conde y apenas tocaba los delicados manjares. Cuanto más feliz se declaraba Urbenin, más triste me parecía el bello rostro de su mujer. Me daba pena mirarla, por eso traté de mantener mis ojos fijos en el plato. ¿Cómo explicar esa tristeza? ¿Comenzaba el arrepentimiento a torturar a la joven? ¿O era que su vanidad esperaba un fasto y una solemnidad mayores?

Casi al fin del almuerzo fijé la vista en ella y me sentí turbado hasta el fondo del alma. Olenka hacía esfuerzos desesperados por responder a una pregunta del conde; los sollozos se anudaban en su garganta y no retiraba el pañuelo de la boca. Miraba tímidamente a la concurrencia, como un animal acosado.

—¿Por qué esa cara tan compungida? —le preguntó el conde—. ¡Ah, Piotr Yegórich, usted tiene la culpa! ¡Vamos, atienda a su mujer! ¡Señores, exijo un beso! ¡No un beso para mí, por supuesto! ¡Que se bese la pareja! ¡Amargo!, ¡amargo^[3]!

Urbenin se levantó con su sonrisa más amplia. Olenka, obligada por los gritos de los concurrentes, se irguió y entregó a Urbenin sus labios inertes. Su marido los besó. Olenka retiró los labios como si temiera ser besada otra vez, y me lanzó una mirada... Probablemente la mirada con la que le respondí fue de indignación, porque enrojeció súbitamente y se llevó el pañuelo a la nariz, tratando de ocultar de esa manera su terrible confusión. Me pareció que Olenka se avergonzaba ante mí de ese matrimonio, de ese beso.

«¿Qué tengo yo que ver con ella?», me interrogué. Sin embargo, no dejé de mirarla, tratando de adivinar la razón de su turbación.

La joven no me sostuvo la mirada. Su rubor desapareció, pero de sus ojos surgieron lágrimas, verdaderas lágrimas, como yo hasta entonces no había visto derramar. Se levantó con el rostro cubierto por el pañuelo y salió del comedor.

—Olga Nikoláievna tiene dolor de cabeza —dije—. Ya esta mañana no dejaba de quejarse.

—¡Nada de eso, hermano! —dijo el conde, bromeando—. Esto no tiene nada que ver con un dolor de cabeza. La causa de todo ha sido el beso. Ha tenido vergüenza. Señores, deberíamos aplicar una multa al marido. Aún no ha acostumbrado a su novia a los besos. ¡Ja! ¡Ja!

Los concurrentes, felices por el rasgo de humor del conde, se echaron a reír. La verdad es que no había de qué reírse.

Pasaron cinco minutos, pasaron diez, y la recién casada no volvía. Se produjo un silencio molesto. El conde volvió a bromear. La ausencia de Olenka era todavía más evidente por haber partido sin decir palabra. Había salido como disgustada por

haberse sentido obligada a besar a su marido. No podía admitirse que se tratara sólo de vergüenza. La vergüenza, el rubor, duran uno o dos minutos, pero no una eternidad. Y una eternidad nos parecieron los primeros diez minutos de su ausencia. ¡Cuántos malos pensamientos pasaron por la imaginación de los sorprendidos señores y cuántas habladurías fraguaron las encantadoras damas! La recién casada se levanta de la mesa y desaparece. ¡Qué magnífica novela para el *beau monde* de nuestro distrito!

Urbanin comenzó a mirar en tomo suyo con evidente nerviosismo.

—¡Los nervios! —musitó—, o quizá haya ido a arreglar algo de su vestido. Nadie puede acertar cuando se trata de mujeres. Dentro de un instante estará aquí.

Pero pasaron otros diez minutos y Olenka no apareció. Urbanin me miró con ojos suplicantes; comenzó a darme lástima.

«¿Será necesario que vaya yo a buscarla?», parecían querer preguntar sus ojos. «¿No podría usted, palomita, ayudarme a salir de esta situación horrible? Usted es el hombre más inteligente, más atrevido, el que posee mayores recursos para resolver una situación como ésta. ¡Por favor, ayúdeme!».

Yo atendí a la plegaria de aquellos ojos tristes y decidí ayudarlo. El lector verá de qué manera... Sólo diré que el oso servicial de la famosa fábula de Krylov pierde, a mis ojos, toda majestuosidad animal y se reduce a un inocente infusorio cuando lo comparo conmigo. El parecido entre el oso y yo consiste en que ambos quisimos hacer un favor, pero la diferencia es enorme... La piedra con que golpeé a Urbanin es incomparablemente más pesada.

—¿Dónde está Olga Nikoláievna? —le pregunté al sirviente que atendía mi mesa.

—La vi salir al jardín —me respondió.

—Señoras —dije en tono de broma, dirigiéndome a las damas—. Éste es un caso único. Ha desaparecido la novia. Me parece que hay que buscarla y traerla aunque le duelan las muelas. El padrino tiene que servir para algo. Iré a buscarla.

Ante los ruidosos aplausos del conde, me levanté y salí al jardín. Mi cabeza, congestionada por el alcohol, recibió el choque de los rayos ardientes y verticales del sol de mediodía. El calor era sofocante. Caminé al azar por uno de los senderos laterales, silbando y poniendo en acción mis facultades de juez de instrucción rebajado en ese momento a mero detective. Examiné los macizos de flores, los matorrales, los bosquecillos y las grutas y ya me arrepentía de no haber comenzado por otro lado, cuando oí ruidos extraños. Alguien reía o lloraba en una de las grutas aún no visitadas. Entré rápidamente y, en medio de una atmósfera mohosa, encontré a la muchacha. Apoyada en una columna de madera cubierta de moho, Olenka levantó hacia mí sus ojos llenos de terror y desesperación. Sus lágrimas caían como de una esponja empapada.

—¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho? —repetía.

—Sí, Olenka, ¿qué has hecho? —le dije apostado delante de ella y cruzando los labios.

—¿Por qué me casé? ¿Dónde tenía los ojos? ¿Dónde tenía yo la cabeza?

—Sí, Olia..., es muy difícil explicar tu decisión. Explicarla por inexperiencia, sería pecar de indulgente. Pero tampoco me atrevería a acusarte de haber actuado así por depravación.

—¡Oh!, ¿por qué no comprendí eso ayer? Ahora lo he perdido todo. Tal vez hubiera podido casarme con el hombre que amo.

—¿Quién es, Olia?

—Tú —me dijo, mirándome de frente, con decisión—. Pero fui una loca y me apresuré. Tú eres rico, me parecías inalcanzable.

—¡Basta, Olia! —le dije, tomándole una mano—. Sécate las lágrimas y volvamos. Te esperan en el comedor. ¡Ven, no llores más...!

Le besé una mano; luego le dije:

—Basta, jovencita; has hecho una tontería y ahora debes pagar las consecuencias. Tú tienes la culpa. ¡Cálmate ya!

—¿Me quieres? ¿Di? ¡Eres tan grande, tan guapo! ¿Me quieres o no?

—Tenemos que volver, querida —le dije, advirtiéndole sólo entonces que la tenía abrazada por la cintura y que la besaba— ¡Basta! —murmuré—, ¡Volvamos!

Cinco minutos después, con la cabeza cargada de impresiones extrañas, la tomé en brazos y la dejé en la entrada de la gruta. En ese momento vi a Chejotski. Me miró con malicia y aplaudió con las manos. Lo miré con desprecio de arriba abajo y tomando a Olga del brazo me dirigí hacia el palacio.

—Hoy mismo —le dije al polaco— saldrá usted de aquí.

Mis besos habían hecho que la cara de Olenka ardiera como el fuego. Ya no quedaban rastros de lágrimas.

—Ahora puedo enfrentarme a todo —murmuró, apretándome amorosamente el brazo—. Esta mañana no sabía dónde esconder mi terror; ahora, en cambio, sé dónde puedo ocultar mi felicidad. ¡Qué importa que me espere mi marido! Ni siquiera me importaría si él fuera un monstruo. Te amo y no quiero ver a nadie más.

Miré su rostro radiante de felicidad, sus ojos enamorados, mi corazón se encogió al pensar en su futuro. Su amor por mí no fue sino otro paso hacia el abismo. ¿Cómo terminaría esa muchacha atolondrada que no pensaba en el porvenir? En ese instante, mi oprimido corazón encontró un respiro en un sentimiento que no puede llamarse piedad ni compasión, porque es mucho más arrollador que ambos. Me detuve y tomé a Olga por los brazos. Jamás he visto algo que me produjera tanta pena. No había tiempo de pensar ni de reflexionar. Dominé mis sentimientos y le dije:

—¡Ven conmigo, Olga! ¡Huyamos ahora mismo!

—¿Cómo? ¿Qué dices? —contestó como si no comprendiera la seriedad de mi tono.

—¡Huyamos en este mismo instante!

Ella sonrió y me mostró la casa del conde. Yo insistí.

—¡Vámonos!

—¡Pero eso no es posible! ¡Sería muy extraño!

—¿Te asusta el escándalo? Sí, desde luego que se produciría un escándalo mayúsculo. Pero más valen mil escándalos que permanecer aquí. ¡Yo no te dejaré! ¡No puedo! ¿Comprendes? Olvida tus temores, no hagas caso de tu lógica femenina y obedéceme. ¡Obedéceme, de otra manera labrarás tu propia ruina!

Olga me escuchaba, pero parecía no comprender. El tiempo pasaba y era imposible permanecer en el jardín. Había que decidirse. Apreté contra mi pecho a la «muchacha de rojo», a quien en ese momento consideraba como mi mujer y pensé profundamente que era *mía*, que su suerte dependía de mi conciencia. Supe que estaría ligado eternamente a ella, sin remedio.

—Escucha, querida, mi tesoro —le dije—. Daremos un paso audaz. Nuestros amigos se enfadarán y lanzarán sobre nuestras cabezas mil insultos. Habrá quejas y lágrimas. Quizá mi carrera quede arruinada, encontraré mil obstáculos insalvables, pero lo he decidido. Tú serás mi mujer. ¡Que Dios se apiade de los demás! Yo te haré feliz, te cuidaré como a la niña de mis ojos. Te educaré y haré de ti una verdadera mujer. Te lo prometo. ¡Aquí tienes mi mano!

Hablaba con sincera pasión, como un joven actor que declama el pasaje más emocionante de su papel. Olia tomó la mano que yo le tendía y la besó con ternura. Pero aquél no era un gesto de consentimiento. En su rostro de mujer poco experimentada, que no conoce el valor de las palabras, se reflejaba la perplejidad. Continuaba sin comprender.

—Me invitas a marcharme contigo —dijo pensativamente—. No logro entenderte. ¿No piensas en lo que dirá él?

—¡Qué te importa lo que tenga que decir él!

—¡Cómo que qué me importa! Seriosha, no hables así. Me quieres y eso es todo lo que necesito. Con tu amor puedo soportar hasta el infierno.

—¿Qué dices, tonta?

—Me quedaré aquí. Podremos encontrarnos diariamente.

—¡No puedo ni siquiera imaginar eso! Olia..., escúchame, te amo tanto que me siento locamente celoso. Nunca imaginé que pudiera llegar a sentir esto.

Cualquier persona podía pasar y sorprender nuestra conversación; habíamos olvidado la más mínima prudencia.

—¡Marchémonos de aquí! —volví a insistir.

—A ti todo te parece fácil —murmuró como entre gemidos—. ¡Escaparse después del matrimonio! ¡Te imaginas lo que diría la gente!

Olenka se encogió de hombros. Había en su cara tal expresión de perplejidad, de anonadamiento, que a pesar de mi impaciencia decidí posponer la resolución de nuestros problemas para otro momento. Por otra parte, ya no teníamos posibilidad de seguir hablando. Estábamos en la terraza y escuchábamos las voces de los invitados.

Olenka se arregló el peinado y el vestido detrás de la puerta del comedor y entró. Su rostro era plácido. Contra todo lo que yo esperaba, entró con gran desenvoltura.

—Señores, les devuelvo a la fugitiva —dijo, dirigiéndome hacia mi silla—. Me costó mucho encontrarla. La sorprendí paseando por el jardín porque, según ella, aquí se estaba ahogando de calor.

Olía me miró. Echó un vistazo a los invitados y a su marido y se puso a reír. Todo se le volvió de pronto alegre y risible. Leí en su cara el deseo de compartir con todos los concurrentes su repentina felicidad.

—¡Qué tonta soy! —dijo al fin—. Me río y ni siquiera sé por qué. ¡Conde, ría usted!

—¡Amargo! —gritó Kalinin.

Urbanin tosió embarazado y miró a Olia con gesto de interrogación.

—¿Qué? —preguntó ella con las cejas fruncidas.

—Gritan «¡amargo!» —dijo Urbanin, sonriendo. Se levantó y se limpió los labios con el pañuelo.

Olia también se levantó y permitió que él besara sus labios inmóviles. Ese beso frío atizó aún más el fuego que bullía en mi pecho y que amenazaba a cada momento con calcinarme. Volví la cabeza hacia otro lado, y con los labios cerrados esperé que la comida llegara a su fin. Felizmente terminó en seguida, de otra manera no hubiera sido capaz de soportarla.

—¡Ven aquí! —le dije groseramente al conde después de la comida.

El conde me miró con asombro y me siguió a otra habitación vacía.

—¿Qué se te ofrece? —me preguntó mientras se desabotonaba el chaleco.

—Tienes que elegir a uno de nosotros —le dije con una cólera tal que apenas me permitía mantenerme en pie—. Si no me prometes que ese bribón va a desaparecer en el término de una hora, no vuelvo a poner los pies en tu casa. Te doy medio minuto para que me respondas. ¡O Chejotski o yo!

El conde dejó caer su cigarro y abrió los brazos, estupefacto.

—¿Qué te ocurre, Seriosha? —dijo, abriendo desorbitadamente los ojos—
¡Pareces un loco!

—¡Por favor, basta de palabras inútiles! ¡No puedo soportar a un espía, a un canalla como lo es tu amigo Chejotski! ¡En nombre de nuestra amistad exijo que se marche inmediatamente de aquí!

—Pero ¿qué te ha hecho? —preguntó el conde, ya inquieto—, ¿Qué cargos tienes contra él?

—Te lo repito: o él o yo.

—Pero, querido, me pones en una situación muy delicada... Espera..., tienes una pelusa en el cuello... Me pides lo imposible.

—¡Adiós! —dijo—. ¡No volverás a verme!

Entré en la antesala, tomé mi abrigo y salí a toda prisa. Cuando cruzaba el jardín en dirección a las caballerizas alguien me detuvo: era la hija del juez Kalinin, quien se me acercó con una taza de café en la mano. Era una de las invitadas, pero una impresión curiosa, como de miedo, me había impedido cambiar una palabra con ella

en el transcurso de la fiesta.

—Serguéi Petrovich —me dijo, con una voz muy baja, en el momento en que yo pasaba delante de ella y levantaba ligeramente el sombrero en señal de saludo—, espere un instante, por favor.

—A sus órdenes —le dije, acercándome.

—No tengo ninguna orden que darle —dijo mirándome con fijeza y palideciendo— ¿Puedo retenerlo un momento, si no tiene usted demasiada prisa?

—Por supuesto que sí. No sé por qué me lo pregunta.

—En ese caso, sentémonos —continuó, y luego, cuando estuvimos sentados—: Lleva usted todo el día tratando de eludirme, como si tuviera miedo de encontrarse conmigo. Es precisamente eso lo que me ha decidido a hablarle. Soy una mujer orgullosa y tengo amor propio. Pero por una vez en la vida puedo sacrificar esos sentimientos.

—¿Por qué me habla así?

—He decidido interrogarle hoy sobre algo humillante que me tortura. Contésteme sin mirarme a la cara. ¿Es posible, Serguéi Petróvich, que no tenga usted ninguna piedad de mí?

Me miró y giró lentamente la cabeza. Su palidez empezó a aumentar y su labio superior comenzó a temblarle.

—Tengo la impresión, Serguéi Petróvich, que usted se ha alejado de mí por alguna equivocación o por un capricho. Me parece que si hablamos francamente todo podría arreglarse. Si no lo creyera así, no me atrevería a preguntarle lo que voy a preguntarle. Serguéi Petróvich, soy una mujer desgraciada, usted lo sabe. Esto no es vida... Me aflige sobre todo esta vaga imprecisión: no saber si puedo abrigar esperanzas. Su conducta me resulta tan incomprensible que no puede extraerse de ella una conclusión. Dígame qué debo hacer. Mi vida tendrá entonces un sentido.

—Usted desea preguntarme algo, Nadiezhda Nikoláievna —le dije, preparando mentalmente una respuesta a la pregunta que presentía.

—Sí, una pregunta humillante. Si alguien nos escuchara pensaría que me estoy arrojando a sus brazos como la Tatiana de Pushkin. Pero es una pregunta que no puedo evitar hacer.

En efecto, la pregunta era inevitable. Cuando Nadia volvió los ojos hacia mí para formularla, se retorció nerviosamente las manos y, con lenta angustia, se animó a pronunciar las fatales palabras.

—¿Puedo tener esperanzas? —balbuceó por fin—. No tema hablar claro. Prefiero cualquier cosa a la indecisión. ¡Bien! ¿Puedo tener esperanzas?

Mi estado de ánimo me impedía en ese momento responder de manera razonable. Exaltado por el episodio de la gruta, furioso por el espionaje de Chejotski y la vacilación de Olenka, molesto por la estúpida riña con el conde, apenas había escuchado a Nadia.

—¿Puedo tener esperanzas? —insistió ella— ¡Respóndame!

—Nadiezhdá Nikoláievna, discúlpeme, pero no estoy hoy con ánimo para respuestas —dije abrumado, levantándome—. Soy incapaz de dar una respuesta, cualquiera que sea. Perdóneme, no la he escuchado ni comprendido. Soy un tonto y estoy furioso. Realmente, usted se atormenta en vano.

Hice un saludo con la mano y me alejé de Nadia. No fue sino más tarde, una vez recuperada la calma, cuando entendí cuán estúpido y cruel había sido al no responder a la simple e ingenua pregunta. ¿Por qué no lo hice? Es difícil entender el alma humana, pero más difícil aún es entender la propia. Dios me perdone si yo le estaba dando esperanzas a la joven sin darme cuenta. Jugar con el alma ajena es un pecado que no debería ser perdonado.

Durante tres días di vueltas alrededor de mi cuarto como un lobo enjaulado, tratando con todas mis fuerzas de no salir de allí. Ni siquiera toqué los papeles que apilados en mi escritorio esperaban una resolución; no recibí a nadie; reñí todo el tiempo con Polikarp; todo me irritaba. Me obstiné en no visitar las propiedades del conde, y esta obstinación me costó un fuerte desgaste nervioso. Mil veces tomé mi sombrero para volver a tirarlo después. En varias ocasiones decidí desafiar al mundo entero e ir a ver a Olia costara lo que costara. Otras me acoracé en la fría decisión de permanecer en casa...

La razón me decía que no debía visitar las propiedades del conde. ¿Qué hubiera pensado ese pepino con bigotes si después de nuestra estúpida conversación me presentara yo en su casa como si nada hubiera pasado? ¿No sería eso un reconocimiento de que lo había tratado injustamente?

¡Qué cobarde era yo! Un hombre común y corriente se hubiera reído de mis escrúpulos y hubiese dejado que la vida discurriera sin problemas. Pero soy desconfiado en extremo. Me sentía poseído de piedad hacia Olia, y, al mismo tiempo, me aterrorizaba la idea de que fuera a aceptar mi proposición, hecha en un momento de entusiasmo, y se fuera a vivir conmigo para siempre, tal como se lo había yo ofrecido.

¿Qué habría sucedido si ella me hubiese escuchado? ¿Cuánto hubiera durado ése siempre? No, no podía ir a buscarla. Y sin embargo, mi alma volaba hacia ella con violencia. Deseaba con intensidad un nuevo encuentro; la imagen de Olia no me abandonaba un solo instante. Sabía que ella me esperaba y moría de ansiedad por mí.

El conde me enviaba infinitas cartas, cada vez más implorantes. Me rogaba que olvidara nuestro cambio de palabras y volviera. Se excusaba por la presencia de Ghejotski, ese hombre «bueno, sencillo, aunque tal vez un poco tonto». En una de sus últimas cartas me prometía ir a buscarme y llevar consigo, si me lo parecía, al polaco para que me diera una disculpa cabal «aunque no se sintiera en falta». Leía las cartas y por respuesta pedía al emisario que me dejara en paz.

En el momento culminante de mi crisis nerviosa, cuando había decidido partir para cualquier lado, excepción hecha de la casa del conde, la puerta de mi habitación se abrió lentamente. Sonaron pasos ligeros, y pronto dos manos suaves se anudaron a

mi cuello.

—¡Olga!, ¿eres tú? —había reconocido su perfume y su respiración ardiente. Con su cara contra mi mejilla, parecía extremadamente feliz. No podía decir una palabra; yo la apreté contra mi pecho. De repente se desvanecieron todas las angustias que durante tres días me habían atormentado. Me eché a reír y me sentí como un estudiante.

Vestía un traje de seda azul claro, que destacaba la suavidad de su piel y sus hermosos cabellos color de lino. Era un vestido que costaba, por lo menos, un cuarto del salario anual de Urbenin.

—¡Qué hermosa estás hoy! —le dije, levantándola y besándola en el cuello—. Pero ¿qué pasa? ¿Cómo te va?

—¡Pero qué feo es todo esto! —dijo, abarcando con una mirada todo mi apartamento—. Eres rico, te pagan bien, y, sin embargo, vives demasiado sencillamente.

—No todos pueden darse los gustos del conde, querida. Pero deja de hablar de mi riqueza. ¿Qué genio del bien te ha traído a mi cuchitril?

—¡Suéltame, Seriosha! Me arrugas el vestido. Pasé sólo por un minuto. Dije que iba a ver a la planchadora del conde, que vive a pocos pasos de aquí. ¡Déjame, querido, que estoy intranquila! ¿Por qué no has ido a verme?

Yo no hacía sino contemplar su belleza. Durante un minuto nos miramos en silencio.

—¡Qué hermosa eres, Olga! ¡Es una lástima que seas tan hermosa!

—¿Por qué una lástima?

—Es una lástima porque has ido a caer con ese diablo.

—¡Yo soy tuya! ¿Qué más quieres? Escucha, Seriosha, te pido que me digas la verdad...

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Te habrías casado conmigo?

Estuve por decir: «posiblemente no». Pero ¿para qué tocar la herida que torturaba el corazón de Olga?

—¡Por supuesto que sí! —dije con el tono de quien dice siempre la verdad.

Ella suspiró y bajó la mirada.

—¡Cómo me engañé! ¡Y ya es irreparable! ¡Mi matrimonio ha sido un error! ¡El divorcio es imposible!

—¡Imposible!

—No comprendo por qué me apresuré tanto. Estaba aturdida. Merezco que me castiguen. Pero los razonamientos ahora no sirven de nada. Seriosha, he llorado toda la noche. Seriosha, hasta quería irme a la casa de mi padre. Es mejor vivir con un loco que con ese..., ¿cómo llamarlo?

—Sí, los razonamientos no sirven para nada; tenías que haberlo pensado cuando volvías conmigo de Tenevo y te alegrabas de casarte con un hombre rico. Ahora es

demasiado tarde para recurrir a la elocuencia.

—¡Nada! —dijo Olga con un ademán enérgico—. Si la situación no empeora, podemos seguir viviendo. Adiós. Tengo que irme.

—¡No! Todavía no.

La atraje hacia mí y la comencé a besar con frenesí, como tratando de resarcirme de los tres días perdidos. Ella me abrazaba como un cordero silencioso. Ninguno de los dos hablaba.

—¡El marido mató a su mujer! —gritó mi loro. Olga tembló, se apartó de mí y me miró con aire interrogador.

—Es un loro, querida —le dije—, ¡tranquilízate!

—¡El marido mató a su mujer! —volvió a gritar Iván Demiánich.

Olga se puso el sombrero en silencio y me tendió la mano. El espanto había quedado pintado en su rostro.

—Escucha —dijo, mirándome con su ojos enormes—, si Urbenin se entera de que he venido me matará...

—¡Tranquilízate! ¡No serviría yo de nada si no pudiera impedir tal cosa! No le creo capaz de llegar a algo tan anormal como el crimen. ¿Te vas? Bueno, mañana te esperaré en el bosque, cerca de la cabaña; allí nos encontraremos.

Después de conducir a Olga a la puerta volví a mi habitación, donde encontré a Polikarp. Me miró con aire severo, meneando la cabeza despectivamente.

—¡Que esto no vuelva a suceder, Serguéi Petróvich! —dijo con aire paternal y severo—. No me gusta.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—¡Esas cosas! ¿Cree usted que no he visto nada? Lo he visto todo. ¡Que no se atreva a volver por aquí! ¡Como si hicieran falta más murmuraciones!

Me encontraba de excelente humor; la vigilancia y el tono de preceptor de Polikarp me hicieron gracia en lugar de fastidiarme. Le ordené que se fuera a la cocina.

No había tenido aún tiempo de pensar en mi reciente encuentro con Olenka cuando se presentó otro visitante. Escuché el ruido de un coche, y Polikarp, con aire de desprecio y murmurando toda clase de maldiciones, me anunció la llegada del «otro», a quien detestaba con todo su corazón. El conde entró, me miró con aire lacrimoso y movió la cabeza.

—¿Me das la espalda? ¿No vas a hablarme?

—No, no te doy la espalda.

—Te aprecio tanto, Seriosha, y todo por una tontería... —el conde se sentó, suspiró y continuó moviendo mecánicamente la cabeza.

—Bueno, siempre has sido un idiota —le dije—. ¡Para mí ya ha sido suficiente!

Mi influencia sobre ese hombre débil era igual a mi desprecio por él. Mis palabras y mi tono no le ofendieron. Al contrario, saltó de alegría y me abrazó.

—Le he arrastrado —dijo—; está esperando en el coche. ¿Quieres que te dé una

excusa?

—¿Sabes lo que ha hecho?

—No...

—Es mejor así; que se guarde sus excusas, pero adviértele que si vuelve a hacer algo parecido tomaré mis medidas.

—Bueno, hagamos las paces, Seriosha. ¿Está bien? Era algo que ambos estábamos necesitando. En cambio, disputamos continuamente como chicos de escuela. Querido, ¿tendrías un vasito de vodka? Tengo la garganta seca.

Hice que le sirvieran vodka. Bebió dos copas, se sentó y se puso a conversar volublemente.

—Acabo de encontrar a Olenka —me dijo—. ¡Una mujer maravillosa! Te advierto que estoy comenzando a odiar a Urbenin; en otras palabras, Olia comienza en verdad a gustarme. Veré si puedo cortejarla.

—No se debe cortejar a las mujeres casadas —dije.

—¡Vamos! ¿Aunque esté casada con un viejo? Quitarle la mujer a Piotr Yegórich no es pecado. Ella no nació para él. Hoy mismo iniciaré el ataque y lo seguiré sistemáticamente. ¡Una verdadera hermosura! ¡Hummm! ¡Cómo para chuparse los dedos! —el conde bebió una tercera copa de vodka y continuó—: ¿Sabes cuál otra me gusta? Nadenka, la hija de ese pelmazo de Kalinin. Una morena espléndida de ojos maravillosos. Por ahí también pienso tender mis redes. Para las Pascuas voy a organizar una velada literario-musical. He comprobado, hermano, que aquí, si uno se lo propone, puede divertirse; hay una sociedad cultivada, mujeres encantadoras. Dime, ¿puedo quedarme a dormir aquí un rato?

—¡Cómo no! Pero ¿qué vas a hacer con Chejotski, que espera en el coche?

—¡Déjalo que espere! ¡Que se lo lleve el diablo! Yo tampoco le quiero, hermano —dijo el conde poniéndose de pie, y con voz apagada añadió—: Tampoco yo le quiero. Me veo obligado a soportarlo por pura necesidad. ¡Que se lo lleve el diablo! —se tendió en la cama y dejó caer la cabeza sobre el almohadón. Un momento después roncaba.

Esa misma tarde, después de haberse ido el conde, recibí una tercera visita. Se trataba del doctor Pável Ivánovich, quien me anunció que Nadiezhda Nikoláievna estaba enferma y que definitivamente había rechazado su mano. El pobre doctor estaba inconsolable.

Pasó el poético mes de mayo...

Había pasado la floración de las lilas y los tulipanes y con ella también los transportes del amor, esos momentos por los que uno es capaz de dar meses y años de su vida.

Una tarde de junio, después del crepúsculo vespertino, cuya larga estela dorada y purpúrea anunciaba para el día siguiente una jornada clara y templada, llegué al pabellón que habitaba Urbenin. Esa noche iba a celebrarse en casa del conde una velada musical. Los invitados habían comenzado a llegar, pero el conde no había

regresado aún de su paseo de la tarde.

Por eso, poco después, me presenté en el pórtico de la casa de Urbenin, y tomando a mi caballo por la brida comencé a conversar con Sasha, la hija pequeña de Urbenin. Éste, sentado en los escalones de entrada con la cara apoyada sobre los puños, contemplaba, con la mirada perdida, la distancia, y ni siquiera contestó a mis preguntas. Tuve que interrogar a la pequeña Sasha.

—¿Dónde está tu nueva mamá? —le pregunté.

—Ha salido a pasear con el conde. Todos los días sale con él.

—¡Todos los días! —remachó Urbenin con un suspiro.

Ese suspiro dejaba entender muchas cosas que inquietaron mi espíritu, y que yo vanamente trataba de explicarme.

Diariamente Olenka salía a caballo con el conde. Eso no significaba nada. Olga no podía amar al conde. Los celos de Urbenin eran, pues, injustificados. Ni Urbenin ni yo podíamos estar celosos del conde, pero sí de otra cosa que yo no lograba comprender. Esa *otra cosa* era como un muro espeso que se había interpuesto entre Olenka y yo. Ella continuaba queriéndome, pero desde la visita descrita en la parte anterior sólo habíamos podido encontrarnos a solas unas dos o tres veces. Cuando me encontraba fuera de mi casa, se ruborizaba extrañamente y evitaba responder a mis preguntas. Correspondía a mi amor, pero sus respuestas eran tan lacónicas e inexpresivas que de nuestras breves entrevistas sólo me quedaba en la memoria una dolorosa perplejidad. Me parecía evidente que algo turbio debía tener en la conciencia; pero era imposible desentrañar la causa.

—Espero que tu nueva mamá se encuentre bien —le dije a Sasha.

—Sí, pero anoche le dolía una muela. Estuvo llorando.

—¿Llorando? —preguntó Urbenin, volviendo el rostro hacia su hija—. ¿De dónde sacaste eso? Debes haberlo soñado.

Yo sabía que Olga no sufría de las muelas. Si lloraba, debía ser por otra razón. Traté de continuar hablando con la niña, pero en ese instante se escuchó un galope y vimos a un jinete que desmontaba con torpeza y ayudaba a bajar a una hermosa amazona.

Para ocultar a Olga la alegría que su regreso me causaba, levanté en brazos a Sasha y la besé.

—¡Qué linda estás, Sasha! ¡Qué bonito pelo!

Olga me lanzó una rápida ojeada, respondió a mi saludo en silencio y, apoyada en el brazo del conde, entró en el pabellón. Urbenin se levantó y la siguió.

Cinco minutos después salió el conde, alegre como nunca lo había visto antes. Hasta su cara parecía haber rejuvenecido.

—¡Felicítame! —me dijo, tomándome del brazo y riendo estúpidamente.

—¿Por qué?

—Por mi victoria. Un paseo más como este y esa flor es mía. Lo juro por las cenizas de mis nobles amigos.

—¿No has triunfado aún?

—¡Casi!, ¡casi! Durante diez minutos tuve su mano en mi mano —canturreó el conde— y no me la retiró. Se la he besado mil veces. Espero que mañana... Pero tengo que apresurarme. Voy con mucho retraso. A propósito, hay algo que debes aclararme. Tienes que decirme la verdad. ¿Es cierto que abrigas malas intenciones respecto a Nadiezhda Nikoláievna?

—¿Por qué?

—Si es verdad, no quiero jugarte una mala pasada. No está en mis principios poner zancadillas a los amigos. Pero si no te interesa, entonces...

—No me interesa.

—*Merci*, alma mía.

El conde empezó a cazar dos liebres a la vez, completamente seguro de su triunfo. Esa noche me dediqué a observar su cacería. Más bien parecía una parodia de cacería. Al observarla, yo no sabía si reír o sublevarme ante la vulgaridad del conde. ¡Nadie podía imaginar entonces que ésa cacería infantil terminaría en el horror y el crimen!

El conde hizo más que matar a las dos liebres. Bueno, las mató pero no pudo obtener ni la carne ni la piel.

Le vi apretar a hurtadillas la mano de Olga, que lo acogía con una sonrisa, pero cuyo gesto no lograba disimular el desprecio que aquella grotesca criatura le inspiraba.

Para demostrarme que entre nosotros no existían secretos, el conde cogió la mano de la joven y la besó ante mis ojos.

—¡Qué soez! —me murmuró Olenka al oído, limpiándose la mano.

—Oye, Olga —le dije en un momento en que el conde se alejaba de nosotros—, estoy seguro de que quieres hablarme, ¿no es cierto? —la miré con ojos penetrantes. Ella se puso encamada y pestañeó tímidamente. No pude más; le insistí con severidad —: Olga, debes darme explicaciones, ¡te lo exijo!

—Sí —musitó ella, tomándose una mano—, quiero decirte una cosa. Sabes que te amo y que no puedo vivir sin ti, pero, por favor, no vengas más a mi casa. Olvida tu amor y deja de tutearme. Esta situación no puede seguir; es totalmente insostenible. Y trata de ocultar nuestra relación.

—¿Por qué?

—Por que así lo quiero yo. No pienso decirte mis motivos. Pero viene alguien. Vete.

No me fui y ella puso punto final a nuestra conversación; se fue, cogiéndose del brazo de su marido, que en ese momento pasaba por allí, y dirigiéndome una inclinación de cabeza y una sonrisa.

Durante la velada el conde se dedicó a su segunda liebre, a Nadiezhda Nikoláievna. La siguió, relatándole anécdotas y dirigiéndole cumplidos. Ella, fatigada y pálida, trataba de sonreír.

El juez no dejaba de mirarlos; carraspeaba de satisfacción mientras se acariciaba

la barba. Le complacía que el conde cortejara a su hija. Se lo figuraba convertido en su yerno, una idea que habría halagado a cualquier propietario del distrito. Su estimación por el conde aumentó en el momento en que éste comenzó a hacer la corte a su hija.

¡Había que ver con qué engreimiento me miraba! Carraspeaba intencionadamente al hablarme como para decir: Tu orgullo te hizo creerte tan importante, y ahora, ¡mira! No nos importa. Tenemos un conde.

Volví a casa del conde Karniéiev a la tarde siguiente. No hablé con Sasha, sino con su hermano. Salimos al jardín y allí me contó sus desdichas. Mis preguntas acerca de su nueva madre le impulsaron a confiarse a mí.

—Le diré lo que voy a contarle porque es usted amigo suyo —dijo desabrochándose nerviosamente el uniforme—, Pero yo no la temo. Es malvada y ruin.

Me dijo que le había quitado su habitación, que había despedido a su vieja nodriza y que tenía frecuentes accesos de ira.

—Ayer le dijo usted a Sasha que tenía un pelo muy bonito... Pues ella se lo ha cortado...

«Debe haber sido un rapto de celos», pensé.

—Como si tuviera envidia de lo que usted dijo de mi hermana —continuó el muchacho, confirmando mi idea—. También hace infeliz a mi padre. Papá gasta mucho en ella y ya no trabaja. Ha vuelto a beber. Ella es rara... Lloro todo el día y no hace sino lamentarse de nuestra pobreza. ¡Cómo si papá fuera culpable de ser pobre!

El chico me contó muchas cosas desagradables. Veía lo que su padre, completamente ciego, no veía o pretendía no ver. Habían humillado a su padre, a su hermana, a la vieja sirvienta. Le habían quitado el rincón de la casa donde guardaba sus libros y sus pájaros. Todo ello se lo debía a su madrastra. Pero el pobre muchacho no podía siquiera imaginar la magnitud de la ofensa que esa noche haría Olenka a toda su familia. Yo sí fui testigo de ella. Todo lo demás, aun los cabellos cortados de Sasha, no eran sino una fruslería.

Esa noche estaba yo, como de costumbre, bebiendo con el conde. Él estaba ya muy borracho y yo comenzaba a estarlo.

—Hoy me dejó que la tomase por la cintura —me contó el conde.

—¿Y con Nadia? ¿Cómo van las cosas con Nadia?

—No van mal. Estamos en el periodo de las miradas elocuentes. Me gusta leer en sus ojos negros y tristes. ¡Bebamos!

—¿Y a ella le resulta atractiva esa incómoda lectura? Tienes que gustarle mucho para que la aguante... Y al padre, ¿también le gustas?

—¿El padre? ¡No me hables de ese imbécil! Él supone que actúo con buenas intenciones.

El conde tosió y bebió.

—Debe estar seguro de que voy a casarme con ella. En primer lugar, yo no puedo

casarme, y si he de ser sincero, creo que es más honesto seducir a esa muchacha que casarme con ella... Condenarla a vivir eternamente con un borracho tosigo y envejecido..., ¡brrr! Acabaría por morirse o abandonarme. ¡Oye! ¿Qué ruido es ése?

Nos levantamos al oír un ruido de puertas que se abrían y cerraban con estrépito y en ese momento Olga entró en la habitación. Estaba pálida como la nieve; temblaba como una rama que hubiera sido violentamente agitada. El cabello le caía desordenadamente sobre los hombros; tenía las pupilas dilatadas. Casi no tenía aliento.

—¿Qué te pasa, Olga? —le pregunté, tomándola de la mano y palideciendo.

Este tuteo que se me escapó hubiera podido sorprender al conde, pero no lo advirtió. Miraba a Olga con la boca abierta y los ojos desencajados, como si contemplara un fantasma.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté.

—¡Me ha golpeado! —dijo ella, sollozando y dejándose caer en un sillón—. ¡Me ha golpeado!

—¿Quién?

—¡Mi marido! ¡No puedo vivir más con él!

—¡Es repugnante! —gritó el conde, dando un fuerte puñetazo sobre la mesa—. ¿Qué derecho tiene? ¿Por qué lo hizo?

—Sin ninguna causa —dijo Olga, enjugándose las lágrimas—. Cuando sacaba yo mi pañuelo, se me cayó al suelo la carta que me mandó usted ayer. La recogió, la leyó y empezó a azotarme. Después me sacudió y me pidió explicaciones. En lugar de dárselas, salí huyendo hasta llegar aquí. ¡Defiéndame, conde! Él no tiene derecho a tratar a su mujer de esta manera.

El conde se paseaba de un extremo a otro de la habitación; balbuceaba con lengua pastosa no sé qué absurdos que, traducidos a un lenguaje normal, se referían posiblemente a la situación de la mujer en Rusia.

—¡Esto es una barbaridad! ¡Vivimos en Nueva Zelanda! ¿Creerá acaso ese *muzhik* que habrá que colgar a su mujer cuando él muera? ¡Que se la llevará al otro mundo igual que los salvajes!

Yo no lograba recuperarme de la sorpresa. ¿Qué significaba aquella inesperada visita de Olga en bata de casa? ¿Qué debía pensar? ¿Qué hacer? Si había sido golpeada, si la habían humillado, ¿por qué no se había refugiado en casa de su padre o del administrador? Finalmente, ¿por qué no en mi casa, ya que nuestra relación era más íntima? Pero ¿la habrían realmente castigado? El corazón me decía que Urbenin era inocente; mi corazón, al presentir la verdad, se oprimía con el mismo dolor que seguramente experimentaba el marido. Sin preguntarle nada, sin saber qué decir, traté de calmarla ofreciéndole un vaso de vino.

—¡Qué engañada estaba! —suspiró, mientras se llevaba el vaso a los labios—. ¡Qué tranquilo era cuando me pretendía! ¡Hasta llegué a creer que era un ángel!

—¿Esperaba usted que la carta que se le cayó del bolsillo le gustara? ¿Esperaba

usted que se riera? —le pregunté.

—¡No hablemos de eso! —interrumpió el conde— De cualquier manera, el modo de proceder es infame. ¡No es posible tratar así a una mujer! Lo provocaré a duelo. Créame usted, Olga Nikoláievna, que esa acción no va a quedar impune.

El conde se hinchaba como un pavo, aunque sabía muy bien que nada ni nadie le daba derecho a intervenir en ese conflicto matrimonial. Yo no le contradije, porque era consciente de que su intervención se limitaba a lanzar palabras dentro de cuatro paredes y que al día siguiente no quedaría ni traza de la idea de un duelo. Pero me sorprendía que Olga permaneciera en silencio. No podía creer que tuviera la poca dignidad de aceptar que aquel borracho actuara como árbitro entre ella y su marido.

—Le haré morder el polvo —exclamaba con vehemencia esa nueva reencarnación de caballero errante—. Lo abofetearé. Lo haré mañana mismo.

¡Y Olga no hacía callar a ese ebrio miserable que ultrajaba a un hombre cuya única culpa era la de haberse engañado y ser engañado! Había hecho un gran escándalo por el mero hecho de que Urbenin le hubiera apretado un brazo; ahora dejaba que aquel miserable insultara a un hombre que seguramente en ese momento debía estar muerto de tristeza e incertidumbre. Mientras el conde se exaltaba de cólera y Olga se secaba las lágrimas, el sirviente había puesto sobre la mesa una bandeja con perdices asadas. El conde sirvió la mitad de una perdiz en un plato y se lo pasó a Olga. Ella bajó la cabeza y después comenzó a comer mecánicamente. A la perdiz siguió un vaso de vino; pronto no quedó vestigio alguno de sus lágrimas, salvo unas manchitas rojizas alrededor de sus ojos. Muy de cuando en cuando emitía unos artificiosos y profundos suspiros.

De pronto la oímos reír. Olga se reía como un niño que hubiera sido consolado. El conde, al mirarla, también se echó a reír.

—¿Sabe usted en lo que he estado pensando? —dijo, sentándose a su lado—. Organizaré una función teatral. Representaremos una pieza que tenga un hermoso papel femenino, ¿qué le parece?

Empezamos a hablar con toda tranquilidad de ese posible espectáculo. Olga olvidó que poco antes había entrado al comedor pálida, bañada en lágrimas, con los cabellos enmarañados y los ojos llenos de espanto. ¡Qué superficiales habían sido ese espanto y esas lágrimas!

El tiempo pasó rápidamente. Sonaron las doce. Las mujeres respetables ya están en la cama a esa hora. Olga debió haberse marchado antes; sin embargo, sonó la media, y luego la una, y ella seguía sentada, conversando con el conde.

—Es hora de retirarse —dije mirando mi reloj—. ¿Me permite que la acompañe, Olga Nikoláievna?

Ella se me quedó mirando un instante, luego fijó la vista en el rostro del conde.

—¿Adónde voy a ir? —murmuró—. Es imposible que vuelva a su lado.

—Por supuesto que no —dijo el conde—, ¿qué garantía tenemos de que ese bárbaro no va a volver a golpearla?

Hubo un silencio. Yo caminaba de un lado a otro del salón. Mi amigo y Olga me miraban. Me pareció comprender que esas miradas y el silencio que las acompañaba estaban llenas de impaciencia. Me senté en el sofá.

—¡Caramba! —dijo el conde, frotándose nerviosamente las manos—. ¡Qué complicación!

Cuando sonó la una y media, el conde miró bruscamente el reloj, frunció el ceño y se puso a caminar como lo había hecho yo minutos antes. Deduje de su mirada que deseaba decirme algo necesario pero desagradable.

—Escúchame, Seriosha —me dijo al fin en un susurro, sentándose a mi lado—, no debes enojarte conmigo. Tú, querido, comprendes mejor que nadie mi situación, y la petición que voy a hacerte no va a parecerte extraña...

—¡Habla! ¿Qué quieres decirme?

—El hecho es que..., tú te das cuenta..., hazme el favor de retirarte, querido. Tu presencia resulta un poco embarazosa. Ella va a quedarse aquí. Perdóname que te despida.

—¡Muy bien!

El conde me parecía más repugnante que nunca. Lo hubiera aplastado como a un insecto, mientras temblaba y me imploraba que lo dejara a solas con la señora Urbenin. Yo sentía verdadero asco. Asco de que esa bestia degradada ahita de alcohol tocara a la «muchacha de rojo», que alguna vez me había contado sus sueños de una muerte poética.

Me acerqué a ella.

—Me voy —le dije.

Ella asintió con un gesto lejano.

—¿Debo irme? —le pregunté, tratando de leer la verdad en su hermoso rostro—. Di.

Con un movimiento casi imperceptible de sus negras pestañas, respondió:

—¡Sí!

—¿Lo has pensado bien?

Ella me volvió la espalda, como hace uno cuando el viento es inoportuno. No quería hablar. ¿Para qué iba a hablar? Ni la hora ni el lugar se prestaban a conversaciones. Tomé mi sombrero y salí sin despedirme. Olga me contó más tarde que tan pronto como se apagó el ruido de mis pasos, el conde, borracho, la abrazó. Ella, con los ojos cerrados y la boca crispada, apenas podía tenerse de pie, tal era su repugnancia. En un momento dado se desprendió de sus brazos y corrió hacia el lago; se mesó los cabellos y se echó a llorar. ¡No es tan fácil venderse!

Cuando salí de la casa, de paso hacia las caballerizas, me detuve un momento frente a la casa de Urbenin. Me asomé a la ventana. En la mesa, con la cara entre las manos, estaba Urbenin. No era necesario verle la cara para comprender su estado de ánimo. Frente a él había dos botellas de vodka, una vacía y la otra a medias. El pobre diablo estaba tratando de encontrar la paz en el alcohol.

Cinco minutos más tarde, montado en Zorka, iniciaba el camino de regreso a mi casa. La oscuridad era atroz; el lago rugía furiosamente. Parecía un monstruo invisible envuelto en las tinieblas.

Sujeté a Zorka, cerré los ojos y me puse a pensar: «¡Debería volver y matarlos en el acto!». Una cólera terrible me embargaba el alma. Los últimos residuos de bondad y decencia que quedaban en mi depravada vida, lo último que me quedaba para satisfacer mi orgullo, había sido pisoteado y cubierto de cieno.

En mi vida había conocido mujeres venales, pero ninguna tenía el rubor inocente ni los sinceros ojos azules que vi la mañana de mayo en que atravesé el bosque para ir a la feria de Tenevo. Por ser yo mismo un depravado, me era fácil perdonar cualquier vicio, cualquier debilidad; pensaba que no podía pedirle al barro que dejara de ser barro. Pero me resultaba difícil comprender la mezcla de oro puro con barro.

Una ráfaga impetuosa me arrancó el sombrero, que se perdió en las tinieblas. El sombrero golpeó la cabeza de Zorka y la yegua se encabritó, echando a correr locamente por aquel camino que me era tan familiar.

Tan pronto como llegué a mi casa corrí al dormitorio. Insulté, sin duda alguna, a Polikarp, quien insistía en desvestirme. Sin esperar a que él saliera de la habitación, me tiré en la cama y lloré como un niño. Mis nervios no podían resistir más. La cólera impotente, la sensación de ultraje, el resentimiento, los celos, encontraron salida en esos amargos sollozos.

—¡El marido mató a su mujer! —gritó mi loro, erizando su plumaje amarillo.

Bajo la influencia de ese grito, se me ocurrió que Urbenin podía efectivamente matar a su mujer.

Al caer dormido, soñé con crímenes. Tuve una pesadilla verdaderamente sofocante. Me parecía que mis manos apretaban algo frío y que al abrir los ojos encontraría a mi lado un cadáver. Soñé con Urbenin. Lo veía de pie al lado de mi cabecera, mirándome con ojos implorantes.

Después de esa noche que he descrito, me pareció que recobraba la calma.

Me quedé en casa y no me permití salir sino para cumplir con mis obligaciones de juez. Se habían acumulado en mi escritorio muchos asuntos, de modo que no tenía posibilidades de aburrirme. Pasaba todo el día en mi despacho interrogando a la gente que había caído bajo mis garras de juez. No tenía el menor deseo de ir a Karniéievka, la propiedad del conde.

Dejé de pensar en Olga, a quien consideraba irremisiblemente perdida. No pensé más en ella, o, más bien, no quería pensar en ella. A pesar de todo, de tiempo en tiempo me venían a la memoria recuerdos de algunos momentos de nuestras efímeras relaciones. Me acordaba de la casita en el bosque donde vivía «la muchacha de rojo», recordaba nuestro encuentro en la gruta el día de su boda y mi corazón latía dolorosamente. Pero eso duraba poco; los recuerdos agradables se borraban pronto bajo el peso de otros ingratos.

El conde se había convertido para mí en un ser definitivamente repulsivo y

odioso. No me costó ningún trabajo decidirme a romper con él. Comencé a aburrirme y le escribí dos veces al doctor, invitándolo a que me visitara; mis cartas no obtuvieron respuesta alguna. Me parecía evidente que el doctor se había disgustado conmigo.

A la tercera semana de mi obstinada reclusión, el conde llegó a visitarme. Después de reprocharme la falta de respuesta a sus cartas, se desplomó en el sillón, y antes de echarse a roncar, habló de su tema favorito: las mujeres.

—Te comprendo muy bien —dijo con pereza, colocando las manos en la parte posterior del cuello—, eres delicado y escrupuloso, no quieres acercarte a casa para no interferir en nuestro dúo... Una visita durante la luna de miel es peor recibida que la visita de un demonio tártaro. Te entiendo, te entiendo... Pero te olvidas que en mi casa eres estimado y querido. Tu presencia haría más perfecta nuestra armonía. ¡Querido, no puedes imaginarte qué armonía es la nuestra!

El conde agitó una mano y continuó:

—No puedo averiguar si vivo a gusto o no con ella. Ni el mismo diablo podría saberlo. Hay instantes en que daría la mitad de mi vida por poder seguir con ella y otros en que quisiera aullar de desesperación.

—¿Por qué razón?

—Hermano, la verdad es que no puedo entender a esa Olga. A veces me parece más una bruja que una mujer. A veces está alegre y otras llora y reza. A veces me quiere y otras veces parece detestarme. Hay momentos en que se muestra de una ternura excepcional y otros en que cuando abro los ojos veo un rostro terrible, salvaje, congestionado por el odio y el asco. En esos momentos toda su gracia, todo su encanto, desaparecen. Y son muchas las veces en que me mira de esa manera.

—¿Con asco?

—Sí, no puedo comprenderlo. Me dice que vive conmigo por amor, y, sin embargo, a cada instante me demuestra disgusto. ¿Cómo explicarlo? Hay días en que parece que no puede tolerarme y que si está conmigo es sólo por los vestidos que le compro. Adora los vestidos. Es capaz de pasarse frente al espejo con un vestido nuevo de la mañana a la noche. Su vanidad es terrible. Lo que más le gusta de mí es el título. Si no lo poseyera, no me querría. No pasa un día sin que me reproche el no rodearla de una sociedad aristocrática. Lo que pretende es reinar en sociedad. Todo en ella me parece muy raro.

El conde miró hacia el techo con sus ojos turbios y se quedó pensativo. Comprobé, para mi asombro, que no estaba ebrio. La sorpresa me conmovió.

—Hoy día pareces casi normal —le dije—. No has bebido y no me pides vodka. ¿A qué se debe el milagro?

—No es ningún milagro. No tengo tiempo para beber. Te lo vuelvo a repetir, Seriosha, estoy entusiasmado con Olga. Me gusta enormemente. ¡Y no es para menos! Es una mujer extraña y siempre sorprendente. Y no estoy hablando sólo de su físico. Tiene un espíritu un poquito vulgar, no se puede negar; pero ¡qué frescura de

sentimientos! No es posible compararla con las Amalias, Angélicas y Gruchas cuyo amor he disfrutado hasta el presente. Ella pertenece a un mundo que yo desconocía.

—¿Vas a ponerte a filosofar? —dije, y me eché a reír.

—Me ha cautivado. Casi puedo decir que estoy enamorado. Pero creo que no ha hecho sino engañarme. Su rubor no es sino una máscara; sus besos de amor, un mero pretexto para pedirme un vestido nuevo. La trato como a mi mujer, pero ella se conduce como una amante venal. Ha terminado por hartarme. He comenzado a ver en ella lo que realmente es.

—¿Y cómo ha tomado la cosa su marido?

—¿El marido? ¿Cómo te imaginas que ha tomado el asunto?

—Me imagino que es difícil concebir a un marido más desgraciado.

—¿Te parece? Pues estás en un error. Es un bandido por quien no siento ninguna compasión. Un bandido nunca es desgraciado. Siempre encuentra el modo de salir del paso.

—¿Por qué lo insultas de esa manera?

—Porque es un ladrón. Tú sabes que yo le tenía estimación y lo consideraba como a un amigo. Todo el mundo creía que era un hombre honrado, incapaz de engañar a nadie. El engañado era yo; en realidad, me roba. Aprovechaba su situación y disponía de mis bienes. Si no se ha llevado los muebles es porque no ha podido.

Como yo conocía la honradez de Urbenin, me levanté al escuchar esas palabras y me acerqué al conde.

—¿Lo has sorprendido en algo? —le pregunté.

—No, pero conozco sus raterías; me he enterado de ellas gracias a fuentes fidedignas.

—¿Qué fuentes? ¿Puedo conocerlas?

—Tranquilízate. No soy capaz de acusar a un hombre a la ligera. Olga me lo ha contado todo. Aun antes de ser su mujer veía con sus propios ojos cuando mandaba a la ciudad atados de pollos y gansos para venderlos en el mercado. Lo ha visto vender harinas y grasa. Es posible que a ti esto te parezcan fruslerías, pero, dime, ¿le pertenecían? No es el valor lo que me importa, sino los principios. Además, Olga ha visto en su armario fajos de billetes. Cuando ella le preguntó por ese dinero, él le pidió que nunca hablara a nadie de su existencia. Tú sabes que es pobre como las ratas. Tiene un sueldo que apenas le alcanza para vivir. ¿Puedes decirme dónde ha conseguido ese dinero?

—¡Eres un imbécil! —le grité con exaltación—. ¿Cómo es posible que puedas creer a esa viborilla? ¿No le ha sido suficiente escaparse y deshonorar a su marido? No, ahora quiere arruinarlo. ¡Cómo es posible, que haya tanta maldad en su alma! ¡Pollos, gansos, harina! Con tu desconocimiento de la economía agrícola te alarmas de que regale o venda animales muertos que de otro modo hubieran sido devorados por los zorros. Pero ¿has verificado alguna vez las cuentas que Urbenin te rinde?, ¿has contado los miles, las decenas de miles de rublos que te entrega? ¡Eres un

bribón! Querías meter preso al marido de tu amante, pero no sabes cómo hacerlo.

—Mis relaciones con Olga nada tienen que ver con esto. Desde el momento que me roba, sea o no su marido, debo considerarlo un ladrón. Pero, además, ¿te parece decente cobrar un sueldo y que se pase borracho días enteros? No hay día en que no lo encuentre haciendo esos. La gente decente no se comporta de ese modo.

—Precisamente porque es un hombre decente se comporta de ese modo.

—Para ti se ha convertido casi en una pasión tomar partido por tal clase de caballeros. Pero esta vez he decidido no tener compasión. Hoy le pagué lo que le debía y le mandé decir que estaba despedido. Se me acabó la paciencia.

Me pareció innecesario tratar de convencer al conde de que era injusto, poco práctico y estúpido. No estaba en mi papel defender a Urbenin de las acusaciones de su amo.

Cinco días después me enteré de que Urbenin se había mudado con su hijo el estudiante y su niña pequeña a vivir a la ciudad. Me dijeron que salió de su casa borracho, semiinconsciente, y que dos veces se había caído del carro. El estudiante y Sasha lloraron durante todo el trayecto.

Poco después de la partida de Urbenin tuve, muy a mi pesar, que hacer una visita a las propiedades del conde. Algunos ladrones se habían introducido en las caballerizas y habían robado dos o tres monturas de lujo. El juez de instrucción, es decir, yo, había sido oficialmente informado y, *volens nolens*, debí acudir al lugar.

Encontré al conde ebrio y malhumorado. Recorría una habitación tras otra tratando de huir del tedio que lo perseguía, pero no lograba hallar remedio.

—Olga me produce demasiados disgustos —me dijo con gesto de abatimiento—. Hoy estaba furiosa conmigo y me amenazó con arrojar al agua. Salió de aquí y aún no ha vuelto. Ya sé que nada va a ocurrir, pero es demasiada desconsideración de su parte. Ayer lloró durante todo el día y no hizo sino romper piezas de porcelana; anteayer se indigestó por tanto comer chocolates. ¡Sólo el diablo sería capaz de entender su naturaleza!

Consolé al conde como pude y me senté a cenar con él.

—No, ya es tiempo de acabar con todas esas niñerías —no hacía sino repetir—. Ya es tiempo, porque todo esto no deja de ser ridículo y estúpido. Por otra parte, te diré que ya está comenzando a aburrirme con esos cambios bruscos de humor. Necesito una mujer tranquila, ordenada, modesta, como Nadenka Kalinin... ¡Ah, qué muchacha maravillosa!

Después de cenar, caminando por el jardín, encontré a la «presunta ahogada». Al verme se sonrojó y (¡extraña mujer!) comenzó a reír alegremente. La vergüenza y la alegría se mezclaban en su rostro. Después de mirarme de reojo, corrió, y, sin decir palabra, se arrojó a mi cuello.

—Te amo —balbuceó, abrazándome—. Me he sentido tan triste en tu ausencia que si no llegas me habría matado.

La abracé y la conduje en silencio a uno de los invernaderos. Diez minutos más

tarde, cuando me despedía de ella, saqué del bolsillo un billete de veinticinco rublos y se lo entregué. Se lo quedó mirando con ojos de asombro.

—¿Para qué?

—Te estoy pagando esta noche de amor.

Olga no comprendía y me seguía mirando con ojos de asombro.

—Hay mujeres que aman por dinero —le expliqué—. Son mujeres venales. Hay que pagarlas. ¡Tómalo! Si recibes dinero de otros, ¿por qué no aceptas el mío? No quiero deberte favores.

Por más cínico que estuve, Olga no comprendió la injuria que le hacía. Todavía no conocía en realidad la vida y el calificativo de «mujer venal» no le decía nada.

Era un día magnífico de agosto.

El sol de verano iluminaba cálidamente, pero había ya en el aire un presentimiento de otoño. Algunas hojas muertas se doraban en el verde follaje de los bosques y los campos ennegrecidos parecían ansiar desesperadamente el agua. También en nosotros dormitaba algo como el presentimiento del próximo, inevitable y pesado otoño. Era evidente que se acercaba una descarga eléctrica. Era necesaria una tormenta para refrescar la atmósfera.

A mi lado estaba sentada Nádienka, en un coche ligero. Estaba pálida y tanto la barbilla como los labios le temblaban como si fuera a llorar. Aunque el dolor colmaba sus ojos profundos, no cesaba de reír con alegría fingida. Toda clase de vehículos circulaban alrededor de nosotros. Cerca de ellos caracoleaban caballos montados por jinetes y amazonas. Con un verde traje de caza, más propio de un actor que de un cazador, el conde Karniév, inclinado hacia adelante, jugueteaba con las riendas de su caballo árabe. A juzgar por su cuerpo agobiado y la expresión de dolor que denotaba su rostro, se hubiera dicho que montaba por primera vez. Una escopeta nueva de doble tubo saltaba en su espalda y a un lado colgaba un morral donde palpitaba una becada herida.

Olga Urbenin era el ornamento de aquella cabalgata. Montada en un caballo oscuro, regalo del conde, vestida de amazona, con una pluma blanca en el sombrero, ya no tenía casi ningún parecido con la fresca «muchacha de rojo». Tenía un aspecto fastuoso, de gran señora. Cada fustazo sobre las ancas de su yegua, cada una de sus sonrisas, estaban calcados sobre modelos aristocráticos. Había algo provocador, algo incendiario en todos sus movimientos y sonrisas. Erguía la cabeza con fatuidad elegante y desde lo alto del caballo lanzaba miradas desdeñosas, burlándose de lo que sobre ella comentaban en voz alta las más virtuosas de nuestras damas. Las desafiaba con insolencia, aprovechando su especial relación con el conde, aparentando no advertir que Karniév estaba ya tratando de deshacerse de ella.

—El conde quiere deshacerse de mí —me había dicho con una sonrisa sonora, cuando la cabalgata salía de la casa.

Era consciente, pues, de su situación. Pero, entonces, ¿por qué esa risa estridente?

La miré con perplejidad. ¿De dónde sacaba tanta audacia y seguridad esa moradora de los bosques? ¿Dónde había aprendido a montar con tanta elegancia, a mirar con tanta altivez, a mostrar tales ademanes de mando?

—Una mujer depravada es como un cerdo —había comentado el doctor Pável Ivánovich—, si la llevas a la mesa acaba siempre por meter las patas.

Pero esa explicación era demasiado simple. Nadie menos indicado que yo para arrojarle la primera piedra. La voz confusa de la verdad me murmuraba que lo que yo veía no era ni la altivez ni el orgullo de una mujer satisfecha y triunfante: era el presentimiento y la desesperación de un desenlace próximo e inevitable.

La cacería fracasó y emprendimos el regreso. Por algunos cazadores supimos que la caza se había espantado. Entre diez cazadores sólo habíamos obtenido tres becasas y un pato. Al final, una de las Amazonas tuvo un fuerte dolor de muelas y decidimos volver. Galopábamos a través del campo por un hermoso sendero junto al cual amarilleaban gavillas de centeno recién cortado a la vera de un bosque sombrío... En el horizonte se destacaban, blancas, la iglesia y la mansión del conde. A la derecha se extendía el largo reflejo del lago; y a la izquierda, oscura, la «tumba de piedra».

—¡Qué terrible mujer! —me decía en voz baja Nadezhda cada vez que Olga se acercaba a nuestro carruaje—. Es horrible, es tan perversa como hermosa. ¿Hace cuánto tiempo que fue usted su padrino de bodas? No ha gastado aún un par de zapatos y ya se cubre de seda y se adorna con diamantes que no le pertenecen. Es increíble una metamorfosis tan rápida. Hubiera sido mejor que esperara un año o dos antes de descubrir esos instintos.

—¡Quiere vivir de prisa! ¡No tiene tiempo de esperar! —le dije con un suspiro.

—¿Y su marido? ¿Qué ha pasado con él?

—Se ha entregado a la bebida.

—Papá me ha dicho que lo vio anteayer en la ciudad, agobiado, con la cara llena de barro. Ese pobre hombre está en la mayor de las desgracias. Vive en la miseria más absoluta, no tiene con qué comer, no puede pagar el alquiler. Sasha pasa días enteros sin probar bocado. Papá se lo dijo al conde, pero usted ya lo conoce. Es bueno, honrado, pero no le gusta que lo molesten. Contestó que le enviaría cien rublos. Y ya los mandó. Nada ofenderá tanto a Urbenin como esta dádiva. Se sentirá ultrajado, y beberá todavía más.

—Sí —dije—, el conde puede ser muy necio. Podía haber enviado ese dinero por mi conducto y yo nunca le hubiese aclarado a Urbenin de dónde procedía.

Por unos minutos quedamos en silencio. Siempre me había sido penoso hablar del destino de Urbenin. Y en ese momento en que veía frente a mis ojos a la mujer que lo había destrozado, mi espíritu se llenó de tristes pensamientos. ¿Qué iría a ser de él y de sus hijos? ¿Cómo terminaría su mujer? ¿En medio de qué fango moral se desenvolvería su vida?

Cerca de mí estaba sentado un ser particularmente digno de estima... Sólo conocí a dos personas a quienes podía admirar y estimar en mi distrito; los dos, por ser

mejores que yo, tuvieron derecho a volverme la espalda. Eran Nadiezhda Kalinin y el doctor Voznisienski. ¿Cuál sería su destino?

—Nadiezhda Nikoláievna —le dije—, sin desearlo le he causado mucho mal y tengo menos derecho que nadie a solicitar su confianza. Sin embargo, creo que nadie la conoce mejor que yo. Su dolor es mío; su desgracia, mía. Voy a preguntarle algo; no crea que es vana curiosidad. Dígame, ¿por qué autoriza a ese pigmeo grotesco a acercarse a usted? ¿Qué le impide alejarlo, hacer caso omiso de sus cumplidos repugnantes? Usted sabe perfectamente que no es ningún honor dejarse cortejar por él. ¿Por qué permite que todas las viejas chismosas de la localidad unan su nombre al de él?

Nadenka me miró con sus ojos claros; vio la franqueza en mi rostro y sonrió.

—¿Qué dicen ellas? —preguntó.

—Que usted y su padre andan detrás del conde y que él les toma el pelo.

—Si conocieran al conde no hablarían así —dijo la joven, ruborizándose—. Esa gente chismosa y desvergonzada sólo acostumbra ver los puntos criticables. La virtud es inaccesible para ellas.

—¿Ha encontrado usted algo bueno en él?

—Sí, lo he encontrado. Usted debería ser el primero en saber que yo no toleraría sus atenciones si no estuviera segura de sus buenas intenciones.

—Por lo visto sus relaciones ya han llegado al momento en que se habla de buenas y honestas intenciones —dije asombrado—. ¡Qué rapidez! ¿Y en qué se basan esas intenciones honestas?

—¿Quiere saberlo? Pues bien: esas viejas comadres no han mentido: quiero casarme con él. No ponga esa cara, no sonría. Usted dirá que es deshonesto casarse sin sentir amor. Eso se ha repetido mil veces. Sin embargo, es más penoso sentirse en este mundo como un mueble inútil. Es angustioso vivir sin un objetivo.

Cuando ese hombre al que usted parece detestar se haya casado conmigo, mi vida tendrá una razón de ser. Lo corregiré, le haré abandonar la bebida; le enseñaré a trabajar. Mírelo, no tiene aspecto humano; sin embargo, sé que haré de él un hombre.

—Etcétera, etcétera —le dije—. Usted salvará su enorme fortuna y la empleará en hacer obras de caridad... Todo el distrito la bendecirá y la considerará como un ángel enviado a este mundo para alivio de los desamparados... Se convertirá en la madre y en la educadora de los niños... Sí, una gran labor la espera. ¡Usted es una muchacha inteligente, y, sin embargo, razona como una colegiala!

—Puede que mi idea sea irrealizable, puede que sea ridícula e ingenua, pero viviré gracias a ella... Desde que la he concebido me siento bien y ha vuelto a mí la alegría. No me desilusione de antemano. Deje que me desilusione yo por mi cuenta, pero no ahora, sino en un futuro remoto —y luego añadió—: Por favor, cambiemos de tema.

—Permítame hacerle sólo una pregunta indiscreta más. ¿Espera usted que la pida en matrimonio?

—Así es, a juzgar por una carta que recibí hoy. Mi suerte se decidirá esta noche. Me escribió que tiene algo muy importante que decirme. Según dice, de mi respuesta dependerá la felicidad de toda su vida.

—Gracias por su franqueza —le dije.

El sentido de la carta que Nadiezhda había recibido era del todo claro para mí. Una infame proposición esperaba a la muchacha. Así que decidí vigilar para salvarla de esa humillación.

—Hemos salido del bosque —dijo el conde, aproximándose a nuestro coche—. ¿No quiere usted descansar un rato, Nadiezhda Nikoláievna?

Y sin esperar respuesta, dio una palmada y con su voz aguda y desagradable, ordenó:

—¡Alto!

Nos instalamos en los linderos del bosque. El sol, detrás de los álamos, iluminaba con púrpura y oro sus cúpulas, así como la iglesia lejana. Sobre nosotros volaban los pájaros, asustados. Un *muzhik* disparó su rifle y el revuelo aumentó. Se escuchó un ruidoso concierto de pájaros. Es curioso cómo en la primavera y en el verano el canto de las aves resulta agradable y en cambio en otoño irrita los nervios y le hace recordar a uno su próxima migración.

La frescura de la tarde llegaba de la espesura del bosque. Las narices de las damas palidecieron y el conde, sensible al frío, empezó a frotarse las manos. Nada podía ser más agradable en ese momento que el calor del samovar y el tintineo del servicio de té. El tuerto Kuzmá llevó con evidente esfuerzo una caja de coñac. Un largo paseo al aire libre aguza el apetito; el filete de esturión, el caviar, las perdices asadas y otras vituallas son en esos casos un regalo para los ojos semejante a las rosas en una mañana de primavera.

—Hoy te has comportado sabiamente, más sabiamente que nunca —le dije al conde, mientras saboreaba un filete de esturión—. Sería difícil arreglar mejor las cosas.

—Hemos organizado todo juntos —dijo Kalinin, con una sonrisa estúpida, mirando a los sirvientes que sacaban de los coches canastas llenas de *hors-d'oeuvre*, vino y vajilla—. Nuestro *picnic* tendrá un gran éxito; al final servirán champaña.

La cara del juez brillaba de felicidad. ¿Ignoraba la clase de proposiciones que el conde haría a su hija? ¿Acaso había sido llevado el champaña para brindar por la nueva pareja? Miré con atención al juez, pero, como de costumbre, sólo pude ver en su rostro una indiferente satisfacción, la estupidez y la saciedad.

Nos lanzamos alegremente sobre los *hors-d'oeuvre*. Sólo dos personas, Olga y Nadenka, permanecieron indiferentes a ese despliegue gastronómico.

La primera, alejada del grupo, miraba el morral del conde tirado en la hierba con una becada herida. Observaba los movimientos agitados del pobre pájaro como si sólo esperara su muerte.

Nadia, sentada junto a mí, miraba con indiferencia las bocas que masticaban

glotonamente. «¿Cuándo irá a terminar todo esto?», parecían preguntar sus ojos fatigados.

Le ofrecí una rebanada de pan con caviar. Me la agradeció, pero no la comió. No tenía apetito.

—¡Olga Nikoláievna! —gritó el conde a Olga—. ¿Por qué no se sienta?

Olga no respondió y continuó observando la agonía de la becada.

—¡Qué despiadada puede ser la gente! —dije, y me aproximé a Olga—. ¿Es posible que tú, una mujer, puedas ver con indiferencia el sufrimiento de este animal? En vez de mirar sus estremecimientos deberías dar órdenes para que acaben de matarlo.

—También otros sufren. ¿Por qué no había de sufrir este animal? —me respondió Olga, encogiéndose de hombros, pero sin sostener mi mirada.

—¿Quién más sufre?

—¡Déjame en paz! —murmuró—. No estoy dispuesta a aguantarte hoy; ni a ti ni a ese imbécil del conde. ¡Retírate!

Alzó hacia mí sus ojos, donde centelleaban lágrimas de cólera. Estaba pálida y sus ojos temblaban.

—¡Qué cambio de tono! —contesté levantando el morral y torciéndole el cuello al pájaro—. ¡Me dejas asombrado, absolutamente asombrado!

Olga me miró con altanería y volvió el rostro hacia otro lado.

—¿Ése es el tono con que hablas a las mujeres venales? Me consideras una de ellas, ¿verdad? Bueno, pues anda a buscarte una santa. Yo soy la peor, la más innoble. Hace un rato evitabas mirarme, cuando te arrastrabas detrás de tu virtuosa Nadenka. ¿Qué haces aquí? ¡Anda, ve a buscarla!

—Sí —dije, sintiendo que la cólera me iba invadiendo—. Eres la peor y la más perversa. ¡Eres innoble y venal!

—Me acuerdo cuando me ofreciste tu inmundo dinero... Entonces no comprendía lo que eso significaba; ahora lo sé.

La cólera me invadía, tan violenta como el amor que antes había sentido por la «muchacha de rojo». Veía a una mujer hermosa arrojada al fango por un destino que no le perdonaba ni la juventud, ni la belleza, ni la gracia. En ese momento, mientras más hermosa me parecía, más clara veía su perdición. Una furia incontrolable me invadió el alma. No sé lo que le hubiera dicho a Olenka si ella no me hubiese vuelto la espalda. Caminó hacia los árboles y desapareció. Creo que lloraba.

Escuché un brindis de Kalinin.

—¡Damas y caballeros! —Kalinin estaba pronunciando un brindis—. En este día en que nos reunimos... para..., bueno..., todos nos conocemos. Reina entre nosotros la alegría..., este..., gracias a este convivio tanto tiempo deseado... y que no debemos a nadie más que a nuestro faro..., al astro... ¡Conde, no se sonroje! Las damas saben muy bien de quién estoy hablando. ¡Ja! ¡Ja! Pero hay que continuar... Como esto se lo debemos a nuestro esclarecido y joven..., joven conde Karniév...,

propongo este brindis a la salud de... Pero ¿quién viene?

Una calesa se dirigía hacia nosotros.

—¿Quién puede ser? —preguntó el conde, asombrado, dirigiendo sus anteojos hacia el coche—, ¡Hummm! ¡Qué cosa más extraña! ¡Será gente de paso! ¡Pero no! ¡Si es Kaetan Kazimirovich! ¿Quién lo acompaña?

De pronto, como si lo hubiera picado una avispa, el conde dio un salto. Su rostro se puso lívido; se le cayeron los anteojos al suelo. Nos miraba con aire suplicante. Casi nadie reparó en su confusión; todos miraban hacia el vehículo que avanzaba.

—¡Seriosha! ¡Ven aquí un minuto! —me dijo, tomándome del brazo y apartándome—. Te lo suplico, como al mejor de los amigos, como al mejor de los hombres, ¡nada de preguntas, ni miradas interrogadoras, ni gestos de sorpresa! Te lo contaré todo. Para ti no tengo secretos. Hay una desgracia enorme en mi vida. ¡Una desgracia tan grande que ni siquiera sé cómo contarla! Lo sabrás todo, pero por ahora no me preguntes nada. ¡Ayúdame!

Entretanto, la calesa estaba cada vez más cerca de nosotros. Llegó, por fin, y el estúpido secreto del conde pasó a ser propiedad de todo el distrito. Del coche bajó Ghejotski, respirando fuerte y, por primera vez, sonriendo, vestido con un traje nuevo. Tras él saltó con agilidad una mujer de unos veintitrés años. Era alta, de lindo cuerpo, de rasgos regulares, pero poco simpáticos, y ojos azules. Recuerdo muy bien sus ojos inexpresivos, su nariz empolvada, su magnífico vestido y sus numerosas pulseras de oro macizo. Su intenso perfume se mezcló con el de las plantas y el de los vasos de coñac.

—¡Cuánta gente! —dijo la desconocida, mascullando un ruso detestable—. Por lo visto, vamos a divertirnos. ¡Buenas tardes, Alekséi!

Se acercó al conde y le ofreció la mejilla. El conde la besó apenas y miró a sus huéspedes con ojos suplicantes.

—Les presento a mi mujer —balbuceó—. Zosia, mis amigos.

—Acabo de llegar. Kaetan me aconsejó descansar. Pero yo le dije: «¿Por qué descansar, si he dormido toda la noche?». Preferí venir a la cacería. ¡Kaetan, pásame un cigarrillo!

Chejotski le presentó una pitillera de oro.

—Y éste es el hermano de mi esposa —continuó balbuceando el conde, mientras señalaba a Chejotski—. ¡Por favor, ayúdame! —dijo, tocándome con un codo—. ¡Sálvame, te lo suplico!

Me dijeron que Kalinin perdió el conocimiento y que Nadia, que intentó ayudarlo, no pudo levantarse de su asiento. También he sabido que casi todos los invitados se apresuraron a partir. Yo ni siquiera advertí nada de eso. Recuerdo que me interné en el bosque en busca de un sendero y que caminé sin rumbo hacia donde mis pasos quisieron llevarme^[4].

.....

Salí del bosque cubierto de barro; en mis botas había restos de arcilla. Posiblemente había atravesado algunos arroyos, pero no puedo recordar bien los hechos. Tenía la sensación de haber sido apaleado. Era preciso que volviera a la casa del conde a buscar a Zorka, pero no lo hice. A pesar de la distancia, volví a mi casa a pie. No quería volver a ver al conde ni su maldita mansión^[5] ...

.....

Mi camino bordeaba el lago. Su enorme masa de agua comenzaba a rugir su canción nocturna. Altas olas de blancas crestas cubrían su vasta superficie. Un viento húmedo y frío calaba hasta los huesos. A la izquierda, la agitación del lago; a la derecha, el murmullo monótono del bosque. Me sentía a solas con la naturaleza, como en una confrontación. Me parecía que toda la cólera del lago estaba destinada a mí. En otras circunstancias hubiera sentido miedo. Pero ¿qué era la cólera de la naturaleza al lado de la tempestad que agitaba mi pecho^[6]?

.....

Cuando llegué a mi casa, me tiré a la cama sin ni siquiera desvestirme.

—¡Qué desvergüenza! ¡Se volvió a meter al lago con ropa y todo! —gritó Polikarp, quitándome la ropa empapada y llena de fango—. ¡Otro castigo para mí! Los nobles, los educados, se comportan peor que un deshollinador. No entiendo qué pueden enseñarles hoy día en la Universidad.

Me era imposible escuchar una voz ni mirar una cara humana. Quise gritarle a Polikarp que me dejara tranquilo, pero las palabras no me salieron de la garganta. Mi lengua estaba tan débil como el resto de mi cuerpo. Por más molesto que me resultara, dejé a Polikarp desnudarme.

—¡Por fuerza acabará mal! —gruñía mi sirviente mientras me volteaba de un lado al otro como si fuera un muñeco—. Mañana me despido. No me quedaría aquí ni por todo el oro del mundo. Ya he tenido suficientes contratiempos. ¡Que el diablo me lleve si permanezco un día más!

Las sábanas tibias y limpias no me hicieron entrar en calor ni me tranquilizaron. Temblaba tan fuerte de cólera y de horror que mis dientes castañeteaban sin cesar. Mi terror era incomprensible. Mi porvenir no era muy claro, pero podía afirmar que ningún peligro me amenazaba y que ninguna nube oscurecía mi horizonte. No me atemorizaban las enfermedades y no le daba ninguna importancia a mi infelicidad. ¿Qué me ocurría entonces? ¿Por qué temblaba?

Tampoco comprendía mi cólera. El «secreto» del conde no podía producirme pena. Nada me importaba el conde ni su matrimonio secreto. Llegué a explicarme mi estado de ánimo como un choque nervioso producto de la fatiga. No encontraba otra explicación.

Cuando Polikarp salió, me tapé con la sábana, tratando de dormirme. Todo estaba oscuro y en silencio. El loro se movía nerviosamente en su jaula y el reloj del cuarto de Polikarp se podía oír a través de la pared. Fuera de eso, la paz y la tranquilidad reinaban en mi casa. La fatiga física y moral comenzó a vencerme. Sentí que mi cuerpo se aligeraba poco a poco y que las imágenes odiosas se fundían en una cierta neblina. Hasta recuerdo que comencé a soñar en una mañana clara de San Petersburgo en que yo paseaba por la avenida Nevski y me deleitaba contemplando las vitrinas. No tenía ninguna prisa; me sentía absolutamente libre. La consciencia de estar lejos del conde, de su finca y del tenebroso lago me hacía sentir tranquilo y feliz. Me detuve frente a una de las vitrinas y comencé a examinar unos sombreros de mujer. Esos sombreros me resultaban conocidos. Uno se lo había visto a Olga, otro a Nadia, otro se lo había visto el día de la cacería a aquella Zosia que se había presentado tan inesperadamente... Sus caras me sonreían bajo los sombreros. Cuando quise hablarles, las tres caras se fundieron en una sola, grande y rojiza, cuyos ojos saltones me miraban con desagrado, y que me sacó la lengua. Alguien a mis espaldas puso sus manos en mi cuello.

—¡El marido mató a su mujer! —gritó aquella cara grotesca.

Me estremecí, grité y salté de la cama; un sudor frío corría por mi frente y el corazón me palpitaba con violencia.

—¡El marido mató a su mujer! —repitió el loro—, ¡Dame azúcar! ¡Estúpidos!

«¡Es el loro!», me dije para tranquilizarme, mientras me volvía a acostar. «¡Bendito sea Dios!».

Un ruido monótono procedente del techo me arrullaba. Estaba lloviendo. Las nubes que había visto en el oeste, cuando corría a la orilla del lago, cubrían ahora todo el cielo. Brilló un relámpago y su luz iluminó el retrato del difunto Pospelov. Inmediatamente después se oyó el trueno.

«Es la última tormenta de verano», pensé.

Me acordé de una de las primeras tormentas de esa temporada, del trueno que había oído la primera vez que había visitado la cabaña del bosque. El miedo brillaba en los ojos de la «muchacha de rojo». Su madre había muerto víctima de un rayo y ella, a su vez, deseaba una muerte sensacional. Ansiaba vestirse como las personas más ricas del lugar. Sabía que su hermosura resaltaría con atavíos lujosos. Y orgullosa de su vana grandeza, quería ascender teatralmente a la «tumba de piedra» para morir allí. Su deseo fue..., aunque no en la tumb^[7]...

Perdí toda esperanza de dormir; me levanté y me senté en la cama. El suave rumor de la brisa se transformó en uno de esos furiosos estruendos que tanto me gustaban en otra época, cuando mi espíritu desconocía el miedo y el odio. En ese

momento, en cambio, la tormenta acentuó la oscuridad de mi alma.

—¡El marido mató a su mujer!

Ésa fue su última frase. Fue tal mi susto, que le di un golpe a la jaula y la arrojé al suelo.

—¡Que el diablo te lleve! —fue lo único que pude decir.

Oí el mido de la jaula y el grito agudo del loro. La caída le costó caro. ¡Pobre pájaro querido! Al día siguiente la jaula contenía sólo un frío cadáver. ¿Por qué lo maté? Su frase favorita sobre un marido que asesina a su mujer que recuer^[8] ...

Al dejarme su casa, la madre de mi predecesor me hizo pagar los muebles, sin exceptuar las fotografías de gente a quien no conocía. Pero no me cobró ni un kopek por el loro. A su partida se despidió con lágrimas en los ojos de su noble pájaro y me pidió que se lo cuidara hasta que volviera. Le di mi palabra de honor de que el loro no tendría ninguna queja sobre mi trato. Sin embargo, lo maté. Me imagino lo que diría aquella anciana si llegara a enterarse de lo ocurrido.

Alguien golpeó suavemente en la ventana. Mi casa era una de las últimas de la calle, por lo cual los golpes en las puertas y ventanas no eran raros cuando la lluvia obligaba a los transeúntes a buscar un abrigo. Me acerqué y a la luz de un relámpago vi la silueta de un hombre muy alto. Estaba frente a la ventana y parecía aterido de frío. Abrí y pregunté:

—¿Quién está ahí? ¿Qué quiere usted?

—Serguéi Petróvich, soy yo —dijo la plañidera voz de un hombre golpeado por el miedo y por el frío—. ¡Soy yo! Vengo a buscarlo...

Con sorpresa reconocí la voz y la frágil silueta del doctor Voznisienski. Conociendo la regularidad de sus hábitos, me asombró la visita a esa hora tardía. ¿Qué podía obligarlo a acercarse a mi casa a las dos de la mañana con semejante tiempo?

—¿Qué quiere usted? —le pregunté, mandándolo al infierno desde el fondo de mi alma.

—Perdóneme, palomito. Iba a llamar a la puerta, pero sé que a esta hora Polikarp duerme como un leño. Por eso me decidí a golpear en su ventana.

Pável Ivánovich se acercó más a mí y murmuró algo que no logré comprender. Temblaba y parecía estar borracho.

—Lo escucho —dije, perdiendo la paciencia.

—Veo que mi visita le disgusta. No sabe usted lo que ha pasado, de otro modo me perdonaría por despertarlo. Hoy, por primera vez en mis treinta años de vida, me siento desgraciado, realmente muy desgraciado.

—Hable de una buena vez. ¿Qué desea?

—Serguéi Petróvich —balbuceó y me puso su mano mojada en la cabeza— ¡Hombre honesto! ¡Mi amigo!

Y luego oí llorar al hombre.

—¡Pável Ivánovich! —le dije—. ¡Regrese a su casa! No puedo hablar ahora con

usted. Por favor, no me haga perder la paciencia.

—Querido amigo, ¡cásese con ella!

—Está usted loco —grité, cerrando con impaciencia la ventana.

El doctor, al igual que mi loro, era víctima de mi carácter. No lo invité a entrar y le cerré la ventana en las narices: dos groserías imperdonables por las que habría yo destrozado todas las ventanas del mundo y retado a duelo hasta a una mujer. Pero el pacífico Pável Ivánovich no sabía nada de duelos ni se enfadaba nunca.

A la luz de un relámpago miré por la ventana y lo vi encorvado, inmóvil. Su cara era la de un mendigo que espera una limosna. Por lo visto, esperaba que lo dejara hablar.

Mi conciencia despertó. Sentí lástima de mí; deploré que la naturaleza alojara tanta crueldad y vileza. Mi cuerpo estaba sano, pero mi alma se había secado^[9].

Me acerqué a la ventana y la abrí.

—¡Entre! —le dije.

—¡No tenemos tiempo que perder! ¡Cada minuto es precioso! La pobre Nadia se ha envenenado y no puedo dejarla sola.

Apenas si pudimos salvarla. ¿No le parece una desgracia? ¡Y usted me cierra la ventana!

—¿Se ha salvado?

—Amigo mío, no se puede hablar en ese tono de las personas desdichadas. ¡Quién hubiera podido pensar que esa joven inteligente y honrada intentara quitarse la vida por un individuo como el conde! Por desgracia, no hay mujer perfecta. Por más inteligentes que sean, siempre tienen un pequeño defecto que les impide vivir en paz. ¡Mire a Nadia! ¿Por qué ha hecho eso? ¡Sólo por amor propio! Un amor propio enfermizo, si me permite decir la verdad. Se le ocurrió casarse con el conde sólo para molestarlo a usted. No le importaba ni su dinero ni su título. Sólo quería satisfacer ese amor propio morboso. Y de pronto se enfrentó al desastre. Usted ya sabe que la esposa llegó. ¡El conde estaba casado! Hay quienes opinan que las mujeres resisten el sufrimiento mejor que los hombres. ¡Nada de eso! Por un motivo cualquiera son capaces de tragarse un manojo de cabezas de fósforos.

—Se va a enfriar usted.

—Amigo mío, si le queda a usted un ápice de piedad... ¡Ah!, ¡debería usted verla! ¿Por qué no viene conmigo? Usted la amó. ¿Por qué no sacrifica por ella su libertad? Una vida humana es preciosa, vale la pena darlo todo para salvarla. ¡Salve esa vida!

Golpearon tan fuerte a la puerta que casi perdí el equilibrio. Un estremecimiento me oprimió el corazón.

—¿Quién es?

—Una carta para usted.

—¿De parte de quién?

—Del conde. Han matado a alguien.

Una forma negra, cubierta con una piel de oveja, se acercó a la ventana y maldiciendo la lluvia me entregó un sobre. Me alejé de la ventana, encendí una vela y leí lo siguiente:

«Por el amor de Dios, ven inmediatamente a verme. Han matado a Olga. He perdido la cabeza. Me siento enloquecer.

Tuyo, A. K.».

¡Olga asesinada! Todo me dio vueltas y mi vista se oscureció. Me senté en la cama sin fuerzas para coordinar mis ideas.

—¿Es usted Pável Ivánovich? —dijo el mensajero—. Tengo también una carta para usted.

Cinco minutos después Pável Ivánovich y yo viajábamos en un coche cerrado hacia la propiedad del conde. A cada instante brillaban frente a nosotros relámpagos cegadores. Se oía el rugido del lago...

El último acto del drama se iniciaba.

—Hamlet deploraba en una ocasión que el Señor del cielo y de la tierra hubiese prohibido el suicidio —decía el doctor—. Yo deploro ahora ser médico; lo deploro profundamente.

—Yo también deploro ser juez de instrucción —dije—. Si en verdad Olga Nikoláievna ha sido asesinada, ¿se imagina usted lo que tendrán que resistir mis pobres nervios?

—Usted puede excusarse.

Miré con curiosidad a mi acompañante. ¿De dónde sacaba que me era posible excusarme? Yo había sido amante de Olga, pero ¿quién, además de Chejotski, podía saberlo?

—¿Qué le hace pensar que yo podría excusarme? —pregunté.

—Nada en especial... Usted puede decir que está enfermo y no ir, y, sin embargo, nadie lo acusará de deshonesto; siempre habrá alguien que lo pueda reemplazar. Un médico está en otras condiciones.

Después de un detestable viaje sobre el camino arcilloso, el coche se detuvo frente a la casa del conde. Las ventanas altas estaban iluminadas. En la que correspondía a la habitación de Olga se filtraba una luz muy débil. Las demás estaban oscuras. En la escalera nos topamos con la Lechuza. Me miró con sus ojillos penetrantes y su rostro se frunció en una sonrisa maligna. Sus ojos parecían decir: «¡Verá qué sorpresa le espera!». Tal vez pensaba que íbamos de juerga y que ignorábamos lo ocurrido.

—Permítame distraer su atención en esto —le dije al doctor, mientras le quitaba el gorro a la vieja y descubría su calvicie completa—. Esta bruja, amigo mío, tiene noventa años. Si alguna vez le hiciéramos la autopsia, nuestras opiniones serían diferentes: usted descubriría un cerebro atronado, y yo le aseguraría que se trata del

ser más astuto y taimado del distrito, una especie de diablo con faldas.

Me quedé atónito cuando entré en el salón. El cuadro que encontré me resultó absolutamente inesperado. Todos los asientos estaban ocupados; al lado de las ventanas también había gente. Si me hubieran dicho que encontraría a ese grupo en esas circunstancias y en la casa del conde, me habría echado a reír. Su presencia era del todo inconveniente en los momentos en que Olga estaría agonizando o quizá ya muerta. Ese grupo lo componía el coro gitano del restaurante «Londres», el mismo que el lector conoció en una de las primeras partes. Al entrar, mi vieja amiga Tina me recibió con un grito de alegría. Una sonrisa le iluminó la cara cuando le tendí la mano. Los gitanos me explicaron que esa mañana el conde les había enviado un telegrama, pidiéndoles que estuvieran en su palacio a las nueve. Habían obedecido la orden, tomado el tren, y estaban allí desde las ocho.

—Esperábamos darle un momento de placer al conde y a sus invitados. Habíamos aprendido tantas canciones nuevas, y de pronto... Un *muzhik* borracho entró para decimos que había habido un asesinato y que debían preparar una cama para Olga Nikoláievna. Nadie le creyó porque estaba borracho como un cerdo; pero cuando escucharon ruidos y vieron transportar a través del salón un cuerpo inerte, ya no les cupo duda.

—Y ahora —concluyó uno de los gitanos— no sabemos qué hacer. No podemos quedarnos. Donde se necesita un cura, los músicos sobran. Además, las mujeres están inquietas y no hacen más que llorar. Queremos irnos, pero no quieren damos caballos. El conde está enfermo; los sirvientes nos contestan con mofas. Cuando les pedimos que encendieran un samovar nos mandaron al diablo. No podemos marcharnos a pie con semejante tiempo.

Sus quejas terminaron con una llorosa apelación a mi generosidad. ¿No podía yo procurarles coches para abandonar la casa maldita?

—Si no han encerrado los caballos y hay cocheros disponibles, trataré de que puedan marcharse —les dije.

A esa pobre gente, vestida con sus ropas burlescas, acostumbrados a hacer siempre gracejadas, no les iba nada bien la cara de cuaresma y de contrición. Mi promesa de sacarlos de ahí los reanimó un poco. Los hombres comenzaron a conversar en voz alta y las mujeres dejaron de llorar.

Cuando llegué, después de cruzar varias piezas oscuras, a la habitación del conde me encontré con un cuadro conmovedor.

En una mesa, al lado de un samovar, estaban sentados Zosia y su hermano. Zosia, vestida con una blusa ligera, con las mismas pulseras y anillos que le había visto esa tarde, olía una botella de sales y bebía té con aire de fastidio. Sus ojos tenían huellas de lágrimas. Probablemente los sucesos de la cacería le habían hecho trizas los nervios. Chejotski, impasible, bebía té a grandes sorbos y conversaba con su hermana. A juzgar por su expresión, intentaba tranquilizarla.

El conde, como era natural, estaba completamente trastornado. Se le veía más

delgado y débil que nunca, sumamente pálido y sus labios temblaban como si tuviera fiebre. Llevaba la cabeza envuelta en un pañuelo blanco que despedía un fuerte olor a vinagre. Cuando entré, saltó de su asiento, y, arrastrando los faldones de su bata, salió a mi encuentro. Con sonidos imprecisos me condujo al sofá y cuando me senté se apretó contra mí como un perro aterrorizado y empezó a contarme sus desdichas:

—¿Quién se hubiera podido imaginar esto? Espera un momento, palomito; déjame cubrirme con la manta... Estoy febril... ¡La mataron, pobrecilla! ¡Y de qué manera! Respira aún, pero el médico del *zemstvo* dice que morirá de un momento a otro. ¡Qué día terrible...! Y ella llegó sin motivo ni razón alguna... ¡Mi esposa! Seriosha, ése ha sido mi mayor error. Me casé en Petersburgo estando borracho. Me daba vergüenza decírtelo. ¡Y mírala, ha llegado! ¡Mírala y castígame! ¡Maldita debilidad! Bajo los efectos del alcohol soy capaz de hacer cualquier cosa. La llegada de mi mujer fue el primer golpe, el escándalo con Olga el segundo... Estoy esperando el tercero... ¡Sé que llegará! ¡Sé que voy a volverme loco!

Después de sollozar, de tomarse tres copas de vodka y de calificarse de asno, de bandido y de borracho, el conde me contó lo ocurrido en la cacería... Lo que me dijo fue aproximadamente lo siguiente: unos veinte o treinta minutos después de haberme marchado, cuando se reponía de la sorpresa que la llegada de Zosia le había producido, oyó un grito penetrante, desgarrador. El grito procedía del bosque y el eco lo repitió tres o cuatro veces. Era un grito tan insólito que quienes lo oyeron se incorporaron, los perros ladraron y los caballos alzaron las orejas. No era un grito natural, aunque a él le pareció que se trataba de un grito de mujer. Un grito de desesperación y horror, como el de una mujer que ve a un fantasma. Los invitados y el conde se miraron inquietos. Durante tres minutos reinó un silencio sepulcral.

Mientras las damas y los caballeros se miraban unos a otros, los cocheros y lacayos corrieron hacia el lugar de donde procedía el grito. El primero que volvió fue Ilyá. Apareció con las pupilas dilatadas y quiso hablar; pero la emoción se lo impidió por un momento. Al fin se dominó, se persignó tres veces y dijo:

—La señora ha sido asesinada.

—¿Qué señora? ¿Quién la mató?

Pero Ilyá no respondió a esas preguntas.

Apareció un segundo hombre, alguien a quien nadie esperaba y cuya presencia sorprendió a todos terriblemente. Cuando el conde lo vio y se acordó de que Olga estaba en el bosque, se le oprimió el pecho y las piernas le temblaron. Tuvo un presentimiento horrible. Era Piotr Yegórich Urbenin, antiguo administrador del conde y marido de Olga. Al salir de entre los arbustos parecía un oso que buscara un claro en el bosque. Durante dos minutos se quedó mirando a la gente, luego dio un paso atrás y se quedó como clavado en el suelo. Llevaba puesto su saco gris de costumbre y unos pantalones viejos. Estaba sin sombrero, y sus cabellos, mojados de sudor, se le pegaban a la frente y en las sienes. Su rostro, habitualmente rojo y hasta violáceo, estaba pálido. Los ojos extraviados parecían no mirar a nadie. Le temblaban los

labios y las manos.

Pero lo más asombroso, lo que de inmediato atrajo la atención de la estupefacta concurrencia, eran sus manos ensangrentadas. Parecía que hubiera introducido las manos y los puños en un baño de sangre.

Después de unos minutos de estupefacción, Urbenin pareció despertar, se dejó caer en el suelo y comenzó a gemir. Los perros, husmeando algo extraordinario, lo rodearon y comenzaron a ladrar. Urbenin miró a todos con ojos enloquecidos, se cubrió la cara con las manos y cayó en un nuevo trance de dolor.

—¡Olga! ¡Olga! —gemía—. ¿Qué has hecho?

Profundos sollozos salían de su pecho y un temblor sacudía su cuerpo. Cuando retiró las manos, tenía la cara ensangrentada.

Al llegar a ese punto, el conde hizo una serie de movimientos convulsivos, bebió nerviosamente un vaso de vodka y continuó:

—De ahí en adelante mis recuerdos se confunden. Todo lo que sucedió me tiene aterrado, al punto de que he perdido la facultad de pensar. No me acuerdo de nada... Los hombres sacaron del bosque un cuerpo cubierto con un vestido desgarrado y ensangrentado. No me atreví a mirarla. La subieron a un coche y la trajeron aquí. Dicen que le han clavado en un costado el puñal que siempre llevaba consigo. ¿Te acuerdas? Yo se lo regalé... Un puñal sin filo que corta menos que el borde de un vaso. ¡Qué fuerza debe haber tenido quien se lo clavó! Tú sabes lo que me gustaban las armas del Cáucaso, ¡ahora las mandaré todas al demonio! Mañana haré tirar todas las que tengo —el conde tomó otro vaso de vodka y prosiguió—: ¡Qué vergüenza! La trajimos aquí, todo el mundo estaba acongojado y aterrorizado, y, de repente, los gitanos comenzaron a cantar. Cantaban a voz en grito. Querían damos una bienvenida alegre. A mí se me había ocurrido sorprender a mis huéspedes al regresar de la cacería, y el resultado era ése. No sabía qué hacer. ¿A quién buscar? ¿A la policía? ¿Al procurador del distrito? No sé nada de esos procedimientos. Por fortuna, el padre Jeremías, tan pronto se enteró de lo ocurrido, vino a darle el Santísimo Sacramento. A mí no se me habría ocurrido mandar a traerlo. Te suplico que te encargues ahora de todas las formalidades. Yo voy a perder la cabeza. ¡La llegada de mi mujer!, ¡ese crimen! ¡Ah! ¿Dónde está ahora mi esposa? ¿La has visto?

—Sí, está tomando té con Chejotski.

—Chejotski es un bandido. Cuando traté de escapar en secreto de Petersburgo, se enteró de mi huida y desde entonces no se me ha despegado. ¡No puedes imaginarte el dinero que me ha sacado!

No tenía tiempo que perder. Me levanté y me dirigí a la puerta.

—Escucha, Seriosha —dijo el conde—. ¿Crees que Urbenin me atacará?

—¿Fue él quien atacó a Olga?

—Bueno, con seguridad... No puedo entender cómo llegó aquí. ¿Cómo llegó a ese lugar del bosque? Es posible que se haya escondido y estuviera al acecho. Pero ¿cómo sabía que haríamos alto en ese sitio y no en otro?

—Tú nunca entiendes nada. A propósito, te lo pido desde ahora, si voy a hacerme cargo de este asunto, ahórrame tus razonamientos; contesta a mis preguntas y nada más.

Dejé al conde y pasé a la pieza donde yacía Olga^[10].

Una pequeña lámpara azul iluminaba débilmente su cara. Olga estaba tendida en la cama, con la cara cubierta de vendas. Sólo se le veía la nariz, extremadamente pálida, y los párpados cerrados. Sobre su pecho descubierto ponían en el momento en que entré una bolsa con hielo^[11].

Olga estaba aún con vida. Dos doctores la atendían. Cuando entré, Pável Ivánovich trataba de escuchar los latidos del corazón de la joven.

El médico del *zemstvo*, que parecía muy fatigado y de aspecto enfermizo, estaba sentado en un sillón, cerca de la cama, y con aire de concentración le tomaba el pulso a Olga. El padre Jeremías acababa de terminar su oficio de difuntos y guardaba la cruz en su estola, dispuesto ya a partir.

—Piotr Yegórich —dijo, suspirando profundamente—, tranquilícese. La voluntad de Dios es la que lo dispone todo. En Él debemos confiar.

Casi no reconocí a Urbenin. Los excesos alcohólicos de los últimos tiempos se revelaban en sus ropas y en su rostro. Sus ropas estaban raídas, sus ojos cansados. Inmóvil y con la cabeza entre los puños, no apartaba la vista de la cama. Aún tenía la cara y las manos ensangrentadas. No había tenido el cuidado de lavarse.

¡Oh, la profecía de mi alma y de mi pobre pájaro!

Cada vez que mi loro gritaba su frase sobre el marido que mataba a su mujer, la figura de Urbenin había aparecido en mi imaginación. ¿Por qué? Yo sabía que a veces los maridos celosos mataban a la mujer que los engañaba. «¿Habrás sido él?», me pregunté, observando su rostro desgraciado. Pero no pronuncié una respuesta afirmativa, a pesar del relato del conde y de la sangre que veía en las manos y la cara del administrador.

«Si fuera culpable —me dije—, se habría lavado la sangre». Y me acordaba de la frase de un juez amigo mío: «Los asesinos no soportan la sangre de sus víctimas».

—Me alegro que haya llegado —me dijo el médico del *zemstvo*—. Dígame, ¿quién es aquí el dueño?

—Aquí no hay dueño de casa; aquí reina el desorden.

—Eso me parece —dijo el médico—; pero eso no es ningún consuelo. Hace tres horas que he pedido que me traigan una botella de oporto o de champaña y nadie me hace caso. Sólo ahora me traen el hielo que pedí al llegar. ¡Es extraordinario! Una persona está agonizando y aquí todos se divierten. El conde en su cuarto bebe licores y aquí no puede hallarse ni un vaso de cordial. Quiero mandar a alguien a la farmacia y me responden que los caballos están cansados, pido que un hombre vaya al hospital a buscar medicinas y vendas y me traen a un borracho que a duras penas se tiene en pie. Hace dos horas que le di la orden y apenas ahora acaba de salir. ¿No es un escándalo? Sólo encuentro gente ebria y grosera. ¡Dios mío, es la primera vez que

trato con gente tan cruel!

El médico no exageraba, todo lo contrario. Los sirvientes del conde eran abominables, debido a la ociosidad en que vivían y a la falta de supervisión. Salí de la habitación en busca de vino. Tuve que dar dos o tres bofetadas para obtener una botella de champaña y un poco de valeriana. Esto alegró a los médicos. Una hora más tarde llegó del hospital un enfermero con todo lo necesario.

Pável Ivánovich puso en la boca de Olga una cucharada de champaña. Olga hizo un movimiento de faringe y exhaló un gemido. Después le aplicaron una inyección intravenosa ^[12].

—Olga Nikoláievna —le gritó al oído el médico del *zemstvo* ¡Olga Nikoláievna!

—Es difícil que recobre el conocimiento —suspiró Pável Ivánovich— Ha perdido mucha sangre, y el golpe que recibió en la cabeza seguramente le ha producido una conmoción cerebral.

De pronto Olga abrió los ojos y pidió de beber. Los estimulantes habían surtido su efecto.

—Puede usted interrogarla ahora —me dijo Pável Nikoláievich, agarrándome de un brazo—. ¡Pregúntele!

Me acerqué a la cama. Olga me miró fijamente. Comencé a preguntar:

—¡Olga Nikoláievna! ¿Me reconoce usted?

Durante varios segundos ella me miró y luego cerró los ojos.

—¡Sí! —dijo con un gemido—. ¡Sí!

—Soy Zinoviev, el juez de instrucción. Tuve el honor de conocerla. ¿Se acuerda usted? Fui su padrino de bodas.

—¡Eres tú! —murmuró Olga, levantando el brazo izquierdo—. ¡Siéntate!

—Delira —comentó Pável Ivánovich.

—Soy el magistrado Zinoviev —continué—. Como recordará usted, yo estuve en la cacería. ¿Cómo se siente?

—¡Hágale preguntas esenciales! —me dijo el médico del *zemstvo*—. En cualquier momento puede volver a perder el conocimiento.

—¡Le ruego que no me dé lecciones! —contesté ofendido—. Yo sé cómo debo proceder —y luego volví a dirigirme a la moribunda—: Por favor, Olga Nikoláievna, trate de recordar los acontecimientos de esta tarde. Voy a ayudarla: usted partió de la cacería a la una. La cacería duró cuatro horas. Después hicimos un alto en un claro del bosque. ¿Recuerda?

—Y tú..., tú mataste...

—Maté una becada, sí. Después usted se enfadó y se internó en el bosque ^[13]...

—Trate de recordar —continué—. Usted fue atacada en el bosque por alguien que desconocemos. Se lo pregunto como juez: ¿Quién fue?

Olga abrió los ojos y me miró, yo continué:

—Diga su nombre. Hay otras tres personas en esta habitación que servirán de testigos.

Olga negó con la cabeza. Yo insistí:

—Díganos su nombre. Ese hombre sufrirá un castigo severo. La ley le hará pagar muy caro su brutalidad. Será condenado a trabajos forzados... Espero la respuesta.

Olga sonrió y bajó de nuevo la cabeza. No pude obtener ninguna otra palabra. Murió a las cinco menos cuarto de la mañana.

A las siete de la mañana llegaron de la ciudad el alguacil y sus ayudantes. Fue imposible acudir al lugar del crimen: la lluvia, que había comenzado la noche anterior, caía a torrentes. Los caminos se habían transformado en lagos; el cielo, hostil, no se despejaba; a cada ráfaga, los árboles dejaban caer verdaderos chaparrones. Era imposible salir de casa; además, hacerlo no hubiera tenido sentido: la lluvia habría borrado con toda seguridad cualquier huella.

Pero el procedimiento exigía que el lugar de los hechos fuera visitado. Postergué el trámite hasta la llegada de la policía y me ocupé de redactar el proceso verbal y el resultado del interrogatorio.

A los primeros que interrogué fue a los gitanos. Los pobres «artistas» habían esperado inútilmente durante la noche los caballos para partir. Al suponer que se sospechaba de ellos, se esforzaron por convencerme, y con lágrimas en los ojos afirmaron su total ignorancia. Tina, al ver en mí un personaje oficial, olvidó nuestras antiguas relaciones y se puso a temblar como una niña amedrentada. Les pedí que se tranquilizaran; traté de convencerlos de que sólo los considerábamos como testigos. Me contestaron al unísono que no habían sido testigos de nada, que nada sabían y que esperaban que en el futuro Dios los mantuviera alejados de la policía. Les pregunté qué camino habían seguido de la estación a la casa, si habían pasado por el bosque, si alguno se había separado de ellos y si por casualidad habían oído el grito estremecedor de Olga^[14].

El interrogatorio no dio ningún resultado. Aterrados, los gitanos enviaron a alguien a alquilar carros al pueblo. Querían marcharse lo antes posible. Alquilieron, pagando el triple de lo necesario, cinco carros y salieron al anochecer de la casa del conde. Más tarde les fueron reembolsados los gastos, pero nadie los indemnizó por los tormentos morales que sufrieron esa noche.

Inmediatamente después hice una inspección del cuarto de la Lechuza^[15].

En la maleta de la Lechuza encontré una cantidad inconcebible de trapos, pero ningún rastro del dinero y los objetos que yo sabía que la vieja robaba al conde y a sus invitados. Tampoco encontré los que le fueron robados a Tina. Evidentemente, la vieja tenía otro escondrijo que sólo ella conocía.

No reproduzco aquí todo mi proceso verbal. Era muy largo; he olvidado los detalles. Expongo sucintamente sus rasgos generales.

Primero describí el estado en que encontré a Olga y el interrogatorio, que mostraba que ella, en estado de lucidez, me ocultó el nombre de su asesino. El examen del vestido, hecho con el comisario de la policía local, me proporcionó algunos indicios. La chaqueta de terciopelo, forrada de seda, estaba húmeda aún. El

fondo derecho, agujereado por el puñal, estaba manchado de sangre; en algunos sitios se veían coágulos sanguinolentos. La hemorragia había sido considerable; lo sorprendente era que Olga no hubiera muerto en el acto. Dos botones de la chaqueta habían desaparecido. La falda de Olga, de lana oscura, estaba rota en la cintura.

El lado derecho de la cintura y el bolsillo izquierdo estaban manchados de sangre. El pañuelo y un guante, que guardaba en el bolsillo, mostraban también manchas de sangre. Sobre toda la falda, de la cintura al dobladillo, se veían manchas de formas y medidas diferentes; casi todas eran impresiones de las manos de los cocheros y de los sirvientes que condujeron a Olga. La blusa estaba ensangrentada, sobre todo en el lado derecho, donde se veía el agujero producido por el arma. En el hombro izquierdo y cerca de los puños, lo mismo que en el talle, había desgarraduras. Nada le faltaba, ni el reloj y su larga cadena de oro, ni el prendedor de diamantes, los anillos, los pendientes y el portamonedas lleno de dinero. Era evidente que el robo no había sido el móvil del crimen. La autopsia, practicada en mi presencia por Pável Ivánovich y el médico del *zemstvo*, provocó un informe muy extenso, del que referiré lo esencial.

En cuanto al examen físico, los médicos detectaron las siguientes lesiones: en la parte izquierda de la cabeza, en los límites entre el temporal y el parietal, había una herida que llegaba hasta el hueso. Era casi seguro que había sido producida por un puñal. Sobre el cuello, a la altura de la vértebra cervical, había una raya roja, semicircular, que cubría toda la parte posterior. En el brazo izquierdo aparecían cuatro manchas azules, que provenían seguramente de la presión de una mano.

La manga superior estaba rota a la altura de las manchas. Entre la cuarta y la quinta costilla, en el encuentro de una línea vertical que partía del hueco de la axila, había una gran herida abierta de una pulgada de ancho. Los bordes eran lisos, como cortados, y estaban llenos de sangre, en parte líquida, en parte coagulada. La herida provenía de un puñal cuyo grosor correspondía exactamente al de aquella.

El examen interior reveló una lesión del pulmón derecho y de la pleura, con sangre coagulada en la cavidad de esta última. Las conclusiones de los médicos fueron las siguientes:

- a) La muerte resultó de una anemia producida por una intensa hemorragia, producida por la herida en el costado izquierdo.
- b) La herida de la cabeza era grave; la del pecho, mortal.
- c) La herida de la cabeza había sido producida por un arma contundente, y la del pecho por un arma penetrante, probablemente afilada de ambos lados.
- d) Ninguna de esas lesiones podía ser obra personal de la occisa.
- e) No había habido intento de violación.

Trataré ahora de reconstruir el asesinato tal como resulta de los exámenes médicos, de los primeros interrogatorios y de la autopsia.

Olga se apartó de nosotros y paseaba por el bosque. Pensativa o asaltada por ideas tristes (recuérdese su melancolía de esa tarde), se extravió en la espesura. Ahí la encontró el asesino. Estaba bajo un árbol y el hombre se acercó y le habló. Ese

hombre no debía serle sospechoso. De otra manera hubiera gritado. Después de hablar con ella, el asesino la tomó con tanta fuerza del brazo izquierdo que destrozó las mangas de la blusa, dejando en el brazo cuatro manchas violáceas. Posiblemente en ese momento ella, al notar en la cara del agresor sus intenciones criminales, lanzó el grito que oyeron los cazadores. El asesino debió haberla tomado por el cuello, y después golpearla en la cabeza con un bastón o con el mango del puñal de la muchacha. Furioso, desenvainó entonces el puñal y lo clavó con violencia en el costado de su víctima. Digo con violencia, porque el puñal apenas tenía filo.

Tal era el tétrico cuadro que construí de acuerdo con los datos recabados. Parecía fácil averiguar quién era el asesino. Por lo pronto, el robo no era el motivo. ¡Imposible atribuir el crimen a vagabundos o a pescadores del lago! El grito de la víctima no habría impedido que el hombre le robara el reloj o el prendedor. Por otra parte, Olga no quiso nombrar al asesino. El asesino era alguien a quien no quería enviar a presidio. Podía ser su padre loco, su marido, a quien no amaba pero ante quien se sentía culpable, o el conde, ante quien se sentía obligada...

El padre no había salido de casa el día del asesinato, y había redactado una larga carta al comisario en la que pedía protección contra sus imaginarios ladrones. El conde no se separó de sus invitados ni antes ni después del asesinato. Por consiguiente, el enorme peso de las sospechas caía sobre Urbenin. Su inesperada aparición, su aspecto, eran indicios más que suficientes. Además, la vida de Olga durante los últimos meses había sido demasiado novelesca. Se inscribía en ese tipo de novelas que, por lo general, terminan en crimen y en un proceso judicial. Un marido viejo, infidelidades, celos, golpes, huida a la casa del conde al cabo de dos meses de matrimonio. Si una heroína de este tipo parece asesinada, no hay necesidad de buscar al criminal entre ladrones o bandidos; hay que buscarlo entre los protagonistas de la novela, y el más indicado de ese drama era Urbenin.

Hice las averiguaciones iniciales en la sala de los mosaicos, en cuyos blandos canapés acostumbraba hundirme rodeado de hermosas gitanas. Interrogué primero a Urbenin. Le fueron a buscar a la habitación de Olga, donde seguía sentado en un taburete con la mirada perdida. Se quedó mirándome con indiferencia, sin proferir palabra hasta que adivinó que quería interrogarlo. Me dijo entonces con voz fatigada, tristísima:

—¿No podría interrogar primero a otros testigos, Serguéi Petrovich? La verdad es que en este momento yo no doy para más...

Urbenin se calificaba de testigo, consideraba que lo iba a interrogar en esa calidad.

—No —le dije—; tengo que interrogarlo ahora. Tome asiento.

Urbenin se sentó frente a mí, cabizbajo, cansado y enfermo. Declaró llamarse Piotr Yegórich Urbenin, tener cincuenta años de edad, profesar el credo ortodoxo. Poseía una propiedad en las cercanías del distrito de K..., y había servido durante seis años como magistrado honorario. Se había arruinado, hipotecado la propiedad y

buscado un empleo. Había trabajado los últimos seis años bajo las órdenes del conde. Le gustaba la agricultura, consideraba que no había sido nada vergonzoso el estar bajo las órdenes de otro individuo y que sólo los tontos se avergüenzan del trabajo. El conde le pagaba con regularidad su trabajo. De su primer matrimonio tenía un hijo y una hija, etcétera, etcétera.

Se había casado con Olga por amor. Había luchado dolorosamente contra ese amor, pero ni la lógica, ni el sentido común, ni la experiencia pudieron nada; acabó por ceder a su pasión y casarse con la joven. Sabía que Olga no estaba enamorada, pero la consideraba una persona de moral elevada, por lo cual le era suficiente contar con su fidelidad y amistad. Cuando llegó el momento de hablar de sus decepciones y del ultraje de que había sido objeto, Urbenin pidió no hablar más del pasado. «¡Competía sólo al Señor juzgar a Olga!», o por lo menos posponer esa conversación.

—Me es muy penoso hablar de eso...

—Bueno, lo dejaremos para más adelante. Dígame sólo esto: ¿Es verdad que usted castigó físicamente a su mujer? Se dice que una vez descubrió una carta del conde y que la golpeó.

—Es falso. La tomé del brazo y se echó a llorar. Esa misma noche se escapó de casa.

—¿Sabía usted que tenía relaciones con el conde?

—Le pedí postergar esta conversación. ¿Qué sentido tiene hablar...?

—Responda sólo a esta pregunta, que es muy importante: ¿Sabía usted que su mujer tenía relaciones amorosas con el conde?

—Sin lugar a duda...

—Tomo nota. Todo lo referente a la infidelidad de su mujer lo dejaremos para otra ocasión. Pasemos a otro punto: ¿Qué hacía usted en el bosque el día de la cacería? Usted vivía en la ciudad, ¿qué hacía allí?

—Sí, vivo en la ciudad, en la casa de una prima, desde que perdí mi empleo. Buscaba trabajo, y me emborrachaba a causa de mi tristeza. Este último mes he bebido muchísimo. No recuerdo nada de lo que hice la semana pasada. Soy un hombre perdido, irremisiblemente perdido.

—¿Quiere explicarme qué hacía en el bosque?

—Mire, señor, me desperté temprano, a eso de las cuatro de la mañana. Debido a la borrachera que había cogido la víspera, tenía un dolor de cabeza atroz; todo el cuerpo me dolía como si tuviera fiebre. Vi salir el sol por la ventana y me vinieron a la cabeza muchos recuerdos... Tuve deseos de verla una vez más. La cólera y la angustia se apoderaron de mí. Saqué de un bolsillo los cien rublos que me había mandado el conde y comencé a pisotearlos. Después decidí arrojarle en la cara su limosna. Por andrajoso y pobre que esté no puedo vender mi honor y considero una injuria todo intento de comprarlo. Quise ver a Olga y arrojar el dinero en la cara de su seductor. Tal deseo fue tan intenso que creí volverme loco. Para venir aquí no tenía dinero. No podía tocar sus cien rublos. Por eso vine a pie. Felizmente encontré a un

amigo que por diez kopeks me dejó viajar en su carro unas dieciocho verstas. En Tenevo me bajé. Allí continué el camino a pie y llegué a la casa a eso de las cuatro.

—¿Le vio llegar alguien?

—Sí, señor; Nikolái, el guardián, que estaba sentado al lado de la puerta. Me dijo que los señores habían salido de cacería. Me caía de cansancio, pero la necesidad de ver a mi mujer me dio fuerzas. Me encaminé al lugar de la cacería. No fui por el camino; anduve por el bosque nuevo, donde conozco cada árbol y me resultaría imposible perderme.

—Pero de ese modo podía no encontrar a los cazadores.

—No, señor, me mantuve todo el tiempo cerca del camino a fin de que pudiera oír no sólo los disparos, sino también las conversaciones.

—Entonces, ¿usted no esperaba encontrar a su mujer en el bosque?

Urbanin se me quedó mirando con asombro y, después de pensar un poco, me respondió:

—Perdóneme, pero ésa es una pregunta extraña. Es difícil suponer que vamos a encontrar un lobo, y esperar que van a suceder desgracias terribles es más difícil aún. Dios las envía de improviso..., como, por ejemplo, esta tragedia terrible. Yo caminaba por el bosque de Oljovski, sin presentir ninguna desgracia, tal vez porque me sentía ya demasiado desgraciado, cuando de repente oí un grito terrible. Fue tan estridente que pensé iba a atravesarme el oído. Corrí al oír el grito... —la voz de Urbanin se ahogó, le tembló el mentón, sus párpados se agitaron y comenzó a sollozar—. Corrí al oír el grito y encontré a Olga en el suelo. Tenía sangre en los cabellos y en la frente. Comencé a gritar, a llamarla por su nombre... Ella no se movía. Entonces la besé y la levanté —Urbanin pareció atragantarse y se limpió la cara con la manga de la chaqueta. Después de un instante continuó—: No vi al asesino, pero cuando corrí hacia Olga oí pasos precipitados. Probablemente era él, que escapaba. No logré ver a ese bandido.

—Todo eso es una invención magnífica, Piotr Yegórich, pero, como usted sabe, los jueces creen muy poco en coincidencias tan raras como el asesinato y su presencia ocasional. Lo que dice no me explica nada.

—¿Qué es lo que quiso decir con «invención»? No he inventado nada, señor... —se sonrojó de pronto y se puso de pie—. Parece que sospecha usted de mí. Creo que uno puede sospechar de cualquiera, pero usted me conoce desde hace mucho tiempo. Es un crimen considerarme sospechoso. ¡Usted me conoce bien!

—Por supuesto que lo conozco, pero mis opiniones personales no tienen nada que ver con el caso. La ley reserva a los jurados el derecho de tener opiniones; en cambio, el juez de instrucción sólo debe basarse en evidencias. Los cargos son muchos, Piotr Yegórich.

Urbanin se me quedó mirando con asombro.

—Por muy graves que sean —interrumpió—, usted debe comprender... ¿Cómo iba yo a hacerlo? ¡Podría matar a un pájaro, pero no a un ser humano! ¡Y ella es lo

que más he querido en la vida! ¿Cómo sospechar de mí?

Urbanin hizo un gesto de abatimiento y se sentó.

—Puede retirarse —le dije—. Mañana volveré a interrogarlo. Entretanto, queda usted arrestado. Espero que reflexione sobre la seriedad de los cargos que pesan sobre usted. Lo mejor es que diga la verdad lo más pronto posible. Yo estoy convencido de que usted asesinó a Olga Nikoláievna. Eso es todo por ahora. Puede retirarse.

Me incliné sobre mis papeles. Urbanin me miró con incompreensión, se levantó y extendió patéticamente los brazos.

—¿Bromea usted o habla en serio?

—No es momento para bromear —le dije—. Puede retirarse.

Urbanin permanecía de pie ante mí. Estaba pálido y miraba con aire perplejo mis papeles.

—¿Por qué tiene usted las manos ensangrentadas?

Se miró las manos, en las cuales aún quedaba sangre. Abrió los dedos.

—¿Por qué tengo sangre? Si ésas son sus pruebas, son muy pobres. Cuando levanté a Olga no podía sino mancharme las manos de sangre. Yo no llevaba guantes.

—Dice usted que al descubrir a su mujer gritó pidiendo socorro, ¿Por qué nadie escuchó ese grito?

—No lo sé. Tal vez el estado de Olga me impresionó tanto que no pude gritar fuerte. Además, no sé nada. No tengo nada que justificar.

—Usted no gritó... Después de matar a su mujer, trató de escapar y se quedó terriblemente sorprendido de ver gente en el claro del bosque.

—Ni siquiera me fijé en la gente. No tenía ojos para nada.

Con eso terminé los interrogatorios por ese día. Urbanin fue arrestado y confinado en una de las dependencias de la casa del conde.

Al segundo o tercer día del suceso llegó de la ciudad Polugrádov, el asistente del procurador, hombre del cual no puedo acordarme sin fruncir el ceño. Era un hombre alto, delgado, de unos treinta años, totalmente afeitado y con el cabello rizado como un cordero. Sus rasgos eran tan secos e inexpresivos que no era difícil adivinar en ellos lo vacío y pomposo del individuo. Tenía una voz baja, melosa e inexpresiva.

Llegó muy temprano por la mañana, con dos maletas en una carroza de alquiler. Lo primero que hizo fue preguntar, con aire preocupado y quejándose con afectación de su fatiga, si habían preparado alojamiento para él en casa del conde. Di instrucciones para que le dieran una habitación cómoda, donde se colocó todo lo necesario, desde un lavabo hasta una cajetilla de fósforos.

—Prepáreme, buen hombre, un poco de agua caliente —le dijo al sirviente, instalándose en el cuarto y respirando el aire con desagrado—, A usted le hablo, joven, ¡tráigame agua caliente!

Antes de iniciar sus labores, se lavó, se peinó y se cepilló la ropa. Se limpió los dientes con un polvo rojizo, se arregló las uñas.

—¡Bueno! —me dijo cuando terminó de acicalarse—. ¿De qué se trata?

Le conté todo lo que sabía sobre el asunto.

—¿Ha visitado el lugar del crimen?

—No, todavía no lo he hecho.

Poluigrádov frunció el ceño, se pasó por la frente su blanca mano feminoide y empezó a caminar de un lado a otro.

—No puedo entender las razones por las que no ha ido al lugar de los hechos. Es lo primero que había que hacer. ¿Se le olvidó o pensó que no era necesario?

—Ni lo uno ni lo otro; ayer me quedé esperando a la policía. Pensaba ir hoy.

—Ahora no vale la pena. El criminal ha tenido tiempo de sobra para borrar sus huellas. ¿Puso por lo menos un guardián? ¿No? No lo comprendo.

Y aquel *dandy* se encogió de hombros de manera autoritaria.

—Será mejor que tome su té, se está enfriando.

—Me gusta frío.

El asistente del procurador se inclinó sobre los papeles, se puso a leerlos en voz alta e introdujo de cuando en cuando algunas observaciones y rectificaciones. En dos o tres ocasiones una mueca de burla le torció la boca. Ni mi informe ni el de los médicos le gustaba. Era un funcionario pedante, lleno de presunción ^[16].

Al mediodía fuimos a la escena del crimen. No encontramos ningún rastro; la lluvia lo había borrado todo. Por casualidad encontré un botón del traje de montar de Olga; el asistente encontró un objeto rojo, que resultó ser la cobertura de una cajetilla de cigarros. Nos fijamos después en un arbusto que tenía dos ramas rotas. El asistente se alegró mucho al advertir ese detalle. Las ramas podían haber sido rotas por el asesino e indicar de esa manera qué camino había tomado después del crimen. Pero su gozo fue breve. En seguida encontramos muchos arbustos con las ramas rotas. El lugar del crimen era un atajo para el ganado.

Después de levantar un plano del lugar y de interrogar a los cocheros sobre la posición en que habían encontrado a Olga, regresamos con sensación de fracaso. Un observador indiferente hubiera advertido pereza y desgana durante nuestras labores, lo que sin duda provenía del hecho de que el criminal estaba ya en nuestras manos y no había necesidad de exagerar los trámites judiciales.

Al regresar del bosque, Poluigrádov se vistió de nuevo, volvió a pedir agua caliente y se lavó durante un buen rato. Al terminar su arreglo quiso interrogar nuevamente a Urbenin. Pero el pobre Piotr Yegórich no dijo nada nuevo. Negó su culpabilidad y no dio importancia a los cargos que se le imputaban.

—Lo que me asombra es que crean que soy culpable —repetía.

—Mire, buen hombre —le dijo Poluigrádov—, no se haga usted el ingenuo. Cuando se sospecha de alguien es porque hay razones de peso.

—Sean cuales sean esas razones, y aunque las sospechas sean fuertes, es necesario razonar humanamente. Yo no puedo matar. ¿No lo comprende usted? ¡No puedo! ¿Qué valor tienen sus cargos?

—¡Bueno! —el asistente levantó un brazo—, estos criminales instruidos son una

calamidad. Uno puede hablar con los *muzhiks*, pero no con estos «No puedo...», «razone humanamente...». En seguida se van a la psicología.

Urbanin se ofendió.

—No soy ningún criminal. Le ruego ser más cuidadoso con sus expresiones.

—¡Calle la boca, amigo mío! No estamos aquí ni para pedirle disculpas ni para escuchar sus quejas... Si no quiere confesar no confiese. Pero permítanos que lo consideremos como un mentiroso.

—Como ustedes gusten —murmuró Urbanin—. Pueden hacer conmigo lo que quieran... Ustedes tienen el poder.

Urbanin hizo un gesto de indiferencia, y miró hacia la ventana.

—De cualquier manera, nada me importa. Mi vida carece de sentido.

—Escuche, Piotr Yegórich —le dije—, ayer y anteayer estaba usted tan abrumado por la tristeza que apenas podía mantenerse de pie; hoy tiene un aspecto relativamente floreciente, animado y locuaz. Las personas que han sufrido una desgracia no hablan mucho; usted, en cambio, no para de razonar y hasta de expresar su disconformidad. ¿Cómo explica ese cambio repentino?

—¿Cómo se lo explica usted? —preguntó a su vez Urbanin con un guiño de burla.

—Lo explico por el hecho de que usted ha olvidado su papel. Es difícil representar mucho tiempo un papel; uno se aburre y lo olvida.

—Es un buen razonamiento de juez de instrucción —dijo Urbanin con una sonrisa—; y hace honor a su imaginación. Sí, usted tiene razón: un gran cambio se ha operado en mí.

—¿Me lo puede explicar?

—Sí. No creo necesario ocultarlo. Ayer me sentía tan abatido, tan aplastado por el dolor, que pensaba suicidarme. Pero por la noche reflexioné. Se me ocurrió que la muerte ha librado a Olga de una vida de libertinaje; la ha arrancado de las manos sucias de ese depravado. La muerte no me produce celos; prefiero que Olga esté con ella que con el conde. Esta idea me reconforta; el peso en mi alma ha disminuido.

—Bueno, bueno... ¡Basta! —dijo Polugrádov.

—Estoy hablando con sinceridad —añadió Urbanin—, y me extraña que ustedes, con toda su instrucción, no sepan distinguir la verdad de la simulación. Por otra parte, tienen prejuicios contra mí. Ya me imagino los resultados cuando sea juzgado con base en sus pruebas... Cuando, tomando en consideración mi fisonomía brutal, mis borracheras...

—¡Es suficiente! —insistió Polugrádov—. ¡Retírese!

Después de salir Urbanin, decidimos interrogar al conde. Su Excelencia apareció en *robe de chambre*, con un pañuelo empapado en sangre sobre la frente. Después de saludar al asistente, se hundió en un sillón y comenzó a deponer su testimonio.

—Voy a decirlo todo; comenzaré desde el principio... Dígame, ¿cómo está el presidente Lionski? ¿Se divorció al fin de su mujer? Lo conocí en Petersburgo, por

pura casualidad... Caballeros, ¿por qué no han pedido que les traigan algo? Es más agradable conversar con una copa de coñac en la mano... No me cabe la menor duda de que Urbenin es el asesino...

Y el conde contó todo lo que el lector ya conoce. A petición del asistente, relató en detalle su vida con Olga. Por su testimonio me enteré de una circunstancia hasta ahora ignorada por los lectores. Urbenin le escribía constantemente a su antiguo empleador. Unas veces lo maldecía, otras le suplicaba que le devolviera a su mujer, con la promesa de olvidarlo todo. El pobre hombre se aferraba a esas cartas como a una tabla de salvación.

El asistente interrogó después a dos o tres cocheros, luego cenó abundantemente, me fijó un programa completo de acción y se marchó. Antes de su partida, pasó por el pabellón donde estaba encerrado Urbenin y le comunicó que nuestra sospecha de su culpabilidad se había convertido en una certeza. Urbenin alzó los hombros con indiferencia, y pidió permiso para estar presente en el entierro de su mujer, lo que le fue concedido.

Polugrádov no le había mentido a Urbenin. Nuestras sospechas se habían convertido en una certidumbre. Estábamos seguros de tener en nuestras manos al criminal; pero esta certeza no nos duró mucho.

Una hermosa mañana, cuando estaba precisamente envolviendo los documentos del proceso para enviarlos, junto con Urbenin, a la ciudad, oí ruidos terribles. Desde la ventana pude ver a una media docena de fuertes mocetones que sacaban de la cocina de los sirvientes a Kuzmá, el tuerto.

Kuzmá, pálido y despeinado, no podía utilizar las manos para defenderse y trataba de hacerlo con la cabeza.

—¡Vaya usted allá, Excelencia —me dijo Ilyá con gran excitación—, porque él no quiere venir!

—¿Quién no quiere venir?

—¡El asesino!

—¿Qué asesino?

—¡Kuzmá! ¡Él es el culpable! Piotr Yegórich ha sido acusado por error. Le doy mi palabra, señor.

Bajé a toda prisa al patio y caminé hacia la cocina, donde Kuzmá, que había logrado soltarse de los brazos que lo asían, repartía golpes a diestro y siniestro.

—¿Qué pasa? —pregunté, acercándome al grupo.

Me repitieron aquella sorprendente noticia:

—Señor, Kuzmá es el asesino.

—¡Mienten! —gritó Kuzmá—. Juro que están mintiendo.

—¿Por qué limpiabas la sangre si tenías la conciencia tranquila? Espere, señor, usted va a saberlo todo.

Resultó que Trifon, el guardabosques, al pasar cerca del arroyo, vio a Kuzmá lavando algo. Pensó que era ropa interior; pero luego advirtió que se trataba de su

camisa y su chaleco. Eso le pareció extraño.

«¿Qué haces ahí?», gritó Trifon. Kuzmá quedó desconcertado. Trifon observó que la camisa estaba manchada.

—En seguida me cercioré de que era sangre. Fui a la cocina y conté todo. Decidimos espiarlo y esa noche vimos que ponía a secar la ropa en el jardín. Por supuesto que aquello nos dejó asombrados. ¿Qué tenía que lavar si era inocente? No debía serlo si obraba a escondidas. Hemos reflexionado y aquí se lo traemos. Lo traemos y él nos insulta y se resiste. ¿Por qué se resiste si es inocente?

Me enteré de que poco antes del asesinato, mientras el conde y sus invitados tomaban el té, Kuzmá se internó en el bosque. Después del crimen no ayudó a transportar el cuerpo de Olga; no podía, pues, tener manchas de sangre.

Cuando lo condujeron a mi cuarto, el tuerto apenas podía hablar, tan fuerte era su emoción. El único ojo que le quedaba parpadeaba sin cesar; luego se persignó sin decir palabra.

—¡Cálmate! —le dije—. Cuéntame todo y podrás irte.

Kuzmá se dejó caer a mis pies y comenzó a proferir juramentos.

—¡Que me muera si fui yo! ¡Que Dios aniquile mi alma!

—¿Fuiste al bosque?

—Sí, señor. Serví el coñac a los señores, y bebí un poco. Se me subió a la cabeza y quise dormir un rato. Pero no sé quién es el asesino, ni cómo la mató. Yo no vi nada. ¡Juro que digo la verdad!

—¿Por qué limpiaste la sangre?

—Tenía miedo de que pensarán algo malo..., que me llamaran como testigo.

—Pero ¿por qué tenías sangre en la camisa?

—No logro explicármelo, Excelencia.

—¿Cómo es eso posible? ¿Es tuya la camisa?

—Sí, es mía; pero no puedo saber qué pasó. Cuando desperté, vi que estaba manchada de sangre.

—Entonces, ¿te manchaste mientras soñabas?

—Así es.

—Bueno, retírate y trata de poner coherencia en tus ideas. Estás contando disparates; mañana volveremos a hablar. Retírate.

A la mañana siguiente me informaron que Kuzmá quería hablar conmigo. Di órdenes de que lo hicieran pasar.

—¿Ya reflexionaste? —le pregunté.

—Así es.

—¿De dónde salió la sangre de tu camisa?

—Excelencia, me acuerdo de algo como en un sueño, como en medio de una bruma. Ni siquiera sé si es verdad o no.

—¿De qué te acuerdas?

Kuzmá levantó la mirada, se quedó pensativo y luego dijo:

—De algo asombroso, como si fuera en un sueño, o hubiera sucedido en medio de la bruma, como ya le dije. Estaba yo tirado en el suelo, borracho, medio dormido, o dormido. De pronto oigo que alguien corre cerca de mí. Veo a un señor que se acerca, se agacha, se limpia las manos en mi camisa y luego las frota en mi chaleco... así.

—¿Quién era ese hombre?

—No lo puedo saber. Me acuerdo sólo que no era un *muzhik*..., vestía como un señor. Pero no recuerdo su cara.

—¿Cómo iba vestido?

—No lo sé. Su ropa podía ser blanca o negra, no lo sé. Lo único que recuerdo es que se trataba de un señor que al limpiarse las manos me dijo: «¡Cerdo borracho!».

—¡Debes haber soñado!

—No lo sé. Pero ¿entonces de dónde surgió la sangre?

—¿Se parecía el hombre que viste a Piotr Yegórich?

—No lo creo... Nunca me hubiera llamado «cerdo».

—Trata de acordarte... Puede ser que te vuelva la memoria. Puedes retirarte, pero ven a verme si recuerdas algo más.

Esta inesperada aparición de Kuzmá en una novela casi terminada causó una indescriptible confusión. Yo estaba sorprendido y no lograba comprender su historia. Él negaba ser culpable. Por otra parte, las investigaciones previas negaban su culpabilidad. Olga no había sido asesinada para ser robada. Tampoco, según el examen médico, se había atentado contra su pudor. ¿Era posible que Kuzmá la hubiera matado y luego la borrachera le impidiera realizar sus fines? Nada de ello correspondía al cuadro general del crimen, tal como lo he descrito.

Pero si Kuzmá era inocente, ¿por qué no explicaba entonces la presencia de sangre en su ropa? ¿Por qué inventaba sueños y alucinaciones? ¿Por qué complicaba a un señor de quien no recordaba ni el color de su ropa, pero al que había visto y oído?

Poluigrádov regresó cuando se enteró de las últimas noticias.

—Ahora puede ver sus errores —dijo—; si hubiera usted examinado la escena del crimen en el momento preciso, ahora todo estaría claro. Sin embargo, ni siquiera sabemos a qué distancia del lugar del crimen dormía este borracho.

Interrogó a Kuzmá durante dos horas, pero no logró obtener nada nuevo de él; Kuzmá insistía en no saber quién era aquel señor y en no reconocer ni su cara ni su ropa.

—¿Cuánto coñac bebió?

—Una media botella.

—¿Tal vez no era coñac?

—No, señor, era auténtico champán.

Poluigrádov careó a Kuzmá con Urbenin. Kuzmá miró durante largo rato al otro, luego movió la cabeza y dijo:

—No, no puedo acordarme... Tal vez fue Piotr Yegórich, tal vez no...

El juicio fue largo. Urbenin y Kuzmá fueron encerrados en la prisión del pueblo donde yo vivía. El pobre Piotr Yegórich, abatido en extremo, adelgazó, adquirió un color gris y se refugió en la religión. En dos o tres ocasiones me pidió que le mandara el Código Penal; era evidente que le interesaba conocer qué pena le tocaría.

—¿Qué será de mis hijos? —me preguntó un día, en el curso de su interrogatorio—. De no ser por ellos, nada me importaría; pero necesito vivir, vivir para cuidarlos. Sin mí, se perderán.

Cuando los policías comenzaron a tutearlo y tuvo que ir a la ciudad a pie, a la vista de la población, su desesperación aumentó.

—¡Yo sé por qué me tienen aquí! —gritaba—. Tratan de ocultar al verdadero culpable. El criminal es el conde o uno de sus amigos.

Cuando se enteró del arresto de Kuzmá se alegró.

—¡Lo encontraron! —me dijo—, ¡Lo encontraron!

Pero cuando vio que no lo ponían en libertad y supo cuál había sido la declaración de Kuzmá, se volvió a entristecer.

—Ahora sí que estoy definitivamente perdido. Para librarse, el tuerto dirá en cualquier momento que fui yo quien se limpió las manos en su ropa, a pesar de que todos vieron que mis manos no estaban limpias.

Tarde o temprano debían terminar nuestras vacilaciones.

A fines de noviembre, cuando desde las ventanas veíamos caer la nieve y el lago parecía un desierto de blancura infinita, Kuzmá solicitó verme con el anuncio de que había «reflexionado». Ordené que lo llevaran a mi presencia.

—Estoy contento de que al fin te decidas a hablar —le dije.

Kuzmá, de pie en medio de la habitación, me miraba en silencio. El terror se leía en su único ojo; estaba pálido y temblaba; por la cara le corrían gotas de sudor.

—Bien —le dije—, ¿qué has recordado?

—Una cosa tan extraña que es imposible imaginar algo peor... Ayer me acordé de la corbata del señor y por la noche me acordé de su cara.

—¿Quién era?

—Es terrible decirlo, Excelencia. Permítame que no lo nombre. El hecho es tan extraordinario que me parece haberlo soñado.

—¿Qué has soñado?

—No, por favor, no me obligue a hablar. Si lo hago, usted me castigará. Permítame reflexionar un poco más. Le contestaré mañana.

—¡Vaya, desgraciado! —grité con furia—. ¿Por qué me haces perder el tiempo si no quieres hablar? ¿Para qué has venido entonces?

—Me sentía con ánimos para decirlo, Excelencia, pero ahora tengo miedo. Déjeme salir. Será mejor mañana. Si hablo, usted se enojará tanto que lo que me ocurra será peor que la deportación a Siberia.

Me enfurecí tanto que ordené que se llevaran a Kuzmá^[17].

Esa misma tarde, para no perder tiempo y terminar ese asunto que me tenía harto,

pasé por la cárcel y le dije a Urbenin que Kuzmá lo acusaba.

—Lo esperaba —respondió—. Todo me da igual.

La prisión había deteriorado la salud del ex administrador. Su cutis estaba macilento, y había perdido casi la mitad de su peso. Le prometí que daría órdenes a los policías para que lo dejaran caminar por los pasillos.

—No creo que intente usted fugarse —le dije.

Urbenin me dio las gracias, y desde ese momento su puerta quedó abierta.

Al pasar por la celda de Kuzmá le dije:

—¿Has reflexionado?

Me respondió una voz muy débil:

—No, señor; si viene el asistente hablaré con él, no con usted.

—Como quieras.

A la mañana siguiente se resolvió todo. Un policía vino a anunciarme que Kuzmá estaba muerto en su cama. Fui a la cárcel y me convencí. Aquel hombre sano, robusto, que la víspera respiraba salud e inventaba historias para ser puesto en libertad, estaba frío como una piedra.

No describiré mi disgusto ni el de los guardianes. El lector comprenderá. Kuzmá era precioso para mí como acusado o como testigo; para los policías era un detenido cuya muerte o fuga podía costarles caro. Nuestra sorpresa fue mayor cuando la autopsia reveló que la muerte había sido violenta. Kuzmá había sido estrangulado. Cuando lo supe, me dediqué a buscar al culpable. Estaba cerca.

Entré en la celda de Urbenin y, no pudiendo contenerme, lo insulté:

—¡Bandido! ¡No le fue suficiente con matar a su mujer, sino que debía arrancarle la vida al hombre que lo acusaba! ¿Va a continuar su comedia?

—¡Miente usted! —dijo, golpeándose el pecho con un puño.

—No, no miento. ¡Usted y sus falsas lágrimas! ¡Pensar que en algunos momentos estuve tentado de creerle! ¡Ah! ¡Es usted un espléndido comediante! Pero ahora ya no volveré a creerle, ni aunque de sus ojos brote sangre en vez de lágrimas. ¡Usted mató a Kuzmá! ¡Confiéselo!

—Toda paciencia y toda humildad tienen sus límites, Serguéi Petróvich. O ha bebido usted o se está burlando de mí. ¡No tengo por qué soportarle! —y Urbenin, con los ojos brillantes, dio un fuerte golpe en la mesa.

—Ayer cometí la imprudencia de concederle cierta libertad —continué—; lo autoricé para que hiciera lo que se prohíbe a otros detenidos: pasear por el corredor. Y usted, en agradecimiento, asesina a un hombre dormido.

—¡Dios mío! ¡Qué habré hecho! ¿Por qué se ensañan tanto conmigo?

—¿Quiere la prueba? Aquí está. La puerta quedó abierta. Los guardianes olvidaron el candado y la llave. Todas las puertas se abren con la misma llave. Usted tomó la suya y abrió la puerta de la celda vecina. Después de asesinarlo, cerró la puerta y volvió a poner la llave en el candado.

—Pero ¿qué razón tenía yo para matarlo?

—Él lo acusó. Si no se lo hubiera dicho ayer, Kuzmá estaría aún con vida. ¡Es una vergüenza, Piotr Yegórich!

—Serguéi Petróvich —me dijo de pronto el asesino con voz dulce y aterciopelada, tomándome de la mano—. Usted es un hombre honesto, usted es un hombre de bien. No se pierda, no ensucie su persona con esas sospechas injustas y absurdas. Nunca logrará comprender cómo me ha ofendido al abrumarme con una nueva acusación. ¡Serguéi Petróvich, soy un mártir! ¿No teme usted ultrajar a un mártir? Llegará el día en que tendrá que pedirme perdón, y ese día está cercano. Pero, veamos..., ¿usted no puede acusarme! En vez de enfurecerse conmigo e injuriarme de una manera horrible, podría interrogarme de manera cortés. Yo podría serle más útil a la justicia como testigo que como sospechoso. Sobre este nuevo crimen, por ejemplo, podría contarle algunas cosas interesantes. Anoche no pude dormir; lo oí todo.

—¿Qué oyó?

—Oí caminar a alguien en la oscuridad a eso de las dos; después tocaron a mi puerta y abrieron.

—¿Quién?

—No sé; no había luz. Un hombre se quedó un minuto y salió tal como usted dijo; sacó la llave y abrió la celda vecina. Dos minutos después oí un sonido gutural. Pensé que era el guardián que revisaba algo; y aquel ruido gutural me pareció un ronquido.

—¡Cuentos! —dije—. Aquí no había nadie sino usted que quisiera matar a Kuzmá. Los guardianes dormían; la mujer de uno de ellos, que no pudo pegar el ojo en toda la noche, declaró que los tres durmieron como troncos toda la noche y que ni por un minuto abandonaron sus camas. No podían imaginar que esta prisión albergara a semejante fiera. Hace veinte años que trabajan aquí y no conocen un solo caso de evasión, no digamos ya de asesinato. Gracias a usted, su vida ha cambiado y yo también recibiré una reprimenda por haberlo dejado salir de su celda. ¡Muchas gracias!

Ésa fue la última conversación que tuve con Urbenin. Ya no tuve ocasión de hablar con él, a no ser dos o tres respuestas que di a sus preguntas, hechas desde el banco de los acusados.

Ya he dicho que mi novela es una historia criminal; ahora que «el caso del asesinato de Olga Nikoláievna Urbenin» se complica con otro crimen, misterioso e incomprensible, el lector tiene derecho a que mi libro entre en la fase más interesante. El descubrimiento del criminal y sus móviles ofrecen un amplio campo al ingenio del autor. Ahí el mal y la astucia entablan una guerra con la inteligencia y la sagacidad, una guerra interesante en todas sus manifestaciones.

Yo hice esa guerra y el lector tiene derecho a esperar que le describa los métodos que me condujeron a la victoria, indudablemente espera de mí las finuras que brillan de Gaboriau o de nuestro Chkliarevski, y yo estoy dispuesto a satisfacer sus esperanzas, pero... uno de los personajes principales tuvo que abandonar el campo de

batalla sin llegar a su fin; no se le dejó participar en la victoria; todo lo hizo a fondo perdido, y tuvo que resignarse a ser un mero espectador. Ese personaje soy yo.

Al día siguiente de mi conversación con Urbenin recibí la invitación, o, mejor dicho, la orden de presentar mi renuncia. Las habladurías de las mujeres de la ciudad habían producido su efecto. Mi cese fue producido por el asesinato en la cárcel y por las declaraciones de algunos sirvientes del conde, sin olvidar el golpe en la cabeza que apliqué a un campesino en una de nuestras fiestas. El golpeado hizo que se volviera a abrir la causa, lo que produjo un revuelo inmenso. En menos de dos días tuve que abandonar el caso de Olga Nikoláievna Urbenin.

Los artículos de los diarios y la ola de rumores movilizaron al ministerio público. El procurador público en persona fue a la propiedad del conde y volvió a tomar nuevas declaraciones. Los informes de los médicos fueron estudiados una vez más y se habló de practicar una nueva autopsia que, por otra parte, no habría ofrecido ningún resultado diferente. A Urbenin lo llevaron dos veces a la ciudad para examinar sus facultades mentales y en ambas fue declarado normal. En el proceso actué solamente en calidad de testigo.

Los nuevos jueces emplearon tanto celo que hasta Polikarp fue llamado a declarar. El conde, que se había marchado a Petersburgo, se abstuvo de concurrir, y envió al efecto un certificado de enfermedad.

Polugrádov, el asistente que cuatro veces al día se lavaba los dientes con un polvo rojo, inició la acusación. El defensor fue un tal Smirniaiev, rubio, delgado, de elevada estatura, aspecto sentimental y cabellos lacios. El jurado estaba compuesto en gran parte por artesanos y *muzhiks*; de ellos, sólo cuatro sabían leer y escribir. El jefe del jurado resultó ser Iván Démianich, aquel que había dado nombre a mi loro.

Cuando Urbenin entró en la sala no lo reconocí. Sus cabellos se habían vuelto blancos; parecía veinte años más viejo. Esperaba que adoptara una actitud indolente y melancólica y, sin embargo, se defendió con energía. Recusó a tres de los miembros del jurado, dio amplias explicaciones e hizo preguntas inteligentes a los testigos. Negó categóricamente su culpabilidad y rechazó algunos de los testimonios.

El testigo Chejotski declaró que yo había tenido relaciones con Olga.

Cuando me tocó declarar, el abogado me preguntó qué clase de relaciones había mantenido con Olga. Me leyó la declaración de Chejotski, donde contaba lo que había visto en el bosque el día de la boda. Decir la verdad hubiera favorecido al acusado; mientras más depravada es una mujer, más benévolo se muestra el jurado con el motivo de los celos. Pero la verdad hubiera lastimado a Urbenin. Habría experimentado un nuevo y profundo dolor... Preferí mentir y negué.

El procurador describió el asesinato con colores muy vivos, llamando la atención sobre la ferocidad del asesino, sobre su furia...

—Piensen ustedes, un viejo sensual que tropieza con una joven hermosa. Conoce el horror de la situación de la muchacha que vive en lo más recóndito del bosque en compañía de un padre loco; la atrae con promesas de una vida mejor, una casa lujosa,

vestidos, joyas. Ella cede. Pero es joven, y la juventud, señores del jurado, tiene derechos improrrogables... Una joven llena de romanticismo, en medio de la naturaleza, tarde o temprano tenía que enamorarse...

Todo fue en ese tono. El defensor ni siquiera negó la culpabilidad de Urbenin. Sólo pidió que se reconociera que había actuado impulsivamente, que merecía indulgencia. Describió cómo los celos pueden ser culpables, invocó el ejemplo de Otelio. Examinó en todos sus aspectos a «aquel tipo universal», y se extravió en tales vericuetos que el presidente tuvo que reconvenirle aduciendo que el conocimiento de la literatura extranjera no era obligatorio para los miembros del jurado.

Urbenin tuvo la última palabra, tomó a Dios por testigo y juró que no era culpable ni en pensamiento ni en obra.

—Personalmente me es indiferente el lugar adonde me confinen, si es aquí, donde todos me conocen, o en un campo de trabajos forzados; lo que me inquieta es el destino de mis hijos.

Se volvió al público y entre llantos pidió protección para sus hijos.

—No permitan que el conde los humille con su generosidad. Sé que ellos no aceptarán de él ni un mendrugo de pan.

Después me miró con ojos suplicantes y me dijo:

—¡No permita que el conde se ocupe de ellos!

Olvidaba el veredicto inminente y pensaba sólo en el futuro de sus hijos.

La deliberación del jurado fue rápida. Urbenin fue declarado culpable, sin circunstancias atenuantes. Se le condenó a la pérdida de sus derechos civiles y a quince años de trabajos forzados.

Tal fue el precio que pagó por haber encontrado una mañana de mayo a la poética «muchacha de rojo».

Han pasado ocho años desde los acontecimientos arriba descritos. Algunos de los actores del drama han muerto, otros expían sus culpas, otros más soportan el aburrimiento de esta vida y esperan la muerte de un momento a otro.

Muchas cosas han cambiado en estos ocho años. El conde Karniév, quien nunca ha dejado de manifestarme la amistad más sincera, se ha entregado de lleno a la bebida. Sus propiedades han pasado a poder de su mujer y de su cuñado. Ahora es pobre y vive a mis expensas. A veces, tirado en el sofá de mi cuarto de hotel, recuerda el pasado:

—¡Qué bueno sería ahora escuchar a los gitanos! ¡Seriosha, pide más coñac!

Yo también siento que he cambiado. Las fuerzas me abandonan poco a poco. Siento que la juventud se me escapa y que mi organismo ya no tiene la fuerza ni la agilidad de que tanto me envanecía antes, cuando podía pasar bebiendo noches enteras. Mi rostro comienza a arrugarse y tengo poco cabello. Mi voz se ahueca y debilita... ¡La vida ha pasado!

Me parece que todo pasó ayer. Veo, como envueltos en la niebla, los lugares y las personas que me interesan. Y ya no tengo ánimos para tratar imparcialmente a la

humanidad. Me lleno de indignación y de rencor, sigo encontrando al conde repugnante, a Olga innoble, a Kalinin ridículo con su fatua presunción. Veo el mal en el mal y el pecado en el pecado.

Pero hay instantes en que al mirar un retrato que está sobre mi mesa siento un deseo indefinible de pasear de nuevo por el bosque con «la muchacha de rojo», y apretarla fuertemente contra mi pecho. En esos momentos le perdono su ambición, sus mentiras, su caída en el fango. Le perdonaría todo con tal de que se repitiera un minuto del pasado.

Cansado y aburrido de la ciudad, quisiera escuchar una vez más el estruendo del lago y cabalgar por sus orillas. Le perdonaría todo con tal de poder pasear una vez más por el camino de Tenevo y encontrar al jardinero Franz con su barrica de vodka y su gorra de *jockey*... Hay momentos en que me siento dispuesto a estrechar la mano sangrienta de Piotr Yegórich, y discutir con él de agricultura, de religión o de instrucción para el pueblo. Quisiera ver al doctor con su dulce Nadia. ¡Vida frenética, desencadenada, intranquila como el lago en las noches de agosto! ¡Cuántas vidas han desaparecido en su oscuro oleaje! ¿Por qué hubo momentos en que amé esa vida? ¿Por qué mi alma corre hacia ella como un hijo afectuoso, como un pájaro que ha escapado de su jaula?

La existencia que percibo desde la ventana de mi cuarto de hotel me parece intolerablemente gris; totalmente oscura, sin ningún vago rayo de luz clara... Pero si cierro los ojos y recuerdo el pasado, veo el arco iris que forma el espectro solar.

Sí. Allí hubo una tormenta, pero también hubo luz.

S. Zinoviev.

Final

En la última página estaba escrito en la parte inferior:

«Señor director:

Le suplico que publique esta novela sin mutilaciones ni añadidos. Por supuesto, hay partes que se podrían modificar de acuerdo con el autor. En caso de que la obra no le interesara, le pido que guarde el manuscrito para devolvérmelo. Por el momento vivo en Moscú, en el hotel Anglia.

Iván Petróvich Kamishev.

PD. Los honorarios quedan a la discreción del editor.

Fecha y año».

* * *

El lector conoce ya la novela de Kamishev; ahora le relataré la conversación que tuve con él. En primer lugar, debo advertir que no pude mantener la promesa hecha al lector en la introducción; la novela de Kamishev no ha sido publicada en su integridad, sino que fue necesario hacerle algunos cortes.

Resultó que *Un drama de caza* no pudo aparecer en el diario al que fue entregado el manuscrito; éste había dejado de existir cuando se ordenó su impresión.

La nueva dirección aceptó el relato, pero no creyó posible publicarla sin omisiones. Me mandaron las pruebas de algunas partes y me pidieron que hiciera modificaciones. No me pareció correcto el método y lo que hice fue suprimir varios pasajes que consideré innecesarios. La dirección estuvo de acuerdo conmigo en suprimir algunas cuyo cinismo era excesivo. Tales cortes requirieron precauciones y tiempo; por esa razón varias partes aparecieron con retraso. Suprimí, por ejemplo, dos descripciones de orgías nocturnas; una tenía lugar en la casa del conde, otra en el lago. Eliminé una descripción detallada de la biblioteca de Polikarp. Un pasaje que defendí sin éxito, pues me obligaron a cortarlo, fue una partida de cartas entre los sirvientes del conde y las riñas que allí se producían. Un día, durante el juicio, Kamishev descubrió a Franz y Chejotski entretenidos en una partida con apuestas de hasta treinta rublos. Kamishev se sumó a la partida y los «desplumó como a pollos». Franz quiso desquitarse y fue a buscar más dinero a su escondrijo del lago. Kamishev lo siguió, puso una marca en el sitio donde estaba el tesoro y luego lo robó, sin dejarle ni un kopek al jardinero. El dinero robado se lo entregó al pescador Mijaíl. Este rasgo de admirable generosidad caracteriza a nuestro magistrado, pero el descuido en la narración y las obscenidades proferidas por los jugadores fueron tales que la dirección no admitió ese pasaje, ni aun modificado.

Se suprimieron también algunos encuentros de Olga con Kamishev y una conversación de éste con Nadiezhda. Sin embargo, me parece que lo que queda es suficiente para caracterizar al héroe.

A los tres meses exactos de haberme dejado el manuscrito, apareció el autor por mi oficina.

—¡Hágalo pasar! —dije.

Entró con el mismo aspecto de saludable apostura que le había visto tres meses antes. Colocó sobre la percha con tanto cuidado su sombrero que se hubiera creído que era un objeto precioso. Algo infantil, de buen muchacho, brillaba como antes en sus ojos azules.

—Vuelvo a molestarlo —dijo sentándose con modestia—. ¿Cuál es su veredicto sobre mi novela?

—Culpable —respondí—, aunque con circunstancias atenuantes.

Kamishev sonrió ampliamente, y sacó del bolsillo un pañuelo perfumado.

—¿No me queda otra opción que arrojarla al fuego de la chimenea? —preguntó.

—No, no hay que ser tan estrictos. No se trata de eso. Se pueden emplear medidas correctivas.

—¿Tiene entonces arreglo?

—Sí, ciertas cosas..., de común acuerdo, claro está —se produjo un silencio durante un cuarto de minuto. El corazón y las sienes me palpitaban dolorosamente, pero no quería de ninguna manera mostrar mi agitación—. De mutuo acuerdo —repetí—. En la otra ocasión me dijo usted que el tema de su novela había sido tomado de la realidad.

—Así es —contestó—; como le dije, yo soy Zinoviev.

—¿De manera que usted fue padrino en la boda de Olga Nikoláievna?

—Tanto padrino como amigo de la casa. ¿Me encuentra simpático en el manuscrito? —Kamishev se echó a reír, juntó las rodillas y se ruborizó intensamente—. ¡Un demonio! ¡Merecía que me mataran! ¡Pero no hubo quien se atreviera a hacerlo!

—Como le dije, su novela me gusta; me parece mejor que la mayoría de las novelas de crímenes. Sólo que habría que introducir un cambio esencial.

—¿Qué es lo que usted piensa que requiere cambios?

—Su novela tiene todo lo que se requiere de una novela de crímenes: asesinatos, testigos, interrogatorios, hasta una sentencia penal de quince años como postre, pero le falta lo esencial.

—¿Es decir?

—El verdadero culpable.

Kamishev abrió ampliamente los ojos y se levantó.

—Para decir la verdad, no lo comprendo. Si usted no considera culpable al hombre que asesina brutalmente a su mujer, y estrangula al testigo cuya declaración puede condenarle, no sé entonces a quién hay que considerar culpable. Por supuesto, el criminal es un producto de la sociedad y es a ella a quien hay que considerar culpable. Pero si uno se decide por esas meditaciones no escribiría una novela, sino un tratado científico.

—No hay que entrar en ese tipo de consideraciones; lo que quiero decirle es que Urbenin no cometió ningún crimen.

—¿Cómo? ¿No mató a nadie?

—No, no fue Urbenin.

—Puede ser... *Errare humanum est*, y los jueces de instrucción no son perfectos. Los errores judiciales son frecuentes. ¿Piensa usted que nos equivocamos?

—Usted no se equivocó; usted provocó intencionadamente el error.

—Perdóneme, sigo sin comprenderlo —dijo Kamishev, sonriendo—. Si usted encuentra que la instrucción del juicio indujo a un error judicial, nada menos que premeditado, me gustaría conocer su punto de vista. ¿Quién fue, a su juicio, el asesino?

—¡Usted!

Kamishev me miró con asombro, casi con terror, enrojeció y dio un paso atrás. Después se volvió a la ventana y se echó a reír.

—¡Esto sí que es bueno! —dijo, soplando sobre el cristal para empañarlo y dibujando sobre él sus iniciales.

Miré la mano que dibujaba; era la poderosa mano de hierro que había estrangulado a Kuzmá y despedazado el cuerpo de Olga Nikoláievna.

La idea de que estaba frente al asesino me llenó de un insólito sentimiento de asombro y de miedo... no por mí, sino por él..., por ese hermoso y gracioso gigante..., por el hombre en general, digamos.

—Fue usted quien los mató —repetí.

—Si no se trata de una broma, lo felicito por el descubrimiento —dijo Kamishev sin dirigirme la mirada—. Por el temblor de su voz, me parece difícil que bromeé. ¡Qué nervioso está usted!

Kamishev volvió el rostro hacia mí y trató de sonreír. Luego dijo:

—Me interesa saber cómo se le metió esa idea en la cabeza. ¿Se deduce de mi relato algo por el estilo? ¡Palabra de honor que es curioso! Le ruego que me cuente sus deducciones. Vale la pena ser considerado como asesino.

—Usted es el asesino y ni siquiera puede ya negarlo. Usted dijo demasiado en su relato y ahora representa mal su papel.

—Me interesa oír sus deducciones.

Me levanté y empecé a caminar de un lado a otro. Kamishev echó un vistazo a la puerta y la cerró del todo. Esta precaución lo traicionó.

—¿Qué teme? —le pregunté.

Tosió con impertinencia e hizo un gesto vago.

—No temo nada. Simplemente cerré la puerta. También para usted es mejor. ¡Bueno, hable!

—¿Me permite hacerle unas preguntas?

—Todas las que quiera.

—Le advierto que no soy juez de instrucción, ni abogado. No espere un interrogatorio sistemático. No trate de confundirme. Por lo pronto, dígame, ¿a dónde fue después de abandonar el claro en que los cazadores habían hecho alto?

—Lo digo en mi relato; me fui a casa.

—La dirección que usted tomó está cuidadosamente borrada en el manuscrito. ¿Se fue usted por el bosque?

—Sí.

—Es decir, que podía encontrar a Olga.

—Así es —dijo Kamishev, sonriente.

—Y la encontró.

—No, no la encontré.

—En el juicio, usted se olvidó de interrogar a un testigo muy importante: usted mismo. ¿Oyó el grito de la víctima?

—No. ¿Dónde quiere usted llegar? Se ve que no domina el arte de interrogar —el tono que comenzó a emplear no concordaba con el aire de humildad que había

empleado al principio de nuestra conversación.

—Admitamos que no encontró a Olga en el bosque —continué—; de cualquier manera, era más difícil para Urbenin encontrar a Olga que para usted. Él no la buscaba. Usted, borracho y furioso, andaba en su busca. De otro modo, ¿por qué volvió por el bosque en vez de hacerlo por el camino normal? Bueno, admitamos que no la vio. ¿Cómo explica lo sombrío, lo frenético casi, de su humor durante esa noche? ¿Por qué mató al loro que gritaba «¡el marido mató a su mujer!»? Supongo que le recordaba su crimen... Esa noche lo llaman a casa del conde y en vez de comenzar las investigaciones en ese momento dejó pasar casi un día sin hacer nada. Sólo un juez de instrucción que conoce al culpable actúa de esa manera. Por otra parte, Olga no menciona el nombre del asesino por ser alguien a quien ella amaba. En caso de que hubiera sido su marido, lo hubiera dicho. Si era capaz de denunciarlo de falsos delitos ante su amante, el conde, nada le habría costado acusarlo de asesinato; ella no lo amaba. Pero a usted sí le quería, por eso lo encubrió. ¿Por qué no le hizo usted una pregunta directa cuando ella volvió en sí? ¿Por qué empezó preguntándole cosas que nada tenían que ver con el asunto? Usted hizo todo lo posible por ganar tiempo y no darle la posibilidad de que lo denunciara. Después, Olga murió. Usted no dice una sola palabra en la novela sobre la impresión que le causó su muerte. En eso no veo sino precaución. Usted no se olvida de escribir ni siquiera el número de copas de vodka que bebía, pero deja pasar en blanco un hecho tan importante como la muerte de «la muchacha de rojo». ¿Por qué?

—Siga, ande...

—Usted realizó las investigaciones del caso de la manera más absurda. Es imposible que un hombre de su inteligencia y sagacidad no lo haya hecho a propósito. Toda la instrucción del proceso le hace a uno pensar en una carta escrita ex profeso con copiosas faltas de ortografía. La exageración en los errores lo denuncia. ¿Por qué no visitó el lugar del crimen? No lo olvidó ni lo creyó inútil; lo que hizo fue esperar hasta que la lluvia borrara los rastros. Además, apenas si habla usted del interrogatorio de los sirvientes.

Lo cierto es que a Kuzmá no lo interroga sino hasta después de que los otros sirvientes lo hayan descubierto lavando sus ropas... Era evidente que usted no tenía deseos de mezclarlo en la investigación. ¿Por qué no interrogó a ninguno de los invitados a la cacería? Ellos vieron a Urbenin cuando salió ensangrentado del bosque y oyeron el grito de Olga. Era necesario interrogarlos, y, sin embargo, no lo hizo porque cualquiera de ellos hubiese podido recordar que poco antes del asesinato usted se internó en el bosque y desapareció.

—¡Muy inteligente! —dijo Kamishev, frotándose las manos—. Siga usted.

—¿Es posible que lo que le he dicho no sea suficiente? ¿Quiere que le recuerde que usted era un amante rechazado? Y rechazado por un hombre que usted despreciaba. Un marido puede matar por celos; un amante también. Pasemos al caso de Kuzmá. En su último interrogatorio, poco antes de morir, estuvo a punto de

declarar que usted era el hombre que se limpió las manos en su camisa. De otra manera, ¿por qué iba a suspender el interrogatorio en el momento decisivo? ¿Por qué le permitió usted a Urbenin cierta libertad de movimientos en el momento en que Kuzmá recordó quién era el asesino? Sencillamente, porque necesitaba que un hombre anduviera por los corredores de la cárcel; un hombre a quien fuera posible acusar. Antes de que Kuzmá lo denunciara, usted lo mató.

—¡Es suficiente! —dijo Kamishev riendo—. ¡Basta! Está usted tan alterado que temo que en cualquier momento se desmaye. No siga usted. Tiene razón, fui yo quien los maté.

A esto siguió un silencio que me pareció intolerable. Comencé a caminar de un extremo al otro de la habitación. Kamishev hizo lo mismo.

—Yo los maté —prosiguió Kamishev—. Usted ha sabido descubrir el secreto; no cabe duda de que tiene suerte. Pocas personas hubieran acertado. La mayoría de sus lectores detestaría a Urbenin y elogiaría mi capacidad y astucia como juez de instrucción.

En ese momento uno de mis empleados entró en mi oficina e interrumpió nuestra conversación. Al advertir que yo estaba ocupado y excitado, se detuvo durante un minuto, miró con curiosidad a Kamishev y salió. Kamishev se acercó a la ventana y comenzó a soplar en el cristal.

—Ocho años han pasado desde entonces —dijo de pronto—, y durante esos ocho años he guardado ese secreto conmigo. Pero un secreto de esa naturaleza y una sangre ardiente son incompatibles en el mismo organismo; no se puede conocer impunemente lo que el resto de la sociedad ignora. Ha sido un suplicio de ocho años. No era la conciencia la que me atormentaba. La conciencia es otra cosa..., y a mí no me interesa en especial. Se la puede acallar con la razón, y cuando la razón no funciona se la ahoga con vino y con mujeres. Mi éxito con las mujeres sigue siendo el mismo de entonces, valga decirlo. Lo que me atormentaba era otra cosa. Todo este tiempo me ha parecido extraño que se me siguiera considerando un hombre común y corriente. Nadie en ocho años ha manifestado un poco de curiosidad hacia mi persona. Me parecía extraño no tener que ocultarme. Me paseaba con mi terrible secreto a cuestas, tomaba parte en comidas, cortejaba mujeres. Para un criminal, semejante situación no resulta natural y casi diría que es ofensiva. No me habría atormentado tanto si hubiera tenido que esconderme. De ahí mi neurastenia, amigo mío. Finalmente sentí deseos de desahogarme de alguna manera, de burlarme de la gente, de revelarle a quemarropa mi secreto, de hacer algo... excepcional. Por eso escribí esta novela. El lector talentoso comprenderá de inmediato que soy un hombre enigmático. Cada frase ofrece una clave para descifrar el enigma, ¿no es así? No me cabe duda de que usted lo entendió así desde un principio...

Fuimos nuevamente interrumpidos. Mi sirviente entró con dos vasos de té. Lo despedí en seguida. Kamishev continuó su monólogo:

—Ahora siento que todo será más fácil para mí. Usted me considera un hombre

extraordinario; yo, en cambio, ya me siento tranquilo. Pero perdone el tiempo que le he hecho perder. Son ya las tres; un coche me espera.

—Aguarde un momento; deje ahí su sombrero. Usted me ha contado sólo por qué escribió el relato; dígame ahora cómo llevó a cabo sus crímenes.

—A ella la maté en un arrebato. Sin pensarlo, como si fumara un cigarrillo o tomara un vaso de té. Cuando me interné en el bosque, lo que menos se me ocurrió es que iba a cometer un crimen. Quería encontrar a Olga para mortificarla, para ofenderla... Cuando estoy borracho siento siempre la necesidad de zaherir... La encontré a unos doscientos metros del lugar donde los cazadores descansaban. Estaba de pie bajo un árbol y miraba con arrobo hacia el cielo... La llamé... Cuando me vio, me sonrió y tendió los brazos hacia mí.

—No me digas nada —murmuró—. Soy muy desgraciada.

Estaba tan hermosa y yo tan borracho que me acerqué a ella y la abracé con pasión. Me juró que era su único amor. Era verdad; me amaba..., pero en el momento mismo en que me juraba amor, algo la llevó a pronunciar una frase horrible.

—¡Qué desdichada soy! ¡Si no me hubiera casado con Urbenin, ahora podría casarme con el conde!

Para mí esa frase fue como una ducha de agua helada. Todo lo que ardía dentro de mi pecho estalló. Un sentimiento de repugnancia y odio se apoderó de mí. Tomé a esa vil criatura por un hombro y la arrojé al suelo, mi rabia llegó al paroxismo... Acabé con ella... Bueno, la historia de Kuzmá no requiere ninguna explicación.

Yo observaba con atención a Kamishev. En su rostro no advertí ni arrepentimiento ni tristeza. Dijo «acabé con ella» con la misma naturalidad con que pudiera haber dicho «tomé un cigarrillo y me lo fumé». Le volví la espalda.

—¿Y Urbenin sigue confinado en algún penal? —le pregunté haciendo un esfuerzo para contenerme.

—Es posible. Alguien me dijo que había muerto camino hacia el penal, pero no hay nada seguro. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Por qué se lo pregunto? Un hombre inocente sufre y a usted le extraña que pregunte por él.

—¿Qué quiere que haga? ¿Confesar?

—Me parece que sería lo debido.

—Bueno, no me opongo a reemplazar a Urbenin en el castigo, pero no me rendiré sin antes luchar. Yo no me entregaré. ¡Que me detengan! ¿Por qué no me cogieron cuando estaba yo en sus manos? Durante el entierro de Olga lloré tan amarga, tan histéricamente que solamente un ciego no hubiera visto la verdad... No es culpa mía que los encargados del orden sean tan estúpidos.

—Me resulta usted odioso —le dije.

—Es natural; a mí mismo me resulto odioso.

Quedamos en silencio. Comencé a hojear mecánicamente un libro. Kamishev tomó su sombrero.

—Veo que ya le he hartado —dijo—. A propósito, ¿no le gustaría ver al conde Karniév? Está afuera, esperando en el coche.

Me acerqué a la ventana y observé al aludido. Sentado en el coche, de espaldas a nosotros, había un hombre pequeño y lastimoso, con un sombrero gastado y un abrigo de cuello raído. Era difícil reconocer en él a uno de los personajes principales del drama.

—Me han dicho que el hijo de Urbenin está aquí, en Moscú, en el mesón de Andréiev —dijo Kamishev—. Trataré de que le dé una limosna al conde... Al menos que alguien resulte castigado. Bueno, debo decirle adiós.

Kamishev inclinó la cabeza y salió rápidamente de la habitación. Yo me senté al lado de la mesa y me sumí en amargas reflexiones.

Sentía que me ahogaba.

LA ÚLTIMA MOHICANA

(Последняя могижанша)

En una espléndida mañana de primavera, el terrateniente Dokukin, capitán de Caballería retirado, y yo, en cuya casa me encontraba de huésped, sentados en cómodos sillones de abuelo, mirábamos perezosamente por la ventana. Nos aburríamos terriblemente.

—¡Qué asco! —mascullaba Dokukin—. ¡Está uno tan aburrido, que vería venir con gusto aunque fuera a un inspector de Policía!

«¿Y si me tumbara a dormir?», pensaba yo.

La idea del aburrimiento nos tuvo pensativos durante largo, muy largo rato, hasta que de pronto, a través de los cristales de las ventanas (con reflejos de arco iris por no haber sido lavados en mucho tiempo), pudimos observar que en el torbellino de nuestro universo se verificaba un pequeño cambio. El gallo, subido junto al portalón, sobre un montón de hojas secas del año anterior, y ocupado en levantar tan pronto una pata como la otra (su deseo era levantar las dos), se encrespó de repente y, como si algo le hubiera picado, salió del portalón.

—Alguien llega a pie o en coche —sonrió Dokukin— ¡El que sea, sea bienvenido! ¡Nos traerá un poco de distracción...!

El gallo no nos había engañado. Por el portalón apareció en primer lugar la cabeza de un caballo; luego, el caballo entero, y, por último, un oscuro y pesado carruaje provisto de grandes y feas aletas, muy semejantes a las alas del escarabajo en el momento de levantar el vuelo. El carruaje entró en el patio, torció hacia la derecha y, entre chirridos y traqueteos, avanzó en dirección a la cochera. En él se hallaban sentadas dos figuras humanas: una femenina y otra, más pequeña, masculina.

—¡Diablos! —masculló Dokukin, mirándome con ojos asustados y rascándose la sien— «Al que no quiere caldo taza y media...». ¡Por algo he soñado esta noche con la estufa...!

—¿Cómo dices...? ¿Quiénes son los que llegan?

—Mi hermanita y su marido... ¡Vienen en hora mala...!

Dokukin se levantó y nervioso dio unos cuantos pasos por la habitación.

—¡Hasta el corazón se me queda frío! —gruñó—. ¡Ya sé que es un pecado no abrigar sentimientos fraternales hacia una hermana... pero, créeme, prefiero encontrarme antes en un bosque con un capitán de bandidos que tener que habérmelas con ella...! ¿Y si nos escondiéramos...? Timoshka puede decirles cualquier mentira... Que nos hemos marchado a alguna junta...

Y Dokukin llamó con voz fuerte a Timoshka. Ya era tarde, sin embargo, para mentir y para esconderse. Un minuto después, en el vestíbulo se oía un cuchicheo. Una voz femenina, de bajo, hablaba en un murmullo con otra masculina, de tenor.

—¡Arréglame el último volante de la falda! —decía el bajo femenino—. ¡Otra vez te has puesto los pantalones que no tenías que ponerte...!

—¡Los pantalones azules se los dio usted al tío Vasili Antipich... y los de mezclilla me mandó usted que los guardara hasta el invierno! —se disculpaba el pequeño tenor—. ¿Tengo que llevarle el chal o manda usted que lo deje aquí?

Al fin se abrió la puerta, y en la estancia entró una dama alta, más bien gruesa, fofa y vestida de azul claro. Su rostro pecoso, de rojas mejillas llevaba impresa tal expresión de embotada importancia, que yo comprendí en el acto por qué Dokukin la quería tan poco. Tras la dama gruesa, y dando menudos pasitos, entró un hombrecito pequeño y delgado, vestido con una levita con dibujos de colores, anchos pantalones y chaleco de terciopelo. Era estrecho de hombros, estaba afeitado y tenía una diminuta y roja nariz. Sobre su chaleco colgaba una cadena de oro muy parecida a la de la lamparita que ardía ante la imagen. Su indumentaria, sus movimientos, su porte, todo su cuerpo, mal configurado, dejaba traslucir un algo humildemente esclavizado y rebajado... La señora entró, y como si no hubiera reparado en nuestra presencia, se dirigió a los iconos y se santiguó.

—¡Santíguate! —dijo a su marido.

El hombrecito de la pequeña y roja nariz se estremeció y empezó también a santiguarse.

—Buenos días, hermana —dijo Dokukin con un suspiro, dirigiéndose a la dama cuando ésta terminó de rezar.

La dama sonrió con mesura y tendió sus labios hacia los de Dokukin.

El hombrecillo quiso también darle un beso.

—Permítame que haga las presentaciones. Mi hermana. Olimpiada Yégorovna Jlikina... Su marido, Dosifei Andreich... ¡Un buen amigo mío...!

—¡Encantada...! —dijo, alargando las sílabas, Olimpiada Yégorovna y sin ofrecer la mano—. ¡Encantada...!

Nos sentamos y permanecemos un minuto callados.

—Seguramente no esperabais estos huéspedes —dijo Olimpiada Yégorovna dirigiéndose a Dokukin—. También yo pensaba venir a visitarte, hermanito; pero como tenía que ir a ver al mariscal de la nobleza... de paso...

—¿Y para qué vas a verle...? —preguntó Dokukin.

—¿Cómo que para qué...? ¡Para presentar una queja contra éste! —y la dama indicó con la cabeza a su marido.

Dosifei Andreich bajó la vista, metió los pies debajo de la silla y tosió azarado, tapándose la boca con la mano.

—¿Y de qué vas a quejarte de él?

Olimpiada Yégorovna suspiró.

—¡Se olvida de su rango! —dijo—. ¡Ya otras veces me he lamentado de ello contigo y con tus padres...! ¡También le he llevado al padre Gregorio para que le amonestara, y yo misma he empleado con él toda clase de procedimientos...! Pero

¡ninguno tuvo éxito! ¡Forzosamente me veo obligada a molestar al mariscal de la nobleza!

—Pero ¿qué es lo que ha hecho?

—¡Hacer, no hizo nada, pero no tiene conciencia de su rango...! Beber..., eso sí, no bebe... Es un hombre tranquilo y respetuoso... Pero ¿de qué le sirve nada de esto, si después no se acuerda de cuál es su rango...? ¡Mírale ahí..., todo encogido..., como un solicitante cualquiera! ¿Acaso los nobles se sientan así...? ¡Siéntate como es debido...! ¿Oyes...?

Dosifei Andreich estiró el cuello, levantó la barbilla, sin duda, disponiéndose a sentarse como era debido, miró asustado y de soslayo a su mujer, de la misma manera que miran los niños cuando se sienten culpables.

Dándome cuenta de que la conversación adquiriría un giro íntimo y familiar, me levanté para marcharme, Jlikina reparó en mi movimiento.

—No importa, quédese —dijo, deteniéndome—. A los jóvenes les conviene escuchar. Aunque no seamos sabios, hemos vivido mucho... ¡Que Dios conceda a todos vivir lo que hemos vivido nosotros...! De paso, hermanito, comeremos contigo —dijo Jlikina volviéndose hacia su hermano—, ¡Me figuro que tendréis comida a base de carne...! ¡Con seguridad no te has acordado de que hoy es miércoles! —suspiró—. Para nosotros tendrás que disponer que preparen comida de vigilia. De carne, lo quieras o no, hermanito, no comeremos.

Dokukin hizo venir a Timoshka y le encargó hiciera comida de vigilia.

—Comeremos y nos iremos después a ver al mariscal de la nobleza —prosiguió Jlikina—. Le suplicaré que preste atención al asunto... Es cosa suya cuidar de que los nobles guarden el debido comportamiento...

—Pero ¿es que el comportamiento de Dosifei no es bueno? —preguntó Dokukin.

—¡Parece enteramente que es la primera vez que le ves! —dijo Jlikina, frunciendo el entrecejo—. ¡A decir verdad, a ti también te da todo lo mismo...! ¡Tú tampoco te acuerdas demasiado de tu rango...! Pero preguntemos a este joven... ¡Joven! —se dirigió a mí—. ¿Es correcto, según su parecer, que un noble haga amistad con cualquier pelagatos...?

—Depende de quien sea éste... —contesté con cierta vacilación.

—¿Por ejemplo, con el comerciante Gusdev...? ¡Yo a ese Gusdev no le hubiera permitido jamás atravesar el umbral de la puerta mientras que él, en cambio, juega con él a las damas y va a comer a su casa...! ¿Está acaso conforme con las conveniencias el ir de caza con el escribano...? ¿De qué se puede hablar con un escribano...? ¡Un escribano..., no diré conversar..., ni siquiera debería atreverse a abrir la boca delante de él..., si le interesa a usted saberlo, señor mío...!

—Soy débil de carácter... —murmuró Dosifei Andreich.

—¡Ya te haré yo ver cómo es tu carácter! —le amenazó su mujer golpeando enfadada con la sortija sobre el respaldo de la silla—. ¡No te consentiré que pongas en ridículo tu apellido...! ¡Aunque seas mi marido, te avergonzaré...! ¡Has de

comprender que yo soy la que te saqué adelante...! ¡La casta de los Jlikin, señor mío, no vale un comino..., y si yo, nacida Dokukina, me casé con él tiene que saber apreciarlo y darse cuenta de lo que ello significa...! ¡Mi marido..., si quiere usted saberlo, señor mío, me sale bastante caro...! ¡Lo que me costó colocarlo...! ¡Pregúntele a él...! ¡Si le interesa saberlo, le diré que sólo por el examen de primer grado tuve que pagar trescientos rublos...! ¿Y por qué hago todo esto...? ¿Crees, bobo, que es por ti...? ¡Pues no lo creas...! ¡Es el apellido de nuestro linaje lo que me es querido...! ¡Si no fuera por ese apellido, hace mucho que estarías pudriéndote en la cocina, si quieres saberlo...!

El pobre Dosifei Andreich escuchaba y guardaba silencio, limitándose a acurrucarse en su asiento; no sé si por miedo o por vergüenza. Durante la comida tampoco le dejó en paz su severa cónyuge. No apartaba de él los ojos observando cada uno de sus movimientos.

—¡Échate sal en la sopa! ¡No coges bien la cuchara! ¡Separa de ti la ensaladera, que vas a tropezar con la manga! ¡No parpadees!

Él engullía de prisa; se encogía bajo su mirada como un conejo bajo la de la serpiente. Como su mujer, comía de vigilia pero a cada momento miraba con ansia nuestras *kotleti*^[18].

—¡Reza! —le dijo su mujer cuando hubo acabado de comer—. ¡Da gracias al hermanito!

Después de la comida se retiró al dormitorio para descansar. Cuando se marchó, Dokukin, tirándose del pelo, empezó a recorrer a zancadas la habitación.

—¡Vaya hombre infeliz que eres, hermanito! —dijo a Dosifei, respirando trabajosamente—. ¡Sólo llevo una hora sentado con ella y estoy agotado...! ¡Y pensar que tú la soportas días y noches...! ¡Ah...! ¡Eres un mártir! ¡Un infeliz mártir! ¡Un niño de Belén de los degollados por Herodes!

Los ojuelos de Dosifei parpadearon.

—Es severa, en efecto... —dijo—; pero tengo que pedir a Dios por ella día y noche, ya que por su parte sólo recibo beneficios y cariño...

—¡Hombre perdido!... —dijo Dokukin con un ademán de desesperación—, ¡Y pensar que en su tiempo pronunciaba discursos...! ¡Que inventó una máquina para sembrar...! ¡La bruja acabó con él...! ¡Ah...!

—¡Dosifei! —se oyó decir a la voz de bajo femenina—. ¿Dónde estás...? ¡Ven a espantarme las moscas...!

Dosifei Andreich se estremeció, y de puntillas se dirigió al dormitorio.

—¡Qué asco! —escupió a su espalda Dokukin.

DIPLOMACIA

(ESCENITA)

(Дипломат. Сценка)

Anna Lvovna Kuváldina, esposa de un consejero titular, acababa de fallecer.

—¿Qué hacer? —se preguntaban los parientes y amigos—. Habría que informar al marido. Aunque estaban separados, no hay duda de que él la quería. Hace unos cuantos días vino a verla y, puesto de rodillas, le suplicó: «Annushka, ¿cuándo me perdonarás aquel momentáneo devaneo?». Y otras cosas por el estilo... Convendría comunicárselo...

—Aristarj Ivánich —dirigiose, llorosa, una tía al coronel Piskariov, que tomaba parte en el consejo de familia—. Usted, como amigo de Mijaíl Petróvich, haga el favor de llegarse a su oficina para informarle de la desgracia. Ahora bien: no se lo suelte de sopetón, no sea que le suceda algo. Ya sabe que es hombre enfermizo. Prepárele primero, y luego ya...

El coronel Piskariov se puso la gorra y encaminose a la oficina del ferrocarril en que prestaba servicio el viudo de nuevo cuño. Le encontró haciendo un balance.

—Mijaíl Petróvich —comenzó, sentándose cerca de la mesa de Kuvaldin y limpiándose el sudor— ¿Qué tal estás, amigo? ¡Por Dios, cuánto polvo hay en esas calles! Escribe, escribe, no quiero molestarte. Me voy en seguida... Pasaba por aquí y pensé: «Ésta es la oficina de Mijaíl. Entraré un momentito a verle». Además, tengo un asuntillo...

—Espere un poco, Aristarj Ivánich... Un momento... En un cuarto de hora termino, y hablaremos...

—Tú sigue, sigue... Ya te he dicho que iba paseando... Son dos palabras nada más, y me marchó.

Kuvaldin dejó la pluma y se dispuso a escuchar. El coronel, rascándose la cabeza, prosiguió:

—¡Qué bochorno hace aquí dentro! En la calle, en cambio, da gusto. Hace un solecito, sopla un aire tan agradable, ¿sabes? Los pájaros... La primavera... Pues, como te decía, iba por el bulevar y me sentía en la gloria. Como sabes, soy hombre independiente, viudo... Voy a donde se me antoja. Si se me ocurre meterme en una cervecería, me meto; o si quiero darme una vuelta en coche, me la doy sin que nadie me detenga y sin tener que aguantar chillidos de nadie en casa... No hay mejor vida que la de soltero, hermano: ¡libertad, independencia! Respira uno y nota que respira. Llego ahora a mi casa, y nadie..., nadie se atreve a preguntarme dónde he estado. Soy dueño de mí mismo. Hay mucha gente, hermano, que elogia la vida de casado; yo, en

cambio, la creo peor que un presidio... Chiquillos que vienen, uno tras otro, a este mundo de Dios... Gastos... ¡Puf!

—Ahora mismo termino —dijo Kuvaldin requiriendo nuevamente la pluma— Apenas acabe...

—Escribe, escribe... Y menos mal si te toca una mujer que no sea una diablo, pero ¿y si te cae en suerte un Satanás con faldas, una de esas que se pasa el día dando más guerra que una chicharra? ¡Pues es como para suicidarse! Ahí tienes tu caso. Mientras fuiste soltero parecías una persona, y en cuanto te casaste con tu adorada, te quedaste más chupado que un hueso y te volviste melancólico. Tu mujer te puso en ridículo a los ojos de toda la ciudad, te echó de casa... ¿Qué tiene eso de agradable? Una mujer así no puede inspirar ni siquiera compasión.

—La culpa de nuestra separación fue mía, y no de ella —suspiró Kuvaldin.

—¡Déjate de tonterías! Como si yo no la conociera: hosca, caprichosa, maligna. Cada palabra, un aguijón venenoso; cada mirada, un cuchillo. ¡No es posible expresar el mal humor que tenía la difunta!

—¿La difunta dice usted? —extrañose Kuvaldin.

—¿He dicho yo eso? —reportose el coronel enrojeciendo—. ¡No he podido decir tal cosa! ¿Qué te pasa, hombre, qué te pasa? Pero si te has puesto hasta pálido... ¡Je, je, je! Hay que oír con los oídos y no con la panza.

—¿Ha estado usted hoy en casa de Aniuta?

—Pasé por allí esta mañana... Estaba en cama... Y traía de cabeza a la criada: que si le habían servido mal esto, que si lo otro... ¡Inaguantable! No me entra en la cabeza cómo puedes quererla, Dios la perdone. Si Dios quisiera, te dejaría libre ahora, infeliz... Vivirías en libertad, te distraerías, te casarías con otra... ¡Está bien, está bien, me callo! ¡No pongas ese ceño! Hablo como viejo. Me tiene sin cuidado: si quieres, sigue enamoriscado de ella, y si no quieres, tú verás... Te lo digo por tu bien... No vive contigo ni desea saber nada de ti. ¡Vaya una esposa! Además, fea, escuálida, colérica... No merece piedad ninguna... Que se vaya a la...

—Usted lo ve todo muy fácil, Aristarj Ivánich —suspiró Kuvaldin nuevamente—. El amor no es un cabello que se rompe al primer tirón.

—¡Pues sí que tienes motivos para amarla! Contigo no ha demostrado otra cosa que maldad. Perdona a este viejo, pero yo no la quería... ¡No podía ni verla! Cuando pasaba cerca de su casa, cerraba los ojos. ¡Que Dios la ampare y le dé su santa gloria y un descanso eterno, pero... yo nunca la quise, pecador de mí!

—Oiga, Aristarj Ivánich —palideció Kuvaldin—. Ésta es la segunda vez que se equivoca usted... ¿Es que ha muerto?

—¿Quién ha muerto? No ha muerto nadie; lo que digo es que no me gustaba ni pizca la difunta, ¡puf!, no la difunta, sino tu Annushka del alma...

—Pero ¿ha muerto? ¡No me martirice, Aristarj Ivánich! Le encuentro extrañamente excitado, se equivoca a cada momento elogia la vida de soltero... ¿Ha muerto? ¡Dígamelo!

—¡Cómo va a morir! —profirió Piskariov entre toses—. Tú, hermano, en seguida tiras por la calle de en medio... Pero, aun suponiendo que hubiera muerto: todos moriremos, y ella no va a quedarse para siempre entre los vivos. También tú te morirás, y yo...

Los ojos de Kuvaldin enrojecieron y se cubrieron de lágrimas.

—¿A qué hora fue? —preguntó casi en un susurro.

—¡A ninguna! Mira que eres suspicaz... Que no ha muerto, hombre, que no ha muerto... ¿Quién ha dicho eso?

—Aristarj Ivánich, yo... le ruego... que me lo diga sin compasión...

—Contigo, hermano, no se puede hablar. Ni que fueras un chiquillo. ¿Cuándo te he dicho que haya pasado a mejor vida? ¿Te lo he dicho alguna vez? Entonces, ¿a qué vienen tantos lamentos? Ve a verla y la encontrarás vivita y coleando. Cuando llegué esta mañana estaba discutiendo a gritos con su tía... A dos pasos, el padre Matvéi le rezaba el responso, y ella, mientras tanto, llenaba con sus gritos la casa entera.

—¿Qué responso? ¿Y con qué motivo lo rezaban?

¿El responso? Pues... ya verás..., era algo así como en lugar de la misa... Es decir, no se trataba de un responso, sino de algo parecido... No hubo responso alguno...

Aristarj Ivánich, hecho un lío, se levantó y, volviéndose a la ventana, se puso a toser:

—Tengo una tos, hermano... No sé dónde me habré resfriado...

Kuvaldin se levantó también y comenzó a pasearse, nervioso, junto a la mesa.

—Usted trata de ocultarme algo —dijo tirándose de la barba con fuerte excitación

— Ya lo comprendo... Lo comprendo todo... Y no sé a qué viene toda esta diplomacia. ¿Por qué no me lo dice de una vez? ¿Verdad que ha muerto?

—¡Ejem...! ¿Qué quieres que te diga? —levantó los hombros el coronel—. No es exactamente que haya muerto, sino que... ¡Vaya, hombre, ya estás llorando! ¡Todos hemos de morimos! No sólo ella es mortal... Todos iremos a parar al otro mundo... En lugar de ponerte a llorar, sería mejor que rezaras por su alma... Persígnete...

Kuvaldin estuvo cosa de medio minuto mirando a Piskariov como atontado, luego palideció terriblemente y, desplomándose en una butaca, rompió en un llanto histérico... Sus compañeros de oficina se levantaron presurosos y acudieron en su ayuda. Piskariov tomó a rascarse la cabeza y amigó el entrecejo.

—¡Por Dios que no hay manera de dar una noticia a estos señores! —gruñó abriendo los brazos hasta ponerlos en cruz—. Rompe a llorar, y uno se pregunta por qué. ¿Estás en tu juicio, Misha? —preguntó a Kuvaldin zarandeándole—. Todavía no se ha muerto. ¿Quién te ha dicho que haya muerto? Al contrario: los médicos dicen que aún quedan esperanzas. ¡Misha, eh Misha! Te aseguro que no ha muerto. ¿Quieres que vayamos juntos a su casa? Llegaremos a tiempo para oír el responso... ¿Qué digo yo? No es al responso a lo que llegaremos, sino al almuerzo. ¡Mishenka! Te juro que vive todavía. Que Dios me castigue si miento. Que se me salten los ojos.

¿No me crees? En ese caso, vamos a verla. Me llamarás lo que quieras si... ¿Cómo se te ha ocurrido todo eso? No lo entiendo... Yo mismo he estado hoy en casa de la difunta, es decir, no de la difunta, sino..., ¡fu, qué asco...!

El coronel escupió desalentado y abandonó la oficina. Al llegar al domicilio de la difunta, se dejó caer en un sofá y se llevó las manos a la cabeza.

—¡Id vosotros! —profirió desesperado—. Preparadle vosotros para recibir la noticia, y a mí dejadme tranquilo. ¡No quiero tales misiones! Sólo le dije dos palabras... Y apenas se lo insinué, ¡hay que ver la que armó! Está que se muere... Sin conocimiento... Otra vez no contéis conmigo, por nada del mundo... ¡Id vosotros!

DE TODO UN POCO

(O TOM, O CEM)

Un dramaturgo moscovita sufrió un fracaso estrepitoso en el estreno de una obra. Paseando por el *foyer* y mirando torvamente a su alrededor, el autor encontró a un amigo y le preguntó:

—¿Qué opina usted de mi obra?

—Opino —respondió el amigo—, que usted se sentiría ahora mucho más a gusto si fuera mía.

* * *

Un terrateniente lleva a su casa a un viejo amigo y ordena que traigan media botella de vino de Tsimilianskaia.

—¿Qué te parece el vinillo? —pregunta al visitante después de apurarlo todo—. ¡Qué *bouquet*, qué fortaleza! Al momento se nota que tiene cincuenta años...

—Cierto —asiente el amigo, mirando de reojo a la media botella—. Pero a los cincuenta años debía haber crecido un poco más...

* * *

Un actor atosiga al empresario pidiéndole que le pague sus honorarios pues, de no ser así, afirma que se va a morir de hambre.

—No exagere, amigo, no exagere —replica el empresario—. A juzgar por el color y por la redondez de sus carrillos, nadie diría que se está usted muriendo de hambre.

¿Por qué juzga usted por mi cara si esta cara no es mía? Es de mi patrona, que me da de comer fiado.

* * *

En la batalla de Sebastopol, una granada le arrancó una pierna a un oficial. Éste, lejos de desanimarse, se puso una extremidad ortopédica. Durante la última guerra rusoturca, en la toma de Plevna otro proyectil le destrozó la segunda pierna. Los soldados y oficiales que acudieron a prestarle auxilio quedaron estupefactos al verle como si tal cosa.

AMENAZA

(Угроза)

A un señor le robaron un caballo. Al día siguiente apareció en todos los periódicos el siguiente anuncio:

«Si no se me devuelve el caballo que me ha sido robado, la necesidad me obligará a recurrir a las medidas extremas que adoptó en un caso análogo mi padre».

La amenaza surtió efecto. El ladrón, desconocedor del mal que le amenazaba, pero suponiendo que había de ser algo horrible y extraordinario, se atemorizó y, sin ser visto, llevó al caballo a la hacienda donde lo robara. El dueño, lleno de júbilo por tan feliz desenlace, decía a sus amigos que le complacía sobre manera no haber tenido que seguir el ejemplo de su padre.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que su padre hizo? —le preguntaron.

—¿Qué hizo? Ahora lo van a saber... Le quitaron el caballo en una posada. Entonces, él se puso la silla en las espaldas y regresó a casa a pie. Juro que yo hubiera hecho lo mismo si el ladrón no hubiera sido tan complaciente.

BAGATELAS

(Финтифлюшки)

Un cacique ruso, el conde Rubets-Otkachalov, presumía siempre de su linaje, asegurando que era de los más antiguos. No contento con los datos históricos y con todo lo que conocía de sus antepasados, anduvo busca que te busca hasta que encontró dos viejos retratos arrumbados, en los que se veía a un hombre y una mujer, y ordenó ponerles al pie: *Adán Rubets-Otkachalov* y *Eva de Rubets-Otkachalov*.

* * *

A otro conde, que recibió el título como premio a sus servicios, le preguntaron por qué no lucía su escudo en su carroza.

—Porque mi carroza es mucho más vieja que mi condado —respondió.

* * *

El apoderado de una finca informó al dueño de esta que los vecinos se dedicaban en ella a la caza furtiva, y le pidió permiso para acabar con semejantes insolencias.

—Déjalos, hombre —resignose el hacendado—. Prefiero tener amigos a tener liebres.

* * *

Un juez de paz, tan distraído como amigo de dar consejos paternales, preguntó a un ladrón en un juicio:

—¿Qué fue lo que le indujo a robar?

—El hambre, señor. Teniendo hambre, hasta un lobo se sale del bosque.

—En lugar de salirse del bosque lo que debiera hacerles trabajar —observó, severo, el juez.

* * *

El fiscal de la Audiencia Territorial reconoce en un delincuente a un compañero de colegio y le pregunta si sabe qué ha sido de los restantes condiscípulos.

—Todos están en compañías de castigo menos usted y yo —responde el interpelado.

EL CUERVO

(Ворона)

No eran más de las seis de la tarde cuando el teniente Strekachov, que deambulaba por la ciudad, al pasar por delante de una gran casa de dos pisos, lanzó casualmente una mirada a los rosados visillos del piso principal.

—Aquí vive *madame* Dudu... —recordó—. Hace tiempo que no voy a verla. ¿Y si entrara?

Pero antes de resolver este problema, Strekachov sacó del bolsillo el portamonedas y se lo miró con cierta timidez. Halló en él un rublo arrugado, que olía a petróleo, un botón, dos kopeks y nada más.

—Poca cosa... Bueno, no importa —decidió—, será cuestión de entrar y salir, de pasar sólo un ratito ahí.

Un minuto después, Strekachov estaba ya en el vestíbulo y respiraba a pleno pulmón el denso olor de los perfumes y del jabón de glicerina. Olía aún a algo más que no es posible describir, pero que se puede olfatear en cualquier piso de mujer considerada sola: una mezcla de pachulí femenino y de cigarro masculino. Colgaban de la percha varios abrigos, impermeables, y un sombrero de copa reluciente. Al entrar en el salón, el oficial vio lo mismo que había visto el año pasado: un piano con un libro de música roto, un vaso con flores marchitas, una mancha en el suelo de licor vertido... Una puerta llevaba al recibidor; otra, a la habitación en que *madame* Dudu dormía o jugaba a los cientos con el maestro de baile Brondi, vejete que se parecía mucho a Offenbach. Si se echaba una ojeada al recibidor se veía, enfrente, una puerta por la que se vislumbraba el borde de una cama con una colgadura de muselina rosa. Allí vivían las «educandas» de *madame* Dudu, Barbe y Blanche.

En el salón no había nadie. El teniente se dirigió al recibidor y allí vio a un ser humano. Tras una mesa redonda, repantigado en un diván, había un joven de erizados cabellos y turbios ojos azules, con un sudor frío en la frente y tal expresión como si acabara de salir de una profunda cavidad oscura y pavorosa. Vestía con elegancia, llevaba un terno nuevo de buen paño en el que se percibían aún las huellas del acabado de la plancha; sobre el pecho le oscilaba un dije; calzaba botines de charol con hebillas y medias rojas. El joven apoyaba sus mofletudas mejillas en los puños y miraba con ojos apagados la botella de agua de Seltz que tenía delante. Sobre otra mesa, al lado, había varias botellas y un plato de naranjas.

Después de dirigir la mirada al teniente recién llegado, el petimetre desencajó los ojos y abrió la boca. Strekachov, sorprendido, dio un paso atrás... En el petimetre reconoció, no sin dificultad, al escribiente Filiónkov, a quien aquel mismo día, por la mañana, había reprendido duramente en la oficina por haber hecho faltas de

ortografía en un documento, por haber escrito «kapusta»^[19] con dos eses: «kapussta».

Filiónkov se levantó con mucha calma y apoyó las manos en la mesa. Durante un minuto no bajó los ojos del rostro del teniente y hasta se volvió lívido por la tensión interna.

—¿Cómo has venido a parar aquí? —le preguntó severamente Strekachov.

—Yo, Señoría —balbuceó el escribiente bajando la mirada—, en el día del cumpleaños... Con el servicio militar obligatorio, que ha nivelado a todos los que...

—Te pregunto cómo has venido a parar aquí —levantó la voz el teniente—, ¿Y qué traje es éste?

—Yo, Señoría, comprendo mi culpa, pero... si se tiene en cuenta que la obligatoriedad... que el servicio militar obligatorio ha nivelado a todos, y si se añade a esto que yo, de todos modos, soy un hombre instruido, no puedo asistir al cumpleaños de *mamzel* Barbe vistiendo el uniforme de un bajo funcionario, y me he puesto este traje que corresponde a mi condición doméstica, dado que yo soy, eso es, un ciudadano de honor hereditario.

Viendo que los ojos del teniente cada vez se volvían más airados, Filiónkov enmudeció e inclinó la cabeza como si esperara que de un momento a otro le dieran un coscorrón. El teniente abrió la boca para articular «¡Fuera de aquí!», pero en ese instante entró en el recibidor una rubia de cejas enarcadas con una bata de rabioso color amarillo. Al reconocer al teniente, dio un chillido y se precipitó hacia él.

—¡Vasia! ¡Oficial!

Al ver que Barbe (era una de las educandas de *madame* Dudu) tenía confianza con el oficial, el escribiente se recobró y se animó. Extendiendo los dedos, saltó de detrás de la mesa y empezó a agitar los brazos.

—¡Señoría! —se apresuraba a decir, atragantándose—. ¡Tengo el honor de felicitar a mi amada con motivo de su cumpleaños! ¡Ni en París encontraría una como ella! ¡Se lo juro! ¡Es fuego! ¡No me han dolido trescientos rublos para mandar hacer esta bata con motivo del cumpleaños de mi amada! ¡Champaña, Señoría! ¡Por la salud de la que festeja su cumpleaños!

—¿Dónde está Blanche? —preguntó el oficial.

—¡En seguida vendrá, Señoría! —respondió el escribiente, pese a que la pregunta no iba dirigida a él, sino a Barbe—. ¡Es cuestión de un momento! ¡Es una muchacha á la *compréné*, *arcvuar*, *consomé*! El otro día vino un negociante de Kostromá y le soltó quinientos rublos... ¡Se dice pronto quinientos! Yo daría mil, sólo que, ¡primero respeta mi carácter! ¿No está bien razonado? ¡Señoría, haga el favor!

El escribiente alargó al oficial y a Barbe una copa de champaña a cada uno y él se echó al colete un vasito de vodka. El teniente bebió, pero recapacitó en seguida.

—Veo que te pasas algo de la raya —dijo—. Vete de aquí y preséntate a Demiánov, que te arreste por veinticuatro horas.

—Señoría, ¿piensa usted, quizá, que yo soy un cerdo cualquiera? ¿Lo cree usted? ¡Señor! ¡Pero si mi papá es ciudadano de honor hereditario, caballero de varias

órdenes! Mi padrino de pila, si quiere usted saberlo, fue un general. ¿Se figura usted que porque soy escribiente ya he de ser un cerdo...? Haga el favor, otra copita... del espumoso... ¡Barbe, trinca! No tengas reparos, puedo pagarlo todo. La instrucción moderna nos ha nivelado a todos. El hijo de general o de mercader, cumple su servicio militar como el *muzhik*. Yo, Señoría, estuve en el gimnasio, en la escuela técnica y en la de comercio... ¡De todas partes me expulsaron! ¡Barbe, trinca! ¡Toma este billetito de cien y manda por una docena de botellas! ¡Señoría, un vaso!

Entró *madame* Dudu, una señora alta, gruesa, con cara de gavilán. Tras ella andaba a pasitos cortos Brondi, parecido a Offenbach. Poco después entró también Blanche, una morenita pequeña, de unos veinte años, de rostro severo y nariz griega, por lo visto judía. El escribiente echó aún otro billetito de cien.

—¡A todo vapor! ¡Fuego y llama! ¡Permítanme romper este florero! ¡De emoción!

Madame Dudu empezó a contar que ahora toda muchacha honrada podía hallar un buen partido, que a las muchachas no les está bien beber, y que si ella permite beber a las suyas es sólo porque confía que los presentes son hombres serios, que si fueran otros, ni les habría permitido sentarse.

Por el vino y la proximidad de Blanche, al teniente empezó a darle vueltas la cabeza y el hombre se olvidó del funcionario.

—¡Música! —gritaba con desgarrada voz el escribiente—. ¡Venga, música! ¡Por la orden ciento veinte, les invito a bailar! ¡Más baaaajo! —continuó diciendo a voz en grito el escribiente, creyendo que no era él quien gritaba, sino otro— ¡Más bajo! ¡Quiero que bailen! ¡Tienen que respetar mi carácter! ¡La *Cachucha*! ¡La *Cachucha*!

Barbe y Blanche consultaron a *madame* Dudu, el viejo Brondi se sentó al piano. Comenzó el baile. Filiónkov, pataleando al compás de la música, observaba los movimientos de las cuatro piernas de mujer y relinchaba de satisfacción.

—¡Rompe! ¡Muy bien! ¡Consentimiento! ¡Arranca, estupendo!

Poco después, todo el grupo se fue en coche al «Arcadia». Filiónkov iba con Barbe; el teniente, con Blanche, y Brondi, con *madame* Dudu. En el «Arcadia» ocuparon una mesa y pidieron cena. Allí Filiónkov se emborrachó hasta tal punto que perdió la capacidad de mover los brazos. Estaba sombrío y decía, pestañeando, como si se dispusiera a llorar:

—¿Quién soy yo? ¿Acaso soy un hombre? ¡Yo soy un cuervo! Ciudadano de honor hereditario... —dijo, parodiándose a sí mismo—. ¡Un cuervo eres, y no un ciu... un ciudadano!

El teniente, nublada la cabeza por el vino, casi no se daba cuenta de su presencia. Sólo una vez, viendo en la niebla su cara de borracho, frunció las cejas y dijo:

—Ya veo que te permites muchas... Pero en seguida perdió la capacidad de coordinar las ideas y chocó su vaso con el del escribiente.

Del «Arcadia» se dirigieron al jardín de Krestovski. Allí, *madame* Dudu se despidió de los jóvenes, después de decir que tenía plena confianza en la corrección

de los hombres, y se fue con Brondi. Después, para refrescar, pidieron café con coñac y licores. Después, kvas y vodka y caviar granuloso. El escribiente se embadurnó la cara con caviar y dijo:

—Ahora soy un árabe o algo así como un espíritu del mal.

Al día siguiente, por la mañana, el oficial, con la cabeza como el plomo y la boca ardiente y seca, se dirigió a su oficina. Filiónkov estaba sentado en su puesto, con su uniforme de escribiente, cosiendo unos papeles con temblorosa mano. Tenía hosco el semblante, rugoso, como un guijo; sus hispídos cabellos miraban en todas direcciones y los ojos se le cerraban... Al ver al teniente, se levantó con pesados movimientos, suspiró y se puso firme. El teniente, rabioso y sin haberse librado aún de los efectos de la borrachera, le volvió la espalda y se ocupó de su tarea. El silencio se prolongó unos diez minutos, pero he aquí que sus ojos se encontraron con los ojos turbios del escribiente y en aquellos ojos lo leyó todo: las cortinitas rosas, la excitante danza, el «Arcadia», la silueta de Blanche...

—Con el servicio militar obligatorio... —balbuceó Filiónkov—, cuando incluso... los profesores hacen su servicio militar como soldados... cuando a todos han igualado... y hasta la libertad de palabra...

El teniente quiso echarle una bronca, mandarlo a Demianov pero hizo un gesto de fastidio con la mano y dijo en voz baja:

—¡Vete al diablo!

Y salió de la oficina.

CASAS DE CAMPO

(Кулачье гнездо)

En tomo a una mansión señorial de mediana categoría, abandonada por sus dueños, se agrupa una veintena de dachas de madera, construidas como con alfileres. Sobre la más alta y visible de todas ellas, azulea un letrero: *Fonda*, y despide dorados reflejos, bajo los rayos del sol, un samovar dibujado. Alternando con los rojos techos de las dachas asoman su triste faz las techumbres de las caballerizas, de los invernaderos y de los graneros, herrumbrosas y cubiertas de musgo.

Es una mañana de mayo. Hay en el ambiente un olor a sopa de coles y a fuego de samovar. El encargado de las casas de campo, Kuzmá Fiódorov, un *muzhik* alto y entrado en años, con camisa a la rusa, por encima del pantalón, y botas altas, de caña arrugada como el fuelle de un acordeón, va enseñando las dachas a los probables inquilinos. Lleva en el semblante una expresión de pereza y de indiferencia: le tiene sin cuidado que las alquilen o no. Le siguen tres personas: un caballero pelirrojo con uniforme de ingeniero de ferrocarriles, una dama enjuta, aunque en situación interesante, y una colegiala.

—¡Qué caras son estas dachas! —se lamenta el ingeniero—. De trescientos a cuatrocientos rublos... ¡Qué horror! Haga el favor de mostrarnos alguna más barata.

—Sí, señor, las hay... Aunque sólo quedan dos... Tenga la bondad de venir...

Kuzmá les conduce a través del jardín de la mansión señorial. No quedan de él más que tocones, algunos abetos pequeños y espaciados y un añoso álamo, alto y elegante, que el hacha del leñador ha respetado, quizá para que lllore la suerte de sus infortunados compañeros. De la tapia, los cenadores y las grutas no se ven sino rastros: ladrillos diseminados, trozos de revoque y maderas carcomidas.

—¡Qué descuidado está todo esto! —comenta el ingeniero contemplando aquellos vestigios de pasados esplendores—. ¿Dónde vive ahora el barin?

—No era un barin, señor, sino un comerciante^[20]. Ahora ha puesto una fonda en la ciudad. Pasen, por favor.

Los clientes se agachan para penetrar en una casucha de ladrillos con tres ventanucos enrejados, semejantes a los de un calabozo. Al entrar perciben una oleada de aire húmedo, saturado de olor pútrido. La casa consta de una habitación cuadrada, dividida en dos por un tabique de madera. El ingeniero entorna los ojos y lee en la oscura pared una inscripción a lápiz: «*En esta morada de ultratumba llegó a la desesperación e intentó suicidarse el teniente Fildekosov*».

—Aquí no se puede estar cubierto, señor —dice Fiódorov al ingeniero.

—¿Por qué?

—Porque es el lugar donde enterraban a los señores de la casa. Si levantan

ustedes una tabla del suelo y miran al sótano, verán los ataúdes.

—¡Pues sí que tiene gracia! —se horroriza la enjuta señora—. Además de la mucha humedad, esto es para morir de miedo. ¡Yo no quiero vivir con cadáveres!

—Los cadáveres, señora, no hacen daño. No son golfos ni vagabundos los que están sepultados ahí, sino personas de la clase de ustedes, señores. El verano pasado vivió en esta misma casa un militar, el teniente Fildekosov, y quedó la mar de contento. Prometió volver este verano, aunque todavía no ha venido.

—¿Es cierto que trató de suicidarse? —inquirió el ingeniero, señalando la inscripción de la pared.

—¿Y cómo lo sabe usted? Efectivamente, es cierto, señor. Y no puede usted imaginarse por qué se armó todo el lío. El pobre hombre ignoraba que en el sótano estuvieran todos esos difuntos, que Dios tenga en su gloria. Bueno, pues una noche se le ocurrió esconder bajo el piso una botella de vodka; levantó una tabla, y al ver los ataúdes pareció volverse loco. Salió a la calle dando aullidos y asustó a todos los veraneantes. Después enfermó. Aunque le daba miedo vivir aquí, no tenía dinero para irse a otra parte. Por último, caballero, no pudo más y quiso matarse. Menos mal que yo le había cobrado cien rublos por el alquiler, que si no quizá se hubiera ido del pánico que le entró. Sin embargo, mientras estuvo en cama curándose, llegó a acostumbrarse... Y ya se sentía como si nada... Prometió volver, diciendo que le gustaban mucho estas aventuras. ¡Qué chusco!

—Bueno, mire, enséñenos usted otra dacha.

—Muy bien. Todavía queda una, pero es peor...

Kuzmá conduce a los tres forasteros hacia un lugar donde se ve el derrumbado edificio de un pajar. Tras él brilla un estanque rodeado de abrojos y negrean los barracones de la finca.

—¿Se permite pescar aquí? —pregunta el ingeniero.

—Todo lo que quiera... Con pagar cinco rublos por la temporada, tiene derecho a pescar, y que le sirva de provecho. Bueno, quiero decir en el río, porque si desea pescar carasinos en el estanque, debe abonar suplemento.

—Pescar no tiene importancia —observa la señora—. Podemos arreglarnos muy bien sin eso. Pero ¿qué me dice del aprovisionamiento? ¿Traen leche los campesinos de por aquí?

—Se les prohíbe el paso, señora. Los veraneantes están obligados a comprar sus comestibles en nuestra granja. Es la única condición que ponemos. Pero no crea que cobramos caro. Dos litros de leche, veinticinco kopeks; los huevos, como en todas partes, treinta kopeks la decena, y la mantequilla, medio rublo... También vendemos verduras y hortalizas...

—¡Ejem...! ¿Y hay setas para coger por estos alrededores?

—Si el verano es lluvioso, sí que las hay. Se pueden recoger. Paguen seis rublos por persona y ya pueden recoger no sólo setas, sino incluso bayas, durante toda la temporada. Desde luego. Para ir al bosque hay que atravesar un riachuelo. Si desean

vadearlo, lo vadean, y si no, pueden utilizar la pasarela. Sólo vale cinco kopeks el paso; cinco a la ida y cinco a la vuelta. Y si algún señor quiere cazar, nuestro amo no se opone: que cada cual tire a su antojo, pero que cada cual lleve el recibo de diez rublos que vale cazar toda la temporada. También da gusto bañarse. La orilla es limpia; el fondo, de arena; y la profundidad, la que se quiera: hasta la rodilla o hasta el cuello. A nadie se lo prohibimos. Por un baño cobramos cinco kopeks, y por la temporada entera, cuatro rublos cincuenta. ¡Pueden estarse metidos en el agua todo el día!

—¿Y cantan por aquí los ruiseñores? —pregunta la niña.

—Hasta hace poco cantaba uno, pero mi hijo lo atrapó y se lo vendió al fondista. Vengan por aquí.

Fiódorov les lleva a una vetusta barraca donde lo único nuevo son las ventanas. El interior está dividido en tres cuchitriles por frágiles tabiques. Cajones vacíos llenan dos de los tres cuartuchos.

—¡No, cómo vamos a vivir aquí! —protesta la esquelética señora, examinando con repugnancia las lúgubres paredes y los cajones—. Esto es un desván, no una casa de campo. No vale la pena ni mirar, George... De seguro que el techo se calará y el viento se pasará a sus anchas por aquí. Imposible.

—Pues otros viven —suspira Kuzmá—. Como suele decirse, a falta de pájaros hasta el ruido de una cacerola puede parecer un ruiseñor; y no habiendo dachas, este cobertizo puede hacer su papel. Si no lo alquilan ustedes, otros lo alquilarán, y no le faltarán inquilinos. A mi modo de ver, ésta es la casa que más les conviene, y creo que no debiera usted... hacerle caso a su esposa. No encontrarán nada mejor. Además, se la pondría en un precio bueno. Pedimos ciento cincuenta rublos, y yo se la dejaría tan sólo en ciento veinte.

—No, amigo, no nos conviene. Adiós, y perdone usted por la molestia.

—No hay de qué. Que ustedes sigan bien, señores.

Y, mientras acompaña con la vista a los tres, Kuzmá tose y añade:

—Bien podían sus mercedes dejarme una propina, que les he estado acompañando cerca de dos horas. Por medio rublo no iban a quedarse pobres.

COSAS DE DARGOMIZHSKI

(Кое-что об А. С. Даргомыжском)

Un buen amigo y admirador de Dargomizhski me refirió estos dos pequeños episodios de la vida del gran compositor.

* * *

Aleksandr Serguéievich Dargomizhski y el conde V. A. Sologub, autor de *El carruaje*, llegaron a Moscú y se alojaron en el domicilio del señor B***.

Una tarde, a la hora del crepúsculo, el conde se hallaba tendido en un sofá leyendo mientras que el compositor, de pie en medio de la habitación, parecía meditar.

—Oye, Aleksandr —dirigiose aquél a éste—. Hazme el favor de colocar la vela más cerca, porque no veo nada...

—Es una originalidad la que voy a hacer —dijo Dargomizhski cogiendo la palmatoria de la cómoda y colocándola en una mesita junto a Sologub—. Yo suelo poner velas a las imágenes, pero no a las caretas.

* * *

Hubo un tiempo en que a Dargomizhski, suspicaz y aprensivo, se le imaginó que la sección moscovita de la Sociedad Musical de Rusia, dirigida por N. G. Rubinstein, le tenía ojeriza. De ahí que procurase evitar todo encuentro con el director; y cuando coincidía con él en alguna parte, contestaba fría y secamente al supuesto adversario. Al notar en su viejo amigo semejante cambio, Rubinstein se hacía mil conjeturas y, por último, atribuyó la actitud de aquél a posibles intrigas.

—¿Qué puedo hacer yo? —se lamentaba en cierta ocasión conversando con B***—. Dargomizhski me ha vuelto la espalda con todas las consecuencias. Se muestra frío conmigo. Su mirada «huele a septiembre», elude encontrarme... ¿Qué le he hecho yo?, y ¿por qué está enfadado?

—Lo mejor será que te expliques con él —le aconsejó B***.

—¿Dónde y cómo voy a tener tal explicación, si huye de mí como del diablo?

—Aguarda, hombre, de eso me encargo yo. Le invitaré a venir a verme, y tú aprovechas la ocasión para presentarte también y para hablar con él... Te acercas y, ¿sabes?, de la manera más amistosa, le agarras del brazo y le dices: «Querido amigo, ¿a qué viene esa frialdad? Usted sabe muy bien lo mucho que le he apreciado siempre y admirado su talento...». Y todo por el estilo. Después, como colofón, le das un

abrazo y un beso... para demostrarle tu amistad... Ya verás cómo se dulcifica...

A Rubinstein le pareció magnífico todo el plan. Pero hemos de consignar que a Dargomizhski le reventaba que le besasen hombres^[21].

—Todavía que le bese a uno una mujer... —solía decir—. Pero un hombre... ¡Al diablo!

Así, pues, para sacar de sus casillas al compositor no había mejor medio que cualquier representante del sexo no bello se acercase y le diera un beso en la cara.

—¡Idiota! —rugía Dargomizhski limpiándose con la manga el lugar besado—
¡Imbécil! ¡Estúpido!

Organizóse el encuentro.

—¡Querido amigo! —se dirigió Rubinstein al compositor cogiéndole del brazo—. Dígame, por Dios, el motivo de su enojo contra mí. ¿Le he hecho algo malo? Por el contrario, siempre le he profesado el mayor afecto y sentido gran admiración por su talento...

Así diciendo, le abrazó y le dio un beso. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando Dargomizhski, en vez de dulcificarse, desprendiose del abrazo y escapó de la sala llamando imbéciles al director de la Sociedad y al señor B***, organizador del encuentro!

Posteriormente, hechas ya las paces, la broma fraguada por el señor B*** dio mucho que reír a Rubinstein y a Dargomizhski.

LA CARTERA

(Бумажник)

Tres cómicos de la legua: Smirnov, Popov y Balabaikin, iban una hermosa mañana ferrocarril adelante, andando por las traviesas, cuando se encontraron una cartera. Abriéronla y, para asombro y satisfacción de los tres, vieron que contenía veinte billetes de banco, seis bonos del segundo empréstito y un cheque de tres mil. Su primer impulso fue gritar: «¡Hurra!», y luego se sentaron en el terraplén llenos de júbilo.

—¿A cuánto cabemos? —dijo Smirnov mientras contaba el dinero—. ¡Madre mía! Nos tocan a cada uno cuatro mil cuatrocientos cuarenta y cinco rublos. ¡Hermanos, si es como para morirse del susto!

—Yo no estoy tan contento por mí como por vosotros, amigos queridos —dijo Balabaikin—. Ahora ya no pasaréis hambre ni andaréis descalzos. Me alegro por el arte... Ante todo, hermanos, me iré derecho para Moscú, y una vez allí, a casa de Ayé: «Hazme, amiguete, no un traje ni dos, sino un guardarropa entero». No quiero seguir pareciéndome a los *paysans*^[22]; me paso a los papeles de dandis y de lechuguinos. Me compraré una chistera y un sombrero hongo. Los elegantes usan chistera gris.

—Para celebrarlo no vendrían mal un bocado y un trago —observó el *jeune premier*^[23] Popov—. Llevamos tres días comiendo fiambres. Convendría alguna cosa de más fundamento, ¿eh?

—Pues sí que no nos caería mal, palomos míos —asintió Smirnov—. Teniendo, como tenemos, un capital, estamos muertos de hambre, tesoros de mi vida. Verás, simpatiquísimo Popov: tú, como el más joven y el más ligero, saca un rublo de la cartera y corre a traer provisiones, ángel bienhechor nuestro. Allí hay un pueblo. ¿Ves cómo blanquea la iglesia detrás de aquella loma? No habrá más de cinco kilómetros... ¿Lo ves? Es un pueblo grande, y allí encontrarás todo lo que necesitamos... Compra una botella de vodka, una libra de mortadela, dos panes y arenques. Aquí te esperamos, salado...

Popov cogió un rublo y se dispuso a emprender el camino. Smirnov, con lágrimas en los ojos, le abrazó, le besó tres veces, le hizo la señal de la cruz y le llamó palomo, ángel, «alma mía»... Balabaikin también le abrazó, jurándole amistad eterna; y sólo después de una serie de efusiones sentimentales y conmovedoras, Popov descendió del terraplén y encaminó sus pasos a la aldea, que negreaba a lo lejos.

«¡Qué felicidad! —iba pensando—. ¡No teníamos dónde caemos muertos, y de buenas a primeras, nos encontramos con un capital! Ahora me largo a Kostromá, formo una compañía y construyo allí un teatro. Aunque, a decir verdad, con cinco mil

rublos no se construye hoy ni una barraca. Otra cosa muy distinta sería si toda la cartera fuese mía... ¡Qué teatrero iba a montar! Un teatro de padre y muy señor mío. Bien vistas las cosas, ¿qué actores son Smirnov y Balabaikin? Medianías, cerdos con gorros, unos zoquetes... Tirarán el dinero en tonterías; yo, en cambio, lo emplearía en el servicio de la patria y me inmortalizaría... Pero esto tiene arreglo: echaré veneno al vodka, ellos morirán, y habrá un teatro en Kostromá como nunca lo ha habido en Rusia. Alguien dijo que el fin justifica los medios. Me parece que fue Mac Mahon. Y Mac Mahon era un gran hombre».

Mientras él razonaba así, sus compañeros sostenían la siguiente conversación:

—Nuestro amigo Popov es un buen chico —dijo Smirnov casi a punto de llorar—. Le tengo un afecto enorme, estimo su arte como no hay idea, diría que estoy enamorado de él; pero ¿sabes?, este dineral será su perdición... O se lo beberá o se meterá en algún *affaire* del que saldrá descalabrado. Es tan joven, que no le conviene tener dinero propio, amigo mío de mi alma...

—Cierto —aprobó Balabaikin—. ¿Qué necesidad de dinero tiene ese mozalbete? Tú y yo somos otra cosa: hombres casados, positivos en muchos sentidos... Para ti y para mí, un rublo de más o de menos significa algo...

Siguió una pausa.

—¿Sabes una cosa, hermano? —continuó Balabaikin—. No vamos a andarnos por las ramas ni con sentimentalismos. ¡Hay que matarlo! Entonces repartiremos a razón de ocho mil y pico de rublos por cabeza. Lo matamos, y en Moscú diremos que lo atropelló el tren... Yo también le tengo afecto, verdadera adoración, pero entiendo que los intereses del arte están por encima de todo. Además, tiene menos talento artístico que esta traviesa.

—¡Qué dices, qué dices! —sobresaltose Smirnov con un aspaviento— A un muchacho tan simpático, tan honrado... Aunque, por otra parte, hablando con franqueza, palomo mío, es un auténtico cerdo, un imbécil, un intrigante, un enredador, un aventurero... Verdaderamente, si lo matamos, él mismo nos lo agradecerá, querido mío... Y para desagravio suyo, publicaremos en los periódicos de Moscú una nota necrológica muy emotiva. A mi modo de ver, será un acto de compañerismo.

Dicho y hecho.

Cuando Popov regresó de la aldea con las provisiones, sus compañeros le abrazaron con lágrimas en los ojos, le besaron y durante un buen rato estuvieron asegurándole que era un magnífico artista. Pero acto seguido le atacaron súbitamente entre los dos, le dieron muerte y, para encubrir su delito, colocaron el cadáver en los raíles.

Después de repartirse el hallazgo. Smirnov y Balabaikin, conmovidos, prodigándose el uno al otro palabras de afecto, se sentaron a comer, seguros de que el crimen quedaría impune. Pero ya se sabe que la virtud triunfa y el vicio es castigado. El veneno que Popov echó en la botella de vodka era de los de efecto fulminante: no

tuvieron los compinches tiempo de tomarse la segunda copa cuando cayeron exánimes sobre las traviesas. Una hora más tarde, los cuervos se cernían por encima de ellos.

Moraleja: Si los cómicos hablan, con lágrimas en los ojos, de sus queridos compañeros, de la amistad y de la «solidaridad» recíproca, si os abrazan y os besan, tened cuidado.

LAS BOTAS

(Сапоги)

El afinador de pianos Murkin, hombre de rostro afeitado y amarillo, nariz de rapé y algodones en los oídos, salió de su habitación al pasillo y gritó con voz cascada:

—¡Simión! ¡Mozo!

Por su asustado aspecto podía pensarse que le había caído cascote encima o que acababa de ver un fantasma en su habitación.

—¡Simión, por Dios! —gritó de nuevo cuando vio aparecer al mozo de la casa de huéspedes que corría hacia él—. ¿Qué significa esto...? ¡Soy reumático, estoy delicado y me obligas a salir descalzo...! ¿Por qué no me has traído todavía las botas?

Simión entró en la habitación de Murkin, miró el sitio en que acostumbraba a dejar las botas limpias y se rascó la nuca: las botas no estaban allí.

—¿Dónde podrán estar las malditas...? Anoche las limpié y las puse ahí. ¡Hum...! ¡Hay que decir que estaba algo bebido...! ¡Puede que las llevara a otra habitación...! Justamente. Así fue. Afanasi Yégorich. ¡A otra habitación...! ¡Hay tantas botas, que cómo va uno a reconocerlas estando borracho, cuando no se reconoce uno ni a sí mismo...! Se las llevaría seguramente a la señora del cuarto de al lado. A la actriz...

—¡De manera que ahora, por culpa tuya, voy a tener que ir a molestar a esa señora...! ¡Por tontería semejante voy a tener que despertar a una mujer honesta...!

Suspirando y tosiendo, Murkin se acercó a la puerta de la habitación contigua y dio en ella unos leves golpecitos.

—¿Quién es? —oyose decir al cabo de un minuto a una voz femenina.

—Soy yo, señora —empezó a decir Murkin con voz quejumbrosa y adoptando la postura del caballero que habla con una dama del gran mundo—. ¡Perdone la molestia que le causo, señora, pero soy un hombre delicado..., reumático...! ¡Los médicos, señora, me recomiendan calor para los pies..., y tanto más lo necesito ahora que tengo que marcharme a afinar el piano de la generala Schevelitzina! ¡No puedo ir descalzo a su casa!

—Pero ¿qué es lo que necesita usted? ¿Qué piano es ése?

—¡Ningún piano, señora...! ¡Es algo referente a las botas...! ¡El ignorante de Simión limpió mis botas y las puso por error en su habitación...! ¡Sea tan amable, señora, que me dé mis botas!

Se oyó un roce de telas saltar de la cama y el chancleteo de unas zapatillas, tras lo cual se entreabrió un poco la puerta y una llena manecita femenina arrojó a los pies de Murkin un par de botas. El afinador dio las gracias y se encaminó a su habitación.

«¡Qué raro! —pensó, calzándose las botas— ¡Parece como si ésta no fuera del pie

derecho! ¡Si son las dos del izquierdo...! ¡Oye, Simión...! ¡Éstas no son mis botas...! Mis botas son de tirantes encamados y no tienen piezas, mientras que éstas son sin tirantes y están todas rotas...».

Simión levantó en el aire las botas, las hizo girar varias veces ante sus ojos y quedó cabizbajo.

—Son las botas de Pável Aleksándrich... —gruñó, mirando de soslayo (torcía el ojo izquierdo).

—¿Qué Pável Aleksándrich?

—El actor... Viene todos los martes. Seguramente en lugar de las tuyas se puso las de usted, y yo metería en esa habitación los dos pares: los de él y los suyos... ¡Qué cosas...!

—Pues vete, entonces, y cámbialas.

—¡Sí, sí...! ¡Vete y cámbialas! —sonrió Simión—. ¿Dónde voy a dar con él? ¡Hace una hora que se marchó...! ¡Busca una aguja en un pajar...!

—¿Dónde vive?

—¿Quién puede saberlo...? ¡Aquí viene todos los martes, pero no sabemos dónde vive! ¡Llega, pasa la noche, y así hasta el otro martes...!

—¡Es una cochina lo que has hecho...! Ya es hora de ir a casa de la generala Schevelitzina y tengo los pies fríos.

—¡Cambiar de botas no lleva tanto tiempo! Póngase éstas, llévelas durante el día, y por la noche vaya al teatro... Pregunte allí por el actor Blistanov... Si no quiere usted ir al teatro, tendrá que esperarse hasta el otro martes. Sólo viene aquí los martes.

—¿Pero por qué hay dos botas del pie izquierdo? —dijo, cogiendo éstas con aprensión.

—¡Hay que ponerse lo que Dios mande a uno! ¡Cuando se es pobre...! ¿De dónde va a sacar un actor...? «¡Vaya botas las que lleva usted, Pável Aleksándrich! —suelo decirle yo—. ¡Una vergüenza!». Y él me responde: «¡Calle tu boca y palidezca tu faz...! ¡Con esas botas he representado papeles de príncipes y condes...!». ¡Qué gente más rara! ¡La palabra lo dice...: «Artista...»! Si yo fuera alcalde o cualquier otra autoridad cogería a todos esos actores y ¡a la cárcel con ellos!

Entre quejidos y muecas de desagrado, Murkin se calzó las dos botas izquierdas, y cojeando un poco se dirigió a casa de la generala Schevelitzina. Pasó el día entero recorriendo la ciudad, afinando pianos, y el día entero le pareció que todo el mundo le miraba a los pies, veía las botas con piezas y los tacones torcidos. Además del sufrimiento moral hubo de padecerlo también físico. Se le formó un callo.

Por la noche fue al teatro. Representábase *Barba Azul*. Hasta poco antes del final del último acto y sólo gracias a la protección de un flautista conocido, no le dejaron pasar entre bastidores. Al entrar en el camarín de los caballeros, vio allí reunido a todo el personal masculino.

Unos cambiaban de traje, otros se maquillaban, otros fumaban. Barba Azul estaba

junto al rey Bobesch, al que mostraba una pistola.

—¡Cómprala! —decía Barba Azul—. Yo mismo la compré de ocasión en Kursk por ocho rublos y te la dejo en seis. Tira maravillosamente.

—¡Cuidado, que estará cargada!

—¿Puedo ver al señor Blistanov? —preguntó el afinador, que entraba en aquel momento.

—Yo soy —dijo volviéndose Barba Azul—. ¿Qué desea usted?

—Perdone la molestia, señor —empezó a decir el afinador con una voz suplicante—, pero créame..., soy delicado y reumático. Los médicos me recomendaron el calor para los pies...

—Pero..., en resumidas cuentas, ¿qué desea usted...?

—Vea, señor... —prosiguió el afinador dirigiéndole a Barba Azul. Es el caso que esta tarde se sirvió usted estar en la casa de huéspedes del comerciante Bujteev..., en el número sesenta y cuatro.

—¡Vamos...! ¿A qué vienen esos embustes? —sonrió el rey Bobesch. ¡En el sesenta y cuatro está mi mujer!

—¿Su mujer? —sonrió Murkin—. Mucho gusto saberlo. Pues entonces fue su mujer la que me entregó las botas de este señor —el afinador señaló a Blistanov—. Al ir a salir de la habitación, eché de menos mis zapatos, le pregunté al mozo de la casa de huéspedes y me dijo: «Puse sus botas, señor, en el cuarto de al lado». ¡Sin duda equivocadamente..., como estaba beodo..., dejó mis botas con las suyas en el número sesenta y cuatro...! —Murkin se volvió hacia Blistanov—, ¡Y usted, al marcharse de la habitación de la señora este caballero, se pondría las mías...!

—¿Qué es lo que pretende usted, vamos a ver? —dijo Blistanov frunciendo el entrecejo— ¿Con chismes viene usted aquí?

—¡Nada de eso, señor! ¡Dios me libre...! ¡No me ha comprendido usted bien! ¿De qué estoy hablando...? ¡De las botas...! ¿No se sirvió usted acaso estar anoche en el número sesenta y cuatro?

—¿Cuándo?

—Anoche, señor.

—¿Me vio usted?

—¡No, señor; yo no le vi! —contestó Murkin, presa de fuerte azaramiento, sentándose y quitándose las botas—. ¡No le vi, pero la señora de este señor me arrojó sus botas en lugar de las mías!

—¿Y con qué derecho, señor mío, afirma usted una cosa semejante? ¡No hablo por mí, pero está usted ofendiendo a una dama y además en presencia de su marido!

Entre bastidores se produjo un ruido terrible. El rey Bobesch, el marido agraviado, cuyo rostro se volvió de repente de un rojo escarlata, asestó a la mesa tan fuerte puñetazo que dos actrices se desvanecieron en el camarín inmediato.

—¿Y tú le crees...? ¿Crees a este canalla? —gritaba Barba Azul— ¡Oh...! ¿Quieres que le mate como a un perro...? ¿Lo quieres...? ¡Haré bistecs de él...! ¡Le

mataré!

Todos cuantos aquella noche paseaban por el jardín público, junto al teatro de verano, vieron cómo antes de empezar el cuarto acto, por la alameda principal que parte del teatro, volaba un hombre descalzo, de rostro amarillo y ojos espantados. Le perseguía otro hombre vestido de Barba Azul que llevaba una pistola en la mano. Lo que ocurrió luego, no lo supo nadie. Sólo llegó a saberse que Murkin, a partir de su conocimiento con Blistanov, permaneció dos semanas tumbado, enfermo, y que a las palabras: «¡Yo soy un hombre delicado y reumático!», añadía las de «¡Yo soy un hombre herido...!».

MI «ELLA»

(Моя «она»)

Ella, según afirman mis padres y jefes, nació antes que yo. No sé si dirán verdad; lo que sí sé es que no recuerdo un solo día de mi vida en que no le perteneciera íntegramente ni sintiera su influjo sobre mí. No me abandona de día ni de noche, y por mi parte tampoco hago el menor intento de huir de su lado. Se trata, por consiguiente, de un vínculo fuerte y sólido...

Sin embargo, no me tenga envidia, joven lectora. Estas conmovedoras relaciones no me acarrearán más que desgracias. En primer lugar, como «ella» no se aparta de mí jamás, no me permite dedicarme a nada. Me impide leer, escribir, pasear, gozar de la Naturaleza... Mientras escribo estas líneas, me empuja en el codo, y a cada instante me incita a irme al lecho, como la antigua Cleopatra al no menos antiguo Marco Antonio. Y en segundo lugar, me arruina como pudiera hacerlo una *cocotte* francesa. Por ella lo he sacrificado todo: la carrera, la fama, la comodidad. Por obra y gracia de «ella» voy mal vestido, vivo en un fonducho miserable, me alimento de cualquier manera y hasta escribo con tinta descolorida. ¡Todo lo devora «ella», ávida e insaciable! La odio, la desprecio... Debiera haberme separado hace tiempo, y si no lo he hecho no ha sido únicamente porque los abogados moscovitas cobran cuatro mil rublos por un divorcio...

Hasta ahora, nuestros amores no dan fruto. ¿Quieren ustedes conocer el nombre de «ella»? Pues ahí va. Es un nombre poético, parecido a Lucrecia, a Teresa y a otros por el estilo.

Se llama *Pereza*.

LOS NERVIOS

(Нервы)

El arquitecto Dmitri Osipovich Vaksin volvía a su casa de campo bajo la impresión reciente de una sesión de espiritismo en la que acababa de participar en la ciudad. Mientras se desvestía y se tumbaba en su lecho solitario (la señora Vaksin había partido para la fiesta de la Trinidad), empezó a recordar involuntariamente todo lo que había visto y oído. No había habido sesión, en el sentido estricto del término, pero toda la velada había transcurrido entre terribles conversaciones. Una señorita, sin venir a cuento, se puso a hablar de la adivinación de los pensamientos. De los pensamientos pasaron, sin darse cuenta, a los espíritus, de los espíritus a las apariciones y de las apariciones a los sepultados vivos... Cierta señorita leyó un relato escalofriante sobre un muerto que se había dado la vuelta en su ataúd. El propio Vaksin había pedido un platillo para demostrar a las señoritas cómo había que conversar con los espíritus. Había invocado, entre otros, a su tío Klavdi Mironovich y le había preguntado mentalmente: «¿No ha llegado el momento de que ponga la casa a nombre de mi mujer?». A lo que el tío le había respondido: «Todo lo que se hace a su debido tiempo está bien».

«Hay muchas cosas misteriosas y terribles... en la naturaleza... —reflexionaba Vaksin, cubriéndose con la manta—. Lo que aterra no son los muertos, sino lo desconocido...».

Los relojes dieron la una de la madrugada. Vaksin se volvió del otro lado y miró desde debajo de la manta la luz azul de la lamparilla. La llama temblaba y apenas alumbraba la urna de los iconos y el gran retrato del tío Klavdi Mironovich, colgado enfrente de la cama.

«¿Y si aparece en esta semioscuridad la sombra de mi tío? —se le pasó por la cabeza a Vaksin—. ¡No, es imposible!».

Las apariciones son hijas del prejuicio, fruto de cerebros inmaduros, pero, en cualquier caso, Vaksin se cubrió con la manta hasta la cabeza y cerró los ojos con mayor fuerza. Por su imaginación desfilaron el cadáver que se había dado la vuelta en el ataúd, la imagen de su difunta suegra, un colega que se había ahorcado, una joven ahogada... Vaksin trató de expulsar de su cabeza esos pensamientos sombríos, pero cuanto mayor energía ponía en ese intento, mayor claridad adquirían esas imágenes y pensamientos espantosos. Estaba aterrado.

«El diablo lo entiende... Me asustó como un muchacho... ¡Es estúpido!».

«Tic... tic... tic...», sonaba el reloj al otro lado de la pared. En la iglesia de la aldea, junto al cementerio, el guardián se puso a tocar la campana. Era un sonido lento, lúgubre, que helaba la sangre... Vaksin sintió escalofríos en la nuca y en la espalda. Tenía la impresión de que alguien respiraba con dificultad sobre su cabeza,

como si su tío hubiera salido del cuadro y se inclinara sobre su sobrino... Un terror insoportable se apoderó de él. Apretó los dientes de miedo y contuvo la respiración. Por último, cuando por la ventana abierta entró un abejorro y se puso a zumbear por encima de la cama, no pudo soportarlo más y tiró con desesperación de la campanilla.

—Dmitri Osipich, *was wollen Sie*^[24]? —se oye al cabo de un minuto la voz de la institutriz detrás de la puerta.

—¡Ah! ¿Es usted, Rosalía Kárlovna? —dice Vaksin con voz alegre—, ¿Por qué se molesta usted? Podría haber venido Gavrila...

—A Gavrila usted mismo le dio permiso para ir a la ciudad y, en cuanto a Glafira, se marchó esta tarde no sé adónde... No hay nadie en la casa... *Was wollen Sie dock*^[25]?

—Mi buena Rosalía, quería decirle... Eh... ¡Pero entre, no sea tímida! La habitación está a oscuras...

Rosalía Kárlovna, mujer gruesa y rubicunda, entró en el dormitorio y se quedó parada en medio de la pieza, en actitud expectante.

—Siéntese, querida... Se trata de lo siguiente... —«¿Qué podría pedirle?», pensó Vaksin, mirando de soslayo el retrato de su tío y sintiendo que poco a poco su alma se tranquilizaba— A decir verdad, lo que quería pedirle es lo siguiente... Mañana, cuando un criado vaya a la ciudad, no se olvide de decirle que... eh... que me compre papel para los cigarrillos... ¡Pero siéntese usted!

—¿Papel para los cigarrillos? ¡Muy bien! *Was wollen Sie noch*^[26]?

—*Ich will*^[27]... Yo no *will* nada, pero... ¡Siéntese! Todavía tengo que acordarme de otra cosa...

—No es conveniente que una doncella esté en la habitación de un hombre... Ya veo, Dmitri Ósipich, que es usted un poco travieso y pícaro... Me hago cargo... No se despierta a nadie por el papel de los cigarrillos... Ya entiendo...

Rosalía Kárlovna se dio media vuelta y salió. Vaksin, algo más sereno después de la conversación que había tenido con ella y avergonzado de su pusilanimidad, se cubrió la cabeza con la manta y cerró los ojos. Durante unos diez minutos se sintió más o menos bien, pero luego los mismos disparates de antes volvieron a ocupar su cabeza... Escupió, buscó a tientas las cerillas y, sin abrir los ojos, encendió la vela. Pero esa luz no le ayudó. A su imaginación asustada le parecía que alguien le vigilaba desde un rincón y que su tío guiñaba un ojo.

—Volveré a llamarla... ¡Que se la lleve al diablo! —decidió—. Le diré que me encuentro mal... Le pediré unas gotas.

Vaksin llamó, pero no recibió respuesta. Volvió a llamar y la campana del cementerio sonó a modo de réplica. Dominado por el miedo y con el cuerpo helado, salió a todo correr de la habitación y, santiguándose y censurándose por su cobardía, se dirigió a toda prisa, con los pies desnudos y en ropa interior, a la habitación de la institutriz.

—¡Rosalía Kárllovna! —dijo con voz temblorosa, llamando a la puerta—. ¡Rosalía Kárllovna! ¿Duerme... usted? Yo... eh... me encuentro mal... ¡Necesito unas gotas!

No obtuvo respuesta. A su alrededor todo era silencio...

—Se lo ruego... ¿Entiende? ¡Se lo ruego! No comprendo porque es usted... tan susceptible, sobre todo cuando una persona... está enferma. La verdad, qué mojigata es usted. A su edad...

—Se lo diré a su mujer... No deja usted en paz a una muchacha honesta... Cuando vivía en casa del barón Anzig y este quiso venir a mi habitación a buscar cerillas, comprendí... Enseguida me di cuenta de la clase de cerillas a las que se refería y se lo dije a la baronesa... Soy una muchacha honesta...

—¡Ah, qué diablos me importa a mí su honestidad! Me encuentro mal... y le pido unas gotas. ¿Lo entiende? ¡Estoy enfermo!

—Su esposa es una mujer buena y honrada, y usted debe quererla. ¡Ja! ¡Es una mujer respetable! ¡No quiero convertirme en su enemiga!

—¡Es usted tonta, eso es todo! ¿Lo entiende? ¡Tonta!

Vaksin se apoyó en una jamba, cruzó los brazos y esperó a que se le pasara el miedo. No tenía fuerzas para volver a su habitación, donde la lamparilla parpadeaba y su tío le miraba desde el marco, y quedarse junto a la puerta de la institutriz en paños menores resultaba embarazoso desde todos los puntos de vista, ¿Qué hacer? Dieron las dos, pero su miedo no menguaba ni disminuía. El pasillo estaba a oscuras y desde cada rincón le miraba una cosa oscura. Vaksin volvió la cara hacia la jamba, pero en ese momento le pareció que alguien le tiraba ligeramente de la camisa y le tocaba el hombro...

—¡Por todos los diablos... Rosalía Kárllovna!

Nadie le respondió. Vaksin abrió la puerta con indecisión y echó un vistazo. La virtuosa alemana dormía apaciblemente. Una pequeña lamparilla iluminaba los contornos de su cuerpo pesado y rebosante de salud. Vaksin entró en la habitación y se sentó en un baúl de mimbre que había junto a la puerta. Se sentía más tranquilo en presencia de un ser vivo, aunque estuviera dormido.

«Que duerma la alemanota... —pensó—. Me quedaré a su lado y, en cuanto se haga de día, me marcharé... En esta época amanece temprano».

Mientras esperaba la llegada del alba, Vaksin se acurrucó en el baúl, acomodó los brazos debajo de la cabeza y se puso a cavilar.

«¡Hay que ver lo que hacen los nervios! Soy un hombre sensato, reflexivo y sin embargo... ¡El diablo lo entiende! ¡Hasta me da vergüenza!».

Poco después, al escuchar la respiración serena y acompasada de Rosalía Kárllovna, se tranquilizó del todo...

A las seis de la mañana la mujer de Vaksin volvió de la fiesta de la Trinidad y, al no hallar a su marido en la habitación, se dirigió al cuarto de la institutriz en busca de unas monedas para pagar al cochero. Nada más entrar, se encontró con el siguiente

cuadro: en la cama, toda destapada por el calor, dormía Rosalía Kárllovna y apenas a unos metros, hecho un ovillo sobre el baúl, roncaba, con el sueño de los justos, su marido. Dejo a otros la tarea de referir lo que dijo la mujer y la cara de tonto que puso el marido cuando se despertó. Yo, por mi parte, me declaro vencido y rindo las armas.

LOS VERANEANTES

(Дачники)

Por el andén de cierto punto de veraneo, hacia arriba y hacia abajo, paseaba una parejita de recién casados. Él la sostenía por el talle; ella se ceñía contra él y ambos se sentían felices. La luna, por entre los jirones de nubes, les miraba frunciendo el entrecejo. Con seguridad sentía envidia y enojo por su aburrida y forzosa virginidad. El aire inmóvil estaba impregnado de olor a lilas y acacias. Al otro lado de la vía, lanzaba un pájaro agudos sonidos.

—¡Qué bien se está aquí, Sasha! —decía la recién casada— ¡Decididamente, podía pensarse que estábamos soñando! ¡Fíjate en el modo acogedor y cariñoso con que nos contempla ese pequeño bosque! ¡Mira qué simpáticos son estos sólidos y callados postes telegráficos...! Con su presencia, Sasha, dan vida al paisaje y nos hablan de que allá..., en alguna parte..., existen otras gentes..., hay una civilización... ¿Acaso no te gusta sentir cómo llega débilmente a tu oído el ruido de un tren que pasa?

—Sí; pero... ¡qué manos tan calientes tienes! Eso es que te agitas, Varia... ¿Qué tenemos hoy de cena?

—Tenemos okroschka^[28] y pollo. Es suficiente un pollo para los dos; y para ti he traído de la ciudad sardinas y pescado ahumado.

La luna, escondiéndose detrás de una nube, hizo un guiño, como si hubiera tomado rapé. Sin duda, el espectáculo de la humana felicidad le recordaba su propia soledad..., su lecho solitario tras los montes y los valles...

—¡Viene un tren! —dijo Varia—. ¡Qué gusto!

En la lejanía surgieron tres ojos de fuego, y el jefe del apeadero salió al andén. Sobre los rieles, de aquí para allá, corrieron las luces de los guardavías.

—Despediremos al tren y nos iremos a casa —dijo Sasha bostezando—. ¡Qué bien vivimos juntos, Varia; tan bien que uno mismo no se lo puede creer!

El oscuro monstruo se arrastró sin ruido hasta el andén y se detuvo. Por las ventanillas de los vagones, medio iluminados, se vieron desfilar rostros soñolientos, sombreros, hombros...

—¡Mira! —se oyó exclamar desde uno de los vagones—. ¡Es! ¡Varia! ¡Y su marido...! ¡Salieron a esperarnos! ¡Aquí están! ¡Várenka...! ¡Várenka...! ¡Eh!

Dos niñas saltaron del vagón y se colgaron del cuello de Varia. Tras ellas descendieron una señora gorda, de edad avanzada, y un caballero, alto y delgado, de patillas canosas. Después, dos colegiales cargados de equipaje; detrás, la institutriz, y, por último, la abuela.

—¡Aquí nos tienes! ¡Aquí nos tienes, amiguito! —empezó a decir el señor de las

patillas, estrechando la mano de Sasha—. Con seguridad lleváis mucho tiempo esperándonos. ¡Como si lo viera, estabas ya reprochando a tu tío el que no llegara! ¡Kolia...! ¡Kostia...! ¡Nina...! ¡Fifa...! ¡Hijos...! ¡Abrazad a vuestro primo Sasha...! Hemos venido toda la familia a veros y a pasar tres o cuatro días con vosotros. Espero que no os molestaremos... ¡Tú, haz el favor de no gastamos ceremonias!

Ante la llegada del tío y de toda su familia, el matrimonio quedó aterrado. Mientras el primero hablaba y repartía besos, pasó raudo el siguiente cuadro por la imaginación de Sasha: veíase a sí mismo y a su mujer ofreciendo a los invitados sus tres habitaciones, sus cojines, y sus mantas. Veía el pescado ahumado, las sardinas y el okroschka devorados en un segundo... A los primos, cortando las flores, vertiendo la tinta... A la tía, hablando solamente, el día entero, de sus enfermedades (su solitaria y su dolor de estómago) y de que por su nacimiento era baronesa Fintij... Sasha empezó a mirar con odio a su joven esposa y le murmuró al oído:

—¡Han venido a verte a ti! ¡Que se vayan al diablo!

—¡No...!, ¡a ti! —contestaba ella, mirándole a su vez con aborrecimiento y maligna expresión.

—¡No son mis parientes, sino los tuyos...! —y volviéndose hacia los huéspedes los invitó con la más amable de las sonrisas—. ¡Vengan, por favor...!

Por detrás de una nube asomó lentamente la luna. Parecía sonreír... Parecía agradecerle no tener parientes...

Sasha volvía la cabeza para ocultar a los invitados sus desesperados e irritado semblante; pero repetía, haciendo esfuerzos para dar a su voz acentos de alegría y benignidad:

—¡Vengan, por favor...! ¡Vengan, por favor..., queridos huéspedes!

POR LA ESCALA SOCIAL

(Вверх по лестнице)

El consejero provincial Dolbonosov, hallándose en Petersburgo en comisión de servicio, fue a parar, por pura casualidad, a una velada que ofrecía en su casa el príncipe Fingalov; y, para sorpresa suya, encontró allí al estudiante de derecho Schepotkin, que cinco o seis años antes daba clases particulares a sus hijos. No conociendo a nadie más, se acercó, aburrido, a Schepotkin.

—¿Cómo es que..., cómo ha venido usted a esta velada? —le preguntó llevándose la mano a la boca para disimular un bostezo.

—Lo mismo que usted...

—Bueno, eso será cosa de ver —enfadose Dolbonosov, mirando al joven por encima del hombro—. ¡Ejem...! ¿Qué tal..., qué tal le van las cosas?

—Regular... Me gradué en la Universidad y ahora soy delegado especial de Podokónnikov.

—¡Ahí...! Para empezar no está mal. Pero... Perdone la indiscreción: ¿qué representa ese cargo desde el punto de vista monetario?

—Ochocientos rublos.

—¡Bah! Con eso no hay ni para tabaco —murmuró Dolbonosov adoptando de nuevo un tono de protectora condescendencia.

—Desde luego, para vivir decentemente en Petersburgo no es bastante, pero, además, soy secretario de la administración del ferrocarril de Ugara-Deboshirskaya, y en este puesto gano mil quinientos rublos...

—¡Ah! En tal caso, naturalmente —le interrumpió Dolbonosov mientras su cara se iluminaba con una especie de resplandor—. A propósito, querido mío, ¿cómo conoció usted al dueño de esta casa?

—Muy sencillo —respondió, indiferente, Schepotkin—. Me presentaron a él en casa del secretario civil Lodkin...

—¿Usted... visita a Lodkin? —desorbitó los ojos Dolbonosov.

—Muy a menudo. Estoy casado con una sobrina suya...

—¿Con una sobrina? ¡Hem...! ¡Quién lo iba a decir! Pues yo ¿sabe usted?, siempre le deseé, siempre le predije... un porvenir brillantísimo, respetable Iván Petróvich...

—Piotr Ivánich.

—Eso es, Piotr Ivánich. ¿Sabe usted? Cuando le vi me dije: «Es una cara conocida». Al momento le reconocí, y pensé: «Tengo que invitarle a almorzar. No rechazará la invitación de un anciano». ¡Je, je, je! Hotel Europa, habitación treinta y tres. De la una a las seis...

EL TIMO

(ANÉCDOTA MUY ANTIGUA)

(Надул. Очень древний анекдот)

En Inglaterra, antiguamente, los criminales que habían sido condenados a muerte disfrutaban en vida del privilegio de vender sus cadáveres a anatomistas y fisiólogos. El dinero que recibían así se lo daban a sus familias o se lo bebían. Uno al que habían pillado en un terrible crimen llamó a un médico al que le vendió su persona por dos guineas después de mucho negociar. Sin embargo, nada más recibir el dinero se empezó a reír de golpe...

—¿De qué se ríe? —se sorprendió el médico.

—Me ha comprado como a alguien que debe ser colgado —dijo, riendo, el delincuente—, pero lo he timado. ¡Me van a quemar! ¡Ja, ja!

UN ZOQUETE ILUSTRADO

(ESTAMPA)

(Интеллигентное бревно. Сценка)

Arjip Eliséich Pomóiev, alférez de caballería retirado, se caló las gafas, frunció el entrecejo y leyó: «El juez de paz... del distrito... le cita y emplaza (etcétera, etcétera) para que comparezca en calidad de acusado en el juicio que se le sigue por malos tratos infligidos a Grigori Ylášov. El juez de paz, Shestikrílov,».

—¿De quién es esto? —inquirió Pomóiev levantando los ojos hacia el mensajero.

—Del señor juez de paz, Piotr Sergueich Shestikrílov...

—¡Ejem...! ¿De Piotr Sergueich? ¿Y para qué me cita?

—Pues debe de ser para un juicio. Ahí estará escrito...

Pomóiev volvió a leer la cédula de citación, miró extrañado al mensajero y alzó los hombros con un gesto de perplejidad.

—¡Pchs! En calidad de acusado... ¡Qué chusco es este Piotr Serguéich! Bueno, bueno, dile que está bien, pero que prepare un buen almuerzo... Dile que iré. Y saluda de mi parte a Natalia Yegórovna y a los niños.

Pomóiev firmó el acuse de recibo y se dirigió al cuarto de su cuñado, el teniente Nitkin, que había venido de permiso.

—Fíjate qué *cérula* me ha mandado Petka Shestikrílov —le dijo entregándole la citación—. Me llama para el jueves... ¿Quieres venir conmigo?

—Ten en cuenta que no te llama para almorzar —objetó Nitkin al leer el papel—. Te cita ajuicio como acusado. Es para juzgarte...

—¿Para juzgarme a mí? ¡Vamos, hombre! Aún no ha salido del cascarón... Le faltan alas... De fijo que es una broma.

—¡Eso quisieras tú! ¿O es que no te das cuenta? Pues lo dice muy claro: por malos tratos... ¿No le pegaste a Grishka? Pues ahora te toca ir al juicio.

—¡Qué gracia tienes! ¿Cómo puede procesarme siendo, como el otro que dice, amigos entrañables? ¿Cómo puede ser juez mío si hemos jugado juntos a las cartas, y hemos bebido y Dios sabe la de barrabasadas que habremos hecho? ¿Y qué juez es Petka^[29]? ¡Ja, ja, ja! ¡Petka juez! ¡Ja, ja, ja!

—Tú riéte, que como te meta en la cárcel con arreglo a la ley y no con arreglo a la amistad, ya veremos si te ríes.

—¡Te has vuelto loco, hermano! ¿Qué leyes ni qué ocho cuartos, si es el padrino de mi Vania? Vamos juntos el jueves, y ya verás que no hay leyes que valgan...

—Pues yo lo que te aconsejo es que no vayas para no ponerte en un compromiso

a ti y a él. Déjale que resuelva el asunto en ausencia tuya.

—¿Para qué? Voy a ver cómo me juzga... Será curioso Petka en plan de juez... A propósito, hace tiempo que no he ido a visitarle. Me da un poco de vergüenza...

El jueves, Pomóiev y Nitkin fueron a la Audiencia y hallaron a Shestikrílov en la presidencia de la sala, a punto de comenzar el juicio.

—¡Hola, Petka! —exclamó Pomóiev acercándose y dándole la mano—. ¿De manera que haciendo de juez? ¿Fabricando marrullerías? Anda, anda, sigue el juicio... Esperaré y veré qué tal se te da... Te presento al hermano de mi mujer. ¿Está bien la tuya?

—Si, gracias... Sentaos allí... entre el público.

Después de mascullar estas palabras, el juez enrojeció. Los jueces novatos suelen turbarse al ver conocidos en la sala; y cuando tienen que juzgar a un amigo dan una impresión de total desconcierto y quisieran que se los tragase la tierra. Pomóiev se retiró para sentarse con Nitkin en el primer banco.

—¡Qué tono se da el imbécil! —murmuró al oído del cuñado—. Está desconocido. ¡Ni una sonrisa! ¡Cadena de oro! ¡Fú, qué asco! Ya no se acuerda de cómo pintarrajeó con tinta a mi criada Agashka una vez que la encontró dormida en la cocina. ¡Lo que nos reímos! ¿Crees tú que un hombre así puede hacer de juez? Para este cargo se necesita una persona de rango, de gran solidez, que meta miedo... No que van y ponen a un cualquiera para que juzgue a los demás... ¡Je, je, je!

—Grigori Vlášov —llamó el juez—. Señor Pomóiev.

Pomóiev, sonriente, se acercó al estrado. De entre el público salió un mozo con una deteriorada levita de alto talle y un pantalón a rayas metido en las cañas de unas botas rojizas, y se colocó junto al alférez.

—Señor Pomóiev —comenzó el juez bajando los ojos—. Se le acusa de... de haber maltratado de palabra y de obra a su criado... a Grigori Vlasov. ¿Se confiesa culpable de tal delito?

—¡Qué duda cabe, hombre! Pero, oye, ¿hace mucho que te has vuelto tan serio? ¡Je, je, je!

—¿De manera que no reconoce su culpabilidad? —le interrumpió el juez completamente corrido—. Vlášov, explique cómo fueron los hechos.

—Pues muy sencillo. Sabrán ustedes que soy su criado... Algo así como ayuda de cámara. Un trabajo de presidiario, excelencia. El señor se levanta alrededor de las nueve, pero uno tiene que estar en pie apenas amanece. Dios sabe si querrá ponerse las botas, o los zapatos, o si va a pasarse el día en chancletas; pero uno tiene que limpiarlo todo: las botas, los zapatos y las chancletas... Bueno, pues verán: me llama una mañana para vestirse. Yo, naturalmente, acudí. Le puse la camisa, le puse el pantalón, le puse las botas... Todo como es debido. Y ya empezaba a ponerle el chaleco cuando va y me dice: «Grishka, dame el peine. Está en el bolsillo derecho de la chaqueta». Yo me fío a buscar en ese bolsillo, y el peine, como si se lo hubiera llevado el diablo. Busca que te busca, le dije: «Aquí no está el peine, Arjip Eliséich».

El señor puso cara de enfado, se llegó hasta la chaqueta y sacó de ella el peine, pero no del bolsillo derecho, sino del de arriba. «¿Y esto? ¿No es el peine?» —fue y me dijo—. Y, ¡zas!, me pasó por la nariz todas las púas. Después estuve echando sangre por la nariz un día entero. Ya ven ustedes cómo la tengo de hinchada. Puedo traer testigos. Todos lo vieron.

—¿Qué dice usted en su descargo? —se dirigió el juez a Pomóiev.

El acusado miró, interrogativamente, a Shestikrlov, luego a Grishka^[30], después otra vez al juez, y se puso como la grana.

—¿Cómo debo entender esto? —masculló—. ¿Es una burla?

—Nadie trata de burlarse de usted —replicó Grishka—. Todo lo he dicho con la conciencia tranquila. No tenga las manos tan largas.

—¡A callar, idiota, carroña! —vociferó Pomóiev golpeando el suelo con el bastón.

El juez se levantó de un salto, se quitó la cadena y salió de la sala presuroso, corriendo a su despacho.

—Se suspende la vista cinco minutos —anunció sobre la marcha.

Pomóiev le siguió.

—¿Qué quieres? —comenzó Shestikrlov, abriendo los brazos desalentado—. ¿Armarme un escándalo? ¿O te gusta que tus cocineras y tus criados te pongan como un trapo en sus declaraciones, pedazo de borrico? ¿Por qué has venido? ¿Crees que yo no podía resolver el asunto sin ti?

—¡Ahora resulta que la culpa es mía! —abrió también los brazos el alférez—. Ha sido él quien ha montado toda esta comedia, y luego se enfada conmigo... Manda meter en la cárcel a ese imbécil de Grishka, y se acabó el asunto.

—¿Meter en la cárcel a Grishka? ¡Puf! ¡Sigues siendo el mismo idiota de siempre! ¿Cómo quieres que meta en la cárcel a Grishka?

—Metiéndole simplemente. Porque, vamos, creo que no me vas a meter a mí.

—Los tiempos son muy otros que los que tú crees. ¡Le pegas a Grishka y quieres que lo detenga encima! ¡Admirable lógica! ¿Tienes aunque sólo sea una pequeña idea de la administración de la justicia en nuestros días?

—Nunca he sido ni procesado ni juez; pero ten por seguro que si a mí se me presenta ese Grishka para quejarse de ti, lo tiro escaleras abajo, de modo que no sólo se cuidará mucho de volver a hacer sus reclamaciones lacayunas, sino que hasta a sus nietos les recomendará que no se les ocurra presentar quejas. Di lisa y llanamente que quieres tomarme el pelo o darte importancia con tu cargo. Mi mujer no salía de su asombro cuando leyó el papel y cuando vio que habías mandado citaciones a todas las cocineras y a los gañanes. ¡No esperaba de ti semejante jugada! ¡Y es que no se pueden hacer esas cosas, Petia! Los amigos no se portan así.

—¡Pero hazte cargo de mi situación!

Y Shestikrlov se puso a explicar a Pomóiev lo delicado del caso.

—Espérame sentado aquí —terminó—. Ya me arreglaré yo sin tu presencia. ¡Por

Dios, no se te ocurra salir! Con esas ideas antediluvianas, eres capaz de soltar tales barbaridades, que será necesario levantar acta.

Shetikrílov volvió a la sala y reanudó la vista. Pomóiev, sentado en el despacho junto a una mesita, y leyendo, para matar el aburrimiento, las ejecutorias recién redactadas, oyó al juez persuadir a Grishka para que aceptase una conciliación. El demandante se resistió bastante tiempo; pero terminó accediendo, aunque exigió una indemnización de diez rublos.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Shetikrílov al entrar de nuevo en su despacho, una vez leída la sentencia— Menos mal que el asunto ha terminado así... Parece que me hubiera quitado de encima un fardo de mil puds. Con pagarle diez rublos a Grishka puedes estar tranquilo.

—¿Yo... a Grishka... diez rublos? —asombrose Pomóiev—. ¿Te has vuelto loco?

—Bueno, hombre, bueno, yo los pagaré por ti —dijo Shetikrílov con un ademán y un gesto de condescendencia—. Estaría dispuesto a dar hasta cien rublos con tal de quitarme líos de encima. ¡No quiera Dios que tenga que juzgar a más amigos o conocidos! Si te da por pegarle a alguien, hermano, vente aquí y me pegas a mí todas las veces que se te antoje. Es mil veces mejor y más sencillo. Vámonos a comer, que nos espera Natasha.

Al cabo de diez minutos los dos amigos se hallaban en casa del juez dando cuenta de un almuerzo a base de pescado frito.

—Muy bien —dijo Pomóiev al tomarse la tercera copa de vodka—. Le has concedido a Grishka una indemnización de diez rublos. ¿Se puede saber también cuánto tiempo de cárcel le has echado?

—Ninguno. ¿Con qué motivo lo iba a condenar?

—¿Cómo que con qué motivo? —Pomóiev abrió desmesuradamente los ojos, lleno de asombro—. ¡Para que no se le vuelva a ocurrir presentar reclamaciones! ¿Cómo se atreve a venir coa quejas contra mí?

El juez y Nitkin trataron de explicar a Pomóiev el asunto, pero el alférez siguió en sus trece.

—Digas lo que digas, Petka no sirve para juez —suspiró conversando con Nitkin mientras regresaban—. Es bueno, instruido, todo lo servicial que se quiera, pero ¡no sirve! No sabe ser un juez como es debido... Me da un poco de lástima, pero creo que tendremos que votar a otro para el trienio próximo. Habrá que quitarlo...

CUESTIÓN DE PECES

(UN TRATADO VISCOSO SOBRE UNA CUESTIÓN DE LÍQUIDOS)

(Рыбье дело. Густой трактат по жидкому вопросу)

Dedicamos nuestro editorial de hoy a los pobres veraneantes que poseen el hábito de sentarse ante el extremo de un palo, cuyo otro extremo tiene atado un hilo y un gusano... Les damos (¡como regalo, que conste!) todo un tratado con consejos para pescadores. Para otorgarle a nuestro trabajo mayor seriedad y erudición, los dividiremos cuidadosamente en apartados y puntos.

1) Los peces se pescan en los océanos, en los mares, en los lagos, en los estanques, y también en charcos y acequias de los alrededores de Moscú.

Nota.— Los peces más grandes se pescan en las pescaderías.

2) Se debe pescar lejos de las áreas pobladas, porque de lo contrario se arriesga uno a capturar por la pierna a una bañista o a escuchar una queja como: «¿Con qué derecho pesca usted aquí? ¿O tal vez quiere que le zarandeen del cuello?».

3) Antes de lanzar el anzuelo, hay que ponerle un cebo, el que cada uno guste en función del pez que quiera pescar... Se puede pescar sin cebo, porque ni con ésas se va a pescar nada.

Nota.— Las veraneantes más guapas que se ponen a pescar, sentadas en la orilla, con el único fin de atraer pretendientes, pueden pescar sin cebo. Las menos agraciadas, en cambio, deberán poner uno de cien o doscientos mil rublos por lo menos...

4) Sentado con la caña hay que procurar no agitar las manos, no mover las piernas, ni gritar pidiendo auxilio, porque a los peces no les gustan los ruidos. La pesca con caña no requiere de una aptitud especial: si el flotador no se mueve, es que el pez todavía no ha picado. Si se mueve, pues a celebrarlo, porque es que están probando el cebo. Si se hunde hasta el fondo, no se debe uno molestar en tirar, porque ni con ésas se sacará algo.

Damos por agotada (no queda nada en el fondo) esta parte del tratado. En la próxima ocasión explicaremos en detalle la cadente cuestión de las diferentes especies de peces que se pueden pescar en las fragorosas aguas turbias de Moscú.

En el pasado número de *El Despertador «de verano»* nos ocupamos, con una insuperable profundidad de pensamiento y una erudición «poco valoradas», de la cuestión de la pesca. Pasamos ahora a esa parte del tratado que se refiere a las especies de peces.

En los alrededores de Moscú se pescan las siguientes especies:

a) El *lucio*. Pez feo, poco sabroso, pero razonador, positivo, convencido de sus derechos de lucio. Traga todo cuanto se le pone por delante: peces, cangrejos, ranas, patos, críos... Cada lucio por separado come más peces que todos los clientes de la taberna de Yegor. Nunca se sacia y está siempre quejándose de lo mal que van sus negocios. Cuando le hacen notar su glotonería y le hablan de la pobre situación de los peces más pequeños, el lucio responde: «¡Sigue hablando así y acabarás en mi tripa!». Pero si esos reproches se los hacen los de mayor rango, el lucio dice: «Ay, padre, pero ¿quién no come pececillos? Es así desde el principio de los tiempos, los lucios tenemos que tener estar llenos». Si le asustan con publicarlo en los periódicos, dice: «¡Me da lo mismo!».

b) El *bagre*. Pez intelectual. Galante, grácil, apuesto y con una gran frente. Pertenece a muchas sociedades benéficas, lee a Nekrásov con erudición, critica a los lucios pero aun así come también pececillos con el mismo apetito. En cambio, el exterminio de las carpas y albures lo considera una amarga necesidad, una exigencia de la época... Cuando en las conversaciones íntimas le reprochan lo lejos que están sus palabras de sus actos, suspira y responde:

—¿Y qué se le puede hacer, hermano?! Las carpas no estaban preparadas para vivir seguras. Y, además, estarán ustedes de acuerdo, si dejásemos de comerlas, ¿qué otra cosa les podríamos ofrecer?

c) La *lota*. Pesada, lenta y flemática como la taquillera de un teatro. Es famosa por su enorme hígado, lo que hace suponer que bebe en abundancia. Vive bajo troncos sumergidos y come casi cualquier cosa. Rapaz por naturaleza, se conforma, en cambio, con carroña, gusanos o hierbas. «¿Cómo vamos a compararnos con los lucios y los bagres? Comemos lo que haya. Y con suerte». Cuando pica en el anzuelo, sale del agua como una vara, sin quejarse. Le da todo igual...

d) La *perca*. Bonito pez de dientes afilados. Rapaz. Los machos hacen de empresarios y las hembras dan conciertos.

e) El *gobio*. Individuo espabilado y ágil que cree estar protegido de los lucios y

los bagres por sus «dones» naturales, pero que, a la mínima, suele acabar mal.

f) El *carasio*. Se encuentra en el lodo, y duerme mientras espera a que un lucio se lo coma. Desde que es un niño tiene claro que como más bueno está es en fritura. Ya se sabe el refrán: «el lucio vive en el mar para que el carasio no se duerma». Y éste lo considera como positivo para el lucio.

—Tenemos que estar dispuestos a complacer al lucio día y noche. Sin sus favores...

g) La *acerina*. Asidua visitante de las cajas de crédito, de las peores diversiones de verano y de las recepciones. Suele servir en la línea entre Moscú y Kursk, envía sus agradecimientos a los lucios, y trabaja día y noche para que los bagres vistan con piel de castor.

h) El *rutilo*. Pequeño pececillo, medio enfermo, que siempre está vegetando como un sirviente o haciendo malas traducciones para bastas publicaciones. Los lucios y los bagres lo comen en abundancia. A las hembras las mantienen las lotas y las tencas.

i) La *tenca*. Pez remolón, baboso y lánguido, de uniforme verde y negro, que presta servicio hasta la jubilación. Aspira rapé por una de las fosas nasales, engaña a los carasios y sufre obstrucciones

j) La *carpa*. Se pesca con mosca. Mendiga.

k) La *brema*. Mantiene posadas en los caminos principales y se dedica a contratar. Hacer ver que no se alimenta de carne. Tras comerse un pececillo, rápidamente se limpia los labios para que los «señores» no lo noten.

LOS SIMULADORES

(Симулянты)

Un martes del mes de mayo, la generala Marfa Petrovna Pechónkina, o, como la llaman los campesinos, Pechónchija, que lleva diez años dedicándose a la homeopatía, recibe en su gabinete a los enfermos. Delante de ella, sobre la mesa, hay un botiquín lleno de productos homeopáticos, un manual y las facturas de la farmacia homeopática. De la pared cuelgan, encerradas en marcos dorados y bajo cristal, las cartas de un célebre homeópata petersburgués, que en opinión de Marfa Petrovna también es un gran médico, y el retrato del padre Aristarco, a quien debe su salvación: la abjuración de la nefasta alopátia y el conocimiento de la verdad. Los pacientes, campesinos en su mayoría, esperan en el vestíbulo. Todos, excepto dos o tres, van descalzos, pues la generala exige que se quiten las botas hediondas en el patio.

Marfa Petrovna ya ha recibido a diez personas y se dispone a atender al undécimo.

—¡Gavrila Gruzd!

La puerta se abre y, en lugar de Gavrila Gruzd, entra en el gabinete Zhamujrishin, vecino de la generala, propietario arruinado, viejecito menudo de ojos malignos, que lleva bajo el brazo una gorra de noble. Deja el bastón en un rincón, se acerca a la generala y, sin decir palabra, pone una rodilla en tierra.

—¡Qué hace usted! ¡Por favor, Kuzmá Kuzmich! —exclama espantada la generala, ruborizándose—. ¡Por el amor de Dios!

—¡No me levantaré mientras viva! —dice Zhamujrishin, apretando los labios contra la mano de ella— ¡Que todo el mundo vea cómo me arrodillo ante usted, ángel de la guardia, benefactora del género humano! ¡Que lo vea! ¡Ante el hada bienhechora que me ha concedido la vida, que me ha mostrado el camino de la verdad, que ha iluminado mi mente escéptica, estoy dispuesto no sólo a ponerme de rodillas, sino a arrojarme al fuego, curandera milagrosa, madre de huérfanos y viudas! ¡Me he curado! ¡He resucitado, hechicera!

—Yo... estoy muy contenta... —farfulla la generala, enrojeciendo de satisfacción—. Es tan agradable escucharle... ¡Siéntese, por favor! ¡El martes pasado estaba usted tan enfermo!

—¡Ya lo creo que lo estaba! ¡Hasta me espanta recordarlo! —dice Zhamujrishin, sentándose—. Tenía todos los miembros y órganos atacados por el reumatismo. Ocho años de tormentos, sin conoce el reposo... ¡Ni de día ni de noche, benefactora mía! ¡Consulté a médicos y profesores de Kazán, recurrí a toda suerte de barros, tomé las aguas, lo intenté todo! Lo único que conseguí aliviar fue la cartera, madre salvadora. Esos médicos no hicieron otra cosa que aumentar mis males. Hundían más en mi

cuerpo la enfermedad. La hundían, en lugar de expulsarla, pues su ciencia no alcanzaba para ello... Lo único que interesa a esos bandidos es el dinero, pero apenas se preocupan de servir a la humanidad. Te recetan cualquier filtro y tienes que bebértelo. En una palabra, son unos asesinos. ¡De no ser por usted, ángel mío, estaría ya en la tumba! Cuando volví a casa el otro martes, después de hablar con usted, miré los granitos que usted me dio y pensé: «¿Cómo va ayudarme esto? ¿Acaso estos gránulos, apenas visibles, pueden curar una enfermedad tan formidable y arraigada como la mía?». Así pensaba, hombre de poca fe, al tiempo que sonreía, pero nada más tomar un grano, fue como si nunca hubiera estado enfermo o el mal hubiera desaparecido como por ensalmo. Mi mujer me miraba con ojos como platos y no podía creerlo: «¿Eres tú, Kuza?». «Soy yo», respondí. Y los dos nos arrodillamos ante el icono y empezamos a rogar por nuestro ángel: «¡Envíale, Señor, toda la felicidad que nosotros sentimos!».

Zhamujrishin se enjuga los ojos con la manga, se levanta y hace intención de poner de nuevo una rodilla en tierra, pero la generala se lo impide y le obliga a tomar asiento.

—¡No me dé las gracias! —dice, roja de emoción, mirando con arrobó el retrato del padre Aristarco—. ¡No a mí! En este asunto yo no soy más que un instrumento dócil... ¡En realidad, se trata de un milagro! ¡Un reumatismo de ocho años curado con un solo granito de *scrofuloso*!

—Me dio usted tres. Tomé uno en la comida... ¡y el efecto fue inmediato! Otro por la tarde y el tercero al día siguiente. ¡Desde entonces, no siento el menor dolor! ¡Ni un solo pinchazo! ¡Y yo que me disponía ya a morir...! ¡Había escrito a mi hijo, que vive en Moscú, para que viniera! ¡El Señor le ha dado sabiduría, salvadora nuestra! Ahora hasta puedo andar y me siento como si estuviera en el Paraíso... El martes pasado, cuando vine a verla, cojeaba; ahora me veo capaz de perseguir una liebre... Podría vivir cien años. La única desdicha es nuestra pobreza. Estoy sano, pero ¿para qué quiero la salud si no tengo con qué vivir? La miseria pesa más que la enfermedad... Le expondré un caso a modo de ejemplo... Es el momento de sembrar la avena, pero ¿cómo hacerlo cuando no hay semillas? Habría que comprarlas, pero el dinero... Ya se sabe cómo andamos de dinero...

—Yo le daré avena, Kuzmá Kuzmich... ¡Siéntese, siéntese! Me ha dado usted una alegría tan grande, me ha procurado tanta satisfacción, que soy yo, no usted, quien debe mostrarse agradecida.

—¡Es usted nuestra alegría! ¡Que Dios haya creado tal dechado de virtud! ¡Regocíjese, amiga, ante el espectáculo de sus nobles acciones! En cuanto a nosotros, pecadores, no tenemos ningún motivo de regocijo... Somos seres insignificantes, cobardes, inútiles... una nulidad... De nobles sólo tenemos el nombre porque desde el punto de vista material estamos igual que esos campesinos o incluso peor... Vivimos en casas de piedra, pero eso no pasa de ser un espejismo, porque el tejado se hunde... No tenemos dinero para comprar tablas.

—Yo se las daré, Kuzmá Kuzmich.

Zhamujrishin le saca también una vaca, una carta de recomendación para su hija, que tiene intención de ingresar en un internado y... conmovido por las bondades de la generala e incapaz de contener su emoción, solloza, tuerce la boca y busca su pañuelo en el bolsillo... La generala ve salir del bolsillo, además del pañuelo, un papel rojo que cae al suelo sin hacer ruido.

—No la olvidaré por los siglos de los siglos... —balbucea—. Conminaré a mis hijos a que la recuerden y también a mis nietos...

De generación en generación... Ésta es, hijos, la que me salvó de la tumba, la que...

Tras despedirse de su paciente, la generala contempla durante un minuto, con ojos llorosos, el retrato del padre Aristarco; luego dirige una mirada llena de ternura y veneración al botiquín, al manual, a las facturas, al sillón en que hace un momento estaba sentado el hombre al que ha salvado de la muerte; de pronto sus ojos reparan en el papelito que ha dejado caer el paciente. La generala lo recoge, lo despliega y ve en su interior los tres granos que había entregado el martes pasado a Zhamujrishin.

—Son los mismos... —dice perpleja— Hasta el papel es el mismo... ¡Ni siquiera lo ha desenvuelto! Pero, entonces, ¿qué es lo que ha tomado? Qué raro... ¡No habrá tratado de engañarme!

Y, por primera vez en diez años de práctica, a la generala le asaltan las dudas... Llama a los enfermos siguientes y, mientras habla con ellos de sus males, repara en cosas que hasta entonces habían escapado a su atención. Los enfermos, desde el primero al último, como si se hubieran puesto de acuerdo, empiezan alabándola por la curación milagrosa, ponderando sus conocimientos médicos, insultando a los médicos alópatas; luego, una vez que ella está roja de emoción, pasan revista a sus necesidades. Uno pide una parcela de tierra de labor; otro, leña; un tercero, permiso para cazar en sus bosques. La mujer mira el orondo y bondadoso rostro del padre Aristarco, que le ha revelado la verdad, y una nueva verdad empieza a roerle el corazón. Una verdad maligna, penosa...

¡Qué astuto es el hombre!

LA LOTA

(Налим)

Es una mañana veraniega. El aire está silencioso.

Tan sólo a la orilla del río el saltamonte deja oír su leve chasquido, y en algún paraje lejano canturria tímidamente el *orlichka*^[31]. En el cielo, nubes inmóviles, ligeras como la pluma, semejan nieve derramada..., y junto a la *kupalnia*^[32], bajo las verdes ramas del sauce, el carpintero Gerásim, alto y escuálido *muzhik* de cabellos rojos y rizados y velludo rostro, revuelve en el agua. Entre fuertes bufidos, resoplidos y parpadeos, se esfuerza en atrapar algo bajo las raíces del sauce. Su rostro está cubierto de sudor. A una distancia de tres varas de Gerásim, y hundido en el agua hasta la garganta, se encuentra el carpintero Liubim, *muzhik* joven y jorobado de cara triangular y estrechos ojitos de chino. Ambos, Liubim y Gerásim, están vestidos con una camisa y con unos calzones. Ambos se han vuelto de un color azulado, pues ya hace más de una hora que están dentro del agua...

—¿Por qué la empujas siempre con la mano? —grita Liubim, el jorobado, temblando como preso de fiebre— ¡Cabeza de tonto..., sujétala...! ¡Sujétala, te digo, que se va a escapar la muy canalla...! ¡Te estoy diciendo que la sujetes!

—¡Si no se escapa...! ¿Adónde se va a escapar...? Se ha metido por debajo de la raíz —dice Gerásim con una voz de bajo ronca y sepulcral que no parece salirle de la garganta, sino del fondo de vientre—. ¡Es muy resbaladiza, la muy picarona...! ¡No tiene uno por donde agarrarla!

—¡Pues cógela por la aleta!

—¡Es que no se le ve la aleta...! Espera... ¡Ya la estoy agarrando por algo...! ¡La estoy agarrando por el labio! ¡Y muerde la muy picarona!

—¡No la saques tirándola del labio! ¡No tires, que se escapará...! ¡De la aleta! ¡Tírala de la aleta! ¡Otra vez la empujas con la mano! ¡No he visto un *muzhik* más idiota...! ¡Que la Virgen Santísima me perdone...! ¡Cógela!

—¡Cógela! —remeda Gerásim—. ¡Buen mandón nos ha salido contigo! ¡Anda y cógela tú, diablo de jorobado...! ¡Cógela...! ¿Por qué estás ahí parado?

—¡Yo la cogería si pudiera...! ¿Es que con mi talla voy a poder quedarme junto a la orilla...? ¡Allí está muy profundo!

—¡Nada de profundo...! ¡Con nadar un poco!

El jorobado agita los brazos, nada en dirección a Gerásim y se agarra a las ramas. Al primer intento de ponerse en pie se hunde cabeza abajo en el agua.

—¡Ya te dije que estaba muy profundo! —dice, girando con enfado los ojos—. ¿Acaso voy a tener que subirme a tu cuello?

—¡Súbete a una raíz...! ¡Hay muchas aquí...! ¡Parecen enteramente una escalera!

El jorobado busca con el talón una raíz, y asiéndose al mismo tiempo con ambas manos fuertemente a las ramas, sube a ella... Logrado el equilibrio y afianzándose en su nueva posición, se agacha, procurando que no le entre agua en la boca, y empieza a tantear entre las raíces con la mano derecha. Ésta, perdiéndose entre las hierbas acuáticas, resbalando sobre el musgo que cubre las raíces, tropieza con los tentáculos de un cangrejo.

—¡Sólo tú faltabas aquí, diablo! —dice Liubim arrojando con cólera el cangrejo a la orilla.

Por fin su mano palpa el brazo de Gerásim y, bajándola por él, llega a dar en algo resbaladizo y frío.

—¡Aquí está! —sonríe Liubim— ¡Una buena pieza...! ¡Anda... abre un poco los dedos, que yo enseguida..., por las aletas...! Espera... No me empujes con el codo... Enseguida... ¡Déjame tan sólo que la agarre...! ¡La maldita se ha ido a meter tan hondo en la raíz, que no se le puede agarrar por ninguna parte...! ¡No hay manera de llegarle a la cabeza! ¡Sólo se le oye la tripa...! ¡Tú...! ¡Mátame un mosquito en el cuello, que me está achicharrando...!

¡Ya va, enseguida...! Voy a ver si la puedo coger de las aletas... Tú empújala, de aquel lado... ¡Empújala...! ¡Empújala con el dedo!

El jorobado infla las mejillas, suspensa la respiración. Sus ojos desorbitados parecen indicar que está ya introduciendo los dedos bajo las aletas, pero en aquel momento las ramas a las que se sujeta con la mano izquierda se rompen, y perdiendo el equilibrio cae al agua. Como asustados, los círculos formados por el agua se alejan de la orilla y unas burbujas de aire aparecen en el sitio donde ha caído el jorobado. Este surge de nuevo, y entre resoplidos se agarra a las ramas.

—¡A ver si te ahogas y tengo yo que salir responsable de ti! —dice con voz ronca Gerásim—. ¡Vamos..., sal...! ¡Yo la sacaré!

Comienza un forcejeo. Entre tanto, el sol ha empezado a apretar más y más. Las sombras se acortan y esconden dentro de sí mismas, como los cuernos de un caracol..., y la alta hierba, recalentada por el sol exhala un olor denso, empalagoso y dulzón. Ya pronto será mediodía, y Gerásim y Liubim continúan afanándose bajo el sauce. La ronca voz de bajo y la friolenta y aguda de tenor interrumpen incesantemente la quietud del día veraniego.

—¡Sácala tirando de las aletas! ¡Sácala...! ¡Espera que yo la empuje! Pero ¡bueno...!, ¿para qué la das con el puño? ¡Tienes que empujarla con el dedo, no con el puño, carota...! ¡Apriétala por el lado...! ¡Cuidado con caerte...! ¡A lo mejor vas a servirle de cena al *leschi*^[33]! ¡Arrástrala del labio!

Se oye silbar un látigo... Por la suave pendiente de la orilla desciende perezosamente hacia el abrevadero el rebaño que conduce el pastor Efim, viejo decrepito de un solo ojo y boca torcida que camina con la cabeza baja y mirando al suelo. Las ovejas son las primeras que se acercan al agua, les siguen los caballos y, tras éstos, las vacas.

—¡Empújala desde abajo...! —óyese decir de repente a la voz de Liubim—. ¡Mete el dedo...! ¿Es que estás sordo, diablo? ¡Pfu!

—¿Qué les ocupa a ustedes, hermanitos? —les grita Efim.

—¡Una lota! ¡No podemos sacarla...! ¡Se metió debajo de una raíz...! ¡Apriétala por el lado! ¡Aprieta, aprieta!

Durante un minuto, Efim guiña su ojo sobre los pescadores; luego se quita los chanclos, descuelga de sus hombros un saquito y se despoja de la camisa. Santiguándose y manteniendo el equilibrio con los delgados y oscuros brazos, entra en el agua con los calzones puestos, que no ha tenido paciencia de quitarse. Hace unos cincuenta pasos sobre el fondo lodoso y se echa a nadar.

—¡Esperad, hijitos! —grita—. ¡Esperad! ¡No la saquéis! ¡Podríais soltarla! ¡Hay que saberlo hacer...!

Efim une sus fuerzas a las de los carpinteros, y los tres, empujándose los unos a los otros con los codos y las rodillas, resoplando y discutiendo, se revuelven en el mismo sitio... El jorobado Liubim se atraganta, y el aire se llena de su tos aguda y convulsiva.

—¿Dónde está el pastor? —grita alguien desde la orilla—. ¡Efim...! ¡Pastor...! ¿Dónde estás...? ¡El rebaño se ha metido en el jardín...! ¡Echalo fuera! ¡Échalo...! Pero ¿dónde está ese viejo bandido?

Se oye primero una voz masculina, luego otras femeninas. Detrás de la verja del jardín de los señores aparece el señor Andréi Andréich, vestido de una bata de tejido persa y llevando un periódico en la mano. Dirige una mirada interrogativa al lugar del río de donde proceden los gritos, y después a pasitos menudos, se encamina hacia la *kupalnia*.

—¿Qué pasa? ¿Quién grita? —pregunta severo al divisar por entre las ramas del sauce las mojadas cabezas de los tres pescadores—. ¿Qué estáis haciendo ahí?

—Es..., estamos cogiendo al pececito —balbuce Efim sin levantar la cabeza.

—¡Ya te haré yo ver a ti...! ¡Pececito...! ¡El rebaño en el jardín y tú ahí con que si un pececito...! ¿Y esa *kupalnia*? ¿Cuándo va a estar terminada? ¡Ya lleváis dos días con ella! ¿Y en qué se nota vuestro trabajo?

—¡Se hará, se hará...! —contesta Gerásim— ¡El verano es largo...! ¡Todavía tendrás tiempo, señoría, de lavarte...! ¡Es que no podemos hacer carrera de la lota...! ¡Se metió debajo de la raíz y está como en su madriguera! ¡Ni adentro ni afuera!

—¿Una lota? —pregunta el señor, cuyos ojos se cubren de un dulce brillo. ¡Sacadla corriendo!

—¿Nos darás cincuenta kopeks, eh...? Serás servido si... ¡Es una lota tan gorda como una comerciante...! ¡Las vale los cincuenta kopeks y las vale el trabajo...! ¡No la estrujes, Liubim! ¡No la estrujes, que la matas! ¡Empújala desde abajo! ¡Tira para arriba de la raíz, buen hombre! ¿Cómo te llamas...? ¡Para arriba..., no para abajo, diablo! ¡No mováis los pies!

Pasan cinco minutos, diez, y el señor pierde la paciencia.

—¡Vasili! —grita, volviéndose hacia la casa—. ¡Vaska...! ¡Llamad a Vasili!

El cochero Vasili acude corriendo. Viene masticando algo y respirando fatigosamente.

—¡Métete en el agua y ayúdales a sacar la lota...! ¡No la pueden sacar! —Vasili se desviste rápidamente y se mete en el agua.

—¡Ahora mismito...! —masculla—. ¿Dónde está la lota...? ¡Ahora mismito...! ¡Cosa de un instante...! ¡Más te valdría marcharte, Efim...! ¡Esto no es para ti! ¡No es asunto para un viejo...! ¿Dónde está la lota? ¡Ahora mismito...! ¡Ah, sí..., aquí está...! ¡Soltad las manos!

—¡Déjate de «soltad las manos»! ¡Eso ya sabemos hacerlo sin que lo digas tú! ¡Sácala, anda!

—Pero ¿es que acaso se la puede sacar así...? ¡Por donde hay que agarrarla es por la cabeza!

—¡Ya lo sabemos, tonto! ¿No ves que tiene la cabeza debajo de la raíz?

—¡No ladres, que vas a cobrar...! ¡Canalla!

—¡Estando el señor delante..., esas palabras! —balbuce Efim—. ¡No la sacaréis, hermanitos! ¡Se ha metido ahí con demasiada maña!

—¡Esperad! ¡Va enseguida! —dice el señor, que empieza apresuradamente a quitarse la ropa—. ¡Cuatro tontos ahí y no son capaces de sacar una lota!

Después de despojarse de sus ropas, Andréi Andréich espera un poco a que se le enfríe el sudor para meterse en el agua, pero tampoco su intervención resulta eficaz.

—¡Hay que cortar la raíz! —resuelve Liubim por último—, ¡Gerasim! ¡Vete a buscar el hacha! ¡Traed un hacha!

—¡Cuidado con los dedos! —dice luego el señor escuchando los golpes asestados a la raíz bajo el agua—. ¡Lárgate, Efim...! ¡Esperad...! ¡Yo seré el que saque la lota..., no vosotros!

La raíz está ya quebrantada, se la rompe un poquito más, y Andréi Andréich, con gran alboroto siente cómo sus dedos apresa; la lota por las aletas.

—¡Ya la tengo, hermanitos...! ¡Apartaos! ¡Esperad...! ¡Ya la saco...! La gran cabeza de la lota y todo su cuerpo, de una vara de largo, emerge a la superficie. La lota mueve pesadamente la cola y lucha por escaparse.

—¡Pocas bromas...! ¡Basta ya! ¡Ya te hemos cogido...! ¡Ajajá...! ¡Te hemos cogido!

En los rostros de todos se dibuja una sonrisa dulzarrona. Un minuto transcurre en silenciosa contemplación.

—¡Soberbia lota! —balbuce Efim rascándose los hombros—. ¡Ya tendrá las diez libras!

—Sí... —concede el señor—. ¡Cómo se le hincha el hígado...! ¡Parece que se lo están empujando desde dentro...! ¡Ah!

De repente la lota, de modo inesperado, alza la cola y los pescadores oyen el fuerte ruido de algo que choca con el agua. Las bocas se abren asombradas, pero...

¡tarde...! La lota es ya sólo un recuerdo.

MEMORIAS DE UN ILUSO

(Из воспоминаний идеалиста)

El 10 de mayo pedí unas vacaciones de veintiocho días y un anticipo de cien rublos y decidí «darme la gran vida», de modo que me quedara recuerdo para diez años.

¿Saben ustedes lo que significa «darse la gran vida» en la plena acepción de la frase? No se trata de irse a ver una opereta en el Teatro de Verano, cenar y volver a casa un poco alegre al amanecer; ni tampoco de visitar una exposición y después dirigirse al hipódromo para pasarse un rato hurgando el portamonedas ante los carteles de las apuestas. Si quieren ustedes vivir de verdad, cojan el tren y váyanse donde el aire está saturado de olor a lilas y a flores de cerezo silvestre, donde florecen a porfía los muguets y los nardos, acariciando la vista con su nivea blancura y con el fulgor de las gotas del rocío. ¡Allí, en la libre inmensidad, bajo la celeste bóveda, contemplando los verdes bosques y los rumorosos arroyuelos, rodeados de aves y de verdes insectos, comprenderán ustedes lo que es la vida! Añádanle a esto algunas citas con un sombrerito encantador, unos ojos de mirada furtiva y un delantalito blanco... Confieso que soñaba con todo ello cuando, con el permiso en el bolsillo y enternecido por la generosidad del cajero, me disponía a marcharme a la dacha.

Por consejo de un amigo, me dirigí a Sofía Pávlovna Kniaguina, que alquilaba en su casa de campo una habitación amueblada, en pensión completa. La operación realizase mucho más pronto de lo que yo creía. Al llegar a Perervá, y una vez que me dijeron dónde estaba la casa de Kniaguina, recuerdo que entré en la terraza y... me azaré. La terraza era cómoda, bonita, encantadora; pero más bonita todavía y (permítaseme la expresión) más cómoda era la señora joven y regordeta que, sentada a la mesa, tomando té, entornó los ojos y los dejó fijos en mi persona.

—¿Qué desea usted?

—Perdone, por favor... Yo... probablemente me he equivocado. Quería ir a casa de la señora Kniaguina...

—Servidora de usted. ¿Qué se le ofrece?

Yo me hice un mar de confusiones... Siempre me había figurado a las patronas, ya fuese en casas urbanas o en casas de campo entradas en años, reumáticas; oliendo a posos de café. En cambio, lo que se presentaba a mis ojos... —«¡salvadnos, oh sagrados querubines!», como dijo Hamlet—. Era una mujer maravillosa, soberbia, admirable y encantadora. Con lengua tartamuda, le expliqué el objeto de mi visita.

—¡Magnífico! Siéntese, por favor. Su amigo me ha escrito anunciándome su llegada. ¿Quiere un poco de té? ¿Lo prefiere con nata, o con limón?

Hay mujeres, sobre todo entre las rubias, con las cuales basta charlar dos o tres minutos para sentirse como en su casa o como si las conociera uno largos años. Así

era Sofía Pávlovna. Mientras me tomaba el primer vaso de té, supe que no era casada, que vivía de sus rentas y esperaba la visita de una tía. También conocí los motivos que la inducían a alquilar una habitación de su dacha. En primer lugar, pagar por ella sola un arriendo de ciento veinte rublos resultaba algo penoso; y en segunda tenía un poco de miedo: podía entrar un ladrón de noche o incluso un horrible *muzhik* de día. Y, claro, nada había de censurable en que alguna señora sola o un caballero respetable ocupase el cuarto del rincón.

—Un hombre es siempre preferible —suspiró la dueña, relamiendo la mermelada de la cucharilla—. Las preocupaciones son menores y la seguridad mayor...

Resumiendo, a la hora de conocernos, Sofía Pávlovna y yo éramos ya amigos.

—Bueno —recordé al despedirme aquel día—. Hemos hablado de todo menos de lo principal. ¿Cuánto me cobrará usted? Viviré aquí veintiocho días. Comida, té, etcétera.

—Bonito tema ha encontrado. Pague lo que pueda... No alquilo la habitación por afán de lucro, sino... para tener compañía... ¿Puede pagar veinticinco rublos?

Acepté, por supuesto, y comenzó mi vida de veraneante... Esta vida encierra el aliciente de que un día se parece a otro, y las noches también son iguales entre sí. Pero ¡qué encanto tiene esta uniformidad! ¡Qué días, qué noches! ¡Lector, estoy que salto de júbilo; permítame que le envíe un abrazo!

Por la mañana me despertaba y, sin acordarme para nada de la oficina, tomaba té con nata. A las once iba a dar los buenos días a la patrona y tomaba en su compañía café con jugosa crema, tras de lo cual nos pasábamos charlando hasta la hora de comer. A las dos almorzábamos. Pero ¡qué almuerzo! Figúrese usted que, con un hambre canina, se sienta a la mesa, agarra una buena copa de vodka y se la toma con un aperitivo de carne en salazón y de raíz fuerte. Luego imagínese una estupenda okroshka^[34] o una sopa de repollo con nata agria, etcétera, etcétera. Después de almorzar, una plácida siesta, la lectura de una novela y saltos a cada instante, ya que la patrona pasa sin cesar por delante de la puerta: «¡Acuéstese, acuéstese!». Terminada la siesta, el baño. Por la noche, hasta muy altas horas, un paseo con Sofía Pávlovna... Figúrese que, cuando todo el mundo duerme, excepto los ruiseñores y alguna garza que emite un graznido de tarde en tarde, y cuando el leve soplo de la brisa trae el apagado ruido de un tren lejano, usted va paseando por un soto o por la vía del ferrocarril con una rubia regordeta y coquetona, que se encoge a causa del fresco de la noche y se vuelve a menudo, mostrándole su carita bañada por la pálida luz de la luna... ¡Es una delicia!

Antes de una semana, lector, sucedió lo que espera usted que le diga hace un rato, y sin lo cual no se concibe una narración medianamente aceptable... No resistí... Sofía Pávlovna acogió mi declaración con indiferencia, casi con frialdad, como si estuviera desde hacía mucho tiempo segura de oírla. Limitose a hacer una graciosa mueca que parecía decir:

—No comprendo a qué vienen tantas explicaciones.

Los veintiocho días volaron con la velocidad de un segundo. Al terminármese las vacaciones, me despedí de la dacha y de Sonia triste e insatisfecho. Mientras yo hacía la maleta, mi patrona, sentada en el sofá, se enjugaba las lágrimas. Yo, a punto de llorar, la consolaba prometiéndole venir a la dacha todos los domingos y visitarla en Moscú durante el invierno.

—¡Ah! —le recordé—. ¿Cuándo hacemos cuentas, vida mía? ¿Cuánto te debo?

—Ya las haremos —respondió ella entre hipidos.

—¿Para qué demorarlo? La amistad como hermanos, y las cuentas como gitanos, según dice el refrán. Además, no me gustan; pensar que he vivido a costa tuya. Déjate de remilgos, Sonia. ¿Cuánto te debo?

—Nada, una insignificancia —pronunció sin dejar de sollozar y abriendo el cajón de una mesita—. Podías dejarlo para otra ocasión...

Rebuscó en el cajón, extrajo un papel y me lo tendió.

—¿Es la cuenta? —pregunté—. Magnífico... Magnífico... (Me calé las gafas). Te pagaré y quedaremos en paz...

Así diciendo, recorrí el papel con los ojos:

—Total... Oye, ¿qué significa esto? Total... Es imposible, Sonia: aquí veo un total de doscientos catorce rublos y cuarenta y cuatro kopeks. ¡Ésta no es mi cuenta!

—La tuya, Dudochka, la tuya. Fíjate bien.

—Pero ¿cómo sube a tanto? Por el arriendo de la habitación, veinticinco rublos. De acuerdo... Por el servicio, tres. Bueno, aceptémoslo también...

—No te entiendo, Dudochka —extrañose la patrona mirándome con ojos llorosos — ¿Es que no me crees? Pues haz la cuenta y verás. ¿No es cierto que has estado tomando vodka? Ya comprenderás que yo no podía ponerte vodka con la comida por el mismo precio. Crema para el té y el café, fresones, pepinos, cerezas... ¿Y el café? Ya recordarás que no entró en el contrato: y, sin embargo, lo has bebido todos los días. Pero en fin, son mezquindades, y estoy dispuesta a rebajarte doce rublos; así será cuenta redonda: doscientos.

—Pero es que... aquí figuran setenta y cinco rublos sin más explicación ni más nada. ¿Por qué son estos setenta y cinco rublos?

—¿Por qué? Pues sí que tienes tú gracia...

La miré a la cara; tenía una expresión tan sincera, de una extrañeza tan franca, que mi lengua enmudeció súbitamente. Le entregué cien rublos y una letra por otros tantos, me cargué a la espalda la maleta y corrí a la estación.

Caballeros, ¿hay quien me preste cien rublos?

EN LA FARMACIA

(В аптеке)

Era de noche. El maestro Yégor Alekséich Svoikin, para no perder tiempo, se encaminó directamente a la farmacia desde la consulta del médico.

«Diríase que va uno a casa de una querida de postín —pensaba mientras subía por la escalera, brillante y cubierta de ricas alfombras—. Da miedo pisar».

Al entrar en la farmacia percibió Svoikin ese olor tan peculiar de todas las boticas del mundo. La ciencia y los medicamentos cambian con los años, pero el olor farmacéutico es eterno, como la materia. Lo conocieron nuestros abuelos y lo conocerán nuestros nietos. En el interior no había nadie, por ser tan tarde. Tras un mostrador amarillo, brillante, cubierto de tarros con etiquetas, estaba un señor alto, de cabeza gravemente inclinada hacia atrás, rostro serio y cuidadas patillas. Con toda seguridad, debía ser el encargado. Comenzando por la calva y terminando por las largas uñas rosadas, todo en su figura era pulcro, impecable, como relamido; sólo le faltaba una corona. Sus ojos, entornados, miraban, de arriba abajo, un periódico que yacía sobre el mostrador. Estaba leyendo. A poca distancia, tras una rejilla de alambre, se hallaba el cajero contando perezosamente la calderilla. Al otro lado del mostrador, que separaba el laboratorio del lugar destinado al público, había dos figuras sombrías en la penumbra. Svoikin se acercó al mostrador y entregó la receta al recompuesto caballero. Éste, sin dignarse mirarle, recogió el papel, leyó hasta el punto más próximo en el periódico, y, haciendo un leve giro de cabeza hacia la derecha, murmuró:

—Calomeli grana dúo, sacchari albi grana quinqué, numera decem^[35]!

—¡Ja! —oyose en la trastienda una voz recia, de timbre metálico.

El encargado dictó una mixtura con la misma voz sorda y acompasada.

—¡Ja! —le respondieron desde otro rincón.

Después de hacer unas anotaciones sobre la receta, el farmacéutico frunció el ceño y, echando hacia atrás la cabeza, fijó los ojos en el periódico.

—Estará dentro de una hora —pronunció entre dientes, buscando con la vista el punto donde se detuviera.

—¿No podrían hacerlo un poco antes? —murmuró Svoikin—. Mire que no puedo esperar.

El farmacéutico no respondió. Svoikin dejase caer en un sofá, El cajero terminó de contar la calderilla, suspiró profundamente y produjo un chasquido con la llave. En la trastienda, una de las figuras sombrías se puso a trajar junto a un mortero de mármol. Otra figura dijo algo relacionado con un frasco azul. En alguna parte resonaba el acompasado tictac de un reloj.

Svoikin se encontraba enfermo. Le ardía la boca. Un dolor intenso le laceraba brazos y piernas, y en su cerebro embotado se movían imágenes nebulosas y figuras humanas desvaídas. Veía como a través de una gasa al farmacéutico, la estantería llena de botes, los mecheros de gas. El monótono machaqueo en el mortero de mármol y el lento tictac del reloj no parecían sonar fuera de su cabeza, sino dentro. La debilidad y la niebla cerebral fueron apoderándose de él más y más, hasta el punto de que, al poco rato, dándose cuenta de que aquel golpeteo le mareaba, decidió entablar conversación con el boticario para darse ánimos.

—Creo que comienza la fiebre —dijo—. El doctor no me ha dado un diagnóstico seguro, pero me encuentro muy débil... Y menos mal que he enfermado aquí, porque si me agarra semejante calamidad en la aldea, donde no hay médicos ni farmacias...

El boticario se mantuvo inmóvil, leyendo con la cabeza hacia atrás. No contestó con la palabra ni con el gesto. Creyérase que no había oído... El cajero bostezó ruidosamente y frotó una cerilla en su pantalón. Los golpes del mortero eran cada vez más estruendosos. Viendo que no le hacían caso, Svoikin alzó los ojos hacia los botes de los armarios y se puso a leer las etiquetas. Primero pasó revista a las más diversas raíces: genciana, pimpinela, tormentila, cedoaria y otras; después le llegó el turno a las tinturas, a los *oleums*, a las semillas, con nombres a cual más difícil y antediluviano.

«¡Cuánto lastre innecesario debe de haber aquí! —pensó Svoikin—. ¡Cuánta rutina encierran esos botes, que se mantienen ahí sólo por inercia, y al mismo tiempo, qué impresión más imponente!».

De las estanterías desvió la vista hacia un armario de cristal que se alzaba junto a él. Allí vio arandelas de caucho, bolitas, jeringuillas, tubos de pasta dentífrica, gotas Pierrot, gotas Adelheim, jabones cosméticos, pomada para el pelo...

Entró un mozalbete con un delantal sucio y pidió diez kopeks de bilis de buey.

—Dígame, por favor, ¿para qué se emplea la bilis de buey? —dirigióse el maestro al farmacéutico, contento de haber hallado un tema para conversar.

Como no obtuviera respuesta, Svoikin se puso a examinar la cara del boticario, rígida y con presunciones de sabio.

«¡Qué gente más rara! —dijo para sí—. ¿Por qué pondrán esas caras de científicos? Desuellan al prójimo, venden ungüentos para el cabello, y a primera vista parecen verdaderos sacerdotes de la ciencia. Escriben en latín, hablan en alemán... Se las dan de alquimistas del medievo... Cuando está uno sano, le pasan inadvertidas estas caras secas y acorchadas, pero con una enfermedad como la mía, da horror comprobar que una cosa tan sagrada haya caído en manos de este tipo insensible y frío».

Mientras contemplaba el rostro inmóvil del farmacéutico, Svoikin sintió el deseo de acostarse, pero siempre que fuese lejos de la luz, de aquella cara de sabio y del golpeteo del mortero.

Una fatiga angustiosa embargó todo su ser. Acercándose al mostrador y haciendo

una mueca implorante, suplicó:

—Haga el favor de despacharme pronto... Estoy... Estoy enfermo...

—Ahora, ahora... No se apoye sobre el mostrador.

El maestro volvió al sofá y, tratando de desterrar de su mente las figuras nebulosas, se quedó mirando cómo fumaba el cajero.

«No ha pasado más que media hora —pensó—. Queda otro tanto. ¡Es irresistible!».

Pero, por fin, un dependiente pequeño y moreno se acercó al encargado, colocando junto a él una cajita con polvos y un frasco con un líquido rosáceo. El farmacéutico leyó hasta el punto siguiente, apartose, pausado, del mostrador y, cogiendo el frasco, lo agitó ante sus ojos. Hecho esto, escribió una etiqueta, la adhirió al gollete del frasco y alargó la mano en busca del precinto.

«¿Para qué tanta ceremonia? —se dijo Svoikin—. Pérdida de tiempo y encarecimiento del producto».

Una vez que envolvió, ató y precintó la mixtura, el encargado hizo lo mismo con los polvos.

—Tenga —se lo entregó a Svoikin sin mirarle siquiera—. Pague en caja un rublo y seis kopeks.

El enfermo se metió la mano en el bolsillo, sacó un rublo y de pronto, recordó que no tenía más dinero que aquella moneda.

—¿Un rublo y seis kopeks? —murmuró confuso—. Pues no tengo los seis kopeks. Creí que con un rublo habría bastante... ¿Qué hacer?

—No lo sé —recalcó el boticario las palabras, recogiendo de nuevo el periódico.

—En tal caso, perdone... Mañana les traeré los seis kopeks o se los mandaré...

—Imposible... No fiamos...

—¿Y qué hago, entonces?

—Vaya a su casa, traiga los seis kopeks y podrá llevarse las medicinas.

—Sí, pero... es que apenas puedo mover las piernas, y no hay a quién mandar...

—Qué le voy a hacer... No es asunto de mi incumbencia.

—¡Jmm! —abrumóse el maestro—. Bien, iré a casa...

Svoikin salió a la calle y se dirigió a su domicilio. Hasta que llegó hubo de sentarse a descansar cuatro o cinco veces... Cuando entró, halló sobre la mesa unas cuantas monedas de cobre y se sentó en la cama fatigado. Una fuerza desconocida le empujaba la cabeza hacia la almohada. Se acostó pensando reposar un par de minutos. Las imágenes nebulosas y las figuras embozadas comenzaron a entorpecer su mente... Recordó durante un buen rato que necesitaba ir por las medicinas, y trató de levantarse, pero la enfermedad se impuso. Las monedas de cobre rodaron de su mano, y el desdichado maestro soñó que ya había ido a la botica y que estaba nuevamente hablando con el farmacéutico.

APELLIDO DE CABALLO

(Лошадиная фамилия)

Al general mayor retirado Buldéiev le dolían las muelas. Se enjuagó la boca con vodka y coñac, aplicó sobre la muela enferma ceniza de tabaco, opio, trementina, petróleo, se untó la mejilla con tintura de yodo, se puso algodón empapado en alcohol en las orejas, pero todas esas medidas se mostraron ineficaces o le dieron náuseas. Vino el médico. Escarbó en la muela y le recetó quinina, pero tampoco eso le alivió. A la propuesta de arrancar la muela enferma, el general respondió con una negativa. Todos los habitantes de la casa —su mujer, sus hijos, los criados, hasta el pinche Petka— le propusieron remedios diferentes. Entre otros, también el intendente de Buldéiev vino a verle y le aconsejó que recurriera a un conjuro.

—En nuestro distrito, excelencia —dijo—, hace unos diez años trabajaba un recaudador de impuestos llamado Yákov Vasílich. Para conjurar el dolor de muelas no había otro como él. Se volvía hacia la ventana, murmuraba unas palabras, escupía, y el mal desaparecía. Tenía un poder especial.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—Cuando le despidieron, se marchó a Sarátov, a casa de su suegra. Ahora se gana la vida con las muelas. Si a una persona le duele una muela, va a verle y él le cura... A los ciudadanos de Sarátov los recibe en su propia casa y a los que residen en otras localidades los trata por telégrafo. Envíele un despacho, excelencia, diciéndole algo así: «Al siervo del Señor, Alekséi, le duelen las muelas y solicita tratamiento». Y mande por correo el dinero de la cura.

—¡Bobadas! ¡Charlatanería!

—Haga la prueba, excelencia. Tiene debilidad por el vodka, no vive con su mujer sino con una alemana. Es un deslenguado, pero puede decirse que hace milagros.

—¡Envíale recado, Aliosha! —suplicó la generala—. Ya sé que no crees en conjuros, pero yo misma me he beneficiado de sus efectos. Aunque no tengas confianza, ¿qué pierdes por probar? No se te van a caer los anillos.

—Bueno, de acuerdo —convino Buldéiev—. Para acabar con este tormento estoy dispuesto a enviar un despacho no sólo a un recaudador de impuestos, sino al diablo en persona... ¡Ay! ¡No puedo más! Bueno, ¿dónde vive tu recaudador? ¿Cuáles son sus señas?

El general se sentó a la mesa y tomó una pluma.

—En Sarátov lo conocen hasta los perros —dijo el intendente— Sírvese escribir a la ciudad de Sarátov, excelencia... A su señoría Yákov Vasílich... Vasílich...

—¿Qué más?

—Vasílich... Yákov Vasílich... Y el apellido... ¡Pues se me ha olvidado...! Vasílich... Diablos... ¿Cuál era su apellido? Hace un momento, cuando venía para

aquí, me acordé... Permítame un momento...

Iván Yevseich levantó los ojos al techo y movió los labios. Bludéiev y la generala esperaban con impaciencia.

—¿Y bien? ¡Piensa más deprisa!

—Un momento... Vasílich... Yákov Vasílich... ¡Lo he olvidado! Es un apellido tan sencillo... Algo relacionado con los caballos... ¿Potrov? No, no es Potrov. Espere... ¿No será Yeguóvich? No, tampoco es Yeguóvich. Recuerdo que es un apellido de caballo, pero se me ha ido de la cabeza...

—¿Corcelóvich?

—Tampoco. Espere... Caballeróvich... Caballérov... Caballerinski...

—A lo mejor es un apellido de perro y no de caballo. ¿Garañónov?

—No, tampoco es Garañónov... Caballinski... Corcelinski... Potrinski... ¡No, no es ninguno de éstos!

—Entonces, ¿cómo voy a escribirle? ¡Piensa!

—Un momento. Caballónov... Potrónov... Trotónov...

—¿Trotonóvich? —preguntó la generala.

—No. Rocinóvich... ¡No, no es eso! ¡Lo he olvidado!

—¿Para qué diablos vienes con consejos si se te ha olvidado el nombre? —se enfadó el general—. ¡Largo de aquí!

Iván Yevseich salió lentamente, mientras el general, con la mano en la mejilla, se puso a recorrer las habitaciones.

—¡Ay, santos del cielo! —se lamentaba—. ¡Ay, santas benditas! ¡No veo la luz del día!

El intendente salió al jardín y, levantando los ojos al cielo, trató de recordar el apellido del recaudador.

—Corcelonski... Cocolónov... Corcelov... ¡No, no es eso! Caballonovski... Caballósov... Yegüinski... Garañinski...

Al cabo de un rato los señores le hicieron llamar.

—¿Te has acordado? —preguntó el general.

—No, excelencia.

—¿Tal vez Rocinski? ¿Caballúnov? ¿No?

Todos en la casa, a cual mejor, se pusieron a inventar apellidos. Pasaron revista a todas las edades, sexos y razas de caballos, sin olvidar las palabras *crin*, *pezuña* y *arnés*... En la casa, en el jardín, en las dependencias de los criados y en la cocina las personas iban de un lado para otro y, rascándose la frente, buscaban el apellido...

A cada momento se solicitaba la presencia del intendente en la casa.

—¿Yegvadóvich? —le preguntaban—, ¿Pezuñónov? ¿Potronóvich?

—No —respondía Iván Yevseich y, levantando los ojos al cielo, seguía pensando en voz alta—, Caballenko... Caballenkóvich... Potrenko... Corcelenko...

—¡Papá! —gritaban desde el cuarto de los niños—. ¡Calesóvich! ¡Riendanenko!

En toda la hacienda reinaba la mayor agitación. El general, impaciente y

consumido por el dolor, prometió dar cinco rublos a quien recordara el apellido y al intendente empezó a seguirle un verdadero enjambre de personas...

—¡Alazánov! —le decían—. ¡Trotónov! ¡Jamelgóvich!

Pero cayó la tarde y seguían sin dar con el apellido. Así que se fueron a dormir sin haber enviado el telegrama.

El general no pegó ojo en toda la noche, iba de un extremo al otro de la habitación y gemía... Poco después de las dos de la madrugada salió de la casa y llamó a la ventana del intendente.

—¿No será Castradóvich? —preguntó con voz llorosa.

—No, no es Castradóvich, excelencia —respondió Iván Yevseich suspirando con aire culpable.

—Tal vez no sea un apellido de caballo, sino de algún otro animal.

—Le aseguro, excelencia, que es un apellido de caballo... Lo recuerdo perfectamente.

—Vaya memoria que tienes, hermano... En estos momentos ese apellido tiene más valor para mí que cualquier otra cosa en el mundo. ¡No puedo más!

Por la mañana el general mandó llamar de nuevo al médico.

—¡Que me la arranque! —decidió—. No puedo soportarlo más...

Llegó el médico y arrancó la muela enferma. El dolor desapareció en el acto y el general recobró la calma. Tras cumplir con su cometido y recibir la cantidad estipulada, el médico se sentó en su coche y se marchó. Una vez atravesada la cancela, ya en pleno campo, se encontró con Iván Yevseich... El intendente estaba al borde del camino, miraba el suelo con aire concentrado y pensaba en alguna cosa. A juzgar por los pliegues que surcaban su frente y por la expresión de sus ojos, esos pensamientos eran fuente de tensión y de tormento...

—Bayonóvich... Arnesónov... —farfullaba—. Riendanóvich... Jamelgónov...

—¡Iván Yevseich! —le dijo el médico—. ¿No querría venderme cinco cuartas de avena, amigo? Se la compro a los campesinos de la aldea, pero es muy mala...

Iván Yevseich miró con aire estúpido al médico, esbozó una sonrisa extraña y, sin responder palabra, batió palmas y echó a correr en dirección a la hacienda con tanta prisa como si le estuviera persiguiendo un perro rabioso.

—¡Lo he encontrado, excelencia! —gritó alegremente, con la voz alterada, entrando como un torbellino en el gabinete del general—. ¡Lo he encontrado, que Dios conceda salud al médico! ¡Avénov! ¡El apellido del recaudador es Avénov! ¡Avénov, excelencia! ¡Mande el telegrama a Avénov!

—¡Toma, para ti! —exclamó el general con desprecio, haciendo la higa ante sus mismas narices—. ¡Ya no necesito tu apellido de caballo! ¡Toma, para ti!

COSAS DEL SINO

(He судьба!)

Poco después de las nueve de la mañana, los terratenientes Gadlukin y Shilovóstov se dirigían a la ciudad para tomar parte en las elecciones de juez de paz. A todo lo largo del camino verdeaba la vegetación. En los viejos abedules plantados a derecha e izquierda cuchicheaban las tiernas hojas. A ambos lados se extendían hermosas praderas donde cantaban las codornices, las aves frías y las chochas. Sobre la línea azul del lejano horizonte destacaban las blancas iglesias y las casas señoriales, de verdes techos.

—Es para traer aquí al guía de la Nobleza Provincial y meterlo de nariz en estos ríos —gruñó Gadiukin, un barin gordo, canoso, tocado con un sucio sombrero de paja, y con la abigarrada corbata suelta, en el momento en que el coche, sacudiendo a sus ocupantes y rechinando con todas las articulaciones, bordeaba un puentecillo semiderrengado—. Los puentes de esta comarca se construyen para que todo el mundo pase por fuera de ellos. Ya lo dijo con muy buen sentido, en la pasada asamblea provincial, el conde de Dublevé: nuestros puentes han sido contruidos para probar la inteligencia de los viajeros. El que los bordea demuestra ser listo; en cambio, el que trata de pasar por encima y, naturalmente, se rompe la crisma, es un imbécil. Y de todo tiene la culpa el presidente de la Diputación. ¡Si tuviéramos un presidente que no fuese un borracho, ni un dormilón, ni un papanatas, no habría puentes como éstos! Necesitamos un hombre entendido, enérgico, de colmillo retorcido, como, por ejemplo, tú... ¡Mira que la ocurrencia de presentarte candidato a juez de paz! ¡Para presidente de la Diputación debieras presentarte!

—Aguarda un poco, hombre; hoy saldré derrotado en las elecciones de juez y tendré que presentarme a las de presidente —respondió modestamente Shilovóstov, un señor alto y pelirrojo, cubierto con flamante gorra del uniforme de la nobleza.

—No te derrotarán —bostezó Gadiukin—. Hacen falta personas ilustradas, y en toda la comarca no hay más que una con instrucción universitaria: ¡tú! ¿Quién más indicado para el cargo? Por eso lo hemos acordado así... Pero te equivocas presentándote para juez. Harías mejor papel de presidente...

—Da igual, amigo. Dos mil cuatrocientos rublos gana el juez y dos mil cuatrocientos el presidente. Pero el primero se pasa la vida en su casa mientras que el segundo anda aperreado por esos caminos de Dios moliéndose los riñones con las sacudidas del coche... El cargo de juez es mucho más descansado y, además...

Shilovóstov no terminó la frase. Removiéndose inquieto en el asiento, clavó la vista en la carretera, enrojeció, escupió con rabia y se apretó contra el respaldo.

—¡Me lo figuraba! ¡El corazón me lo decía! —refunfuñó quitándose la gorra y enjugándose el sudor de la frente—. ¡Esta vez tampoco me eligen!

—¿Por qué? ¿Pasa algo?

—¿Pues no ves al padre Anisim, que viene en dirección contraria? No falla. Si te tropiezas con una figura como ésa, ya puedes volverte, porque estás perdido. Si lo sabré yo... ¡Mitka, da la vuelta! ¡Señor de los cielos! ¡Salí temprano expresamente para no toparme con ese jesuita, pero ha debido de olérselo! Con el olfato que tiene...

—¡Déjate de tonterías, hombre! Son figuraciones tuyas.

—¿Figuraciones? Encontrarse a un cura en el camino es mala señal, y ese sale a mi encuentro cada vez que voy de elecciones. Parece mentira que, con lo viejo que es, y teniendo un pie en el hoyo, pues apenas respira ya, sea tan remalo, que Dios nos libre de él. No en vano lleva veinte años inhabilitado. ¿Y sabes por qué me tiene esa fila? Por mis ideas. No le gusta mi modo de pensar. Una vez, ¿sabes?, estábamos en casa de Uliev. Después del almuerzo, un poco bebido, naturalmente, me senté al piano y, sin segunda intención, me puse a cantar *El licor de hierbas* y *Cantemos a coro ante el pueblo honrado*. El padre Onísim, que lo oyó, va y dice: «Un juez no puede pensar así respecto a las jerarquías. ¡No permitiré que le elijan!». Y desde entonces me sale al camino siempre que voy a las elecciones... Me he peleado con él y he probado a ir por otra carretera, pero ¡que si quieres! Parece oler cuando salgo. Y ahora, ya se sabe, hay que volver grupas. Mi fracaso está asegurado. No falla. Las veces anteriores, ¿por qué no me eligieron? Por obra y gracia suya.

—Pero, hombre, ¡qué bobadas! ¡Una persona salida de la Universidad creer en todas esas supersticiones de viejas!

—No creo en las supersticiones, pero hay dos señales ciertas: si empiezo cualquier cosa en día trece o si me encuentro con ese pope, todo termina mal. Serán prejuicios, tonterías, cosas poco dignas de crédito, pero... dime por qué sucede siempre así. ¡No podrás explicármelo! Yo creo que no debemos ser supersticiosos, pero, por si acaso, no está de más tener en cuenta las señales. Regresamos a nuestras casas. Descuida, que no nos elegirán ni a ti ni a mí, hermano; y, por otra parte, a lo mejor se nos rompe un eje o nos despluman jugando...

En esto se cruzó con ellos una telega campesina en la que iba un pope minúsculo y enclenque, de ancho sombrero, verdusco por lo viejo, y pobre sotana. Al pasar junto a los dos amigos, el cura se descubrió y les hizo una reverencia.

—¡Ésta es una jugada indigna, padre! —le reprochó Shilojvóstov con un ademán de reconvención—. Semejantes pillerías no son propias de su ministerio. ¡No, señor! Sepa que tendrá que responder de ellas el día del juicio. ¡Volvámonos! —dirigióse a Gadiukin—. Seguir es perder el tiempo...

Pero Gadiukin no accedió.

Aquella misma tarde, los dos amigos regresaban purpúreos y sombríos como una puesta de sol antes de una tormenta.

—¿No te decía yo que debíamos volvemos? —gruñó Shilojvóstov—. ¡Bien que te lo dije! ¿Por qué no me hiciste caso? Eso para que te rías de las supersticiones. Ahora

ya creerás en ellas. No sólo me han derrotado, los malditos canallas, sino que hasta se han reído de mí, gritándome que tengo una taberna dentro de mi finca. ¡Sí, la tengo! ¿Y qué le importa a nadie? ¡La tengo!

—No te apures, hombre; dentro de un mes te presentas para presidente —trató de calmarle Gadiukin—. Lo han hecho a propósito, para poder sacarte presidente...

—¡Cuentos! Mucho tratar de consolarme, y luego eres el primero en echar papeletas negras, pedazo de víbora. Hoy no había ni una blanca; quiere decirse que tú también votaste en negro, amigo entrañable... *Merci*.

Un mes después, los dos amigos iban por el mismo camino a las elecciones de presidente de la Diputación, pero esta vez no salieron pasadas las nueve de la mañana, sino poco después de las seis. Shilojvóstov, inquieto en el asiento de la *brichka*^[36], miraba temeroso a la carretera.

—El pope no esperará que hayamos salido tan temprano —dijo—. Pero hay que darse prisa... El diablo sabrá si no tiene espías, que todo puede ser. ¡Arrea, Mitka, arrea de firme!

Y dirigiéndose a Gadiukin, continuó:

—Ayer, hermano, le mandé al padre Onísim dos sacos de avena y una libra de té... Pensaba ablandarle con estas dádivas, pero él cogió los regalos y le dijo a Fiódor: «Saluda de mi parte al barin y dale las gracias por la limosna que me envía, pero dile que soy insobornable. No ya con avena, sino ni siquiera con oro conseguiré hacerme cambiar de ideas». ¿Qué te parece? Te pones en camino y te encuentras con el diablo... ¡Arrea, Mitka!

El coche entró en la aldea donde vivía el padre Onisim. Al pasar junto a su casa, los dos amigos miraron hacia el portalón del patio. El pope, atareado, estaba tratando de enganchar el caballo en la telega. Mientras con una mano se ataba el cinturón, con la otra y con los dientes le ponía la retranca a la bestia.

—¡Has llegado tarde! —se echó a reír Shilojvóstov—. Tus espías te han avisado, pero no a tiempo, ¡ja, ja, ja! ¡Te fastidias, insobornable! ¡Ja, ja, ja!

Cuando la *brichka* salió de la aldea, Shilojvóstov, sintiéndose fuera de peligro, no cabía en sí de gozo.

—¡Yo no consentiré estos puentes, hermano! —comenzó a echar bravatas el futuro presidente, guiñando un ojo—, A todos los contratistas les meteré en vereda. Las escuelas tampoco serán como las de ahora. Apenas me entere de que un maestro es borracho o socialista, ¡a la calle!, ¡y que no queden de él ni rastros! Cuando yo sea presidente, hermano, los médicos rurales no se atreverán a llevar camisas rojas. Yo, hermano... Tú, hermano... ¡Arrea, Mitka, no sea que nos encontremos otro cura! Bueno, parece que hemos llegado sin novedad... ¡Ay!

Shilojvóstov palideció súbitamente y se levantó de un salto, como picado por una avispa.

—¡Una liebre, una liebre! —gritó—. ¡Una liebre ha cruzado la carretera! ¡Maldita

sea, no se la llevarán los demonios!

Con esta exclamación, hizo un ademán de abatimiento y bajó la cabeza. Después de permanecer un momento callado y pensativo, se pasó la mano por la frente pálida y sudorosa y terminó murmurando:

—No está de Dios que yo gane dos mil cuatrocientos rublos... ¡Da la vuelta, Mitka! No es mi sino...

PRÓLOGO NECESARIO

(Необходимое предисловие)

Una pareja de recién casados regresa de la iglesia en el coche.

—A ver, Varia —dice el marido—. Agárrame de la barba y tira con toda tu fuerza.

—¡Qué barbaridad! ¡Dios mío, vaya ocurrencia!

—No, no es una barbaridad. Haz el favor de agarrarme de la barba y de tirarme sin miramientos.

—Déjate de bromas, hombre. ¿Para qué quieres que lo haga?

—Varia, te lo ruego... ¡Te lo exijo! Si de verdad me amas, dame el tirón más fuerte que puedas. Aquí tienes la barba. ¡Tira!

—¡Por nada del mundo! ¡Causar dolor al hombre que quiero más que a mi vida! ¡Nunca!

—Soy yo quien te lo pide —comienza a enfadarse el flamante esposo—. ¿Me entiendes? Te lo pido y... ¡te lo exijo!

Por último, después de resistirse largo rato, la desconcertada esposa introduce su diminuta mano en la espesa barba del marido y tira de ella con toda la fuerza de que es capaz. El marido no se inmuta.

—¿Quieres creer que no me ha dolido lo más mínimo? —dice—. Te juro que no me ha dolido nada. Pero, ahora, espera, que me toca hacerlo a mí...

El marido agarra un mechón de pelos de las sienes de su mujer y le pega un tirón fortísimo. Ella exhala un grito.

—Ahora, amiga mía —resume él—, verás que soy mucho más fuerte y más resistente que tú. Conviene que lo sepas por si alguna vez se te ocurre atacarme con los puños o prometes arañarme los ojos. Dicho de otro modo, la mujer ha de temer a su marido...

ALGO GRAVE

(Нечто серьезное)

En vista de la revisión del *Código Penal* no estaría de más incluir los siguientes artículos:

Acerca de la comunidad de aficionados a las artes escénicas, así como aquellos que aun sabiendo de la existencia de tales asociaciones, no las denuncian donde se debe.

Acerca de aquellos que, aun sin tener talento o ingenio, en pos de la codicia, la vanagloria y cualquier otro beneficio personal, en los conciertos públicos y veladas se permiten cantar canciones o versos. (Para éstos, la mejor medida correctiva podría ser un bozal).

Acerca de las estudiantes de instituto que usan en las cartas de amor las citas de autores célebres (Proudhon, Buckle y demás) sin citar la fuente.

Acerca de los que sufren el picor de la escritura y demás parias de la sociedad.

Acerca de las construcciones fuera de la ciudad, a cuenta del órgano de gobierno, de edificios con gruesos muros destinados especialmente para señoritas acusadas de abusar de las escalas.

Acerca del expatriado de aquellas personas que, fingiéndose pretendientes, almuerzan cada día a cuenta de los padres con hijas.

Acerca de la tradición de los reseñistas a los juicios por extorsión.

Acerca de los Consejeros civiles que se arrogan el título de Excelencia.

Acerca de maestros involucrados en la destrucción de bosques.

Acerca de las cónyuges de los vicegobernadores, dirigentes y Consejeros mayores, quienes, haciendo uso de la galantería y corrección política de los secretarios, ejecutores y funcionarios policiales, distribuyen sin descanso peticiones «a favor de la familia pobre», «para la comida en honor de Iván Ivánich», y otras, que provocan en los ciudadanos un temor cobarde hacia la filantropía.

Acerca de las jóvenes de cualquier clase que escondan su edad.

Acerca del matrimonio de las musas con poetas descerebrados y locos.

EN UN VAGÓN

(RÁFAGA DE CONVERSACIONES)

(В вагоне. Разговорная перестрелка)

—Vecino, ¿no le apetece un cigarro?

—*Merci...* ¡Un magnífico cigarro! ¿A cuánto está la docena?

—La verdad es que no lo sé, pero creo que son caros... ¡Porque son cigarros habanos! Tras la botella de Oeil de Perdrix que me acabo de tomar en la estación, y después de las anchoas, viene bien fumarse un cigarro como éste. ¡Puff!

—¡Lleva usted un llavero enorme!

—Mmm... Sí. ¡Trescientos rublos! Y sabe, no estaría nada mal, después de este cigarro, beber un vino del Rin. Algo como un Schloss Johannisberg, del ochenta y cinco y medio, a diez rublos... ¿Eh? ¿O uno tinto? De tintos yo suelo beber Clos de Vougeot, o quizá un Clos de Roi-Corton... Si bebemos *bourgogne*, sin embargo, que sea un Chambertain, número treinta y ocho y tres cuartos. Es el más saludable de los *bourgognes*.

—Discúlpeme, se lo ruego, por la indiscreción, pero ¿usted seguramente pertenezca a los grandes terratenientes de la zona o... o es banquero?

—¡No, un banquero no! Soy guardia en el depósito de la aduana de W...

* * *

—Mi mujer lee *Noticias y Tiempo nuevo*, pero yo prefiero los periódicos de Moscú. Por la mañana leo los periódicos, y a la tarde le mando a alguna de mis hijas que lea en voz *alta Antigüedad rusa* o *El Mensajero de Europa*. Francamente, no soy muy aficionado a las revistas, se las doy a leer a mis amigos, mientras yo me deleito con las ilustraciones... Leo *Niva*, *El Universal*, y, claro, las publicaciones de humor...

—¿Se ha suscrito usted a todos estos periódicos y revistas? Seguramente atesore una biblioteca.

—No, señor, yo soy recepcionista en una oficina de correos.

* * *

—Jamás podrá compararse, por supuesto, el sistema a caballo con el ferrocarril como medio de transporte, pero los caballos, amigo, están muy bien... Juntas de

alguna manera unas cinco o seis troikas, las llenas de mujeres y... ¡Ay, los caballos! ¡Más veloces que un halcón, mis caballos! ¡Van soltando chipas! Unas treinta versts y vuelta... No es posible inventar una diversión mayor, sobre todo en invierno... Sabe, en una ocasión... mandé a los hombres que engancharan diez troikas... tenía huéspedes en casa...

—Perdone, pero ¿puede que tenga usted un criadero de caballos?

—No, señor, yo soy alguacil de bomberos.

* * *

—No soy avaricioso, no me gusta el dinero... ¡lo maldigo! Sufrí mucho por culpa del asqueroso dinero, pero aun así siempre dije y seguiré diciendo una cosa: «¡El dinero es bueno!». Claro, qué podría ser mejor, cuando uno está delante de otra persona, cara a cara, y siente de pronto en la palma de la mano el tacto del papel... Corren chispas por las venas cuando sientes el papel en el puño...

—Seguramente sea usted médico...

—¡Líbreme el Señor! Soy oficial de policía local.

* * *

—¡Conductor! ¿Dónde estoy? ¿En qué sociedad? ¿En qué siglo vivo?

—¿Usted quién es?

—El maestro zapatero Yégorov.

* * *

—Digan lo que digan, nuestro trabajo de escritor es agotador. (*Gran suspiro*). No por nada nuestro colega Nekrásov dijo que hay algo fatal en nuestro destino... Es cierto que cobramos mucho dinero, que se nos conoce en todas partes... que nuestro destino es la gloria... Pero todo eso no es más que vanidad... La gloria, en palabras de uno de mis colegas, no es sino una mancha brillante en los trapos harapientos de un ciego... Tan duro y difícil que, aunque no lo crean, cambiaría la gloria, el dinero y lo demás por el destino de un labrador...

—¿Y a usted dónde le agrada escribir?

—Escribo en *El rayo* artículos sobre la cuestión judía...

* * *

—Mi marido iba cada sábado a casa del ministro, y yo me quedaba sola... De repente, un sábado llegaron de parte del conde Fikin y me preguntaron por mi

marido. ¡Lo necesitamos a toda costa! ¡Remueva cielo y tierra, pero denos a su marido! Tal cual, se lo juro... ¿Y cómo les traigo a mi marido? Él está ahora mismo con el ministro, y desde ahí, seguramente, vaya a casa de la princesa Jronskaya-Zapiata...

—Ah, señora... ¿En qué ministerio sirve su marido?

—Se ocupa de la peluquería... En la peluquería...

EL PENSADOR

(МЫСЛИТЕЛЬ)

Es un mediodía caluroso. En el aire no hay sonidos ni movimiento... Toda la naturaleza semeja una hacienda muy grande olvidada de Dios y de las gentes. Bajo el follaje, colgante de un viejo tilo situado junto al piso en que habita el inspector de la prisión de Iaschkin, y ante un pequeño velador de tres patas, está sentado el propio Iaschkin en compañía de su invitado Pimfov, inspector de plantilla del colegio regional. Ambos están sin levita, con el chaleco desabrochado, y sus rostros, rojos y sudorosos, permanecen inmóviles. La capacidad de expresar algo está paralizada en ellos por el calor. El rostro de Pimfov, completamente cuajado, está inundado de pereza. Su mirada es vaga y le cuelga el labio inferior. En los ojos y la frente de Iaschkin se observa, sin embargo, cierta actividad: sin duda piensa en algo... Ambos se miran el uno al otro, callan y manifiestan sus sufrimientos por medio de resoplidos y manotazos a las moscas. Sobre la mesa hay una botella de vodka, carne cocida estropajosa y una lata gris de sardinas que contiene sal. Ya se han bebido la primera, la segunda, la tercera copa...

—¡Sí! —dice de repente Iaschkin de manera tan inesperada, que el perro que dormita no lejos de la mesa se estremece, baja el rabo y corre hacia un lado—. ¡Sí...! ¡Diga usted lo que quiera, Filipp Maksimich..., en el idioma ruso hay excesiva puntuación!

—¿Por qué? —pregunta modestamente Pimfov sacando de su copa una alita de mosca—. Puede que haya mucha puntuación, pero no hay signo que no tenga un significado y ocupe su lugar.

—¡Déjese de eso! ¡Los signos no tienen ningún significado! ¡Son sólo una complicación...! ¡Hay quien pone diez comas en un renglón y se considera muy inteligente! ¡El fiscal Merinov, por ejemplo, después de cada palabra pone una coma...! ¿Para qué...?

«Muy señor mío (coma) visitando su prisión en tal fecha (coma) observé que los encarcelados (coma)...». ¡Puf...! ¡Da vértigo...! Pues en los libros pasa lo mismo... (punto y coma), (dos puntos), (comillas)... ¡Hasta le da a uno asco leer...! ¡Hay petimetres a los que un punto les parece poco y te ponen toda una ringlera...! ¿Para qué, digo yo?

—Lo exige la ciencia —suspira Pimfov.

—¡La ciencia...! Eso es perturbación de la inteligencia y nada más! ¡Invenciones para presumir! ¡Para echar polvo a los ojos...! ¡Ni un solo idioma extranjero, por ejemplo, tiene la letra *iat*^[37] y Rusia sí...! ¿Y para qué..., se pregunta uno...? ¿Que escribas las palabras *jleb*^[38] con *iat* o sin *iat*..., dejará de significar lo mismo?

—¡Dios sabrá lo que está usted diciendo, Iliá Martinich! —se ofende Pimfov— ¿Cómo va a poderse escribir *jleb* sin *iat*...? ¡Dice usted cosas que hasta resulta desagradable oír!

Pimfov bebe una copa y ofendido y parpadeando vuelve la cara hacia otro lado.

—¡Lo que me habrán azotado por ese *iat*! —prosigue Iaschkin— Recuerdo que una vez me llama el profesor a la pizarra y me dicta: «*Liekar uiejal v gorod*^[39]». *Liekar* y *ujel* había que escribirlas con *iat*... Yo puse *liekar* con o y me azotó... Al cabo de una semana vuelve a llamarme a la pizarra y otra vez tengo que escribir «*liekar uiejal v gorod*»... Esta vez lo pongo con *iat* y otra vez me azota... «¿Por qué? —le digo yo—, Iván Fomich... ¿Usted mismo decía que se escribía con *iat*...?». «Es que entonces —dice él— yo me confundía, pero desde ayer que leí en la obra de cierto académico lo que decía este sobre la letra *iat* en la palabra *liekar*, estoy conforme con la Academia. Te azoto porque he jurado cumplir con mi obligación...». Y me azotaba. ¡También mi Vasiutka tiene siempre una oreja hinchada por culpa de ese *iat*...! ¡Si yo fuera ministro prohibiría que se mixtificara a la gente con este *iat*...!

—¡Adiós! —suspira Pimfov, parpadeando y poniéndose la levita—. ¡No puedo oír hablar así de las ciencias!

—¡Vaya...! ¡Ya se ha molestado! —dice Iaschkin cogiendo a Pimfov de una manga— ¡Si yo lo decía sólo por hablar...! Bueno..., sentémonos y bebamos.

El ofendido Pimfov se sienta, bebe y vuelve el rostro hacia un costado. Se hace el silencio. Ante ellos pasa la cocinera Feona cargada con un cubo de agua sucia. Se oye el sonido del agua al verterse y el chillido del perro que recibe una ducha. El rostro sin vida de Pimfov se cuaja todavía más; poco falta ya para que el calor le derrita y se derrame chaleco abajo. En la frente de Iaschkin han aparecido unas arruguitas; fija la mirada en la carne estropajosa, y queda meditabundo... Un inválido, acercándose a la mesa, mira de soslayo, sombríamente, a la botella, y al verla vacía trae otra... Vuelven a beber.

—Sí... —dice de repente Iaschkin.

Pimfov se estremece y le mira asustado, esperando de él nuevas herejías.

—Sí... —repite Iaschkin, mirando pensativo a la botella—, ¡En opinión mía, lo que también ocurre es que hay muchas ciencias superfluas!

—¿Cómo va a ser eso? —pregunta lentamente Pimfov—. ¿¡Qué ciencias le parecen a usted superfluas!?

—Varias... ¡Cuántas más ciencias sabe el hombre, tantas más fantasías se crea...! ¡Más orgullo...! Yo personalmente, colgaría todas esas ciencias... ¡Vaya, vaya...! ¡Ya se ha ofendido! ¡Vaya por Dios! ¡Qué susceptibilidad la suya! ¡Ni siquiera una palabra puede uno decir...! Bueno..., sentémonos y bebamos.

Feona se acerca y alzando con enfado los gordiflones codos, coloca ante ellos unos tazones llenos de verdes schi. Empieza un ruidoso masticar y sorber. Como brotados de la tierra surgen tres perros y un gato. Parados ante la mesa fijan una mirada conmovida en las bocas que mastican. A los schi los sigue kasha con leche,

que Feona deposita sobre la mesa con tal furia que de ella caen al suelo las cucharas y los mendrugos.

Antes de atacar la kasha, los amigos vuelven a beber.

—¡Todo lo de este mundo es superfluo! —observa de repente Iaschkin.

Pimfov deja caer la cuchara sobre las rodillas y mira asustado a Iaschkin. Quiere protestar, pero la embriaguez ha debilitado su lengua y ésta se le enreda en la espesa kasha... En lugar de «¿Cómo va a ser eso?», de su garganta sale sólo un mugido.

—¡Todo superfluo! —prosigue Iaschkin—. ¡Las ciencias..., la gente..., las instituciones carcelarias... las moscas..., la kasha... hasta usted! ¡Aunque sea usted un buen hombre y crea usted en Dios... también es usted superfluo!

—¡Adiós, Iliá Martinich! —balbuce Pimfov haciendo esfuerzos para ponerse la levita y sin poder encontrar las mangas.

—¿Por ejemplo ahora...? Nos hemos forrado y empapado bien, ¿y para qué...? ¡Para nada...! ¡Todo es superfluo...! ¡Comemos, y nosotros mismos no sabemos para qué comemos...! ¡Bueno, bueno...! ¡Ya se ofendió...! ¡Si yo lo digo sólo así... por hablar...! ¿Adónde va usted...? ¡Sentémonos...! ¡Hablemos...! ¡Bebamos...!

Se hace un silencio, que de cuando en cuando es interrumpido por el sonido de las copas y por un borracho tosiqueo...

Por el oeste empieza ya a declinar el sol, y la sombra del tilo se hace más y más grande. Entre resoplidos y agitando los brazos, Feona extiende junto a la mesa una alfombrita. Los amigos beben en silencio una última copa, se tumban sobre la alfombra y volviéndose la espalda el uno al otro comienzan a quedarse dormidos.

«¡Gracias a Dios! —piensa Pimfov—. ¡Hoy no se ha remontado hasta la creación del mundo y las herejías...! ¡Se me ponía el pelo de punta sólo de pensar en que lo hiciera!».

EL CAZADOR

(Егерь)

Mediodía bochornoso y sofocante. En el cielo no hay ni una nube... Las hierbas, quemadas por el sol, se doblan con aire triste y desesperado: aunque lloviera, no reverdecerían... El bosque está silencioso e inmóvil, como si escrutara alguna cosa desde lo alto de sus copas o esperara algún acontecimiento.

Por el borde del lindero camina con indolencia y desgana un hombre alto y estrecho de hombros, de unos cuarenta años de edad, vestido con una camisa roja, unos pantalones remendados que le ha dado su amo y unas botas altas. Avanza por el sendero con paso cansino. A la derecha verdea el bosque; a la izquierda, hasta el mismo horizonte, se extiende un mar dorado de centeno maduro... Está rojo y sudoroso. Sobre la hermosa cabellera rubia luce con bizarría una gorra blanca, con la visera recta como la de los *jockeys*, regalo, sin duda, de algún generoso señor. Lleva un morral en bandolera, con un urogallo hecho un ovillo en su interior. El hombre tiene en la mano un fusil de dos cañones, con el gatillo levantado, y sigue con la mirada, entornando los ojos, a su viejo y enflaquecido perro, que corre delante de él y olisquea los arbustos. A su alrededor reina el silencio, no hay ni un ruido... Todas las criaturas vivas se ocultan del calor.

—¡Yegor Vlásich! —dice de pronto alguien en voz baja.

El cazador se estremece y, tras dirigir una mirada a su alrededor, frunce las cejas. A su lado, como si hubiera surgido de debajo de la tierra, aparece una campesina de unos treinta años, de blanca tez, con una hoz en la mano. Trata de mirarle el rostro y sonríe con timidez.

—¡Ah, eres tú, Pelagueia! —dice el cazador, deteniéndose y bajando poco a poco el gatillo—. ¡Hum...! ¿Qué haces tú por aquí?

—Yo y otras mujeres de la aldea hemos venido a trabajar aquí. Como jornaleras, Yegor Vlásich.

—Ya... —gruñe éste, reanudando lentamente la marcha.

Pelagueia le sigue. Dan unos veinte pasos en silencio.

—Hace mucho tiempo que no lo veía, Yegor Vlásich... —dice Pelagueia, mirando con ternura el movimiento de los hombros y los omoplatos del cazador—. Desde Pascua, cuando entró usted en nuestra isba a beber un vaso de agua, no había vuelto a verlo... En aquella ocasión apenas se quedó usted un minuto y sabe Diosen qué estado estaba... borracho... Me llamó usted de todo, me golpeó y se marchó... He esperado mucho tiempo... Me he estropeado los ojos de tanto buscarle con la mirada... ¡Ah, Yegor Vlásich, Yegor Vlásich! ¡Podía haber pasado por casa al menos una vez!

—¿Qué se me ha perdido a mí en tu casa?

—Nada, por supuesto, pero... de todos modos, están los asuntos domésticos... Podía ver cómo van las cosas... Es usted el dueño... ¡Pero si ha matado usted un urogallo, Yegor Vlásich! Si quisiera usted sentarse un momento a descansar...

Tras pronunciar esas palabras, Pelagueia se ríe como una tonta y levanta los ojos hasta el rostro de Yegor... En el suyo resplandece una expresión de felicidad...

—¿Sentarme? Está bien... —dice Yegor con indiferencia y elige un lugar entre dos jóvenes abetos—. ¿Qué haces ahí de pie? ¡Siéntate tú también!

Pelagueia se sienta a cierta distancia, a pleno sol, y, avergonzada de su alegría, se cubre la sonriente boca con la mano. Transcurren un par de minutos en silencio.

—Podía haber pasado al menos una vez —dice en voz baja Pelagueia.

—¿Para qué? —suspira Yegor, quitándose la gorra y enjugándose la frente enrojecida con la manga— No veo la necesidad. Pasar allí una hora o dos no tiene ningún sentido y sólo serviría para confundirte, y yo no estoy hecho para vivir de manera permanente en la aldea... Ya sabes que soy un hombre mimado... Lo que yo necesito es una buena cama, té de calidad y conversaciones delicadas... todo de categoría... Y en la aldea, donde tú vives, no hay más que miseria, isbas llenas de humo... No aguantaría allí ni un solo día. En caso de que un decreto me obligara a vivir contigo, prendería fuego a la casa o me mataría. Desde niño me ha tentado la buena vida, qué le vamos a hacer.

—¿Dónde vive usted ahora?

—En casa del señor Dmitri Ivánich, en calidad de cazador. Me encargo de procurar caza para su mesa, pero si me mantiene a su servicio... es sobre todo por gusto.

—La suya no es una ocupación seria, Yegor Vlásich... La gente la considera una distracción y usted, en cambio, la toma por un oficio... por un trabajo de verdad...

—Tú no lo entiendes, tonta —dice Yegor, mirando el cielo con expresión soñadora—. Nunca has comprendido la clase de hombre que soy y no lo comprenderás en tu vida... En tu opinión, soy un tipo chiflado y estafalario, pero para los expertos soy el mejor tirador de la región. Los señores lo saben y hasta en una revista se ha hablado de mí. No hay cazador que pueda compararse conmigo... Y si desprecio las actividades de la aldea, no es por comodidad ni por orgullo. Desde que era pequeño, sabes, no he conocido otra ocupación que el fusil y los perros. Si me quitan el fusil, cojo la caña; y si me quitan la caña, me las arreglo con las manos. También me he dedicado a la compraventa de caballos, he recorrido las ferias cuando tenía dinero, y tú misma sabes que si un campesino se hace cazador o se ocupa de caballos, adiós al arado. Una vez que el hombre le toma el gusto a la libertad, nada puede quitárselo. De la misma manera, cuando un señor se hace actor o se ocupa de alguna otra actividad artística, ya no hay modo de que se haga funcionario o hacendado. Tú eres una campesina y no entiendes de estas cosas.

—Lo comprendo, Yegor Vlásich.

—No lo creo, porque estás a punto de llorar...

—No... no lloro —dice Pelagueia, volviendo la cabeza—. ¡Lo suyo es pecado, Yegor Vlásich! ¡Que no haya pasado un solo día conmigo, desdichada! Hace doce años que nos casamos y... ¡entre nosotros no ha habido nunca amor! No... no estoy llorando...

—Amor... —balbucea Yegor, rascándose el brazo—. Entre nosotros no puede haberlo. Según los papeles somos marido y mujer, pero ¿acaso es eso cierto? Para ti yo soy un salvaje y para mí tú eres una mujer simple, que no entiende nada. ¡Menuda pareja! Yo amo la libertad, la vida regalada, las diversiones; tú eres una jornalera, una campesina con chanclos, vives en medio de la suciedad, con la espalda siempre doblada. Me considero el primer cazador de la región y en cambio tú me miras con lástima... ¡Vaya pareja!

—¡Pero estamos casados, Yegor Vlásich! —solloza Pelagueia.

—No por mi voluntad... ¿Es que lo has olvidado? Debes agradecérselo al conde Serguéi Pávlich... y a ti misma. El conde, envidioso de que disparara mejor que él, me hizo beber durante un mes entero, y a un borracho no sólo se le puede casar, sino incluso convertirlo a una fe distinta. Se aprovechó de mi ebriedad para casarme contigo por venganza... ¡Un cazador con una vaquera! Te dabas cuenta de que estaba borracho y de todos modos te casaste. No eres una sierva, podías haberte negado. Entiendo que para una vaquera sea toda una suerte casarse con un cazador, pero hay que tener un poco más de juicio. Ahora sufres y lloras. El conde se divierte y a ti no te queda más que llorar... y darte de cabezadas contra la pared...

Se produce un silencio. Por encima del lindero vuelan tres patos salvajes. Yegor los mira y los sigue con los ojos hasta que, convertidos en tres puntos apenas visibles, desaparecen en la lejanía, más allá del bosque.

—¿De qué vives? —pregunta él, volviendo la mirada a Pelagueia.

—Ahora trabajo como jornalera; en invierno tomo a mi cargo un niño de la inclusa y lo crío con biberón. Me pagan un rublo y medio por mes.

—Ya...

Nuevo silencio. Desde uno de los surcos recién segados, llega una delicada canción que se interrumpe a las primeras notas. Hace demasiado calor para cantar...

—Dicen que le ha levantado a Azulina una isba nueva —comenta Pelagueia. Yegor guarda silencio—. Eso significa que le gusta...

—¡Tal es tu suerte, tu destino! —dice el cazador, estirándose— Paciencia, huerfanita. Bueno, adiós, ya hemos hablado bastante... Tengo que llegar a Boltovo antes de la noche...

Yegor se pone de pie, se estira y se echa la escopeta al hombro. Pelagueia se levanta.

—¿Cuándo vendrá usted a la aldea? —pregunta en voz baja.

—No hay razón para que vaya. Nunca iré con la cabeza despejada y de un borracho poco provecho puedes sacar... Cuando bebo me vuelvo desagradable... ¡Adiós!

—Adiós, Yegor Vlásich...

El cazador se echa la gorra sobre la coronilla, llama a su perro con un chasquido de la lengua y reanuda la marcha. Pelagueia, quieta en su sitio, le sigue con la mirada... Contempla el movimiento de sus omoplatos, su nuca varonil, sus andares perezosos y descuidados, y sus ojos se llenan de tristeza y de suave ternura... Su mirada recorre el cuerpo alto y delgado de su marido, y con la imaginación le cubre de caricias y cuidados... Él parece percibir esa mirada, se detiene y vuelve la cabeza... No dice nada, pero al ver su rostro y sus hombros levantados Pelagueia comprende que quiere decirle algo. Se acerca con timidez y le mira con ojos suplicantes.

—¡Toma! —dice él, dándose la vuelta.

Le entrega un billete de un rublo todo arrugado y se aleja con rapidez.

—¡Adiós, Yegor Vlásich! —dice ella, cogiendo maquinalmente el rublo.

El cazador avanza por un camino largo y recto como una correa tendida... Ella, pálida e inmóvil como una estatua, sigue con la mirada cada uno de sus pasos. Pero pronto el color rojo de su camisa empieza a fundirse con la tonalidad oscura de los pantalones; sus pasos se hacen invisibles; el perro ya no se distingue de las botas. Sólo se ve la gorra, pero... de repente Yegor gira bruscamente a la derecha y también esta desaparece entre el follaje.

—¡Adiós, Yegor Vlásich! —susurra Pelagueia y se pone de puntillas para ver al menos una vez más la gorra blanca.

EL MALHECHOR

(Злоумышленник)

Ante el juez de instrucción está de pie un *muzhik* pequeño, sumamente flaco, con camisa de paño basto y unos calzones remendados. Su rostro hirsuto, picado de viruelas, y sus ojos apenas visibles bajo unas espesas y caídas cejas, tienen una expresión huraña y áspera. En la cabeza, una mata de pelos enmarañados, sin peinar desde hace tiempo, le confieren mayor aspereza, de araña. Va descalzo.

—¡Denís Grigoriev! —comienza el juez—. Acércate más y responde a mis preguntas. El día siete de este mes de julio, el guardavía Iván Semiónovich Akínfov, al recorrer por la mañana la línea, te sorprendió en la versta ciento cuarenta y uno desatornillando una tuerca de las que sujetan los raíles a las traviesas. ¡Ésta es la tuerca! ¿Fue así o no?

—¿Qué?

—¿Fue todo así, como lo explica Akínfov?

—Claro, así fue.

—Bien. ¿Y por qué estabas desatornillando la tuerca?

—¿Qué?

—¡Dejáte de «qués» y responde a la pregunta! ¿Por qué estabas desatornillando la tuerca?

—Si no me hiciese falta, no la quitaría —responde Denís con voz ronca, mirando de reojo al techo.

—¿Para qué te hacía falta esa tuerca?

—¿La tuerca? Nosotros usamos las tuercas como plomo de pescar...

—¿Quiénes?

—Nosotros, la gente... Los *muzhiks* de Klimovka.

—Escucha, hermano, no te hagas el tonto y explícate bien. ¡No me vengas con eso del plomo!

—En mi vida he dicho ni una mentira y ahora resulta que miento... —masculla Denís, guiñando los ojos—. ¿Es que cree Su Señoría que se puede pescar sin plomo? Si pones de cebo un pez o un gusano, ¿se va a hundir sin plomo, eh? Conque miento... —Denís se sonríe—. ¡Si el maldito cebo flota, no sirve de nada! La perca, el sollo, la lota van siempre por el fondo; el único que pica por arriba es el muble, y eso, raras veces... En nuestro río no hay mubles... A ese pez le gustan las anchuras.

—¿A cuento de qué viene todo esto del muble?

—¿Qué? ¡Pero si es usted quien me ha preguntado! En la aldea, los señores también pescan así. ¡Hasta el último crío no se pone a pescar sin plomo! La ley no está hecha para el tonto...

—Entonces, ¿dices que has desatornillado la tuerca para hacer con ella un plomo

de pescar?

—¿Para qué si no? ¡No va a ser para jugar a las tabas!

—Pero para eso podías haber cogido un trozo de plomo, una bala... cualquier clavo.

—El plomo no se encuentra tirado en el suelo, hay que comprarlo, y un clavo no vale. No hay nada mejor que una tuerca... Pesa y tiene un agujero.

—¡Vaya manera de hacerse el tonto! Parece que has nacido ayer o que te has caído del cielo. ¿Es que no entiendes, cabeza hueca, a qué conduce el quitar las tuercas? ¡Si no llega a ser por el guarda, podría haber descarrilado un tren y habría muerto gente! ¡Tú los habrías matado!

—¡Dios nos libre, Señoría! ¿Para qué matar? ¿Es que somos infieles o criminales? ¡A Dios gracias, ya he vivido bastante, y no he matado a nadie! ¡Ni siquiera se me pasado por la cabeza esa idea! ¡Sálvanos, Reina del Cielo...! ¡Apiádate de nosotros...! ¡Qué cosas dice...!

—¿Y a qué crees tú que se deben los descarrilamientos? Quitas una o dos tuercas y el tren descarrila...

Denís sonríe pícaramente y mira incrédulo al juez, entornando los ojos.

—¡Qué va! En la aldea llevamos muchos años quitando tuercas y, a Dios gracias, nunca ha descarrilado un tren... ni ha muerto gente... ¡Hombre, si me llevara un raíl o, es un decir, pusiera un tronco atravesando la vía, bueno, entonces, puede que descarrilara el tren, pero, por una tuerca... no creo!

—¡A ver si lo entiendes de una vez, con las tuercas se sujetan los raíles a las traviesas!

—Eso lo entendemos... No quitamos todas... Dejamos algunas... No lo hacemos a tontas y a locas... Lo entendemos...

Denís bosteza y hace el signo de la cruz sobre la boca.

—El año pasado descarriló aquí un tren —dice el juez instructor—. ¡Ahora entiendo por qué!

—¿Qué, Señoría?

—Digo que ahora entiendo por qué descarriló un tren el año pasado... ¡Ya lo entiendo!

—Para eso, Señoría, está la gente culta, para entender. Nuestro Señor sabía a quién le daba entendimiento... Usted ha averiguado el cómo y el porqué, pero el guardavía, que también es *muzhik*, sin ningún entendimiento, te agarra por el pescuezo y te lleva a rastras... Primero, averígualo y luego me llevas... Apunte también, Señoría, que me pegó dos veces en los dientes y una en el pecho.

—Cuando te hicieron el registro, encontraron además otra tuerca... ¿En qué sitio la desatornillaste y cuándo?

—¿Me pregunta por la tuerca que estaba debajo del baúl rojo?

—No sé dónde estaba, sólo sé que la encontraron en tu casa. ¿Cuándo la desatornillaste?

—Yo no la quité, me la dio Ignashka, el hijo de Semión el Tuerto. Le hablo de la que había debajo del baúl, pues la del trineo del patio la quitamos juntos Mitrofán y yo.

—¿Qué Mitrofán?

—Mitrofán Petróvich... ¿No ha oído hablar de él? Hace redes y las vende a los señores. Necesita muchas tuercas de ésas. Para cada red, calcule unas diez...

—Escúchame: el artículo mil ochocientos uno del Código Penal dice que todo deterioro en la vía férrea causado con premeditación, cuando puede representar un peligro para el transporte que circula por dicha vía, y el acusado sabe que su acto puede ocasionar una desgracia... ¿entiendes? ¡Tú lo sabías! ¡Tú no podías ignorar las consecuencias del acto de desatornillar...! Se castigará con la deportación a trabajos forzados.

—¡Claro! Usted lo sabe mejor que... Nosotros somos gente de pocas luces... ¿Qué entendemos nosotros?

—¡Lo entiendes todo! ¡Mientes, te haces el tonto!

—¿Para qué mentir? Pregunte en la aldea, si no me cree... Sin plomo sólo se pesca el albur, que es peor aún que el gobio, pero ni ése picaría sin plomo.

—¡Ahora contarás lo del muble! —sonríe el juez.

—Por aquí no hay mubles... Si echamos la caña sin plomo, por encima del agua, pica el mújol, pero así y todo, raras veces pica.

—Bueno, cállate...

Se hace el silencio. Denís se apoya en uno y otro pie, mira la mesa cubierta con un paño verde y parpadea mucho, como si mirara al sol y no al paño. El juez escribe deprisa.

—¿Me puedo ir? —pregunta Denís después de unos minutos de silencio.

—No. Tengo que detenerte y enviarte a la cárcel.

Denís deja de parpadear, alza sus espesas cejas y mira interrogativamente al juez.

—¿Cómo? ¿A la cárcel? ¡Señoría! No tengo tiempo, tengo que ir a la feria. He de cobrarle tres rublos a Yegor por el tocino...

—Calla, no molestes.

—A la cárcel... Si fuera por algo, iría, pero así... de buenas a primeras... ¿Por qué?

No he robado, me parece, y no me he metido en peleas... Y si tiene alguna duda sobre los atrasos, Señoría, no crea al capataz... Pregúntele al señor miembro permanente... Ese capataz no es buen cristiano...

—¡Cállate!

—Ya me callo... —balbucea Denís—. Lo que pasa es que el capataz ha mentido en las cuentas, eso se lo puedo jurar... Somos tres hermanos: Kuzmá Grigoriev, Yegor Grigoriev y yo, Denís Grigoriev.

—Me estás molestando... ¡Eh, Semión! —grita el juez— ¡Llévatelo!

—Somos tres hermanos —masculla Denís cuando dos corpulentos soldados le

cogen y le sacan de la sala—. ¡Un hermano no debe responder por el otro! Kuzmá no paga y tú, Denís, responde por él... ¡Jueces! Si nuestro amo, el difunto general, Dios le tenga en la gloria, no estuviera muerto, ya les enseñaría a ustedes, los jueces... Hay que saber juzgar, y no de cualquier manera... Bueno, que me azoten, pero que sea por algo, en conciencia...

EL HUÉSPED

(ESTAMPA)

(Гость. Сценка)

Al abogado Zelterski se le cerraban los ojos. El mundo se sumía en la oscuridad. Dejó de soplar la brisa, callaron los coros de avecillas y se recogieron los rebaños. La mujer de Zelterski llevaba ya un buen rato en la cama; también dormía la servidumbre y no quedaba nadie en pie. El único que no podía irse a dormir era Zelterski, aunque parecía tener en los párpados un peso de tres puds. Y no podía irse porque tenía visita: el coronel retirado Peregarin, vecino de dacha. Llegó después de almorzar, se arrellanó en el sofá y, como si se hubiera adherido a él, no se levantó desde entonces ni una vez. Sentado allí, contaba, con voz ronca y gangosa, cómo le mordió un perro rabioso en Kremenchug en 1842. Terminaba su relato y lo empezaba de nuevo, causando la desesperación de Zelterski. ¡Qué no habría hecho éste para librarse del huésped! Miraba demostrativamente al reloj, decía que le dolía la cabeza, salía a menudo de la sala... Pero de nada le servía: el coronel, sin darse por enterado, continuaba el cuento del perro rabioso.

«¡Este carcamal me va a tener en pie hasta que amanezca! —se enfurecía el abogado—. ¡Se necesita ser bruto! Pero si no entiende por insinuaciones habrá que recurrir a otros medios más groseros».

—¿Sabe usted por qué me gusta la vida en la dacha? —dijo en voz alta.

—¿Por qué?

—Porque puede uno regularizar la vida. En la ciudad es difícil atenerse a un régimen determinado. Aquí es al contrario. Nos levantamos a las nueve, almorzamos a las tres, cenamos a las diez, y a las doce ya estamos durmiendo. Nunca me da la medianoche fuera de la cama. ¡Dios me libre de acostarme después! Al día siguiente, jaqueca segura...

—¡Qué me dice! Aunque, claro, todo es cosa de costumbre. Tenía yo, ¿sabe usted?, un amigo, el capitán Kliushkin... Le conocí en Sérpujov. Bueno, pues este capitán...

Y el coronel, tartamudeando, chasqueando la lengua y moviendo sus gruesos dedos, se puso a contar la historia de Kliushkin. Dieron las doce; la aguja del reloj iba camino de las doce y media, y la narración, sin acabarse. Zelterski sudaba.

«¡No se da cuenta, el muy idiota! —se irritaba más y más—. ¿Creerá que me produce un gran placer con su visita? ¿Cómo sería posible echarle?».

—Oiga, mi coronel —le interrumpió—: ¿Qué le parece? Me duele la garganta una barbaridad. Tuve esta mañana la endiablada ocurrencia de pasar por casa de un

conocido que tiene un hijo enfermo de difteria. Debo de haberme contagiado. No cabe duda. He agarrado la enfermedad.

—Son cosas que ocurren todos los días —ganguéó, impasible, el militar.

—¡Pero es una enfermedad contagiosa! No sólo la tengo yo, sino que puedo contaminar a los demás. La difteria se pega que da miedo. No vaya a cogerla usted, Parfioni Sávvich.

—¿Yo? ¡Ja, ja, ja! He vivido en hospitales de tifoideos sin contagiarme, y ahora me voy a contagiar aquí. ¡Ja, ja, ja! A este viejo repollo no hay enfermedad que lo ataque, padrecito. Los viejos somos gente dura. Teníamos en la brigada un vejete, el teniente coronel Trèsbien..., de origen francés... Bueno, pues este Trèsbien...

Y Peregarin comenzó a ponderar largamente la vitalidad de Trèsbien. Sonó la una y media.

—Perdone que le interrumpa, Parfioni Sávvich —pronunció Zelterski casi sollozando—. ¿A qué hora se acuesta usted?

—A veces a las dos, otras veces a las tres, y hay días que ni siquiera me acuesto, sobre todo si me agrada la compañía o el reuma hace de las suyas. Hoy, por ejemplo, no me acostaré antes de las cuatro, porque he dormitado mucho, antes de almorzar. Así puedo aguantar sin irme a la cama. En la guerra nos pasábamos semanas enteras sin tendemos. Recuerdo que, en cierta ocasión, hallándonos a las puertas de Ajaltsij...

—Perdone, mi coronel, pero es que yo me acuesto siempre antes de las doce. Como me levanto alrededor de las nueve, tengo que recogerme temprano a la fuerza.

—Naturalmente. Madrugar es saludable. Pues verá usted: estando a las mismas puertas de Ajaltsij...

—¿Qué será esto, caramba? Siento escalofríos y un calor sofocante al mismo tiempo. Esto me sucede siempre antes que me dé el ataque. Debo decirle que de cuando en cuando sufro unos ataques nerviosos la mar de extraños... Suelen darme sobre la una de la noche. Nunca se producen de día... De pronto comienza a zumbarme la cabeza: ¡huuu! Pierdo el conocimiento y después me levanto de un salto y empiezo a tirar a los de casa todo lo que me viene a mano: si un cuchillo, les tiro el cuchillo; si una silla, la silla. Ahora noto los escalofríos... Pronto vendrá el ataque, porque siempre comienza así...

—Pues, hombre, debiera usted someterse a tratamiento...

—Ya lo he hecho, y como si nada... Lo único que hago es avisar a los amigos y a la gente de casa para que se vayan, poco antes del ataque. Pero el tratamiento lo he abandonado hace tiempo...

—¡Pchs! ¡Qué enfermedades más raras hay en este mundo! La peste, el cólera, mil clases de ataques...

El coronel movió la cabeza y quedó pensativo. Siguió un breve silencio.

«Voy a ver si se va leyéndole mi obra —pensó Zelterski—. No sé por dónde andará. Como la encuentre, a lo mejor me presta un gran servicio».

—A propósito —cortó la meditación de Peregarin—. ¿Quiere que le lea una

novela mía? La escribí en mis años de estudiante de bachillerato, para matar el ocio... Una obra en cinco partes con prólogo y epílogo...

Sin esperar la respuesta, Zelterski saltó de su asiento y extrajo del cajón de la mesa un manuscrito viejo y lleno de verdín, en cuya portada se leía con letras grandes: *La ola muerta. Novela en cinco partes*.

«Ahora es seguro que se irá —supuso ilusionado el autor, hojeando aquel crimen de su adolescencia—. Voy a leerle hasta que salga aullando».

Y acto seguido se dirigió al coronel:

—Escuche esto, Parfioni Sávvich.

—Con mil amores... No puede usted imaginarse cuánto me gustan estas cosas...

Zelterski comenzó a leer. El coronel Peregarin, con una pierna cruzada sobre la otra, se reacomodó bien en el sofá, puso una expresión muy seria y, al parecer, se aprestó a escuchar la lectura larga y atentamente...

El principio de la obra era la descripción de un paisaje. Cuando en el reloj sonó la una, el paisaje cedió su puesto a un castillo, minuciosamente descrito, en el que vivía el protagonista de la novela, el conde Valentín Blenski.

—¡Quién pudiera vivir en un castillo como ése! —suspiró el oyente—. Y, además, ¡qué bien escrita está la obra! Me pasaría un siglo oyéndola leer.

«Aguarda, que aún saldrás dando alaridos», dijo para sí el abogado.

Alrededor de la una y media cesó la descripción del castillo y comenzó la de la apuesta figura del protagonista... A las dos en punto, el cuitado autor seguía leyendo con voz queda y apagada:

—«¿Pregunta usted qué es lo que quiero? ¡Oh!, quiero que allí, lejos de estas tierras, bajo la bóveda del cielo meridional, vuestra manita palpite de emoción entre las mías... ¡Sólo allí, sólo allí latirá más aceleradamente mi corazón bajo las bóvedas de mi edificio espiritual! ¡Amor, amor!».

Pero al llegar aquí, el lector se detuvo:

—¡No, Parfioni Sávvich! ¡No puedo más! ¡Estoy completamente abatido!

—Pues déjelo, y mañana termina de leérmelo. Ahora podemos seguir hablando... Aún no he terminado de contarle lo de Ajaltsij...

El atormentado Zelterski se reclinó de espaldas en el sofá y, cerrando los ojos, se dispuso a escuchar.

«He probado ya todos los procedimientos —pensó—. No hay bala que traspase el pellejo de este mastodonte. Ahora se quedará aquí hasta las cuatro... ¡Dios mío, daría cien rublos por poder tumbarme a dormir en este instante! Pero, hombre, hablando de dinero, voy a pedirle un préstamo. Es un bonito medio de despacharle».

—Parfioni Sávvich —cortó el relato del coronel—, perdone que le interrumpa de nuevo. Quisiera pedirle un pequeño favor. Verá usted: últimamente, con esto de vivir en la dacha, he hecho gastos extraordinarios. No me queda ni un céntimo... Cobraré a últimos de agosto.

—¿Sabe usted... que se me ha hecho tarde? —farfulló Peregarin buscando la

gorra con los ojos—. Son ya más de las dos... ¿Qué decía usted?

—Que desearía pedir a alguien doscientos o trescientos rublos prestados. ¿No sabe usted a quién podría dirigirme?

—¿Cómo voy a saberlo? Bueno, ya es hora de que se vaya usted a dormir... Que sigan bien... Salude a su señora...

El coronel cogió su gorra y dio un paso hacia la puerta.

—¿Adónde va usted tan pronto? —regocijose Zelterski—. Y yo que quería pedirle... Conociendo su bondad, tenía la esperanza de...

—Mañana, mañana. Y, ahora, ¡march...! A reunirse con su mujer... La pobre estará esperando a su maridito de su alma... ¡Je, je, je! Adiós, ángel. ¡A dormir!

QUIMERAS

(Конь и трепетная лань)

Son las tres de la madrugada. El matrimonio Fibrov no duerme. Él da vueltas en la cama y escupe con frecuencia; ella, una morenita pequeña y delgada, yace inmóvil y mira tristemente por la ventana a la calle desierta, donde apuntan las primeras luces de una mañana cruda.

—No tengo sueño —suspira—. ¿Sigues mareado?

—Sí, un poco.

—Vasia, no comprendo cómo no te cansas de venir todos los días de esa manera. No pasa noche sin que te emborraches. Debieras avergonzarte.

—Perdona, perdona... Ha sido sin querer. Me tomé en la redacción una botella de cerveza y en el Arcadia también me bebí unas copas. Perdóname.

—¿Para qué necesitas mi perdón? A ti mismo debiera repugnarte. Escupitajos, hipo... No sé con qué compararte. ¡Y cada noche lo mismo, cada noche! No recuerdo que hayas vuelto sereno ni una sola vez.

—Si yo no quiero beber... Lo que pasa es que se me viene sólo a la boca. Cosas de mi maldita profesión. Todo el día anda que te anda por la ciudad. Aquí, una copa de vodka, allí una jarra de cerveza, y más allá te encuentras a un amigo de los que empinan el codo y tienes que beber, por compromiso. Hay veces que, sin enterarse uno mismo, se toma una botella de vodka con algún cochino. Hoy, en el incendio, no pude evitar unas copas en compañía del agente.

—Verdaderamente, es una profesión maldita —suspira la morena—. Bien podías dejarla, Vasia.

—¿Dejarla? Imposible...

—No es imposible, sino muy posible. Bien estaría si fueses un escritor, que hicieras buenas poesías o novelas; pero si todo lo que escribes es de robos y de incendios... Son cosas tan huecas, que a veces da vergüenza leerlas. Y todavía, si ganases doscientos o trescientos rublos al mes... Pero es que cobras cincuenta rublos de mala muerte y, además, cuando te los dan. Vivimos en la miseria y la suciedad. El piso huele a lavandería. A nuestro alrededor no habitan más que parias y mujeres de mala nota. En todo el día lo único que se oye son blasfemias y coplas indecentes. Carecemos de muebles y de ropa. Tú vas vestido pobremente, de modo que la dueña de la casa se permite tutearte, y yo voy peor que la última costurera. Nos alimentamos como el más mísero de los braceros. Tú comes mil porquerías en las fondas, probablemente a costa de los demás, y yo..., sólo Dios sabe lo que como yo. Si fuéramos gente de la chusma, sin cultura ni educación, aún me resignaría; pero la cosa es que tú eres de ascendencia hidalga, graduado en la Universidad, hablas francés... Y yo he terminado el bachillerato, y era una niña mimada...

—Ten paciencia, Katiusha. Todas nuestras penas se acabarán cuando me llamen a trabajar en la revista *Hemerolopia* como jefe de la sección de crónicas. Entonces nos iremos a vivir a un hotel.

—Tres años llevas prometiéndomelo. Pero, por otra parte, ¿qué vamos a ganar con que te cambies de trabajo? Ganes lo que ganes, te lo beberás todo. Porque, vamos, tú no dejas de juntarte con esos escritores y artistas. ¿Sabes una cosa, Vasia? Yo podría escribirá mi tío Dmitri Fiódorich, el de Tula. Él te encontraría una colocación magnífica en un banco o en algún organismo público, y ya verías lo bien que lo pasaríamos. Irías a la oficina todos los días, como los demás, el veinte de cada mes cobrarías puntualmente tu sueldo y te reirías del mundo. Alquilaríamos una casita aislada, con patio, barracas y pajar. Por doscientos rublos anuales se puede conseguir allí una casa estupenda. Comprariamos muebles, vajilla y ropa; contrataríamos una cocinera y almorzaríamos todos los días. Regresarías de la oficina a las tres de la tarde y te encontrarías una mesa con cubiertos limpios, con rabanillos y entremeses. Criariamos gallinas, patos y palomos, y compraríamos una vaca. En provincia alcanza para todo eso con mil rublos al año. Ni nuestros hijos enfermarían por la humedad, como ahora, ni yo tendría que ir una y otra vez al hospital. ¡Vasia, te lo pido por Dios, vámonos a Tula!

—Con aquellos salvajes se muere uno de hastío.

—¡Pues anda, que lo que nos divertimos aquí! Ni amigos ni relaciones... Con personas medianamente rectas, no tienes más roce que el de tu trabajo; y no hay una sola familia cuya compañía frecuentes. ¿Quién viene a visitarnos? Esa Cleopatra Serguéievna que, según tú, es una celebridad y escribe folletones musicales, pero que, a mi juicio, no es más que una zorra y una perdida. ¿Dónde se ha visto que una mujer beba vodka y se quite el corsé delante de los hombres? Escribe mucho y siempre está hablando de la honradez, pero el año pasado me pidió un rublo prestado y todavía no me lo ha devuelto. Otro de los que te visitan es tu poeta favorito. Tú te ufanas de la amistad de ese personaje, pero, poniéndote la mano en el corazón, ¿crees que lo merece?

—¡Es una bellísima persona!

—Pero tiene muy poco de grata. Viene con el solo fin de emborracharse. Mientras bebe, cuenta chascarrillos verdes. Hace tres días cogió tal borrachera, que se pasó la noche tirado aquí, en el suelo. Pues ¿y los actores? En mis tiempos de soltera, me parecían dioses todas esas celebridades; desde que me he casado contigo no puedo ni hablar del teatro sin ponerme nerviosa. Están siempre borrachos, son groseros, incapaces de comportarse decorosamente en presencia de las mujeres, presuntuosos, sucios. ¡Una gente insoportable! No entiendo cómo encuentras divertidas esas anécdotas que cuentan con voz aguardentosa entre risotadas roncadas. Y les miras con aire obsequioso, como si te hicieran un gran favor esos figurones condescendiendo a juntarse contigo. ¡Puf!

—Cállate, por favor.

—En cambio, si viviéramos en una provincia, nos visitarían funcionarios, profesores de instituto, oficiales, gente educada, cortés, sin pretensiones. Se tomarían una taza de té y una copita de vodka, si se la ofrecías, y se marcharían tan contentos a sus casas. No tendríamos en la nuestra ni escándalos ni chascarrillos indecentes, sino trato serio y delicado. Cada cual en su sillón, o en el sofá, conversarían de mil cosas, y la criada les serviría té con mermelada y con pastas. Después de tomar el té, tocarían el piano, cantarían y bailarían. ¡Qué a gusto nos encontraríamos, Vasia! Alrededor de las doce, una cena ligerita a base de salchichón, de queso y de lo que hubiera sobrado del segundo plato del almuerzo... Después de cenar, tú te irías a acompañar a las damas y yo me quedaría para quitar la mesa...

—¡Qué aburrimiento, Katiusha!

—Si te aburrías en casa, te ibas al club o salías de paseo... Aquí, si sales a pasear, no encuentras a ningún conocido y, claro, a la fuerza tienes que tomarte unas copas. Allí, por el contrario, no irías encontrando más que amigos por todas partes, de modo que podrías hablar con quien quisieras: profesores, abogados, médicos. No te faltaría con quien sostener una conversación agradable y provechosa... ¡Allí se interesan mucho por las personas instruidas, Vasia! Tú serías una de las primeras...

Y Katiusha permanece largo rato soñando en voz alta... Tras la ventana, la luz plomiza va tornándose blanca poco a poco. El silencio de la noche deja paso inadvertidamente a la animación matinal. El reportero no duerme. Escucha lo que dice su mujer y de cuando en cuando levanta su pesada cabeza para escupir... De pronto, ante la sorpresa de Katiusha, hace un brusco movimiento y salta de la cama al suelo... Tiene pálido el semblante y la frente perlada de sudor.

—¡Tengo un mareo espantoso! —interrumpe los sueños de Katiusha—. Espera... Ahora vengo...

Echándose una manta sobre los hombros, sale a escape del dormitorio. Le sucede ese caso tan desagradable que suele acontecerles por las mañanas a los bebedores. Dos o tres minutos más tarde regresa lívido y abatido. Viene tambaleándose. Trae una expresión de asco, de desesperación, casi de horror, como si sólo ahora acabase de comprender cuán repulsiva es su vida. La luz diurna ilumina la pobreza y la suciedad de su habitación, y el gesto desesperado de su cara se hace más ostensible.

—¡Katiusha, escríbele a tu tío! —murmura.

—¿Cómo? ¿Por fin accedes? —exclama la mujer en son de triunfo—. Mañana mismo mando la carta y te doy palabra de honor de que te proporcionará una colocación magnífica. Vasia, ¿no lo haces... por burlarte de mí?

—Katiusha, te lo suplico... por Dios...

Y Katiusha vuelve a soñar despierta, en voz alta. Se duerme arrullada por su propia voz. Ve en sueños una casa tipo chalé, con un patio por el que desfilan, solemnes, sus gallinas y sus patos. Ve palomos que la contemplan desde la puerta de su palomar, y oye mugir a la vaca. Alrededor todo es paz. No se oye a los vecinos de al lado, ni la risa aguardentosa, ni siquiera el odiado y presuroso rasgueo de las

plumas. Vasia, con grave y noble continente, avanza junto a la empalizada, hacia la cancela. Va a la oficina. Y Katiusha siente su alma embargada de esa sensación de calma que nos hace no desear nada y no pensar en nada...

Mediado el día se despierta de excelente humor. El sueño le ha hecho mucho bien. Pero, después de restregarse los ojos, mira al lugar donde poco antes se removía Vasia, y la sensación de júbilo que antes experimentara cae de su corazón como si fuese una pesa de plomo. Vasia se ha ido y volverá muy de noche, borracho, como ayer, como anteayer, como siempre... Los sueños de Katiusha se repetirán, y en la cara del marido tomará a reflejarse la repugnancia.

—¡Para qué voy a escribir al tío! —suspira.

UN NEGOCIANTE

(Делец)

Es tahúr, traficante de bolsa, director de baile, comisionista, testigo de bodas, compadre, plañidero en los entierros y gestor de raíl cosas. Ivánov le conoce como conservador acérrimo; Petrov, como nihilista exaltado. Se regocija con las bodas ajenas, lleva caramelos a los niños y, pacientemente, da conversación a las viejas. Siempre va vestido a la moda y peinado *à la Capoule*. Es circunspecto. Tiene un gran cuaderno de apuntes que mantiene en secreto. Veamos algunos extractos:

«Gastado en convidar al ayuda de cámara del príncipe, cinco rublos veinte. He vendido las acciones del ferrocarril Lozovaia-Sebastopol, perdiendo catorce kopeks.

«Que no se me olvide mostrar a la condesa Dírina el nuevo solitario llamado *La Princesa*. Las doce primeras cartas sacadas de la baraja se colocan formando círculo; las demás se ponen sobre cualquiera de estas cartas, sin fijarse en el palo, hasta que aparezca la sota de corazones, etcétera. Recordarle, a propósito, el asunto de Petia Sivujin, que desea ingresar en el regimiento de drinaderos. Hablar con la doncella Olia respecto a los patrones de vestidos para la tendera Vibújina.

«Eriguin me ha dejado a deber siete rublos de los que me correspondían por haber terciado en su casamiento. Durante el bautizo vigilé a Kutsin, le hablé de política y me mostré liberal, pero no pude sacarle ni una frase sospechosa. Habrá que esperar.

«El ingeniero Funin me ha encargado buscar piso para su nueva querida y me ha pedido que la antigua, es decir, Élena Mijaílovna, se la *coloque* a quien pueda. He prometido hacer lo uno y lo otro para el veinte de agosto.

«Mil rublos ofrece la princesa Jlíkina por sus cartas de amor al teniente Skótov. Pediré cinco mil para dejárselas por tres mil, pero sin dárselas todas, de ninguna manera. La carta donde se describe el encuentro en el jardín conviene guardarla para vendérsela posteriormente, por un precio especial.

«He actuado de testigo en un juicio. *Unté* al fiscal y, por eso, cuando el defensor comenzó a meterse conmigo, el presidente salió en defensa mía.

«No debo olvidar cruzarle la *jeta* al agente Yáikel para que no mienta.

«Ayer, jugando a las cartas en casa de Bukashin, estuvieron al tanto de mis movimientos y, para conformar a los demás, tuve que perder quince rublos. De todas maneras, no pude librarme de una bofetada.

«Gusin me ha entregado veinticinco rublos para que se los dé al periódico *Jriukalo* por no haber publicado la crónica de su juicio. Con diez habrá bastante».

EL AHOGADO

(ESCENA)

(Утопленник. Сценка)

En el muelle de un gran río navegable está en su plenitud el ajetreo propio de los días de verano: carga y descarga de barcazas en medio de interminables blasfemias y de silbidos de barcos.

—Tri..., tirli... —tintinean las grúas.

Huele a pescado en salazón y a alquitrán... Al agente de la sociedad naviera *Schelkoper* que, sentado en el malecón, junto a la misma orilla, espera al remitente de la mercancía, se aproxima una figura chaparreta, de cara fofa, alcoholizada, chaqueta haraposa y pantalón a rayas, remendado. El individuo en cuestión lleva una gorra descolorida, con la visera abollada y una mancha donde en tiempos estuvo la escarapela. La corbata se le ha salido del cuello de la camisa y se le enreda en el pescuezo.

—¡Viva el señor comerciante! —cacarea la figura, saludando al estilo militar—. ¡*Vivat!* ¿No desea su merced ver a un ahogado?

—¿Dónde está?

—En realidad no existe el tal ahogado, pero yo puedo representarlo: un salto al agua, y le mostraré la muerte de un náufrago. El cuadro no es tan lamentable cuanto irónico en lo que respecta a su contenido teatral... Permítame que se lo presente, señor comerciante.

—No soy comerciante.

—Excúseme... *Mille pardons*... En los tiempos que corren, hasta los comerciantes visten ya como los demás señores^[40], de modo que ni el mismo Noé sería capaz de separar los puros de los impuros. Pero si es usted intelectual, tanto mejor. Podremos entendernos, pues yo también soy de familia noble... Hijo de un militar de alta graduación, fui propuesto para funcionario de categoría decimocuarta. Así, pues, milord, un artista le ofrece sus servicios. Una zambullida y tendrá ante su merced todo un espectáculo.

—No, muchas gracias.

—Si son consideraciones de índole económica las que le contienen, quiero apresurarme a tranquilizarle: no le cobraré caro. Por zambullirme con botas, dos rublos; sin botas, uno...

—¿Y por qué esa diferencia?

—Porque las botas constituyen lo más caro de la indumentaria, y es muy difícil

secarlas. *Ergo*, ¿me permite que comience?

—No. No soy un mercader y no me gustan esas emociones tan fuertes.

—¡Jm...! A lo que veo, usted desconoce la esencia del asunto... Probablemente cree que le ofrezco un espectáculo burdo y grosero, pero le aseguro que es tan sólo humorístico y satírico... Sonreirá una vez más en su vida, y se acabó... Porque causa risa ver a un hombre vestido luchando con las olas. Y, además, me dará algo a ganar.

—Más le valiera dedicarse al trabajo y no a representar ahogados o náufragos.

—¿Al trabajo? ¿A cuál? Nadie me proporcionará un empleo decoroso a causa de mi afición al alcohol; además, se necesita alguna influencia, y, por otra parte, mi hidalguía me impide aceptar un trabajo manual.

—Ríase usted de su hidalguía.

—¿Cómo que me ría? —se engalla la figura, levantando altivamente la cabeza con una sonrisa— Si un pájaro comprende que es un pájaro, ¿cómo no va un hidalgo a darse cuenta de su linaje? Yo, aunque pobre, harapiento y mendigo, soy orgulloso. ¡Me enorgullezco de mi sangre!

—Pues su orgullo no le impide nadar vestido...

—¡Eso me sonroja! Su observación encierra una parte de amarga verdad. Ella denota al hombre instruido. Pero antes de lanzar su piedra sobre el pecador conviene que oiga usted las razones de éste... Ciertamente, hay entre nosotros muchos sujetos que, olvidándose de su dignidad, permiten a los ignorantes *kuptsí* untarles la cabeza con mostaza, embadurnarles con hollín en el baño para que parezcan diablos, vestirles con ropas de mujer y hacer procacidades, pero yo... ¡yo estoy muy lejos de todo eso! Por más dinero que me dieran los mercachifles, jamás permitiría que me untasen la cabeza con mostaza ni con ninguna otra sustancia por noble que fuese. Pero en la representación de un náufrago no veo nada denigrante... El agua es materia húmeda, limpia. Por zambullirse en ella no se ensucia uno; al contrario, se pone más limpio; y la Medicina tampoco lo veda... Bueno: si, a pesar de todo, no accede usted, puedo hacerle una rebaja. Le cobraré un rublo por la zambullida con botas y todo...

—Que no, que no...

—¿Por qué?

—Pues porque no. Eso es todo...

—Debiera usted ver cómo me ahogo... Nadie lo hace como yo en todo el río... Si los señores médicos viesan la cara de muerto que pongo, me levantarían un pedestal... Bueno, mire: se lo dejo en sesenta kopeks. Un buen estreno vale más que todos los dineros. A otro no le cobraría menos de tres rublos, pero por su cara veo que es usted un caballero bondadoso... A los científicos les llevo menos...

—Déjeme tranquilo, por favor...

—Bien, allá usted. Libertad al libre y gloria al bueno, pero hace mal en rechazar mi oferta. En otra ocasión querrá dar hasta diez rublos por verlo, y no encontrará quien se preste a hacer de ahogado...

El individuo se sienta en la orilla, más arriba que el agente, y, resoplando fuertemente, comienza a rebuscarse en los bolsillos.

—¡Oh, qué diablo! —gruñe—. ¿Dónde me he dejado el tabaco? Seguramente lo habré olvidado en el muelle. Discutí de política con un oficial y, a causa del acaloramiento, metí la pitillera en... En Inglaterra hay cambio de gobierno. ¡Qué chusca es la gente! ¿Permite su merced que le pida un cigarrillo?

El agente se lo da. En esto aparece el mercader expedidor de la mercancía, a quien espera el agente. La figura se pone en pie de un salto, oculta el cigarrillo en una mano y con la otra saluda militarmente.

—¡Viva su señoría! —carraspea—. ¡*Vivat!*

—¡Ah, es usted! —dice el agente al comerciante—. Mucho se ha hecho esperar. ¡Y yo aquí aguantando a este lechuguino! ¡La lata que me ha dado con sus habilidades! Por sesenta kopeks quiere representar las agonías de un ahogado...

—¿Por sesenta kopeks? —se asombra el *kupets*—. Eso se llama abusar, hermano. Con veinticinco ibas bien servido. Ayer, treinta personas nos representaron todo un naufragio por sólo cinco rublos. ¡Y tú pides sesenta kopeks! Mira, para hacer trato, ¿quieres treinta?

La figura infla los carrillos y sonríe despectiva:

—Treinta kopeks... Hoy vale eso un repollo, y usted quiere un ahogado... ¿No es mucho pedir?

—Bueno, pues lo dejamos... No tengo tiempo para discutir contigo.

—En fin, aceptaremos para estrenamos. Pero no les cuente a los *kuptsi* que le he llevado tan barato.

Dicho esto se quita las botas; fruncido el ceño y levantada la barbilla, se acerca al agua y salta torpemente. Se oye el ruido de un cuerpo pesado al zambullirse. Saliendo a la superficie, la figura agita los brazos de una manera absurda, patalea y trata de poner cara de miedo... Pero su semblante no es de miedo, sino de frío, que le hace dar diente con diente.

—¡Húndete, húndete! —le grita el mercader—. ¡No nades y húndete!

El «náufrago» parpadea y, abriéndose de brazos, se sumerge de cabeza. Ahí termina el espectáculo. Después de «ahogarse», la figura sale del agua y, cobrando los treinta kopeks, continúa su camino por la orilla, tiritando de frío y calada hasta los huesos.

UN ANUNCIO

(Реклама)

¡No más incendios! ¡Los sistemas de extinción de fuegos de Babáiev y Garden son la gloria de nuestro tiempo! La prueba de su gran resistencia al fuego es la siguiente. El fabricante de cerillas Lapshin se lo unta a sus cerillas «suecas» que, como es sabido, no se encienden ni cuando se les acerca una vela encendida. La mecha de las velas Pushkariovski están recubiertas, de igual forma, con esa sustancia. Los especuladores teatrales, los propietarios de las cajas de crédito, los abogados de Iverskaya, jamás se consumen de vergüenza y tan sólo porque están recubiertos de la sustancia *babáieviana-gardeniana*. Para que esto no parezca infundado, le recomendamos a nuestro muy respetado público que adquiera los sistemas recién inventados y se los apliquen a:

las personas coléricas,
los empresarios quemados,
los corazones de la gente enamoradiza,
las hijas ardientes y las madres llameantes,
las cabezas calientes de nuestros jóvenes representantes,
las personas que arden con celo en su servicio y tienden al daño evidente.

FALSARIOS

(СВИСТУНЫ)

Alekséi Fiódorovich Vosmiorkin llevaba por su hacienda a su hermano, licenciado en Humanidades, mostrándole la finca. Ambos acababan de desayunarse e iban un poco alegrillos.

—Ésta, hermano, es la fragua —explicaba Alekséi Fiódorovich—. Aquí, atados a esta escarpia, hierran a los caballos. Y ése es el baño; dentro hay un diván debajo del cual las pavas empollan los huevos. Cuando mira uno al diván recuerda muchas cosas. El baño lo caliente solamente en invierno. ¡Es una delicia, hermano! Los rusos y nadie más que los rusos podían inventar esta clase de baños. Con una hora en el descansillo superior gozas más que pueda gozar en cien años un italiano o un alemán. Estás tendido, como en una parrilla, y Avdotia te va azotando con el manojo de ramas: ¡chiki-chiki-chiki-chiki-chiki-chiki! Te levantas, te tomas un buen vaso de *kvas* frío, y otra vez ¡chiki-chiki! Luego descienes del descansillo más rojo que Satanás... Bueno, aquí la vivienda de los criados. Ahí viven mis trabajadores. ¿Quieres que entremos?

El terrateniente y el licenciado se agacharon y entraron en un barracón a medio derrengar, sin revoque en las paredes, caído el techo y rotos los cristales de la ventana. Olía a guisote. Los criados y los braceros estaban almorzando. Sentados alrededor de una larga mesa, *muzhiks* y mujerucas, provistos de cucharones, comían una bazofia de guisantes. Al ver a los señores interrumpieron su almuerzo y se levantaron.

—Ahí tienes a los míos... —dijo el amo recorriendo con la mirada a los comensales—. Buenos días, muchachos.

—Alalablblbl...

—Ahí los tienes, hermano. Ésa es Rusia. La Rusia auténtica. Gente a escoger. ¡Y qué gente! ¡Dónde va a compararse con ella un cochino alemán, y que Dios me perdone, o un francés! En comparación con los rusos, todos los demás son cerdos, carroña.

—Bueno, bueno, no digas esas cosas —objetó el licenciado encendiendo un habano, quizá para purificar el aire—. Todos los pueblos tienen su historia, su porvenir...

—¿Cómo vas a comprender estas cosas si eres un occidentalista? Eso es lo malo: que vosotros, los científicos, asimiláis lo ajeno y de lo propio no queréis saber nada. ¡Lo despreciáis, os apartáis! Pero yo he leído una cosa que me ha parecido muy bien: la intelectualidad está podrida, y si aún quedan ideales en alguien es en éstos, en estos zánganos... Tomemos por ejemplo a Filka...

Vosmiorkin se acercó al pastor Filka y le zarandeó por un hombro. El pastor

sonrió y emitió una risilla: «gui, gui, gui»...

—Fíjate en él. ¿De qué te ríes, idiota? Te estoy hablando en serio, y tú venga a reírte... Mira a este mostrenco, licenciado. De hombro a hombro, una toesa; su pecho, el de un elefante. No hay quien le mueva al maldito. Pues, ¿y la fuerza moral que se encierra en él? ¡Un monumento de fuerza! Más que diez intelectuales como tú. ¡Mantente firme, Filka! ¡Mantente despierto! No retrocedas nunca y aguanta con tesón. Si alguien te dice algo para pervertirte, escúpele a la cara y no le hagas caso... Tú eres más fuerte y mejor. Somos nosotros los que debemos imitarte a ti...

—¡Señores míos de mi alma! —pestañeó el cochero Antip, muy solemne en todas sus cosas—. ¿Creen ustedes que él se da cuenta de nada y que es capaz de apreciar los elogios de los amos? ¡Arrodíllate, pedazo de alcornoque, y bésale la mano al señor! ¡Bienhechores nuestros! No hay nadie peor que este Filka, pero usted le perdona; y el que no bebe ni hace el gandul no está en el mundo, sino en la gloria... Dios nos la dé a todos... Usted nos premia y nos castiga.

—¿Te das cuenta? Ha dicho la purísima verdad. ¡No hablara mejor el patriarca de los bosques! «Nos premia y nos castiga»... En palabras muy simples, la idea de la justicia. Yo me inclino ante ellos, hermano. ¿Quieres creerlo? Aprendo de ellos. ¡Aprendo!

—Cierto, señor, cierto... —balbució Antip.

—¿Qué es lo cierto?

—Lo de aprender, señor.

—¿Lo de aprender, qué? ¿Qué tonterías dices?

—Digo lo que usted ha dicho... sobre la instrucción... Ustedes, los señores, pueden aprenderlo todo... Nosotros somos la oscuridad y la ignorancia. Vemos un letrero y no nos enteramos de lo que significa... Entendemos más con la nariz: si huele a vodka, es una taberna; y si a brea, una tienda...

—¿Eh? ¿Qué dices a esto, licenciado? ¿Qué te parece nuestra gente? Cada palabra, una metáfora; cada frase, una verdad profunda. La cabeza de Antip, hermano, es un nido de sabiduría. Pues ahora verás a Duniashka. Duniashka, ven aquí.

La vaquera Duniashka, pecosa, de nariz respingona, se sintió cohibida y arañó la mesa con las uñas.

—¡Te he dicho que vengas, Duniashka! ¿De qué te da vergüenza, so pazguata? No te vamos a morder...

Duniashka se levantó de la mesa y fue a colocarse ante el amo.

—¿Qué te parece? Toda ella respira fuerza. ¿Has visto alguna como ésta en San Petersburgo? Allí las mujeres son como cerillas: huesos y tendones. Ésta, en cambio, fíjate: rosas sobre nieve, sencillez, pujanza. ¡Mira qué sonrisa y qué color de cara! Todo es naturaleza, realidad, y no como allí en la capital... ¿Por qué tienes hinchado ese carrillo?

Duniashka se puso a masticar a toda prisa y se tragó lo que tenía en la boca.

—Pues ahora repara en esos hombros y en esas patazas —siguió diciendo Vosmiorkin a su hermano—. Si se le ocurre dejar caer esa porra que tiene por puño sobre las espaldas de su adorado, debe de hacer el mismo ruido que un estacazo en un barril... Qué, amiga, ¿sigues *arrejuntada* con Andriushka? Cuidado, Andriushka, que voy a tener que darte un escarmiento... Ríete, ríete... ¿Qué dices, licenciado? Mira qué formas, qué formas...

Vosmiorkin se inclinó y cuchicheó algo al oído del licenciado. Todos se echaron a reír.

—¿Ves? Ya has conseguido que te tomen a risa, desvergonzada —observó Antip lanzando a Duniashka una mirada de reconvención—. ¿Por qué te has puesto más colorada que un tomate? Si no fueras una perdida no dirían cosas de ti...

—Y, ahora, vas a ver a Lubka, licenciado —continuó la presentación el dueño—. En nuestra primera voz. Tú, que andas entre los *chujonstsi*^[41] en busca de *folklore*, podías escuchar a los míos. Oírlos cantar y caerse la baba sería todo uno. ¡A ver, muchachos!

¡A ver! Comienza tú, Lubka. ¿Por qué no empezáis, cochinos? ¡A obedecer!

Lubka tosió azarada, llevándose el puño a la boca, y comenzó a cantar con voz estridente y algo ronca. Los restantes la secundaron. Vosmiorkin agitó los brazos, parpadeó y, esperando leer una expresión de arrobamiento en la cara de su hermano, se puso a cacarear.

El licenciado, con los ojos a medio cerrar, fruncidos los labios y con aire de hombre docto en la materia, puso oído.

—Ssíí... —sentenció—. Es una variante de un canto de Kireiev, séptima edición, grupo tercero, estrofa decimoprimera... No cabe duda... Será cosa de anotarlo...

Sacando un cuaderno del bolsillo, y entornando los ojos más aún, tomó unas notas. Terminada la primera canción, los criados iniciaron la segunda. Mientras tanto, la sopa se enfrió, y las gachas, recién sacadas del homo, dejaron de humear.

—¡Así, así! —acompañaba Vosmiorkin a los cantantes, llevando el compás con el pie en el suelo—. ¡Qué bien! ¡Yo adoro estas cosas!

Y hubieran terminado bailando a no ser porque el cochero Piotr vino a anunciar a los señores que el almuerzo estaba servido.

—¡Y unos descastados, unos detritos como nosotros, osamos considerarnos por encima de ellos! —lloriqueaba Vosmiorkin al salir de la barraca—. ¿Qué somos nosotros? ¿Quiénes somos? Ni ideales, ni ciencia, ni trabajo... ¿Los oyes reírse? Se ríen de nosotros. Y tienen derecho: ¡adivinan nuestra falsedad! Llevan mil veces razón, y..., y... Pero ¿te has fijado bien en Duniashka? ¡Un bombón! Voy a llamarla después de almorzar.

De sobremesa, los dos hermanos hablaron de la originalidad, de la virginidad y de la integridad, se maldijeron a sí mismos y trataron de hallar el sentido de la palabra *intelectual*.

Después se echaron una siesta, tras de la cual salieron a la terraza, pidiendo agua

de Seltz y reanudaron la conversación sobre el mismo tema...

—¡Petka! —gritó Vosmiorkin a un criado—. Ve y llama a Duniashka, a Lubka y a los demás. Diles que hay que cantar a coro. ¡Pronto! ¡Más vivo!

EL PADRE DE FAMILIA

(Отец семейства)

Es frecuente que después de un día de juerga o de haber perdido a las cartas, las funciones físicas se desequilibren.

Stepán Stepánich Zhilin se despierta de un humor marcadamente turbio. Su aspecto, hosco, arrugado y desaliñado. Su rostro gris lleva impreso un gesto de desagrado. No se sabe si es que está ofendido o si es que algo le da asco. Se viste despacio; bebe despacio su agua de Vichy y da vueltas por las habitaciones.

—¡Quisiera saber qué animal es el que anda por aquí y se deja las puertas abiertas! —gruñe, enfadado, envolviéndose en la bata y escupiendo ruidosamente—. ¡Quitad de ahí ese papel! ¿Qué hace ahí tirado?... ¡Veinte personas en la servidumbre y hay aquí menos orden que en una taberna!... ¿Quién ha llamado? ¿A quién se le ha ocurrido venir?

—Ha venido la abuelita Anfisa. La que asistió a nuestro Pedia —contesta la mujer.

—¡Aquí viene a parar todo el mundo! ¡Quita panes ajenos!...

—¡No es posible comprenderte, Stepán Stepánich! ¡Las invitas tú mismo y luego te enfadas!

—¡No me enfado!... ¡Hablo! ¡Deberías estar ocupada en algo en lugar de estar ahí sentada, mano sobre mano, y buscando discusiones! ¡Juro por mi honor que no comprendo a estas mujeres! ¡No las com... pren... do!... ¿Cómo podrán pasarse los días enteros sin hacer nada?... El marido trabajando como un buey, como un animal, y la mujer, la compañera de su vida, repantigada como una princesa, sin hacer nada, y de puro aburrimiento esperando sólo la ocasión de reñir con su marido ¡Ya es hora, querida, de que dejes esos aires de colegiala! ¡Ya no eres una colegiala ni una señorita! ¡Eres una madre de familia! ¡Una esposa!... ¿Vuelves la cabeza, eh?... ¡Ajá!... ¡Claro! No es agradable oír verdades que escuecen.

—Es extraño que esas verdades que escuecen las digas sólo cuando te duele el hígado.

—¡Vaya!... ¡Ya empieza la escena!...

—¿Estuviste ayer en las afueras o fuiste a jugar a casa de alguien?

~¡Y aunque así fuera! ¡Qué le importa a nadie! ¿Es que estoy obligado a dar cuenta a todos de lo que hago? ¿Pierdo acaso un dinero que no me pertenece?... ¡Lo que yo gasto y lo que se gasta en esta casa es mío! ¿Lo está oyendo usted? ¡Mío!...

Y así por el estilo todo lo demás. Pero en ningún otro momento se muestra Stepán Stepánich tan juicioso, tan magnánimo, tan riguroso y tan justo como cuando sus familiares, a la hora de la comida, toman asiento a su alrededor.

La discusión empieza generalmente en la sopa. Al engullirla primera cucharada,

Zhilin hace una mueca de disgusto y deja de comer.

—¡El diablo sabrá qué es esto! —masculla—. ¡Tendré que irme a comer a la taberna!

—¿Pues qué es lo que pasa? —pregunta, intranquila, su mujer—, ¿No está buena la sopa?

—¡Haría falta un paladar de cerdo para comer esta bazofia! ¡Está salada y apesta a trapo!... ¡Le han echado chinches en lugar de cebolla!... Es sencillamente indignante, Anfisa Ivánovna —prosigue, dirigiéndose a la invitada—, que después de dar día por día el dinero a espuertas, y de andar privándose de todo, le alimenten a uno así. Pretenderán seguramente que deje mi empleo y me ponga yo mismo a guisar en la cocina.

—Pues la sopa de hoy está buena... —observa tímidamente *la institutriz*.

—¿Buena?... ¿La encuentra usted buena de verdad? —dice Zhilin, mirándola con enfado—. ¡Claro que eso de los gustos es muy personal! En general, hay que reconocer que nuestros gustos son muy distintos a los de usted, Varvara Vasilevna. Por ejemplo, a usted le satisface plenamente la conducta de este niño —Zhilin, con trágico ademán, señala a su hijo Fedia—. Está usted entusiasmada con él..., pero yo..., yo en cambio estoy indignado. Lo estoy.

Fedia, chiquillo de siete años, de rostro pálido y enfermizo, deja de comer y baja la mirada. Su rostro palidece más aún.

—Sí. Está usted entusiasmada, mientras que yo sencillamente me indigno... ¿Quién de los dos tiene razón?... No lo sé; pero me permito pensar que yo, en mi calidad de padre, he de conocer a mi hijo mejor que usted. ¡Mire cómo está sentado! ... ¿Se sientan así los niños bien educados? ¡Siéntate bien!

Fedia levanta la barbilla y estira el cuello, con lo que cree estar más erguido. Las lágrimas asoman a sus ojos.

—¡Come! ¡Coge la cuchara como es debido! ¡Espera, que he de ocuparme de ti, chiquillo mal criado! ¡Y cuidado con llorar! ¡Mírame!

Fedia se esfuerza en mantenerse sentado derecho; pero su cara tiembla y sus ojos rebosan de lágrimas.

—¡Ah!... Conque lloras, ¿eh?... Tú eres el que tiene la culpa y el que llora, ¡Largo de ahí! ¡Ponte en ese rincón..., animal!

—Pero déjale primero que coma —intercede la mujer.

—¡Nada de comer! ¡Semejante ca...! ¡Chicos tan traviosos no tienen derecho a comer!

El semblante de Fedia se contorsiona, todo él se agita, y deslizándose de la silla se dirige al rincón.

—Y no será esto sólo... —prosigue el padre—. Si los demás no quieren ocuparse de tu educación, ¡qué le vamos a hacer!..., me ocuparé yo. Conmigo, amiguito, te aseguro que no vas a hacer travesuras ni a llorar a la hora de la comida. ¡Estúpido!... ¡Lo que tienes que hacer es trabajar! ¿Entiendes? ¡Hay que trabajar! ¡Tu padre

trabaja..., conque trabaja tú también! ¡Nadie debe comer el pan sin haberlo ganado! ¡Es menester saber portarse como un hombre! ¡Co... mo un hom... bre!

—¡Termina, por el amor de Dios! —ruega en francés la mujer—. ¡Al menos delante de extraños, no nos comas!... La vieja lo está oyendo todo y por ella se enterará toda la ciudad...

—Yo no tengo que guardarme de los extraños —contesta Zhilin en ruso—, Anfisa Ivánovna está viendo que cuanto digo es justo... Entonces..., según tú..., ¿he de estar contento con este chiquillo? ¿Sabes lo que me cuesta? ¿Sabes, muchacho mal criado, lo que me estás costando?... ¿O es que te figuras que yo fabrico el dinero o que me lo dan gratis? ¡Bueno..., basta ya de lloros! ¡A callar! ¿Me oyes o no? ¿Quieres acaso que te dé unos azotes?

Fedia deja escapar un chillido y rompe a sollozar.

—¡Esto ya es insoportable! —dice la madre, levantándose de la mesa y tirando la servilleta—, ¡No nos dejás nunca comer tranquilos! ¡Estoy harta de tus reproches! Y llevándose la mano al cuello, y apretándose los párpados con el pañuelo, sale del comedor.

—Su señoría se ha ofendido —gruñe Zhilin con forzada sonrisa—. La han educado con demasiada delicadeza... ¡Así es..., Anfisa Ivanovna! ¡Hoy en día no se quieren oír las verdades!... ¡Y, además, luego viene a resultar que los que tenemos la culpa somos nosotros! Transcurren unos cuantos minutos en silencio.

Zhilin pasa la mirada por los platos y, observando que nadie ha tocado siquiera la sopa, suspira profundamente y mira con fijeza el rostro enrojecido y lleno de inquietud de la institutriz.

—¿Por qué no come usted, Varvara Vasilevna? —pregunta—. ¿Quiere decir eso que está usted ofendida? ¡Bien!... No le gusta escuchar la verdad..., ¿eh?... Pues perdón..., pero mi carácter es así y no puedo ser hipócrita. Yo digo la verdad, por encima de todo —un suspiro—. Estoy observando, sin embargo, que mi presencia no es grata... Parece ser que delante de mí no se puede ni hablar ni comer... Si me lo hubieran dicho antes, me hubiera marchado... Así que nada... Me voy.

Zhilin se levanta y, dignamente, se dirige a la puerta. Al pasar por delante de Fedia, que sigue llorando, se detiene.

—¡Después de lo que acaba de ocurrir, queda usted en libertad de acción! —dice a Fedia, echando hacia atrás la cabeza con un gesto lleno de dignidad—. ¡No volveré a intervenir en su educación! ¡Me lavo las manos! Pido perdón a usted y a sus instructores por haberles molestado actuando sinceramente como padre. Al mismo tiempo, y de una vez para siempre, ¡declino toda responsabilidad sobre su futuro destino!

Fedia lanza un chillido y solloza aún más fuerte, Zhilin, siempre con dignidad, se vuelve hacia la puerta y se retira a su dormitorio.

Al despertar de su siesta de sobremesa, empieza a experimentar remordimientos de conciencia. Se siente avergonzado ante su mujer, ante su hijo, ante Anfisa

Ivánovna... Recuerda con fuerte aprensión lo ocurrido durante la comida; pero puede más su amor propio, y faltándole el valor de la sinceridad continúa enfadado y gruñendo.

Cuando despierta a la mañana siguiente está de un humor perfecto y, mientras se lava, silba ligeramente. Al entrar en el comedor para tomar su café encuentra allí a Fedia, que se levanta al ver a su padre y mira a éste con aire desconcertado.

—¡Bien, joven!... ¿Qué hay?... —pregunta alegremente Zhilin, sentándose a la mesa—, ¿Qué nos cuenta usted de nuevo?... ¿Vives?... ¡Bueno..., pues ven acá, chiquitín!... ¡Da un beso a tu padre!...

Fedia, pálido y con cara seria, se acerca a su padre y le roza la mejilla con unos labios que tiemblan. Después se aleja y vuelve a ocupar silencioso su sitio.

EL ALCALDE

(ESTAMPA)

(Староста. Сценка)

En un sórdido tabernucho de un villorrio provinciano, el alcalde, Rhelma, está comiéndose unas gachas grasosas. A cada tres cucharadas se bebe «la última».

—Es muy difícil tratar con los campesinos, hermano —dice el tabernero mientras, bajo la mesa, se abrocha los botones, que se le desabrochan a cada instante—. Sí, hombre, sí. Los asuntos del campo son una política que ni Bismarck la arreglaría. Para llevarlos bien se necesita un talento y una maña muy especiales. ¿Por qué me quieren a mí los *muzhiks*? ¿Por qué acuden a mí como las moscas a la miel? ¿A qué se debe que yo como kasha con mantequilla mientras muchos abogados la comen viuda? Porque en esta cabeza hay talento, inteligencia...

Shelma, resoplando, se toma otra copa y alarga el sucio cuello con mucho empaque. Tiene roña no sólo en el pescuezo, sino en las manos, en la camisa, en el pantalón, en la servilleta, en las orejas... Todo es suciedad en él:

—No soy un científico, ¿para qué mentir? Ni he terminado ningún curso ni he ido de frac como los sabios; pero, hermano, sin modestia ni represalias, puedo asegurarte que ni por un millón encontrarías un jurista como yo. Desde luego, no sería capaz de resolver el pleito de Skopino ni de hacerme cargo del asunto de Sarra Becker, pero tratándose de algo del campo, ya puedes buscar por ahí defensores o fiscales, que ninguno me llega a la altura del tobillo. Te lo juro. Sólo yo, y nadie más que yo, puedo solucionar las cosas de los *muzhiks*. Y aunque venga Lomonósov, y hasta Beethoven, si les falta el talento mío más vale que no se metan a redentores. Fíjate, por ejemplo, en lo sucedido con el alcalde de Réplovo. ¿Has oído hablar de eso?

—No.

—Pues es un caso estupendo, político. El mismísimo Plevako^[42] habría salido chasqueado; yo en cambio, lo arreglé a las mil maravillas. Como te lo digo. Cerca de Moscú, hermano mío, hay una fábrica de campanas. En esta fábrica, amigo mío de mi alma, trabaja de maestro Evdokim Petrov, un *muzhik* de Réplovo. Lleva allí lo menos veinte años. Por su documentación, naturalmente, es un *muzhik*, un desharrapado, un palurdo; pero por su aspecto no lo parece. En los veinte años que lleva allí se ha refinado y se ha pulido. Usa traje de paño, anillos, una cadena de oro que le abarca toda la barriga. ¡Da miedo acercarse a él! De *muzhik* no tiene ya nada. Y es natural, hermano: mil quinientos rublos de sueldo, casa, comida; el amo le trata como a un igual... Así se convierte cualquiera en un señor. Y, además, tiene una jeta que

impone. (Mientras habla, se bebe otra copa). Pero mira por dónde se le ocurre a este Evdokim Petrov venir al pueblo, es decir, a Réplovo. Después de tanto tiempo de vivir fuera, quiso volver a la patria chica. En la fábrica de campanas estaba como en la gloria, y un maestro como él no tenía por qué añorar nada; pero ¿sabes?, la patria siempre llama... Vete tú a América y báñate en billetes de cien rublos, que siempre te tirará esta taberna. Pues lo mismo, le pasó a él. Pidió una semana de permiso y se vino. Llega a Réplovo. Lo primero que hace es ir a ver a los parientes: «Aquí era donde vivía yo... Aquí apacentaba el ganado de mi padre... Aquí dormía...». Ya se sabe: recuerdos de la infancia. Ni que decir tiene que se dio algo de importancia: «Fijaos, hermanos: yo fui un gañán, igual que vosotros, pero gracias a mi trabajo y a mi sudor he llegado a ser rico y a tener una posición. Trabajad también vosotros». Los palurdos, al principio, le escuchaban embobados y se deshacían en alabanzas, hasta que, por último, pensaron: «Todo eso está muy bien, querido amigo, pero ¿qué ganamos nosotros contigo? Llevas ya una semana viviendo aquí, y aún no te hemos visto un detalle». Decidieron, pues, mandarle al alguacil:

—Dame cien rublos, Evdokim.

—¿Cien rublos? ¿Para qué?

—Para vodka. La aldea quiere beber a tu salud.

Pero resulta que Evdokim ni bebe, ni fuma, ni se lo permite a los demás, pues es persona seria, muy religiosa.

—Para vodka, ni un ochavo —respondió.

—¿Cómo es eso? ¿Con qué derecho te niegas? ¿O no eres de los nuestros?

—¿Y qué tiene que ver que lo sea? A nadie le debo nada. ¿A santo de qué voy a pagar?

Y comenzó el lío: Evdokim, firme en lo suyo, y el *mit*^[43] también. Los *muzhiks* se enfadaron. Ya sabes lo brutos que son; no les entra nada en la cabeza; querían juerga, y ya podía uno explicarles las cosas en los siete idiomas o liarse a cañonazos con ellos, que no había manera de que entendiesen nada. Tenían gana de vodka, ¡y se acabó! Además, les molestaba que, habiendo venido un paisano rico, no pudieran sacarle, como se dice por aquí, ni lana ni leche. Se pusieron a buscar el modo de que Evdokim soltara los cien rublos. Pero por más que lo pensaron no se les ocurrió nada. Les dio por rondar la isba de aquél amenazándole: «Te vamos a hacer esto» o «Te voy a hacer lo otro». Y Evdokim, como el que oye llover. «Estoy limpio —pensaba— ante Dios, ante la ley y ante el mundo entero. ¿Qué tengo que temer yo? Soy pájaro libre». Pues verás: los *muzhiks* comprendieron que el dinero lo verían cuando las ranas criaran pelo, y entonces trataron de ingeniárselas para cortar las alas al irrespetuoso pájaro libre. Sin embargo, como sus cabezas no daban para tanto, me mandaron a llamar. Llego a Réplovo y me dicen: «Denís Semiónich, a ése no hay modo de sacarle el dinero. Busca una triquiñuela para que lo afloje». ¡Menuda tarea, hermano! Allí no cabía inventar trucos, porque los derechos de Evdokim estaban más claros que el agua. Ni el más vivo de los fiscales hubiera sido capaz de buscarle las

vueltas para hacerle pagar, aunque estuviera devanándose los sesos tres años... El mismo diablo no habría encontrado por dónde meterle mano...

Shelma vació otra copa y guiñó un ojo.

—Pero yo sí que lo encontré —rió con risa conejil—. ¡Adivina lo que se me ocurrió! En cien años no lo acertarías. «¿Sabéis lo que vais a hacer, muchachos? —les dije—. Elegidle alcalde del pueblo». Ellos, ni cortos ni perezosos, le eligieron. Y ahora, escucha. Le llevan la vara a Evdokim. Éste se echa a reír:

—Dejaos de bromas, que no quiero ser alcalde vuestro.

—Pero nosotros queremos que lo seas.

—Pues conmigo no contéis. Mañana mismo me marchó.

—No, no puedes marcharte. No tienes derecho. La ley prohíbe que un alcalde abandone su puesto.

—Pues yo renuncio al título.

—No tienes derecho. Todo alcalde está obligado a vivir por lo menos tres años en el lugar donde se le haya elegido, y solamente los tribunales pueden quitarle el título que le da el *mir*. Como te hemos elegido, ni tú ni nosotros podemos evitar que seas nuestro alcalde.

El pobre Evdokim soltó un alarido. Como alma que lleva el diablo, corrió a ver al presidente del Consejo Municipal del distrito. El escribano le puso al corriente de las leyes:

—Con arreglo al artículo tal del capítulo cual, se te prohíbe abandonar el cargo en un plazo de tres años. Cumple tu plazo, y después te marchas.

—¿Tres años? ¡Lo que no puedo esperar es ni un mes! Faltando yo, es como si el dueño de la fábrica se quedara manco de los dos brazos. ¡Esto le costará miles de rublos! Y yo, además de la fábrica, tengo allí mi casa, mi familia...

Etcétera, etcétera. Pasa un mes. Evdokim ofrece al *mir* no ciento, sino trescientos rublos para que le deje en libertad por el amor de Cristo. Los *muzhiks* los hubieran cogido de muy buena gana, pero ya no había nada que hacer, era tarde. El alcalde va a ver al presidente de la Diputación Provincial:

—Excelencia, por asuntos familiares, no puedo ocupar el puesto de alcalde en Réplovo. ¡Déjeme marchar! ¡Por Dios se lo suplico!

—Me es imposible. No hay motivos legales. En primer lugar, no estás enfermo y, en segundo, no se dan circunstancias denigrantes en tu persona. Debes continuar en el cargo.

No sé si sabrás que allí tutean a todo el mundo. El presidente del Consejo Municipal de un distrito o el alcalde de un pueblo representan algo más que cualquier chupatintas, pero en la Diputación los tratan a todos de tú, como si fueran simples lacayos. Ya te imaginarás lo que le gustaría a Evdokim oírse tutear con su traje de paño. Continuó rogando por el santísimo nombre de Cristo.

—No tengo derecho —le contestó el otro—. Si no lo crees, pregúntaselo a todos los funcionarios de esta oficina y te lo dirán. No sólo yo, sino ni siquiera el

gobernador tiene facultades para licenciarte. El acuerdo del *mir*, si no ha habido violación de procedimiento, es inapelable.

Va nuestro hombre a visitar al guía de la Nobleza, al jefe de Policía, a todas las autoridades de la comarca, y la respuesta es la misma: «Sigue en el cargo; no tenemos derecho». ¿Qué le quedaba que hacer más que aguantarse? Y a todo esto, las cartas de la fábrica llegaban una tras otra. Así las cosas, sus parientes le aconsejaron que mandase por mí. Y él, en vez de mandar, ¿quieres creerlo?, vino a verme a todo el galope de un caballo. Llegó y, sin decir palabra, me puso en la mano un billete colorado. Era su única esperanza. Y me explicó lo que sucedía.

—Por cien rublos —le dije—, le arreglo yo a usted el asunto.

Me quedé con los cien rublos y lo arreglé.

—¿Cómo? —inquirió el tabernero.

—A ver si lo aciertas. Es muy sencillo. En la misma ley está la solución.

Shelma se acerca al tabernero y, entre carcajadas, le susurra al oído:

—Le aconsejé robar algo para que le procesaran. ¿Eh, qué te parece el truco? Al principio, hermano, se resistía. ¿Cómo iba él a robar? «Pues robando —le dije—. Me robas a mí el portamonedas vacío y te ganas una sentencia de mes y medio». Se puso tonto acordándose de su buen nombre y de su reputación. «¿Para qué diablos necesitas tu buen nombre? —le rebatí—. ¿Para un formulario? Te tiras en la cárcel mes y medio, se acaba el asunto, habrá circunstancias denigrantes y te quitarán la vara». Lo pensó el hombre, me quitó el portamonedas, cumplió su condena, y hoy está rogando a Dios por mí. ¡Para que veas, hermano, si hay ingenio en esta cabeza! En todo el globo universal no se encuentra una política más enrevesada que la de esos pueblos, y si alguien puede resolver los asuntos campesinos, ese alguien soy yo. El caso no tenía apelación, pero yo puedo apelar. Para que te enteres.

Shelma pide otra botella de vodka y la emprende con una nueva historia: la de cómo los *muzhiks* de Réplovo se bebieron una cosecha ajena que aún estaba en el campo.

EL SUBOFICIAL PRISHIBÉIEV

(Унтер Пришибеев)

—¡Suboficial Prishibéiev! Se le acusa de haber ofendido el tres de septiembre del año en curso, de palabra y obra, al cabo Yuguin, al sargento Aliapov y al alguacil Efímov, de la policía rural, así como a los testigos presenciales Ivánov y Gavrilov y a seis campesinos, con el agravante de que a los tres primeros les ofendió usted cuando estaban cumpliendo sus obligaciones de servicio. ¿Se reconoce usted culpable?

Prishibéiev, un suboficial de cara arrugada, llena de espinillas, se pone firme y responde con voz ronca y ahogada, recalcando cada palabra, como si estuviera dando órdenes:

—¡Señoría, señor juez de paz! De acuerdo con todos los artículos de la ley hay motivos suficientes para refutar todas las circunstancias. No soy yo el culpable, sino todos los demás. Todo este asunto se ha producido por un cadáver, a quien el Señor tenga en su gloria. Iba yo paseando tranquila y respetuosamente el día tres con mi mujer Anfisa cuando vi en la orilla una aglomeración de gente de toda clase. ¿Con qué derecho se ha reunido aquí la gente?, pregunté. ¿Para qué? ¿Es que la ley dice que la gente vaya en manada? Les grité: ¡Circulen! Empecé a dispersar a la muchedumbre para que se fueran a sus casas, ordené al alguacil que los echara de allí...

—Permítame decirle que usted no es el cabo de la policía ni el alcalde pedáneo. ¿Acaso es asunto suyo dispersar a la muchedumbre?

—¡No es asunto suyo! ¡No es asunto suyo! —se oyó exclamar desde distintos rincones de la sala—. ¡No deja a nadie en paz, señoría! Hace ya quince años que le aguantamos. Desde que volvió del servicio militar no se puede vivir en el pueblo. ¡Nos hace la vida imposible!

—¡Así es, Señoría! —dice el alcalde pedáneo en calidad de testigo—. Todo el mundo se queja. ¡Es imposible vivir con él! Si salimos de procesión con los iconos, o celebramos una boda o cualquier otra cosa, en todas partes grita, alborota y siempre quiere poner orden. Coge a los muchachos de las orejas, vigila a las mujeres para que no salgan, como si fuera su suegro... El otro día se metió en una isba y les ordenó que no cantaran ni encendieran la luz. No hay una ley para cantar canciones, dice él.

—Espere, más tarde hará usted su declaración —le interrumpe el juez de paz—. Ahora le toca el turno a Prishibéiev. ¡Continúe, Prishibéiev!

—¡A sus órdenes! —grita con voz ronca el suboficial—. Su Excelencia ha dicho que no es asunto mío dispersar a la gente... Está bien... Pero ¿y si hay desórdenes? ¿Es que se puede consentir que la gente arme escándalo? ¿Qué ley dice que hay que dar libertad al pueblo? Yo no lo puedo consentir. Si no les disperso y les castigo, ¿quién lo hará? Nadie conoce las verdaderas ordenanzas, de todos sólo yo, Señoría,

sé cómo tratar al pueblo llano, yo, Señoría, puedo comprender todo. No soy un *muzhik*, soy un suboficial, intendente retirado, serví en Varsovia, en el Estado Mayor, y tras retirarme, si me permite decirlo, fui bombero, y después, por motivos de salud dejé la ocupación de bombero y trabajé dos años como portero en un instituto masculino... Conozco todas las ordenanzas. Pero el *muzhik* es un hombre simple, no comprende nada y debe obedecerme, pues es por su bien. Tomemos este caso, por ejemplo... Disperso a la muchedumbre y en la orilla, sobre la arena, veo el cadáver de un hombre ahogado. ¿En base a qué disposición está aquí?, pregunto. ¿Acaso es esto orden? ¿Qué hace el cabo? Cabo, ¿por qué no das aviso a la autoridad?, le digo. Puede que se haya ahogado por sí mismo, o puede que este asunto huela a Siberia. Puede que se trate de un crimen... Pero el cabo Yuguin no me hace ni caso, sólo fuma un cigarrillo. «¿De dónde ha salido éste? ¿Quién es para darme órdenes? ¿Es que sin él no sabemos lo que tenemos que hacer?». Pues resulta que no lo sabes, imbécil, si estás aquí sin hacer nada. «Yo —dice él— ya di aviso ayer al jefe de policía». ¿Por qué al jefe de policía?, le pregunto. ¿En qué artículo del Código Penal te basas? ¿Es que en estos casos de ahogados o estrangulados y en casos similares es competente el jefe de policía? Aquí se trata de un caso penal, civil... Debes mandar recado cuanto antes al juez de instrucción y al señor juez. Y lo primero que tienes que hacer es levantar acta y enviársela al señor juez de paz. Y el cabo me oye y se echa a reír. Y los *muzhiks* también. Todos se reían, Señoría. Puedo declararlo bajo juramento. Éste se reía, y este otro, y Yuguin también. ¿Por qué enseñáis los dientes?, les digo. Y el cabo me dice: «Estos casos no son de la competencia del juez de paz». Al oír esas palabras, me encendí. Cabo, ¿no es cierto que dijiste eso? —el suboficial se dirige al cabo Yuguin.

—Sí, lo dije.

—Todos oyeron, como dijiste ante el pueblo llano: «Estos casos no son de la competencia del juez de paz». Todos lo oyeron... Yo, Señoría, me encendí y hasta me asusté al oírlo. Repite, le digo, repite tal cual lo que has dicho. Lo dice otra vez, y yo me acerco a él. ¿Cómo puedes expresarte así sobre el señor juez de paz? ¿Es que tú, cabo de la policía, estás contra el poder? ¿Eh? ¿Tú sabes, le digo, que si el señor juez de paz quiere puede enviarte por esas palabras a la Dirección Provincial de Seguridad por conducta sospechosa? ¿Y sabes a dónde te puede mandar por esas palabras políticas el señor juez de paz? Y el sargento dice: «El juez de paz no puede intervenir más allá de su jurisdicción. Sólo los casos pequeños son de su competencia». Eso dijo, todos lo oyeron... ¿Cómo te atreves, le digo, a vilipendiar a la autoridad? Bueno, digo, esas bromas no van conmigo, mal asunto es ése, hermano. A veces, en Varsovia, o cuando estaba de portero en un instituto masculino, sucedía que escuchaba algunas palabras inconvenientes, entonces miraba a la calle y si veía a un gendarme le decía: «Ven aquí, caballero» y le informaba de todo. Pero aquí, en la aldea, ¿a quién se lo dices? Me llevaron los demonios. Era vergonzoso que esta gente de hoy en día se olvidara de la disciplina y de la obediencia, levanté la mano y...

claro está, no mucho, sino, como debe ser, un poco, para que no se atreviera a decir esas palabras de su Señoría... El sargento salió en defensa del cabo. Y entonces le sacudí también al cabo... Y se armó el lío... Me calenté, Señoría, porque si no, no se puede pegar. Si no le pegas a un imbécil, cometes un pecado. Sobre todo si es por algún asunto... si hay desórdenes...

—Para evitar los desórdenes ya hay quien vigila. Están el cabo, el sargento, el alguacil...

—El cabo no puede vigilar todo, además, no comprende lo que yo comprendo...

—¡Pero comprenda que eso no es asunto suyo!

—¿Qué? ¿Cómo que no? ¡Qué raro! ¡La gente arma escándalo y no es asunto mío...! Entonces, ¿qué hago? ¿les alabo, o qué? Ellos se quejan a usted de que yo les prohíbo cantar... Pero ¿qué hay de bueno en las canciones? En vez de ocuparse de alguna cosa, se ponen a cantar... Además, ahora está de moda tener la luz encendida toda la noche. Hay que irse a dormir y ellos se ponen a charlar y hacer risas. ¡Ya he tomado nota!

—¿De qué ha tomado nota?

—De los que tienen la luz encendida.

Prishibéiev saca del bolsillo un papel grasiento, se pone las lentes y lee:

—Campesinos que tienen la luz encendida: Iván Prójorov, Savva Mikíforov, Piotr Petrov. Shústrova, la viuda de un soldado, vive amancebada ilegalmente con Semión Kislov. Ignat Sverchok es un hechicero y su mujer, Mavra, es una bruja que va a ordeñar las vacas de otros por las noches.

—¡Ya es suficiente! —dice el juez y comienza a interrogar a los testigos.

El suboficial Prishibéiev se levanta las lentes y mira sorprendido al juez de paz, el cual, por lo visto, no está de su parte. Sus ojos saltones brillan, la nariz se le pone colorada. Mira al juez, a los testigos, y no puede comprender de ningún modo por qué el juez está tan agitado y por qué se oyen murmullos y risas contenidas en todos los rincones de la sala. Tampoco comprende la sentencia: ¡un mes de arresto!

—¿Por qué? —dice, abriendo, perplejo, los brazos— ¿En qué ley se basa?

Para él está claro que el mundo ha cambiado y que ya no hay modo alguno de vivir en la tierra. Sombríos y melancólicos pensamientos se apoderan de él. Pero, al salir de la sala y ver a los *muzhiks* que se reúnen en corros y hablan de algo, él, movido por la fuerza de una costumbre que ya no puede dominar, agita las manos y grita con voz ronca y enojada:

—¡Circulen! ¡Dispérsense! ¡A casa!

LA SUERTE FEMENINA

(Женское счастье)

Se procedía al entierro del teniente general Sapupirin. Hacia la casa del difunto, donde retumbaba la música fúnebre y resonaban las voces de mando, acudía corriendo, desde todos lados, un tropel de gente que deseaba contemplar la salida del féretro. En uno de aquellos grupos apresurados se encontraban los funcionarios Probkin y Svistkov. Ambos iban acompañados de sus mujeres.

—No se puede pasar —les dijo, deteniéndoles, un agente de Policía de rostro simpático y bondadoso, cuando llegaron al cordón formado por los guardias—, ¡No se puede! Les ruego que retrocedan. ¡Señores..., no depende de nosotros! ¡Les ruego que retrocedan! Las señoras sí pueden acercarse. ¡Sírvanse pasar, *mesdames*...! Pero ustedes... ¡Por amor de Dios...!

Las esposas de Probkin y de Svistkov, ruborizándose ante la inesperada amabilidad del policía, se deslizaron por entre el cordón formado por los guardias, mientras sus maridos quedaban al otro lado de la muralla viviente disponiéndose a contemplar con atención las espaldas de aquellos guardianes del orden de a pie y de a caballo.

—¡Se colaron! —dijo Probkin con envidia y hasta casi con odio, viendo alejarse a las damas—. ¡Qué suerte tienen los moños! ¡El género masculino no tiene nunca los privilegios que tiene el femenino...! Y después de todo, ¿qué hay en ellas de particular...? A unas mujeres de lo más corrientes, llenas de prejuicios..., se las deja pasar..., y a nosotros, que somos consejeros civiles, no se nos deja...

—Qué manera tan particular de razonar —dijo el policía, mirando a Probkin con aire de reproche—. ¡Si a ustedes se les dejara pasar, empezarían a empujar a la gente y a armar barullo, mientras que una dama, por su delicadeza, no se permitiría nunca una cosa semejante!

—¡Sobre eso habría mucho que decir! —se enfadó Probkin—. ¡Una dama entre la gente es siempre la primera que empuja! El hombre se está quieto y mira a un sitio nada más, pero la dama ahueca los brazos y reparte empujones para que no le amiguen el vestido. ¡Esto está fuera de duda! ¡El género femenino es siempre afortunado en todo! ¡A las mujeres no se las llevan de reclutas! ¡En los bailes no pagan, y están exentas de castigo corporal! ¿Y por qué méritos?, se pregunta uno... Que la señorita deja caer un pañuelo..., ¡tienes que recogerlo! Cuando entra, has de levantarte y dejarle la silla. Cuando se marcha, debes acompañarla... ¡Y si nos ponemos a hablar de categorías...! Tú y yo, para llegar a la de consejero civil, hemos de trabajar toda la vida, mientras que cualquier señorita se casa en media hora con un consejero civil y ya la tienes hecha todo un personaje. Para que te hagan príncipe o conde has de conquistar el mundo entero, trabajar en el Ministerio... Mientras que a

una Várenka o Kátenka (¡y que Dios me perdone!), que esté todavía en calcetines, le basta con mover la cola del vestido delante de un conde, con guiñarle un poco los ojos..., para convertirse en *su excelencia*. Tú ahora eres secretario provincial; te ha costado sudores y sangre llegar a esa categoría..., pero ¿y tu María Fomishna...? ¿Por qué razón es secretaria provincial? Desciende de una familia de eclesiásticos y es ahora *funcionaría*. ¡Y qué *funcionaría*! ¡Dale a registrar un documento y te lo inscribirá en las «Salidas» cuando tenga que hacerlo en las «Entradas»...!

—Sin embargo, sufre mucho en sus alumbramientos —observó Svistkov— ¡Pues sí que tiene eso mucha importancia!

¡Que intentara ponerse delante del jefe en esos momentos en que todo lo deja helado a su alrededor...! ¡Hasta los mismos alumbramientos le parecerían un placer...! ¡En todo! ¡Absolutamente en todo tienen privilegios! ¡Cualquier señora o señorita de nuestra clase es capaz de decir en un funeral lo que tú no te atreverías a decir ni ante un ejecutor! ¡No te quepa duda...! Tu María Fomishna puede ir tan tranquila cogida del brazo de un consejero civil, pero ¡prueba tú a coger del brazo a un consejero civil! ¡Pruébalo, anda!

En nuestra casa, justo debajo de nosotros, vive un profesor con su mujer. Es general, tiene la Anna^[44] de primera clase y, sin embargo, oyes a su mujer llamándole constantemente: «¡Tonto! ¡Tonto! ¡Tonto!». Ella, en cambio, es una mujer ordinaria..., de clase baja... Es natural, porque es su mujer legítima y ya hace siglos que sabemos que las mujeres legítimas insultan. ¡Pues si hablamos de las ilegítimas...! ¡Qué no se permitirán éstas! Nunca olvidaré lo que me ocurrió una vez, y que por poco me cuesta la vida. Seguramente sólo gracias a las oraciones de mis padres salí con bien. El año pasado, ¿te acuerdas...?, cuando el general se fue de vacaciones a su finca, me llevó con él para que le despachara la correspondencia. Era una cosa insignificante..., una hora de trabajo... Después de hacer la obligación se iba uno al bosque a pasear. Aunque el general era soltero, su casa estaba llena de gente. Tenía más servidumbre que perros, pero faltaba allí la esposa que gobernara. El personal era libertino... desobediente..., y, sin embargo, a todos manejaba una mujer: Vera Nikitishna, el ama de llaves. Ella era la que presidía el momento de servir el té, la que disponía la comida y chillaba a los lacayos. Era una mujer, hermano mío..., mala, venenosa. Miraba como Satanás. Además..., gorda, colorada y gritona. Cuando se ponía a gritar a alguien había que ponerse a salvo. Y sus denuesos no eran tan desagradables como sus gritos. ¡Dios mío! No dejaba vivir a nadie. Y no era sólo a la servidumbre a quien molestaba..., a mí también me molestaba... Yo me dije entonces: «Aguarda, que ya encontraré el momento de contárselo todo al general». «Como está metido hasta el cuello en su trabajo —pensé—, no ve cómo le robas y cómo oprimes a la gente...; pero ¡espera que yo le abriré los ojos...!». ¡Y le abrí, hermano, los ojos...! ¡Y se los abrí de tal modo que por poco se cierran los míos para siempre! Todavía me da miedo recordarlo. Figúrate que iba un día por el pasillo y de repente oigo un chillido. Al principio supuse que estaban matando a un cerdo, pero

luego, escuchando mejor, me di cuenta de que se trataba de Vera Nikitishna insultando a alguien. «¡Eres una bestia..., una basura...!». «¡Diablo! ¿A quién estará regañando?», pensé para mí... Y de repente, hermano mío, veo abrirse la puerta y salir volando por ella a nuestro general. Rojo..., con los ojos fuera de las órbitas, ¡y un pelo como si el diablo le hubiera estado soplando encima! Y ella detrás, gritándole a la espalda: «¡Basura...! ¡Demonio...!».

—¡Mientes...!

—¡Palabra de honor! Me puse todo acalorado, ¿sabes...? El general se fue corriendo a sus habitaciones y yo me quedé el pasillo, como un papanatas, sin comprender lo que pasaba. ¡Y pensar que una mujer ordinaria..., sin educación..., una cocinera... una rústica..., se permitía así, sin más ni más, unas palabras y unos hechos semejantes! «Esto significa —pensé— que el general ha intentado despedirla, y que ella, aprovechándose de que no tenía testigos, le ha arrollado». Como iba a marcharse de todas maneras... Me puse indignado. Fui a su habitación, y le dije: «¿Cómo te has atrevido, bribona, a decir esas palabras a una persona de tan alto rango? ¿Te crees que es un débil anciano y que no tiene quien le defienda?». Y..., ¿sabes...?, le pegué un par de bofetadas en sus gruesas mejillas. Pero ¡si supieras, hermano querido, el griterío que armó...! ¡De qué modo se puso a chillar...! Me tapé los oídos y me fui al bosque. Un par de horas después me sale al encuentro un chiquillo que viene corriendo y me dice: «Sírvase presentarse al amo». Voy..., entro... Me veo al general sentado..., como el pavo cuando eriza las plumas, y sin mirarme. «¿Se puede saber qué es lo que ha armado usted en mi casa?», dice. «¿Cómo que qué he armado?», dije yo. «Si... —dije— se refiere usted a Nikitischna, sepa su excelencia que lo que he hecho ha sido defenderle». «¡No incumbe a usted —dice él— el mezclarse en asuntos particulares y de familia...!». ¡De familia! ¿Comprendes...? ¡Y cómo se puso a regañarme, amigo mío...! Por poco me muero. Hablaba y hablaba..., gruñía y gruñía..., hasta que de pronto, sin ton ni son, se echó a reír. «¿Cómo dijo usted que pudo...? ¿Tuvo valor? ¡Asombroso! Espero, sin embargo, amigo mío, que todo esto quedará entre nosotros. Me hago cargo de su arrebato; pero seguramente estará usted de acuerdo conmigo en apreciar que en lo sucesivo su estancia en mi casa es imposible...». ¡Conque ya ves, hermano...! ¡Hasta le llenaba de asombro que yo hubiera sido capaz de pegar a ese importante pavo real...! ¡Un consejero secreto! ¡Un condecorado con el Águila Blanca, y sometido a una mujer de lo más basto...! Sí, hermano mío... ¡El género femenino tiene grandes privilegios...! ¡Pero quítate la gorra, que ya sacan al general! ¡Dios mío! ¡Cuánta condecoración...! ¿Por qué razón dejarán pasar a las señoras? ¿Entienden ellas, acaso, algo de condecoraciones?

La música empezó a sonar.

LA COCINERA SE CASA

(Кухарка женится)

Grisha, chicuelo de siete años, escuchaba tras la puerta de la cocina y miraba por el ojo de la cerradura. Según su opinión, en la cocina pasaba algo extraordinario, nunca visto hasta ahora. Sobre la mesa en que solía picarse la carne y la cebolla, y vestido con un caftán de *isvochik*^[45], hallábase sentado un grande y robusto *muzhik*, de cabellos rojos, barbudo y con gruesas gotas de sudor en la nariz. Estaba bebiendo té. Con los cinco dedos de la mano derecha sostenía el platillo, y tan ruidosamente mordía su terrón de azúcar que por la espalda de Grisha corrían escalofríos. Frente a él y sentada sobre una sucia banqueta, veíase a la vieja aya, Aksina Stepánovna, bebiendo también su té. El rostro del aya estaba serio, pero al mismo tiempo irradiaba cierta solemnidad. La cocinera Pelagueia trasteaba junto al fogón, esforzándose, al parecer, en esconder en algún lugar lejano su rostro. En éste, veía Grisha toda una iluminación: ardía, se tornasolaba en todos los colores, empezando por el rojo carmesí y terminando por la palidez mortal. Sus manos temblorosas cogían incesantemente los cuchillos, los tenedores, la leña, los trapos... Se movía, gruñía, metía ruido y en realidad no hacía nada. Ni una sola vez miró hacia la mesa ante la que se estaba bebiendo, y a las preguntas que la dirigía el aya contestaba con un tono cortante, severo y sin volver la cabeza.

—¡Coma..., haga el favor, Dando Semiónich! —ofrecía el aya al *isvoschik*—. ¡No está usted bebiendo más que té! ¡Beba también vodka!

Y el rostro del aya, mientras acercaba la botella y la copa al invitado, adquiría una expresión de picardía.

—¡No acostumbro...! ¡No...! —rehusaba el *isvoschik*—, ¡No me obligue, Aksina Stepánovna!

—¡Hay que ver cómo es usted...! ¡Un *isvoschik* que no bebe...! ¡Es imposible que un soltero no beba! ¡Sírvase, por favor!

El *isvoschik* mira de reojo la botella, después al pícaro rostro del aya, y el suyo adquiere una expresión no menos pícara.

«No... No me atrapas, vieja bruja...», parece pensar.

—¡No bebo! ¡No me obligue! ¡Para nuestro oficio no conviene esa debilidad...! ¡Un obrero podrá beber... porque siempre está sentado en el mismo sitio...! Pero... ¿nosotros..., siempre a la vista del público...? ¿Verdad que no...? ¡Te vas a la taberna y cuando sales se te ha ido el caballo..., conque si bebieras...! ¡Luego, también que a cada momento puedes dormirte y caerte del pescante...! ¡Es un oficio el nuestro...!

—¿Cuánto gana usted al día, Dando Semiónich?

—¡Según se dé...! ¡Unas veces te ganas un *verdecito*^[46] y otras te vas a casa sin

un *grosch*! ¡Hay días y días...! ¡Hoy el oficio no vale nada...! ¡Usted misma sabe la de *isvoschik* que somos...! ¡El heno está caro y el cliente vale poco! ¡Siempre que puede, coge el tranvía de muías...! ¡Claro que, de todos modos, hay que dar gracias a Dios...! ¡Yo no tengo por qué quejarme...! ¡Estoy satisfecho, vestido y hasta en situación de hacer feliz a otro...! —el *isvoschik* mira de reojo a Pelagueia—. ¡Si es de su agrado...!

¿De qué se habló después...? Grisha no oyó nada más. La mamá se acercó a la puerta y le mandó a estudiar al cuarto de los niños.

—¡Vete a estudiar! ¡Tú no tienes por qué escuchar aquí!

Cuando entró en el cuarto de los niños, Grisha puso ante sí un número del *Rodnoe Slovo*^[47], pero no tenía ganas de leer. Todo cuanto acababa de oír y de ver despertaba en su mente muchas interrogaciones.

«La cocinera se casa —pensaba—. ¡Es raro...! ¡No lo comprendo...! ¿Para qué se casa...? Mamá se casó con papá, la prima Vérochka con Pável Andreich... Pero ¡todavía con papá y con Pável Andreich puede uno casarse! ¡Tienen cadenas de oro, bonitos trajes y llevan siempre los zapatos limpios...; pero casarse con ese *isvoschik* que da miedo con sus narices coloradas y sus *valenki*...! ¡Puf! ¿Y por qué tiene el aya gana de que la pobre Pelagueia se case...?».

Cuando se fue el invitado, Pelagueia apareció por las habitaciones para arreglarlas. El estado nervioso no la había abandonado todavía. Su rostro estaba encendido y como asustado. Apenas tocaba el suelo con la escoba y barría quince veces seguidas cada rincón. Estuvo largo rato sin salir de la habitación en que estaba sentada la mamá. Seguramente le pesaba la soledad y tenía deseos de abrirle su corazón, de verter sobre alguien su alma.

—Se fue —gruñó viendo que la mamá no empezaba la conversación.

—Parece un buen hombre —dijo la mamá sin levantar los ojos de su bordado— Sobrio..., serio...

—¡Le juro, señora, que no me caso! —gritó de repente Pelagueia, toda arrebolada—. ¡Que no me caso!

—No hagas tonterías... Ya no eres una niña. Es un paso serio..., hay que pensarlo bien y no ponerse a gritar así porque sí. ¿Él te gusta?

—¡Qué cosas se le ocurren a la señora! —se azaró Pelagueia—. Dice unas cosas que..., la verdad...

«Más valdría que dijera: *No me gusta*», pensó Grisha.

—¡Pues no eres poco caprichosa! ¿Te gusta o no te gusta?

—¡Es que es viejo, señora...! ¡Je, je, je, je...!

—¿Qué andas inventando? —oyose gruñir desde otra habitación al aya— ¡No ha cumplido ni los cuarenta! ¿Y para qué quieres tú un joven...? ¡Con la cara no se come...! ¡Cásate y se acabó!

—¡Juro que no me casaré! —chilló Pelagueia.

—¡No dices más que tonterías...! ¿Qué diablos necesitas tú? ¡Otra se le echaría a

los pies, y tú, en cambio, empiezas con que si «no me caso»...! ¡A ti lo que te gusta es andar con los carteros y los *perceptores*...! ¡Viene el *perceptor* a dar lecciones a Gríshchenka, y a ésta le salen callos en los ojos de tanto mirarle...! ¡Desvergonzada!

—¿Conocías antes a este Danilo? —preguntó la señora a Pelagueia.

—¿Dónde iba a conocerle? ¡Hoy es la primera vez que le veo! ¡Es esta Aksina la que ha sacado ese diablo no sé de dónde...! ¡No sé de dónde habrá caído!

Durante la comida, mientras Pelagueia servía los diferentes platos, todos los comensales miraban su rostro y la embromaban con el *isvoschik*. Ella enrojecía terriblemente y reía con risa forzada.

«Debe de ser vergonzoso casarse... ¡Terriblemente vergonzoso!», pensaba Grisha.

Todos los platos tenían demasiada sal; de los pollos a medio asar, saltaba la sangre, y por si fuera poco, de las manos de Pelagueia caían los platos y los cuchillos como de un viejo vasar carcomido, pero nadie le dijo una palabra de reprensión, porque todos comprendían su estado de ánimo. Tan sólo una vez, el papá tiró enfadado la servilleta y dijo a mamá:

—¡Qué ganas tienes de casar a todo el mundo! ¡Qué te importa a ti...! ¡Déjales que se casen cuando quieran!

Después de la comida, por la cocina desfilaron fugaces las cocineras y doncellas de la vecindad, y en ella, hasta la noche, se oyó un cuchicheo... ¿Cómo habían olfateado la boda...? ¡Sólo Dios lo sabe...!

Despertáronse a medianoche, Grisha oyó cómo en el cuarto de los niños, detrás de la cortina, cuchicheaban el aya y la cocinera. El aya persuadía y la cocinera tan pronto sollozaba como dejaba oír una risita. Al dormirse de nuevo, Grisha soñó con el rapto de Pelagueia por Chernonor^[48] y una bruja. Al día siguiente volvió a hacerse el silencio. La vida en la cocina había recobrado su ritmo habitual, como si en el mundo no hubiera existido jamás semejante *isvoschik*. Tan solo, de cuando en cuando, el ama se envolvía en un chal nuevo, adoptaba una expresión solemnemente severa y se marchaba no se sabía adónde, por espacio de unas dos horas, empleadas, seguramente, en conversaciones preliminares. Pelagueia no veía al *isvoschik*, y cuando se lo recordaban, su rostro se encendía y empezaba a gritar:

—¡Que sea tres veces maldito...! ¿Pensar yo en él...? ¡Ca...! Un anochecer, mientras Pelagueia y el aya cortaban algo afanosamente, entró la mamá en la cocina y dijo:

—Puedes casarte con él cuando quieras. Eso es asunto tuyo; pero tienes que saber, Pelagueia, que él aquí no puede vivir... Tú sabes que no me gusta que haya nadie en la cocina. ¡Fíjate y recuérdalo...! ¡Tampoco a ti te dejo que te vayas por la noche!

—¡Dios sabrá lo que está usted diciendo, señora! —chilló la cocinera—, ¿Por qué me echa nada en cara...? ¡Que rabie...! ¡No faltaba más sino que me cayera en la cabeza...!

Al asomarse una mañana el domingo a la cocina, Grisha quedó petrificado de asombro. Allí estaban reunidas todas las cocineras de la casa, el portero de las escaleras interiores, dos guardias, un sargento y el pequeño Filka... Este Filka solía, por lo general, pasarse el tiempo junto al lavadero jugando con los perros, mientras que ahora aparecía peinado y lavado y sosteniendo en sus manos un icono. En el centro de la cocina veíase a Pelagueia vestida con un traje nuevo de percal y con una flor en la cabeza. A su lado estaba el *isvoschik*. Los novios, encamados y sudorosos, parpadeaban incesantemente.

—¡Pues bien..., parece que ya es la hora! —empezó a decir el sargento después de un largo silencio.

El rostro entero de Pelagueia parpadeó y ésta se echó a llorar... El sargento cogió de la mesa un gran pan, se colocó al lado del aya y empezó a bendecirles. El *isvoschik*, acercándose al sargento, se postró a sus pies y le besó la mano. Luego hizo lo mismo ante Aksina. Pelagueia le seguía maquinalmente y saludaba también hasta el suelo. Por fin se abrió la puerta de entrada; la cocina se llenó de una niebla blanca y todo el mundo, ruidosamente, se dirigió de la cocina al patio.

«¡Pobre! ¡Pobre! —pensaba Grisha prestando oído a los sollozos de la cocinera —, ¿Adónde la llevarán? ¿Por qué papá y mamá no la defienden?».

Después del oficio religioso y hasta la misma noche, en el lavadero se estuvo cantando y tocando el acordeón. La mamá constantemente se enfadaba porque el ama olía a vodka y porque a causa de estas bodas no había nadie que preparara el samovar. Cuando Grisha se acostó, Pelagueia no había vuelto todavía.

«¡Pobre! ¡Seguramente estará llorando a oscuras en algún sitio! —pensaba—. El *isvoschik* la dirá: ¡Sssss...!».

Al día siguiente, por la mañana, la cocinera estaba otra vez en la cocina. El *isvoschik* apareció por allí un minuto; dio las gracias a la mamá, miró severamente a Pelagueia y dijo:

—¡Vigüela, señora, por favor...! ¡Sea usted su padre y su madre...! ¡Y usted también, Aksina Stepanovna, no deje de vigilarla! ¡Que todo vaya bien! ¡No quiero tonterías...! ¿Si usted, señora, fuera tan amable que me diera unos cinco rublos a cuenta de su sueldo...? ¡Tengo que comprar arreos nuevos!

¡Otro problema para Grisha...! Pelagueia vivía libre, como quería, no tenía que dar cuenta a nadie, y de repente, sin saber por qué, surgía allí un extraño que adquiriría un derecho que no se sabía tampoco de dónde le venía, sobre su comportamiento y sus propiedades. Grisha se sintió amargado... ¡Apasionadamente, hasta casi llorando, anhelaba acariciar a la que consideraba víctima de la imposición humana! Escogiendo en la despensa la mejor manzana, se escurrió hasta la cocina, la puso en la mano de Pelagueia y echó a correr a toda prisa.

MURALLA INFRANQUEABLE

(Степа)

Los graduados en nuestras escuelas especiales no encuentran empleo u ocupan cargos que nada tienen que ver con sus especialidades. Quiere decirse que la enseñanza técnica superior en nuestro país es, de momento, improductiva.

(De un artículo periodístico).

Excelencia, un tal Maslov viene dos veces todos los días preguntando por usted —dijo el ayuda de cámara Iván a su barin, el general Bukin, mientras le afeitaba—. Esta mañana se presentó diciendo que quería contratarse de mayordomo... Prometió volver a la una. ¡Vaya chusco que es!

—¿Chusco? ¿Por qué?

—Pues veré, excelencia. Se sentó en el recibidor y se puso a refunfuñar: «No soy un lacayo ni un pordiosero para que me tengan dos horas esperando. Soy hombre de estudios. Y aunque tu barin sea general, dile de mi parte que es una descortesía hacer guardar antesala tanto tiempo».

—¡Y lleva más razón que un santo! —frunció Bukin el entrecejo—. A veces tienes muy poco tacto, hermano. Al ver que se trataba de una persona instruida y fina, debiste invitarle a pasar a cualquier parte...; a tu habitación, por ejemplo...

—Es pájaro de poca chicha —sonrió Iván—, Uno que no viene a contratarse de general bien puede esperar en el recibidor. Gente de más categoría espera y no se enfada... Si quieres meterte a mayordomo, a criado de un señor, procura estar en tu puesto y no nos vengas con estudios... ¡A la sala quería pasar el desgraciado...! ¡Hay ahora tanta gente que hace reír, excelencia!

—Si vuelve hoy ese Maslov, hazle pasar.

A la una en punto se presentó el aspirante a mayordomo. Iván le condujo al despacho.

—¿De modo que le envía el conde? —le recibió el general—. Me alegro mucho de conocerle. Siéntese, por favor. No, será mejor que se siente aquí; se hallará más a gusto... Me han dicho que ha venido usted varias veces. *Pardon*: nunca me encuentro en casa o estoy eternamente atareado. Tenga y fume, amigo... Pues sí, señor, necesito un mayordomo... Con el anterior no me fueron muy bien las cosas... Yo no le caí simpático y él metió un poco la mano, ¿sabe usted?, y todo se echó a perder. ¡Je, je, je! ¿Ha sido usted mayordomo de una finca alguna vez?

—Sí, señor. Estuve en casa de Kirschmacher un año en calidad de mayordomo segundo... La hacienda fue subastada, y tuve que marcharme, bien a mi pesar. Mi experiencia, por supuesto, es casi nula, pero he cursado estudios en la Academia Petróvskaja de Agricultura, en la especialidad de Agronomía... Creo que la ciencia

podrá suplir a la falta de práctica aunque sólo sea parcialmente...

—¿Qué ciencia hace falta allí, padrecito? Vigilar a los braceros y a los guardabosques, vender el trigo y presentar un balance dos veces al año... No se necesita más ciencia que un ojo penetrante, una boca que muerda y una voz que imponga... Claro que los conocimientos no estorban —suspiró Bukin— Yendo al grano, mi hacienda está en la provincia de Oriol. Estos planos y estos informes le pondrán al corriente de todos los pormenores. Yo no voy nunca por allí ni me inmiscuyo para nada en la administración, de modo que lo único que podría usted conseguir que le dijera es que la tierra es negra y el bosque verde... Las condiciones supongo que serán las mismas, o sea, mil rublos de sueldo, casa, comida, un coche y total libertad de acción.

«¡Pero si es un alma de Dios!», pensó Maslov.

—Ahora bien: quiero hacerle una advertencia, padrecito... Perdóneme, pero más vale quedar de acuerdo antes, que pelearse después. Haga allí lo que le parezca, pero Dios le libre de las innovaciones; no desconcierte a los *muzhiks*, y téngalo en cuenta sobre todo, no «ratee» más de mil rublos al año...

—Dispense, pero no he oído esto último —murmuró Maslov.

—Quiero decir que no se meta en el bolsillo más de mil rublos anuales... Naturalmente, el «rateo» es inevitable; pero, amigo mío, conviene hacerlo con medida. Su antecesor se entusiasmó y sólo en lana se embolsó cinco mil rublos. Por eso rompimos. Por supuesto, desde su punto de vista, aquel señor llevaba razón: cada cual busca su conveniencia y barre para su casa; pero ya comprenderá usted que a mí me resultaba un poco pesada la cosa. De modo que recuerde esto: hasta mil rublos... o incluso, a lo sumo, dos mil, pero nada más...

—Usted cree estar hablando con un granuja —levantose Maslov ofendido—. Perdóneme, pero estas conversaciones no son para mí...

—¿De veras? Pues allá usted... No me atrevo a retenerle más...

Maslov cogió su gorro y se marchó.

—¿Has encontrado ya mayordomo, papá? —preguntó a Bukin su hija cuando Maslov salió.

—No... Es un mozo... honrado en demasía...

—¡Magnífico! ¿Qué más necesitas?

—No, hija, no. ¡Dios nos libre de los hombres honrados! Con tanta honradez, o no conoce su oficio o es un aventurero, un cabeza huera, un idiota... Dios nos libre... Estos honrados no roban todos los días, pero cuando meten la mano le dejan a uno con la boca abierta... No, tesoro, no. ¡Dios nos libre de los hombres honrados!

Bukin meditó un instante y terminó:

—Han venido cinco, y todos eran como éste. ¡Vaya suerte, diablo! Tendré que avenirme con el mayordomo anterior...

DESPUÉS DEL BENEFICIO

(ESTAMPA)

(После бенефиса. Сценка)

El actor trágico Unilov y el viejo artista Tigrov, sentados en la habitación treinta y siete del Hotel Yenecia, hacían el balance de la función celebrada a beneficio del primero. Tenían ante sí, sobre la mesa, una garrafita de vodka, una botella de vino tinto corriente, media de coñac y unas sardinas. Tigrov, rechoncho y de cara granulosa, contemplaba absorto la garrafita y callaba, sombrío. Unilov, por el contrario, no cabía en sí de júbilo. Con un manojito de billetes en una mano y el lápiz en la otra, se removía inquieto en la silla, como sobre ascuas, y daba rienda suelta a su satisfacción:

—Lo que más me emociona, Maksim, es el amor que me profesa la juventud. Colegiales, escolares, gente de lo más menudo, que apenas levanta un palmo del suelo, pero ¡hay que ver qué entusiasmo! Están en el gallinero, donde el diablo dio las tres voces, con localidades de treinta kopeks, pero no se oye a nadie más que a esos tábanos. ¡Son los primeros críticos y los primeros admiradores! Alguno no tiene más cuerpo que un gorrión y podría pasar de pie por debajo de la mesa, pero le miras la cara y parece enteramente un Dobroliúbov. ¿Viste cómo gritaban ayer? «¡U-ni-lov, U-ni-lov, U-ni-lov!»». De veras que no lo esperaba, hermano. Tuve que salir dieciséis veces. Y la recaudación no fue nada mala: ciento veintitrés rublos con treinta kopeks. Bebamos...

—Vasia, debieras... —masculló Tigrov parpadeando lleno de confusión—, Debieras dejarme veinte táleros. Necesito ir a Elets. Se ha muerto mi tío y puede que me haya dejado algo. Si no me los das, tendré que ir a pata. ¿Qué decides?

—¡Ejem...! Pero es que no me los vas a devolver, Maksim.

—Desde luego, no te los devolveré, Vasia —suspiró Tigrov—. ¿De dónde voy a sacarlos? Pero tú puedes dármelos así..., en plan de amigo...

—Espera, que acaso no me baste para las compras y los encargos que debo hacer. Vamos a contarlo.

Unilov cogió el papel en que había estado envuelta la botella de coñac y se puso a escribir con el lápiz:

—Veinte para ti, veinticinco para enviar a mi hermana. La pobre hace tres años que viene pidiéndome que le mande algo. ¡Esta vez hay que hacerlo! Es tan buena y tan cariñosa... Voy a hacerme un traje de unos treinta rublos. La fonda no la pagaré ahora; queda tiempo por delante. Tres libras de tabaco, unas botas... ¿Qué más? ¡Ah! desempeñar el frac..., el reloj... Te compraré un gorro nuevo porque con ese que

llevas tienes el aspecto de un demonio; da vergüenza ir contigo por la calle. Aguarda: ¿qué más?

—Compra un revólver para la representación de *Los fuegos fatuos*, porque el que tenemos no dispara.

—Llevas razón. El canalla del empresario no lo comprará jamás. Ese anticristo no se preocupa de los accesorios. Bueno, seis o siete rublos para un revólver. ¿Qué otra cosa?

—Ir al baño y lavarte con jabón.

—Baño, jabón, etcétera, otro rublo.

—¿Sabes, Vasia? Por aquí viene un tártaro vendiendo una magnífica zorra embalsamada. ¿Por qué no la compras?

—¿Y para qué la quiero?

—Pues, hombre, para ponerla encima de la mesa. Por la mañana, al despertarte, verías un animal sobre tu mesa y... te haría gracia...

—¡Eso es un lujo! Mejor será que me compre una pitillera nueva. Además, ¿sabes?, no me vendría mal renovar mi guardarropa. He de adquirir también camisas de cuello alto, que son la moda. ¡Ah, y un chaleco de piqué! ¡Por poco me olvido!

—Lo necesitas. En las obras de Krilov no es posible salir sin un chaleco así. Botas de botones, un bastón... ¿Piensas pagar a la lavandera?

—No, que espere. Preciso guantes blancos, negros y de color. ¿Qué más? Bicarbonato y ácidos. Aceite de ricino para tres o cuatro tomas. Papel, sobres... ¿Falta algo todavía?

Los dos colegas levantaron la vista hacia el techo, entornaron los ojos y se quedaron pensativos.

—¡Polvos de Persia! —recordó Unilov—. Las chinches no me dejan vivir. ¿Qué más? ¡Padre mío, un abrigo! ¡Me había olvidado de lo principal, Maksim! ¿Cómo voy a andar sin abrigo en el invierno? Cuarenta rublos. Pero... ¡así no me alcanza! Que se vaya a la porra tu tío, Maksim.

—No, no. ¿Voy a mandar a la porra al único pariente? Además, puede que me haya dejado algo...

—¿Qué? Una pipa de ámbar y un retrato de tu tía... ¡Mándalo a hacer gárgaras!

—No me cabe en la cabeza este ego..., este *egoisticismo* tuyo, Vasia —pestañeó Tigrov—, De tener yo el dinero, ¿crees que iba a serían agarrado? Cien rublos..., trescientos..., mil... Los que quisieras te daría. Diez mil rublos heredé de mis padres. Pues todo lo repartí entre los actores.

—Bueno, bueno; toma tus veinte rublos.

—*Merci*. Como tengo agujereados todos los bolsillos no sé dónde meterlos. Pero son ya más de las cinco y debo marcharme a la estación.

Tigrov se levantó dificultosamente y comenzó a enfundar su cuerpo esferoidal en un abrigo pequeño, estrecho de hombros.

—No digas a los nuestros que me he marchado —rogó a su colega—. Nuestro

infame empresario es capaz de armar un escándalo si se entera de que me he ido sin pedir permiso. Que crean que estoy borracho. Debieras acompañarme a la estación, Vasia, porque a lo mejor me cuelo por el camino en una taberna y deshago en ella tus veinte taleros. Ya conoces mi debilidad. Acompáñame, por favor, simpático...

—Bueno.

Los actores se pusieron el abrigo y salieron.

—¿Qué podría comprar? —murmuraba Unilov, mirando con ansiedad a todos los escaparates que encontraba por el camino—. Maksim, fíjate qué jamón más hermoso. De haber estado lleno el teatro, lo compraba. Que me muera si miento. ¿Y sabes por qué no tuvimos el lleno completo? Porque en casa del tendero Chudakov había boda. Allí se habían reunido todos los plutócratas. ¡Qué a destiempo se les ocurrió casarse a los malditos! Oye, mira qué chistera hay en esa vitrina. ¿Te parece que me la compre? Aunque, por otra parte, ¡que se vaya al diablo!

Una vez en la estación, los dos amigos se sentaron en la sala de espera de primera clase y encendieron sendos cigarros puros.

—¡Diablo! —arrugó Unilov el ceño—. Me ha entrado sed. Vamos a tomarnos una cerveza. ¡Mozo, cerveza! Aún no han tocado el primer aviso, de modo que no tienes prisa. No te quedes demasiado tiempo por ahí, gordiflón. Sácale al difunto lo que puedas, y para acá. Hazlo como te lo digo. ¡Mozo! ¡No hace falta cerveza! Trae una botella de Neuilly. Nos tomaremos, para despedirnos, un poco de tinto... y ya puedes marcharte.

A la media hora estaban dando fin a la segunda botella. Apoyada la calenturienta cabeza en los puños, Unilov miraba con ojos de amor a la redonda cara de Tigrov y chapurreaba con lengua de trapo:

—El peor de los males en este mundo es el empre..., el emrrresario. El artista sólo podrá mantenerse derecho cuando se atenga a los prin..., a los prrrincipios colectivos.

—A la cooperación...

—Eso es, a la cooperación. ¡Qué brebaje más maaalooo! Mira, vamos a tomar un poco de vino del Rin.

—Vasia... Han tocado la segunda campanada...

—¡Ríete de todo! Te marchas en el tren de la noche. Ahora quiero desahogarme contigo. ¡Mozo, una botella de vino del Rin! El emrrresario ve en el artista un objeto cualquiera..., carne de cañón. Es un ricachón cerril, incapaz de comprender jamás al artista. Ya ves tu caso. Careces de talento, pero... eres un actor útil, digno de aprecio. ¡Quieto, no me beses agradecido, que me da reparo! ¿Por qué te aprecio yo? Por tus cualidades morales, por tu corazón de artista. Maksim, mañana te mando hacer un traje. Para ti. Y te compraré hasta la zorra. Déjame estrechar tu mano...

Transcurrió una hora. Los artistas seguían sentados y charlando.

—Como Dios quiera que yo me levante —decía Unilov—, ya verás. ¡Entonces demostraré lo que se puede hacer en un escenario! Tú ganarás en mi compañía

doscientos rublos mensuales... Lo que yo necesito, para empezar, son mil rublos... Alquilar un teatro de verano... ¿Te parece que comamos algo? ¿Tienes gana? No te dé vergüenza... ¿Quieres? ¡Mozo, un par de becasas fritas!

—Ahora no hay becasas, señor —dijo el camarero.

—¡Caramba, nunca tenéis nada! En ese caso, idiota, danos..., ¿qué clase de aves tenéis? ¡Sírvenos todas las que haya! Estos villanos están acostumbrados a contentar a los tenderos con cualquier porquería y se creen que a los artistas se les puede venir con lo mismo. ¡Tráete todo lo que haya! Y licores también. Maksim, ¿quieres un cigarro puro? ¡Mozo, trae puros también!

Al poco rato se acercó a los dos amigos el cómico Dudkin.

—¡Habéis encontrado buen sitio para beber! —sorprendiose—. Vámonos al Bellevue. Allí están ahora todos los nuestros.

—¡La cuenta! —gritó Unilov.

—Treinta y seis rublos con veinte kopeks.

—Ahí tienes. Quédate con la vuelta. Vámonos, Maksim. ¡A la porra tu tío! Que el pobre se quede sin herederos. Dame los veinte rublos. Mañana irás.

En el Bellevue pidieron ostras y vino del Rin.

—Mañana te compraré hasta unas botas —champurreaba Unilov mientras llenaba la copa de Tigrov— ¡Bebe! Quien ama el arte... ¡Por el arte!

Salieron a relucir las artes, los principios colectivistas, la cooperación, la unanimidad, la solidaridad y otros ideales de los actores... El viaje a Elets, la compra de té, de tabaco y de ropa, el rescate de lo empeñado y los pagos a realizar quedaron aplazados para un tiempo lejano, muy lejano. La cuenta del Bellevue se llevó toda la recaudación del espectáculo.

TEMPORADA DE BODAS

(DEL CUADERNO DE UN COMISIONISTA)

(К свадебному сезону. Из записной книжки комиссионера)

Kúchkin, Iván Sáwich, secretario gubernamental, 42 años. Feo, arrugas, voz nasal, pero muy agradable. Aceptado en las buenas casas y tiene una tía coronel. Vive de los intereses de préstamos de dinero. Estafador, pero en general un hombre decente. Busca mujer de 10-20 años que sea de buena cuna y hable francés. Debe ser necesariamente bien agraciada y tener una dote de quince a veinte mil rublos.

Feshkin, oficial retirado. Bebe y sufre de reumatismo. Desea una esposa que cuide de él. Aceptaría una viuda, pero no mayor de 25 años y que tuviera capital.

Prudonov, retocador, busca novia con fotografía que no esté comprometida y que porte al menos dos mil rublos al año. Bebe, pero no continuamente, sino por borracheras. Moreno y tiene los ojos negros.

Gnusin, viuda de, tiene dos casas y cien mil en efectivo. Busca un general, aunque sea retirado. Tiene un leucoma apenas visible en el ojo izquierdo y el habla sibilante. Aunque figure como viuda, asegura ella, en realidad es doncella, ya que su difunto marido, el día de su boda, enfermó con temblores en cada uno de sus miembros.

Zhenski, Difterit Alekséich, artista de teatro, 35 años, de título desconocido. Afirma que su padre posee una fábrica de vino, pero probablemente miente. Viste siempre frac y corbata blanca, porque no tiene otro. Abandonó el teatro por su voz ronca. Desea una comerciante de cualquier complexión, siempre y cuando tenga dinero.

Butuzov, antiguo capitán segundo, condenado al exilio en la provincia de Tomsk por malversación y falsificación, ¿desearía hacer feliz a una huérfana que fuera con él a Siberia! Tiene que ser de familia noble.

UNA NOTA

(Записка)

Al regresar de un largo viaje a su ciudad natal, el supervisor electo de un club se lo encontró terriblemente desordenado y, entre otras cosas, no localizaba en la sala de lectura muchos periódicos y revistas. Convocó a la bibliotecaria (que era al mismo tiempo la camarera), la reprendió y le mandó averiguar, fuera como fuera, dónde estaban los periódicos y las revistas extraviados. A la semana, la bibliotecaria le entregó al supervisor la siguiente nota:

«el médico y el técnico están bajo la cama de la esposa de Piotr Ilich, el bufón está sobre la cama, y el amigo de las mujeres allí mismo, en el armario del dormitorio,

el inspector tiene el pensamiento ruso,

el correo ruso está con el alemán en la cantina,

el vagabundo, si no está con la comerciante Vijórkina, entonces significa que está en el bufet.

el padre Nikandro tiene la distracción en el armario, donde el vodka.

la vida, la aurora y el erial no están en ningún sitio, pero sí el observador y Siberia.

los fragmentos están en la cacharrería de Kulikov,

el judío ruso cuelga de una cuerda en un rincón de la sala de lectura.

a la dama novelista la patearon durante el baile y la dejaron tirada debajo del piano.

el invalido lo mandó usted usar como papel pintando.

la familia y la escuela se mancharon de tinta.

el oficial Karp dice que vio a su esposa junto a la abejita.

el maizal lo tiene el tabernero.

la libélula fue vista en la boda del jefe de correos y ya no sabe dónde está.

el florero bajo su cama.

el asunto no lo tiene el vicegobernador, lo tiene su secretaria.

a los judíos les vendieron la luz^[49] ».

CULTURA GENERAL

(ÚLTIMAS CONCLUSIONES DE LA CIENCIA ODONTOLÓGICA)

(Общее образование. Последние выводы зубоврачебной науки)

—No he tenido suerte en la profesión, Ósip Frantzich —lamentábase un hombrecillo flaco, de abrigo descolorido, botas remendadas y bigote gris, como picoteado, mirando con veneración a su colega, un alemán gordo y adiposo que lucía un magnífico y flamante abrigo y tenía un habano entre los dientes—. No he podido ser más desdichado. El diablo sabrá por qué. No sé si será porque hay ya más dentistas que dientes o porque me falta inteligencia. No hay modo de entender a la fortuna. Aquí tenemos el ejemplo de usted: juntos hicimos el curso en la escuela comarcal de odontología; juntos trabajamos con el judío Berka Svajer, y, sin embargo, ¡hay que ver la diferencia! Usted posee dos casas, una quinta y coche propio: yo, en cambio, estoy desnudo como nací y no tengo dónde caerme muerto. ¿A qué se debe todo ello?

El alemán Ósip Frantzich, graduado en la escuela comarcal de odontología, era más estúpido que un pavo, pero su hartazgo, sus grasas y las casas de su propiedad le daban un aplomo enorme, hasta el punto de creerse obligado y con derecho a hablar gravemente, a filosofar y a lanzar una sentencia tras otra.

—El mal está en nosotros mismos —respondió con empaque, suspirando ante las quejas de su colega—. Tú tienes la culpa, Piotr Ílich. No te enfades: siempre he dicho y diré que a los especialistas nos mata la falta de cultura general. Nos hemos enfrascado en la profesión y ya no nos importa lo que suceda fuera de ella. ¡Es una equivocación, hermano! ¡Qué error más funesto! ¿Crees que sólo con haber aprendido a sacar muelas estás ya en condiciones de prestar servicio a la sociedad? Pues andas muy equivocado, hermano. Con un criterio tan unilateral no llegarás muy lejos. De ninguna, de ninguna manera... Hay que poseer una cultura general...

—¿Y qué es la cultura general? —inquirió tímidamente Piotr Ílich.

Ósip Frantzich no supo qué contestar y soltó una tontería, pero después de tomarse unas copas de vino, se sintió más desenvuelto y explicó a su colega ruso lo que él entendía por «cultura general». No lo hizo directamente, sino dando grandes rodeos y aduciendo ejemplos.

—Lo principal para un hombre de nuestro oficio es la instalación del gabinete. Por ella juzga el público. Si tu escalera está sucia y tus habitaciones son pequeñas y mal amuebladas, con ello pones al descubierto tu pobreza; y siendo pobre, nadie acude a pedir tus servicios. ¿No es así? ¿Para qué voy a visitarte yo si nadie te visita?

Lo mejor es buscar un dentista con mucha práctica. Ahora bien: coloca en tu gabinete muebles guarnecidos de terciopelo y pon en todas partes timbres eléctricos; con ello ganarás fama de doctor experto y tendrás una gran clientela. Alquila una casa elegante y amuéblala bien. Es coser y cantar. Los carpinteros van ahora de capa caída. Fían lo que se les pida, hasta cien mil rublos sobre todo si firmas: *El doctor Fulano de Tal*. Otra cosa indispensable es vestir bien. El público se hace esta composición de lugar: si vas mugriento y vives en la inmundicia, con un rublo estás más que pagado; en cambio, si te ve con lentes de oro, una cadena gruesa y rodeado de terciopelo, ya se avergüenza de pagarte con un rublo, y suelta cinco o diez. ¿No es cierto?

—Sí, desde luego... —accedió Piotr Ilich—. A decir verdad, yo también me rodeé de lujo al principio. Tenía de todo: tapetes de terciopelo, revistas en la antesala, un retrato de Beethoven junto a un espejo, pero... ¡qué diablo! Me entró una aprensión estúpida. Recorría mi lujoso consultorio y, no sé por qué razón, me sentía cohibido, como si no me encontrase en mi casa o como si hubiera robado todo aquello. ¡Se me hacía imposible! No sabía estar sentado en un sillón de terciopelo, ¡y se acabó! Para colmo de males, mi mujer, una simplota como hay pocas, se negaba a comprender que convenía guardar las formas. Un día llenaba todo el piso de un repelente olor a sopa de coles o a ganso cocido; otro se ponía a limpiar los candelabros con polvo de ladrillo o a fregar el suelo en la sala de espera, todo ello en presencia de los clientes. ¡Una verdadera calamidad! ¿Quieres creerme? Parecí revivir cuando vendimos todos los muebles en almoneda.

—Quiere decirse que no te habitúas a la vida decorosa. Pues hay que habituarse, amigo. Por otra parte, además del mobiliario se requiere un rótulo. Cuanto más insignificante es uno tanto mayor es el rótulo que necesita. ¿Estás de acuerdo? Conviene tener uno enorme, que se vea hasta desde fuera de la ciudad. Al acercarte a Petersburgo o a Moscú, los anuncios de los dentistas se divisan antes que las torres de las iglesias. Y los dentistas de allí, hermano, no son de tu talla ni de la mía. En el rótulo deben dibujarse círculos dorados y plateados, para que el público, creyendo que son condecoraciones tuyas, te tome más respeto. Además, se necesita publicidad. Vende los últimos pantalones si hace falta, pero publica algún anuncio. Un reclamo diario en todos los periódicos. Y si crees que no basta con anuncios corrientes, busca trucos: publícalos patas arriba, encarga un *clisé* «con dientes» y otro «sin dientes», advierte al lector que no te confunda con otros dentistas, anuncia que has regresado del extranjero y que atiendes gratuitamente a los pobres y a los estudiantes... Es recomendable colocar también carteles en las estaciones, en las cantinas... En fin, hay mil procedimientos...

—Lleva usted razón —suspiró Piotr Ilich.

—Muchos afirman que trates al público como le trates, el resultado es el mismo... ¡No, no es el mismo! Al público hay que tratarlo con tacto... La gente de hoy, aunque instruida, es salvaje e insensata. No sabe lo que quiere, y resulta sobre manera difícil adoptarse a ella. Ya puedes ser requetedoctor, que si no sabes

acomodarte a sus gustos irá antes a ver a un veterinario que a ti...: Suponte que llega a verme una señora con dolor de muelas. ¿Crees que la recibo de cualquier modo? ¡No! Entorno los ojos con aire científico y, en silencio, le indico el sillón. Los hombres de ciencia no pierden el tiempo hablando. El sillón tiene también su intríngulis: es giratorio, y la señora sube y baja. Luego comienzo a inspeccionarle la muela. Lo que tiene es pura tontería. Hay que sacarla, y asunto concluido, pero conviene pasarse examinándola un buen rato, pausadamente, meterle el espejo diez veces en la boca, porque a las damas les agrada que se les dé importancia a sus enfermedades. Ella chilla, y yo le digo: «Señora, es mi deber mitigar sus horribles sufrimientos: por eso le ruego que tenga confianza en mí». Hablo majestuosamente, con acento trágico... Y en la mesa, ante la señora, hay mandíbulas, calaveras, huesos distintos, instrumentos de todas clases, frascos con fetos, todo ello misterioso y enigmático. Yo me pongo una túnica negra, igual que un inquisidor. A un lado del sillón hay un aparato de gas hilarante. No lo utilizo nunca, pero impone. Saco las muelas con una tenazas enormes. Cuanto mayor y más horrible es el instrumento, tanto mejor. Las extraigo rápidamente, sin la menor vacilación.

—Tampoco yo lo hago mal, Ósip Frantzich, pero ¡maldito diablo!, apenas aprieto la muela y comienzo a tirar, me asalta un temor: ¿y si no consigo arrancarla o se me rompe? Al pensarlo me tiembla la mano. ¡Y siempre me pasa lo mismo!

—Si se rompe una muela, tú no tienes la culpa.

—Desde luego, pero arreglado está uno si le falta aplomo. No hay cosa peor que desconfiar de la habilidad propia o dudar de ella. A mí me sucedió el siguiente caso: metí las tenazas en la boca del paciente y me puse a tirar; pero mientras tiraba, ¿sabe?, me pareció que aquello duraba demasiado tiempo. Ya debía haber salido la muela, y yo estaba todavía tirando. ¡Qué horror! Había que suspenderlo todo y empezar de nuevo, pero yo seguía haciendo esfuerzos, pegando tirones..., hasta que me desconcerté completamente. Por la expresión de mi cara, el cliente se dio cuenta de mi confusión; impulsado por el dolor y por la cólera, levantose de un salto y me tiró un taburete a la cabeza. Bueno, y otra vez también perdí los estribos y, en vez de sacar la muela mala, saqué una buena.

—No tiene importancia. Eso le pasa a cualquiera. Arrancando muelas buenas llega uno hasta las malas. En lo que sí llevas razón es en lo de que sin aplomo no se va a ninguna parte. El científico debe comportarse como corresponde a un científico. El público ignora que ni tú ni yo hemos estudiado en la Universidad. Para la gente, todos somos doctores. Doctor es Botkin, y doctores somos tú y yo. Hay que conducirse, pues, como un doctor. Si quieres parecer más importante, y darte tono, edita un folleto *Sobre la conservación de la dentadura*, ¿No eres capaz de escribirlo? Encárgaselo a un estudiante; por diez rublos te lo fabrica con prólogo y hasta con citas de autores franceses. Yo he publicado ya tres. ¿Qué otra cosa es necesaria? Inventa unos polvos dentífricos; manda hacer cajitas con sellos; llénalas de los polvos que se te ocurran, colócales un precinto y ¡adelante! «Precio, dos rublos. Cuidado con

las imitaciones». Inventa también un elixir. Mezclas algo que huela y burbujee, y ya lo tienes listo. No fijas los precios en números redondos: el elixir número uno puede costar sesenta y siete kopeks; el número dos, ochenta y dos, y así sucesivamente. De ese modo resulta más sugestivo. Vende cepillos de dientes, con tu sello, a rublo la unidad. ¿Has visto mis cepillos?

Piotr Ilich se rascó, nervioso, la cabeza y se puso a andar junto al alemán.

—¡Lo que son las cosas! —exclamó accionando con los brazos—. Todo eso está muy bien, pero yo no sé hacerlo, no puedo... Y no es que lo considere charlatanería o pillería, sino que no se me da, me faltan facultades. He probado cien veces y nunca he conseguido sacar nada. Usted come, bebe, viste, tiene casas; ¡a mí me tiran taburetes! Verdaderamente, sin cultura general no hay quien prospere. Lleva usted razón, Osip Frantzich. No hay quién prospere.

CONSEJOS MÉDICOS

(Врачебные советы)

Para el *resfriado común* es útil una infusión de «hierba vulgar» que se debe tomar en ayunas los sábados.

Se puede acabar con el *mareo* de la siguiente forma: se toman dos cuerdas y se ata la oreja derecha a una pared, y la izquierda a la opuesta, y con esto su cabeza se verá privada de la capacidad de *marearse*.

Hay que tratar de provocar el vómito al *envenenado* con arsénico, y para conseguirlo basta con oler los alimentos comprados en los comercios de Ojotny Ryad.

Si la *tos* es fuerte y persistente se debe probar con no toser en absoluto durante tres o cuatro días, y su enfermedad desaparecerá sola.

PUNTOS DE VISTA SOBRE LA CATÁSTROFE DE LOS SOMBREROS

(Мнения по поводу шляпной катастрофы)

De la comerciante Piatirilova de Samoskvoretski: La que ahora vaya al teatro^[50] será la más deshonesta... Una salvaje insensible... La que tiene nivel no irá, porque a las aristócratas sus iguales las distinguen de las deshonestas por el sombrero... ¡No van a saber que soy de primera por el hocico!

Del cochero: ¿Qué sombreros? ¡Buah, sombreros! ¡Como si sale un decreto para no llevar sombreros de copa! Si no fuera bastante que ocupa tres puestos, además estropea los resortes del asiento con sus botines...

De la capitana segunda Pizhikóvaya: ¿Cómo, cómo? ¿No usar sombrero en el teatro? ¿Entonces para que me voy a encargar un sombrero nuevo? ¿Dónde iré con él? Sí, sí, cometería un error yendo al teatro sin sombrero. ¿Qué puedo hacer ahí sin sombrero? ¿Es que a los hombres les gustan ahora las cabezas descubiertas? A mí los hombres me dan igual, porque estoy casada, pero aun así...

De una hija de pobres pero nobles padres: ¡Excelente! Ahora iré mucho más al teatro. Nadie se dará cuenta de que yo no tengo ningún sombrero.

De mi suegra: ¡Soy la viuda de un consejero civil! ¡No lo consentiré! ¡Bastante tengo con soportar las burlas de mi yerno por mi peluca, y que ahora que todos vean mi «desnudez»! ¡De eso nada!

De Clémence, Blanche y Angelica: ¡Es más! ¡Necesitamos los teatros públicos! Aunque podamos ir a los privados...

De Iván Ivánovich Ivánov: Esta medida no conduce a nada, crea mis palabras... La mujer es una pieza audaz... Le prohíbe usted llevar sombrero, pues para fastidiarlo, ella levantará con su cabello una torre de Babel que no sólo no verá a los actores, sino que no verá ni la luz. ¡Créame lo que le digo!

De un judío: Je, je, je... Lastimaron a las palomitas. ¿Y qué se puede hacer contra la naturaleza? En lugar de quitar los sombreros, lo que haría sería darle el patio de butacas a los hombres y la galería a las señoras, y así los sombreros en su sitio, mientras todos pueden ver... Je, je...

DOS PERIODISTAS

(CUENTO INVEROSÍMIL)

(Два газетчика. Неправдоподобный рассказ)

Ribkin, redactor del periódico *Nachijat vam págólovi*^[51], hombre indolente, insulso y gris, se hallaba en medio de su habitación mirando al techo, del que pendía un garfio adaptado para sostener la bombilla. Tenía en las manos una cuerda.

«¿Aguantará o no aguantará? —se preguntaba—. Puede caerse el gancho y darme en la cabeza... ¡Qué asco de vida! ¡No hay ni dónde ahorcarse a gusto!».

No sé cómo hubieran terminado las cavilaciones del loco si no se hubiera abierto la puerta para dejar paso a un amigo de Ribkin llamado Shliopkin, redactor del periódico *Yuda Predátel*^[52], individuo vivaracho, jovial, coloradote...

—Hola, Vasia —comenzó diciendo, y se sentó—. Por ti vengo. Vámonos. En la barriada de Viborg ha habido un intento de asesinato. Material para treinta líneas. Un mala sombra que no terminó de dar el corte. Bien podía haber apretado más ese canalla, y así llenaríamos cien renglones. Muy a menudo pienso, hermano, y hasta me entran ganas de escribirlo, que si la Humanidad fuese más humana y supiera el hambre que pasamos tú y yo, se ahorcaría, se quemaría y andaría metida en pleitos cien veces más que ahora.

¡Vaya! ¿Qué es esto? —abrió los brazos asombrado al ver la cuerda—. No se te habrá ocurrido ahorcarte...

—Pues sí, hermano —suspiró Ribkin—. ¡Se acabó! ¡Adiós! La vida me tiene harto. Ya es hora de...

—¿Habrá idiotez? ¿Por qué te tiene harto la vida?

—Porque me tiene harto... No veo a mi alrededor más que nubes, incertidumbre..., el anónimo... No hay de qué escribir... Con sólo pensarlo dan ganas de ahorcarse: por dondequiera que mires, las gentes se devoran unas a otras, se roban, se estrangulan, se escupen a la cara y, sin embargo, no hay tema para escribir. La vida hierve, bulle, burbujea; pero no se puede escribir nada. Es un dualismo maldito...

—¿Cómo que no hay tema para escribir? Ni con diez manos podrías dar abasto a lo que hay...

—No, no hay nada. Mi vida se ha malogrado. Vamos a ver, ¿de qué se puede escribir? Se ha escrito ya de los cajeros, de las boticas, del problema oriental... Se ha gastado tanta tinta, que ya no hay nadie que entienda ni jota. Se ha escrito del ateísmo, de las suegras, de los jubileos, de los incendios, de los sombreros de señora,

de la degeneración de las costumbres, de Zucchi... Se ha escrito del universo entero sin dejar nada. Fíjate: tú vienes con el cuento de una tentativa de asesinato. ¡Bonita novedad! Conozco yo un asesinato, que ríete tú: ahorcaron a un hombre le cortaron la cabeza, le rociaron de gasolina y le quemaron; y ya lo ves, no digo nada, ni me importa. Son cosas sucedidas ya y no tienen nada de particular. Ya puedes robar doscientos mil rublos o quemar de un extremo a otro la avenida Nevski. Tampoco sería nada del otro mundo. Todo ello es de lo más ordinario, y se ha escrito mucho al respecto. Adiós...

—¡No lo entiendo! Con la de problemas que hay... Con la diversidad de fenómenos... Le tiras una piedra a un perro, y ya tienes un asunto o un fenómeno que tratar...

—Ni los asuntos ni los fenómenos valen un comino... Suponte que yo me ahorco ahora. A tu modo de ver es un problema, un acontecimiento; para mí no pasa de ser cinco líneas de glosilla. No vale la pena escribir. La gente se ha muerto siempre, se muere y se morirá. No representa novedad alguna... Todas esas diversidades, todos esos hervideros y fermentaciones resultan demasiado uniformes... Me estomaga el escribir y, además, me da lástima de los lectores: ¿para qué voy a entristecerles la vida a los infelices?

Ribkin suspiró, movió la cabeza y sonrió amargamente.

—Ahora bien —prosiguió—: si sucediera algo tremebundo, espantoso, abracadabrante, algo que matase del susto a los mismísimos demonios, entonces sí que reviviría yo. Si la Tierra atravesase la cola de un cometa, o si Bismarck se hiciera mahometano, o si los turcos tomasen Kaluga por asalto, o..., digamos, si ascendieran a Notóvich a consejero secreto...; en fin, si ocurriera algo fenomenal, fuera de serie, ¡cómo resucitaría yo!

—En vez de mirar tan alto, procura ver lo que tienes alrededor. Repara en la brizna de hierba, en el grano de arena, en la rendija insignificante. En todas partes hay vida, drama, tragedia... Cada astilla y cada cerdo encierran dramas dentro de sí...

—Tú tienes una manera de ser que puedes escribir hasta de un huevo sorbido. Yo no.

—¿Pues qué crees? —enfatuose Shliopkin— ¿Hay poca materia en un huevo sorbido? Pues yo descubro un montón de problemas. En primer lugar, al ver ante ti la cáscara de un huevo, te llenas de indignación y de cólera: el huevo, destinado por la Naturaleza a reproducir la vida, ¿me entiendes?, ¡la vida!, una vida que, a su vez, daría vida a toda una generación, la cual engendraría miles de generaciones posteriores, ha sido sorbido, víctima de la gula y del capricho. Ese huevo hubiera producido una gallina, y la gallina hubiera puesto, en el transcurso de su vida, miles de huevos: ahí tienes ya, como en la palma de la mano, un quebranto del régimen económico, la destrucción del futuro. En segundo lugar, contemplando la cáscara, puedes alegrarte: si se han comido el huevo es porque Rusia se alimenta bien. En tercer lugar, se te ocurre que la cáscara sirve para abonar la tierra, y entonces

recomiendas al lector que no la tire. En cuarto, el huevo vacío te recuerda la transitoriedad de todo lo terrenal: ¡era y ya no es! En quinto lugar... Pero, en fin, ¡a qué seguir! Hay material para cien números del periódico...

—¡Nada de eso me importa! Además, he perdido la fe en mí mismo... Me he vuelto apático... ¡Al diablo todo!

Ribkin se subió a un taburete y anudó la cuerda al garfio.

—Haces mal —trataba de disuadirle Shliopkin—. Créeme que es una equivocación. Ya ves: aquí se publican veinte periódicos y todos salen llenos. Quiere decirse que no faltan temas. Hasta los periódicos provincianos salen repletos...

—¡No! —masculló Ribkin como buscando a qué aferrarse— ¡A la porra los jurados dormilones, los cajeros, el Banco de la Nobleza, los documentos de identidad, la abolición de los rangos, Rumelia...! ¡A la porra todo!

—Bueno, allá tú...

Ribkin se puso la cuerda al cuello y se ahorcó muy a gusto. Shliopkin se sentó a la mesa y en un instante escribió un suelto sobre el suicidio, una nota necrológica de Ribkin, un folletín sobre la frecuencia de los suicidios, un editorial sobre las penas a imponer a los suicidas y unos cuantos artículos más acerca del mismo tema. Terminada su tarea, se guardó el cuaderno en el bolsillo y corrió, alegre, a la redacción, donde le esperaban los honorarios, la fama y los lectores.

PSICÓPATAS

(ESCENA)

(Психопаты. Сценка)

El consejero titular Semión Alexéievich Nianin, que en tiempos sirvió en un juzgado provincial, y su hijo Grisha, teniente retirado y personalidad gris, que vivía a expensas de sus padres, estaban almorzando en una de sus pequeñas habitaciones. Grisha, como de costumbre, bebía copa tras copa y hablaba sin interrupción; su padre, pálido, lleno siempre de inquietud y de sobresalto, le miraba tímidamente a la cara, pasmado y presa de una sensación incierta, semejante al miedo.

—Bulgaria y Rumelia no son más que las primeras golondrinas —decía el hijo, hurgándose afanosamente los dientes con el tenedor—. ¡Ésas no son más que futesas, insignificancias! Pero lee lo que sucede en Grecia y en Servia y lo que se dice en Inglaterra. Grecia y Servia se levantarán. Turquía también... Inglaterra intervendrá en favor de Turquía...

—Y Francia tampoco lo consentirá... —observó Nianin como irresoluto.

—¡Dios mío, ya la han emprendido otra vez con la política! —tosió en la habitación contigua el pupilo Fiódor Fiódorich—. ¡Ni de un enfermo tienen compasión!

—Francia no lo consentirá —asintió Grisha, como si no oyese la tos de Fiódor Fiódorich—. ¡Todavía no ha olvidado los cinco mil millones, hermano! Esos franceses, hermano, saben lo que se hacen. Lo único que esperan es la ocasión de darle en los morros a Bismarck y de llevarle al hoyo. Pero si el francés se levanta, el alemán no se va a quedar cruzado de brazos y esperando: *kommen sie here*^[53], Iván Andreich, *sprechen sie deutsch*^[54]. ¡Ja, ja, ja! Detrás de los alemanes irá Austria, después Hungría, y luego puede que hasta España, por el asunto de las islas Carolinas... Chian con Tonquín, los afganos... Y etcétera, etcétera, etcétera... Se va a armar una, hermano, como jamás habrás podido ni soñar. Recuerda mis palabras. Te quedarás con la boca abierta...

El viejo Nianin, aprensivo, cobarde e ignorante, cesa de comer y palidece más aún. Grisha también deja de comer. El padre y el hijo son timoratos, pusilánimes y místicos. Sienten siempre un miedo impreciso y vago, que flota sin orden ni concierto en el tiempo y en el espacio: ¡algo va a suceder! Pero ni el uno ni el otro saben qué es lo que sucederá, ni dónde, ni cuándo. Como regla general, el viejo se entrega a sus temores en silencio; Grisha, por el contrario, no puede pasar sin excitar al padre y a sí mismo con sus largas parrafadas, y no se queda tranquilo hasta que consigue

infundirse un pánico atroz.

—Ya lo verás —prosigue—. No tendrás tiempo de decir: «Amén», y toda Europa será un revoltijo. ¡Nos darán para el pelo! A ti, claro, nada te importa: como si no quiere crecer la hierba; pero a mí: «A la guerra, señor». Aunque, por otra parte, me tiene sin cuidado. Me río de todo eso.

Después de asustar al padre y de asustarse a sí mismo con la política, Grisha se pone a hablar del cólera:

—Cuando llegue el momento, amigo, no se pararán a mirar si estás vivo o muerto: te arrojarán en una carreta, ¡al campo, con los muertos! No habrá tiempo de comprobar si estás simplemente enfermo o si has estirado ya la pata...

—¡Dios mío! —tose tras el tabique Fiódor Fiódorich—. No les basta con llenar todo esto de humo de tabaco apestoso y de hedor a aguardiente; aún tienen que rematarlo a uno a fuerza de charlar.

—¿Por qué no le gustan nuestras conversaciones? —pregunta Grisha elevando el tono.

—Porque me disgusta la ignorancia... Da verdadero asco oírles.

—Si tanto le repugna, no nos escuche... Pues sí, papaíto, habrá leña. Antes que aciertes a percartarte será ya tarde. Además, en los bancos y en las alcaldías roban a mansalva... Hoy te enteras de que han robado un millón; mañana, cien mil rublos; pasado mañana, mil; y así todos los días. No hay fecha del calendario en que no se escape un cajero con los fondos...

—Bueno, ¿y qué?

—¿Cómo que qué? Un buen día te despiertas, miras por la ventana a la calle y te encuentras que no hay nada, que todo se lo han llevado. Te asomas afuera y ves la calle llena de cajeros y más cajeros que huyen. Quieres vestirte, y descubres que te han robado los pantalones. ¿Te parece poco?

Por último, Grisha la emprende con el proceso de Mironovich:

—No pienses ni sueñes que este proceso terminará. La sentencia, hermano, no significa absolutamente nada. Sea cual fuere la sentencia, el cielo sigue encapotado. Admitamos que Semiónova es culpable. Supongámoslo y démoslo por bueno; pero ¿y las pruebas que acusan a Mironovich? Si, por el contrario, indicamos como culpable a éste, ¿qué hacemos con Semiónova y con Bezak? Es una niebla impenetrable, hermano... Todo es tan nebuloso que, lejos de conformarse con el veredicto, continuarán filosofando sin cesar. ¿Tiene fin el mundo? Sí, lo tiene. ¿Y qué hay detrás del fin? Otro fin. ¿Y tras el segundo fin? Etcétera, etcétera. Lo mismo sucede con este proceso... Celebrarán la vista veinte veces sin llegar a ningún acuerdo. Lo único que harán será oscurecerlo todo más aún... Hoy ha confesado Semiónova, pero mañana volverá a negar: «No sé nada de nada ni quiero saber nada». Karachevski comenzará de nuevo a buscarle las vueltas: se agenciará una docena de ayudantes y, junto con ellos, empezará a dar cuerda al asunto, y más cuerda, y más cuerda...

—¿Cómo?

—Pues muy sencillo: mandará que los buzos busquen las pesas debajo del puente de Tuchkov. Estupendo. Pero enseguida sale Ashanin con un papel: no han aparecido las pesas. Karachevski se enfada: «¿Cómo que no han aparecido? ¡Eso es porque no hay en Rusia buzos verdaderos ni aparatos que valgan nada! ¡Que traigan buzos de Inglaterra y aparatos de Nueva York!». Mientras buscan las pesas, los representantes de ambas partes traen de cabeza a los peritos. Y los peritos venga darle a la lengua, y darle a la lengua, y darle a la lengua... Éste no concuerda con aquél, los unos se dan lecciones a los otros... El fiscal no se pone de acuerdo con Ergard, y Karachevski con Sorokin. Y vengan charlas y más charlas. ¡Que traigan nuevos peritos! ¡Llamar de Francia a Charcot! Llega Charcot y lo primero que dice es: «No puedo emitir un dictamen porque durante la autopsia no fue examinada la espina dorsal». ¡A desenterrar de nuevo a Sarra! Luego, hermano mío de mi alma, surge la cuestión de los cabellos... ¿A quién pertenecían? Porque, vamos, los pelos no crecen en la tierra por sí solos; deben ser de alguien. ¡Que se haga una prueba pericial de peluqueros! Viene a resultar que un cabello se parece a los de Monbason. ¡Que comparezca Monbason! Y así hasta el infinito. Todo comienza a dar vueltas, como un remolino. Mientras tanto, los buzos ingleses sacan del Neva no sólo una pesa, sino cinco. Si no fue Semiónova la autora del hecho, de fijo que el auténtico asesino lanzó allí una docena de pesas. Comienza la inspección de las que han extraído. Primera pregunta: ¿dónde fueron compradas? En casa del comerciante Podskókov. ¡Que se presente el comerciante! «Señor Podskókov, ¿quién le compró a usted estas pesas? —No recuerdo—. En tal caso, denos los nombres de todos sus clientes». Podskókov hace memoria y, de pronto, recuerda que, en cierta ocasión, tú le compraste algo. «Pues verán ustedes: —dice—. Entre los que han comprado en mi tienda está el consejero titular Semión Alexéievich Nianin». ¡Que nos traigan al consejero titular Nianin! Haga el favor de pasar...

Nianin, a quien el miedo le da hipo, se levanta de la mesa y, pálido, nervioso y aturdido, va de un lado a otro de la habitación.

—Bueno, bueno —masculla—. Eso es demasiado...

—¡Que traigan a Nianin! Tú te presentas, y Karachevski te traspasa con la vista: «¿Dónde estuvo usted la noche de autos?». A ti se te queda la lengua pegada al paladar. Inmediatamente cotejan aquellos pelos con los tuyos, mandan por Ivánovski y, ¡a la cárcel, señor Nianin!

—¿Cómo! ¿Cómo va a ser eso? Todo el mundo sabe que no fui yo quien la mató.

—¡Qué más da! ¡A nadie le importa un bledo que no la hayas matado tú! Empezarán a marearte y te pondrán la cabeza de modo que terminarás hincándote de rodillas y diciendo: «¡Yo la maté, yo la maté!». No lo dudes...

—Pero..., pero...

—No, si no es más que un ejemplo. A mí ¿qué me importa? Yo soy hombre libre, soltero. Si se me ocurre, me voy a América mañana mismo. ¡Que me busque entonces

Karachevski para marearme!

—Dios mío —solloza Fiódor Fiódorich—. Lástima que no se les seque la garganta... ¿Os callaréis alguna vez, engendros del diablo?

Nianin y su hijo se callan. Ha terminado el almuerzo, y los dos se acuestan, roídos por el gusano de la inquietud.

Se da con los puños en las rodillas, salta de su asiento y se pone a andar descalzo por el piso frío de la habitación.

—¡Me han zurrado! —murmura—. Por eso he venido temprano.

—No mientas, hermano.

—De veras que me han zurrado... En el sentido directo...

Le miro... Aunque tiene el rostro alcohólico y ajado, su figura conserva todavía tanta nobleza, tanta corrección y tanta delicadeza señorial, que la grosera expresión «me han zurrado» no concuerda en absoluto con su apariencia de intelectual.

—Un escándalo de padre y muy señor mío... He venido riéndome todo el camino. ¡Venga, hombre, deja de escribir esa tontería! Me desahogaré, sacaré todo lo que llevo en el alma, y puede que no sea ya... tan risible el asunto. ¡Deja eso! Es una historia curiosa... Escucha. En la plaza de Arbat vive un tal Prisvistov, teniente coronel retirado, casado con una hija bastarda del conde Von Krach. Un aristócrata, por consiguiente. El tal Prisvistov casa a su hija con el hijo del comerciante Eskimosov. Este Eskimosov es un *parvenu*^[55] y un *mauvais genre*^[56], un cerdo con tirantes y un *mauvais ton*^[57]; pero el papá y la niña tienen necesidad de *manger* y de *boire*^[58], de modo que no se andan con escrúpulos. Pues verás: a las nueve me fui a casa de Prisvistov a tocar. En las calles, un fangal, lluvia, niebla... En el alma, como de ordinario, una sensación de asco...

—Abrevia —le interrumpo—. Sin divagaciones psicológicas...

—Bueno, bueno. Pues llego a casa de Prisvistov. Los recién casados y los huéspedes estaban comiendo fruta. En espera de que comenzara el baile, me fui a mi sitio, junto al piano, y me senté.

—¡Ah, ya está usted aquí! —exclamó el anfitrión.

EN TIERRAS EXTRANJERAS

(На чужбине)

Es un mediodía dominical. El terrateniente Kamischev está sentado en el comedor, ante una mesa lujosamente servida, y almuerza reposadamente. El francés *monsieur* Champoun, un viejo limpio y bien afeitado, comparte con él la comida. Este Champoun ejerció en un tiempo oficios de preceptor de la casa de Kamischev. Enseñaba a los niños finos modales, una buena pronunciación y baile. Después, cuando los hijos de Kamischev crecieron y llegaron al grado de tenientes, Champoun quedó allí en calidad de algo semejante a institutriz del género masculino.

Las obligaciones del antiguo preceptor no son complicadas. Se reducen a vestirse correctamente, a oler a perfume, a escuchar la charla intrascendente de Kamischev, a comer, a beber, a dormir y, al perecer, a nada más. Por todo este recibe manutención, vivienda y un sueldo indeterminado.

Kamischev come y, siguiendo su costumbre, mientras come, deja oír su charla intrascendente.

—¡Bien! —dice secándose las lágrimas que brotan de sus ojos después de la deglución de un trozo de jamón bien untado de mostaza—, ¡Uf! ¡Se me ha subido a la cabeza y a todas las articulaciones...! ¡Con su mostaza francesa no le pasa a un eso, aunque se tome todo el frasco!

—Hay a quien le gusta la mostaza francesa y a quien le agrada la rusa —dice tímidamente Champoun.

—¡La francesa no le gusta a nadie! ¡Si acaso a los franceses! ¡Claro que un francés se come todo lo que le das! Lo mismo que sea una rana, que una rata, que una cucaracha... ¡Brrrr! Austed, por ejemplo, no le gusta este jamón porque es ruso..., y si le sirvieran vidrio asado y le dijeran que era francés se lo comería usted y lo ponderaría... Para usted todo lo ruso es malo.

—Yo no digo eso.

—Todo lo ruso malo y todo lo francés..., ¡oh...!, *C'est très joli...*! Según usted, no hay mejor país que Francia, pero a mi parecer... Porque, bueno..., ¿qué es Francia...? Digámoslo en conciencia... ¡Un pedacito de tierra! ¡Si mandara uno allí a nuestro jefe de Policía, al cabo de un mes pediría el traslado! ¡No tendría sitio para moverse...! ¡A su Francia se la puede recorrer en un día, mientras que a nuestro país..., en cuanto sales del portalón, ya no se le ve el fin...! Uno anda, anda...

—Sí, *monsieur*, Rusia es un país inmenso.

—¡Claro que lo es! ¡Según usted, no hay gente mejor que la francesa...! ¡Inteligente..., sabia..., mucha civilización...! De acuerdo... Todos los franceses son sabios..., amanerados. Es verdad... Un francés no se permitirá nunca una

descortesía... Ofrecerá oportunamente asiento a una dama, no comerá cangrejos con tenedor, no escupirá en el suelo, pero... ¡carecen de espíritu...! No puedo explicarle en qué consiste..., no sé cómo explicarme..., pero al francés le falta un algo..., aquello... —sus dedos, que agita al hablar, parecen buscar alguna cosa—, aquello..., algo... ¡jurídico! Recuerdo haber leído en no sé qué parte, que vuestra inteligencia está adquirida a través de los libros, mientras que la nuestra es de nacimiento. ¡Si a un ruso se le enseñaran debidamente las ciencias, ni un solo profesor vuestro podría comparársele!

—Puede que sí —dice con desgana Champougn.

—¡Puede que sí, no...! ¡Seguro...! ¡No hay por qué hacer muecas de desagrado! ¡Estoy diciendo la verdad! La inteligencia rusa es la inteligencia de tipo creador. Lo único que ocurre es que no se le abre paso y el mismo ruso no sabe aprovecharla. Si inventa algo lo rompe o se lo da a los niños para que jueguen, mientras que su francés de usted inventa una tontería y todo el mundo la celebra. El otro día, el cochero Iona construyó un hombrecito de madera; tirabas al hombrecito de un hilito y hacía una inconveniencia... ¡Y, sin embargo, Iona no se vanagloria de ello...! En general, no me gustan los franceses. ¡No hablo de usted...! Es en general... Es gente sin moral alguna. Exteriormente parecen como todo el mundo, pero luego viven como los perros... ¡El matrimonio, por ejemplo...! ¡Entre nosotros, uno se casa, pega a la mujer y se acabó la conversación!, pero entre ustedes..., el diablo sabe lo que ocurre. El marido pasando el día entero en el café y la mujer dejando que la casa se le llene de franceses y baila que te baila el cancan con ellos.

—¡No es cierto! —dice Champougn, cuyo rostro se enciende sin poderlo evitar—. En Francia los principios familiares son muy elevados.

—¡Ya sabemos qué principios son esos...! ¡Debería usted avergonzarse de defenderlos...! ¡Hay que ser imparcial! ¡Si son unos cochinos, es que son unos cochinos...! ¡Gracias a que los alemanes les zurraron...! ¡A fe mía que gracias...! ¡Que Dios les dé salud...!

—¡No comprendo, entonces, *monsieur*! —dice el francés levantándose de un salto y con los ojos brillantes—. Si aborrece usted a los franceses, ¿por qué me tiene a mí?

—¿Y dónde le voy a meter?

—¡Déjeme libre y me marcharé a Francia!

—¿Qué...? ¿Acaso le iban a dejar entrar ahora en Francia...? ¡Usted para su patria es un traidor...! ¡Tan pronto le parece a usted gran hombre Napoleón como Gambetta! ¡Ni el mismo diablo sería capaz de entenderlo!

—¡Monsieur! —dice el francés Champougn, espurreando saliva y arrugando la servilleta—. ¡La ofensa que acaba usted de inferir a mis sentimientos no la hubiera ideado mi mayor enemigo! ¡Todo acabó!

Y, haciendo un ademán trágico, el francés arroja la servilleta sobre la mesa con afectado gesto y sale de allí lleno de dignidad.

Tres horas más tarde la mesa se transforma y la servidumbre sirve la comida. Kamischev se sienta solo a la mesa. Después de la copa que precede a la comida, está ansioso por dejar oír su charla intrascendente. Siente deseos de expansionarse, pero no tiene oyente.

—¿Qué hace Alfons Liudovíkovich? —pregunta al criado.

—Está haciendo la maleta, señor.

—¡Valiente majadero...!, y que Dios me perdone... —dice Kamischev, dirigiéndose a continuación a la habitación del francés.

Champoun, sentado en el suelo, en el centro de ésta, coloca en la maleta ropa, frascos de perfume misales, tirantes y corbatas.

Toda su figura correcta, su cama, su maleta y su mesa, respiran elegancia y feminidad. De sus grandes ojos azules caen sobre la maleta gruesas lágrimas.

—¿Adónde se propone usted ir? —pregunta Kamischev después de permanecer un rato en silencio.

El francés calla.

—¿Quiere usted marcharse? —prosigue Kamischev—. ¡Bien...! ¡Como quiera...! No soy quién para retenerlo... Sólo una cosa me sorprende... ¿Cómo va usted a ir sin pasaporte...? Me parece extraño... Usted sabe que yo he extraviado su pasaporte... Lo metí no sé dónde..., entre papeles... y se me perdió. Ya sabe que entre nosotros todo lo referente a los pasaportes está severamente considerado. No podría usted hacer ni cinco verstas sin que lo cojan.

Champoun levanta la cabeza y mira incrédulo a Kamischev.

—Sí... Usted lo verá... Le notarán en la cara que no lleva pasaporte y en seguida empezarán: «¿Quién es usted...? ¿Alfons Champoun...? ¡Ya sabemos qué clase de Alfons Champoun! ¡Tenga la bondad de pasar aquí cerca!».

—¿Está usted bromeando?

—¿Por qué voy a bromear? ¿Qué necesidad tengo de ello...? ¡Sólo que eso sí...! ¡Acuérdese de nuestras condiciones y no me venga luego con lloriqueos y empiece a escribirme cartas...! ¡No moveré ni un dedo aunque pase usted delante de mí con las esposas puestas!

Champoun se levanta de un salto, y pálido, con ojos desorbitados, empieza a pasear por la habitación.

—¿Qué hace usted conmigo? —dice, presa de desesperación y llevándose las manos a la cabeza— ¡Dios mío! ¡Oh! ¡Maldita la hora en que se me ocurrió la idea desastrosa de dejar mi patria!

¡Bueno..., bueno...! ¡Si era todo una broma! —dice Kamischev, bajando de tono — ¡Qué chiflado es usted...! ¡No es usted capaz de comprender una broma...! ¡No se le puede decir nada!

¡Querido mío! —exclama Champoun con chillona voz, tranquilizado por el tono de Kamischev—. ¡Le juro que estoy apegadísimo a Rusia, a usted y a sus hijos! ¡Para mí abandonarles me sería tan penoso como morir! ¡Sin embargo, cada una de sus

palabras me hiere en el corazón!

—¡Ah, qué chiflado! ¿Qué necesidad tenía usted de ofenderse porque yo ataque a los franceses...? ¡Atacar puede uno atacar a cualquiera y por eso no tiene nadie que ofenderse...! ¡Vaya con el chiflado...! Tome usted ejemplo de Lazar Isakich, el arrendatario... ¡Yo me meto con él de todas maneras posibles..., le llamo judío, le hago la oreja de cerdo con el faldón, le tiro de las patillas, y ni siquiera se molesta!

—Pero ¡es porque es un esclavo...! ¡Por un kopek está dispuesto a cualquier bajeza!

—¡Bueno, bueno...! ¡Basta ya! ¡Vamos a comer! ¡Paz y concordia!

Champougn empolva su cara, que tiene huellas de llanto, y sigue a Kamischev al comedor. El primer plato es ingerido en silencio. Tras el segundo empieza la misma historia. Con lo que los sufrimientos de Champougn no tienen fin.

UN CÍNICO

(ЦИНИК)

Es la hora de mediodía. Yegor Siusin, suboficial retirado y director de la «Casa de Fieras de los Hermanos Pijnau», que es un hombrachón de cara fofa y alcohólica, camisa sucia y frac roñoso, está ya borracho. Se agita ante el público igual que el diablo ante la cruz, y acompaña sus contorsiones y carreras con una risilla conejil y un aparatoso movimiento de ojos. Parece presumir con sus ademanes afectados y el frac sin abrochar. Al público le agrada verle cuando su cabeza, grande y pelada, está llena de vapores vánicos. En tales ocasiones, Siusin no se limita a mostrar a las fieras simplemente, sino con un procedimiento nuevo, privativo suyo.

—¿Cómo quieren la explicación? —pregunta al público guiñando un ojo—, ¿Sencilla, o con psicología y tendencia?

—¡Con psicología y tendencia!

—*Bene*. Comienzo. Aquí tienen ustedes al león africano —dice tambaleándose y mirando irónicamente a la fiera que, echada en un rincón de la jaula, pestañea sumisa — El león. Sinónimo de fuerza y gracia; orgullo y gloria de la fauna. Allá en sus tiempos jóvenes campaba por sus respetos e infundía pánico en derredor con su formidable rugido... Ahora, en cambio... ¡Ja, ja, ja! Ahora, el pobre infeliz está metido en una jaula... ¿Qué haces ahí sentado, hermano león? ¿Filosofando? Pues de fijo que cuando andabas por las selvas te sentías a tus anchas. Seguramente pensabas que no había animal más fiero que tú y que ni el mismísimo demonio te aventajaba; pero mira por dónde, la fortuna, a la que motejan de loca, ha resultado ser más poderosa; loca y todo, ha sido más fuerte que tú. ¡Ja, ja, ja! Fíjate hasta dónde te han traído desde África los diablos. A buen seguro que no pensabas venir a parar aquí. También a mí me ha maltratado mucho la suerte, hermano. He estado en el instituto, y en una oficina, y de agrimensor, y de telegrafista, y en una fábrica de guerra, y en otra de macarrones. ¡Dios sabe dónde no habré estado yo! Hasta que por fin he venido a caer en una casa de fieras, en un muladar... ¡Ja, ja, ja!

El público, contagiado por las sinceras risotadas del ebrio Siusin, ríe también.

—Ya te gustaría ser libre —le hace un guiño al león un mozalbete que huele a pintura y que está cubierto de manchas espesas y multicolores.

—¿Libre éste? Lo dejas salir y vuelve de nuevo a la jaula. Ya se ha resignado. ¡Ja, ja, ja! Va siendo hora de irse para el hoyo, león amigo. ¿Para qué vas a seguir en este mundo dando la lata? Revienta, hombre, revienta. Nada puedes esperar. ¿Por qué me miras de ese modo? Te digo la pura verdad.

Siusin conduce al público hasta la jaula vecina, donde se agita y golpea las rejas un gato montés.

—Señoras y señores, les presento a un antepasado de nuestros micifuces y

zapirones. Antes de cumplir tres meses fue capturado y traído a esta jaula. Chilla, se revuelve, echa fuego por los ojos y no permite que se le acerquen. Día y noche araña los barrotes buscando una salida. Daría media vida, sus propios hijos, por volver a sus querencias. ¡Ja, ja, ja! ¿Por qué pegas esos saltos, idiota? ¿Para qué corres? ¿No ves que no hay salida? Antes morirás que consigas salir. Ya te acostumbrarás y te resignarás. Es más, nos lamerás las manos a nosotros, tus torturadores. ¡Ja, ja, ja! Aquí, hermano, es como en el infierno de Dante: ¡abandonad toda esperanza!

El desparpajo de Siusin comienza a irritar poco a poco a los visitantes.

—No comprendo qué tiene esto de risible —observa una voz de bajo.

—Relincha de contento y no se sabe por qué —dice, a su vez, el pintor.

—Un mono —prosigue Siusin acercándose a la jaula siguiente—. Una verdadera piltrafa de animal. Sé que nos odia y que se alegraría de podemos despedazar, pero hace carantoñas y nos lame las manos. ¡Alma lacayuna! ¡Ja, ja, ja! Por un terrón de azúcar se pone a los pies de sus torturadores y hace el payaso... ¡No me gustan semejantes animales! Esta que ven aquí es una gacela —añade el guía llevando a los excursionistas hasta una jaula en la que hay una gacela pequeña y flaca, de ojos llorosos—. Está en las últimas. Apenas ha tenido tiempo de llegar a la jaula, y ya tenemos el desenlace encima: tuberculosis en último grado. ¡Ja, ja, ja! Fíjense ustedes: los ojos son como los de las personas. ¡Hasta lloran! Y se explica: es joven y bella; quisiera disfrutar de la vida, correr libre por esos bosques y juntarse con algún *gacelo* guapo; y en lugar de eso tiene que permanecer ahí tirada sobre paja sucia, que huele a perros podridos y a estiércol. Cosa extraña: está a punto de morir, pero en sus ojos brilla la esperanza. ¡Lo que es la juventud! ¡Sois unos chuscos todos los jóvenes! Despidete de tus ilusiones, hermana gacela. Con esperanzas y todo, estirarás las patas. ¡Ja, ja, ja!

—¡Eh, amigo, no la atosigues con tus augurios! —protesta el pintor poniendo mal gesto—. Da lástima...

El público no ríe ya. Sólo Siusin continúa con sus carcajadas y sus bufidos. Cuanto más serios se tornan los excursionistas, tanto más fuertes y estridentes son las risotadas del guía. Y por no se sabe qué razón, a todos comienza a parecerles deforme, sucio, cínico; todos los ojos adquieren una expresión de irritado mal humor.

—Y ésta es una grulla —sigue Siusin impertérrito sus explicaciones, aproximándose a un ave que se halla junto a una jaula—. Nació en Rusia, emigró al Nilo, conversó con los cocodrilos y con los tigres, y su pasado no puede ser más brillante. Mírenla ahí, pensativa y concentrada. Tan embebida está en sus meditaciones, que no se da cuenta de nada... ¡Sueños, sueños! ¡Ja, ja, ja! Seguramente piensa: «Ahora les dejo a todos chasqueados, salgo por la ventana y ¡a volar por ese cielo azul!». Es la época en que las bandadas de grullas van camino de los países cálidos con su eterno «gru-gru». Observen cómo se le erizan las plumas: en plena meditación, ha recordado que tiene las alas cortadas y... el horror y la desesperación se han apoderado de ella. ¡Ja, ja, ja! Es un temperamento rebelde.

Hasta la misma muerte mantendrá las plumas erizadas. Es arisca y orgullosa. Pero a nosotros nos importa un comino tu rebeldía, requetegrulla. Tan altanera como eres, puedo darte una vuelta ante el público tirándote del pico. ¡Ja, ja, ja!

Siusin agarra del pico a la grulla y la hace andar ante los visitantes.

—¡Basta ya de atormentarla! —se oyen voces—. ¡Basta ya! ¡Qué barbaridad! ¿Dónde está el amo? ¿Cómo permite que un borracho martirice a los animales?

—¡Ja, ja, ja! ¿Y cómo los martirizo?

—¡Con todas estas... insensateces!

—Pues ustedes mismos pidieron que la explicación fuese con psicología. ¡Ja, ja, ja!

El público recuerda que sólo por la «psicología» ha acudido a la casa de fieras y que ha estado esperando con impaciencia que el borracho Siusin saliese de su cuchitril y comenzase las «explicaciones»; y, para encontrar un motivo a su protesta, comienza a hablar de la mala alimentación, de la estrechez de las jaulas, etcétera.

—Los alimentamos bien —replica Siusin, lanzando al público una mirada socarrona—. Ahora mismo lo van a ver. Tengan la bondad de presenciarlo.

Agachándose, se mete debajo de un mostrador y saca de allí una boa pequeña que se halla envuelta en varias mantas recalentadas.

—Les damos de comer —continúa chapurreando Siusin—. ¡Cómo no, señores! Con ellos sucede como con los artistas: si no se les alimenta, se mueren. Señor conejo, *venez ici*^[59], hágame el favor.

Aparece en escena un conejito blanco, de ojillos rojizos.

—Le presento mis respetos —dice, pomposo, el guía, agitando los dedos ante el hociquillo del animal—. Tengo el honor de presentarme a usted. Le recomiendo a la señora serpiente, que desea hacerle pasar a su estómago. ¡Ja, ja, ja! ¿Te disgusta la noticia, hermano? ¿Pones mal ceño? Pues, hijo, no hay nada que hacer. La culpa no es mía. Por otra parte, si no es hoy será mañana, y si no soy yo será otro el que dé este paso. Es lo mismo. ¡Filosofía, hermano conejo! Ahora estás vivito y coleando, aspiras aire, piensas; y al cabo de un minuto serás una masa informe. ¡Con lo grata que es la vida, hermano! ¡Qué gusto da vivir!

—¡No queremos ver cómo dan de comer a la bicha! —suenan voces—. ¡Basta! ¡Déjelo ya!

—¡Es una pena! —continúa hablando Siusin, como si no oyese el rumor del público—. Una criatura, toda una vida... Tendrá pareja, acaso hijos y... de buenas a primeras, ¡zas! Adelante, señor conejo... Por lamentable que resulte, la cosa no tiene remedio...

Siusin agarra al conejo y, sin dejar de reír, lo pone enfrente de las fauces de la boa. Pero no ha tenido tiempo de horrorizarse el pobre animal cuando se siente arrebatado por decenas de manos. Se oyen entre el público exclamaciones alusivas a la Sociedad Protectora de Animales. Algarabía, aspavientos, ruido. Siusin, riendo siempre, huye a su cuchitril.

El público sale irritado de la casa de fieras.

Siente las mismas náuseas que quien se ha tragado una mosca. Pero pasan los días y los visitantes asiduos comienzan a echar de menos a Siusin, como quien añora el vodka o el tabaco. Quieren ser nuevamente testigos de su escalofriante desfachatez.

EL PAVO

(PEQUEÑO EQUÍVOCO)

(Индейский петух. Маленькое недоразумение)

—¡Eres un espantapájaros, un espantapájaros! ¡Cara de bestia! —decía Pelagia Petrovna a su esposo, el secretario colegial jubilado Márkel Ivánovich Lojmátov—. Todas las mujeres tienen maridos normales, y sólo a mí me ha mandado Dios el castigo de un gandul. El de mi hermana Gláshenka zurce los calcetines, da de comer a las gallinas y va al mercado a hacer la compra. Pues ¿y el de Praskovia Ivánovna? ¡Ése sí que es un hombre! Sólo busca la manera de contentar a su mujer: mata con agua hirviendo las chinches de la cama, envuelve los abrigos en sábanas y las cose para que no se las coma la polilla, limpia el pescado... El único que desentona eres tú. ¡No sé a quién habrás salido! Te pasas las horas muertas tumbado a la bartola, como un hereje, en el diván, y no sabes hacer otra cosa que pimplarte de vodka y soltar bobadas sobre Rumelia.

—Pues ¿qué quieres que haga? —protestó tímidamente Márkel Ivánovich.

—¿Qué quiero que hagas? ¡Pues anda que hay poco que hacer! Por dondequiera que tires encuentras algo en esta casa. Fíjate, por ejemplo, en el pavo: el pobre animalito lleva ya una semana sin comer ni beber... Cualquiera día se nos muere, pero a ti te da igual, verdugo. ¡Ay, de qué buena gana te sacudiría unas bofetadas en esos carrillos! ¡Un pavo que es una catedral! Ni por cinco rublos comprarías uno igual...

—Pero ¿qué puedo yo hacer con el pavo? No querrás que lo lleve al médico.

—¿Al médico? ¿Para qué? Los médicos no entienden de aves... Pregunta a la gente... La gente sabe de todo... Y, si no, bien podías tú mismo, idiota, enterarte de lo que tiene..., ir a la botica... En la botica hay muchas medicinas...

—Está bien, iré a la botica —accedió Lojmátov—. No me parece mal...

—Sí, sí, ve. Y pide que te den diez kopeks de algún astringente.

Márkel Ivánovich se levantó perezosamente, exhaló un suspiro y comenzó a ponerse los pantalones, pues mientras estaba en casa, Pelagia Petrovna le obligaba a andar en calzoncillos para hacer economías. Como se hallaba un poco alumbrado, le parecía que una bala, de plomo le cruzaba de sien a sien; pero la idea de que iba a hacer algo de provecho le daba ánimos. Una vez que se vistió, cogió el bastón y se fue solemnemente camino de la farmacia.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó el farmacéutico, un individuo grueso, calvo, de largas y frondosas patillas.

—Desearía algo que... —comenzó, indeciso, Márkel Ivánovich, mirando respetuosamente aquellas patillas tan abultadas—. A decir verdad, no traigo receta ni

sé lo que necesito... Acaso pudiera usted aconsejarme...

—Vamos a ver. ¿Qué sucede?

—Pues que lleva ya una semana entera sin comer ni beber. Se encuentra cada vez más debilitado, triste, decaído, como quien ha perdido algo o no tiene la conciencia tranquila...

El boticario levantó las comisuras de los labios, entornó los ojos y se hizo oídos todo él. Es sabido que a los farmacéuticos les gusta que se dirijan a ellos en busca de consejos médicos.

—¡Ee...! ¡Gm...! —mugió—. ¿Tiene fiebre?

—No puedo decírselo, porque lo ignoro... Sea usted compasivo y deme algún remedio. Créame que da verdadera lástima verle... Estaba sano, andaba tan campante por el corral, y ahora, ¡fíjese! De buenas a primeras pone cara de pena, se encoge y ni siquiera sale del cobertizo.

—El cobertizo es lo menos indicado. Con el frío que hace ahora...

—Bueno, pues nos lo llevaremos a la cocina... Será una lástima que se..., que se muera. Las pavas no podrían vivir sin él.

—¿Qué pavas? —abrió los ojos el farmacéutico.

—Las pavas... Las pavas corrientes... Las que tienen plumas.

—Pero ¿de quién ha estado usted habiéndome?

—De un pavo.

El rostro del boticario se deformó en una expresión de cólera: «¡Puf!». Las comisuras de sus labios descendieron y por su irritado semblante cruzó una nube.

—No le entiendo, señor —profirió enojado.

—¿No entiende lo que es un pavo? —extrañose, a su vez, Lojmátov—. No es un simple gallo, de los que andan con las gallinas, sino un pavo grande, ¿sabe usted?, con una especie de trompa sobre el pico... Le silba uno, y él hace la rueda, encrespa las plumas y ¡glu, glu, glu!

—Aquí no curamos pavos —refunfuñó el boticario, desviando la mirada con aire de indignación.

—No, si no hace falta que lo curen ustedes... Con darme cualquier tontería para él, estamos al cabo de la calle. Naturalmente, no se trata de una persona, sino de un ave... Cualquier cosa le aliviará...

—Perdone, pero no puedo perder el tiempo.

—Ya sé que su tiempo es oro, pero ¡hágame ese favor! ¿Qué le cuesta darme un mejunje cualquiera? Lo que se le ocurra. No pondré reparos. Tenga esa amabilidad...

El tono suplicante de Márkel Ivánovich persuadió al farmacéutico, que, volviendo a entornar los ojos, levantó de nuevo las comisuras de los labios y quedó pensativo un instante.

—¿Dice usted que no come ni bebe y que se siente muy débil?

—Sí, señor. Véndame algún astringente...

—Espere un momento.

El farmacéutico abrió un armario, sacó un libro y se sumió en la lectura. Su cara adquirió una expresión de Sócrates y en su frente se formaron tantas arrugas, que Márkel Ivánovich, al verle así, temió que la tensión de la piel le resquebrajase la calva.

—Le daré unos polvos —anunció el farmacéutico suspendiendo la lectura.

—Se lo agradezco infinito. Pero, y perdone mi ignorancia, ¿cómo voy a darle los polvos? Tenga en cuenta que él no los tomará. Es un animal muy estúpido, sin ningún raciocinio, y no se da cuenta de lo que le conviene. Si le ponemos los polvos delante, no les hará el menor caso.

—Siendo así, le daré unas gotas.

—Eso ya es otra cosa. Las gotas se las puedo hacer tomar a la fuerza.

El boticario volvió la cabeza y gritó una orden en alemán.

—¡Ja! —le contestó un mancebo pequeño y negrete.

Lojmátov se dirigió a donde estaba el dependiente en cuestión, se apoyó de codos en el mostrador y se puso a esperar.

«¡Con qué habilidad trabaja el muy perro! —pensó mientras seguía los movimientos de los dedos del empleado, que estaba dividiendo en porciones unos polvos—. Todo esto necesita su ciencia».

Terminada la operación, el dependiente cogió un frasco, echó en él un líquido pardo, envolvió el frasco en un papel y se acercó a Lojmátov:

—¿Son diez kopeks de gotas lo que quiere usted?

—Sí, para un pavo.

—¿Cómo? —asombrose el dependiente.

—Para un pavo.

—Estoy hablando en serio —enrojeció el otro—. Conteste en serio también.

—Pero ¿cómo quiere que le conteste? ¿No le digo que son para un pavo? Pues no serán para un águila.

—¿Cree que puede hacer burlas a costa mía?

—No, señor, a costa de usted, no. Yo pagaré los polvos.

—Mire, váyase con sus bromas a otra parte.

Y poniendo bajo el mostrador el frasco de las gotas, se retiró bufando y se puso a batir algo en un mortero.

Márkel Ivánovich esperó un poco; pero luego, encogiendo los hombros, salió de la farmacia. Al llegar a su casa se quitó la levita, el pantalón y el chaleco, rascose la cabeza, carraspeó y se tumbó en el diván.

—¿Has estado en la botica? —se abalanzó hacia él Pelagia Petrovna.

¡Sí! ¡Al diablo todos ellos!

—¿Y la medicina?

—¡No han querido dármela! —respondió el marido, y se cubrió, desalentado, con el edredón.

—¡Ay, qué bofetadas...!

BORRACHERA TENAZ

(Средство от запоя)

A la ciudad de X***, y apeándose de un departamento de primera clase, llegaba a dar las funciones para las que había sido contratado el conocido cómico Feniksov Dikobrasov (segundo).

Todos cuantos habían acudido a recibirle a la estación sabían muy bien que su billete de primera clase sólo había sido adquirido, con el fin de darse tono, en la penúltima estación, y que hasta entonces la celebridad viajó en tercera. Vieron también que, a pesar del tiempo frío del otoño, la celebridad no llevaba más que un *macferland* de verano y que iba solamente tocado de un gorrito de nutria. Sin embargo, cuando el adormilado rostro de Dikobrasov (segundo) asomó por la ventanilla del vagón, todos experimentaron cierta emoción y el deseo de conocerle. El empresario Pochechuev, siguiendo la costumbre rusa, le besó tres veces y le acompañó a su casa.

La celebridad tenía que presentarse a escena dos días después de su llegada, pero el Destino dispuso otra cosa. La víspera del espectáculo, el empresario, pálido y despeinado, llegó corriendo a la taquilla del teatro para comunicar que Dikobrasov (segundo) no podría actuar.

—¡Le es imposible! —anunció Pochechuev, tirándose del pelo—. ¿Qué les parece...? ¡Un mes...! ¡Un mes entero anunciando con grandes letras que venía Dikobrasov..., vanagloriándose de ello..., cobrando el dinero de los abonos..., y ahora, de buenas a primeras esta canallada...! ¿Eh...? ¿Qué les parece...? ¡La horca es poco!

—Pero ¿qué es lo que ocurre? ¿En qué consiste la dificultad?

¡Pues en que el muy maldito se ha puesto a beber!

—¿Y qué importancia tiene eso...? ¡Dormirá la borrachera y ya se le pasará!

—¡Dormirse...! ¡Antes se morirá ese que dormirse...! ¡Le conozco desde Moscú...! ¡Cuando empieza a echarse vodka al cuerpo, sigue echándose durante dos meses sin interrupción...! ¡Es un *zapo*^[60] el suyo...! Sí... ¡No cabe duda de que es mi destino...! ¿Y por qué soy tan desgraciado? ¿Por qué he nacido tan infeliz? ¿Por qué...? ¿Por qué durante toda mi vida ha de cernirse sobre mi cabeza la maldición del Cielo...? —Pochechuev era trágico por profesión y por naturaleza; las expresiones fuertes y los golpes de pecho le iban muy bien—, ¡Oh, cuán villano, cuán despreciable no seré, que con sumisión de esclavo ofrezco mi cabeza a los golpes del Destino! ¿No sería más noble poner fin de una vez a este vergonzoso papel de mentecato sobre el que vienen a recaer todos los palos y descerrajarme un tiro...? ¿Qué espero? ¡Dios mío! ¿Qué espero yo...?

Pochechuev ocultó el rostro entre las palmas de las manos y se volvió hacia la ventana. En el recinto de la taquilla se hallaban presentes, además del cajero, muchos actores y aficionados, por lo que, discutiendo el asunto, no faltaron consejos ni palabras de consuelo. Éstos, sin embargo, tenían solamente carácter filosófico y predictor. «¡Todo es vanidad!». «¡Mándeles a paseo!». «¡Puede que todavía se arregle...!». Nadie fue más allá de esto. Tan sólo el cajero, hombre gordito e hidrópico, enfocó el asunto desde un punto de vista más práctico.

—Usted, Prokl Lvovich, lo que tiene que hacer es intentar curarlo.

¡Esa borrachera pertinaz no la cura ni el diablo!

—No lo diga usted tan pronto. Nuestro peluquero la cura perfectamente. Toda la ciudad acude a él.

Pochechuev recibió con regocijo la idea. Era una tabla de salvación a la que agarrarse, y al cabo de unos minutos, el peluquero del teatro, Fiódor Grébeshkov, se encontraba ante él.

Imaginen una figura alta y huesuda, de ojos muy hundidos, larga y escasa barba y manos de color marrón; añadan una extraordinaria semejanza con un esqueleto humano al que se hiciera andar sobre resortes; vistan a esta figura con unas prendas negras, bastante usadas, y obtendrán el retrato de Grébeshkov.

—¡Hola, Fedia...! —dijo Pochechuev—. He oído, amigo, que sabes curar la borrachera. ¡Hazme el siguiente favor! ¡Encárgate de curar a Dikobrasov! Con seguridad ya te has enterado... ¡Se ha puesto a beber!

—¡Vaya por Dios! —dijo Grébeshkov tristemente, con voz de bajo—. Suelo asistir, en efecto, a cómicos de menos importancia..., a comerciantes y a funcionarios... ¡Pero en este caso se trata de una celebridad conocida en toda Rusia!

—Bueno, ¿y qué más da?

—Que para curarle ese *zapo* es menester provocar un cambio en todos los órganos y en todas las articulaciones de su cuerpo. Ese cambio yo se lo provocaría..., llegaría a curarse... Pero ¿qué pasará luego...? «¿Cómo te has atrevido, perro —me dirá—, a tocarme siquiera la cara?». ¡Ya sabemos lo que son estas celebridades!

—¡No, amigo, no! «El que algo quiere... algo le cuesta...». Conque ponte el sombrero y vámonos.

Un cuarto de hora después Grébeshkov entraba en la habitación de Dikobrasov. La celebridad estaba tumbada en la cama, mirando con expresión maligna a la lámpara que colgaba del techo. La lámpara no hacía más que eso, colgar plácidamente; pero Dikobrasov no apartaba los ojos de ella y mascullaba:

—¡Ya veremos si te atreves a dar más vueltas! ¡Ya te enseñaré yo, maldita, a dar vueltas! ¡He roto una jarra y te voy a romper a ti...! ¡Ahora verás...! ¡Ah...! ¿Conque el techo da vueltas también...? ¿De modo que es una conspiración...? ¡La más pequeña de todas..., canalla..., y la que da más vueltas...! ¡Espera! ¡Ahora verás!

El cómico se levantó y, arrastrando consigo las sábanas y haciendo caer los vasos que había sobre la mesilla, se dirigió tambaleándose hacia la lámpara, pero a mitad de

camino tropezó con algo alto y huesudo...

—¿Qué es esto? —rugió, paseando alrededor suyo los extraviados ojos— ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¡Di...!

—¡Ya te haré yo ver quién soy! ¡Largo...! ¡A la cama!

Y sin esperar a que el cómico llegara a la cama, Grébeshev le asestó un puñetazo en la nuca con tal fuerza que le hizo caer rodando sobre aquélla. Hasta entonces, seguramente, nadie había pegado al cómico, por lo que éste, a pesar de su fuerte embriaguez, miró a Grébeshev con asombro y hasta con curiosidad.

—¿Tú? ¿Me has pegado tú...? ¡Espera...! ¿Me has pegado?

—Te he pegado. ¿Quieres que te pegue más...? —y el peluquero asestó a Dikobrasov un segundo golpe en los dientes.

Fuera debido el efecto a la fuerza de los golpes o a la novedad de la sensación, el caso es que la expresión de extravío se desvaneció en los ojos del cómico y que por ellos pasó un destello de juicio. Saltó de la cama y, no tanto por furia como por curiosidad, se puso a examinar detenidamente el pálido rostro y la sucia levita de Grébeshev.

—¡Tú...! ¿Pegarme tú...? ¿Te atreves...?

—¡A callar! —y un nuevo golpe en la cara sucedió a los anteriores.

El aturdido cómico intentó defenderse, pero Grébeshev con una mano le oprimía el pecho, mientras que con la otra seguía golpeándole en el rostro.

—¡Más despacio! ¡Más despacio! —se oyó decir a la voz de Pochechuev desde otra habitación—. ¡Más despacio, Federika!

—¡No es nada, Prokl Lvovich! ¡Él mismo me dará luego las gracias!

—¡Más despacio de todos modos! —dijo Pochechuev con voz llorosa metiendo la cabeza en la habitación—. ¡Eso para ti no será nada, pero a mí me da frío verlo! ¡Imagínate lo que es pegar en pleno día a un hombre en perfecta posesión de sus derechos! ¡Culto...! ¡Célebre...! ¡Y, además, en su propio piso...! ¡Aj...!

—Yo, Prokl Lvovich, no le estoy pegando a él. Estoy pegando al demonio que tiene metido en el cuerpo. Retírese, haga el favor, y no se preocupe. ¡Estate echado..., demonio! —exclamó Fiódor, dirigiéndose al cómico—. ¡No te muevas! ¿Lo oyes?

El espanto se apoderó de Dikobrasov. Comenzaba a antojársele que todo lo que antes daba vueltas y había sido roto por él se lanzaba ahora como por un acuerdo unánime contra su cabeza.

—¡Socorro! —gritó—, ¡Salvadme...! ¡Socorro...!

—¡Grita, grita... buena pieza...! «¡Si no fuéramos a sembrar por miedo a los gorriones...!». ¡Y ahora escúchame! ¡Con sólo una palabra que digas o un movimiento que hagas..., te mato! ¡Te mato sin compasión! ¡No tendrás, hermano, quien te defienda!

¡No vendrán en tu auxilio aunque oigan cañonazos...! En cambio, si te estás quieto y te callas... te daré vodka. ¡Mira!

Grébeshev sacó de su bolsillo una botella de vodka y la hizo relucir ante los ojos del cómico. El borracho, al ver aquel objeto de sus ansias, se olvidó de los golpes y hasta relinchó de gusto. Grébeshev extrajo del bolsillo de su chaleco un pedacito de jabón sucio y lo hizo entrar en la botella. Cuando el vodka comenzó a hacer espuma y a ponerse turbio, comenzó a echar dentro de ella toda clase de porquerías. En la botella iban siendo depositados salitre, amoníaco, alumbre, sal de acederas, fósforo, resina y otras materias fáciles de adquirir en las pequeñas droguerías. El cómico, cuyos ojos parecían próximos a salirse de las órbitas, los fijaba en Grébeshev, siguiendo apasionadamente los movimientos de la botella. Por último, el peluquero quemó un pedazo de trapo, echó su ceniza en el vodka, lo revolvió todo y se acercó a la cama.

—¡Bébetelo! —dijo, llenando medio vaso—. ¡De un trago!

El cómico exhaló un suspiro de satisfacción semejante al cacareo de un pato, pero inmediatamente sus ojos quedaron fijos, palideció y de su frente brotó el sudor.

—¡Bebe más! —invitó Grébeshev.

—No. No quiero... Es... espera...

—¡Bebe, te digo! ¡Bebe...! ¡Mira que si no lo haces te mato!

Dikobrasov bebió y cayó gimiendo sobre la almohada. Al cabo de un minuto se levantó y Fiódor pudo comprobar la eficacia de sus especias.

—¡Bebe más! ¡Que se te revuelvan todas las entrañas! ¡Eso te sentará bien! ¡Bebe!

Y para el cómico llegó la hora del martirio. Sus entrañas, en verdad, se revolvían. Daba saltos en la cama, se agitaba en ella y seguía con la mirada los pausados movimientos de su implacable enemigo, que ni por un minuto le dejaba tranquilo y le golpeaba cuando rehusaba las especias. Los golpes alternaban con las especias y las especias con los golpes. Jamás en otro tiempo el pobre cuerpo de Feniksov Dikobrasov (segundo) había sufrido tales ofensas y humillaciones: ¡nunca la celebridad se había encontrado tan débil y desamparada como ahora! Al principio, el cómico gritaba y reñía; después, suplicó, y por último, al convencerse de que las protestas conducían a los golpes, empezó a llorar. Pochechuev, que escuchaba detrás de la puerta, no pudo resistir más y entró corriendo en la habitación.

—¡Vete al diablo! —exclamó, agitando los brazos—. ¡Preferible es que se pierda el dinero de los abonos a que siga bebiendo vodka! ¡No le martirices más, por favor...! ¡Se va a morir! ¡Vete al diablo! ¡Mírale! ¡Está medio muerto! ¡A fe mía que si lo hubiera sabido no se hubiera hecho esto...!

—¡Pero si esto no es nada...! ¡Él mismo me ha de dar las gracias! Ya lo verá usted. ¡Bueno! ¿Qué más quieres? —dijo, volviéndose hacia el cómico—. ¿Quieres cobrar más?

Hasta la noche permaneció Grébeshev entretenido con el cómico. Quedó rendido, y el otro también. Terminó el asunto la extrema debilidad del cómico, que perdida la facultad de gemir, quedó como petrificado y con una expresión de espanto

fija en el semblante. A esta petrificación siguió algo parecido al sueño.

Al día siguiente se despertó el cómico, con gran asombro de Pochechuev, pues ello quería decir que no se había muerto. Al despertarse, miró vagamente a su alrededor, paseó los ojos extraviados por la habitación y empezó a recordar.

—¿Por qué me dolerá todo? —dijo—, ¡Como si me hubiera pasado un tren por encima! Tal vez si bebiera un poco de vodka... ¡Eh! ¿Quién hay ahí? ¡Traedme vodka!

Tras la puerta se encontraban en aquel momento Pochechuev y Grébashkov.

—¡Está pidiendo vodka...! ¡Eso quiere decir que no se ha curado! —dijo, espantado. Pochechuev.

—¿Qué se figura usted, padrecito Prokl Lvovich...? —dijo, asombrado, el peluquero—. ¿Que se le va a poder curar en un día? ¡Quiera Dios que sea en una semana! ¡No en un día! Cuando se trata de una persona débil, se le puede curar en un día... pero éste tiene una contextura de comerciante. Habrá que emplear más tiempo en él.

—¿Y por qué no lo dijiste antes...? ¡Diablo! —gimió Pochechuev—. ¡Oh! ¿Por qué he nacido tan desgraciado...? ¿Qué espero del Destino, maldito de mí...? ¿No sería más razonable terminar de una vez y meterme una bala en la frente? —y así, etcétera..., etcétera...

Sin embargo, y a pesar de los colores sombríos con que Pochechuev contemplaba su destino, al cabo de una semana Dikobrasov (segundo) había ya comenzado a actuar en el teatro, no siendo ya necesario devolver el dinero de los abonos. Maquillando al cómico, Grébashkov tocaba con tal respeto su cabeza que nadie hubiera podido reconocer en él a aquel que tan buenos golpes le pegara.

—¡Cuánta resistencia tiene el hombre! —exclama asombrado Pochechuev—. ¡Pensar que yo por poco me muero, cuando vi su martirio y que él, como si tal cosa, todavía da las gracias a este diablo de Fedka y hasta quiere llevárselo con él a Moscú...! ¡Qué milagros ocurren!

REMEDIOS CASEROS

(Домашние средства)

Para que la mantequilla no se ponga rancia, cómasela lo más rápido posible.

Para las chinches: Atrape una chinche y explíquele que los alimentos vegetales, por el número de sustancias nitrogenadas y grasas que contiene, no son para nada inferiores a los alimentos animales, y aconséjele amablemente que cambie de dieta. Y si estas últimas conclusiones científicas no funcionan, tan sólo tiene que alzar un dedo y exclamar: «¡Húndete en la infamia, chupasangre!». Y suelte al villano. Más tarde o más temprano, el bien triunfará sobre el mal.

Para las cucarachas: Ya se sabe que las cucarachas nos las trajeron de Alemania, así que es lícito reclamar su expulsión, por ordenanza administrativa, a su lugar de origen.

Para las pulgas: Cátese. Todas las pulgas irán a su mujer porque, como ya se sabe, prefieren comer a las mujeres que a los hombres. Esto último no depende tanto de las cualidades de una u otra sangre, sino de la condición de los vestidos femeninos para el cómodo recogimiento de los insectos: es un lugar espacioso y acogedor a un tiempo.

Para las polillas: Ponga en su abrigo de piel dos docenas de tarántulas y escorpiones, reservando un espacio propio para cada uno de ellos.

Para un orzuelo: Hágale una burla con el dedo al enfermo. Si el sujeto que tiene el orzuelo por adorno fuera de mayor rango, hágale la burla con la mano en el bolsillo.

Para la falta de dinero: Reúna a Rothschild, al barón Ginsburg y a Poliakov, siéntelos a jugar a las cartas, y vaya a lo grande. Cuanto más fuerte la apuesta, mejor. Si pierde, no les pague, porque incluso sin ese dinero, sus rivales ya tienen mucho dinero; si gana, alégrese.

Para la ira de un jefe: Agarre al jefe, lléveselo hasta el baño y póngale la cabeza bajo la ducha fría. Si esto no ayudara, abraza al jefe, béselo y diga lloriqueando: «¡Olvidemos todo lo que sucedió!». Y si esto tampoco ayudase, golpéelo en la tripa y diga: «¡Eh, tío! ¿Vamos a pelearnos?», y cosas así.

Para la infidelidad conyugal: Tome a su esposo adúltero, y cuélguele un cartel en

la frente: «Prohibidas terminantemente las personas no autorizadas» o similar.

Para las humedades en casa: Espolvoree las paredes con talco para bebés o pegue hojas de periódicos secos.

UNA PERRA CARA

(Дорогая собака)

El maduro oficial de infantería Dubov y el voluntario Knaps, sentados uno junto a otro, bebían unas copas.

—¡Magnífico perro...! —decía Dubov mostrando a Knaps a su perro Milka—. ¡Un perro extraordinario...! ¡Fíjese, fíjese bien en el morro que tiene...! ¡Lo que valdrá sólo el morro...! Si lo viera un aficionado, por el morro sólo pagaría doscientos rublos. ¿No lo cree usted...? Si es así, es que no entiende nada de esto.

—Sí que entiendo, pero...

—Es *setter*. ¡*Setter* inglés de pura raza! Para el acecho es asombroso, y como olfato... ¡Dios mío...! ¡Qué olfato el suyo! ¿Sabe cuánto pagué por mi Milka cuando no era más que un cachorro...? ¡Cien rublos! ¡Soberbio perro! ¡Ven acá..., Milka bribón, Milka bobito...! ¡Ven acá, perrito..., chuchito mío...!

Dubov atrajo a Milka hacia sí y le besó entre las orejas. A sus ojos asomaban lágrimas.

—¡No te entregaré a nadie..., hermoso mío..., tunante! ¿Verdad que me quieres, Milka? Me quieres..., ¿no? Bueno, ¡márchate ya! —exclamó de pronto el teniente—. ¡Me has puesto las patas sucias en el uniforme! ¡Pues sí, Knaps...! ¡Ciento cincuenta rublos pagué por el cachorro! ¡Desde luego ya se ve que los vale! ¡Lo único que siento es no tener tiempo para ir de caja! ¡Y un perro sin hacer nada se muere...! ¡Le falta... sobre qué utilizar la inteligencia...! ¡Cómpremelo, Knaps! ¡Me lo agradecerá toda la vida! Si no dispone de mucho dinero, se lo dejaré a mitad de precio... ¡Lléveselo por cincuenta rublos...! ¡Róbeme...!

—No, querido —suspiró Knaps— Si su Milka hubiera sido macho..., quizá la comprara, pero...

—¿Que Milka no es macho? —se asombró el teniente—. Pero ¿qué está usted diciendo, Knaps...? ¿Que Milka no es macho? ¡Ja, ja...!

Entonces, ¿qué es, según usted? ¿Perra? ¡Ja, ja...! ¡Qué chiquillo! ¡Todavía no sabe distinguir un perro de una perra!

—Me está usted hablando como si yo fuera ciego o una criatura —se ofendió Knaps—. ¡Claro que es perra!

—¡A lo mejor también le parece a usted que yo soy una señora...! ¡Vaya, vaya..., Knaps! ¡Y decir que ha cursado usted estudios técnicos...! No, alma mía. Éste es un auténtico perro de pura casta. ¡Es capaz de dar ciento y raya a cualquier otro perro, y usted me sale con que no es perro! ¡Ja, ja...!

—Perdóneme, Mijaíl Ivánovich, pero me toma usted sencillamente por tonto. ¡Hasta me ofende!

—Bueno, bueno... Pues nada, entonces... No lo compre si no quiere... ¡A usted

es imposible hacerle comprender nada! ¡Pronto empezará usted a decir que en vez de rabo tiene una pata!... Pero nada... ¡A usted es a quien quería yo hacer el favor! ¡Vajrameev...! ¡Trae coñac!

El ordenanza trajo más coñac. Los dos amigos llenaron sus vasos y quedaron pensativos. Transcurrió media hora en silencio.

—¡Y después de todo..., vamos a suponer que fuera perra...! —interrumpió el silencio el teniente mirando sombrío la botella—, ¿Qué importancia tendría eso...? ¡Mejor para usted...! Le daría cachorros, cada cachorro no valdría menos de veinticinco rublos. ¡Se los compraría cualquiera, encantado! ¡No sé por qué le gustan tanto los perros! ¡Son mil veces mejor las perras! El género femenino es más adicto y más agradecido... Pero bueno, en fin..., si tanto miedo tiene usted al género femenino, ¡quédese con ella en veinticinco rublos!

—No, querido. No le pienso dar ni un kopek. En primer lugar, no necesito perro, y, en segundo, no tengo dinero.

—Eso podía usted haberlo dicho antes... ¡Milka! ¡Largo de aquí!

El ordenanza sirvió una tortilla. Los amigos se pusieron a comerla y la terminaron en silencio.

—¡Es usted un buen muchacho, Knaps! ¡Un muchacho cabal! —dijo el teniente, limpiándose los labios—. ¡Qué diablos! ¡Me da lástima dejarle así! ¿Sabe usted una cosa...? ¡Llévese la perra gratis!

—Pero ¿para qué la quiero yo, querido? —dijo Knaps con un suspiro—. Y además, ¿quién me la iba a cuidar?

—¡Bueno, pues nada, entonces...!, ¡nada...!, ¡qué diablos! ¿Que no la quiere usted...? ¡Pues no se la lleva! Pero ¿adónde va usted...? ¡Quédese un ratito más!

Knaps se levantó desperezándose y cogió su gorro.

—Ya es hora de marchar. Adiós —dijo, bostezando.

—Espere, entonces. Le acompañaré.

Dubov y Knaps se pusieron los abrigos y salieron a la calle. Anduvieron en silencio los cien primeros pasos.

—¿No se le ocurre a quién podría yo dar la perra? ¿No tiene usted, a nadie entre sus conocidos...? La perra, como ha visto usted, es bonísima..., y de raza..., pero yo no necesito para nada.

—No se me ocurre, querido. En realidad, ¿qué conocimientos tengo yo aquí...?

Hasta llegar a la misma casa de Knaps, caminaron los amigos sin pronunciar palabra. Sólo cuando al abrir la puerta de la verja Knaps estrechó la mano a Dubov, éste tosió y con alguna vacilación dijo:

—¿Sabe usted si los perreros de la localidad aceptan perros?

—Es posible que los acepten, pero con seguridad no se lo puedo decir.

—Mañana la mandaré allá con Vajrameev. ¡Al diablo la perra! Por mí, que la desuellen..., ¡maldita... asquerosa perra! ¡Por si fuera poco que ensucie las habitaciones, ayer en la cocina se zampó toda la carne...! ¡Canalla! ¡Y si siquiera

fuera de buena raza...! ¡Pero no es más que una mezcla de perro callejero y de cerdo!
¡Buenas noches!

—Adiós —dijo Knaps.

La puerta de la verja se cerró y el teniente quedó solo.

EL CONTRABAJO Y EL FLAUTISTA

(ESTAMPAS)

(Контрабас и флейта. Сценка)

Durante un alto en el ensayo, el flautista Iván Matveich daba vueltas entre los atriles y se quejaba de su suerte:

—¡Es una desdicha! No hay modo de encontrar una vivienda a propósito. La fonda me resulta demasiado cara, y en familias particulares no quieren admitir a ningún músico.

—Véngase a vivir conmigo —le propuso inesperadamente un contrabajo—. Yo pago por mi habitación doce rublos. Viviendo juntos nos saldrá a seis por cabeza.

Iván Matveich acogió la oferta con los brazos abiertos. Nunca había convivido con nadie, pero consideró *a priori* que la existencia en común tenía grandes atractivos y ventajas: en primer lugar, una persona con quien cambiar impresiones, y en segundo, todo en común, lo mismo el té que el azúcar o que el pago de la sirvienta. Mantenía con el contrabajo Piotr Petróvich las relaciones más cordiales; sabía que era persona sencilla, honrada y abstemia; y como, por su parte, él reunía las mismas cualidades, resultaba que harían una pareja ideal. Los dos amigos sellaron su acuerdo con un apretón de manos. Y aquella misma tarde la cama del flautista estaba ya frente a la del contrabajo.

Pero antes de tres días Iván Matveich se convenció de que para vivir en común no bastan las relaciones de cordialidad ni lugares comunes como el antialcoholismo, la honradez y la mansedumbre de carácter.

Iván Matveich y Piotr Petróvich se parecían físicamente tanto como los instrumentos que tocaban. El contrabajo era alto, patilargo, rubio, de gran cabeza pelona y levita desgarrada y corta. Hablaba con voz cavernosa, taconeaba fuertemente al andar, y producía tal ruido estornudando o tosiendo, que hacía temblar los cristales de la ventana. Iván Matveich, en cambio, era un hombrecillo minúsculo y enteco. Caminaba siempre de puntillas, tenía la voz atiplada y en todos sus actos procuraba mostrarse fino y educado. Diferían asimismo en sus costumbres. El contrabajo, por ejemplo, tomaba el té acompañando cada sorbo con un bocadito al terrón de azúcar; el flautista, por el contrario, endulzaba el té echando el azúcar dentro; y, teniendo en cuenta que el té y el azúcar eran comunes, estas divergencias no podían por menos de originar suspicacias. Iván Matveich se dormía con la luz encendida; Piotr Petróvich tenía que apagarla. El primero se limpiaba los dientes todas las mañanas y se lavaba con esponjoso jabón de glicerina; el segundo no sólo negaba la eficacia de lo uno y de lo otro, sino que incluso arrugaba el ceño al oír el

roce del cepillo o al ver la cara enjabonada de su compañero.

—¡Deje usted esos perifollos! —le reprochaba—. Da vergüenza mirarle. Se acicala igual que una mujerzuela...

Desde el primer momento, el delicado y pulido flautista se sintió molesto. Le disgustaba sobre manera que el contrabajo, al acostarse diariamente, se embadurnase el vientre con una pomada que llenaba la habitación, hasta la mañana siguiente, de un fuerte hedor a ganso podrido y que, después de untarse, estuviera media hora bufando y resoplando mientras realizaba unos ejercicios gimnásticos consistentes en levantar a compás los brazos y las piernas.

—¿Para qué hace usted eso? —preguntaba el flautista, incapaz de soportar los resoplidos del vecino.

—Después de la unción, es necesario. Conviene que la pomada se extienda por todo el cuerpo... ¡Es algo ma-ra-vi-lloso, hermano! Así no hay resfriado que le ataque a uno... Tenga y úntese...

—No, muchas gracias.

—Úntese, hombre; úntese y verá lo bien que le sienta. Deje ese libro.

—No. Estoy acostumbrado a leer un poco antes de dormir.

—¿Qué está usted leyendo?

—Una obra de Turguénev.

—¡Ah, sí! Le conozco... Escribe bien. Estupendamente. Sólo que, ¿sabe usted?, lo que no me gusta de él es..., ¿cómo se dice...?, no me gusta la gran cantidad de palabras extranjeras que emplea. Además, en cuanto la toma con la descripción de la Naturaleza, es como para tirar el libro. El sol... la luna..., pajarillos que cantan..., ¡el diablo que lo entienda! Es largo, largo...

—Tiene pasajes de maravilla.

—¡Hombre, claro, para eso es Turguénev! Ni usted ni yo somos capaces de escribir nada semejante. Recuerdo *Nido de hidalgos*. ¡Qué risa! ¿Se acuerda usted de la escena en que Lavretski se declara a aquella..., a Lisa..., en el jardín? ¿Se acuerda usted? ¡Ja, ja, ja! El da vueltas alrededor de ella, la aborda por un lado, luego por otro, con toda clase de subterfugios, y ella, la muy ladina, remilgos, melindres y afectación. ¡Como para matarla!

El flautista saltó de la cama y, fulgurantes los ojos, forzando la voz atiplada, comenzó a discutir, a explicar, a poner demostraciones...

—¿A qué me viene usted con ésas? —replicó el contrabajo—. ¡Como si yo no lo supiera! ¡Mira qué instruido! Turguénev, Turguénev... En fin de cuentas, ¿qué pinta en el mundo Turguénev? Tampoco se perdería nada si no existiera...

Iván Matveich, fatigado, pero no vencido, guardó silencio. Apretando los dientes para reprimirse y no discutir, miraba a su compañero de habitación, tapado con la manta, y el cabezón del contrabajo le parecía ahora un tarugo tan repulsivo y estúpido, que hubiera dado cualquier cosa por poder asestarle un golpe impunemente.

—¡Siempre está usted discutiendo! —reprochale el contrabajo, mientras

procuraba acomodar su largo cuerpo en la cama, demasiado corta— ¡Qué genio! Apague la luz y buenas noches.

—Quiero leer otro poco.

—Usted quiere leer, y yo dormir.

—Yo estimo que no se puede coartar la libertad de los demás.

—Pues no coarte usted la mía. ¡Apague la luz!

El flautista apagó la luz y tardó mucho en dormirse por el odio al compañero y por la sensación de impotencia que da el tropezar con la tozudez de la ignorancia. Al fin de todas las discusiones con el contrabajo, Iván Matveich temblaba como azogado. Por la mañana, Piotr Petróvich solía despertarse temprano, a eso de las seis, mientras que al flautista le gustaba dormir hasta las once. Aquél, al levantarse, mataba el ocio arreglando el estuche de su instrumento.

—¿No sabe usted dónde está el martillo? —despertaba al flautista—, Oiga, dormilón, ¿dónde está el martillo?

—¡Déjeme! Quiero dormir.

—Pues duerma. ¿Quién se lo impide? Dígame dónde está el martillo y duérmase.

Pero la mayor carga era la de los sábados. El contrabajo se rizaba el pelo, se ponía un lazo al cuello y salía a buscar una novia rica. Regresaba de madrugada, alegrillo y excitado.

—Oiga lo que quiero contarle, amigo —iniciaba su relato, sentándose pesadamente en la cama del flautista, que estaba dormido—, ¡Despierte, hombre, que ya tendrá tiempo de dormir! ¡Valiente lirón está usted hecho! ¡Ja, ja, ja! He visto a una... Fíjese, una rubia con unos ojos así... regordeta... En fin, muy bien puesta... ¡Pero qué madre, Dios mío! ¡Una auténtica hechicera! ¡Qué diplomacia! Sin necesidad de abogado es capaz de marear al más vivo en cuanto se lo propone. Promete seis mil rublos de dote, pero es seguro que no llegará ni a tres mil. Ahora bien: a mí no me la da con queso, no.

—Amigo mío, tengo sueño —murmuraba el flautista metiendo la cabeza bajo la manta.

—Pero óigame usted y no sea cochino. Le estoy pidiendo un consejo de amigo, y usted vuelve la cara... Escuche.

Y el infeliz Iván Matveich tenía que estar oyéndole hasta que llegaba la mañana y el contrabajo la emprendía con el arreglo de la caja del instrumento.

—¡No, no puedo seguir con él! —lamentábase el flautista en los ensayos—. ¿Querrán ustedes creerme? Es preferible vivir en una buhardilla que en su compañía. ¡Me tiene martirizado!

—¿Y por qué no se va usted?

—Me da un poco de reparo... Puede enfadarse... ¿Qué pretexto voy a aducir para marcharme? A ver, díganme. Yo ya los he desechado todos.

Aún no llevaban un mes viviendo juntos, y ya Iván Matveich estaba medio enfermo y desesperado. Pero la cosa se puso peor todavía cuando el contrabajo, de la

manera más inopinada, le propuso marcharse los dos a otra casa.

—Esta habitación no nos sirve... Haga las maletas... Nada de rezongar. Desde nuestra nueva vivienda hasta el comedor en que usted almuerza hay una buena tirada, pero no importa: andar mucho es saludable.

La habitación a la que se mudaron era húmeda y oscura, pero el pobre flautista lo hubiera sobrellevado todo pacientemente si el contrabajo no hubiese inventado nuevos tormentos: so pretexto de ahorrar dinero, compró un infiernillo de petróleo y comenzó a guisar en él, armando siempre la consiguiente humareda; y, para colmo, el arreglo del estuche del instrumento fue sustituido por el estruendo de éste.

—No haga esos chasquidos comiendo —solía atacar a Iván Matveich cuando se ponía a comer cualquier cosa—. No puedo resistir semejantes ruidos. Si no sabe comer de otra manera, váyase al pasillo.

Transcurrido otro mes, el contrabajo propuso mudarse una vez más. Ya en el nuevo domicilio se compró unas botazas enormes que apestaban constantemente a betún. Y en cuanto a las discusiones nocturnas, ideó un nuevo procedimiento: arrancar el libro de manos de su compañero y apagar la luz. El flautista sufría, consumido por el deseo de descargar un palo en aquel cabezorro pelón; sin embargo, aunque padecía en lo físico y en lo espiritual, continuaba tratando al otro con ceremoniosa delicadeza.

«Si le digo que no quiero vivir con él, puede tomarlo a mal. Será una falta de compañerismo. Aguantemos, pues».

Mas no era posible que una existencia tan anormal durase mucho. Y terminó para el flautista de la manera más inesperada. Una noche, cuando los dos regresaban del teatro, el contrabajo le cogió del brazo y le dijo:

—Perdone, Iván Matveich, pero ha llegado un momento en que debo anunciarle... o, mejor dicho, preguntarle: ¿es que, realmente, le gusta vivir conmigo? No lo comprendo. Tenemos genios distintos, andamos siempre discutiendo, estamos hartos el uno del otro... Vamos, usted no sé, pero yo estoy ya hasta la coronilla... He probado todos los medios: me he mudado de casa, toco el contrabajo por la mañana... Todo con tal de que se vaya usted, pero no lo consigo. ¡Vayase, amigo mío! ¡Hágame ese favor! Dispense mi franqueza, pero me es imposible seguir aguantando.

Era lo único que le faltaba al flautista.

GUÍA PARA AQUELLOS QUE QUIEREN CASARSE

(SECRETO)

(Руководство для желающих жениться. Секретно)

Dado que el tema de este artículo constituye un secreto masculino, y que requiere un esfuerzo mental considerable del que muchas damas no son capaces, ruego a continuación a padres, maridos, oficiales de policía, y demás hombres, se aseguren que las damas y señoritas no lo lean. Esta guía no es el resultado de una sola mente, sino que es la quintaesencia de todos los oráculos, fisónomos y cabalistas existentes, y de muchos años de perseguir conversaciones secretas entre maridos experimentados y competentes propietarios de las tiendas de moda.

Introducción

La vida familiar tiene muchos aspectos positivos. Si no fuera por ésta, las hijas pasarían toda la vida colgadas al cuello de su padre, y muchos músicos estarían sentados sin un trozo de pan, porque no habría bodas. Nos enseña la medicina que los solteros, por lo general, mueren locos, y que los casados no llegan a enloquecer al final. Al soltero, la corbata se la anuda la sirvienta y al casado, su mujer. Es bueno el matrimonio también por su carácter abierto. Uno puede casarse con ricos, pobres, ciegos, jóvenes, viejos, sanos, enfermos, rusos, chinos... Las únicas excepciones serían los locos y los dementes. Tanto los idiotas como los brutos pueden casarse a su antojo.

Guía — I.^a parte

Cuando corteje a una señorita, por encima de todo preste atención a su apariencia, porque por ella se reconoce a una persona. Se puede distinguir el color de pelo y de ojos, la estatura, los andares y los rasgos personales. Las mujeres, por el color de su pelo, se dividen en rubias, morenas, castañas, y demás. Las *rubias*, por lo general, están bien educadas, modestas, sentimentales, quieren a su papá y a su mamá, lloran con las novelas y se enternecen con los animales. Son personas rectas de carácter, de firmes convicciones conservadoras, contrarias a los cambios ortográficos. Son sensibles a los amores a distancia, pero en la cercanía del amor son frías como peces.

En el momento de mayor patetismo, la rubia puede bostezar y decir: «¡No te olvides de mandar mañana a por la tela!». Una vez casadas, se amargan, engordan y se marchitan con rapidez. Son fértiles, adeptas a la progenie y lloricas. No le perdonan al marido una infidelidad, pero ellas mismas engañan con facilidad. Las esposas rubias suelen ser místicas, conspiradoras y se consideran unas mártires. Las *morenas* no son tan prudentes como las rubias. Son inestables, volubles, caprichosas, con genio, a menudo discuten con sus mamás o abofetean a las criadas. Comienzan a «ignorar» a los hombres desagradables ya desde los doce años, malas estudiantes, odian a las otras señoritas de su clase, adoran las novelas, aunque se saltan las descripciones de la naturaleza y releen las declaraciones de amor como cinco veces. Fogosas y apasionadas, aman con frenesí hasta perder la cabeza y quedarse sin aliento. La esposa morena es como una inquisición. Por una lado, tan pasional que pone enfermo al diablo, y, por otro, esos estados volubles, los vestidos, la lógica descuidada, los gritos, los chillidos... Se resignan pronto a las infidelidades de los hombres, pero les pagan con la misma moneda. Las *castañas* se alejan de las rubias pero no quedan cerca de las morenas. Constituyen una mezcla entre las dos. Ellas se consideran morenas. Las *pelirrojas* son sagaces, falsas, malas, crueles... No conciben un amor sin crueldad. Suelen estar bien formadas y todo su cuerpo es de una preciosa piel rosada. Se cuenta que los diablos y los duendes han de casarse necesariamente con una pelirroja. Cuando hay falta de honradez, ahí aparece la cobardía la pusilanimidad. Basta con un buen grito a una pelirroja («¡Te voy a...!»), para que se acurruque como una ovillo y empiece a darte besos. No hay que olvidar que Mesalina y Nana eran pelirrojas. En la elección de la mujer, el *peinado* no pinta mucho. Los cabellos bien peinados, lisos, con la raya clara indican ingenuidad, un deseo limitado... Este peinado lo suelen llevar normalmente costureras, comerciantes e hijas de mercaderes. El mechón de cabello que cae sobre la frente indica vana mezquindad, una mente limitada y lascivia. Lo que intentan con ese mechón es disimular, normalmente, una frente estrecha. Un moño y, en general, cualquier adorno en el cabello, señalan poco gusto, falta de imaginación y que su mamá ha intervenido en el peinado. Con el cabello peinado hacia adelante, la mujer no sólo intenta gustar por delante, sino también por detrás. Ese peinado, salvo que estuviera rematado con una torre de Babel, indica buen gusto y fácil disposición. Los cabellos rizados muestran una naturaleza juguetona y artística. El peinado descuidado o greñado sugiere dudas o pereza mental. Bajo el pelo corto se oculta la forma de pensar. Si la mujer tiene canas o es calva, pero tiene propósitos de casarse, significa que tiene mucho dinero. A menos horquillas en el pelo, mayor creatividad de la mujer y más probable será que no lleve pelo de otra persona. Y ahora sobre el *color de ojos*. Unos ojos azules y lánguidos significan fidelidad, humildad y mansedumbre. Los azules pero saltones lo suelen tener las mujeres tramposas y corruptas. Unos ojos negros significan pasión, genio y temperamento. Hay que señalar que las mujeres listas casi nunca tienen los ojos negros. Grises los suelen tener las cotorras, las que siempre se

están riendo y las tontitas. Marrones significa que les gusta el cotilleo y que envidian los vestidos de las demás. Por *estatura* hay que escoger a la mediana. Las mujeres altas son groseras y pegan fuerte, mientras que las pequeñas, en la mayoría de los casos, son alborotadoras a las que les gusta chillar, arañar y decir barbaridades. Se deben evitar las jorobadas: son malas y mezquinas. Los *andares* apresurados hablan de ligereza y frivolidad. Los andares lentos perezosos suelen tenerlo mujeres de corazón ocupado, así que de ahí no comerás. Un andar con contoneos y meneo del vestido es signo de bondad, humildad pero también en ocasiones de estupidez. El andar grácil, como el de un cisne, lo tienen «ese tipo» de señoras y las amantes. Cuanto más arrogantes los andares, más viejo y rico es el amante, eso significa. Y esos mismos andares, en una señorita, significan presuntuosidad y limitaciones. Si la mujer no camina, sino que va como un pato, date la vuelta, porque te alimentará y te consolará, pero te tendrá bajo su pie. Los *rasgos personales* no son muchos. Un hoyuelo en la mejilla significa coquetería, pequeños pecados y buen espíritu. Los hoyuelos y los ojos entornados prometen mucho, pero no para los amantes platónicos. Los bigotitos hablan de infertilidad. Las uñas largas suelen tenerlas las perezosas. Las cejas demasiado juntas advierten que la señora será madre estricta y suegra rabiosa. Las pecas se suelen dar sobre todo en diablillas pelirrojas, esclavas y tontitas. Las mujeres regordetas de mejillas hinchadas y manos rojas son tan ingenuas que en la palabra «más» puede cometer hasta cuatro errores, aunque aprenden pronto, sin embargo, a cocinar ricas empanadillas y coserle chalecos de terciopelo a los maridos.

Guía — II.^a parte

No pueden casarse sin una dote. Casarse sin dote es como la miel sin cucharilla, como un judío sin tirabuzones, como una bota sin suelas. El amor por un lado, la dote por otro. Se deben pedir doscientos mil de una tacada. Tras descolocar con la cifra, puede empezar a regatear, a hacerse el remolón. Recibe la dote, obligatoriamente, *antes* de la boda. No aceptes pagarés, acciones o cupones, y palpa, huele y examina a contraluz cada billete de cien rublos porque no es infrecuente el caso de padres que dan por sus hijas billetes falsos. Además del dinero, asegura más cosas para ti. Incluso aunque sea mala, la mujer tiene que traer consigo: a) bastantes muebles y un piano; b) un colchón de plumas de cisne y tres mantas: de seda, de lana y de papel; c) dos abrigos de piel, uno para los festivos y otro para diario; d) la suficiente vajilla para el té, para la cocina y para la comida; e) dieciocho camisas del mejor tejido holandés con remates, seis blusas de la misma tela con adornos de encaje, seis blusas de algodón fino, seis pares de pantalones del mismo tejido y otros tantos de gasa inglesa, seis faldas de percal con ribetes, una bata de las mejores, cuatro batas cortas, seis pantalones de lino. Sábanas, fundas de almohadas, cofias, medias, faldas de pana, ligeras, manteles, pañuelos y demás tienen que tenerlos en cantidad suficiente.

Examina tú mientras todo eso, haz recuento y, si falta algo, reclámalo rápidamente. No aceptes ropa blanca de niño, ya que da una señal: si hay ropa blanca es que no hay hijos, y si hay hijos, entonces no habrá ropa blanca; f) en lugar de vestidos que se deformen, exígelos de tela recia; g) no te cases sin cubertería de plata.

Una vez casado, sé estricto y recto con tu esposa, no permitas que lo olvide, y cada vez que haya un malentendido, dile: «¡Recuerda que yo te di la felicidad!».

NINOOKKA

(NOVELA)

(Ниночка. Роман)

La puerta se abre lentamente, y entra mi amigo Pável Serguéievich Vijleniov, enfermizo y avejentado, aunque por su edad es joven todavía. Encorvado, narigudo y flaco, es de aspecto feo; pero tiene una expresión tan sencilla, tan tierna y tan distraída, que al verla dan ganas de tocarla con los cinco dedos para palpar la blandura espiritual de mi amigo. Como tantos hombres de gabinete, es callado, tímido y retraído. Además, en este preciso instante está pálido y parece muy agitado.

—¿Qué le pasa? —le pregunto, al notar su palidez y el leve temblor de sus labios—. ¿Está enfermo o ha vuelto a disputar con su mujer? Viene usted desconocido.

Vijleniov se encoge, tose, mueve una mano como desalentado y dice:

—¡Otro... lío con Ninochka! Un lío, hermano, que no me ha dejado dormir en toda la noche. Ya ve que parezco medio muerto, ¡el diablo que me lleve! A otros no los amilana la peor de las calamidades; aguantan, como si nada, insultos, pérdidas y enfermedades; en cambio, a mí me basta cualquier insignificancia para trastornarme y hacerme perder el equilibrio.

—Pero, bueno, ¿qué ha sucedido?

—Nada, nada... Un pequeño drama familiar. Se lo contaré, si lo desea. Mi Ninochka no quiso ir ayer a ninguna parte. Decidió quedarse en casa para pasar la tarde conmigo. Por supuesto, me alegré una barbaridad. De ordinario, ella sale por las tardes, que es precisamente cuando yo estoy en casa. De modo que puede usted imaginarse el alegrón que me dio. Aunque, claro, usted no ha sido casado nunca y no puede hacerse idea de la satisfacción que produce, al llegar del trabajo al hogar, encontrar allí el objeto de nuestra existencia. ¡Oh!

Vijleniov describe las delicias de la vida matrimonial, se enjuga el sudor de la frente y continúa:

—Ninochka quiso pasar la tarde conmigo. Pero usted, que me conoce, sabe cómo soy: aburrido, pesado, nada ocurrente. ¿Qué entretenimiento podía proporcionarle si en cuanto me sacan de mis planos, de mis filtros y de mis muestras de terreno soy hombre al agua? Ni juego a nada, ni sé bailar ni gastar una broma... Mi capacidad en este sentido es nula; y, en cambio, como usted sabe, Ninochka es joven, sociable... La juventud exige sus derechos, ¿no es verdad? Bueno, pues yo me puse a enseñarle cuadros y estampas y a contarle cosas sin fundamento... De pronto recordé que tenía guardadas en el cajón de la mesa muchas cartas viejas, entre las cuales había algunas verdaderamente divertidas. En mi época de estudiante, tenía amigos que escribían con

una gracia los muy tunos, que se desternillaba uno leyendo aquellas cosas. Saqué, pues, las cartas del cajón y comencé a leérselas a Ninotchka. Le leí la primera, la segunda, la tercera... Y de pronto, ¡alto! Una de las cartas terminaba diciendo: «Te saluda, Katia». Para una mujer celosa, tales frases son cuchillos afilados; y mi Ninotchka es un Oteló con faldas. Las preguntas cayeron como mazazos sobre mi pobre cabeza: ¿Quién es esa Katia? ¿Y cómo la conociste? ¿Y por qué? Le conté que la tal Katia fue algo así como el primer amor..., un devaneo estudiantil, pueril, sin madurez, al que no se podía conceder ninguna importancia. Le hice ver que todos los adolescentes tienen su Katia, que esto es inevitable... ¡Pero mi Ninotchka no quiso ni oírme! Dios sabe lo que se figuraría. Lo cierto es que se echó a llorar. Después de las lágrimas, un ataque de histerismo: «¡Es usted un miserable repugnante! ¡Me oculta todo su pasado! ¡Claro, y ahora también tendrá por ahí otra Katia cualquiera a espaldas mías!». Por más que traté de disuadirla, todo fue en balde. La lógica masculina no concordará jamás con la femenina. Por último le pedí perdón de rodillas, me arrastré ante ella, y como si nada. Se acostó sin que se le pasara el arrebató histérico. Y yo tuve que tenderme en el diván... Esta mañana sigue sin mirarme, enfadada, y llamándome de usted. Dice que piensa marcharse con su madre. Y a lo mejor se va. La conozco y sé que es capaz de hacerlo.

—Pues sí, señor: mal asunto.

—No consigo entender a las mujeres. Ninotchka es joven, honesta y escrupulosa; pueden no gustarle detalles como el caso de Katia, pero ¿tanto le cuesta perdonar? Admitamos mi culpabilidad, pero ¿no le he pedido perdón, no me he hincado de rodillas ante ella? Es más, para que usted lo sepa: ¡he llorado!

—Verdaderamente, las mujeres son un gran enigma.

—Querido amigo: usted tiene gran ascendiente sobre Ninotchka. Ella le respeta y le considera una autoridad. Le suplico que vaya a verla y que ponga en juego toda su influencia para hacerle comprender que no lleva razón... ¡Sufro mucho, querido amigo! Si esta historia dura un día más, no resistiré. Vaya a verla, querido...

—Pero ¿no resultará violento?

—¿Violento? ¿Por qué? Son ustedes amigos casi desde la infancia... Ella confía en usted... Vaya a verla... Hágame este favor de amigo...

Conmovido por las llorosas súplicas de Vijleniov, me visto y voy a ver a su mujer. La encuentro entregada a su ocupación favorita: bostezar, sentada en el sofá, con las piernas cruzadas y con los bellos ojos entreabiertos. Al verme llegar se levanta de un salto, corre hacia mí, echa una ojeada a su alrededor, cierra la puerta a toda prisa y, con la ligereza de una pluma, se cuelga de mi cuello. (No crea el lector que es una errata: hace más de un año que comparto con Vijleniov sus obligaciones maritales).

—¿Qué nueva ventolera te ha entrado, cabra loca? —le pregunto, sentándola a mi lado.

—¿A qué te refieres?

—¿Ya has inventado un nuevo tormento más para tu fiel esposo? Ha ido a verme

y me ha contado lo de Katia.

—¡Vaya, hombre, buen paño de lágrimas ha encontrado!

—Pero ¿cómo ocurrió el asunto?

—Pues como todo... Ayer tarde estaba muy aburrida. Como no tenía adónde ir, me entró rabia y la tomé con Katia. Me eché a llorar de aburrimiento. Pero ¿cómo iba a explicárselo a él?

—Sin embargo, alma mía, eso es cruel, inhumano. Ya es nervioso de por sí para que tú le trastornes más con tus escenas.

—No importa: le gusta verme celosa. Además, no hay mejor tapadera que los celos, aunque sean fingidos... Pero cambiemos de tema. No me gusta que me hables de ese trapo. Bien harta estoy de él. ¿Te apetece un poco de té?

—De todas maneras, deja de atormentarle... Da pena verle, ¿sabes? Cuenta con tanta sinceridad su dicha familiar y tiene tanta fe en tu amor, que da hasta un poco de miedo oírle. Aunque tengas que hacer de tripas corazón, muéstrate cariñosa, finge un poco... Con una sola palabra tuya se siente como en el séptimo cielo.

Ninotchka frunce los labios y pone mal ceño, pero, al poco rato, cuando entra el marido y me mira tímidamente, ella le sonríe, jovial, y le manda una mirada de cariño:

—¡Qué a tiempo llegas para tomar el té! ¡Hay que ver qué preciosidad de marido tengo! Nunca llega tarde. ¿Lo quieres con nata, o con limón?

Vijleniov se conmueve ante tan cordial acogida. Besa con fervor la mano de su mujer y me abraza a mí. El abrazo es tan absurdo y viene tan a despropósito, que Ninotchka y yo enrojecemos.

—¡Bienaventurados los pacificadores! —cacarea, contento, el feliz marido—. Usted ha logrado convencerla. ¿Por qué? Pues porque posee don de gentes, ha vivido en sociedad y conoce las reconditeces del corazón femenino. ¡Ja, ja, ja! Yo soy una foca, un tío aburrido. Si hay que decir una palabra, suelto diez, y cuando hay que besar la mano me pongo a quejarme... ¡Ja, ja, ja!

Después de tomar el té. Vijleniov me lleva a su gabinete y manoseando un botón de mi chaqueta, murmura:

—No sé cómo agradecerle este favor, amigo querido. Créame usted: sufría tanto, era un tormento tan grande... Ahora, por el contrario, me siento tan feliz, que no hay modo de expresarlo. Y no es la primera vez que su intervención me salva de un trance apurado, horrible. Querido amigo, no me niegue un favor: tengo ahí una cosilla..., una pequeña locomotora que hice yo mismo y que me valió una medalla en una exposición donde la presenté... Llévesela en prueba de mi agradecimiento y de mi amistad. Hágame ese favor.

Ni qué decir tiene que yo trato de negarme por todos los medios, pero Vijleniov se muestra inexorable. Quieras que no, me veo obligado a aceptar el valioso regalo.

Transcurren días, semanas, meses... Tarde o temprano, la maldita verdad ha de revelarse ante los ojos de Vijleniov en toda su aterradora magnitud.

Enterado casualmente de lo que sucede, su rostro se cubre de una palidez mortal. Se tiende en el sofá y se queda alelado, con la vista fija en el techo. No pronuncia una sola palabra. Pero el dolor espiritual ha de manifestarse en algún movimiento, y Vijleniov comienza a dar vueltas en el sofá, presa de torturante agitación. A estos movimientos se reducen las manifestaciones de inquietud de su naturaleza de trapo.

Al cabo de una semana, algo repuesto ya de las terribles impresiones sufridas, viene a visitarme. Los dos nos sentimos avergonzados y procuramos no mirarnos a la cara... Yo, sin venir a cuento, suelto una larga parrafada acerca del amor libre, del egoísmo matrimonial y de la resignación ante el Destino.

—No he venido a hablarle de eso... —me interrumpe con aire de disculpa—. Todo lo comprendo muy bien. A nadie se puede inculpar de sus sentimientos. Lo que a mí me interesa es el otro aspecto del problema, el aspecto puramente práctico. Yo, amigo mío, no tengo el menor conocimiento de la vida, y en todo lo tocante a costumbres y a condiciones sociales soy un ignorante completo. Usted, querido, hará el favor de ayudarme. Dígame lo que conviene que hagamos con Ninotchka: ¿debe seguir viviendo en mi casa, o considera preferible que se vaya a la de usted?

Nuestra conferencia dura poco, y en ella acordamos lo siguiente: Ninotchka seguirá viviendo en casa de Vijleniov. Yo la visitaré cuando lo estime oportuno, y Vijleniov vivirá en la alcoba del rincón, donde antes estaba el desván; la alcoba es un poco, húmeda y oscura, y tiene la entrada por la cocina, pero en ella puede uno refugiarse magníficamente y no ser viga en ojo de nadie.

EL PIANISTA

(Тапиѐр)

Son las dos de la madrugada. Estoy en la fonda, escribiendo un folletín en verso que me han encargado. De pronto se abre la puerta y, de la manera más inesperada, penetra mi compañero de habitación Piotr Rubliov, antiguo estudiante del conservatorio de M***. Con la chistera y el abrigo desabrochado, me recuerda a Repetilov, pero luego, cuando contemplo su cara pálida y sus ojos penetrantes, como inflamados, desaparece la semejanza.

—¿Cómo tan temprano? —le pregunto—. ¡Si no son más que las dos...! ¿Se ha terminado ya la boda?

Mi compañero no contesta. Se oculta en silencio tras el biombo, desnúdase rápidamente y, respirando con dificultad, se tiende en su cama.

—¡Duérmete, bestia! —le oigo decirse a sí mismo unos minutos más tarde— ¿No te has acostado? ¡Pues a dormir! Y si no te duermes, ¡vete al diablo!

—¿No puedes dormir, Petia? —le pregunto.

—¡El demonio sabe lo que me pasa! No consigo conciliar el sueño. Me lo impide la risa... ¡La risa no me deja dormir! ¡Ja, ja, ja!

—Pero ¿de qué te ríes?

—De un lance que me ha ocurrido. Tenía que suceder el maldito caso...

Rubliov sale de detrás del biombo y, sin cesar de reír, se sienta a mi lado.

—Es risible y es indignante a la vez —dice revolviéndose la melena—. Jamás me había pasado nada semejante, hermano. ¡Ja, ja, ja! ¡Un escándalo mayúsculo! ¡Un alboroto de altos vuelos!

Se da con los puños en las rodillas, salta de su asiento y se pone a andar descalzo por el piso frío de la habitación.

—¡Me han zurrado! —murmura—. Por eso he venido temprano.

—No mientas, hermano.

—De veras que me han zurrado... En el sentido directo...

Le miro... Aunque tiene el rostro alcohólico y ajado, su figura conserva todavía tanta nobleza, tanta corrección y tanta delicadeza señorial, que la grosera expresión «me han zurrado» no concuerda en absoluto con su apariencia de intelectual.

—Un escándalo de padre y muy señor mío... He venido riéndome todo el camino. ¡Venga, hombre, deja de escribir esa tontería! Me desahogaré, sacaré todo lo que llevo en el alma, y puede que no sea ya... tan risible el asunto. ¡Deja eso! Es una historia curiosa... Escucha. En la plaza de Arbat vive un tal Prisvistov, teniente coronel retirado, casado con una hija bastarda del conde Von Krach, Un aristócrata, por consiguiente. El tal Prisvistov casa a su hija con el hijo del comerciante

Eskimosov. Este Eskimosov es un *parvenu*^[61] y un *mauvais genre*^[62], un cerdo con tirantes y un *mauvais ton*^[63]; pero el papá y la niña tienen necesidad de *manger* y de *boire*^[64], de modo que no se andan con escrúpulos. Pues verás: a las nueve me fui a casa de Prisvistov a tocar. En las calles, un fangal, lluvia, niebla... En el alma, como de ordinario, una sensación de asco...

—Abrevia —le interrumpo—. Sin divagaciones psicológicas...

—Bueno, bueno. Pues llego a casa de Prisvistov. Los recién casados y los huéspedes estaban comiendo fruta. En espera de que comenzara el baile, me fui a mi sitio, junto al piano, y me senté.

—¡Ah, ya está usted aquí! —exclamó el anfitrión al verme—. Tenga cuidado, amigo: a tocar como es debido y, lo primero de todo, a no emborracharse.

—Yo, hermano, estoy acostumbrado a esta clase de saludos y no me enfado. ¡Ja, ja, ja! Al que se hace de miel se lo comen las moscas. ¿Qué soy yo? Un pianista, un sirviente, un camarero que sabe tocar música. Los comerciantes, en sus fiestas, me hablan de tú y me dan propinas, sin que nada de esto me cause rubor. Bueno, hasta que empezara el baile, comencé a teclear un poco para desentumecer los dedos. Al cabo de un ratito, hermano, oí una voz tararear lo que yo tocaba; miré hacia atrás, ¡y era una joven! Detrás de mí, contemplaba con ternura el teclado. «No sabía que estuviera escuchándome, *mademoiselle*», le dije. Ella suspiró: «¡Qué pasaje tan delicioso!». «En efecto —respondí—, es muy bonito. ¿Le gusta la música?». Y trabamos conversación. La señorita resultó ser bastante locuaz. No necesité tirarle de la lengua para que hablase. «Es una lástima —dijo— que la juventud de ahora no cultive la música seria». Yo, tonto de mí, me inflé como un pavo al ver que habían reparado en mi persona. Restos de un amor propio aborrecible. Adapté una postura teatral y expliqué el indiferentismo de la juventud atribuyéndolo a la falta de inquietudes estéticas en nuestra sociedad. ¡Filosofía barata!

—Pero ¿en qué consistió el escándalo? —pregunté a Rubliov—. No te enamorarías...

—¿Enamorarme yo? El amor es un escándalo de índole privada, mientras que lo sucedido allí fue algo general, social... Estoy sentado allí con la señorita y, de pronto, comienzo a observar a mis espaldas unas figuras cuchicheando... Oíase a menudo la palabra «pianista» acompañada de risas. Quiere decirse que estaban hablando de mí. ¿Qué habría ocurrido? ¿No se me habría desanudado la corbata? Lo comprobé y vi que no. Sin hacer caso de las figuras, seguí hablando con la muchacha... Y la muchacha, acalorada y roja, ¡dale que te dale! Sometió a los compositores a una crítica, que no quisiera yo estar en su pellejo. En *El Demonio* era buena la orquestación, pero faltaba melodía. Rimsky-Kórsakov no pasaba de ser un tamborilero. Varlámov no había sido capaz de crear nada integral, etcétera. Yo la dejaba hablar sin discutir. Me gusta que lo joven, lo que aún está verde, discurra y haga gimnasia cerebral. Pero los de detrás seguían murmura que te murmura. ¿Y qué

te parece? De buenas a primeras se acerca a la señorita una pava gorda, que para abarcarla se necesitarían no menos de cinco hombres, de la casta de las mamás o de las tías, imponente, purpúrea... Sin mirarme a mí, susurró algo a la chica... Escucha, escucha... La señorita enrojeció, llevose las manos a la cabeza y, como picada por una avispa, se retiró del piano... ¿Qué misterio sería aquél? Ven a desentrañarlo, sabio Edipo. Pensé que quizá se me habría reventado el frac por la espalda o que a la muchacha le habrían descubierto algún defecto grande en el vestido. De otro modo no era posible comprender su actitud. Para cerciorarme fui al vestíbulo cosa de diez minutos más tarde a fin de verme en el espejo. Me miré de arriba abajo y comprobé que la corbata, el frac y todo lo demás continuaba en su sitio sin que nada hubiese reventado. Por fortuna, hermano, en el vestíbulo había una vieja con un atadizo, que me lo explicó todo. A no ser por ella, me hubiera quedado en mi feliz ignorancia. «Nuestra señorita siempre tiene que demostrar su carácter —decía la vieja a un lacayo—. Vio junto al piano a un mozo bien plantado, y en seguida se puso a coquetear con él. Suspiros y risas... Y a última hora resulta que el mozo no era un huésped, sino un pianista..., un músico... ¡Para que otra vez no se le ocurra coquetear! Gracias a María Stepánovna, que se lo advirtió al oído, que si no, quizá se hubiera agarrado del brazo con él. Ahora le da vergüenza, pero ya es tarde: lo dicho, dicho queda». ¿Eh, qué te parece?

—Que la moza es una idiota, y la vieja otra idiota. No merecen que se les haga caso...

—Yo no se lo hice... Pero la cosa tenía gracia. Hace tiempo que estoy acostumbrado a semejantes lances. Antes, lo reconozco, me dolía, pero ahora, ni caso. La moza es tonta, joven... ¡No me daba lástima de que hubiera hecho el ridículo! Me senté al piano y comencé a tocar piezas bailables. Allí sobra todo lo que sea música seria. Lo que importa es tocar valsos, cotillones y marchas ruidosas. Si el alma siente repugnancia, vas a tomarte una copa y te entretienes recordando a Boccaccio.

—Pero, buen, ¿cuál fue el escándalo?

—Yo sigo golpeando las teclas y... ni me acuerdo de la moza... Me río para mis adentros, pero ¡algo me araña junto al corazón! Es como si tuviera allí un ratón royendo un trozo de pan duro. No acierto a comprender mi tristeza y mi turbación. Trato de persuadirme a mí mismo, me echo mil maldiciones, me río, tarareo lo que estoy tocando, pero siento una comezón en el alma..., algo muy raro. Se me revuelve dentro del pecho, me araña, me roe y, de pronto, se me sube hacia la garganta..., parece que me va a dar un espasmo... Aprieto los dientes, espero, y todo pasa para comenzar de nuevo. ¡Qué angustia! Y para acabarla de enmendar, me vienen a la mente los pensamientos más ingratos. Recuerdo cómo me he convertido en un pingajo: recorrí dos mil kilómetros para ir a Moscú con la ilusión de ser compositor y terminé siendo un pianista de fiestas y verbenas. Bien vistas las cosas, todo ello es natural... y hasta risible, pero a mí me anodadaba. Me acordé también de ti. Pensé

que estarías aquí escribiendo. «Ese desgraciado —me dije— andará atareado en la descripción de los jurados que se duermen durante el proceso, de las cucarachas de las panaderías, del mal tiempo otoñal; es decir, de lo que está descrito, trillado y requetetrillado desde tiempos inmemoriales». Así pensando, tuve lástima de ti. Eres un buen chico, un muchacho de sentimientos, pero te falta fuego, bilis, fuerza, pasión. ¿Por qué no te has metido a boticario o a zapatero en lugar de meterte a escritor? ¡El Señor lo sabe! Me acordé de todos mis amigos fracasados: cantantes, pintores, actores... Todos ellos bullían en tiempos, se agitaban, hacían sombra bajo el sol. Ahora... ¡el diablo sabrá lo que ha sido de ellos! No comprendo por qué me asaltaron precisamente estos pensamientos. Si me ahuyentaba a mí mismo de la mente, acudían a ella mis amigos; los desterraba a ellos, y aparecía la señorita del baile. Me reía de ella, la despreciaba; pero ella no me dejaba tranquilo. Pensé entonces en un extraño rasgo de los rusos: mientras uno es libre, mientras estudia o anda ocioso por esos mundos, puede alternar con los demás, beber, darles palmadas en la barriga y cortejar a sus hijas; pero en cuanto ocupas una posición inferior, por poco que sea, ya eres un grillo y debes saber mantenerte en tu escondrijo... Ahogué como pude todas estas ideas, pero el nudo de la garganta seguía agrandándose de cuando en cuando, me apretaba por dentro y... empezaba a asfixiarme. Por último, noté humedad en los ojos, se acabó el recuerdo de Boccaccio y... ¡todo se fue al cuerno! En lugar de la música, lo que resonó en la noble sala fue un llanto histérico.

—Mientes.

—Te lo juro —aseveró Rubliov enrojeciendo y tratando de reír—. ¿Qué te parece el escándalo? Después noté que me llevaban al vestíbulo, que me ponían el abrigo... Y oí la voz del dueño de la casa: «¿Quién ha emborrachado al pianista? ¿Por qué le han dado vodka?». Y, como remate, me zurraron. ¿Te das cuenta, qué situación? ¡Ja, ja, ja! Entonces no me hizo ni pizca de gracia, pero ahora me río que es un contento. ¡Que un gigante, un hombrachón como una torre, sufra un ataque de histerismo! ¡Ja, ja, ja!

—¿Qué tiene de gracioso todo eso? —le pregunté al ver sus hombros y su cabeza estremecerse de risa—. Petia, por Dios..., ¿porqué te ríes? ¡Petia, amigo Petia!

Pero Petia reía sin cesar, y en sus carcajadas percibí fácilmente las notas del histerismo. Traté de calmarle y maldije la costumbre de no poner agua en las habitaciones de las fondas moscovitas.

EL ESCRITOR

(Писатель)

En la habitación contigua a la tienda de coloniales propiedad del comerciante Ershakov y ante un alto pupitre, hallábase sentado el propio Ershakov, hombre joven, vestido a la última moda, pero de rostro marchito y aspecto general gastado. A juzgar por los rasgos de su escritura, tendida, llena de garabatos, y por el aromático olor de su cigarro, no vivía alejado de la civilización europea; pero cuando más exhalase de él la cultura fue cuando un muchacho que venía de la tienda inmediata, entró anunciando:

—Ahí está el escritor.

—¡Ah...! ¡Que pase...! ¡Dile también que se deje los chanclos en la tienda!

Un minuto después, en la habitación entraba, despacito, un viejo calvo y canoso, cubierto con un abrigo deshilachado, de color rojizo, con el rostro helado y encendido y esa expresión de debilidad e indecisión propia de las gentes habituadas a la constante, si no excesiva, bebida.

—¡Hola..., muy buenas! —dijo Ershakov al recién llegado, sin volver la cabeza—. ¿Qué hay de bueno, señor Heinim?

Ershakov solía confundir las palabras *genio* y *Heine*, que al mezclarse componían una sola, *Heinim*, con la que acostumbraba designar al viejo.

—Traigo el encargo. Ya está —contestó Heinim.

—¿Tan pronto?

—¡En tres días, Sajar Semiónich, se puede componer, no diré ya un anuncio, sino una novela entera! ¡Para el anuncio basta una hora!

—¿Una hora nada más...? ¿Y por qué me vienes luego con exigencias, como si se tratara del trabajo de un año...? Bueno..., ¡enseña lo que has ideado!

Heinim extrajo de su bolsillo unos cuantos papeles arrugados escritos a lápiz, y se acercó al pupitre.

—Esto no es todavía más que el borrador... Unas cuantas ideas generales... —dijo—. Se lo leeré..., y trate usted de comprender... Si encuentra alguna falta, haga el favor de señalármela... ¡Es fácil confundirse, Sajar Semiónich...! No sé si me creerá, pero tuve que redactar para tres tiendas al mismo tiempo. ¡Un trabajo así daría vértigos al propio Shakespeare...!

Heinim se puso los lentes, alzó las cejas y empezó a leer con una voz impregnada de tristeza, como si estuviera declamando:

—«Temporada de mil ochocientos ochenta y cinco-ochenta y seis... S. S. Ershakov, Suministrador de todas las variedades de té chino para todas las ciudades de la Rusia, europea y asiática, y del extranjero. Casa fundada en el año mil ochocientos cuatro...». Este preámbulo, ¿comprende...?, irá ornamentado y rodeado

de escudos heráldicos. En una ocasión en que hice un anuncio para un comerciante, utilicé los escudos de las distintas ciudades. También podía usted hacer eso... Para usted, Sajar Semiónich, he ideado el siguiente motivo de ornamentación: Un león con una lira entre los dientes... Y ahora sigamos adelante... Primero dos palabras a nuestros compradores: «Muy señores míos: Ni los acontecimientos políticos de los últimos tiempos, ni la fría indiferencia que va penetrando día por día entre las capas de nuestra sociedad, ni el descenso de nivel del Volga, al que recientemente aludía la mejor parte de nuestra Prensa, ¡nada ha logrado conturbarnos! Los largos años de existencia de nuestra firma y las simpatías que en ese tiempo nos fue dado adquirir, nos capacitan para mantenernos firmes en nuestro terreno sin hacer sufrir alteraciones ni al sistema adoptado en nuestras relaciones comerciales con los propietarios de las plantaciones de té, ni a la esmerada ejecución de nuestros encargos. Nuestro lema es de todos sobradamente conocido. Se reduce a pocas, pero muy significativas palabras: ¡Honradez comercial, baratura y rapidez!».

—¡Bien! ¡Muy bien! —le interrumpió Ershakov revolviéndose en la silla—, ¡No esperaba que compusierais así...! ¡Hábil! ¡Muy hábil...! Sólo que..., querido amigo..., hay que deslizar algo en forma un poco... oscura... Anunciamos, por ejemplo, que la casa acaba de recibir una partida de té frescos de la cosecha de primavera de mil ochocientos ochenta y cinco..., ¿no es así...? Pues bien, es menester decir (al mismo tiempo, que acabamos de recibirlos), que llevan ya tres años en nuestros depósitos... Y también, que llegaron de China la semana pasada...

—Comprendo. El público no se dará cuenta de la contradicción. Al principio del anuncio diremos que el té acaba de recibirse, y al final, podemos decir así: «Disponiendo de grandes existencias de té adquirido mediante el pago de la antigua tarifa de aduanas, nos vemos posibilitados para venderlo a los mismos precios establecidos en años anteriores...», etcétera..., etcétera... Bien... Entonces, en la hoja siguiente puede venir la lista de precios. Aquí también pondremos escudos y adornos. Debajo, en letra grande, vendrá escrito: «Lista de precios de los té *funchaski*, *kaijtinski* y *baijovi*. Aromáticos, escogidos, procedentes de la primera cosecha primaveral y de recién adquiridas plantaciones». Bien... ¡Sigamos! «Llamamos la atención de los verdaderos aficionados sobre los té *liansinski* de entre los cuales el que goza de mayor reputación es el *Emblema de China o envidia de los competidores* (tres rublos y cincuenta kop.). De los té *rosanisti* recomendamos especialmente el *bagdijanskia rosa* (dos rublos) y el *Ojos de la China* (un rublo y ochenta kop.). Bajo los precios vendrán detalles sobre el peso y modo de envío del té. También sobre los descuentos y los premios». Sigo: «La mayoría de nuestros competidores, deseosos de atraerse nuestra clientela, instituyen premios. Nosotros protestamos contra tan abominable proceder y ofrecemos a nuestros compradores, no en forma de premio, sino completamente gratis, cuantos señuelos ofrecen nuestros competidores a sus víctimas. Por tanto, todo comprador cuya compra exceda de cincuenta rublos podrá elegir gratuitamente entre uno de los cinco objetos siguientes:

Una tetera de metal plateado, cien tarjetas de visita, un plano de la ciudad de Moscú, un frasco de té representando una china desnuda y el libro, obra de Igrivi Veselchak, titulado *El novio se asombra, o la novia bajo el barreño*».

Terminada la lectura y después de hechas unas cuantas correcciones, entregó el trabajo a Ershakov. A esto siguió un silencio.

Ambos se sentían moralmente un poco incómodos, como culpables de alguna ruindad.

—¿Manda usted que me paguen ahora o después? —preguntó Heinim indeciso.

—Cuando usted guste... Ahora mismo, si quiere... —contestó Ershakov, en tono despectivo—. Vaya a la tienda y cójase lo que le parezca por valor de cinco rublos, cincuenta kopeks.

—Preferiría cobrar en dinero, Sajar Semiónich.

—No acostumbro pagar en dinero. Pago a todo el mundo con té..., con azúcar... Lo mismo a usted que a los cantores de la iglesia en que soy *satarosta* y a los *dvorniks*. Así son menos las borracheras.

—Pero ¿es que va uno a compararse con un cantor o un *dvornik*...? ¡Mi trabajo es de orden intelectual!

—Pues ¡sí que es un trabajo! ¡Valiente trabajo...! ¡Sentarse, escribir y se acabó! ¡La escritura no se la come uno ni se la bebe...! ¡No es de ninguna importancia! ¡Ni un rublo merece!

—¡Hem...! ¡Qué opinión tan particular tiene usted de la escritura! —se ofendió Heinim—. ¡Que no se la come uno ni se la bebe...! ¿Y lo que sufre el alma cuando escribe esos anuncios? ¿No lo comprende...? ¡Uno escribe..., escribe..., y mientras lo hace, siente que está engañando a toda Rusia!

—Me aburres, amigo. ¡No está bien eso de molestar tanto...!

—¡Bueno...!, ¡me llevaré azúcar! Sus mismos muchachos me la tomarán otra vez a ocho kopeks la libra. Perderé en la operación cuarenta kopeks, pero ¡qué le vamos a hacer...! ¡Que le vaya bien!

Heinim se volvió hacia la puerta, pero luego se detuvo ante ella, suspiró y dijo sombríamente:

—¡Engañando a Rusia! ¡Engañando a la patria por un pedazo de pan...!

Y se fue. Ershakov se puso a fumar un pequeño puro, y el olor a cultura se hizo aún más penetrante en la habitación.

EXAGERÓ LA NOTA

(Пересолил)

La finca a la cual se dirigía para efectuar el deslinde distaba unos treinta o cuarenta kilómetros, que el agrimensor Gleb Smirnov Gravrílovich tenía que recorrer a caballo. Se había apeado en la estación de Grilushki. (Si el cochero está sobrio y los caballos son de buena pasta, pueden calcularse unos treinta kilómetros; pero si el cochero se ha tomado cuatro copas y los caballos están fatigados, hay que calcular unos cincuenta).

—Oiga, señor gendarme, ¿podría decirme dónde puedo encontrar caballos de posta? —le preguntó el agrimensor al gendarme de servicio en la estación.

—¿Cómo dice? ¿Caballos de posta? Aquí no hay un perro decente en cien kilómetros a la redonda. ¿Cómo quiere que haya caballos? ¿Tiene usted que ir muy lejos?

—A la finca del general Jojotov, en Devkino.

—Intente en el patio, al otro lado de la estación —dijo el gendarme, bostezando—. A veces hay campesinos que admiten pasajeros.

El agrimensor dio un suspiro y, malhumorado, pasó al otro lado de la estación. Tras muchas discusiones y regateos, se puso de acuerdo con un campesino alto y recio, de rostro sombrío, picado de viruelas, embutido en un chaquetón roto y calzado con unas botas de abedul.

—Vaya un carro —gruñó el agrimensor al subir al destartado vehículo—. No se sabe dónde está la parte delantera ni la parte trasera...

—Nada más fácil —replicó el campesino—. Donde el caballo tiene la cola es la parte de adelante y donde está sentado su señoría es la parte de atrás.

El caballo era joven, aunque muy flaco, abierto de patas y de orejas caídas. Cuando el campesino, alzándose sobre su asiento, lo azotó con el látigo, el caballo se limitó a sacudir la cabeza; al segundo azote, acompañado de una blasfemia, el carro rechinó y empezó a temblar como si tuviera fiebre. Después del tercer azote, el carro se tambaleó; después del cuarto, se puso en marcha.

—¿Crees que llegaremos a este paso? —preguntó el agrimensor, dolorido por las fuertes sacudidas y maravillado de la habilidad que muestran los carreteros rusos para combinar la marcha a paso de tortuga con sacudidas capaces de arrancarle a uno el alma del cuerpo.

—¡Desde luego! —respondió el carretero, en tono tranquilizador—. El caballo es joven y brioso... Cuando se pone en marcha, no hay modo de detenerlo. ¡Arre, maldito!

Cuando el carro salió del patio de la estación empezaba a oscurecer. A la derecha del agrimensor se extendía una llanura interminable, oscura y helada. Probablemente

conducía al lugar donde Cristo dio las tres voces... En el horizonte, donde la llanura se confundía con el cielo, se extinguía perezosamente el frío crepúsculo de aquella tarde otoñal. A la izquierda del camino, en la oscuridad, se divisaban unos montones que lo mismo podían ser pilas de heno del año anterior que casas rurales. El agrimensor no veía lo que había delante, pues en aquella dirección su campo visual quedaba tapado por la ancha espalda del carretero. La calma era absoluta. El frío, intensísimo. Helaba.

«¡Qué parajes más solitarios! —pensaba el agrimensor, mientras trataba de taparse las orejas con el cuello del abrigo—. Ni un solo árbol, ni una sola casa... Si por desgracia te asaltan, nadie se entera de ello, aunque dispares un cañonazo. Y el cochero no tiene un aspecto muy tranquilizador que digamos... ¡Vaya espaldas! Un tipo así te pega un trompazo y sacas el hígado por la boca. Y su cara es de lo más sospechosa...».

—Oye, amigo —le preguntó al cochero—. ¿Cómo te llamas?

—¿A mí me hablas? Me llamo Klim.

—Dime, Klim, ¿qué tal andan las cosas por aquí? ¿No hay peligro? ¿No hay quienes hagan bromas pesadas?

—No, gracias a Dios. ¿Quién va a gastar bromas en un lugar como éste?

—Me alegro de que no tengan esas aficiones. Pero, por si acaso, voy armado con tres revólveres —mintió el agrimensor—. Y, con un revólver en la mano, el que quiera buscarme las pulgas está arreglado: puedo enfrentarme con diez bandidos, ¿sabes?

La oscuridad era cada vez más intensa. De pronto el carro emitió un quejido, rechinó, tembló y dobló hacia la izquierda, como si lo hiciera de mala gana.

«¿A dónde me lleva este sinvergüenza? —pensó el agrimensor—, íbamos en línea recta y ahora, de repente, tuerce hacia la izquierda. Sabe Dios... quizás a alguna cueva de bandoleros... y... no sería el primer caso...».

—Escucha —le dijo al campesino—. ¿De veras no son peligrosos estos parajes? ¡Qué lástima! Con lo que a mí me gusta verme las caras con los bandidos... Aquí donde me ves, con mi aspecto flaco y enfermizo, tengo la fuerza de un toro... En cierta ocasión me atacaron unos bandidos. Pues bien, lo sacudí a uno de tal modo, que ahí quedó, ¿entiendes? Y los otros, gracias a mí, fueron enviados a Siberia condenados a trabajos forzados. Ni yo mismo sé de dónde saco tanta fuerza... Tomo con una mano a un hombrón como tú... y lo volteo.

Klim miró de reojo al agrimensor, parpadeó y arreó al caballo.

—Sí, amigo —continuó el agrimensor—. Pobre del que se meta conmigo. Le arranco los brazos, las piernas y, de postre, el bandido tiene que vérselas luego con los tribunales. Todos los jefes de policía y todos los jueces me conocen. Soy un funcionario del Estado, un personaje... La Superioridad sabe que hago este viaje... y está pendiente de que nadie se meta conmigo. A lo largo del camino, detrás de los arbustos, hay soldados y gendarmes apostados. ¡Para! ¡Para! —bramó súbitamente—,

¿Dónde te has metido? ¿Adónde me llevas?

—¿No tiene usted ojos? ¡Al bosque!

«Es cierto, al bosque —pensó el agrimensor—, ¡Me había asustado! Pero no me conviene que este hombre se dé cuenta de mi preocupación... Ya ha notado que tengo miedo. ¿Por qué se vuelve a mirarme tantas veces? Seguro que está tramando algo... Antes avanzaba a paso de tortuga y ahora vuela».

—Oye, Klim, ¿por qué arreas de ese modo al caballo?

—No le he dicho nada. Se ha puesto a galopar por iniciativa suya. Cuando echa a correr, no hay modo de detenerlo... Con esas patas que tiene...

—¡Mientes, amigo! ¡Mientes! Y te aconsejo que no corras tanto. Frena un poco al caballo. ¿Me oyes? ¡Frénalo!

—¿Por qué?

—Porque... porque detrás de mí debían salir otros cuatro camaradas de la estación. Tienen que alcanzarnos... Prometieron alcanzarme en este bosque... El viaje será más entretenido con ellos... Son gente sana, fuerte... los cuatro llevan pistola... ¿Por qué te vuelves tantas veces y te agitas como si tuvieras agujas en el asiento? ¿Eh? ¡Cuidado, amigo! ¿Tengo monos en la cara? Lo único que tengo interesante son mis revólveres... Espera, voy a sacarlos y te los enseñaré... Espera...

El agrimensor fingió rebuscar en sus bolsillos; pero en aquel instante sucedió lo que nunca se hubiera imaginado, a pesar de toda su cobardía; de repente, Klim se lanzó fuera del carro y se dirigió a cuatro patas hacia la espesura del bosque lindante.

—¡Socorro! —empezó a gritar—. ¡Socorro! ¡Llévate el caballo y la carreta, maldito, pero no me condenes el alma! ¡Socorro!

Se oyeron pasos veloces que se alejaban, crujidos de ramas al quebrarse, y luego reinó el silencio. Lo primero que hizo el agrimensor, que jamás se esperaba aquella salida, fue detener el caballo. Luego se acomodó lo mejor que pudo en el carro y empezó a pensar.

«El muy imbécil ha huido, se ha asustado... Bueno, ¿y qué hago yo ahora? No puedo seguir adelante, porque no conozco el camino, y, además, podrían creer que he robado el caballo... ¿Qué hago?».

—¡Klim! ¡Klim!

—¡Klim! —le respondió el eco.

La simple idea de tener que pasar la noche en aquel oscuro bosque, al aire libre, sin más compañía que los aullidos de los lobos, el eco y los relinchos del caballo le ponían la carne de gallina.

—¡Klimito! —empezó a gritar—. ¡Querido! ¿Dónde estás, Klim?

El agrimensor se pasó unas dos horas gritando, y ya se había quedado ronco, se había hecho ya a la idea de pasar la noche en el bosque, cuando una débil ráfaga de viento llevó hasta sus oídos un lamento.

—¡Klim! ¿Eres tú, querido? ¡Acércate!

—¿No... no me matarás?

—Sólo he querido gastarte una broma, querido. ¡Te lo juro! ¡No llevo ningún revólver, créeme! ¡Te he mentido por miedo! ¡Vámonos, por favor! ¡Me estoy helando!

Klim comprendió que si el agrimensor hubiera sido un bandido, como había temido, se habría marchado con el caballo y el carro sin esperar a más. Salió de su escondrijo y se dirigió hacia el vehículo con paso vacilante.

—¡Vamos! —exclamó el agrimensor—. ¡Sube! Te he gastado una broma inocente y te has asustado como un niño.

—¡Dios te perdone! —gruñó Klim, subiendo a la carreta—. Si llego a imaginármelo, no te hubiera llevado ni por cien rublos de plata. Por poco me muero de miedo...

Klim azotó el caballo. El carro tembló. Klim azotó al animal por segunda vez y el vehículo se tambaleó. Después del cuarto azote, cuando el carro se puso en marcha, el agrimensor se tapó las orejas con el cuello del abrigo y se quedó pensativo. Ni el camino ni Klim le parecían ya peligrosos.

SIN EMPLEO

(Без места)

El abogado Perepiolkin, sentado en su habitación de la fonda, estaba escribiendo:

«Querido tío Iván Nikoláievich:

»Vete al diablo con tus cartas de recomendación y con tus consejos prácticos. Es mil veces mejor, más digno y más humano seguir sin empleo y vivir con la esperanza puesta en un porvenir incierto y nebuloso que sumirse en el fangal frío y pestilente al que tú me empujas con tus cartas y tus consejos. Siento las mismas náuseas angustiosas que cuando se intoxica uno con pescado podrido; es la repugnancia más insufrible, porque es repugnancia cerebral, de la cual no te librarás ni con vodka, ni con sueño, ni con cavilaciones salvadoras. ¿Sabes una cosa, tío? Aunque seas un viejo, te digo que eres un animal. ¿Por qué no me advertiste que tendría que *aguantar* semejantes *indignidades*? ¡Qué vergüenza!

»Te describiré por orden todas mis aventuras. Lee y sufre. Al primero que fui a ver con tu carta de recomendación fue a Bábkov. Le encontré en las oficinas de la compañía de ferrocarriles. Es un vejete pequeño, absolutamente calvo, de cara amarilla grisácea y boca torcida. El labio de arriba mira hacia un lado, y el de abajo hacia otro. Sentado tras su mesa, estaba leyendo el periódico.

»A su alrededor, como si fuera el Apolo del Parnaso, había muchas damas sentadas en altos taburetes y leyendo voluminosos libros. Vestían todas con gran elegancia: miriñaques, abanicos, gruesos brazaletes. Es difícil comprender cómo pueden alternar tantas galas con los miserables sueldos del personal femenino. Una de dos: o estas señoras prestan servicio por capricho, con la protección de sus papás y de sus tíos, o la contabilidad es aquí tan sólo un complemento en una oración donde el sujeto y el predicado se sobrentiende. Después supe que no dan golpe y que todo su trabajo cae sobre las espaldas de unos cuantos desgraciados que no figuran en plantilla y que ganan de diez a quince rublos mensuales. Entregué a Bábkov tu carta. Sin invitarme siquiera a que me sentase, se puso con mucha parsimonia unas gafas antediluvianas, abrió la carta con más parsimonia todavía y se puso a leerla.

»—Su tío pide un empleo para usted —dijo rascándose la calva—. Ahora no tenemos plazas vacantes ni creo que las haya pronto, pero por tratarse de su tío, procuraré hacer una gestión y... se lo comunicaré al director de la sociedad. Acaso se encuentre algo.

»Me faltó poco para dar un salto de alegría, y estaba ya a punto de deshacerme en agradecimientos, cuando oí la frase siguiente:

»—Pero, joven amigo mío, si el empleo fuese personalmente para su tío de usted,

no le cobraría nada; ahora bien: como es para usted..., estoy seguro de que me lo..., me lo agradecerá en su debida forma... ¿Me entiende?

»Tú me advertiste que no me darían ninguna colocación de balde, que tendría que pagar el favor, pero no me dijiste que esta repulsiva compraventa se realiza a la luz pública, en voz alta, sin miramientos..., en presencia de señoras. ¡Ay, tío, tío! Las últimas palabras de Bábkov me dejaron tan anonadado, que estuve en un tris de morirme de asco. Sentí la misma vergüenza que si el sobornado fuese yo. Enrojecí, murmuré no sé qué tontería y retrocedí hacia la puerta escoltado por diez pares de ojos femeninos que se reían de mí. En la antesala me alcanzó una figura sórdida, de rostro alcohólico, para decirme, en tono confidencial, que a espaldas de Bábkov podía lograme un empleo.

»—Si me da usted cinco rublos, le llevo a ver a Sájar Miedóvich^[65] que, aunque no ocupa ningún puesto, proporciona colocaciones, y no cobra mucho por ello: la mitad del sueldo del primer año.

»Debiera haberle escupido, reírme de él, pero lo que hice fue darle las gracias, completamente desconcertado, y echar a correr escaleras abajo como gato escaldado.

»De la oficina de Bábkov me dirigí a ver a Shmakovich. Es un gordiflón fofo y blandengue, de cara roja y bonachona y ojillos aceitosos, como untados de ricino. Al enterarse de que yo era tu sobrino se alegró muchísimo y hasta se le escapó un relincho de contento. Abandonando sus ocupaciones, ordenó que me sirvieran té. ¡Un alma de Dios! No cesaba de mirarme a la cara buscándome un parecido contigo. Al hablar de ti se le saltaban las lágrimas. Y cuando le expliqué el objeto de mi visita, me dio unas palmadas en el hombro y contestó:

»—Nos sobra tiempo para hablar de ese asunto. No es un oso, que se escapa al bosque y ya no le vemos más. ¿Dónde almuerza usted? Si le da igual, vámonos al restaurante de Palkin. Allí hablaremos.

»Adjunta a la presente te envío la factura de Palkin: setenta y seis rublos que, como verás, se comió y se bebió tu amigo Shmakóvich, el cual resultó ser un tragón de calidad. Huelga decir que pagué yo. De la casa de Palkin, Shmakóvich me llevó al teatro. Las entradas las compré yo. ¿Qué más? Al salir del teatro, el canalla de tu amigo me propuso que nos marchásemos a las afueras, pero me negué porque apenas me quedaba dinero. En el momento de despedirnos, Shmakóvich me pidió, que te diera recuerdos y te dijera que no conseguirá un empleo para mí antes de cinco meses.

»—Es que no quiero colocarle —bromeó, condescendiente, dándome de nuevo unas palmaditas, esta vez en el vientre—. ¿Qué necesidad tiene de entrar en nuestra sociedad un hombre con estudios universitarios, como usted? Más le valiera un empleo del Estado.

»—Eso ya lo sé. Pero, consígamelos usted...

»Con tu tercera carta fui a ver a tu compadre Jalátov, en la administración del ferrocarril Zhivodiórovo-Jámskaia. Aquí sucedió algo tan repulsivo y bajo, que

aventajó a Rábkov y a Shmakóvich juntos. Repito lo del principio: ¡vete al diablo! Me da un asco que marea, y la culpa la tienes tú... No encontré a tu Jalátov de tu alma. En su lugar me recibió un tal Odekolónov, un individuo seco y huesudo, de cara pecosa, jesuítica. Al enterarse del objeto de mi visita, me mandó sentar y me pronunció un largo sermón sobre las dificultades con que ahora se tropieza para conseguir una colocación. Terminada su conferencia, me prometió informar, interceder, persuadir, etcétera. Recordando tu recomendación de que fuera soltando dinero por donde pudiese, y viendo que el pecoso no le haría muchos remilgos a una propina, se la di al despedirme... La mano que la recibió me estrechó un dedo, enterneciose la cara pecosa, y brotaron de nuevo las promesas, pero... Odekolónov volvió la cabeza y observó detrás a varias personas que no podían no haber visto el apretón de manos. El jesuita se turbó y murmuró:

»—La colocación se la prometo, pero... no admito gratificaciones. ¡De ninguna manera! Tome su dinero... ¡Por nada del mundo! Me ofende usted...

»Abriendo la mano, me devolvió el dinero... ¡Pero no el billete de veinticinco rublos que yo le había dado, sino uno de tres! ¿Qué te parece el truco? Estos demonios deben de tener en los brazos todo un tinglado de muelles y de hilos; de otro modo no se comprende cómo pudo convertirse mi billete de veinticinco rublos en uno de tres.

»El destinatario de tu cuarta recomendación, Grizodubov, me pareció relativamente pulcro y honesto.

»Es joven, apuesto, de grave continente y elegancia en el vestir. Me recibió amablemente, aunque con visible desgana y contrariedad. Por la conversación sostenida supe que también él se graduó en la Universidad y hubo un tiempo en que buscaba un mendrugo de pan como un perro callejero. Se mostró muy interesado por mi petición, aduciendo, por su parte, que soñaba con disponer de colaboradores cultos...

»He estado ya a visitarle tres veces y nunca he logrado que me diga nada en concreto. Masculla algo ininteligible, se retrae, rehúye una respuesta clara, como si no se atreviese a dármela... Yo me he jurado a mí mismo dejar a un lado todos los sentimentalismos, recordando tus palabras de que muchos tahúres suelen tener empaque de nobleza y aplomo de caballeros... Quizá lleves razón, pero ¡cualquiera acierta a distinguir un tahúr de un hombre honrado! Puede uno llevarse tal chasco, que le esté escociendo tres años. Esta mañana visité a Grizodúbov por cuarta vez. Igual que en ocasiones anteriores, se mostró esquivo y reservón, sin responder concretamente. Yo me lancé... Al diablo debió ocurrírsele recordarme la palabra que te di de ir repartiendo dinero a diestro y siniestro. Además, fue como si alguien me hubiera empujado en el codo. De igual manera que se decide uno a zambullirse en agua fría o a escalar una cima me decidí yo a alargarle mi gratificación.

»—Sea lo que Dios quiera —me dije—. Una vez en la vida se puede correr el riesgo.

»Me atreví a correrlo no tanto por obtener el empleo cuanto por la novedad de la sensación. Quería ver, aunque sólo fuera una vez en la vida, el efecto de una *gratificación* sobre una persona honrada. Pero mi *sensación* se vino por los suelos. Hice la operación torpemente. Saqué del bolsillo el *depósito* y, rojo como la grana, temblando de arriba abajo, aproveché un instante en que Grizodúbov puso encima de la mesa unos libros en aquel momento y cubrió con ellos mi billete. Por consiguiente, no lo vio... Se perderá entre los papeles o lo robarán los guardas... Y si él lo ve, lo más probable es que se enfade...

»Así están las cosas, *mon oncle*. Se ha perdido el dinero y, además tengo un pesar... ¡Y toda la culpa es tuya y de tus malditos consejos prácticos! Tú me has pervertido. Dejo de escribir un momento porque alguien está llamando a la puerta. Voy a abrir.

»Me han traído una carta de Grizodúbov. Dice que hay una vacante de sesenta rublos mensuales en el Departamento de Control de las Contribuciones Comerciales. Quiere decirse que vio el billete».

MATRIMONIOS DEL FUTURO

(Брак через 10-15 лет)

En este mundo se perfecciona todo: las cerillas, las operetas, los vinos y las relaciones humanas. También se perfecciona el matrimonio. Ya saben ustedes cómo era y cómo es. Y no resulta difícil adivinar cómo será dentro de diez o quince años, cuando crezcan nuestros hijos. He aquí el esquema de un amor de este próximo futuro.

Sentada en la sala se halla una joven de veinte a veinticinco años, vestida a la última moda. Ocupa tres sillas: una, ella misma, y las otras dos, su falda. Luce en el pecho un broche del tamaño de una sartén. Su peinado, como corresponde a una chica instruida, es de lo más sencillo: dos o tres puds de cabellos recogidos hacia arriba; y apoyada en la melena, una escalerilla para que la criada pueda subir a peinarla. Encima del piano está el sombrero de la señorita, adornado con una artística pava de tamaño natural empollando los huevos.

Suena el timbre. Entra un joven de levita roja, pantalón estrecho y enormes zapatos que semejan enteramente un par de esquís:

—Tengo el honor de presentarme: Balalaikin, pasante de abogado.

—Buenos días. ¿Qué se le ofrece?

—Me envía la Sociedad Concertadora de Matrimonios Felices.

—Encantada. Siéntese.

Balalaikin se sienta y explica:

—La Sociedad me ha indicado varias señoritas casaderas, pero creo que las condiciones de usted son las más ventajosas. De esta nota, que me ha entregado el secretario de la Sociedad, se deduce que lleva usted como dote una casa en la calle Pliuschija, cuarenta mil rublos en dinero y cerca de cien mil en bienes muebles. ¿Es cierto?

—No, señor —coquetea la niña—. La suma en metálico es solamente de veinte mil rublos.

—En tal caso, señorita, perdone la molestia causada. Tengo el honor de ponerme a sus pies...

—No, no, si era de broma —ríe la señorita—. Todo lo de la nota es cierto: el dinero, la casa y los muebles... Supongo que en la Sociedad le habrán informado que la reparación de la casa será a cargo del marido y que... que... ¡Dios mío, cómo me azaran estas cosas!, que el marido no recibirá el dinero de la dote de una vez, sino a plazos..., en tres anualidades...

—No, señorita —suspira Balalaikin—. Ahora no hay nadie que se case a plazos. Pero si usted insiste en ello, puedo concederle hasta un año.

Sigue un regateo. Ella termina rindiéndose y accede a que el plazo sea de un año.

—Y ahora —dice—, permítame conocer sus condiciones. ¿Qué edad tiene usted? ¿Dónde trabaja?

—Es que, verás, no soy yo el pretendiente; yo soy un comisionista y hago esta gestión en favor de un cliente...

—Yo advertí a la Sociedad que no me enviase comisionistas —se enfada la novia.

—No lo tome a mal, señorita... Mi cliente es hombre entrado en años, reumático, seco... No tiene fuerza para andar buscando novia; de modo que *volens nolens* se ve obligado a recurrir a terceras personas. Pero no se preocupe: le cobraré poco...

—¿Cuáles son las condiciones de su cliente?

—Mi cliente tiene cincuenta y dos años... Pese a su edad, aún hay quien le preste dinero. Existen, por ejemplo, dos Sastres que le cosen a crédito.

En las tiendas le dan fiado cuanto quiere. No hay nadie que burle mejor a los cocheros escabulléndose por los portales de los patios. Considero innecesario extenderme elogiando sus habilidades. Baste decirle que consigue que le fíen hasta en las farmacias.

—¿Vive del crédito?

—Ésa es su ocupación principal; pero, como hombre de grandes horizontes, no se contenta con esta sola actividad. Puede afirmarse, sin miedo a exagerar, que nadie mete un billete falso mejor que él... Además, es tutor de su sobrina, y esto le proporciona unos tres mil rublos anuales. Se hace pasar por crítico de teatro, y los actores le invitan a cenar y le dan localidades gratis. Estuvo procesado dos veces por malversación, y ahora lo está también, por falsificación.

—Pero ¿existen todavía los tribunales?

—Vestigios del medievo, señorita. Pero cabe esperar que dentro de un par de años el hombre civilizado destierre también este rito caduco. ¿Qué respuesta doy a mi cliente?

—Dígale que lo pensaré...

—¿Qué va usted a pensar, señorita? No me atrevo a darle consejos, pero, deseoso de su bien, no puedo por menos de expresarle mi asombro... Se trata de un partido brillante por todos los conceptos... ¡Y usted no lo acepta a la primera, sabiendo que toda demora puede ser funesta para sí misma! Mire que mientras usted lo piensa, él puede arreglarse con otra.

—Tiene usted razón. Acepto.

—Hace ya un rato que debiera haberlo hecho. ¿Permite que le pida una señal?

La novia entrega al comisionista diez o veinte rublos. Él los coge, da un taconazo, saluda, y se encamina a la salida.

—¿Y el recibo? —le dice ella.

—*Mille pardons, señorita.* Ni me había dado cuenta. ¡Ja, ja, ja!

Balalaikin firma un recibo, da otro taconazo y se va. La novia se tapa la cara con las manos y se deja caer en el diván.

—¡Qué felicidad! —exclama poseída de un sentimiento nuevo, desconocido hasta

entonces para ella—, ¡Qué felicidad! ¡Amo y soy amada!

Fin de la escena. Ése es el matrimonio de un futuro próximo. ¿Hace tanto tiempo, lector, que las novias llevaban miriñaque y los novios lucían pantalones a rayas y levitas moteadas? ¿Está lejos la época en que el galán, antes de enamorarse, tenía que hablar con los padres de ella?

Los ruisseños, las rosas, las noches de luna, las esquelas perfumadas y las romanzas han pasado a la historia. Cuchichear en los oscuros senderos de un jardín, sufrir mal de amores o ansiar el primer beso es hoy tan anacrónico como ponerse armadura o raptar ninfas. Todo evoluciona.

VEJEZ

(Старость)

El arquitecto y consejero civil Uselkov llegó a su ciudad natal, a la que había sido llamado para que procediera a la restauración de la iglesia del cementerio. Había nacido, crecido, estudiado y se había casado en aquella ciudad, no obstante lo cual, cuando se bajó del vagón, apenas la reconocía. Todo estaba cambiado. Cuando él (hacía dieciocho años) se trasladara a Píter, en el sitio en que se encontraba la estación cogían caracoles los chiquillos, y a la entrada de la calle principal, en el lugar en el que antes se veía solamente una fea tapia gris, se elevaban ahora los cuatro pisos de la fonda Viena. Pero ni las tapias ni las casas habían cambiado tanto como la gente. Por sus preguntas al camarero, supo que más de la mitad de las personas que había conocido se habían muerto o arruinado o habían pasado al olvido.

—¿Y qué fue de Uselkov? ¿Te acuerdas de él? —preguntó de sí mismo al viejo camarero—. ¿Uselkov...? ¿El arquitecto que se separó de su mujer...? ¡El que vivía en la calle Svirebeevskaia...! ¡Le recordarás seguramente...!

—No me acuerdo, señor.

—¿Cómo no te vas a acordar...? ¡Si fue un asunto que hizo mucho ruido...! ¡Si hasta los *isvoschik* hablaban de ello...! ¡Vamos, hombre, acuérdate...! Llevaba el pleito, como abogado, el bribón de Schapkin, el célebre jugador de ventaja..., aquél a quien dieron de azotes en el Círculo...

—¿Iván Nikolái?

—¡Justo...! ¿Qué ha sido de él? ¿Vive? ¿Se murió?

—A Dios gracias, vive. Ahora es notario y tiene su bufete. Vive bien. Es dueño de dos casas en la calle Kirpichnaia y hace poco casó a su hija...

Uselkov dio unos cuantos pasos por la habitación y, como era mucho su aburrimiento, decidió ir a visitar a Schapkin. Cuando salió de la fonda en dirección a la calle Kirpichnaia era mediodía. Encontró a Schapkin en su bufete, pero apenas le reconoció. Del esbelto abogado de rostro lozano y siempre borracho que había sido, Schapkin habíase convertido en un viejo de cabello cano y aspecto modesto y enfermizo.

—¿No me reconoce...? ¿Se ha olvidado usted de mí...? —empezó diciendo Uselkov—. Soy Uselkov, su antiguo cliente...

—¿Uselkov...? ¿Qué Uselkov...? ¡Ah...!

Y Schapkin se acordó, le reconoció y quedó a su vez petrificado.

Las exclamaciones, las preguntas y la evocación de recuerdos se sucedieron.

—¡Qué inesperada sorpresa! —cacareaba Schapkin—. ¿Qué podría ofrecerle...? ¿Quiere usted champaña...? Puede que lo que desee sean ostras... ¡Palomo mío...! ¡Tanto dinero le saqué entonces, que todo me parece poco para obsequiarle!

—¡Por favor...! ¡No se moleste! —dijo Uselkov—. No tengo tiempo... Tengo que ir ahora mismo al cementerio para inspeccionar la iglesia. He aceptado encargarme de su restauración.

—¡Perfectamente...! ¡Comeremos primero, beberemos e iremos juntos! Tengo unos caballos magníficos... Conque yo lo llevaré y le haré conocer al *starosta*. ¡Todo se lo arreglaré! ¡Me ocuparé de todo...! Usted, ángel mío, no tiene por qué desconfiar de mí. ¿Tiene miedo...? ¡Ahora ya no hay por qué tener miedo...! ¡Je, je, je...! ¡Antes, en efecto, era yo un mozo hábil..., un hombre aprovechado! ¡No le convenía a nadie acercarse a mí...; pero ahora soy un carcamal...! ¡Me he hecho viejo, me he casado, tengo hijos y ya me ha llegado la hora de morirme!

Los amigos comieron, bebieron y, en su coche, arrastrado por dos caballos, abandonaron la ciudad, tomando el camino del cementerio.

—Sí... ¡Aquéllos sí que eran tiempos...! —evocó Schapkin una vez sentado en el trineo—. Lo recuerda uno y, sin embargo, no puede creerlo... ¿Se acuerda de cuando se divorció usted de su esposa...? Han pasado más de veinte años y seguramente se le ha olvidado todo; pero yo me acuerdo, como si fuera ayer, de cuando estaba divorciándolos. ¡Dios mío...! ¡Qué cantidad de mala sangre me hice entonces...! Era yo en aquella época un hombre enredador, casuístico, una cabeza atrevida... Lo que me interesaba era pescar algún asunto ruidoso, sobre todo si los honorarios eran buenos, como, por ejemplo, en el caso del pleito suyo. ¿Cuánto me pagó entonces...? ¿Cinco..., seis mil...? ¿Cómo no iba uno a hacerse mala sangre...? Usted se había marchado a Petersburgo dejando el asunto en mis manos..., como el que dice: «¡Haz lo que se te antoje...!». Su esposa, Sofía Mijaílovna, que en paz descanse, aunque venía de familia de comerciantes, era una mujer orgullosa y de mucho amor propio... Comprarla para conseguir que se echara sobre sí las culpas..., era difícil, ¡terriblemente difícil...! Cuando iba yo a su casa para tratar del asunto, se ponía a gritar a la doncella: «¡Masha! ¡Ya te he dicho que no vuelvas a recibir a este canalla!». Intentaba una, cosa...; luego, otra...; le escribía cartas, procuraba encontrarme con ella como por casualidad; pero nada surtía efecto. Tenía que valerme de una tercera persona. Empleé mucho tiempo en el asunto, y sólo cuando se mostró usted dispuesto a darle diez mil rublos vaciló. ¡Diez mil rublos! ¡A esto no pudo resistirse! Lloró, me escupió a la cara y consintió en echarse la culpa de todo.

—Me parece que no fueron diez mil, sino quince mil, los que se le dieron —dijo Uselkov.

—En efecto, sí... Me he confundido... —se azaró Schapkin—; pero..., en fin..., como esto ya pertenece a otros tiempos, no hay por qué ahora esconder el pecado... Le di diez y me quedé con los cinco restantes... Los engañé a los dos... ¡Es asunto pasado y ya no hay por qué avergonzarse...! Además..., ¿a quién iba a sacar ese dinero sino a usted, Boris Petrovich...? ¡Juzgue usted mismo...! ¡Era usted un hombre rico y satisfecho de la vida...! ¡Se había casado porque le había dado la real gana y se divorciaba por la misma razón...! ¡Ganaba una enormidad...! ¡Recuerdo

que con una sola obra se metió usted en el bolsillo veinte mil rublos...! ¿A quién, por tanto, iba a esquilar más que a usted...? Tengo, además, que confesarle que la envidia me martirizaba... ¡Que usted se forrara y al pasar ante usted se quitaran el sombrero... y que un solo rublo me valiera a mí azotes y bofetadas en el Círculo...! Pero, bueno... ¿para qué recordarlo ahora...? ¡Ya es tiempo de que se olvide!

—Dígame, por favor..., ¿cómo vivió luego Sofía Mijaílovna?

—¿Con los diez mil rublos...? ¡Malísimamente...! Sabe Dios si fue que la dominó la pasión, o si fue la vergüenza y el orgullo herido por haberse vendido los que empezaron a martirizarla... o tal vez que lo amara a usted... Lo cierto es que se dio a la bebida... Cuando recibió el dinero empezó a pasearse en *troika* con oficiales..., ¡y la de juergas y francachelas que armarían...! ¡La de borracheras...! ¡No era oporto, sino coñac, lo que pedía en una taberna cuando entraba con los oficiales...! ¡Se conoce que para arder por dentro y atontarse antes...!

—Sí... Era extravagante... Sufrí mucho a su lado. A veces, si algo la ofendía, se le alteraban los nervios... Y luego, ¿qué ocurrió?

—¿Luego...?, pues pasó una semana... y otra..., y un día en que estaba yo sentado en mi casa, escribiendo, se abrió la puerta y entró ella borracha. «¡Coja usted otra vez ese maldito dinero!», dijo. Y me tiró a la cara un fajo de billetes.

Se veía que ya le quemaba las manos. Yo cogí el dinero y lo conté... Faltaban quinientos rublos. Sólo había tenido tiempo de malgastar quinientos rublos.

—¿Y qué hizo usted con el dinero?

—¡Como el asunto pertenece ya al pasado... no hay por qué guardar el secreto...! ¡Me quedé con él..., claro! ¿Por qué me mira usted de ese modo...? Espere a lo que viene ahora... Es enteramente una novela... ¡Psiquiatría pura...! Pues verá..., unos dos meses después..., volviendo yo una noche a mi casa, borracho y hecho un asco..., enciendo la luz y veo que, echada en el diván y también borracha, está Sofía Mijaílovna, con el aire extraviado del que se ha fugado de *Bedlan*...

—«¡Devuélvame —dice— mi dinero! ¡Lo he pensado mejor...! ¡Si uno quiere caer..., al menos que caiga bien! ¡Vamos, canalla..., muévase! ¡Devuélvame el dinero!».

—Y usted..., ¿se lo dio?

—Recuerdo que le di diez rublos...

—¡Oh...! ¡Por Dios...! ¿Será posible...? —dijo Uselkov haciendo un gesto de disgusto—. Si usted no podía o no quería dárselos..., ¿por qué no haberme escrito a mí...? ¡Y pensar que yo nada sabía...! ¿Verdad que yo nada sabía...?

—¡Palomo mío! ¿Para qué iba yo a escribirle a usted si ella misma lo hacía desde el hospital donde se encontraba recogida y enferma...?

—Cierto... Estaba yo entonces tan ocupado con mi nuevo matrimonio..., metido en un torbellino tal... que no era aquel momento de escribir cartas...; pero usted..., una persona indiferente... usted, que no sentía animadversión hacia Sofía, ¿por qué no le tendió la mano...?

—Antes no se veían las cosas como ahora se ven, Boris Petrovich... Ahora pensamos de una manera, pero antes lo hacíamos de un modo completamente distinto... Ahora quizá le hubiera dado mil rublos y, sin embargo, entonces, aquel dinero no se lo di gratis... ¡Una historia fea! ¡Olvidémosla! Pero he aquí que ya hemos llegado...

El trineo se había detenido ante la puerta del cementerio. Uselkov y Schapkin bajaron de él, atravesaron el portalón y entraron en una larga y ancha alameda. Desnudos cerezos y acacias, cruces grises y mausoleos brillaban como la plata bajo la escarcha; un día claro y soleado se reflejaba en cada copo; olía con el olor común a todos los cementerios, a incienso y a tierra recién removida.

—¡Tienen ustedes un cementerio muy bonito! —dijo Uselkov—. ¡Es enteramente un jardín!

—Sí. ¡Lástima que los ladrones roben pedazos a los mausoleos! Allí, a la derecha, bajo aquella sepultura de hierro fundido, está enterrada Sofía Mijaílovna. ¿Quiere usted verla...?

Los amigos torcieron hacia la derecha y, caminando sobre la espesa nieve, se dirigieron a la sepultura de hierro fundido...

—Aquí es —dijo Schapkin señalando un pequeño mausoleo construido en mármol blanco—. Fue uno de los tenientes el que mandó poner este monumento sobre su tumba.

Uselkov se quitó lentamente el gorro, mostrando su calva al sol, Schapkin, al observarlo, se lo quitó también, y una segunda calva relució bajo el sol. Reinaba un silencio sepulcral, como si el aire estuviera también muerto. Los amigos, contemplando en silencio el monumento, meditaban.

—¡Duerme! —dijo la voz de Schapkin interrumpiendo el silencio— ¡El haber asumido todas las culpas y bebido coñac ya no la hace sufrir...! ¡Confiese..., Boris Petrovich!

—¿El qué? —interrogó sombríamente Uselkov.

—¡Que por muy ingrato que nos resulte el pasado, siempre era aquello mejor que... esto! —y Schapkin indicó con la mano sus canas.

—¡Sí...! ¡Antes no se le ocurría a uno pensar en la hora de la muerte...! ¡Tenía uno fuerzas para enfrentarse con ella..., pero ahora! En fin..., ¡bah! ¡Para qué hablar!

La tristeza se había apoderado de Uselkov. ¡Sentía el deseo de llorar, tan apasionadamente como en otro tiempo sintiera el de amar...! ¡Sabía que había de encontrar su llanto sabroso y refrescante! De sus ojos brotaba la humedad y algo oprimía su garganta; pero a su lado estaba Schapkin, y Uselkov se avergonzó de aquella falta de valor ante un testigo. Dando media vuelta tomó la dirección de la iglesia.

Sólo dos horas más tarde, después de haber hablado con el *starosta*, inspeccionando la iglesia y aprovechando un minuto de distracción de Schapkin, que charlaba con el cura, pudo irse corriendo a llorar... A hurtadillas se dirigió al

monumento, escurriéndose como un ladrón y volviendo atrás la cabeza a cada instante. El pequeño y blanco mausoleo le miraba pensativo y triste y tan ingenuamente como si bajo él yaciera una niña y no una mujer perdida y una esposa divorciada.

«¡Llorar! ¡Llorar!», pensaba Uselkov.

Pero ¡el momento de las lágrimas había pasado ya...! Éstas, por mucho que el viejo parpadeara y por muchos esfuerzos que hiciera, no brotaban de sus ojos, ni nudo alguno oprimía su garganta. Diez minutos después, con un gesto de desaliento, Uselkov se fue en busca de Schapkin.

DESDICHA

(Tope)

Grigori Petrov, un tornero que disfruta hace tiempo de la reputación de ser el mejor artesano y el peor campesino en todo el distrito de Gálchino, se dirige con su anciana y enferma esposa al hospital. Para llegar hasta allí debe recorrer unas treinta verstas de un camino en tan mal estado que el servicio de correos no consigue atravesarlas, así que mucho menos lo logrará un vago como Grigori el tornero. Un viento helado le agujonea el rostro. Todo lo que alcanza a ver se encuentra cubierto por gigantescas nubes cargadas de nieve, descendiendo en remolinos que se mueven de un lado a otro, de tal forma que no puede saberse si la nieve cae del cielo o se levanta del suelo. Es imposible ver los campos o el bosque o los postes de telégrafo a través de la capa que componen los copos, y cuando lo golpea una racha de viento Grigori no es capaz de atisbar las riendas que lo mantienen unido a un caballo, decrepito y débil, que apenas puede moverse y concentra todas sus energías en levantar las patas de la nieve profunda y estirar el pescuezo hacia delante. El tornero tiene prisa y no deja de removerse en el pescante, fustigando a ratos la espalda del animal.

—No llores, Matriona —murmura—. Ten paciencia. Si Dios quiere llegaremos al hospital, y te pondrán bien en un santiamén... Pável Ivánich te dará unas gotas, o te sangrará, o tal vez su señoría decidirá que es mejor darte friegas de alcohol... Te quitará lo que sea que tengas. Pável Ivánich hará todo lo que le sea posible... Por supuesto que alzaré la voz y se quejará por todo, pero hará lo que pueda... Es un buen caballero, muy amable, el Señor le conceda salud... Tan pronto como lleguemos saldrá corriendo de su casa y comenzará a insultarme. «¿Qué? ¿Qué crees que estás haciendo?», me dirá. «¿Por qué no has venido en las horas de consulta? ¿Crees que soy un perro, que me puedo pasar todo el día corriendo detrás de vosotros? ¿Por qué no vienes por la mañana? ¡Fuera de aquí! ¡No quiero que se quede aquí ni tu sombra! ¡Vuelve mañana!». Y yo le diré: «¡Doctor, Señor! ¡Pável Ivánich! ¡Señoría...!». ¡Date prisa! ¡Muévete, por todos los diablos! ¡Jid!

El tornero le da un latigazo al caballo y sin mirar a la anciana continúa murmurándose a sí mismo:

—«¡Señoría! Le juro frente a Dios... Aquí tiene el crucifijo, y le juro que salí a la amanecida. ¿Cómo podría haber llegado antes si el Señor... La madre del Señor... Se enfadó y nos envió tal nevasca? Puede verlo usted mismo... Incluso un excelente caballo no sería capaz de cruzar una tormenta como ésta. ¡Y puede ver usted mismo que lo que tengo no es un caballo, sino una desgracia!». Pero Pável Ivánich fruncirá el entrecejo y gritará: «¡Te conozco bien! ¡Siempre encuentras una excusa para todo! ¡Especialmente tú, Grishka! ¡Te conozco bien! ¡Obviamente paraste en cinco tabernas

por el camino!». Y entonces le diré: «¡Señoría! ¿Cree que soy un bárbaro o un monstruo? ¿Aquí está la anciana, entregando su alma al altísimo, muriéndose, y usted piensa que me iría a la taberna? ¡El Señor tenga piedad con usted! Que se vayan al diablo las tabernas». Luego Pável Ivánich mandará que te metan en el hospital. Y yo me arrodillaré... «¡Pável Ivánich! ¡Señoría! ¡Estamos eternamente agradecidos a usted! Perdónenos, tontos y pecadores, ¡no nos juzgue a los campesinos! Merecemos que nos echen a patadas, pero usted se toma tantas molestias, y se moja los pies en la nieve». Pero Pável Ivánich me mirará como si quisiera golpearme, y dirá: «En lugar de arrodillarte, sería mejor, idiota, que dejaras de beber vodka y cuidaras de la anciana. ¡Te mereces un azote!». «¡Unos buenos azotes, Pável Ivánich! ¡El Señor me conceda unos buenos azotes! Pero ¿por qué no deberíamos arrodillarnos si estamos tan agradecidos a usted y si su señoría es tan bueno con nosotros? ¡Señoría! Le juro que... Le juro delante de Dios... Usted puede escupirme en los ojos si miento: tan pronto como Matriona se ponga bien le haré cualquier cosa que usted me pida. Una caja para cigarrillos, si quiere, de abedul de Karelia... Bolas de *croquet*, unos bolos, puedo hacerlos igual que los extranjeros... ¡Le haré cualquier cosa! Y no cogeré ni un kopek. En Moscú te cobran cuatro rublos por una caja de cigarrillos como ésa, pero yo no le pediré ni un kopek». Y el doctor se reirá y dirá: «Muy bien, muy bien... De acuerdo. Sólo que es una pena que seas un borracho». ¡Hombre, vieja mujer! Yo sé cómo tratar a los caballeros. No existe un solo caballero al que no sea capaz de convencer. Si al menos el señor no me empujara fuera del camino... ¡Qué tormenta! Se me está metiendo en los ojos.

Y el tornero continúa murmurando sin parar. Su lengua se mueve de forma mecánica, con el único propósito de aligerar sus pensamientos sombríos. Tiene muchas palabras en su boca, pero los pensamientos en su cabeza son incluso más numerosos. La desdicha inesperada ha tomado por sorpresa al tornero, que no logra calmarse ni controlar la situación. Hasta ahora sus días han transcurrido de forma tranquila y sin sobresaltos, siempre medio borracho y sin conocer la desgracia ni la felicidad, cuando de pronto una congoja terrible ha aflorado en su pecho. El gándul dichoso y ebrio se ha encontrado de buenas a primeras en la posición de hombre ocupado, un hombre que debe resolverlo todo en un minuto, e incluso que debe enfrentarse a los mismísimos elementos.

El tornero recuerda cómo la desdicha hizo acto de presencia la noche anterior. Llegó a la casa por la noche, borracho como de costumbre, y como de costumbre inició una sarta de improperios acompañada por gesticulaciones con sus puños, pero la vieja lo había mirado como si nunca lo hubiera visto antes. La expresión en sus ojos ancianos solía ser atormentada y sumisa, como la de un perro que ha mordido mucho y se ha alimentado poco; sin embargo ahora estaba erguida y seria, como una santa en un icono o un moribundo. Y la desdicha se había materializado a la par de aquellos ojos, irritantes y desconocidos. El tornero, asombrado, le había pedido prestado un caballo a su vecino, y ahora conducía a la anciana al hospital con la

esperanza de que Pável Ivánich, con sus polvos y sus ungüentos, le devolviera sus ojos de siempre.

—Mira, Matriona —murmuró—, si Pável Ivánich te pregunta si te he golpeado o no, tienes que decirle que ¡nunca!, y ya no te golpearé más. Te lo juro. Y nunca te he pegado por maldad, ¿verdad? Simplemente te pego, ya sabes, no hay ninguna razón concreta para que lo haga. Siento pena por ti. Otra persona no se sentiría apenado, pero aquí estoy, llevándote al hospital... Estoy haciendo lo que puedo. ¡Pero qué nevasca! ¡Señor, hágase tu voluntad! Pero no nos dejes salimos del camino... ¿Qué? ¿Te duele el costado? Matriona, ¿por qué estás tan callada? Te estoy hablando: ¿te duele el costado?

Le resulta extraño que la nieve no se derrita sobre el rostro de la anciana, y que este parezca haberse estirado y se haya vuelto de un gris blanquecino, el color de la cera sucia, y que le parezca tan estricto, de una seriedad imperturbable.

—¡Qué idiota! —el tornero murmura—. Te estoy abriendo mi corazón ante Dios... Y tú... ¡Qué idiota! ¡Voy a regresar y no pienso llevarte a Pável Ivánich!

El tornero suelta las riendas y comienza a pensar. No se atreve a mirar en dirección a la anciana, hacerlo resulta demasiado terrible. Hablarle y no obtener respuesta alguna también lo es. Finalmente, para aplacar sus dudas, alarga el brazo hacia atrás sin mirarla y levanta una mano helada; cuando la suelta se cae como un palo.

—¡Parece que está muerta! ¡Qué terrible asunto!

El tornero llora. No es pena lo que siente por la anciana, sino frustración. Piensa en lo pronto que todo se acaba en la vida. Su desgracia apenas se ha iniciado y ya ha alcanzado su conclusión. No había aprendido a vivir sin la anciana, hablar con ella, sentir pena por ella, cuando ya estaba muerta. Había vivido con ella durante cuarenta años, pero esos cuarenta años habían transcurrido a través de una neblina. Con sus borracheras y sus peleas y su pobreza, nunca habían llegado a vivir de veras. Y lo que era aún peor, la anciana se había muerto justo cuando empezaba a sufrir por su causa, cuando al fin entendía que no podía vivir sin ella, cuando pensar en la mujer le hacía sentirse terriblemente culpable.

—¡Y ella solía ir a la aldea! —recordó—. Yo mismo la enviaba a que mendigara un mendrugo de pan. ¡Qué asunto tan terrible! Debería haber vivido diez años más, hasta que dejara de pensar que soy una mala persona. ¡Madre del Señor! ¿Adónde demonios voy? No necesita medicinas, sino un entierro. ¡Debo darme la vuelta!

El tornero golpea al caballo con todas sus fuerzas, pero las condiciones en el camino empeoran. No logra ver las riendas. A veces el trineo se desplaza sobre algún arbusto enterrado en la nieve, o algo negro araña las manos del tornero y relampaguea delante de sus ojos, y al cabo vuelve a verlo todo blanco.

—¡Oh, vivir mi vida otra vez!

Recuerda cuarenta años atrás, cuando Matriona era hermosa y joven y feliz, y pertenecía a una familia acomodada. Sus amos le habían permitido que se casara con

él porque apreciaban sus habilidades como artesano. Todo apuntaba a una feliz existencia juntos, pero la triste realidad era que su vida entera había transcurrido como si se hubiera emborrachado en la boda, se hubiera adormilado en el suelo frente al horno al llegar a la casa, y hasta el día de hoy no se hubiera despertado. Recordaba la boda, pero lo que vino después no lo podía recordar en absoluto, excepto la ebriedad constante e ininterrumpida, echarse la siesta, meterse en peleas. Y así era como había malgastado cuarenta años enteros.

Las nubes cargadas de nieve, blanquecinas, fueron volviéndose grises. El crepúsculo descendía.

—¿Adónde voy? —el tornero se calmó de repente—. Necesito enterrarla, y me dirijo al hospital... ¡Me estoy volviendo loco!

El tornero trata de dar la vuelta con el trineo y golpea repetidamente al caballo. El caballo hace acopio de fuerzas y jadeante consigue romper en un lento trote. El tornero vuelve a golpearle y a golpearle... A su espalda escucha un ruido y, aunque no se gira a mirar, es consciente de que la cabeza del cadáver va dando tumbos contra el trineo. El aire se oscurece y el viento frío se vuelve aún más gélido...

«¡Oh, volver a vivir mi vida!», piensa el tornero. «Podría conseguir nuevas herramientas, la gente podría comenzar a hacerme encargos... Le daría a ella el dinero... Sí».

En ese momento se le escapan las riendas. Las busca, intenta volver a cogerlas, pero no le responden las manos.

«No importa», piensa. «El caballo llegará solo, se sabe el camino. Necesito dormir un poco... Antes de que lleguemos al entierro o al funeral tengo que dormir un poco».

El tornero cierra los ojos, y un poco más tarde escucha al caballo deteniéndose. Cuando vuelve a despegar sus párpados distingue una cabaña de madera, o tal vez unos haces de heno.

Le gustaría saltar del trineo y enterarse de qué ocurre, pero su cuerpo está tan cansado que prefiere congelarse en lugar de moverse... Y el tornero se sumerge en un sueño pacífico...

Se despierta en una sala alargada con las paredes pintadas. Los rayos del sol se cuelan por los ventanales. Delante de él se encuentran unas personas, y el tornero antes que nada quiere demostrar que es un hombre respetable, un hombre que sabe cómo funcionan las cosas.

—Necesitamos un funeral, hermanos, para la anciana —dice—. Tenemos que hablar con el párroco...

—¡Sí, sí! ¡Quédese echado ahí! —interrumpe la voz de alguien.

—¡Señor! ¡Pável Ivánich! —dice el tornero sorprendido, viendo al doctor frente a él—. ¡Señoría, mi benefactor!

Quiere ponerse en pie de un salto y doblarse en una honda reverencia hasta los pies del médico, pero sus piernas y sus brazos no le obedecen.

—¡Señoría! ¿Dónde están mis piernas? ¿Dónde están mis brazos?

—Puedes despedirte de tus brazos y piernas... Se te congelaron. Vamos, ¿por qué lloras ahora? Has tenido tu vida, ¡gracias a Dios por ello! Has vivido seis décadas: ¡eso es suficiente!

¡Es una lástima! ¡Señoría, es una lástima! ¡Perdóneme! Concédame cinco o seis años más...

—¿Para qué?

—Es el caballo de alguien, tengo que devolverlo... Y tengo que enterrar a la anciana... Y todo se acaba tan pronto en este mundo. ¡Señoría! ¡Pável Ivánich! ¡Una caja de cigarrillos, hecha del mejor abedul de Karelia! Le haré unas bolas de *croquet*...

El doctor hace un gesto con su mano antes de abandonar la sala. Al tornero sólo podemos decirle una única cosa: ¡Amén!

¡QUÉ PÚBLICO!

(Ну, публика!)

—¡Se acabó! ¡No volveré a beber...! ¡Por nada del mundo! Ya es hora de sentar la cabeza. Hay que trabajar, esforzarse... Si quieres recibir tu salario, debes trabajar con honradez y dedicación, en conciencia, sacrificando tu tranquilidad y reposo. Se acabó la buena vida... Te has acostumbrado, amigo, a cobrar un sueldo sin hacer nada, y eso no está bien... no, no lo está...

Tras expresar varias consideraciones morales de ese jaez, del revisor jefe Podtiaguin se apodera el prurito de trabajar. Ya es más de la una de la madrugada, pero, a pesar de ello, despierta a los revisores y en su compañía recorre los vagones revisando los billetes.

—¡Señores... sus billetes! —grita, haciendo sonar alegremente la taladradora.

Las soñolientas figuras, envueltas en la semioscuridad del vagón, se estremecen, sacuden la cabeza y tienden sus billetes.

—¡Señor... su billete! —dice Podtiaguin, dirigiéndose a un pasajero de segunda clase, hombre delgado, fibroso, arrebujaado en una pelliza y una manta y rodeado de cojines—. ¡Señor... su billete!

El hombre fibroso no responde. Está sumido en el sueño. El revisor jefe le toca el hombro y repite con impaciencia:

—¡Señor... su billete!

El pasajero se estremece, abre los ojos y mira a Podtiaguin con pavor.

—¿Qué? ¿Quién? ¿Eh?

—Se lo estoy pidiendo con educación: ¡su... billete! ¡Haga usted el favor!

—¡Dios mío! —gime el hombre fibroso, con gesto de desconsuelo—. ¡Señor, Dios mío! Tengo reumatismo... Llevo tres noches sin pegar ojo, he tomado morfina expresamente para poder conciliar el sueño ¡y ahora me viene usted... con el billete! ¡No tiene usted piedad ni humanidad! Si supiera lo mucho que me cuesta dormirme no me molestaría por semejante nadería... ¡Qué falta de piedad y de sentido común! ¿Qué necesidad tiene usted de mi billete? ¡Hasta es estúpido!

Podtiaguin piensa si debe ofenderse o no, y finalmente se decanta por la primera opción.

—¡Aquí no se grita! ¡Esto no es una taberna!

—Hasta en las tabernas la gente es más humanitaria... —dice el viajero, tosiendo—. ¡A ver cómo me duermo yo ahora por segunda vez! No lo entiendo: he viajado por todo el mundo y nadie me ha pedido el billete; aquí, en cambio, se diría que el diablo les tira de la manga; ¡no hacen otra cosa...!

—¡Bueno, pues váyase al extranjero si tanto le gusta!

—¡Eso es estúpido, señor! ¡Sí! No contentos con atormentar a los viajeros con el

humo, el calor y las comentes de aire, también quieren, los muy diablos, acabar con ellos a base de formalidades. ¡Necesitan el billete! ¡Fíjense cuánto celo! ¡Si por lo menos fuera un control de verdad, pero la mitad de los pasajeros viaja sin billete!

—¡Escuche, señor! —exclama Podtiaguin, acalorándose— ¡Haga el favor de medir sus palabras! ¡Si no deja de gritar y de molestar a la gente, me veré en la obligación de hacerle bajar en la próxima estación y de levantar acta de lo sucedido!

—¡Esto es indignante! —protestan los viajeros—. ¡La toma con un enfermo! ¡Debería tener un poco de compasión!

—¡Es él quien me ha insultado! —replica Podtiaguin, amilanado—. Está bien, no le reclamaré el billete... Como quieran... Pero ustedes mismos saben que el servicio me lo exige... Si no fuera por el servicio, yo, por supuesto... Pueden preguntárselo al jefe de estación... Pueden preguntárselo a quien quieran...

Podtiaguin se encoge de hombros y se aleja del enfermo. En un principio se siente ofendido y algo vejado; luego, una vez atravesados dos o tres vagones, empieza a sentir en su pecho de revisor jefe una suerte de inquietud semejante al remordimiento.

«En realidad, no había necesidad de despertar a un enfermo —piensa—. En cualquier caso, yo no tengo la culpa... Los pasajeros se imaginan que actúo de ese modo porque me da la gana, porque no tengo nada mejor que hacer, cuando en realidad me lo exige el servicio... Si no lo creen, puedo llevarles ante el jefe de estación».

Una estación. Cinco minutos de parada. Antes de la tercera campanada Podtiaguin entra en el vagón de segunda clase descrito más arriba. Le sigue el jefe de estación, tocado con una gorra roja.

—Este señor —empieza Podtiaguin— dice que no tengo ningún derecho a pedirle el billete y... y se ha ofendido. Le ruego que le aclare, señor jefe de estación, si pedir el billete forma parte de mis obligaciones o lo hago por diversión. Señor —añade Podtiaguin, dirigiéndose al hombre fibroso—. ¡Señor! Puede preguntarle al jefe de estación si no me cree.

El enfermo se estremece como si le hubieran pinchado, abre los ojos y, haciendo un gesto de desesperación, se reclina sobre el respaldo del asiento.

—¡Dios mío! Había tomado otro comprimido y acababa de quedarme dormido cuando aparece otra vez usted... ¡Otra vez! ¡Se lo suplico, tenga compasión de mí!

—Puede usted dirigirse al señor jefe de estación... ¿Tengo pleno derecho a pedirle el billete o no?

—¡Esto es intolerable! ¡Tenga usted su billete! ¡Téngalo! ¡Compraré cinco más si quiere, pero déjeme morir en paz! ¿Es que usted no ha estado nunca enfermo? ¡Qué gente más insensible!

—¡Esto ya es un escarnio! —se indigna un viajero vestido de oficial— ¡De otro modo no puedo entender tanta insistencia!

—Déjelo... —dice el jefe de estación, frunciendo el ceño y tirando a Podtiaguin de la manga.

Podtiaguin se encoge de hombros y sigue al jefe de estación con pasos lentos.

—¡No hay manera de contentarlos! —se dice perplejo—. Llamo al jefe de estación para que el enfermo entienda la situación y se tranquilice... y en lugar de eso se enfada.

Otra estación. Diez minutos de parada. Antes de la segunda campanada, cuando Podtiaguin se encuentra ante el mostrador de la cantina, bebiendo agua de Seltz, dos señores se le acercan, uno de ellos con uniforme de ingeniero, el otro con capote militar.

—¡Escuche, revisor jefe! —le dice el ingeniero a Podtiaguin— Su comportamiento con el usuario enfermo ha indignado a cuantos hemos presenciado la escena. Soy el ingeniero Puzitski y éste es... un coronel del ejército. Si no se disculpa usted delante de los pasajeros, elevaremos una queja al jefe de la línea, común amigo nuestro.

—Pero, señores, si yo... si ustedes... —responde Podtiaguin estupefacto.

—Nosotros no necesitamos ninguna explicación. Pero le advertimos de que, si no se disculpa usted, tomaremos al pasajero bajo nuestra protección.

—De acuerdo, yo... yo, bueno, me disculparé... Como quieran...

Al cabo de media hora Podtiaguin, tras preparar una frase de disculpa que pueda dar satisfacción al viajero sin rebajar su dignidad, entra en el vagón.

—¡Señor! —se dirige al enfermo—. ¡Escúcheme, señor!

El enfermo se estremece y se sobresalta.

—¿Qué?

—Yo... ¿cómo decírselo...? No se ofenda usted...

—¡Ah...! Agua... —dice el enfermo, respirando con dificultad y llevándose la mano al corazón—. Había tomado un tercer comprimido de morfina, me había quedado dormido y... ¡de nuevo aparece usted! Dios mío, ¿cuándo terminará este suplicio?

—Yo... Usted perdone...

—Escuche... Hágame bajar en la próxima estación... No puedo soportarlo más... Me muero...

—¡Esto es una canallada, una vileza! —se indignan los viajeros— ¡Váyase de aquí! ¡Le va a costar cara esta burla! ¡Fuera!

Podtiaguin hace un gesto de desaliento con la mano, suspira y sale. Se dirige anonadado al vagón de servicio, se sienta ante la mesa y se lamenta: «¡Qué público! ¡Cualquiera los contenta! ¡Ya puede uno cumplir con su obligación, esforzarse! Al final, lo quieras o no, acabas desentendiéndote de todo y dándote a la bebida... Si no haces nada, se enfadan; si te pones a trabajar, lo mismo... ¡Me tomaré una copita!».

Podtiaguin se bebe media botella de un trago y deja de pensar en el trabajo, en el deber y en la honradez.

UN PINGAJO

(ESTAMPA)

(Тряпка. Сценка)

Pantaléi Diomidich Kokin, secretario del periódico provincial *Gusini Viestnik*^[66], iba camino de la casa del fabricante Bludijin, consejero de comercio, donde aquella noche iba a celebrarse una función teatral de aficionados, seguida de un baile y de una cena.

Iba contento y satisfecho. El futuro se le mostraba brillante y risueño. Se veía a sí mismo entrando, galante, rizado y perfumado, en la gran sala, profusamente iluminada. Adoptaría un aire melancólico e indiferente; en sus andares y en sus encogimientos de hombros dejaría entrever cierta dignidad desdeñosa; hablaría descuidadamente, como con desgana; trataría de poner un gesto de fatiga y de burla; así, pues, se comportaría como corresponde a un representante de la Prensa. Los caballeros y las damas, al pasar por su lado, intercambiarían miradas y cuchichearían:

—¡Es de la Redacción!

No era más que secretario en el periódico. Su función consistía en no confundir las direcciones, en registrar los suscriptores y en vigilar para que los de la imprenta no escamoteasen el azúcar de la oficina; pero ¿qué sabía el público? Pertenecía a la Redacción y era, por consiguiente, un literato, un depositario de los secretos del periódico. ¡Dios mío, y cómo intrigan a las mujeres los secretos periodísticos! Kokin esperaba encontrar en la fiesta a Klavdia Vasiliévna; pasaría junto a ella cinco o seis veces fingiendo no verla; y cuando ella, perdida la paciencia, se dirigiese a él, Kokin la saludaría fríamente, iniciaría un bostezo, miraría al reloj y exclamaría:

—¡Qué aburrimiento! ¡Ojalá se acabe pronto esta bobada...! Son ya los doce y necesito sacar el número y revisar unos cuantos artículos...

Klavdia Vasiliévna le contemplaría con veneración, de abajo arriba, como se mira a los monumentos. Quizá preguntaría quién había publicado en el último número unas letrillas mordaces contra la actriz Kishkina-Brandajlitskaia. Él levantaría los ojos hacia el techo, exhalaría un mugido misterioso y un enigmático: «¡Sssí!». Que ella le tuviese por el autor de las letrillas... Tras esto vendría el baile, la cena, la bebida. Después, con un humor excelente, un paseo con Klavdia Vasiliévna hasta su casa y... ¡sueños, sueños! Ciertamente, todo aquello era frívolo, mezquino, poco serio, pero la juventud tiene sus derechos, señores.

Ante la iluminada casa de Bludijin el secretario vio dos filas de coches. Abría y cerraba la puerta un obeso ujier con una maza. Lacayos de frac azul y chaleco rojo

ayudaban a los invitados a quitarse los abrigos. La entrada, reluciente de espejos, flores y alfombras, estaba soberbia. El secretario entregó descuidadamente a un lacayo su paleta, pasose la mano por el cabello y levantó la cabeza con dignidad.

—¡De la Redacción! —dijo al llegar ante dos lacayos que, de pie en el peldaño inferior de la escalinata de entrada, cortaban un ángulo a las invitaciones.

—¡No, no, no le dejéis pasar! —llegó desde arriba una tajante voz metálica—. ¡No le dejéis!

Kokin miró hacia arriba. En el peldaño superior había un individuo gordo, de frac, que le miraba fijamente. Seguro de que la prohibición de entrar no se refería a él, nuestro hombre puso el pie en el primer escalón, pero vio horrorizado que los lacayos iniciaban un movimiento para cerrarle el paso.

—¡No le dejéis pasar! —repitió el gordo.

¡Cómo! ¿Por qué no van a dejarme? —asombrose Kokin—. ¡Soy del periódico!

—¡Pues por eso mismo! —replicó el gordo mientras hacía una reverencia a una señora—. ¡No le dejéis pasar!

Al secretario le pareció haber recibido un mazazo en la cabeza. Primero sintió un azoramiento enorme. Dígase lo que se diga, el olor a *Violettes de Parme*, unos guantes recién estrenados y una melena acabada de rizar no cuadran con el humillante papel de un hombre al que se niega la entrada y ante el que los lacayos abren los brazos para atajarle el paso. ¡Y todo ello en presencia de señoras y de criados! Además de su azoramiento, perplejidad y sorpresa, el secretario notó una sensación de vacío, de desencanto, como si alguien le hubiese cortado con unas tijeras la ilusión de las próximas alegrías. Así debe de sentirse quien recibe un pescozón en vez de la recompensa esperada.

—¡No lo comprendo! ¡Soy de la Redacción...! —balbuceó Kokin—. Déjenme entrar.

—Lo tenemos prohibido —respondió un lacayo—. Apártese de la escalera, que impide usted el paso.

—¡Es extraño! —murmuró el secretario, tratando de sonreír con dignidad zaherida— Muy extraño... ¡Ejem...!

Señoras y señoritas, riendo alegremente y rumoreando con sus elegantes atavíos, pasaron junto a él... A cada momento se oía un portazo, atravesaba el vestíbulo una corriente de aire y penetraba escalera arriba un nuevo grupo de invitados.

«¿Por qué no me permiten la entrada? —preguntábase perplejo el secretario, sin poder recobrarse del inesperado fiasco e incluso sin dar crédito a sus ojos—. Ese gordiflón ha dicho que me prohíben entrar porque soy del periódico... Pero ¿por qué? ¡El diablo que les lleve! ¡No quiera Dios que ningún conocido me vea aquí arrecido de frío! Me preguntarán qué es lo que pasa, y entonces, ¡vaya vergüenza!».

Kokin realizó un nuevo intento de poner el pie en la escalinata, pero fue rechazado. Encogiose de hombros, se sonó la nariz, recapacitó un momento, dirigióse otra vez a los lacayos, y otra vez le cerraron el paso. Arriba comenzó a tocar la

orquesta. Al secretario le latió con fuerza el corazón y hasta se le cortó el aliento por el ansia de hallarse en la gran sala, de levantar la cabeza como un pavo y de especular con la paciencia de Klavdia Vasilievna. La música hizo revivir y bullir súbitamente las ilusiones con que deleitaba cuando iba camino de la fiesta.

—¡Oiga usted! —gritó al gordiflón, que tan pronto aparecía arriba como se ocultaba—. ¿Por qué no me dejan entrar?

—¡Porque no queremos periodistas!

—Pero ¿por qué motivo? Explíquemelo al menos...

—El señor Bludijin lo ha ordenado. Yo me lavo las manos. Me han mandado que no le deje pasar, y me limito a cumplir. Apártese para que entre esa dama. ¡Andréi, mucho cuidado, que no se cuele ningún periodista! Es orden del amo...

El secretario se encogió de hombros y, haciéndose cargo de lo absurdo y estúpido de su situación, se apartó de la escalera. ¿Qué partido tomar? Naturalmente, lo mejor que podía hacer era correr a la Redacción y comunicar al director que el imbécil de Bludijin había dado aquella orden. El director, sorprendido, se hubiera echado a reír diciendo:

—Si será idiota este Bludijin... ¡Mira que el modo que tiene de vengarse de las críticas! Al muy borrico no le cabe en la cabeza que si asistimos a sus veladas no nos hace un favor a nosotros, sino nosotros a él. ¡Qué animal, señor! Bueno, pues verá las flores que le voy a echar en el número de mañana.

Ésa hubiera sido la reacción del director. Pero ¿y después? Después, el secretario hubiera tenido que quedarse en casa maldiciendo a Bludijin. Así lo exigirían su orgullo y la dignidad de la Redacción. Sin embargo, caballeros, todo eso suena muy bien en teoría; pero en la práctica, cuando uno ha comprado guantes nuevos y ha pagado al peluquero la ondulación, y arriba esperan Klavdia Vasilievna, un banquete y una buena libación, la cosa es muy distinta...

«¡Dos meses llevaba esperando esta velada y soñando con ella! —pensaba Kokin—. Dos meses enteros dando vueltas por la ciudad para encontrar una levita nueva... Di a Klavdia palabra de asistir, y mira por dónde... ¡No, no es posible! Aquí hay un malentendido. Debe tratarse de una confusión. Y no vale la pena ir a la Redacción; basta hablar con el *maître*...».

—¡Escuche! —dirigióse al gordo—. Permítame, por lo menos, subir arriba. No quiero entrar en la sala, sino sencillamente hablar con el *maître* o con el señor Bludijin.

—Bueno, suba, pero sepa que a la sala no le dejarán pasar por nada del mundo.

«¡Dios mío! —sufría Kokin mientras subía por la escalinata—. Esas dos señoras que van ahí delante han oído lo que acaba de decirme. ¡Qué vergüenza! ¡Qué bochorno! Más me valiera marcharme».

Arriba, a la puerta de la sala, se hallaba el *maître*, un individuo pelirrojo, con una banda sobre la chaqueta. A su lado, sentada tras una mesita, había una señora emperifollada vendiendo programas de la fiesta.

—Hagan el favor de decirme —les preguntó el secretario con voz melosa—, ¿Por qué han dado orden de no permitir la entrada a nadie de la Redacción? ¿Por qué?

—Ustedes mismos tienen la culpa, señores —explicó el pelirrojo—. Se les envían a ustedes invitaciones de honor, se les sienta en primera fila, y luego van ustedes y escriben cada libelo, que Dios nos libre...

—Pero es que..., señores... Escuchen...

En esto se oyó en la sala una tempestad de aplausos y la armoniosa voz de la princesita Rózhkina cantando *Otra vez contigo*. Al secretario le dio un vuelco el corazón. Aquel suplicio de Tántalo era demasiado para él.

—¿Qué libelos? —dirigióse a la señora—. Ciertamente, *madame*, que han aparecido críticas en el periódico, pero ¿qué culpa tengo yo? La responsabilidad es del director o de los redactores, pero ¿qué tengo yo que ver con todo eso? No soy más que el secretario..., algo por el estilo de un tenedor de libros. De escribir, nada. Por Dios que no sé lo que es escribir una línea. Le doy mi palabra de que no soy escritor...

—Nada podemos hacer por usted —suspiró la señora—. Hay orden del propio Bludijin... Sin embargo..., podría usted comprar algún billete...

«¿Cómo no se me habrá ocurrido esto antes, diablo?», apenose Kokin, dándose cuenta de que no llevaba sino cuarenta kopeks que cogió por si a Klavdia Vasilievna se le antojaba alquilar un coche para regresar a casa.

—Siendo así, hablaré con Bludijin —respondió.

—Espere al entreacto...

Nuestro galán se puso a esperar. En la sala resonaban aplausos, cantaban voces femeninas conocidas, se oían risas. ¡Toda una vida en ebullición! Y el infeliz secretario, de pie ante la puerta, en actitud de pecador arrepentido, miraba como caballo que huele la cebada, pero no la ve...

Esperó largamente. Por fin, oyó en el interior ruido de sillas al moverse y rumor de voces. Se abrió la puerta y el público empezó a salir.

«¡Con lo cerca que he tenido la felicidad! —pensó el secretario al ver abrirse la puerta—, ¡No, no me cabe en la cabeza que no me permitan la entrada!».

Al poco rato apareció el propio Bludijin, colorado y resplandeciente, Kokin anduvo dando vueltas a su alrededor sin atreverse a hablarle, pero, por último, haciendo de tripas corazón, se decidió.

—Perdone mi atrevimiento, Anisim Ivánich... Permítame que le moleste un instante... Me han dicho que ha prohibido usted que dejen pasar a nadie de la Redacción...

—Sí, ¿y qué?

—Pues que yo he venido y... no lo comprendo... Hágase usted cargo... ¿Qué se me puede achacar a mí? El director o los redactores tendrán la culpa que tengan... No les deje pasar a ellos... Pero yo..., le doy mi palabra de honor de que no escribo ni una línea...

—¡Ah, de manera que es usted del periódico! —exclamó el anfitrión, abriendo las

piernas en forma de A y echando la cabeza hacia atrás—. Naturalmente, se sentirá ofendido. Pues escuche lo que voy a decirle. Que todos mis invitados sean testigos. ¡Señoras y señores, oigan y juzguen! El señor corresponsal se ha enojado conmigo porque yo..., verán ustedes..., he protestado, en cierto modo... Supongo que todos conocen mi opinión sobre la Prensa. Siempre he sido partidario de ella. Sin embargo, caballeros periodistas... (Bludijin puso cara de súplica), hay que tener sentido de la medida... Métense ustedes con los actores, con las obras, con la puesta en escena, pero ¿qué necesidad tienen de escribir incongruencias? ¿Qué necesidad tienen de ello? En el último número de su periódico apareció un artículo estupendo. ¡Es-tu-pen-do! Pero, describiendo el cuadro plástico *Judith y Holofernes*, en el que participaba mi hija, Dios sabe lo que escribió este señor... Decía el artículo que la espada de Judith era tan larga, que con ella sólo se podría matar a distancia o subiéndose al tejado. ¿Para qué sacar a relucir tales cosas? Mi hija, al leerlo, se echó a llorar. Eso, señores, no es crítica. ¡No, no es crítica! Es una ofensa personal. Con el achaque de la espada, lo que se pretendía era zaherirme a mí...

—De..., de acuerdo con usted... —balbució Kokin, sintiendo sobre su persona la mirada de cientos de ojos—. A mí siempre me han parecido mal los ataques personales, pero ¿qué vela llevo yo en este entierro, por Dios? Les aseguro, bajo palabra de honor, que no soy de los que escriben... Mi puesto en la Redacción es el de secretario... Le diré más, a condición de que quede entre nosotros, naturalmente... Fue el propio director quien escribió el artículo... (¿Para qué digo todo esto, estúpido de mí?, pensó Kokin). Pero, sin embargo, es buena persona, un alma de Dios... Y si cometió alguna indiscreción en su escrito, debió ser por ligereza..., por frivolidad...

El tono ovejuno del secretario ablandó a Bludijin, que, asiendo a Kokin de un botón de la levita, comenzó a exponerle nuevamente su criterio respecto a la Prensa. En el pecho del secretario bulleron a la vez mil sensaciones. Le halagaba que conversase con él un personaje de la importancia de Bludijin; y presentía que al momento le iban a conceder el acceso a la sala, que el equívoco se había resuelto y que de nuevo podía soñar y forjarse ilusiones; mas, al mismo tiempo, sentía repugnancia, asco, vergüenza... Percatábase de que por su bajeza se había traicionado a sí mismo y al director del *Gusini Viéstnik*, públicamente, como el último Judas. En lugar de escupir, de soltar un juramento y de reírse, había mendigado de la manera más humillante, casi llorando...

Bludijin charlaba como si le hubiesen dado cuerda. Después de presumir y de darse tono cuanto quiso, agarró del brazo al secretario; y ya estaba Kokin en los umbrales del Edén cuando se oyó una exclamación, casi un grito:

—¡Anisim Ivánich, ha llegado el general!

Estremeciéndose Bludijin y, abandonando a Kokin, voló atropelladamente escaleras abajo. El secretario esperó un momento, dio un pequeño paseo, se arregló la corbata... No tenía ya ninguna esperanza ni deseaba nada. Cuando comenzó el segundo acto, avanzó en dirección a la puerta, pero el *maître* le atajó:

—El señor Bludijin no ha dicho nada. No puede pasar.

Diez minutos más tarde el secretario arañaba con sus grandes chanclos la tierra helada. Iba a su casa, pero hubiera preferido ir al mismísimo infierno. Sentíase abochornado, y todo le daba asco: el olor a esencia, los nuevos guantes y la cabeza rizada. ¡De qué buena gana se hubiera dado un palo en ella!

MI CHARLA CON EDISON

(DE NUESTRO CORRESPONSAL)

(Моя беседа с Эдисоном. От нашего собственного корреспондента))

Estuve con Thomas Edison. Es un tipo muy amable, correcto. Todas sus habitaciones están repletas de teléfonos, micrófonos, fotófonos y demás «fonos».

—¡Soy ruso! —me presenté ante Edison—. He oído hablar mucho de su talento. Y aunque sus inventos todavía no han entrado en el programa de nuestras escuelas secundarias, su nombre se menciona con frecuencia en la sección de «varios» de los periódicos.

—Me alegra mucho, pero le advierto que si me va a pedir dinero, por Dios, que no puedo.

—¡Si no se lo he pedido! —me confundió aquella afrenta repentina.

—Perdóneme, pero había leído y escuchado que pedir dinero prestado a todo el mundo es un rasgo nacional de los rusos.

—Por favor... ¿En serio?

Nos sentamos y charlamos durante un rato.

—Bueno, hábleme de algún buen invento —le dije—. ¡Seguro que ha inventado usted todo un infierno de cosas! ¿Eso que cuelga ahí, por ejemplo, qué es?

—Es un gastronomofón... Se le pone carbón ardiendo en el agujero... Se gira este tomillo, se aprieta esta pieza, desbloquea la corriente y, a cien o doscientas millas de aquí se refleja el carbón de forma ampliada. En ese reflejo, usted puede cocinar y freír todo lo que se le ocurra...

—¿Ah, de verdad? ¿Y eso de ahí?

—Es una cosa de suma importancia para los turistas. Preste atención. Con nuestra moneda costaría un rublo, con la suya tres. Imagine que ha salido de Rusia hacia América y deja a su mujer en casa. Viaja durante uno, dos, tres años... ¿Apostaría usted a que en algún momento no querrá tener un hijo a quien darle un buen nombre? Pues con acercarse a ese alambre, y realizar ciertos movimientos, al día siguiente recibirá usted un telegrama: ¡nació el hijo!

—Ah... Pero para nosotros, Thomas Ivánich, es todavía más fácil. Te vas a América y dejas en casa a un amigo tuyo... No recibirás ningún telegrama, claro, pero cuando regreses a casa, encontrarás no a uno, sino a tres o cuatro diciendo: «¡Hola, papá!». Tenemos un médico de nuestra nación a quien enviaron al extranjero por asuntos científicos, y cuando regresó tenía ya nueve hijas.

—¿Y eso cómo fue?

—Nada, se lo explico de forma científica: un epitelio retráctil, la presión de la

sangre, y tal y cual... ¿Qué es esa arandela?

—Es un disco para indagar en los pensamientos. Sólo hay que ponerlo en la frente del sujeto, dejar que actúe... y todos sus secretos al descubierto.

—Ah... Nosotros también lo hacemos más sencillo. Te sientas al escritorio, abres una o dos cartas... ¡y de un vistazo todo! ¡Aquí están muy de moda las técnicas de Bishop!

Y así fue recorriendo todos sus nuevos inventos. Tan contento estaba Edison con mis elogios, que al despedirse, no pudo contenerse y me dijo:

—Bueno, pues venga, por Dios. ¡Aquí tiene un préstamo!

SANTA INOCENCIA

(CUENTO)

(Святая простота. Рассказ)

El reverendo Savva Zhezlov, anciano párroco de la iglesia de la Santísima Trinidad, de la villa de P***, recibió inesperadamente la visita de su hijo Aleksandr, conocido abogado de Moscú. El viejo pope, viudo y solitario, al encontrarse con su único hijo, al que no había visto durante doce o quince años, desde el momento en que le mandó a la Universidad, se estremeció todo él y quedó como petrificado. Su alegría y su júbilo no tenían fin.

Por la tarde conversaron largamente el padre y el hijo. Este comía, bebía y no cesaba de mostrar su ternura.

—¡Qué bien y qué a gusto se está aquí! —exclamaba, regocijado, removiéndose en su silla—. Esto es cómodo, cálido, con cierto saber patriarcal. ¡De veras que me gusta mucho!

El padre Savva, con las manos atrás y ufanándose ante la vieja cocinera de tener un hijo tan mayor y tan apuesto, daba vueltas junto a la mesa y, empeñado en satisfacer al joven, trataba de tocar la cuerda «científica».

—Así son las cosas, hijo —decía—. Ha resultado precisamente lo que mi corazón anhelaba: los dos somos hombres de cultura. Tú, graduado en la universidad; yo, en la academia de Kiev. Hemos seguido la misma senda, como suele decirse. Nos comprendemos mutuamente. Lo que no sé es cómo se estudia ahora en la academia. En mis tiempos apretaban mucho en el clasicismo, y se enseñaba, incluso, el hebreo antiguo. ¿Y ahora?

—No sé. Este pescado es la locura, padre. Ya no me entra más y, a pesar de todo, sigo comiendo...

—Come, come. Necesitas nutrirte bien porque tu trabajo no es manual, sino intelectual... ¡Jm...! Intelectual... Eres un universitario, trabajas con el cerebro... ¿Piensas ser mi huésped mucho tiempo?

—No he venido en plan de huésped, padre. He llegado aquí por pura casualidad, como *deus ex machina*. Me trae una obligación: la de defender al antiguo alcalde de este pueblo... Seguramente sabrás que mañana se celebra el juicio...

—Vaya, vaya... ¿De modo que te dedicas a tribunales? ¿Eres jurisconsulto?

—Sí, abogado defensor.

—Bien, bien... Que Dios te ayude... ¿Qué rango tienes?

—De veras que ni lo sé, padre.

«Yo le preguntaría cuánto gana —pensó el pope—, pero ellos lo consideran una

pregunta indiscreta... A juzgar por la ropa y por el reloj de oro que lleva, debe de ganar más de mil rublos».

El anciano y el abogado callaron.

—No sabía que se pescasen aquí tan magníficos esterletes —continuó, por último, el hijo—. De haberlo sabido hubiera pasado por aquí hace un año. Estuve muy cerca, en la capital de la provincia. ¡Qué ciudades más ridículas las de estos parajes!

—Tienes razón, son muy ridículas —asintió el padre—. ¡Qué se le va a hacer! Están apartadas de los centros culturales; hay muchos prejuicios; aún no ha penetrado la civilización...

—No me refiero a eso... Escucha lo que me ha sucedido en vuestra capital: fui al teatro, quise comprar entradas en taquilla y me anunciaron que el espectáculo estaba suspendido porque no había ni una localidad vendida; pregunté a cuánto ascendía la recaudación en los días de lleno; me dijeron que a trescientos rublos. «Pues que se celebre la función, y yo los pago», dije. Pagué los trescientos rublos para no aburrirme, pero el horrible dramón que representaron me aburrió más todavía. ¡Ja, ja, ja!

El padre Savva miró incrédulo a su hijo; tornó luego los ojos hacia la cocinera y reprimió la risa llevándose el puño a la boca.

«¡Qué embustero!», pensó, y preguntó tímidamente:

—¿De dónde sacaste los trescientos rublos, Shura?

—¿Cómo que de dónde? Pues de mi bolsillo...

—¡Ejem...! Permíteme una pregunta indiscreta: ¿cuánto vienes a ganar?

—Según. Hay años que saco treinta mil rublos, y en otros no llego ni a veinte mil... Los años son distintos...

«¡Cómo miente y qué arte se da! —comentó para sí el anciano pope, riendo a carcajadas y contemplando el rostro soñoliento de su hijo—. ¡Qué de mentiras se le ocurren a la gente joven! ¡Ja, ja, ja! ¡Mira que decir que gana treinta mil rublos!».

—Eso no es creíble, Sasha^[67] —replicó—. Dispénsame, pero... ¡Ja, ja, ja! ¡Treinta mil rublos! Con eso pueden construirse dos casas...

—¿No me crees?

—No es que no te crea, sino que... no sé cómo decírtelo... Me parece que te has ido demasiado alto... ¡Ja, ja, ja! Vamos a ver: si ganas tanto, ¿qué haces con el dinero?

—Gastarlo, padre. En la capital cuesta dinero hasta respirar. Aquí se arregla uno con mil rublos, mientras que allí se necesitan cinco mil. Tengo un coche, juego a las cartas, me corro alguna juerga que otra.

—¡Ah, ya! Pues más te valiera ahorrar...

—No, imposible. Mis nervios me lo impiden —suspiró el abogado—. No tengo remedio. El año pasado compré en la Polianka una casa por sesenta mil rublos. Quería ir guardando para la vejez. ¿Y qué crees? Antes de dos meses tuve que hipotecarla. Y el dinero de la hipoteca, ¡adiós! Lo perdí a las cartas o me lo bebí.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué mentiras más divertidas!

—No miento, padre.

—Pero ¿es que se puede perder una casa o bebérsela?

—No sólo una casa, sino todo el globo terráqueo. Mañana le saco a vuestro alcalde cinco mil rublos, pero presiento que no llegarán a Moscú. Así me van las cosas en este *planida*.

—No *planida*, sino planeta —le corrigió el padre; tosió y miró con solemnidad a la anciana cocinera—. Perdona, Shura, pero tus palabras me hacen dudar. ¿Cómo ganas semejantes cantidades?

—Con mi cabeza...

—¡Jem...! Acaso llegues a los tres mil rublos, pero que ganes treinta mil o que compres casas... Perdóname, lo dudo. Sin embargo, vamos a dejarnos de discusiones. Cuéntame qué tal lo pasas en Moscú. ¿Es alegre la vida allí? ¿Tienes muchos conocidos?

—Muchísimos. Todo Moscú me conoce.

—¡Ja, ja, ja! ¡Otra mentira! ¡Ja, ja, ja! Cuentas cada milagro, hijo...

Así estuvieron platicando largo rato. El hijo refirió su boda con una que tenía una dote de cuarenta mil rublos: describió sus viajes a Nizhni-Nóvgorod y habló de su divorcio, que le había costado diez mil rublos. El viejo pope le escuchaba, abría los brazos sorprendido y reía a mandíbula batiente.

—¡Dios mío, qué bolas! No sabía que tuvieses tanta gracia para mentir, Sasha. ¡Ja, ja, ja! No te lo afeo, no; me entretengo una barbaridad oyéndote. Habla, habla...

—Ya he hablado más de la cuenta —terminó el hijo, levantándose de la mesa—. Mañana es el juicio, y todavía no he leído la documentación. Adiós.

Después de conducirlo al dormitorio, el padre Savva dio rienda suelta a su júbilo.

—¿Te has dado cuenta? —susurró a la cocinera—. ¿Has visto cómo es? Un universitario, licenciado en Humanidades, un *emancipé*, y no ha tenido reparo en visitar a su padre. Se había olvidado de él, pero de pronto se ha acordado. Se ha acordado: «Voy a visitar a ese viejo cardo». ¡Ja, ja, ja! Es un buen hijo. Un hijo de lo mejor. ¿Y has observado? Me trata como a un igual. Ve en mí a un colega, a un hermano en la ciencia. Quiere decirse que tiene entendedoras. Lástima que no hayamos llamado al diácono para que le viese.

Tras hacer estos comentarios con la vieja, el padre Savva se llegó de puntillas al dormitorio y miró por el ojo de la cerradura. El hijo, tendido en la cama, con un puro encendido, leía un voluminoso legajo. Junto a él, sobre la mesita de noche, había una botella de vodka que el pope no había visto antes.

—Permíteme un instante —murmuró, entrando—. Quería ver si estás a gusto. ¿Te sientes bien? ¿Es blanda la cama? Podías desnudarte...

El abogado exhaló una especie de mugido y frunció el ceño. El padre se sentó a los pies de la cama y quedó como en actitud pensativa.

—Pues verás —comenzó al cabo de un rato—. Sigo pensando en lo que hablamos

antes. De una parte te agradezco el buen rato que has hecho pasar a este viejo; de otra, ni como padre ni como..., ni como persona instruida puedo callar y abstenerme de hacer una reconvención... Ya sé que todo lo decías de broma, pero sabes muy bien que tanto la religión como la ciencia condenan la mentira, aunque sea dicha en broma. ¡Ajá, ajá! Maldita tos... ¡Ajá, ajá! Dispensa, pero te hablo como padre. ¿De dónde ha salido ese vodka?

—Lo he traído yo. ¿Quieres un poco? Es muy bueno. Ocho rublos la botella.

—¡Ocho rublos! ¡Un embuste más! —abrió los brazos asombrado el padre Savva—. ¡Ja, ja, ja! ¡Ocho rublos por una botella! ¡Ja, ja, ja! Te puedo traer el mejor de los vodkas por un rublo. ¡Ja, ja, ja!

—Bueno, viejo, márchate, que me molestas. ¡Andando!

El viejo, riendo y abriendo los brazos, salió y cerró cuidadosamente la puerta. A medianoche, después de rezar sus oraciones y de encargarse a la cocinera el almuerzo del día siguiente, asomose de nuevo a la habitación del hijo.

Éste seguía leyendo, bebiendo y fumando.

—Es hora de dormir... Desnúdate y apaga la vela —dijo el anciano, introduciendo consigo en el dormitorio un olor a incienso y a cera quemada—. Son las doce... ¿Es la segunda botella? ¡Vaya!

—Sin vodka no se va a ninguna parte, padre. El que no se anima un poco es incapaz de hacer nada.

El pope se sentó en la cama, esperó un instante y habló:

—Oye lo que quiero decirte, hijo. No sé si viviré mucho ni si volveré a verte. Por eso será mejor que te exprese mi última voluntad. Verás: en cuarenta años de servicio a la Iglesia he ahorrado para ti mil quinientos rublos. Cuando me muera, tuyos son...

Dicho esto, sonose con solemnidad y continuó:

—Pero no los despilfarres, cuida de ellos. Y te ruego que después de mi muerte envíes cien rublos a tu prima Várenka. También, si no te parece mal, mándale otros veinte a Zinaida. Las dos son huérfanas y desvalidas.

—Si quieres, envíales los mil quinientos. Yo no los necesito, padre.

—¿No mientes?

—Lo digo en serio. Además, yo los dilapidaría...

—¡Ejem...! Pero es que yo los he ido ahorrando... —ofendióse el padre—. He ido juntando kopek tras kopek, todo para ti...

—Bueno, como quieras. Meteré tu dinero en una urna como recuerdo del amor paterno, pero te aseguro que no los necesito... Mil quinientos rublos... ¡Fu!

—Está bien, allá tú... De haberlo sabido no hubiera ahorrado... Duerme.

Bendijo al abogado y salió. Estaba un poco ofendido. Le había desconcertado la indiferencia del hijo hacia su economía de cuarenta años. Pero su enojo y su confusión no tardaron en disiparse. El viejo sintió el deseo de regresar junto a su hijo para hablar «científicamente», para recordar tiempos pasados; pero ya no se atrevió a molestarle robándole su precioso tiempo. Después de dar muchas vueltas por las

habitaciones, cavila que te cavila, se dirigió al recibidor para ver el abrigo de Sasha. En un arrebató de júbilo paterno, abrazó la prenda y se puso a besarla y a bendecirla como si fuese el propio hijo, el «universitario»...

No pudo dormir.

LA LEZNA EN EL SACO

(ШИЛО В МЕШКЕ)

En una *troika*, por caminos vecinales y guardando un riguroso incógnito, dirigíase apresurado Piotr Pávlovich Posudin a la pequeña ciudad de N..., a la que había sido llamado por una carta anónima.

«¡Atraparles...! ¡Caerles encima como el granizo...! —soñaba Posudin escondiendo su rostro en el cuello del abrigo—. ¡Después de hacer todo género de asquerosidades, ahora se frotan las manos imaginándose seguramente que tienen atados todos los cabos...! ¡Ja, ja...! Me figuro su espanto y su asombro cuando en el momento culminante de su triunfo se oigan decir: ¡Que traigan aquí a Triapkin Liapkin...! ¡Menudo barullo se armará...!».

Después de soñar a su satisfacción, Posudin entabló conversación con el cochero, como hombre anhelante de popularidad preguntó en primer lugar sobre sí mismo:

—¿Y a Posudin...? ¿Le conoces?

—¡Cómo no le voy a conocer! —sonrió el cochero—. ¡Claro que le conocemos todos!

—¿Y por qué te ríes?

—¡Es que tiene gracia...! ¡Conoce uno hasta el último escribiente y no va a conocer a Posudin...! ¡Para eso está aquí...! Para que todo el mundo le conozca.

—Desde luego... ¿Y qué? Según tú, ¿qué tal es...? ¿Bueno?

—¡Ni fu, ni fa! —bostezó el cochero— ¡Un buen señor, que cumple con su obligación...! Todavía no hace dos años que le mandaron aquí y ya ha hecho muchas cosas...

—¿Y qué es lo que ha hecho de especial?

—¡Mucho...!; y que Dios le dé salud... Por lo pronto, se le debe el ferrocarril... Luego, quitó de en medio a ese Jójriukov^[68]. ¡No se veía el fin de ese Jójriukov...! ¡Era un bribón y un canalla! ¡Todos le apoyaban, pero Posudin llegó... y Jójriukov se fue al diablo, como si no hubiera existido nunca! ¡Eso es, hermano! ¡A Posudin, hermano, no es posible sobornarle! ¡No! ¡Tanto si le das cien como si le das mil..., no cargará su alma con ese pecado! ¡No! ¡Gracias a Dios!

«Por lo menos, en ese aspecto he sido comprendido —pensó regocijado Posudin—. ¡Eso está bien!».

—¡Un señor instruido...! —prosigue el cochero—. ¡Nada orgulloso...! Los nuestros fueron a verle para presentarle quejas, y a todos dio la mano y dijo: «¡Siéntense...!».

¡Es tan vivo, tan rápido...! ¡Ni una palabra te dice con calma, sino todo hala, hala...! ¡Ni te anda tampoco a paso normal! ¡Dios mío...! ¡Siempre corre que te corre! Los nuestros apenas habían tenido tiempo de hablarle una palabra y ya

estaba él diciendo: «¡Caballos!», y echando derecho para aquí... Llegó y lo arregló todo... ¡Y sin llevar ni un kopek...! ¡Es mucho mejor que el anterior! ¡Claro que el anterior era bueno también...! ¡Tan apuesto! ¡Tan importante...! ¡Con una voz más fuerte que la suya no ha gritado nadie en toda la región...! ¡Cuando llegaba, se le oía a diez verstas de distancia...! Pero ¡si vamos a ver..., para lo de fuera y para los asuntos interiores, el actual tiene mucha más maña...! ¡El actual lleva en la cabeza cien veces más cantidad de sesos...! ¡Tan sólo una cosa es una pena...! ¡Muy bueno en todos conceptos; pero, eso sí..., la pena es que es borracho!

«¡Vaya invenciones! —pensó Posudin—. ¿De dónde sacas que yo..., que él... es borracho?».

—¡Claro, señoría, que yo no le he visto borracho..., pero la gente lo dice! ¡Tampoco la gente le ha visto borracho, pero así hablan de él...! En público, o si va de visita a un baile..., vamos, en la sociedad..., no bebe nunca. ¡Es en su casa donde se empapa...! Se levanta por la mañana, se restriega los ojos y lo primero que pide es vodka... El ayuda de cámara no ha hecho más que llevarle un vaso y ya está él pidiendo otro. Y así se pasa el día entero, empinando el codo, y... lo curioso es que, fíjate..., ¡bebe y como si tal cosa! ¡Eso quiere decir que sabe guardarse! En cambio, cuando a nuestro Jójriukov se le ocurría beber..., no diré ya la gente, sino hasta los perros se enteraban..., mientras que a Posudin ni siquiera se le pone colorada la nariz. Se encierra en su despacho y se empapa... Para que nadie reparara, en su mesa se mandó hacer un cajón con un tubito... En ese cajón había siempre vodka... Se inclina uno sobre el tubito, se chupa y ya está uno borracho... También en la berlina..., en la cartera...

—¿Cómo se han enterado? —se espanta Posudin—. ¡Dios mío...! ¡Hasta eso se sabe! ¡Qué asco!

—Pues, ¡si vamos al género femenino...! ¡Bribón...! —el cochero se echó a reír, sacudiendo la cabeza—. ¡Una vergüenza y nada más...! ¡Lo menos tiene unas diez de esas *alegritas*...! Dos viven en su casa... Una es Nastasia Ivánovna, que está allí como encargada...; la otra, Ludmila Semiónovna, de escribiente... La principal es Nastasia. Lo que esta quiere, eso hace él. Le maneja como le da la gana. ¡Mucho poder es el suyo! ¡A él no se le teme tanto como a ella! La tercera *alegrita* vive en la calle Kachalnaia... ¡Una vergüenza...!

«¡Hasta los nombres saben! —pensó Posudin enrojeciendo—. ¿Y quién lo sabe...? ¡Un *muzhik*, un cochero que ni siquiera va nunca a la ciudad...! ¡Qué asco! ¡Qué vulgaridad...!».

—¿De dónde sacas todo eso? —preguntó con voz irritada.

—¡La gente habla...! ¡Yo mismo no lo he visto, pero lo he oído decir...! ¿Acaso es difícil enterarse? ¿Va uno a cortar la lengua al cochero o al ayuda de cámara...? ¡También la misma Nastasia va de callejón en callejón vanagloriándose de su suerte mujeril! ¡Uno no puede escapar a la vista de la gente...! Otra costumbre que ha tomado Posudin es la de ir a escondidas a las inspecciones... El anterior, cuando

quería ir a algún sitio, lo anunciaba con un mes de anticipación, y si llegaba a ir, era con tanto ruido, trueno y sonido que ¡Dios nos libre...! Por delante, por detrás, por los lados, todo se volvía hombres galopando. Cuando llegaba al sitio que fuera, lo primero que hacía era dormir, comer, beber..., luego venía el ponerse a gritar. Gritaba un rato, pataleaba, se echaba otra vez a dormir, y como había venido se volvía a su casa... El de ahora, en cambio, si oye alguna cosa, procura venir a escondidas... de repente, para que nadie le vea ni lo sepa... ¡Una risa! Por ejemplo..., sale de casa de tapadillo para que no se enteren los funcionarios, y... al tren. Llega hasta la estación a que necesita llegar y no coge los caballos de posta u otros mejores sino que procura tener apalabrado a un *muzhik*... Se arroja como una *baba* y durante todo el camino va hablando con una voz ronca, de perro viejo, para que la gente no reconozca la suya... ¡Se pone uno hasta malo de risa cuando empieza a contar cosas...! El muy tonto piensa que cuando viaja no es posible reconocerle. Pero ¡a nadie que entienda un poco le cuesta trabajo reconocerle...!

—¿Y cómo le reconocen?

—Muy sencillo... Antes, cuando nuestro Jojriukov viajaba a escondidas, le reconocíamos por lo pesada que tenía la mano... Si el viajero te daba en la cara, ya se sabía que era Jojriukov... ¡A Posudin también es posible reconocerle en seguida...! Un viajero cualquiera se porta sencillamente, mientras que Posudin no es hombre que sepa portarse sencillamente... Llega, digamos, a una estación, y empieza con... «¡Que si apesta!»... «¡Que si hay poco aire!»... «¡Que si hace frío!»... Hay que servirle pollo, fruta, mermelada de todas clases... Por eso en las estaciones ya se sabe que si alguien pide pollo y frutas, es Posudin... Si alguno le dice al jefe de estación: «Oiga, amigo»..., y manda que la gente vaya a buscarle tonterías..., puedes estar seguro de que es Posudin. Tampoco huele como todo el mundo, y tiene una manera muy particular de acostarse... Se tumba en un diván de la estación, lo rocía todo de perfume a su alrededor y manda que le pongan tres velas. Luego, echado, lee sus papeles. ¡Aquí ya... no diré yo sólo el jefe de estación..., sino un gato, podría distinguir de qué persona se trata...!

«¡Es verdad, es verdad —pensó Posudin—! ¿Cómo no habré caído antes en ello?».

—El que lo necesite puede reconocerle, aun sin pollos y fruta. ¡Por el telégrafo todo se sabe...! ¡Por mucho que se arrope la jeta y que se esconda..., ya se sabe que viene...! ¡Le esperan...! Fíjate... A lo mejor, Posudin no ha salido todavía de su casa, y aquí, en cambio, está ya todo preparado... Él viene aquí para atrapar, para juzgar, para desplazar a quien se le antoje, y resulta que son ellos los que se ríen de él... «Aunque tú —le dirán—, excelencia, viniste a escondidas, mira..., todo está en regla...». Él da vueltas por aquí y por allá, y se marcha como ha venido... Y encima alaba, estrecha las manos, se disculpa por las molestias... ¡Así es...! Pues tú, ¿qué te has figurado...? ¡Ojojó...! ¡Ilustrísima...! ¡La gente aquí es muy cuca...! ¡El uno más que el otro...! ¡Da gusto ver lo diablos que son...! ¡Tomemos, por ejemplo, lo

que ha ocurrido hoy...! Voy esta mañana de vacío y me encuentro con que de la estación sale muy de prisa el camarero judío. «¿Adónde —le pregunto— se dirige su señoría judía...?». Y él me contesta: «A la ciudad de N***. Llevo vino y entremeses. Se espera allí hoy a Posudin...». ¡Qué habilidad...! ¡Posudin, mientras tanto, a lo mejor está todavía disponiendo el viaje o arropándose la jeta para que no le reconozcan...! ¡Quién sabe si no está ya en camino, imaginándose que nadie puede saber que llega! Pero, sí... sí... ¡Ya está todo preparado para él...! El vino, el salmón, el queso y toda clase de entremeses... Por el camino va pensando: «¡Ya os ha llegado el fin, muchachos!». ¡Y para los muchachos no hay tal daño...! ¡Que venga...! ¡Ya hace tiempo que lo escondieron todo...!

—¡Atrás! —grita con voz ronca Posudin—. ¡Vuelve, animal...!

Y el asombrado cochero da la vuelta.

MARI D'ELLE

(Mari d'elle)

Vísperas de fiesta. La cantante de opereta Natalia Andréievna Brónina, Nikítkina por su marido, está tendida en su dormitorio y entregada al reposo. Dormita dulcemente y piensa en su hijita pequeña, que vive lejos, en casa de la abuela o de una tía... Esta niña encierra para ella más valor que el público, que los ramos de flores, que las críticas y que los admiradores. De buena gana se pasaría pensando en ella hasta el amanecer. Se siente dichosa y tranquila, y su mayor ilusión sería que nadie le molestase, para seguir tumbada sin preocupaciones, dormitando y soñando con su hija.

De pronto se estremece y abre los ojos; suena en el recibidor un campanillazo brusco. Antes de diez segundos se oye otro y, luego, un tercero. La puerta se abre ruidosamente y alguien penetra en el recibidor pateando el suelo como un caballo y bufando de frío.

—¡Maldito diablo, no hay dónde colgar el abrigo! —oye la cantante una voz ronca—. ¡Quién diría que se trata de una artista conocida! Ganando cinco mil rublos al año, no puede comprar ni siquiera una percha decente.

«Mi marido —frunce Brónina el ceño—. Y parece que ha traído a pasar la noche a alguno de sus amigotes. ¡Qué fastidio!».

Se acabó la calma. Cuando en el recibidor se apaga el ruido que producen los recién llegados sonándose las narices y quitándose los chanclos, la cantante oye en su dormitorio pasos cautelosos. Acaba de entrar el marido. Denis Petrovich Nikitkin. Trae un hálito del frío de la calle y un fuerte olor a coñac. Pasea largamente por el dormitorio, respira con dificultad y busca algo, tropezando con las sillas a causa de la oscuridad.

—¿Qué quieres? —gime Brónina molesta por aquel trajín—. Me has despertado.

—Busco cerillas, amor mío. ¿De modo que... no estás durmiendo? Te traigo un saludo. Te lo envía ese..., ¿cómo se llama el pelirrojo que siempre está regalándote ramos de flores? ¡Ah, sí, Zagvozdskín! Acabo de estar en su casa.

—¿Para qué has ido?

—Se terció, y fui. Charlamos un rato..., nos tomamos unas copas... Digas lo que digas, Natalia, ese sujeto no me gusta ni chispa. Un imbécil como hay pocos. Es un ricachón, un capitalista; se le calculan alrededor de seiscientos mil rublos, pero no se le notan lo más mínimo. Hace con el dinero lo que el perro del hortelano: ni come ni deja que coman los demás. El capital debe ser puesto en circulación, pero él lo guarda bajo siete llaves, no sea que se le escape. ¿Y qué utilidad reporta un capital encerrado? Un capital encerrado es igual que nada.

El marido palpa el borde de la cama y, resoplando, se sienta a los pies de su

mujer.

—El capital inactivo es dañino —prosigue—. ¿Por qué marchan tan mal las cosas en Rusia? Porque hay demasiados capitales inactivos, porque se tiene miedo a moverlos. No sucede lo que en Inglaterra. En Inglaterra no hay gansos como Zagvozdkin. Allí cada céntimo está en circulación. Sí, señora. No guardan el dinero en baúles...

—Muy bien, pero yo quiero dormir.

—Ahora mismo termino... ¿De qué iba hablando? Ah, ya recuerdo. Con arreglo al espíritu de nuestra época, habría que ahorcar a ese Zagvozdkin, y sería poco. Es un canalla y un idiota. Un idiota y nada más. Si yo le hubiera pedido el préstamo sin garantías... Pero hasta un chiquillo hubiera visto que no corría ningún riesgo. ¡Sin embargo, el muy animal no lo comprende! Por diez mil rublos hubiera recibido cien mil. Y un año más tarde se hubiera embolsado otros cien mil. Por más que le pedí y le rogué, no me hizo el préstamo el muy estúpido.

—Espero que no se lo pedirías en mi nombre.

—Extraña pregunta —se enfada el marido—. En cualquier caso, siempre me prestará los diez mil rublos a mí antes que a ti. Tú eres una mujer, mientras que yo soy un hombre de negocios. ¡Qué proyecto le he expuesto! Nada de castillos en el aire ni de quimeras irrealizables, sino negocios, cosas palpables. De tropezar con una persona de talento, me ofrecería hasta veinte mil rublos por la idea. Hasta tú te darás cuenta del asunto si te lo explico. Pero, eso sí..., no lo divulgues por ahí..., no se te ocurra... Me parece que ya te he dicho algo. ¿Te he hablado alguna vez de las tripas?

—¡Mmm...! Ya me lo dirás en otra ocasión...

—Creo que te he apuntado algo... ¿Te haces cargo de lo que se trata? Los salchicheros compran ahora las tripas para los embutidos en el mercado local, a un precio muy alto. Si las importamos del Cáucaso, donde están tiradas, pues ni siquiera las aprovechan..., ¿qué te parece? ¿A quién se las van a comprar: a los mataderos de aquí, o a mí? No cabe duda que a mí, pues las voy a vender diez veces más baratas. Ahora hagamos cuentas: todos los años se venden en la capital y en las capitales de provincias tripas por valor de unos..., de unos quinientos mil rublos. Eso tirando muy por lo bajo... Bueno, pues si...

—Mañana me lo cuentas. Ya tendrás ocasión...

—Cierto, cierto... Tienes sueño. *Pardón...* Me marchó ahora mismo. Dígame lo que se diga, habiendo capital salen bien todos los negocios en que te metas... Con buenos recursos puede ganarse un millón hasta vendiendo colillas. Si no, ahí tienes el ejemplo del teatro, de tu profesión. ¿Por qué se ha arruinado Lentovski? Pues muy sencillo: desde el primer momento orientó mal el asunto. Sin disponer de capital, tiró por todo lo alto. Lo primero que conviene es hacerse de capital, y luego ponerse en marcha poquito a poco. Hoy se puede hacer dinero con el teatro privado o popular. Si se ponen en escena buenas obras, a precio módico, acertando con el gusto del público, el primer año se mete uno cien mil rublos en el bolsillo. Tú no lo entiendes,

pero es la pura verdad. Ya sé que te gustan también los capitales inactivos y que no eres mejor que ese payaso de Zagvozdkin. Ahorras sin saber para qué. No me obedeces ni quieres oír hablar de ello, pero si pusieras en circulación el dinero se acabarían tus penas en este mundo. Ten en cuenta que, al principio, bastaría con cinco mil rublos para montar una compañía propia. Naturalmente, nada de comenzar como Lentovski; habría que empezar con modestia, poquito a poco. Tengo ya empresario y he visto un local... Lo único que falta es dinero. Si tú te hicieras cargo de las cosas, hace tiempo que hubieran mandado al diablo tus bonos al cinco por ciento, tus réditos y tus cédulas...

—No, *merci*... Ya me has sableado bastante para que vengas ahora con un nuevo sableo. Basta. Ya he sido bien castigada...

—Con razonamientos de mujer no se va a ninguna parte —suspira Nikitkin, levantándose.

—Ya estoy harta. Anda, márchate y déjame dormir. Me fastidia oír tus chifladuras.

—¡Ejem...! ¡Siii...! Claro... La he sableado... La he robado... Nos acordamos de lo que damos, pero no de lo que pedimos.

—Nunca te he pedido nada.

—¿De veras? ¿Quién te mantenía antes que fueses una artista conocida? Permítame que le pregunte quién la sacó a usted de la miseria y la hizo feliz. ¿No se acuerda usted de eso?

—Bueno, vete a dormir. Duerme, que te hace falta.

—Si le parece que estoy borracho..., si me cree inferior a su persona, puedo marcharme del todo.

—Márchate. Harás muy bien.

—Claro que me marchó. Basta de humillaciones. Me marchó, me marchó...

—¡Por Dios, márchate de una vez! No sabes lo que me alegraría.

—Bueno, ya veremos.

Nikitkin chapurrea algo entre dientes y, tropezando con las sillas, sale del dormitorio. Poco después se oye en el recibidor un cuchicheo seguido de un portazo. El marido, seriamente enojado, se ha ido.

«Gracias a Dios que me he librado de él —piensa la cantante—. Menos mal que ya puedo dormir».

Mientras concilia el sueño, piensa en su marido. ¿Quién es y de dónde ha salido tal sujeto? En tiempos vivía en Chernigov, donde trabajaba de tenedor de libros. Como hombre gris y ordinario, es decir, antes de ser el marido de su mujer, aún resultaba pasable: acudía a su oficina, cobraba su sueldo y todos sus proyectos se reducían a comprar una guitarra nueva, un pantalón de moda y una boquilla de ámbar. Al convertirse en «el marido de una celebridad», cambió por completo. La cantante recuerda que cuando le anunció su decisión de dedicarse al teatro, Nikitkin protestó, se irritó, quejose a los padres de ella y hasta la echó de casa. Ella tuvo que poner en

práctica su determinación en contra de la voluntad del marido. Pero éste, enterado por los periódicos y por otras referencias de que su mujer estaba ganando buenos dineros, la «perdonó», abandonó su teneduría de libros y pasó a ser un satélite de ella. La artista se hacía cruces al verle: ¿cuándo y dónde había adquirido sus nuevos gustos, su refinamiento y sus ademanes? ¿Dónde había conocido el sabor de las ostras y de los vinos de Borgoña? ¿Quién le había enseñado a vestir a la moda, a peinarse y a decir *Natalie* en lugar de *Natasha*?

«Es raro —sigue reflexionando Brónina—. Antes cobraba y escondía el dinero para no gastarlo; ahora, en cambio, no le basta con cien rublos diarios. En otros tiempos no se atrevía a hablar en presencia de un estudiante de bachillerato por miedo a que se le escapase alguna patochada, y ahora se siente a sus anchas hasta con un príncipe. ¡Qué asco de tipo!».

Pero un estremecimiento corta su meditación: acaba de sonar otro campanillazo en la puerta. La criada, refunfuñando y con un ruidoso chancleteo, va a abrir. Alguien entra de nuevo pataleando en el suelo como un caballo.

«¡Ya ha vuelto ése! —se lamenta la cantante—. ¿Me dejará tranquila alguna vez? ¡Es irritante!».

La cólera se apodera de ella.

«¡Espera un momento! —ruge para sí—. ¡Ahora te voy a enseñar a hacer teatro! ¡Tú te vas de aquí! ¡A ti te hago yo marcharte!».

Salta del lecho y corre, descalza, hasta la salita donde suele dormir el marido. Le encuentra desnudándose y colocando cuidadosamente la ropa sobre un sillón.

—¿Cómo es que no te has ido? —le recrimina, fulminándole con una mirada en la que centellea el odio—. ¿Por qué has vuelto?

Nikitkin, callado, no hace más que bufar.

—¿No te habías ido? ¡Pues haz el favor de marcharte ahora mismo! ¿Me oyes? ¡Ahora mismo!

El marido de su mujer tose y, sin mirarla, se quita los tirantes.

—¡Si no te vas tú, sinvergüenza, me voy yo! —continúa gritando la cantante, mientras golpea el suelo con los pies desnudos y echa fuego por los ojos—. ¡Seré yo la que me iré! ¿Me oyes, cínico, infame, lacayo? ¡Fuera de aquí!

—Bien podías tener un poco de reparo ante una persona extraña... —murmura el marido.

La cantante vuelve la cabeza y sólo entonces ve una cara desconocida. El visitante, que ha visto los hombros desnudos y los pies descalzos de la artista, se halla totalmente azarado.

—Te presento al empresario Bezbozhnikov —balbucea Nikitkin.

La mujer exhala un grito y huye a su dormitorio.

—Ahí tiene usted —concluye el marido, tendiéndose en el diván—. Todo marchaba como sobre ruedas: querido mío, amor de mi vida, encanto, besos y abrazos... Pero en cuanto se trató de dinero, fíjese... ¡Lo que puede el dinero...!

Buenas noches.

Un minuto más tarde se le oía roncar.

UN EMPRESARIO DEBAJO DEL DIVÁN

(HISTORIA ENTRE BASTIDORES)

(Антрепренер под диваном. Закулисная история)

El *vodevil* que estaba representándose requería varios cambios de trajes. Klavdia Matvéievna Dolskaia-Kuchukova, joven y simpática artista apasionadamente entregada al sagrado arte, entró corriendo en su camerino y empezó a despojarse de su atavío de zíngara para aparecer vestida, un momento después, de húsar. Con objeto de evitar dificultades con pliegues superfluos, y de que el traje se adaptase perfectamente, la aventajada artista resolvió quitarse de encima hasta el último hilo y colocarse el traje sobre la vestidura de Eva. He aquí que, de pronto, cuando se había desnudado y estremecida de frío empezaba a acomodarse los pantalones de húsar, un suspiro exhalado por alguna persona llegó hasta su oído. Abriendo mucho los ojos, escuchó. Por segunda vez suspiró alguien. Y hasta le pareció oír murmurar: «¡Ay de mí! ¡Oh...!».

Sorprendida la artista, miró a su alrededor, y no encontrando nada raro en su camerín, decidió, por si acaso, mirar debajo del diván, su único mueble. ¿Y quién dirán ustedes que vio...? Debajo del diván vio una larga figura humana.

—¿Quién está ahí...? —exclamó espantada, apartándose de un salto del diván y cubriéndose con la chaqueta de húsar.

—Soy yo..., yo...; no se asuste —respondió debajo del diván un murmullo tembloroso—. ¡Tsss!

En aquel murmullo, semejante al burbujeo de una sartén, reconoció la artista, sin dificultad, la voz del empresario Indiukov.

—¡Usted! —se indignó, poniéndose encarnada como una peonía—. ¿Cómo...? ¿Cómo ha podido usted atreverse...? ¿De manera, viejo canalla, que lleva usted ahí metido todo este tiempo...? ¡Esto es lo que faltaba!

—¡Madrecita...! ¡Palomita mía...! —burbujeo Indiukov asomando su cabeza calva por debajo del diván—. ¡No se enfade, preciosa! ¡Máteme...! ¡Pisotéeme como a una serpiente..., pero no haga ruido! ¡Yo no he visto nada! ¡Ni veo... ni deseo ver! ¡No necesita usted cubrirse, palomita mía...! ¡Escuche solamente al viejo que ya tiene un pío en la sepultura...! ¡Si me he metido aquí ha sido únicamente para salvarme...! ¡Estoy perdido...! ¡Míreme...! ¡Todos mis cabellos se han puesto de punta...! ¡Figúrese lo que me sucede...! ¡Prindin, el marido de mi Gláshenka, ha llegado de Moscú, y en este momento anda por el teatro buscando mi perdición...! ¡Yo, además de que se llevara a Gláshenka, le debo cinco mil rublos!

—¿Y a mí qué me importa eso...? ¡Lárguese de aquí ahora mismo! ¡Si no lo hace

no sé de qué seré capaz..., canalla!

—¡Tsss...! ¡Almita mía...! ¡De rodillas se lo pido...! ¡Me arrastro a sus plantas...! ¿Dónde me voy a esconder si no es aquí..., en su cuarto? En cualquier otro sitio me encontraría, mientras que aquí no se atrevería a entrar. ¡Se lo suplico...! ¡Se lo pido...! Hará unas dos horas que le vi. Estaba yo entre bastidores, durante el primer acto, cuando le vi salir del patio de butacas y dirigirse al escenario.

—Entonces, mientras se representaba el drama, ¿ya estaba usted ahí debajo? —se espantó la artista— Y... ¿ha visto...?

El empresario se echó a llorar.

—¡Estoy temblando..., madrecita mía..., estoy temblando...! ¡Me matará el maldito! ¡Ya son varias veces las que en Nizhni me ha tenido encañonado con su revólver! ¡Hasta lo trajeron los periódicos...!

—¡Aj...! ¡Esto es ya insoportable! ¡Márchese, que ya es hora de que me vista! ¡Tengo que salir a escena! ¡Lárguese...! ¡Si no lo hace..., chillaré, lloraré a gritos...!, ¡le tiraré la lámpara a la cabeza!

—¡Tsss...! ¡Esperanza mía!, ¡mi ancla de salvación...! ¡Le daré un suplemento de cincuenta rublos..., pidiéndole únicamente que no me eche de aquí! ¡Cincuenta rublos!

La artista, echándose por encima un montón de ropa, corrió hacia la puerta para llamar a gritos. Indiukov, arrastrándose de rodillas tras ella, le cogió una pierna.

—¡Setenta y cinco rublos con tal que no me eche! —burbujeó perdiendo el aliento—, ¡Añado también medio beneficio!

—¡Miente usted!

¡Que Dios me castigue si lo hago...! ¡Se lo juro...! ¡Que pierda para siempre la tranquilidad si...! ¡Medio beneficio y un suplemento de setenta y cinco rublos...!

Dolskaia-Kuchukova vaciló un instante y se apartó de la puerta.

—¡Pero si todo eso que está usted diciendo es mentira...! —dijo con voz llorosa.

—¡Que me trague la tierra si miento...! ¡Que me vea privado del reino celestial...! ¿Soy, acaso, un infame?

—Bueno... —accedió la artista—. Métase, entonces, debajo del diván, ¡pero acuérdeselo...!

Indiukov suspiró pesadamente y, a rastras y entre resoplidos, se introdujo debajo del diván mientras Dolskaia-Kuchukova empezaba a vestirse a toda prisa. La idea de que en su camarín, debajo del diván, estuviera oculta una persona extraña, la causaba vergüenza y hasta miedo: pero el convencimiento de que obraba en interés del sagrado arte le infundía tanto valor, que cuando un rato después se despojaba de su vestido de húsar, no sólo se le había pasado el enfado, sino que hasta se sentía compadecida.

—¡Tenga cuidado de no mancharse, Kuzmá Alekseich...! ¡Qué no echaré yo debajo de ese diván...!

El *vodevil* terminó. La artista hubo de salir a escena once veces, siéndole

ofrendado un ramo atado con una cinta, en la que estaba escrito: «¡Quédese entre nosotros!». Saliendo de aquellas ovaciones tropezó entre bastidores con Indiukov. Sucio, arrugado, desgredado..., el empresario estaba, sin embargo, resplandeciente y frotándose las manos de satisfacción.

—¡Ja, ja...! —exclamó acercándosele— ¡Imagínese, palomita...! ¡Ríase del viejo chocho...! ¡Figúrese que el hombre que vi no era Prindin...! ¡Ja, ja, ja, ja...! ¡Al diablo con él...! ¡Me confundió su larga barba roja! ¡Prindin lleva también una barba larga y roja! ¡Me equivoqué..., viejo chocho de mí...! ¡La molesté sin necesidad, preciosa...!

—Pero..., ¡acuérdesse que me ha prometido usted...! —dijo Dolskaia-Kuchukova.

—¡Me acuerdo..., claro que me acuerdo, querida mía...! Sólo que..., palomita mía, aquel hombre no era Prindin... Nuestro compromiso estaba basado en que se tratara de Prindin... ¿Cómo voy a cumplir la promesa si aquel hombre no era Prindin...? ¡Si hubiera sido Prindin..., sería otra cosa, naturalmente!; pero usted misma ve que me equivoqué... Tomé por Prindin a otro cualquiera...

—¡Oh, qué ruindad..., qué vileza! —se indignó la artista—. ¡Qué asquerosa ruindad...!

—Es que si aquél hubiera sido Prindin, tendría usted derecho a exigirme que cumpliera la promesa...; pero ¡sabe el diablo quién sería aquel hombre...! Puede que fuera algún zapatero... o (con perdón) algún sastre..., y en ese caso, ¿por qué voy a tener que pagar por él...? Yo soy un hombre honrado, madrecita, y comprendo... —y apartándose de ella se alejó gesticulando y repitiendo—: ¡Si aquel hombre hubiera sido Prindin...! ¡Claro que estaría obligado...!, pero ¡era un desconocido...! ¡Un vaya usted a saber quién...! ¡Era un hombre de pelo rojo..., pero no Prindin...!

EL SIGNO DE ADMIRACIÓN

(CUENTO DE NAVIDAD)

(Восклицательный знак. Святочный рассказ)

La noche víspera de Navidad, el secretario colegiado Efim Fómich Perekladin se echó a dormir apenado y hasta ofendido.

—¡Déjame en paz, fuerza maligna! —gritó con encono a su mujer cuando ésta le preguntó por qué tenía aquel aire tan taciturno.

Era el caso que acababa de regresar de una visita, en la que muchas cosas desagradables y dolorosas para él habían sido dichas. Habíase hablado primeramente de la instrucción en general; después, insensiblemente, de ella se había pasado a las nóminas de los empleados, dando lugar a que se expresaran muchas quejas, lamentaciones y hasta mofas sobre el bajo nivel intelectual de éstos. Aquí, como suele ocurrir en todas las reuniones rusas, del tema general se había pasado al personal.

—¡Usted, por ejemplo, Efim Fómich...! —exclamó un joven abogado dirigiéndose a Perekladin—, Ocupa usted un puesto de alguna consideración y, sin embargo, ¿qué instrucción es la suya?

—Ninguna. A nosotros no se nos exige instrucción... —contestó afable Perekladin—. Con escribir correctamente basta.

—¿Y dónde ha aprendido usted a escribir correctamente?

—Me he ido educando la mano... ¡En cuarenta años de servicio ya puede uno educársela...! ¡Claro que, al principio, me costaba trabajo...! ¡Ponía muchas faltas...; pero luego me acostumbré, y ya está!

—¿Y la puntuación?

—La puntuación también... La empleo ya correctamente.

—¡Hum! —se azaró el joven—, ¡Sin embargo, la costumbre es una cosa completamente distinta a la instrucción...! ¡Es poco para que la puntuación sea correcta...! ¡Es poco...! ¡Hay que emplearla conscientemente...! ¡Si! ¡Esa ortografía suya, inconsciente y refleja, no vale ni un g *rosch*! ¡Es una industria maquinal y nada más!

Perekladin no contestó nada y hasta sonrió afablemente (el joven era el hijo del consejero civil y estaba ya en posesión del grado de décima clase). Pero ahora, mientras se acostaba, se sentía lleno de indignación y de cólera.

«¡Cuarenta años prestando servicio sin que nadie me llamara tonto, y hay que ver los críticos que me han salido ahora...! ¡Reflexiva...! ¡Industria maquinal...! ¡Que te lleve el diablo...! ¡Quién sabe si no entiendo yo más que tú, a pesar de no haber

estudiado en tus Universidades!».

Una vez después de haber dedicado mentalmente al crítico todos los insultos conocidos y entrando en calor bajo la manta, Perekladin empezó a tranquilizarse.

«¡Yo sé muy bien...! ¡Comprendo muy bien...! —pensaba adormeciéndose—. ¡No pongo dos puntos cuando hay que poner una coma...! ¡Lo cual quiere decir que lo comprendo *conscientemente*...! Sí... Eso es, joven... ¡Lo primero que hay que hacer es vivir y trabajar..., que luego vendrá el juzgar a los viejos!».

Ante los cerrados ojos de Perekladin, que empezaba a quedarse dormido, y a través de una masa de risueñas nubes, pasó volando una ígnea *coma*. Tras ella, otra; luego, una tercera, hasta quedar pronto todo el fondo oscuro y sin límites, extendido ante su imaginación cubierto de un espeso montón de *comas* volantes...

«¡Estas comas, por ejemplo! —pensó Perekladin sintiendo cómo el sueño que le invadía adormecía dulcemente sus miembros— ¡Las comprendo perfectamente...! ¡A cada una se la puede buscar un lugar si se quiere...! ¡Y con *consciencia*! ¡No así, porque sí...! ¡Y si no, que me examinen y verán...! ¡Las comas se ponen en los diferentes sitios en que hacen falta y en los que no hacen falta...! ¡Cuanto más embrollado es el texto más comas hacen falta...! Se ponen antes de *cual*..., de *que*... si en un papel tienes que escribir uno por uno los nombres de los funcionarios, hay que separarlos con una coma. ¡Lo sé perfectamente!».

Las doradas comas giraron raudas hacia un lado, viniendo a ocupar su lugar ígneos puntos voladores.

«El punto se pone al final de un escrito... Cuando hay que hacer una pausa y mirar al oyente, también se pone punto... Después de las frases largas, para que el secretario no gaste demasiada saliva, hay que poner punto... ¡Y el punto no se pone en ningún sitio más!».

Las comas acuden volando otra vez, se mezclan a los puntos, giran, y ante los ojos de Perekladin surge una inmensa cantidad de puntos y comas y de dos puntos.

«También los conozco —piensa—. Cuando una coma es poco y sobra un punto, hay que poner punto y coma... Y en cuanto a los dos puntos, se ponen después de esas palabras como *decidieron*...».

Los puntos, las comas y los dos puntos se apagaron, llegándoles el turno a los signos de interrogación. Éstos saltando de las nubes empezaron a bailar el cancan...

«¡Pues sí que es una cosa nunca vista...! ¡Una interrogación...! ¡Aunque fueran mil, a todas sabría colocarlas! Se ponen siempre que hay que hacer una pregunta. Por ejemplo, al informarse sobre un documento... ¿*Adónde hay que cargar el resto de la suma del año...?* o ¿*No considera posible la Comisaría...?*, etcétera».

Los signos de interrogación inclinaron sus ganchos con gesto aprobatorio, y en el acto, como obedeciendo a una consigna, estiraron su dibujo hasta convertirse en signos de admiración.

«¡Hum...! Este signo suele ponerse en las cartas: ¡*Muy señor mío!*, o ¡*Excelencia y bienhechor*...! Pero y en los papeles de negocios..., ¿dónde se pone?».

Los signos de admiración se estiraron aún más y permanecieron en actitud expectante.

«En los papeles de negocios se ponen cuando..., cuando... ¡Hum...! ¿Cuándo se ponen, en efecto...? Espera... ¡Que Dios me ilumine!».

Perekkladin abrió los ojos y se volvió hacia el otro costado; pero apenas había tenido tiempo de cerrarlos cuando ya en el fondo oscuro surgían otra vez los signos de admiración.

«¡Que los lleve el diablo! ¿Cuándo hay que ponerlos? —pensó esforzándose por arrojar de la imaginación aquellos huéspedes inoportunos—. ¿Será posible que se me haya olvidado..., o es que no los usé nunca?».

Perekkladin empezó a traer a la memoria el contenido de cuantos documentos había escrito durante los cuarenta años que durara su servicio; pero por mucho que pensaba y que fruncía la frente, en su pasado no encontraba ni un solo signo de admiración.

«¡Vaya historia...! ¡Haberme pasado escribiendo cuarenta años y no haber tenido que poner ni una sola vez un signo de admiración...! ¡Hum...! ¿Cuándo se usará, al fin y al cabo, ese diablo largo?».

Por entre la fila de ígneos signos de admiración, sonriendo pícaramente, asomó la faz del joven crítico. Todos los signos se sonrieron también fundiéndose después, en un gran signo de admiración.

Perekkladin movió la cabeza y abrió los ojos.

«¡Qué diablos! —pensó—. ¡Tengo que ir mañana al oficio matutino y ésta brujería no se me va de la cabeza...! ¡Pfü...! Pero ¿cuándo hay que ponerlos...? Conque la costumbre, ¿eh...? ¿Con que se te ha *hecho la mano*...? ¿Conque durante cuarenta años no has puesto ni un signo de admiración...?».

Perekkladin se santiguó y cerró los ojos, pero en el acto los volvió a abrir. Sobre el fondo oscuro permanecía aún un gran signo.

«¡Pfü...! ¡Así no es posible dormirse en toda la noche!».

—¡Marfuscha! —dijo, dirigiéndose a su mujer, que frecuentemente presumía de haber hecho sus estudios en un pensionado—. ¿Sabes, almita, cuándo en los papeles de negocio se pone signo de admiración?

—¿Cómo no lo voy a saber...? ¡Para algo he estudiado siete años en un pensionado...! ¡Me sé de memoria toda la gramática! Se ponen *al dirigirse, al exclamar, al expresar entusiasmo, indignación, alegría, cólera y otros sentimientos*.

«Así es... —pensó Perekkladin—. Entusiasmo, indignación, alegría, cólera y otros sentimientos».

El secretario quedó meditabundo. ¡Cuarenta años escribiendo papeles! ¡Los llevaba escritos por millares! ¡Por decenas de millares..., y no recordaba ningún renglón que expresara entusiasmo, indignación ni nada parecido!

«... *Y otros sentimientos* —pensaba—. Pero ¿es que acaso en aquellos papeles hacían falta sentimientos...? ¡Un hombre insensible podría escribirlos!».

La cara del joven, sonriendo de nuevo pícaramente, volvió a asomar tras el signo ígneo. Perekladin se incorporó y se sentó en la cama. Le dolía la cabeza y de su frente brotaba un sudor frío... En el rincón, ante la imagen, ardía mansamente la lamparita. Los muebles tenían un aspecto festivo, limpio... Todo exhalaba calor, revelando la presencia de una mano femenina; pero el pobrecito funcionario tenía frío y se sentía incómodo como si hubiera enfermado de tifus. El signo de admiración no estaba ya dentro de sus ojos cerrados, sino ante él, en la misma habitación, junto a la mesa tocador de su mujer y guiñando los ojos burlonamente...

«¡Máquina de escribir...! ¡Máquina! —murmuraba el fantasma exhalando sobre el funcionario un soplo frío y seco—. ¡Insensible pedacito de madera...!».

El funcionario se cubrió con la manta, pero a través de ésta seguía viendo al fantasma. Arrimó la cara al hombro de su mujer; pero tras él surgía la misma visión. El pobre Perekladin pasó la noche entera martirizado, y durante todo el día siguiente tampoco le abandonó el fantasma. Veíale por todas partes, al ponerse los zapatos, en el platillo de té, en la Stanislav^[69].

«... *Y otros sentimientos* —pensaba—. ¡Eso es verdad! ¿Cuándo es cuestión de sentimientos...? Ahora iré a firmar a las casas de los superiores... Pero ¿acaso se hace eso con sentimiento...? ¡Se hace porque sí! ¡Por nada...! ¡Máquina de felicitar...!».

Cuando Perekladin salió a la calle y llamó a un *isvoschik*^[70], le pareció que, en lugar de éste rodaba hacia él un signo de admiración.

Al llegar al vestíbulo de la casa del superior, en vez de portero, vio al mismo signo al tiempo que todo parecía hablar de *entusiasmo*, *indignación*, *cólera*... La pluma y la plumilla semejaban también signos de admiración. Perekladin cogió la pluma, la metió en tinta y firmó:

«¡¡Efim Perekladin, Secretario colegiado!!!».

Escribía los signos con entusiasmo, con indignación, con alegría, con cólera...

—¡Toma! ¡Toma! —balbucía, apretando la pluma.

Y el signo ígneo, sintiéndose satisfecho, desapareció.

EL ESPEJO

(Зеркало)

Es Nochevieja. Nelly, la hija de un general terrateniente, linda joven que día y noche sueña con el matrimonio, sentada en su habitación y entornando los ojos adormilados, fija éstos en el espejo.

Está pálida, tensa e inmóvil como el espejo mismo.

La perspectiva de aquél, aunque inexistente, visible, e interminable pasillo, con su hilera de innúmeras velas, el reflejo del rostro, de las manos, del marco del espejo..., ¡todo!, hace tiempo que, envuelto en bruma, se ha unido formando un mar gris y sin límites. Este mar ondula, oscila, se enciende de cuando en cuando con una llamarada... Mirando los ojos inmóviles de Nelly y su boca abierta, difícil sería decir si está o no dormida... Sin embargo, ve..., pero lo que ve, es sólo una sonrisa, la expresión dulce de unos ojos; luego, sobre el ondulante fondo gris, empiezan a dibujarse poco a poco, claramente, los contornos de una cabeza..., un rostro, unas cejas, una barba... ¡Es él...! ¡El predestinado...! ¡El objeto de sus largos ensueños y esperanzas...!

Este *predestinado* lo es todo para Nelly; significa el sentido de la vida, la felicidad personal, la carrera, el destino... Fuera de él, como en el fondo gris, sólo hay oscuridad, un vacío..., ¡la nada! ¡Natural es, pues, que al ver ante sí a la bella cabeza, sonriéndole tímidamente, experimente un deleite, una pesadilla inexplicablemente dulce, imposible de traducir en palabras, ni sobre el papel...! Luego oye su voz, se ve viviendo con él bajo un mismo techo, ve cómo su vida se funde poco a poco en la suya...

Sobre el fondo gris desfilan los meses, los años... Y Nelly, con absoluta precisión, en sus menores detalles, contempla su futuro.

Sobre el fondo gris se suceden los cuadros rápidamente... uno tras otro.

He aquí a Nelly llamando en una noche fría de invierno a la puerta de Stepán Lúkich, el médico regional. Al otro lado del portalón suena un ladrido ronco y perezoso del viejo perro; las ventanas del doctor están oscuras y reina el silencio.

—¡Por el amor de Dios...! ¡Por el amor de Dios...! —murmura Nelly. Por fin rechina la puerta de la verja y Nelly ve ante sí a la cocinera del doctor.

—¿Está en casa el doctor...?

—El señor está durmiendo —contesta en un murmullo la sirvienta cubriéndose la boca con la manga, como si temiera despertar a su amo—. Acaba de volver de visitar a los enfermos atacados por la epidemia y ha dado orden de que no se le despierte.

Pero Nelly no oye a la cocinera. Apartándola con la mano, corre como enloquecida hacia el aposento del doctor. Después de atravesar varias oscuras habitaciones en las que reina un ambiente sofocante y de derribar al pasar dos o tres

sillas alcanza por fin el dormitorio del doctor. Stepán Lúkich se ha quitado la levita y echado vestido sobre la cama, se sopla, frunciendo los labios, las palmas de las manos. A su lado arde con débil luz la lamparilla. Nelly, sin decir palabra, se deja caer en una silla y rompe a llorar. Lloro amargamente, estremeciéndose con todo el cuerpo.

—Mi ma... Mi marido está enfermo —pronuncia al fin.

Stepán Lúkich guarda silencio. Incorporándose lentamente apoya su cabeza sobre el puño cerrado y contempla a su visitante con ojos soñolientos e inmóviles.

—Mi marido está enfermo... —prosigue Nelly conteniendo los sollozos— ¡Vamos, por el amor de Dios...! ¡De prisa...! ¡Lo más rápidamente posible...!

—¿Cómo...? —muge el doctor soplándose la palma de la mano.

—¡Vamos! ¡Ahora mismo...! ¡Si no...! ¡Si no...! ¡Es terrible decirlo...! ¡Por el amor de Dios...!

Nelly, pálida, martirizada, tragándose las lágrimas y con el aliento entrecortado, empieza a describir al doctor la enfermedad repentina de su marido y su propio inexpresable miedo. Su sufrimiento sería capaz de conmover a una piedra, pero el doctor la mira, se sopla en la palma de la mano y no se mueve.

—Iré mañana... —balbucea.

—¡Imposible! —se asusta Nelly— ¡Sé que lo que tiene mi marido es el tifus...! ¡Ahora mismo...! ¡Le necesitamos en este instante mismo!

—Yo... es que... ¡Acabo de llegar...! —masculla el doctor— Llevo tres días combatiendo la epidemia... Estoy cansado y me encuentro enfermo. ¡Me es absolutamente imposible...! ¡Absolutamente...! Yo..., yo me he contagiado... ¡Mire...!

Y el doctor:

—Llevo tres días combatiendo la epidemia. La fiebre se aproxima a los cuarenta grados. ¡Me es absolutamente imposible...! No..., no tengo ni siquiera fuerzas para estar sentado... ¡Perdóneme! Tengo que echarme...

El doctor se recuesta otra vez.

—¡Yo se lo ruego, sin embargo, doctor! —gime Nelly presa de desesperación—. ¡Se lo suplico...! ¡Ayúdeme, por el amor de Dios...! ¡Haga acopio de todas sus fuerzas y vayámonos...! ¡Le pagaré bien, doctor!

—Pero ¡Dios mío...! ¡Si ya le he dicho...! ¡Ah...!

Nelly se levanta de un salto y pasea nerviosamente por el dormitorio. Quisiera poder explicar al doctor..., hacerle comprender... Piensa que si éste supiera lo querido que es para ella su marido y lo infeliz que se siente en este instante, olvidaría su cansancio y su enfermedad. Pero ¿de dónde sacar la elocuencia necesaria?

—Vaya a buscar al otro médico —oye decir a la voz de Stepán Lúkich.

—¡Imposible! ¡Vive a veinticinco verstras de distancia y el tiempo ahora es precioso! ¡Tampoco tenemos bastantes caballos! ¡Desde nuestra casa hasta aquí hay cuarenta verstras y para la del doctor falta casi otro tanto...! ¡No! ¡Es imposible...!

¡Vamos, Stepán Lúkich! ¡Le pido que haga una proeza! ¡Hágala...! ¡Tenga compasión...!

—¡Canastos...! ¡Arde uno en fiebre..., tiene uno la cabeza atontada y no lo comprende...! ¡No puedo! ¡Déjeme en paz!

—¡Sin embargo, tiene usted la obligación de ir! ¡No puede negarse a ir...! ¡Lo que le pasa es que es un egoísta...! ¡El hombre debe sacrificar su vida por el prójimo, pero usted...! ¡Le denunciaré a los tribunales...!

Nelly siente que está mintiendo, que el doctor no merece tal ofensa, pero la salud de su marido es capaz de hacerla olvidar la lógica, el tacto y la piedad humana. Por toda contestación a su amenaza, el doctor se bebe ansiosamente un vaso de agua fría... Nelly empieza de nuevo a suplicarle, tratando de excitar su compasión como la última mendiga. Por fin cede el doctor. Levantándose lentamente, busca entre resoplidos su levita.

—La levita está aquí. Yo le ayudaré a ponérsela... Permítame... ¿Así...? ¡Vámonos! ¡Le pagaré bien y le estará agradecida toda la vida...!

¡Qué martirio aquel...! El doctor, después de puesta la levita, vuelve a tumbarse otra vez; Nelly se levanta y le lleva a rastras hasta el recibimiento, en el que se entabla una larga y encarnizada lucha con los chanclos, la pelliza; luego es el gorro el que se pierde... He aquí que, por fin, Nelly se encuentra subida en el carruaje, al lado del doctor. Sólo falta ya recorrer cuarenta verstas y su marido recibirá asistencia facultativa. La oscuridad se cierne sobre la tierra; nada se distingue ya..., sopla un viento invernal y el suelo, bajo las ruedas, está helado. Deteniéndose a cada instante, el cochero medita sobre la ruta a seguir. Durante todo el trayecto, Nelly y el doctor guardan silencio; el mal estado del camino les hace experimentar violentas sacudidas, pero ellos no se dan cuenta de éstas ni del frío.

—¡De prisa! ¡De prisa! —apremia Nelly al cochero.

A eso de las cinco de la madrugada los martirizados caballos entran en el patio. Nelly reconoce el portalón, el pozo con su garrucha y la larga hilera de cuadras y cobertizos. ¡Por fin está en casa!

—¡Espere, que ahora mismo vuelvo! —dice a Stepán Lúkich, dejándole sentado en el comedor—. ¡Descanse un poco mientras voy a ver cómo sigue!

Cuando, al cabo de un minuto, Nelly vuelve del lado de su marido, encuentra al doctor echado sobre el diván y mascullando algo.

—¡Tenga la bondad, doctor...! ¡Doctor!

—¿Qué...? Pregunte a Domna... —balbucea Stepán Lúkich.

—¿Cómo?

—En la Junta se decía..., decía Vlasov ¿Quién...? ¿A quién...? ¿Qué...?

Y Nelly, con gran espanto, se da cuenta de que el doctor sufre el mismo delirio que su marido. ¿Qué hacer...?

«¡Otro médico!», decide.

De nuevo oscuridad..., un viento frío y cortante y el camino helado, de piso

desigual. Su alma padece tanto como su cuerpo; pero, para mitigar esta clase de sufrimientos la Naturaleza, embustera, no tiene remedios paliativos...

El fondo gris le muestra luego a su marido buscando en todas las primaveras el dinero necesario para pagar los intereses al Banco en el que tiene hipotecada la hacienda. Ni él ni ella duermen, y ambos, con el cerebro dolorido, buscan la manera de escapar a la vista del juez pesquisidor. Ve también a los niños... y a su eterno miedo al resfriado, a la escarlatina, a la difteria, a las malas notas, a las separaciones... De los cinco o seis pequeñuelos, alguno, seguramente, morirá... El fondo gris no está a salvo de la muerte, ¡y es natural...! ¡Marido y mujer no pueden morir al mismo tiempo...! ¡Forzosamente uno ha de ver el entierro del otro...! Y Nelly asiste a la muerte de su marido. Tan terrible desgracia se le aparece en sus menores detalles. Ve el ataúd, los cirios, el sacristán y hasta las huellas que dejaron en el suelo de la antesala los pies del empleado de pompas fúnebres.

«¿Para qué todo esto...? ¿Para qué...?», se pregunta mientras contempla con expresión embotada el rostro de su marido.

¡Toda su vida anterior, transcurrida a su lado, se le antoja ahora un necio e inútil prólogo de esta muerte!

Algo se desprende de las manos de Nelly y cae al suelo con estrépito. Estremeciéndose y abriendo mucho los ojos se levanta de un salto. Uno de los espejos yace a sus pies, el otro continúa, como antes, sobre la mesa. Al mirarse en él ve un rostro pálido, con huellas de llanto. El fondo gris ha desaparecido.

«Me parece que me he dormido», piensa. Y suspira aliviada.

DISFRAZADOS

(Ряженные)

Asómense a la calle y contemplen a todos esos que van disfrazados.

Por aquí pasa uno disfrazado de *hombre*, con su aire respetable y la cabeza alzada con dignidad. Este «uno» es gordo, grasiento y calvo. Viste elegante, según la moda, bien abrigado. Alhajas en el pecho y anillos macizos en los dedos. Dice tonterías, pero con sentido, con claridad, bien ordenado. Acaba de comer, bebió mucho y en este momento se está preguntando: ¿voy hasta casa de Adelia a acostarme y dormir, o me pongo a jugar al *whist*? Al cabo de tres horas, se irá a cenar, al cabo de cinco, a dormir. Mañana se despertará a mediodía, comerá, beberá y se hará de nuevo la misma pregunta. Así, pasado mañana... ¿de quién se trata?

Del *cerdo*.

Pasa veloz en un lujoso trineo una vieja disfrazada con el vestido de *dama benefactora*. Lo hizo con habilidad: la cara cubierta de importancia estúpida, a sus pies un perrito faldero y por detrás su sirviente. Dentro de su *sac voyage* hay mil trece rublos y cuarenta y tres kopeks que ha recolectado para la gente que sufre. De ese dinero los pobres recibirán sólo los cuarenta y tres kopeks, mientras que los restantes mil trece rublos serán para caridad. Adora las beneficencias porque en ellas puede cotillear a su antojo, despellejar a otros, hacer maldades y salir sin mojarse, como en la beneficencia de... ¿Quieren saber de quién se trata esta benefactora?

De la *vieja gruñona*.

Por aquí corre un *zorro*... Un magnífico maquillaje: hasta asoma el hocico. Mira con dulzura, habla bajito, con lágrimas en los ojos. Si le escuchasen, pareciera víctima de las conspiraciones humanas, de una mala pasada, de la ingratitud. Busca comprensión, que le entiendan, se lamenta, llora. Escúchenlo, pero no se dejen atrapar. O los dejará limpios, como un trapo, hasta sin camisa, porque se trata de...

Del *empresario*.

Va por aquí otro disfrazado de *crítico literario*. No tuvo suerte maquillándose. Por sus ladridos, por cómo arrampla con el caviar y cómo enseña los dientes, no cuesta reconocerlo como el *perro de presa*.

Un poco más lejos va dando saltos uno disfrazado de *dramaturgo*. Está escondiendo algo y mira hacia todas partes con timidez, como si lo hubiera robado... Viste como un fantoche, charla en francés y se precia de aparecer en las cartas de Sardou. Tiene un gran talento, cocina sus dramas como blinis y es capaz de escribir a

dos manos. Pero no está reconocido por sus contemporáneos... Saben que bajo los ropajes del dramaturgo se esconde el *sastre de modas*.

Aquí va otro disfrazado de *perdido*. Lleva un gorro roto, un abrigo usado y unos chanclos sucios... Mira de reojo las casas buscando el cartel de cantina o taberna. Necesita beber... Bebe cada diez minutos vodka por el día, cerveza por la noche, agua de soda por la mañana. Para él es normal estar «con el puntillo». Sólo borracho puede pensar, hablar de forma inteligente, conseguir un trozo de pan, querer a los demás o despreciarlos. Estando sobrio es débil, estúpido, cruel. Vive en algún lugar destartalado. Habita donde se perdió el diablo, en un patio trasero donde le alquila una oscura habitación a la viuda de un funcionario. Sin familia, y además es complicado imaginárselo con ella. Morirá junto a un cercado, lo enterrarán sin *glamour*, ni necrológicas o discursos, aunque se trate del *genio*.

Y aquí hay uno disfrazado de *genio*. Concentrado, pensativo, con el ceño fruncido. No lo distraiga: o piensa o contempla. No es fácil descubrir qué clase de pájaro es, porque no suele ser sincero. Normalmente no se revela, pero si se encuentra con un joven vendedor de talentos en un restaurante o durante una velada, intentará mostrarle todo su «programa»: que nada vale en este mundo, que si todo es trivial, sucio, que se ha vendido o arruinado... Que si la humanidad para salvarse, deberá hacer esto y esto. Turguéniev es bueno, según su criterio, pero... Tolstói también es bueno, pero... Cuando habla de su «programa» no dice esos «peros». Nadie le entiende, le ponen trabas, pero logra, aun así, meter su nariz en todos los sitios, olisqueando, a todos sitios va, como el diablo antes de la misa. Si lo aguantan y no lo echan es porque «cuando no hay pescado, el cangrejo es pescado», y porque en Rusia uno puede ser «un principiante y una esperanza» hasta el fin de sus días. Le da una importancia enorme a su trabajo, y por eso se cuida. No bebe, viaja a balnearios frecuentemente y se rodea de comodidad. Cuando está en su despacho está creando «la nueva palabra», todos deben caminar de puntillas. Líbrenos el Señor si en casa no hay quince grados, o si tintinea un plato o un niño comienza a gritar. Se tirará del pelo y sacudirá: «Maaaldición... ¿Quién dice que la vida del escritor es algo bueno?». Cuando escribe, lo lleva a cabo: arruga la frente, muerde la pluma, resopla, suspira, hace tachones continuamente... Para que le venga una idea, una genialidad, un inspirado símil del cerebro hace una presión de cuarenta caballos. Para ser realista de forma artística, usa fotografías y maniqués. Sólo trabaja por amor al arte... Aunque si el señor Wolf quisiera encargarle diez páginas a trescientos rublos la página, se lo agradecerá al Creador... Seguramente ya saben usted que se trata... de *un buen pieza*.

MÁRTIRES DEL AÑO NUEVO

(Новогодние великомученики)

Las calles son un cuadro del infierno con marco dorado. A no ser por el festivo semblante de los porteros y de los guardias, pudiera creerse que la ciudad está a punto de ser ocupada por el enemigo. Lujosos trineos y carrozas van y vienen en todas direcciones con fragor y alboroto... Corren por las aceras, con la lengua fuera y los ojos desenchajados, funcionarios que van a visitar a los superiores para felicitarles. Y llevan tal velocidad, que si su mujer agarrase a algún registrador colegial por el faldón del capote, de fijo que se quedaría entre las manos no sólo el faldón, sino hasta el costado del funcionario con hígado y bazo...

De pronto resuena el penetrante silbato de un policía. ¿Qué habrá sucedido? Los *dvorniki*, cuidadores de las casas, abandonan sus posiciones y corren en la dirección donde ha sonado el pito.

—¡Disolveos! ¡Seguid todos vuestro camino! ¡Aquí no tenéis nada que mirar! ¿Es que no habéis visto nunca un muerto? ¡A disolverse!

Sobre la acera, junto a la puerta de una casa, yace un hombre bien vestido, con abrigo de castor y flamantes chanclos de goma. Al lado de su cara, mortalmente pálida y recién afeitada, hay unas gafas rotas. El abrigo se le ha desabotonado, mostrando al grupo de curiosos parte del frac y una cruz de San Estanislao, de tercera clase. La respiración, lenta y dificultosa, le conmueve el pecho. Tiene los ojos cerrados.

¡Caballero! —zarandea el guardia al funcionario caído—, ¡Caballero, aquí se prohíbe estar tumbado! ¡Compréndalo usía!

Pero el caballero, ni una palabra, ni un resuello... Después de cinco o diez minutos tratando de que recobre el sentido, los celadores del orden lo meten en un coche y lo conducen a la Casa de Socorro.

—¡Estupendos pantalones! —comenta un guardia, mientras ayuda al practicante a desnudar al paciente—. Deben de valer por lo menos seis rublos. Pues anda, que el chaleco... A juzgar por el pantalón, debe de ser de los pudientes...

Al cabo de hora y media en la Casa de Socorro, y después de haber tomado todo un frasco de valeriana, el funcionario vuelve en sí y da a conocer que se trata del consejero titular Guerásim Kuzmich Sinkleteiev.

—¿Qué le duele? —pregúntale el médico.

—Feliz Año Nuevo —farfulla el funcionario, mirando al techo con ojos desvaídos y respirando con dificultad.

—Igualmente... Pero... ¿qué le duele? ¿Por qué se cayó usted? Procure acordarse. ¿Bebió usted algo?

—N... no...

—Entonces, ¿por qué se desmayó?

—De aturdimiento... Es que... anduve de visita...

—Quiere decirse que visitaría usted a mucha gente...

—No, señor, no mucha... A la vuelta de la misa me desayuné y me fui a casa de Nikolái Mijaílich... Naturalmente, firmé el pliego de felicitaciones... De allí me dirigí a la calle Ofitserskaia, a casa de Kachalkin... También firmé... Recuerdo, por cierto, que estando en el portal había una corriente... De la casa de Kachalkin me encaminé a la barriada de Viborg, al domicilio de Iván Ivánich. Firmé...

—Acaban de traer a otro funcionario —anuncia el guardia de servicio.

—De allí a casa del comerciante Jrimov no hay más que un paso —continúa Sinkleteiev su relato—. Quería felicitarle a él y a su familia... Me ofrecen un trago en honor de la festividad... ¿Cómo iba a negarme? Se hubieran ofendido... Me tomé, pues, unas tres copas y unas rajas de salchichón... Luego puse rumbo a la barriada Peterburgskaia, donde vive Lijodeiev... Magnífica persona...

—¿Y todo ello a pie?

—A pie. Firmé el pliego en el portal de Lijodeiev, y me fui a ver a Pelagia Emelianovna... Allí me dieron de almorzar y me agasajaron con café. Creo que los humos del café se me subieron a la cabeza... Dejé a Pelagia Emelianovna y tiré para la casa de Obleujov. Obleujov se llama Vasili. Quiere decirse que es el día de su santo... Si no prueba uno la tarta se enfada el homenajado...

—Han traído a un militar retirado y a dos funcionarios —anuncia el guardia.

—Me comí un trozo de tarta, me bebí un trago de licor de bayas de serbal y tomé el camino de la Sadóvaia para visitar a Iziumov. Con Iziumov bebí cerveza fría, que me sentó como un mazazo en la garganta. De allí fui a ver a Koshkin, luego a Karl Kárlovich y después a mi tío Piotr Semiónich. Mi sobrina Nastia me convidó a chocolate. Seguidamente pasé a ver a Liapkin. No, mentira, no a Liapkin, sino a Daria Nikodimovna, y ya entonces fui a casa de Liapkin. Naturalmente, en todas partes me sentí muy bien... Después visité a Ivánov, a Kurdiukov, a Shiller, al coronel Poroshkov... Y también me encontré muy a gusto. El comerciante Dunkin se empeñó en hacerme beber coñac y comer salchichas con repollo... Me tomaría unas tres copas y un par de salchichas... Tampoco me sentí mal... Y sólo posteriormente, al salir de casa de Rizhov, noté en la cabeza... un relampagueo... Me fallaban las fuerzas... No sé por qué...

—Estaría cansado... Repose un poquito, y le mandaremos a su casa...

—No puedo, no —se lamenta Sinkleteiev—, Todavía debo visitar a mi cuñado, Kuzmá Vavilich... al ujier del municipio, a Natalia Yegórovna... Aún me faltan muchos...

—Pues no debe usted ir.

—¡Qué dice! ¿Cómo no voy a felicitarles el Año Nuevo? Es indispensable. Si no voy a ver a Natalia Yegórovna, me hará la vida imposible... Déjeme marchar, doctor, no me lo impida...

Sinkleteiev se levanta y busca la ropa.

—Váyase a casa si lo desea —dice el doctor—; pero en visitas no debe ni pensar...

—No tiene importancia... Con la ayuda de Dios... —suspira Sinkleteiev—. Iré despacito...

Se viste lentamente, se arrebujá en el abrigo y sale tambaleándose.

—¡Han traído a cinco funcionarios más! —anuncia el guardia—. ¿Dónde ordena usted que los tendamos?

CHAMPAÑA

(IDEAS SUGERIDAS POR LA RESACA DE AÑO NUEVO)

(Шампанское. Мысли с новогоднего похмелья)

Desconfiad del champaña. Brilla como un diamante, posee la transparencia de un arroyo, es dulce como un néctar, se le tiene en más estima que al trabajo de un obrero, al cántico de un poeta o a la caricia de una doncella, pero... ¡apartaos de él! Es como una *cocotte* llamativa en la que la belleza alterna con la falsía y con la impudicia de Gomorra; es un ataúd dorado, lleno de huesos de muerto y de otras inmundicias.

El hombre lo bebe en sus momentos de dolor, de amargura, de ilusión óptica; lo toma cuando es rico y está harto, es decir, cuando le es tan difícil entrar en el reino de los cielos como a un camello pasar por el ojo de una aguja.

Es el champaña la bebida de los cajeros ladrones, de los *souteneurs*, de los troneras y de las *cocottes*... Allí donde imperan la embriaguez desenfrenada, la perversión, el latrocinio y la pillería, buscad, ante todo, el champaña. No se adquiere éste con dinero ganado mediante el trabajo, sino con dinero turbio, superfluo, loco y, a menudo, ajeno...

Toda mujer que emprende un camino resbaladizo comienza siempre por el champaña porque su burbujeo se asemeja al siseo de la serpiente que sedujo a Eva.

Suele tomarse champaña en las peticiones de mano y en los casamientos, es decir, cuando, a cambio de unas cuantas ilusiones, se echa uno la soga al cuello para toda la vida.

Lo beben en los homenajes, rebajándolo con adulaciones, con discursos acuosos y con brindis a la salud del homenajeado, que ya tiene un pie en el otro mundo.

Cuando uno muere, beben champaña sus herederos para celebrar la recepción de la herencia.

También se le usa para brindar por el nuevo año, al que se vitorea, con la seguridad de que a los doce meses se le dará un pescozón y se le escupirá en la calva. Dicho de otro modo, allí donde hay alegría artificiosa, entusiasmo retribuido, adulación, charlatanería, hartazgo, parasitismo e inmundicia, encontraréis siempre el champaña. ¡Huid de él!

TARJETAS DE VISITA

(Визитные карточки)

Tengo ante mi mesa las tarjetas de visita que me hicieron llegar mis buenos amigos con el nuevo año. Me las enviaron para que el cartero gaste las suelas y le vuelva a guiñar un ojo a mi sirvienta. Un antiguo sabio dijo: «Dime quién te envía una tarjeta, y te diré a quién conoces». Si le interesa conocer a mis amigos, éstas son las tarjetas:

Una corona de conde. Bajo ella, unas letras que si no están en gótico estarán en *poshejónico*: «Ciudadano de honor por herencia, Klim Ivánovich Oboldeiev».

Una tarjeta con los bordes de oro y una esquina doblada. «Jean Pificoff». El tal Jean es un hombretón corpulento, que habla con una ronca voz de bajo, apesta a vinagre y «va siempre buscando por el mundo dónde hay ofendidos que tengan el sentido»... de un vaso de vodka y un rublo prestado.

«El consejero provincial y caballero, Hemorroid Dioskoróvich Lodkin».

«Savvati Panikadilovich Pischik-Zabludovki, miembro de la sociedad protectora de animales, agente de la aseguradora contra incendios Salamandra, corresponsal de *La ola*, comercial de venta de máquinas de coser Singer & Cía., etcétera».

«Frantz Emílevich Entre-Nous-Soitdit, profesor de baile de salón y lengua francesa».

«El hierofante Jeremías».

Una corona de príncipe. «Alumno de sexto curso, Valentín Sisoievich Bumazhkin».

Una corona de título indefinido. «Consejero de estado en activo, Yerast Krinolinóvich Stremglátov».

«Príncipe Ágop Mináievich Obshiavishili. Tienda de vinos de las regiones del sur y kajetas». Después: asistente jurado, Mitrofrán Alekséievich Krásnij, Disentería Aleksándrovna Gromozdkaya, Nikita Spievsipóvich Uyéjal... Diácono Piotr Jliebona-suschenski... El colaborador de la revista *El rompecabezas*, Iván Ivánovich Diávolov... El redactor de la revista *El rayo* Yudofob Yudofóbovich Okréitz, y otros...

ARTE

(Художество)

Es una mañana gris de invierno.

En pie sobre la lisa y brillante superficie del río Bistrianka, aquí y allá cubierto de nieve, están dos *muzhiks*'. Seriozhka, hombre de aspecto fachudo, y Matvéi, el guardián de la iglesia. Seriozhka, joven de unos treinta años, de piernas cortas y andrajosa vestimenta, fija una mirada irritada en el hielo. De su gastada *poluschbok*, como de un perro cuando muda de pelo, cuelgan vedijas de lana. En sus manos tiene un compás fabricado con dos largas agujas de tejer. Matvéi, viejo de buena presencia, cubierto de un *tulup* y calzado de unos *valenki*, alza los tímidos ojos azules hasta el extremo más alto de la pendiente del río sobre el que se agrupan pintorescamente las casitas del pueblo. Sus manos sostienen una palanca de hierro.

—Bueno, y entonces, ¿qué...? ¿Vamos a estarnos así hasta la noche, de brazos cruzados? —interrumpe el silencio Seriozhka alzando unos ojos enfadados hacia Matvéi—. ¿Viniste aquí, viejo bufón, para estarte parado, o para trabajar?

—Pues enséñame... —balbuce Matvéi parpadeando tímidamente.

—¡Enséñame...! ¡De manera que yo soy el que lo tiene que hacer todo! ¡Enseñar a hacer...! ¡No tenéis ni chispa de inteligencia...! ¡Lo primero que hay que hacer es medir con el compás! ¡Eso es lo que hay que hacer...! ¡Sin medir es imposible cortar el hielo...! ¡Anda! ¡Mide...! ¡Coge el compás!

Matvéi toma el compás de las manos de Seriozhka, y, sin saber utilizarlo, dando siempre vueltas en el mismo sitio y abriendo mucho los codos hacia todos lados, empieza a trazar un círculo sobre el hielo. Seriozhka guiña despreciativo los ojos, deleitándose evidentemente en su azaramiento y su ignorancia.

—¡Huy, huy! —se enfada— ¡Ni siquiera eso sabes hacer...! ¡Desde luego, eres el más tonto de los *muzhiks*...! ¡Ponte a cebar gansos y no te metas a hacer un *Jordán*^[71] ...! ¡Trae aquí el compás! ¡Tráelo te digo!

Seriozhka arranca el compás de las manos del sudoroso Matvéi, y girando diestramente sobre un talón, traza un círculo sobre el hielo. Las fronteras del futuro *Jordán* han quedado dibujadas, y ya sólo falta cortar el hielo. Antes, sin embargo, de empezar el trabajo, Seriozhka está largo rato haciendo gestos afectados, dengues y reproches...

—¿Qué obligación tengo yo de trabajar para vosotros...? ¡Tú que trabajas en la iglesia eres el que debería hacerlo...!

Se recrea visiblemente en la especial situación en que le ha colocado el Destino deparándole ese raro talento que le permite asombrar con su arte, una vez al año, a todo el mundo. El pobre y tímido Matvéi se ve obligado a escuchar de él muchas

palabras venenosas y despreciativas. Seriozhka empieza su trabajo con enojo, con enfado. Le da pereza... Apenas ha tenido tiempo de trazar el círculo, y ya le atrae la idea de subir al pueblo, de beber té, de andar vagando y de tomar parte en charlas anodinas.

—Ahora mismo vengo —dice, encendiendo el cigarro—. Tú, mientras tanto, en lugar de estarte ahí mirando a las musarañas, sería mejor que trajeras algo para sentarte y que barrieras.

Matvéi se queda solo. La atmósfera es gris y poco grata, pero tranquila. Por entre las isbas diseminadas por la orilla asoma amablemente una blanca iglesia, junto a cuyas doradas cruces revolotean incesantemente las choyas. En el lado del pueblo en el que la orilla se corta y se hace escarpada, y al pie mismo de su pendiente, hay un caballo inmóvil con las patas trabadas, como petrificado. Seguramente duerme o medita.

También Matvéi está inmóvil como una estatua, esperando pacientemente. El aspecto dormilón y pensativo del río, el revoloteo de las choyas y la vista de aquel caballo le llenan de sopor. Pasa una hora, otra, y Seriozhka continúa sin venir. Hace tiempo que el río ha sido barrido y traído a él un cajón para sentarse, pero el borrachito no aparece. Matvéi espera y no hace más que bostezar. La sensación de aburrimiento le es desconocida, y si le ordenaran permanecer junto al río un día, un mes, un año... allí se quedaría.

Por fin la figura de Seriozhka surge tras las isbas. Anda arrastrando los pies y sin apenas pisar el suelo. La distancia le da pereza, por lo que en lugar de tomar el camino ha escogido la línea recta de arriba abajo, lo que le obliga a hundirse constantemente en la nieve, a agarrarse a los arbustos, a arrastrarse de espaldas por el suelo..., todo lo cual va ejecutando lentamente, en medio de continuas paradas.

—Pero, bueno..., ¡qué es esto! —se echa sobre Matvéi—. ¿Por qué estás ahí sin hacer nada...? ¿Cuándo vas a cortar el hielo?

Matvéi se santigua, coge la palanca con ambas manos y empieza a partir el hielo, aunque sin apartarse de la línea trazada por el círculo. Seriozhka se sienta sobre el cajón y sigue con la mirada los torpes y pesados movimientos de su ayudante.

—¡Más ligero por los bordes! ¡Más ligero! —manda—. ¡Si no sabías hacerlo, no tenías por qué haber aceptado este trabajo..., pero si lo has aceptado tienes que hacerlo!

En lo alto de la cuesta se agolpa ya el gentío. La vista de los espectadores excita a Seriozhka.

—¡Pues no lo hago! —dice, encendiendo el nauseabundo cigarro y escupiendo—. ¡Miraré cómo os arregláis sin mí...! El año pasado, en Kostiukovo, Stiopa Gulkov se encargó como yo de construir el *Jordán*. ¿Y que resultó...? ¡Algo de risa y nada más...! Los de Kostiukovo, entonces... vinieron a nuestro pueblo en masa. ¡De todas las aldeas llegaba a montones la gente...!

—¡La verdad es que aparte de nosotros nadie tiene un *Jordán* como es debido! —

dice Matvéi.

—¡Tú trabaja...! ¡No hay tiempo que perder en conversaciones...! Pues sí, abuelo... En toda la región no verás un *Jordán* como éste... Dicen los soldados que así no se encuentran ni en las ciudades... ¡Aquéllos son mucho peores...! ¡Más despacio! ¡Más despacio...!

Matvéi trabaja y resopla. Su tarea no es fácil, porque el hielo es duro y profundo. Hay que cortarlo y alejar sus trozos rápidamente para que no se amontonen junto a la superficie marcada. No obstante, a pesar de la dificultad del trabajo y de que las órdenes de mando de Seriozhka carecen de sentido, hacia las tres de la tarde, sobre la superficie del Bistrianka negrea ya un gran círculo acuático.

¡El año pasado salió mejor! —se enfada Seriozhka—. ¡Ni siquiera esto has sabido hacer...! ¡Vaya cabeza la tuya...! ¡Tontos como vosotros habría que ponerlos junto al atrio de la iglesia...! ¡Anda! ¡Tráete una tabla para hacer unos tacos...! ¡Tráete un aro! ¡Atontado...! ¡Coge también por alguna parte pan... unos pepinos...!

Al poco rato vuelve Matvéi trayendo sobre los hombros un enorme aro de madera sobre el que en años anteriores han sido pintados distintos dibujos. En el centro del aro se ve una cruz de color rojo, y en sus bordes, pequeños agujeros para introducir taquitos en ellos. Seriozhka coge el aro y cubre con él el agujero hecho en el hielo.

¡Exactamente! ¡Sirve muy bien...! ¡Con sólo renovar la pintura quedará de primera...! Bueno... ¿Por qué te quedas ahí parado? ¡Haz el facistol...! ¡O si no..., no! ¡Ve y tráete la madera para hacer la cruz!

Matvéi, que desde la mañana no ha comido ni bebido nada se arrastra otra vez cuesta arriba. A pesar de su pereza, Seriozhka fabrica los taquitos con sus propias manos. Sabe que estos taquitos tienen una fuerza milagrosa. Quien obtenga un taquito después de la bendición del agua será feliz el resto del año. ¿Acaso no merece la pena el trabajo?

El verdadero trabajo, sin embargo, empieza al día siguiente. Aquí Seriozhka se muestra ante los ojos del ignorante Matvéi en toda la grandeza de su talento. Su charla, sus reproches, sus caprichos y sus enojos no tienen fin. Matvéi construye una alta cruz con dos altos troncos, pero él, descontento, la manda construir de nuevo. Si Matvéi está parado. Seriozhka se enfada porque no anda; si anda, Seriozhka le grita que se pare y que trabaje. No le satisfacen ni las herramientas, ni el tiempo, ni el propio talento. ¡Nada le gusta!

Matvéi sierra un gran pedazo de hielo para la confección del facistol.

—¿Por qué le has roto una esquinita? —grita Seriozhka, colérico y mirándole con los ojos fuera de las órbitas—. ¿Por qué, te pregunto, se la has roto...?

—¡Perdóname, por Dios...!

—¡Hazla otra vez!

Matvéi empieza de nuevo a serrar, y sus sufrimientos no acaban nunca. Al lado del agujero, sobre el hielo que cubre el aro de los dibujos, ha de estar el facistol; sobre este habrán de tallarse la cruz y el libro abierto del Evangelio. Pero esto no es

todo... Detrás del facistol deberá elevarse una alta cruz que pueda ser vista por toda la muchedumbre y que brille al sol como si estuviera sembrada de diamantes y de rubíes.

Encima de la cruz habrá una paloma de hielo. El camino desde la iglesia hasta el *Jordán* estará cubierto de ramas de abeto y de enebro. Éste es el proyecto.

Seriozhka, emprende primeramente la construcción del facistol. Emplea para ello el cincel, el rayo y la lezna. La cruz sobre el facistol, el libro del Evangelio y la estola, le salen muy bien. Luego empieza a tallar la paloma. Mientras se esfuerza en dar al rostro de esta una expresión de timidez y mansedumbre, Matvéi, revolviéndose como un oso, pone fin a la elaboración de la cruz construida con troncos de árboles. Luego la coge y la baña en el agujero hecho en el hielo. Después de esperar a que el agua se hiele sobre ella, la sumerge otra vez, repitiendo el procedimiento hasta que los troncos se cubren de una espesa capa de hielo... No es un trabajo fácil y exige un buen acopio de fuerzas y de paciencia.

He aquí que el trabajo delicado ha terminado ya. Seriozhka, como un loco, corre por el pueblo. Tropieza, se enfada, jura que va a ir en seguida al río y destruirá su trabajo. Todo ello porque está buscando las pinturas idóneas.

Sus bolsillos están llenos de ocre, añil, siena y bermellón. Sin pagar ni un solo kopek, sale de una tienda y corre a otra. Aquí bebe, y con un ademán impaciente y también sin pagar, sigue volando hacia adelante. De una isba coge remolacha; de otra, cáscara de cebolla con la que hace pintura amarilla. Se enfada, empuja, amenaza y... Pero ¡no hay ahna capaz de enseñarle los dientes...! Todos le sonríen, le compadecen, le llaman Serguei Nikitich... Todos sienten que aquel arte suyo no es cosa suya propia exclusiva, sino algo general para todo el mundo. Uno es el que crea; los demás le secundan. Seriozhka, por sí mismo, es una nulidad, un vago, un borracho y un derrochador... Pero cuando tiene en las manos el siena o el compás, representa algo muy elevado: un servidor de Dios.

La maravillosa mañana de la Epifanía llega al fin. El atrio de la iglesia y todo el espacio que se extiende a lo largo de ambas riberas del río está lleno de gente. Cuanto compone el *Jordán* ha sido cuidadosamente escondido bajo esteras nuevas de cáñamo. Seriozhka se mueve sosegadamente junto a ellas, esforzándose en dominar su excitación. Hay mucha gente allí de otras parroquias, toda la cual, a través de la helada y de la nieve, haciendo muchas verstras a pie, vino solamente a ver su célebre *Jordán*. Matvéi que ha dado término a su trabajo bruto de oso, está otra vez en la iglesia, y ni se le ve ni se le oye. ¡Ya ha sido olvidado! El tiempo es magnífico. No hay ni una sola nube en el cielo y el sol brilla deslumbrador.

De lo alto llega el repique de las campanas. Miles de cabezas se descubren, miles de manos se agitan, miles de veces es hecha la señal de la cruz.

Seriozhka no sabe dónde meterse; tal es su impaciencia... Pero he aquí que por fin las campanas tocan a gloria. Más tarde, una media hora después, se advierte cierta excitación en el campanario y entre la muchedumbre. De la iglesia, uno tras otro, son

sacados estandartes y se escucha el sonido de las campanas tocando con renovado brío. Seriozhka, con mano temblorosa, arranca las esteras, y la gente ve algo extraordinario. El facistol, el arco de madera, los tacos y la cruz sobre el hielo, lanzan mil destellos de colores. De la cruz y de la paloma se desprenden tales rayos que duele la vista al mirarlos. ¡Qué hermosura, Dios misericordioso...! A través de la muchedumbre circula un rumor de asombro y admiración. El campaneó se hace más fuerte, el día más claro. Los estandartes se agitan y avanzan como un oleaje sobre la multitud. La procesión, resplandeciente de las irisaciones que despiden los iconos y del relumbrar de las casullas, desciende pausadamente por el camino en dirección al *Jordán*. Se hace una señal al campanario para que callen las campanas y se da comienzo a la ceremonia de la bendición del agua. Dicha ceremonia se realiza despacio, como si se aplicaran al efectuarla en prolongar la solemnidad y la alegría del rezo común de la gente. Reina el silencio. Pero he aquí que la cruz se sumerge en el agua y el aire se llena de un extraordinario retumbar. Disparos de escopetas, repique de campanas, expresiones jubilosas, gritos y apreturas para conseguir alguno de los tacos. Seriozhka presta oído a este retumbar, ve miles de ojos fijos en él, y su alma de vago se llena del sentimiento de la gloria del triunfo.

UNA NOCHE EN EL CEMENTERIO

(CUENTO DE NAVIDAD)

(Ночь на кладбище. Святочный рассказ)

—Cuenta usted uno de miedo, Iván Ivánich.

Iván Ivánich se retorció el bigote, tosió, chasqueó los labios y, acercándose a las señoritas, comenzó:

—Mi cuento empieza como empiezan todos los cuentos rusos. Estaba yo bebido... Celebrando el Año Nuevo en casa de un viejo amigo, me puse como una cuba. Debo declarar, en mi descargo, que no me emborraché de alegría: alegrarse por una bobada como el Año Nuevo es, a mi entender, absurdo e indigno de la razón humana. El nuevo año es tan inmundo como el viejo, con la sola diferencia de que el año viejo ha sido malo y el nuevo es siempre peor... Yo creo que la llegada del nuevo año no debe acogerse con algazara, sino con tristeza, con llantos, con intentos de suicidio. No hay que olvidar que cuantos más años nuevos llegan, tanto más se aproxima la muerte, tanto más se agranda la calva, tanto mayores son las arrugas, tanto más vieja la mujer de uno, tantos más los hijos y tanto menos el dinero...

Así, pues, me emborraché de pena... En el momento en que abandonaba el domicilio de mi amigo dieron las dos en el reloj de la catedral. Hacía un tiempo de perros. Ni el diablo hubiera sabido decir si era otoño o invierno. La calle estaba como boca de lobo; por más que mirase uno, veía menos que si le hubieran metido la cabeza en una vasija de betún. La lluvia azotaba. El viento, frío y veloz, emitía notas horribles: aullaba, lloraba, gemía, silbaba; diríase que la orquesta de la Naturaleza estaba dirigida por una bruja. Bajo los pies chirriaba el fango; los faroles tenían una mirada mortecina de viuda triste. La pobre Naturaleza atravesaba un verdadero calvario. Resumiendo: el tiempo era como para regocijarse a un bandido, pero no a mí, manso y beodo ciudadano. A mí no me producía más que tristeza.

«La vida es un embrollo —filosofaba, chapoteando, tambaleante, en el barro—. No es más que una consunción vacua e incolora, un espejismo... Sucédense los días, pasan los años, y tú sigues siendo una bestia. Transcurrirá más tiempo aún, y tú no dejarás de ser el mismo Iván Ivánovich, con tu afición a empinar el codo, a comer y a dormir... Por último te meterán, idiota, en el hoyo, en la velada funeraria comerán a costa tuya hojuelas fritas y dirán: “¡Qué bueno era, pero qué poco dinero ha dejado el muy ruin!”».

Pues iba yo de la Meshanskaia a la Presnia, distancia más que respetable para un borracho... Atravesando los oscuros y angostos callejones, no encontré un alma ni percibí un sonido. Como temía llenarme de barro los chanclos, fui primeramente por

la acera; luego, cuando, pese a todas mis precauciones, los chanclos empezaron a emitir gemidos lastimeros, tiré por la calzada: así había menos riesgo de tropezar con algún mojón o de meterme en una grieta...

Reinaba a lo largo de todo el camino una oscuridad fría y opaca. Al principio encontré faroles de luz: macilenta, pero cuando hube recorrido tres o cuatro callejas, ni ese alivio tenía. Hube de continuar a tientas. Mientras procuraba escrutar las tinieblas, oía sobre mi cabeza los quejumbrosos aullidos del viento y echaba a andar más aprisa. Un miedo inexplicable fue apoderándose poco a poco de mi espíritu. Miedo que se convirtió en horror cuando comprobé que me había perdido, que había equivocado el camino.

—¡Cochero! —grité.

Nadie respondió. Entonces decidí tirar todo derecho a la buena de Dios, confiado en que más tarde o más temprano llegaría a una calle grande, con faroles y cocheros. Temeroso de volver la cara atrás o a los lados, eché a correr. Un fuerte viento frío soplaba en dirección contraria, y gruesos chorros de lluvia azotaban mi cara. Tan pronto corría por la acera como por la calzada. Aún no comprendo cómo sobrevivió mi cabeza a tantos coscorriones como me di con esquinas, quicios y faroles.

Iván Ivánich se tomó una copa de vodka, retorciöse la otra guía del bigote y prosiguió:

—No recuerdo cuánto tiempo estuve corriendo. Sólo sé que, por último, tropecé y me di un doloroso golpe contra un objeto extraño... Aunque no le veía, por el tacto noté que era frío, húmedo, finamente alisado... Me senté encima para tomar aliento. No quiero abusar de vuestra paciencia; sólo os diré que al poco rato, cuando encendí un fósforo para fumar, comprobé que estaba sentado sobre la losa de una tumba.

En aquella negra soledad, donde no había más que tinieblas y no se oía una sola voz humana, me horroricé al ver la lápida, cerré los ojos y me levanté de un salto. A dos pasos tropecé con otro objeto. Imaginaos el pánico que me entró: ¡era una cruz de madera!

«¡Dios de los cielos, he venido a parar al cementerio! —pensé, cubriéndome la cara con las manos y dejándome caer sobre la lápida—. En vez de ir a la Presnia he caído en Vagankovo».

No me asustan los cementerios ni los muertos... Estoy libre de supersticiones, y hace tiempo que no me producen efecto los cuentos de brujas; pero, al verme entre las silenciosas tumbas, en aquella noche oscura, con el viento gimiendo y la cabeza llena de pensamientos a cual más lúgubre, noté que se me ponían los pelos de punta y que un escalofrío me resbalaba espaldas abajo.

—¡Imposible! —trataba de calmarme a mí mismo—. Es una ilusión óptica, una alucinación...

Todo ello se me figura por el vino y porque soy un cobarde...

Mientras procuraba infundirme ánimo, oí pasos sigilosos... Alguien avanzaba lentamente hacia mí, pero... no se trataba de pasos humanos: eran demasiado

silenciosos y cortos para ser de un hombre...

«¡Será un muerto!», pensé.

Finalmente, el enigmático ser llegó hasta mí, me rozó la rodilla y suspiró... A renglón seguido oí un grito penetrante, un alarido horrible, sepulcral, que desgarraba el alma. Si os da miedo escuchar los cuentos del aya, que hablan de aullidos de muertos, figuraos lo que será oír los propios aullidos. Yo me quedé frío, petrificado de espanto... Los vapores del vino de Depré, Bauer y Arabadzhi se me fueron de la cabeza, y no quedaron ni rastros de mi borrachera... Me parecía que si abría los ojos y me atrevía a mirar a las tinieblas, vería, de seguro, una cara pálida, amarillenta, huesuda, y una mortaja medio podrida...

—¡Dios mío, haz que llegue pronto la mañana! —rezaba yo temblando.

Pero antes que amaneciese tuve que experimentar otro miedo espantoso, imposible de describir. Sentado en la losa, y oyendo los alaridos del morador de la tumba, percibí nuevamente ruido de pasos. Alguien se aproximaba en dirección mía, con andar lento y acompasado...

Al llegar hasta mí, el segundo habitante del cementerio salido de su tumba suspiró y, al cabo de un minuto, una mano huesosa y fría cayó pesadamente sobre mi hombro... Perdí el conocimiento.

Iván Ivánich se bebió otra copa de vodka y carraspeó.

—¿Y qué pasó? —le preguntaron las señoritas.

—Recobré el conocimiento en un pequeño cuartucho... La luz de la aurora penetraba débilmente por el único ventanuco, enrejado, que había en la habitación.

«Esto es que los muertos me han arrastrado a su sepulcro», pensé. Pero ¡cuál no sería mi júbilo al oír tras las paredes voces humanas!

—¿Dónde le hallaste? —preguntó una voz de bajo.

—Junto a la tienda de artículos funerarios de Bielobrisov, señor —respondió otra, del mismo calibre—. Donde están expuestos los panteones y las cruces. Le encontré sentado, abrazando a una estatua; y a su vera había un perro aullando... De fijo que estará borracho...

Por la mañana, cuando desperté, me soltaron.

CONCURSO

(Конкурс)

La Redacción de *Oskolki* ha organizado un concurso.

Quien envíe al citado periódico la mejor *carta de amor* será premiado con:

Una fotografía de una hermosa mujer;

Un certificado, con la firma del director y de los miembros del Tribunal, dando fe de que Fulanito de Tal y Tal salió vencedor en el concurso celebrado en tal y tal fecha;

Una suscripción gratis por un año, ya sea el comente o el próximo, a elección del ganador.

Además, la carta se publicará en el periódico, otorgándose al autor unos honorarios de quince kopeks por línea.

Condiciones para participar en el concurso:

1) Ser varón;

2) Enviar la carta a la Redacción de *Oskolki* no más tarde del primero de marzo del corriente año, indicando nombre, apellido y dirección del autor;

3) El autor deberá declararse; demostrar que está verdaderamente enamorado y que sufre lo indecible por esta causa: establecer, con tal motivo, un parangón para diferenciar un simple devaneo de un amor verdadero; describir sus nuevas sensaciones, aunque sin llegar a hacer un profundo análisis de las mismas; pedir la mano de su adorada; señalar que tiene celos de X o de Z; exponer los tormentos que le causa la sola idea de no ser correspondido; saludar respetuosamente a los padres de *ella*; preguntar por la dote con suma finura y cautela; y todo ello en un espacio que no rebase las cincuenta líneas;

4) *Conditio sine qua non*: La carta ha de estar redactada en un tono poético, literario, fino y delicado. No se admiten lamentaciones, ni falso clasicismo, ni versos malos.

El Jurado estará compuesto por *señoras*.

FRACASO

(Неудача)

Iliá Serguéich Péplov y su mujer Kleopatra Petrovna, de pie junto a la puerta, escuchaban ávidamente. Por lo visto, al otro lado, en la pequeña sala, tenía lugar una declaración de amor. A su hija Natáshenka se le declaraba el maestro de la escuela del distrito, Schupkin.

—¡Muerde el anzuelo! —susurró Péplov, temblando de impaciencia y frotándose las manos—. Cuidado, Petrovna; tan pronto se ponga a hablar de sentimientos, descuelga el icono y entramos a darles la bendición. Los pescaremos... La bendición con el icono es sacrosanta e inviolable... Ya no podrá escabullirse, aunque recurra a los tribunales.

Entre tanto, tras la puerta tenía lugar la siguiente conversación:

—Deje en paz su carácter —decía Schupkin, encendiendo una cerilla en sus pantalones a cuadros—. ¡A usted, no le he escrito ninguna carta!

—¡Ya, ya! ¡Como si no conociera yo su letra! —reía a carcajadas la joven, chillando afectuosamente y contemplándose sin cesar en el espejo—. ¡La he reconocido enseguida! ¡Es usted bien extraño! ¡Maestro de caligrafía, y hace una letra como una gallina! ¿Cómo enseña a escribir si usted mismo escribe mal?

—¡Hum! Esto no significa nada. En caligrafía lo importante no es la letra, lo principal es que los alumnos no se distraigan. A uno le das con la regla en la cabeza, a otro lo pones de rodillas... La letra... ¡bah! ¡No tiene importancia! Nekrásov fue escritor, y hay que ver lo mal que escribía. En la edición de sus obras completas hay una muestra de su letra.

—Una cosa es Nekrásov y otra usted... (suspiro). Con un escritor yo me casaría de buena gana. ¡Siempre me escribiría versos, me los dedicaría!

—Versos, también puedo escribírselos yo, si quiere.

—¿Y sobre qué puede usted escribir?

—Sobre el amor... sobre los sentimientos... sobre sus ojos... Los leerá y se quedará turulata... ¡Le brotarán las lágrimas! Si le escribo versos poéticos, ¿dejará que le bese la manita?

—¡Como si eso importara...! ¡Bésela si quiere ahora mismo!

Schupkin se levantó de un salto y, abriendo mucho los ojos, se precipitó sobre la manita regordeta, que olía a jabón de huevo.

—Descuelga el icono —se apresuró a decir Péplov, dando con el codo a su mujer, palideciendo de emoción y abotonándose—. ¡Vamos! ¡Venga!

Sin esperar un segundo, Péplov abrió la puerta.

—Hijos... —balbuceó alzando la mano y parpadeando llorosos los ojos—. El Señor os bendiga, hijos míos... Vivid... fructificad... reproducíos...

—También... también yo os bendigo... —articuló la mamá, llorando de felicidad—. ¡Sed felices, queridos! ¡Oh, se lleva usted mi único tesoro! —añadió dirigiéndose a Schupkin—. Ame, pues, a mi hija, cuide de ella...

Schupkin se quedó con la boca abierta por la sorpresa y el susto. El asalto de los padres había sido tan repentino y audaz que el joven no podía pronunciar ni una palabra.

«¡Buena la he hecho! ¡Me han enredado! —pensó mudo de horror—. ¡Se te ha caído el pelo, hermano! ¡De ésta no te escapas!».

Y presentó sumisamente la cabeza como si quisiera decir: «¡Me rindo, estoy vencido!».

—Os ben... os bendigo... —prosiguió el papá, y también se puso a llorar— Natáshenka, hija mía... ponte a su lado... Petrovna, dame el icono...

Pero el padre dejó de llorar súbitamente y su rostro se contrajo de cólera.

—¡Pepona! —dijo irritado a su esposa—, ¡Cabeza de alcornoque! ¿Acaso es esto el icono?

~¡Ah, santos del paraíso!

¿Qué había sucedido? El maestro de caligrafía alzó tímidamente los ojos y vio que estaba salvado: la mamá, en su precipitación, en vez de descolgar de la pared el icono, había descolgado el retrato del escritor Lazhéchnikov. El viejo Péplov y su esposa Kleopatra Petrovna, con el retrato en las manos, estaban confusos, sin saber qué hacer ni qué decir. El maestro de caligrafía aprovechó la confusión y escapó.

EL DEBUT

(CUENTO)

(Первый дебют. Рассказ)

El pasante de abogado Piatiorokin regresa de la ciudad de N***, cabeza de partido, donde ha estado defendiendo a un tendero acusado de incendio. Nunca en su vida ha experimentado tanta repulsión interna como ahora. Se siente ofendido, fracasado, vilipendiado. Le parece que el día transcurrido, día de su ansiado y prometedor debut como defensor, ha malogrado para siempre su carrera, su fe en la humanidad y hasta sus concepciones filosóficas.

En primer lugar, el acusado le engañó de la manera más miserable y cínica. Antes del juicio, el tendero pestañeaba tan sinceramente y afirmaba su inocencia con tanta sencillez y franqueza, que todos los cargos de la acusación no eran más que intrigas descaradas o prejuicios, cosa evidente para un psicólogo y fisonomista como él. Pero ante el tribunal, el mercachifle resultó ser un pícaro inmundo, y la pobre psicología del abogado quedó muy malparada.

En segundo lugar, Piatiorokin llevaba la impresión de haberse portado lo peor que pudo: tartamudeaba, se confundía en las preguntas, se levantaba delante de los testigos y enrojecía del modo más absurdo. La lengua no le obedecía, y se enredaba en las frases más simples como si se tratase de trabalenguas. Pronunció un discurso insulso, nebuloso, mirando por encima de las cabezas de los miembros del Jurado. Creía que éstos le contemplaban con aire burlón y despectivo.

En tercer lugar, el sustituto del procurador y el fiscal, viejo zorro de la abogacía, se portaron como verdaderos enemigos. Al parecer, pusieron de acuerdo para no reparar en el defensor, y si alguna vez levantaban los ojos hacia él era tan sólo para ejercitar su descaro, para mofarse y enseñarle los dientes. Sus discursos rebosaban ironía y tenían un cierto matiz de insultante condescendencia.

Parecían pedir perdón por enfrentarse con un defensor tan bobo y tan infeliz, Piatiorokin no pudo contenerse: durante una interrupción de la vista, corrió a buscar al fiscal y, temblando con todo su cuerpo, le soltó una andanada de insolencias. Luego, al terminarla sesión, alcanzó en la escalera al sustituto del procurador y también le dijo unas cuantas verdades...

En cuarto lugar... Pero si enumerásemos todo lo que atormentaba a nuestro héroe acribillándole el corazón, habría que poner «en quinto lugar», y «en sexto», y así hasta ciento...

«¡Vergüenza, bochorno! —sufría en la carreta, ocultando hasta las orejas en el cuello del abrigo—. ¡Se acabó todo! ¡Al diablo la abogacía! Me iré a cualquier

pueblo remoto y solo..., lejos de estos vampiros, lejos de estos chismes».

—¡Arrea, el diablo que te lleve! —la emprendió con el carrero—. Parece que llevas a casar a un muerto. ¡Arrea!

—¡Arrea, arrea! —repitió en son de protesta el carrero—. ¿No ves qué camino? Hasta el mismo demonio perdería el resuello si fuera enganchado aquí. Además, este tiempo es un castigo del Señor.

El tiempo, verdaderamente, era infernal: diríase que odiaba, sufría y se indignaba a la vez que Piatorkin. Un viento frío y húmedo soplaba y silbaba de mil maneras, hendiendo el aire, más opaco que el hollín. Llovía. Bajo las ruedas gemía la nieve, mezclada con fango resbaladizo. Los barrancos, los baches y las pasarelas anegadas no tenían fin.

—No se ve ni gota —siguió diciendo el carrero—. Así no llegaremos hasta mañana. Habrá que pasar la noche en casa de Luká.

—¿De qué Luká?

—Un viejo que vive cerca del camino. Hace las veces de guardabosques. Allí se ve su isba.

Oyose un ladrido ronco, y entre el ramaje desnudo apareció una lucecilla. Por misántropo que uno sea, siempre le atrae en medio del bosque, y en una noche desapacible y oscura, una lucecita, que indica la presencia de gente. Así le sucedió a Piatorkin. Cuando la telega se detuvo ante la casita, cuya única ventana enviaba al caminante el tímido saludo de su luz mortecina, sintió un gran alivio en el corazón.

—Buenas noches, viejo —saludó afablemente al dueño de la casa que, sentado en el zaguán, se rascaba el vientre a dos manos—. ¿Podemos pasar la noche aquí?

—Sí, se...; sí, señor —murmuró Luká—. Ya tengo ahí otros dos... Pase adentro...

Piatorkin se agachó, entró en la isba y... la misantropía se revolvió en su interior con velocidad de vértigo: sentados junto a la mesa, y alumbrados por una vela, estaban los dos hombres que tanto habían contribuido a estropearle el humor, es decir, el sustituto del procurador, Von Pach, y el fiscal, Semiochkin. Al igual que Piatorkin, regresaban de N*** y tuvieron que quedarse a pernoctar en casa de Luká. Al ver entrar al defensor, los dos le sonrieron amistosamente y se levantaron.

—¡Querido colega! —dijeron— ¿Qué le trae por aquí? ¿El mal tiempo, como a nosotros? Pase, por favor... Siéntese.

Nuestro hombre pensaba que, al verle, debían volver la cara cohibidos y no pronunciar palabra; de ahí que la efusividad con que le acogían le pareciera, por lo menos, cínica.

—No comprendo... —murmuró, levantando la cabeza con altanería—, Después de lo sucedido entre nosotros... me extraña esto...

Von Pach le miró sorprendido, se encogió de hombros y, tomándose hacia Semiochkin, continuó la interrumpida conversación.

—Pues verá usted: leo las declaraciones y encuentro en ellas una contradicción

tras otra... El alguacil escribe, por ejemplo, que la campesina Ivánovna estaba borracha como una cuba cuando se despidió de la casa y murió después de andar a pie más de tres kilómetros. ¿Cómo pudo andar tres kilómetros estando tan borracha? ¿No es una contradicción? ¿No lo es?

Mientras Von Pach peroraba de este modo, Piatiorikin sentose en un banco y se puso a contemplar su refugio... Una luz en medio de un bosque sólo es poética cuando se la ve desde lejos; vista desde cerca es pura prosa... La vela alumbraba un cuartucho sórdido, de paredes desiguales y techo ahumado. En el rincón de la derecha había un icono de lúgubre aspecto; y en el de la izquierda, la desgarrada estufa formaba un hoyo tenebroso. De las vigas del techo colgaba una larga pértiga donde se mecía una cuna en otros tiempos. Una desvencijada mesilla y dos bancos estrechos y tambaleantes constituían todo el mobiliario. En la oscura habitación hacía, a la vez, frío y bochorno. Olía a podrido y a cera quemada.

«Si serán cerdos... —pensó Piatiorikin mirando de reojo a sus enemigos— Después de ofender a un hombre y de patearle en el fango, se ponen a hablar como si tal cosa».

—Oye —dirigiose a Luká—. ¿No tienes otro cuarto? Yo aquí no puedo quedarme.

—El zaguán, pero hace frío...

—Un frío del diablo —gruñó Semiochkin—. De haberlo sabido, me traigo bebidas y cartas. ¿Y si tomásemos un poco de té? ¡Eh, abuelo, a ver si pones el samovar!

A la media hora, Luká trajo un samovar sucio, una tetera de pitorro quebrado y tres tazas.

—Yo tengo té —dijo Von Pach—. ¡Qué a punto vendría ahora un poquito de azúcar! ¡Eh, abuelete, saca unos terrones!

—¡A-zú-car! —sonrió Luká en el zaguán—. ¡Pedir azúcar en este bosque! Aquí no estamos en la ciudad...

—Bueno, pues lo tomaremos sin azúcar —decidió, resignado, Von Pach.

Semiochkin hirvió el té y llenó las tres tazas.

«Han puesto té para mí —se dijo Piatiorikin—, ¡Como que necesito yo su té! Después de escupirme a la cara, me sirven té. Son gente sin amor propio. Le pediré otra taza a Luká y tomaré agua caliente sola. Por cierto que llevo aquí un poco de azúcar».

Luká no tenía más tazas. Piatiorikin vertió el té de la que a él se le asignaba, la llenó de agua caliente y se puso a bebérsela, endulzando cada sorbo con un mordisco al terrón de azúcar. Al oír el ruido de los dientes, sus enemigos intercambiaron una mirada y se echaron a reír.

¡Qué gracia! —murmuró Von Pach—. Nosotros no tenemos azúcar, y él no tiene té... ¡Ja, ja, ja! Da risa... ¡Y qué chiquillo es! A sus años, y con ese corpachón, aún es capaz de enfurruñarse como una colegiala... Colega —tomose hacia Piatiorikin—,

hace mal en rehusar nuestro té. Mire que es del bueno... Y si no quiere tomarlo por amor propio, debiera correspondemos con un poco de azúcar...

Piatiorkin siguió callado.

«¡Valientes sinvergüenzas! —pensó—. Me ofenden, me calumnian, y, luego, me vienen con carantoñas. ¡Y tienen valor de llamarse personas! Quiere decirse que no han hecho el menor caso de las frescas que les solté después de la vista... Pues que no esperen que les preste atención. Ahora mismo me acuesto».

Junto a la estufa había unas zaleas extendidas; y a la cabecera, una almohada de paja. Piatiorkin se tendió en las pieles, apoyó la calenturienta cabeza sobre la almohada y se tapó con el abrigo.

—¡Qué aburrimiento! —bostezó Semiochkin—. Para ponerse a leer hace demasiado frío y es mucha la oscuridad. Además, no hay dónde echarse a dormir... ¡Brrr! Dígame, Osip Osipich: si Luká almuerza en un restaurante y no paga, ¿cómo ha de considerarse su delito, como robo o como fraude?

—No será ni lo uno ni lo otro... Sólo es materia para un juicio de faltas...

Trabose una discusión que duró hora y media. Piatiorkin, oyéndola, temblaba de ira... Estuvo a punto de levantarse y de intervenir en ella cinco o seis veces.

«¡Qué idiotez! —se enfurecía—. ¡Qué atraso y qué falta de lógica!».

Von Pach puso fin a la discusión acostándose al lado de Piatiorkin y tapándose con el abrigo, mientras decía a su opositor:

—Basta, basta ya... Con tanto discutir no dejamos dormir al señor defensor. Acuéstese...

—Parece que ya está dormido —respondió Semiochkin tendiéndose también en las zaleas, al otro lado de Piatiorkin—. ¿Duerme usted, colega?

«Estos cerdos no me van a dejar en paz», rezongo Piatiorkin para sus adentros.

—Si calla es que duerme —dedujo Von Pach con un mugido—. No sé cómo se las ha ingeniado para conciliar el sueño en este muladar... ¿No dicen que la vida de los abogados es vida de gabinete? Pues no es de gabinete, sino de perro... Fíjese a qué paraje nos ha traído el diablo... A propósito: ¿sabe usted que me agrada nuestro vecino? ¿Cómo se llama? ¿No es Shestiorkin^[72]? Pues sí, señor: es vehemente, apasionado...

—Sí, sí... Dentro de cinco o seis años será un abogado estupendo... El muchacho tiene estilo... Todavía no ha salido del cascarón, pero ya ha visto usted las filigranas oratorias que se gasta y los fuegos artificiales que contienen sus discursos. Lo que me ha parecido una equivocación es que haya sacado a relucir a Hamlet.

La vecindad inmediata de sus dos enemigos y el tono frío y condescendiente de ambos anonadaban a Piatiorkin, sofocado de rabia y de vergüenza.

—¿Pues y el asunto del azúcar? —sonrió Von Pach—. Rabieta de colegial. ¿A qué se debe su enojo contra nosotros? ¿Usted lo sabe?

—¡Yo qué diablos voy a saber!

Piatiorkin fue ya incapaz de contenerse. Incorporándose en un arrebato, abrió la

boca con ánimo de decir algo, pero las amarguras del día habían sido demasiado fuertes; en vez de emitir palabras, de su pecho sólo escaparon sollozos histéricos.

—¿Qué le pasa? —horrorizóse Von Pach—. Amigo, ¿qué le sucede?

—¿Se siente mal? —saltó Semiochkin de las zaleas, poniéndose en pie— ¿Le sucede algo? ¿Le hace falta dinero? ¿Por qué llora de ese modo?

—Es repugnante... Es una bajeza... Todo el día... Todo el día...

—Amigo del alma, dígame qué es lo repugnante y lo bajo. Ósip Ósipich, traiga un poco de agua... ¿Qué le ha pasado, amigo mío? ¿Por qué está usted tan enfadado todo el día de hoy? De seguro que ha debutado hoy como defensor, ¿verdad? ¿Sí? Pues, en ese caso, lo comprendo perfectamente... Llore, querido... La primera vez que hice una defensa, quise ahorcarme después... Llorar es mucho mejor que colgarse... Llore usted; llore y se sentirá mejor.

—Es repulsivo... Es repugnante...

—Yo no le veo nada de repugnante al asunto. Todo transcurrió normalmente. Habló usted bien, y le oyeron con atención. Pero la autosugestión puede mucho, padrecito. Recuerdo la primera vista en que actué como defensor. Pantalón rojizo, frac prestado por un amigo músico. Lo único que se me ocurría era que el público se estaba riendo de mi pantalón. Y me parecía que mi defendido me había engañado, y que el procurador se mofaba de mí, y que yo era un tonto rematado. Usted, seguramente, habrá decidido mandar la profesión a la porra, ¿verdad? A todos les ocurre lo mismo. No es usted el primero ni será el último. El debut cuesta caro, padrecito mío...

—¿Y quién se reía, quién se mofaba?

—¡Nadie! Figuraciones de usted. Siempre les ocurre eso a los novatos. ¿No tuvo usted también la impresión de que los miembros del Jurado le miraban despectivamente? ¿Verdad que sí? Pues claro... Tome, amigo. Beba esto y tápese.

Los enemigos cubrieron a Piatorkin con sus abrigo y estuvieron cuidándole toda la noche como a un niño. Los sufrimientos del día se desvanecieron.

POR TELÉFONO

(У телефона)

—¿Qué desea? —pregunta una voz femenina.

—Póngame con el Slavianski Bazaar.

—¡Hecho!

Tres minutos más tarde, escucho el tono... Pego a la oreja el auricular y oigo sonidos de naturaleza indeterminada: no es el viento soplando, no son garbanzos que se desparraman... Alguien balbucea algo...

—¿Tienen habitaciones libres? —pregunto.

—Ahora mismo no hay nadie en casa —responde una entrecortada voz de niño—. Mamá y papá fueron a casa de Serafima Petrovna y Luisa Frántzovna está con gripe.

—¿Quién es usted? ¿Es del Slavianski Bazaar?

—Soy Seriozha. Mi papá es médico... Pasa consulta por las mañanas.

—Pero, cariño, yo no necesito un médico, sino al Slavianski Bazaar.

—¿Qué bazar? (Se ríe). Ya sé quién es usted... Es Pável Andreich... ¡Nos llegó carta de Katy! (Se ríe). Se casa con un oficial. Entonces, ¿cuándo me comprará unas pinturas?

Dejo el teléfono y diez minutos después vuelvo a llamar...

—¡Póngame con el Slavianski Bazaar! —solicito.

—¡Por fin! —responde una ronca voz de bajo—. ¿Está Fuchs con usted?

—¿Qué Fuchs? ¡Le ruego que me ponga con el Slavianski Bazaar!

—¡Ah, está usted en el Slavianski Bazaar! De acuerdo, voy para allá... Cerraremos hoy nuestros negocios... Vaya pidiéndome, por favor, una ración de esturión... No he comido...

—¡Uff! ¡A saber lo que está pasando! —pienso, mientras me alejo del teléfono—. Quizá no sepa utilizar el teléfono y me haya confundido. A ver, ¿cómo será? Primero hay que girar esto, después esto otro y pegar la oreja... ¿Y ahora? Ahora colgar esta cosa con cosas y girar tres veces aquella otra cosa... ¡Yo creo que lo estoy haciendo bien!

Comunico de nuevo. No responden. Llamo alterado, con el riesgo de romperlo. El sonido del aparato es como el de ratones correteando sobre papeles...

—¿Con quién hablo? —grito— ¡Responda! ¡Más alto!

—Con la Manufactura Hijos de Timófei Vaksin...

—Se lo agradezco de verdad, pero no necesito sus manufacturas...

—¿Es usted Sychov? Ya le hemos mandado la tela...

Cuelgo y de nuevo empiezo a hacer repaso. ¿Me estaré equivocando? Leo las instrucciones, me fumo un cigarro y telefono de nuevo. No responden...

«¿Será que se ha estropeado el teléfono en el Slavianski Bazaar? —pienso—.

Intentaré entonces hablar con el Hermitage».

Vuelvo a revisar las instrucciones de cómo hablar con la centralita, y llamo...

—¡Póngame con el Hermitage! —grito—. ¡El Her-mi-tage!

Pasan cinco minutos, diez... Empiezo a perder la paciencia poco a poco, pero justo... ¡Bien! Se escucha el tono.

—¿Con quién hablo?

—Con la centralita.

—¡Uf! ¡Conécteme con el Hermitage, por el amor de Dios!

—¿Con Ferrein?

—¡Con el Her-mi-tage!

—Hecho...

«Ya se acaba mi tormento según parece... —pienso—, ¡Estoy sudando!».

Suena. Levanto el aparato y clamo:

—¿Tienen habitaciones individuales?

—Mamá y papá fueron a casa de Serafima Petrovna y Luisa Frántzovna está con gripe. ¡Ahora mismo no hay nadie en casa!

—¿Eres Seriozha?

—Yo... ¿Usted quién es? (Se ríe). ¿Pável Andreich? ¿Por qué no vino usted a vemos ayer? (Se ríe). Papá hizo sombras chinas... Se puso el sombrero de mamá y fingía ser Advotia Nikoláievna...

De repente se corta la voz de Seriozha y se queda en silencio. Cuelgo el aparato y vuelvo a llamar durante tres minutos, hasta que me duelen los dedos.

—¡Póngame con el Hermitage! —grito—. ¡Con el que está en la Plaza Trúbnaya! ¿Me escucha?

—Le escucho perfectamente... Pero esto no es el Hermitage, sino el Slavianski Bazaar.

—¿Es el Slavianski Bazaar?

—Eso es... El Slavianski Bazaar...

—¡Uff! Pues no lo entiendo... ¿Tienes habitaciones libres?

—Ahora mismo lo compruebo...

Pasa un minuto, pasan dos minutos... En el aparato se escucha un ligero temblor de una voz... Escucho atentamente pero no comprendo nada...

—Dígame, entonces. ¿Hay habitaciones?

—Pero ¿qué es lo que necesita? —pregunta una voz femenina.

—¿Es el Slavianski Bazaar?

—La centralita...

(Continúa hasta el nec plus ultra).

LOS NIÑOS

(Детвора)

Ni papá, ni mamá, ni tía Nadia están en casa. Se fueron al bautizo que se celebra en la del viejo militar que solía montar la jaca gris.

Grisha, Ania, Aliosha, Sonia y Andréi (el hijo de la cocinera), esperando su regreso, están sentados alrededor de la mesa del comedor y juegan a la lotería. A decir verdad ya es hora de que se vayan a dormir, pero ¿es que acaso sería posible dormirse sin saber antes por mamá cómo es el niño recién bautizado y qué platos fueron servidos en la cena?

La mesa, que alumbra una lámpara colgante, está cubierta de números, cáscaras de nueces, papeles y fichitas de vidrio. Delante de cada jugador hay dos cartones y un montoncito de fichas con que tapar las cifras, y en el centro de la mesa resalta la blancura de un platillo que contiene cinco monedas de kopek. Junto al platillo hay una manzana a medio comer, unas tijeras y un plato sobre el que ha sido ordenado se echen las cáscaras de nuez. Los niños juegan con dinero. Cada apuesta es un kopek y las condiciones las siguientes: el que haga trampas será arrojado de allí en el acto. Aparte de los jugadores, no hay nadie en el comedor. Agafia Ivánovna, el aya, está abajo en la cocina dando lección de corte a la cocinera, y Vasia, el hermano mayor, alumno de quinto año, se aburre tumbado en el sofá de la sala. Todos ponen pasión en el juego. El rostro que con mayor fuerza acusa esta pasión es el de Grisha, chiquillo de nueve años, de pelo rapado, mejillas gordiflonas y gruesos labios negros. Ya va al colegio, por lo que es considerado como mayor y tenido por sumamente inteligente. Sólo le mueve a jugar el interés por el dinero. Si sobre el platillo no hubieran estado aquellos kopeks, hace tiempo que se hubiera ido a la cama. Sus ojillos color castaño recorren inquietos y recelosos los cartones de sus compañeros de juego. El miedo de perder, la envidia y las combinaciones financieras ocupan su cabeza impidiéndole estar quieto y fijar continuamente la atención. A juzgar por sus movimientos, diríase que está sentado sobre agujas. Cuando gana coge el dinero con afán y se lo guarda en seguida en el bolsillo. Su hermana Ania, niña de aproximadamente ocho años, puntiaguda barbilla y ojos inteligentes, también teme que gane otro. Enrojece, palidece y está atenta a las jugadas. Los kopeks no le interesan. Para ella tener suerte en el juego es cuestión de amor propio. Sonia, su otra hermana, chiquilla de seis años y rizada cabecita, poseedora de ese cutis del que sólo disponen los niños muy saludables y las muñecas, juegan a la lotería sólo por seguir la marcha del juego. En su cara puede leerse que está emocionada. Gane quien gane, del mismo modo ríe y palmorea. Aliosha, pequeñín inflado, redondo como una bola, entre resoplidos mira los cartones con ojos muy abiertos. Aunque no tiene ambición ni amor propio, está satisfecho de que no le echen de la habitación ni le acuesten. Pese a lo flemático de su

aspecto exterior, interiormente es una bestiecilla. Si se sentó a jugar no fue tanto por la lotería cuanto por poder presenciar las discrepancias inevitables en el juego. Se siente ferozmente complacido cuando una persona riñe o se pega con otra. Desde hace rato experimenta la necesidad de ir corriendo a cierto paraje, pero no abandona la mesa ni un solo minuto por temor a que en su ausencia le roben sus fichitas y sus kopeks. Como conoce solamente las unidades y las cifras terminadas en cero, Ania se encarga de llenarle los cartones. El quinto jugador, Andréi, el hijo de la cocinera, es un muchachito moreno y enfermizo, vestido de una blusa de percal, con una crucecita de cobre colgada sobre el pecho, que contemplaba las cifras inmóvil y con expresión soñadora. Permanece indiferente a las ganancias y a los triunfos de los demás, porque se encuentra sumergido en la aritmética del juego y en ésta su pequeña filosofía: ¡Cuántas cifras contiene el mundo! ¿Y cómo es posible que no lleguen a mezclarse?

Todos por turno leen en alta voz los números, excepto Sonia y Aliosha. Para paliar la monotonía de aquéllos, se emplean términos y apodos risibles. Los jugadores, por ejemplo, llaman *gancho* al siete; *palitos*, al once; *Semión Semiólnich*, al setenta y siete; *abuelo*, al noventa, etcétera... Juegan animadamente.

—¡Setenta y dos! —canta Grisha, extrayendo del gorro de papá los pequeños cilindros de color amarillo—. ¡Diecisiete...! ¡El *gancho*! ¡Veintiocho! Ania repara en que Andréi no se ha fijado en el veintiocho.

En otro momento le hubiera llamado la atención; pero como ahora, en el platillo, al mismo tiempo que los kopeks, se juega su amor propio, se siente triunfante.

—¡Veintitrés! —sigue diciendo Grisha—. ¡*Semión Semiólnich*! ¡Nueve!

—¡Ay! ¡Una cucaracha! —exclama Sonia señalando a una cucaracha que atraviesa velozmente la mesa—. ¡Ay!

—¡No la mates! —dice con voz de bajo Aliosha—, Puede que tenga hijos...

Sonia sigue con la mirada a la cucaracha mientras piensa en los posibles hijos de ésta. ¡Qué pequeñas serían aquellas cucarachitas!

—¡Cuarenta y tres! ¡Uno! —continúa Grisha, al que hace sufrir la idea de que a Ania le falte poco para terminar—. ¡Seis!

—¡Partida! ¡Se acabó la partida! —grita Sonia poniendo los ojos en blanco y riéndose con coquetería.

Las cartas de sus compañeros de juego se alargan.

—¡A revisar! —dice Grischa mirando con odio a Sonia.

Como es el mayor y el más listo de todos, se abroga, el derecho de disponer. Los demás hacen lo que él quiere. Los cartones de Sonia son revisados minuciosamente durante largo rato, resultando al fin, y con gran pesar por parte de sus contrincantes, que no había hecho trampas. Comienza una nueva partida.

—¡Huy lo que vi ayer! —dice Ania como si estuviera hablando consigo misma—. ¡Pilipp Pilippich se volvió los párpados y se le pusieron los ojos colorados y de mucho miedo como los de un espíritu maligno!

—Yo también lo vi —dice Grischa—. ¡Ocho! Uno de los chicos de mi clase sabe

mover las orejas. ¡Veintisiete!

Andréi alza los ojos hacia Grisha, medita y dice:

—También sé yo mover las orejas.

—¡A ver!

Andréi agita los ojos, los labios, los dedos, imaginando que sus orejas se mueven igualmente. La risa es general.

—Ese Pilipp Pilippich no es bueno —suspira Sonia—. Ayer entró en nuestro cuarto cuando yo estaba sola en camisón. Me molestó mucho.

—¡Partida! —exclama de pronto Grisha apoderándose rápidamente del dinero del platillo—. ¡Terminó la partida! ¡Revisad si queréis!

El hijo de la cocinera levanta los ojos y palidece.

—Entonces..., ya no puedo jugar más... —murmura.

—¿Por qué?

—¡Porque... porque ya no tengo dinero!

—¡Sin dinero no se puede jugar! —dice Grisha.

Andréi, por si acaso, revuelve en sus bolsillos, y no encontrando en ellos más que migas de pan y un lapicero todo mordisqueado, tuerce la boca con gesto doloroso y empieza a parpadear. Romperá a llorar en seguida...

—Yo pondré por ti... —dice Sonia, a quien aquella mirada de mártir resulta insoportable—, pero ¡cuidado con no devolvérmelo después!

Los niños depositan sus kopeks y prosigue el juego.

—Parece que ha sonado la campanilla —dice Ania abriendo extraordinariamente los ojos.

Todos interrumpen el juego, y con la boca abierta miran a la oscura ventana. Sobre esa oscuridad se refleja la lámpara.

—Nada de eso. Por la noche sólo suena en el cementerio —dice Andréi.

—¿Por qué suena allí?

—Para que los bandidos no entren en la iglesia.

—¿Y para qué van a entrar los bandidos en la iglesia? —pregunta Sonia.

~¡Ya se sabe para qué...! Para matar a los guardianes.

Transcurre un minuto en silencio. Todos se miran unos a otros y se estremecen; luego reanudan el juego. Esta vez es Andréi el que gana.

—¡Ha hecho trampa! —dice Aliosha sin saber por qué lo dice.

—¡Mientes! ¡No he hecho trampa!

Andréi, que ha palidecido y cuya boca se tuerce, da a Aliosha una bofetada; éste le mira maliciosamente, luego, de un salto, planta una rodilla en la mesa y le pega a su vez un cachete en la mejilla. Ambos vuelven a propinarse mutuamente otro par de bofetadas, empiezan a llorar y el comedor se llena de lamentos de distintos tonos. No piensen ustedes, sin embargo, que por esta causa se da el juego por terminado... Aún no habrían transcurrido ni cinco minutos cuando ya los niños ríen de nuevo y hablan apaciguados. Los rostros conservan las huellas de las lágrimas, pero esto no les

impide sonreír. Aliosha se siente feliz. ¡Hubo riña! En el comedor entra Vasia, el alumno de quinto. Su aspecto es soñoliento y desilusionado.

«¡Indignante! —piensa cuando contempla a Grisha palpándose los bolsillos en los que tintinean los kopeks—. ¡Qué ocurrencia dar dinero a los niños! ¿Cómo se les podrán permitir los juegos de azar? ¡Vaya una pedagogía! ¡Indignante!».

Pero los niños con tal fruición saborean su juego que él mismo experimenta el deseo de unirse a ellos y probar fortuna.

—¡Esperad, que yo también voy a sentarme a jugar!

—¡Tienes que poner un kopek!

—Ahora mismo —dice rebuscándose en los bolsillos—. Kopeks no tengo, pero sí un rublo. ¡Va un rublo!

—¡No!, ¡no!, ¡no...! ¡Pon un kopek!

—¡Sois unos tontos! ¡Un rublo es siempre más que un kopek! —exclama el colegial— El que gane me dará una vuelta.

—¡No! ¡Márchate, por favor!

El alumno de quinto se encoge de hombros y va a la cocina a pedir cambio a las criadas. Allí no hay ni un kopek.

—¡Cámbiame entonces! —dice a Grisha cuando vuelve de la cocina— Te daré algo por el cambio. ¿No quieres? ¡Bueno! Pues, entonces, véndeme diez kopeks por un rublo.

Grisha mira de soslayo a Vasia pensando en si le irán a hacer víctima de alguna jugarreta.

—No quiero —dice agarrándose el bolsillo.

Vasia empieza a ponerse fuera de sí. Se enfada y llama a los jugadores estúpidos y sesos de latón.

—Vasia, yo pondré por ti —dice Sonia—. ¡Siéntate!

El colegial se sienta y coloca dos cartones ante sí. Ania canta los números.

—¡Se me ha caído un kopek! —dice de pronto Grisha con voz alterada—. ¡Esperad!

Entre todos quitan la lámpara y buscan por debajo de la mesa. Sus manos cogen las cáscaras de nuez, sus cabezas chocan las unas con las otras, pero el kopek no aparece. Empiezan a buscar de nuevo hasta que Vasia quita la lámpara de las manos de Grisha y la coloca otra vez en su sitio. Grisha continúa su búsqueda en la oscuridad. He aquí que por fin aparece el kopek; los jugadores se sientan a la mesa y se disponen a seguir la partida.

—¡Sonia se ha dormido! —anuncia Aliosha.

Sonia, con la cabeza apoyada sobre los brazos, duerme dulce, plácida y profundamente. Como si llevara ya una hora dormida. Se durmió sin querer, mientras los otros buscan el kopek.

—¡Anda! ¡Échate en la cama de mamá! —dice Ania sacándola del comedor—. ¡Anda!

Todos la conducen en tropel, y al cabo de cinco minutos la cama de mamá ofrece un espectáculo curioso: Sonia duerme, y a su lado Aliosha exhala suaves ronquidos mientras sobre las piernas de ambos descansan las cabezas de Grisha y de Ania. Allí junto a ellos se acurruca Andréi, el hijo de la cocinera, y a su lado, perdido su valor, hasta el próximo juego, yacen desparramados los kopeks. ¡Buenas noches!

UN DESCUBRIMIENTO

(Открытие)

Escarbando entre la basura
un gallo encontró una perla
Krilov

Como el ingeniero y consejero civil Bajromkin estaba sin nada que hacer ante su escritorio, se puso triste. En el baile en casa de unos conocidos, se había encontrado esta noche, por sorpresa, con una dama de la que estuvo enamorado hacía veinte o veinticinco años. En aquel tiempo era una hermosa conocida, tan fácil enamorarse de ella como pisarle un callo a un vecino. Bajromkin recordaba de ella, en concreto, sus profundos ojos enormes, que parecían tener el fondo cubierto de suave terciopelo azul, su largo cabello dorado, del color del trigo maduro cuando lo agita el viento antes de una tormenta... Una belleza inaccesible, severa en la mirada, que rara vez sonreía pero que cuando lo hacía «las llamas de las velas apagadas revivía con su sonrisa»... Y sin embargo ahora no era más que una vieja consumida, parlanchina de ojos críticos y dientes amarillos... ¡Uff!

«¡Qué extraño! —pensaba Bajromkin mientras pasaba una y otra vez el lápiz por el papel—. No hay fuerza alguna en la naturaleza, por maligna, capaz de arruinar así a una persona. Si esa belleza hubiera sabido entonces en qué la iba a convertir el tiempo, se habría muerto de espanto...».

Bajromkin estuvo un tiempo dándole vueltas a esto, hasta que se levantó de golpe...

—¡Dios mío! —dijo con horror— ¿Y esto? ¿Es que yo sabía dibujar?

En la hoja de papel sobre la que estaba deslizando el lápiz se asomaba, a través de unos trazos y garabatos toscos, una encantadora cabeza de mujer, la misma de la que alguna vez estuvo enamorado. El dibujo no era, en general, bueno, pero transmitía perfectamente aquella mirada lánguida de seriedad, los contornos suaves y un mar de espesos cabellos desordenados...

—¿Pero qué es esto? —continuó Bajromkin, sorprendido—. ¡Sé dibujar! ¡Llevo cincuenta y dos años en la tierra sin que adivinase en mí talento alguno, y aparece ahora en la madurez! Lo agradezco porque no me lo esperaba, pero ¡no puede ser!

Sin creérselo, Bajromkin cogió el lapicero y dibujo, junto a la otra, la cabeza de la vieja... Y le salió tan bien como la de la joven...

—¡Asombroso! —dijo encogiéndose de hombros—. ¡Pero que nada mal! ¿Entonces? ¡Pues entonces es que soy pintor! ¡Ya tengo vocación, por tanto! ¿Y por qué no lo he sabido antes? ¡Qué curioso!

Bajromkin no se hubiera admirado tanto tras descubrir en él esa capacidad creadora, ni aunque hubiera encontrado dinero en su viejo chaleco o aunque le

hubieran dado la noticia de un ascenso de rango. Toda una hora estuvo dibujando cabezas, árboles, llamas, caballos...

—¡Magnífico! ¡Bravo! —se maravillaba—. Si aprendiera algo de técnicas, ya sería excelente del todo.

Continuó dibujando y sorprendiéndose hasta que lo interrumpió un sirviente, que entró en el gabinete con la mesita de la cena. Tras comer y beberse dos vasos de *bourgogne*, Bajromkin, cansado, se quedó pensando... Se acordó de que, a lo largo de estos cincuenta y dos años, ni una sola vez había sospechado algún talento en él. Es verdad que la afición por la belleza la había tenido siempre. De joven había sido actor aficionado, tocaba música, cantaba, ayudaba en la decoración... Incluso, después ya, hasta la vejez no había abandonado la lectura, ni la pasión por el teatro, anotar buenos versos para recordarlos... Era agudo, hablaba bien, las críticas que hacía eran justas... Una chispa había, eso está claro, pero siempre la apagaba la vanidad...

«¿Con qué no hace bromas el diablo? —pensó Bajromkin—. ¿Sabré acaso escribir poemas y novelas? Es más, ¿me habría hecho pintor o poeta de haber descubierto mi talento de joven, cuando aún no era tarde? ¿Eh?».

Y en sus ensoñaciones se le aparecía una vida completamente diferente a las de millones de otras vidas. No había manera de compararla con la vida del común de los mortales.

«Es por eso, tienen razón, que a ellos no se les otorgan títulos y condecoraciones... —pensó—. Están al margen de rangos y distinciones... Y sólo los elegidos podrán juzgar sus actos...».

Justo en ese momento recordó Bajromkin un episodio de su pasado más lejano... Su madre, mujer nerviosa y excéntrica, iba una vez con él cuando se encontró en la escalera con un hombre borracho e indecente, y le besó la mano. «¿Por qué haces eso, mamá?», se asombró él. «¡Es un poeta!», respondió ella. Y a su manera tenía razón... De haber sido la de un general o un senador la mano que hubiera besado, no habría sido más que servilismo, una humillación indigna de una mujer hecha y derecha. Pero besarle la mano a un poeta, a un pintor o a un compositor era normal...

«La vida libre no es lo habitual... —pensó Bajromkin, dirigiéndose a la cama—. ¿Y la fama? ¿Y la notoriedad? Por mucho que avance, por muchos escalones que suba, mi nombre no llegará más lejos que una hormiga... Pero para ellos es diferente... Un poeta o un pintor pueden dormir o emborracharse a gusto, sin preocupaciones, y mientras en las ciudades, sin que él lo sepa, se están aprendiendo de memoria sus versos o contemplan sus cuadros... No conocer sus nombres viene a considerarse falta de educación, ser un ignorante... un *mauvais ton*...».

Bajromkin se dejó caer, agotado, en la cama y le hizo un gesto al sirviente... El sirviente se acercó y lo fue desnudando con cuidado.

«Mmmm... Sí... Una vida fuera de lo común... Todos se llegarán a olvidar de las líneas del tren, pero a Fidas y a Homero se los va a recordar por siempre... Incluso a

Trediakovski, con lo malo que es, lo recordarán... ¡Grrr, qué frío hace! ¿Y si fuera pintor? ¿Cómo me sentiría?».».

Imaginó una escena mientras el sirviente le quitaba el camisón de día y le ponía el de noche... En una oscura noche, un pintor o un poeta arrastra sus pies hasta su casa... El que tiene talento no tiene caballos, es así, va andando... Miserable, con el abrigo raído, incluso sin chanclos en los pies... A la entrada de la pensión, el portero duerme. El muy grosero abre la puerta incluso sin mirar... Entre la mayoría, el nombre de poeta o pintor goza de respeto, pero el respeto no da ni frío ni calor. No hace más amable al portero, ni más cordial al sirviente, ni más comprensivos a los inquilinos... El nombre tiene respeto, pero la persona es un despojo... Entonces, finalmente entra a la pensión, cansado y desnutrido, a su habitación oscura y cargada... Hoy querría comer y beber, pero, ay, no habrá *bourgogne*... Querría dormir, tanto que se le cierran los ojos y se le cae la cabeza sobre el pecho, pero la cama de alquiler es áspera, fría... Ponte tú mismo el agua, desnúdate tú mismo... Camina descalzo por el frío suelo... Y al final, se duerme temblando, recordando que no tiene ni tabaco, ni caballos... Que en el cajón del medio de su mesilla no hay ni una condecoración, ni la Anna, ni la Stanislav, ni en el de abajo está su chequera...

Bajromkin movió la cabeza, se recostó sobre el colchón de muelles, y se cubrió rápidamente con la manta.

«¡Al diablo! —pensó, poniéndose más cómodo mientras se dejaba dormir dulcemente—. ¡Al... dia... blo! Menos mal que... de joven no... no lo descubrí...».

El sirviente apagó la lamparilla y salió de puntillas.

LA CIUDAD MÁS GRANDE

(Самый большой город)

En la memoria de los habitantes de la ciudad de Tim, en la provincia de Kursk, se conserva, para su vanidad, la leyenda siguiente.

En una ocasión, complicados azares llevaron a un corresponsal inglés hasta la ciudad de Tim. Llegó de paso.

—¿Qué ciudad es ésta? —le preguntó al conductor al llegar a una calle.

—¡Tim! —respondió el conductor mientras maniobraba cuidadosamente entre profundos charcos y baches.

Mientras esperaba a que el conductor saliera del barrizal, el inglés se sentó en el pescante y se quedó dormido. Cuando se despertó una hora después, contempló una gran plaza sucia, llena de puestos de mercado, cerdos y una torre.

—Y ésta, ¿qué ciudad es? —preguntó.

—Ti... ¡Tim! ¡Venga, condenado! —respondió el conductor, bajándose del cairo y ayudando al caballo a salir de un socavón.

El corresponsal bostezó, cerró los ojos y se volvió a dormir. Cuando se despertó por culpa de una fuerte sacudida dos horas después, se frotó los ojos y vio una calle llena de pequeñas casas blancas. El conductor, hasta las rodillas de barro, tiraba de las riendas del caballo, luchando con todas sus fuerzas, mientras maldecía.

—Y ésta, ¿qué ciudad es? —preguntó el inglés contemplando las casas.

—¡Tim!

Cuando un poco más tarde ya estaba en el hotel, el corresponsal se sentó a escribir: «La ciudad más grande de Rusia no es Moscú ni Petersburgo, sino Tim».

TRISTEZA

(Тоска)

¿A quién contaré mi pena...?

Ocaso. Gruesos copos revolotean alrededor de las farolas recién encendidas y forman una fina y blanda capa de nieve en tejados, lomos de caballos, hombros y gorros. El cochero Yona Potápov está completamente blanco, como un fantasma. Encogido cuanto puede encogerse un ser vivo, está sentado en el pescante, sin moverse. Si le cayese un alud, no consideraría necesario quitarse la nieve de encima... Su caballo también está blanco e inmóvil. Su inmovilidad, su figura contorneada y sus tías patas con forma de palo recuerdan a un caballito de golosina de un kopek. Con toda probabilidad, se halla sumido en cavilaciones, pues un animal al que han arrancado del arado, del paisaje gris al que se había acostumbrado, y han arrojado aquí, a este torbellino lleno de horrendas luces, de incesante estrépito y de gentes apresuradas, no puede dejar de pensar...

Yona y su caballo no se mueven de su sitio desde hace rato. Salieron a la calle antes del almuerzo, pero aún no se han estrenado. Y en la ciudad ya empieza a oscurecer. La pálida luz de las farolas cede el paso a colores vivos y el trasiego de las calles se hace más ruidoso.

—¡Cochero, a Vyborgskaya^[73]...! —oye Yona—. ¡Cochero!

Yona se estremece y a través de las pestañas entornadas por la nieve, ve a un militar con capote y capucha.

—¡A Vyborgskaya! —repite el militar—. ¿Es que estás dormido? ¡A Vyborgskaya!

Como señal de asentimiento, Yona tira de las riendas, y caen las capas de nieve de sus hombros y de los lomos del caballo... El militar toma asiento en el trineo. El cochero chasquea los labios, estira el cuello como un cisne, se endereza y, más por costumbre que por necesidad, agita el látigo. El caballo también estira el cuello, dobla sus patas con forma de palo y, sin apresurarse, echa a andar...

—¡Mira por dónde te metes, maldito! —oye gritar Yona apenas se pone en marcha. Las voces proceden de una masa oscura que se mueve por delante y por detrás— ¿Adónde diablos vas? ¡Ve por la derecha!

—¡No sabes conducir! ¡Ve por la derecha! —le grita enfadado el militar.

Le insulta un carretero, le mira airado y se sacude la nieve de la manga un transeúnte que cruzaba y la calle y que se ha dado con el hombro en el morro del caballo. Yona se agita en el pescante como si fuera sentado sobre alfileres, mueve los codos a un lado y a otro, mira como un loco, como si no comprendiera dónde está ni qué hace ahí.

—¡Qué canallas! —se burla el militar—. Todos se meten contigo o con tu caballo.

¡Se han puesto de acuerdo!

Yona mira al pasajero y mueve los labios... Parece que quiere decir algo, pero no sale nada de su garganta, salvo ronquidos.

—¿Qué? —le pregunta el militar.

Yona retuerce la boca con una sonrisa, fuerza la garganta y dice con voz afónica:

—Es que..., señor, es que se me ha muerto un hijo esta semana.

—¡Hum...! ¿Y de qué se ha muerto?

Yona se vuelve con todo su cuerpo hacia el pasajero y le dice:

—¡Cualquiera lo sabe! Creo que de unas fiebres... Estuvo tres días en el hospital y se murió... ¡Así lo ha querido Dios!

—¡Aparta, diablo! —se oye en la oscuridad—. ¿Qué haces, perro sarnoso? ¡Abre los ojos!

—¡Vamos, vamos...! —dice el pasajero—. A este paso no llegamos ni mañana. ¡Arréale!

El cochero estira otra vez el cuello, se levanta un poco y agita torpemente el látigo. Luego se vuelve varias veces hacia el pasajero, pero éste ha cerrado los ojos. Por lo visto, no tiene ganas de escuchar. Después de dejarle en la calle Vyborgskaya, el cochero se para junto a una taberna, se encoge en el pescante y se queda quieto de nuevo... La húmeda nieve vuelve a pintar de blanco al cochero y al caballo. Pasa una hora, otra...

Por la acera, haciendo resonar sus chanclos y discutiendo, pasan tres jóvenes: dos son altos y delgados y el tercero, bajo y jorobado.

—¡Cochero, al puente Politseiski! —grita con voz trémula el jorobado—. Por los tres... ¡veinte kopeks!

Yona tira de las riendas y chasquea. Veinte kopeks es poco, pero no tiene ganas de regatear... Ahora le da lo mismo un rublo que cinco kopeks, con tal de que haya pasajeros... Los jóvenes, entre empujones y blasfemias, se acercan al trineo y montan los tres al mismo tiempo. Comienzan a discutir quiénes han de ir sentados y quién de pie. Tras largas discusiones, caprichos y reproches, llegan a la conclusión de que el jorobado debe ir de pie por ser el más pequeño.

¡Venga, arrea! —grita con voz temblorosa el jorobado, colocándose en su lugar y echándole el aliento en el cogote a Yona—. ¡Sacúdele! ¡Vaya gorro que llevas, tío! En todo Petersburgo es imposible encontrar uno peor...

—Ji, ji..., ji, ji... —se ríe Yona—. El que tengo.

—El que tienes, ¿eh? Pues, ¡arréale! ¿Es que vas a ir así todo el camino? ¿Sí? ¿Y si le sacudes en el cuello...?

—¡Me va a estallar la cabeza...! —dice uno de los altos—. Ayer, en casa de los Dukmássov, nos bebimos Vaka y yo cuatro botellas de coñac.

—¡No entiendo por qué mientes! —replica enfadado el otro alto—. Mientes más que hablas.

—Que Dios me castigue si no es cierto...

—Eso es tan cierto como que los piojos tosen.

—¡Ji, ji! —se ríe Yona—. ¡Van contentos los señores!

—¡Puaf!, ¡vete al diablo...! —exclama el jorobado— ¿Vas a ir más deprisa o no, carcamal? ¿Es esto todo lo que corres? ¡Dale un buen latigazo! ¡Dale, maldito! ¡Dale fuerte!

Yona siente a sus espaldas el cuerpo en movimiento y la voz temblorosa del jorobado. Oye los insultos que le dirigen, ve a la gente, y la sensación de soledad se desprende poco a poco de su pecho. El jorobado no para de blasfemar, hasta que se queda sin aliento en medio de una blasfemia muy larga y rebuscada, y echa a toser. Los dos altos se ponen a hablar de una tal Nadezhda Petrovna. Yona se vuelve a mirarlos. Espera un poco y se vuelve otra vez y susurra:

—¡Pues a mí... se me ha muerto... mi hijo esta semana!

—¡Todos moriremos...! —suspira el jorobado, secándose los labios tras el ataque de tos—. ¡Venga, arréale! ¡Arréale! ¡Señores, decididamente yo no puedo seguir viajando así! ¿Cuándo llegaremos?

—¡Anímale, tío! ¡Sacúdele en el cuello!

—¿Oyes, carcamal? Si no le das en el cuello, te doy yo a ti. Si te andas con cumplidos con tipos como él, mejor ir a pie. ¿Oyes, capullo? ¿O te importa un bledo lo que digamos?

Y Yona oye, más que siente, los golpes en el cogote.

—¡Ji, ji! —se ríe—. ¡Están contentos los señores...! ¡Que Dios les conserve la salud!

—Cochero, ¿estás casado? —pregunta un alto.

—¿Yo? ¡Ji, ji! ¡Están contentos los señores! Ahora sólo tengo una mujer: la tierra húmeda... ¡Ji, jo, jo...! ¡La sepultura...! Mi hijo ha muerto y yo sigo vivo... Es raro, la muerte se ha equivocado de puerta... En vez de venir a visitarme ha ido a casa de mi hijo...

Y Yona se da media vuelta para contar cómo ha muerto su hijo, pero entonces el jorobado suspira con alivio y anuncia que, gracias a Dios, ya han llegado. Tras recibir los veinte kopeks, Yona sigue con la mirada a los juerguistas, que desaparecen en un portal oscuro. De nuevo se queda solo y de nuevo le rodea el silencio... La tristeza, calmada por un rato, le invade de nuevo y le desgarrá el pecho aún con mayor fuerza. Los acongojados ojos de Yona siguen inquietos a la muchedumbre que camina a ambos lados de la calle: ¿no habrá entre esos miles de personas alguien que le escuche? Pero la gente tiene prisa y no se fija en él ni en su tristeza... ¡Una tristeza enorme, infinita! Si estallara su pecho y se derramara, esa tristeza inundaría el mundo. Sin embargo, nadie la ve. Ha sabido meterse dentro de una cáscara tan diminuta que ni con una vela se ve de día...

Yona divisa a un portero con un hatillo y decide ponerse a hablar con él.

—Dígame, buen hombre, ¿qué hora es? —le pregunta.

—Van a ser las diez... ¿Qué haces aquí parado? ¡Circula!

Yona se mueve unos pasos, se encoge y se sume en la tristeza... Acaba pensando que no sirve de nada dirigirse a la gente. Pero no pasan ni cinco minutos cuando se yergue, sacude la cabeza como si sintiera un fuerte dolor, y tira de las riendas... Ya no puede más.

«¡A casa! —piensa—. ¡A casa!».

Y el caballo, como si comprendiera sus pensamientos, echa a correr al trote. Al cabo de hora y media, Yona está sentado junto a una estufa grande y sucia. Sobre el rellano de la estufa, en el suelo y sobre los bancos, la gente ronca. El aire está muy cargado, el ambiente es sofocante... Yona mira a los que duermen, se rasca y lamenta haber vuelto tan pronto...

«No he ganado ni para avena —piensa—. Por eso estoy triste. El hombre que conoce su oficio... que tiene para comer y para dar de comer a su caballo, siempre está tranquilo...».

En un rincón se levanta un joven cochero, se despereza y se dirige adormilado al balde de agua.

—¿Qué, quieres beber?

—Pues sí.

—Entonces... ¡salud...! Se ha muerto mi hijo... ¿me oyes? Ha sido esta semana, en el hospital... ¡Qué historia!

Yona trata de observar qué efecto producen sus palabras, pero no ve a nadie. El joven se ha tapado la cabeza y ya está dormido. El viejo suspira y se rasca... Tiene tantas ganas de hablar como el joven tenía de beber. Pronto hará una semana que su hijo ha muerto y aún no ha podido hablar con nadie... Necesita contarle todo como es debido, por orden... Ha de contar cómo enfermó su hijo, cómo sufrió, qué dijo antes de morir, cómo murió... Tiene que describir el entierro y el viaje al hospital para recoger la ropa del difunto. En la aldea se ha quedado su hija Anisia... También necesita hablar de ella... ¡De cuántas cosas podría hablar! El oyente ha de suspirar, gemir, lamentarse... Mejor aún sería hablar con una mujer. Aunque son tontas, se ponen a llorar con dos palabras.

«Voy a ver al caballo —piensa Yona—. Para dormir siempre hay tiempo... de sobra».

Se viste y va a la cuadra en la que está su caballo. Piensa en la avena, en el heno, en el tiempo que hará... Cuando está solo, no puede pensar en su hijo... Puede hablar de él con cualquiera, pero no soporta el dolor que le produce pensar a solas en él y evocar su imagen...

¿Qué, rumiando? —pregunta Yona al caballo, mirando sus ojos brillantes—. Come, come... Ya que no hemos ganado para avena, al menos tenemos heno... Sí... Ya soy demasiado mayor para ser cochero... Mi hijo debería serlo y no yo... Él sí que era un buen cochero... Si estuviera vivo...

Yona guarda silencio y continúa:

—Así son las cosas... Ya no está Kuzmá Yónich... Se ha ido al otro mundo...

cogió el billete y se fue en balde... Dime, si tuvieras un potrillo y se muriera... ¿a que te dolería?

El caballo rumia, escucha y exhala su aliento en las manos de su dueño...

Yona se emociona y le cuenta todo...

LA CONVERSACIÓN DEL BORRACHO CON EL DIABLO SOBRIO

(Беседа пьяного с трезвым чërтом)

El antiguo funcionario de gestión de intendencia y secretario colegiado jubilado Lajmatov, mientras se bebía la decimosexta copa sentado a la mesa, reflexionaba sobre la fraternidad, la igualdad y la libertad. De repente se le apareció el diablo de detrás de la lámpara... No se asuste, lectora. ¿Sabe cómo es el diablo? Un joven agradable, negro como unas botas, y con unos expresivos ojos rojos. Tiene unos pequeños cuernos en la cabeza, aunque no está casado... Lleva un peinado francés. Su cuerpo, cubierto con lana verde, y huele a perro. Le cuelga por la espalda un rabo terminado en una flecha... En vez de dedos, tiene garras, en lugar de pies, pezuñas de caballo. Al ver al diablo, Lajmatov se asustó, pero al poco recordó que los diablos de verde tienen la costumbre estúpida de aparecerse en general a todos los borrachos, así que enseguida se calmó.

—¿Con quién tengo el honor de hablar? —le dijo al huésped inesperado.

El diablo se incomodó y bajó los ojos.

—No se coarte —prosiguió Lajmatov—. Acérquese más... Soy un hombre sin prejuicios y puede usted hablar conmigo sinceramente, de corazón... ¿Quién es usted?

—Soy el demonio..., o el diablo... —se presentó—. Llevo a cabo, como funcionario, las misiones especiales de Su Excelencia en persona, el director de la cancillería infernal, ¡el señor Satanás!

—He oído hablar, he oído hablar... Encantado. ¡Tome asiento! ¿Quiere un vodka? Con mucho gusto... ¿A qué se dedica?

El diablo todavía se incomodó más...

—En realidad, no tengo una ocupación concreta... —dijo turbado, tosiendo y sonándose la nariz—. Antiguamente, en realidad, sí teníamos un menester... Tentábamos a las personas... Les seducíamos con buenas maneras hacia el camino del mal... Pero ahora esta actividad, *entre nous soit dit*, no merece la pena... Ya no existe el camino del bien, no hay nada que tentar. Además, la gente se ha vuelto más astuta que nosotros... Intente tentar a un hombre que terminó la universidad de ciencias, que ha pasado por fuego, agua y tubos de cobre. ¿Le voy a enseñar yo a robar un rublo, cuando usted ya se ha hecho con miles sin mi ayuda?

—Es cierto... Pero ¿a algo se dedicará?

—Sí... Puede que nuestro anterior cargo ahora sea sólo nominal, pero aun así tenemos trabajo... Tentamos a las damas de alta alcurnia, empujamos a los jóvenes a escribir poemas, obligamos a los comerciantes borrachos a romper espejos... Hace

tiempo que ya no interferimos en política, literatura o ciencia. No sabemos ni pizca de eso... Muchos de nosotros son colaboradores de *El jeroglífico*, y los hay, incluso, que abandonaron el infierno y regresaron entre los hombres, se casaron con ricas comerciantes y ahora viven de maravilla. Los hay que se dedican a la abogacía, mientras que otros publican periódicos... ¡En general son gente respetable y sensata!

—Perdone por la pregunta entrometida, pero ¿cuánto gana usted?

—Nuestra situación es la misma de antes... —respondió el diablo—. No ha cambiado... Igual que antes, la vivienda, la luz y la calefacción son públicos... No recibimos sueldo, porque se nos considera de fuera de la plantilla, y porque la de diablo es una posición honorífica... En realidad, si le soy franco, se vive mal, aunque se recorre mundo... Menos mal que los hombres nos enseñaron a aceptar sobornos, porque si no, hace tiempo ya que nos hubieran liquidado... Nuestros únicos ingresos son... lo que nos dan los pescadores, y... bueno... además Satanás está ya viejo... siempre está viendo a la bailarina Zucchi y ya no está para que le informemos...

Lajmatov le sirvió al diablo una copita de vodka. Fue bebérselo y ponerse a hablar. Le confesó todos los secretos del infierno, se desahogó de corazón, lloró un poco, y tanto le agradó a Lajmatov que le permitió dormir allí esa noche. El diablo durmió sobre la estufa y estuvo delirando toda la noche. Por la mañana, se había esfumado.

ANIUTA

(АНИУТА)

Por la habitación amueblada más barata del Hotel Lisboa se paseaba de un rincón a otro Stepán Klochkov, estudiante de medicina de tercer curso, repasando las lecciones con aplicación. Esa actividad porfiada e incesante le había dejado la boca seca y había cubierto su frente de sudor.

Junto a la ventana, bordeada de festones de hielo, estaba sentada en un taburete Aniuta, una morena menuda y delgada de unos veinticinco años, muy pálida y con dulces ojos grises, con quien el estudiante compartía la pieza. Con la espalda doblada, bordaba con hilo rojo el cuello de una camisa de hombre. Trabajaba deprisa... El reloj enronquecido del pasillo había dado las dos de la tarde y la habitación aún estaba sin recoger. La manta revuelta, las almohadas en desorden, los libros, la ropa, la gran palangana sucia llena de agua enjabonada en la que flotaban colillas, las barreduras del suelo: se diría que alguien hubiera amontonado, embarullado y amigado a propósito todas esas cosas.

—El pulmón derecho se compone de tres lóbulos... —repasaba Klochkov—. Límites: el lóbulo superior alcanza, en la pared anterior del tórax, la altura de la cuarta o quinta costilla; en la pared lateral, la cuarta... y en la posterior, la *spina scapulae*...

Klochkov, tratando de representarse lo que acababa de leer, levantó los ojos al techo. Al no lograr una imagen nítida, empezó a palparse las costillas superiores a través del chaleco.

—Estas costillas se parecen a teclas de piano —dijo—. Para no equivocarse en la cuenta, es completamente necesario acostumbrarse a ellas. Hay que estudiarlas en un esqueleto y en una persona viva... Aniuta, ven aquí, a ver si me oriento...

Aniuta dejó su labor, se quitó la blusa y se estiró. Klochkov se sentó frente a ella, frunció el ceño y se puso a contar las costillas.

—Hum... La primera no se siente... Está detrás de la clavícula... Ésta debe de ser la segunda... Bien... Aquí está la tercera... Aquí la cuarta... Hum... Bien... ¿Por qué te encoges?

—¡Tiene usted los dedos fríos!

—Vamos, vamos... no te morirás; no te retuerzas... Así pues, ésta es la tercera y ésta la cuarta... A pesar de que pareces muy delgada, apenas se te notan las costillas. Ésta es la segunda... ésta la tercera... No, si sigo así, me equivocaré y no conseguiré representármelas con nitidez... Hay que dibujarlas. ¿Dónde está mi carboncillo?

Klochkov cogió el carboncillo y trazó en el pecho de Aniuta algunas líneas paralelas, correspondientes a sus costillas.

—Estupendo. Ahora lo veo todo claro... Ya puedo auscultarte. ¡Levántate!

Aniuta se puso en pie y alzó el mentón. Klochkov empezó a darle golpecitos y se ensimismó tanto en esa actividad que no advirtió que los labios, la nariz y los dedos de Aniuta estaban morados de frío. La joven temblaba y temía que el estudiante, al advertir ese estremecimiento, dejara de dibujar sus rasgos a carboncillo y de darle golpecitos, comprometiendo, acaso, el resultado del examen.

—Ahora todo está claro —dijo Klochkov, dejando de auscultarla—. Siéntate como estás y no te borres las marcas; mientras tanto, yo voy a repasar un poco más.

Y el estudiante se puso a pasear de nuevo por la habitación, repitiendo la lección. Aniuta, con el pecho literalmente tatuado de rayas negras, encogida de frío, se quedó meditabunda. En general, hablaba muy poco, guardaba silencio casi todo el tiempo y no hacía más que pensar y pensar...

Durante los seis o siete años que había ido rodando de habitación en habitación, había conocido a unos cinco jóvenes como Klochkov. Ahora todos habían terminado sus estudios, se habían abierto camino y, naturalmente, como correspondía a personas respetables, la habían olvidado hacía mucho tiempo. Uno de ellos vivía en París, dos eran médicos, el cuarto pintor y el quinto, según se decía, había llegado ya a catedrático. Klochkov era el sexto... Pronto también él terminaría sus estudios y se abriría camino. Sin duda, le aguardaba un espléndido futuro; probablemente se convertiría en un gran hombre, pero por el momento su situación era espantosa: Klochkov carecía de tabaco y de té y sólo le quedaban cuatro terrones de azúcar. Tenía que acabar el bordado cuanto antes, entregarlo y con el cuarto de rublo recibido comprar té y tabaco.

—¿Puedo entrar? —se oyó detrás de la puerta.

Aniuta se echó a toda prisa un pañuelo de lana sobre los hombros. El pintor Fetisov apareció en el umbral.

—Vengo a pedirle un favor —dijo a Klochkov; lucía una mirada salvaje y los cabellos le caían sobre la frente—. ¿Sería tan amable de cederme a su gentil compañera durante un par de horas? Verá usted, estoy pintando un cuadro y sin una modelo no puedo hacer nada.

—¡Ah, con mucho gusto! —convino Klochkov—. Vete, Aniuta.

—¡Lo que he tenido que ver allí! —dijo en voz queda Aniuta.

—¡Bueno, basta! Te lo pide en nombre del arte, no por cualquier tontería. ¿Por qué no ayudar a la gente cuando puedes hacerlo?

Aniuta empezó a vestirse.

—¿Y qué está pintando usted? —preguntó Klochkov.

—Una Psique. Es un buen tema, pero no acaba de salirme. Tengo que cambiar de modelo cada dos por tres. Ayer se presentó una con las piernas azules. «¿Por qué tienes las piernas de ese color?», le pregunté. Y ella me respondió: «Mis medias destiñen». ¡Se pasa usted todo el tiempo repasando! Es usted un hombre afortunado, tiene paciencia.

—La medicina no puede aprenderse sin dedicación.

—Hum... Perdona, Klochkov, pero vive usted peor que los cerdos. ¡Dios mío, cómo vive usted!

—¿Y qué quiere? No puedo vivir de otra manera... Mi padre sólo me manda doce rublos al mes, y con ese dinero no es fácil llevar una vida decorosa.

—Tal vez... —dijo el pintor con un gesto de repugnancia—, pero de todos modos podría vivir un poco mejor... Un hombre cultivado está obligado a ser un esteta. ¿No es verdad? ¡Su habitación está patas arriba! La cama sin hacer, la jofaina llena de agua sucia, el suelo sin barrer... el puré de ayer en el plato... ¡Uf!

—Tiene usted razón —dijo el estudiante, confuso—. Pero Aniuta ha estado hoy tan ocupada que no ha tenido tiempo de arreglar la habitación.

Cuando el pintor y Aniuta salieron, Klochkov se tumbó en el sofá y siguió repasando; no obstante, aunque trató de luchar contra el sueño, acabó quedándose dormido; se despertó al cabo de una hora, apoyó la cabeza en los puños y se sumergió en sombríos pensamientos. Recordaba lo que el pintor le había dicho, que todo hombre cultivado está obligado a ser un esteta, y las condiciones en las que vivía se le antojaron ahora repugnantes y repulsivas. Trató de imaginarse el futuro y se vio recibiendo a los pacientes en su despacho, tomando el té en un comedor espacioso, en compañía de su esposa, una mujer decente; y esa jofaina con agua sucia, en la que nadaban colillas, adquirió un aire indeciblemente sórdido. También Aniuta le pareció fea, desaseada, lamentable... Y decidió separarse de ella sin más dilación, a cualquier precio.

Cuando, una vez de vuelta, la muchacha estaba quitándose el abrigo, Klochkov se levantó y le dijo con aire severo:

—Mira, querida... Siéntate y escucha. ¡Tenemos que separarnos! En una palabra, no quiero seguir viviendo contigo.

Aniuta había regresado de la habitación del pintor agotada, extenuada. El largo tiempo pasado de pie había acentuado la delgadez y demacración de su rostro y el mentón se había vuelto más agudo. Sus labios temblaron, pero fue incapaz de pronunciar palabra.

—Estarás de acuerdo conmigo en que tarde o temprano teníamos que separarnos —dijo el estudiante—. Eres una chica amable y bondadosa, y no tienes un pelo de tonta, así que debes entenderlo...

Aniuta volvió a ponerse el abrigo, envolvió en silencio su labor en un papel, recogió el hilo y las agujas; encontró el envoltorio con los cuatro terrones de azúcar en el antepecho de la ventana y lo puso sobre la mesa, al lado de los libros.

—Aquí está... su azúcar... —dijo en voz queda, volviéndose para ocultar las lágrimas.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Klochkov.

Presa de una repentina turbación, se puso a dar vueltas por la habitación y, al cabo de un rato, dijo:

—Eres una criatura extraña, la verdad... Sabes perfectamente que nuestra

separación es inevitable. No vamos a pasarnos juntos toda la vida.

Ella, una vez recogidos sus paquetes, se volvió hacia él para despedirse. El estudiante sintió pena de ella.

«¿Por qué no dejar que se quede otra semana? —pensó—. Sí, que se quede un poco más y dentro de una semana le diré que se marche».

No obstante, molesto por su falta de carácter, le gritó con sequedad:

—Bueno, ¿qué haces ahí parada? Si quieres irte, vete; y si prefieres quedarte, no tienes más que quitarte el abrigo. ¡Quédate!

Aniuta, sin decir palabra, se despojó del abrigo con delicadeza, se sonó con gran comedimiento, suspiró y, sin hacer ruido, retomó su lugar habitual: el taburete que había junto a la ventana.

El estudiante cogió su manual y de nuevo se puso a dar vueltas por la habitación.

—El pulmón derecho se compone de tres lóbulos... —repasaba—. El superior alcanza, en la pared superior del tórax, la cuarta o quinta costilla...

En el pasillo alguien gritó a voz en cuello:

—¡Grigori, el samovar!

OCASO DE UN ACTOR

(Актёрская гибель)

El honorable y bonachón Schiptzov, alto y robusto viejo, no tan conocido por su talento escénico como por su extraordinaria fuerza física, en medio de una pelea sostenida durante el curso de la representación con el empresario, sintió súbitamente que algo se rompía en su pecho. Por lo general, el empresario, Jukov, después de cada una de aquellas calurosas explicaciones, solía prorrumpir en carcajadas histéricas o perder el conocimiento. Esta vez, sin embargo, Schiptzov no quiso esperar el final y regresó precipitadamente a su casa. Los insultos, la sensación de rotura en su pecho le habían excitado de tal manera, que olvidose de quitarse el maquillaje, limitándose tan sólo a arrancarse la barba postiza.

Al volver a su habitación, Schiptzov dio unos cuantos paseos por ella, se sentó en la cama, apoyó la barbilla en ambos puños cerrados y quedó meditabundo. Inmóvil y silencioso permaneció en esta postura hasta las dos del día siguiente, hora en que entró en su habitación el actor cómico Sigáiev.

—¿Qué te pasa, bufón Ivánovich...? ¡No estuviste en el ensayo! —le increpó el cómico tras dominar el ahogo de su respiración y llenando la estancia de un olor a vino rancio—. ¿Dónde fuiste?

Schiptzov no contestó. Miró solamente al cómico con sus ojos turbios y pintarrajeados.

—¿Por qué te callas, te pregunto? ¿Estás enfermo? Lo menos que podías hacer era lavarte esa cara —prosiguió Sigáiev—. ¡Da vergüenza verte...! ¿Te emborrachaste o es que estás enfermo?

Schiptzov continuaba callado. A pesar de la pintura que cubría su rostro, el cómico no pudo dejar de observar la extraordinaria palidez de éste, su sudor y el temblor de sus labios. Los brazos y las piernas le temblaban también, y todo el inmenso cuerpo, gigante y bonachón, parecía arrugado y aplastado. El cómico recorrió la habitación con una mirada rápida, pero no descubrió en ella botellas ni ningún otro recipiente sospechoso.

—¡Oye, Mishutka...! ¿Estás enfermo? —se inquietó Sigáiev—. ¡Que Dios me castigue si no estás enfermo...! ¡Tienes una cara malísima!

Schiptzov callaba y miraba tristemente el suelo.

—Te has resfriado —proseguía Sigáiev, cogiéndole una mano—. ¡Tienes las manos muy calientes...! ¿Qué te duele?

—¡Quie... quiero irme a casa! —balbució Schiptzov.

—¿Es que ahora no estás en tu casa?

—No... ¡Quiero irme a Viasma!

—¡Vaya con lo que quiere...! ¡A tu Viasma no llegarás ni en tres años! ¡A lo

mejor lo que quieres es ver a tu papaíto y a tu mamaíta...! ¡Con seguridad que hace mucho tiempo que se pudrieron y no podrás ya ni encontrar sus tumbas!

—¡Aquella... es mi tierra!

—Bueno, bueno..., ¡no hay que ponerse melancólico...! ¡Lo peor que puede haber es ésa psicopatía de los sentidos...! Has de reponerte, que mañana tienes que representar el papel de Mitka en *El príncipe de plata*... No hay nadie que lo haga si no eres tú... Debes beber algo caliente y tomar aceite de ricino. ¿Tienes dinero para el aceite de ricino...? Si no..., espérate, que yo voy en un vuelo y lo compraré.

Rebuscando en sus bolsillos, encontró quince kopeks y corrió a la farmacia. Al cabo de un cuarto de hora estaba de vuelta.

—¡Toma...! ¡Bebe...! —dijo acercando al honorable la botella— Bebe directamente del frasco... ¡De un trago! ¡Así...! Toma un poco de clavo para que el alma no te huela a esa porquería.

El actor cómico permaneció un rato más con el enfermo, luego le besó afectuosamente y se fue. Hacia el anochecer, Brama Glinski, el *jeune premier*, vino a ver a Schiptzov. Este capacitado artista llevaba unas botitas de tirante, un guante en la mano izquierda y hasta exhalaba olor a heliotropo, a pesar de lo cual recordaba mucho al viajero arribado a un país en el que no hay ni baños, ni lavanderas, ni sastres.

—¡Me han dicho que estás enfermo! —dijo dirigiéndose a Schiptzov y girando sobre un talón— ¿Qué te pasa...? A fe mía... ¿qué es lo que te pasa?

Schiptzov continuaba callado e inmóvil.

—¿Por qué no hablas...? ¿Te da vértigo la cabeza...? Bueno, bueno..., ¡sigue callado! ¡No quiero molestarte!

Brama Glinski (así se llamaba en el teatro, aunque en el pasaporte figuraba con el nombre de Guskov) se acercó a la ventana, se metió las manos en los bolsillos y se puso a mirar a la calle. Ante sus ojos había un enorme solar rodeado de una tapia gris, junto al que se extendía todo un bosque de bardana seca, del año anterior. Más allá del solar veíanse los negros muros de una fábrica abandonada, con las ventanas herméticamente cerradas y sobre cuya chimenea trazaba círculos una chova retrasada. Todo este cuadro, aburrido y sin vida, comenzaba ya a esfumarse en el crepúsculo vespertino.

—¡Tengo que irme a casa! —oyó decir el *jeune premier*.

—¿Dónde es *a casa*?

—¡A Viasma...! ¡A mi tierra...!

—De aquí a Viasma, hermano, hay mil quinientas verstas —suspiró Brama Glinski, golpeando el cristal con los nudillos—. ¿Para qué quieres ir a Viasma?

—¡Quisiera morirme allí!

—¡Vaya con lo que se te ocurre...! ¡Morirte...! ¡Estás malo por primera vez en la vida y ya te figuras que viene la muerte! ¡No, hermano...! ¡Con un búfalo como tú, no puede ni el cólera...! ¡Vivirás hasta los cien años...! ¿Qué te duele?

—No me duele nada, pero... siento...

—¡No sientes nada...! ¡Todo eso te pasa por exceso de salud...! ¡Son tus propias fuerzas que se rebelan...! Lo que deberías haber hecho es tomarte un buen trago... ¡Beber a *fondo* para que todo tu cuerpo se entere bien...! ¡La borrachera le refresca a uno perfectamente...! ¿Te acuerdas de la que cogiste en Rostov del Don? ¡Dios mío...! ¡Da hasta miedo recordarlo...! ¡Apenas Sascha y yo podíamos con el tonelito, y te lo bebiste entero tú sólo...! ¡Y luego mandaste por ron...! ¡Bebiste tanto que querías cazar los diablos con un saco...! ¡Y hasta arrancaste de raíz un farol del gas!, ¿te acuerdas...? Aquel día fue cuando pegaste a los griegos...

Bajo la influencia de tan gratos recuerdos, el rostro de Schiptzov se aclaró un poco y sus ojos brillaron.

—¿Te acuerdas de la paliza que le di al empresario Savoikin? —balbució, levantando la cabeza—. ¡Eso ni que decir tiene...! ¡Llevo pegados en mi vida a treinta y tres empresarios..., y de subalternos..., ni siquiera me acuerdo...! ¡Y vaya empresarios a los que he pegado...! ¡Empresarios que ni el viento se atrevería a rozar...! También pegué a dos escritores célebres y a un pintor...

—¿Por qué lloras?

—En Jerson maté a un caballo de un puñetazo..., y en Tangarog, una noche me atacaron los bandidos (serían unos quince)... A todos les quité los gorros y tuvieron que venir después detrás de mí suplicándome: «¡Padrecito! ¡Devuélvenos los gorros...!». ¡Así eran las cosas...!

—Pero ¿por qué lloras, tonto?

—¡Ya se acabó...! ¡Lo presiento...! ¡Quisiera irme a Viasma!

Se hace una pausa. Después de aquel silencio, Schiptzov se levantó de un salto y cogió el gorro. Su aspecto era lamentable.

—¡Adiós! —dijo, tambaleándose—. ¡Me voy a Viasma!

—¿Y el dinero para el viaje?

—¡Hum...! Iré a pie.

—¿Estás loco?

Ambos se miraron. Sin duda que por la mente de ambos pasaba una misma imagen de inconmensurables campos, de interminables bosques y pantanos.

~¡No...! ¡En efecto, estás loco! —decidió el *jeune premier*—. Lo primero que tienes que hacer, hermano, es acostarte, luego tomar un té con coñac y sudar bien. Después, naturalmente, aceite de ricino. Pero espera..., ¿de dónde vamos a sacar el coñac?

Brama Glinski meditó un momento, decidiendo a continuación ir a ver a la comerciante Tzitrinnikoya a intentar que ésta les hiciera un crédito. ¡Quién sabe si la mujer se apiadaría y diría que sí! El *jeune premier* salió, volviendo al cabo de media hora con una botella de coñac y aceite de ricino. Schiptzov, como antes, sentado en la cama, miraba al suelo inmóvil y silencioso...

Inconscientemente, como un autómatas, se bebió el aceite de ricino que le

presentaba su compañero, y poco después, ante la mesa, tomaba té con coñac. Maquinalmente se bebió toda la botella y se dejó acostar por el compañero. El *jeune premier* le tapó con la manta y el abrigo y, aconsejándole que sudara, se marchó.

Llegó la noche. A pesar del coñac que había bebido, Schiptzov no dormía. Echado inmóvil bajo la manta, miraba el oscuro techo; mas luego, al ver que por la ventana se asomaba la luna, del techo llevó la mirada a aquélla su compañera en la tierra y permaneció así, con los ojos abiertos, hasta la madrugada. Por la mañana, a eso de las nueve, entró llorando el empresario Jukov.

—Pero ¿qué es eso de que está usted enfermo, ángel mío...? —cacareó, frunciendo la nariz—. ¡Ay, ay, ay...! ¿Cómo es posible, con su contextura, estar enfermo...? ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza...! Yo..., ¿sabe usted...?, me asusté... Pensé: ¿Será posible que influyera en ello nuestra conversación...? ¡Alma mía...! ¡Espero que no tendré yo la culpa de que esté usted enfermo! ¡Por su parte, usted también obró conmigo...! ¡Y además, entre compañeros, estas cosas son naturales...! ¡Usted me insultó y hasta pretendió agredirme con sus puños...; pero yo, sin embargo, le tengo afecto...! ¡A fe mía que le tengo afecto...! ¡Le tengo respeto y le tengo afecto! ¡Explíqueme, ángel mío, por qué le tengo tanto afecto...! ¡No es usted nadie de mi familia...; ni mi cuñado, ni mi mujer, y, a pesar de ello, cuando le supe enfermo sentí como si me clavaran un puñal!

Jukov prolongó durante largo rato sus protestas de afecto, luego quiso besarlo, y, por último, se emocionó tanto que prorrumpió en carcajadas histéricas, llegando hasta intentar perder el conocimiento; pero, sin duda, sin darse cuenta de que no estaba ni en su casa ni en el teatro, aplazó el desmayo para ocasión más apropiada y se fue.

A poco de salir él, hizo su aparición el trágico Adabashev, individuo gris, ligeramente cegato, que hablaba con la nariz. Contempló durante largo rato a Schiptzov, meditó durante otro largo rato, y de repente, como el que hace un descubrimiento, dijo:

—¿Sabes, Mifa? —su voz nasal le hacía pronunciar como ef el sonido *sch* y su rostro tenía una expresión misteriosa— ¿Sabes que tienes que tomar aceite de ricino?

Schiptzov continuaba callado, y así siguió cuando el trágico le vertió en la boca el asqueroso aceite. Unas dos horas después de la venida de Adabashev entró en la habitación el peluquero Evlampi, o *Rigoletto*, como le llamaban, sin que se supiera por qué, los actores. Al igual que el trágico, miró éste largamente a Schiptzov, exhaló un profundo suspiro y empezó a desatar el lío que traía consigo. El lío contenía unas dos docenas de ventosas y unos cuantos frascos.

—Si me hubieran llamado a mí, hace tiempo que le hubiera puesto a usted ventosas —dijo afectuosamente, desnudando el pecho de Schiptzov—. ¡Qué fácilmente se descuida una enfermedad!

Luego *Rigoletto*, tras acariciar con la palma de la mano el ancho pecho del honorable, le cubrió de ventosas.

—Si... —decía mientras envolvía después de la operación sus instrumentos,

empapados en la sangre de Schiptzov—. ¡Si me hubieran mandado a buscar... hubiera venido...! ¡Por el dinero no había que preocuparse...! ¡Yo lo hago por caridad...! ¡De dónde va usted a sacar el dinero si aquel Herodes no quiere pagar...! Sírvase ahora tomar estas gotas. ¡Son unas gotas que saben muy bien...! Y ahora sírvase tomar el aceite. ¡Es aceite de ricino del más puro...! ¡Así...! ¡Para la buena salud...! Y ahora..., ¡adiós!

Rigoletto cogió su envoltorio y, satisfecho de haber ayudado al prójimo, se fue.

Al día siguiente por la mañana, Sigáiev encontró a Shiptzov en terrible estado. Echado bajo el abrigo, respiraba con dificultad y paseaba por el techo unos ojos extraviados. Sus manos estrechaban convulsivamente la manta arrugada.

—¡A Viasma! —murmuró al ver al actor cómico—. ¡A Viasma!

—¡Eso ya no me gusta, hermano! —dijo el actor cómico— ¡Eso..., eso..., hermano, ya no está bien...! ¡Perdona, pero hasta me parece tonto, hermano...!

—¡Tengo que ir a Viasma...! ¡A fe mía que tengo que irme!

—No... ¡No esperaba esto de ti! —mascullaba el actor cómico, completamente desconcertado—. ¡Qué diablos! ¿Se puede saber lo que te pasa...? ¡No, no! ¡No está bien...! ¡Un gigante de la estatura de un campanario llorando...! ¿Es que un actor puede llorar...?

—¡No tengo mujer ni hijos...! —balbuceaba Schiptzov— ¿Por qué habré sido actor...? ¡Debería haberme quedado siempre en Viasma...! ¡He echado a perder mi vida, Semion...! ¡Ay, cuánto quisiera poder marcharme a Viasma...!

—¡No, no...! ¡No está bien...! ¡Si hasta es tonto...!

Después de serenarse un poco y dominando sus sentimientos, Sigáiev empezó a consolar a Schiptzov y a mentirle diciéndole que entre todos habían decidido pagarle el viaje a Crimea; pero éste ya no le escuchaba y continuaba diciendo siempre algo entre dientes, referente a Viasma... El actor cómico, por último, haciendo un ademán desesperado, se puso a hablar al enfermo de Viasma para consolarle.

—¡Es una bonita ciudad! —le decía—. ¡Una ciudad magnífica, hermano! ¡Tiene mucha fama por sus *prianiki*^[74]...! Son unas pastas clásicas, aunque..., entre nosotros sea dicho..., bastante deficientes... Yo estuve toda una semana enfermo después de comerlas... ¡Lo que sí hay allí de bueno son los comerciantes...! ¡Los mejores del mundo...! Cuando te obsequian..., lo hacen *a fondo*.

El actor cómico hablaba, y Schiptzov, silencioso, movía la cabeza en señal de aprobación.

Hacia el anochecer se murió.

RÉQUIEM

(Панихида)

En la iglesia de la Virgen de Odigitrievskaia, situada en el pueblo de Verknie-Saprudi, acaba de terminar la misa. La gente se pone en movimiento y sale de la iglesia. El único que no se mueve es el comerciante de coloniales Andréi Andreich, el *inteligente* de Verknie-Saprudi, antiguo vecino de la localidad. Permanece apoyado contra la balaustrada del lugar destinado al coro y espera. Su rostro, afeitado, grasiento, de piel que los granos volvieron desigual, expresa ahora dos sentimientos contradictorios: sumisión a los misterios religiosos y un desdén embotado y sin límites hacia los campesinos y campesinas que con sus pañuelos de abigarrados colores pasan ante él. Por ser domingo, va vestido como un petimetre: abrigo de paño con botones de hueso, amarillos, pantalones azul marino y sólidos chanclos; esos chanclos que sólo calzan las gentes reposadas, razonables y de profundas convicciones religiosas. Sus ojos perezosos se dirigen a las imágenes. Contempla la faz, ha largo tiempo conocida, de los santos; ve al guardián Matvéi inflando las mejillas para apagar las velas, a los sombríos portadnos, a la rosada alfombra, al sacristán Lopujov, que pasa apresurado junto al altar llevando pan bendito... Hace mucho tiempo que todo esto ha sido tan visto y requetevisto por él como sus propios cinco dedos... En realidad, lo único que resulta extraño y desacostumbrado es la presencia del padre Grigori junto a la puerta norte del altar, todavía revestido y dirigiendo a alguien gestos enojados con las espesas cejas.

«¿Para quién serán esos gestos...?, ¡y que Dios le conserve la salud! —piensa el tendero—, ¡Ahora llama con el dedo...! ¡Y golpea con el pie...! ¡Vaya...! ¿Qué pasa, Virgen Santísima...? ¿A quién hará eso?».

Andréi Andreich vuelve la cabeza y ve una iglesia completamente vacía. Junto a la puerta se agrupan todavía unas diez personas, pero ya de espaldas al altar.

—¡Ven cuando te llamen...! ¿Qué haces ahí parado como una estatua? —oye decir a la voz enfadada del padre Grigori—. ¡Es a ti a quien estoy llamando!

El tendero mira el rostro rojo e irritado del padre Grigori, y sólo entonces se le ocurre pensar que el fruncimiento de cejas y la señal del dedo pudieran haberle sido dirigidos. Estremeciéndose abandona la balaustrada, e indeciso, metiendo ruido con los macizos chanclos, se dirige al altar.

—¡Andréi Andreich!, ¿eres tú el que ha enviado una nota con este nombre, *María*, para que sea encomendada en la invocación por los difuntos? —pregunta el sacerdote mirando con ojos enfadados su grasiento y sudoroso rostro.

—Sí, señor.

—Entonces, ¿fuiste tú quien escribió esto? ¿Lo escribiste tú...?

Y el padre Grigori, muy enfadado, acerca un papelito a sus ojos. En éste, que

Andréi Andreich entregara y que contiene el nombre de la difunta a quien desea encomendar, aparece escrito: «Por el eterno descanso de la sierva de Dios y fornicadora María».

—En efecto, señor; yo fui el que lo escribió —contesta el tendero.

—¿Y cómo te atreviste a escribir una cosa así? —pronuncia en un murmullo el padre Grigori alargando las sílabas; murmullo que revela a la vez enfado y miedo.

El tendero lo contempla con expresión de embotado asombro, queda perplejo y se asusta a su vez. ¡Jamás en su vida el padre Grigori empleó este tono con los *inteligentes* de Verknie-Saprudj...! Ambos guardan silencio y, por espacio de un minuto, se miran el uno al otro a los ojos. La perplejidad del tendero es tal que su grasiento rostro parece desparramarse en todas direcciones, como una masa que se derrite.

—¿Cómo te atreviste? —repite el cura.

—Yo..., ¿a qué...? —se asombra Andréi Andreich.

—Pero ¿no lo comprendes? —murmura con un gesto sorprendido el padre Grigori retrocediendo un paso—. ¿Se puede saber qué es lo que llevas sobre los hombros? ¿Es una cabeza lo que llevas o un objeto cualquiera...? ¿Entregas una nota para el altar y escribes en ella unas palabras que ni siquiera en la calle sería conveniente pronunciar...! ¿Qué haces ahí mirándome con esos ojos tan espantados...? ¿Ignoras acaso el significado de esas palabras...?

—¿Se refiere usted a lo de fornicadora...? —balbucea el tendero, poniéndose encamado y parpadeando—. ¡Sin embargo, Nuestro Señor..., en su bondad..., perdonó a la pecadora...! ¡La llevó a su lado...! ¡Y en el libro de Santa María Egipciaca se ve el sentido en que se emplean esas palabras..., con perdón de usted!

El tendero intenta aportar en su defensa un nuevo argumento, pero se embarulla y se seca los labios con la manga.

—¡Ah...! ¿Es ésa la manera que tienes entonces de comprenderlo...? —exclama el padre Grigori—. ¡Nuestro Señor lo que hizo fue perdonar...!, ¿comprendes...? mientras que tú acusas..., ¿comprendes...? Designas con una fea palabra..., ¿y a quién, además...? ¡A tu propia hija, que en paz descanse...! ¡No ya en los libros religiosos..., ni en los libros profanos podría encontrarse un pecado semejante...! ¡Te lo repito, Andréi...! ¡No te las eches de sabio...! ¡Sí, hermano...! ¡No tienes que dártelas de sabio...! ¡Aunque Dios te haya dado una inteligencia despejada..., si no la sabes conducir..., mejor será que no intentes profundizar en nada...! ¡No profundices y cállate!

—Pero es que ella..., con perdón de usted..., ¡fue actriz! —pronunció confuso Andréi.

—¡Una actriz...! ¡Fuera lo que fuera, después de su muerte debes olvidarlo todo y no escribir en una nota una cosa así...!

—Cierto... —concede el tendero.

—¡Lo que habría que haber hecho contigo era imponerte alguna penitencia! —

dice desde el fondo, junto al altar, la voz de bajo del diácono, que mira con desprecio el rostro turbado de Andréi Andreich—. ¡Así es como hubieras dejado de echártelas de *inteligente*...! ¡Tu hija fue una actriz célebre...! ¡En ocasión de su fallecimiento, todos los periódicos hablaron de ella...! ¡Vaya filósofo que estás hecho!

—¡Claro que sí...! ¡Cierto...! —balbucea el tendero—. ¡Esas palabras no serán adecuadas..., pero yo no lo hice como censura, padre Grigori...! Lo hice con fines espirituales..., ¡para que viera usted más claramente a quién tenía que encomendar...! En esas notas se designa a los difuntos de muchas maneras..., como, por ejemplo: «El tierno infante Iona...», «Pelagueia la ahogada...», «Yegor el guerrero...» «El interfecto Pável...» ¡También yo quise...!

—¡No es juicioso, Andréi...! ¡Que Dios te perdone, pero otra vez ten cuidado! Y, sobre todo, ¡no te las eches de sabio...! ¡Para pensar, toma ejemplo de los demás...! ¡Bueno...! ¡Haz diez genuflexiones y vete!

~Lo que usted diga —responde el tendero, alegrándose de que hubieran terminado de amonestarlo e imprimiendo de nuevo a su semblante un aire de importancia y gravedad—. ¿Diez genuflexiones...? Muy bien. Comprendo perfectamente... ¡Ahora, señor cura, permítame un ruego...! ¡Como de todas maneras soy su padre, como usted sabe, y ella..., fuera lo que fuera, de todas maneras es mi hija...; yo..., y usted perdone..., quisiera que se dijera un Réquiem por su alma...! ¡También me permito pedírselo a usted, padre diácono...!

—Eso está bien —dice el padre Grigori, despojándose de sus vestiduras—. ¡Eso te lo alabo...! Se dirá... Retírate ahora, que saldremos en seguida.

El guardián Matvéi hace los preparativos para el *Réquiem*, que no tarda en empezar.

Con paso medurado se aleja Andréi Andreich del altar, y rojo y con cara de Réquiem, se coloca en el centro de la iglesia.

Reina el silencio. Sólo se escucha el sonido metálico que hace el incensario al moverse y las notas largas del canto... Junto a Andréi Andreich está el guardián Matvéi, la portera Makárievna y su hijito Mitka, el del brazo seco. Nadie más. El sacristán canta mal, con desagradable voz de bajo, y el tema y las palabras del canto son tan tristes que el tendero va perdiendo poco a poco su continente grave y sumergiéndose en la tristeza... ¡Recuerda a su Mashutka...! ¡Recuerda que nació mientras él prestaba servicio de lacayo en la casa de los señores de Verknie-Saprudí! En medio del trajín de su trabajo de lacayo no reparaba en cómo crecía su niña. El largo período de la transformación de ésta en una graciosa criatura de cabellos rubios, ojos pensativos y grandes, como kopeks..., le pasó inadvertido... Se educaba ella como suelen educarse los hijos de los lacayos preferidos, en blancos pañales al lado de las señoritas. Los señores, por no tener otra cosa que hacer, le enseñaron a leer, a escribir, a bailar..., no teniendo él, por tanto, que intervenir en su educación. Si acaso, a veces..., cuando se encontraba con ella casualmente en las proximidades del portalón o en el descansillo de la escalera, recordando que era su hija, aprovechaba

los ratos libres para enseñarle oraciones e Historia Sagrada. ¡Oh...! ¡Él ya era entonces famoso por sus conocimientos de Doctrina e Historia Sagrada...! La niña, aunque el semblante de su padre era grave y sombrío, lo escuchaba con gusto. Repetía perezosamente las oraciones; pero cuando él, tartamudeando en su esfuerzo por expresarse con más rebuscamiento, se ponía a contarle la Historia Sagrada, se hacía toda oídos. El plato de lentejas de Esaú, la destrucción de Sodoma, las penalidades sufridas por el pequeño José, eran causa de que palidciera y se abrieran muy grandes sus ojos azules. Más tarde, cuando dejó de ser lacayo y pudo adquirir con el dinero ahorrado una tiendecita en el pueblo, Mashutka se fue con los señores a Moscú. Tres años antes de su muerte vino a visitar a su padre. Éste apenas la reconoció. Era una mujer esbelta y joven, con los ademanes de una dama y vestida como se visten las damas. Hablaba de una manera inteligente, como si estuviera leyendo en un libro, y dormía hasta el mediodía. Cuando Andréi Andreich le preguntó en qué se ocupaba, mirándolo valientemente a los ojos, anunció: «Soy actriz». Aquella sinceridad se le antojó al ex lacayo el colmo del cinismo. Mashutka se dispuso a hacer valer sus éxitos y a referir la vida de los actores; pero al ver que su padre se limitaba a ponerse encamado y a hacer gestos de desconcierto, guardó silencio. Y así, callados, sin mirarse el uno al otro, vivieron las dos semanas que transcurrieron hasta su partida. La víspera de la marcha suplicó a su padre que diera con ella un paseo por la orilla del río. A pesar de su temor a presentarse en pleno día ante las gentes con su hija actriz, cedió a sus ruegos.

—¡Qué sitios tan maravillosos tienen aquí! —se admiraba ella durante el paseo—. ¡Qué despeñaderos y qué pantanos...! ¡Dios mío...! ¡Qué hermosa es mi tierra...! Y se echó a llorar.

«¡Son cosas que no hacen más que ocupar sitio! —pensaba Andréi Andreich fijando una mirada obtusa en los despeñaderos, y sin comprender el entusiasmo de su hija—. ¡Se sacaría de ellos tanto provecho como leche de un cordero...!».

Ella lloraba, lloraba. Su pecho aspiraba el aire con ansia..., ¡como si presintiera que no le quedaría mucho tiempo de aspirarlo...!

Igual que el caballo que recibe un picotazo, Andréi Andreich sacude la cabeza y, para amortiguar la pesadez del recuerdo, empieza apresuradamente a santiguarse...

«¡Perdona, Señor, a tu sierva María, que en paz descanse! ¡A esa fornicadora...! ¡Perdónale sus pecados voluntarios e involuntarios...!».

Las impropias palabras vuelven a salir de su lengua, pero él no repara en ello... ¡Lo que tan arraigado está en la conciencia no pueden arrancarlo ni las amonestaciones del padre Grigori ni el martillo!

Makárievna suspira, murmura alguna cosa y respira hondamente. Mitka, el del brazo seco, queda pensativo...

—¡... Y dale, Señor, el descanso eterno! —retumba la voz del diácono, apoyando la mejilla en su mano derecha.

Del incensario fluye un humito azulado que flota en el ancho rayo de sol que

atraviesa oblicuamente el vacío sombrío y quieto de la iglesia. Y diríase que con el humo vuela también, por el rayo de sol, el alma de la propia difunta. Los pequeños ramalazos de humo, semejantes a los rizos de un niño, revolotean, ascienden volando hacia la ventana, como si se alejaran del dolor de esta pobre alma...

LO TRANSITORIO

(PARA UN SERMÓN DE TEMA CARNAVALESCO)

(О бренности. Масленичная тема для проповеди)

Sentado a la mesa, el consejero estatal Semión Petróvich Podtikin, cubrió su pecho con la servilleta mientras esperaba, consumiéndose de impaciencia, el momento que comenzaran a servir los blinis... Frente a él, contemplándolo como un general que examina el campo de batalla, se extendía un buen cuadro... En el centro de la mesa, que se alargaba desde donde estaba él, se encontraban las delgadas botellas. Había tres clases de vodka, un licor de Kiev, un *Chateau La Rose*, vino del Rin y hasta un contenedor rechoncho que contenía un producto de los benedictinos. En torno a las bebidas, artísticamente desordenados, los arenques se apretaban en la salsa de mostaza, las anchoas, la nata agria, los granos de caviar (a tres rublos y cuarenta kopeks la libra), el salmón fresco y más cosas. Podtikin contemplaba todo aquello mientras salivaba con ansia... Sus ojos se entusiasmaban, su cara se cubría de deleite...

—Pero ¿por qué tarda tanto? —dijo a su esposa con el ceño fruncido—. ¡Más deprisa, Katia!

Y he aquí que entonces apareció la cocinera con los blinis... Semión Petrovich cogió los dos blinis de arriba, las más calientes, aun a riesgo de quemarse los dedos, y los lanzó con avidez sobre su plato. Los blinis estaban refritos, jugosos, mullidos como los hombros de la hija de un comerciante... Podtikin sonrió agradado, el entusiasmo le provocó un hipido, y roció los blinis con aceite caliente. Después, como para provocar aún más su apetito y relamiéndose anticipadamente, untó sobre ellos caviar, distribuyéndolo lentamente. En los sitios donde no había caído caviar, echó un poco de nata agria... Unicamente faltaba ya comérselo, ¿verdad? ¡Pues no...! Podkitin miró lo que tenía entre las manos y no se quedó satisfecho... Tras pensárselo un poco, puso sobre los blinis el trozo de salmón más grueso que había, una anchoa y una sardina, y después, más tranquilo y satisfecho, hizo un pequeño rollo con los dos blinis, se bebió un vasito de vodka, carraspeó, abrió la boca...

Y fue ahí cuando le dio un ataque de apoplejía.

IVÁN MATVEICH

(Иван Матвейч)

Ya son más de las cinco de la tarde. Un sabio ruso de bastante renombre —lo llamaremos sencillamente un sabio— está sentado en su despacho y se muerde con inquietud las uñas.

—¡Es absolutamente escandaloso! —dice, mirando a cada momento el reloj—. No cabe mayor desconsideración por el tiempo y el trabajo ajenos. ¡En Inglaterra un individuo así no ganaría ni un céntimo y se moriría de hambre! Ya verás la que te espera cuando llegues...

Y, sintiendo la necesidad de descargar en alguien su irritación y su impaciencia, el sabio se acerca a la puerta de la habitación de su mujer y llama:

—Escucha, Katia —dice con voz indignada—. Si ves a Piotr Danílich, dile de mi parte que las personas decentes no se comportan de ese modo. ¡Qué vergüenza! ¡Recomendarme un amanuense sin saber quién es! Ese muchacho se retrasa sistemáticamente dos o tres horas cada día. ¿Qué clase de amanuense es éste? ¡Para mí esas dos o tres horas son más valiosas que para otros dos o tres años! ¡Cuando llegue, lo regañaré como a un perro, no le pagaré y lo pondré de patas en la calle! ¡Con gente así no puede andarse uno con contemplaciones!

—Todos los días dices lo mismo y nunca haces nada.

—Pues de hoy no pasa. Ya he perdido bastante tiempo por su culpa. ¡Perdona si oyes palabras gruesas, voy a jurar como un carretero!

Pero he aquí que suena por fin el timbre. El sabio adopta un aire de severidad, se yergue y, echando la cabeza hacia atrás, se dirige al vestíbulo. Allí, junto a la percha, se encuentra su amanuense Iván Matveich, un joven de unos dieciocho años, con el rostro oval como un huevo, imberbe, con un abrigo usado y raído y sin chanclos. Jadea y limpia cuidadosamente en el felpudo sus botas grandes y toscas, tratando de ocultar de la mirada de la doncella un agujero por el que asoma un calcetín blanco. Cuando ve al sabio, esboza una de esas sonrisas amplias, prolongadas y algo bobaliconas de que sólo son capaces los niños y las personas muy ingenuas.

—Buenas tardes —dice, tendiéndole una mano enorme y mojada—. ¿Se le ha pasado el dolor de garganta?

—¡Iván Matveich! —dice el sabio con voz temblorosa, retrocediendo y enlazando los dedos de las manos—. ¡Iván Matveich! —luego se abalanza sobre el amanuense, lo agarra por un hombro y lo sacude sin violencia—. ¿Cómo puede tratarme así? —dice con desesperación—. ¡Es usted un hombre ruin y despreciable! ¿Cómo puede tratarme así? ¡Está usted burlándose, mofándose de mí!

Iván Matveich, a juzgar por su sonrisa, que aún no se ha borrado del rostro, esperaba un recibimiento muy distinto; por ello, cuando repara en la expresión

indignada del sabio, estira aún más su semblante ovalado y, lleno de asombro, abre la boca.

—¿Qué... qué pasa? —pregunta.

—¿Y me lo pregunta usted? —exclama el sabio, levantando las manos—. ¡Sabe lo importante que es el tiempo para mí y se retrasa de este modo! ¡Llega usted dos horas tarde...! ¡No tiene vergüenza!

—Es que no vengo directamente de casa —balbucea Iván Matveich, desanudándose la bufanda con indecisión—. He ido a ver a mi tía para felicitarle el santo y su casa está a unas seis verstas de aquí... Si hubiera venido directamente de casa, sería otra cosa.

—Reflexione usted, Iván Matveich, y se dará cuenta de que su proceder carece de sentido. Aquí hay un trabajo que hacer, un trabajo urgente, ¡y usted se va por ahí a celebrar el santo de su tía! ¡Ah, acabe de desanudarse de una vez esa horrible bufanda! ¡Esto es verdaderamente intolerable!

El sabio se abalanza de nuevo sobre el amanuense y le ayuda a quitarse la bufanda.

—Qué torpe es usted... Bueno, vamos... ¡Dese prisa, por favor!

Sonándose en un pañuelo sucio y arrugado y arreglándose su astrosa levita gris, Iván Matveich atraviesa la sala y el comedor y entra en el despacho. Allí hace tiempo que tiene preparado el lugar para escribir, el papel y hasta los cigarrillos.

—Siéntese, siéntese —le apremia el sabio, frotándose las manos con impaciencia—. Es usted un hombre insoportable... Sabe que el trabajo es urgente y se retrasa de ese modo. Tengo que regañarle aunque no quiera. Bueno, escriba... ¿Dónde nos habíamos quedado?

Iván Matveich se alisa los erizados cabellos, cortados a trasquilones, y toma su pluma. El sabio se pasea de un rincón al otro, se concentra y empieza a dictar:

—La cuestión es... coma... que algunas formas que podríamos llamar fundamentales... ¿lo ha escrito...? Están condicionadas exclusivamente por la existencia de esos principios... coma... que encuentran expresión en sí mismos y sólo pueden encarnarse en ellos... Nueva línea... Ahí, por supuesto, hay que poner un punto... La mayor independencia se encuentra... se encuentra... en aquellas formas que tienen un carácter menos político... coma... que social...

—Ahora los alumnos de secundaria tienen otro atuendo... de color gris... —dice Iván Matveich—. Cuando yo estudiaba, era más bonito: llevábamos un uniforme...

—¡Ah, escriba, por favor! —se enfada el sabio—. ¿Ha escrito usted «social»? Pero en lo que se refiere a las reformas relativas a la organización... de las funciones gubernamentales y no a la reglamentación de usos y costumbres populares... coma... no puede decirse que se distingan por las características nacionales de sus formas... las cinco últimas palabras van entrecomilladas... Eh... Bueno... ¿Qué decía usted del instituto?

—Que en mis tiempos llevábamos otro uniforme.

—Ah... sí... ¿Hace mucho que abandonó los estudios?

—¡Pero si se lo dije ayer! Hace ya tres años... Lo dejé en cuarto.

—¿Por qué razón? —pregunta el sabio, echando una ojeada a lo que acaba de escribir Iván Matveich.

—Por razones de familia.

—¡Otra vez tengo que repetírselo, Iván Matveich! ¿Cuándo perderá usted la costumbre de separar tanto las palabras? ¡En un renglón no debe haber menos de cuarenta letras!

—¿Se figura que lo hago a propósito? —replica ofendido Iván Matveich—. Además, otros renglones superan esa cifra... Cuéntelas.

Pero si le parece que separo demasiado las palabras, puede usted quitármelo de la paga.

~¡No se trata de eso! Qué poco delicado es usted, la verdad... A la menor alusión, saca usted a colación el dinero. Lo principal es la puntualidad, Iván Matveich. ¡La puntualidad es esencial! Debe usted acostumbrarse a ser puntual.

La doncella entra en el despacho llevando una bandeja con dos vasos de té y una cesta llena de galletas... Iván Matveich coge torpemente su vaso con ambas manos y al punto empieza a beber. El té está demasiado caliente. Para no quemarse los labios, Iván Matveich trata de tragarlo a pequeños sorbos. Come una galleta, luego otra, a continuación una tercera y, con aire confuso, mirando al sabio de reojo, tiende con timidez la mano hacia la cuarta... Sus ruidosos sorbos, la glotonería con que mastica y la expresión de hambrienta avidez de sus cejas levantadas irritan al sabio.

—Acabe de una vez... El tiempo es oro.

—Siga dictando. Puedo beber y escribir a un tiempo... Le confieso que tenía hambre.

—¡No me extraña, ha venido a pie!

—Sí... ¡Y vaya tiempo tan malo! En mi tierra en esta época huele ya a primavera... Hay charcos por todas partes, la nieve se derrite.

—Es usted del sur, ¿no es así?

—Sí, de la región del Don... Allí en el mes de marzo ya es primavera. Aquí aún hiela y todo el mundo lleva pelliza; allí, en cambio, ya asoma la hierba... Todo está seco y hasta se pueden coger tarántulas.

—Y ¿para qué?

—Pues... para pasar el rato... —dice Iván Matveich con un suspiro— Es divertido. Se pega a un hilo un trocito de resina, se mete en el nido y se golpea a la tarántula en el lomo; entonces, la muy canalla, se irrita, coge la resina con las patas y queda atrapada... ¡Qué no habremos hecho con ellas! A veces llenábamos una palangana entera y soltábamos dentro una *bijorka*.

—¿Qué es una *bijorka*?

—Una araña parecida a la tarántula. En una batalla una sola de ellas puede matar cien tarántulas.

—Ya... Bueno, sigamos escribiendo... ¿Dónde se ha quedado usted?

El sabio dicta unos veinte renglones más, luego se sienta y se sumerge en sus propios pensamientos.

Mientras espera el resultado de esa reflexión, Iván Matveich estira el pescuezo, tratando de acomodar mejor el cuello de su camisa. La corbata no está bien anudada, los botones se han soltado y el cuello se abre a cada momento.

—Sí... —dice el sabio—. Bueno... ¿Aún no ha encontrado colocación, Iván Matveich?

—No. ¿Dónde encontrarla? Había decidido partir como voluntario, sabe. Pero mi padre me aconseja que me haga mancebo de botica.

—Ya... Mejor sería que ingresara usted en la universidad. El examen es difícil, pero con paciencia y dedicación se puede superar. Estudie, lea usted más... ¿Lee usted mucho?

—Poco, lo confieso... —dice Iván Matveich, encendiendo un cigarrillo.

—¿Ha leído a Turguénev?

—No...

—¿Y a Gógol?

—¿AGógol? ¡Hum...! Gógol... ¡No, no lo he leído!

—¡Iván Matveich! ¿No le da a usted vergüenza? ¡Ay, ay! Un muchacho tan listo y original como usted y resulta... ¡que ni siquiera ha leído a Gógol! ¡Haga el favor de leerlo! ¡Yo se lo daré! ¡Tiene que leerlo sin falta! ¡De otro modo acabaremos discutiendo!

De nuevo se hace el silencio. El sabio está recostado en un mullido sofá y medita, mientras Iván Matveich, dejando en paz el cuello, concentra toda su atención en las botas. No se había dado cuenta de que la nieve, al fundirse, había formado dos grandes charcos bajo sus pies. Se siente avergonzado.

—Hoy no me sale nada... —masculla el sabio—. Me parece, Iván Matveich, que también es aficionado usted a capturar pájaros.

—Eso es en otoño... Aquí no los cazo, pero en mi tierra no hacía otra cosa.

—Ya... Bueno. En cualquier caso, hay que escribir.

El sabio se levanta con decisión y empieza a dictar, pero al cabo de diez renglones vuelve a sentarse en el sofá.

—No, mejor será que lo dejemos para mañana por la mañana —dice—. Vuelva mañana, pero antes, a eso de las nueve. Que Dios le proteja si se retrasa.

Iván Matveich deja la pluma, se levanta de la mesa y se sienta en otra silla. Después de unos cinco minutos de silencio, empieza a sentir que es hora de marcharse, que está de más en esa casa, pero se encuentra tan a gusto en el despacho del sabio, una habitación luminosa y caldeada, y el sabor de las galletas de mantequilla y del té azucarado está tan fresco en la memoria que se le encoge el corazón ante la sola idea de volver a su casa, donde le esperan la pobreza, el hambre y el frío, un padre gruñón y una sarta de reproches; allí, en cambio, reinan la

tranquilidad y el sosiego y hasta hay alguien que se interesa por sus tarántulas y sus pájaros.

El sabio consulta su reloj y coge un libro.

—Entonces ¿va a prestarme un ejemplar de Gógol? —pregunta Iván Matveich, poniéndose en pie.

—Sí, sí. Pero ¿por qué tiene tanta prisa, amigo? Siéntese y cuénteme algo...

Iván Matveich se sienta y esboza una amplia sonrisa. Pasa casi todas las tardes en el despacho del sabio, en cuya voz y mirada percibe un matiz especialmente delicado y afectuoso, casi paternal. En algunos momentos hasta le asalta la sospecha de que el sabio le aprecia y se ha acostumbrado a él, y se figura que los reproches que le dirige cuando se retrasa sólo se deben a que echa de menos sus comentarios sobre las tarántulas y el modo de coger jilgueros a orillas del Don.

LA BRUJA

(Ведьма)

Caía la noche. El sacristán Saveli Guikin estaba en su casa, tumbado en una cama inmensa, pero no dormía, aunque tenía la costumbre de quedarse dormido al mismo tiempo que los gallos. Sus cabellos rojizos y ásperos asomaban por un lado de la manta mugrienta, compuesta de abigarrados pedazos de percal; por el otro sobresalían unos pies enormes, que llevaban mucho tiempo sin lavar. Escuchaba... Su cabaña estaba ubicada en el recinto de la iglesia y su única ventana daba al campo, donde se libraba una auténtica batalla. Costaba trabajo entender quién borraba a su enemigo de la faz de la tierra, a quién trataba de aniquilar la naturaleza, pero, a juzgar por el estruendo incesante y siniestro que levantaba, alguien lo estaba pasando bastante mal. Una fuerza vencedora se arrastraba por los campos, asolaba el bosque y el tejado de la iglesia, tamborileando con furor en la ventana y arrasando todo a su paso, mientras un elemento vencido aullaba y gemía... Ese llanto lastimero se oía ora detrás de la ventana, ora sobre el tejado, ora en la estufa. No resonaba en él una petición de ayuda, sino la angustia, la conciencia de que ya era demasiado tarde, de que no había salvación posible. Los montones de nieve se habían cubierto de una delgada corteza de hielo; en ellos y en los árboles temblaban las lágrimas, por los caminos y senderos se esparcía un líquido negro, compuesto de barro y nieve derretida. En definitiva, en la tierra había empezado el deshielo, pero el cielo, a través de la oscura noche, no lo veía y desperdigaba con todas sus fuerzas copos de nieve fresca sobre la tierra tibia. El viento vagaba como un hombre borracho... No daba tiempo a que la nieve se posara en el suelo y la hacía girar en las tinieblas a su antojo.

Guikin prestaba oídos a esa música y fruncía el ceño. Sabía, o al menos adivinaba, cuál era el motivo de ese alboroto y a quién se debía.

—Lo sé —farfullaba, amenazando a alguien con el dedo por debajo de la manta—. ¡Lo sé todo!

Su mujer Raisa Nilovna estaba sentada en un taburete, junto a la ventana. La pequeña lámpara de hojalata, colocada sobre otro taburete, parecía intimidada y poco segura de sus fuerzas, y derramaba una luz tenue y vacilante sobre sus anchos hombros, sobre las bellas y apetitosas formas de su cuerpo, sobre su gruesa trenza que llegaba hasta el suelo. Estaba cosiendo sacos de basta estopa. Sus manos se movían deprisa, pero todo su cuerpo, la expresión de sus ojos, las cejas, los gruesos labios y el blanco cuello, ocupados en ese trabajo mecánico y monótono, estaban rígidos y parecían dormir. Sólo de vez en cuando levantaba la cabeza para que su cuello fatigado reposara, dirigía una mirada furtiva a la ventana, detrás de la cual se enfurecía el temporal, y de nuevo se encorbaba sobre la estopa. Su hermoso rostro de nariz respingona y hoyuelos en las mejillas no exteriorizaba nada, ni deseos ni

pesares ni alegrías y se mostraba igual de inexpresivo que una amena fuente sin chorro de agua.

Pero he aquí que termina un saco, lo arroja a un lado y, estirándose con placer, detiene su mirada opaca e inmóvil en la ventana... En los cristales, recorridos por algunas lágrimas, blanquean efímeros copos. La nieve cae sobre el cristal, contempla a la mujer y se funde...

—¡Ven a la cama! —rezonga el sacristán.

La mujer guarda silencio. Pero de pronto sus pestañas se agitan y la atención brilla en sus ojos. Saveli, que no deja de observar la expresión de su rostro desde debajo de la manta, saca la cabeza y pregunta:

—¿Qué?

—Nada... Parece que se acerca un coche... —responde ella con voz queda.

El sacristán se quita de encima la manta con las manos y los pies, se pone de rodillas en la cama y dirige una mirada estúpida a su mujer. La indecisa luz de la lámpara ilumina su cara peluda y picada de viruelas y resbala por su cabellera desgredada e hirsuta.

—¿No lo oyes? —pregunta su mujer.

A través del aullido monocorde de la tormenta el hombre distingue un gemido suave y metálico, apenas audible, semejante al zumbido de un mosquito que quiere posarse en una mejilla y se enfada porque se lo impiden.

—Es el coche de postas... —gruñe Saveli, sentándose en cuclillas.

A tres verostas de la iglesia pasaba la gran carretera de postas. Cuando hacía mucho viento y soplabá desde allí, el sacristán y su mujer oían las campanillas.

—¡Señor, tener ganas de viajar con un tiempo semejante! —ex clama la mujer con un suspiro.

—Es un servicio del Estado. Te guste o no, tienes que ponerte en marcha...

El gemido se prolonga en el aire unos momentos y luego se apaga.

—¡Ha pasado! —dice Saveli, tumbándose.

Pero apenas ha tenido tiempo de cubrirse con la manta, cuando llega a sus oídos el claro tintineo de una campanilla. El sacristán mira a su mujer con inquietud, salta de la cama y, contoneándose, se pone a dar vueltas de un lado a otro de la estufa. La campanilla resuena unos instantes y vuelve a enmudecer, como si la cuerda se hubiera roto.

—Ya no se oye nada... —murmura el sacristán, deteniéndose y mirando a su mujer con ojos entornados.

Pero en ese mismo momento el viento golpea la ventana y trae de nuevo ese gemido suave y metálico... Saveli palidece, carraspea y vuelve a golpear el suelo con los pies desnudos.

—¡El coche de postas está girando en redondo! —dice con voz ronca, dirigiendo una mirada maligna a su mujer—. ¿Lo oyes? ¡Está girando en redondo! Lo sé... ¿Es que crees que no me doy cuenta? —farfulla— ¡Sé todo lo que haces!

—¿Qué es lo que sabes? —pregunta en voz baja la mujer, sin apartar los ojos de la ventana.

—¡Sé que todo es obra tuya, diablesa! ¡Obra tuya! Esta tormenta, el coche de postas girando en redondo... ¡Todo eso lo has hecho tú! ¡Tú!

—Ya se ha enfurecido, el muy estúpido... —observa tranquilamente la mujer.

—¡Hace tiempo que me doy cuenta de lo que haces! ¡Cuando me casé, el primer día advertí que tenías sangre de perro!

—¡Uf! —exclama Raisa con sorpresa, encogiéndose de hombros y santiguándose—. ¡Haz la señal de la cruz, idiota!

—Una bruja es una bruja —continúa Saveli con voz sorda y llorosa, sonándose apresuradamente en un faldón de su camisa de noche—. Aunque seas mi mujer y pertenezcas al clero, no dejaré de decir que eres... ¿Acaso no es así? ¡Protégenos, Señor, y ten piedad de nosotros! El año pasado, la víspera de la fiesta del profeta Daniel y los tres adolescentes hubo una tormenta y un artesano entró a calentarse. Luego, el día de san Alejo el río rompió el hielo y vino un agente... Estuvo toda la noche charlando contigo, el maldito, y cuando se marchó por la mañana me di cuenta de que tenía ojeras y las mejillas hundidas. ¿Eh? Y durante las fiestas del Salvador hubo dos tormentas y ambas veces vino un cazador a pasar la noche. ¡Lo vi todo, que el diablo se lo lleve! ¡Todo! ¡Ah, te has puesto más colorada que un cangrejo! ¡Vaya!

—No viste nada...

~¡Ya lo creo que sí! Y este invierno, antes de Navidad, en la fiesta de los Diez Mártires de Creta, cuando la tormenta gemía día y noche... ¿lo recuerdas?, el secretario del mariscal de la nobleza se extravió y vino a parar aquí, el muy perro... ¡Y cómo te encaprichaste de él! ¡Uf, de un secretario! ¡No valía la pena enturbiar el tiempo por él! Un adefesio, un mocoso que no levantaba dos palmos del suelo, con el morro lleno de espinillas y el cuello torcido... ¡Si al menos fuera atractivo, pero...! ¡Uf! ¡Un demonio!

El sacristán tomó aliento, se secó los labios y prestó oídos. La campanilla había enmudecido, pero el viento gemía sobre el tejado y al otro lado de la ventana, en medio de la oscuridad, volvió a oírse un tintineo.

—¡Y ahora otra vez lo mismo! —continuó Saveli—. ¡El coche de postas no gira en redondo por casualidad! ¡Escúpeme en la cara si el coche de postas no te busca! ¡Ah, el diablo es un buen ayudante, conoce bien su oficio! Le hará dar algunas vueltas y acabará trayéndolo aquí. ¡Lo sé! ¡Lo veo! ¡No me engañas, charlatana del diablo, tentadora de paganos! Cuando empezó la tormenta, comprendí en seguida lo que tramabas.

—¡Eres idiota! —dijo ella con una sonrisa—. Entonces, según tu estúpido razonamiento, ¿yo soy la causante de la tormenta?

—Hum... ¡Has sonreído! Ya seas tú o no, lo que es indudable es que, cuando tu sangre entra en ebullición, hace mal tiempo, y en cuanto eso sucede, aparece por aquí algún chiflado. ¡Siempre pasa lo mismo! ¡Por tanto, debes de ser tú!

El sacristán, tratando de resultar más convincente, se llevó un dedo a la frente, cerró el ojo izquierdo y añadió con voz cantarina:

—¡Ah, locura! ¡Ah, maldición de Judas! Si fueras una criatura humana de verdad y no una bruja, lo entenderías: ¿y si en lugar de un artesano, un cazador o un secretario se tratara del diablo transfigurado? ¿Eh? ¡Deberías pensarlo!

—¡Qué tonto eres, Saveli! —exclamó la mujer con un suspiro, mirando a su marido con pesar—. Cuando mi padre vivía aquí, gente de toda condición —de las aldeas, de los caseríos, de las granjas armenias— acudía para que le curara las fiebres. Venían todos los días y nadie los trataba de diablos. Pero basta que una vez al año, un día de mal tiempo, alguien entre a calentarse para que te parezca un prodigio, estúpido, y te figures toda clase de cosas.

La lógica de la mujer hizo vacilar a Saveli, que separó los pies descalzos, agachó la cabeza y se quedó pensativo. Aún no estaba firmemente convencido de sus conjeturas y el tono sincero e indiferente de su mujer había desbaratado su argumentación; sin embargo, al cabo de unos minutos de reflexión, sacudió la cabeza y dijo:

—Sí, pero los que solicitan pasar la noche no son nunca viejos ni patizambos, sino jóvenes... ¿Por qué? Además, si se limitaran a calentarse... pero también tientan al demonio. ¡No, no hay sobre la faz de la tierra criaturas más astutas que las mujeres! Lo que es cerebro, Señor, tenéis menos un mosquito, ¡pero qué malicia tan diabólica! ¡Ah, sálvanos, Reina de los Cielos! ¡Ya vuelve a sonar la campanilla del coche de postas! ¡En cuanto empezó la tormenta, me di cuenta de lo que tramabas! ¡Todo se debe a tus sortilegios, araña del demonio!

—¿Por qué te metes conmigo, maldito? —dijo la mujer, fuera de sus casillas—, ¿Por qué me atormentas, canalla?

—Sólo te digo que si esta noche, Dios no lo quiera, sucede que... ¿Lo has oído? Si pasa algo, mañana, en cuanto amanezca, iré a Diádkovo en busca del padre Nikodim y se lo explicaré todo. «Así es, padre Nikodim —le diré—, haga el favor de perdonarme, pero es una bruja». «¿Por qué?». «Hum... ¿quiere saber por qué? Pues verá... Por esto y por esto». ¡Y ya verás entonces, mujer del demonio! ¡No sólo serás castigada en el Juicio Final, sino también en la tierra! ¡No en vano en el misal hay oraciones que conciernen a vuestro hermano!

De pronto se oyó un golpe en la ventana, tan fuerte e inesperado que Saveli palideció y las rodillas se le doblaron de miedo. La mujer pegó un brinco y también perdió el color.

—¡Por amor de Dios, dejen que entremos a calentamos un poco! —dijo una profunda y temblorosa voz de bajo—. ¿Hay alguien ahí? ¡Por favor! ¡Nos hemos extraviado!

—¿Y quiénes son ustedes? —preguntó la mujer, sin atreverse a levantar los ojos hasta la ventana.

—¡El correo! —respondió otra voz.

—¡Tus diabluras han dado sus frutos! —dijo Saveli con un gesto de la mano—. ¡Ya están ahí! Tenía yo razón... Bueno, ten cuidado.

El sacristán dio dos saltos delante de la cama, se tumbó sobre el edredón y, resoplando con enfado, se volvió de cara a la pared. No tardó en sentir un soplo de aire frío en la espalda. La puerta chirrió y en el umbral apareció un hombre alto cubierto de nieve de los pies a la cabeza. Tras él surgió otro, igual de blanco...

—¿Metemos los sacos? —dijo el segundo, con voz ronca.

—¡No vamos a dejarlos ahí!

Tras pronunciar esas palabras, el primero se puso a desanudarse el capuchón, pero, antes de terminar, se lo arrancó junto con la gorra y lanzó ambas prendas con irritación sobre la estufa. Luego se quitó el abrigo, lo arrojó al mismo lugar y, sin saludar, se puso a dar vueltas por la habitación.

Era un correo joven y rubio, con la levita del uniforme raída y unas botas gastadas y cubiertas de barro. Una vez que ese ejercicio le hizo entrar en calor, se sentó junto a la mesa, extendió los sucios pies hacia los sacos y apoyó la cabeza en el puño. En su rostro pálido, con manchas rojas, se veían aún las huellas del sufrimiento y el miedo que acababa de pasar. Los rasgos crispados por la irritación, las marcas frescas de sufrimientos físicos y morales recientes y la nieve fundida en las cejas, el bigote y la perilla le conferían cierto atractivo.

—¡Una vida de perros! —masculló, paseando la mirada por las paredes, como si no acabara de creer que estaba a cubierto—. ¡Casi no salimos de ésta! De no ser por vuestra estufa, no sé lo que habría pasado... ¡El diablo sabe cuándo acabará todo esto! ¿Es que no terminará nunca esta vida de perros? ¿Dónde estamos? —preguntó, bajando la voz y levantando los ojos hasta la mujer.

—En la colina de Gulaiov, en la hacienda del general Kalinovski —respondió ésta, estremeciéndose y ruborizándose.

—¿Has oído, Stepán? —dijo el correo, volviéndose hacia el cochero, que se había quedado atascado en la puerta por culpa de la gran saca de cuero que llevaba a la espalda—. ¡Hemos ido a parar a la colina de Gulaiov!

—Sí... ¡Es un buen trecho!

Tras pronunciar esas palabras en forma de suspiro ronco y entrecortado, el cochero salió y, al cabo de unos instantes, volvió a entrar con otra saca algo más pequeña; luego volvió a salir y esta vez trajo el sable del correo, de ancho tahalí, semejante a la gran espada plana que aparece en las xilografías de Judit junto al lecho de Holofernes. Una vez colocadas las sacas a lo largo de la pared, se retiró al zaguán, se sentó allí y encendió su pipa.

—Después del viaje, tal vez le apetezca un té —dijo la mujer.

—¡Nada de té! —respondió el correo, frunciendo el ceño—. Hay que calentarse lo antes posible y partir, de otro modo perderemos el tren. Nos quedaremos unos diez minutos y nos iremos. Lo único que le pido es que tenga la amabilidad de mostrarnos el camino.

—¡Este tiempo es un castigo del Señor! —suspiró la mujer.

—Sí... ¿Y quiénes son ustedes?

—¿Nosotros? Vivimos aquí, cuidamos de la iglesia... Pertenecemos al clero... ¡Mi marido está ahí tumbado! ¡Saveli, levántate y ven a saludar! Antes esto era una parroquia, pero hace año y medio la suprimieron. Naturalmente, cuando los señores vivían aquí, había más gente y merecía la pena mantenerla; pero ahora, sin señores y con la aldea más cercana, Márkovka, a cinco verstas, juzgue usted mismo de qué vamos a vivir. Saveli está sin empleo y... sustituye al guardián. Se encarga de vigilar la iglesia...

También se enteró el correo de que, si Saveli fuera a ver al general y le pidiera una carta para el arzobispo, le darían un buen destino; pero no lo hacía porque era perezoso y le daba miedo la gente.

—En cualquier caso pertenecemos al clero... —añadió la mujer.

—¿Y de qué viven? —preguntó el correo.

—Junto a la iglesia hay un prado y un huerto, aunque ninguno de los dos produce mucho... —suspiró la mujer—. El padre Nikodim, de Diádkino, a quien se le antoja todo lo que ve, viene a decir misa en las dos fiestas de san Nicolás, la de verano y la de invierno^[75], y se queda con casi todo. ¡No hay nadie que nos defienda!

—¡Mientes! —exclamó con voz ronca Saveli— El padre Nikodim es un hombre santo, la antorcha de la Iglesia, y no se queda con nada a lo que no tenga derecho.

—¡Vaya genio tiene tu marido! —dijo el correo con una sonrisa—, ¿Hace mucho que estás casada?

—El Domingo del Perdón hará cuatro años. Mi padre era sacristán aquí; cuando le llegó la hora de morir, fue al consistorio y, para que yo conservara la plaza, pidió que enviaran un sacristán soltero con vistas a un matrimonio. Así fue como me casé.

—¡Ya veo! ¡De modo que mataste dos pájaros de un tiro! —dijo el correo, mirando la espalda de Saveli—. Conseguiste la plaza y ganaste una mujer.

Saveli sacudió los pies con impaciencia y se acercó más a la pared. El correo se levantó de la mesa, se estiró y se sentó en una de las sacas. Después de meditar durante unos instantes, aplastó la saca, cambió el sable de lugar y se tumbó con una pierna colgando.

—Una vida de perros... —farfulló, poniendo las manos en la nuca y cerrando los ojos—. Ni siquiera a un bandido tártaro le deseo una vida semejante.

Pronto reinó el silencio. Sólo se oían los resoplidos de Saveli y la respiración regular y lenta del correo, que se había quedado traspuesto y cada vez que expulsaba el aire dejaba escapar un «j-j-j-j» grave y prolongado. A veces de su garganta salía una especie de chirrido de polea mal engrasada y la pierna, sacudida por un temblor, levantaba un susurro del saco.

Saveli se dio la vuelta bajo la manta y, lentamente, echó un vistazo a su alrededor. Su mujer estaba sentada en el taburete y, con las mejillas apoyadas en las palmas de las manos, contemplaba el rostro del correo. Tenía la mirada fija, como las personas

aturdidas o asustadas.

—¿Qué estás mirando? —susurró Saveli con enfado.

—¿Y a ti qué te importa? ¡Sigue tumbado! —respondió la mujer, sin apartar la vista de la rubia cabellera.

Saveli expulsó con furia todo el aire del pecho y, con un movimiento brusco, se giró hacia la pared. Al cabo de unos tres minutos volvió a revolverse inquieto, se puso de rodillas en la cama y, con las dos manos apoyadas en la almohada, miró de reojo a su mujer, que seguía en la misma posición, contemplando al recién llegado. Sus mejillas habían palidecido y en su mirada ardía un fuego extraño. El sacristán carraspeó, se deslizó hasta el suelo sobre el vientre y, acercándose al correo, le cubrió la cara con un pañuelo.

—¿Por qué haces eso? —preguntó la mujer.

—Para que la luz no le haga daño en los ojos.

—¡No tienes más que apagar!

Saveli miró a su mujer con desconfianza y tendió los labios hacia la lámpara, pero al punto se arrepintió y sacudió las manos.

—¿No será una treta del diablo? —exclamó—, ¿Eh? ¿Acaso hay una criatura más astuta que la mujer?

—¡Ah, demonio con sotana! —silbó la mujer, frunciendo el ceño con desprecio—. ¡Espera un poco!

Y, tras acomodarse mejor, volvió a clavar la mirada en el correo.

Poco le importaba que tuviera el rostro cubierto. No le interesaba tanto la cara como el aspecto general, la novedad de ese hombre. Tenía el pecho ancho y poderoso, las manos hermosas y finas, y sus piernas musculosas y firmes eran bastante más atractivas y masculinas que las dos zancas de Saveli. No había comparación posible.

—Aunque sea un demonio con sotana —comentó Saveli, al cabo de un rato—, no pueden dormir aquí... No... Son empleados del Estado y en consecuencia, si los retenemos, los responsables seremos nosotros. Cuando se lleva la correspondencia, no hay tiempo para dormir... ¡Eh, tú! —gritó Saveli en el zaguán—. Cochero... ¿cómo te llamas? ¿Necesitáis que os guíe? ¡Levántate, no se puede dormir cuando se transporta el correo! —a continuación, fuera de sus casillas, se acercó al correo de un salto y le tiró de la manga—. ¡Eh, excelencia! Si tiene que irse, váyase, y si no... No es momento de dormir.

El correo se sobresaltó, se sentó, recorrió la cabaña con una turbia mirada y volvió a tumbarse.

—¿Cuándo piensa marcharse? —dijo Saveli, recalcando las sílabas, sin dejar de tirarle de la manga—. La correspondencia tiene que llegar a tiempo, ¿lo oye? Yo les guiaré.

El correo abrió los ojos. Envuelto en el cálido ambiente de la pieza y sumergido en la dulzura del primer sueño, aún no despierto del todo, vio como en una especie de niebla el cuello blanco y la mirada fija y lánguida de la mujer, cerró los ojos y sonrió,

como si todo eso formara parte de un sueño.

—¿Adónde van a ir con un tiempo semejante? —oyó la delicada voz de la mujer — ¡Déjalos que duerman tranquilos!

—¿Y la correspondencia? —se sobresaltó Saveli— ¿Quién va a llevarla? ¿La llevarás tú? ¿Tú?

El correo volvió a abrir los ojos, contempló los cambiantes hoyuelos en el rostro de la mujer, se acordó de dónde estaba y entendió las palabras de Saveli. La idea de que había que partir en medio de las frías tinieblas le puso la carne de gallina e hizo que todo su cuerpo se encogiera.

—Habría podido dormir cinco minutos más... —dijo bostezando—. De todos modos vamos a retrasarnos...

—¡Puede que todavía lleguemos a tiempo! —dijo una voz en el zaguán—. Con un poco de suerte, el tren también vendrá con retraso.

El correo se levantó y, desperezándose con placer, empezó a ponerse el abrigo.

Saveli, al ver que los huéspedes se disponían a partir, hasta relinchó de satisfacción.

—¡Échame una mano! —le gritó el cochero, levantando una talega.

El sacristán se acercó a él y le ayudó a sacar al patio las sacas. El correo se puso a deshacer el nudo de su capuchón. La mujer le miraba a los ojos, como tratando de leer en su corazón.

—Debería tomar una taza de té... —dijo.

—No me importaría... pero ya están listos —comentó él—. De todos modos vamos a llegar con retraso.

—¡Quédese! —susurró ella, bajando los ojos y cogiéndole de la manga.

El correo terminó de deshacer el nudo y, presa de la indecisión, puso la capucha sobre el brazo. La proximidad de esa mujer le acaloraba.

—Qué cuello... tienes...

Y se lo acarició con dos dedos. Viendo que no le oponía resistencia, le acarició el cuello, los hombros...

—Ah, eres...

—Debería quedarse... y tomar una taza de té.

—¿Dónde la pones, demonio con sotana? —se oyó en el patio la voz del cochero—. Colócala de través.

—Debería quedarse... ¡Hace un tiempo de perros!

Y el correo, que aún no se había despertado del todo y no había tenido tiempo de desembarazarse de los encantos del lánguido sueño juvenil, sintió un deseo repentino de olvidarse de las sacas, del tren correo... de todo lo que había en el mundo. Asustado, como si se dispusiera a salir corriendo o a ocultarse, echó una ojeada a la puerta, cogió a la mujer por el talle y, ya se inclinaba sobre la lámpara para apagarla, cuando en el zaguán se oyó un ruido de pasos y en el umbral apareció el cochero... Por encima de su hombro se distinguía la figura de Saveli. El correo apartó

rápidamente las manos y se quedó parado, como sumido en honda meditación.

—¡Todo está listo! —dijo el cochero.

El correo permaneció inmóvil unos instantes, volvió bruscamente la cabeza, como para despertarse de una vez por todas, y siguió al cochero. La mujer se quedó sola.

—¡Vamos, sube y muéstranos el camino! —dijo una voz.

Se oyó el perezoso tintineo de una campanilla y a continuación de una segunda; luego esos sonidos argentinos se fueron alejando de la cabaña en forma de suave y prolongado cascabeleo.

Cuando se apagaron del todo, la mujer rompió su inmovilidad y se puso a pasear con inquietud de un rincón al otro. Al principio estaba pálida, pero luego se puso muy colorada. En su rostro se imprimió una expresión de odio, su respiración se hizo entrecortada, los ojos resplandecieron con una rabia salvaje y feroz; daba vueltas por la pieza como una bestia enjaulada, y parecía una tigresa a la que se asusta con un hierro candente. Se detuvo durante un minuto y contempló la vivienda. La cama, que ocupaba casi la mitad de la habitación, se extendía a lo largo de toda la pared y se componía de un edredón sucio, unos almohadones duros y grises, una manta y un montón de trapos indistintos. Ese lecho formaba un amasijo informe y desagradable, casi idéntico al que erizaba la cabeza de Saveli cuando a éste se le antojaba untarse los cabellos con pomada. Desde la cama hasta la puerta que daba al frío zaguán se extendía la oscura estufa, coronada de pucheros y rodeada de paños colgados de ganchos. La pieza estaba tan extremadamente sucia, grasienta y negra de hollín como Saveli; en ese decorado se hacía extraño ver el cuello blanco, la piel suave y delicada de una mujer. La esposa del sacristán corrió hacia la cama y extendió las manos como queriendo dispersar, pisotear y reducir a polvo todo aquello, pero en ese momento, como asustada del contacto de tanta suciedad, retrocedió y de nuevo se puso a dar vueltas de un rincón al otro...

Cuando al cabo de un par de horas regresó Saveli, blanco de nieve y extenuado, ella ya se había desvestido y acostado. Tenía los ojos cerrados, pero por las ligeras contracciones que agitaban su rostro el hombre adivinó que no dormía. De camino a casa se había jurado no dirigirle la palabra ni tocarla hasta el día siguiente, pero una vez allí no pudo abstenerse de hurgar en la herida.

—¡No te han valido de nada tus sortilegios: se ha marchado! —exclamó con una maliciosa sonrisa.

La mujer no dijo nada, sólo su mentón tembló. Saveli se desvistió sin prisas, pasó por encima del cuerpo de ella y se tumbó de cara a la pared.

—¡Mañana le explicaré al padre Nikodim la clase de esposa que eres! —farfulló, haciéndose un ovillo.

La mujer se volvió bruscamente hacia él y le dirigió una mirada fulminante.

—Vas a tener que contentarte con el puesto —dijo—, pero si quieres una mujer, tendrás que ir a buscarla al bosque. ¿Te imaginas que soy tu esposa? ¡Ya puedes reventar! ¡Buena la he hecho cargando con un gandul y un zoquete como tú, que Dios

me perdone!

—Vamos, vamos... ¡Duérmete!

—¡Qué desdichada soy! —dijo ella, estallando en sollozos—. ¡De no haber sido por ti, podría haberme casado con un comerciante o con un noble! ¡Tendría un marido a quien amar! ¡Ojalá te hubiera tragado la nieve y te hubieras helado de frío en la carretera, monstruo!

Pasó largo rato llorando. Al final exhaló un profundo suspiro y se calmó. Al otro lado de la ventana seguía aullando la tormenta. En la estufa, en la chimenea y detrás de cada pared se oía una especie de llanto; Saveli tenía la impresión de oírlo dentro de sí, en sus propios oídos. Esa noche se había convencido definitivamente de que las suposiciones sobre su mujer eran fundadas y ya no albergaba la menor duda de que ésta, con la ayuda del demonio, disponía a su antojo de los vientos y de los coches de postas. No obstante, para colmo de su desdicha, ese aspecto secreto, esa fuerza sobrenatural y salvaje, le daban a la mujer que yacía a su lado un encanto peculiar e inefable, en el que no había reparado antes. Sin darse cuenta, dejándose llevar por su propia estupidez, la había poetizado, y de ese modo la había vuelto más blanca, más tersa, más inaccesible...

—¡Bruja! —dijo con despecho—. ¡Uf, qué repugnante eres!

Sin embargo, una vez que la mujer se calmó y su respiración se hizo más regular, rozó su nuca con los dedos... cogió su gruesa trenza con la mano. Ella no se percató... Él entonces se envalentonó y le acarició el cuello.

—¡Déjame! —gritó ella y le dio un codazo tan violento en el caballete de la nariz que le hizo ver las estrellas.

El dolor desapareció pronto, pero el suplicio continuó.

EL VENENO

(Ведьма)

Aunque era empleado en una oficina bancaria de Kunst y Cía., Piotr Petrovich Lisov era idealista hasta las cejas. Cantaba, tocaba la guitarra, usaba cremas y pantalones claros. Todo eso representaba la marca por la que se podía distinguir a un idealista de un materialista a diez verstas de distancia. Se había casado con Liúbochka, la hija del capitán retirado Kadikin, por un amor apasionado... ¿Se lo pueden creer? Amaba tanto a su novia que si le hubieran dado a elegir entre un millón de rublos y Liúbochka, sin pensárselo se hubiera quedado con ella... Pero al diablo no le gustaba ese idealismo y, claro, no tardó en entrometerse.

En la víspera de la boda (que es justo el momento en que el diablo comienza a insistir), el capitán Kadikin llamó a Lisov a su despacho y, tirando de uno de sus botones cariñosamente, le dijo:

—Debo advertirte, mi buen amigo Petia, que de alguna manera, esto... Un acuerdo es mucho mejor que el dinero... Para que luego, hablemos con propiedad, no nos encontremos con ninguna sorpresa desagradable, deberíamos acordar de antemano... Es decir, ya sabes que yo por Liúbochka no... ¡Que no doy nada por Liúbochka!

—¿Y qué más da? —dijo alterado el idealista—. ¿Usted por quién me ha tomado? ¡Con quién yo me caso es con la señorita, no con el dinero!

—Bueno, bueno... Yo te digo esto para que... Para que lo sepas de todas formas... No es que yo sea pobre, tengo fortuna, pero, ya lo has visto tú mismo, tengo otras cinco hijas además de Liúbochka... Así que, mi buen amigo Petia... Oh... —el capitán dio un suspiro—. Así que, claro, será complicado, pero, no hay más remedio, tendrás que mantenerte de alguna manera... Claro que, si hubiera algo así como... descendencia o algún otro acontecimiento similar, podría ayudar... Un poco podría... Podría incluso ahora mismo...

—¡Venga, por Dios! —dijo Lisov con un gesto.

—En este momento te podría prestar cuatrocientos rublos... Y quisiera darte más, pero... ni aunque me apuñalases, me vas a perdonar.

Kadikin rebuscó en la mesa y extrajo un papel que dio a Lisov.

—Toma, aquí tienes —dijo—. ¡Justo cuatrocientos! Podría ir yo a cobrar este pagaré, pero ya sabes que no tengo tiempo para batallar. Así que cuando tú quieras, lo cobras... Sin ningún remordimiento, vas a ver al doctor Kliabov y se lo cobras... Y si protesta, pues te vas a los juzgados...

Aunque Lisov se negaba, e insistía en que no se casaba por el dinero sino por la chica, acabó por tomar el pagaré, lo dobló en cuatro y se lo metió al bolsillo. Al día siguiente, cuando regresaban de la boda en la calesa, Lisov cogió a Liúbochka por la

cintura y le dijo:

—Hace días llorabas porque no íbamos a tener un piano en nuestra casa... ¡Pues alégrate, Liúbochka! Te voy a comprar uno de cuatrocientos rublos...

Cuando los jóvenes se quedaron a solas tras la cena nupcial, Lisov comenzó a caminar un buen rato de un lado de otro de la habitación, y en un momento giró la cabeza y le dijo a su esposa:

—¿Sabes una cosa, Liuba? Creo que sería mejor que esperáramos para comprar el piano, ¿cómo lo ves? ¡Compremos primero los muebles! ¡Con esos cuatrocientos rublos podríamos adquirir unos muebles excelentes! ¡Y adornaremos las habitaciones tanto que hasta al diablo le darán náuseas! En la habitación de allí pondremos un diván y un sillón tapizado con seda... Ante el diván colocaremos una mesa redonda con una buena lamparilla de mil diablos... Y aquí, un lavabo de mármol. *Vous comprenez?* Je, je... Y en este hueco pondremos un guardarropa o una cómoda con aseo... ¡Hasta el diablo sabe lo bien que quedará todo!

—En las ventanas harán falta cortinas.

—¡Cortinas, sí! ¡Mañana mismo iré a ver a ese doctor! Si pudiera encontrarlo, al diablo... Los doctores suelen ser gente tacaña, y además en cuanto amanece tienen por costumbre salir de visita...

Así que, me disculparás, Liuba, pero mañana me levantaré más temprano...

Lisov se levantó en silencio a las ocho de la mañana, se vistió y fue andando hasta la casa del doctor Kliabov. A las nueve menos cuarto ya estaba ante el recibidor del doctor.

—¿Está el doctor en casa? —le preguntó a la sirvienta.

—Está, pero dormido, y no se levantará pronto.

Tanto se enfadó y arrugó el rostro Lisov ante tal respuesta, que la sirvienta se asustó y dijo:

—¡Pero si hace falta puedo despertarlo! ¡Vaya hacia el despacho!

Lisov se quitó el abrigo y entró al despacho...

«¡El muy canalla vive bien! —pensó al sentarse en el sillón y mirar el ambiente—. Seguro que sólo ese sofá ya vale unos cuatrocientos rublos...».

A los diez minutos se escuchó a lo lejos una tos, después unos pasos, y el doctor, adormilado y sin lavarse, entró al despacho.

—¿Qué es lo que tiene? —preguntó tras sentarse enfrente de Lisov.

—Siendo sincero, señor doctor, yo no estoy enfermo —arrancó el idealista, con una amable sonrisa—. Vine a verlo por un asunto... Verá, yo me casé ayer... y tengo mucha necesidad de dinero... Sería necesario que me pagara usted hoy mismo este pagaré...

—¿Qué pagaré? —dijo el doctor con la mirada desencajada.

—Pues éste... Mi nombre es Lisov y me he casado con la hija de Kadikin. Soy su yerno, y él, es decir, mi suegro me dio este pagaré... ¡Es decir, Kadikin me lo dio!

—¡Válgame Dios! —dijo Kliabov con un gesto mientras se levantaba y ponía

cara de pena—. Yo que pensaba que usted estaba enfermo y me viene con una tontería así... ¡Vengüenza debería darle! ¡Hoy me he acostado a las siete, y usted, diablos, me despierta! Una persona honrada suele respetar la tranquilidad de los demás... ¡Hasta yo me avergüenzo de usted!

—Lo siento. Yo pensé que... —dijo Lisov confuso— No sabía que...

Pero al ver que el doctor se marchaba, se alzó y murmuró:

—¿Entonces cuándo dice que venga a cobrar?

—Nunca... ¡Ya le he dicho mil veces a ese Kadikin que me deje en paz! ¡Me tiene hartos!

Tanto el tono como el trato del doctor confundieron y enojaron a Lisov.

—Me disculparé, pero en tal caso... —dijo—, tendré que dirigirme a los juzgados y... ¡reclamar un embargo de sus propiedades!

—¡Haga lo que quiera! Ese Zatikin suyo, o... ¿Cómo se...? Kadikin sabe que mi propiedad no es mía sino de mi esposa.

Cuando el doctor salió, Lisov había enrojecido y tremaba de ira.

«¡Ignorante! —pensó—. ¡Cerdo! ¡Vive como un rico, tiene una consulta... y no paga sus deudas! Espera y verás...».

En vez de irse a dormir, por la noche Lisov se sentó a escribirle una carta al doctor... En ella le rogaba de manera tajante, y con la amenaza del juzgado, ser informado sobre el día y la hora en que podría encontrar al doctor en casa. Cuando al día siguiente no recibió respuesta, le mandó otra carta... Y cuando ya se había gastado hasta seis timbres en correo, alterado fue a visitar al alguacil del juzgado...

Así que mientras él escribía cartas y hacía visitas al alguacil, pasaba el tiempo y la naturaleza humana hacía su trabajo... En seguida le empezó a dar la sensación a Lisov de necesitar los cuatrocientos rublos en grado sumo, se encontraba hasta el cuello, algo que resultaba curioso porque se había podido apañar sin ellos antes. Dejando aparte los muebles, que se podían aplazar para más tarde, con ese dinero tenía que pagar viejas deudas, la sastrería, las compras... Cuando habían pasado unos diez días de la boda, Liúbochka le pidió cinco rublos para dárselos a la cocinera, y Lisov le dijo:

—Ahora no los tengo, pero se los daré de los del doctor... ¿Sabes una cosa? ¡Hoy mismo pasaré por casa del doctor! Le voy a pedir que al menos me lo vaya pagando en partes. ¡Seguro que eso lo acepta!

Cuando llegó a casa del doctor se encontró a muchos enfermos en el recibidor. Tuvo que esperar su turno. Después de leerse todos los periódicos, y de que se le secase la garganta y le dolieran los hombros, entró por fin al despacho del doctor.

—¡Otra vez usted! —frunció el ceño Kliabov.

Lisov tomó asiento, y le explicó con el corazón cómo fue que Kadikin le regaló el pagaré, y la falta que le hacía el dinero.

—Me podría usted ir pagando de diez en diez rublos... —agregó—. Estaría de acuerdo con eso.

—Me va usted a disculpar, pero simplemente está loco... —sonrió maliciosamente Kliabov—. ¿Pero, por favor, quién acepta como regalo de bodas un pagaré?

—Lo acepté porque creía que usted tendría... conciencia...

—¡Pero mírelo! ¡No está usted en posición de hablar de conciencia! ¿Sabe usted de dónde sale esa deuda? Cuando yo era estudiante le pedí a su suegro cincuenta rublos, sólo eso. ¡Todo lo demás son intereses! Y no se lo voy a pagar... ¡No lo voy a pagar por principios! ¡Ni un solo kopek!

Lisov regresó a casa cansado y enfadado.

—¡No entiendo a tu padre! —le dijo a Liúbochka—. ¡Esto es una vileza! ¿Qué no tiene cuatrocientos rublos para mí? ¡No es que me haga falta la dote, pero es una cuestión de principios! No quiero ni hablar más con tu padre... ¡Tacaño, avaricioso! Corre y dile que se quede con su estúpido pagaré y que en su lugar me envíe cuatrocientos rublos... ¿Has escuchado? Corre y se lo dices así...

—¿Pero cómo le voy a decir algo así? Me resulta muy incómodo, Petia.

—¿Ah, entonces es que para ti es más importante él que tu marido? En tu opinión, ¿él lleva la razón? ¡No recibo nada de dote, pero aun así él lleva la razón!

Liúbochka parpadeó y rompió a llorar.

—Ya empezamos... —murmuró Lisov— ¡Sólo faltaba esto! ¡Sin dramas, por favor, querida! ¡En mi casa no! ¡A mí con ésas no me convencerás... no me conmoverás! ¡No me gusta! ¡Podrás llorar a gritos en casa de tu papaíto, pero aquí no! ¿Lo has oído?

Y Lisov dio golpe en la mesa con el canto de un libro... Así, con ese golpe, terminó su luna de miel.

LA BROMA

(Шуточка)

Un claro mediodía de invierno... Hace mucho frío, el hielo cruje y a Nádienka, que va conmigo del brazo, se le cubren de escarcha plateada los rizos de la sien y el vello sobre el labio superior. Estamos en la cima de una colina. Desde nuestros pies hasta la tierra llana se extiende una ladera cubierta de nieve, en la que el sol se mira como en un espejo. Junto a nosotros hay un pequeño trineo cubierto con un paño rojo.

—¡Bajemos, Nadezhda Petrovna! —le suplico—. ¡Sólo una vez! Le aseguro que no nos pasará nada.

Pero Nádienka tiene miedo. Todo el espacio que existe entre sus pequeños chanclos y el pie de la ladera helada le parece un terrible abismo sin fondo. Se desanima y se le corta la respiración cuando mira hacia abajo, cuando le propongo montar en el trineo. ¿Qué pasará si se arriesga a volar hacia el abismo? Se morirá, se volverá loca.

—¡Se lo suplico! —insisto—. ¡No hay que tener miedo! ¡Vamos, no sea cobarde!

Nádienka cede por fin y por la cara que pone veo que teme por su vida. La coloco en el trineo. Está pálida y tiembla. La sujeto de la cintura y nos lanzamos al abismo.

El trineo va como una bala. Un viento helado nos golpea en la cara, ruge, silba en los oídos, corta, nos pincha con rabia y dolor, quiere arrancarnos la cabeza de los hombros. La presión del aire nos impide respirar. Parece como si el diablo nos hubiera atrapado con sus zarpas y con un rugido nos arrastrara hasta el infierno. Todos los objetos que nos rodean se funden en una larga línea que se desplaza vertiginosamente... ¡Un instante más y parece que vamos a morir!

—¡La amo, Nadia! —digo a media voz.

El trineo corre cada vez más despacio, el aire ya no corta y el chirrido de los patines ya no es tan terrible, la respiración se hace fluida y, por fin, llegamos abajo. Nádienka está pálida, más muerta que viva, apenas si respira... La ayudo a ponerse en pie.

—¡Por nada del mundo volvería a montar! —dice, mirándome con los ojos desorbitados, llenos de terror—. ¡Por nada del mundo! ¡Casi me muero!

Un poco después se repone y me interroga con la mirada: «¿He dicho esas tres palabras o sólo las ha oído en el rumor del viento?», Yo permanezco a su lado, fumo y examino mis guantes.

Me coge del brazo y damos un largo paseo al pie de la ladera. Por lo visto, el enigma no la deja en paz. ¿Ha dicho esas palabras? ¿Sí o no? ¿Sí o no? Es una cuestión de amor propio, de honor, de felicidad, una cuestión muy importante, vital, la cuestión más importante del mundo. Nádienka, impaciente, triste, me mira

inquisitivamente a la cara; responde intempestivamente, espera a que yo diga algo. ¡Oh, qué juego de gestos hay en ese bonito rostro! ¡Qué juego! Veo que lucha consigo misma, que necesita decir algo, preguntar algo, pero que no encuentra las palabras, se siente incómoda, tiene miedo, la alegría se lo impide...

—¿Sabe una cosa? —dice sin mirarme.

—¿Qué?

—¡Vamos a tirarnos... otra vez!

Subimos por la escalera a la cima. De nuevo coloco en el trineo a la pálida y temblorosa Nádienka; de nuevo volamos hacia el terrible abismo; de nuevo ruge el viento y chirrían los patines; y de nuevo, en el momento más fuerte y ruidoso del descenso, le digo a media voz:

—¡Le amo, Nadia!

Cuando el trineo se detiene, Nádienka abarca con la mirada la ladera por la que acabamos de bajar, luego me mira fijamente a la cara, escucha mi voz, indiferente y desapasionada, y toda su figura, incluso su manguito y su capuchón, expresa la mayor perplejidad. En su rostro está escrito:

«¿Qué es esto? ¿Quién ha pronunciado *esas* palabras? ¿Ha sido él o es que sólo me ha parecido oírlas?».

Esa incertidumbre le inquieta e impaciente. La pobre muchacha no contesta a mis preguntas, frunce el ceño, está a punto de romper a llorar.

—¿No deberíamos regresar? —le pregunto.

—A mí... a mí me gusta montar en trineo —me dice, ruborizándose—. ¿Y si bajamos otra vez más?

A ella «le gusta» montar en trineo y, sin embargo, al sentarse en él, lo mismo que las otras veces, está pálida, el miedo apenas la deja respirar, y tiembla.

Nos deslizamos por tercera vez y yo veo cómo ella me mira a la cara y está pendiente de mis labios. Pero me tapo la boca con el pañuelo, toso, y cuando vamos por la mitad de la pendiente, logro decir:

—¡La amo, Nadia!

Nádienka se acostumbra pronto a esa frase, como al vino o a la morfina. No puede vivir sin ella. Es cierto que ha perdido el miedo a deslizarse por la montaña, pero ahora el terror y el peligro confieren un cierto encanto a las palabras de amor, a las palabras que, igual que antes, constituyen un enigma y hacen sufrir al corazón. Los sospechosos seguimos siendo dos: el viento y yo... ¿Quién de los dos le declara su amor? Ella no lo sabe, pero ahora no le importa. No importa la copa en la que se ofrezca el vino: lo que importa es emborracharse.

En una ocasión, a mediodía, me dirijo sólo a la pista de patinaje; mezclado entre la gente veo cómo Nádienka se va hacia la colina, cómo me busca con la mirada... Luego, tímidamente, sube arriba por la escalera... Le da miedo, mucho miedo, ir sola. Está blanca como la nieve, tiembla como si se dirigiera al patíbulo, pero sube, sube decidida, sin mirar a su alrededor. Es evidente que ha decidido hacer la prueba:

¿oírás esas deliciosas y dulces palabras cuando yo no esté? Veo cómo ella, pálida, aterrada, se sienta en el trineo, cierra los ojos y despidiéndose para siempre del mundo, empieza a deslizarse... Los patines chirrían. No sé si Nádienka oye esas palabras... Sólo veo cómo se levanta exhausta, sin fuerzas, del trineo. Leo en su rostro que ella misma no sabe si ha oído algo o no. El miedo, mientras se deslizaba pendiente abajo, le ha privado de la facultad de oír, distinguir los sonidos, comprender...

Pero llega el mes de marzo y comienza la primavera... El sol es más cálido. Nuestra ladera helada se vuelve oscura, deja de brillar y finalmente se derrite. Ya no vamos a patinar. La pobre Nádienka ya no tiene dónde escuchar esas palabras, y no hay tampoco quien las pronuncie, puesto que ya no sopla el viento y yo me dispongo a marcharme a Petersburgo para mucho tiempo, quizás para siempre.

Un par de días antes de mi partida, me siento al atardecer en un pequeño jardín, separado por una alta valla con clavos del patio de la casa en que vive Nádienka. Todavía hace bastante frío, bajo el estiércol aún hay nieve, los árboles están muertos, pero ya huele a primavera y, volviendo a sus nidos, los grajos graznan ruidosamente. Me acerco a la valla y miro un buen rato por una rendija. Veo cómo Nádienka sale al porche y dirige al cielo su triste y melancólica mirada... El viento primaveral sopla directamente sobre su rostro pálido y abatido... Le recuerda aquel otro viento que rugía en la ladera cuando escuchó aquellas tres palabras, y su rostro se entristece y por sus mejillas se desliza una lágrima... Y la pobre muchacha extiende sus manos, como si pidiera a ese viento que le traiga otra vez esas palabras. Y yo espero a que sople el viento para decir a media voz:

—¡La amo, Nadia!

Dios mío, ¿qué le pasa a Nádienka? Lanza un grito, una amplia sonrisa se dibuja en su rostro, y extiende las manos al viento, está contenta, es feliz, ¡es tan hermosa!

Me marchó a preparar mi equipaje.

Esto sucedió hace mucho tiempo. Ahora Nádienka está casada. La casaron, o se casó por su propia voluntad, es lo mismo, con un secretario del Consejo de Tutela, y tiene tres niños. Pero no ha olvidado cómo en un tiempo lejano fuimos juntos a patinar y cómo el viento le traía las palabras «¡La amo, Nadia!». Ahora es para ella el recuerdo más feliz, más conmovedor y hermoso de su vida...

Y yo, ahora ya han pasado los años y me he hecho mayor, no comprendo por qué dije aquellas palabras, por qué hice aquella broma...

AGAFIA

(Агафья)

Durante mi estancia en el distrito de S. tuve ocasión de visitar a menudo los huertos de Dubovo y a su cuidador, Savva Stukach, o simplemente Savka. Esos huertos eran mi lugar preferido para la llamada pesca «general», en la que se parte de casa sin saber el día ni la hora en que se regresará, equipado de toda clase de aparejos y pertrechado de provisiones. A decir verdad, lo que me interesaba, más que la pesca, era ese sosegado deambular, las comidas a cualquier hora, las conversaciones con Savka y la larga contemplación de las serenas noches estivales. Savka era un muchacho de unos veinticinco años, alto, atractivo, lleno de salud, duro como el pedernal. Pasaba por hombre juicioso y sensato, sabía leer y escribir, rara vez bebía vodka, pero como trabajador ese hombre joven y fuerte no valía un céntimo. Sus músculos resistentes como cables estaban llenos de energía y a la vez de una pereza abrumadora, invencible. Vivía en la aldea, como todos, en una isba de su propiedad, disponía de una parcela de tierra, pero no la araba ni la sembraba ni se ocupaba de ninguna actividad. Su anciana madre mendigaba bajo las ventanas; en cuanto a él, vivía como un ave del cielo: por la mañana no sabía lo que comería a mediodía. No es que careciera de voluntad, de energía o de compasión por su madre, sino simplemente que no tenía inclinación por el trabajo ni era consciente de su utilidad... Toda su figura desprendía un aura de placidez y revelaba el gusto innato, casi la vocación artística por una vida regalada, sin ninguna clase de esfuerzo. Cuando su cuerpo joven y lleno de salud sentía la necesidad fisiológica de ocuparse de algún trabajo muscular, el muchacho se entregaba durante algún tiempo a alguna profesión liberal pero fútil, como el aguzamiento de jalones de los que nadie tenía necesidad, o entablaba una carrera de velocidad con las mujeres. Su estado favorito era la inmovilidad concentrada. Era capaz de pasar horas enteras en un mismo sitio, sin cambiar de postura, con la mirada fija en un punto. Se revolvía al compás de su inspiración y sólo cuando se presentaba la ocasión de hacer un movimiento rápido y brusco: coger por la cola a un perro que corría, arrancarle el pañuelo a una mujer, salvar un ancho hoyo. Ni que decir tiene que, siendo tan parco en movimientos, Savka era más pobre que una rata y vivía peor que un pordiosero. Con el paso del tiempo fueron acumulándose los atrasos en el pago de sus impuestos y, a pesar de su juventud y de su salud, la asamblea acabó confiándole una ocupación reservada a los viejos: guardián y espantapájaros de los huertos comunales. Por mucho que los vecinos se reían de su vejez anticipada, él ni se inmutaba. Esa ocupación tranquila, propicia para una contemplación inmóvil, estaba en perfecta consonancia con su naturaleza.

Una hermosa tarde de mayo me encontraba en compañía de ese Savka. Recuerdo

que estaba tumbado sobre una manta de viaje desgarrada y ajada, casi en la entrada de su cabaña, de la que salía un olor intenso y sofocante a hierba seca. Con las manos en la nuca, miraba el panorama que se abría ante mis ojos. Junto a mis pies había unas horcas de madera. Detrás se destacaba, como una mancha negra, el perro de Savka, Kutka, y a dos sazhen de éste, como mucho, se recortaba la escarpada orilla. Al estar tumbado, no alcanzaba a ver el río. Sólo vislumbraba las cimas de las mimbreras que se apretujaban en esta ribera y el borde sinuoso y como roído de la otra. En la lejanía, sobre una sombría colina, se acurrucaban unas contra otras, como jóvenes perdices asustadas, las casas de la aldea en que vivía Savka. Más allá de la colina se apagaba el crepúsculo. Sólo quedaba un rayo de un púrpura pálido y aun éste estaba cubierto de menudas nubes, como brasas de ceniza.

A la derecha de los huertos la masa oscura de una aliseda susurraba dulcemente y a veces se estremecía por alguna súbita ráfaga de viento; a la izquierda se extendían los campos ilimitados. Allí donde las tinieblas no permitían ya al ojo distinguir el cielo de la tierra, centelleaba con fuerza una lucecilla. Savka estaba sentado a poca distancia de mí. Con las piernas dobladas a la turca y la cabeza gacha, contemplaba a Kutka con aire meditabundo. Nuestros anzuelos, provistos de cebo vivo, llevaban ya un buen rato bajo el agua, de modo que no teníamos otra cosa que hacer que entregarnos a ese reposo tan apreciado por Savka, que no se fatigaba nunca y siempre estaba fresco. Los últimos rayos del sol poniente aún no se habían apagado del todo, pero la noche estival envolvía ya la naturaleza con su caricia deleitosa, que incita al descanso.

Todo se sumergía en la profundidad del primer sueño, sólo un ave nocturna desconocida para mí lanzaba en el bosque un largo gorjeo articulado, prolongado y perezoso, semejante a las palabras: «¿Has visto a Nikita?», y al punto se respondía a sí misma: «¡Lo he visto! ¡Lo he visto! ¡Lo he visto!».

—¿Por qué no cantan los ruiseñores? —pregunté a Savka.

Éste se volvió lentamente hacia mí. Tenía unos rasgos pronunciados y netos, pero a la vez expresivos y suaves como los de una mujer. Luego contempló con sus ojos dulces y soñadores el bosque y las mimbreras, sacó del bolsillo con parsimonia un caramillo, se lo llevó a los labios y se puso a imitar el canto de un ruiseñor hembra. Al punto, como en respuesta a su llamada, en la orilla opuesta se oyó el graznido de un rascón.

—Ahí tiene a su ruiseñor... —dijo Savka con una sonrisa—, ¡Derg-derg! ¡Derg-derg! Chirría como una cerradura vieja y seguro que se imagina que canta.

—Me gusta esa ave... —dije yo—. ¿Sabes? Durante la migración el rascón no vuela, sino que corre por el suelo. Sólo vuela para atravesar los ríos y los mares, lo demás lo hace a pie.

—Vaya... —farfulló Savka, mirando con respeto el lugar en el que había graznado el rascón.

Sabiendo lo aficionado que era Savka a escuchar, le conté todo lo que había leído

del rascón en los libros de caza. De ese tema pasé sin darme cuenta a las migraciones. Savka me escuchaba con atención, sin pestañear, en todo momento con una sonrisa de satisfacción.

—¿Y cuál es la patria de las aves? —preguntó—. ¿Estas tierras o aquéllas?

—Éstas, sin duda. Aquí es donde nacen y donde crían, de modo que ésta es su patria; sólo vuelan a otras regiones para no morir de frío.

—¡Curioso! —exclamó Savka, estirándose—. Cualquier tema del que se hable está lleno de sorpresas. Ya se trate de las aves, de los hombres... o de esta piedra, todo tiene su sentido. ¡Ah, señor, de haber sabido que venía usted, no le habría dicho a esa mujer que se reuniera aquí conmigo...! Hay una que me ha pedido venir hoy...

—¡Ah, por favor, no quiero molestar! —dije yo—. Puedo tumbarme en el bosque...

—¡Nada de eso! No se va a morir por venir mañana... Si se quedara sentada, escuchando la conversación... pero no parará de hablar. Estando ella presente, no será posible mantener una conversación sensata.

—¿Es a Daria a quien esperas? —le pregunté después de una pausa.

—No... Hoy va a venir una nueva... Agafia, la del guardagujas.

Savka pronunció esas palabras con su voz habitual, desganada, un poco sorda, como si estuviera hablando de tabaco o de unas gachas, pero yo me quedé sorprendido. Conocía a Agafia, la del guardagujas... Era una mujer muy joven, de unos diecinueve o veinte años, que se había casado hacía unos diez o doce meses con un muchacho joven y bravo, guardagujas del ferrocarril. Vivía en la aldea y su marido venía a pasar casi todas las noches con ella.

—¡Tus aventuras con las mujeres acabarán mal, amigo! —dije con un suspiro.

—Me da igual... —y, al cabo de una pausa, añadió—: Se lo he dicho a ellas, pero no me escuchan... A las muy tontas les entra por un oído y les sale por el otro.

Se produjo un silencio... Las tinieblas, entre tanto, se espesaban cada vez más y los objetos perdían sus contornos. El rayo que centelleaba más allá de la colina se había apagado del todo, las estrellas refulgían y resplandecían con fuerza creciente, cada vez más brillantes y luminosas... El chirrido monocorde y melancólico de los grillos, el graznido del rascón y el chillido de la codorniz, lejos de quebrar el silencio de la noche, reforzaban su inmensa monotonía. Parecía como si esa suave melodía que encantaba los oídos no emanara de las aves ni de los insectos, sino de las estrellas que nos contemplaban desde el firmamento...

El primero en romper el silencio fue Savka. Apartando lentamente los ojos del negro lomo de Kutka y fijándolos en mí, dijo:

—Veo que se aburre usted, señor. ¿Qué tal si cenamos?

Y, sin aguardar mi consentimiento, se deslizó boca abajo hasta la cabaña y se puso a buscar algo, haciendo que toda la cabaña se estremeciera como una hoja; luego salió, también arrastrándose, y puso delante de mí una botella de vodka y una escudilla de barro con huevos duros, tortas de centeno untadas en manteca, unas

rebanadas de pan negro y alguna otra cosa... Bebimos el vodka en un vaso torcido, que no era posible mantener derecho, y atacamos los alimentos... Sal gruesa de color gris, tortas sucias y grasientas, huevos elásticos como el caucho... pero ¡qué succulento me pareció todo!

—Vives como un pordiosero, pero tienes buenos productos —dijo, señalando la escudilla—. ¿De dónde los sacas?

—Me los traen las mujeres... —masculló Savka.

—¿Por qué razón?

—Pues... por piedad...

No sólo el menú, sino también la ropa de Savka portaba la marca de la «piedad» femenina. Así, esa velada advertí que llevaba un cinturón nuevo de gruesa lana y en el sucio cuello una cinta de un rojo vivo de la que pendía una cruz de cobre. Conocía la debilidad del bello sexo por Savka, como también su renuencia a hablar de ella, de modo que interrumpí mi interrogatorio. Además, no era momento para comentarios... Kutka, que daba vueltas a nuestro alrededor, esperando pacientemente un pedazo de comida, aguzó de pronto las orejas y empezó a gruñir. Se oyó un chapoteo lejano, intermitente.

—Alguien atraviesa el vado... —dijo Savka.

Al cabo de unos tres minutos Kutka volvió a gruñir y emitió un sonido semejante a una tos.

—¡Cállate! —le gritó su amo.

Unos pasos tímidos resonaron en la penumbra con ruido sordo y una silueta de mujer surgió del bosque. La reconocí, a pesar de la oscuridad que nos rodeaba: era Agafia, la del guardagujas. Se acercó a nosotros con temor y se detuvo, respirando con dificultad. Probablemente estaba menos sofocada por la caminata que por el temor y el sentimiento desagradable que se experimenta siempre que se atraviesa un vado de noche. Al darse cuenta de que junto a la cabaña había dos hombres en lugar de uno, lanzó un débil grito y retrocedió un paso.

—¡Ah... eres tú! —exclamó Savka, metiéndose una torta en la boca.

—Sí... soy yo —balbució ella, dejando en el suelo un paquete y mirándome de reojo—, Yákov le manda saludos y me ha pedido que le traiga... esto...

—¿Por qué mentir? ¡Yákov! —dijo Savka con una sonrisa—. ¡No es necesario mentir, el señor sabe a lo que has venido! Siéntate, te invitamos.

Agafia volvió a mirarme de soslayo y se sentó con indecisión.

—Pensaba que ya no vendrías hoy... —dijo Savka, después de un largo silencio—. ¿A qué estás esperando? ¡Come! ¿O es que quieres vodka?

—¡Menuda idea! —comentó Agafia—. No estás tratando con una borracha...

—Bebe... Te pondrá a tono... ¡Vamos!

Savka le entregó el vaso torcido a Agafia, que lo vació poco a poco, pero no comió nada, contentándose con soplar ruidosamente.

—Me has traído algo... —continuó Savka, deshaciendo el paquete y adoptando

un tono de condescendencia—. Las mujeres siempre tienen que traer alguna cosa. Vaya, una empanada y patatas... ¡Éstas sí que saben vivir! —dijo con un suspiro, volviéndose hacia mí— ¡En toda la aldea sólo ellas tienen patatas después del invierno!

No veía el rostro de Agafia en la oscuridad, pero, a juzgar por el movimiento de sus hombros y de su cabeza, tenía la impresión de que no apartaba los ojos de Savka. No queriendo chafarles la entrevista, me puse en pie y me dispuse a dar un paseo. Pero en ese momento, en el bosque, un ruiseñor emitió dos notas de contralto. Al cabo de medio minuto lanzó un trino agudo y ligero y, después de probar así su voz, empezó a cantar. Savka se incorporó de un salto y prestó oídos.

—¡Es el mismo de ayer! —dijo—, ¡Espere un poco...!

Y, con la rapidez de una flecha, se internó en el bosque sin hacer ruido.

—¿Qué vas a hacer? —le grité mientras se alejaba—. ¡Déjalo!

Savka hizo un gesto con la mano para indicarme que no gritara y desapareció en la oscuridad. Cuando quería, Savka era un pescador y un cazador extraordinario, pero en ese momento gastaba en balde tanto sus dotes como sus fuerzas. Por lo común era perezoso y empleaba toda su pasión de cazador en empresas vanas. Así, atrapaba ruiseñores con las manos, disparaba a los lucios con perdigones y pasaba horas enteras a la orilla del río, empeñado en cobrar peces pequeños con un anzuelo grande.

Al quedarse a solas conmigo, Agafia tosió y se pasó la mano por la frente varias veces... El vodka empezaba a surtir efecto.

—¿Cómo te va, Agafia? —le pregunté al cabo de una prolongada pausa, cuando el silencio se hizo embarazoso.

—Bien, gracias a Dios... No se lo cuente a nadie, señor... —añadió de pronto en un susurro.

—No te preocupes —la tranquilicé—. En cualquier caso, eres muy temeraria, Agafia... ¿Y si Yákov se entera?

—No se enterará...

—Nunca se sabe.

—No... Llegaré a casa antes que él. Está en la línea férrea y vendrá en el tren correo; desde aquí se le oye acercarse...

Agafia volvió a pasarse la mano por la frente y miró hacia el lugar por el que había desaparecido Savka. El ruiseñor cantó. Un ave pasó volando a ras de suelo y, al vernos, se estremeció, sacudió las alas y ganó la otra orilla del río.

El ruiseñor no tardó en callarse, pero Savka seguía sin regresar. Agafia se puso en pie, dio algunos pasos con aire preocupado y volvió a sentarse.

—¿Qué está haciendo? —no pudo dejar de preguntar—. ¡El tren no va a esperar a mañana! ¡Tengo que marcharme enseguida!

—¡Savka! —grité yo—. ¡Savka!

Ni siquiera el eco me contestó. Agafia se removió inquieta y volvió a levantarse.

—¡Debo irme! —exclamó con inquietud—, ¡El tren está al llegar! ¡Sé cuando

pasan!

La pobre muchacha no se había equivocado. No había transcurrido un cuarto de hora, cuando se oyó un ruido lejano.

Agafia se quedó mirando largo rato el bosque, agitando febrilmente los brazos.

—Pero ¿dónde está? —dijo con una risa nerviosa—. ¿Dónde diablos se ha metido? ¡Me marchó! ¡Palabra, señor, me marchó!

Entretanto el ruido se hacía cada vez más nítido. Ya se distinguía el golpeteo de las ruedas de la trabajosa respiración de la locomotora. El tren silbó, atravesó el puente con sordo tamborileo... Al cabo de un instante todo quedó en silencio...

—Esperaré un minuto más... —dijo Agafia con un suspiro, sentándose con determinación— ¡Así es, esperaré!

Por fin Savka apareció en medio de la oscuridad. Avanzaba en silencio, con los pies desnudos, por la mullida tierra del huerto, y murmuraba algo en voz baja.

—¡Menuda suerte tengo! —exclamó, con una alegre risa—. Acababa de acercarme al arbusto y preparaba ya la mano para atraparlo, cuando se calló. ¡Ah, perro calvo! Estuve esperando un buen rato a que volviera a cantar y luego me di por vencido...

Savka se tumbó torpemente junto a Agafia y, para guardar el equilibrio, le cogió el tallo con ambas manos.

—Y tú ¿por qué pones esa cara de niña sin madre? —preguntó.

A pesar de su bondad y sencillez Savka menospreciaba a las mujeres. Las trataba con desdén y altanería, y llegaba hasta el extremo de reírse con desconsideración de la debilidad que sentían por él. Quién sabe, tal vez esa actitud despreocupada y desdeñosa era una de las razones de la seducción poderosa e irresistible que ejercía sobre las dulcineas de la aldea. Era atractivo, de formas armoniosas, en sus ojos brillaba siempre, incluso cuando miraba a las despreciadas mujeres, una dulzura serena, pero los atributos externos no bastaban para explicar ese encanto. Además de su afortunado físico y de la peculiaridad de sus modales, hay que pensar que parte de su fascinación se debía a su conmovedor papel de fracasado reconocido, de desdichado expulsado de su isba natal y relegado a los huertos.

—¡Cuéntale al señor a qué has venido! —continuó Savka, sin soltar el tallo de Agafia—. ¡Vamos, díselo, mujer casada! Jo, jo... ¿Y si le damos un poco más de vodka a nuestra amiga Agafia?

Me levanté y me puse a caminar por el huerto, entre los bancales, que en la oscuridad parecían grandes tumbas aplastadas. Del lugar se alzaba un olor a tierra removida y a la suave humedad de las plantas, que empezaban a cubrirse de rocío... A la izquierda seguía brillando la lucecilla roja. Parpadeaba con aire afable y parecía sonreír.

Escuché una risa alegre. Era Agafia.

«¿Y el tren? —pensé—. Hace tiempo que ha llegado».

Al cabo de un rato, volví a la cabaña. Savka, inmóvil, sentado a la turca, tatataba

en voz baja, apenas audible, una canción compuesta exclusivamente de monosílabos, algo así como: «Ah, tú; eh, tú... yo y tú». Agafia, embriagada por el vodka, las despectivas caricias de Savka y el bochorno de la noche, estaba tendida a su lado, apretando convulsivamente el rostro contra sus rodillas. Se había entregado de tal modo a su pasión que ni siquiera advirtió mi llegada.

—¡Agafia, el tren ha pasado hace tiempo! —exclamé yo.

—Es hora de que te vayas —dijo Savka, apoyando mis palabras y sacudiendo la cabeza—. ¿Qué haces ahí tumbada? ¡Desvergonzada!

Agafia se estremeció, apartó la cabeza de las rodillas de Savka, me miró y volvió a apretarse contra él.

—¡Deberías haberte ido hace tiempo! —dije yo.

Agafia se agitó, apoyó una rodilla en el suelo... Sufría... Al cabo de medio minuto toda su figura, en lo que pude distinguir a través de la penumbra, adoptó una expresión de lucha y de vacilación. Hubo un momento en que pareció volver en sí y estiró el tronco para ponerse de pie, pero una fuerza invencible e inexorable se apoderó de ella, lanzándola de nuevo contra Savka.

—¡Que se vaya al diablo! —dijo con una sonrisa salvaje y gutural, en la que se entreveraban la determinación irracional, la impotencia y el dolor.

Gané el bosque sin hacer ruido y desde allí descendí hasta el río, donde estaban nuestros aparejos de pesca. Las aguas dormían. Una flor grande y suave, de alto tallo, me acarició con delicadeza la mejilla, como un niño que quiere comunicar que no duerme. Como no tenía nada que hacer, busqué a tientas una de las cañas y tiré de ella. Se estiró apenas y quedó colgando: no habíamos cogido nada... No se veían ni la otra ribera ni la aldea. En una isba centelleó una luz, pero se extinguió enseguida. Busqué en la orilla un hoyo que había descubierto mientras aún había luz y me instalé en él como si fuera un sillón. Pasé allí un buen rato... Vi cómo las estrellas se cubrían de niebla y perdían su brillo, y cómo una ráfaga fresca, semejante a un leve suspiro, recorría la superficie de la tierra y agitaba las hojas de los sauces, apenas despiertos...

—¡A-ga-fia...! —gritó alguien con voz sorda desde la aldea—. ¡A-ga-fia!

El marido había regresado y, lleno de inquietud, buscaba a su mujer entre las isbas. En ese momento se oyó en el huerto una risa irresistible: su mujer se había desmandado, embriagado, y trataba de compensar con unas horas de felicidad el martirio que le esperaba al día siguiente.

Me quedé dormido.

Cuando me desperté, Savka, sentado junto a mí, me sacudía ligeramente el hombro. Todo estaba inundado de la viva claridad de la mañana: el río, el bosque, las dos orillas, los árboles y los campos, verdes y lavados. El sol acababa de salir y entre los delgados troncos de los árboles se filtraban algunos rayos que incidían sobre mi espalda.

—¿Es así como pesca? —dijo Savka con una sonrisa—. ¡Vamos, levántese!

Me puse en pie, me desperecé con placer y, mientras acababa de despertarme,

aspiré con avidez el aire húmedo y perfumado.

—¿Se ha ido Agafia? —pregunté.

—Ahí va —respondió, señalando con la mano el lugar donde se encontraba el vado.

Miré hacia allí y vi a Agafia. Con la falda remangada, los cabellos en desorden y el pañuelo caído sobre la nuca atravesaba el río. Las piernas apenas la sostenían...

—¡La gata que roba sabe lo que le espera! —balbució Savka, mirándola con ojos entornados—. Va con el rabo entre las piernas... Estas mujeres son traviesas como gatas y cobardes como liebres...

¡No se fue ayer, la muy tonta, cuando se lo dijimos! Ahora le va a caer una buena, y a mí también... De nuevo van a azotarme por una mujer...

Agafia alcanzó la otra orilla y a través del campo se dirigió a la aldea. En un principio caminaba con bastante firmeza, pero pronto la preocupación y el pavor se apoderaron de ella: se volvió con temor y se detuvo para tomar aire.

—¡Tiene miedo! —dijo Savka con una triste sonrisa, mirando la estela de color verde vivo que Agafia iba dejando en la hierba empapada de rocío—. ¡No quiere ir! Hace ya una hora que el marido está esperándola... ¿Lo ha visto?

Savka pronunció las últimas palabras con una sonrisa en los labios, pero a mí se me encogió el corazón. En la aldea, junto a la última isba, de pie en medio del camino, estaba Yákov, mirando fijamente a su mujer, que avanzaba hacia él. No movía un pelo, tieso como un poste. ¿En qué pensaba mientras la miraba? ¿Qué palabras preparaba para recibirla? Agafia se detuvo un instante, se giró una vez más, como si esperara ayuda de nosotros, y siguió adelante. Nunca había visto tal forma de caminar, ni en un hombre borracho ni en uno sobrio. Era como si se retorciera bajo la mirada del marido. Ora zigzagueaba, ora se quedaba parada, doblando las rodillas y separando los brazos, ora retrocedía. Al cabo de unos cien pasos, se dio la vuelta otra vez y se sentó.

—Sería mejor que te escondieras detrás de un arbusto... —le dije a Savka—. El marido puede verte...

—No necesita verme para saber de dónde viene Agafia... Cuando las mujeres van al huerto por la noche, no es para coger coles: todo el mundo lo sabe.

Miré el rostro de Savka. Estaba pálido, crispado por esa mezcla de piedad y repugnancia que sienten ciertas personas cuando ven sufrir a los animales.

—Cuando el gato se divierte, el ratón llora... —dijo con un suspiro.

Agafia se levantó bruscamente, sacudió la cabeza y se dirigió hacia su marido con paso firme. Por lo visto, había hecho acopio de todas sus fuerzas y se había decidido.

MI CHARLA CON EL JEFE DE CORREOS

(Мой разговор с почтмейстером)

—Dígame, por favor, Semión Alekseich —le dije al jefe de correos cuando me entregó un paquete de dinero por un rublo—, ¿por qué a los paquetes hay que pegarles cinco sellos?

—Es que sin eso no se puede... —respondió Semión Alekseich, arqueando expresivamente las cejas.

—¿Pero por qué?

—Porque no... ¡No se puede!

—Mire, es que según lo veo yo, esos sellos son un sacrificio tanto para el ciudadano como para el gobierno. Como aumentan el peso del paquete, castigan el bolsillo del ciudadano. Y quitarles tiempo a los funcionarios que los tienen que pegar, están causando un perjuicio a las arcas. Si alguien obtiene algún beneficio claro con ellos, será si acaso a los fabricantes de timbre...

—De algo tendrán que vivir los fabricantes... —observó con acierto Semión Alekseich.

—Es cierto, pero también podrían aportar los fabricantes algún beneficio a la patria... De verdad, Semión Alekseich, ¿qué sentido tienen esos cinco sellos? Es inconcebible que haya que pegarlos así porque así. ¿Tiene un significado simbólico, o profético, o de alguna otra clase? ¡Explíquemelo, amigo, salvo que sea secreto de estado!

Semión Alekseich se quedó pensando, suspiró, y dijo:

—Mmm... Tiene que ser así, porque sin ellos el paquete no queda sellado.

—¿Por qué? Antiguamente, cuando los sobres no llevaban pegamento podría ser. Servían como prevención a los que los abrían. Pero ahora...

—¿Lo ve? —se alegró el jefe de correos—. ¿Es que ya no hay gente que los abre?

—Pero es que ahora —proseguí— lo sobres traen un pegamento de goma arábica que es más fuerte que cualquier lacre. Además, envuelve usted los paquetes con tanto papel y embalaje que, no ya un ladrón, sino que ni un microbio sería capaz de abrirlos. ¡No entiendo contra quién hay que sellarlos! Su clientela no roba, y si es alguno de sus funcionarios de bajo rango el que quiere violarlos, no va a dar cuenta de los sellos. Ustedes mismos saben que basta con escupir una vez para quitar el sello y volverlo a pegar en el mismo lugar.

—Eso es verdad... —suspiró Semión Alekseich—. No hay forma de protegerse de tus ladrones...

—¿Lo ve? ¿Entonces para qué sirven los sellos?

—Si uno profundiza en todo... —discurrió el jefe de correos—, y piensa en todo, en los cómo, en los porqués y paraqués, se le dispersa el cerebro. Así que haga usted

como se le indica, de verdad.

—Cierto... —asentí—, Pero permítame sólo una pregunta más... Dígame, por favor, usted que es especialista en los asuntos del correo, ¿por qué cuando una persona nace o se casa, no se hace lo mismo que cuando se envía o se recibe dinero? Pongamos por ejemplo a mi mamá, la que me envió este rublo. ¿Cree que le ha sido sencillo? Noooo... Más fácil es para ella engendrar cinco niños que mandarme a mí este rublo... Júzgelo usted mismo... De primeras, tuvo que recorrer tres versts hasta la oficina de correos. En correos hay que pasar bastante tiempo, y esperar turno. ¡Ni siquiera ha llegado la civilización a correos con unas sillas y unos bancos! Ahí está de pie, la viejecita, mientras le dicen: «¡Esperen! ¡No se amontonen! ¡No se apoye, por favor!».

—Tiene que ser así...

—Sí, así, pero, permítame... Ha esperado su turno, y entonces el empleado coge el paquete, hace una mueca y lo devuelve. «Se ha olvidado escribir que es “de dinero”». Y mi viejecita se marcha de correos hasta la tienda, escribe allí «de dinero», y de la tienda otra vez a correos y a esperar su turno... Bueno, el empleado coge de nuevo el paquete, cuenta el dinero, y dice: «¿Y el lacre?». Y mi mamá no ha pensado en el lacre ni por asomo. En casa no tiene, y en la tienda el palito de lacre, lo sabe usted, cuesta un grivenik.

El empleado, claro, se ofende y comienza a pegar el paquete con lacre público. Le pega unos grandes sellos, tantos que hay que contarlos por puñados. «Póngale su sello», dice. Y mi mamá, salvo un dedal y unas gafas de hierro, no tiene nada...

—Se podría sin su sello...

—Pero, permítame... Después también el peso, el seguro, el lacre, el recibo, el... ¡A uno le da vueltas la cabeza! Para mandar un rublo, uno tiene que llevar encima por si acaso dos, seguro... Bueno, pues apunta el envío del rublo en veinte libros, lo numera con cinco dígitos y lo guarda bajo diez llaves, como si fuera un bandido. Más tarde, el cartero me trae una notificación y yo firmo que la recibí en tal fecha. Se marcha el cartero y yo me pongo a caminar de un lado a otro, murmurando: «¡Ay, mamá, mamá! ¿Por qué te has enfadado conmigo? ¿Qué necesidad de enviar este rublo? ¡Ahora cargas con las molestias!».

—¡Murmurar sobre los padres es pecado! —suspiró Semión Alekseich.

—Sí, sí, lo es, claro, es pecado. ¿Pero cómo no voy a murmurar? Tienes mil cosas que hacer, y ahora ve hasta la policía a certificar tu identidad y tu firma... Vale que el certificado cuesta sólo unos diez o quince kopeks, pero ¿y si cobraran cinco rublos? ¿Y para qué sirve el certificado, me pregunto? Usted me conoce, Semión Alekseich... He ido a los baños con usted, hemos tomado té juntos, hemos tenido charlas inteligentes... ¿Por qué necesita mi certificado de identidad?

—¡Es necesario! ¡Es la fórmula! La fórmula, señor mío, es un asunto en el que... mejor no entrar... Una formalidad, digamos.

—¡Pero si usted me conoce!

—¡Tampoco tanto! Yo sé quién es, pero... ¿y si de pronto no fuera usted? ¿Quién va a reconocerlo? ¡Puede que usted se esté haciendo pasar por otro!

—Piénselo, ¿en qué me beneficiaría a mí falsificar la firma de otro para robar dinero? ¡Falsificar! El castigo sería menor incluso si simplemente vengo aquí y robo todos los paquetes que hay en el baúl... No, Semión Alekseich, en el extranjero este tema es mucho más sencillo. Es el cartero el que va a verlo a uno y le dice: «¿Es usted Fulano? ¡Tenga el dinero!».

—Eso no es posible... —negó con la cabeza el jefe de correos.

—¡Claro que puede ser! Allí todo se basa en una mutua confianza. Yo confío en usted y usted en mí... Hace poco me visitó el alguacil local para reclamarme los gastos judiciales... ¡Yo no le pedí un certificado de identidad, sino que le di el dinero! Nosotros los ciudadanos no se lo pedimos a ustedes, pero ustedes...

—Si hay que profundizar en todo —interrumpió Semión Alekseich, sonriendo alicaído—, y resolverlo todo, y pensar en los cómo, en los porqués y paraqués, de verdad que mejor...

El jefe de correos no terminó de hablar, hizo un gesto y, tras pensar un poco, añadió:

—¡No son asuntos en los que tengamos que pensar!

EN LA PRIMAVERA

(Весной)

Aún no se ha derretido la nieve en la tierra y ya la primavera pide entrada en el alma. Si alguna vez ha estado usted convaleciente de una grave enfermedad, seguramente conoce ese estado de beatitud que nos hace sonreír prendidos en vagos presentimientos. Un estado semejante experimenta ahora, sin duda, la Naturaleza. La tierra está fría, los pies chapotean sobre la mezcla de nieve y barro, y, sin embargo... ¡qué alegre, dulce y acogedor es todo en torno nuestro...! ¡Tan límpida y transparente es la atmósfera, que cuando se asciende al palomar o al campanario cree uno abarcar de punta a cabo el universo entero! El sol brilla, esplendoroso y sus rayos se bañan jugando en los charcos junto a los gorriones. El río, ennegrecido e inflado, se ha despertado ya, y, si no hoy, mañana seguramente empezará a alborotar; los árboles, aunque todavía desnudos, viven y respiran...

En época semejante es sumamente grato empujar con una pala o con una escoba el agua sucia hacia la cuneta, dejar correr por ella pequeños barquitos o romper el terco hielo con los tacones. También es grato hacer volar a los palomos hasta lo más alto del cielo, o trepar a los árboles y colocar en ellos casitas para los pájaros. ¡Sí! ¡Es todo tan grato en esta feliz estación del año...! ¡Particularmente si es usted joven y amante de la naturaleza! ¡Si no es usted caprichoso o histérico y si no está usted sujeto a una ocupación que le obligue a permanecer sentado entre cuatro paredes de la mañana a la noche! ¡Lo ingrato es encontrarse enfermo, agotarse en un despacho o vivir en comunicación con las musas! ¡No! ¡No conviene en primavera el trato con las musas! ¡Mire qué bien, qué a gusto se siente la gente común y corriente! ¡Ved ahí al jardinero Pantelei Petróvich, tocado desde muy temprano con un gran sombrero de paja, de anchas alas, incapaz de desprenderse de su pequeña colilla de cigarro encontrada por la mañana en la alameda! ¡Mírele ahí, en jarras, ante la ventana del cocinero, hablándole de los zapatos que se compró ayer! Toda su figura larguirucha respira satisfacción de sí mismo y dignidad. Considera a la naturaleza penetrada de su superioridad sobre ella, y su mirada es la mirada del propietario, despectiva y dominadora, como si, por la larga permanencia en el invernadero o en el jardín, hubiera llegado a saber sobre el reino vegetal bastantes secretos que los demás ignoran.

Inútil sería hablarle de la majestad de la naturaleza, de que ésta es terrible y encierra prodigiosos encantos ante los cuales todo hombre orgulloso debe inclinar la cabeza; él cree conocer todos esos encantos y milagros y cree que la maravillosa primavera es tan esclava suya como la mujer delgada y de pecho hundido que, sentada ante el pabellón anejo al invernadero, da de comer a sus hijos schi sin carne.

¿Y el cazador Iván Zarajov? Vestido con una vieja chaqueta de paño y calzados

sus desnudos pies con unos chanclos, está sentado sobre un tonel colocado boca abajo junto a la cuadra, y hace virutas de corcho. Se dispone a salir de caza. Por su imaginación desfila, con todos sus senderos y riachuelos, el camino que ha de recorrer; cierra los ojos y ve la fila larga y recta de árboles altos y esbeltos bajo los que, armado de su escopeta, permanecerá al acecho, temblando por el frescor del atardecer y por una dulce excitación. Aguzando el fino oído, le parece escuchar ya el ruido de las perdices, el de las campanas al vuelo del monasterio vecino sonando tras las vísperas... Y el cazador se siente lleno de bienestar y tontamente feliz.

Pero mire usted ahora a Makar Denísich, el joven que en la casa del general Stremoujov hace oficio no se sabe si de escribiente o de administrador menor. Gana un sueldo el doble que el del jardinero, usa camisas blancas, fuma tabaco de a dos rublos, está siempre bien comido y bien vestido, y cuando tropieza con el general, tiene el gusto de estrechar a éste su mano blanca y gordiflona que luce una sortija ornada con un gran brillante... ¡Sin embargo, a pesar de esto, es desdichado! Vive constantemente rodeado de libros; se hace enviar periódicos ilustrados por valor de veinticinco rublos y escribe..., escribe...

Escribe cada atardecer después de la comida, mientras todos en la casa duermen, y esconde cuanto escribe en su baúl. En el fondo de este baúl, cuidadosamente doblados, yacen los pantalones y los chalecos; sobre ellos un paquete de tabaco aún sin abrir, un estuche, diez cajitas de píldoras vacías, un pequeño chal de color carmesí, un pedazo de jabón de glicerina envuelto en un papel amarillo y muchas propiedades más, mientras contra sus costados se aprietan tímidamente montones de cuartillas escritas, como así mismo, dos o tres números de *Nuestra Región* que publican cuentos y correspondencia de Makar Denísich. Toda la comarca le conoce como literato y poeta; todos ven en él algo extraordinario, y todos tienen siempre algo que decir sobre su manera de hablar, de andar y de fumar.

El mismo Makar, en cierta ocasión, durante la celebración de un congreso regional, al que fue llamado como testigo, dijo (cosa que no venía a cuento, y poniéndose colorado como si hubiera robado una gallina) «que se ocupaba en literatura».

Hele aquí que avanza lentamente por la alameda cubierto con un abrigo azul marino, tocado con un gorro de lana y llevando en la mano un bastoncillo... A cada cinco pasos, aproximadamente, se detiene y fija los ojos en el cielo o en una vieja corneja posada sobre el abeto.

Tiene el jardinero las manos apoyadas en las caderas, el cazador un rostro grave, pero Makar Denísich se encorva, tose débilmente y mira a su alrededor con sombría expresión... ¡Como si la primavera con sus vapores y su belleza le agobiara, le oprimiera y le sofocara!

Su alma está llena de timidez, y la primavera, en lugar de entusiasmos, alegrías y esperanzas, sólo despierta en él vagos deseos que le inquietan mientras camina, sin comprender él mismo lo que anhela... ¿Qué anhela, en efecto?

—¡Hola! ¡Buenos días, Makar Denísich! —dice de pronto, el general Stremoujov—. ¿Qué? ¿No han vuelto todavía del correo?

—Todavía no, excelencia —contesta Makar Denísich alzando los ojos hacia el coche en el que, sentado junto a su hijita, está el jovial y lozano general.

—¿Y qué hace usted así? ¿Pasear? ¿Inspirarse?

En sus ojos se leen estas palabras: «Careces en absoluto de talento. Eres una mediocridad».

—Sabe, amigo... —prosigue el general, cogiendo de nuevo las riendas—. Hoy, mientras tomaba café, estuve leyendo una cosilla sumamente ingeniosa. ¡Total... una *bagatela* de dos páginas..., pero qué deliciosa! ¡Lástima que no domine usted el francés porque se la daría a leer!

Y el general, brevemente y saltando de una cosa a otra, le refiere el cuento recién leído que Makar Denísich escucha cubriéndose de rubor, como si se sintiera culpable de no ser un escritor francés que sabe escribir *bagatelas*.

«¡No me explico lo que puede haber encontrado ahí de bueno el general...! —piensa Makar mientras ve alejarse el carruaje—, ¡Un argumento de lo más vulgar! ¡Mis cuentos son mucho más profundos!».

Y un gusanillo comienza a corroer a Makar. El amor propio de un autor es como el catarro del alma; el que lo padece no oye ya el canto de los pájaros ni ve el resplandor del sol, ni la primavera... Un ligero roce de esta postema es suficiente para que el organismo entero se encoja dolorosamente. Envenenado, Makar reanuda su paseo, que le conduce a través de la puerta de la cerca a un sucio camino.

Por el mismo sendero y encaramado en su alto carricoche, que hace rebosar su cuerpo, el señor Bubentzov se dirige apresuradamente a algún sitio.

—¡Eh! ¡Mi saludo al señor escritor! —grita a éste.

Si Makar Denísich hubiera sido tan sólo escribiente o administrador menor, nadie se hubiera atrevido a hablarle con ese tono protector y despectivo, pero por su condición de *escritor*, carece de talento y es una mediocridad...

Los caballeros como Bubentzov que no entienden en absoluto de arte ni éste les interesa, ante los sin talento y las mediocridades se sienten despiadados e inexorables. Serían capaces de perdonar a todo el mundo menos a Makar, a este infeliz chiflado que posee un baúl lleno de manuscritos. Ciertamente que el jardinero tronchó la vieja higuera y dejó pudrirse a muchas valiosas plantas, que el general, ocioso, come del pan ajeno, que el señor Bubentzov, en sus tiempos de juez de paz cuando una sola vez al mes trataba los asuntos, lo hacía tartamudeando, perdiéndose en el laberinto de las leyes, y diciendo tonterías. ¡Todo esto se perdonaba! ¡Nadie reparaba en ello! Pero ¡dejar de fijarse y pasar en silencio, sin decir algo ofensivo, ante Makar el *sin talento*, el que escribe versos y cuentos mediocres..., eso no es posible! El que la cuñada del general propine bofetadas a sus doncellas y riña como una lavandera cuando juega a las cartas, el que la mujer del pope no pague nunca cuando pierde, o que el terrateniente Priugin robara un perro al terrateniente Sivobrasov... Nadie importa...

pero que hace poco el periódico *Nuestra Región* devolviera a Makar Denísich un cuento desafortunado..., es cosa que sabe toda la comarca, provocando burlas, largos comentarios e indignaciones contra Makar, al que todos llaman ya *Makarka*.

Si algo no les parece bien escrito no se molestan en explicar porqué no está bien escrito, sino que se limitan sencillamente a decir:

—¡Otra nueva sandez de ese hijo de perro!

Saber que no se le comprende, que no se le quiere o se le puede comprender, impide a Makar recrearse en la primavera. Imagina confusamente que si se le comprendiera, todo iría maravillosamente bien. Pero ¿cómo podría apreciarse si tiene o no talento en una región en la que nadie lee, o en la que cuando se lee, se lee de tal modo que más valdría no leer...? ¿Cómo hacer entender al general Stremoujov que aquella *bagatela* francesa es algo nulo, insípido y vulgar? ¿Cómo despertarle a la idea de que no ha leído nunca nada aparte de esas insípidas *cosillas*?

¡En cuanto a las mujeres...! ¡Oh, cuánto irritan éstas a Makar!

—¡Ay, Makar Denísich! —suelen decirle—. ¡Qué lástima que no haya venido hoy al mercado...! ¡Si hubiera usted visto lo graciosos que estaban pegándose dos *muzhiks*...! ¡Seguramente que los hubiera usted descrito muy bien!

¡Claro que todas éstas son majaderías a las que un filósofo, despreciándolas, no prestaría atención! Pero Makar vive como sobre ascuas; un sentimiento de soledad, de orfandad y de tristeza invade su alma; de esa tristeza que sólo experimentan los seres muy solitarios y los grandes pecadores. Jamás, ni una sola vez en su vida, se ha puesto en jarras, como el jardinero, y muy pocas, acaso una cada cinco años, cuando tropieza en algún lugar del bosque o se sienta en un vagón de ferrocarril junto a otro chiflado sin fortuna como él, y le mira a los ojos, de repente recobra un momento la vida; ambos charlan largamente, discuten, ríen, se admiran y entusiasman, y de tal manera hacen todo esto, que el que los contemplara, muy bien pudiera tomarlos por dos perturbados.

Pero, generalmente, aun estos raros momentos encierran su veneno, Makar y el otro fracasado encontrado al pasar se niegan mutuamente el talento: se envidian, se odian, se irritan y se separan como enemigos. Así, pues, transcurre desgastándose y deritiéndose la juventud, sin alegrías, sin amor ni amistad, sin paz en el alma ni nada de aquello que por las noches y en sus momentos de inspiración tanto anhelaba describir el taciturno Makar.

Y con la juventud pasa también la primavera.

DEMASIADOS PAPELES

(UNA INVESTIGACIÓN EN LOS ARCHIVOS)

(Много бумаги Архивное изыскание)

«Tengo el humilde honor de declarar que el 8 de noviembre del presente se observó una enfermedad en dos niños. Los chicos explicaron que se encontraban en la escuela mientras el resto de los muchachos sufrían picores en la garganta y erupciones por todo el cuerpo. Frecuentan la escuela estatal Zharovskaia. A 19 de noviembre de 1885. Jefe Efim Kirílov».

«Ministerio de Asuntos Internos. Distrito de N-ski, Consejo estatal. Al médico del estado, señor Radushni. Como resultado de la solicitud del alcalde de aldea Kumósov, del 19 de noviembre, se le propone a Vd. dirigirse a Kumósov y encargarse, según la normativa científica, de la urgente erradicación de la epidemia que causa la enfermedad, según todo apunta, escarlatina. La citada solicitud hace patente que los síntomas comenzaron en la escuela Zharovskaia, a la que se ruega prestar especial atención. 4 de diciembre de 1885. Firmado por el presidente: S. Parkin».

«Al señor alguacil de la segunda sección del distrito de N-ski. A causa de las disposición del consejo de estado del distrito n.º 102, del 4 de diciembre, que se adjunta a la presente, se le ruega a Vd. tomar la disposición de la clausura de la escuela de la aldea de Zharov de aquí en adelante hasta la eliminación de la epidemia de escarlatina. A 13 de diciembre de 1885. El médico del estado, Radushni».

«Ministerio de Asuntos Internos N.º 1011. En la escuela estatal Zharovskaia. Ha informado el médico del estado, el señor Radushni, a 13 de diciembre del presente, que se advirtió en niños de la aldea de Zharov una epidemia de escarlatina (o difteria según la llaman en la aldea). A fin de evitar mayores consecuencias de la mencionada enfermedad, que avanza progresivamente, y teniendo la necesidad de tomar las medidas que la ley dictamina para la prevención y erradicación de los casos de la enfermedad en curso, me veo en la necesidad, por mi parte, de hacerle una humilde petición: si sería posible redistribuir a los alumnos de la escuela estatal Zharovskaia hasta la completa eliminación de la atroz enfermedad, y mantenerme informado de las posteriores disposiciones. A 2 de enero de 1886. El alguacil Podprunin».

«A la Dirección de Escuelas Públicas del gobierno de N-ski. Al señor Inspector de Escuelas Públicas. Solicitud del maestro de la escuela Zharovskaia, Fortianski.

Tengo el honor de poner en conocimiento de su Excelencia que, por medio de una relación del señor alguacil de la segunda sección n.º 1011, del 2 de enero, una epidemia de escarlatina apareció en la aldea de Zharov, acerca de la cual tengo el honor de informarle. A 12 de enero de 1886. El maestro Fortianski».

«Al señor alguacil de la segunda sección del distrito de N-ski. Dado que la epidemia de escarlatina ya fue erradicada hace un mes, no existe obstáculo alguno por mi parte para la apertura de la escuela de la aldea de Zharov, cenada de modo temporal, y sobre la cual he escrito en dos ocasiones al consejo, para a continuación me dirijo a usted, para solicitarle humildemente que en adelante dirija sus cartas al médico del distrito, dado que para mí es suficiente con un consejo estatal. Ocupado como estoy durante todo el día, no dispongo de tiempo para responder todas sus patrañas desde la cancillería. A 8 de febrero de 1886. El alguacil Podprunin».

«Ministerio de Asuntos Internos a su Excelencia el señor Comisario en jefe de la segunda sección de N-ski. Informe. Tengo el honor de adjuntar a la presente la relación del señor médico de estado Radushni, con fecha del 26 de enero, número 31, para objeto de examen de su Excelencia, acerca del procesamiento en los tribunales del cirujano Radushni por sus improcedentes y en alto grado insultantes expresiones usadas por él en papel oficial de servicio, entre las cuales estaba “sus patrañas desde la cancillería”. A 8 de febrero de 1886. El alguacil Podprunin».

De una carta privada del señor Jefe de policía al Comisario de la segunda sección:

«Alekséi Minílovich, le devuelvo su informe. Cese, por favor, sus constantes problemas con el doctor Radushni. Ese enfrentamiento es cuanto menos incómodo en la situación de funcionario de policía, cuya obligación, sobre todo, es velar por el tacto y la moderación en las relaciones. Respecto al papel de Radushni, no hallo nada especial. Respecto a la escarlatina en la aldea de Zharov, lo escuché, y en el próximo consejo escolar se informará de las incorrectas medidas del maestro Fortianski, al que tengo por principal responsable de toda esta desagradable correspondencia».

«Ministerio de Instrucción Pública. Inspector de Escuelas Públicas del gobierno de J-ski, n.º 810. Al señor maestro de la escuela Zharovskaia. Según su propuesta del 12 de enero del presente año, traigo a su conocimiento que las clases de la escuela a su cargo habrán de ser suspendidas de inmediato y distribuidos los alumnos como precaución ante una posible expansión de la escarlatina. A 22 de febrero de 1886. Inspector de Escuelas Públicas, I. Zhiliétkin».

Después de leer todos los documentos que relacionados con la epidemia de la aldea de Zharov (existen todavía otros veintiocho además de los aquí publicados), el lector podrá comprender mucho mejor la siguiente nota, incluida en el n.º 36 de *Noticias de J-ski*:

«... y dejando de lado la excesiva mortalidad infantil, pasaremos a continuación a un tema más alegre y agradable. Ayer tuvo lugar en la iglesia de San Mijail Arjistratig el solemne matrimonio entre la hija de popular fabricante de papel M. con el honorable ciudadano de linaje K. Las nupcias fueron realizadas por el arcipreste, el padre Kliop Gvozdiev, oficiando junto al resto del clero de la catedral. Cantó la coral de Krasnopiorov. Los jóvenes esposos irradiaban belleza y juventud. Cuentan que el señor K. recibirá “cerca de un millón” como dote, además de una granja con establo en Blagodushnoe y un invernadero en el que se cultivan piñas y palmeras, logrando que la imaginación viaje lejos hasta el sur. Los jóvenes, tras el matrimonio, partieron hacia el extranjero».

¡Qué bonito es ser fabricante de papel!

PESADILLA

(Кощмар)

Al regresar de San Petersburgo a su hacienda de Borísovo, Kunin, joven de unos treinta años, miembro permanente de la comisión de asuntos rurales, tomó como primera providencia enviar un jinete para convocar al cura de Sinkovo, el padre Yákov Smírnovich.

Unas cinco horas más tarde el padre Yákov se presentaba en la casa.

—¡Me alegro mucho de conocerle! —le dijo Kunin, recibéndole en el vestíbulo—. Hace ya un año que vivo y trabajo aquí, y me parece que ya va siendo hora de que nos conozcamos. ¡Haga el favor de pasar! Pero... ¡qué joven es usted! —se sorprendió Kunin—. ¿Cuántos años tiene?

—Veintiocho —respondió el padre Yákov, apretando apenas la mano que le tendían y ruborizándose sin razón aparente.

Kunin lo condujo a su despacho y lo examinó.

«¡Qué rostro tan grotesco! —pensó— ¡Parece el de una campesina!».

En efecto, el rostro del padre Yákov guardaba muchas semejanzas con el de una campesina: nariz respingona, mejillas de un rojo vivo y grandes ojos de un azul grisáceo bajo unas cejas poco pobladas, apenas apreciables. Los cabellos largos y rojizos, secos y lacios, caían sobre los hombros como varillas. El bigote aún estaba formándose y no había adquirido una apariencia respetable y varonil; en cuanto a la barba, pertenecía a esa clase que apenas cubre las mejillas, denominada «risueña» entre los seminaristas; era rala, irregular, no había manera de alisarla o arreglarla con un peine, apenas podía pellizcarse... Toda esa pobre vegetación se extendía en mechones desiguales, a la manera de arbustos; daba la impresión de que el padre Yákov hubiera querido caracterizarse como sacerdote y lo hubieran sorprendido en el momento en que se pegaba la barba. Su sotana tenía el color de la achicoria y lucía grandes remiendos en ambos codos.

«Extraña criatura... —pensó Kunin, mirando sus faldones, salpicados de barro—. Viene a mi casa por primera vez y no puede vestirse de modo conveniente».

—Siéntese, padre —comenzó, con más desenvoltura que amabilidad, acercando un sillón a la mesa—. ¡Siéntese, por favor!

El padre Yákov tosió en el puño, se dejó caer torpemente sobre el borde del sillón y colocó las palmas de las manos en las rodillas. Pequeño de talla, estrecho de pecho, con el rostro rubicundo cubierto de sudor, causó desde el primer momento en Kunin una impresión de lo más desagradable. Hasta entonces Kunin nunca había imaginado que en Rusia existieran sacerdotes tan poco presentables y de aspecto tan lamentable; la actitud del padre Yákov, su manera de apoyar las manos en las rodillas y de sentarse en el borde del asiento, le parecían carentes de dignidad e incluso serviles.

—Le he mandado llamar, padre, para hablarle de un asunto... —empezó Kunin, recostándose en el respaldo del sillón—. Ha recaído sobre mí la grata obligación de prestarle mi concurso en una de sus útiles iniciativas... Es el caso que, al regresar de San Petersburgo, encontré una carta del presidente de la asamblea. Yegor Dmitrievich me propone tomar bajo mi responsabilidad la escuela parroquial que debe inaugurarse en Sinkovo. Yo, padre, me alegro con toda mi alma... Y le diré más: ¡acepto esa proposición con entusiasmo! —Kunin se levantó y se puso a dar vueltas por la habitación—. No obstante, como el presidente bien sabe, y probablemente usted también, no dispongo de grandes recursos. Mi hacienda está hipotecada y vivo exclusivamente del sueldo de mi cargo permanente. Por tanto, no debe usted esperar una ayuda importante, pero haré todo lo que esté en mi mano, dentro de mis posibilidades... ¿Cuándo piensa inaugurar la escuela, padre?

—Cuando haya dinero... —respondió el padre Yákov.

—¿Con qué cantidad cuenta a día de hoy?

—Casi con nada... Los campesinos decidieron en asamblea pagar anualmente treinta kopeks por varón, pero eso no pasa de ser una promesa. Y para dar los primeros pasos se necesitan al menos unos doscientos rublos...

—Sí... Por desgracia, en estos momentos carezco de esa suma... —dijo Kunin con un suspiro—. He gastado todo mi dinero en el viaje... Hasta he contraído algunas deudas. Pero unamos nuestros esfuerzos y ya se nos ocurrirá algo.

Kunin se puso a pensar en voz alta. Exponía sus ideas y examinaba el semblante del padre Yákov, buscando en él un indicio de aprobación o de conformidad. Pero aquel rostro seguía impasible, inmóvil y sólo expresaba desasosiego y una embarazosa timidez. A juzgar por su cara, se diría que Kunin estaba disertando de cosas tan complejas que el padre Yákov no las comprendía, que sólo le escuchaba por cortesía y también porque temía que quedara patente su incompreensión.

«Por lo visto, el mozo no es muy inteligente... —pensaba Kunin—. Es demasiado apocado y corto de luces».

El padre Yákov sólo se animó un poco e incluso sonrió cuando en el despacho entró un criado llevando una bandeja con dos vasos de té y una caja de galletas llena de bollos. Cogió su vaso y, sin más preámbulos, se puso a beber.

—¿Y si escribiéramos a monseñor? —continuaba cavilando Kunin en voz alta—. A decir verdad, no somos nosotros los que hemos planteado la cuestión de las escuelas parroquiales, sino las altas autoridades eclesiásticas. En realidad, son ellas las que deben procurarnos los medios. Recuerdo haber leído que se había asignado una suma con ese fin. ¿No sabe usted nada?

El padre Yákov estaba tan ocupado bebiendo su té que tardó en responder a la cuestión. Levantó sus ojos azul grisáceo hasta Kunin, meditó un momento y, como recordando de pronto la pregunta, hizo un gesto negativo con la cabeza. Una expresión de satisfacción, del más vulgar y prosaico apetito, atravesó su feo rostro de oreja a oreja. Bebía y saboreaba cada sorbo. Cuando vació el vaso hasta la última

gota, lo depositó sobre la mesa; luego lo cogió de nuevo, examinó el fondo y volvió a dejarlo en el mismo lugar. La expresión de satisfacción se borró de su cara... A continuación Kunin vio cómo su invitado cogía un bollo de la caja de galletas, rompía un pedazo con los dientes, lo giraba entre los dedos y con un movimiento fulgurante se lo metía en el bolsillo.

«¡Bueno, esto ya es intolerable en un sacerdote! —pensó Kunin, encogiéndose de hombros con desagrado—. ¿Se trata de esa glotonería proverbial de los popes o más bien de una chiquillada?».

Tras ofrecerle al invitado otro vaso de té y acompañarlo hasta el vestíbulo, Kunin se tumbó en el sofá y se dejó ganar por la impresión desagradable que le había causado la visita del padre Yákov.

«¡Qué hombre tan extraño e incivilizado! —pensaba—. Sucio, desaliñado, vulgar, tonto y, probablemente, borracho... ¡Dios mío, y es un sacerdote, un director espiritual! ¡Un maestro para el pueblo! Me imagino cuánta ironía habrá en la voz del diácono cuando le pida solemnemente, antes de cada oficio: “¡Bendícenos, monseñor!”. ¡Menudo monseñor! No tiene ni una gota de dignidad, ni la menor educación, se guarda las galletas en el bolsillo como los escolares... ¡Uf! Señor, ¿dónde tenía los ojos el obispo cuando ordenó a este individuo? ¿Qué consideración tienen por la gente cuando les dan semejantes educadores? Lo que se necesitan son personas que...».

Y se puso a meditar en la imagen que debían ofrecer los sacerdotes rusos...

«Por ejemplo, si yo fuera pope... Un pope instruido y entregado a su sacerdocio puede hacer muchas cosas... Yo habría abierto la escuela hace mucho tiempo. ¿Y los sermones? ¡Qué sermones tan maravillosos y arrebatados puede pronunciar un pope sincero e inspirado por el amor a su ministerio!».

Kunin cerró los ojos y empezó a componer mentalmente un sermón. Al cabo de un rato estaba sentado ante la mesa y tomaba notas a toda prisa.

«Se lo daré a ese pelirrojo para que lo lea en la iglesia...», pensaba.

El domingo siguiente, por la mañana, Kunin se dirigió a Sinkovo para aclarar la cuestión de la escuela y, de paso, conocer la iglesia de la que era parroquiano. A pesar del barro causado por el deshielo, la mañana era magnífica. El sol brillaba con fuerza y resquebrajaba con sus rayos los blancos montones de nieve que se demoraban aquí y allá, lanzando, a modo de despedida, destellos diamantinos cuyo resplandor hacía daño a la vista, mientras a su alrededor despuntaban ya los verdes brotes de trigo. Los grajos revoloteaban con aire grave por encima de los campos. Uno de ellos descendió y, antes de posarse firmemente sobre sus patas, dio algunos saltitos...

La iglesia de madera a la que se aproximaba Kunin era vetusta y gris; las pequeñas columnas del atrio, antaño pintadas de blanco, estaban completamente desconchadas y se parecían a dos varas de carro deformes. El icono que coronaba la puerta no era más que una mancha oscura. Pero esa pobreza conmovió y enterneció a Kunin. Bajando la vista con humildad, entró en la iglesia y se detuvo en el umbral. El

oficio acababa de empezar. Un viejo sacristán, con la espalda curvada, leía las Horas con una voz de tenor sorda e indistinta. El padre Yákov, que oficiaba sin diácono, recorría la iglesia meciendo el incensario. De no haber sido por el sentimiento de humildad que se apoderó de Kunin al entrar en la miserable iglesia, sin duda habría sonreído al ver al padre Yákov. Su pequeño cuerpo estaba revestido de una casulla arrugada y demasiado larga, confeccionada con una tela amarilla y gastada, cuyo borde se arrastraba por el suelo.

La iglesia no estaba llena. Nada más dirigir una ojeada a los asistentes, Kunin se quedó sorprendido de una circunstancia curiosa: sólo había viejos y niños... ¿Dónde estaban los trabajadores? ¿Dónde los jóvenes y los adultos? No obstante, al cabo de un rato, tras examinar con más atención los rostros de esos ancianos, Kunin se dio cuenta de que había tomado a los jóvenes por viejos. En cualquier caso, no concedió demasiada importancia a ese pequeño engaño óptico.

El interior era tan vetusto y gris como el exterior. En el iconostasio y en las paredes parduscas no había un solo lugar que no llevara la marca del tiempo, ya fuera en forma de humo o de arañazos. Había muchas ventanas, pero la tonalidad general seguía siendo gris, razón por la cual la iglesia parecía sumida en la oscuridad.

«El que tenga el alma limpia debe rezar a gusto en este lugar... —pensaba Kunin—. De la misma manera que en Roma impresiona la magnificencia de San Pedro, aquí conmueven esta humildad y sencillez».

Pero esa piadosa disposición de ánimo se esfumó en cuanto el padre Yákov entró en el recinto del altar y empezó a officiar. Joven aún, ordenado sacerdote apenas salido de los bancos del seminario, el padre Yákov no había tenido tiempo de configurar un estilo definido. Cuando leía, parecía preguntarse qué tono elegir, el de agudo tenor o el de suave bajo; se inclinaba con torpeza, caminaba deprisa, abría y cerraba con brusquedad la puerta del iconostasio... El viejo sacristán, sin duda enfermo y sordo, oía mal las invocaciones, lo que ocasionaba leves contratiempos. Apenas había tenido tiempo el padre Yákov de acabar su lectura, cuando el sacristán ya estaba cantando su parte; o bien la lectura había terminado hacía tiempo y el anciano seguía tendiendo la oreja en dirección al altar, prestando oídos y guardando silencio, hasta que le tiraban del faldón. Tenía una voz sorda, enfermiza, asmática, trémula, ceceante... Para completar esa disonancia, el sacristán estaba acompañado por un niño de corta edad, cuya cabeza apenas se veía a través de la barandilla del coro. El niño cantaba con una voz de tiple chillona y aguda y parecía empeñarse en desentonar. Kunin estuvo escuchando un rato y después salió fuera a fumar un cigarrillo. El hechizo se había roto y ahora miraba la iglesia casi con hostilidad.

—Y luego se quejan de la pérdida del sentimiento religioso entre el pueblo... —suspiró—. ¡Y qué quieren! ¡Con sacerdotes como éstos!

Kunin entró en la iglesia dos o tres veces más, pero el irresistible atractivo que ejercía sobre él el aire puro le empujaba hacia el exterior. Una vez terminado el oficio, se dirigió a la casa del padre Yákov, cuyo exterior no se diferenciaba en nada

de las isbas de los campesinos; sólo la paja del tejado estaba dispuesta con algo más de orden y las ventanas estaban guarnecidas con unas cortinillas blancas. El padre Yákov condujo a Kunin a una habitación pequeña y luminosa, con suelo de arcilla y paredes cubiertas de papel barato; a pesar de algunas tentativas de lujo, como unas fotografías enmarcadas y un reloj con unas tijeras atadas a las pesas, la decoración sorprendía por su pobreza. A juzgar por el mobiliario, podía pensarse que el padre Yákov había ido recomendó las casas y reuniéndolo pieza a pieza: en una primera le habían dado una mesa redonda de tres patas; en una segunda, un taburete; en una tercera, una silla con el respaldo doblado hacia atrás; en una cuarta, una silla con el respaldo derecho, pero el asiento hundido; en una quinta habían extremado la generosidad y le habían entregado un objeto parecido a un sofá, con respaldo plano y asiento de rejilla. Ese último mueble, teñido de color rojo oscuro, desprendía un fuerte olor a pintura. En un principio Kunin hizo intención de sentarse en una de las sillas, pero luego se lo pensó mejor y se acomodó en el taburete.

—¿Es la primera vez que viene usted a nuestra iglesia? —preguntó el padre Yákov, colgando la gorra de un clavo grande y deforme.

—Así es. A propósito, padre... Antes de que nos ocupemos de nuestro asunto, ofrézcame un poco de té. Me muero de sed.

El padre Yákov parpadeó, carraspeó y desapareció detrás de un tabique. Se oyó un cuchicheo...

«Debe de estar hablando con su mujer... —pensó Kunin—. Me pregunto cómo será la mujer de ese pelirrojo».

El padre Yákov, encarnado y sudoroso, reapareció al cabo de un rato y, esforzándose por sonreír, se sentó frente a Kunin en el borde del sofá.

—Ahora mismo prepararán el samovar —comentó, sin mirar a su invitado.

«¡Dios mío, ni siquiera han preparado el samovar! —se dijo Kunin con espanto—. ¡No hay más remedio que esperar!».

—Le he traído el borrador de una carta que le he escrito al obispo. Se la leeré después del té... Quizá quiera añadir usted algo...

—Muy bien.

Se hizo el silencio. El padre Yákov, con aire temeroso, dirigió una mirada de soslayo al tabique, se arregló los cabellos y se sonó.

—Hace un tiempo excelente —dijo.

—Sí. A propósito, ayer leí algo muy interesante... La asamblea rural de Volsk ha decidido poner todas sus escuelas bajo la jurisdicción de la Iglesia. Es una medida peculiar.

Kunin se puso en pie, dio unos pasos por el suelo de arcilla y empezó a exponer sus puntos de vista:

—No es una mala solución —decía—, siempre que el clero esté a la altura de su misión y tenga plena conciencia de sus deberes. Por desgracia, conozco sacerdotes que, a juzgar por su desarrollo intelectual y sus cualidades morales, no valdrían ni

para escribanos de cuartel, por no hablar del sacerdocio. Convenga usted conmigo en que un mal profesor es menos perjudicial para una escuela que un mal sacerdote.

Kunin miró al padre Yákov que, encorvado en su asiento, estaba sumido en sus propios pensamientos y por lo visto no le escuchaba.

—¡Yasha, ven aquí! —dijo una voz de mujer detrás del tabique.

El padre Yákov se estremeció y fue al otro lado de la pieza. De nuevo empezó el cuchicheo.

Kunin se moría de ganas de beber una taza de té.

«¡No, no voy a esperar a que me lo sirvan aquí! —pensó, mirando el reloj—. Parece que mi visita no ha sido bien recibida. El dueño de la casa no se ha dignado dirigirme la palabra, se ha pasado todo el tiempo sentado, pestañeando».

Kunin cogió su sombrero, esperó la vuelta del padre Yákov y se despidió de él.

«¡He perdido toda la mañana en vano! —pensaba con enfado durante el camino—. ¡Tarugo! ¡Zoquete! Le interesa tan poco la escuela como a mí la nieve del año pasado. ¡No, no se puede hacer nada con él! ¡Lo echaré todo a perder! Si el presidente de la asamblea supiera qué pope tenemos, no se daría tanta prisa en poner en marcha la escuela. ¡Primero hay que encontrar un pope como Dios manda y ya se pensará luego en la escuela!».

Ahora Kunin casi odiaba al padre Yákov. Aquel hombre, con su figura lamentable y caricaturesca, su sotana larga y arrugada, su rostro afeminado, su manera de oficiar, su forma de vivir y su deferencia embarazosa de pequeño funcionario, ofendía el rescoldo de religiosidad que, junto con otros sentimientos inculcados por su aya, aún ardían con débil llama en su pecho. A su amor propio le costaba trabajo soportar la frialdad y la desatención con las que el padre Yákov había acogido el interés sincero y ardiente de Kunin por un proyecto que afectaba sobre todo al sacerdote.

Kunin pasó la tarde de ese mismo día dando vueltas por las habitaciones y cavilando; luego se sentó con decisión a la mesa y escribió una carta al obispo. Después de solicitar su bendición y dinero para la escuela, le expuso con sinceridad y respeto filial la opinión que le merecía el sacerdote de Sinkovo. «Es joven —escribió—, carece de formación, no lleva una vida muy sobria y, en general, no responde a la imagen del pastor que el pueblo ruso se ha forjado a lo largo de los siglos». Una vez terminada la carta, Kunin exhaló un leve suspiro y fue a acostarse con la conciencia de que había realizado una buena acción.

El lunes por la mañana, estando aún en la cama, le anunciaron la visita del padre Yákov. No tenía ganas de levantarse, así que mandó decir que no estaba en casa. El martes se marchó a la asamblea y el sábado, cuando regresó, los criados le informaron de que durante su ausencia el padre Yákov se había presentado todos los días.

«¡Se ve que le gustaron los dulces!», pensó Kunin.

El domingo por la tarde apareció el padre Yákov. Esta vez no sólo los faldones de la sotana estaban manchados de barro, sino también el gorro. Tal como sucedió

durante la primera entrevista, se sentó en el borde del asiento, igual de rojo y sudoroso que entonces. Kunin se abstuvo de iniciar una conversación sobre la escuela, pues no estaba dispuesto a echar margaritas a los cerdos.

—Le he traído una lista del material escolar, Pável Mijaílovich... —empezó el padre Yákov.

—Gracias.

Pero era evidente que aquella nota no era el verdadero motivo de la visita. Toda su figura dejaba traslucir una profunda turbación, aunque al mismo tiempo se percibía en ella la determinación del hombre iluminado por una idea repentina. Ardía en deseos de decir algo importante, absolutamente indispensable, y trataba con todas sus fuerzas de vencer su timidez.

«¿Por qué calla? —pensaba Kunin con irritación—. ¡Sigue ahí sentado! ¡Y yo no tengo tiempo de ocuparme de él!».

Para atenuar un tanto su embarazoso silencio y ocultar el combate que se libraba en su interior, el sacerdote esbozó una sonrisa forzada. Esa sonrisa larga y tortuosa, que se abría pasó a través del sudor y el rubor de su rostro y tan poco se correspondía con la mirada inmóvil de sus ojos azul grisáceo, obligó a Kunin a darse la vuelta. Sentía repugnancia.

—Perdóneme, padre, pero tengo que salir... —dijo.

El padre Yákov se estremeció como un hombre dormido que acaba de recibir un golpe y, sin dejar de sonreír, se cruzó los faldones de la sotana con aire cohibido. A pesar del desdén que le inspiraba ese hombre, Kunin de pronto sintió pena de él y quiso mitigar su crueldad.

—Le suplico, padre, que vuelva otro día... —dijo—. Antes de despedirme de usted, tengo una petición que hacerle... Tuve una especie de inspiración, ¿sabe?, y escribí dos sermones... Los someto a su examen... Si tienen algún valor, puede leerlos.

—Muy bien... —dijo el padre Yákov, cubriendo con la mano los sermones que Kunin había dejado sobre la mesa— Me los llevaré...

Al cabo de un rato de vacilaciones, y sin dejar de cruzar los faldones de la sotana, abandonó esa sonrisa forzada y levantó la cabeza con decisión.

—Pável Mijaílovich —dijo, esforzándose por hablar con voz fuerte y clara.

—¿Qué desea?

—He oído que ha despedido usted... a su secretario y... que está buscando uno nuevo...

—Sí... ¿puede usted recomendarme a alguien?

—Pues verá... yo... ¿No podría confiarme esa tarea a mí?

—¿Es que va a dejar usted el sacerdocio? —se sorprendió Kunin.

—No, no —se apresuró a responder el padre Yákov, palideciendo y temblando con todo el cuerpo—. ¡Dios me libre! Pero si tiene usted dudas, déjelo, no merece la pena. Lo haría en los ratos libres... para aumentar mis ingresos... ¡Pero no es

necesario, no se moleste!

—Hum... Sus ingresos... ¡Pero yo sólo le pago a mi secretario veinte rublos al mes!

—¡Dios mío, yo me conformaría con diez! —susurró el padre Yákov, mirando a su alrededor—. ¡Diez es suficiente! Usted... se sorprende, todo el mundo se sorprende. Un pope avaro, codicioso. ¿Qué puede hacer con el dinero? Yo mismo me doy cuenta de que soy avaro... me cubro de reproches y denuestos... Me da vergüenza mirar a la gente a la cara... Le digo a usted en conciencia, Pável Mijaílovich... poniendo a Dios por testigo... —el padre Yákov tomó aliento y continuó—: Había preparado toda una confesión por el camino, pero... la he olvidado por completo, ya no encuentro las palabras. Recibo cada año de la parroquia ciento cincuenta rublos y todo el mundo... se pregunta qué hago con ese dinero... Voy a explicárselo en conciencia... Destino cuarenta rublos a mi hermano Piotr, que está estudiando en el seminario. Tiene todos los gastos cubiertos, pero el papel y las plumas corren de mi cuenta...

—¡Le creo, le creo! Pero ¿para qué me cuenta todo esto? —respondió Kunin con un gesto de la mano, sintiendo sobre sí el peso terrible de esa franqueza y sin saber dónde meterse para no ver el brillo de las lágrimas en los ojos de su huésped.

—Además, aún no he terminado de pagar al Consistorio todo lo que debo por la plaza que ocupo. Mi deuda se ha contabilizado en doscientos rublos, de los que pago diez al mes. Juzgue usted mismo lo que me queda. Y a eso hay que añadir los tres rublos al mes que, como mínimo, entrego al padre Avraam.

—¿A qué padre Avraam?

—El padre Avraam es el cura que había en Sinkovo antes de que yo viniera. Lo echaron porque tenía... una debilidad, pero sigue viviendo en Sinkovo. ¿Adónde va a ir? ¿Quién iba a darle de comer? Aunque sea viejo, necesita un techo, pan y ropa. No puedo permitir que un hombre revestido de la dignidad eclesiástica pida limosna. ¡Si eso sucediera, el pecado sería mío! ¡Mío! Debe dinero a todo el mundo y, si no salda sus deudas, el pecado recaería sobre mí —el padre Yákov se levantó de su asiento y, mirando el suelo con aire demente, se puso a dar vueltas por la habitación—. ¡Dios mío, Dios mío! —balbucía, ora alzando los brazos, ora dejándolos caer—. Ayúdame, Señor, y perdóname. ¿Por qué habré aceptado el sacerdocio si no tengo fuerzas ni fe? ¡Mi desesperación no conoce límites! Sálvame, Reina de los Cielos.

—¡Tranquilícese, padre! —dijo Kunin.

—¡El hambre me atormenta, Pável Mijaílovich! —continuó el padre Yákov—. Haga el favor de excusarme, pero ya no puedo más... Ya sé que si hiciera algunas reverencias, que si pidiera, todo el mundo me ayudaría, pero... no puedo. ¡Me da vergüenza!

¿Cómo iba a solicitar ayuda a los campesinos? Usted trabaja en la Comisión rural y conoce su situación... ¿Quién se atrevería a pedir limosna a un mendigo? ¡Y tampoco puedo pedir a los más ricos, a los propietarios! ¡Soy orgulloso! ¡Me da

vergüenza! —el padre Yákov hizo un gesto de desesperación y se rascó nerviosamente la cabeza con ambas manos—. ¡Me da vergüenza! ¡Dios mío, cuánta vergüenza! ¡No puedo soportar, por orgullo, que la gente vea mi pobreza! ¡Cuando me visitó usted el otro día, Pável Mijaílovich, no tenía té para ofrecerle! No quedaba ni una brizna, pero el orgullo me impidió confesárselo. Me avergüenzo de mi ropa, de todos estos remiendos... Me avergüenzo de mis sotanas, de mi hambre... ¿Acaso el orgullo es propio de un sacerdote? —el padre Yákov se detuvo en medio del despacho y, como si no fuera consciente de la presencia de Kunin, se puso a deliberar consigo mismo—: Bueno, supongamos que pudiera soportar el hambre y la vergüenza, pero ¡Dios mío!, ¿qué pasa con mi mujer? ¡Es de buena familia! Tiene las manos blancas, es delicada, está acostumbrada a beber té, a comer pan blanco, a dormir entre sábanas... En casa de sus padres tocaba el piano... Es joven, aún no ha cumplido veinte años... Le gusta arreglarse, divertirse, hacer visitas... Y en mi isba vive... peor que cualquier cocinera; le da vergüenza salir a la calle. ¡Dios mío, Dios mío! Su único consuelo es que le traiga de alguna casa una manzana o un dulce... —el padre Yákov volvió a rascarse la cabeza con ambas manos—. Más que amor lo que siento por ella es lástima... ¡No puedo verla sin compadecerme! ¡Qué cosas pasan en este mundo, Señor! Si los periódicos escribieran sobre ellas, la gente no las creería... ¿Cuándo acabará todo esto?

—¡Basta, padre! —casi gritó Kunin, asustando de aquel tono—, ¿Por qué tiene una visión tan sombría de la vida?

—Le ruego que me excuse, Pável Mijaílovich... —balbució el padre Yákov, como borracho—. Perdón, todo esto... no tiene importancia, no le preste atención... La culpa es mía y seguirá siendo mía... ¡Sólo mía! —y, mirando a su alrededor, murmuró—: Una mañana temprano me dirigía de Sinkovo a Luchkovo; de pronto, en la orilla del río, vi a una mujer ocupada en alguna actividad... Me acerqué y no di crédito a mis propios ojos... ¡Qué horror! Era la mujer del médico Iván Sergueich, aclarando ropa... ¡La mujer del médico, que cursó estudios en un internado! Para que la gente no la viera, se levantaba lo más temprano posible y se alejaba una versta de la aldea... ¡Qué orgullo indomable! Cuando vio que estaba a su lado y advirtió que había descubierto su pobreza, se puso roja como la grana... Atónito, espantado, me acerqué corriendo con intención de ayudarla, pero ella ocultó la ropa de mi vista, temiendo que viera sus camisas deshilachadas...

—Todo eso parece cuando menos inverosímil... —dijo Kunin, sentándose y mirando casi con pavor el rostro pálido del padre Yákov.

—¡En efecto, inverosímil! Cuándo ha sucedido, Pável Mijáílovich, que la mujer de un médico tenga que aclarar la ropa en el río. ¡En ningún país pasa algo así! Yo, como pastor y padre espiritual, no debería permitirlo, pero ¿qué puedo hacer? ¡Yo mismo me las arreglo para que su marido me cure gratis! ¡Ha acertado usted cuando ha calificado esa situación de inverosímil! ¡Uno no da crédito a los ojos! Cuando digo misa, fíjese, y contemplo desde el altar a los fieles, al hambriento padre Avraam y a

mi mujer, pienso en la esposa del médico, en sus manos azules por el agua fría; en esos momentos, créame, me aturdo y me quedo allí parado como un idiota, olvidado de todo, hasta que la voz del sacristán me devuelve a la realidad... ¡Qué horror! —el padre Yákov volvió a pasearse de un rincón al otro—. ¡Señor Jesucristo! —añadió, alzando las manos—. ¡Santos del Cielo! Ni siquiera puedo oficiar... Me habla usted de la escuela y yo me quedo como un pasmarote, sin entender palabra, pensando sólo en la comida... Incluso delante del altar... Pero... ¿qué estoy haciendo? —dijo, recobrando el sentido—. Iba usted a salir. Perdone, sólo lo decía... excúseme.

Kunin le estrechó la mano en silencio, lo acompañó hasta el vestíbulo y, al regresar a su despacho, se detuvo ante la ventana. Vio salir al padre Yákov, calarse su raído sombrero de ala ancha y alejarse por el camino a paso lento y con la cabeza gacha, como avérgonzado de su franqueza.

«No veo su caballo», pensó Kunin.

Kunin no se atrevía a pensar que el sacerdote hubiera ido andando a su casa todos esos días: hasta Sinkovo había siete u ocho verstas y la carretera era un auténtico barrizal. Al poco rato vio cómo el cochero Andréi y el pequeño Paramón, saltando entre los charcos y salpicándole de barro, corrían hacia él para solicitar su bendición. El padre Yákov se quitó la gorra, bendijo con parsimonia a Andréi y luego al muchacho, acariciándole la cabeza.

Kunin se pasó la mano por los ojos y tuvo la sensación de que se le humedecía. Se apartó de la ventana y con los ojos turbios se paseó por la habitación, en la que aún resonaba aquella voz tímida y sofocada... Miró la mesa... Por fortuna, en su apresuramiento, el padre Yákov había olvidado coger los sermones... Kunin se lanzó sobre ellos, los rompió en mil pedazos y los arrojó al suelo con desprecio.

—¡Y yo no lo sabía! —gimió, dejándose caer en el sofá—. ¡Yo, que hace más de un año fui nombrado miembro permanente, juez de paz honorífico, miembro del consejo escolar! ¡Soy un muñeco ciego, un fatuo! ¡Tengo que ayudarles enseguida! ¡Enseguida! —iba de un lado a otro con aspecto angustiado, se apretaba las sienes, se estrujaba el cerebro—. El veinte de este mes recibiré mis doscientos rublos de sueldo... Con algún pretexto plausible les entregaré algo de dinero tanto a él como a la mujer del médico... A él le encargaré un tedeum y ante el médico me fingiré enfermo... De ese modo, no ofenderé su orgullo. Y también ayudaré a Avraam.

Contaba con los dedos su dinero y temía confesarse que esos doscientos rublos apenas le alcanzarían para pagar al administrador, a la servidumbre y al campesino que le traía la carne... A su pesar hubo de acordarse de un pasado no lejano en el que había dilapidado con la mayor despreocupación la herencia paterna; siendo aún un mocoso de veinte años regalaba a las prostitutas abanicos caros, daba diez rublos diarios a su cochero Kuzmá y enviaba presentes a las actrices por simple vanidad. ¡Ah, qué útiles le serían a hora todos esos billetes de tres y diez rublos, diseminados a los cuatro vientos!

«El padre Avraam sólo gasta en comer tres rublos al mes —pensaba Kunin—.

Con un rublo la popesa puede hacerse una camisa y la mujer del médico contratar a una lavandera. ¡Sea como fuere, les ayudaré! ¡Les ayudaré sin falta!».

En ese momento Kunin se acordó de la denuncia que había dirigido al obispo y todo su cuerpo se contrajo como bajo el efecto de una ducha fría. Ese recuerdo anegó su alma de un sentimiento angustioso de vergüenza ante sí mismo y ante la invisible verdad...

Así empezó y acabó el esfuerzo sincero que hacía por mostrarse útil uno de esos muchos hombres bienintencionados, pero demasiado satisfechos e irreflexivos.

EL GRAJO

(Грач)

Llegaron volando los grajos, giraban a montones sobre los campos rusos. Elegí al más respetable de todos ellos y comencé a hablar con él. La mala suerte es que me tocó un grajo razonador y moralizante, así que la conversación resultó algo aburrida. Esto fue lo que conversamos:

YO.— Dicen que ustedes los grajos viven mucho tiempo. Tanto a ustedes como a los lucios, los colocan los naturalistas como ejemplo de una longevidad extraordinaria. ¿Cuántos años tiene usted?

EL GRAJO.— Trescientos setenta y seis años.

YO.— ¡Oh! ¡De verdad! ¡Sí que habrás vivido! ¡Asaber cuántos artículos hubiera escrito yo para *La antigüedad rusa* y *El Mensaje de la Historia* de ser tan mayor como usted! ¡Si yo viviera trescientos setenta y seis años no me imagino cuántos relatos, cuentos y escenitas hubiera escrito en ese tiempo! ¡Cuánto habría ganado! ¿Usted que ha hecho en todo ese tiempo, grajo?

EL GRAJO.— ¡Absolutamente anda, señor! Únicamente bebí, comí, dormí y me multipliqué...

YO.— ¡Debería darle vergüenza! ¡Me avergüenzo yo y me compadezco, pájaro estúpido! ¡Ha vivido trescientos setenta y seis años y es tan tonto como hace trescientos! ¡No ha progresado nada!

EL GRAJO.— Pero no llega la inteligencia, señor, con la longevidad sino con la instrucción y educación. Mire usted el ejemplo de China... Más que yo ha vivido, y sigue siendo la misma indulgente que era hace mil años.

YO (*que continuó sorprendiéndome*).— ¡Trescientos setenta y seis años! ¡Pero si eso es una eternidad! En tanto tiempo, yo habría intentado entrar en todas las facultades, me habría casado veinte veces, hubiera probado todas las carreras y empleos, a saber para qué cargo hubiese valido, y seguro que me habría muerto como uno de los Rothschild. ¿Pero no ve que un rublo en un banco, al cinco por ciento de intereses, se convertiría en un millón al cabo de doscientos ochenta y tres años? ¡Haga las cuentas! Si hace doscientos ochenta y tres años hubiera depositado usted un rublo en el banco, ¡ahora tendría un millón! ¡Eres tonto, tonto! ¿No te da pena y vergüenza ser tan tonto?

EL GRAJO.— Ni lo más mínimo... Nosotros seremos tontos, pero sin embargo nos consuela que en cuatrocientos años de vida, hacemos bastantes menos tonterías que las que un hombre hace en cuarenta... ¡Sí, señor! Vivo desde hace trescientos setenta y seis años, pero no he visto ni una sola vez a los grajos peleándose entre ellos, matándose los unos a los otros, y en cambio ustedes no pueden recordar un solo

año sin guerra... Entre nosotros no nos desplumamos, no nos difamamos, no nos hacemos chantajes, no escribimos malas novelas ni poemas, no publicamos periódicos sensacionalistas... He vivido trescientos setenta y seis años y no he visto que nuestras hembras engañen y ofendan a sus maridos. ¿Y ustedes, señor? Entre nosotros no hay sirvientes, ni aduladores, ni traidores, ni vendedores de Cristo...

Pero en ese momento, a mi interlocutor lo llamaron sus compañeros y, sin acabar su discurso, salió volando a través del campo.

GRISHA

(Гриша)

Grisha, un niño rollizo, nacido hace dos años y ocho meses, camina con su niñera por la avenida. Lleva puesto un *burnus*, una bufanda, un gorro grande acabado en un pompón, y unos chanclos de abrigo. Está acalorado por el sol de abril que se le clava en los párpados.

Todo lo que vemos sobre esta figura torpe y tímida que camina dando trompicones sugiere la extrema vacilación de quien no conoce el mundo. Hasta ahora, Grisha sólo ha conocido la parte del mismo que se extendía hacia las cuatro esquinas que contienen su cama, el cofre de la niñera, una silla, y la lámpara ardiente del icono. Si se agacha y mira debajo de la cama puede ver una muñeca a la que le falta un brazo y un tambor; detrás del cofre de la niñera hay otras muchas cosas: bobinas de hilo, trozos de papel, una caja sin tapadera y un payaso roto. En este mundo, además de la niñera y Grisha, suelen hacer acto de presencia mamá y el gato. Mamá parece una muñeca, y el gato recuerda al abrigo de piel de papá, aunque el abrigo no tenga ni ojos ni cola. Hay una puerta que sale de este mundo llamado «el cuarto del niño», que conduce a un espacio en el que comen y toman el té. Ahí se encuentra la silla alta de Grisha, y hay un reloj colgado de la pared, que existe con el único cometido de que su péndulo oscile y pasen las horas. Desde el comedor se puede ir a una habitación con sillones rojos. Hay una mancha oscura en la moqueta aquí, y todavía se la muestran a Grisha dándole énfasis bajo un dedo acusador. Más allá de esta habitación hay otra en la que no puede entrar, de la cual papá sale y entra como un relámpago. ¡Papá es una persona de lo más misteriosa! Grisha comprende a la niñera y a mamá: son las personas que visten a Grisha, le dan de comer y lo acuestan. Pero no está claro para qué existe papá. Hay otro personaje misterioso, la tía, que obsequió a Grisha el tambor. Algunas veces está allí, algunas veces desaparece. ¿Adónde irá? En más de una ocasión Grisha ha mirado debajo la cama, detrás del cofre y debajo del sofá, pero no la ha encontrado...

En este nuevo mundo, bañado en tanta luz que los ojos pican, hay tantos papis y mamis y tías que no se sabe hacia cuál se supone que debes correr. Y de entre todas las cosas absurdas e insólitas destacan los caballos. Grisha no logra entender su forma de andar, y en vano busca respuestas en el rostro de la niñera. Súbitamente se inicia el estruendo de un inesperado estampido. Grisha ve a un grupo de soldados que se dirigen hacia ellos marcando el paso. Todos tienen las caras enrojecidas, y todos llevan un haz de ramas debajo del brazo para la *bania*. Grisha se queda helado y de nuevo mira a la niñera: ¿acaso no son peligrosos? Pero la niñera no sale corriendo, la niñera no rompe a llorar, y Grisha entiende que no hay peligro. Cuando pasan por su lado, Grisha comienza a marchar con ellos.

Entonces ve un par de gatos, enormes los dos, con caras alargadas y con las lenguas colgando, que cruzan la avenida meneando la cola. Y a Grisha se le ocurre que él también necesita ir corriendo a alguna parte, y sale disparado tras ellos.

—¡Para! —grita la niñera detrás de él, agarrándolo del hombro—. ¿Adónde crees que vas? ¿Quién ha dicho que puedas correr?

Hay otra niñera sentada y agarrando una pequeña cestita de naranjas. Grisha pasa a su lado y en silencio coge una naranja para él.

—¿Por qué has hecho eso? —grita su acompañante, golpeándole la mano y quitándole la naranja—. Tonto.

Y ahora a Grisha le haría feliz coger el pequeño trocito de cristal que ve brillando a sus pies, y que reluce tanto como la lámpara del icono, pero le asusta que le golpeen en la mano si lo hace.

—Mis respetos —Grisha escucha de repente justo encima de su oreja. Es una voz altisonante y profunda, y Grisha ve a un hombre de apariencia fornida y con botones brillantes.

Para su regocijo el hombre saluda a su niñera estrechándole la mano y comienza a charlar con ella. La luz del sol, el mido de los carruajes, los caballos, los colores brillantes, todo resulta tan sorprendentemente nuevo y tan poco aterrador que el alma de Grisha se llena de alegría, y suelta una risita nerviosa.

—¡Vamos! ¡Vamos! —le grita al hombre de los botones brillantes, tirando del doblez de su abrigo.

—¿Adónde iremos? —pregunta el hombre.

—¡Vamos! —insiste Grisha.

Grisha quiere explicarle lo que le gustaría que estuvieran mami y papi y el gato con ellos; su lengua, sin embargo, se empeña en decir algo completamente distinto.

Al poco rato la niñera echa a andar, dobla una esquina y abandona la avenida, conduciendo a Grisha hasta un patio donde queda algo de nieve. El hombre de los botones brillantes también los sigue. Avanzan con cuidado rodeando la nieve amontonada y los charcos, descienden una escalera mal iluminada y algo sucia hacia una estancia calurosa llena de humo, con un hornillo en una esquina y una mujer cocinando chuletas. La cocinera y la niñera se saludan, y ambas se sientan junto con el hombre en un banco, y los tres adultos inician una conversación casi en susurros. Grisha, tan abrigadito, comienza a sentirse sofocado de verdad.

¿Para qué es todo esto?, piensa mirando a su alrededor.

Ve el techo oscurecido, la horquilla del hornillo con sus dos cuernos, y el hornillo que lo está mirando con su enorme boca negra abierta...

—¡Mamá! —comienza a lloriquear.

—Cálmate —le dice la niñera—, espera un poquito.

La cocinera pone una botella, tres vasos y un pastel en la mesa. Las dos mujeres y el hombre con los botones brillantes entrechocan sus vasos y cada uno de ellos bebe varias veces, y el hombre abraza primero a la niñera y luego a la cocinera. Y después

los tres comienzan a cantar como para sí.

Grisha extiende su mano al pastel y le dan un trozo. Se lo come, y ve a la niñera bebiendo. También quiere beber.

—¡Dame! ¡Dame!

La cocinera le deja darle un sorbo a su vaso. Grisha abre los ojos, frunce el entrecejo, tose, y menea sus brazos durante un largo tiempo, y la cocinera lo mira y se ríe.

Cuando llegan a casa Grisha comienza a contarle a su madre y a las paredes y a la cama dónde ha estado y lo que ha visto. Habla más con su rostro y con sus manos que con su voz. Les muestra como el sol brillaba, como iban andando los caballos, como el homo terrible lo miró amenazante, y cómo la cocinera no dejaba de beber...

Por la noche no puede dormirse. Los soldados con sus ramas, los extraños y enormes gatos, los caballos, los trozos de cristal, las cestas de naranjas, los botones brillantes: todo esto se enrolla en una pelota y presiona su cerebro. Da vueltas y más vueltas en la camita hablando consigo mismo y, al cabo, incapaz de soportar la excitación, rompe a llorar.

—Pero si tienes fiebre —dice mami, acariciándole la frente con la palma de la mano—. Me pregunto cómo ha podido ocurrir.

—¡Horno! —llora Grisha—. ¡Vete horno!

—Debe haber comido demasiado... —decide mami.

De manera que Grisha, sin conseguir librarse de las nuevas impresiones causadas por aquel mundo nuevo recién descubierto, les da la bienvenida en su vida nueva recibiendo con toda solemnidad una cucharada de aceite de ricino.

LA NOCHE DE PASCUA

(СВЯТОЮ НОЧЬЮ)

Me encontraba en la ribera del Goltva y esperaba la llegada del transbordador. Por lo común el Goltva es un río sin pretensiones, silencioso y soñador, que brilla timorato entre espesos juncos, pero en ese momento sus dimensiones alcanzaban las de un lago. Las aguas primaverales se habían desbordado, superando ambas orillas, inundando una buena extensión de las tierras ribereñas y anegando huertos, prados y marismas, de modo que en medio de la corriente despuntaban algunos álamos y arbustos solitarios, semejantes en las tinieblas a austeros peñascos.

El tiempo me parecía espléndido. Reinaba la oscuridad, pero de todos modos podían discernirse los árboles, el agua, las personas... El mundo estaba iluminado por las estrellas, que abarrotaban el cielo. Literalmente no había lugar donde poner el dedo. Las había gruesas como huevos de ganso y minúsculas como granos de cáñamo... Para esa parada festiva habían salido al cielo todas a una, desde las más pequeñas a las más grandes, limpias, renovadas, risueñas, todas titilando en silencio con sus rayos. El cielo se reflejaba en las aguas, las estrellas se bañaban en las profundidades oscuras y temblaban al compás del menudo oleaje. El aire era tibio, sereno... A lo lejos, en la otra orilla, algunos fuegos diseminaban al azar, en medio de la tiniebla impenetrable, sus llamas de un rojo vivo...

A dos pasos de mí se recortaba la oscura silueta de un campesino tocado con un alto sombrero y provisto de un nudoso y grueso bastón.

—¡Cuánto tarda el transbordador! —comenté yo.

—Ya tendría que haber llegado —me respondió el campesino.

—¿Tú también estás aguardándolo?

—No, estoy esperando las iluminaciones... —dijo el campesino en medio de un bostezo—. Pasaría con gusto, pero le confieso que no tengo los cinco kopeks que cuesta el viaje.

—Yo te los daré.

—No, muchas gracias... Prefiero quedarme aquí y que con ese dinero encienda una vela por mí en el monasterio... ¡Pero el transbordador sigue sin venir! ¡Parece como si se lo hubiera tragado la tierra! —el campesino se acercó al borde mismo del agua, cogió el cable con la mano y gritó—: ¡Ieronim! ¡Ieronim!

Como en respuesta a su llamada, desde la otra orilla se oyó el prolongado tañido de una gran campana. El sonido era denso, grave, semejante al de la cuerda más gruesa de un contrabajo; parecía la ronca voz de las mismas tinieblas. A continuación se oyó un cañonazo. Rodó por la oscuridad y se apagó en algún lugar lejano, detrás de mí. El campesino se quitó el sombrero y se santiguó.

—¡Cristo ha resucitado! —dijo.

Las ondas de ese primer tañido no habían tenido tiempo de aquietarse en el aire cuando se oyó otro, después un tercero, y las tinieblas se llenaron de un rumor vibrante y continuo. Junto a las rojas hogueras se encendieron numerosos fuegos, que juntos empezaron a moverse, despidiendo inquietos resplandores.

—¡Ieronim! —gritó una voz cansina y sorda.

—Están llamando desde la otra orilla —dijo el campesino— Eso significa que el transbordador tampoco está allí. Nuestro Ieronim se ha quedado dormido.

Los fuegos y el tintineo aterciopelado de las campanas nos atraían... Ya empezaba a perder la paciencia y a ponerme nervioso cuando por fin columbré en la oscura lejanía una silueta muy semejante a una horca. Era el tan esperado transbordador. Se desplazaba con tal lentitud que, de no haber sido por la delineación gradual de sus contornos, habría podido pensarse que no se movía de su sitio o que se dirigía a la otra orilla.

—¡Deprisa! ¡Ieronim! —gritó el campesino—. ¡Un señor está esperando!

El transbordador se deslizó hasta la orilla, osciló y se detuvo con un chirrido. A bordo, aferrándose al cable, había un hombre alto, vestido con un hábito de monje y un gorro cónico.

—¿Por qué has tardado tanto? —le pregunté, saltando al interior del transbordador.

—Perdóneme, por el amor de Dios —respondió en voz queda Ieronim—. ¿No hay nadie más?

—No...

Ieronim agarró el cable con ambas manos, se dobló hasta el punto de parecer un signo de interrogación y jadeó. El transbordador chirrió y osciló. La silueta del campesino del sombrero alto poco a poco empezó a alejarse, señal de que la embarcación se movía. Pronto Ieronim se enderezó y empezó a maniobrar con una sola mano. Guardábamos silencio y contemplábamos la orilla hacia la que nos dirigíamos. Allí ya habían empezado las «iluminaciones» esperadas por el campesino. Junto al borde mismo del agua numerosos toneles de resina ardían en enormes hogueras. Sus reflejos, purpúreos como la ascendente luna, se deslizaban a nuestro encuentro en forma de largas y anchas bandas. Los llameantes toneles iluminaban su propio humo y las largas sombras humanas, que destacaban un instante junto a ellos; pero más lejos, a los lados y detrás, en el lugar de donde partía el tintineo aterciopelado, todo estaba envuelto en la misma bruma profunda y negra. De pronto, una cinta de oro hendió las tinieblas y un cohete se elevó hasta el cielo; describió un arco y se esparció en chispas crepitantes, como si hubiera chocado con la bóveda celeste. En la orilla se oyó un rumor semejante a un lejano «hurra».

—¡Qué hermoso! —exclamé yo.

—¡Tanto que se queda uno sin habla! —suspiró Ieronim—. ¡Vaya noche, señor! Antaño no se prestaba atención a los cohetes, pero hoy día cualquier menudencia nos regocija. ¿De dónde viene usted?

Se lo dije.

—Ya... hoy es un día de alborozo... —continuó Ieronim con vocecilla de tenor, débil y suspirante como la de un convaleciente—. El cielo, la tierra y el infierno se congratulan. Toda la creación está de fiesta. Pero, dígame, buen señor, ¿por qué el hombre no puede olvidar sus penas ni siquiera en medio de las mayores alegrías?

Me pareció que esa pregunta inesperada me invitaba a una de esas conversaciones interminables y edificantes de la que tanto gustan los monjes ociosos y aburridos. No tenía muchas ganas de hablar, de modo que me limité a responder:

—¿Qué penas le afligen a usted, padre?

—Por lo común, las mismas que a todo el mundo, distinguido y amable señor, pero hoy ha acaecido una desgracia particular en el monasterio: durante la misa, en el momento de la pemia, murió el diácono Nikolái...

—¿Qué le vamos a hacer, es la voluntad de Dios! —dije, adoptando un tono monástico—. Todos tenemos que morir. En mi opinión, debería usted alegrarse... Se dice que quien muere la víspera o el día de Pascua gana sin falta el reino de los Cielos.

—Es verdad.

Callamos. La silueta del campesino del sombrero alto se confundió con los contornos de la orilla. Las llamas de los toneles de resina no paraban de crecer.

—Y tanto las Escrituras como la meditación demuestran con creces la vanidad del dolor —dijo Ieronim, rompiendo el silencio—, pero ¿por qué el alma se lamenta y no quiere escuchar a la razón? ¿Por qué se sienten ganas de llorar amargamente? —Ieronim se encogió de hombros, se volvió hacia mí y dijo con premura—: Que muera yo o algún otro no tiene la menor importancia, ¡pero es Nikolái quien nos ha dejado! ¡Nada menos que Nikolái! ¡Hasta cuesta creer que ya no se cuente entre los vivos! Estoy aquí, en este transbordador, y tengo la impresión de que voy a oír su voz llamándome desde la orilla. Para que no tuviera miedo al atravesar el río, siempre se acercaba a la ribera y me daba una voz. Se levantaba expresamente para eso en medio de la noche. ¡Qué alma tan bondadosa! ¡Dios mío, qué hombre más bueno y compasivo! ¡Tenía más atenciones conmigo que una madre! ¡Que Dios se apiade de su alma! —Ieronim agarró el cable, pero al poco rato se volvió de nuevo hacia mí—. ¡Y qué espíritu tan luminoso tenía, excelencia! —continuó con voz cantarína—. ¡Qué lengua tan dulce y melodiosa! Precisamente ahora van a cantar en los maitines: «¡Oh, voz armoniosa y tierna!». Además de todas las cualidades humanas, poseía un don extraordinario.

—¿Qué don? —pregunté yo.

El monje me examinó de pies a cabeza; luego, como si se hubiera convencido de que podía confiarme un secreto, estalló en una alegre risa.

—Tenía el don de escribir acatistas^[76] ... —dijo— ¡Un milagro, señor, nada más y nada menos! ¡Se sorprenderá si se lo explico! Nuestro archimandrita es de Moscú, su vicario se ha formado en la academia de Kazán, entre nosotros hay monjes muy

inteligentes y padres venerables, pero, fíjese, ni uno sólo sabe escribir acatistas, mientras Nikolái, un simple diácono que no había cursado estudios y carecía de toda prestancia, los escribía. ¡Un milagro! ¡Un auténtico milagro! —Ieronim sacudió las manos y, desentendiéndose por completo del cable, continuó con arrebató—: Nuestro vicario se las ve y se las desea para componer sus sermones; cuando escribió la historia del monasterio, estuvo dando la lata a toda la hermandad y viajó unas diez veces a la ciudad, mientras Nikolái escribía acatistas. ¡Acatistas! ¡Nada de sermones ni de historias!

—¿Tan difícil resulta escribir acatistas? —pregunté yo.

—Ya lo creo... —respondió Ieronim, sacudiendo la cabeza—. La sabiduría y la santidad no valen de nada si Dios no te ha concedido el don. Los monjes ignorantes se figuran que basta conocer la vida del santo sobre el que se escribe e inspirarse en otros acatistas. Pero no es así, señor. Claro que se necesita conocer esa vida en profundidad, hasta en los menores detalles. También es indispensable remitirse a otros acatistas para saber dónde empezar y qué escribir. Como ejemplo le diré que el primer versículo empieza siempre con las palabras «elegido» o «escogido». El primer canon empieza siempre con la palabra «ángel». El acatista del Dulce Jesús, por si le interesa, comienza siempre así: «De los ángeles Creador y Señor de las fuerzas celestes»; el de la santísima madre de Dios: «El ángel mensajero fue enviado desde el cielo»; y el de Nicolás Taumaturgo: «Ángel por la figura, pero criatura terrenal», y así sucesivamente. Siempre se empieza con la palabra «ángel». No cabe duda de que hay que buscar la inspiración en otros acatistas, pero lo esencial no consiste en la vida del santo ni en la conformidad con los modelos, sino en la belleza y en la dulzura.

Es necesario que el conjunto sea armonioso, breve y detallado. Cada verso debe estar repleto de dulzura, afecto y ternura, no tiene que haber ni una sola palabra grosera, ruda o inadecuada. Hay que escribir de tal manera que el corazón del orante se regocije y llore, mientras su espíritu se estremece y palpita. En el acatista de la Virgen se incluyen estas palabras: «¡Regocíjate, oh grandeza, de que el pensamiento humano no pueda alcanzarte!; ¡regocíjate, oh profundidad, de que ni siquiera los ojos de los ángeles puedan contemplarte!». En otro pasaje del mismo acatista se dice: «¡Regocíjate, árbol de frutos de luz del que se alimentan los justos! ¡Regocíjate, árbol de sombra bienhechora cuyo follaje abriga a la multitud!» —Ieronim se cubrió el rostro con las manos, como si se hubiera asustado o estuviera avergonzado, y sacudió la cabeza—. Árbol de frutos de luz... árbol de sombra bienhechora... —balbució—. ¡No es fácil encontrar esas palabras! ¡Dios debe concederte ese don! En aras de la brevedad Nikolái reunía muchas palabras y pensamientos en una sola expresión, y siempre obtenía un conjunto armonioso y acabado. «Candil dispensador de luz a los vivos...», se dice en el acatista del Dulce Jesús. ¡Dispensador de luz! Tal expresión no se oye en las conversaciones ni se lee en los libros; ¡él la inventó, la encontró en su espíritu! Además de la armonía y de la elocuencia, señor, se necesita también embellecer cada línea con múltiples adornos, que haya flores, relámpagos, ráfagas de

viento, sol, que estén presentes todos los objetos del mundo visible. Cada invocación debe componerse de modo que sea melodiosa y grata al oído. «Regocíjate, lirio de los jardines celestes», se lee en el acatista de Nicolás Taumaturgo. No se dice simplemente «lirio del paraíso», sino «lirio de los jardines celestes». Es una expresión más suave y más dulce al oído. ¡Así escribía Nikolái! ¡Precisamente así! ¡No hay palabras para expresarle cómo escribía!

—Sí, en ese caso es una pena que haya muerto —dije yo—. Pero haga avanzar el transbordador, padre, o llegaremos tarde...

Ieronim pareció volver en sí y se acercó corriendo al cable. En la orilla empezaron a repicar todas las campanas. Probablemente en los alrededores del monasterio tenía ya lugar la procesión de la cruz, pues todo el espacio oscuro que se extendía más allá de los toneles de resina estaba ahora sembrado de fuegos móviles.

—¿Nikolái imprimió sus acatistas? —le pregunté a Ieronim.

—¿Dónde iba a imprimirlos? —respondió él con un suspiro—. Además, habría parecido extraño. ¿Con qué objeto? En nuestro monasterio nadie se interesa por esas cosas. A nadie le gustan. Sabían que Nikolái escribía, pero no le prestaban atención. ¡En nuestro tiempo, señor, nadie respeta los escritos nuevos!

—¿Lo trataban con desconfianza?

—Así es. Si hubiera sido un superior, quizá la hermandad habría mostrado cierta curiosidad, pero ni siquiera había cumplido cuarenta años. Algunos hasta se reían y consideraban que sus escritos eran un pecado.

—¿Para qué escribía?

—Sobre todo para su propia consolación. De todos los hermanos yo era el único que leía sus acatistas. Lo visitaba a escondidas, para que los otros no me vieran, y él se congratulaba de mi interés. Me abrazaba, me acariciaba la cabeza, me dirigía palabras cariñosas, como si fuera un niño pequeño. Cerraba la puerta de su celda, me hacía sentarme a su lado y se ponía a leer... —Ieronim dejó el cable y se acercó a mí—. Éramos algo así como dos amigos —añadió en un susurro, mirándome con ojos brillantes— Adonde iba él, iba yo. Sin mí se sentía triste. Me tenía más aprecio que a los demás, y todo porque sus acatistas me hacían llorar. ¡Sólo recordarlo me conmueve! Ahora me he quedado como un huérfano o una viuda. Sabe, en nuestro monasterio todos los monjes son bondadosos, caritativos, piadosos, pero... carecen de tacto y de delicadeza, como las personas de baja condición. Todos hablan a gritos, hacen ruido al caminar, alborotan, tosen; Nikolái, en cambio, hablaba siempre con voz queda y suave, y si advertía que alguien estaba durmiendo o rezando, pasaba de largo con sigilo, como una mosca o un mosquito. Tenía un rostro candoroso, lleno de piedad...

Ieronim exhaló un profundo suspiro y aferró el cable. Ya nos estábamos acercando a la orilla. Salíamos directamente de las tinieblas y del silencio de las aguas, y nos adentrábamos poco a poco en un reino encantado, lleno de humo sofocante, luces crepitantes y bullicio. Ya se distinguía con total nitidez cómo los

hombres se movían junto a los toneles de resina. El centelleo de las llamas confería a sus caras rojas y a sus figuras una expresión extraña, casi fantástica. De vez en cuando entre los rostros y las cabezas aparecían hocicos de caballo, inmóviles, como fundidos en cobre rojo.

—Pronto empezarán a cantar el canon pascual... —dijo Ieronim—, pero Nikolái está muerto y ya no hay nadie que pueda penetrar su belleza... Para él no había nada más hermoso en las Escrituras que ese canon. Comprendía cada palabra. Cuando llegue allí, señor, trate de captar el sentido de lo que se canta: ¡se le corta a uno la respiración!

—¿Es que no va a ir usted a la iglesia?

—No puedo... Tengo que ocuparme del transbordador...

—¿No van a relevarle?

—No lo sé... Tendrían que haberlo hecho a eso de las ocho, pero, como ve, aquí sigo... En cualquier caso, le confieso que me gustaría ir a la iglesia...

—¿Es usted monje?

—Sí... es decir, novicio.

El transbordador varó en la orilla y se detuvo. Le entregué a Ieronim una moneda de cinco kopeks por la travesía y salté a tierra. En ese momento una telega con un muchacho y una mujer dormida penetró en el transbordador entre chirridos. Ieronim, levemente coloreado por las llamas, tiró del cable, se encorvó y puso la embarcación en movimiento...

Avancé unos pasos por el barro y a continuación me interné en un sendero blando, de reciente construcción. Ese sendero conducía, en medio de una nube de humo y una multitud desordenada de hombres, caballos desenganchados, telegas y carretelas, a las oscuras puertas del monasterio, semejantes a la entrada de una sima. Todo eran chirridos, relinchos, risas, y por todas partes danzaban la luz purpúrea y las sombras ondulantes del humo... ¡Un auténtico caos! Y en medio de ese barullo aún había quien encontraba un lugar para cargar un pequeño cañón o vender dulces.

Al otro lado de la tapia, en el recinto, el trajín no era menor, aunque se observaba más compostura y orden. El lugar olía a enebro y a benjuí. La gente hablaba a voces, pero no se oían risas ni relinchos. En torno de los monumentos funerarios y de las cruces, se apretujaban gentes con roscas de Pascua y hatillos. Por lo visto muchos de ellos habían venido desde muy lejos para que bendijeran sus dulces y estaban extenuados. Por las planchas de hierro fundido que se extendían desde la entrada del monasterio hasta la puerta de la iglesia corrían jóvenes novicios atareados, en medio de un ruido de botas. En el campanario reinaban idéntico alboroto y griterío.

«¡Vaya noche más animada! —pensé yo—. ¡Qué bien!».

Daba gusto contemplar esa agitación y esa vigilia, compartidas por toda la naturaleza, empezando por la tiniebla nocturna y terminando por las planchas de hierro, las cruces funerarias y los árboles junto a los cuales se afanaba la gente. Pero en ninguna parte la excitación y el revuelo eran mayores que en la iglesia. Junto a la

puerta se libraba una batalla sin cuartel entre el flujo y el reflujo. Unos entraban, otros salían y al poco rato regresaban, se detenían un instante y de nuevo se ponían en movimiento. La gente iba de un lugar a otro, deambulando como a la busca de algo. En la entrada se formaba una ola que recorría toda la iglesia y alcanzaba las primeras filas, donde se encontraban las personas importantes y graves. No había manera de concentrarse en la oración. La gente, en lugar de rezar, se entregaba en cuerpo y alma a una suerte de alegría infantil e irreflexiva, que buscaba el menor pretexto para estallar y manifestarse en algún tipo de movimiento, aunque fuera un vaivén y una oscilación desordenada.

La misma movilidad extraordinaria se percibía en la celebración de la misa de Pascua. Las puertas del iconostasio de todos los altares laterales estaban abiertas de par en par; por el aire flotaban, junto a los candelabros, densas nubes de humo de incienso; se vislumbraban luces, resplandores y cirios chisporroteantes por doquier... El ritual no incluía ninguna lectura; un canto turbulento y alegre ocupó el oficio hasta el final; después de cada cántico, en el momento del canon, los sacerdotes se cambiaban de casulla y se introducían entre los fieles con el incensario, operación que se repetía casi cada diez minutos.

Apenas había tenido tiempo de hacerme un hueco, cuando una ola procedente de la parte delantera me alcanzó y me arrojó hacia atrás. Ante mí pasó un diácono alto y corpulento con un gran cirio rojo; tras él se apresuraba un archimandrita con el pelo canoso y una mitra dorada, el incensario en la mano. Cuando desaparecieron de la vista, la multitud me empujó a mi antiguo lugar. Pero no habían pasado ni diez minutos cuando se formó una nueva ola y apareció otra vez el diácono, en esta ocasión seguido por el vicario, el mismo que según Ieronim había escrito la historia del monasterio.

Sumergido en la muchedumbre y contagiado de la alegre agitación general, sentía una pena intolerable por Ieronim. ¿Por qué no lo relevaban? ¿Por qué no encomendaban el transbordador a una persona menos sensible e impresionable?

«Levanta los ojos a tu alrededor, oh Sión, y mira... —cantaba el coro—, pues tus hijos han venido a ti, como antorchas de luz divina, desde el oeste y desde el norte, desde el mar y desde el oriente...».

Contemplé los rostros de los fieles. Todos mostraban la misma vivacidad, la misma expresión de júbilo; pero ninguno de ellos escuchaba ni trataba de penetrar el sentido de los cánticos, a nadie se le «cortaba la respiración». ¿Por qué no relevaban a Ieronim? Podía imaginármelo allí de pie, junto a una de las paredes, inclinándose y paladeando con avidez la belleza de la frase sagrada. Aquellas palabras a las que no prestaban atención las personas que se encontraban a mi alrededor habrían inundado su alma sensible, la habría embriagado hasta el éxtasis, dejándolo sin aliento, y no habría habido en el templo persona más feliz que él. Ahora empujaba el transbordador de una orilla a otra, por el oscuro río, doliéndose de la muerte de su compañero y amigo.

A mis espaldas se formó una ola. Un monje gordo y sonriente, jugando con su rosario y volviendo la vista, se deslizó junto a mí, abriendo paso a una dama vestida con sombrero y abrigo de terciopelo. Uno de los criados del monasterio se apresuraba tras ella, llevando una silla por encima de las cabezas de los fieles.

Salí de la iglesia. Sentía curiosidad por ver el cadáver de Nikolái, el desconocido compositor de acatistas. Pasé junto a la tapia, a lo largo de la cual se sucedía una hilera de celdas, eché una ojeada a algunas de las ventanas y, al no encontrar nada, me di media vuelta. Ahora no lamento no haber contemplado el rostro de Nikolái: quién sabe, tal vez esa visión habría borrado la imagen que mi imaginación se ha forjado de él. Ese hombre amable, poético, que salía por la noche para intercambiar llamadas con Ieronim, que sembraba de flores, estrellas y rayos de sol sus acatistas, incomprendido y solitario, se me aparece como un ser tímido, pálido, de facciones suaves, delicadas y tristes. En sus ojos, además de la inteligencia, debía de brillar esa ternura, esa exaltación infantil mal contenida que había percibido en la voz de Ieronim cuando me citaba pasajes de los acatistas.

Después del oficio, cuando salí de la iglesia, las tinieblas se habían desvanecido. Empezaba a amanecer. Las estrellas se habían apagado y el cielo tenía una tonalidad gris azulada y sombría. Las planchas de hierro, los monumentos y los brotes de los árboles estaban cubiertos de rocío. Se percibía en el aire un intenso frescor. La animación que había advertido por la noche al otro lado de la tapia había desaparecido. Los caballos y los hombres parecían fatigados, soñolientos, apenas se movían, y de los toneles de resina sólo quedaban montones de ceniza negra. Cuando el hombre está cansado y quiere dormir se figura que en la naturaleza reina la misma disposición. Tenía la impresión de que los árboles y la joven hierba dormían. Me parecía que hasta las campanas repicaban con menos vehemencia y júbilo que durante la noche. La agitación había cesado y de toda esa excitación sólo quedaba una agradable fatiga, un ansia de sueño y de calor.

Ahora podía admirar las dos orillas del río. Sobre las aguas, aquí y allá, vagaban ligeras columnas de niebla. Una brisa helada y cortante se alzaba del lugar. Cuando salté al transbordador, ya había en él una carretela y una veintena de hombres y mujeres. El cable, húmedo y soñoliento, según me pareció, se extendía en la lejanía a través del anchuroso río y en algunos lugares desaparecía entre la blanca bruma.

—¡Cristo ha resucitado! ¿No hay nadie más? —preguntó una voz serena.

Reconocí a Ieronim. Las tinieblas nocturnas ya no me impedían examinar al monje. Era un hombre alto, estrecho de hombros, de unos treinta y cinco años, con rasgos marcados y redondeados, ojos entornados que miraban con indolencia y una perilla descuidada y cuneiforme.

—¿Aún no le han relevado? —pregunté con sorpresa.

—¡Qué va! —respondió, volviendo el rostro sonriente, entumecido por el frío y cubierto de rocío—. Ahora nadie me reemplazará hasta la mañana. Todos van a romper el ayuno a los aposentos del padre archimandrita.

Ayudado por un campesino tocado con un gorro de piel rojiza, semejante a esos barriletes de madera de tilo en los que se vende la miel, tiró con fuerza del cable y el transbordador se puso en marcha, acompañado del jadeo de los dos hombres.

Nos deslizábamos por el río, deshilachando a nuestro paso los perezosos jirones de niebla. Todo el mundo callaba. Ieronim, con el pensamiento en otro sitio, maniobraba con una sola mano. Nos contempló largo rato con sus ojos dulces y turbios, luego se detuvo en una joven vendedora de rostro sonrosado y cejas negras, que estaba de pie a mi lado y se arrebuja en silencio, en medio de la niebla que la envolvía. No la perdió de vista en todo el trayecto.

En esa mirada prolongada apenas había nada masculino. En el rostro de esa mujer, me pareció, Ieronim buscaba los rasgos suaves y delicados de su difunto amigo.

SEÑORAS

(Дамы)

Fiódor Petrovich, director de las Escuelas Municipales de la región de N***, recibía cierto día en su despacho al profesor Vremenski.

—¡No, señor Vremenski! —decía a éste—. ¡Tal como tiene usted la voz le es imposible continuar su trabajo como profesor! ¿Cómo fue el perderla?

—Me bebí una cerveza fría cuando estaba sudando... —contestó afónico, el profesor.

—¡Es una lástima! ¡Haber prestado servicio durante catorce años y que de repente le suceda una desgracia así! ¡Por una tontería, verse obligado a cambiar de carrera! ¿Qué se propone usted hacer ahora?

El profesor no contestó.

—¿Tiene usted familia? —preguntó el director.

—Mujer y dos niños, excelencia —dijo la voz afónica del profesor.

Se hizo un silencio. El director se levantó de la mesa y, nervioso, dio unos cuantos pasos por la habitación.

—¡Me estoy rompiendo la cabeza pensando lo que voy a hacer con usted! Profesor no puede usted ser... Derecho a pensión no tiene usted todavía..., pero dejarlo así..., entregado a su destino..., ¡no es del todo grato! Usted aquí es uno de los nuestros. Ha trabajado con nosotros durante catorce años, y ello significa que tenemos que ayudarlo. Pero ¿cómo ayudarlo? ¿Qué puedo hacer por usted? ¡Comprenda mi situación! ¿Qué puedo hacer?

De nuevo se hizo el silencio. El director seguía paseando por la habitación mientras Vremenski, agobiado por la pena y sentado en el borde de su silla, meditaba también. De repente resplandeció el rostro del director e hizo chasquear los dedos.

—¡Me asombra no haber caído antes en ello! —dijo apresuradamente—. He aquí lo que puedo ofrecerle: la semana que viene, al escribiente que tenemos en el internado le dan el retiro... Si usted quiere su puesto, ahí lo tiene.

El semblante de Vremenski, que no esperaba tan gran merced resplandeció a su vez.

—¡Magnífico! —dijo el director— Presente usted hoy mismo la solicitud.

Cuando Vremenski se marchó, Fiódor Petróvich experimentó alivio y hasta satisfacción. Ante él no tenía ya la figura encorvada del pedagogo afónico, resultándole además agradable pensar que al hacer aquel ofrecimiento a Vremenski había obrado justamente y en conciencia, como una persona buena y decente. Este amable estado de ánimo, sin embargo, no duró mucho tiempo. Al volver a su casa y sentarse a comer, su mujer, Nastasia Ivánovna, dijo como quien se acuerda de repente:

—¡Ah! ¡Por poco se me olvida! Ayer estuvo aquí Nina Serguéievna para pedirme una cosa para un joven. Dicen que en nuestro internado va a quedar una plaza vacante.

—Sí, pero esa plaza está ya prometida —dijo el director frunciendo el entrecejo—. Y además, ya sabes mis reglas de conducta: nunca doy una plaza al que viene por una recomendación.

—Lo sé..., pero para Nina Serguéievna se puede hacer una excepción. Ella para nosotros es como si fuera de la familia, y hasta ahora no le hemos hecho ningún favor. ¡Ni pensar en decirle que no, Fedia...! Con tus caprichos la ofenderías a ella y a mí.

—¿A quién recomienda?

—A Polsujin.

—¿A qué Polsujin...? ¿Aquel que en la Noche vieja hizo el papel de Chatzki^[77]? ... ¿Para este *gentleman*...? ¡Por nada del mundo!

El director dejó de comer.

—¡Por nada del mundo! —repitió—, ¡Que Dios me libre!

—Pero ¿por qué?

—¡Comprende que el joven que no actúa directamente, sino a través de las mujeres, no es más que un mamarracho! ¿Por qué no viene él en persona a verme?

Después de comer, el director se retiró a su despacho y, tumbado sobre el diván, se puso a leer las cartas y los periódicos recién recibidos.

«Querido Fiódor Petróvich —escribía la mujer del alcalde—: En una ocasión me dijo usted que era conocedor del alma humana. Ahora tiene usted una oportunidad de reafirmarse prácticamente en esta opinión. Uno de estos días iré a visitarle con el fin de solicitar la plaza de escribiente en su internado para un tal K. N. Polsujin, al que tengo por un joven excelente. El muchacho es simpático. Tomándose interés por él, podrá convencerse de ello...», etcétera.

—¡Por nada del mundo! —dijo el director— ¡Que Dios me libre!

Después de esto, no pasó día sin que el director recibiera cartas recomendado a Polsujin. Una buena mañana se presentó el propio Polsujin, un joven robusto, de rostro afeitado de *jockey* y vestido con un flamante traje negro.

—Para cuantos asuntos se refieren al trabajo no recibo aquí, sino en mi despacho —dijo secamente el director, después de escuchar la petición.

—Perdone, excelencia, pero nuestros comunes conocimientos me aconsejaron que me dirigiera precisamente aquí.

—¡Hum...! —mugió el director, fijando una mirada de odio en los zapatos de punta afilada del joven— Por lo que yo sé..., su padre es hombre de fortuna, usted no está necesitado. ¿Qué falta le hace solicitar esa plaza...? ¡Un sueldo mísero...!

—No es por el sueldo por lo que me conviene... ¡Es que siempre es un empleo del Estado...!

—Sí... —contesta el director—. Pero yo creo que al cabo de un mes estaría usted

harto de ese empleo y lo dejaría, mientras que hay candidatos a él para los que esa plaza significa la carrera de toda la vida. ¡Hay pobres para los cuales...!

—¡No me hartaré, excelencia! ¡Palabra de honor que cumpliré bien!

El director estalló.

—Escúcheme —preguntó con sonrisa despreciativa—. ¿Por qué no se dirigió directamente a mí y consideró preciso molestar a las damas?

—No sabía que eso pudiera resultarle desagradable —contestó, azarándose, Polsujin—. Pero en fin, excelencia, si usted no da valor a las cartas de recomendación, puedo presentarle los atestados...

Y extrayendo un papel de su bolsillo se lo entregó al director. Al pie del atestado, redactado en lenguaje y escrituras oficiales, veíase la firma del gobernador. Era fácil de comprender que el gobernador, sin duda para deshacerse de alguna señora pegajosa, había firmado sin mirar.

—¡No hay nada que hacer! ¡Me inclino! —dijo el director tras leer el atestado; y suspiró—. Presente mañana la solicitud. ¡No hay nada que hacer!

Cuando Polsujin se marchó, un sentimiento de asco se adueñó por entero del director.

—¡Mamarracho! —silbó paseando por la estancia—. ¡Ya se ha salido con la suya ese pollo de salón, ese mequetrefe, ese «todo reverencias para las damas», esa inmundicia...! ¡Animal...!

El director escupió ruidosamente sobre la puerta tras la que había desaparecido Polsujin, pero de pronto se azaró, pues en aquel preciso momento una señora, la mujer del delegado de Hacienda, penetraba en el despacho.

—Sólo un momento, sólo un momento... —empezó a decir la señora— Siéntese, compadre y escúcheme con atención... Dicen que tiene usted una plaza vacante... Hoy o mañana vendrá a verle un joven..., un tal Polsujin...

Mientras la señora piaba, el director la miraba con ojos turbios y apagados, como quien va a perder el conocimiento de un instante a otro. La miraba sonriendo sólo por educación.

Al día siguiente, cuando recibió la visita de Vremenski, el director estuvo largo rato sin resolverse a decir la verdad. Buscaba las palabras, se trabucaba y no encontraba ni el modo de empezar ni qué decirle. Sentía deseos de disculparse ante el profesor, de referirle toda la verdad, pero, como borracho, la lengua no le obedecía. Las orejas le ardían y, de repente, se sintió invadido por un sentimiento de enojo, de ofensa, por lo que significaba para él tener que hacer un papel tan estúpido en su propio despacho y ante un subalterno. Asestando súbitamente un puñetazo a la mesa, se levantó de un salto y gritó enfadado:

—¡No tengo plaza para usted...! ¡No y no...! ¡Déjeme en paz! ¡No me atormente...! ¡Déjeme en paz! ¡Hágame ese favor! Y salió del despacho.

IMPRESIONES FUERTES

(Сильные ощущения)

Ocurrió en el Tribunal regional de Moscú. Los jurados que habían de pernoctar en el Tribunal pusieron a conversar, antes de acostarse, sobre el tema de las impresiones fuertes. Fue el recuerdo de uno de los testigos que, según sus propias palabras y a consecuencia de un terrible minuto de su vida, se había vuelto tartamudo y canoso, lo que les hizo caer en este tema. Los jurados acordaron rebuscar cada uno en su memoria y referir algo sobre dicho género antes de acostarse. La vida del hombre es corta, pero aun así y todo no hay nadie que pueda jactarse de no haber pasado en ella por algunos minutos terribles.

Uno de los jurados contó cómo en una ocasión había estado a punto de ahogarse; otro, cómo una vez, por la noche y encontrándose en un lugar en el que no existían médico ni farmacias, había envenenado a su propio hijo dándole a beber por equivocación sulfato de cinc en lugar de bicarbonato de sosa. El niño no se murió, pero el padre por poco se vuelve loco. El tercer miembro del jurado, hombre todavía joven y de aire enfermizo, reveló sus dos intentos de suicidio: en uno de ellos se había pegado un tiro; en el otro, había tirado al tren.

El cuarto jurado, hombre bajito y gordiflón, vestido elegantemente, refirió lo que sigue:

—No tendría yo más que veintidós o veintitrés años cuando me enamoré locamente de mi actual mujer y pedí su mano... Ahora me pegaría de azotes muy gustoso, por haberme casado tan joven, pero en aquel entonces no sé lo que hubiera sido de mí si Natasha me hubiera respondido con una negativa. Mi amor era de lo más sincero..., de ese que se describe en las novelas..., frenético, pasional, etcétera... La felicidad me ahogaba, y no sabiendo cómo escapar a ella aburría a mi padre, a mis amigos, a los criados, contándoles sin cesar lo ardiente que era mi amor. Las personas felices son las más aburridas, y yo aburría a todos de tal manera que todavía ahora me da vergüenza.

Entre mis amigos de entonces estaba un abogado que empezaba a ejercer su carrera. Ahora este abogado es famoso en toda Rusia, pero en aquel tiempo no había hecho más que empezar. Todavía no era rico ni lo suficientemente célebre para tener derecho a no saludar y a, prescindir de quitarse el sombrero al encontrarse con los viejos amigos. Una o dos veces por semana acostumbraba visitarle, y ambos solíamos, cuando yo iba a su casa, tumbarnos en los divanes y ponernos a filosofar.

Un día, echado en el diván, charlaba yo sobre que no hay profesión más ingrata que la del abogado. Quería demostrar que el juez, después de terminado el interrogatorio de los testigos, podía prescindir del fiscal y del abogado, ya que el uno y el otro no hacen más que estorbar y, por tanto, si un letrado tiene la inteligencia

sana y está tan convencido de que Ivánov es culpable como de que este techo es blanco, ni Demóstenes sería capaz de luchar contra esa convicción y de vencerla. ¿Quién podría convencerme a mí de que tengo los bigotes rojos cuando yo sé que los tengo negros? ¡No digo que escuchando al orador no llegara a conmoverme y hasta a llorar...! Pero mi convencimiento, basado en su mayor parte en la evidencia, en el hecho consumado, no cambiaría en nada...

A su vez *mi abogado* pretendía demostrar que yo era todavía muy joven, que era tonto y que no decía más que las bobadas propias de un chiquillo. En primer lugar, según su opinión, un hecho palpable, examinado a la luz de las personas conscientes y bien informadas en la materia, se hace aún más palpable... En segundo, el talento es un elemento de fuerza, un vendaval, capaz de triturar hasta las piedras, y no admite comparación con una tontería como es la *convicción* en los pequeños burgueses y comerciantes. Luchar contra el talento es algo tan difícil como mirar al sol sin pestañear o pretender detener al viento. Con sólo la sencilla fuerza de la palabra se convierten al cristianismo miles de salvajes convencidos. Odiseo fue uno de los seres más convencidos que hubo jamás en el mundo, pero se rindió ante las sirenas, etcétera. La historia entera está compuesta de ejemplos semejantes, con los que a cada paso tropezamos en la vida, y así tiene que ser, pues de lo contrario un hombre inteligente y de talento en nada aventajaría a un tonto sin talento alguno.

Yo defendía mi punto de vista y seguía intentando demostrar que la convicción tiene mayor fuerza que el talento, aunque he de confesar que yo mismo no sabía definir exactamente lo que era la convicción y lo que era el talento. ¡Habría seguramente sólo por hablar!

—¡Por ejemplo, tú...! —dijo el abogado—. Ahora estás convencido de que tu novia es un ángel y de que más dichoso que tú no hay hombre en la ciudad..., pero yo te digo que me bastarían diez o veinte minutos «para que te sentaras a esa mesa y escribieras una carta rompiendo con tu novia».

Me eché a reír.

—¡No te rías, que estoy hablando en serio! —dijo mi amigo—. Si se me antojara..., dentro de veinte minutos te sentirías feliz pensando en que ya no ibas a casarte. No tengo un talento extraordinario; pero como en eso tú tampoco eres muy fuerte...

—¡Bien! ¡Haz la prueba! —dije yo.

—No... ¿Para qué...? Lo digo sólo por decir. Eres un buen muchacho y sería cruel hacerte pasar por semejante experiencia. Además, hoy no estoy en mis plenas facultades...

Nos sentamos a cenar. El vino, la idea de Natasha y mi amor me infundían un sentimiento de juventud y de felicidad. Mi dicha era tan inmensamente grande que el abogado de ojos verdes sentado frente a mí se me figuraba un ser sumamente infeliz..., pequeño..., gris...

—¡Anda! ¡Haz la prueba! —insistía yo—. ¡Te lo pido!

El abogado movió negativamente la cabeza e hizo después una mueca de desagrado. Empezaba a aburrirle.

—Sé que después de hecha la experiencia me darías las gracias y dirías que soy tu salvador; pero también es menester pensar en tu novia... Te ama y la haría sufrir el que rompieras con ella. ¡Qué encanto de mujer! ¡Te tengo una envidia!

El abogado suspiró, se bebió un vaso de vino y empezó a ponderar los encantos de Natasha. Tenía un talento extraordinario para la descripción. Disponía de infinidad de palabras para hablar de las pestañas o del dedo meñique de una mujer. Yo le escuchaba embelesado.

—¡He visto muchas mujeres en mi vida —decía—; pero te doy mi palabra de honor, te lo digo como a un verdadero amigo; que tu Natalia Andréievna es una perla! ¡Una muchacha excepcional...! ¡Claro está que tiene defectos y hasta bastantes, si quieres...! Sin embargo, es encantadora...

El abogado se puso a hablar después de los defectos de mi novia. Ahora me doy perfectamente cuenta de que hablaba de la mujer en general, de sus debilidades; pero entonces me hacía el efecto de que se refería únicamente a Natasha. Se entusiasmaba hablando de su nariz respingona, de sus exclamaciones, de su risa chillona y de su afectación, o sea precisamente de todo aquello que me desagradaba en ella. ¡Eran cosas, según él, tan bonitas, tan graciosas y femeninas! Después, y sin que yo apenas me percatara del cambio, trocaba aquel tono entusiasmado por el paternal y moralizador, aunque ligeramente despreciativo...

Como el presidente del Juzgado estaba ausente, no había quien pudiera detener la charla del abogado, que continuaba hablando. A mí no me daba tiempo ni de abrir la boca, y, además, ¿qué podía haber dicho? Las palabras de mi amigo no revelaban nada nuevo, sino algo ha largo tiempo conocido de todos. El veneno no estaba en lo que decía, sino en su diabólica manera de expresarse. ¡Qué manera, diablos...! Escuchándole entonces, me convencí de que, en efecto, una misma palabra tiene mil significados y matices; según se pronuncie y según la forma que se dé a la frase.

No puedo ahora hacerles ver qué forma era ésta, ni cuál el tono en que se hablaba; sólo puedo decirles que mientras paseando por la habitación escuchaba a mi amigo, tan pronto despreciaba como me indignaba al unísono con él. Llegué a creerle inclusive cuando con lágrimas en los ojos declaró que yo era un gran hombre, merecedor de mejor destino, y que el futuro esperaba de mí algo extraordinario, cosa que mi casamiento podía impedir.

—¡Amigo mío! —exclamaba estrechándome fuertemente la mano—. ¡Te lo suplico! ¡Detente antes que sea tarde! ¡Detente! ¡Que el Cielo te arranque de tu horrible y profundo error! ¡Amigo mío...! ¡No te destruyas tu juventud!

Lo querrán ustedes creer o no, pero es el caso que al final de esta escena encontrábame yo sentado ante la mesa escribiendo una carta de ruptura a mi novia. Escribía, y mientras lo hacía me alegraba de sentirme todavía a tiempo de no cometer aquel error. Después de cerrar la carta, me apresuré a salir a la calle para ir a echarla

al buzón. El abogado me acompañaba.

—¡Magnífico! ¡Maravilloso! —me decía cuando mi carta, a Natasha había desaparecido en el buzón—. ¡Te felicito de todo corazón! ¡Me alegro por ti!

Después de dar unos pasos a mi lado, el abogado prosiguió:

—¡Claro que el matrimonio tiene también sus ventajas! Yo, por ejemplo, soy de esa clase de personas para las que el matrimonio y la vida familiar es el todo...

Empezó entonces a descubrirme su vida. ¡Toda la tristeza de la vida solitaria de un soltero comenzó a desfilar ante mí!

Hablaba con tal entusiasmo de su futura esposa, de las delicias de la vida vulgar del matrimonio...; se entusiasmaba de una manera tan bella, tan sincera que cuando llegamos a la puerta de su casa me sentía ya desesperado.

—¿Qué estás haciendo conmigo, hombre terrible? —decía yo, entrecortado el aliento—. ¡Has sido la causa de mi pérdida! ¿Por qué me obligaste a escribir aquella maldita carta? ¡La amo, la amo...!

Estaba profundamente enamorado, y mi conducta me llenaba de espanto, me parecía estúpida e insensata. ¡Sensación tan fuerte como la que yo experimenté en aquel momento no pueden ustedes imaginarse! ¡Oh, lo que pasé entonces, lo que sentí! Si en aquel instante un buen corazón me hubiera prestado una pistola, con deleite me hubiera pegado un tiro.

—Bueno, bueno... —dijo el abogado dándome unas palmaditas, tras de lo que se echó a reír—. ¡No llores! La carta no llegará a tu novia. Fui yo y no tú quien puso la dirección del sobre, y lo hice de tal modo que en el correo no podrán comprender nada. Esto, sin embargo, te servirá de lección: ¡No discutas sobre lo que no comprendes...! Y ahora, señores, le toca hablar al siguiente.

El quinto miembro del Jurado se acomodó en su asiento, y ya había abierto la boca para empezar su relato, cuando en la torre de Spasskaia sonó el reloj.

—Las doce... —contó uno de los jurados—. ¿A qué clase, señores, creen ustedes que pertenecen las sensaciones que experimenta en este momento nuestro acusado...? El asesino pasa la noche en el calabozo del Juzgado, está sentado; como es natural, no duerme, y durante todo el curso de la noche ha aguzado el oído tratando de percibir ese sonido... ¿En qué piensa...? ¿Qué ensueños son los que le turban?

De pronto los jurados olvidaron el tema de las *impresiones fuertes*. Lo sufrido por su amigo cuando escribió un día aquella carta a su Natasha se les antojaba ahora pueril y desprovisto de gracia. Ya nadie contaba nada. Despacio y en silencio se dispusieron a acostarse...

ACERCA DE LAS MUJERES

(О женщинах)

Desde la creación del mundo se tiene a la mujer por criatura dañina y maligna. Se encuentra en unos niveles de desarrollo físico, moral e intelectual tan bajos que cualquiera se siente con el derecho de poder juzgarla y burlarse de sus defectos, hasta el canalla privado de derechos y hasta el tonto que se suena la nariz con el pañuelo de los demás.

Su estructura anatómica está por debajo de toda crítica. Cuando un padre de familia respetable ve la imagen de una mujer *au naturel* siempre lo hace con disgusto y escupe a un lado. Se considera de *mauvais ton* tener imágenes similares a la vista, y no guardadas en la mesa o en el bolsillo. El hombre es mucho más hermoso que la mujer. Por muy áspero, peludo o con acné que sea, por muy enrojecida que tenga la nariz o estrecha la frente, se muestra siempre condescendiente con la belleza de una mujer y sólo se casa tras una rigurosa selección. No hay «Quasimodo» que no esté convencido de que su pareja sólo puede ser una mujer hermosa.

Un teniente retirado que lucía los botines de mujer que había robado a su suegra aseguraba que si el hombre descendía del mono, primero habría salido la mujer y ya más tarde el hombre. El consejero titular Sliunkin, al que su mujer tenía que esconder el vodka, solía decir: «El insecto más ingenioso del mundo es el sexo femenino».

La mente de la mujer no vale para nada. Tendrá el cabello largo, pero la mente es corta, al contrario que en el hombre. Con una mujer no se puede hablar de política, o del estado de los acontecimientos, o de los aranceles. Mientras un estudiante de tercero ya puede resolver los problemas del mundo y los registradores colegiados estudian el libro *Treinta mil palabras extranjeras*, las mujeres más inteligentes y adultas solamente hablan de moda y de soldados.

Es proverbial la lógica de las mujeres. Si, en algún momento, el consejero provincial Anafiemski o el guardia de departamento Dorféi se ponen a hablar sobre Bismarck o sobre los beneficios de la ciencia, es un placer oírlos, es bonito y conmovedor. Pero si la esposa de alguno comienza a hablar, por falta de temas, de los niños o de cuánto bebe su esposo, qué marido sería capaz de no exclamar: «¡Tarantea una taranta! ¡Perdóname, Señor, pero qué lógica tiene!». La mujer no es capaz de aprender ciencias. Es evidente ya desde el hecho de que no se hagan escuelas para ellas. Hasta el más cretino de los hombres, el más idiota es capaz, ya no sólo estudiar ciencias, sino hasta ocupar cátedras, pero una mujer... ¡nulidad se le llama! Ella no escribe libros para vendedores, ni lee ensayos o largos discursos académicos, no viaja en misión científica a cuenta del estado y no usa tesis extranjeras. ¡Está subdesarrollada! Talento creativo, ni gota. Ya no sólo lo más grande y genial está escrito por los hombres, sino incluso lo más trivial y vulgar, mientras que a ella se le

ha concedido la capacidad natural para darle la vuelta a las empanadillas hechas por hombres y envolverlas en *papillots*.

Es viciosa y amoral. Todos los males parten de ella. Se decía en un libro antiguo: «Mulier est malleus, per quem diabolus mollit et malleat universum mundum^[78]». Cuando el diablo busca crear desagrado o enredo, siempre lo intenta hacer por medio de las mujeres. Recodaremos que la guerra de Troya estalló por la bella Helena, que Mesalina sacó del buen camino a más de un buen chico... Decía Gógol que los funcionarios aceptan sobornos únicamente porque los empujan sus esposas, y es muy cierto. Gastan en bebida, pierden al *whist*, se dejan todo el sueldo en *Amalia*... Las propiedades de los empresarios de los contratistas y de los secretarios de las instituciones siempre están a nombre de sus mujeres. La mujer es siempre muy licenciosa. No hay señora rica que no esté siempre rodeada por decenas de jóvenes deseosos de conseguir hacer de *alfonsos* para ella. ¡Pobres jóvenes!

A la patria, no le da ningún beneficio la mujer. No va a la guerra, no hace de copista, no construye ferrocarriles y, escondiéndole a su marido la jarra de vodka, colabora a reducir la recaudación de impuestos.

En resumen, es astuta, charlatana, trivial, mentirosa, hipócrita, egoísta, inepta, frívola, malvada... Sólo hay una cosa de simpática en ella, que da a luz a unas criaturas tan amables, graciosas y terriblemente inteligentes como los hombres... Ya sólo por esa virtud... se le perdonan todos sus pecados. Seamos generosos todos con ellas, todos, hasta las *cocottes* enchaquetadas y los señores que las golpean con un candelabro la mejilla en los clubes.

UN HOMBRE CONOCIDO

(Знакомый мужчина)

La encantadora Vanda (o según su pasaporte, la honorable ciudadana Nastasia Kanavkina) al salir del hospital encontrose en una situación como jamás se había encontrado antes. Sin casa y sin un céntimo. ¿Qué hacer...?

Lo primero que se le ocurrió fue dirigirse a la casa de préstamos y empeñar su sortija de turquesa, su única alhaja. Le dieron por ella un rabio, pero... ¿qué se puede comprar con un rublo...? Por ese dinero no se puede comprar una chaquetita corta a la moda..., ni un sombrero..., ni unos zapatos de color bronce..., y sin esas cosas ella se sentía como desnuda. Le parecía que no sólo la gente, sino hasta los caballos y los perros, la miraban y se reían de la sencillez de su vestido. Lo único que le preocupaba era el vestido. La cuestión de cómo iba a comer o de dónde iba a pasar la noche no la inquietaba lo más mínimo.

—¡Si al menos me encontrara con algún conocido...!, le pediría dinero... Ninguno me lo rehusaría.

Pero los hombres conocidos no aparecían por ninguna parte. No sería difícil encontrarlos por la noche en el *Renaissance*, pero en el *Renaissance* no se dejaba entrar a nadie vestido tan sencillamente y sin sombrero. ¿Qué hacer, entonces...? Después de una larga indecisión y cuando ya se sentía harta de andar, de estar sentada y de pensar, Vanda resolvió emplear un último recurso. Iría a casa de uno de sus conocimientos y le pediría dinero.

«¿A quién podré dirigirme? —meditaba—. A casa de Mischa no es posible. Tiene familia. En cuanto al viejo del pelo rojo..., estará a estas horas ocupado en su despacho...».

Vanda se acordó de pronto del dentista Finkel, un judío converso que hacía unos tres meses le había regalado una pulsera y al que una vez, cenando en el Círculo alemán, había echado un vaso de cerveza por la cabeza.

El recuerdo de este Finkel la alegró muchísimo.

«Estoy segura de que me dará dinero. Lo importante es encontrarle —pensaba camino de su casa—. Si no me da nada, le romperé todas las lámparas».

Al acercarse a la casa del dentista llevaba ya su plan preparado. Riendo subiría la escalera a toda prisa, entraría volando en su consulta y con tono exigente le pediría veinticinco rublos. Este plan, sin embargo, cuando puso la mano sobre la campanilla pareció salirse sólo de la cabeza. Empezó de repente a sentir miedo, a ponerse nerviosa y a acobardarse; cosa que antes nunca le ocurría. Unicamente entre gente borracha era valiente y descarada; pero así..., con un vestido sencillo y en un papel de vulgar solicitante al que se puede no recibir, se sentía tímida e insignificante.

«Puede que ya no se acuerde de mí —pensaba, sin decidirse a tirar del cordón de

la campanilla—. ¿Y cómo voy a entrar en su casa con este vestido? ¿Cómo una mendiga o una pequeña burguesa...?».

Y llamó muy indecisa. Al otro lado de la puerta sonaron pasos. Era el portero.

—¿Está en casa el doctor? —preguntó.

Ahora le hubiera gustado mucho más que el portero la dijera que no; pero éste, en lugar de darla tal contestación, la hizo pasar al recibimiento y la ayudó a quitarse el abrigo. La escalera le pareció lujosa y magnífica; pero de todo aquel lujo, lo que más le llamó la atención fue el gran espejo, en el que vio reflejada a una figura deslucida, sin sombrero alto, sin chaquetón a la moda y sin zapatos color bronce. Encontraba extraño que ahora, por estar vestida pobremente y parecer una costurerita o una lavandera, se despertara dentro de ella aquel sentimiento de vergüenza; se sintiera sin ánimo y sin valentía y ya no se llamara a sí misma con el pensamiento Vanda, sino como antes, Nastia Kanavkina.

—Tenga la bondad de entrar —dijo la doncella acompañándola hasta la consulta—. El doctor viene en seguida...

Vanda tomó asiento en la mullida butaca.

«Esto es lo que le diré... Haga el favor de prestarme... La cosa es correcta, puesto que me conoce... ¡Si siquiera se marchara la doncella...! ¡Delante de ella es molesto...! ¿Para qué estará aquí?».

Al cabo de cinco minutos la puerta se abrió, y entró Finkel, un judío converso de alta estatura, moreno, con grasientas mejillas y ojos saltones. Las mejillas, los ojos, el vientre, las gruesas caderas..., todo en él respiraba satisfacción y era asqueroso y severo. En el *Renaissance* y en el Círculo alemán solía ser algo bebedor, gastaba mucho con las mujeres y soportaba con paciencia sus bromas. (Por ejemplo, cuando Vanda le echó aquella cerveza por la cabeza, lo único que hizo fue sonreír y amenazarla con el dedo). En cambio, ahora tenía un aspecto taciturno y soñoliento, y su mirada, mientras masticaba algo, era importante y fría como la de un jefe.

—¿Qué desea? —preguntó sin mirar a Vanda.

Vanda vio el rostro serio de la doncella, el aire satisfecho de Finkel, que al parecer no la había reconocido, y enrojeció.

—¿Qué desea usted? —repitió él, comenzando a impacientarse.

—Me... duelen las muelas... —murmuró Vanda.

—¡Hum...! ¿Qué muelas...? ¿Dónde?

Vanda se acordó de que tenía una caries en una de ellas.

—Abajo..., a la derecha.

—¡Hum...! ¡Abra la boca!

Finkel frunció el entrecejo, retuvo la respiración y se puso a examinar con detenimiento la muela enferma.

—¿Duele? —preguntó hurgando en ella con un hierrecito.

—Duele —mintió Vanda.

«Si le digo algo..., con seguridad me reconocerá en seguida —pensó—; pero... y

la doncella, ¿para qué estará ahí?».

Finkel, de pronto, sopló como una locomotora directamente sobre su boca y dijo:
—No le aconsejo que se la empaste... ¡Ya no le va a servir de nada!

Después de hurgar un poco más en ella y de manchar los labios y las encías de Vanda con sus dedos sucios de tabaco, volvió a retener la respiración y le metió en la boca algún objeto frío. Vanda sintió de repente un terrible dolor, lanzó un grito y agarró la mano de Finkel.

—No es nada..., no es nada... No se asuste —masculló éste—. ¡Esa muela ya no le iba a servir para nada...! ¡Hay que ser valiente!

Los dedos sucios de tabaco, ensangrentados, presentaron la muela ante sus ojos, mientras la doncella la acercaba a la boca una taza.

—Enjuáguese con agua fría para que deje de sangrar.

Su actitud era la del hombre que esperaba se marchara pronto y le dejara tranquilo.

—Adiós —dijo Vanda dirigiéndose a la puerta.

—¡Hum...! ¿Y quién va a pagarme el trabajo? —dijo Finkel en tono risueño.

—¡Ah, sí! —reconoció Vanda, enrojeciendo.

Dio al dentista el rublo recibido por la sortija de turquesa.

Cuando salió a la calle se sentía aún más avergonzada que antes; pero ya no era su pobreza lo que la avergonzaba..., ya no pensaba en que no llevaba un sombrero alto ni una chaquetita a la moda. Iba por la calle escupiendo sangre, y cada uno de aquellos esputos rojos le hablaba de su vida, de su mala y penosa vida, de las ofensas que había soportado y de las que soportaría mañana, dentro de una semana, dentro de un año, toda su vida y hasta la misma muerte.

«¡Oh, qué miedo de todo esto! ¡Qué horrible, Dios mío!».

Al día siguiente, sin embargo, estaba ya bailando en el *Renaissance*. Llevaba un nuevo, bonito y enorme sombrero, una nueva chaquetita a la moda y unos zapatos de color bronce. La obsequiaba con aquella cena un joven comerciante recién llegado a Kazan.

EL FELIZ MORTAL

(СЧАСТЛИВЧИК)

En la estación de Bologoe, situada en la línea del ferrocarril de Nikoláievski, sale un tren de viajeros. En un vagón de fumadores de segunda clase, y envueltas en el crepúsculo, dormitan unas cinco personas. Acaban de cenar, y ahora, recostándose en el diván, se disponen a dormir. Reina el silencio. De pronto se abre la puerta y una alta y envarada figura, tocada con un sombrero rojizo y envuelta en un abrigo de esa particular elegancia que caracteriza a los corresponsales de opereta y a los de Julio Verne, penetra en el vagón.

La figura se detiene en medio del vagón, lanza varios resoplidos y durante largo rato parece buscar con la mirada algo en los divanes.

—¡No...! ¡Tampoco es este...! —masculla—, ¡El diablo sabe cuál será! ¡Sencillamente abominable! ¡No! ¡No es éste tampoco!

Uno de los viajeros le mira fijamente y deja escapar un grito de alegría.

—¡Iván Alekséievich...! ¿Es posible que sea usted? ¿Qué hace por aquí...?

El envarado Iván Alekséievich se estremece, fija una mirada vaga en el viajero y, al reconocerle, lanza a su vez una exclamación de contento:

—¡Hum...! ¡Piotr Petróvich...! ¡Cuánto tiempo hace que no nos hemos visto...! ¡Y yo sin saber que usted iba en el mismo tren...! ¿Qué hay...? ¿Cómo le va...?

—Bastante bien, gracias. Sólo que he perdido mi vagón y no doy con la manera de encontrarlo. ¡Idiota de mí! ¡Merecería un palo! —el envarado Iván Alekséievich se tambalea y deja oír una risita—. ¡Qué casos ocurren en la vida! —prosigue—. Imagínese que después del segundo toque me bajé del tren a beber un coñac. Me lo bebí, desde luego..., pero como faltaba mucho para la estación siguiente, pensé que no estaría de más beberme otra copa. Mientras lo pensaba y la bebía, sonó la tercera campanada... Echo a correr como un loco y me subo de un salto al vagón que tenía delante. ¿No es verdad que estoy idiota? ¿No es verdad que estoy tonto...?

—Lo que se ve es que está usted un poco alegre. Siéntese y charlaremos.

—No, no... Tengo que ir a buscar mi vagón... Adiós.

—¡Cuidado! ¡No vaya a caerse de la plataforma en la oscuridad! Más vale que se siente. Ya encontrará su vagón cuando lleguemos a la estación próxima. Siéntese ahora.

Iván Alekséievich, indeciso, se sienta frente a Piotr Petróvich. Se le ve nervioso, moviéndose como quien está sobre ascuas.

—¿Adónde va usted? —pregunta Piotr Petróvich.

—¿Yo...? Creo que al espacio. Tengo tal barullo en la cabeza, que yo mismo no sé adónde voy. El Destino me conduce y le sigo... ¡Ja, ja...!, amigo mío... ¿Ha visto usted alguna vez un tonto feliz...? ¿No? ¡Pues míreme! ¡Aquí le tiene! ¡Delante de

usted tiene al más feliz de los mortales! ¡Así es! ¿No se me nota nada en la cara?

—Desde luego... Se ve que está usted un poco...

—Con seguridad tendré una terrible cara de tonto... ¡Ay...! ¡Qué lástima no tener un espejo para verme...! ¡Amiguito...! ¡Me estoy entonteciendo por momentos! ¡Palabra de honor! ¡Ja, ja...! ¡Figúrese que estoy en mi viaje de novios...! ¿No me ve usted más hueco que un pavo? ¿A que sí...?

—¿Usted...? ¿Que se ha casado usted...?

—Hoy mismo, querido. Me casé y me vine directamente al tren.

Las enhorabuenas y las preguntas de rigor se suceden.

—¡Vaya! ¡Vaya! —ríe Piotr Petróvich—. ¡Por eso va usted hecho un petimetre!

—¡Naturalmente! Y para que la ilusión fuera más completa hasta me perfumé. ¡Estoy hundido en vanidad hasta el cuello...! Eché fuera las preocupaciones..., las cavilaciones..., y sólo me queda un sentimiento de... ¡El diablo sabe cómo habrá que llamarlo...! ¿Euforia de alma, quizá...? Desde que nací no me había sentido nunca tan magníficamente —Iván Alekséievich cierra los ojos y mueve la cabeza—. ¡Figúreselo por sí mismo...! Me iré ahora, a mi vagón... Allí, en el diván, junto a la ventanilla, estará sentada una criatura que es para mí todo fidelidad... Rubita..., con una naricilla... y unos deditos... ¡Almita mía! ¡Ángel mío! ¡Gorrioncito mío! ¡Filoxera de mi alma...! ¡Pues y su piececito...! ¡Dios mío! ¡Su piececito no es como, por ejemplo, los nuestros...! ¡Es una miniatura! ¡Hechicero, simbólico...! ¡Siente unas ganas de cogerlo y de comérselo...! Pero bueno ¡Usted no sabe nada de esto porque es un materialista y le da por analizarlo todo...! Que si esto... y que si lo otro... ¡Ustedes, los solteros, tienen un corazón seco y nada más...! ¡Pero ya verá cuánto se acordará de mi cuando se case...! «¿Dónde estará ahora Iván Alekséievich?», dirá. Lo dirá, sí... Yo, ahora me iré a mi vagón, en el que, saboreando por anticipado mi aparición, me esperan con impaciencia... Una sonrisa me saldrá al encuentro. Me sentaré junto a ella, y le cogeré la barbilla así, con dos dedos —Iván Alekséievich sacude la cabeza y ríe con risa dichosa—. Después reclinaré mi cabeza en su hombro y la rodearé el talle con el brazo. Alrededor hay silencio y una poética media, luz. En momento así, abrazaría uno a todo el mundo... ¡Permítame que le abrace, Piotr Petróvich!

—¡Hágalo, por favor!

Ante la risa benévola de los viajeros, los amigos se abrazan y el feliz recién casado prosigue:

—Y para más idiotez... o, como dicen en las novelas, para que sea mayor la ilusión..., se va uno al *buffet* y se bebe dos o tres copitas. ¡Entonces por la cabeza y por el pecho, le pasa a uno algo que ni en un cuento se podría describir...! ¡Entonces, aunque soy un hombre modesto..., insignificante..., me parece sentirme sin fronteras...! ¡Capaz de abarcar el mundo entero...!

Los viajeros contemplan al borrachito y feliz recién casado y, contagiados de su alegría, sienten desvanecerse su sopor. Junto a Iván Alekséievich hay ahora cinco

oyentes en vez de uno. Él continúa agitándose como si estuviera sentado sobre alfileres, mueve las manos y charla sin parar. Ríe y hace reír a todos.

—¡Lo importante, señores, es no pensar! ¡Al diablo todos los análisis! ¿Que uno tiene gana de beber? ¡Que beba sin meterse a filosofar en si es malo o no lo es! ¡Al diablo todas las filosofías y todas las psicologías!

En ese momento pasa por el vagón el revisor.

—¡Amigo mío! —se dirige a él el recién casado—, cuando llegue al vagón doscientos nueve, busque a una dama que lleva un sombrero gris con un pájaro blanco y díglele que estoy aquí.

—A sus órdenes. Sólo que este tren no lleva ningún vagón doscientos nueve. Lleva el doscientos diecinueve.

—Bueno..., pues doscientos diecinueve... ¡Es lo mismo! Así que díglele esto: que su marido está sano y salvo.

De repente Iván Alekséievich se agarra la cabeza con las manos y gime:

—¿Yo un marido...? ¿Ella una señora...? ¿De cuándo acá...? ¡Marido yo! ¡Ja, ja...! ¡Habría que darte azotes y eres ya un marido...! ¡Qué idiota...! ¿Pues y ella...? ¡Ayer era todavía una niña... un gusanillo...! ¡No lo puede uno creer!

—¡Qué extraño es hoy en día encontrar un hombre feliz! ¡Es más fácil ver un elefante blanco! —dice uno de los viajeros.

—¿Y quién tiene la culpa? —dice Iván Alekséievich, extendiendo sus largos pies, calzados de puntiagudos zapatos—. Si ustedes no son felices..., ustedes tienen la culpa... ¡Ni más ni menos! ¿Qué se figuraban...? El hombre es el creador de su propia felicidad. Si quiere usted ser feliz..., lo será, pero si no lo quiere usted y con astucia evita la felicidad...

—¡Qué ocurrencia! ¿Y cómo eso?

—Muy sencillamente. La Naturaleza ha dispuesto que el hombre, al llegar a cierto período de su vida..., ame. Pues bien..., si te llega ese período..., ¡ama...! ¡Pero ustedes no escuchan a la Naturaleza...! ¡Se pasan el tiempo esperando siempre algo...! Además, la ley dice que todo individuo normal debe casarse. Fuera del matrimonio no hay felicidad... ¿Te ha llegado el tiempo oportuno...? ¡Pues cástate sin pensarlo más! ¡Pero como ustedes no se casan y se pasan la vida esperando algo...! Además, las Escrituras dicen: «El vino alegra el corazón del hombre...». Por tanto, si te encuentras bien, pero quieres encontrarte todavía mejor..., vete al bufet y bebe. ¡Lo importante es no cavilar y vivir! ¡Eso es lo mejor!

—Usted dice que el hombre es el creador de su propia felicidad; pero ¿cómo diablos va a crearla si basta con que le dé un dolor de muelas o con que le toque en suerte una suegra atravesada para que se le vuele la felicidad? ¡Todo depende de la casualidad...! Si a usted ahora le ocurriera una catástrofe, cantaría otro cantar...

—¡Qué tontería! —protesta el recién casado—. Las catástrofes no ocurren más que una vez al año. En cuanto a la casualidad..., tampoco le tengo miedo, porque no hay motivo para que sobrevenga. ¡Las casualidades son muy poco frecuentes! ¡Al

diablo con ellas! ¡No quiero ni siquiera nombrarlas...! ¡Bien...! Me parece que estamos llegando a un apeadero.

—¿Y adónde va usted ahora? —preguntó Piotr Petrovich—. ¿A Moscú o algún otro sitio más hacia el sur?

—¡Qué cosas tiene usted...! ¿Cómo yendo al norte voy a pararme en un sitio del sur?

—Pero Moscú no está en el norte.

—Ya lo sé. Pero donde vamos ahora es a Petersburgo —dice Iván Alekséievich.

—¡Por Dios...! ¡Si la dirección que llevamos es la de Moscú!

—¿Cómo que la de Moscú? —se asombra el recién casado.

—¡Qué raro...! ¿Para dónde tiene usted el billete?

—Para Petersburgo.

—En ese caso, le felicito. Se ha metido usted en otro tren.

Se hace un silencio que dura medio minuto. El recién casado pasea su mirada vacía por los rostros de los presentes.

—¡Claro, claro! —explica Piotr Petrovich—. Lo que ha pasado es que como en Bologoe subió usted de un salto... después de beberse el coñac..., tomó un tren que iba en dirección contraria.

Iván Alekséievich, palidece, se lleva las manos a la cabeza y empieza a recorrer el vagón a grandes pasos.

—¡Soy un idiota! —se indigna contra sí mismo—. ¡Soy un canalla...! ¡Que me lleve el diablo...! ¿Y qué voy a hacer yo ahora...? ¡En el otro tren va mi mujer...! ¡Está sola, esperándome! ¡Se inquietará...! ¡Soy un estúpido!

El recién casado se desploma sobre el diván, contrayéndose convulsivamente.

—¡Soy un desdichado! —gime—, ¿Qué voy a hacer...? ¿Qué...?

—¡Vaya, vaya...! —le consuelan los viajeros—. ¡Qué tontería...! Telegráfíe a su mujer e intente tomar un rápido. Así la alcanzará.

¡Un rápido! —llora el recién casado, «el creador de su propia felicidad»—. ¿Y de dónde voy a sacar el dinero para el rápido? ¡Todo el dinero lo lleva mi mujer!

Los viajeros, risueños, cambian unas palabras en voz baja, hacen una colecta y proveen de dinero al feliz mortal.

EL CONSEJERO SECRETO

(Тайный советник)

A principios de abril de 1870, mi madre, Clavdia Arjipovna, viuda de un teniente, recibió de su hermano, el consejero secreto Iván, una carta fechada en Petersburgo en la que entre otras cosas aparecía escrito:

«La enfermedad de hígado que padezco me obliga a marcharme todos los veranos al extranjero, pero como en el momento actual no dispongo de dinero para hacer el viaje a Marienbad, es muy probable, querida hermana, que este verano lo pase en tu casa de Kochuevka...».

Cuando mi madrecita leyó la carta se puso pálida y todo su cuerpo empezó a temblar; luego, su rostro expresó una mezcla de risa y llanto. Lloraba y reía a la vez... Esta lucha entablada entre el llanto y la risa me ha recordado siempre la oscilación y el chisporroteo de una vela encendida a la que se salpicara con agua. Después de releída la carta, mi madrecita congregó a toda la familia, y con voz entrecortada por la emoción, empezó a explicarnos que los Gundasov habían sido cuatro hermanos; que uno de los Gundasov había muerto siendo todavía un nene, que otro, militar de carrera, murió igualmente, que el tercero había que decir, sin ánimo de ofenderle, que era actor, y que el cuarto...

—¡Al cuarto no se le alcanza con la mano! —exclamó, extendiendo ésta—. ¡Es mi hermano...! ¡Crecimos juntos y, sin embargo..., tiemblo, tiemblo...! ¡Es un consejero secreto! ¡Un general...! ¿Cómo voy a poder recibir a ese ángel mío...? ¿De qué yo..., una tonta sin instrucción ninguna, voy a ser capaz de conversar con él...? ¡Quince años sin verle, Andriúshenka! —se dirigió a mí mi madre cita—. ¡Alégrate, tontín...! ¡Es para tu suerte para lo que Dios nos lo manda!

Una vez que nos hubimos aprendido con el mayor detenimiento la historia de los Gundasov, en la hacienda se armó ese barullo que yo sólo estaba acostumbrado a ver en vísperas de las grandes fiestas.

Tan sólo alcanzaron gracia la bóveda celeste y el agua del río; todo lo demás fue condenado al fregado, al lavado y al pintado. Si el cielo hubiera estado más bajo y hubiera sido más pequeño y el río no hubiera corrido tan de prisa, también se les habría restregado con ladrillo y frotado con un estropajo. Las paredes, que ya eran blancas como la nieve, fueron blanqueadas; los suelos, antes resplandecientes, diariamente lavados; el gato Kutzi^[79] (cuando yo era pequeño le corté una cuarta cumplida de rabo con el cuchillo del azúcar, lo que le valió el apodo de Kutzi) fue sacado de los aposentos principales, transportado a la cocina y sometido a la vigilancia de Anisia. Díjose a Fedia que si los perros llegaban a aproximarse a la

entrada «Dios la castigaría». Nada, sin embargo, sufrió tanto castigo como los pobres divanes, butacas y alfombras. Nunca en otros tiempos las varas les habían pegado tan fuertemente como ahora en la espera del huésped. Mis palomas se asustaban oyendo aquellos varazos y su vuelo se remontaba a cada momento hasta el mismo cielo.

De Novostroievka llegó el sastre Spiridon, el único sastre de la región que se atrevía a coser para los señores. Era un hombre capaz, trabajador, sobrio, que no carecía de fantasía ni del sentido de lo plástico, lo cual no impedía que su costura fuera atroz. Lo que estropeaba el asunto eran las dudas. La idea de que no cosía lo suficientemente a la moda le obligaba a deshacer cinco veces cada prenda a ir a pie a la ciudad con el único y especial objeto de estudiar a los petimetres para acabar, a fin de cuentas, vistiéndonos de una manera que, hasta por un caricaturista, hubiera sido calificada de exagerada y ridícula. Teníamos, por tanto, que presumir dentro de unos pantalones tan inverosímilmente estrechos y de unas chaquetas tan cortas, que en presencia de señoritas nos sentíamos azarados.

Este Spiridon invirtió mucho tiempo en tomarme las medidas: me midió a lo largo y a lo ancho, como si se dispusiera a rodearme con flejes; después estuvo mucho tiempo escribiendo en un papel con un lápiz muy gordo y llenando luego toda la apuntación de signos triangulares.

Cuando hubo terminado conmigo la emprendió con mi profesor, Yegor Alekséich Pobedimski. Mi inolvidable profesor se encontraba entonces en esa fase de la vida en la que los hombres cuidan del crecimiento de sus bigotes y no se preocupan del aspecto de su ropa, por lo que pueden ustedes figurarse el espanto con que Spiridon acometió su tarea con él. Yegor Alekséich hubo de echar hacia atrás la cabeza, separar las piernas como tijeras y levantar tan pronto los brazos, como bajarlos. Spiridon le tomó medida varias veces, para lo cual tuvo que girar a su alrededor como un palomo enamorado en torno a su palomita, bien hincándose sobre una rodilla o inclinándose como un ganchillo... Mi madrecita, lánguida, martirizada por los quehaceres, mareada por el olor de la plancha, observaba el largo procedimiento y decía:

—Mira, Spiridon... ¡Dios te pedirá cuenta si estropeas ese paño! ¡Si no lo haces a mi gusto no tendrás felicidad!

Las palabras de mi madrecita daban calor a Spiridon y le hacían sudar, ya que estaba seguro de que «a su gusto» no lo había de hacer. Por la hechura de mi traje cobró un rublo y veinte kopeks y por el traje de Pobedimski, dos. El paño, el forro y los botones corrieron de nuestra cuenta.

No podía juzgarse caro considerando que de Novostroievka hasta nuestra casa había nueve verstas y que el sastre tuvo que ir a probarnos unas cuatro veces. Cuando durante las pruebas estiramos sobre nosotros los estrechos pantalones y chaquetas llenas de hilvanes, mi madrecita hacía a cada momento una mueca de repugnancia y se asombraba:

—¡Qué modas, Dios mío, las de hoy en día! ¡Hasta mirarlas da vergüenza! Si mi

hermanito no viniera de la capital, no les dejaría que se vistieran a la moda.

Spiridon, alegrándose de que la reprensión no fuera para él, sino para la moda, se encogía de hombros y suspiraba como diciendo:

«¡Qué le vamos a hacer...! ¡Es el espíritu de la época!».

La excitación con que esperábamos la llegada del huésped sólo puede ser comparada a la tensión con que los espiritistas esperan, de un momento a otro, la aparición de un espíritu. A mi madrecita le daban jaquecas y a cada instante se echaba a llorar, yo había perdido el apetito, dormía mal y no estudiaba las lecciones. Ni en sueños me dejaba en paz el deseo de ver pronto a un general: o sea, a un hombre con charreteras, cuello bordado de oro llegándole hasta las mismas orejas y sable desnudo en la mano. Igual, igual al que colgaba de la pared de nuestra sala, sobre el diván y cuyos terribles y negros ojos parecían saltar sobre cuantos se atrevían a contemplarle. El único que conservaba su aplomo era Pobedimski. Ni se espantaba ni se alegraba y sólo de cuando en cuando, al escuchar de labios de mi madrecita la historia de la genealogía de los Gundasov, solía decir:

—En efecto, será muy agradable poder hablar con un hombre que nos traiga noticias frescas.

Mi profesor estaba considerado por todo el mundo en la hacienda como un ser excepcional. Era un joven de unos veinte años, granujiento, desgredado, de pequeña frente y nariz extraordinariamente larga. Aquella nariz era tan grande, que cuando mi profesor miraba algo con atención, tenía que ladear la cabeza como un pájaro. A nuestro parecer no había, en toda la región un hombre más inteligente, instruido y galante que él. Cuando terminó sus seis años de colegio, entró en la Escuela de Veterinaria, de donde fue arrojado sin haber llegado a cursar ni medio año de estudios. Callaba celosamente el motivo de su despido, con lo que daba posibilidad, a todo el que lo quisiera, de ver en mi preceptor a un hombre que había sufrido y que era en cierto modo misterioso. Hablaba poco y sólo de temas intelectuales, comía carne en Cuaresma y miraba, la vida en torno suyo desde lo alto y de un modo despreciativo, lo que, dicho sea de paso, no le impedía aceptar regalos de mi madrecita, tales como algún que otro traje, y dibujar sobre mis cometas estúpidas y grotescas caras de rojos dientes. Mi madrecita no le quería por lo orgulloso que era, pero se inclinaba ante su inteligencia.

El huésped no se hizo esperar mucho. A principios de mayo llegaron de la estación dos carros cargados con grandes maletas. El aspecto de estas maletas era tan majestuoso, que los cocheros, al bajarlas del carro, se quitaron maquinalmente la gorra. «Seguramente —pensé— estos baúles contendrán uniformes y pólvora...».

¿Por qué pólvora...? Sin duda, en mi cabeza la idea de un general estaba unida a la del cañón y la pólvora.

El 10 de mayo por la mañana, cuando me desperté, mi aya me anunció en voz baja: «El tío ha llegado». Me vestí de prisa y después de lavarme de cualquier manera y sin haber rezado, salí volando del dormitorio. En el zaguán me tropecé con

un señor alto y robusto, de atildadas patillas y vestido de un elegante abrigo. Muerto de sagrado terror, me aproximé a él y, recordando el protocolo impuesto por mi madrecita, choqué los talones, me incliné profundamente y alargué mi cuerpo para el besamanos. El señor, sin embargo, no me dio su mano a besar, comunicándome que no era el tío, sino sencillamente Piotr, su ayuda de cámara. El aspecto de ese Piotr, vestido mucho más ricamente que yo y que Pobedimski, me sumergió en un asombro tan profundo que, a decir verdad, aún no me ha abandonado. ¿Sería posible que personas tan respetables y graves, de rostros tan inteligentes y severos, pudieran ser lacayos...? ¿En nombre de qué?

Piotr me dijo que el tío estaba en el jardín con mi madrecita. Volé al jardín.

La Naturaleza, ignorante de la historia de la genealogía de los Gundasov y del rango de mi tío, se sentía mucho más libre y despreocupada que yo. En el jardín reinaba un barullo sólo comparable al de las ferias. Innumerables chorlitos saltaban por las alamedas o se precipitaban lanzando gritos, en un vuelo ruidoso, sobre los escarabajos de mayo. En los arbustos de lilas, cuya tierna y perfumada flor azotaba el rostro, se afanaban los gorriones. Por cualquier parte que uno mirara, de todos lados, llegaba el canto de la oropéndola y el piar de la abubilla. En otros tiempos yo hubiera echado a correr tras las libélulas o hubiera empezado a arrojar piedras al cuervo sentado bajo el polvo, en una gavilla no muy alta y moviendo de un lado a otro su pico romo... pero aquél no era momento para travesuras.

Me latía el corazón y sentía una frialdad en el vientre. Preparábame a ver un hombre con charreteras, sable desnudo y terribles ojos.

¡Imagínense, pues, cuál sería mi desilusión! Junto a mi madrecita paseaba por el jardín un petimetre menudito y fino, vestido con un traje blanco de seda y tocado de una gorra también blanca. Con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza echada para atrás, adelantándose y volviéndose a cada momento hacia mi madrecita, presentaba el aspecto de un hombre muy joven. Tal movimiento y vida había en toda su figura que sólo cuando estuve detrás de él y miré el borde de su gorra, bajo la que plateaba el pelo muy cortado, me fue dado ver su traidora vejez. En lugar de la grave pesadez de un general, advertí en él la movilidad propia de un chiquillo; en vez de un cuello alto hasta las orejas, llevaba una vulgar corbata de color azul. Mi madrecita y el tío paseaban conversando por la alameda. Me acerqué despacio por detrás y esperé a que alguno de ellos volviera la cabeza.

—¡Qué maravilloso es esto, Clavdia! —decía el tío—. ¡Qué bien y qué agradablemente se está aquí! ¡Si yo hubiera sabido antes que tenías esta delicia, por nada del mundo me hubiera ido otros años al extranjero!

Y el tío, inclinándose rápidamente, aspiró el perfume de un tulipán. Todo en lo que tropezaban sus ojos despertaba en él entusiasmo y curiosidad, como si desde su nacimiento no hubiera visto nunca un jardín ni un día de sol. El extraño hombre parecía moverse sobre resortes, charlaba sin cesar, y no dejaba a mi madrecita decir ni una palabra.

De repente, al doblar por una alameda, de detrás del saúco surgió Pobedimski. Su aparición fue tan inesperada que el tío, estremeciéndose, retrocedió un paso. Esta vez, al menos, mi profesor llevaba una elegante capa con mangas con la que, sobre todo visto por detrás, se asemejaba mucho a un molino de viento. Su aspecto era majestuoso y solemne. Apretando su sombrero contra el pecho a la manera española, dio un paso hacia el tío y saludó como los marqueses en los melodramas: avanzando, pero ligeramente de costado.

—Tengo el honor de presentarme a su excelencia —dijo en voz alta—. Soy Pobedimski, el pedagogo profesor de su sobrino, ex oyente de la Escuela de Veterinaria y noble.

Semejante cortesía por parte del profesor agradó mucho a mi madrecita que, sonriendo y en actitud expectante, permanecía esperando dulcemente oírle decir algo aún más inteligente, pero mi profesor, que sin duda esperaba que su majestuosa presentación fuera contestada de modo también majestuoso, o sea, que se le dijera un *¡hum!* a lo general y que se le tendieran los dedos, quedó muy azarado cuando el tío, sonriendo con afabilidad le estrechó fuertemente la mano, mascullando algo ininteligible, tosió y se retiró a un lado.

—¿No es esto acaso una delicia? —rió el tío—. ¡Mírenle! ¡Miren qué capa se ha puesto...! ¡Se cree que esa capa da un aire muy inteligente...! ¡Me gusta todo esto! ¡Juro que me gusta...! ¡Qué cantidad de aplomo, juventud y vida encierra esa estúpida capa...! ¿Y ese chiquillo? ¿Quién es? —preguntó al volverse de repente y verme.

—Es mi Andriúshenka —me presentó arrebolada mi madrecita—. ¡Mi consuelo...!

Yo choqué los talones sobre la arena y saludé profundamente.

—¡Magnífico chiquillo! ¡Magnífico chiquillo...! —masculló el tío retirando de mis labios su mano y acariciándome la cabeza—. ¿Te llamas Andriusha...? ¡Vaya, vaya...! ¡Juro que...! ¿Estudias...?

Mi madrecita, mintiendo y exagerando como todas las madres, empezó a describir mis éxitos en las ciencias y mi buen comportamiento, mientras que yo, que marchaba al lado del tío, de acuerdo con el protocolo, no cesaba de hacer profundas reverencias. Cuando mi madrecita arrojó el anzuelo afirmando que con mis extraordinarias capacidades tenía derecho a ingresar en el cuerpo de cadetes a cargo del Estado y cuando yo, de acuerdo con el protocolo, rompía a llorar y pedía protección a mi tío, éste, deteniéndose, abrió los brazos con un gesto de asombro.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso? —preguntó.

Precisamente en nuestra dirección avanzaba por la alameda Tatiana Ivánovna, la mujer de Fiódor Petróvich, nuestro administrador. Llevaba en la mano una blanca falda almidonada y una larga tabla de planchar. Al pasar ante nosotros miró tímidamente a través de sus pestañas al huésped y su rostro se sonrosó.

—¡Qué sorpresa! —dijo entre dientes el tío, mirándola tiernamente mientras se

alejaba—. En tu casa, hermana, cada paso es una sorpresa. ¡Lo juro!

—Es una belleza —dijo mi madrecita—. Le procuraron la novia a Fiódor en una aldea que está a unas cien verstas de aquí.

No todo el mundo hubiera dicho que Tatiana Ivánovna era una belleza. Era una mujer llenita, de pequeña estatura y unos veinte años; esbelta, de negras cejas, rosadas mejillas y aspecto agradable, pero ni en su rostro ni en toda su figura había un rasgo acusado ni una fuerte pincelada sobre la que la mirada hubiera podido detenerse, como si a la Naturaleza que la había creado le hubiera faltado inspiración y seguridad en sí misma. Tatiana Ivánovna era tímida, se azaraba fácilmente y tenía una alta moral. Su paso era lento, reposado, hablaba poco, reía rara vez y en toda su vida había la misma placidez y serenidad que en su rostro y en su cabello alisado. El tío, siguiéndola con la vista, guiñaba los ojos y sonreía: mi madrecita, mirando con fijeza su rostro sonriente se puso seria.

—Usted, hermanito, por lo visto, no se ha casado —suspiró.

—No, no me he casado.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja mi madrecita.

—¿Cómo decirte...? Porque así vinieron las cosas... Cuando joven trabajaba demasiado y no me quedaba tiempo para vivir..., y cuando quise vivir y volví atrás la cabeza, me vi con cincuenta años a la espalda. ¡Ya era tarde...! Pero, bueno..., hablar de esto es aburrido.

Mi madrecita y el tío suspiraron al unísono y prosiguieron su camino; yo retrocedí y me fui a buscar a mi profesor para compartir con él mis impresiones. Pobedimski estaba en medio del patio mirando majestuosamente el cielo.

—¡Se ve en él a un hombre de gran desarrollo mental! —dijo moviendo la cabeza—. Espero que estrecharemos relaciones.

Una hora después se acercaba a nosotros mi madrecita.

—¡Tengo una pena, palomitas mías! —empezó a decir, jadeante—. Porque resulta que mi hermanito ha traído un lacayo que. ¡Dios le perdone!, es de una manera que no se le puede poner ni en la cocina ni en el zaguán y hay que darle una habitación aparte. ¡Verdaderamente no sé qué hacer...! Tal vez ustedes, criaturas, no tendrían inconveniente en trasladarse al pabellón de Fiódor. En ese caso, podría darse su habitación al lacayo.

Ambos manifestamos nuestra completa conformidad, ya que vivir en el pabellón suponía tener mucha más libertad que en la casa bajo la vigilancia de mi madrecita.

—¡Qué pena! Mi hermanito me ha dicho que no quiere comer al mediodía, sino pasadas las seis, como es costumbre en la capital. ¡Mi cabeza no rige bien de la pena que tengo! ¡Para las siete toda la comida se habrá pasado en la lumbre! ¡La verdad es que los hombres no entienden nada de asuntos caseros, aunque sean de gran inteligencia! ¡Con gran sentimiento mío habrá que hacer dos comidas! Ustedes, criaturas mías, sigan comiendo como antes, al mediodía; que yo, la vieja, aguantaré hasta las siete por mi hermano querido...

Luego mi madrecita suspiró profundamente y, ordenándome que hiciera lo posible por agradar al tío, a quien Dios había enviado para mi felicidad, corrió a la cocina. Aquel mismo día. Pobedimski y yo nos trasladamos al pabellón. Allí fuimos instalados en una habitación de paso, entre el zaguán y el dormitorio del administrador.

Pese a la llegada del tío y a la novedad del traslado, la vida, contra lo que se esperaba, fluía con el antiguo orden, insípida y monótona. De estudios, en gracia a la venida del huésped, nos veíamos liberados. Pobedimski, que nunca leía ni se ocupaba de nada, permanecía ordinariamente sentado en su cama, paseando por el aire su larga *nariz y cavilando*. Lo único que le preocupaban eran las moscas, a las que aplastaba sin compasión con las palmas de las manos. Después de la comida solía *descansar*, y su ronquido llenaba de tristeza toda la hacienda.

Yo, de la mañana a la noche, corría por el jardín o permanecía sentado en el pabellón pegando mis cometas. Al tío, durante las primeras semanas, le vimos rara vez. Se pasaba los días enteros metido en su habitación, trabajando, a pesar de las moscas y del calor. Su extraordinaria capacidad para permanecer sentado y pegarse a la mesa nos hacía el mismo efecto que un *juego de manos* inexplicable. Para nosotros, gandules, que no teníamos idea de lo que es una labor sistemática, su amor al trabajo era sencillamente un milagro. Desde las nueve, al despertarse, se sentaba ante su mesa, y no se levantaba de ella hasta el mismo momento de la comida. Después de comer se ponía de nuevo al trabajo hasta hora muy avanzada de la noche. Cuando yo miraba por el ojo de la cerradura, veía siempre lo mismo: el tío sentado ante la mesa y trabajando. Su trabajo consistía en escribir con una mano y volver con la otra las páginas de un libro, mientras, aunque parezca extraño, todo él se movía; balanceaba el pie como un péndulo, silbaba y movía la cabeza llevando el compás. Su aspecto entonces era extremadamente distraído y ligero, como si en vez de estar trabajando estuviera jugando a *ceros y cruces*^[80]. Le veía siempre vestido con una corta y elegante chaqueta, con una corbata anudada al cuello, al desgaire, y siempre, a través del ojo de la cerradura, me llegaba el olor de su fino perfume femenino. Sólo salía de su habitación para ir a comer, aunque comía mal.

—¡No alcanzo a comprender a mi hermanito! —se lamentaba mi madrecita—. Todos los días, ex profeso para él, se sacrifican un pavo y algunas palomas... Con mis propias manos le hago la compota, y él, por todo comer, se toma un platito de caldo, un dedito de carne y se levanta de la mesa. Cuando empiezo a suplicarle que coma..., vuelve a la mesa y se bebe un poquitín de leche; pero ¿qué tiene la leche...? ¡Escurriduras y nada más...! ¡Se moriría uno sin más alimento que ese...! Te pones a rogarle y se contenta con reír y bromear... ¡No...! ¡No le gustan al palomito nuestros guisos!

Las veladas transcurrían más alegremente que los días. Por lo general, cuando se ponía el sol y sobre el patio se extendían largas sombras, nosotros, esto es, Tatiana Ivánovna, Pobedimski y yo, nos sentábamos en el pórtico. Hasta la llegada de la

noche permanecíamos callados. ¿De qué podía hablarse cuando todo estaba dicho ya? Había habido una novedad, la llegada del tío; pero ésta pronto había perdido interés. Mi profesor no apartaba los ojos en todo el tiempo del rostro de Tatiana Ivánovna y suspiraba profundamente... Yo no comprendía entonces el porqué de estos suspiros ni buscaba su sentido, que ahora me explica grandes cosas.

Cuando las sombras se unían sobre la tierra formando una sombra total..., Fiódor, el administrador, volvía de caza o del campo. Este Fiódor me hacía la impresión de un hombre salvaje y hasta terrible. Era hijo de cingaro rusificado, moreno, de grandes ojos negros, rizados cabellos y barba inculta. Nuestros *muzhiks* le llamaban Chertiaka^[81]. No sólo en su exterior era cingaro. Estar en casa era imposible para él, y se pasaba los días enteros en el campo o cazando. Era taciturno, bilioso, callado; no temía a nadie y no reconocía ningún poder sobre él. A mi madrecita le contestaba con insolencia, a mí me llamaba de tú y abrigaba el mayor desprecio por la erudición de Pobedimski. Todo se lo perdonábamos, considerándole un hombre inflamable y enfermizo. Mi madrecita, sin embargo, le quería, pues, a pesar de su origen cingaro, como hombre honrado y amante del trabajo era el ideal. Amaba apasionadamente a su Tatiana Ivánovna, con verdadero amor de cingaro; pero su amor presentaba un carácter huraño y hasta diríase doloroso. Delante de nosotros no le hacía nunca una caricia y se limitaba a mirarla aviesamente, torciendo la boca. Al volver del campo, con un gesto malhumorado, dejaba la escopeta en el pabellón, luego salía al pórtico y se sentaba junto a su mujer. Al cabo de un rato la hacía algunas preguntas sobre cuestiones domésticas y se sumía en el silencio.

—Vamos a cantar —proponía yo.

Mi profesor templaba la guitarra y, con el profundo bajo de un sacristán, empezaba la canción: Por *entre valles llanos*... El canto daba comienzo. Mi profesor cantaba con voz de bajo; Fiódor, como un apenas audible tenor, y Tatiana y yo, en un mismo soprano.

Cuando todo el cielo se cubría de estrellas y callaban las ranas, de la cocina nos traían la cena. Entrando en el pabellón atacábamos la comida. El profesor y el cingaro comían con ansia, dejando oír tales crujidos que uno no sabía si eran los huesos de sus mandíbulas los que crujían; en cambio, a Tatiana Ivánovna y a mí apenas nos daba tiempo de terminar la ración. Después de la cena el pabellón se sumergía en el más profundo sueño.

Un día, hacia finales de mayo, sentados ante el pórtico, esperábamos la cena. De repente, como brotada de la tierra, surgió una sombra, y ante nosotros apareció Gundasov. Nos contempló durante largo rato; luego alzando las manos con gesto de contento se echó a reír alegremente.

—¡Qué idílico...! ¡Cantando y soñando con la luna...! ¡Encantador...! ¡Lo juro...! ¿Puedo sentarme con ustedes a soñar también?

Nos quedamos callados, mirándonos los unos a los otros. El tío tomó asiento en el último peldaño, bostezó y miró al cielo. Se hizo un silencio. Pobedimski, que desde

hacía tiempo se proponía tener una charla con una persona como aquélla, al corriente de las cosas, se alegró de tal ocasión y fue el primero en romper el silencio. Tema culto de conversación no tenía más que uno: *Las epizootias*. Así como suele ocurrir que de entre una muchedumbre, de entre miles de fisonomías, una sola, sin saber por qué, se nos queda grabada por largo tiempo en la memoria, del mismo modo Pobedimski, de todo cuanto había tenido tiempo de escuchar en medio año de Escuela de Veterinaria, únicamente recordaba esta frase: «Las *epizootias* causan enormes estragos en la agricultura. En la lucha contra ellas, la sociedad debe marchar del brazo del Gobierno».

Antes de decir esto a Gundasov, mi profesor tosió tres veces, envolviéndose y desenvolviéndose otras varias en la capa, presa de fuerte excitación. Cuando oyó esto de las *epizootias*, mi tío miró fijamente al profesor, y de su nariz escapó un sonido parecido a la risa.

—¡Delicioso! —masculló mirándonos fijamente, como se mira a maniqués— ¡Esto es justamente la vida! ¡Así debe ser la realidad...! Y usted, ¿por qué calla Pelagueia Ivánovna? —añadió dirigiéndose a Tatiana Ivánovna.

Ésta, azarándose, tosió.

—¡Hablen, señores! ¡Canten! ¡Toquen...! ¡No pierdan el tiempo...!, ¡este pícaro tiempo que corre y no espera...! ¡Se lo juro...! ¡No habrá lugar a volverse atrás cuando les llegue la vejez...! ¡Ya será tarde entonces para vivir...! ¡Así es, Pelagueia Ivánovna...! ¡No hay que quedarse quieta y callada...!

En este momento nos trajeron la cena de la cocina. El tío fue con nosotros hasta el pabellón y, para hacernos compañía, comió cinco pastelillos de requesón y un sorbito de pato. Comía y nos miraba. Despertábamos su entusiasmo y su emoción. Cuantas tonterías dijera mi inolvidable profesor y cuanto Tatiana Ivánovna dejara por hacer, todo se le antojaba a él simpático y maravilloso. Después de la cena, Tatiana Ivánovna, sentada modestamente en un rinconcito, empezó a tejer, mientras él, sin apartar los ojos de sus deditos, no cesaba de charlar.

—¡Apresúrense a vivir, amigos! —decía—, ¡Dios les libre de sacrificar el presente por el futuro! ¡El presente es la juventud, la salud, el ardor...!

¡El futuro, en cambio, es engaño, humo...! ¡Apenas cumpláis veinte años, empezad a vivir!

Tatiana Ivánovna dejó caer una aguja, y el tío se levantó de un salto, la recogió del suelo y, con un saludo, se la entregó. Yo entonces supe, por primera vez, que en el mundo había gente más fina que Pobedimski.

—Sí... —prosiguió el tío— ¡Amad...! ¡Casaos! ¡Haced tonterías...! ¡Las tonterías son mucho más sanas y más humanas que todos nuestros esfuerzos y nuestra persecución de la vida razonable...!

El tío habló mucho y durante largo tiempo; tan largo que nos aburríamos y que yo, que estaba sentado en el baúl, dormitaba escuchándole. Me martirizaba ver que no me había concedido un solo momento de atención. A las dos de la madrugada se

fue del pabellón, cuando yo ya, incapaz de luchar contra el sueño, dormía profundamente.

Desde entonces el tío comenzó a venir al pabellón todos los atardeceres. Cantaba con nosotros, cenaba y continuaba allí hasta las dos de la madrugada, charlando siempre de lo mismo. Había suspendido su trabajo de la tarde y de la noche, y cuando, al llegar el final de junio, el consejero secreto sabía ya comer el pavo y las compotas de mi madrecita, sus ocupaciones diurnas estaban también abandonadas. El tío se había despegado de la mesa y entrado en la vida. Durante el día correteaba por el jardín. Silbaba e importunaba a los jornaleros obligándoles a contarles toda clase de historias. Cuando veía pasar a Tatiana Ivánovna, se le acercaba corriendo, y si ésta llevaba algo entre manos la ofrecía su ayuda, cosa que le azaraba terriblemente.

Cuanto más avanzaba el verano, tanto más ligero, voluble y distraído se tomaba mi tío. Pobedimski estaba completamente desilusionado de él.

—¡Es un hombre de miras demasiado estrechas...! —decía—. No se advierte en absoluto que esté situado en los más altos peldaños de la jerarquía..., ni siquiera sabe hablar. Después de cada palabra tiene que decir «¡Lo juro!». No. ¡No me agrada!

A partir del día en que el tío empezó a visitarnos en el pabellón, en Fiódor y en mi profesor se había verificado un notable cambio. Fiódor dejó de ir de caza, volvía temprano a casa y, cada vez más callado, miraba a su mujer con especial encono. El profesor cesó de hablar de las *epizootias* en presencia del tío, fruncía el entrecejo y sonreía burlonamente.

—Ahí viene ya nuestro potrito ratonil —gruñó un día al verle acercarse al pabellón.

Yo atribuía este cambio en ellos a que estaban ofendidos con mi tío. Éste, distraídamente, solía equivocar sus nombres, y hasta el mismo día de su marcha no fue capaz de distinguir cuál de los dos era el profesor y cuál el marido de Tatiana Ivánovna. A la propia Tatiana Ivánovna, tan pronto llamaba Nastasia como Pelagueia o Evdokia. A la vez que le conmovíamos y entusiasmábamos, se reía y se comportaba con nosotros como con unos críos... Todo ello, naturalmente, podía haber ofendido a aquellos jóvenes; pero según ahora comprendo, que lo que entonces estaba en juego no eran esas ofensas, sino otros sentimientos más sutiles. Recuerdo que en una de las veladas estaba yo sentado en el baúl, luchando con el sopor que me invadía, sobre mis ojos sentía una pegajosa cola y mi cuerpo, cansado del correteo de todo un día, se inclinaba un poco hacia un costado. Sin embargo, luchaba con el sueño y me esforzaba en mirar delante de mí. Era cerca de la medianoche. Tatiana Ivánovna, sonrosada y tímida como siempre, estaba sentada junto a la mesa y cosía una camisa para su marido. Desde un rincón de la habitación la miraba Fiódor, taciturno y apesadumbrado. En el otro estaba sentado Pobedimski, perdido en el alto cuello de su camisa y resoplando con enojo. El tío paseaba de rincón a rincón y parecía pensar en alguna cosa. El silencio era completo. Sólo se oía el crujir del lienzo entre las manos de Tatiana Ivánovna. De repente el tío, deteniéndose ante ésta, dijo:

—¡Sois todos tan jóvenes! ¡Hay en vosotros tanta frescura juvenil...! ¡Sois tan buenos y vivís con tanta placidez en esta quietud, que os tengo envidia...! ¡Me siento ligado a vuestra vida y mi corazón padece cuando recuerdo que tengo que marcharme de aquí...! ¡Crean en mi sinceridad!

El sopor cerró mis ojos y me dormí. Cuando algún ruido me despertó, el tío estaba ante Tatiana Ivánovna y la miraba conmovido. Sus mejillas ardían.

—Mi vida ha transcurrido en balde... —decía—. ¡No he vivido! ¡Su rostro me recuerda mi juventud perdida, y me conformaría con permanecer hasta la misma muerte aquí sentado, contemplándola! ¡Con gusto me la hubiera llevado conmigo a Petersburgo!

—Y eso, ¿para qué? —preguntó con voz ronca Fiódor.

—Para ponerla sobre mi mesa de trabajo, bajo una urna de cristal. La hubiera admirado y mostrado a los demás. ¿Sabe, Pelagueia Ivánovna? ¡Allí no hay personas como usted...! Tenemos riquezas, nobleza, belleza a veces...; pero estas verdades vitales no las tenemos... Esta sana tranquilidad... —y el tío, sentándose ante Tatiana Ivánovna, le cogió una mano—. ¿No quiere usted entonces venir conmigo a Petersburgo? —rió—. En ese caso, ¡déjeme al menos que me lleve su manecita...! ¡Oh, qué encantadora manecita! ¿No me la dará? ¡Vaya roñosilla! ¡Permítame, al menos, que se la bese!

En aquel momento se oyó el crujir de una silla. Fiódor se levantó de un salto y, con pasos duros, se acercó a su mujer. Su rostro tenía una palidez grisácea y temblaba. Con toda su fuerza asestó un puñetazo a la mesa y dijo con voz de ultratumba:

—No lo consentiré.

Al mismo tiempo que él, Pobedimski había saltado de la silla. Pálido y con aviesa expresión se acercó a Tatiana Ivánovna y pegó también con el puño en la mesita...

—¡No lo consentiré! —dijo.

—¿Qué? ¿Qué es esto...? —se asombró el tío.

—¡No lo consentiré! —repitió Fiódor pegando otro puñetazo sobre la mesa.

El tío se levantó de un salto y sus ojos parpadearon cobardemente. Quiso hablar, pero el susto y la sorpresa le impidieron decir una palabra. Sonrióse azarado y, dando menudos pasitos de viejo, salió del pabellón, dejando olvidado su sombrero. Cuando un poco después entraba corriendo mi madrecita, Fiódor y Pobedimski continuaban golpeando la mesa con el puño, como el herrero con el martillo, y diciendo:

—¡No lo consentiré!

—Pero ¿qué es lo que ha ocurrido aquí? —preguntó mi madrecita—. ¿Por qué se ha mareado mi hermanito...? ¿Qué ha pasado?

Al mirar a la pálida y asustada Tatiana y a su enfurecido marido, mi madrecita adivinó seguramente de lo que se trataba. Suspiró y movió la cabeza.

—Bueno, ¡basta de golpes! —dijo—, ¡Para ya, Fiódor...! Y usted, ¿por qué golpea, Yegor Alekséich...? ¿Qué tiene usted que ver con esto...?

Pobedimski, volviendo a la realidad, se azaró.

Fiódor le miró fijamente, luego miró a su mujer y empezó a pasear por la habitación. Cuando mi madrecita salió del pabellón, vi algo que después, durante largo tiempo, consideré un sueño. Vi cómo Fiódor cogía a mi profesor, lo levantaba en el aire y lo arrojaba por la puerta.

Cuando desperté a la mañana siguiente, la cama del profesor estaba vacía. A mi pregunta: «¿Dónde está el profesor?», el aya me contestó en voz baja que por la mañana temprano había sido llevado al hospital para que le curaran el brazo roto. Entristecido por esta noticia y recordando el escándalo de la víspera, salí al patio. El tiempo era gris, el cielo estaba cubierto de nubes y por la tierra paseaba el viento, levantando del suelo remolinos de polvo, papeles y plumas... La proximidad de la lluvia hacía perceptible. Sobre las personas y los animales dibujábase el aburrimiento. Cuando entré en la casa me encargaron que no metiera ruido con los pies, porque mi madrecita tenía jaqueca y estaba echada en la cama. ¿Qué podía hacer? Me senté allí, en un banquito junto al portalón, y traté de encontrar sentido a todo lo que había visto y oído ayer. Desde nuestro portalón, rodeando la herrería y un charco que nunca estaba seco, se entraba en el camino real... Yo miraba los postes telegráficos, junto a los cuales, como torbellinos, pasaban las nubes de polvo; los adormilados pájaros, sentados en los hilos telegráficos, y me sentí de repente tan aburrido que rompí a llorar. Por el camino real pasó un faetón empolvado, atestado hasta más no poder de ciudadanas dirigiéndose, seguramente, a alguna peregrinación. Apenas había desaparecido de mi vista el faetón cuando apareció un ligero carruaje tirado por dos caballos. En pie en él y sujetándose al cinturón del cochero iba Akim Nikitich.

Con gran asombro mío el carruaje torció hacia nuestro camino y desapareció volando en el portalón. Cuando trataba de averiguar por qué el jefe local de Policía venía a mi casa, se oyó un ruido y en el camino surgió una *troika*. El jefe regional de Policía, que iba en ella, señalaba al cochero nuestro portalón.

«¿A qué vendrá éste? —pensé mirando al jefe regional de Policía, que estaba cubierto de polvo—. Con seguridad, Pobedimski habrá presentado una queja contra Fiódor y vienen a llevárselo preso».

Pero el enigma no era tan fácil de desentrañar. El jefe regional y el jefe local de Policía eran sólo su preámbulo, pues no habrían pasado cinco minutos cuando esta vez una berlina entraba por el portalón de nuestra casa. Tan rápidamente pasó delante de mí que lo único que pude ver a través de la ventanilla fue una barba roja.

Perdido en conjeturas y presintiendo algo malo corrí a la casa. Lo primero que vi en el vestíbulo fue a mi madrecita. Estaba pálida y miraba espantada a la puerta, tras la que sonaban voces masculinas. Aquellos huéspedes la encontraban en el punto álgido de su jaqueca.

—¿Quién ha llegado, mamá? —pregunté.

—¡Hermana! —oyose decir a la voz del tío—. ¡Danos algo de comer al alcalde y

a mí!

—¡De comer...! ¡Se dice fácilmente...! —murmuró mi madrecita, a punto de desmayarse de espanto—, ¿Qué voy a tener ahora tiempo de preparar? ¡Tendré que pasar en mi vejez por esta vergüenza...!

Mi madrecita se llevó las manos a la cabeza y corrió a la cocina. La inesperada llegada del alcalde puso en conmoción y dejó estupefacta a toda la hacienda. Emprendiose una crudelísima matanza. Diose muerte a unas diez gallinas, a cinco pavos y a ocho patos, y en los ardores de la prisa, el viejo ganso, el progenitor de nuestra manada de gansos, el favorito de mi madre, fue decapitado. Los cocheros y el cocinero, como enloquecidos, sin necesidad ni distinción de edad ni raza, exterminaban a las aves. De éstas, una pareja de precio, que me era tan querida como a mi madrecita el ganso, fue sacrificada para la confección de una salsa. Tardé mucho tiempo en perdonar al alcalde su muerte.

Por la noche, cuando el alcalde y su séquito, después de bien saciados, tomaron asiento en sus carruajes y se marcharon, fui a casa a ver los restos del festín. Al asomarme desde el vestíbulo a la sala vi en ésta al tío con mi madrecita. El tío, con las manos a la espalda y nervioso, recorría a grandes pasos la habitación encogiéndose de hombros. Mi madrecita, exhausta y muy enflaquecida, estaba sentada en el diván y su vista seguía, con expresión enfermiza, los movimientos de su hermano.

—Perdóname, hermana, pero ¡ésa no es manera de proceder! —gruñía el tío con una mueca de desagrado—. ¡Te presento al alcalde y no le das la mano...! ¡El infeliz se quedó todo azarado! ¡No! ¡Ésa no es manera de proceder...! ¡La sencillez es una buena cosa... pero también tiene sus límites! ¡Lo juro...! Y luego, ¡la comida...! ¿Es posible que se puedan servir comidas semejantes...? ¿Qué era, por ejemplo, ese estropajo que sacaron para cuarto plato?

—Era pato con salsa dulce... —dijo en voz baja mi madrecita.

—¡Pato...! Perdóname, hermana, pero ¡me ha dado un ardor de estómago...! ¡Me siento enfermo!

El tío puso una cara agria y llorosa y prosiguió:

—¿Y qué diablos traería aquí al alcalde...? ¡Como si me hubiera hecho tanta falta su visita...! ¡Puf! ¡Qué ardor...! ¡No me siento capaz de dormir ni de trabajar...! ¡Estoy completamente deshecho...! ¡No comprendo cómo pueden ustedes vivir sin trabajar..., en medio de este aburrimiento...! ¡Ya está aquí el dolor de estómago!

El tío frunció el entrecejo y sus pasos se hicieron más rápidos.

—Hermanito —preguntó en voz baja mi madrecita—, ¿cuánto cuesta un viaje al extranjero...?

—¡Por lo menos tres mil rublos...! —contestó el tío con voz llorosa—, ¡Si no fuera por eso, ya me hubiera marchado! Pero ¿de dónde voy a sacarlos? ¡No dispongo ni de un kopek...! ¡Qué ardor...!

Y el tío, deteniéndose, miró tristemente a la ventana gris y sombría; después

empezó a pasear de nuevo.

Se hizo un silencio... Mi madrecita, durante largo rato mantuvo la mirada fija en el icono, como meditando algo; luego, echándose a llorar, dijo:

—¡Yo te daré, hermanito, los tres mil rublos...!

Tres días después las majestuosas maletas eran enviadas a la estación, siguiéndolas el consejero secreto. Éste, al despedirse de mi madrecita, estuvo largo rato sin poder despegar los labios de su mano; pero cuando se sentaba en el carruaje una alegría infantil iluminaba su rostro. Radiante, feliz, se acomodó en el asiento, dijo adiós a mi madrecita con la mano y, de repente, de modo inesperado, posó su mirada sobre mí.

—¿Quién es este niño? —preguntó.

La pregunta molestó a mi madrecita, que tanto aseguraba que Dios había enviado al tío para mi suerte. Para mí, en cambio, no era aquel momento de hacer preguntas. Miré el rostro dichoso del tío y, sin saber por qué, sentí una gran piedad de él. Sin poder contenerme subí de un salto al carruaje y me abracé fuertemente a este hombre frívolo, débil, como todos los hombres. Mirándole a los ojos y deseando decirle algo agradable, le pregunté:

—Tío..., ¿ha ido usted, aunque sólo sea una vez, a la guerra?

—¡Ah, querido chiquillo...! —rió, besándome, el tío—. ¡Querido chiquillo...! ¡Lo juro...! ¡Qué natural! ¡Qué humano es todo esto...! ¡Lo juro...!

El carruaje arrancó... Yo le veía alejarse, y su «¡Lo juro...!» de despedida resonó durante largo tiempo en mis oídos.

TABLA DE RANGOS LITERARIOS

(Литературная табель о рангах)

Si hubiera que concederles un rango, según méritos y talento, a todos los escritores rusos vivos, sería el siguiente:

Consejeros secretos en activo: (Vacante).

Consejeros secretos: Lev Tolstói, Gonchárov.

Consejeros civiles en activo: Sáltikov-Schedrín, Polonski.

Consejeros civiles: Mñaikov, Suvorin, Garshin, Burienin, Serguéi Maksimov, Gleb Uspienski, Katkov, Pipin, Plescheiev.

Consejeros provinciales: Korolenko, Skabichevski, Averkiev, Boborikin, Gorbunov, el señor Salias, Danielevski, Muravlin, Vasilievski, Nadson, N. Mijailovski.

Asesores colegiados: Minaiev, Mordóvtziev, Avséienko, Niezlobin, A. Mijáilov, Palmin, Trefoliov, Piotr Veinberg, Salov.

Consejeros titulares: Albov, Barantzévich, Mijniévich, Zlatovratski, Shpazhinski, Serguéi Atava, Chuikov, Miescherski, Ivanov-Klassik, Vas. Nemiróvich-Dánchenko.

Secretarios colegiados: Frug, Apujtin, V. Soloviov, V. Krilov, Yúriev, Golenischev-Kutúzov, Ertel, K. Sluchevski.

Secretarios de gobierno: Notovich, Maksim Bielinski, Niviezhin, Karazin, Venguiérov, Nefiódov.

Registradores colegiados: Minski, Trofimov, F. Berg, Miasnitzki, Liniov, Zasodimski, Bazhin.

Sin rango: Okreitz.

UN DÍA EN EL CAMPO

(ESCENITA)

(День за городом. Сценк)

Son las nueve de la mañana.

Una oscura masa plomiza se arrastra hacia el sol. Por un sitio y por otro parpadean rayos como rojos zigzags. Se escucha el retumbar lejano de un trueno. Un viento cálido pasea por la hierba, arquea los árboles y levanta polvo. Pronto caerá una lluvia de mayo y empezará la verdadera tormenta.

Por la aldea corre la pequeña mendiga Fiokla buscando al zapatero Terenti. La rubita va descalza y está pálida. Sus ojos muy abiertos, sus labios tiemblan.

—Tío, ¿dónde está Terenti? —pregunta a todo aquel que encuentra. Nadie le responde. Todo el mundo está ocupado con la tormenta que se acerca y se esconden en las isbas. Por fin encuentra al sacristán, Silanti Sílich, amigo y compañero de Terenti. Camina aturdido por el viento.

—Tío, ¿dónde está Terenti?

—En el huerto —responde Silanti.

La mendiga corre tras las isbas hacia el huerto y se encuentra allí a Terenti. El zapatero Terenti, un anciano alto con el rostro picado por la viruela, delgado y con unas piernas muy largas, descalzo y vestido con una chaqueta desgarrada de su mujer, está junto al bancal mirando con los ojos ebrios la nube oscura. Se mece con el viento sobre sus largas piernas de grulla.

—¡Tío Terenti! —lo llama la mendiga rubia— ¡Tío!

Terenti se inclina hacia Fiokla y su rostro borracho, serio, se cubre con esa sonrisa que aparece en las caras de las personas cuando ven algo pequeño, tonto, divertido, pero a lo que aprecian mucho.

—¡Ah, sierva de Dios, Fiokla! —dice con suavidad—. ¿De dónde te envía Dios?

—Tío Terenti —solloza Fiokla, tirándole de los faldones al zapatero—. ¡A mi hermanito Danilka le ha sucedido una desgracia! ¡Venga!

—¿Qué desgracia? ¡Uhhh, qué trueno! Santo, santo, santo... ¿Qué desgracia?

—Danilka metió la mano en un hueco en el bosquecillo del condado, y ahora no puede sacarla. ¡Vamos, tío, sácale la mano, te lo ruego!

—¿Y cómo es que metió la mano? ¿Para qué?

—Quería sacarme del hueco un huevo de cuclillo.

—No ha llegado a empezar el día y ustedes ya tienen una desgracia... —sacude la cabeza Terenti, escupiendo lentamente— ¿Y ahora qué hago contigo? Habrá que ir... ¡Hay que ir, os va a comer un lobo, pilludos! ¡Vamos, huerfanita!

Terenti sale del huerto levantando sus largas piernas y empieza a caminar por la calle. Va rápido, sin mirar a los lados y sin pararse, como si lo empujaran por detrás o lo asustaran persiguiéndolo. La mendiga Fiokla apenas puede alcanzarlo detrás de él.

Los caminantes salen de la aldea y, por un camino polvoriento, se dirigen al bosque del condado, que azulea en la lejanía. Hasta este serán unas dos verstas. Y las nubes ya cubrieron el sol, y pronto no quedará en el cielo ni un trocito azul. Oscurece.

—Santo, santo, santo, —murmura Fiokla, apurándose tras Terenti.

Las primeras salpicaduras, gruesas y pesadas, caen como puntos negros sobre el camino polvoriento. Una gota grande cae sobre la mejilla de Fiokla, y se desliza como una lágrima hacia su barbilla.

—¡Ha empezado a llover! —murmura el zapatero, levantando polvo con sus huesudos pies descalzos—. Es gloria divina, hermana Fiokla. La hierba y los árboles se alimentan de la lluvia igual que nosotros de pan. Pero no le temas al trueno, huerfanita. ¿Por qué te iba a matar a ti, que eres tan pequeña?

Cuando comienza a llover el viento se calma. Sólo un rumor de lluvia que golpea como pequeños perdigones en el centeno joven y el camino seco.

—¡Nos vamos a empapar, Fióklushka! —murmura Terenti—. No hay ni un lugar seco... ¡Ho, ho, hermano! ¡Hasta el cuello! Pero no te preocupes, tonta... La hierba se secará, la tierra se secará, y tú y yo nos secaremos. El sol es el mismo para todos.

Sobre las cabezas de los caminantes relampaguea un rayo del largo de dos sazhen. Resuena un golpe estruendoso y a Fiokla le parece que algo grande, pesado y redondo rueda por el cielo, ¡y desgarrar el cielo sobre su cabeza!

—Santo, santo, santo... —se persigna Terenti—. ¡No temas, huerfanita! No truena por maldad.

Los pies del zapatero y de Fiokla se cubren de un barro pesado y mojado. Se hace difícil caminar, resbala, pero Terenti lo hace con más y más rapidez... La pequeña mendiga se agota y casi cae.

Pero por fin entran al bosquecillo del condado. Los árboles bañados, asustados por una súbita ráfaga de viento, derraman sobre ellos todo un torrente de gotas. Terenti tropieza con un tocón y empieza a caminar con más calma.

—¿Dónde está Danilka? —pregunta—. ¡Llévame hasta él!

Fiokla lo lleva a una espesura y, tras andar un cuarto de versta, le muestra a su hermano Danilka. Su hermano, un pequeño niño de ocho años, con la cabeza pelirroja como el ocre y el rostro pálido, enfermizo, está reclinado en un árbol y, con la cabeza inclinada a un costado, mira de reojo al cielo. Con una mano agarra su gorrito gastado, la otra está oculta en el hueco de un viejo tilo. El niño mira hacia el cielo atronador y, al parecer, no se da cuenta de su desgracia. Al escuchar los pasos y ver al zapatero, sonrío con dolor y dice:

—¡Vaya trueno, Terenti! No he visto un trueno así en mi vida...

—¿Dónde tienes la mano?

—En el hueco... ¡Sácamela, por favor, Terenti!

El borde del hueco se había agrietado y enganchó la mano a Danilka. Podía meterla más, pero no moverla hacia atrás. Terenti rompe la grieta y la mano del chico, enrojecida y maltratada, queda libre.

—¡Vaya cómo truena! —repite el chico, frotándose la mano—. ¿Por qué truena, Terenti?

—Una nube se acerca a otra nube... —dice el zapatero.

Los caminantes salen del bosquecillo y van por un sendero hacia el camino oscurecido. El trueno poco a poco se calma, y sus estruendos se oyen ya a lo lejos, por el lado de la aldea.

—Por aquí, Terenti, volaron hace poco unos patos... —dice Danilka, frontándose todavía la mano—. Seguro que se irán a posar en los pantanos de Ciénaga Podrida. Fiokla, ¿quieres que te enseñe un nido de ruiseñor?

—No lo toques o lo espantarás... —dice Terenti, estrujando su gorro—. El ruiseñor es un pájaro cantor, inocente... Se le ha concedido esa voz en el pico para alabar a Dios y alegrar al hombre. Sería pecado asustarlo.

—¿Y al gorrión?

—Al gorrión sí se puede. Es un mal pájaro, una víbora. Tiene en la cabeza ideas de bribón. No le gusta que al hombre le vaya bien. Cuando bajaron a Cristo, le llevó los clavos a los judíos y cantó: «¡Vive! ¡Vive!».

En el cielo aparece una mancha azul claro.

—¡Mira! —dice Terenti—. ¡Ha roto el hormiguero! ¡Ha inundado a estas bribonas!

Los caminantes se inclinan sobre el hormiguero. El chaparrón derrumbó la casa de las hormigas. Los insectos alarmados corretean por el fango y se revuelven alrededor de sus compañeros ahogados.

—¡No pasa nada, no se van a morir! —sonríe el zapatero con malicia—. En cuanto el sol las temple, recobrarán el sentido... Ahí tenéis, tontas, la ciencia. La próxima vez no os asentéis en el punto más bajo...

Avanzan.

—¡Ahí están las abejas! —grita Danilka, señalando la rama de un roble joven.

En la rama, acurrucadas unas a otras, hay unas abejas empapadas y congeladas. Son tantas que no se ve ni la corteza ni las hojas. Muchas están unas sobre las otras.

—Es un enjambre de abejas —enseña Terenti—. Volaría buscando una vivienda, y cuando la lluvia lo empapó, llegó y se posó. Si el enjambre vuela, sólo hay que salpicarle agua para que se pose.

Pero, por ejemplo, si las quieres coger, las pones en un saco con una rama, lo sacudes, y todas caen.

La pequeña Fiokla frunce de pronto el ceño y se rasca el cuello. Su hermano la mira y ve que tiene una ampolla enorme.

¡Je, je! —se ríe el zapatero—. ¿Sabes tú, hermana Fiokla, de dónde te viene esa desgracia? En el bosquecillo, en algún lugar por los árboles, hay cantáridas

venenosas. El agua se escurriría por ellas, y te goteó en el cuello, por eso la ampolla.

El sol aparece tras las nubes e inunda el bosque, el campo y a nuestros caminantes de una luz que calienta. La nube oscura, amenazante, se ha ido ya lejos, y se llevó consigo la tormenta. El aire se toma cálido y fragante. Huele a cerezo, tréboles y lirios.

—Esta hierba te la dan, cuando te sale sangre de la nariz —dice Terenti, señalando una florecilla mullida—. Ayuda a...

Se oye un silbido y un trueno, pero el mismo trueno que hace poco arrastraron consigo las nubes. Ante los ojos de Terenti, Danilka y Fiokla corre un tren de mercancías. La locomotora, resoplando y soltando humo negro, arrastra tras de sí más de veinte vagones. Tiene una fuerza extraordinaria. A los niños les sería interesante saber cómo esa locomotora, que no es un ser vivo y va sin ayuda de caballos, puede moverse y arrastrar tanto peso. Así que Terenti se dispone a explicarles:

—Eso, chicos, es cuestión del vap... El vapor hace funcionar... O sea, se mete por esa pieza que está cerca de las ruedas, y así... va... y funciona.

Los caminantes atraviesan la franja de la vía y después, bajando por el terraplén, llegan hasta el río. No van con un objetivo, sino a donde los lleve el viento, y van charlando durante todo el camino. Danilka pregunta, Terenti responde...

Terenti responde a todas las preguntas, y no hay en la naturaleza un solo secreto que lo pueda conducir a un punto muerto. Lo sabe todo. Sabe los nombres de todas las hierbas, de los animales y de las piedras. Sabe con qué hierbas curar enfermedades, no le cuesta saber cuántos años tiene una yegua o una vaca. Mirando la salida del sol, la luna, o los pájaros puede decir qué tiempo hará al día siguiente. Y no sólo Terenti es así. Silanti Sílich, el tabernero, el hortelano, el pastor y, en general, todo el pueblo sabe tanto como él. Esta gente no aprendió con los libros, sino en el campo, en el bosque, a la orilla del río. Los mismos pájaros les educaban cuando les cantaban canciones, el sol, cuando al salir dejaba asomar una aurora carmesí, los mismos árboles y la hierba.

Danilka mira a Terenti y se empapa de cada una de sus palabras. En primavera, cuando el calor aún no ha cansado y vuelto monótono el verde de los campos, cuando todo es nuevo y respira frescura, ¿quién no querría escuchar sobre abejorros dorados, grullas, sobre el trigo espigado y el murmullo de los arroyos?

Los dos, el zapatero y el huérfano, van por el campo hablando sin parar y no se cansan. Caminarían sin parar por el mundo entero. Ellos siguen caminando y como charlan sobre la belleza de la tierra no advierten que detrás de ellos los persigue la pequeña y frágil mendiga. Camina con dificultad y se sofoca. Le cuelgan las lágrimas. Le gustaría detener a esos peregrinos incansables pero ¿a dónde y con quién va a irse ella? No tiene casa, ni familiares. Le gusten o no, mira y escucha las conversaciones.

Antes del mediodía, los tres se sientan en la orilla del río. Danilka saca de la bolsa un trozo de pan húmedo, hecho una pasta, y los caminantes empiezan a comer. Tras

comer un poco de pan, Terenti reza a Dios, después se extiende sobre la arena de la orilla, y se queda dormido. Mientras él duerme, el chico mira el agua y piensa. Tiene muchos pensamientos distintos. Hace nada vio la tormenta, las abejas, las hormigas, el tren, y ahora unos pececillos se agitan ante sus ojos. Los pececillos son pequeños, alguno no más largo que una uña. De una orilla a otra nada una culebra alzando la cabeza.

Sólo al llegar la noche vuelven nuestros peregrinos a la aldea. Los niños pasarán la noche en un granero abandonado en el que antiguamente se almacenaba el trigo de la comunidad, y Terenti se marcha a la taberna tras despedirse de ellos. Pegados el uno junto al otro, los niños se tumban sobre la paja y se adormilan.

El chico no se duerme. Observa la oscuridad y le parece estar viendo todo lo que vio por el día: las nubes, el sol radiante, los pájaros, los pececillos, al desgarrado de Terenti. La abundancia de impresiones, el cansancio y el hambre ayudan. Está ardiendo como el fuego, y se gira de un costado y de otro. Querría contarle a alguien todo eso que se le aparece entre tinieblas y le conmueve el alma, pero no hay nadie a quien contárselo. Fiokla todavía es pequeña y no lo comprenderá.

«Mañana se lo contaré a Terenti...», piensa el chico.

Los niños caen dormidos pensando en el zapatero desamparado. Y por la noche Terenti viene a verlos, los bendice y les pone un trozo de pan debajo de las cabezas. Esa muestra de amor no la ve nadie. Tal vez tan sólo la luna que deambula por el cielo y se asoma suavemente, por los agujeros de los aleros, al granero abandonado.

EN EL INTERNADO

(В пансионе)

Dan las doce en el internado privado de *madame* Jevouzem. Las internas, apáticas y escuálidas, pasean con tranquilidad a lo largo del corredor cogidas de la mano. Unas avispadas damas con clase no apartan los ojos de éstas, con expresión de inquietud en sus caras, y cada poco gritan entre el silencio: *Mesdames! Silence!* En ese misterioso santuario que es la sala de profesores están sentados la propia Jevouzem y el profesor de matemáticas, Diriavin. Hace rato que el profesor terminó de dar clase y ya es su hora de salida, pero se quedó para pedirle un aumento a su jefa. Como conoce la avaricia de la «vieja bribona», no saca el tema del aumento de forma directa, sino con diplomacia.

—Miro su rostro, Bianca Ivánovna, y recuerdo el pasado... —dice suspirando—. ¡Cuántas bellezas había en nuestros tiempos! ¡Qué bellezas! ¡Para chuparse los dedos! ¿Pero ahora? ¡Se han terminado las bellezas! Ya no hay verdaderas mujeres. Me va usted a perdonar, pero son todas como gorrionas o como sardinas... A cada cual peor...

—¡No! ¡Ahora también hay muchas mujeres bellas! —balbucea Jevouzem.

—¿Dónde? Muéstreme dónde —se agita Diriavin—. ¡Basta, Bianca Ivánovna! ¡Tiene usted tan buen corazón que hasta llamaría bella a la cara de un esturión, que la conozco! Perdóneme estas expresiones, pero le estoy hablando con franqueza. Por cierto, ayer durante el concierto estuve examinando a las mujeres: ¡morros y hocicos! Podemos tomar incluso nuestro curso superior. Todas unos capullitos, unas doncellas, la que más, como mucho una ciruelita. ¿Qué es lo que ocurre? ¡De dieciocho ni una hermosa!

—¡Eso no es verdad! Si le pregunta a cualquiera le dirá que hay muchas bellezas en mi curso superior. Kochkina, por ejemplo, Ivánovna, Páltzeva... ¡Páltzeva es de postal! Yo que soy mujer también les echo algún vistazo...

—Increíble —murmura Diriavin—. No hay nada bueno en ella...

—¡Unos preciosos ojos negros! —dice inquieta Jevouzem— ¡Negros como la tinta! Échele usted una mirada, es... ¡la perfección! ¡En la antigüedad la hubieran retratado como una diosa!

En su vida había visto Dariavin una belleza como la de Páltzeva, pero el ansia del aumento se superponía a la justicia, y continuó demostrándole a la «vieja bribona» que no hay bellezas en estos tiempos...

—Uno sólo descansa cuando mira la cara de alguna dama madura —dice—. Es cierto que se ha perdido la juventud y la frescura, pero el ojo descansa al menos en rasgos regulares... ¡Eso es lo principal, la regularidad de los rasgos! Y la cara de su Páltzeva no tiene rasgos, tiene nata agria... agria...

—Eso es que no la ha mirado bien... —dice Jevouzem—. Mírela usted y después hable...

—No hay nada bueno en ella —suspira Diriavin con hosquedad.

Jevouzem se levanta, se dirige a la puerta y grita:

—¡Llámenme a Pálteza! Mírela usted bien —le dice al profesor apartándose de la puerta—. Preste atención a sus ojos y a su nariz... No hay una nariz mejor en toda Rusia.

Al cabo de un minuto entra Páltzeva en la sala. Es una muchacha de unos diecisiete años, morena, delgada, con unos enormes ojos negros y una hermosa nariz griega.

—Acérquese —le dice severa Jevouzem a la joven—. ¡Muy mal! ¿Quiere usted que la castigue igual que a las pequeñas? Es usted ya adulta y debe dar ejemplo a los demás. No portarse así de mal... ¡Acérquese!

Jevouzem continúa diciendo algunas frases hechas. Páltzeva la escucha distraída y, moviendo la naricilla, mira hacia la ventana por encima de la cabeza de Diriavin.

«Me lo das todo y sería poco —piensa el matemático contemplándola— ¡Es un lujo de muchacha! Mueve la naricilla de forma pícara... Ya huele que en junio será libre... Déjala que se escape y se habrá olvidado de esta Jevouzeta y de este bobo de Diriavin, y del álgebra... ¡Pero a ella no le hace falta el álgebra! Ella necesita espacio, esplendor... Necesita vida...».

Diriavin suspira y sigue pensando:

«¡Oh, esa naricilla! En cuanto pase un mes, mi álgebra, al diablo... Diriavin no será más que un aburrido recuerdo gris... Me la encontraré, y ella simplemente moverá la naricilla y no me dirá ni buenas tardes. Y doy gracias si no me atropella con una calesa...».

—Los buenos resultados llegan tan sólo con atención y dedicación... —continúa Jevouzem—, y es usted distraída... Si se mantienen las quejas, me veré obligada a castigarla... ¡Vergüenza me da!

«Tú no escuches, angelito, a esa cáscara de limón seca... —piensa Diriavin— No das vergüenza en absoluto... Eres mejor que todos nosotros juntos».

—¡Márchese! —dice Jevouzem con severidad.

Páltzeva hace una reverencia y se marcha.

—¿Y bien? ¿La miró mejor ahora? —pregunta Jevouzem.

Diriavin no escucha su pregunta porque todavía está en sus pensamientos.

—¿Y bien? —repite la jefa—. ¿Cree que es fea?

Diriavin mira embobado a Jevouzem, vuelve en sí, y revive cuando se acuerda del aumento.

—¡No encuentro nada bueno, ni aunque me vaya la vida...! —dice— Usted es mayor, y tiene mejores ojos y mejor nariz que ella... Palabra de honor... ¡Mírese usted en un espejo!

Al final, *madame* Jevouzem acepta y Diriavin recibe el aumento.

EN LA HACIENDA

(На даче)

Pável Ilich Rashevich, con suaves pisadas, paseaba sobre el suelo cubierto de tapices ucranianos, arrojando una estrecha y larga sombra sobre la pared y el techo, en tanto que su invitado Meyer, el juez pesquisidor, sentado sobre una pierna en la cama turca, fumaba escuchándole. El reloj señalaba ya las once, y de la habitación contigua se oía poner la mesa.

—¡Qué quiere usted...! —decía Rashevich—. ¡Desde el punto de vista de la igualdad y fraternidad, el porquero Mitka puede ser un hombre semejante a Goethe o a Federico el Grande; pero considerado desde el punto de vista científico, si tiene usted la, valentía de contemplar los hechos cara a cara, le resultará evidente que la sangre azul no es un prejuicio ni una invención! La sangre azul, querido mío, tiene un fundamento histórico-natural, y negarla es, en opinión mía, tan absurdo como negar que un ciervo tiene cuernos. Es preciso tener en cuenta dos hechos. Usted, en su calidad de jurista, no ha buceado en otras ciencias aparte de las humanitarias, y puede, por tanto, albergar ilusiones sobre la igualdad, fraternidad, etcétera, mientras que para mí, darwinista de los pies a la cabeza, las palabras *raza*, *aristocratismo* y *sangre noble* no son sonidos vacíos.

Rashevich estaba excitado y hablaba con sentimiento; le brillaban los ojos, el *pince-nez* no se le sostenía en la nariz, alzaba nervioso los hombros, guiñaba los ojos, y al pronunciar la palabra *darwinista* se miró valientemente en el espejo atusándose con ambas manos la barba canosa. Vestía una chaqueta muy corta y gastada y estrechos pantalones. Aquella movilidad y aquella maltrecha chaqueta se avenían mal con su figura y se diría que su cabeza, grande y noble, de cabello largo, que recordaba a la de un arcipreste o a la de un poeta famoso, se hallaba unida al tronco de un alto, delgado y amanerado adolescente. Cuando descansaba sobre sus piernas, anchamente abiertas, su larga sombra parecía la de unas tijeras.

En general, le agradaba hablar, y creía decir siempre algo nuevo y original. En presencia de Meyer sentía una extraordinaria animación, y sus pensamientos fluían vivamente. El juez pesquisidor le inspiraba, le resultaba simpático por su juventud, salud, perfectas maneras y gravedad, pero sobre todo por el afectuoso trato que mantenía con él y con su familia. En general, los conocidos de Rashevich no le querían, rehuían su compañía, y él sabía que, a su espalda, le calificaban de *odioso* y de *sapo*, añadiendo que con su charla había matado a su mujer. Tan sólo Meyer, nuevo en el lugar, y cuya presencia pasaba todavía inadvertida, frecuentaba gustosamente su casa, y hasta solía decir en algún que otro sitio que Rashevich y sus hijas eran las únicas personas de la región en cuya casa se encontraba como en familia. Agradaba también a Rashevich porque era un joven que podía resultar un

buen partido para Zhenia, su hija mayor.

Ahora, recreándose en sus ideas y en el sonido de su voz, contemplaba complacido a Meyer, hombre de figura regularmente gruesa, bien peinado y correcto. Rashevich soñaba en casar a su Zhenia con una persona cabal, con lo que todas las preocupaciones referentes a la hacienda pasarían al yerno. ¡Desdichadas preocupaciones...! Los intereses correspondientes a dos plazos no habían sido pagados al Banco y todas las demás cargas ascendían en total a más de dos mil rublos.

—Para mí no existe duda —proseguía Rashevich cada vez más inspirado— de que si un Ricardo Corazón de León o un Federico Barbarroja eran, supongamos, valientes y generosos..., dichas cualidades se transmitían a su hijo a través de las células del cerebro, y si por la educación y el ejercicio tales valentía y generosidad sobrevivían en el hijo, y éste a su vez se casaba con una princesa también generosa y valiente, las mencionadas cualidades se perpetuaban en el nieto, y así sucesivamente, hasta constituir una particularidad visible arraigada de una manera orgánica a la carne y a la sangre. Merced a una rigurosa elección sexual, merced a que las familias nobles se guardaban instintivamente de contraer matrimonios desiguales y de los jóvenes nobles no tomaban por esposa a cualquier mujer, las altas cualidades morales pasaban de generación a generación, mantenidas en toda su pureza. Quedaban protegidas, haciéndose en el curso del tiempo más altas y perfectas.

Todo lo que la Humanidad contiene de bueno se lo debe precisamente a la Naturaleza, a una fundamentada ordenación histórico-natural que, cuidadosamente, en el curso de los siglos, mantuvo separada a la sangre azul de la roja... ¡Sí, amigo mío...! ¡Ningún patán, ningún hijo de cocinera nos donó la literatura, el arte, el derecho, el concepto del honor y del deber...! ¡Todo esto lo debe la Humanidad exclusivamente a la sangre azul y en tal sentido, según el punto de vista histórico-natural, la actuación de un mal Sobakievich sólo por su sangre azul, resulta más útil y elevada que la del mejor comerciante, aunque éste hubiera fundado quince museos! Y cuando yo a un patán o a un hijo de cocinera no tiendo la mano ni le siento a mi mesa, al hacerlo así definiendo lo mejor que hay en la vida y en la tierra, y cumplo uno de los altos designios de la madre Naturaleza, que nos conduce a la perfección...

Rashevich se detuvo y se atusó la barba con ambas manos, en tanto que su sombra, semejante a la de unas tijeras, se detenía también en la pared.

—Tomemos, por ejemplo, a nuestra madrecita Rusia —proseguía diciendo con las manos en los bolsillos y descansando tan pronto sobre los talones como sobre las puntas de los zapatos—. ¿Cuáles son sus mejores hombres? Nuestros primeros pintores, literatos, compositores..., ¿quiénes han sido...? ¡Todos, querido mío, fueron representantes de esa sangre azul! ¡Ni Pushkin, ni Gógol, ni Lérmontov, ni Turguéniev, ni Gonchárov, ni Tolstói, eran hijos de ningún sacristán!

—Gonchárov era comerciante —dijo Meyer.

—Bien, ¿y qué...? Las excepciones sólo confirman la regla. ¡Aparte de que sobre

la genialidad de Gonchárov podría discutirse largamente! Pero dejemos a un lado los nombres y volvamos a los hechos. ¿Qué dice usted, señor mío, del siguiente hecho elocuente?: tan pronto como el patán se introduce allí donde antes no era admitido, en el gran mundo, en la ciencia, en la literatura, en los tribunales..., observe cómo es la propia Naturaleza la primera en defender los altos derechos humanos. Cómo es ella la primera en declarar la guerra a esa horda. En efecto, tan pronto como el patán tomó asiento en un trineo, comenzó su decadencia, empezó a degenerar hasta el punto de que en ninguna parte encontrará usted tantos neurasténicos, tantos lisiados psíquicos, tantos tuberculosos y demás, como entre esta gente. Mueren como las moscas en el otoño. A no ser por esta salvadora degeneración, de la generación actual no quedaría piedra sobre piedra... ¡Todo se lo habría zampado el patán...! ¿Y dígame? ¡Hágame ese favor...! ¿Qué nos ha reportado hasta ahora semejante invasión...? ¿Qué traía consigo el patán...?

Y Rashevich, poniendo una cara misteriosa y asustada, prosiguió:

—Jamás nuestra ciencia ni nuestra literatura han alcanzado tan bajo nivel como ahora... La gente de nuestros días, señor mío, no tiene ideas, ni ideales, y toda su actividad está impregnada de su único deseo: el de obtener las mayores ganancias y quitar a otro su última camisa. Todos estos hombres de ahora, que se presentan como honrados y de vanguardia, podría usted compararlos con un rublo, y el intelectual de nuestros días sólo se destaca por una particularidad: por la de que si habla usted con él tiene, mientras lo hace, que sujetarse el bolsillo lo más fuertemente posible para que no se lo quite —Rashevich guiñó un ojo y se echó a reír—. A fe mía que se lo quitaría —añadió alegremente con voz chillona—. Pues ¿y la moral...? ¿Cómo está la moral...? ¡Ahora no se asombra ya nadie cuando una esposa roba a su marido y le abandona...! ¡Esto se considera una bagatela! Hoy en día, amigo mío, una chiquilla de doce años anda ya a la caza de admiradores, y todas esas funciones de aficionados y esas veladas literarias son ideadas únicamente para que resulte más fácil atrapar a un ricachón y ser entretenida por él. Las madres venden a sus hijas, y a los maridos, querido mío, se les puede preguntar en su cara y hasta discutirse, el precio a que venden sus mujeres...

Meyer, que hasta entonces había permanecido inmóvil en el diván, se levantó de pronto y miró la hora.

—Perdone. Pável Ilich, pero ya es hora de que me vaya a casa.

Pero Pável Ilich, que todavía no había terminado de hablar, abrazándole y obligándole a la fuerza a sentarse, juró que no le dejaría marcharse sin haber cenado.

Meyer, sentado otra vez, escuchaba, mirando a Rashevich, con perplejidad e inquietud, como si sólo entonces empezara a conocerle. Unas manchas rojas brotaban en su rostro, y cuando al fin entró la doncella, diciendo que las señoritas les rogaban pasaran a cenar, suspiró aliviado y fue el primero en abandonar el despacho.

En la habitación contigua y sentadas a la mesa, estaban las hijas de Rashevich, Zhenia e Iraida, de veintitrés y veintidós años, respectivamente; ambas de ojos

negros, muy pálidas y de la misma estatura. Zhenia llevaba el cabello suelto, en tanto que Iraida recogía éste en un alto moño. Antes de sentarse a comer, y con aire del que bebe distraídamente por primera vez en su vida, ambas apuraron una copa de una bebida amarga, tras de lo que, azarándose, se echaron a reír.

—No hagáis travesuras, niñas —dijo Rashevich.

Zhenia e Iraida hablaban francés entre sí y ruso con el padre y el invitado. Interrumpiéndose la una a la otra y mezclando el ruso con el francés, empezaron a contar que en años anteriores, exactamente en aquel día de agosto, solían salir para el pensionado y lo triste que esto les resultaba entonces. Ahora ya no había dónde marcharse y tenían que quedarse en la hacienda, sin ir a ninguna parte, y durante todo el verano y el invierno.

—¡Qué aburrimiento!

—No hagáis travesuras, niñas —repitió Rashevich.

Tenía gana de hablar, y si ante él hablaba otro, experimentaba un sentimiento parecido al de los celos.

—Así es, querido mío... —empezó a decir de nuevo, mirando afectuosamente al juez pesquisidor— Nosotros, bien sea por bondad o por temor de que se nos juzgue por atrasados, mantenemos un trato familiar con todo cuanto constituye un detrimento... Hablamos de igualdad y fraternidad con los taberneros, pero si fuéramos a ahondar profundamente en la consideración de tal proceder, veríamos hasta qué punto nuestra bondad es criminal. Hacemos precisamente aquello que tiene a la civilización pendiente de un hilo. ¡Querido mío...! ¡Lo que a nuestros antepasados costó siglos alcanzar, si no hoy mañana, será despreciado y deshecho por estos modernos hugonotes...!

Después de cenar, pasaron todos al salón. Zhenia e Iraida encendieron las velas sobre el piano de cola y abrieron los libros de música; pero el padre seguía hablando sin que se supiera cuándo iba a terminar. Ambas, ya con tristeza y enojo, miraban a su padre egoísta, para el que, sin duda, el placer de charlar y brillar por la inteligencia era más precioso e importante que la felicidad de sus hijas.

Sabían muy bien que si Meyer, el único joven que frecuentaba la casa, venía a ésta, era atraído por su grata compañía femenina; pero el incansable viejo, apoderándose de él, no le dejaba alejarse un paso.

—¡Del mismo modo que los caballeros del Oeste rechazaban los avances de los mogoles, igualmente nosotros, antes de que sea tarde, debemos unirnos y marchar todos, como un solo hombre, contra el enemigo! —proseguía Rashevich, en tono de predicador y alzando la mano derecha—. ¡Que vea en mí el patán, no a Pável Ilich, sino a un fuerte y temible Ricardo Corazón de León...! ¡Basta de delicadezas con él...! ¡Basta! ¡Pongámonos de acuerdo y, apenas llegue a nuestra proximidad, arrojémosle a la cara estas palabras de desprecio!: «¡Fuera...! ¡Vaya cada mochuelo a su olivo...!»». ¡En plena cara! —continuaba con gran entusiasmo Rashevich, señalando ante sí con un dedo extendido—. ¡En la cara! ¡En la cara...!

—Yo no puedo hacer eso —dijo Meyer, volviendo el rostro.

—¿Por qué? —preguntó con viveza Rashevich, presintiendo una larga e interesante discusión.

—Porque soy uno de ellos —diciendo esto, Meyer enrojeció hasta el cuello, e incluso lágrimas brillaron en sus ojos—. ¡Mi padre era un simple trabajador —añadió con un acento duro y cortante—, en lo que no veo ningún mal!

Desconcertado y azarándose terriblemente por haber sido cogido *in fraganti*: Rashevich miraba aturdido a Meyer sin saber qué decir.

Zhenia e Iraida se ruborizaron e inclinaron sus cabezas sobre los libros de música. La falta de tacto de su padre las avengonzaba.

Un minuto transcurrió en silencio y el grado de violencia se hacía ya insoportable, cuando de repente, de modo enfermizo e inadecuado, resonaron en el aire las siguientes palabras:

—¡Sí...; soy uno de ellos y me enorgullezco de serlo!

Luego, Meyer, torpemente, tropezando con los muebles, se despidió y salió apresurado a la antesala, aunque los caballos no estaban todavía preparados.

—La noche está muy oscura para viajar... —balbucía Rashevich, que marchaba tras él— Ahora la luna sale tarde...

Ambos esperaron en la oscuridad del pórtico a que trajeran los caballos. El aire era fresco.

—Ha caído una estrella —dijo Meyer envolviéndose más fuerte en el abrigo.

—En agosto caen muchas.

Cuando estuvieron dispuestos los caballos, Rashevich, mirando atentamente al cielo, dijo:

—¡Es un fenómeno digno de la pluma de Flammarion...!

Tras despedir al invitado, paseó por el jardín, gesticulando en la oscuridad, sin querer creer que acabara de surgir tan terrible y necia *mala inteligencia*. Se sentía avergonzado y enojado consigo mismo. En primer lugar, el suscitar aquella maldita conversación sobre la sangre azul, sin saber con quién estaba tratando, suponía por su parte una excesiva falta de precaución y de tacto. Ya en otra ocasión le había pasado algo semejante: encontrándose un día en un vagón del tren, había empezado a censurar a los alemanes, dándose cuenta después de que sus interlocutores eran alemanes. En segundo lugar, presentía que Meyer no volvería más a su casa. Los intelectuales de origen pueblerino tienen un amor propio enfermizo, son astutos y recuerdan el mal que se les hace.

—¡Qué fastidio...! ¡Qué fastidio...! —balbucía Rashevich. Se sentía violento y asqueado, como si hubiera comido jabón—. ¡Puf..., qué fastidio!

Por la ventana que daba al jardín podía verse cómo Zhenia, junto al piano de cola, con el pelo suelto y muy pálida y asustada, hablaba muy de prisa... Iraida paseaba pensativa por la habitación, pero he aquí que también ella se ponía a hablar de prisa, con rostro indignado. Hablaban las dos a la vez. Aunque no oía ni una palabra,

Rashevich adivinaba lo que estaban diciendo. Con seguridad Zhenia se lamentaba de que las charlas del padre hubieran ahuyentado de la casa a todas las personas distinguidas y de que hoy les hubiera quitado el único conocido y quizá probable novio, en tanto que ahora no quedaba al pobre muchacho en toda la región un lugar donde poder descansar espiritualmente. A juzgar por la desesperación con que alzaba las manos, Iraida hablaba, sin duda, del tema de la vida aburrida y de la juventud deshecha...

De vuelta en su habitación, Rashevich se sentó en la cama y empezó a desnudarse lentamente. Su ánimo estaba deprimido y la sensación de haber comido jabón seguía molestándole. Sentía vergüenza. Cuando una vez desnudo miró sus largas piernas de viejo, llenas de tendones, recordó que en la región le llamaban sapo y que de todas aquellas largas charlas salía, avergonzado. De modo fatal, entablaba conversación con un acento blando y afectuoso, lleno de buena intención, calificándose a sí mismo de *viejo estudiante*, de *idealista* y de *Don Quijote*; pero luego, poco a poco, sin darse cuenta, pasaba al tono insultante, a la calumnia, siendo lo más asombroso de todo la sinceridad completa con que atacaba a la ciencia, al arte y a las costumbres, aunque, como ya hacía muchos años que no había leído ni un libro, ni ido más allá de una ciudad regional, no sabía en realidad lo que pasaba en el mundo. Apenas se sentaba a escribir algo, aunque sólo fuera una carta de felicitación, el tono insultante surgía en la carta; cosa singular, pues, en el fondo, era hombre sensible y fácil a las lágrimas. ¡Tal vez habitaba dentro de él una fuerza maligna que le hacía aborrecer y calumniar contra su voluntad!

—¡Qué fastidio...! —suspiraba bajo la manta— ¡Qué fastidio...!

Tampoco las hijas durmieron. De pronto, se oyó una risa y un grito, como si estuvieran persiguiendo a alguien. Era Zhenia que sufría un ataque histérico. Poco después Iraida estallaba en sollozos.

Por el pasillo, descalza, pasó corriendo varias veces la doncella.

—¡Qué historia, Dios mío...! —balbucía Rashevich, suspirando y volviéndose para un lado y para otro—. ¡Qué fastidio!

Durante el sueño le angustió una pesadilla. Soñaba que se veía a sí mismo en medio de la habitación, desnudo y alto como una jirafa, señalando ante sí con el dedo extendido y diciendo: «¡En la cara! ¡En la cara!».

Se despertó asustado, acudiéndole a la memoria, primeramente, la *mala inteligencia* de la víspera y la idea de que Meyer no volvería más. Recordó también que había que pagar los intereses al Banco, que casar a las hijas, que comer y que beber. Y, sobre todo ello, la vejez, y los disgustos... Pronto llegaría el invierno y no tenían leña...

Hacía rato que habían dado las nueve. Rashevich se vistió lentamente, bebió su té y se comió dos grandes rebanadas de pan con mantequilla. Las hijas no se presentaron a tomar el té. No querían encontrarse con él, cosa que le ofendía. Después de permanecer un rato tumbado en el diván del despacho, empezó a escribir

una carta a sus hijas. La mano le temblaba y los ojos le escocían. Las escribía que ya estaba viejo, que nadie tenía necesidad de él, que nadie le amaba, y las pedía que le olvidaran y que cuando se muriera le enterraran en el ataúd más sencillo, sin ceremonias, y enviaran su cadáver a la sala de anatomía de Járkov. Sentía que cada uno de aquellos renglones respiraba maldad y comedia, pero sin poder ya contenerse seguía escribiendo...

—¡Sapo! —oyó decir de repente en la habitación contigua.

Era la voz de su hija la mayor. Una voz silbante e indignada.

—¡Sapo!

—¡Sapo! —repitió, como un eco, la menor—, ¡Sapo!

EL TEDIO DE LA VIDA

(Скука жизни)

En observación de la gente con experiencia, los ancianos tienen dificultad para despedirse de la vida de aquí, y usualmente muestran lo propio de su edad: avaricia y codicia, y asimismo desconfianza, cobardía, testarudez, insatisfacción y demás.

A. P. Niechaiev, *Guía práctica para sacerdotes*.

A la coronela Anna Mijáilovna Liébedieva se le murió la única hija, una muchacha jovencita. Esa muerte acarreó tras sí otra muerte: la vieja, aturdida por la visita de Dios, sintió que todo su pasado había muerto sin retomo, y que ahora empezaba para ella otra vida, que tenía muy poco en común con la primera.

Se apresuró con desorden. Ante todo envió al Monte Athos mil rublos, y donó a la iglesia del cementerio la mitad del dinero del hogar. Un poco después dejó de fumar e hizo el voto de no comer carne. Pero con todo eso no se alivió en absoluto, sino al contrario, la sensación de vejez y la cercanía de la muerte se le hicieron más agudas y expresivas. Entonces Anna Mijáilovna vendió por una miseria su casa de la ciudad, y sin ningún propósito particular se apresuró a su finca.

Una vez que en la conciencia de una persona, en cualquier forma que fuera, se elevaba una demanda sobre los objetivos de la existencia, y aparecía la viva necesidad de asomarse al otro lado de la tumba, ahí ya no satisfacían ni la donación, ni el ayuno, ni el divagar de un lugar a otro. Pero, por suerte para Anna Mijáilovna, al momento de su llegada a Zhénino el destino la condujo a un hecho, que la obligó a olvidar por largo tiempo la vejez y la cercanía de la muerte. Sucedió que el día de su llegada, el cocinero Martin se derramó agua hirviendo en ambas piernas. Corrieron a por el doctor del pueblo, pero no lo hallaron en casa. Entonces Arma Mijáilovna, aprensiva y sensible, lavó las heridas de Martin con sus propias manos, les dio con un ungüento y le puso vendajes a ambas piernas. Toda la noche estuvo sentada junto al lecho del cocinero. Cuando, gracias a sus empeños, Martin dejó de gemir y se durmió, su alma, como ella relató después, fue «cubierta» por algo. De pronto le pareció que ante ella, como en la palma de su mano, se había abierto el objetivo de su vida... Pálida, con los ojos húmedos, con beatitud, besó en la frente al dormido Martin y empezó a rezar.

Después de eso Liébedieva se dedicó a la curación. En sus días de vida pecadora, desaseada, que ahora recordaba de ningún otro modo salvo con repulsión, a ella, sin nada que hacer, le había tocado curarse mucho. Además, entre el número de sus amantes había doctores, de quienes había aprendido algo. Lo uno y lo otro le venía ahora como no se podía a propósito. Se había suscrito a un botiquín, a unos cuantos libros, al periódico *El médico* y procedió a la curación con valentía. Al principio se

curaban con ella solamente los habitantes de Zhénino, pero después empezó a concurrir el público de todos los pueblos de alrededor.

—¡Imagínese, querida mía! —se jactaba ante la esposa del pope unos tres meses después de su llegada— Ayer tuve dieciséis enfermos, y hoy así todo unos veinte. Me cansé tanto con ellos, que apenas me tengo en pie. ¡Todo el opio se me acabó, imagínese! ¡En Gurin hay una epidemia de disentería!

Cada mañana al despertar recordaba que la esperaban los enfermos, y su corazón se bañaba de un frescor agradable. Tras vestirse y atiborrarse de té con prontitud, empezaba la consulta. El proceder de la consulta le brindaba un placer indecible. Al principio con lentitud, como deseando alargar el placer, apuntaba a los enfermos en un cuaderno, después llamaba a cada uno por turno. Mientras más penoso era el sufrir del enfermo, mientras más sucia y repulsiva su dolencia, más dulce le parecía la labor. Nada le brindaba tal gusto, como la idea de que luchaba con su aprensión y no se apiadaba de sí, y se empeñaba a propósito en hurgar más tiempo en las heridas infectadas. Había minutos en que, como embebida en la deformidad y fetidez de las heridas, caía en cierto cinismo extasiado, cuando le aparecía el deseo irresistible de violar su naturaleza, y en esos minutos le parecía que estaba a la altura de su vocación. Adoraba a sus pacientes. Su sensación le sugería que eran sus salvadores, y de forma juiciosa quería ver en éstos no personalidades separadas, no *muzhiks*, sino algo abstracto: ¡el pueblo! Por eso era con éstos inusualmente suave, tímida, se sonrojaba delante de ellos por sus errores, y en las consultas siempre tenía un aspecto culpable...

Después de cada consulta, que le quitaba más de medio día, ella, fatigada, enrojecida por la intensidad y enferma, se apuraba a dedicarse a la lectura. Leía libros médicos o esos de autores rusos, que más convenían a su estado de ánimo.

Viviendo una nueva vida Anna Mijáilovna se sentía fresca, satisfecha y casi dichosa. Una mayor plenitud de vida ella no quería. Y ahí aún como culminación de la dicha, como en lugar del postre, las circunstancias se conformaron así que se reconcilió con su marido, ante quien se sentía profundamente culpable. Unos diecisiete años atrás, poco después del nacimiento de su hija, había engañado a su marido Arkadi Petrovich y debió separarse de él. Desde entonces no lo veía. Este servía en algún lugar del sur en la artillería, como comandante de batería y raramente, unas dos veces al año, enviaba cartas a su hija, que ésta escondía de su madre con empeño. Después de la muerte de su hija, Anna Mijáilovna recibió de repente una carta grande de él. Con una letra anciana, debilitada le escribía que con la muerte de su única hija, había perdido lo último que lo apegaba a la vida, que estaba viejo, enfermo y ansiaba la muerte, que al mismo tiempo temía. Se quejaba de que todo le cansaba y repugnaba, que había dejado de llevarse con las personas y esperaba impaciente ese tiempo, cuando entregaría la batería y se iría lejos de las disputas. En conclusión le pedía por Dios a su mujer que rezara por él, se cuidara y no se entregara al abatimiento. Los viejos entablaron una correspondencia aplicada. En cuanto se

podía entender por las cartas siguientes, que eran todas igualmente lacrimosas y sombrías, al coronel le resultaba espantoso no sólo por las enfermedades y la privación de su hija: había contraído deudas, peleado con la jefatura y la oficialidad, descuidado su batería hasta la imposibilidad de entregarla, y demás. La correspondencia entre los esposos continuó cerca de dos años, y terminó con que el viejo presentó la dimisión y vino a vivir a Zhénino.

Llegó un mediodía de febrero, cuando los edificios de Zhénino se escondían tras altos montones de nieve, y en el aire diáfano, celeste junto con la helada robusta, crujiente había un silencio de muerte.

Mirando por la ventana cómo se bajaba del trineo, Anna Mijáilovna no reconoció en él a su marido. Era un viejecito pequeño, jorobado, ya decrepito y desvencijado por completo. A Anna Mijáilovna ante todo le saltaron a los ojos los pliegues ancianos de su cuello largo, y las piernas delgadas con las rodillas tensamente dobladas, parecidas a unas piernas artificiales. Al pagarle al cochero le demostró algo a este largo tiempo, y en conclusión escupió enojado.

—¡Hasta hablar con usted es repugnante! —oyó Anna Mijáilovna el gruñido anciano—. ¡Entienda que pedir para el té es inmoral! ¡Cada uno debe recibir sólo por lo que trabajó, eso es!

Cuando él entró al vestíbulo Anna Mijáilovna vio un rostro amarillento, no sonrosado incluso por la helada, con unos ojos saltones de cangrejo y una barbita escasa, en la que los pelos canosos se mezclaban con los rojizos. Arkadi Petrovich abrazó a su mujer con un brazo y la besó en la frente. Mirándose el uno al otro, los viejos como que se asustaron de algo y se confundieron terriblemente, como si les diera vergüenza su vejez.

—¡Justo a tiempo! —se apuró a decir Anna Mijáilovna—. ¡Justo acaban de poner la mesa! ¡Vas a comer muy bien después del viaje!

Se sentaron a comer. El primer plato se lo comieron callados. Arkadi Petróvich se sacó del bolsillo una billetera gruesa y examinó ciertos apuntes, y su mujer preparó la ensalada con empeño. Ambos tenían montones de material para la conversación a las espaldas, pero ni el uno ni la otra tocaron esos montones. Ambos sentían que el recuerdo de la hija les causaría un dolor agudo y lágrimas, y del pasado, como de un barril de vinagre profundo, emanaba sequedad y tiniebla...

—¡Ah, no comes carne! —observó Arkadi Petróvich.

—Sí, hice el voto de no comer nada con carne... —respondió la mujer.

—¿Entonces? Eso no perjudica la salud... Si se analiza por lo químico, tanto el pescado como todo lo de vigilia en general se compone de los mismos elementos que la carne. En esencia, no hay nada de vigilia... («¿Por qué yo digo esto?», pensó el viejo). Este pepino, por ejemplo, es tan de carne y de leche como el pollo...

—No... Cuando yo me como un pepino, sé que a él no le quitaron la vida, no derramaron sangre...

—Eso, mi querida, es un engaño óptico. Con el pepino tú comes muchas

bacterias, ¿y acaso el propio pepino no tenía vida? ¡Las plantas también son organismos! ¿Y el pescado?

«¿Para qué yo digo esta tontería?», pensó otra vez Arkadi Petróvich, y al momento empezó a relatar con rapidez sobre los éxitos que lograba ahora la química.

—¡Simplemente milagros! —decía, masticando el pan con trabajo—. ¡Pronto van a preparar leche química, y es posible que lleguen a la carne! ¡Sí! ¡Dentro de mil años en cada casa, en lugar de cocina, habrá un laboratorio químico, donde, de unos gases que no valgan nada y por el estilo, van a preparar todo lo que quieras!

Anna Mijáilovna miraba sus ojos de cangrejo corriendo inquietos y escuchaba. Sentía que el viejo hablaba de la química solo, para no hablar de alguna otra cosa pero, por lo menos, su teoría sobre la vigilia y la carne y la leche la mantenía ocupada.

—¿Al dimitir saliste como general? —preguntó, cuando él de pronto se calló y empezó a sonarse la nariz.

—Sí, como general... Su Excelencia...

El general habló todo el almuerzo sin cesar, y manifestó de esa manera un parloteo excesivo, una propiedad que en los tiempos de antaño, en la juventud, Anna Mijáilovna no le conocía. Por su parloteo a la vieja le dolió la cabeza.

Después de la comida se dirigió a su habitación para descansar, pero a pesar de la fatiga no consiguió dormirse. Cuando la vieja entró a donde él antes del té de la tarde, yacía contraído bajo la manta, miraba al techo con ojos desencajados y soltaba suspiros discontinuos.

—¿Qué te pasa, Arkadi? —se horrorizó Anna Mijáilovna, mirando su rostro grisáceo y alargado.

—Na... nada... —profirió él—. El reumatismo.

—¿Y por qué pues no lo dices? ¡Yo te podría ayudar!

—No se puede ayudar...

—Si es reumatismo, se unta yodo... soda salicílica...

—Una tontería todo eso... Ocho años me fui a curar... ¡No golpees así con los pies! —gritó de pronto el general a la vieja doncella, mirándola con ojos desencajados de modo rabioso—. ¡Golpea como una yegua!

Anna Mijáilovna y la doncella, ya deshabitadas a ese tono desde mucho tiempo, se miraron y sonrojaron. Observado su turbación, el general se enfurruñó y se giró hacia la pared.

—Yo debo advertirte, Aniuta... —gimió—. ¡Yo tengo un carácter insoportable! En la vejez me hice un gruñón...

—Hace falta dominarse... —suspiró Anna Mijáilovna.

—¡Es fácil decirlo: hace falta! ¡Hace falta que no haya dolor, y no obedece la naturaleza a nuestro «hace falta»! ¡Oh! Y tú, Aniuta, sal... En el momento del dolor la presencia de personas me irrita... Me cuesta hablar...

Pasaron los días, las semanas, los meses, y Arkadi Petróvich poco a poco se

asimiló al nuevo lugar: se habituó y se habituaron a él. En las primeras instancias vivía en la casa sin salida, pero la vejez y la pesadez de su carácter insoportable se sentían en todo Zhénino. Normalmente se despertaba muy temprano, hacia las cuatro de la mañana, su día empezaba con una tos anciana penetrante, que despertaba a Anna Mijáilovna y a todos los sirvientes. Para matar con algo el largo tiempo desde la mañana temprana hasta la comida, si el reumatismo no constreñía sus piernas, deambulaba por todas las habitaciones y reparaba en los desórdenes, que veía por todas partes. Lo irritaba todo: la pereza de los sirvientes, los pasos ruidosos, el canto de los gallos, el humo de la cocina, el tañido de la iglesia... Gruñía, maldecía, acosaba a los sirvientes pero, después de cada palabra de maldición, se agarraba la cabeza y decía con voz llorosa:

—¡Dios, qué carácter tengo! ¡Un carácter intolerable!

Y en el almuerzo comía mucho y parloteaba sin cesar. Hablaba del socialismo, las nuevas reformas militares, la higiene, y Anna Mijáilovna lo escuchaba y sentía, que todo eso se hablaba sólo para no hablar de la hija y del pasado. A ambos en presencia el uno del otro aún les era embarazoso, y como que les daba vergüenza por algo. Sólo en los atardeceres, cuando en las habitaciones estaba el crepúsculo, y el grillo cantaba abatido tras la estufa, ese embarazo desaparecía. Se sentaban juntos, callaban, y en ese tiempo sus almas como que susurraban eso que ambos no se decidían a expresar en voz alta. En ese tiempo, animándose el uno al otro con los residuos de la calidez vital, entendían a la perfección en qué pensaba cada uno. Pero la doncella traía la lámpara, y el viejo de nuevo se disponía a parlotear o gruñir por los desórdenes. Él no tenía ninguno objetivo. Anna Mijáilovna quería arrastrarlo a su medicina, pero en la misma primera consulta él bostezó y se fastidió. Apegarlo a la lectura tampoco lo consiguió. Él no sabía leer largo tiempo, durante horas, habituado en el servicio a la lectura a ratos. Le era suficiente leer cinco o seis páginas, para que fatigarse y quitarse las lentes.

Pero sobrevino la primavera, y el general cambió bruscamente su modo de vida. Cuando desde la finca, hacia el campo verde y el pueblo, corrían los senderos recién formados, y los pájaros se agolpaban en los árboles delante de las ventanas, para sorpresa de Anna Mijáilovna empezó a ir a la iglesia. Iba a la iglesia no sólo los festivos, sino también los días corrientes. Tal aplicación religiosa empezó con el réquiem, que el viejo en secreto de su mujer ofició a su hija. En el tiempo del réquiem se ponía de rodillas, hacía reverencias profundas, lloraba y le parecía que rezaba de modo ardiente. Pero eso no era un rezo. Entregado todo a su sensación paternal, dibujando en su memoria los rasgos de su hija amada, miraba a los iconos y susurraba:

—¡Shúrochka! ¡Mi amada niña! ¡Mi ángel!

Era una recaída de la tristeza anciana, pero el viejo se imaginó que en él se producía una reacción, un cambio. Al otro día le arrastró a la iglesia de nuevo, al tercero también... De la iglesia regresaba fresco, radiante, con una sonrisa en todo el

rostro. En el almuerzo el tema de su parloteo incesante eran ya la religión y las cuestiones teológicas. Anna Mijáilovna, entrando a su habitación, lo encontró unas cuantas veces hojeando el Evangelio. Pero, por desgracia, esa afición religiosa continuó no largo tiempo. Después de una fuerte en particular recaída del reumatismo, que continuó una semana entera, ya no fue a la iglesia: como que no recordó que necesitaba ir a misa...

De pronto anheló vivir en sociedad.

—¡No entiendo cómo se puede vivir sin la sociedad! —empezó a gruñir—. ¡Debo visitar a los vecinos! ¡Puede que eso sea tonto, banal, pero mientras viva, debo someterme a las reglas del mundo!

Anna Mijáilovna le preparó los caballos. Él hizo las visitas a los vecinos, pero ya no fue a verlos una segunda vez. La necesidad de estar en sociedad, entre personas, se satisfacía con que pasease por el pueblo y reparase en los *muzhiks*.

Una vez por la mañana estaba sentado en el comedor, delante de una ventana abierta y tomaba té. Delante de la ventana, en la valla junto a unos arbustos de lilas y grosellas, estaban sentados en unos bancos unos *muzhib*, venidos a donde Arma Mijáilovna a curarse. El viejo entornó los ojos hacia ellos un buen rato y después gruñó:

—*Ces moujiks...* Objetos de pesar ciudadano... En vez de curarse las enfermedades, mejor sería que fueran a algún lugar a curarse las vilezas y las ruindades.

Anna Mijáilovna, que adoraba a sus pacientes, dejó de echar el té y miró con asombro mudo al viejo. Los pacientes, que no veían en la casa de Liébedieva nada más que caricias y cálido interés, se asombraron también y se levantaron de los asientos.

—Sí, señores *muzhiks...* *Ces moujiks...* —continuó el general—. Me asombran ustedes. ¡Me asombran mucho! Bueno, ¿acaso no son unos cerdos? —se giró el viejo hacia Anna Mijáilovna—. ¡El consejo del distrito les dio un préstamo para la siembra de avena, y ellos fueron y se bebieron esa avena! ¡No bebió uno, no dos, sino todos! Los taberneros no tenían donde meter la avena... ¿Está bien eso? —se giró el general hacia los *muzhiks*—. ¿Eh? ¿Está bien?

—¡Para, Arkadi! —susurró Anna Mijáilovna.

—¿Ustedes piensan que el consejo consiguió esa avena gratis? ¿Qué ciudadanos son ustedes después de eso, si no respetan ni su propiedad, ni la ajena, ni la de la sociedad? Se bebieron la avena... talaron el bosque y se lo bebieron también... lo roban todo y toda la... Mi mujer los cura, y ustedes le robaron la vaya... ¿Está bien eso?

—¡Es suficiente! —gimió la generala.

—Es hora de poner la mente... —continuó gruñendo Liébediev— ¡Da vergüenza mirarlos! Tú, pelirrojo, viniste a curarte, ¿te duele el pie?, y no te ocupaste en casa de lavarte los pies... ¡Un metro de barro! ¡Esperas, ignorante, que te los laven aquí! Se

metieron en la cabeza que ellos son *ces moujiks*, bueno, y ya se imaginan que pueden montarse a caballo sobre las personas. El pope casó a cierto Fiódor, el carpintero de aquí. El carpintero no le pagó ni un kopek. «¡La pobreza! —dice—. ¡No puedo!». Bueno, está bien. Sólo que el pope le encarga a ese Fiódor un estante para los libros... ¿Y qué crees que pasó? ¡Unas cinco veces fue a donde el pope para cobrar! ¿Eh? Bueno, ¿no es un cerdo? Él mismo no le pagó al pope, y...

—El pope sin eso tiene mucho dinero... —tronó lúgubre uno de los pacientes.

—¿Y tú por qué lo sabes? —estalló el general, levantándose y asomándose por la ventana—. ¿Acaso le has mirado el bolsillo al pope? ¡Y aunque él fuera millonario, no debes valerte gratis de su trabajo! ¡Tú mismo no das nada gratis, así que no te lleves nada gratis! ¡Tú no te puedes imaginar las villanías que se producen entre ellos! —se giró el general hacia Anna Mijáilovna—. ¡Si estuvieras en sus juicios y en las reuniones! ¡Son unos bandidos!

El general no se calmó ni siquiera cuando empezó la consulta. Reparaba en cada enfermo, lo remedaba, explicaba todas las enfermedades con la borrachera y el libertinaje.

—¡Mira qué flaco! —golpeó a uno en el pecho con el dedo. ¿Y por qué? ¡No hay nada de comer! ¡Se lo bebió todo! ¿Te la bebiste la avena que dio el consejo?

—Qué le puedo decir —suspiró el enfermo—. Antes con los señores era mejor...

—¡Mientes! ¡Calumnias! —se arrebató el general—. ¡No dices eso de forma sincera, sino para hacer una alabanza!

Al día siguiente el general estaba sentado junto a la ventana de nuevo, y horneaba a los enfermos. Esa ocupación lo aficionaba, y empezó a sentarse junto a la ventana diariamente. Anna Mijáilovna, viendo que su esposo no se calmaba, empezó a recibir a los enfermos en el granero, pero el general consiguió llegar al granero también. La vieja soportó esa «prueba» con humildad, y expresó su protesta solamente con que se sonrojaba, y repartía dinero a los enfermos agraviados, pero cuando los enfermos, que al general no le gustaban nada, empezaron a ir donde ella menos y menos, no lo resistió. Una vez en la comida, cuando el general dijo alguna agudeza sobre los enfermos, sus ojos de pronto se llenaron de sangre, y le corrieron espasmos por el rostro.

—Te rogaría que dejases a mis enfermos en paz... —dijo con severidad—. Si sientes la necesidad de descargar tu carácter sobre alguien, pues maldíceme a mí, y a ellos déjalos... Gracias a ti ellos dejaron de venir a curarse.

—¡Ajá, dejaron de venir! —sonrió con malicia el general— ¡Se ofendieron! Júpiter, estás enojado, entonces, no tienes razón. Ja, ja... Aniuta, está bien que dejen de venir. Yo me alegro mucho... ¡Tu curación no trae nada más que daño! En lugar de curarse en el hospital del consejo con el médico, por las reglas de la ciencia, ellos vienen a ti a curarse todas las enfermedades con soda y aceite de ricino. ¡Un gran daño!

Anna Mijáilovna miró fijamente al viejo, pensó y de pronto palideció.

—¡Por supuesto! —continuó parlotando el general—. En medicina ante todo se necesita conocimiento, y después ya filantropía. Sin conocimientos no es más que charlatanería... Y además, por ley tú no tienes derecho a curar. Para mí, traerías bastante más provecho al enfermo si lo empujaras rudamente al médico, en vez de que tú misma empezaras a curarlo.

El general calló un poco y continuó:

—Si no te gusta mi trato con ellos, dejaré las conversaciones, aunque, por lo demás... razonar a conciencia, la sinceridad respecto a ellos es bastante mejor que el silencio y la adoración. Alejandro de Macedonia fue un gran hombre, pero no se deben romper las sillas. El pueblo ruso es un gran pueblo, pero eso lleva que no se pueda decirle la verdad a la cara. No se puede hacer del pueblo un perro faldero. Esos *ces moujiks* son personas como tú y yo, con sus defectos, por tanto, y por eso no es necesario rezarles, mimarlos, sino enseñarles, corregirlos... Instruirlos...

—No debemos enseñarles... —murmuró la generala—. Nosotros podemos aprender de ellos.

—¿Qué?

—Acaso no es... Ni siquiera... su amor al trabajo...

—¿El amor al trabajo? ¿Eh? ¿Has dicho amor al trabajo?

El general se atragantó, se levantó de la mesa y caminó por la habitación.

—¿Es que acaso yo no trabajé? —estalló—. Por lo demás... yo soy un intelectual, no soy un *muzhik*, ¿dónde voy a trabajar? ¡Yo... yo soy un intelectual!

El viejo se ofendió en serio, y su rostro adquirió una expresión infantil y caprichosa.

—Por mis manos pasaron miles de soldados... lo di todo en la guerra, pillé un reumatismo para toda la vida y... ¡y no trabajé! ¿O dirás que yo debo aprender a sufrir como ese pueblo tuyo? Por supuesto, ¿es que yo no he sufrido? Perdí a mi hija... ¡lo que aún me apegaba a la vida en esta maldita vejez! ¡Pero yo no sufrí!

Ante el repentino recuerdo de la hija los viejos, de pronto, rompieron a llorar y empezaron a secarse con las servilletas.

—¡Pero nosotros no sufrimos! —sollozó el general, dando rienda suelta a las lágrimas—. Ellos tienen un objetivo en la vida... la fe, y nosotros sólo tenemos preguntas... ¡preguntas y horror! ¡Nosotros no sufrimos!

Ambos viejos sintieron lástima el uno por el otro. Se sentaron juntos, se apretaron el uno al otro y lloraron juntos dos horas. Después de eso se miraron a los ojos el uno al otro ya con valentía, y hablaron con valentía de la hija, del pasado y del amenazante futuro.

Al atardecer se acostaron a dormir en una habitación. El viejo hablaba sin cesar y no dejaba dormir a su mujer.

—¡Dios, qué carácter tengo! —decía—. Bueno, ¿por qué te dije todo eso? Eran ilusiones, y la persona, en particular en la vejez, es natural que viva de ilusiones. Con mi parloteo te quité hasta el último consuelo. ¡Tú que sabrías hasta curar la muerte a

los *muzhiks*! ¡Y no comerás carne, pero me tiró el diablo de la lengua!

Sin ilusiones no se puede... Sucede que estados enteros viven de ilusiones... Los escritores célebres para algo, al parecer, son inteligentes, pero ni aun así pueden sin ilusiones. ¡He ahí tu favorito que escribió siete tomos sobre «el pueblo»!

Una hora después el general se revolvía y decía:

—¿Y por qué, precisamente en la vejez, la persona vigila sus sensaciones y critica sus acciones? ¿Por qué en la juventud no se dedica a eso? La vejez es intolerable sin eso... Sí... En la juventud toda la vida pasa sin dejar huella, apenas tomando conciencia, pero en la vejez cada mínima sensación se te mete como un clavo en la cabeza, y despierta un montón de preguntas...

Los viejos se durmieron tarde, pero se levantaron temprano. En general, después que Anna Mijáilovna dejara la curación, dormían poco y mal, por lo que la vida les parecía el doble de larga... Las noches las acortaban con conversaciones, y por el día merodeaban sin rumbo por las habitaciones o el jardín, y se miraban a los ojos el uno al otro de modo inquisitivo.

Hacia el final del verano el destino todavía envió a los viejos una «ilusión». Anna Mijáilovna, entrando una vez donde su marido, lo encontró en una ocupación interesante: estaba sentado a la mesa y comía con codicia rábano picado con aceite. Por el rostro se le movían y temblaban todas las venitas, y alrededor de las esquinas de la boca resonaba la saliva.

—¡Come, Aniuta! —propuso—, ¡Es magnífico!

Anna Mijáilovna probó indecisa el rábano, y empezó a comer. Pronto apareció también en su rostro una expresión de codicia...

—Sería bueno, ¿sabes?, que... —decía el general ese mismo día, acostándose a dormir—. Sería bueno, como hacen los judíos, cortarle la tripa a un lucio, sacarle el caviar y, ¿sabes?, con cebolla verde... fresca...

—¿Entonces? ¡El lucio no es difícil de pescar!

El general desvestido se dirigió descalzo a la cocina, despertó al cocinero y le encargó pescar un lucio. Por la mañana Anna Mijáilovna de pronto quiso lomo de pescado, y Martin debió cabalgar hasta la ciudad a por el lomo de pescado.

—¡Ah —se asustó la vieja—, me olvidé de decirle que comprara de paso unos caramelos de menta! Yo quería algo dulce.

Los viejos se entregaron a las sensaciones del gusto. Ambos se sentaban en la cocina, e inventaban comidas sin parar. El general tensaba su cerebro, recordaba la vida de soltero del campamento, cuando a él mismo le tocaba dedicarse a la cocina e inventaba... Entre el número de comidas inventadas por ellos, a ambos les gustaba en particular una preparada con arroz, queso rallado, huevos y jugo de carne refrita. En esa comida se ponía mucha pimienta y hoja de laurel.

Con el plato picante terminó la última «ilusión». Éste estaba destinado a ser el último encanto de la vida de ambos.

—Posiblemente llueva —dijo una noche de septiembre el general, a quien le

empezaba una recaída—. No debería haber comido hoy tanto de ese arroz... ¡Es pesado!

La generala se extendió en el lecho y respiró con pesadez. Tenía sofoco... Y a ella, como al viejo, le daban punzadas en el estómago.

—Y además, que se las lleve el diablo, te pican las piernas... —gruñía el viejo—. Desde los talones hasta las rodillas tienes picores... Dolor y picores... ¡Es intolerable, al diablo! Por lo demás, no te dejo dormir... Perdona...

Pasó más de una hora en silencio... Anna Mijáilovna poco a poco se habituó a la pesadez de estómago y se olvidó. El viejo se sentó en el lecho, puso la cabeza en la rodilla y estuvo sentado largo tiempo en esa posición. Después empezó a rascarse la pantorrilla. Mientras más trabajaban sus uñas, más molesto se hacía el picor.

Un poco después el viejo desdichado se bajó del lecho y cojeó por la habitación. Echó una mirada por la ventana... Allí tras la ventana, a la vívida luz de la luna, el frío otoñal constreñía gradualmente a la naturaleza moribunda. Se veía como una neblina grisácea, fría, que recubría la hierba marchita, y como el bosque gélido no dormía se estremecía entre los restos del follaje amarillento.

El general se sentó en el suelo, se abrazó las rodillas y puso la cabeza en éstas.

—¡Aniuta! —llamó.

La vieja sensible se revolvió y abrió los ojos.

—Mira lo que pienso, Aniuta —empezó el viejo—. ¿Estás dormida? Pienso que el contenido más natural de la vejez deben ser los hijos... ¿Tú que crees? Pero una vez que no hay hijos, la persona debe ocuparse de alguna otra cosa... Está bien en la vejez ser un escritor... un pintor, un científico... Dicen que Gladstone, cuando no tiene nada que hacer, estudia a los clásicos antiguos, y se aficiona. Si lo expulsan del servicio, tendrá con qué llenar su vida. Está bien asimismo darse al misticismo o... o...

El viejo se rascó las piernas y continuó:

—Ocurre que los viejos vuelven a la infancia, cuando quieren, por ejemplo, plantar un árbol, llevar órdenes... dedicarse al espiritismo...

Se oyó el ligero ronquido de la vieja. El general se levantó y miró por la ventana de nuevo. El frío lúgubre suplicaba entrar a la habitación, y la neblina se arrastraba ya hacia el bosque y envolvía sus troncos.

«¿Hasta la primavera cuántos meses son aún? —pensaba el viejo, apoyando su frente contra el cristal frío—. Octubre... noviembre... diciembre... ¡Seis meses!».

Y esos seis meses le parecieron de alguna forma infinitamente largos, largos como su vejez. Cojeó por la habitación y se sentó en la cama.

—¡Aniuta! —llamó.

—¿Sí?

—¿Tienes el botiquín cerrado?

—No, ¿por qué?

—Nada... Quiero untarme yodo en las piernas.

Sobrevino un silencio de nuevo.

—¡Aniuta! —despertó el viejo a su mujer.

—¿Qué?

—¿Los frasquitos tienen etiquetas?

—Tienen, tienen.

El general encendió una vela con lentitud y salió.

La soñolienta Anna Mijáilovna escuchó un buen rato el golpeteo de los pies descalzos y el tintineo de los frasquitos. Finalmente él regresó, tosió y se acostó.

Por la mañana no se despertó. Si simplemente se murió de repente, o porque fue al botiquín, Anna Mijáilovna no lo sabía.

Y además ella no estaba para eso, para averiguar la causa de esa muerte...

Se apresuró de nuevo con desorden, con espasmos. Empezaron las donaciones, el ayuno, los votos, las colectas para la peregrinación...

—¡Al monasterio! —susurraba, apretándose por miedo a la vieja doncella—. ¡Al monasterio!

HISTORIA DE UN CONTRABAJO

(Роман с контрабасом)

Procedente de la ciudad, dirigíase el músico Smichkov a la casa de campo del príncipe Bibulov, en la que, con motivo de una petición de mano, había de tener lugar una fiesta con música y baile. Sobre su espalda descansaba un enorme contrabajo metido en una funda de cuero. Smichkov caminaba por la orilla del río, que dejaba fluir sus frescas aguas, si no majestuosamente, al menos de un modo suficientemente poético.

«¿Y si me bañara?», pensó.

Sin detenerse a considerarlo mucho, se desnudó y sumergió su cuerpo en la fresca corriente. La tarde era espléndida, y el alma poética de Smichkov comenzó a sentirse en consonancia con la armonía que le rodeaba. ¡Qué dulce sentimiento no invadiría, por tanto, su alma al descubrir (después de dar unas cuantas brazadas hacia un lado) a una linda muchacha que pescaba sentada en la orilla cortada a pico! El músico se sintió de pronto asaltado por un cúmulo de sentimientos diversos... Recuerdos de la niñez..., tristezas del pasado... y amor naciente... ¡Dios mío...! ¡Y pensar que ya no se creía capaz de amar...! Habiendo perdido la fe en la Humanidad (su amada mujer habíase fugado con su amigo el fagot Sobakin), en su pecho había quedado un vacío que le había convertido en un misántropo.

«¿Qué es la vida? —se preguntaba con frecuencia—. ¿Para qué vivimos...? ¡La vida es un mito, un ensueño, una prestidigitación...!».

Detenido ante la dormida beldad (no era difícil ver que estaba dormida), de pronto e involuntariamente sintió en su pecho algo semejante al amor. Largo rato permaneció ante ella devorándola con los ojos.

«¡Basta! —pensó exhalando un profundo suspiro—. ¡Adiós, maravillosa aparición! ¡Llegó la hora de partir para el baile de su excelencia!».

Después de contemplarla una vez más, y cuando se disponía a volver nadando, por su cabeza pasó rauda una idea.

«He de dejarle algo en recuerdo mío —pensó—. Dejaré algo prendido en su caña de pescar. ¡Será una sorpresa que le envía un desconocido!».

Smichkov nadó suavemente hacia la orilla, cortó un gran ramo de flores silvestres y acuáticas y, después de atarlo con un junco, lo enganchó a la caña. El ramo se hundió hasta el fondo, pero arrastró consigo el lindo flotador.

El buen sentido, las leyes de la Naturaleza y la posición social de mi héroe exigirían que esta novela acabara en este preciso punto; pero ¡ay...! El designio del autor es irreducible... Por causas que no dependen de él, la novela no terminó con la ofrenda del ramo de flores. Pese a la sensatez de su juicio y a la naturaleza de las cosas, el humilde contrabajo estaba llamado a representar un papel importante en la

vida de la noble y rica beldad.

Al acercarse nadando a la orilla, Smichkov quedó asombrado de no ver sus prendas de vestir. Se las habían robado. Unos malhechores desconocidos le habían despojado de todo mientras él contemplaba a la beldad, dejándole sólo el contrabajo y la chistera.

—¡Maldición! —exclamó Smichkov—. ¡Oh, gentes engendradas por la malicia! ¡No me indigna tanto la pérdida de mi vestimenta, ya que la vestimenta es vanidad, como el verme obligado a ir desnudo, atacando con ello la decencia pública!

Y sentándose sobre el estuche del contrabajo se puso a buscar una solución a su terrible situación.

«No puedo presentarme desnudo en casa del príncipe Bibulov —pensaba—. ¡Habrá damas! ¡Y además, los ladrones, al robarme los pantalones, se llevaron al mismo tiempo la colofonia que tenía en el bolsillo!».

Meditó tan largo rato que llegó a sentir dolor en las sienes.

«¡Ah! —se acordó de pronto—. No lejos de la orilla, entre los arbustos, hay un puentecillo... Puedo meterme debajo de él hasta que anochezca, y cuando sea de noche, en la oscuridad, me deslizaré hasta la primera isba».

Con este pensamiento, Smichkov se caló la chistera, cargó el contrabajo sobre su espalda y se dirigió con paso vacilante hacia los arbustos. Desnudo y con aquel instrumento musical sobre la espalda, recordaba a cierto antiguo y mitológico semidiós.

Y ahora, lector mío, mientras mi héroe está sentado bajo el puente, lleno de tristeza, volvamos a la joven pescadora. ¿Qué había sido de ésta?

Al despertarse la beldad y no ver en el agua su flotador, se apresuró a tirar del sedal. Éste se atirantó, pero ni el anzuelo ni el flotador salieron a la superficie. Sin duda, el ramo de Smichkov, al llenarse de agua, se había hecho pesado.

«O bien he pescado un pez muy grande o el anzuelo se me ha enganchado en algo», pensó la joven.

Tiró unas cuantas veces más de la cuerda y al fin decidió que el anzuelo se había, efectivamente, enganchado en algo.

«¡Qué lástima! —pensó—. ¡Se pesca tan bien al anochecer...! ¿Qué haré?».

La extravagante joven, sin pensarlo mucho, se quitó la ligera ropa y sumergió el maravilloso cuerpo en el agua hasta la altura de los marmóreos hombros. No era tarea fácil desprender el anzuelo del ramo enredado en el sedal; pero la paciencia y el trabajo dieron su fruto. Poco más o menos, un cuarto de hora después la beldad salía resplandeciente del agua, con el anzuelo en la mano.

Un destino funesto le acechaba, sin embargo. Los mismos granujas que robaron la ropa de Smichkov se habían llevado también la suya, dejándola sólo el frasco de los gusanos.

«¿Qué hacer? —lloró la joven—. ¿Será posible que tenga que marchar de este modo...? ¡No! ¡Nunca! ¡Antes la muerte! Esperaré a que oscurezca, y en la sombra

me iré a la casa de la tía Agafia, desde donde mandaré a la mía por un vestido... Mientras tanto, me esconderé debajo del puentecillo...».

Y mi heroína, escogiendo aquellos sitios por donde la hierba era más alta y agachándose, se dirigió corriendo al puentecillo. Al deslizarse bajo éste y ver allí a un hombre desnudo, con artística melena y velludo pecho, la joven lanzó un grito y perdió el sentido.

Smichkov también se asustó. Primeramente tomó a la joven por una ondina.

«¿Es tal vez una sirena venida para seducirme? —pensó; suposición que le halagó, pues siempre había tenido una alta opinión de su exterior—. Mas si no es una sirena, sino un ser humano, ¿cómo explicarse esta extraña metamorfosis?».

—¿Por qué está aquí, debajo de este puente? ¿Qué le sucede? —preguntó a la joven.

Mientras buscaba una respuesta a estas preguntas, la beldad recobró el sentido.

—¡No me mate! —dijo en voz baja— Soy la princesa Bibulov. ¡Se lo ruego! Le recompensarán con largueza. Estuve dentro del agua desenganchando mi anzuelo y unos ladrones me robaron el vestido nuevo, los zapatos y las demás ropas.

—Señorita... —dijo Smichkov, con voz suplicante—. A mí también me han robado la ropa, y no sólo eso, sino que, además, al robarme los pantalones se llevaron la colofonia, que estaba en el bolsillo.

Los contrabajos y los trombones son, por lo general, gente apocada; pero Smichkov constituía una agradable excepción.

—Señorita —dijo, pasados unos instantes—. Veo que la conturba mi aspecto; pero estará usted de acuerdo conmigo en que por las mismas razones tuyas, me es imposible salir de aquí. Escuche, pues, lo que he pensado: ¿Aceptaría usted meterse en la caja de mi contrabajo y cubrirse con la tapa? Esto la escondería a mi vista...

Diciendo esto, Smichkov sacó el contrabajo del estuche. Por un momento le pareció que al ceder este profanaba el sagrado arte; pero su vacilación no duró largo tiempo. La beldad se metió, encogiéndose, en el estuche y el músico anudó las correas, celebrando mucho que la Naturaleza le hubiera obsequiado con tanta inteligencia.

—Ahora, señorita, no me ve usted. Siga ahí echada y quédese tranquila. Cuando oscurezca la llevaré a casa de sus padres. El contrabajo volveré a buscarlo más tarde.

Una vez anochecido. Smichkov se echó al hombro el estuche que contenía a la beldad, y cargado con él se dirigió a la casa de campo de Bibulov. Su plan era el siguiente: Pasaría primero por la isba más próxima para procurarse ropa y proseguiría después su camino...

«No hay mal que por bien no venga —pensaba mientras levantaba el polvo con sus pies desnudos y se doblaba bajo su carga—. Seguramente, por haber intervenido con tanta eficacia en el destino de la princesa Bibulov, seré generosamente recompensado».

—¿Está usted cómoda, señorita? —preguntaba con el tono de un galante

caballero que invita a bailar un *quadrille*—. No se preocupe, tenga la bondad, acomódese en mi estuche como si estuviera en su casa.

De repente, se le antojó al galante Smichkov que delante de él y ocultas en la sombra iban dos figuras humanas. Mirando con más detenimiento, se convenció de que no se trataba de una ilusión óptica. Dos figuras caminaban, en efecto, delante de él, llevando unos bultos en la mano.

«¿Serán éstos los ladrones? —pasó por su cabeza—. Parecen llevar algo... Con seguridad, nuestras ropas...». Y Smichkov, depositando el estuche al borde del camino, salió corriendo en persecución de las figuras.

¡Alto! —gritaba—. ¡Alto! ¡Cogedlos!

Las figuras volvieron la cabeza, y al notar que les iban persiguiendo, echaron a correr... Aún durante largo rato escuchó la princesa pasos veloces y el grito de «¡Alto!, ¡alto...!». Por último, todo quedó en silencio.

Smichkov estaba entregado a la persecución, y seguramente la beldad hubiera permanecido largo tiempo en el campo, al borde del camino, si no hubiera sido por un feliz juego de azar. Ocurrió, en efecto, que al mismo tiempo y por el mismo camino, se dirigían a la casa de campo de Bibulov los compañeros de Smichkov, el flauta Zhuchkov y el clarinete Razmajaikin. Al tropezar con el estuche, ambos se miraron asombrados.

—¡El contrabajo! —dijo Zhuchkov—. ¡Vaya, vaya...! ¡Pero si es el contrabajo de nuestro Smichkov! ¿Cómo ha venido a parar aquí?

—Esto es que a Smichkov le ha ocurrido algo —decidió Razmajaikin.

—O que se ha emborrachado y le han robado... Sea como sea, no debemos dejar aquí el contrabajo. Nos lo llevaremos.

Zhuchkov cargó el estuche sobre sus espaldas, y los músicos prosiguieron su camino.

—¡Diablos! ¡Lo que pesa! —gruñía el flauta durante el camino—. ¡Por nada del mundo hubiera consentido yo en tocar en este monstruo! ¡Uf...!

Al llegar a la casa de campo del príncipe Bibulov, los músicos dejaron el estuche en el sitio reservado a la orquesta y se fueron al bufet.

En aquella hora ya se habían empezado a encender arañas y brazos de luz.

El novio (el consejero de corte Lakeich), guapo y simpático funcionario del Servicio de Comunicaciones, con las manos metidas en los bolsillos, conversaba en el centro de la habitación con el conde Shkálíkov. Hablaban de música.

—En Nápoles, conde —decía Lakeich—, conocí a un violinista que hacía verdaderos milagros. No lo creerá usted, pero con un contrabajo de lo más corriente lograba unos trinos... ¡Algo fantástico...! Tocaba con él los valeses de Strauss.

—¡Por Dios! —dudó el conde—. ¡Eso es imposible!

¡Se lo aseguro! ¡Y hasta las rapsodias de Liszt! Yo vivía en la misma fonda que él, y como no tenía nada que hacer, llegué a aprender en el contrabajo la rapsodia de Liszt.

—¿La rapsodia de Liszt...? ¡Hum...! ¿Está usted bromeando?

—¿No lo cree usted? —rió Lakeich—. Pues se lo voy a demostrar ahora mismo. Vamos a la orquesta.

Y el novio y el conde se dirigieron a la orquesta. Se acercaron al contrabajo, desataron rápidamente las correas y... ¡oh espanto...!

Pero ahora, mientras el lector da libertad a la imaginación y se dibuja el final de aquella discusión musical, volvamos a Smichkov... El pobre músico, no habiendo podido alcanzar a los ladrones, volvió al lugar en que había dejado el estuche; pero ya no estaba allí la preciosa carga. Perdido en suposiciones, pasó y repasó varias veces por aquel paraje, y no encontrando el estuche, decidió que había ido a parar a otro camino.

«¡Esto es terrible! —pensaba mesándose los cabellos y presa de un frío interior—. ¡Se asfixiará dentro del estuche! ¡Soy un asesino...!».

Ya había entrado la medianoche y Smichkov continuaba dando vueltas por el camino, buscando el estuche. Por fin volvió a meterse bajo el puentecillo.

«Seguiré buscando cuando amanezca», decidió.

Al amanecer, la búsqueda dio el mismo resultado, y Smichkov decidió esperar debajo del puente a que llegara la noche...

«La encontraré —mascullaba, quitándose la chistera y tirándose del pelo—. ¡Aunque tarde un año, la encontraré...!».

.....

Todavía hoy, los campesinos que habitan los lugares descritos cuentan cómo por las noches, junto al puentecillo, puede verse a un hombre desnudo, todo cubierto de pelo y tocado con una chistera. Cuentan también que, a veces, debajo del puente, se oyen roncós sonidos de contrabajo.

LISTADO DE PERSONAS CON DERECHO A VIAJAR GRATIS EN LOS TRENES RUSOS

(Список лиц, имеющих право на бесплатный проезд по русским железным дорогам)

En vagón de primera clase:

1) Cualquier empleado, sin excepción, sus ayudantes, sus ayudantas, y los ayudantes de los ayudantes.

Nota: No gozan del derecho a viajar gratis aquellos rangos ferroviarios de bajo rango que llevan las narices manchadas de aceite y la ropa sucia (engrasadores, obreros del depósito, etcétera).

2) Las esposas de los empleados, sus padres, sus hijos, sus nietos, sus bisnietos, sus cuñadas, sus hermanos, sus hermanas, sus suegras, sus tías, sus compadres, sus padrinos, sus ahijados, sus primos, sus sobrinas y, en general, los parientes por cualquier línea, las institutrices, las ayas...

3) Los billeteros de las estaciones, sus esposas y sus conocidos.

4) Los terratenientes que sean vecinos de los jefes de estación y que jueguen en ella al *whist* con sus esposas y parientes.

5) Los visitantes de los empleados.

Nota: En caso de que la despedida de los visitantes se alargase, el jefe de estación tendrá derecho a detener el tren durante unos diez o veinte minutos.

6) Todos los conocidos del maquinista, sin excepción.

7) Los acreedores de los empleados del ferrocarril.

En vagón de segunda clase:

1) Los ayuda de cámara de los empleados, sus cocineros, sus cocineras, sus cocheros, sus doncellas y los deshollinadores.

2) Los sirvientes de los parientes y de los conocidos.

3) Los parientes y los conocidos de los sirvientes.

4) Los caballos, los burros y los toros del ferrocarril.

En vagón de tercera clase:

1) Los pasajeros que hubieran pagado por una primera o segunda clase, pero que no encontraron sitio en los vagones de primera o segunda clase porque iban llenos de

gente viajando gratis.

Nota: A dichos pasajeros se les permitirá ir de pie. La dirección de la línea entre Libavo y Romiensi les autoriza, asimismo, a recostarse bajo los asientos o colgarse de los ganchos.

MIEDOS

(Страхи)

Sólo tres veces durante el curso de mi vida he sentido miedo. Mi primer auténtico miedo, de esos miedos que erizan el cabello y hacen correr un hormigueo por todo el cuerpo, tuvo por causa un suceso insignificante, pero misterioso. Un día del mes de junio, a la caída de la tarde, hallándome desocupado, me dirigí a la estación en busca de los periódicos. El anochecer era quieto, templado y casi sofocante, como suelen serlo esos monótonos anocheceres de julio que una vez comenzados se prolongan por espacio de dos semanas y a veces más y que de repente interrumpe una violenta tormenta acompañada de soberbio y refrescante chaparrón.

Hacía tiempo que se había puesto el sol, y una sombra extensa y grisácea cubría la tierra; los vahos empalagosos de las hierbas y las flores percibíanse en el aire inmóvil y suspenso. Iba yo subido en un simple carro. Detrás de mí, y con la cabeza apoyada en un saco de avena, roncaba plácidamente Pashka, el hijo del jardinero, muchacho de unos ocho años, que llevaba conmigo por si se hacía preciso atender al caballo. Nuestro camino era un sendero estrecho y recto como una regla que, semejante a una gran serpiente, se escondía en un alto y espeso centeno. El crepúsculo vespertino se diluía en una pálida luz. La estrecha y torpe nube que tan pronto tomaba la forma de una barca como la de un hombre envuelto en una manta, cortaba aquella raya clara... Llevaría ya recorridas dos o tres verstas cuando he aquí que en el pálido fondo de aquel crepúsculo vespertino empezaron a recortarse los altos y esbeltos sauces, tras ellos brilló el río y ante mí, de repente, como por hechizo, surgió un espléndido cuadro. Como nuestro camino quedaba cortado por una pendiente cubierta de maleza, se hizo necesario parar el caballo. Nos hallábamos detenidos en lo alto de una colina y a nuestros pies se extendía un gran hoyo lleno de sombras, de extrañas figuras y de espacio. En el fondo de aquel hoyo, sobre una lisa llanura, defendida por los sauces y acariciada por el fulgor del río, estaba el pueblo.

Este dormía... Sus isbas, su iglesia con su campanario y sus árboles recortábanse en el crepúsculo gris y en la pulida superficie del río, donde su reflejo se oscurecía.

Desperté a Pashka para evitar que se cayera del carro y emprendí la bajada con suma precaución.

—¿Hemos llegado ya a Lúkovó? —preguntó Pashka, levantando perezosamente la cabeza.

—Hemos llegado. Sujeta las riendas.

Mientras bajaba llevando al caballo de la brida, miraba al pueblo. Desde el primer momento algo singular atrajo mi atención. En la parte más alta del campanario, en una pequeña ventana situada entre las campanas y la cúpula, oscilaba una lucecita. Esta llama, al apagarse, quedaba un instante suspensa; luego, semejante a una

lamparilla, ardía más vivamente. ¿De dónde venía? Su procedencia me resultaba incomprensible. No podía estar encendida tras la ventana, ya que en esa parte elevada del campanario no había iconos ni lamparitas. Allí, como yo sabía muy bien, sólo se encontraban vigas, polvo y telarañas. Conseguir llegar a aquella parte de la torre era difícil, pues el acceso al campanario estaba herméticamente cerrado.

Más bien podía ser aquella lucecita el reflejo de alguna luz exterior, pero a pesar de todos mis esfuerzos visuales, en todo el espacio inmenso tendido ante mí no pude distinguir, aparte de esta luminaria, ni un solo punto de claridad. No había luna, y tampoco era posible que la pálida y casi extinguida rayita del crepúsculo vespertino produjera aquel reflejo, porque la ventana de la lucecita no miraba al oeste, sino al este. Tales y otras semejantes reflexiones bullían en mi cerebro, mientras bajaba conduciendo al caballo. Una vez al pie de la cuesta me senté en el carro y volví a contemplar la lucecita. Ésta, como antes, se apagaba y volvía a encenderse.

«¡Qué extraño! —pensé, perdiéndome en suposiciones—. ¡Muy extraño!».

Poco a poco una desazón comenzó a apoderarse de mí. Primeramente pensé que me enojaba conmigo mismo por no ser capaz de explicarme un fenómeno sencillo; pero cuando luego, de repente, apartando la cabeza de la lucecita, así a Pashka por el brazo, claramente comprendí que era presa del miedo...

Un sentimiento de soledad, de tristeza y de espanto me envolvió, como si a pesar mío hubiera sido arrojado a este hoyo lleno de crepúsculo, en el que, solo, habría de enfrentarme con aquel campanario que me miraba con su ojo carmesí.

—¡Pashka! —llamé, cerrando, espantado, los ojos.

—¿Qué?

—¡Pashka! ¿Qué luz es esa que arde en el campanario?

Pashka miró al campanario por encima de mi hombro y bostezó.

—¡Vaya usted a saber!

El breve diálogo con el chiquillo me tranquilizó un poco, pero esta tranquilidad no me duró mucho tiempo. Pashka, reparando en mi inquietud, fijó sus grandes ojos en la lucecita, luego me miró a mí y después otra vez a la lucecita...

—Tengo miedo... —murmuró.

Entonces, perdida por el terror la noción de las cosas, rodeé con un brazo al chiquillo, me apreté contra él y azoté al caballo.

—¡Qué tontería! —iba diciéndome a mí mismo—. Si ese fenómeno infunde temor es sólo por lo que tiene de incomprensible. ¡Todo lo incomprensible resulta misterioso, y por lo mismo inspira miedo...!

Y seguía razonándome sin dejar a la vez de azotar a los caballos. Cuando llegamos a la estafeta de Correos, de intento me puse a charlar durante una hora entera con el jefe; leí dos o tres periódicos, pero todo en vano. La intranquilidad no me abandonaba. Durante el camino de vuelta, ya no veía la lucecita; pero, en cambio, las siluetas de las isbas, de los sauces y de las montañas por las que habíamos de subir se me antojaban animadas. ¿Por qué estaba allí aquella lucecita...? Ésta es la

hora en la que no me lo he sabido explicar.

Otro de los miedos experimentados por mí fue provocado por un suceso no menos insignificante. Regresaba de una cita. Era la una de la madrugada, o sea, el momento en que la naturaleza por lo general suele sumergirse en el más profundo y dulce sueño prematutino; pero en aquella ocasión la naturaleza no dormía y no podía decirse que la noche fuera precisamente tranquila. Las chochas, las cordonices y los ruiseñores lanzaban su grito; cantaban los grillos y las chicharras. Una bruma ligera flotaba sobre la hierba y en el cielo, no se sabía hacia dónde y, sin mirar atrás, sentía que pasaban volando las nubes por delante de la luna. La naturaleza se mantenía despierta, como si temiera desperdiciar en el sueño los mejores instantes de su vida. Yo seguía el estrecho sendero que corre junto al terraplén del ferrocarril. La luz de la luna resbalaba sobre los rieles ya cubiertos del rocío y las grandes sombras de las nubes pasaban a cada momento por el terraplén. A lo lejos, frente a nosotros, ardía una opaca lucecita verde.

«Lo cual quiere decir que todo está en regla», pensé mirándola.

También mi alma estaba quieta, tranquila y en regla. Como volvía de la cita no tenía por qué apresurarme, no sentía sueño y la salud y la juventud estaban presentes en cada uno de mis suspiros, en cada uno de mis pasos que resonaban sordamente en medio del monótono rumor de la noche. Ya no me acuerdo de lo que experimentaba entonces, pero sí sé que me encontraba bien, muy bien.

No había recorrido más de una versta cuando a mis espaldas resonó algo estrepitoso y acompasado, semejante al cantar de un arroyo. A cada segundo transcurrido, este estrépito aumentaba, aumentaba; se acercaba más y más. Volviéndome, vi a unos cien pasos la sombra del bosquecillo del que acababa de salir, y cómo en aquel sitio el terraplén, trazando un bello semicírculo, torcía hacia la derecha y desaparecía entre los árboles. Perplejo, me detuve y esperé. Un instante después, de aquella curva surgía un cuerpo grande y negro que con velocidad vertiginosa se precipitaba en mi dirección, y con rapidez de pájaro pasaba volando junto a mí sobre los rieles.

Apenas habría pasado medio minuto cuando ya aquella mancha había desaparecido fundiéndose su estruendo en el rumor de la noche.

Se trataba sencillamente de un vagón de mercancías. Éste en sí mismo no presentaba ninguna particularidad especial; sin embargo, su aparición en medio de la noche, solo y sin locomotora, me llenó de perplejidad. ¿De dónde podía venir...? ¿Qué fuerzas le impelían sobre los rieles con tan espantosa velocidad...? ¿De dónde y adonde volaba?

Si yo hubiera sido hombre de prejuicios hubiera resuelto que eran los diablos y las brujas los que le hacían rodar hasta su aquelarre y hubiera proseguido mi camino, pero entonces el fenómeno me resultó inexplicable.

No podía creer lo que veían mis ojos y me perdía en conjeturas como una mosca en una telaraña.

De repente tuve conciencia de mi soledad, me sentí desconsoladamente solo en todo aquel inmenso espacio; sentí que la noche, que antes parecía retraerse, me miraba ahora en el rostro y vigilaba mis pasos; que todos los sonidos, los gritos de los pájaros, el murmullo de los árboles presagiaban algo fatídico y no tenían otro objeto que asustar a mi imaginación. Sin saber lo que hacía, como un loco, me arranqué de aquel sitio y apreté a correr con todas mis fuerzas; cada vez más y más de prisa. En el acto reparé entonces en lo que antes había escapado a mi atención: en el gemido quejumbroso de los hilos telegráficos.

«¡Sabe el diablo lo que será! —me avergonzaba—. ¡Falta de valor! ¡Tontería...!».

La falta de valor era, en mí, sin embargo, más fuerte que el sentido común. Sólo reduje mis pasos cuando mi carrera alcanzó la lucecita verde junto a la que vi la garita del guardavía, y a su lado, sentada al borde del terraplén, una figura humana: probablemente el propio guardavía.

—¿Has visto? —pregunté jadeante.

—¿A quién? ¿Qué...? ¿Qué te pasa?

—¡Por aquí ha pasado a toda marcha un vagón!

—¡Ya lo he visto! —contestó el *muzhik* de mala gana—. ¡Se soltó de un tren de mercancías! En la versta ciento cincuenta y uno hay una cuesta abajo... ¡El tren tiene que subir una montaña... las cadenas del último vagón no aguantaron bien... y claro...! ¡Se volvió a echar para atrás...! ¡Anda! ¡Alcánzalo...!

El extraño fenómeno quedaba explicado y su misterio desapareció. Pasó el miedo y pude reanudar mi camino.

El tercer fuerte miedo hube de experimentarlo un buen día de la temprana primavera cuando volvía de caza. Anochecía, el camino del bosque estaba cubierto por los charcos de la reciente lluvia, y la tierra gemía bajo los pies. Los bermejos colores del crepúsculo vespertino atravesaban el bosque, pintando los blancos troncos de las encinas y el joven follaje. Estaba cansado y apenas tenía fuerzas para moverme.

Cuando a unas cinco o seis verstas de mi casa, pasaba por uno de los senderos del bosque, tropecé inesperadamente con un perrazo negro de la raza de los mastines. El perro, al avanzar corriendo hacia mí, me miró directamente a la cara y prosiguió su carrera.

«Un buen perro —pensé—. ¿De quién será?».

Volví la cabeza, el perro estaba parado a unos diez pasos de distancia y no me quitaba la vista de encima. Por espacio de un minuto nos contemplamos en silencio; luego el perro, seguramente halagado por mi atención, se me aproximó lentamente, moviendo el rabo...

Emprendí de nuevo mi camino, pero el perro me siguió.

«¿De quién podrá ser este perro? —me preguntaba—. ¿De dónde vendrá?».

En treinta o cuarenta verstas a la redonda, conocía a todos los terratenientes y a sus perros. Ninguno de aquéllos tenía semejante mastín. ¿De dónde podría haber

llegado hasta aquí... hasta la profundidad del bosque...? ¿Hasta un camino por el que no transitaba nadie y que sólo se utilizaba para transportar leña...? Escasamente podía admitirse el que hubiera quedado a la zaga de algún viajero, ya que por aquel camino no circulaban señores.

Sentándome a descansar sobre el tronco de un árbol me puse a examinar con atención a mi compañero. También él se sentó, levantó el hocico y clavó en mí una mirada fija... Me miraba y no pestañeaba. Fuera la inquietud, la oscuridad del bosque, los rumores o el cansancio..., es el caso que aquella mirada fija de unos ojos cualesquiera de perro me hizo experimentar de repente cierto recelo. Me acordé de Fausto y de su *bulldog*..., de que las personas nerviosas cuando están cansadas suelen encontrarse predispuestas a sufrir alucinaciones. Todo esto fue suficiente para que me levantara de prisa y de prisa también reanudara mi camino. El mastín me seguía.

—¡Largo! —grité.

Seguramente mi voz agradó al perro, porque éste, con un alegre salto, echó a correr delante de mí.

—¡Largo! —grité otra vez.

El perro volvió la cabeza, me miró fijamente y agitó gozoso el rabo. Sin duda le divertía mi voz amenazadora. Tal vez yo hubiera debido acariciarle; pero el *bulldog* de Fausto no salía de mi cabeza, y la sensación de miedo se agudizaba más y más dentro de mí... Llegó la noche y mi desconcierto fue completo. Cada vez que el perro se me acercaba corriendo y me golpeaba con el rabo, sobrecogido cerraba los ojos. Volvía a repetirse la misma historia que con la lucecita en el campanario y con el vagón. No pudiendo resistir más, apreté a correr...

En mi casa me encontré con la visita de un viejo amigo, quien al saludarme se lamentó de la pérdida de su buen y valioso perro, que durante el camino a mi casa había quedado rezagado en el bosque.

LA BOTICARIA

(Аптекаря)

La pequeña ciudad de provincias B., compuesta por dos o tres calles torcidas, duerme con sueño profundo. En el aire inmóvil reina el silencio. Sólo se oye a lo lejos, en las afueras, el débil y ronco ladrido de un perro. Pronto amanecerá.

Hace tiempo que todo está sumido en el sueño. La única que no duerme es la joven esposa del boticario Chernomórdik, el dueño de la botica de B. Se ha acostado tres veces, pero, no sabe por qué, no consigue conciliar el sueño. Está sentada junto a la ventana abierta, en camisón, y mira a la calle. Siente un calor sofocante, está aburrida y disgustada..., tan disgustada que hasta le entran ganas de llorar, aunque tampoco sabe por qué. Siente un nudo en el pecho que le sube hasta la garganta... Detrás, a unos pasos de la boticaria, vuelto de cara a la pared, Chernomórdik ronca apaciblemente. Una pulga, ávida de sangre, le ha picado en el entrecejo, pero él no lo siente e incluso sonríe, ya que está soñando que en la ciudad todos tosen y no paran de comprarle gotas del rey de Dinamarca. Ahora no se despertaría ni con alfileres, cañonazos o caricias.

La botica se halla casi en las afueras de la ciudad, así que la boticaria puede ver el campo a lo lejos... Ve cómo, poco a poco, se pone blanco el extremo oriente del cielo y cómo enrojece después como si fuera un gran incendio. Inesperadamente, tras unos arbustos lejanos asoma la luna, grande, redonda. Está roja (en general, al salir tras unos arbustos la luna, no se sabe por qué, suele estar desconcertada).

De pronto, en el silencio de la noche resuenan unos pasos y un ruido de espuelas. Se oyen voces.

«Son oficiales que van de la casa del jefe de policía al cuartel», piensa la boticaria.

Poco después aparecen dos figuras con guerreras blancas de oficial: una es alta y gruesa, la otra, algo más baja y delgada... Perezosamente, paso a paso, caminan a lo largo de la valla y conversan en voz alta. Al llegar a la altura de la botica, caminan aún más despacio y miran a las ventanas.

—Huele a botica... —dice el delgado—. Ahí está la botica. Ahora me acuerdo... La semana pasada estuve aquí para comprar aceite de ricino. El boticario tiene una cara amargada y una mandíbula de asno. ¡Qué quijada, amigo! Como la que Sansón empleó contra los filisteos.

—Ya... —dice el gordo—. La farmacia duerme. Y la boticaria también duerme. Aquí, Obtésov, hay una boticaria de muy buen ver.

—La he visto. Me ha gustado mucho... Diga usted, doctor, ¿será capaz de querer a esa mandíbula de asno?

—No, seguro que no le quiere —suspira el doctor, haciendo un gesto como si

sintiera pena del boticario—. Ahora ella estará durmiendo tras la ventana. ¿Eh, Obtésov? Derretida de calor... con la boquita entreabierta... las piernas colgando fuera de la cama... El imbécil del boticario no sabe apreciar lo que tiene en casa. Para él, es lo mismo esta mujer que un frasco de fenol.

—¿Sabe, doctor? —dice el oficial, parándose—. ¡Vamos a entrar a la botica a comprar algo!

—¡Qué ocurrencia! ¡De noche!

—¿Y qué? Están obligados a despachar también de noche. Venga, vamos.

—Bueno...

La boticaria, oculta tras los visillos, oye el débil sonido de la campanilla. Se vuelve hacia su marido, que continúa roncando con la placidez de antes, y sonríe, se pone la bata y las zapatillas y acude a la botica.

Tras la puerta de cristal se ven dos sombras... La boticaria aumenta la luz de la lámpara y se apresura a abrir la puerta. Ya no se siente aburrida, ni disgustada, ni tiene ganas de llorar, y le palpita el corazón. Entran el doctor gordo y el flaco Obtésov. Ahora ya les puede ver. El doctor tiene barriga, lleva barba, es moreno y se mueve torpemente. Al menor movimiento le cruje la guerrera y el rostro se le cubre de sudor. El oficial, en cambio, tiene la piel rosada, va afeitado, es ágil y goza de la flexibilidad de una fusta inglesa.

—¿Qué desean? —les pregunta la boticaria, sujetándose la bata a la altura del pecho.

—Denos... eh... quince kopeks de pastillas mentoladas.

La boticaria, sin darse prisa, alcanza de la estantería un tarro y empieza a pesar. Los compradores, sin pestañear, miran su espalda. El doctor frunce el entrecejo, como un gato con la tripa llena y el teniente permanece muy serio.

—Es la primera vez que veo a una señora despachar en la botica —comenta el doctor.

—No tiene nada de particular... —replica la boticaria, mirando de reojo el sonrosado rostro de Obtésov—. Mi marido no tiene mancebo, y yo le ayudo.

—Ya... Tiene usted una botica muy bonita. ¡Cuántos... tarros distintos hay! ¡Y no le da miedo andar entre tanto veneno! ¡Brr!

La boticaria envuelve las pastillas y se las da al doctor. Obtésov le entrega los quince kopeks. Transcurren unos instantes de silencio... Los hombres se miran, dan un paso hacia la puerta y se miran de nuevo.

—Denos diez kopeks de bicarbonato de soda —dice el doctor.

De nuevo la boticaria, lenta y perezosamente, alarga el brazo hasta un estante.

—¿No tendrá en la botica algo... —balbucea Obtésov, moviendo los dedos— ya sabe, algo alegórico, algo tonificante..., agua de Seltz... o...? ¿Tiene agua de Seltz?

—Sí —responde la boticaria.

—¡Bravo! ¡Usted no es una mujer, sino un hada! Pónganos tres botellas.

La boticaria envuelve deprisa el bicarbonato y desaparece en la penumbra, detrás

de la puerta.

—¡Es una delicia! ¡Una piña! —dice el doctor, guiñando un ojo— ¡Una fruta tan deliciosa no la encontraría usted, Obtésov, ni en la isla de Madeira! ¿Eh? ¿Qué le parece? ¡Vaya! ¿Oye usted esos ronquidos? El señor boticario descansa.

Al cabo de un minuto regresa la boticaria y pone sobre el mostrador cinco botellas. Ha estado en el sótano y por eso vuelve colorada y un tanto agitada.

—¡Chist! No haga ruido —dice Otbésov cuando ella, tras abrir las botellas, tira el sacacorchos—. Va a despertar a su marido.

—¿Qué importa si se despierta?

—Tiene un sueño tan dulce... Está soñando con usted... ¡A su salud!

—Además —añade el doctor con voz de bajo, y eructa tras beber agua de Selz—, los maridos son tan aburridos que harían bien en estar todo el tiempo dormidos. ¡Ah, a esta agua le iría bien un poco de vino tinto!

—¡Qué ocurrencia! —se ríe la boticaria.

—¡Excelente idea! ¡Lástima que en las boticas no vendan bebidas alcohólicas! Por cierto, ustedes deben vender el vino como medicina. ¿Tiene *vinum gallicum rubrum*^[82]?

—Sí.

—¡Estupendo! ¡Tráiganoslo! ¡Que el demonio se lo lleve! ¡Tráigalo!

—¿Cuánto quieren?

—*Quantum satis*...!^[83] Primero denos una onza y luego ya veremos... ¿Eh, Otbésov? Primero con agua y luego ya *per se*...^[84]

El doctor y Otbésov se acomodan junto al mostrador, se quitan las gorras y empiezan a tomar vino tinto.

—Hay que reconocer que el vino es detestable. *Vinum plochissimum*^[85]! A tinkle, en su presencia... parece néctar. Es usted adorable, señora. Beso su mano, mentalmente.

—Pues yo daría mucho por besarla de verdad —añade Otbésov— ¡Palabra de honor! ¡Daría la vida!

—Ya vale de eso... —dice la señora Chernomórdik, enfadada y con cara seria.

—¡Qué coqueta es usted! —dice sonriente el doctor, con mirada picara—. Sus ojos disparan como un fusil. ¡Pim, pam, pum! La felicito: nos ha vencido. ¡Hemos sido derrotados!

La boticaria mira sus caras coloradas, escucha su charla y enseguida se anima. ¡Está tan alegre! Interviene en la conversación, ríe, coquetea e incluso, después de largas súplicas de los compradores, se toma un par de onzas de vino.

—Ustedes, los oficiales, deberían frecuentar más la ciudad cuando salen del cuartel —dice ella—, esto es muy aburrido. Me muero de aburrimiento.

—¡Claro! —exclama compungido el doctor—. ¡Una piña tan deliciosa...! ¡Un milagro de la naturaleza y que está en un lugar perdido! Bien lo dijo Griboiédov^[86]:

«¡En un lugar perdido! ¡En Saratov!». En fin, es hora de irse. Ha sido un placer conocerla. ¿Cuánto le debemos?

La boticaria se queda mirando al techo y durante un buen rato mueve los labios.

—Doce rublos y cuarenta y ocho kopeks.

Obtéssov saca del bolsillo una gruesa cartera, busca en un fajo de billetes y paga.

—Su marido duerme plácidamente... sueña... —susurra Obtéssov estrechándole la mano para despedirse.

—No me agrada escuchar tonterías...

—¿Acaso es una tontería? Al contrario, para nada es una tontería... Hasta Shakespeare dijo: «¡Dichoso aquel que en la juventud fue joven!».

—¡Suélteme la mano!

Finalmente, los compradores, después de largas conversaciones, besan la mano de la boticaria e, indecisos, como si pensarán que habían olvidado algo, salen de la botica.

Ella corre a la alcoba y se sienta junto a la ventana de antes. Mira cómo el doctor y el teniente, al salir de la botica, recorren perezosamente unos veinte pasos, se paran y se ponen a hablar. ¿De qué hablarán? Su corazón palpita, siente los latidos en las sienes, pero no sabe por qué... Su corazón late con fuerza, como si aquellos dos hombres que se han parado a hablar fueran a decidir su destino.

Cinco minutos más tarde el doctor se separa de Obtéssov y se va. Pero Obtéssov regresa. Pasa delante de la botica una, dos veces... Se para junto a la puerta y da de nuevo unos pasos... Por fin toca con cuidado la campanilla.

—¿Qué? ¿Quién es? —la boticaria oye de pronto la voz de su marido—. ¡Están llamando y no lo oyes! —le reprocha el boticario—, ¡Qué desorden!

Él se levanta, se pone el batín y, balanceándose adormilado, arrastra las zapatillas y acude a la botica.

—¿Qué desea? —pregunta a Obtéssov.

—Deme... deme quince kopeks de pastillas de menta.

Resoplando una y otra vez, bostezando, durmiéndose a cada paso y dándose con las rodillas contra el mostrador, el boticario busca el frasco...

Pasados dos minutos la boticaria ve cómo Obtéssov sale de la botica y, unos pasos más allá, tira las pastillas de menta al polvoriento camino. En la esquina sale a su encuentro el doctor... Ambos se alejan y, gesticulando mucho, desaparecen en la niebla matutina.

—¡Qué desgraciada soy! —dice la boticaria, mirando furiosa a su marido, que se quita rápidamente el batín y se acuesta de nuevo—, ¡Qué desgraciada soy! —repite, y de pronto recorren sus mejillas amargas lágrimas—. Y nadie, nadie lo sabe...

—He olvidado los quince kopeks en el mostrador —gruñe el boticario, tapándose con la sábana—. Haz el favor de guardarlos en la caja...

Y en un instante se duerme.

GENTE SOBRANTE

(Лишние люди)

Son las seis de la tarde de un día del mes de junio. Desde el apeadero de Jílkovo y en dirección a la colonia veraniega marcha un grupo de veraneantes recién bajados del tren. Son, en su mayor parte, padres de familia, y van cargados de paquetes, carteras, sombrereras y esas cajas de cartón que guardan las creaciones de la moda femenina. Todos presentan un aspecto cansado, hambriento y malhumorado, como si para ellos no brillara el sol ni floreciera la hierba.

En el grupo se encuentra Pável Matvéievich Zaikin, miembro del tribunal del distrito, hombre alto, un poco encorvado, vestido con un traje barato y portador de una escarapela en su gorra descolorida. Está sudoroso, sofocado y apesadumbrado.

—¿Viene usted diariamente a la dacha? —dice dirigiéndose a él un veraneante de pantalones color cobrizo.

—No. Diariamente, no —contesta sombrío Zaikin—. Mi mujer y mi hijo residen aquí siempre, mientras que yo vengo dos días a la semana. No tengo tiempo de venir todos los días y, además, sale caro.

—¡Y tanto que sale caro! —suspira el de los pantalones color rojizo—. Primeramente, en la ciudad no puedes ir a pie hasta la estación y tienes que tomar un coche...; luego, el billete, que cuesta cuarenta y dos kopeks... Después, en el camino, que si te compras el periódico..., o incurres en la debilidad de beberte una copita de vodka... ¡Todos gastos pequeños... insignificantes...! ¡Pero al final del verano resulta que se te han ido doscientos rublos! Claro que tiene más valor el poder disfrutar de la Naturaleza..., eso no lo voy a discutir... La vida bucólica... Pero hay que tener en cuenta lo que son nuestros sueldos de funcionarios. Por usted mismo sabrá que los kopeks están contados... y que si se descuida uno gastando, luego no duerme en toda la noche... ¡Así es...! Yo, señor mío... (no tengo el gusto de conocer su nombre), cobro cerca de dos mil rublos al año... tengo el grado de consejero civil..., y fumo tabaco de segunda y no me sobra un rublo para comprarme el agua mineral de Vichy que me ha sido prescrita por el médico, para las piedras del hígado.

—Todo, en general, es desagradable —dice Zaikin después de un corto silencio—. Por mi parte, sustento la opinión de que la vida veraniega ha sido inventada por los diablos y por las mujeres. A los diablos les mueve la maldad, y a las mujeres su extrema inconsciencia. Porque esto no es vida..., ¡es un infierno! ¡Las galeras...! El calor no te deja respirar, y aunque te sofoques, tienes que andar de un lado para otro como un condenado, sin contar un momento de tranquilidad. En la ciudad estás sin muebles... sin servicio... ¡Todo se lo llevaron a la dacha...! En cuanto a alimentarte, ¡sabe el diablo con qué te alimentas...! El té no lo puedes tomar, porque no hay nadie que pueda prepararte el samovar... No te lavas, y cuando llegas aquí, o sea a la plena

Naturaleza, tienes que darte una caminata a pie a través del polvo y con calor... ¡Puf...! ¿Está usted cansado?

—Sí, señor..., y tengo tres nenitos —suspira el de los pantalones color rojizo.

—En general, ¡todo es desagradable! Lo sencillamente asombroso es que vivamos todavía.

Por fin, los veraneantes llegan a la colonia, y Zaikin, despidiéndose de los pantalones rojizos, se dirige hacia su dacha.

En su casa, un silencio mortal le sale al encuentro. Tan sólo se percibe en ella un zumbido de mosquitos y las peticiones de auxilio de una mosca caída para la cena de una araña. A través de las ventanas, de las que cuelgan cortinillas de muselina, se divisan flores de geranio ya comenzando a marchitarse. En las paredes de madera, desprovistas de pintura, junto a algunas oleografías, dormitan las moscas. Ni en el zaguán, ni en la cocina, ni en el comedor..., se ve un alma. Sólo en la habitación que recibe al mismo tiempo el nombre de salón y el de sala, encuentra Zaikin a su hijo Petia, chiquillo de seis años. Petia, sentado junto a la mesa, sopando fuertemente y alargando el labio inferior, está ocupado en recortar con unas tijeras el *valet de carreau* de una baraja.

—¡Ah! ¿Eres tú, papá? —dice, sin volver la cabeza—. Hola.

—Hola. ¿Dónde está tu madre?

—¿Mamá...? Se fue con Olga Kirillovna al ensayo del teatro. Pasado mañana es la función y me van a llevar a mí...

—¿Y tú vas a ir?

—Ssssí...

—¿Cuándo va a volver?

—Ha dicho que volvería al anocheecer.

—Y Natalia, ¿dónde está?

—Mamá se la llevó para que la ayudara a vestirse en la función, y Akulina se fue al bosque, por setas. Papá..., ¿por qué cuando pican los mosquitos se les pone la tripa roja?

—No sé... Porque chupan la sangre... Entonces, ¿no hay nadie en casa?

—Nadie. Estoy yo solo.

Zaikin se sienta en la butaca y mira por la ventana con los ojos embotados.

—Y entonces, ¿quién nos va a servir la comida? —pregunta.

—Hoy no han hecho comida, papá. Mamá pensaba que tú no vendrías, y dispuso que no se hiciera comida. Ella y Olga Kirillovna van a comer durante el ensayo.

—¡Vaya... vaya...! Y tú, ¿qué has comido?

—Yo he comido leche. Para mí trajeron seis kopeks de leche. Papá..., ¿y por qué chupan la sangre los mosquitos...?

A Zaikin le parece de repente que algo pesado le rueda por dentro hasta alcanzarle el hígado, al que empieza a chupar. De tal modo se siente enojado, ofendido y amargado, que tiembla y respira con dificultad. Siente ganas de pegar un brinco, de

golpear en el suelo con algo duro y de enfadarse, pero recuerda que el médico le ha prohibido terminantemente ponerse nervioso. Haciendo un esfuerzo se levanta y se pone a silbar un pasaje de *Los hugonotes*.

—¡Papá...! ¿Sabes tú trabajar en el teatro? —oye decir a la voz de Petia.

—¡Aj...! ¡No me molestes con preguntas tontas! —se irrita Zaikin—. ¡Eres más pegajoso que una lapa! Ya tienes seis años y sigues tan tonto como hace tres. ¡Qué niño más tonto y más mal criado...! ¿Por qué, por ejemplo, estropeas la baraja...?, ¿cómo te atreves a estropearla?

—La baraja no es tuya —dice Petia, volviéndose—. Me la ha dado Natalia.

—¡Miente, chiquillo mal criado! —se excita más y más Zaikin—. ¡Estás siempre mintiendo! ¡Lo que hay que hacer es darte unos azotes, renacuajo! ¡Tirarte de las orejas!

Petia se levanta de un salto, estira el cuello y mira fijamente el rostro encendido y enfadado de su padre. Sus grandes ojos parpadean primero, luego se humedecen y la cara del niño se contorsiona.

—Pero ¿por qué te enfadas? —chilla Petia—. ¿Qué te he hecho yo, tonto...? ¡No he hecho nada malo..., no he hecho ninguna travesura..., y tú te enfadas...! ¿Y por qué te enfadas conmigo...?

El pequeño habla con acento convincente y llora con tal amargura que Zaikin se siente avergonzado.

«Es verdad —piensa—. ¿Por qué le fastidio?».

—Bueno, bueno... —dice, cogiéndole por un hombro—. La culpa es mía, Petiujá... Perdóname... Lo que eres es un niño muy listo, muy bueno, y yo te quiero mucho.

Petia se enjuga los ojos con la manga, se sienta en el mismo sitio que antes y se pone a recortar la dama de *carreau*. Zaikin entra en su despacho, se tumba en el diván con las manos debajo de la cabeza y queda pensativo. Las recientes lágrimas del chiquillo han quebrantado su enfado y el hígado se le ha ido aliviando poco a poco. Lo único que siente es cansancio y hambre.

—¡Papá! —oye decir a través de la puerta—. ¿Quieres que te enseñe mi colección de insectos?

—¡Sí...! ¡Enséñamela! Petia entra en el despacho y presenta a su padre un cajoncito largo, de color verde. Ya antes de tenerle escarabajos, saltamontes y moscas clavados con alfileres cerca, Zaikin ha percibido un zumbido desesperado y el arañar de unas patitas contra las paredes de la caja. Levantando la tapa, ve una infinidad de mariposas al fondo de la caja. Todas, salvo dos o tres mariposas, viven todavía y se agitan.

—¡El saltamontes aún está vivo! —se asombra Petia—. ¡Le cogimos ayer por la mañana y todavía no se ha muerto!

—¿Quién te ha enseñado a clavarlos así?

—Olga Kirillovna.

—Pues a quien habría que clavar es a Olga Kirillovna —dice Zaikin, con repugnancia—. ¡Qué vergüenza! ¡Martirizar a los animales...!

«¡Dios mío...! ¡Cuán terriblemente mal se le educa!», piensa cuando se marcha Petia.

A Pável Matvéievich ya se le han olvidado el cansancio y el hambre, y sólo piensa en el destino de su pequeño. Mientras tanto al otro lado de las ventanas la luz va apagándose lentamente. Se oye a los veraneantes que vuelven en pequeños grupos del baño de la tarde. Alguien se detiene ante su ventana abierta del comedor y grita:

—¿Quieren setas?

Como nadie le contesta, se aleja chapoteando con los pies desnudos.

Pero cuando el crepúsculo se hace tan denso que ya los geranios que se divisan a través de los visillos de muselina pierden sus contornos y por la ventana empieza a entrar el frescor de la noche... escuchan pasos rápidos, charlas y risas.

—¡Mamá! —chilla Petia.

Zaikin se asoma por la puerta del despacho y ve a su mujer, Nadezhda Stepánovna, con su aspecto sonrosado y saludable de siempre. Con ella está Olga Kirillovna, mujer rubia y seca, de rostro pecoso, y dos hombres desconocidos. Uno de ellos es joven, alto, de cabellera rojiza y rizada y nuez prominente. El otro es de pequeña estatura, rollizo, y tiene un rostro de actor, afeitado, en el que resalta la barbilla oscura y torcida.

—Natalia, prepara el samovar —dice Nadezhda Stepánovna haciendo crujir los pliegues de su vestido—. Me parece que ha llegado Pável Matvéievich. ¿Dónde estás, Pável...? ¡Hola, Pável! —dice, entrando corriendo en el despacho y respirando anhelosamente—. ¿Ya has llegado...? Estoy contentísima. Traigo conmigo a otros dos aficionados. Ven que te los presente. El más alto es Koromislov... ¡Canta que es una maravilla...! El otro, el bajito, es Smorkalov... ¡Enteramente un actor! ¡Lee prodigiosamente!

¡Ay...! Estoy cansada... Acabamos de terminar el ensayo... Todo marcha a las mil maravillas. Vamos a hacer *El huésped del trombón* y *Ella le espera*. La función será pasado mañana.

—¿Para qué les has traído? —pregunta Zaikin.

—¡No tenía más remedio, papaíto...! Después del té tenemos que repasar los papeles y cantar alguna cosa, Koromislov y yo cantamos a dúo. ¡Ah...!, que no se olvide... Haz el favor, querido, de mandar a Natalia por unas sardinas, un poco de vodka, queso y alguna que otra cosa. Seguramente se quedarán a cenar. ¡Uf, qué cansada estoy...!

—¡Hum...! No tengo dinero.

—No hay más remedio, papaíto... ¡Es violento! ¡No me hagas ponerme colorada...!

Media hora después sale Natalia en busca del vodka y de los entremeses. Después de beberse su té y de comerse un panecillo francés, Zaikin se retira a su dormitorio y

se acuesta mientras Nadezhda Stepánovna y sus invitados, entre risas y ruido, se ponen a ensayar los papeles. Durante largo rato escuchó Pável Matvéievich la voz nasal de Koromislov leyendo y las exclamaciones declamatorias de Smerkalov... A la lectura sigue una larga peroración interrumpida por la risa chillona de Olga Kirillovna. Con el tono autoritario de un actor de veras, aplomo y valor, Smerkalov explica los papeles. Luego viene un dúo, y después un ruido de vajilla... Zaikin, entre sueños, oye cómo suplican a Smerkalov para que lea *La pecadora*, y cómo aquél, después de hacerse rogar, empieza su recitación. En ella silba, se golpea el pecho, llora y ríe con voz ronca de bajo...

Zaikin hace una mueca de desairado y mete la cabeza bajo la manta.

—Van ustedes demasiado lejos y está muy oscuro —oye decir al cabo de una hora a la voz de Nadezhda Stepánovna—. ¿Por qué no se quedan a dormir...? Koromislov se puede echar aquí, en el salón sobre el diván, y Smerkalov en la cama de Petia. A Petia se le pone en el despacho de mi marido. ¿Verdad...? ¡Quédense!

Por fin, cuando el reloj da las dos de la madrugada, todo queda inmóvil. La puerta del dormitorio se abre y aparece Nadezhda Stepánovna.

—¡Pável...! ¿Estás dormido...? —murmura.

—No. ¿Por qué?

—Querido..., vete al despacho y échate en el diván para que pueda acostarse aquí Olga Kirillovna. ¡Anda, querido..., ve! Yo la hubiera puesto en el despacho pero le da miedo dormir sola. ¡Anda..., levántate!

Zaikin se levanta, se echa encima una bata y cargado con la almohada, se arrastra hacia el despacho. Cuando alcanza a tientas el diván, enciende una perilla y ve a Petia echado encima de éste. El chiquillo no duerme y con ojos muy abiertos mira la cerilla.

—¡Papá...!, ¿por qué no duermen los mosquitos por la noche...?

—Porque..., porque... tú y yo estamos aquí de sobra. No tenemos ni siquiera un sitio en donde dormir.

—¡Papá...! ¿y por qué Olga Kirillovna tiene pecas en la cara?

—¡Ah...! ¡Déjame! ¡Me aburres!

Después de pensarlo un poco, Zaikin decide vestirse y salir a la calle para refrescarse. Allí contempla el cielo gris matinal, las nubes inmóviles. Escucha el perezoso grito del rascón adormilado y empieza a soñar con el día de mañana, en el que ya otra vez de vuelta en la ciudad y regresando del Juzgado, podrá echarse a dormir. De una esquina surge de pronto una figura humana.

«Seguramente el guarda», piensa Zaikin. Pero luego, cuando ésta se le aproxima y puede verla más detenidamente, reconoce en ella al veraneante de los pantalones rojizos, conocido la víspera.

—¿No duerme usted? —pregunta.

—No... No tengo sueño —suspiran los pantalones rojizos—. Me estoy recreando en la Naturaleza. Sabe usted..., a mi casa, en el tren de la noche, nos llegó una

querida huésped..., la mamá de mi mujer. Vinieron con ella mis sobrinas, unas muchachas excelentes... Estoy muy contento, aunque... ¡Hace mucha humedad...!, ¿no es cierto? ¿Y usted...? ¿Ha salido usted también a recrearse en la Naturaleza?

—Sí... —muge Zaikin—. También yo me estoy recreando en la Naturaleza... Diga... ¿Sabe si por aquí cerca hay alguna taberna o restaurante?

Los pantalones de color rojizo alzan los ojos al cielo y quedan profundamente pensativos.

UN PASO IMPORTANTE

(Серьезный шаг)

Al poco de abandonar los brazos de Morfeo tras la comida, Alekséi Borísich está sentado con su esposa, Marfa Afanásievna junto a la ventana y refunfuña. No le gusta que su hija Lídochka salga de paseo por el jardín con el joven Fiódor Petrovich...

—De verdad que no puedo —murmura él— soportar el que las señoritas se excedan tanto que se olvidan la vergüenza. En esos paseos por el jardín, por las alamedas sombrías, no veo otra cosa salvo inmoralidad y libertinaje. Tú eres su madre, así que no puede verlo... Para ti es a lo que se tiene que dedicar la muchacha, a sus tonterías... Tú, como si se enamoran ahí mismo... Incluso a tu edad estarías feliz tú también de tener algún encuentro y perder la vergüenza...

—¿Por qué te metes conmigo? —dice la vieja enfadada—. Refunfuñas y no sabes ni de qué. ¡Calvo feo!

—¿Qué no? Tú deja... Deja que se besen y se abracen allí... Vale, vale... déjalos... No pienso responder ante Dios si a la chica le baila la cabeza... ¡Vamos, bésense, niños! ¡Háganse novios!

—Deja de recelar... Puede que no salga nada de ahí...

—Dios quiera que no salga nada... —suspira Alekséi Borísich.

—Siempre ha sido un enemigo para ese ser de mis entrañas... A Lídochka nunca le has deseado nada salvo mal... ¡Vigila que no sea a ti a quien castigue Dios por ser tan cruel! ¡Temo por ti! ¡Nos queda tanto por lo que vivir!

—Como gustes, pero yo no puedo permitir esto... Él no es partido para ella y, además, no tienen por qué tener prisa... Dada nuestra riqueza y su belleza, ya tendrá novios mejores... Pero, además, ¿por qué estoy hablando de esto contigo? ¡Bastante falta me hace! Él que se vaya, y Lidka, encerrada... Eso es lo que haré.

El anciano habla con desidia, bostezando, como si mascara goma. Está claro que refunfuña sólo porque le dan pinchadas en el estómago y tiene la lengua larga, pero la vieja se toma en serio cada una de sus palabras. Le agarra las manos, le muestra los dientes y cacarea como una gallina. Palabras como tirano, monstruo, insensible, y otras así saltan de su lengua directas a la cara de Alekséi Borísich... Todo parece que fuera a terminar como siempre, con un enorme escupitajo y después lágrimas, pero de repente los viejos ven algo extraordinario: su hija Lídochka corre despeinada hacia la casa por la alameda. Al mismo tiempo, algo más lejos aparece de entre unos arbustos el sombrero de paja de Fiódor Petrovich... En este momento el joven está pálido por completo. Da dos pasos indecisos hacia adelante, hace un gesto con la mano y vuelve rápido hacia atrás. Después se escucha cómo Lídochka entra corriendo en la casa, vuela a través de los pasillos y se encierra con estruendo en su dormitorio.

Los viejos se intercambian miradas de asombro, bajan la vista y se quedan

ligeramente pálidos. Los dos permanecen callados, sin saber qué decir. Está claro como el día cuál es el sentido del misterio. Ambos lo comprenden, sin decir nada, y sienten que mientras estaban protestando y se enfadaban uno con otro, se había resuelto el destino de la chica. Basta tener una intuición normal, por no hablar de un corazón paternal, para comprender por qué está pasando ahora mismo Lídochka, encerrada en su dormitorio, e importante papel, crucial, juega en su vida aquel sombrero de paja que se echó para atrás...

Alekséi Borísich se levanta con un gemido y comienza a caminar por la habitación... La anciana lo sigue y espera, con el alma en vilo, a que empiece a hablar.

—Qué tiempo tan raro ha hecho estos días —dice el viejo— Frío por la noche, un calor insoportable por el día.

La cocinera trae el samovar. Marfa Afanásievna lava las tazas, sirve el té, pero el té nadie lo toca.

—Deberíamos... a ella... a Lida... llamarla para el té... —murmura Alekséi Borísich—. Si no, habrá que poner después un samovar especial para ella... ¡No me gusta ese desorden!

Marfa Afanásievna quiere decir algo pero no puede... Sus labios y su lengua no le obedecen y sus ojos están cegados una venda. Un minuto más, y rompe a llorar. Alekséi Borísich querría acariciar a la vieja desconsolada, ni siquiera le importaría llorar a él también, pero se lo impide el orgullo: hay que mantener el carácter.

—Todo está bien, excelente —refunfuña él—. Es sólo que él debería hablar primero con nosotros... Sí... Primero debería dirigirse a nosotros y pedirnos la mano de Lídochkina... ¡Tal vez no aceptásemos!

La vieja mueve ambas manos, y se marcha sollozando a su habitación.

«Esto es un paso importante... —piensa Alekséi Borísich—. No se puede decidir de cualquier manera... Tiene que ser serio y acordado por todas las partes... Iré, le preguntaré qué y cómo, lo hablaré y lo resolveré... ¡Si no, no se puede!».

El viejo se cierra la bata y va hasta la puerta de Lídochka.

—¡Lídochka! —dice, tomando firme el picaporte—. ¿Esto... tu...? ¿Estás mala o algo?

No hay respuesta. Alekséi Borísich suspira, se encoge de hombros y se aleja de la puerta.

«¡Así no se puede! —piensa, arrastrando las zapatillas por el pasillo—. Hay que pensar, conversar, discutir... El matrimonio es un sacramento que no se puede tomar a la ligera... Iré a hablar con la vieja...».

El viejo se acerca a la habitación de su esposa. Marfa Afanásievna se encuentra frente a un baúl abierto revisando la ropa blanca con manos temblorosas.

—No hay ni camisas... —murmura—. Los buenos padres, los sensatos, ponen en la dote hasta ropa de niño, y nosotros no tenemos ni pañuelos, ni toallas... Van a pensar que no fuera nuestra hija de sangre, sino una huérfana...

—Tenemos que hablar de cosas serias, y tú con la ropa... Da vergüenza hasta mirar... Ahí fuera se está resolviendo una cuestión vital, y ella ahí, como una comerciante delante del baúl, contando los trapos... ¡No se puede así!

—¿Qué te hace falta?

—Hace falta pensar, discutir entre todos... conversar...

Los viejos escuchan cómo Lídochka abre su puerta, le da a la doncella una carta para que se la envíe a Fiódor Petrovich y se encierra de nuevo...

—Le está enviando una respuesta crucial... —susurra Alekséi Borísich—. ¡Perdónanos, Señor, por ser tan tontos! ¡Nadie se acuerda de consultarle a los mayores! ¡Así es la gente!

—¿Sabes de qué me acordé, Aliosha? —la vieja le agarra de las manos—. ¡Tenemos que buscar en la ciudad un nuevo apartamento! Si Lídochka no va a vivir con nosotros, ¿para qué vamos a necesitar ocho dormitorios?

—Ésa es una cuestión vacua... una tontería... Hay cosas importantes...

Los viejos deambulan por las habitaciones, como sombras que no encuentran reposo, hasta la hora de la cena. Marfa Afanásievna, sin objeto ninguno, se pone a revolver la ropa interior, cuchichea con la cocinera, solloza a cada rato, y Alekséi Borísich refunfuña, quiere hablar sobre las cosas importantes y dice tonterías. A la hora de la cena aparece Lídochka. Tiene la cara rosada y los ojos algo hinchados...

—¡Lo nuestro es tuyo! —dice el viejo, sin mirarla.

Se sientan y los dos primeros platos los comen en silencio... Los rostros, los movimientos, los pasos de los sirvientes, todo transmite cierta tímida solemnidad...

—Lídochka, tendríamos que... —empieza el viejo—, discutir en serio... entre todos... Sí... ¿Un licor? ¡Glatira, sirve el licor! Tampoco estaría mal champán, pero ya que no hay, pues que así sea... ¡No hay manera!

Sirven el licor. El viejo bebe una copita tras otra...

—Vamos a discutirlo... —dice él—. Es un asunto importante, vital... ¡Así no se puede!

—¡Es un horror, papá! ¡Cuánto te gusta hablar! —suspira Lídochka.

—Bueno, bueno... —se sorprende el viejo—. Lo dije así como... por charlar... No te enfades...

Tras la cena, la madre cuchichea con la hija un buen rato.

«Seguro que están hablando de trivialidades —piensa el viejo, caminando por las habitaciones—. No comprenden, la tontas, lo importante que es esto... lo serio que es... ¡Así no se puede, es imposible!».

Cae la noche... Lídochka está acostada en su habitación y no duerme... Tampoco pueden dormir los viejos, que se quedan cuchicheando hasta el amanecer.

—¡Las moscas no me dejan dormir! —refunfuña Alekséi Borísich.

Pero no son las moscas las culpables, sino el destino...

LA CORISTA

(Хористка)

Un día, cuando era más joven y guapa y tenía mejor voz, estaba sentado en la planta baja de su dacha Nikolái Petróvich Kolpakov, su rendido admirador. Hacía un calor molesto y sofocante. Kolpakov acababa de comer, se había bebido una botella entera de un vino malo, estaba de mal humor y no se sentía bien. Los dos se aburrían y esperaban a que remitiese el calor para salir a dar un paseo.

De pronto, inesperadamente, llamaron a la puerta. Kolpakov, que estaba sin levita y en zapatillas, se levantó y miró a Pasha con un gesto de interrogación.

—Debe ser el cartero o quizás una amiga —dijo la cantante.

Kolpakov no sentía reparos en que le viesan las amigas de Pasha o el cartero, pero, por si acaso, cogió su ropa y se marchó a la habitación contigua mientras Pasha iba a abrir la puerta. Con gran asombro, no vio en el umbral de la puerta ni al cartero ni a una amiga, sino a una desconocida, joven, hermosa y vestida con elegancia; a juzgar por su apariencia, era una mujer decente.

La desconocida estaba pálida y respiraba con dificultad, como sofocada de subir una alta escalera.

—¿Qué desea? —preguntó Pasha.

La señora no contestó al momento. Dio un paso adelante, miró lentamente alrededor de la habitación y se sentó como si no pudiera mantenerse de pie por el cansancio o por sentirse indispuesta; luego movió un buen rato sus pálidos labios, tratando de decir algo.

—¿Está mi marido en su casa? —preguntó por fin, levantando hacia Pasha sus grandes ojos, con los párpados enrojecidos y llorosos.

—¿Qué marido? —murmuró Pasha y de pronto se asustó tanto que se le helaron las manos y los pies—, ¿Qué marido? —repitió, echando a temblar.

—Mi marido... Nikolái Petróvich Kolpakov.

—No..., no está, señora... No conozco a su marido.

Hubo un silencio. La desconocida se pasó varias veces un pañuelo por los pálidos labios y, para vencer su temblor, contuvo el aliento. Pasha permanecía inmóvil ante ella, como petrificada, y la miraba asustada y perpleja.

—¿Dice que no está aquí? —preguntó la señora, ya con voz firme y una extraña sonrisa.

—Yo... no sé por quién pregunta.

—Miserable, canalla, asquerosa... —balbuceó la desconocida, mirando a Pasha con odio y repugnancia— ¡Sí, sí... es una miserable. Me alegro mucho, mucho... de podérselo decir por fin a la cara!

Pasha sentía que a esa dama vestida de negro, de ojos coléricos, y finos y blancos

dedos, ella le producía una impresión pésima y repugnante, y se avergonzó de sus orondas y sonrosadas mejillas, de su nariz picada de viruelas, del flequillo en la frente, que nunca conseguía peinar hacia arriba. Le pareció que si fuese delgada, sin pintar y sin flequillo, habría podido ocultar que no era una mujer decente, y no le habría dado tanto miedo y vergüenza estar ante aquella señora desconocida y misteriosa.

—¿Dónde está mi marido? —prosiguió la señora—. Me da igual que esté aquí o no, pero debo decirle a usted que se ha descubierto un desfalco y buscan a Nikolái Petróvich... Le quieren arrestar. ¡Mire lo que ha hecho!

La señora se levantó y, muy agitada, empezó a deambular por la habitación. Pasha la miraba sin comprender nada a causa del miedo.

—Hoy vendrán a buscarle y le arrestarán —dijo la señora sollozando, y en ese sollozo resonaban la ofensa y el enojo—, ¡Yo sé quién le ha llevado hasta esa horrible situación! ¡Infame, asquerosa! ¡Criatura repugnante que se vende al primero que llega! (La señora contrajo los labios en un rictus de desprecio y arrugó la nariz con asco). No tengo fuerzas... ¡Oigame, mujer miserable! No tengo fuerzas... ¡Usted es más fuerte que yo, pero hay quien saldrá en mi ayuda y en la de mis hijos! ¡Dios lo ve todo! ¡Él es justo! ¡Él la castigará por cada lágrima mía, por todas las noches sin dormir! ¡Llegará el día en que se acordará de mí!

De nuevo se hizo el silencio. La señora deambulaba por la habitación retorciéndose las manos. Pasha seguía mirándola perpleja, sin comprender nada, esperando que hiciera algo terrible.

—Yo, señora, no sé nada —exclamó, rompiendo a llorar.

—¡Miente! —gritó la señora, mirándole con rabia a los ojos—. ¡Lo sé todo! ¡Hace tiempo que la conozco! ¡Sé que el mes pasado él ha venido a verla todos los días!

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué pasa si es así? Recibo muchas visitas, pero no obligo a nadie a venir. La gente es libre.

—¡Le digo que se ha descubierto un desfalco! Él se ha llevado dinero de su trabajo. Para tener contenta a una... como usted, para tenerla contenta ha cometido un delito. Escuche —dijo la señora con tono firme, deteniéndose ante Pasha—. Usted no tiene principios, sólo vive para hacer el mal, ése es su fin, pero no puedo pensar que haya caído tan bajo que no le quede un poco de sentimiento. Él tiene mujer, hijos... Si le condenan y le envían a la cárcel, mis hijos y yo nos moriremos de hambre... ¡Compréndalo! Aunque hay un medio de salvarle a él y salvamos a nosotros de la miseria y la vergüenza. Si hoy entrego novecientos rublos, le dejarán en paz. ¡Son sólo novecientos rublos!

—¿Qué novecientos rublos? —preguntó Pasha en voz baja—. Yo... yo no sé... No los he cogido.

—No le pido los novecientos rublos... Usted no tiene dinero, además, no necesito su dinero. Le pido otra cosa... Los hombres suelen regalar joyas a las mujeres como

usted. Devuélvame tan sólo los que le ha hecho mi marido.

—¡Señora, nunca me ha regalado joyas! —exclamó Pasha, empezando a comprender.

—¿Entonces, dónde está el dinero? Él ha malgastado su dinero, el mío y el dinero ajeno... ¿Dónde lo ha metido? Escúcheme, se lo ruego. Estaba excitada y le he dicho cosas desagradables. Le pido disculpas. Usted debe de odiarme, lo sé, pero si es capaz de sentir compasión, póngase en mi lugar. Se lo suplico, devuélvame las joyas.

—Hum... —dijo Pasha encogiéndose de hombros—. De buena gana lo haría, pero que Dios me castigue si miento, no me ha regalado nada. Créame. De verdad. Aunque tiene usted razón —añadió turbada la cantante—: una vez me trajo dos cosas. Si quiere, se las doy.

Pasha abrió un cajón del tocador y sacó una pulsera de oro hueco y una sortija con un rubí.

—Tome —dijo, entregándoselas a la visitante.

La señora se ruborizó; un temblor cruzó su rostro. Estaba ofendida.

—¿Pero, qué me da? —dijo—. Yo no le pido una limosna, sino lo que no le pertenece... lo que usted, valiéndose de su situación, le ha sacado a mi marido... a ese hombre débil y desgraciado... El jueves, cuando la vi con mi marido en el muelle, llevaba broches y pulseras de valor. Así pues, de nada le valdrá hacerse la inocente conmigo. Se lo pido por última vez: ¿me da las joyas o no?

—¡Por Dios, qué rara es usted! —dijo Pasha, que estaba a punto de enfadarse—. Le aseguro que, salvo este brazalete y esta sortija, no he visto nada de su Nikolái Petróvich. Él sólo me traía pasteles.

—Pasteles... —exclamó haciendo una mueca la desconocida—. En casa los niños no tienen nada que comer y aquí trae pasteles. Entonces, ¿se niega a devolverme las joyas?

Al no recibir contestación alguna, la señora se sentó meditabunda, fijando la mirada en un punto.

—¿Y ahora qué hago? —murmuró para sus adentros—. Si no consigo novecientos rublos, él estará perdido, y los niños y yo también. ¿Mato a esta miserable o me pongo de rodillas ante ella?

La señora se llevó el pañuelo a la cara y rompió a llorar.

—¡Se lo pido por favor! —dijo entre sollozos—. Usted ha arruinado y ha echado a perder la vida de mi marido, sálvelo... Usted no siente lástima de él, pero los niños... los niños... ¿Qué culpa tienen los niños?

Pasha se imaginó a unos niños pequeños en la calle llorando de hambre, y también rompió a llorar.

—¿Qué puedo hacer, señora? Usted dice que soy una miserable y que he arruinado a Nikolái Petróvich. Le juro por Dios que no tengo nada de él... En nuestro coro, sólo Motia tiene un protector rico, todas las demás vivimos sin lujos. Nikolái Petróvich es un caballero culto y delicado, y yo aceptaba sus visitas. Nosotras no

podemos negamos a recibir visitas.

—¡Le pido por favor las joyas! ¡Deme las joyas! Lloro... me humillo... Si quiere, se lo pido de rodillas.

Pasha gritó de miedo y movió los brazos. Sentía que aquella señora pálida y hermosa que se expresaba de modo sublime, como en el teatro, era capaz de ponerse de rodillas ante ella, y lo hacía precisamente por orgullo, por ser noble, para elevarse y humillar a la corista.

—¡Está bien, le daré las joyas! —dijo Pasha, limpiándose las lágrimas— Pero no son de Nikolái Petróvich... Me las dieron otros. Si las quiere...

Pasha abrió el cajón superior de la cómoda; sacó de él un broche de diamantes, un collar de corales, varios anillos y una pulsera y se los entregó a la dama.

—Tome si quiere, pero sepa que de su marido no tengo nada. ¡Tómelas, hágase rica! —agregó Pasha, ofendida por la amenaza de ponerse de rodillas—. Y si usted es noble... su legítima esposa, cuide mejor de él. Eso es. Yo no le llamé, vino él por su cuenta...

La señora, entre lágrimas, miró las joyas que le había entregado y dijo:

—Esto no es todo... Esto no vale ni quinientos rublos.

Pasha sacó impetuosamente de la cómoda un reloj de oro, una cigarrera y un par de gemelos y dijo levantando los brazos:

—No tengo nada más... Registre, si quiere.

La señora suspiró, con manos temblorosas envolvió las joyas en un pañuelo, y se fue sin decir nada y sin inclinar siquiera la cabeza.

Se abrió la puerta de la habitación contigua y entró Kolpakov. Estaba pálido y sacudía nervioso la cabeza, como si acabara de tomar algo muy amargo. En sus ojos brillaban las lágrimas.

—¿Qué regalos me ha hecho usted? —dijo Pasha abalanzándose sobre él— ¿Dígame cuándo?

—Regalos... ¡Qué importa eso! —exclamó Kolpakov y sacudió la cabeza—. ¡Dios mío! ¡Ella ha llorado delante de ti, se ha humillado...!

—¡Le pregunto que qué regalos me ha hecho usted! —gritó Pasha.

—¡Dios mío! Ella, una mujer decente, orgullosa, pura... Y hasta quería arrodillarse ante... ¡ante esta zorra! ¡Y yo la he llevado a esta situación! ¡Yo lo he permitido!

Se llevó las manos a la cabeza, lamentándose:

—¡No! ¡Nunca me lo perdonaré! ¡Jamás! ¡Apártate de mí, asquerosa! —gritó, echándose atrás y estirando con repugnancia sus brazos temblorosos para separarse de Pasha— Ella quería arrodillarse... ¿Ante quién? ¡Ante ti! ¡Dios mío!

Se vistió de prisa y apartándose de malas maneras de Pasha, se dirigió a la puerta y se fue.

Pasha se echó en la cama y rompió a llorar vivamente. Sentía haber perdido sus cosas, que había entregado en un arrebato. Se sentía humillada. Recordó que tres años

antes un comerciante le había golpeado sin motivo alguno y lloró aún más vivamente.

MAESTRO

(УЧИТЕЛЬ)

Fiódor Lúkich Sisoiev, maestro en la escuela de la fábrica Manufacturas Kulikin e hijos, se disponía a asistir a una comida solemne. Cada año, al finalizar el curso, la dirección de la fábrica organizaba una comida, a la que concurrían el inspector de las escuelas, todos los presentes a los exámenes y los empleados de la administración.

Dichas comidas, a pesar de su carácter oficial, resultaban siempre largas, alegres y sustanciosas. Olvidada la diferencia de categorías y tenido sólo en cuenta el trabajo de los maestros, estos comían y bebían a su satisfacción, charlaban hasta la ronquera y se separaban tarde, al anochecer, llenando todo el recinto de la fábrica de un sonido de besos y de canciones. Las comidas a que había asistido Sisoiev, contadas, en relación con sus años de servicio, eran trece.

Aquel día, disponiéndose a acudir a la decimocuarta, se esforzaba en dar a su persona el aspecto más festivo y decoroso. Invirtió una hora entera en cepillarse el nuevo traje negro, y casi el mismo tiempo en ponerse ante el espejo una camisa de última moda; los gemelos no entraban fácilmente en los ojales, y ello atrajo sobre su mujer toda una tormenta de quejas, amenazas y reproches. La pobre mujer, de tanto dar vueltas a su alrededor, quedó desfallecida. También él acabó agotado, y cuando le trajeron de la cocina las botas de tirantes, le faltaban fuerzas para metérselas. Tuvo que echarse y beber un poco de agua.

—¡Qué débil te has quedado! —suspiró la mujer— ¡Mejor sería que no fueras a esa comida!

—Te ruego que te ahorres los consejos —la cortó, enfadado, el maestro.

Estaba de mal humor, pues el resultado de los últimos exámenes le había dejado muy descontento. Éstos habían transcurrido perfectamente, mereciendo todos los chicos del curso superior su certificado de aprobación y hasta premios, y los superiores, tanto los de la fábrica como los del Estado, habían quedado muy contentos de aquellos éxitos; pero ello, sin embargo, parecíale poco al maestro. Le enojaba que el alumno Babkin, que siempre escribía sin una falta, hubiera hecho tres en el dictado. En cuanto al alumno Serguéiev, la agitación le había impedido multiplicar diecisiete por trece. El inspector, un joven sin experiencia, había escogido para el dictado un artículo muy difícil, y Liapunov, el maestro de la escuela vecina, al que el inspector había rogado dictar, no se había portado como un buen compañero, y en lugar de pronunciar las palabras según se escriben, parecía masticarlas.

Después de conseguir, con ayuda de su mujer, hacer entrar en sus pies las botas de tirantes y de echarse una última mirada al espejo, el maestro cogió su bastón y se marchó a la comida.

A la misma entrada del piso habitado por el director de la fábrica, en el que había

de tener lugar el festejo, le ocurrió un pequeño y desagradable incidente. De repente empezó a toser... Aquellos golpes de tos fueron causa de que la gorra se le cayera de la cabeza y el bastón de las manos, y cuando al oírlos, del piso del director salieron corriendo los maestros y el inspector de las escuelas, le hallaron sentado en el primer peldaño de la escalera cubierto de sudor.

—¿Es usted, Fiódor Lúkich? ¡Pero, cómo...! ¿Ha venido usted...?

—¿Y por qué no?

—¡Querido...! ¡Debería haberse quedado en casa...! ¡Hoy no está usted bueno...!

—Estoy lo mismo que ayer; pero si mi presencia no le es grata, puedo marcharme.

—¿A qué vienen esas palabras, Fiódor Lúkich...? ¿Por qué pronunciarlas? ¡En realidad, los agasajados no vamos a ser nosotros, sino usted...! ¡Nos es gratisísimo...!

En la casa del director de la fábrica estaba ya todo dispuesto. En el gran comedor, adornado con oleografías alemanas, era perceptible un olor a geranios y a barniz. Había en él dos mesas: una grande, para la comida, y otra más pequeña, para los entremeses. A través de los *stores* bajados de la ventana, apenas se filtraba la luz del mediodía...

El crepúsculo de las habitaciones, las vistas de Suiza dibujadas en los *stores*, los geranios, las finas lonchas de salchichón sobre los platos... ¡todo...!, tenía un aspecto ingenuo y sentimental y presentaba una cierta semejanza con el propio amo de la casa, un alemán campechano, de pequeña estatura, redonda tripita y ojitos dulces y cariñosos. Adolf Andreich Bruni (éste era su nombre) se agitaba junto a la mesa de los entremeses, como si estuviera apagando un fuego; llenaba las copas, ofrecía platos y, esforzándose en resultar amable, en hacer reír y en mostrar sus sentimientos amistosos, daba palmaditas en los hombros, miraba a los ojos, soltaba una risita, se frotaba las manos y, en una palabra, hacía las zalemas de un buen perro.

—¡Fiódor Lúkich...! ¡Qué sorpresa...! ¡Qué cosa más grata para nosotros...! ¡A pesar de su enfermedad ha venido usted...! ¡Señores...! ¡Permítanme que les felicite...! ¡Aquí está Fiódor Lúkich...!

Junto a la mesa de los entremeses hallábanse ya agrupados los pedagogos comiendo. Sisoiev frunció el entrecejo. No le agradaba que los compañeros se hubieran puesto a comer sin esperarle. Distinguiendo entre ellos a Liapunov, aquél precisamente que había dictado en el examen se acercó a él y le dijo:

—¡Eso no es compañerismo...! ¡No lo es...!

¡Las personas de proceder correcto no dictan de esa manera!

—¡Dios mío...! ¡Usted siempre a vueltas con lo mismo...! ¿Será posible que no se canse?

—¡Siempre a vueltas con lo mismo! ¡Sí...! ¡Babkin en clase nunca hizo faltas...! ¡Sé muy bien por qué dictaba usted de esa manera...! ¡Quería usted sencillamente que mis alumnos no aprobaran para que su escuela apareciera como mejor que la mía...! ¡Todo lo comprendo!

—¡Que siempre tenga usted que tomarla conmigo! —dijo con un gruñido Liapunov—. ¿Para qué diablos viene usted a darme la lata...?

—¡Basta, señores! —intervino Bruni, con cara compungida—, ¿Vale la pena excitarse por tonterías semejantes...? ¿Qué importan tres faltas..., ni una?

—Importan, sí. Babkin no hizo nunca una falta en clase.

—¡Viene a darme la lata...! —proseguía Liapunov entre resoplidos—. ¡Se aprovecha de su condición de enfermo y nos quiere comer a todos!

—¡Pues yo, amigo mío, le prevengo que no miraré que esté usted enfermo!

—¡Deje en paz a mi enfermedad! —gritó, irritado, Sisoiev—. ¿A usted qué le importa eso? ¡Todos con lo mismo...! ¡Enfermedad, enfermedad...! ¿Qué falta me hace a mí su interés y de dónde ha sacado que estoy enfermo...? ¡Lo estuve, sí, antes de los exámenes, pero estoy completamente bien y lo único que ocurre es que me he quedado débil!

—¿Que está usted bien...? ¡Pues gracias a Dios! —dijo el profesor de religión, padre Nikolái, sacerdote joven, vestido con una sotana color castaño—. ¡Lo que tiene que hacer, entonces, es alegrarse en lugar de excitarse!

—¡Pues usted también! —le interrumpió Sisoiev—. ¡Hacía usted unas preguntas que parecían adivinanzas! ¡Las preguntas tienen que ser claras y directas! ¡De otro modo no es posible!

Al cabo, entre todos consiguieron calmarle y hacer que se sentara a la mesa. Tras invertir largo rato en escoger bebida, acabó bebiendo con una cara agria media copa de un líquido verde. Después se sirvió un trozo de *pirog*, de cuyo relleno separó meticulosamente los pedazos de huevo y cebolla. El primer bocado del *pirog* le supo a soso, y le echó sal, pero en el acto lo apartó de sí enfadado, pues el *pirog* resultaba ahora excesivamente salado.

Sisoiev estaba sentado a la mesa entre el inspector y Bruni, y después del primer plato, según costumbre establecida hacía largo tiempo, los brindis dieron comienzo.

—Considero un grato deber —empezó diciendo el inspector— dar las gracias a los protectores ausentes de la escuela, Danil Petrovich, y..., y..., y...

—E Iván Petrovich... —le apuntó Bruni.

—E Iván Petrovich Kulikin, ya que no escatiman medios para su sostenimiento... y propongo beber a su salud...

—¡Por mi parte —dijo Bruni, levantándose como si le pincharan— propongo un brindis a la salud de nuestro estimado inspector de escuelas, Pavel Gennádievich Nadarov!

Las sillas se movieron, sonrieron los rostros y empezó el acostumbrado chocar de copas. El tercer brindis correspondía a Sisoiev. También esta vez se levantó y empezó a hablar.

Con semblante grave y después de toser empezó declarando que no tenía el don de la elocuencia y que hablaba sin preparación. A continuación dijo que durante los catorce años de su servicio había habido allí muchas intrigas, muchas zancadillas y

hasta denuncias contra él, y que aunque conocía a sus enemigos y denunciadores, no quería nombrarlos por no estropear a nadie el apetito. Sin embargo, y a pesar de aquellas intrigas la escuela de los Kulikin ocupaba la primera categoría en toda la región, y no sólo en el sentido moral, sino también en el material.

—En todas partes —dijo— los maestros reciben un sueldo de doscientos a trescientos rublos, mientras que yo no sólo lo recibo de quinientos, sino que el piso en que habito ha sido arreglado y hasta amueblado por cuenta de la fábrica. Este año todas sus paredes fueron empapeladas de nuevo.

Después el maestro se refirió a la amplitud con que los alumnos (en comparación con los colegios regionales y los del Estado) disponían de material escolar. Todo esto, en opinión suya, no lo debía la escuela a los propietarios de la fábrica, que por residir en el extranjero ignorarían seguramente la existencia de aquélla, sino a un hombre de alma rusa a pesar de su origen alemán y su fe luterana.

Sisoiev estuvo hablando largo tiempo, con pausas y *fiorituras*, resultando su discurso ingrato y monótono. Insistía en sus insinuaciones sobre supuestos enemigos, hacía alusiones, repetía las frases, tosía y agitaba torpemente los dedos. Al fin, cansado, rompió a sudar y empezó a hablar despacio, interrumpiéndose, y como para sí mismo, poniendo al fin término a su discurso de este modo un tanto desordenado:

—¡Así, pues... propongo beber a la salud de Bruni...! ¡Quiero decir..., de Adolf Andreich..., que aquí entre nosotros... en general...! ¡Y ello se comprende...!

Cuando acabó, respiraron todos aliviados, como si alguien, rociando el aire con agua fría, hubiera refrescado la atmósfera sofocante. Bruni solamente no experimentaba, al parecer, desazón alguna. Resplandeciente y poniendo en blanco los ojos sentimentales, estrechó con gran efusión la mano a Sisoiev y empezó de nuevo a hacer zalemas como un perro.

—¡Oh, cuánto se lo agradezco! —decía, llevándose la mano al corazón—. ¡Me siento tan feliz de verme comprendido por usted...! ¡Con toda el alma le deseo las mayores venturas! ¡Sólo he de hacerle observar que exagera mis méritos! ¡A quien la escuela debe su florecimiento es a usted..., mi estimadísimo amigo Fiódor Lúkich...! ¡Sin usted ésta no se hubiera distinguido de las otras...! Tal vez piensa usted: «El alemán hace cumplidos. El alemán gasta finuras...». ¡Ja, ja, ja...! ¡No, alma mía..., Fiódor Lúkich...! ¡Yo soy un hombre honrado que nunca hace cumplidos...! ¡Si le pagamos quinientos rublos al año es porque nos es usted preciso...! ¿No es así, señores...? ¡Estoy diciendo la verdad...! ¡A ningún otro hubiéramos pagado ese sueldo...! ¡Una buena escuela honra a una fábrica!

—Sinceramente he de confesar —dijo el inspector— que su escuela es, en efecto, extraordinaria... ¡No piensen que esto es incienso...! ¡En mi vida nunca tuve ocasión de encontrar una escuela igual...! ¡Durante los exámenes no salía de mi asombro...! ¡Qué maravilla de muchachos...! ¡Lo que saben! ¡Contestan sin vacilar y tienen una compostura especial...! No son asustadizos y sí sinceros, y se ve que le quieren, Fiódor Lúkich... ¡Es usted pedagogo hasta la médula de los huesos...! Seguramente

nació usted ya siéndolo. Tiene todas las condiciones precisas: vocación innata, experiencia de muchos años y amor al trabajo... ¡Sencillamente asombrosos, si se tiene en cuenta lo delicado de su salud, con su energía, su conocimiento del trabajo y..., ¿usted me entiende...?, su seguridad...! ¡Alguien dijo con razón en el Consejo pedagógico que era usted un poeta de su profesión...! ¡Eso, justamente...! ¡Un poeta...! ¡Un poeta!

Y los comensales, unánimemente, todos a una, se pusieron a hablar del extraordinario talento de Sisoiev. Diríase que se habían abierto las compuertas de una presa; los discursos sinceros y entusiastas fluyeron; esos discursos que sólo pronuncia el hombre cuando se mantiene en una calculadora y cautelosa sobriedad. El discurso de Sisoiev, su carácter insoportable, la expresión aviesa y desagradable de su rostro, estaban olvidados. Todos hablaban; hasta los tímidos y callados maestros de reciente nombramiento; esos pobres jóvenes apocados que llaman al inspector «señoría». Era evidente que Sisoiev tenía gran relieve en su círculo. Acostumbrado, sin embargo, durante catorce años de servicio a los éxitos y las alabanzas, escuchaba indiferentemente el entusiasta retumbar de voces de sus admiradores. Era a Bruni a quien, en lugar de él, embriagaban las lisonjas. El alemán cogía al vuelo cada palabra, resplandecía, palmoteaba, se ruborizaba tímidamente, como si aquellas alabanzas le estuvieran destinadas a él y no a su maestro.

—¡Bravo, bravo! —gritaba—. ¡Exacto...! ¡Me adivinaron ustedes el pensamiento...! ¡Perfecto!

Luego miraba al maestro a los ojos, como deseando compartir su beatitud. Por último, no pudiendo contenerse por más tiempo, se levantó de un salto, y cubriendo todas las voces con la suya chillona de tenor, gritó:

—¡Señores...! ¡Permítanme que les hable...! ¡Tssss...! ¡En respuesta a cada una de sus palabras, sólo puedo decirles lo siguiente: la Administración de la fábrica no quedará deudora de Fiódor Lúkich...!

Todos callaron. Sisoiev alzó los ojos hacia el rostro sonrosado del alemán.

—¡Sabemos valorar los méritos —prosiguió Bruni poniendo cara seria y bajando la voz—, y en respuesta a cada una de sus palabras he de decirles que... la familia de Fiódor Liukich será asegurada, habiendo sido ya depositada para ello en el Banco la cantidad necesaria...!

Sisoiev, perplejo, miró interrogativamente al alemán y a sus compañeros, preguntándose por qué era su familia la que iba a ser asegurada y no él... Y en ninguno de los rostros, en ninguna de las miradas inmóviles, fijas sobre él, leyó compasión ni esa falta de sentimiento de condolencia que pudiera resultarle insoportable, sino otra cosa..., algo semejante a una terrible verdad..., algo que en un instante llenó todo su cuerpo de frío y su alma de una inexplicable desesperación... Pálido y contorsionado el rostro, se levantó de repente de un salto y se cogió la cabeza entre ambas manos. Por espacio de un cuarto de minuto permaneció en esta actitud, mirando espantado y fijamente ante sí, como si contemplara ya aquella

muerte cercana a que había aludido Bruni. Luego, sentándose, rompió a llorar.

—¡Vaya, vaya...! ¿Qué le pasa...? —oía decir a voces inquietas— ¡Agua! ¡Beba agua...!

Pasado algún tiempo, el maestro se tranquilizó, pero la animación anterior había abandonado ya a los comensales. La comida terminó en medio de un silencio sombrío y mucho antes que en años precedentes.

Cuando Sisoiev volvió a su casa, lo primero que hizo fue mirarse al espejo.

«¡Naturalmente...! ¿Qué necesidad tenía de haber llorado allí...? —pensaba, contemplando sus ojos, sus profundas ojeras y sus mejillas hundidas—. ¡Mi color de cara es hoy mucho mejor que ayer...! ¡Lo que pasa es que tengo anemia y catarro intestinal...! ¡También la tos es intestinal!».

Tranquilizado con estos pensamientos, se desnudó lentamente, y después de invertir largo rato en cepillar el traje negro lo dobló cuidadosamente y lo encerró en el cajón de la cómoda.

Luego, acercándose a la mesa en la que se amontonaban los cuadernos de los alumnos, extrajo de ellos el de Babkin, se sentó y se sumergió en la contemplación de la bella escritura infantil...

Mientras repasaba el dictado de sus alumnos, en el aposento inmediato hallábase sentado el médico de la región diciendo en voz baja a la esposa que no se podía dejar asistir a una comida al hombre a quien sólo queda una semana de vida.

INTÉRPRETE DE PALABRAS PARA «SEÑORITAS»

(Словотолкователь для «барышень»)

Si la colegiala diligente disfruta estudiando *física*, entonces será un amor *físico*.

* * *

Si los jóvenes declaran su amor en una *carnicería*, entonces es un amor *carnal*.

* * *

Si la señorita no le ama sino que ama a su *hermano*, entonces es un amor *fraternal*.

* * *

Si a alguien le gusta el *espíritu* del perfume o invocar a los *espíritus*, entonces es un amor *espiritual*.

* * *

Si la vieja solterona ama a los perros, los gatos y otros *animales*, entonces es un amor *animal*.

* * *

Matrimonio *civil* se llama la unión amorosa entre dos personas con títulos de honorable *ciudadano* por herencia y honorable *ciudadana* por herencia.

* * *

Esposos se llaman esos hombres que ayudan a alimentar y vestir a sus hijas, por compasión y por haberle visto a la policía las *esposas*.

* * *

Solteros *fogosos* son los hombres que disparan con armas de *fogueo*.

* * *

Vida *desenfrenada* es la que llevan los carteros y los cocheros cuando llega el deshielo.

UN HUÉSPED INQUIETANTE

(Беспокойный гость)

En la isba, pequeña y baja de techo, del guardabosque Artiom, y bajo una imagen grande y oscura, estaban sentados dos hombres, uno de ellos el propio Artiom, escuálido *muzhik* de corta estatura y rostro aviejado y marchito, rematado por una barbita que parecía salirle del cuello, y un cazador *de paso*, mozo alto, vestido con una blusa nueva de percal y calzado con grandes botas de campo. Hallábanse sentados en un banco junto a un pequeño velador de tres patas, sobre el que, metida en el cuello de una botella, ardía perezosamente una vela. Al otro lado de la ventana escuchábase ya el ruido tempestuoso que en la Naturaleza suele preceder a la tormenta. Aullaba maligno el viento y enfermizamente gemían, doblándose, los árboles. Sus hojas golpeaban en el papel pegado sobre uno de los vidrios de las ventanas.

—¡He aquí lo que te digo, ortodoxo! —murmuraba Artiom con voz cascada de tenor y mirando sin pestañear, con unos ojos como asustados, al cazador— No tengo miedo de los lobos..., ni de los osos..., ni de ninguna clase de fieras...; pero ¡sí del hombre...! ¡De las fieras... puede defenderte la escopeta o cualquier otra arma..., pero ante un hombre malo no hay salvación! ¡Ya se sabe...! ¡A una fiera la puedes apuntar..., pero apunta a un bandido...! ¡Tendrías que responder por ello, y a lo mejor te mandaban a Siberia...! Yo, hermano mío, llevo aquí ya de guardabosque cerca de treinta años, y tanto me ha hecho sufrir la gente mala que ni siquiera puedo contártelo... ¡Ha desfilado tanta por aquí...! ¡Como tengo la isba en el camino por el que pasa todo el mundo..., me vienen como diablos...! Entra un malhechor de éstos, y sin quitarse el gorro ni santiguarse, te dice: «¡Ya me estás dando pan..., tal y cual!...»... ¿Y de dónde voy a sacar yo el pan...? ¿Por qué razón...? ¿Soy acaso yo un millonario que tenga que dar de comer al primer borracho que pase...? ¡Pero ellos..., ya se sabe..., son tan malos que no lo quieren ver...! ¡Como viven de espaldas a la cruz..., sin pensarlo mucho te dan una bofetada...! «¡Que me des pan...! ¡Que me lo tienes que dar...!»... Y tú, ¿qué vas a hacer...? ¡No vas a empezar a pegarte con unos Herodes así...! ¡Los hay que tienen un puño tan fuerte como tu bota...! ¡Mientras que yo...!, ¿qué corpulencia tengo yo...? ¡Con el meñique se me podría derribar...! Así que acabas dándole el pan, y él se lo zampa todo. Luego se te tumba a todo lo largo del suelo de la isba y ni siquiera te da las gracias... Hay otros también que te preguntan por el dinero. «¿Dónde está el dinero...? ¡Contesta...!»... ¿Y qué dinero puedo tener yo? ¿De dónde voy a sacarlo?

—¡Eso de que un guardabosque no tiene dinero...! —sonrió el cazador—. Cobras mensualmente un sueldo, te ganas propinas y vendes el bosque de tapadillo...

Artiom, asustado, miró de reojo al cazador, y su barbita vibró como el rabo de una

urraca.

—Eres demasiado joven para decirme esas palabras... ¡Tendrás que responder de ellas ante Dios...! Pues tú..., ¿quién eres tú? ¿De dónde vienes?

—¿Yo...? De Viasovka. Soy el hijo del *starosta* Nefed.

—¿Te divierte la escopeta...? También cuando yo era joven me gustaba ese entretenimiento. ¡Así es..., pecadores de nosotros! —prosiguió bostezando Artiom—. ¡Qué pena...! ¡Buena gente hay poca en el mundo y en cambio, de malvados y malhechores..., sabe Dios los que habrá!

—¡Parece como si a mí también me tuvieras miedo!

—¡Vaya...! ¡Pues no faltaría otra cosa...! ¿Por qué iba yo a tenerte miedo...? ¡Yo sé distinguir, comprender...! ¡Tú, cuando entraste, te santiguaste y saludaste como era debido...! ¡Yo sé distinguir...! ¡A ti se te puede dar pan...! Como soy viudo, no enciendo la lumbre y he vendido el samovar... carne o cosa que se le parezca... soy tan pobre que no tengo..., pero ¡pan...! ¡Hazme la merced...!

Algo gruñó en este momento debajo del banco, escuchándose después un ruido silbante. Artiom se estremeció, encogió los pies y miró interrogativamente al cazador.

—Es mi perro, que regaña con tu gato —dijo el cazador—. ¡Eh..., vosotros! ¡Diablos! —gritó por debajo del banco— ¡Quietos si no queréis que os atice...! ¡Vaya gato delgado el tuyo, hermano...! ¡No tiene más que los huesos y el pellejo!

—Es muy viejo. Ya es hora de que se muera. ¿Dices, entonces, que eres de Viasovka...?

—¡Lo que veo es que no le das de comer...! ¡Un gato es también una criatura...! ¡Con cada aliento suyo da gloria a Dios...! ¡Hay que ser compasivo...!

—Parece ser que no anda todo limpio por Viasovka... —prosiguió Artiom como si no hubiera oído al cazador—. En un año robaron dos veces en la iglesia... ¡Hay gente que...! ¡Se ve que no sólo no temen a la gente, sino que tampoco tienen temor de Dios...! ¡Robar lo que pertenece a Dios...! ¡Colgarlos sería poco...! ¡En los tiempos antiguos los gobernadores castigaban a esos canallas con el verdugo...!

—¡Lo mismo da que los castigues como que no...! ¡Aunque les pegues unos latigazos, o los mandes a la cárcel, no sacarás de ellos ningún provecho...! ¡A una persona mala no se le quita la maldad con nada!

—¡Dios nos asista...! ¡Virgen Santísima...! —suspiró el guardabosque— ¡Que Dios nos libre de los enemigos y de los malvados...! ¡La semana pasada, en *Los Volvoi Saimischi*, un segador pegó a otro un golpe en el pecho con la guadaña y lo mató...! ¿Y todo porqué...? ¡Dios mío...! ¡Hágase tu voluntad...! ¡Porque sale uno de los segadores bebido de la taberna..., se encuentra con otro también bebido...!

El cazador, que escuchaba atentamente, se estremeció de pronto y, con el rostro en tensión, prestó oído.

—¡Espera! —interrumpió al guardabosque—. Me parece que grita alguien.

Sin apartar los ojos de la oscura ventana, el cazador y el guarda se pusieron a escuchar. Por entre el ruido del bosque se percibían aquellos sonidos que oye el oído

sobreexcitado durante una tormenta, por lo que resultaba difícil apreciar si se trataba de alguien pidiendo socorro, o si era sencillamente el temporal gimiendo en la chimenea. Una ráfaga de viento que pasó sobre el tejado hizo sonar el papel pegado a la ventana, escuchándose entonces con claridad este grito:

—¡Socorro!

—¿Hablabas de malvados...? ¡Ahí están! —dijo, palideciendo y levantándose, el cazador—. ¡Están robando a alguien!

—¡Dios nos asista! —murmuró el guardabosque, palideciendo y levantándose a su vez.

El cazador miró por la ventana y dio unos cuantos pasos por la isba.

—¡Qué nochecita...! ¡No se ve ni gota...! —masculló— ¡Desde luego no puede estar el tiempo más a propósito para robar...! ¿Oyes? Han gritado otra vez.

El guardabosque alzó los ojos a la imagen, de la imagen los llevó al cazador y cayó sentado en el banco con el gesto de desfallecimiento del hombre a quien asusta una noticia inesperada.

—¡Ortodoxo! —dijo con voz llorosa—. ¿Por qué no vas al zaguán y cierras la puerta con cerrojo...? ¡Deberíamos también apagar la luz!

—¿Por qué razón?

¡A lo mejor vienen en mala hora por aquí...! ¡Ay pecador de mí!

—¡Lo que es menester es ir..., y a ti todo lo que se te ocurre es cerrar la puerta con el cerrojo...! ¡Qué cabeza...! ¿Vamos...?

El cazador se echó al hombro la escopeta y cogió el gorro.

—¡Vístete! ¡Agarra tu escopeta...! ¡Fliorka...! ¡Aquí! —gritó al perro—. ¡Fliorka!

De debajo del banco salió un perro, con las largas orejas cortadas mezcla de *setter* y de perro callejero. Estirándose a los pies de su amo, agitó el rabo.

—¿Por qué te quedas ahí sentado? —gritó el cazador al guardabosque—, ¿Es que no vienes?

—¿Adónde?

—A prestar auxilio.

—¿Y para qué sirvo yo ya? —dijo el guardabosque con gesto de desaliento y encogiéndose con todo su cuerpo—, ¡Que Dios le asista a quien sea!

—Pero ¿por qué no quieres venir?

—¡Después de conversaciones de miedo, no puedo dar ni un paso en la oscuridad...! ¡Que Dios asista a quien sea...! ¿Qué tengo yo que ver con el bosque?

—¿De qué tienes miedo? ¿Acaso no tienes una escopeta? ¡Anda, vamos! ¡Hazme la merced...! ¡No le gusta a uno ir solo...!, ¡dos ya es más alegre...! ¿Oyes...? Han gritado otra vez... ¡Anda! ¡Levántate!

—¿Cómo voy a tener que hacer para que me comprendas, muchacho? ¿Te crees que soy un tonto para ir a buscar mi perdición?

—¿No vienes, entonces?

El guardabosque guardaba silencio El perro, sin duda por haber oído el grito humano, empezó a ladrar lastimeramente.

—¿Vienes o no...?, te pregunto —gritó el cazador, con los ojos ya fuera de las órbitas, de irritación.

—¡No eres poco pegajoso, a fe mía...! —dijo con una mueca de desagrado el guardabosque—. ¡Vete tú solo!

—¡Vaya canalla! —gruñó el cazador, dirigiéndose a la puerta—. ¡Fliorka! ¡Aquí!

Y dejando abierta la puerta de par en par, salió. El viento penetró raudo en la isba. La llama de la vela osciló inquieta, ardió más vivamente y se apagó.

Al cerrar la puerta, detrás del cazador, el guarda vio, a la luz de los relámpagos, los charcos en el claro del bosque, los pinos más cercanos y la figura del huésped que se alejaba. En la lejanía gruñó el trueno.

—¡Santo Dios...! ¡Santo Dios...! —murmuró el guarda, apresurándose a correr el pesado cerrojo—. ¡Qué tiempo nos manda el Señor!

Después de cerrar la puerta, se acercó a tientas a la estufa y, echándose sobre la yacija y cubriéndose con el *tulup*, tendió el oído. Ya no se escuchaba ningún grito humano, y, en cambio, el ruido del trueno retumbaba más y más fuerte. Oía cómo la lluvia, empujada por el viento, golpeaba furiosa sobre los vidrios y sobre el papel pegado a ellos en la ventana.

«¡Buena gana! —pensaba imaginándose al cazador calado bajo la lluvia y tropezando en los troncos cortados de los árboles—. ¡Seguramente le castañetearán los dientes de miedo!».

No habrían pasado más de diez minutos cuando se escucharon pasos, y, tras ellos, fuertes golpes asestados a la puerta.

—¿Quién está ahí? —gritó el guardabosque.

—Soy yo —se oyó decir a la voz del cazador.

El guardabosque abandonó su yacija, buscó a tientas la vela, la encendió y fue a abrir la puerta. El cazador y el perro venían calados hasta los huesos. Una fuerte y tupida lluvia había caído sobre ellos y el agua chorreaba de sus cuerpos como de una bayeta sin escurrir.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el guardabosque.

—¡Una campesina que iba en un carro y había perdido el camino...! —contestó el cazador tratando de calmar su respiración jadeante.

—¡Buena tonta...! ¿Estaría seguramente muy asustada...? Y tú..., ¿qué? ¿Le enseñaste el camino?

—¡Eres el mayor de los canallas y no tengo ganas de contestarte! —y el cazador, tirando sobre el banco su sombrero mojado, prosiguió—: ¡Ahora opino de ti que eres un canalla y el último de los hombres...! ¡Y que seas un guardabosque...! ¡Que recibas un sueldo! ¡Eres un infame y nada más!

El guardabosque, con paso culpable, se arrastró hacia la estufa y se echó en la yacija. El cazador se sentó sobre el banco y, después de quedar un rato pensativo, se

tumbó, mojado como estaba, sobre éste, todo lo largo que era. Un poco después se levantó, apagó la vela y se volvió a echar. En ocasión de un trueno, especialmente fuerte, rebulló, escupió y gruñó:

—¡Que tiene miedo...! ¿Y si hubieran estado matando a la campesina...? ¿Quién era el que tenía que correr en su auxilio...? ¡Un hombre viejo...! ¡Bautizado...! ¡Un cerdo y nada más!

El guardabosque carraspeó y exhaló un profundo suspiro. Fliorka, en algún sitio de la oscuridad, sacudió su cuerpo, salpicando por todos lados.

—¿Eso quiere decir, entonces, que a ti no te hubiera importado que mataran a la campesina? —prosiguió el cazador—. ¡Que Dios me castigue si yo sabía que eras así!

Se hizo el silencio. La nube amenazadora y los estampidos del trueno sonaban ya lejanos, pero continuaba lloviendo.

—¿Y si en lugar de haber sido una *baba*, hubieras sido tú..., por ejemplo..., el que pidiera socorro? —dijo el cazador, interrumpiendo el silencio—, ¿Cómo lo hubieras pasado, animal, si no hubiera acudido nadie en tu auxilio? ¡Tu canallada me sacó de quicio!

Luego, después de otro largo silencio, volvió a decir el cazador:

—¡Lo que quiere decir eso..., es que tienes dinero y por ello temes a la gente...! ¡Al hombre pobre no le da miedo de nada...!

—¡Tendrás que dar cuenta a Dios de esas palabras! —dijo Artiom, con voz ronca, desde su yacija—, ¡No tengo dinero!

—¿Que no...? ¡Los canallas tienen siempre dinero...! ¿Por qué, entonces, te da miedo la gente...? ¡Eso significa que tienes dinero...! ¡Merecerías que te robara para que aprendieras...!

Artiom dejó sin ruido su yacija, encendió la vela y se sentó bajo la imagen. Estaba pálido y no apartaba los ojos del cazador.

—¡Iré y te robaré! —prosiguió, levantándose, el cazador—. ¿Qué te figuras? ¡A las personas como tú hay que enseñarlas...! ¡Contesta! ¿Dónde guardas el dinero?

Artiom encogió las piernas y parpadeó.

—¿Por qué te encoges...? ¿Dónde tienes guardado el dinero...? ¿Acaso no tienes lengua, bufón...? ¿Por qué te callas? —levantándose de un salto el cazador se acercó al guardabosque—. ¿Por qué pones esos ojos de mochuelo...? ¿Eh...? ¡Trae acá el dinero..., si no quieres que dispare la escopeta!

—¿Por qué me mortificas tú...? —gritó con voz chillona el guardabosque, mientras unas gruesas lágrimas brotaban de sus ojos—, ¿Por qué causa...? ¡Dios todo lo ve...! ¡De todas estas palabras tendrás que darle cuenta! ¡No hay derecho que te valga para exigirme dinero...!

El cazador contempló un momento el semblante lloroso de Artiom, luego hizo una mueca de desagrado, dio unos pasos polla isba, se caló con enfado el gorro y cogió la escopeta.

—¡Ah...! ¡Da asco mirarte! —dijo entre dientes—. ¡No puedo verte siquiera...!

¡Sea como sea, ya no quiero dormir en tu casa...! ¡Adiós...! ¡Fliorka...! ¡Aquí...!
La puerta dio un golpetazo y el inquietante huésped se alejó con su perro...
Artiom cerró la puerta tras él, se santiguó y se echó a dormir.

RARA AVIS

(Rara avis)

Un creador de novelas criminales conversa con un agente de policía:

—Podría usted llevarme hasta un refugio de estafadores y maleantes...

—Encantado.

—Muéstreme a dos o tres clases de asesinos...

—Se podría hacer.

—Necesitaría ir también a antros secretos de perversión.

El escritor le pide también después que le presente a falsificadores de moneda, chantajistas, tramposos, *reinas de corazones*, *alfonsos*... Y a todo responde el agente:

—Se podría hacer... ¡Todo cuanto quiera!

—Una petición más —pide finalmente el escritor—. Para que exista contraste en mi novela, debería incluir también a dos o tres personas de conducta brillante. Podría también señalarme a dos o tres personas de ideales honrados...

El policía mira hacia el techo y se queda pensando.

—Mmm... —murmura—. ¡Está bien! ¡Pongámonos a buscarlas!

EL MARIDO

(Муж)

El regimiento de caballería de N***, que estaba de maniobras, se detuvo a hacer noche en la pequeña ciudad de K***.

Un hecho de tal magnitud como el que los señores militares pernoctan en determinado lugar, actúa siempre sobre los habitantes de éste con una fuerza excitante e inspiradora. Ni los comerciantes que sueñan con dar salida a un viejo y mohoso salchichón y a unas sardinas de *la mejor clase*, que descansan hace ya diez años en las estanterías, ni los taberneros, ni demás industriales, cierran sus establecimientos en toda la noche. El jefe militar, el ayudante y la guarnición de la localidad visten sus mejores uniformes. La policía va de aquí para allá como atontada, ¡y en cuanto a las damas...! ¡El diablo sabe lo que les pasa!

Las damas de la ciudad de K***, al oír que se acercaba el regimiento, abandonaron las calientes cacerolas en las que cocían sus mermeladas y salieron corriendo a la calle. Olvidadas de su *deshabillé* y aspecto desarreglado, jadeante o suspenso el aliento, se apresuraron a salir al encuentro del regimiento, al tiempo que escuchaban con avidez los acordes de la marcha militar. Mirando sus pálidos e inspirados rostros, podía pensarse que aquellos sonidos que traía el aire no procedían de las trompetas de los soldados, sino del cielo.

—¡El regimiento! —decían alegres—. ¡Viene el regimiento!

¿Qué podría importarles, en verdad, un regimiento arribado por puro azar y que a la mañana siguiente había de marcharse otra vez?

Cuando más tarde los señores militares, reunidos en el centro de la plaza y con las manos a la espalda discutían la cuestión del alojamiento, todas, sentadas en casa de la mujer del juez, prodigaban sus críticas al regimiento.

Ya se habían enterado, sabe Dios cómo, de que el jefe era casado, pero que no vivía con su mujer; de que al oficial mayor le nacía cada año un niño muerto; de que el ayudante estaba desesperadamente enamorado de una condesa, e incluso una vez, al parecer, había intentado suicidarse. ¡Todo lo sabían! Cuando un soldado picado de viruelas y con una camisa roja pasó corriendo bajo las ventanas, supieron perfectamente que aquel soldado era el ordenanza del suboficial Rismov, y que recorría la ciudad buscando para su señor vodka inglesa a crédito. En cuanto a los oficiales, aunque sólo los habían visto pasar y de espaldas, ya habían decidido que entre ellos no había ninguno guapo ni interesante... Después de charlar a sus anchas, hicieron venir al jefe militar y a los principales del Círculo de la localidad y les ordenaron que organizaran un baile, costara lo que costara. Su deseo quedó cumplido. Cerca de las nueve de la noche, ya en la calle, delante del Círculo, retumbaba la banda militar, y dentro de él los señores oficiales bailaban con las damas de la ciudad

de K***. Éstas, a las que parecía habían crecido alas, embriagadas de baile, de música y de sonido de espuelas, se entregaban con toda su alma a aquella amistad pasajera, olvidándose por completo de sus familiares civiles. Los padres y maridos, relegados al último plano, se agrupaban en la antesala, donde había sido instalado un raquítico bufet. Todos estos hombres, tesoreros, secretarios, inspectores..., toda esta gente bebedora, hemorroidiaca, de aspecto atalegado, se daba perfecta cuenta de su inferioridad, y sin entrar en la sala se contentaban con mirar desde lejos cómo sus hijas y mujeres bailaban con los hábiles y apuestos militares.

Entre los maridos se encontraba el empleado de Estado Kirill Petrovich Shalikov, individuo borracho, de miras estrechas y malignas, de gran cabeza rapada y grasosos y colgantes labios. En un tiempo había estudiado en la Universidad, leído a Pisarev y a Dobroliubov y cantado canciones; pero ahora, cuando hablaba de sí mismo, decía ser asesor colegiado y nada más. Estaba en pie, apoyado en el quicio de la puerta, y no apartaba los ojos de su mujer. Ésta, Anna Pávlovna, mujer morena, de pequeña estatura, de unos treinta años, nariz larga y puntiaguda barbilla, empolvada y encorsetada, bailaba sin parar un momento. Le cansaba el baile, pero aquel cansancio era sólo del cuerpo, no del alma. Toda su figura expresaba entusiasmo y deleite. Su pecho respiraba nervioso; sobre sus mejillas aparecían manchitas rojas, y sus movimientos eran lánguidos y blandos. Se veía que la danza le hacía recordar su pasado, aquel pasado lejano en el que, mientras bailaban en las fiestas del Instituto, soñaba con una vida alegre y lujosa y se sentía segura de que su marido habría de ser sin duda alguna un barón o un príncipe.

El asesor la miraba, y su malignidad le hacía hacer muecas de desagrado. No sentía celos, pero en primer lugar le resultaba desagradable que, por culpa de aquel baile, no hubiera sitio libre donde jugar a las cartas; en segundo, detestaba la música militar, y, en tercero, le parecía que los señores oficiales se comportaban con excesiva altanería y desprecio hacia los civiles. Pero sobre todo, en cuarto lugar, le indignaba e irritaba la expresión de beatitud que veía reflejada en el rostro de su mujer...

«Da asco mirarla —mascullaba—. Está para cumplir los cuarenta, no tiene ningún atractivo y hay que verla, sin embargo... ¡Se ha empolvado..., se ha rizado... y se ha encorsetado! Coqueta..., habla con afectación y se figura que le sale muy bien...». «¡Oh señora...! ¡Es usted maravillosa...!».

Anna Pávlovna, mientras tanto, estaba tan embriagada de baile, que ni una sola vez miró a su marido.

«¡Es natural...! ¿Cómo nosotros, *muzhiks*, vamos a poder competir...? —pensaba agriamente el asesor—. Estamos fuera de concurso... Somos unas focas..., unos sosos provincianos... ¡En cambio, ella es la reina de la fiesta...! ¡Se conserva tan joven que hasta a los militares interesa! ¡Quién sabe si no tendrán inconveniente en enamorarse de ella...!».

Mientras se bailaba la mazurca, la malignidad contorsionaba el rostro del asesor. La pareja de Anna Pávlovna era un oficial cetrino, de ojos saltones y pómulos de

tártaro. Sus pies trabajaban con estudiada gravedad, ponía una cara severa y hacía tales cosas con las piernas que parecía un muñeco de cordel. A su vez, Anna Pávlovna, pálida, temblorosa, con el cuerpo lánguidamente doblado y poniendo los ojos en blanco, se esforzaba en aparentar que no rozaba la tierra, y podía asegurarse que en aquel momento no se creía sobre ella, en un Círculo provinciano, sino en algún lugar muy lejos..., muy lejos..., por encima de las nubes. ¡Ya no era sólo su rostro, sino todo su cuerpo, lo que expresaba beatitud!

El asesor no lo pudo soportar más. Tenía ganas de burlarse de aquella beatitud, de hacer sentir a Anna Pávlovna que se había olvidado de la realidad, que la vida no era tan maravillosa como ahora se le antojaba...

«Espera..., que ya te enseñaré yo a sonreír beatíficamente... —mascullaba—. Ya no eres una colegiala, ni una niña... Has de comprender lo fea que eres, vieja carofla».

Los mezquinos sentimientos de envidia, enojo, amor propio herido y aborrecimiento ruin y miserable de la Humanidad, que el vodka y la vida sedentaria hacen nacer en los pequeños funcionarios, se revolvían dentro de él como ratones.

Esperó a que acabara la mazurca, entró en la sala y se dirigió a su mujer. Anna Pávlovna, sentada al lado de su caballero, se abanicaba, entornaba los ojos con coquetería y refería que en tiempos había bailado en Petersburgo (frunciendo los labios en forma de corazón pronunciaba «Piutiurbiurgo»).

—Aniuta, nos vamos a casa —dijo con ronca voz el asesor.

Al ver ante sí a su marido, Anna Pávlovna se estremeció como si se acordara de pronto de que efectivamente tenía un marido. Luego se sonrojó. Se avergonzaba de aquel marido tan bebedor, tan taciturno y tan vulgar...

—Vámonos a casa —repitió el asesor.

—¿Por qué? ¡Todavía es muy temprano!

—Te mego que nos vayamos a casa —dijo el asesor, alargando las sílabas, y con aviesa expresión.

—Pero ¿por qué? ¿Es que ha ocurrido algo? —se inquietó Anna Pávlovna.

—No ha ocurrido nada..., sólo que deseo que te vayas a casa. Ahora mismo. Lo deseo, y con eso está dicho todo. Por favor, no se hable más.

Anna Pávlovna no temía a su marido, pero se sentía avergonzada ante el caballero, que miraba sorprendido y burlón al asesor. Levantándose llevó a un lado a su marido.

—¿Qué estás inventando? ¿Para qué tengo que irme a casa? ¡No son ni siquiera las once!

—Lo deseo y basta. Haz el favor de venirte y nada más.

—Basta de tonterías. Ve tú solo si quieres.

—Está bien... Prepárate entonces a que arme un escándalo.

El asesor veía borrarse lentamente la expresión beatífica del rostro de su mujer, la veía sufrir, veía cuánta era su vergüenza, y su alma sentía un alivio.

—¿Qué falta te hago yo? —pregunta la mujer.

—No me haces falta; pero deseo que estés en casa. Lo deseo y se acabó.

Anna Pávlovna, al principio, no quería escuchar; luego empezó a suplicar a su marido para que la permitiera quedarse, aunque sólo fuera media hora. Sin saber ella misma por qué lo hacía, empezó a disculparse, a asegurar... Todo ello en voz baja y sonriendo, para que los presentes no pudieran pensar que entre ella y su marido había alguna mala inteligencia. Empezó a prometerle que se quedaría muy poco..., sólo diez..., sólo cinco minutos... Pero el asesor, tercamente, no cedía.

—Haz lo que quieras, quédate; pero yo, desde luego, daré un escándalo.

Mientras hablaba con su marido, Anna Pávlovna parecía más delgada, más vieja. Pálida, mordiéndose los labios y casi llorando, salió al vestíbulo y empezó a disponerse para marchar...

—Pero ¿adónde os vais? —preguntaban asombradas las damas de la ciudad de K***—. ¿Adónde va usted, Anna Pávlovna, querida?

—Le duele la cabeza —contestaba por su mujer el asesor.

Desde que salió del Círculo hasta que llegó a su casa, el matrimonio caminó en silencio. El asesor iba detrás de su mujer, miraba su encorvada, afligida y empequeñecida figurita, recordaba la expresión de beatitud que tanto le molestaba antes en el Círculo, y la idea de que ésta ya no existía llenaba su alma de un sentimiento de triunfo. Una cosa faltaba, sin embargo, para su contento. Quisiera volver al Círculo y hacer sentir a todos su aburrimiento y amargura. ¡Que supieran todos cuán nula es la vida cuando se camina en la oscuridad por la calle, oyendo sollozar al barro bajo los pies y sabiendo que al despertar otra vez a la mañana siguiente no ha de haber ante sí más que vodka y naipes! ¡Oh, qué horrible...! Anna Pávlovna andaba penosamente. Aún bajo la impresión del baile, de la música, de las conversaciones, del brillo y del ruido se preguntaba, mientras caminaba, por qué Dios la castigaría...

Amargada, oprimida y dolida por el odio con que escuchaba los pasos de su marido, guardaba silencio esforzándose en encontrar las palabras más mordaces, más venenosas, para decírselas, pero reconociendo al mismo tiempo que no habría palabra que le hiriera... ¿Qué eran las palabras para él...? ¡Situación más desamparada no hubiera podido inventarle el peor enemigo! Mientras tanto, retumbaba la música, y música y oscuridad estaban llenas de los sonidos más encendidos..., más invitadores a la danza.

UNA DESGRACIA

(Несчастье)

Sofía Petrovna, esposa del notario Lubiantsev, hermosa mujer de unos veinticinco años, avanzaba lentamente por el bosque en compañía del abogado Ilin, que habitaba en una casa de campo vecina a la suya. Eran las cuatro y pico de la tarde. Sobre el camino flotaban densas nubes blancas y esponjosas, por entre las cuales, a retazos, asomaba el cielo, de un azul brillante. Las nubes permanecían inmóviles, como atenazadas por las cimas de los viejos y altos pinos. Reinaba la calma y hacía bochorno.

Allá a lo lejos interceptaba el camino el terraplén de un ferrocarril por el que iba y venía un guarda, armado de un fusil. E inmediatamente, tras el terraplén, elevaba su blanca silueta una hermosa iglesia de seis cúpulas y techo mohoso.

—No esperaba encontrarle aquí —dijo Sofía Petrovna bajando la vista y arrastrando la punta del quitasol por la hojarasca seca—. Pero me alegro de haberle encontrado. Tengo que hablarle en serio, para acabar de una vez: ¡por favor, Iván Mijaílovich: si verdaderamente me ama usted y me respeta, cese en su persecución! Me sigue usted como mi sombra, me mira con ojos devoradores, se me declara a cada momento, me escribe unas cartas extrañas y... no sé cuándo va a terminar todo esto. ¿Adónde vamos a parar, Dios mío?

Ilin no respondió. Sofía Petrovna dio varios pasos más y continuó:

—Y este cambio tan brusco de usted ha venido a producirse hace dos o tres semanas, después de conocernos cinco años. ¡Me cuesta trabajo reconocerle, Iván Mijaílovich!

Sofía Petrovna miró de soslayo a su acompañante. Él, con los ojos entornados, miraba, atento, a las esponjosas nubes. Tenía su semblante una expresión distraída y malhumorada; como la de quien, a más de sufrir, se ve obligado a oír una sarta de estupideces.

—Es asombroso que no lo comprenda usted —prosiguió la señora de Lubiantsev, encogiendo los hombros con extrañeza—. Dese cuenta de que está tramando un asunto poco limpio. Soy casada; quiero y respeto a mi marido... Tengo una hija... ¿O es que nada de eso le importa? Además, usted, que es un viejo amigo, conoce mi opinión sobre la familia..., sobre los fundamentos de la familia en general...

Ilin carraspeó hastiado y exhaló un suspiro.

—¡Los fundamentos de la familia! —murmuró—. ¡Señor!

—Sí, sí... Amo a mi marido, le respeto y, en todo caso, velo por la tranquilidad de mi hogar. Prefiero matarme antes que ocasionar la infelicidad de Andréi y de mi hija. Por Dios se lo ruego, Iván Mijaílovich: ¡Déjeme en paz! Sigamos siendo buenos amigos, y acabe usted con esos suspiros y esos ays que tan mal le cuadran. ¡Se

terminó! Ni una palabra más sobre este asunto. Vamos a hablar de otra cosa.

Sofía Petrovna lanzó otra mirada de soslayo al rostro de Ilin. Éste miraba hacia arriba, estaba pálido y se mordía, enojado, los labios temblorosos. Ella, sin comprender el mal humor y la ira del abogado, se conmovió al verle tan pálido.

—No se enfade... Seamos amigos... —dijo, dulcificando el tono—. ¿De acuerdo? Aquí tiene mi mano.

Ilin cogió entre las suyas la mano diminuta y regordeta de ella, la apretó y se la llevó lentamente a los labios.

—No soy un colegial —murmuró—. Y no me seduce una relación de amistad con la mujer amada.

—¡Basta, basta! Resuelto y acabado. Ya hemos llegado hasta el banco. Sentémonos un poco.

Un grato sentimiento de sosiego inundó el alma de Sofía Petrovna: lo más difícil y quisquilloso estaba ya dicho; el torturante problema había sido liquidado. Ahora podía ya descansar y mirar cara a cara a Ilin. Le miró, en efecto, y el sentimiento egoísta de la superioridad de la amada sobre el amante acarició su espíritu. Le gustaba ver a aquel hombre vigoroso y gigantesco, de rostro adusto, gran barba negra, esmerada educación y, al decir de muchos, gran talento, sentarse obedientemente junto a ella y bajar la cabeza. Transcurrieron unos minutos en silencio.

—Nada está resuelto ni liquidado —comenzó Ilin—. Me habla usted como si lo leyera en un libro: «Amo y respeto a mi marido... Los fundamentos de la familia...». Todo eso lo sé yo sin que usted me lo diga. Es más: le aseguro, sincera y honradamente, que considero mi conducta deshonrosa e inmoral. ¿Qué otra cosa puede decirse? Pero ¿a qué repetir cosas archisabidas? En lugar de alimentar al ruiñón con palabras tristes, sería preferible que me aconsejase qué hacer.

—Ya se lo he dicho: márchese.

—De sobra sabe usted que me he marchado cinco veces y todas me he vuelto a mitad de camino. Le puedo mostrar los billetes del ferrocarril. Los conservo todos. Me falta coraje para apartarme de usted. Lucho, lucho con denuedo; pero ¿qué le voy a hacer si no tengo valor, si soy débil y pusilánime? ¡No puedo vencer a la naturaleza! ¿Me entiende? No puedo. Huyo, pero ella me agarra de la chaqueta. ¡Maldita y abominable impotencia!

Ilin, acalorado y rojo, se levantó y comenzó a pasearse junto al banco.

—¡Me pongo más rabioso que un perro! —rugió, apretando los puños—. Me odio y me desprecio a mí mismo. ¡Dios mío, voy detrás de una mujer ajena como un chiquillo perverso, escribo cartas idiotas, me humillo...!, ¡puf!

Agarrándose la cabeza con las manos, exhaló un rugido y volvió a sentarse.

—Y para colmo, la insinceridad de usted —continuó su lamentación—, Si le disgusta mi juego, ¿por qué ha venido? ¿Qué le ha empujado hacia aquí? En mis cartas le pido una respuesta categórica y tajante: «sí» o «no». Y usted, en vez de contestar sin rodeos, se dedica a «tropezarse» casualmente conmigo y a agasajarme

con citas evangélicas...

Lubiantseva enrojeció asustada: experimentó el malestar de una mujer decente a la que sorprenden desnuda.

—Diríase que sospecha usted que haya astucia por mi parte... —murmuró—. Siempre le he dado una respuesta clara y..., y hoy le he pedido...

—¿Es que vale para algo el pedir en tales casos? Si me hubiera dicho desde un principio: «Apártese de aquí», ahora no me tendría a su lado; pero usted no me dijo eso. No me contestó francamente ni una sola vez. ¡Entraña indecisión! O está jugando conmigo, o...

Sin terminar la frase, apoyó la cabeza en los puños. Sofia Petrovna trató de analizar su conducta del principio al fin. Recordó que, no sólo de hecho, sino en lo más recóndito de su mente, siempre rehusó los galanteos de Ilin; pero, al mismo tiempo, reconoció que las palabras del abogado contenían un grano de verdad. Y, como no consiguió definir esta verdad, no supo qué responder a la queja de Ilin por más que se esforzó. Para romper el embarazoso silencio, dijo, encogiéndose de hombros:

—Ahora resulta que la culpa es mía.

—No la culpo de su insinceridad —suspiró él—. Se me ha venido a los labios, y lo he dicho... Su insinceridad es natural y está dentro del orden habitual de las cosas. Si, de buenas a primeras, toda la gente se pusiera de acuerdo y se volviese sincera, el mundo entero se iría al diablo.

Aunque Sofía Petrovna no se sentía inclinada a filosofar, aprovechó de buena gana la oportunidad de cambiar de conversación y preguntó:

—¿Por qué?

—Porque únicamente los salvajes y los animales son sinceros. Apenas la civilización hace necesaria una virtud como la honestidad femenina, la sinceridad comienza a ser inoportuna...

Ilin, enfadado, removi6 la tierra con el bast6n. Lubiantseva le oía sin comprender gran cosa, pero el tema le agradaba. Sentíase halagada de que un hombre de talento hablase de cosas tan «profundas» con una mujer corriente como ella. Otra cosa que le agradaba sobre manera era contemplar los movimientos de aquel semblante pálido, joven, vivaz y malhumorado. Aún sin comprender mucho de lo que él decía, la deslumbraba la gallarda audacia de hombre moderno con que él, sin dudarle un instante, resolvía los grandes problemas y hacía conclusiones definitivas.

De pronto, al darse cuenta de que estaba admirándole, se reportó, atemorizada.

—Perdone, pero no sé a qué vienen sus palabras sobre la insinceridad —apresurose a decir—. Le repito mi súplica: sea usted buen amigo y déjeme en paz. ¡Se lo ruego sinceramente!

—Bien. Continuaré luchando —suspiró Ilin—, Procuraré seguir haciéndolo... Pero poca cosa dará de sí esta lucha. O me descerrajaré un tiro o... me daré a la bebida de la manera más estúpida. Todo irá de mal en peor. Usted tiene su medida, y

la lucha contra la naturaleza tiene también la suya. Dígame cómo se puede combatir la locura. Si uno bebe vino, ¿cómo puede evitar la excitación? ¿Qué puedo hacer yo si la imagen de usted se ha metido en mi alma y aparece día y noche ante mis ojos como ahora lo está ese pino? A ver, dígame qué hazaña he de realizar para salir del maldito y lamentable estado en que me encuentro y que hace que todos mis pensamientos, mis deseos y hasta mis sueños no me pertenezcan a mí, sino a un demonio que ha tomado posesión de mi ser. Yo la amo a usted; la amo hasta el punto de haber perdido la cabeza, de haber abandonado mi profesión y mi familia y de haberme olvidado de Dios. ¡Nunca en la vida amé así!

Sofía Petrovna, que no esperaba tal torrente, apartose un poco de Ilin y le miró, como atemorizada. El abogado tenía lágrimas en los ojos; sus labios temblaban, y una expresión de súplica ansiosa llenaba todo su rostro.

—¡La amo! —murmuró, fijando sus ojos en los de ella, grandes y asustados—. ¡Es usted tan bella! Sufro mucho, pero le juro que me pasaría la vida así, sufriendo y mirándola a los ojos. ¡Calle, no hable, se lo suplico!

Ella, como sorprendida de improviso, trató de hallar las palabras capaces de detener a Ilin. «Debo marcharme», pensó. Pero no había tenido tiempo de hacer el menor movimiento, cuando él estaba ya de rodillas ante ella. Abrazado a sus piernas, la miraba fijamente y le hablaba con pasión, con fuego, con hermosas palabras. Sofía Petrovna, presa de miedo y confusión, no le oía. En tan delicado trance, con las rodillas apretadas como en un baño caliente, buscaba, no sin malicia, una explicación a sus sensaciones. La contrariaba no sentirse embargada de virtud rebelde, sino de impotencia, de languidez, de ese abandono tan propio del borracho al que todo le importa un bledo. Sólo en las profundidades de su alma oía una voz maligna y punzante: «¿Por qué no escapas? ¿O es que te gusta?».

Tratando de explicarse el sentido de sus actos, no comprendía por qué no retiraba la mano, a la que Ilin estaba adherido como una sanguijuela, ni por qué se apresuró a mirar, a la vez que él, a derecha e izquierda para ver si había alguien observando. Los pinos y las nubes permanecían inmóviles y miraban adustos, al modo de los viejos que, aunque ven las travesuras de los muchachos, guardan silencio por una propina. El guarda, tieso como un poste sobre el terraplén, parecía mirar hacia el banco.

«¡Que mire!», pensó Sofía Petrovna.

—¡Pero..., oiga usted! —profirió, al fin, con acento desesperado—, ¿Adónde vamos a parar? ¿Qué consecuencias traerá esto?

—No sé, no sé... —musitó él, como si tratase de eludir las preguntas molestas.

Oyose el ronco y trepidante silbido de una locomotora. Este sonido frío y prosaico hizo estremecerse a Lubiantseva.

—¡Debo marcharme..., es hora! —exclamó, levantándose con rapidez— En ese tren viene Andréi... Querrá almorzar...

Sofía Petrovna volvió hacia el terraplén el rostro encamado. Primero pasó lentamente la locomotora, tras la que aparecieron los vagones. No era un tren de

viajeros, como creía Lubiantseva, sino de mercancías. Uno tras otro, en larga sucesión, como los días del hombre, desfilaron los coches sobre el blanco fondo de la iglesia. Parecían no tener fin.

Pero, por último, el furgón de cola, con su farolillo, desapareció tras la vegetación. Sofía Petrovna se volvió bruscamente y, sin mirar a Ilin, inició el regreso por el caminito entre los árboles. Ya era otra vez dueña de sí misma. Roja de vergüenza, ofendida, no por Ilin, sino por su propia cobardía y por la indiferencia con que, pese a su recato y pureza, había permitido que un extraño le abrazase las piernas, sólo pensaba ahora en llegar a su casa, en reunirse con su familia. El abogado apenas conseguía ir a su paso. Torciendo por una estrecha vereda, Sofía Petrovna le miró con tanta rapidez, que sólo le vio las rodillas sucias de tierna y le hizo una seña para que no la siguiese.

Ya en casa, permaneció varios minutos de pie, inmóvil, en su habitación, puesta la vista unas veces en la ventana y otras en la mesa de escritorio...

—¡Infame! —se apostrofaba a sí misma—, ¡Infame!

Como para mortificarse, recordó con todos los detalles, sin olvidar uno solo, que durante los últimos días se había mostrado contraria a los galanteos de Ilin, pero siempre se había sentido *tentada* de ir a darle una explicación. Es más: mientras le tuvo a sus pies experimentó un placer extraordinario. Se acordó de todo, sin compasión para consigo misma; y, sofocada de vergüenza, hubiera querido darse de bofetadas.

«¡Pobrecito Andréi! —pensaba, procurando poner cara de ternura al mencionar al marido—. Varia, mi infeliz hijita, no sabe qué madre tiene. ¡Perdonadme, queridos míos! ¡Os quiero mucho... muchísimo!».

Y, para demostrarse a sí misma que seguía siendo buena madre y esposa y que aún no estaban carcomidos los «fundamentos» a que se refirió en su conversación con Ilin, corrió a la cocina y echó una bronca a la cocinera por no haber puesto todavía la mesa para Andréi Ilich. Trató de imaginarse el aspecto fatigado y hambriento de su marido; pronunció algunas palabras de compasión por él e incluso le preparó la mesa, cosa que jamás había hecho. Acto seguido fue en busca de su hija Varia, la tomó en brazos y la estrechó fuertemente contra su pecho. Encontró a la niña pesada y fría, pero no quiso confesárselo y se puso a explicar a la chiquilla lo bondadoso y honrado que era su papá.

Sin embargo, cuando llegó Andréi Ilich apenas le saludó. Había decrecido el arrebato de sentimiento afectado, sin demostrarle nada, pero irritándola por su falsedad. Sentada junto a la ventana, sufría y rabiaba. Sólo en la desgracia puede uno comprender cuán difícil es dominar sus sentimientos y sus ideas. Sofía Petrovna refería después que, en aquel momento, estaba poseída «de una confusión tan difícil de entender como lo es contar los gorriones de una bandada en vuelo». Su indiferencia ante la llegada del marido y la contrariedad que le produjo el modo de conducirse de éste durante el almuerzo, la indujeron a creer que comenzaba a odiarle.

Andréi Ilich, cansado y hambriento, no esperó a que le sirviesen la sopa: emprendiela con la mortadela y se puso a devorarla ansioso, masticando ruidosamente y moviendo mucho las cejas y las sienes.

«¡Dios mío! —pensó la esposa— Le quiero y le respeto, pero... ¿por qué mastica de esa manera tan fea?».

Sus ideas no eran menos desordenadas que sus sentimientos. Lubiantseva, como todos los seres poco expertos en combatir las ideas desagradables, pretendía no pensar en su desgracia; y cuanto más se esforzaba, con tanto mayor relieve surgía en su mente la figura de Ilin, sus rodillas manchadas de tierra, las esponjosas nubes, el tren...

«¿Quién me mandó ir, tonta de mí? —seguía atormentándose—. Pero, por otra parte, ¿tan frágil soy que no puedo responder de mí misma?».

El miedo tiene los ojos grandes. Cuando Andréi Ilich terminó de almorzar, ella había ya tomado una determinación: decírselo todo al marido y huir del peligro.

—Andréi, necesito hablar contigo seriamente —le dijo cuando él, levantándose de la mesa, se quitó la chaqueta y las botas para tenderse a descansar.

—¿Qué sucede?

—Vámonos de aquí.

—¿Adónde? Es demasiado temprano para ir a la ciudad...

—No... Quiero decir que nos vayamos de viaje... o algo por el estilo...

—¿De viaje? —murmuró el notario, desperezándose—. Es mi sueño dorado, pero ¿de dónde saco el dinero y a cargo de quién dejo la oficina?

Y, luego de pensar un momento, añadió:

—Verdaderamente, tú debes aburrirte. Vete sola si quieres.

Sofía Petrovna aprobó la idea, pero al instante supuso que Ilin se aprovecharía para marcharse con ella en el mismo tren y en el mismo vagón... Mientras así pensaba, detuvo la vista en su marido, pesado y lánguido. Luego se quedó fija en los pies de él, diminutos, casi femeninos, con calcetines a rayas, de cuyas puntas pendían unas hilachas...

Un moscardón golpeaba el cristal y zumbaba tras la cortina corrida. Sofía Petrovna, mirando las hilachas, oía el ruido del moscardón y se imaginaba ir de viaje... Vis a vis, día y noche, iba sentado Ilin, sin quitarle el ojo de encima, rabioso de impotencia y pálido de dolor espiritual. Se tildaba a sí mismo de niño perverso, se maldecía, arrancábase el cabello; pero, apenas se hacía la oscuridad, aprovechando cualquier momento en que los restantes viajeros dormían o bajaban en una estación, él se arrojaba a los pies de ella y le oprimía las rodillas como aquella vez, en el banco...

De pronto se recobró, dándose cuenta de que estaba soñando.

—Yo sola no voy a ninguna parte —dijo al marido—. Tú debes acompañarme...

—Eso es pura quimera, Sofía —suspiró Lubiantsev—. Hay que tener formalidad y desear solamente lo posible.

«Cuando sepas el motivo, ya verás cómo aceptas viajar», dijo, para sí, Sofía Petrovna.

Decidida a ponerse en camino a toda costa, se sintió a cubierto de todo peligro. Después que sus ideas serenáronse poco a poco, recobró su alegría y hasta se permitió pensar en las cosas más variadas: por mucho que pensara o soñase, de todas maneras tendría que irse... Mientras dormía el marido, se echó la tarde encima. Sofía Petrovna, en la sala, tocaba el piano. La animación nocturna en la calle, los acordes de la música y, sobre todo, la idea de que había sabido afrontar el peligro, terminaron de alegrarla. Otras mujeres —le susurraba su conciencia, totalmente tranquila— quizá no hubieran sabido resistir en tal situación y hubieran caído en el abismo; ella, en cambio, había estado a punto de morir de vergüenza, había sufrido, y ahora huía de un peligro acaso inexistente. Su virtud y entereza la conmovieron hasta el extremo de mirarse tres o cuatro veces al espejo para ver su cara.

Ya anocheado, acudieron varios invitados. Los hombres montaron una partida de naipes en el comedor. Las damas ocuparon la sala de estar y la terraza. Ilin fue el último en llegar. Mostrábase triste, sombrío y como enfermo. Durante toda la velada no se movió del rincón en que tomó asiento. Locuaz y alegre siempre, ahora permanecía silencioso y apesadumbrado, llevándose frecuentemente la mano a los ojos. Para contestar a cualquier pregunta que se le hiciera, sonreía forzado, moviendo sólo el labio superior, y hablaba con frases entrecortadas, lleno de hiel. Bromeó unas cuantas veces; pero sus bromas resultaron rudas e insolentes. Sofía Petrovna le creyó al borde del histerismo. Sentada al piano, comprendió por primera vez que aquel infeliz no estaba para bromas y que su enfermedad espiritual le quitaba todo sosiego: por ella malograba los mejores días de su carrera y de su juventud, gastaba sus últimos ahorros en la casa de campo, tenía abandonadas a su madre y a su hermana y, lo que era peor, se consumía en una lucha torturante consigo mismo. Un sentimiento elemental de humanidad exigía que se le tratase en serio...

Ella lo comprendía así, con el corazón angustiado; y si en aquel mismo momento se hubiese acercado a Ilin para decirle: «¡No!», lo habría hecho con tal fuerza en la voz que hubiera sido difícil desobedecerla. Pero ni se acercó a él ni pensó en ello. La mezquindad y el egoísmo de una criatura joven nunca influyeron en ella tan intensamente como aquella noche. Se hacía cargo de que Ilin sufría, de que estaba en el diván como sobre ascuas; y lo lamentaba en el alma, pero al mismo tiempo la presencia de un hombre que la amaba hasta el sufrimiento la colmaba de júbilo y le daba la sensación de su fuerza, de su juventud, de su belleza, de su inaccesibilidad. Como, al fin y al cabo, había resuelto marcharse, aquella noche quiso sentirse libre: coqueteó con unos y con otros, rió a carcajadas, cantó con especial inspiración. Todo le hacía gracia y todo era motivo de risa para ella. Reía al recordar la escena del banco y al guarda mirando; se reía de los invitados, de las atrevidas bromas de Ilin y del alfiler de su corbata, que ella no había visto hasta entonces y que representaba una culebra con ojos de diamante. La culebra le parecía tan graciosa, que la hubiera

besado de buena gana.

Sofía Petrovna cantó varias romanzas como nerviosa, con una especie de arranques semiebrios y, cual si tratase de imitar dolores ajenos, eligió canciones tristes y melancólicas que hablaban de ilusiones perdidas, del pasado, de la vejez... «La vejez se acerca más y más», cantaba. ¡Con lo lejos que estaba de ella!

«Creo que me pasa algo raro», pensaba, a veces, entre sus risas y sus canciones.

Los invitados se despidieron a medianoche. Ilin fue el último en salir. Sofía Petrovna tuvo aún valor para acompañarle hasta el peldaño inferior de la terraza: deseaba ver qué efecto le producía enterarse de que ella pensaba salir de viaje con su marido.

La luna se había ocultado detrás de las nubes, pero la noche era tan clara, que Sofía Petrovna veía cómo el viento movía los faldones del abrigo de Ilin y los cortinajes de la terraza. Veía también la palidez del rostro del abogado, que esforzándose por sonreír, deformaba el labio superior.

—¡Sonia, Sóniechka, amada mía! —murmuró antes que ella comenzase a hablar—. ¡Bella y querida Sonia!

En un arrebato de ternura, con la voz empañada por las lágrimas, le prodigó los nombres más cariñosos y comenzó a tutearla como si fuese su mujer o su amante. Inesperadamente le rodeó la cintura con un brazo y con el otro le aprisionó una mano.

—¡Hermosa mía! —musitó, mientras besaba su cuello—. Sé sincera y vente conmigo.

Ella se desprendió del abrazo y levantó la cabeza para estallar de indignación pero no consiguió indignarse, y toda su virtud se limitó a la consabida frase de las mujeres del montón en circunstancias parecidas:

¡Está usted loco!

—¡Véngase, vamos! —continuó Ilin—. Lo mismo ahora que cuando hablamos en el banco me he convencido de que usted es tan impotente como yo... ¡Usted también está perdida! Me ama y ahora sostiene una lucha inútil con su conciencia...

Como la viera retirarse, el abogado la asió del encaje de una manga y terminó con voz atropellada:

—Más tarde o más temprano tendrá que ceder. ¿Para qué perder el tiempo? Querida Sonia de mi alma: la sentencia está dictada; ¿qué necesidad hay de aplazar su ejecución? ¿A qué viene el engañarse a sí misma?

Sofía Petrovna se desasíó y corrió hacia la puerta. Una vez en la sala, cerró el piano maquinalmente, permaneció un buen rato contemplando la viñeta de la partitura y se sentó. No podía ni pensar ni estar de pie. Su animación y su brío se habían convertido en débil impotencia y fastidio. La conciencia le decía que se había portado aquella noche como una chiquilla casquivana y estúpida, recordándole que acababa de ser abrazada en la terraza y todavía notaba un contacto inquietante en el talle y en la mano. En la sala, desierta, sólo ardía una vela. Lubiantseva, sentada sobre un taburete redondo ante el piano, permanecía inmóvil, como en espera de algo.

Y un deseo irresistible comenzó a apoderarse de ella, como aprovechándose de su extremo agotamiento y de la oscuridad reinante. Igual que una serpiente, le atenazó el cuerpo y el alma; y, creciendo por segundos, dejó de ser una amenaza inmaterial para erguirse claramente ante ella, en toda su desnudez.

A la media hora de estar allí sentada, pensando ya sin recato en Ilin, levantose perezosamente y se encaminó al dormitorio. Andréi Ilich estaba ya acostado. Sofía Petrovna tomó asiento junto a la ventana abierta y se entregó a sus pensamientos. Ya no había la menor «confusión» en su mente. Todos sus pensamientos e ideas tendían a un fin bien definido. Pretendió desterrarlos, pero desistió al instante. ¡Qué fuerte y qué implacable era su enemigo! Para combatirlo necesitaba energía y vigor, pero ni su nacimiento, ni su educación, ni su vida, le habían dado una base en la que sustentarse.

«¡Inmoral, perdida! ¡Es eso lo que eres!», se increpaba a sí misma por su impotencia.

Su honestidad ofendida se rebelaba contra esta impotencia, de tal modo, que llegó a proferir contra su propia persona cuantos insultos conocía y a confesarse muchas verdades humillantes y amargas. Se dijo, por ejemplo, que nunca había sido honesta, que no había caído antes por falta de ocasión y que su «lucha diaria» sólo fue un pasatiempo y una comedia...

«Admitamos que he luchado —cavilaba—. Pero ¿qué lucha ha sido la mía? Hasta las prostitutas se resisten antes de venderse, pero acaban vendiéndose. ¡Bonita lucha! Es como la leche, que se corta en un segundo. ¡En un segundo!».

Llegó a confesarse que no eran los sentimientos los que la impulsaban a abandonar su casa, ni tampoco la personalidad de Ilin, sino las sensaciones que la esperaban... Era una veraneante frívola, como tantas otras.

«Matáronle la madre al pajarillo», cantó fuera de la casa una voz de bajo.

«Si he de irme, ya es hora», decidió Sofía Petrovna, y los latidos de su corazón se aceleraron con terrible fuerza.

—¡Andréi! —casi gritó—. Dime una cosa: ¿nos iremos? ¿Verdad que nos iremos?

—Sí... Ya te he dicho que te vayas tú sola.

—Pero, óyeme —suplicó ella—. Si no te vienes conmigo, corres el riesgo de perderme. Mira que me parece que..., que ya estoy enamorada...

—¿De quién?

—Eso debe serte indiferente —gritó Sofía Petrovna.

Andréi Ilich se incorporó, sacó los pies del lecho y se quedó mirando con perplejidad la borrosa figura de su mujer.

—¡Pura fantasía! —bostezó.

Aunque no lo creía, experimentó cierta inquietud. Después de reflexionar un poco y de hacer a su esposa varias preguntas intrascendentes, expuso su criterio acerca de la familia y del adulterio, habló con monotonía cosa de diez minutos y tornó a acostarse. Sus sentencias no surtieron el menor efecto positivo. ¡Hay en este mundo

muchos criterios, y más de la mitad de ellos pertenecen a gentes que nunca han sufrido una desgracia!

Pese a lo tardío de la hora, aún había veraneantes paseando. Sofía Petrovna se echó sobre los hombros una toquilla ligera y estuvo indecisa un momento. Aún tuvo valor para decir al soñoliento esposo:

—¿Duermes? Voy a dar una vuelta... ¿Quieres venir conmigo?

Era su última esperanza. Al no obtener respuesta, salió de la casa. Soplaban un viento fresco, pero ella, ajena al viento y a la oscuridad, seguía su camino... Una fuerza irresistible la impulsaba a andar y la hubiera empujado por la espalda si hubiese querido detenerse.

«¡Indecente, perdida!», murmuraba Sofía Petrovna maquinalmente.

Sofocada, encendida de vergüenza, ni siquiera notaba el suelo bajo los pies, pero el impulso hacia adelante era más fuerte que su pudor, su razón y su miedo.

MEDIAS ROSAS^[87]

(РОЗОВЫЙ чулок)

El día está nublado y lluvioso. El cielo lleva mucho tiempo encapotado, y parece que la lluvia no va a cesar nunca. En el patio hay barro, charcos, grajos empapados hasta los huesos; y en las habitaciones reina tal oscuridad y es tan intenso el frío, que se añora el fuego de la estufa.

Iván Petrovich Somov recorre su gabinete de un rincón a otro gruñendo contra el tiempo. Las lágrimas de la lluvia en las ventanas y las tinieblas de la casa comienzan a fastidiarle. Siente un aburrimiento insoportable, y no encuentra modo de matar el tiempo... Ni han traído aún los periódicos, ni es posible salir de cacería, ni será pronto la hora del almuerzo...

No está solo. Sentada tras su mesa de escritorio se encuentra *madame* Somova, su guapa y menuda mujercita, con una ligera blusa y medias color carne. Está escribiendo una carta. Iván Petrovich, al pasar por detrás de ella en sus incesantes paseos, mira al papel por encima de su hombro y ve unas letras grandotas, cojas, estrechas y largas, con rabos y garabatos disparatados. Ve también infinidad de borrones, manchas y huellas de los dedos. A *madame* Somova no le gusta cortar las palabras, y cada renglón, al llegar al extremo del papel, cae hacia abajo como una cascada, horriblemente retorcido...

—¿A quién le escribes esa carta tan larga, Lidochka? —pregunta Somov al ver que su esposa se dispone a comenzar la sexta página.

—A mi hermana Varia...

—¡Ejem...! ¡Qué larga! A ver, déjame que la lea para matar el aburrimiento.

—Bueno, pero te advierto que no vas a encontrar nada de interés.

Somov coge las hojas escritas y, sin cesar en sus paseos, comienza a leer. Lidochka se reclina en el respaldo y permanece atenta a la expresión de su marido. Al terminar la primera página, la cara de éste se alarga en un gesto de estupefacción... Al comenzar la tercera, Somov frunce el ceño y se rasca lentamente la cabeza. En mitad de la cuarta se detiene, mira con recelo a la mujer y se pone pensativo. Después de cavilar un instante, suspira y reanuda la lectura... Su rostro denota perplejidad y hasta miedo...

—¡Imposible! —refunfuña al terminar, arrojando los papeles sobre la mesa—. ¡Es imposible!

—¿Qué pasa? —se asusta Lidochka.

—¿Que qué pasa? Pues pasa que has rellenado seis páginas, que has invertido en escribirlas más de dos horas y... ¡ni una sola idea en todas ellas! Leyéndolas termina uno con la cabeza tarumba, como cuando trata de entender los garabatos chinos en las cajas de té. ¡Fu!

—Tienes razón, Vania... —reconoce Lidochka enrojeciendo—. He escrito sin ningún cuidado...

—¡No es cuestión de cuidado, diablos! En una carta descuidada puede haber ilación, lógica, contenido... Pero en esta..., perdona... No sé ni siquiera qué calificativo encontrarle. ¡Un lío sin el menor sentido! Palabras y frases que, en conjunto, no significan nada. Toda tu carta se parece a la conversación entre dos niños: «Hoy tenemos tortitas para comer». «Pues a mi casa ha venido un soldado». Átame esa mosca por el rabo. Lo alargas todo interminablemente y no haces más que repetir lo mismo... Las ideas saltan como los monos en las jaulas. No hay manera de saber dónde empieza y dónde acaba cada cosa... ¿Crees que se puede escribir así?

—Si lo hubiera hecho con atención, no habría cometido tantas faltas —se justifica ella.

—De las faltas no he hablado, aunque la pobre gramática clama al cielo. No hay renglón donde no salga malparada. Luego, no pones una coma ni un punto. ¡Brrr! ¿Y la letra? ¡Se horroriza uno al verla! Te lo digo en serio, Lidochka. Me ha sorprendido tu carta. No te enfades, paloma, pero no me imaginaba que en gramática estuvieses a la altura de un zapatero... Porque, vamos, por tu condición social perteneces a una clase instruida, intelectual... Eres esposa de un hombre de carrera, hija de un general... Oye, Lidochka, ¿tú has estudiado en alguna parte?

—Claro que sí... En el colegio de Von Mebke...

Somov se encoge de hombros, exhala un suspiro y sigue dando vueltas por el gabinete. Lidochka, avergonzada de su ignorancia, suspira también y baja los ojos. Transcurren unos diez minutos en silencio.

—Escucha, Lidochka: eso es horrible —dice Somov deteniéndose ante su mujer y mirándola como espantado—. Ten en cuenta que eres madre. ¿Entiendes bien? ¡Madre! ¿Cómo vas a enseñar a tus hijos si no sabes nada? Aunque tengas buena cabeza, ¿de qué te vale si te faltan los conocimientos más elementales? Pero, en fin, prescindamos de los conocimientos. ¡A la porra con ellos! Los niños pueden adquirirlos en la escuela; pero es que hasta en cuestiones de moral flaqueas... A veces sueltas cada cosa que duelen los oídos...

Somov vuelve a encogerse de hombros, recoge los vuelos de su bata casera y reanuda su ir y venir. Se siente enojado y hasta ofendido, mas al mismo tiempo compadece a Lidochka que, sin una protesta, se limita a pestañear azarada... Los dos sufren, y la pena hace que no adviertan cómo corre el tiempo y se aproxima la hora de almorzar...

Sentados a la mesa, el marido, amigo de la buena cocina y de comer tranquilo, se llena una gran copa de vodka y cambia el tema de la conversación. Lidochka le escucha y asiente, pero aún no han terminado la sopa cuando, de pronto, rompe a sollozar con los ojos bañados en lágrimas.

—¡La culpa fue de mi madre! —se lamenta, mientras procura limpiarse las lágrimas con la servilleta—. Todos le aconsejaban que me mandase al instituto, y del

instituto quizá hubiese podido ir a estudiar en algún cursillo.

—Cursillos..., institutos... —murmura el marido—. Ésos son extremismos, madrecita, ¿Qué aliciente tiene una *media azul*? Una *media azul* es una calamidad: ni mujer ni hombre, sino algo ambiguo. Ni carne ni pescado... ¡Odio las *medias azules*! Nunca me hubiera casado con una sabihonda...

—No hay manera de entenderte —protesta Lidochka—. Te quejas de mi falta de instrucción, y al mismo tiempo odias a las mujeres instruidas. Dices que en mi carta no hay pensamientos ni ilación, pero tampoco te gustaría que hubiera estudiado...

—No te agarres a las frases, querida —bosteza Somov aburrido, llenándose nuevamente la copa...

Bajo los efectos de la vodka y de la succulenta comida, se toma más alegre, más bondadoso y más tierno. Viendo a su mujer, guapa y menudita, preparar la ensalada con cara de preocupación, nota un efluvio de amor conyugal, de condescendencia y de piedad...

«He hecho mal en reñir de esa manera a la infeliz —piensa—, ¿Para qué le habré dicho tantas cosas amargas? Ciertamente que es simplota, ignorante, estrecha de entendimiento, pero... la medalla tiene dos caras y *auditur et altera pars*^[88]. Quizá lleven mil veces razón los que afirman que la incultura de la mujer depende de su vocación. Si está llamada a cuidar a su marido, a criar a sus hijos y a cortar ensalada, ¿para qué diablos necesita cultura? La cosa está bien clara».

Así pensando, recuerda lo pesadas, exigentes, rígidas e intolerantes que son las mujeres inteligentes y, por el contrario, lo fácil que resulta vivir con la tontuela de Lidochka, que no se entremete en nada, que no comprende la mitad de las cosas ni critica ninguno de sus actos. Con ella vive tranquilo y, además, no corre el peligro de ser controlado...

«¡Al diablo las inteligentes y las instruidas! Con las pazguatas lo pasa uno mejor y más a gusto», se dice mientras coge un plato con un pollo que le ofrece Lidochka.

En esto le viene a la memoria que los hombres modernos y civilizados sienten, a veces, deseos de charlar y de intercambiar ideas con alguna mujer culta e inteligente.

«Bueno —se responde a sí mismo—. Si deseo hablar de materias profundas, me voy a casa de Natalia Andréievna o de María Fránzovna... Es la mar de sencillo».

MÁRTIRES

(Страдальцы)

Lisochka Kudrínskaia, la tan admirada damita, enfermó de la noche a la mañana, y tan seriamente, que su marido no pudo ir a su trabajo y hubo de enviar un telegrama a la *mamá*, residente en Tvier.

De este modo refiere ella la historia de su enfermedad:

—Estuve en casa de mi tía en Lesnoe, pasé allí una semana y después, todos juntos, nos fuimos a la de la prima Varia. El marido de Varia, como ustedes saben, es un hurón y un déspota (yo hubiera matado a un marido así); sin embargo, pasamos unos días muy divertidos. En primer lugar, tomé parte en una función de aficionados. Se representó *Escándalo en una digna familia*, y Jrustaliov hizo su papel de una manera asombrosa. En el entreacto bebí agua fría..., ¡terriblemente fría...!, con limón y un poquito de coñac. El agua con limón y coñac parece champaña. Me la bebí y no sentí nada... Al día siguiente de la función salí a caballo con ese Adolf Ivánich... Hacía humedad y me destemplé. Seguramente fue entonces cuando cogí frío. Tres días después me marché a casa para ver cómo le iba a mi querido, a mi buen Vasia, y para recoger de paso mi vestido de seda, el de las flores. Naturalmente, Vasia no estaba... Cuando entré en la cocina a decir a Praskovia que preparara el samovar, vi encima de la mesa unos nabos y unas zanahorias muy bonitos y pequeñines..., ¡como juguetes! Cojo una zanahoria y un nabito, y no hago más que comer un poquitín cuando imagínense que... ¡empiezo a sentir unos retortijones...! ¡Espasmos, espasmos y más espasmos...! ¡Ay...! ¡Me muero...! Vasia, que llega corriendo de su trabajo, naturalmente se tira del pelo y se pone pálido... Va a buscar al médico a toda prisa..., ¿saben...?, y mientras tanto yo, ¡que me muero y que me muero...!

Los espasmos empezaron al mediodía, cerca de las tres llegó el médico, y, a las seis, Lisochka se durmió y continuó durmiendo hasta las dos de la madrugada.

El reloj marca las dos. La luz de la lamparilla apenas traspasa la pantalla azul. Lisochka está tendida en la cama y su gorrito de encaje blanco destaca claramente en el fondo oscuro de la almohada, de color rojo. Sobre su pálido rostro y redondos hombros caen las sombras que dibuja la pantalla. Sentado a sus pies está Vasili Stepánich, su marido. El pobre, feliz de que su mujer esté por fin en casa, se siente al mismo tiempo terriblemente asustado por su enfermedad.

—¿Cómo te encuentras, Lisochka? —murmura al advertir que ésta se ha despertado.

—Estoy mejor... —gime Lisochka—. Ya no me dan espasmos, pero no tengo sueño... No puedo dormir...

—¿No será ya hora, ángel mío, de cambiarte la compresa?

Lisochka se incorpora lentamente, con expresión de sufrimiento, e inclina

graciosamente la cabeza hacia un lado. Vasili Stepánich, como si se tratara de algo sagrado, rozando apenas con los dedos el cuerpo caliente, renueva la compresa. Lisochka se estremece, ríe porque el agua fría le hace cosquillas y se recuesta otra vez.

—¡Pobre! ¡No duermes! —gime.

—¿Cómo voy a dormir?

—¡Es todo nervioso, Vasia! ¡Soy una mujer muy nerviosa...! El médico me receta cosas para el estómago, pero yo siento que no comprende mi enfermedad. ¡Lo que tengo malo son los nervios no el estómago...! ¡Te juro que son los nervios!

Lo único que temo es que mi enfermedad siga un mal camino.

—¡No, Lisochka, no! ¡Mañana estarás completamente bien!

—No lo sé... No tengo miedo por mí... Por mí, me da lo mismo... Hasta estaría contenta de morirme, pero ¡tú me das pena...! ¿Y si de pronto te quedaras viudo y solo...?

Rara vez disfruta Vasechka de la compañía de su mujer, y hace tiempo que está acostumbrado a la soledad; pero las palabras de Lisochka le inquietan.

—¡Dios sabrá lo que dices, almita...! ¿A qué vienen esos pensamientos tan sombríos...?

—Y después de todo..., ¿qué...? Llorarás, te pondrás triste..., pero luego llegarás a acostumbrarte y hasta te volverás a casar...

El marido se lleva las manos a la cabeza.

—Bueno... bueno... No diré nada más... —le tranquiliza Lisochka—. Lo que tienes que hacer es estar preparado a todo.

«¿Y si me muriera de verdad?», piensa después, cerrando los ojos.

Y Lisochka dibuja en su mente el cuadro de su propia muerte. Ve alrededor de su lecho a su madre, a su marido, a la prima Varia con el suyo, a los parientes y los admiradores de su *talento*, y se ve a sí misma murmurando un último perdón. Todos lloran. Luego, ya muerta, se la llevan intensamente pálida bajo sus cabellos negros, la amortajan con el vestido color rosa (¡qué bien le sienta!) y la depositan en un ataúd muy caro con las patas doradas y lleno de flores. Huele a incienso y chisporrotean las velas. El marido no se separa del féretro y los admiradores de su *talento* no apartan de ella los ojos. «¡Diríase que está viva! ¡Hasta en el ataúd es maravillosa...!». La ciudad entera habla de esta vida tan tempranamente segada... He aquí que la llevan a la iglesia. La conducen Iván Petrovich, Adolf Ivánich, el marido de Varia y el estudiante de ojos negros que la enseñó a beber el agua con limón y coñac. ¡Lástima solamente que no toque la música...! Después del oficio religioso viene la despedida. La iglesia se llena de sollozos. Traen la tapa adornada de borlas, y... Lisochka se separa para siempre de la luz del día. Se escucha el golpear sobre los clavos: ¡*Tac, tac, tac...*!

Lisochka se estremece y abre los ojos.

—¿Estás ahí, Vasia? —pregunta—. ¡Tengo unos pensamientos tan lúgubres!

¡Dios mío...! ¿Será posible que no logre dormirme, infeliz de mí...? ¡Vasia! ¡Compadéceme y cuéntame algo...!

—¿Qué quieres que te cuente?

—Algo... de amor... —dice lánguidamente Lisochka—, O si no..., cuéntame cosas del modo de vivir de los hebreos...

Vasili Stepánich, dispuesto a todo, con tal que su mujer se encuentre alegre y no hable de la muerte, coloca unos mechones de pelo a modo de patillas sobre sus orejas, imprime a su rostro una cómica expresión y se acerca a Lisochka.

—¿Desea usted que le componga el reloj? —pregunta con un acento terriblemente hebraico.

—Sí..., necesito que me lo componga. Lo necesito... —y cogiendo de la mesa su reloj de oro se lo tiende riendo—, ¡Compóngamelo!

Vasia coge el reloj, examina detenidamente, durante largo rato, su mecanismo, y, muy encorvado, dice:

—No tiene compostura. A la rueda le faltan dos dientes.

A esto se reduce la comedia. Lisochka ríe y palmotea.

—¡Magnífico! —exclama—. ¡Asombroso! ¿Sabes, Vasia, que eres un tonto no queriendo tomar parte en las funciones de aficionados...? ¡Sí, tienes un talento extraordinario...! ¡Eres mucho mejor que Sisunov...! Sabes..., en la obra *El día de mi santo...*, trabajaba con nosotros un tal Sisunov... que era un talento cómico de primera categoría... ¡Figúratelo...! Una nariz gorda como un nabo, ojos verdes y el modo de andar de la cigüeña... A todos nos hacía reír muchísimo... Espera, que voy a decirte cómo andaba...

Lisochka salta de la cama, y ya sin gorrito y descalza se pone a andar por el suelo.

—¡Mis respetos! —dice en voz baja, imitando una voz de hombre—, ¿Qué hay de bueno? ¿Qué ocurre de nuevo bajo el sol...? ¡Ja..., ja...! —ríe.

—¡Ja..., ja..., ja...! —repite Vasia.

Y ambos cónyuges, riendo y olvidados de la enfermedad, empiezan a correr uno tras otro por el dormitorio. La carrera termina en que Vasia agarra a su mujer por el camión y la cubre ansiosamente de besos. Después de un abrazo muy pasional. Lisochka recuerda de pronto que está seriamente enferma...

—¡Qué tonterías! —dice poniendo cara seria y tapándose con la manta—. Seguramente te has olvidado de que estoy enferma... ¡Eres de una sensatez!

—Perdona... —se azara el marido.

—Mi enfermedad tomará un mal camino y tú serás el culpable... ¡Feo...! ¡Malo...!

Lisochka cierra los ojos y queda callada. Su languidez anterior vuelve y de nuevo se escuchan ligeros quejidos. Vasia cambia la compresa y, contento de que su mujer esté en casa y no corriendo hacia la de su tía, permanece quieto a sus pies. Cuando llega la mañana aún no se ha dormido. A las diez viene el médico.

—¿Qué tal nos encontramos? —pregunta mientras le toma el pulso—, ¿Ha

dormido?

—Mal —contesta por Lisochka el marido—, muy mal.

El médico se dirige a la ventana y mira a través de ella cómo pasa por la calle el deshollinador.

—¿Puedo tomar café, doctor...?

—Puede.

—¿Y puedo levantarme?

—Eso... Quizá sea mejor que esté un día más echada.

—Tiene un ánimo de lo más sombrío —le murmura Vasia al oído—. ¡Unos pensamientos tan tétricos... y una manera tan rara de ver las cosas! ¡Estoy terriblemente preocupado con ella!

El médico se sienta ante la mesa y después de restregarse la frente con la palma de la mano, receta a Lisochka nitrato de bromuro. Después saluda y, prometiendo volver a la noche, se marcha. Vasia no va al trabajo y permanece todo el día junto a su mujer. Por la tarde vienen los admiradores de su *talento*. Están inquietos y asustados. La traen muchas flores y novelas francesas. Lisochka, vestida con una ligera blusa y tocada con el gorrito de blancura resplandeciente, está tendida en la cama y mira ante sí de modo enigmático, como si no creyera en su curación. Los admiradores de su *talento* admiten de buen grado la presencia del marido y se la perdonan. Una misma desgracia les une junto a aquel lecho. A las seis se duerme Lisochka y continúa de nuevo dormida hasta las dos de la madrugada. Otra vez está Vasia a sus pies, luchando con la somnolencia, renovando las compresas y representando aquella escena de la vida israelita...; pero a la mañana siguiente, transcurrida la segunda noche de sufrimientos, Lisa está ya ante el espejo colocándose el sombrero.

—¿Adónde vas, querida...? —le pregunta Vasia mirándola suplicante.

—¿Cómo? —se asombra Lisochka con cara asustada—. ¿Acaso no sabes que hoy tenemos ensayo en casa de María Lvovna?

Después de acompañarla, Vasia, por hacer algo, por aburrimiento, coge la cartera y se va al trabajo. A causa de las noches sin dormir le duele la cabeza y le duele de tal modo que su ojo izquierdo desentendiéndose de él, se cierra por sí solo.

—¿Qué le pasa, amigo mío? —le pregunta el jefe—. ¿Qué le ocurre?

Vasia hace un gesto evasivo y se sienta.

—¡No me pregunte, excelencia! —dice con un suspiro— ¡Cuánto he sufrido en estos dos días! ¡Cuánto he sufrido...! ¡Lisa está enferma!

—¡Dios mío! —se asusta el jefe— ¡Lisaveta Pávlovna...! ¿Qué le pasa?

Vasili Stepánich hace un gesto con la mano, alza los ojos al techo como queriendo decir: «¡Así es el Destino!».

—¡Oh, amigo mío...! ¡Le compadezco con toda el alma! —suspira el jefe poniendo los ojos en blanco— ¡Yo, querido..., he perdido a mi mujer y me hago cargo...! ¡Es una pérdida tal...! ¡Qué pérdida...! ¡Terrible! ¡Terrible...! Espero que

Lisaveta Pávlovna esté ya bien... ¿Qué médico la asiste?

—Von Schterck.

—¿Von Schterck...? ¿Y no hubiera sido mejor llamar a Magnus o a Semandritzky...? En cuanto a usted..., está usted muy pálido. Seguramente también se encuentra enfermo. ¡Es terrible!

—Sí..., excelencia. Estoy falto de sueño. ¡Es tanto lo que he sufrido..., lo que he pasado...!

—¿Y para qué ha venido usted? No lo entiendo. ¿Puede uno acaso forzarse de ese modo..., hacerse daño a la salud? Váyase a su casa y quédese en ella hasta que esté bueno. ¡Váyase...! ¡Se lo ordeno...! El afán por el trabajo es una buena condición en un joven funcionario; pero no hay que olvidar lo que decían antaño los romanos: *Men sana in corpore sano*. Esto es: «Alma sana en cuerpo sano».

Vasia está de acuerdo, por lo que sus papeles vuelven a su cartera, y tras despedirse del jefe se marcha a casa a dormir.

VIAJEROS DE PRIMERA

(Пассажир 1-го класса)

Un viajero de primera, que acababa de almorzar en la estación, donde se había puesto un poco alegre con la vodka que tomó, se tendió en el diván de terciopelo del coche, desperezose dulcemente y se adormiló. Transcurridos unos cinco minutos, se desveló, miró con ojos amodorrados a su vis a vis, sonrió y dijo:

—A mi padre, que en paz descanse, le gustaba que, después de almorzar, le rascasen los talones las criadas. Yo he salido a él, con la sola diferencia de que después del almuerzo no me rasco los pies, sino la lengua y el cerebro. Reconozco mi flaqueza: me agrada charlar cuando tengo el estómago lleno. ¿Me permite conversar un ratito con usted?

—Encantado, por favor —accedió el vis a vis.

—Después de una buena comida, el motivo más nimio basta para que me afluyan a la cabeza ideas diabólicamente geniales. Ahí va un ejemplo. Los dos hemos visto junto a la cantina a dos jóvenes. Oiría usted que uno de los dos felicitaba al otro por haberse hecho popular. «Le felicito —dijo—, por ser ya persona conocida, que comienza a adquirir fama». De fijo que eran periodistas microscópicos o actores. Pero no se trata de ellos. Lo que me preocupa ahora, caballero, es lo siguiente: ¿qué debe entenderse por *gloria* y por *fama*? ¿Qué opina usted? Pushkin decía que la gloria era un remiendo sobre un andrajo; todos la interpretamos a la manera pushkiniana, es decir, más o menos subjetivamente; pero nadie ha dado de este vocablo una definición clara y lógica. ¡Cuánto daría yo por conseguir tal definición!

—¿Y para qué la quiere usted?

—Pues verá: acaso, si supiéramos lo que es la gloria, conoceríamos el modo de alcanzarla —contestó el otro pasajero, tras breve reflexión—. Debo confesarle, caballero, que en alguna época más temprana de mi vida buscaba la fama con todas las fibras de mi ser. La popularidad constituía mi locura, por así decirlo. Por ella estudié, trabajé, pasé noches en vela, comía poco y perdí la salud. Y, por cuanto me es posible juzgar con ecuanimidad, creo que disponía de todas las premisas para lograrla. La primera, es que soy ingeniero. Habré construido en Rusia una veintena de soberbios puentes; he instalado la conducción de aguas en tres ciudades; he trabajado en Rusia, en Inglaterra, en Bélgica... La segunda consiste en haber escrito numerosos artículos sobre mi especialidad. La tercera, en que desde niño sentí debilidad por la química, y, dedicando mis ratos de ocio a esta ciencia, he hallado el modo de obtener algunos ácidos orgánicos, razón por la cual encontrará usted mi nombre en todos los manuales de química editados en el extranjero. He trabajado siempre, alcanzando el grado de consejero civil efectivo, con una hoja de servicios inmaculada. No quiero cansarle enumerando mis méritos y mis obras. Le diré tan sólo que he hecho más que

algunos personajes famosos. ¿Resultado? A las puertas de la vejez, con un pie en la sepultura, como aquel que dice, no soy más conocido que el perro negro que va corriendo por aquel montículo.

—¿Quién sabe! A lo mejor es usted famoso...

—¡Ejem...! Vamos a salir de dudas: ¿ha oído hablar alguna vez de Krikunov?

El compañero de viaje levantó los ojos, trató de hacer memoria y terminó riéndose:

—Pues no... No, señor.

—Es mi apellido. Usted, persona intelectual y entrada en años, jamás ha oído hablar de mí. ¡La demostración es convincente! A lo que se ve, en mi afán de ser célebre, he hecho precisamente lo contrario de lo que debía. Ignoraba los procedimientos adecuados y, queriendo agarrar la gloria por los pelos, me quedé con ellos en la mano.

—¿Y cuáles son los procedimientos adecuados?

—¡El diablo lo sabrá! Usted, acaso, dirá: el talento, el genio, la originalidad. Pues no, señor mío. Paralelamente a mí vivieron e hicieron su carrera personas que, comparadas conmigo, eran vacías, insignificantes y hasta perversas; trabajaron mil veces menos que yo; no hicieron nada del otro mundo, ni brillaron por su talento, ni siquiera aspiraban a la fama. ¡Y ahí las tiene usted! Sus nombres aparecen todos los días en los periódicos y se pronuncian en las conversaciones. Si no se ha cansado de oírme, le pondré un ejemplo. Hace unos años construí un puente en la ciudad de K***. Debo comunicarle que en la maldita K*** se aburría uno como una ostra. A no ser por las mujeres y por los naipes, creo que me hubiera vuelto loco. Pero, bueno, lo pasado, pasado. De puro aburrido, me lié con una cantante de mala muerte. No sé por qué demonios, todos estaban entusiasmados con ella; a mi modo de ver, era, ¿cómo decirle?, una corista simple y ordinaria, como hay miles; una moza huera, caprichosa, avara y, para colmo de males, idiota. Comía sin medida, bebía igual, dormía hasta las cinco de la tarde, y creo que no atesoraba más virtudes. Allí la consideraban una *cocotte*, como lo era, en realidad; pero cuando querían darle un título más fino, la llamaban actriz o cantante. Por aquella época me encantaba el teatro; de ahí que la especulación con el título de actriz me causara tanta indignación. ¡Mi *canzonetista* no tenía ningún derecho a llamarse actriz ni cantante! Era una criatura sin el menor talento, insensible; yo diría que hasta miserable. Por cuanto se me alcanza, cantaba horriblemente. Todo su arte consistía en alzar pierna de cuando en cuando y en no aturdirse si alguien penetraba en su camerino. Solía elegir vodeviles traducidos, con canciones, donde tuviera que salir vestida de hombre con el traje muy ajustado. En una palabra, ¡puf! Bueno, pues escuche. Recuerdo que había de celebrarse la solemne inauguración del puente recién terminado. Hubo misa, discursos, telegramas, etcétera. Yo, ¿sabe?, deambulaba nervioso junto a mi obra, con el corazón a punto de estallar. Emoción de autor. Es cosa del pasado y no tengo por qué hablar con falsa modestia: ¡el puente me había salido a las mil maravillas! Más que un puente era un cromo.

¡Daba gusto verlo! ¡Cómo no iba a emocionarme viendo a toda la ciudad en la inauguración! «Ahora el público se volverá hacia mí —pensé—. ¿Dónde me escondo?». Pero eran vanos mis temores, caballero. Salvo los personajes oficiales, nadie me prestó la menor atención. La gente miraba al puente desde la orilla como un rebaño de ovejas, sin reparar para nada en el constructor. Desde entonces, dicho sea de paso, le tomé un odio feroz a nuestro respetable público, que

Dios confunda. Pero continuemos. De pronto se removió el gentío con un rumor: ¡chu, chu, chu...! Sonrieron las caras, giraron los hombros. «Deben de haberme visto», supuse. ¡Qué iluso! Miré a la multitud y vi pasar por medio de ella a mi *canzonetista*, seguida de una panda de golfillos. Los ojos de la muchedumbre iban tras esta procesión. Se produjo un murmullo de miles de voces: «¡Es Fulanita de Tal! ¡Qué guapa! ¡Encantadora!». De pronto, alguien reparó en mí: dos mocosos..., tal vez aficionados al teatro..., me vieron, se miraron y cuchichearon: «Éste es su amante». ¿Qué le parece a usted? Pues no para ahí la cosa. Un individuo enclenque, de chistera y con barba muy crecida, que llevaba largo rato cerca de mí, venciendo el cuerpo ya sobre una pierna, ya sobre la otra, se tomó y me dijo:

—¿Sabe usted quién es aquella dama que va por la orilla? Es Fulanita de Tal... Tiene una voz malísima, pero sabe manejarla que es un primor.

—¿Podría usted decirme —le pregunté— quién ha construido este puente?

—Pues, mire, no lo sé. Un ingeniero...

—¿Y quién edificó la catedral de esta ciudad?

—Tampoco puedo decírselo.

A renglón seguido le pregunté quién era el mejor maestro y el mejor arquitecto de K***. Y a todas mis preguntas contestó diciendo que no sabía.

—Dígame, por favor —terminé el interrogatorio—, ¿con quién vive esa cantante?

—Con un ingeniero llamado Krikunov.

—Aquello era ya el colmo, caballero. Mas veamos lo que sigue... Ya no existen en el mundo trovadores ni bardos, y la popularidad se debe casi exclusivamente a los periodistas. Al día siguiente compré, anhelante, el *Viestnik* local y me puse a buscar alguna referencia a mi persona. Recorrí con los ojos, largamente, las cuatro páginas y, por último, ¡hurra!, encuentro la noticia y me apresuro a leer: «Ayer, con tiempo magnífico, enorme concurrencia de público y estando presentes su excelencia el señor gobernador de la provincia y otras autoridades, se realizó el acto de la bendición del puente recién construido, etcétera». Y al final: «Asistió a la ceremonia, resplandeciente de hermosura, la favorita de nuestro público, la inteligente artista Fulanita de Tal. Huelga decir que su presencia produjo sensación. La estrella iba vestida..., etcétera». ¡Ni una palabra de mí! ¡Ni la menor alusión! Aunque parezca mezquino, ¡créame que lloré de rabia!

Me calmé considerando que las provincias son estúpidas, que no se les puede pedir gran cosa y que, para hallar popularidad, hay que ir a los centros intelectuales, a la capital. A propósito: por aquel entonces tenía yo presentado un trabajo en un

concurso que había de celebrarse en Petersburgo, a poco tardar. Me despedí de K*** y me fui a Petersburgo. El camino era largo y, para hacerlo más ameno, tomé un departamento doble y... me llevé a la cantadora. En todo el tiempo no hicimos más que comer, beber champaña y... ¡tru-la-la! Pero he aquí que llegamos al centro intelectual el mismo día del concurso, precisamente a tiempo de cantar victoria: se me había otorgado el primer premio. ¡Huirá! Al día siguiente me fui a la avenida Nevski y compré setenta kopeks de periódicos. Me apresuré luego a meterme en mi habitación del hotel, a tenderme en el diván y a leer, tembloroso, aquel montón de papeles. Repasé un periódico, y nada: hojeé otro, y tampoco. Por fin, en el cuanto, encontré una noticia que decía: «Ayer llegó en el correo la conocida artista de provincias Fulana de Tal. Hacemos constar, con gran satisfacción, que el clima del sur ha ejercido en ella un influjo benéfico; su magnífica figura escénica...», y no recuerdo qué más. En otro lugar menos visible, y en glosilla de lo más diminuto, decía: «Ayer se celebró tal y tal concurso, adjudicándole el primer premio al ingeniero Fulano de Tal». ¡Y nada más! Por añadidura, hasta pusieron mal mi apellido: ¡Kirkunov en lugar de Krikunov! ¡Para que vea usted lo que son los centros intelectuales! Mas aún queda algo... Al cabo de un mes, cuando me marché de Petersburgo, todos los periódicos, a porfía, hablaban de «nuestra incomparable, sublime e inteligente artista», y no osaban llamar a mi querida por el apellido, sino que al referirse a ella ponían siempre el nombre y el patronímico^[89].

Unos años después estuve en Moscú. Me mandó llamar el alcalde, con una carta personal, para tratar de un asunto del que Moscú, con todos sus periódicos, viene ocupándose hace más de cien años. Allí, en un museo, di cinco conferencias con fines benéficos. Creo que hablaba para ser conocido en la ciudad, aunque sólo fuera durante tres días ¿no es así? ¡Pero, ay, de mí no dijo una palabra ningún periódico moscovita! Hablaban de todo: de los incendios, de los jurados que se dormían en las sesiones, de los comerciantes borrachos; pero del asunto que me había traído a la ciudad, de mi proyecto, de mis conferencias, ni acordarse. ¡Simpático público el de Moscú! Voy en el tranvía, con el vagón atestado de señoras, de militares, de estudiantes, de cursillistas: una pareja de cada especie.

—Se asegura que la Duma ha llamado a un ingeniero para tratar de tal y tal asunto —dije al que iba a mi lado, de modo que todo el mundo se enterase—. ¿Sabe usted qué ingeniero es ése?

El vecino movió la cabeza negativamente. El resto del público me miró un instante; y pude leer en todas las miradas lo mismo: «No lo sé».

—Se dice que alguien está pronunciando un ciclo de conferencias en tal y tal museo y que son unas disertaciones muy interesantes —volví a la carga, tratando de sonsacar al público y de entablar conversación con alguno de mis compañeros de viaje.

Nadie me hizo el menor caso. Por lo visto, no todos habían oído hablar de las conferencias; y las señoras ignoraban hasta que existiera el museo en cuestión. En fin,

la cosa no tendría gran importancia; pero, en esto, caballero, la gente se pone en pie y se agolpa en las ventanillas. ¿Qué sería?

—¡Fíjese, fíjese! —me empujó mi vecino—. ¿Ve a aquel moreno que está tomando un coche? ¡Pues es el famoso andarín King!

Y el tranvía entero, sofocado de emoción, se puso a hablar de los andarines, que a la sazón traían loco a todo Moscú.

Pudiera sacar a colación otros ejemplos; pero supongo que bastan los citados. Admitamos que me equivoco en lo que a mí respecta, que no soy más que un jactancioso y una nulidad; pero es que podría indicar a un sinfín de contemporáneos nuestros, de hombres notables por su talento y laboriosidad, que han muerto ignorados. ¿Son, acaso, populares tantos navegantes, químicos, físicos, mecánicos o agrónomos rusos? ¿Conoce nuestro público a los pintores, a los escultores y a los literatos rusos? Hay hormigas literarias, inteligentes y laboriosas, que se pasan treinta y tres años a la puerta de las redacciones, escriben Dios sabe qué montañas de papel, son procesadas veinte veces por difamación y no consiguen ir un palmo más allá de su hormiguero. Cíteme aunque sólo sea un astro de nuestras letras que haya sido popular antes que por el mundo se haya extendido la noticia de que lo han matado en un duelo, o de que se ha vuelto loco, o de que lo han deportado o de que juega a las cartas haciendo trampas.

El viajero se embebió tanto en su discurso, que hubo de incorporarse, porque el cigarro se le había caído de la boca.

—Sí, señor —prosiguió excitado—. Y como contraposición, puedo citarle cientos de cantadoras, de acróbatas y de payasos, a quienes conocen hasta los niños de pecho. ¡Sí, señor!

Chirrió la puerta, formose una corriente de aire con olor a humedad; y entró en el coche un individuo de aspecto lúgubre, abrigo con esclavina, chistera y gafas azuladas. El recién llegado inspeccionó el departamento, frunció el ceño y siguió adelante.

—¿Sabe quién es ése? —sonó una voz en el otro extremo del coche—. Es N. N. el famoso tahúr de Tula, encartado en el proceso del Banco de Y.

—¡Ya lo ve usted! —rió el viajero locuaz—. Conoce perfectamente a un tahúr de Tula. Pregúntele a ver si conoce a Semiradski, a Chaikovski o al filósofo Soloviov. De fijo que estos nombres le pillan de sorpresa. ¡Es una verdadera calamidad!

Sucedió una pausa de varios minutos.

—Permítame que le pregunte a mi vez —tosió, tímido, el compañero de departamento—. ¿Le suena a usted el apellido Pushkov?

—¿Pushkov? ¡Ejem...! Pushkov... Pues no, no me suena.

—Es el mío —dijo el compañero, como cohibido—. ¿De modo que no me conoce? Pues llevo treinta y cinco años de profesor de una de nuestras universidades... Soy miembro de la Academia de Ciencias... Y he publicado muchos trabajos...

El primer viajero y su acompañante se miraron; y se echaron a reír.

EL TALENTO

(Талант)

Yegor Sávvich, pintor residente en la casa veraniega propiedad de la viuda de un oficial, está en su habitación, sentado en la cama y entregado a la melancolía propia de las horas matinales. Densas y torpes nubes cubren por entero el cielo, sopla un viento frío y penetrante, y los árboles, todos con un quejido, se doblan llorosos hacia un lado. Un torbellino de hojas amarillas revolotea por el aire y por el suelo. ¡Adiós verano...! En su género, esta tristeza de la Naturaleza, contemplada con ojos de artista, es maravillosa y poética; pero Yegor Sávvich se siente indiferente a cualquier clase de belleza. Es presa del aburrimiento, y sólo la idea de que mañana no estará ya en esta casa tiene poder para consolarle. Por la cama, las sillas, las mesas y el suelo hay esparcidas almohadas, mantas y cestas; las habitaciones no han sido barridas, y de las ventanas fueron arrancadas las cortinillas de percal. Mañana tendrá lugar el traslado a la ciudad. La patrona viuda no está en casa. Salió en busca de carros que alquilar para la mudanza del día siguiente; mientras, Katia, su hija (joven de unos veinte años de edad), aprovechando la ausencia de su severa mamá, hace tiempo que está sentada en la habitación del joven pintor. Éste se marcha mañana, y ella tiene muchas cosas que decirle aún. Lleva un rato, habla que te habla, y le parece que todavía no le ha dicho ni la décima parte de lo que le quiere decir. Con ojos arrasados de lágrimas contempla la desmelenada cabeza del pintor; la contempla con tristeza y con entusiasmo. Yegor Sávvich está desgredado como una fiera; el pelo le llega hasta las patillas, la barba le sale del cuello, de las narices, de las orejas, y los ojos se le esconden bajo unas cejas pobladas y caídas. Todo ello presenta un aspecto tan espeso, tan embrollado, que diríase que la cucaracha o la mosca enredadas allí dentro, como en un bosque enmarañado, no podrían salir de él en toda su vida. Yegor Sávvich escucha a Katia y bosteza. Está cansado. Cuando Katia empieza a sollozar, la mira de un modo taciturno entre sus pestañas caídas, frunce el entrecejo y dice con voz de bajo profundo:

—No puedo casarme.

—¿Por qué? —pregunta Katia bajito.

—Porque un pintor, o sea un hombre que vive para el arte, no puede casarse. El pintor tiene que ser libre.

—Pero ¿es que cree que yo iba a molestarle?

—No hablo por mí... Lo digo en general. Los escritores y los pintores célebres nunca se casan.

—Ya sé que usted llegará a ser una celebridad... Eso lo comprendo perfectamente...; pero dese usted cuenta... Me da miedo mamá. Es muy severa e irritable, y cuando sepa que no se casa usted conmigo habrá que ver la que se armará.

¡Qué desgracia la mía! Y como para colmo, ¡no le ha pagado usted el alquiler...!

—¡Al diablo con ella! ¡Se lo pagaré!

Y Yegor Sávvich, levantándose, empezó a pasear por la habitación.

—¡Qué bueno sería poderse marchar al extranjero! —dice.

El pintor empieza a hablar de que no hay cosa más fácil que emprender un viaje al extranjero. Basta para esto pintar un cuadro y venderlo.

—¡Claro! —dice Katia—. ¿Y por qué no ha pintado usted este verano?

—¿Es acaso posible trabajar en este cobertizo? —dice enojado el pintor—, ¿Dónde iba a encontrar aquí los modelos?

Abajo, en alguna parte sonó un portazo. Katia, que espera de un momento a otro la llegada de su madre, se levanta y sale corriendo. El pintor ha quedado solo. Durante largo rato continúa paseando por la habitación entre las sillas y los montones de enseres domésticos. Oye a la viuda, ya de vuelta, meter ruido con los cacharros y tronar contra los *muzhiks* que la han pedido dos rublos por un carro. Lleno de tristeza, Yegor Sávvich se detiene ante un pequeño armario y permanece un gran rato frunciendo el entrecejo a la botella de vodka.

—¡Ojalá te mataran! ¡No hay quien pueda vivir en paz contigo! —oye decir a la madre, regañando a Katia.

El pintor bebe un vasito, la nube sombría que envuelve su alma se disipa poco a poco y empieza a experimentar la sensación de que, en su vientre, todos los intestinos sonríen: empieza a soñar... En la imaginación se ve ya convertido en una celebridad. No puede representarse sus creaciones futuras, pero sí ve con claridad que los periódicos hablan de él que las tiendas venden su retrato y que sus amigos le miran con envidia. Se imagina a sí mismo sentado en una sala ricamente alhajada y rodeado de lindas admiradoras, aunque todo de un modo confuso, algo turbio, debido a que en toda su vida no ha visto ni una sola vez una sala. No puede distinguir bien a las bellas admiradoras porque tampoco en toda su vida ha visto una admiradora ni una joven decente, aparte de Katia. Generalmente, quienes no conocen la vida suelen ver a ésta a través de los libros leídos, pero los libros para Yegor Sávvich eran algo desconocido. En una ocasión se propuso leer a Gógol, y al llegar a la segunda página se durmió...

—¡Este maldito no quiere encenderse! —se oye gritar abajo a la viuda, luchando con el samovar—. ¡Katia! ¡Trae el carbón!

El soñador artista experimenta la necesidad de hacer a alguien partícipe de sus esperanzas y de sus ensueños. Baja a la cocina, llena de tufo, junto a cuya oscura estufa se encuentra Katia y la gruesa viuda, y sentándose al lado de una tinaja se pone a charlar:

—¡Qué grato es esto de ser pintor! ¡Se va donde se quiere y se hace lo que se quiere! ¡No necesita uno trabajar ni arar la tierra...! ¡No tiene uno superiores encima...! ¡Yo soy el superior de mi mismo! Y, sin embargo..., ¡también trabajo para la Humanidad...!

Después de comer, el pintor se retira a descansar. Por regla general suele dormir hasta el crepúsculo; pero esta vez ha transcurrido poco tiempo desde la comida, cuando siente que alguien le tira de un pie, que alguien ríe y pronuncia su nombre. Abriendo los ojos ve ante ellos a su amigo Ukleikin, el paisajista que pasó el verano en la región de Kostroma.

—¡Qué sorpresa! —se alegra—. ¿A quién estoy viendo?

Se suceden los saludos y las preguntas.

—¿Traes algo...? ¡Seguramente llevarás hechos por lo menos cien bocetos...! —dice Yegor Sávvich mirando a Ukleikin extraer sus objetos de la maleta.

—Sí... Algo hice..., ¿y tú? ¿Pintaste algo?

Yegor Sávvich saca de debajo de la cama un lienzo montado en un bastidor todo empolvado y cubierto de telarañas.

—Aquí tienes... «Joven junto a la ventana después de separarse de su novio» —explica—. Lo hice en tres sesiones, pero todavía no está terminado.

El cuadro es un ligero esbozo de Katia, sentada al lado de la ventana por la que se divisa el jardín y una lejanía color malva. A Ukleikin no le gusta el cuadro.

—¡Hum...! Hay ambiente en él... y expresión... —dice—. Tiene perspectiva...; pero el color por esta parte chilla..., chilla demasiado...

Sobre la mesa hace su aparición la botella de vodka.

Cuando llega el anochecer aparece Kostiliev, amigo y vecino de Yegor Sávvich, pintor de historia, hombre de unos treinta y cinco años, que también promete mucho. Lleva igualmente melena, una blusa con cuello a lo Shakespeare, y su actitud es de gran dignidad. Al ver el vodka hace una mueca de desagrado y se lamenta de estar enfermo del pecho; pero luego, cediendo a los ruegos de sus compañeros, bebe una copa.

—¡Tengo una gran idea...! —dice ligeramente borracho—. ¡Quiero expresar un Nerón..., un Heredes... o cualquier otra figura de este género...! ¿Comprenden...?; pero bajo un signo contrario (¡el cristianismo!). De un lado, Roma antigua; de otro, el cristianismo..., ¿comprenden? ¡Lo que quiero expresar es la época!, ¿comprenden? ¡La época!

Mientras tanto, la viuda sigue dando órdenes en voz alta:

—¡Katia! ¡Sirve los pepinos! ¡Corre por kvas a la tienda de Sidorov!

Los tres amigos, como lobos enjaulados, recorren a grandes pasos la habitación. Hablan sin parar, con sinceridad y animación. Los tres están excitados e inspirados. Escuchándoles se sentiría uno inclinado a creer que tienen entre las manos el porvenir, la celebridad y el dinero. A ninguno de ellos se le ocurre pensar que el tiempo pasa, que la vida se acorta cada día y se acerca a su final, que ya han comido mucho pan ajeno, y su obra todavía es nula. Los tres son víctimas de la implacable ley por la que entre centenares de principiantes que ofrecen esperanzas, sólo dos o tres alcanzan la suerte, mientras los restantes quedan fuera de sorteo, pereciendo después de haber servido únicamente de carne de cañón. Alegres, felices y valientes

se enfrentan con el futuro...

Ya son cerca de las dos de la madrugada cuando Kostiliev se despide y, después de arreglarse el cuello a lo Shakespeare, se marcha a su casa. El paisajista se queda a pasar la noche en casa del pintor de género. Antes de acostarse, Yegor Sáwich coge la vela y va a la cocina a beber agua. En el oscuro y estrecho pasillo, Katia, sentada sobre el baúl y con las manos descansando sobre las rodillas, mira el techo. En su rostro, pálido y afligido, se dibuja una sonrisa beatífica y sus ojos brillan.

—¿Eres tú...? ¿En qué piensas? —le pregunta Yegor Sáwich.

—Pienso en cuando usted sea una celebridad... —dice ella a media voz— ¡Qué gran hombre ha de ser...! ¡Acabo de oír su conversación y estoy soñando..., soñando...!

Y Katia ríe dichosa... Luego llora y pone las manos con veneración sobre los hombros de su pequeño dios.

EL PRIMER DON JUAN

(Первый любовник)

Evgueni Alekséivich Podzharo w, *jeune premier*^[90], esbelto, elegante, de rostro ovalado y bolsas en los ojos, llegó a una ciudad del sur para actuar una temporada, y su primer afán fue trabar conocimiento con varias familias respetables.

—Sí, señor —solía decir mientras movía graciosamente una pierna y mostraba sus medias rojas— El artista ha de ejercer sobre la masa una influencia directa e indirecta: la primera se logra trabajando en escena; la segunda, mediante el trato con el público. *Parole d'honneur*^[91], no concibo que haya actores que rehúyan las relaciones con las familias de la localidad. ¿Por qué lo hacen? No hablando ya de los almuerzos, los cumpleaños, las tartas, las *soirées* y las diversiones, ¡qué influencia moral tan grande puede ejercer el actor sobre la sociedad! ¿No es un placer pensar que has arrojado un rayo de luz dentro de una cabezota más dura que el mármol? ¿Y los tipos que se ven? ¿Y las mujeres? ¡*Mon Dieu*, qué criaturas! Como para perder la cabeza. Entrás en casa de algún mercader, en el aposento más recogido, te buscas una moza fresca y coloradota, y a deleitarse... *Parole d'honneur*.

En la ciudad sureña, nuestro hombre hizo conocimiento con la honorable familia del fabricante Zibaiev. Ahora, al recordarlo, hace una mueca de desdén, entorna los ojos y agita, nervioso, la cadena del reloj.

Una vez, durante una fiesta onomástica en casa de Zibaiev, el artista, sentado en el salón de sus flamantes amigos, le daba a la lengua, como de costumbre. A su alrededor, sentados en sillones y en el diván, le escuchaban, embobados, varios «tipos». De la habitación vecina llegaban risas de mujer y ruidos propios de una merienda. Podzharov, cruzadas las piernas, refería sus triunfos escénicos acompañando cada frase con un trago de té y ron y procurando dar a su expresión un matiz de descuido y de tedio.

—Yo soy un actor eminentemente provinciano —decía, con una sonrisa de condescendencia—. Pero también he actuado en la capital. A propósito, les contaré un caso hartito característico. En Moscú, el día de mi beneficio, la juventud me ofrendó tantas coronas de laurel, que yo, lo juro por lo más sagrado para mí, no sabía qué hacer con ellas. *Parole d'honneur*. Posteriormente, hallándome en apuros, llevé las coronas a una tienda y... ¿cuánto creen ustedes que pesaron? ¡Dos puds y ocho libras! ¡Ja, ja, ja! El dinero que me dieron por las hojas de laurel me vino muy a propósito. Los artistas pasan estrecheces a menudo. Hoy tiene unos cientos o miles de rublos, y mañana anda a la cuarta pregunta. Y, al contrario, hoy le falta hasta un mendrugo de pan que llevarse a la boca, y mañana tiene hasta para ostras o anchoas. ¡Diablo de vida!

Los provincianos allí reunidos tomaban su té ceremoniosamente y oían al actor. El anfitrión, que no sabía cómo complacer a un huésped tan instruido y ameno, le presentó a un invitado forastero, pariente lejano, llamado Pável Ignátievich Klimov, grueso, de unos cuarenta años, levita larga y pantalones anchísimos.

—Se lo recomiendo —dijo Zibaiev al presentar a Klimov—. Es amante del teatro e incluso llegó a actuar en ocasiones. Tiene grandes haciendas en la provincia de Tula.

Podzharov y Klimov trabaron conversación. Con gran contento de ambos, pusieron en claro que el terrateniente de Tula había vivido en una ciudad donde el *jeune premier* actuó dos temporadas seguidas. Comenzaron las consabidas preguntas sobre la ciudad, sobre los conocidos de ambos, sobre el teatro...

—No puede imaginarse cómo me gusta aquella ciudad —aseguraba el *jeune premier* mostrando sus medias coloradas—, ¡Qué pavimento, qué jardín más simpático... y qué gente! Una gente estupenda...

—Sí, magnífica —asintió el hacendado.

—Pese a ser una población provinciana, hay en ella una gran cultura. Por ejemplo, e-e-e... el director del Instituto, el fiscal...

los oficiales... Tampoco está mal el capitán de la Policía... Es un hombre, como dicen los franceses, *enchanteur*^[92]. Pues ¿y las mujeres? ¡Por Alá, qué mujeres!

—En efecto... Las damas...

—Quizá yo sea parcial en el asunto... Porque he de decirle que, no sé por qué, tuve unos éxitos diabólicos en el terreno amoroso. Podría escribir con ellos diez novelas. Fíjese qué caso: vivía yo en la calle Yegoróvskaia, en la misma casa donde está la Delegación de Hacienda...

—¿Un edificio rojo, sin revocar?

—El mismo: uno sin revocar. Al lado, me acuerdo como si la estuviera viendo, en la casa de Koscheiev, habitaba Várienka, la más guapa de la localidad.

—¿Se refiere usted a Varvara Nikoláievna? —inquirió Klimov radiante de felicidad—. Verdaderamente, es una belleza. Allí no hay quien la iguale.

—¡La primera! Un perfil clásico... Unos ojos negros y grandísimos y una cabellera hasta la cintura. Me vio en el papel de Hamlet... Me escribió una carta como la de la Tatiana de Pushkin... Yo, como es natural, le respondí... Podzharov recorrió la sala: con la vista y, seguro de que no había damas, puso los ojos en blanco, sonrió tristemente y exhaló un suspiro.

—Una noche —siguió diciendo casi en un susurro—, después de la función, llego a mi casa y me la encuentro sentada en mi diván. Comienzan las lágrimas, los juramentos de amor, los besos... Fue una noche maravillosa, una noche divina. Nuestra historia de amor duró dos meses, pero el embrujo de aquella noche no volvió a repetirse. ¡Qué *noche, parole d'honneur*!

—Oiga, oiga, ¿qué está usted diciendo? —barbotó Klimov rojo como la púrpura, mirando al actor con ojos desencajados—. Sepa que yo conozco perfectamente a

Varvara Nikoláievna... No es ni más ni menos que mi sobrina...

Podzharov enrojeció confuso, y también desencajó los ojos.

—¿Qué calumnia es ésta? —continuó Klimov abriendo los brazos con extrañeza—. Conozco muy bien a esa señorita y..., vamos..., me extraña muchísimo...

—Lamento mucho lo ocurrido... —murmuró el actor, levantándose y hurgándose un ojo con el dedo meñique—. Usted, naturalmente, como tío que es...

Los invitados a la velada, que hasta entonces habían estado escuchando con agrado al actor y prodigándole sus sonrisas, se turbaron y bajaron los ojos.

—Usted va a tener la amabilidad de retirar lo que ha dicho —dirigióse Klimov a Podzharov, con visible excitación—. Le ruego que lo retire.

—Si es que..., que eso le ofende..., e-e-e..., lo retiraré por usted —contestó el actor, haciendo un ademán de significación indefinida.

—Y confiese que ha mentido.

—¿Yo? No, señor... No he mentido, pero..., pero lamento en el alma mi indiscreción... Por otra parte, no encuentro apropiado ese tono de usted...

Klimov iba de un rincón a otro en silencio, entre meditativo e irresoluto. Su adiposo rostro enrojeció más aún, y se le hincharon las venas del cuello. Al cabo de un par de minutos, llegó al actor y le dijo con voz implorante:

—Tenga la bondad de confesar que es incierto lo que ha dicho respecto a Várienka. Hágame ese favor...

—¡Qué gracia! —encogióse de hombros Podzharov sonriendo forzosamente y moviendo la pierna—. Esto... es hasta insultante.

—¿Quiere decirse que no se retracta?

—No le comprendo...

—¿Se niega, pues? En tal caso, perdone, pero me veo obligado a recurrir a medidas desagradables... O yo le ofendo aquí, en este mismo instante, o..., si es usted un caballero, tendrá que aceptar mi desafío. Nos batiremos a pistola.

—De acuerdo —recaló el *jeune premier*, haciendo un gesto despectivo— A su disposición.

Los huéspedes y el anfitrión, perplejos y confusos en extremo, se llevaron aparte a Klimov y se pusieron a rogarle que no diese un escándalo. En las puertas del salón aparecieron las caras alarmadas de algunas damas. El *jeune premier*, agitado, hablaba sin ton ni son, dando a entender, por los gestos, que no podía permanecer ni un minuto más en una casa donde se le insultaba; cogiendo su gorro, salió sin despedirse.

Camino de su casa, iba sonriendo y levantando los hombros como con desprecio; pero una vez en su habitación, se tendió en el diván y se sintió embargado de gran inquietud.

«¡Diablo! —pensaba—. El duelo no es lo peor; no me va a matar; lo malo está en que se enterarán los amigos, y todos ellos saben perfectamente que es mentira lo que he dicho. ¡Qué asco! ¡Me cubriré de oprobio!».

Tras un rato de meditación, encendió un cigarrillo y salió a la calle para serenarse.

«¿Y si hablase con ese Borbón? —se dijo—. Le metería en ese cabezorro de idiota la idea de que es un estúpido, un animal...».

El *jeune premier* se detuvo ante la casa de Zibaiev y miró a las ventanas. Aún estaban encendidas las luces, y tras las cortinas de gasa veíanse figuras en movimiento.

—Esperaré un poco —decidió.

La noche era oscura y fría. Caía una llovizna desapacible, fina, como pasada por un tamiz. Podzharov apoyó el codo en una farola y notó que su intranquilidad iba aumentando.

Empapado por la lluvia, terminó desesperándose.

A las dos de la madrugada comenzaron a salir los invitados de la casa de los Zibaiev. El último en aparecer fue el terrateniente de Tula que, exhalando un suspiro que llenó toda la calle, comenzó a azotar las losas de la acera con sus pesados chanclos.

—Permítame un instante. Nada más que un instante —le abordó el *jeune premier* alcanzándole.

Klimov se detuvo. El actor sonrió, hizo unos arrumacos y dijo con lengua tartamuda:

—Confieso... Confieso que mentí...

—No, señor. Eso tiene usted que confesarlo públicamente —tronó Klimov enrojando de nuevo hasta las orejas—. Ese asunto no lo dejo yo así.

—Pero le estoy pidiendo perdón... Le estoy suplicando..., ¿en tiende? Se lo ruego porque, hágase cargo, un duelo provocará mil habladurías, y yo tengo un trabajo... Dios sabe lo que pueden pensar mis compañeros...

El *jeune premier* pretendía mostrar serenidad, sonreír, mantenerse erguido; pero el cuerpo no le obedecía, la voz le temblaba, los párpados se estremecían con azorado pestañeo y la cabeza se le bajaba instintivamente. Estuvo un rato dando explicaciones confusas. Klimov le oyó, hizo sus cálculos y suspiró:

—Bueno, así sea. Dios le perdonará. Pero no vuelva a mentir, jovencito. Nada envilece al hombre tanto como la mentira... Sí señor. Un hombre joven como usted, instruido...

El terrateniente de Tula, con paternal bonachonería, le echó un sermón, y el *jeune premier* le oyó con sonrisa beatífica... Cuando Klimov concluyó su perorata, Podzharov la rubricó con una sonrisa, enseñando los dientes, hizo una reverencia y, encogido todo él, con andar incierto y aire de contrición, se encaminó a la fonda.

Media hora después, al acostarse, sentíase ya fuera de peligro y lleno de optimismo. Tranquilo y satisfecho por el feliz desenlace del conflicto, se arrebujó en la manta y estuvo durmiendo, con sueño profundo, hasta las diez de la mañana.

EN LA OSCURIDAD

(В потемках)

Sobre la nariz del auxiliar de procurador y consejero de corte Gagín, se posó una mosca. Si la condujo allí la curiosidad o llegó de un modo inconsciente o si fue la oscuridad la culpable, esto no se sabe; pero el caso es que la nariz no supo resistir la presencia de un cuerpo extraño y dio orden de estornudar. Gagín estornudó, estornudó con sentimiento, con un silbido penetrante y tan fuerte, que la cama se estremeció haciendo sonar, incomodado, uno de sus muelles. La esposa de Gagín, María Mijaílovna, mujer rubia, fuerte y de gruesa configuración, estremeciéndose, se despertó también. Fijó los ojos en la oscuridad, suspiró y se volvió hacia el otro lado. Unos cinco minutos después dio otra vuelta en la cama y apretó los párpados con más fuerza, pero inútilmente; el sueño había huido de ella. Tras de suspirar y de dar vueltas de un lado para otro, se levantó pasando por encima de su marido, se puso las zapatillas y se acercó a la ventana. El patio estaba oscuro. Sólo se percibían las siluetas de los árboles y los sombríos tejados de los cobertizos. Por el oeste, el cielo había aclarado un poco, pero ya las nubes se disponían a abrazar aquella claridad. El silencio reinaba en el aire dormido y envuelto en sombra. Hasta el guardia, que cobraba un sueldo por el trabajo de interrumpir con sus golpes el silencio de la noche, permanecía callado; ejemplo seguido por el rascón, único pájaro salvaje al que no asusta la vecindad de los veraneantes de la capital.

El silencio fue roto por la propia María Mijaílovna. En pie al lado de la ventana miraba al patio, cuando de repente dejó escapar un grito. La había parecido ver que, saliendo del parterre, en que se encontraba el viejo y raquítico sauce, y en dirección a la casa, se deslizaba una sombra oscura. Al principio pensó que se trataba de alguna vaca o de algún caballo; pero después de restregarse los ojos, distinguió claramente en aquella sombra contornos humanos. Luego le pareció ver que la oscura figura se aproximaba a la ventana de la cocina y, tras detenerse un momento, como indecisa, ponía un pie en el alféizar y desaparecía en la oscuridad de la ventana.

«¡Un ladrón!», pasó por su mente, mientras su rostro se cubría de una palidez mortal.

En un instante su imaginación le hacía representarse ese cuadro tan temido por todas las señoras veraneantes: El ladrón entrando en la cocina..., pasando de la cocina al comedor... Allí, plata en el armario... Luego el dormitorio..., el hacha..., ¡una terrible cara de bandido...!, objetos de oro... Sus rodillas temblaron y por sus espaldas corrió un cosquilleo.

—¡Vasia! —llamó a su marido— ¡Basil...! ¡Vasili Prokófich...! ¡Oh Dios mío...! ¡Está dormido como un muerto...! ¡Despiértate, Basil..., te lo suplico!

—¿Nnnn...? —mugió el auxiliar de procurador entre fuertes aspiraciones y

produciendo un sonido semejante al de la persona que mastica.

—¡Despiértate, por el amor de Dios...! ¡Ha entrado un ladrón en la cocina! ¡Estaba yo al lado de la ventana y he visto entrar a alguien...! ¡De la cocina irá al comedor, y las cucharas están en el armario...! ¡Basil...! ¡El año pasado entraron también ladrones en casa de María Yegórovna...!

—¿Qué...? ¿Qué quieres?

—¡Dios mío...! ¡No me oye! ¡Entiende de una vez, hombre sin fundamento, que acabo de ver entrar a una persona en nuestra cocina! ¡Pelagueia se va a llevar un susto, y además..., la plata está en el armario!

—¡Tonterías!

—¡Basil, esto es ya insoportable! ¡Te estoy hablando de un peligro, y tú duermes o lo echas a broma! ¿Qué quieres, vamos a ver...? ¿Quieres que nos roben o que nos maten?

El auxiliar de procurador se sentó en la cama despacio y comenzó a llenar el aire de bostezos.

—¡Estas mujeres! —mascullaba—. ¿Será posible que no pueda uno tener tranquilidad ni por la noche...? ¡Despertarle a uno por esas tonterías...!

—¡Te juro, Basil, que he visto entrar a un hombre por la ventana!

—Bueno, ¿y qué...? ¡Déjalo que entre...! Será, seguramente, el bombero que viene a ver a Pelagueia.

—¿Qué...? ¿Qué has dicho?

—He dicho que habrá sido seguramente el bombero de Pelagueia que viene a visitarla.

—¡Peor que peor!... —exclama María Mijaílovna—. ¡Esto sí que sería peor que el ladrón! ¡Jamás toleraría en mi casa un cinismo semejante...!

—¡Vaya con la virtuosa...! «¡No toleraré el cinismo!». ¿Es que eso es cinismo...? ¡Qué necesidad hay de emplear palabras extranjeras! ¡Eso es una cosa, madrecita, que ocurre hace siglos y que aprueba la tradición...! ¡Para eso es bombero...!, ¡para visitar a la cocinera!

—¡No, Basil! ¡Tú no me conoces...! ¡No puedo admitir siquiera la idea de que en mi casa...! ¡Ve ahora mismo a la cocina y mándale que se marche en seguida! ¡Mañana diré yo a Pelagueia que no vuelva a permitirse una cosa semejante! Cuando yo me muera podrá usted permitir en su casa cinismos así; pero ahora no tiene usted derecho a ello. Le ruego que cumpla mi deseo.

—¡Diablos! —gruñó enojado Gagin—. ¡Comprende tú, con tus microscópicos sesos de mujer, que yo no tengo por qué ir allí!

—¡Basil...! ¡Empiezo a perder el conocimiento!

Gagin escupió, se puso las zapatillas, volvió a escupir y se dirigió a la cocina. Todo a su alrededor estaba oscuro como dentro de un tonel cerrado, y el auxiliar de procurador tenía que avanzar a tientas. En el camino pegó sobre la puerta de la habitación de los niños y despertó al ama.

—Vasilisa —dijo—. Te llevaste mi bata para limpiar. ¿Dónde está?

—Se la di a Pelagueia para que la limpiara ella, señor.

—¡Qué desorden...! ¡Se cogen las cosas y no se vuelven a poner en su sitio! ¡Y ahora tengo que andar sin bata!

En la cocina se dirigió hacia el sitio en que, debajo de los vasares llenos de cacharros y encima de un baúl, dormía la cocinera.

—¡Pelagueia! —empezó a decir tocándola en un hombro—. ¡Oye, tú..., Pelagueia! ¿Para qué finges, vamos a ver...? ¡Ya sé que no estás dormida! ¿Quién ha entrado aquí ahora por la ventana?

—¡Gm...! ¡Vaya...! ¿Por la ventana...? ¿Quién va a entrar...?

—¡No disimules! ¡Mejor sería que dijeras a tu bribón que se marchara por las buenas...! ¿Me oyes...? ¡No tiene por qué estar aquí...!

—¿Está usted en su juicio, señor...? ¡Vaya con lo que sale...! ¡Claro..., como han dado con una tonta...! ¡Se pasa una el día entero martirizada, corriendo de aquí para allá lo mismo que una loca, sin un momento de tranquilidad, y también por la noche tienen que venirle a una con esas palabras... Está una sirviendo por cuatro rublos al mes, teniendo que poner encima el té y el azúcar, y por toda consideración la hablan a una así...! ¡En casa de unos comerciantes, en la que estuve viviendo, no vi nunca estas cosas...!

—¡Bueno, bueno..., no te lamentes, y que tu soldado se vaya de aquí en este mismo instante! ¿Me oyes?

—¡Peca usted, señor, diciendo eso! —exclamó Pelagueia con una voz que sonaba a lágrimas—. ¡Son ustedes señores instruidos..., nobles; pero no tienen comprensión para nuestra pena..., para nuestra vida infeliz...! —se echó a llorar—. ¡Todo el mundo puede ofendemos y no tenemos quien nos defienda!

—Está bien... Está bien... ¡A mí me da lo mismo...! Es la señora la que me manda. Por mi parte, lo mismo me da que dejes entrar a un duende.

El auxiliar de procurador no podía por menos de reconocer que aquel interrogatorio no venía a cuento y que debía volver junto a su esposa.

—¿Oye Pelagueia...? Cogiste mi bata para limpiarla. ¿Dónde está?

—Discúlpeme el señor. Se me olvidó ponérsela en la silla. Está colgada de un clavo al lado de la estufa.

Gagin encontró a tientas su bata, se la puso y, arrastrando los pies, se dirigió a su dormitorio.

Cuando salió su marido, María Mijaílovna se echó a esperar en la cama. Pasó tres minutos tranquila, pero pronto la preocupación empezó a martirizarla.

«¡Cuánto tarda! —pensaba—. Si no es más que un cínico el que está ahí..., bien...; pero ¿si fuera un ladrón...?».

Su imaginación comienza a dibujarle un nuevo cuadro... Su marido entrando en la cocina..., recibiendo un golpe..., muriendo sin ruido... ¡Un charco de sangre...! Transcurrieron cinco minutos, cinco y medio..., ¡seis, por fin...! De su frente brotaba

un sudor frío.

—¡Basil! —chilló—. ¡Basil!

—Pero ¿por qué gritas..., si estoy aquí...? —oyó decir a la voz de su marido al mismo tiempo que sonaban sus pasos—. ¿Es que te están matando?

Y el auxiliar de procurador, acercándose a la cama, se sentó en su borde.

—Ahí no hay nadie —dijo—. Todo se te ha figurado, tontita... Puedes quedarte tranquila. La boba de tu Pelagueia es tan virtuosa como su señora. ¡Qué miedosa eres! ¡Qué...!

Y el auxiliar de procurador, que se había desvestido de nuevo y no tenía sueño empezó a bromear con su mujer.

—¡Cuidado que eres miedosa! —reía—. Mañana mismo tienes que empezar a ir al médico para que te cure esas alucinaciones. Eres una psicópata.

—¡Huele a alquitrán! —dijo la mujer— O a algo de cebolla, o a *sch*...

—Sí... Hay algo en el ambiente... Se me ha quitado el sueño. Voy a encender una vela..., ¿dónde están las cerillas...?, y te enseñaré la fotografía del procurador del tribunal. Ayer se despidió de nosotros y nos dio a cada uno su retrato con su autógrafo.

Gagin encontró una cerilla y encendió la vela, pero antes que pudiera dar un paso hacia la cama en busca de la fotografía, un grito que partía el alma sonó a sus espaldas. Volviendo la cabeza vio los grandes ojos de su mujer, llenos de espanto, asombro e irritación, fijos sobre él.

—¿Te pusiste la bata en la cocina? —preguntó, palideciendo.

—¡Mírate!

El auxiliar de procurador se echó una mirada de arriba abajo y quedó atontado. En vez de su bata, el capote del bombero pendía de sus hombros. ¿Cómo había, podido ir a parar a ellos...? Mientras buscaba una respuesta a esta pregunta, la imaginación de su mujer comenzaba a dibujar otro cuadro. Un cuadro terrible..., imposible... Oscuridad, silencio, un murmullo..., etcétera, etcétera.

POR CASUALIDAD

(Пустой случай)

Una soleada jornada de agosto, al mediodía, llegué en compañía de un príncipe ruso arruinado al inmenso bosque llamado de Shabelski, donde nos proponíamos cazar ortegas. En virtud del papel que desempeña en este relato, mi príncipe merece una descripción detallada. Alto, moreno, bien plantado, aún no había entrado en la vejez, aunque ya estaba bastante marchitado por la vida; tenía largos bigotes de comisario de policía, ojos negros y saltones y aires de militar retirado. Era un hombre escaso de luces, de tipo oriental, pero recto y honrado, poco amigo de pependencias, jaranas y vanidades, cualidades que constituyen una marca de insignificancia y mediocridad a ojos de la gente. No era muy popular (en el distrito no se le llamaba de otro modo que «el ilustrísimo mastuerzo»), pero yo lo encontraba extremadamente simpático, debido a las desdichas y desventuras que entretejían la trama de su vida. Ante todo, era pobre. No jugaba a las cartas, no participaba en francachelas, no se ocupaba de ninguna actividad, no metía su nariz en ninguna parte y siempre guardaba silencio, pero de algún modo se las había arreglado para dilapidar los treinta o cuarenta mil rublos que le había dejado su padre. Sólo Dios sabe adonde había ido a parar ese dinero; mis únicas noticias eran que una gran parte se la habían robado los administradores, los intendentes y hasta los criados, favorecidos por la falta de control, mientras otro buen mordisco se había ido en préstamos, donativos y fianzas. En el distrito eran raros los hacendados que no le debían dinero. Satisfacía a todos los demandantes, menos por bondad y confianza en sus semejantes que por darse aires de gran señor. Parecía decir: «Como veis, soy un auténtico caballero». Cuando le conocí, ya estaba completamente entrampado, conocía el sabor de las segundas hipotecas y sus asuntos se habían embrollado de tal modo que no había manera de desenredarlos. Pasaba días enteros sin comer y con la pitillera vacía, pero siempre se le veía aseado, vestido a la moda, y de su figura se desprendía invariablemente un intenso perfume a ylang-ylang.

La segunda desdicha del príncipe era su absoluta soledad. No estaba casado, carecía de parientes y amigos. Su carácter taciturno y reservado y sus aires de gran señor, que se hacían más evidentes cuanto más se afanaba en ocultar su pobreza, le impedían intimar con la gente. Era demasiado torpe, indolente y frío para las aventuras galantes, de modo que rara vez trataba con mujeres...

Al llegar al lindero del bosque, el príncipe y yo nos apeamos del coche y nos adentramos en un estrecho sendero cubierto de sombra por las inmensas hojas de los helechos. Pero no habíamos dado cien pasos cuando, desde un bosquecillo de jóvenes abetos de un arshin de alto, surgió, como salido de las entrañas de la tierra, un individuo alto y delgado, con largo rostro oval, una levita raída, sombrero de paja y

botas charoladas. El desconocido llevaba una cesta de setas en una mano, mientras con la otra jugueteaba con la cadena de un reloj barato enganchada al chaleco. Al vemos, se turbó, se arregló el chaleco, tosió con gran compostura y esbozó una afable sonrisa, como si se alegrara de ver a unas personas de tan buen tono. Luego, de manera totalmente inesperada para nosotros, arrastró los largos pies por la hierba, hizo una profunda reverencia y, sin abandonar esa afable sonrisa, se acercó, se quitó el sombrero y pronunció con una voz empalagosa, que recordaba el aullido de un perro:

—Eh, eh, eh... señores, aunque me resulte muy desagradable, debo prevenirles de que está prohibido cazar en este bosque. Perdonen que me tome la libertad de importunarles sin conocerles, pero... permítanme que me presente: soy Grontovski, contable principal de la hacienda de la señora Kandúrina.

—Encantado, pero ¿por qué no se puede cazar?

—¡Tal es la voluntad de la propietaria de este bosque!

El príncipe y yo intercambiamos una mirada. Transcurrió un minuto en silencio. El príncipe, inmóvil, contemplaba con aire meditabundo una matamoscas que había junto a su pie, arrancada de un bastonazo. Grontovski seguía sonriendo amablemente.

Todos los rasgos de su rostro se estremecían, se dulcificaban; hasta la leontina parecía sonreír sobre el chaleco y tratar de deslumbrarnos con su delicadeza. La turbación, como un ángel silencioso, atravesó el aire; los tres nos sentíamos incómodos.

—¡No puede ser! —dije yo—. No hará ni una semana que estuve cazando aquí.

—¡Es muy posible! —dijo entre dientes Grontovski, con una sonrisa—. De hecho, pocos respetan la prohibición, pero al encontrarme con ustedes, he sentido la obligación... el deber sagrado de advertirles. Son órdenes de la señora. Si el bosque fuera mío, le doy mi palabra de Grontovski de que no me opondría a que pasaran unos momentos de agradable solaz. Pero ¿quién tiene la culpa de que yo no sea el dueño?

El larguirucho personaje suspiró y se encogió de hombros. Yo empecé a discutir, me acaloré y ofrecí distintos argumentos, pero cuanto más elevaba la voz y más convincentes se hacían mis palabras, más meloso y almibarado se volvía el rostro de Grontovski. Al parecer, la conciencia de detentar cierto poder sobre nosotros le procuraba un inmenso placer. Disfrutaba de su tono condescendiente, de su afabilidad, de sus modales, y pronunciaba con un sentimiento particular su sonoro apellido, que, por lo visto, le gustaba mucho. Allí de pie, delante de nosotros, se sentía totalmente a sus anchas. Sólo las confusas miradas de soslayo que de vez en cuando dirigía a la cesta dejaban entrever que había una cosa que agriaba su humor: esas prosaicas setas, en cuya búsqueda se afanan mujeres y campesinos, de algún modo ofendían su grandeza.

—¡No vamos a volvemos ahora! —dije yo—. ¡Hemos recorrido quince versts para llegar hasta aquí!

—¡Qué le vamos a hacer! —suspiró Grontovski—. Aunque hubieran recorrido no quince, sino cien mil; aunque se tratara de un rey llegado de América o de algún otro país lejano, consideraría un deber... sagrado, una obligación, por así decir...

—¿Este bosque pertenece a Nadezhda Lvovna? —preguntó el príncipe.

—Así es...

—¿Se halla en casa en estos momentos?

—Sí... Pueden pasar a verla; la casa se encuentra, como mucho, a media versta de aquí; si ella les da permiso, yo... naturalmente... Ja, ja... ji, ji...

—Bien —convine yo—. Nos llevará menos tiempo ir a su casa que regresar... Pasemos a verla, Serguéi Ivánich —añadí, dirigiéndome al príncipe—. Usted la conoce.

El príncipe, sin dejar de mirar la matamoscas arrancada, levantó la vista hasta mí, se quedó pensativo y dijo:

—La traté en el pasado, pero... me resulta bastante embarazoso visitarla. Además, no llevo la ropa adecuada... Vaya usted; a usted no le conoce... Le será más fácil.

Asentí. Subimos al coche y, escoltados por las sonrisas de Grontovski, nos dirigimos por el lindero del bosque a la casa señorial. Yo no conocía a Nadezhda Lvovna Kandúrina, Shabélskaia de soltera, nunca la había visto de cerca y sólo había oído hablar de ella. Sabía que era prodigiosamente rica, como ninguna otra persona en el distrito... Después de la muerte de su padre, el hacendado Shabelski, de quien era hija única, había heredado varias propiedades, un acaballadero y mucho dinero. Me habían dicho que, a pesar de que sólo tenía veinticinco o veintiséis años, era fea, insulsa, insignificante, y que sólo se diferenciaba del común de las damas provincianas por su enorme fortuna.

Siempre he pensado que la riqueza es una marca de distinción, que los ricos tienen un sentido especial, desconocido a los pobres. A menudo, al pasar en coche junto al gran huerto de árboles frutales de Nadezhda Lvovna, en medio del cual se alzaba la casa enorme y maciza, con las cortinas siempre corridas, me preguntaba: «¿Qué sentirá en este momento? ¿Reinará la felicidad detrás de esas cortinas?», etcétera. Un día había visto de lejos cómo regresaba en un bello y ligero cabriolé, conduciendo ella misma un hermoso caballo blanco; confieso —pecador de mí— que no sólo sentí envidia de ella, sino que hasta me pareció que en su figura y en sus ademanes había algo especial que no se apreciaba en las personas sin fortuna, de la misma manera que a las gentes de naturaleza servil les basta un simple vistazo para adivinar el linaje en la apariencia de las personas más nobles que ellas. De la vida íntima de Nadezhda Lvovna sólo conocía lo que contaban las habladurías. En el distrito se decía que hacía cinco o seis años —antes de su matrimonio y aún en vida su padre—, se había enamorado apasionadamente del mismo príncipe Serguéi Ivánovich que en ese momento viajaba conmigo en el coche. Al príncipe le gustaba visitar al viejo Shabelski y a veces pasaba días enteros en la sala de billar, donde

jugaba infatigablemente a la pirámide, hasta que le dolían los brazos y las piernas; seis meses antes de la muerte del anciano, dejó de frecuentar la casa de manera repentina. A falta de datos positivos, los rumores que surgieron en el distrito encontraron toda suerte de explicaciones para un cambio de actitud tan brusco. Unos decían que el príncipe, al advertir la inclinación que sentía por él la fea Nadezhda, y no deseando corresponderle, había considerado su deber de hombre honrado interrumpir sus visitas; otros aseguraban que el viejo Shabelski, al enterarse de la razón por la que languidecía su hija, había propuesto al príncipe sin fortuna que se casara con ella, y que éste, tan corto de luces, al imaginarse que querían comprar su título, se había indignado, había dicho un montón de necedades y se había enemistado con el padre. No era fácil saber qué había de cierto en esos chismorreos, pero alguna verdad encerraban, como lo demostraba el hecho de que el príncipe siempre evitara hablar de Nadezhda Lvovna.

Yo sabía que, poco después de la muerte de su padre, Nadezhda Lvovna se había casado con un tal Kandurin, un abogado que había acertado a pasar por allí, hombre de pocos medios, pero hábil. La joven no se había casado por amor, sino conmovida por el afecto que le profesaba el abogado, quien, según la gente, había desempeñado a la perfección el papel de enamorado. En la época de la que hablo, su marido vivía, no sé por qué razón, en El Cairo, desde donde enviaba a su amigo, el mariscal de la nobleza del distrito, sus «notas de viaje», mientras ella, rodeada de parásitos y gorriones, languidecía detrás de las cortinas corridas y recurría a pequeños actos de filantropía para mitigar el tedio de su vida.

Durante el camino, el príncipe se puso a hablar.

—Hace tres días que no entro en mi casa —dijo en una especie de susurro, mirando al cochero de soslayo—. No soy ningún muchacho ni una mujeruca, y creo no tener prejuicios, pero no puedo soportar a los ujieres. Cuando veo a uno en mi casa, me pongo pálido, me entran temblores y hasta siento calambres en las pantorrillas. ¿Sabe usted que Rogozhin ha protestado mi letra de cambio?

Por lo común, al príncipe no le gustaba quejarse de su mala situación; en todo lo que concernía a su pobreza era muy reservado, de un amor propio y una susceptibilidad extremas; por eso me sorprendió esa declaración. Pasó largo rato contemplando un calvero amarillento, calentado por el sol, siguió con la vista una larga hilera de grullas que volaban por el cielo azul y se volvió hacia mí.

—Y el seis de septiembre tengo que ingresar el dinero en el banco... ¡los intereses de la hipoteca sobre mi propiedad! —dijo en voz alta, sin preocuparse ya de la presencia del cochero—. ¿De dónde lo voy a sacar? ¡Puede decirse, amigo, que estoy con la soga al cuello! ¡Y de qué manera!

El príncipe examinó los gatillos de su escopeta, sopló sobre ellos por alguna razón y buscó con los ojos las grullas, que se habían perdido de vista.

—Serguéi Ivánich —le pregunté después de unos instantes de silencio—, si se diera el caso de que tuviera que vender su hacienda de Shatílovka, ¿qué haría usted?

—No lo sé. Shatílovka no se salvará; es algo tal evidente como que dos y dos son cuatro, pero no puedo imaginarme semejante desgracia. No me veo sin un pedazo de pan que llevarme a la boca. ¿Qué voy a hacer? Casi no tengo instrucción, jamás he intentado trabajar y para entrar en la administración es demasiado tarde... Además, ¿en qué departamento iba a ingresar? ¿Dónde podría encontrar acomodo? Admito que no se necesita una gran astucia para ser funcionario, al menos en nuestro distrito, por ejemplo en la asamblea provincial, pero... el diablo sabe por qué... me falta arrojo, no tengo ni pizca de audacia. Si entrara en la administración, tendría siempre la impresión de estarme inmiscuyendo en asuntos ajenos. No soy un idealista ni un utopista ni un hombre de principios demasiado rígidos; quizá sólo sea un necio lleno de rarezas, un hombre desequilibrado y cobarde. En general, no me parezco a los demás. La gente es como es, sólo yo represento una especie de... de... El miércoles me encontré con Nariaguin. Usted lo conoce, es un borracho, va siempre desaseado... no paga sus deudas, es tonto... —el príncipe frunció el ceño y sacudió la cabeza—, ¡Un tipo horrible! Se acercó a mí tambaleándose y me dijo: «Me presento al puesto de juez de paz». Naturalmente, no resultará elegido, pero él está convencido de que el cargo está a su altura, de que le va como anillo al dedo. Tiene aplomo y confianza en sí mismo. También pasé por casa del juez de instrucción. Ese hombre recibe doscientos cincuenta rublos al mes, pero apenas tiene trabajo; se pasa el día entero dando vueltas por su apartamento, en paños menores; pero, si le pregunta usted al respecto, se mostrará convencido de que trabaja y de que cumple escrupulosamente con su deber. ¡Yo no podría actuar de ese modo! Me daría vergüenza mirar al tesorero a la cara.

En ese momento Grontovski, montado muy ufano en un caballo alazán, nos adelantó. En el codo izquierdo se balanceaba la cesta, en la que saltaban las blancas setas. Al llegar a nuestra altura, descubrió todos los dientes y nos saludó con la mano como si fuéramos viejos conocidos.

—¡Imbécil! —farfulló el príncipe, siguiéndolo con los ojos—. ¡Es increíble lo desagradable que puede llegar a ser una cara satisfecha! La complacencia es un sentimiento estúpido, animal, quizá inspirado por el hambre... ¿Dónde me había quedado? Ah, sí, en los funcionarios... Me daría vergüenza cobrar mi sueldo, por estúpido que parezca. Si se examinan las cosas con mayor detenimiento y una perspectiva más amplia, en estos momentos estoy gastando un dinero que no me pertenece... ¿No es así? Pero por alguna razón eso no me da vergüenza... Tal vez se deba a la costumbre... o a cierta incapacidad para comprender mi verdadera situación... ¡Una situación probablemente terrible!

Miré al príncipe preguntándome si no sería una postura estudiada. Pero su rostro lucía una expresión de dulzura y sus ojos seguían con tristeza los movimientos del alazán, cada vez más lejano, como si con él se marchara también su felicidad.

Por lo visto, se hallaba sumido en ese estado de irritación y de tristeza que lleva a las mujeres a llorar en silencio, sin razón alguna, y a los hombres a sentir la necesidad

de quejarse de la vida, de sí mismos y de Dios...

Cuando llegamos a la cancela de la propiedad y me disponía a apearme del coche, el príncipe me dijo:

—En una ocasión, un hombre que trataba de ofenderme me dijo que tenía una fisonomía de fullero. Yo mismo he reparado en que éstos suelen ser morenos. Tengo la impresión, fíjese usted, de que, si en realidad hubiera nacido fullero, seguiría siendo un hombre honrado hasta la muerte, porque no tendría la audacia necesaria para cometer malas acciones. Se lo digo con toda franqueza, una vez tuve la oportunidad de hacerme rico. Me habría bastado con mentir una sola vez en mi vida, con mentirme a mí mismo y a una segunda... persona que, lo sé, me habría perdonado esa mentira, para embolsarme un millón en dinero contante y sonante. ¡Pero no pude! ¡Me faltaron los ánimos!

Para llegar a la puerta de la casa había que atravesar un bosquecillo por un camino largo y recto como una línea, circundado a ambos lados de espesos arbustos de lilas podados. La casa era una construcción pesada, sin gusto, semejante a la fachada de un teatro. Se alzaba sin gracia en medio de la verdura y hería la vista como un gran canto rodado arrojado sobre la aterciopelada hierba. En la entrada principal fui recibido por un lacayo obeso y de avanzada edad, con una librea verde y unas grandes gafas con montura de plata; me hizo entrar sin preguntarme nada, limitándose a mirar con aprensión mi figura llena de polvo. Cuando subía por la escalera, cubierta de una mullida alfombra, percibí un intenso olor a caucho, pero arriba, en el vestíbulo, me vi envuelto en esa atmósfera propia de los archivos, de las casas señoriales y de las viejas moradas de comerciantes, ambientes en los que el olor de un pasado lejano, antaño vivo y ahora muerto, parece haber dejado su huella. Para llegar al salón tuve que atravesar tres o cuatro habitaciones. Recuerdo unos pisos resplandecientes, de un amarillo vivo, arañas envueltas en muselina, estrechas alfombras a rayas que, en lugar de comunicar directamente una puerta con otra, como es costumbre, discurrían a lo largo de las paredes, de manera que, no atreviéndome a rozar el brillante suelo con mis bastas botas de cazador de las marismas, me vi obligado a describir un cuadrado en cada pieza. En el salón donde me dejó el criado, había, sumidos en la penumbra, antiguos muebles ancestrales, recubiertos de fundas blancas. Tenían un aspecto severo y vetusto; a su alrededor, como respetando su reposo, todo estaba en silencio.

Hasta el cuadro de la pared callaba... La princesa Tarakánova^[93] parecía dormir en su marco dorado, el agua y las ratas haberse detenido por arte de magia. La luz del día, temiendo quebrar esa calma general, apenas se filtraba a través de los estores bajados y se posaba en forma de bandas pálidas y soñolientas sobre las blandas alfombras.

Al cabo de unos tres minutos una anciana de alta estatura, vestida de negro y con una compresa en la mejilla, entró sin hacer ruido. Me saludó y levantó los estores. En ese momento, inundados de una intensa luz, se animaron las ratas y el agua del

cuadro, la princesa Tarakánova se despertó, los viejos sillones tenebrosos entornaron los ojos.

—En un instante vendrá la señora... —dijo la anciana con un suspiro, entrecerrando también los ojos.

Un par de minutos después vi a Nadezhda Lvovna. Lo primero que me llamó la atención fue la indiscutible fealdad de esa mujer menuda, delgada y encorvada. Sus cabellos, espesos y castaños, eran espléndidos; su rostro, despejado e inteligente, respiraba juventud; tenía unos ojos límpidos y vivos; pero los grandes labios espesos y el perfil demasiado anguloso la privaban de todo encanto.

Me presenté y le informé del motivo de mi visita.

—La verdad es que no sé qué hacer —dijo pensativa, bajando la vista y sonriendo—. No quisiera ofrecerle una negativa y al mismo tiempo...

—¡Por favor! —insistí yo.

Nadezhda Lvovna me miró y se echó a reír. Yo también me reí. Probablemente le divertía lo mismo que entusiasmaba a Grontovski, es decir, el derecho de autorizar o prohibir; en cuanto a mí, esa visita se me antojó de pronto extraña y ridícula.

—No me gustaría quebrar una antigua disposición —dijo Kandúrina—. Hace seis años que se prohibió la caza en nuestras tierras. ¡No! —añadió, sacudiendo con resolución la cabeza—. Perdóneme, pero me veo obligada a negarme. Si le doy permiso a usted, tendré que hacer lo mismo con otros. No me gusta la injusticia. O todos o ninguno.

—¡Es una pena! —dije yo con un suspiro—. Lo más triste es que hemos recorrido quince verstas para llegar hasta aquí. No he venido solo —añadí—. Me acompaña el príncipe Serguéi Ivánich.

Pronuncié el nombre del príncipe sin segundas intenciones, sin ninguna idea o fin preconcebidos, dejándolo caer sin darme cuenta, con absoluto candor. Al escuchar ese nombre conocido, Kandúrina se estremeció y me obsequió con una larga mirada. Advertí que su nariz había palidecido.

—Eso no cambia nada... —dijo, bajando la vista.

Durante nuestra conversación yo me encontraba junto a una ventana que daba al bosquecillo. Desde allí lo veía en toda su extensión, con sus avenidas, sus estanques y el camino que acababa de atravesar, en un extremo del cual, más allá de la cancela, se divisaba la parte trasera de nuestro carruaje como una mancha negra. En ese mismo lugar, de espaldas a la casa y con las piernas separadas, el príncipe, de pie, conversaba con el larguirucho Grontovski.

Kandúrina, que había estado todo el tiempo cerca de otra ventana, dirigiendo alguna ojeada al bosquecillo, no había apartado de allí la mirada desde que pronuncié el nombre del príncipe.

—Perdóneme —dijo, contemplando con ojos entornados el camino, la cancela—, pero sería injusto concederles permiso para cazar sólo a ustedes... Además, ¿qué placer puede procurarles matar aves? ¿Por qué las matan? ¿Es que acaso les

molestan?

Esa vida solitaria, encerrada entre cuatro paredes, rodeada de la penumbra de las habitaciones y del intenso olor de unos muebles carcomidos, predisponía al sentimentalismo. La idea expresada por Kandúrina era respetable, pero no pude dejar de comentar:

—Esa manera de pensar, llevada a sus últimas consecuencias, nos obligaría a ir con los pies descalzos. Las botas se fabrican con piel de animales muertos.

—Hay que distinguir entre la necesidad y el placer —respondió con voz sorda Kandúrina.

Había reconocido al príncipe y no apartaba los ojos de su figura. ¡Es difícil describir el éxtasis y el sufrimiento que se reflejaban en su poco agraciado rostro! Sus ojos sonrieron y centellearon, sus labios temblaron y se tensaron, su rostro se pegó a los cristales. Apoyada con ambas manos en un florero, ligeramente levantada sobre un pie y conteniendo la respiración, recordaba a un perro en posición de muestra, esperando con impaciencia febril la orden: «¡Adelante!».

Tras contemplarla durante unos instantes, me quedé mirando a ese príncipe que no había sabido mentir una sola vez en su vida, y sentí despecho y amargura al pensar en la verdad y la mentira, que desempeñan un papel tan primordial en la felicidad personal de la gente.

De pronto el príncipe se sobresaltó, echó mano de su escopeta y disparó. Un azor que planeaba sobre su cabeza batió las alas y salió disparado como una flecha.

—¡Demasiado alto! —dije yo—. De modo, Nadezhda Lvovna —añadí con un suspiro, apartándome de la ventana—, que nos niega la autorización...

Kandúrina no respondió.

—Ha sido un placer saludarla —dije—, y le pido disculpas por haberla molestado...

Kandúrina hizo intención de volverse, y ya se había girado de tres cuartos cuando de pronto escondió el rostro en los cortinajes, tratando de ocultar las lágrimas que se agolpaban en sus ojos...

—Adiós... Excúseme... —dijo con voz queda.

La saludé de espaldas y, sin seguir ya las alfombras, caminé por el brillante suelo amarillo. Tenía ganas de abandonar ese pequeño reino del tedio y del dolor dorados y avanzaba deprisa, como deseando liberarme de un sueño pesado y fantástico, con su penumbra, su princesa Tarakánova y sus grandes lámparas.

Una doncella me alcanzó en la puerta y me entregó una nota. La leí: «Los portadores de la presente tienen autorización para cazar. N. K.».

UNA BRILLANTE PERSONALIDAD

(RELATO DE UN «IDEALISTA»)

(Светлая личность. Рассказ «идеалиста»)

Frente a mis ventanas, ocultándose el sol, se alza una enorme casona roja, con paredes sucias y tejado oxidado. ¡Sin embargo ese sombrío caserón horrible tiene algo maravilloso!

Cada mañana veo una cabeza de mujer por una de las ventanas laterales, y tengo que confesar que esa cabeza... ¡sustituye al sol! La amo no ya por su belleza... No hay nada bello en sus ojos grises y rasgados, en sus grandes pecas y sus *papillots* de papel de periódico. La amo por algunos rasgos particulares de su elevada inteligencia.

Cada mañana observo cómo una joven en blusa blanca y *papillots* se acerca hasta la ventana y recoge con ímpetu los periódicos tirados en el alféizar. Contemplo, señores, cómo abre los periódicos y, con brillo en los ojos, se apresura a recorrer sus tediosas páginas... Les ruego humildemente que observen la expresión de su rostro. Esa expresión puede ser diferente dependiendo de las circunstancias... Se ilumina su cara con una sonrisa angelical, y ella, radiante y con ojos brillantes, comienza a dar alegres saltos por la habitación. Entonces una terrible desesperación indescriptible distorsiona sus facciones, y ella comienza a caminar hacia uno y otro lado agarrándose la cabeza como una loca... Nunca la veo indiferente... Pasa un día uno tras otro y la felicidad alterna con la desesperación... Hoy está muy feliz, mañana se tirará de los *papillots*. ¡No hay fin para sus alegrías y penas!

En cierta manera soy un psicólogo y experto en el corazón humano. Los fenómenos mentales observados por mí en la ventana, llegan hasta mi entendimiento como la tabla de multiplicar. Cuando en el rostro de la joven flota la sonrisa angelical, mi cabeza se llena de estas reflexiones:

«Mmm... Obviamente las noticias que traen hoy los periódicos son buenas... Me alegro... Es probable que a mi desconocida le alegre el comportamiento de Zankov y el último discurso de Gladstone. Puede que, incluso, le inquiete de modo agradable el prometedor encuentro entre Bismarck y Kalnoki... También podría haber sucedido que en el número de hoy vislumbró el nacimiento de un nuevo talento ruso... Sea como sea, me alegro... ¡Es raro que las mujeres se dejen llevar por alegrías de esa clase!».

Y yo encantado comienzo a caminar de una esquina a la otra, y a exclamar:

—¡Maravillosa, criatura extraña! ¡Último grito en la emancipación de las mujeres! ¡Oh, si hubiera más mujeres así! ¡Son estas mujeres las que nos necesitamos!

Cuando el rostro de la desconocida se deforma desolado, pienso:

«¡Los periódicos, ni aunque te los pongan en las manos! ¡Asuntos basura! Puede que a mi vis a vis la perturbara Karaviélov o Mutkúrov... Pienso también en el juego ambiguo de la exagerada Austria y el comportamiento de Milán ofendieron su honesta naturaleza... ¡Sufre, pero cuánto le honra ese sufrimiento!».

Camino inquieto y exclamo:

—¡He aquí una mujer de verdad! ¡Sensible a los problemas ciudadanos! ¡Capaz de sufrir por la humanidad!

Y enloquezco por esta extraña mujer... En cuanto se hace de día, ya estoy junto a mi ventana y espero a que, vis a vis, aparezca en la ventana la desconocida. Sueños por las noches y aguardo a la mañana, de día camino de un lado para otro... ¡Sí, señores, una extraordinaria mujer!

En verano, mientras las ventanas de ambos estaban abiertas, escuché más de una vez un llanto histérico y una risa feliz... Incluso una vez incluso escuché cómo ella, agarrándose la cabeza con desesperación e ira, gritó:

—¡Miserable! ¡Torturador!

E hizo trizas el periódico...

Siento que no vivan en mi apartamento Auerbach, Spilgagen u algún otro novelista que busque «gente nueva»... Se interesarían por mi desconocida...

.....

Siento que mi admiración se convierte poco a poco en un amor apasionado. ¡Sí, la amo! ¡Dios mío, qué abismo me separa de ella! Su alma está llena de preocupación social, y yo hace tiempo que perdí mis ideales, dejándome llevar, vivo con los intereses vulgares de la mayoría...

Pero, sin embargo, sin darme por vencido, voy hasta el caserón rojizo y llamo al portero. Dos grivieniks sueltan la lengua del portero, y me cuenta, respondiendo a todas mis preguntas, que la desconocida vive en el apartamento n.º 5, que está casada y que paga el apartamento con retrasos. Su marido, cada mañana, se va a algún sitio y vuelve por la noche, tarde, con un cuarto de vodka bajo el brazo y una bolsa de provisiones... En el pasaporte del marido figura como hijo de un secretario de gobierno, y la desconocida como su esposa...

.....

Tras una tercera noche de insomnio le mando mi tarjeta de visita. Hoy vi cómo ella golpeó el alféizar con el puño después de leer el periódico. ¡Ay, ustedes, los Karaviélovs, Mutkúrovs, Salisburys, conductores de las líneas de caballos, fabricantes de azúcar! ¿Por qué no soy capaz de pagar yo por todos los sufrimientos

que le infringen?

.....

... Hoy (10 de septiembre) su esposo me envió de vuelta escaleras abajo. Estoy feliz. ¡Por ella estoy dispuesto a hacer cualquier sacrificio! Dejo para mañana la explicación sobre esto...

.....

11 de septiembre. Al ir a su casa hoy la encuentro con los periódicos. Tras echar un vistazo con velocidad a dos o tres periódicos, de pronto se desploma sobre la silla y suelta un gemido...

—Querida mía —le digo, besándole la mano— ¿Qué le preocupa? ¡Comparta sus penas conmigo, y tenga por seguro que sabré valorar su confianza! Dígame, entonces, ¿por qué está llorando?

—¿Pero cómo no voy a llorar? —dice mi desconocida—. Júzguelo usted mismo: hoy tenemos que pagar el apartamento, ¡y el vago de mi maridito entregó sólo sesenta líneas al periódico! ¿Es que podemos vivir así? Ayer escribió exactamente por once rublos y cuarenta kopeks, ¡y hoy apenas sumé tres rublos! ¿Cómo no voy a ser una infeliz? ¡No, ni a una malvada tártara le desearía ser la mujer de un reportero! ¡Es un sinvergüenza, un miserable! ¡En vez de trabajar, se acoda donde Savrasienkov! ¡Ya verás cuando llegues!

«¡Oh, mujeres, mujeres!», dijo Shakespeare y ahora comprendo el estado de su alma...

DRAMA

(Драма)

Personajes:

El *papá*, que tiene once hijas sin casar.

Un joven.

Unos faldones.

Joven (tras dejar caer mano diciendo «¡Qué más da! ¡Sólo se muere una vez!», entra al despacho del *papá*).— ¡Iván Ivánich! ¡Vengo a pedirle la mano de su hija pequeña, Varvara!

Papá (entornando los ojos y gestualizando).— Me complace, aunque... ella todavía es tan joven... tan inexperta... Además... quiere usted quitarme... mi consuelo... (Se consume en lágrimas)... el apoyo de mi vejez...

Joven (con rapidez).— Si es así... No me atrevería a insistir... (Hace una reverencia y se apresta a marcharse).

Papá (agarrándolo de repente por el faldón).— ¡Espere, espere! ¡Me alegro mucho! ¡Estoy muy contento, benefactor mío!

Faldones (quejándose).— Grrrr...

LENGUA IMPRUDENTE

(Длинный язык)

La joven damita Natalia Mijaílovna, llegada aquella mañana de Palta, charlando sin parar como una cotorra, refería durante la comida a su marido los encantos de Crimea. El marido, contento, contemplaba conmovido su rostro lleno de entusiasmo y hacía de cuando en cuando una pregunta...

—Sin embargo..., ¿no dicen que la vida allí es extraordinariamente cara? —preguntó entre otras cosas.

—¿Cómo decirte...? ¡A mi parecer, papaíto..., se exagera eso de la carestía! ¡No es tan fiero el león como lo pintan...! Por ejemplo, Yulia Petrovna y yo tuvimos un alojamiento muy cómodo y confortable por veinte rublos diarios... ¡Todo, amigo mío, depende de saber vivir...! ¡Claro que sí...! Si, por ejemplo, quieres ir a las montañas..., a Ai Petri..., y te alquilas un caballo y un guía..., entonces..., ¡claro está...!, es caro...: ¡terriblemente caro! ¡Pero qué montañas aquéllas, Vásichka! ¡Qué montañas aquellas...! ¡Figúratelas...! ¡Figúrate unas montañas altas..., muy altas..., muy altas! ¡Mil veces más altas que la iglesia...! Arriba, niebla, niebla, niebla... Abajo, enormes piedras, piedras, piedras... ¡Ah! ¡No puedo ni recordarlo siquiera!

—A propósito... Mientras estaba yo aquí solo, sin ti, leí algo en los periódicos acerca de esos guías tártaros... ¡Valiente mamarrachada...! ¿Y qué...? ¿Son, en efecto, tan especiales...?

Natalia Mijaílovna hizo un gesto despreciativo y movió la cabeza.

—¡Son tártaros de lo más corriente...! ¡No tienen nada de extraordinario! —dijo—. ¡Claro que, en realidad, yo sólo los he visto de paso! Me los señalaron, pero no puse atención. ¡Siempre he tenido una predisposición, papaíto, hacia todos esos circasianos, griegos y moros!

—Dicen que son unos terribles Don Juanes.

—Puede que lo sean..., y, además, los hay tan bribones, que...

De repente, Natalia Mijaílovna, como si se acordara de algo terrible, se levantó de un salto. Tras contemplar a su marido por espacio de medio minuto con ojos asustados, dijo alargando las palabras:

—¡Vásichka...! ¡Fíjate en lo inmorales que son algunas...! ¡Qué inmorales, Dios mío...! ¿Y sabes...?, no esas sencillas y de la clase media, sino las aristócratas, las del buen tono... ¡Mientras viva me acordaré...! ¿Cómo puede una llegar a olvidarse...? ¡Ah! ¡Vásichka...! ¡No quiero hablar siquiera! Mi compañera de viaje, por ejemplo..., Yulia Petrovna... ¡Un marido tan bueno...! ¡Dos niños...! ¡De la buena sociedad...! ¡Se las echa de santa, y cuando menos lo piensas...! ¡Claro, papaíto, que esto es *entre nous*! ¿Me das tu palabra de honor de que no se lo dirás a nadie?

—¡Qué cosas se te ocurren! ¡Naturalmente que no lo diré!

—¿Palabra de honor...? Mira, te creo...

La damita dejó el tenedor, e imprimiendo a su rostro una expresión misteriosa, bisbiseó:

—Fíjate en esto... Un día se va Yulia Petrovna a las montañas. El día era magnífico; ella iba delante con su guía..., un poco más atrás yo. Llevábamos hechas unas cinco verstas, cuando, de repente..., fíjate, Vásichka, Yulia lanza un grito y se lleva la mano al corazón. Su tártaro, para impedir que se cayera del caballo, la coge por el talle. Mi guía y yo nos acercamos a ellos... «¿Qué pasa...? ¿De qué se trata...?». «¡Ay! —grita—, ¡Me muero! ¡Me siento mal! ¡No puedo seguir...!».

Imagínate mi susto. «Volvamos entonces», digo yo. «¡No! —dice Natalia— ¡No puedo volver! ¡Con un solo paso que diera me moriría de dolor...!, ¡Siento espasmos!».

Y nos suplica, nos pide a mí y a mi Suleimán que volvamos nosotros a la ciudad para buscarle unas gotas que la aliviaran.

—Espera... No acabo de comprender bien... —masculla el marido, rascándose la frente—. Decías antes que sólo de lejos veías a esos tártaros, y ahora me hablas de cierto Suleimán.

—¡Vaya...! ¡Ya estás otra vez agarrándote a las palabras! —dijo la damita con una mueca de desagrado y sin azorarse lo más leve—, ¡No puedo soportar las sospechas! ¡No las puedo soportar...! ¡Es tonto y tonto...!

—No me agarro a las palabras, pero ¿por qué decir una mentira? ¿Que te has paseado con los tártaros...? ¡Pues bueno...! ¡Allá tú...! Pero ¿para qué andar con rodeos?

—¡Aj, qué especial eres! —se indignó la damita—, ¡Ya tienes celos de Suleimán! ¡Quisiera yo verte a ti en las montañas sin guía...! ¡Quisiera verte...! ¿No comprendes que tú no conoces la vida de allí...? ¡Mejor es, entonces, que te calles...! ¡Allí sin guía no se puede dar un paso!

—¡Lo creo!

—¡Por favor, suprime esas necias sonrisas...! ¡Yo no soy para ti una Yulia cualquiera...! ¡No es que la disculpe, pero yo...! ¡Bah! ¡No pretendo pasar por santa, pero todavía no he llegado a olvidarme hasta ese grado...! ¡Conmigo Suleimán no iba más allá de los límites...! ¡En absoluto...! Mametkul se pasaba todo el tiempo con Yulia, pero yo, en cuanto daban las once, en seguida decía: «¡Fuera, Suleimán! ¡Váyase!», y el tonto de mi tartarito se marchaba. Le tenía metido en un puño, papaíto... Cuando gruñía a propósito del dinero, empezaba yo: «¿Cómo...? ¿Qué...?», y del miedo que le entraba se le caía el alma a los talones... ¡Ja, ja, ja...! Tenía unos ojos..., fíjate, Vásichka..., negros como el carbón, y un morrito tártaro tan tonto y tan divertido... ¡Le tenía metido en un puño...! ¡Así...!

—Me lo imagino —mugió el cónyuge haciendo bolitas de pan.

—¡Vásichka! ¡Es tonto por tu parte...! ¡Sé cuáles son tus pensamientos...! ¡Lo que estás pensando! Pero yo te aseguro que en los paseos no iba nunca más allá de los

límites. Cuando íbamos, por ejemplo, a las montañas o a la cascada de U Chan-Su, yo le decía siempre: «¡Suleimán! ¡Tú detrás!». El pobrecillo iba siempre detrás... Hasta en los..., en los momentos más patéticos solía decirle: «¡De todas maneras, no debes olvidar que no eres más que un tártaro, mientras que yo soy la esposa de un consejero civil...!». ¡Ja, ja, ja!

La damita se echó a reír; luego, volviendo la cabeza y poniendo cara de susto, dijo en voz baja:

—Pero ¡Yulia...! ¡Ay, esa Yulia...! Yo comprendo, Vásichka... que ¿por qué no jugar un poco...? ¿Por qué no descansar algo del vacío de la vida de sociedad...? ¡Todo puede hacerse...! ¡Sé traviesa, por favor...! ¡Nadie te lo va a censurar...! Pero ¿tomarlo en serio...? ¿hacer escenas...? ¡No...! ¡Lo quieras o no lo quieras, eso ya no lo comprendo...! ¡Figúrate que estaba celosa...! ¿No es necio...? Un día, Mametkul, su preferido, viene a verla... No estaba en casa, y yo entonces le hice pasar a la mía... Se empezó a hablar de que si el uno y de que si el otro... Son muy graciosos, ¿sabes...? Y la velada se pasó sin pensar... De repente entra disparada Yulia, la emprende conmigo y con Mametkul, nos hace una escena... ¡Pfú...! ¡No! ¡Eso no lo comprendo, Vásichka...!

Vásichka carraspeó, frunció el entrecejo y empezó a pasear por la habitación.

—¡No está mal la vida que os habéis llevado por ahí! —gruñó con una sonrisa asqueada.

—¡Pues no eres poco tonto! —se ofendió Natalia Mijaílovna—. ¡Sé lo que estás pensando...! ¡Que siempre hayas de tener esos pensamientos tan feos...! ¡No volveré nunca a contarte nada! ¡Nunca!

Y la damita, con un mohín disgustado, se calló.

PEQUEÑECES

(Житейская мелочь)

Nikolái Ilich Beliáiev, un casero de San Petersburgo que a menudo salía a montar a caballo, un hombre joven, de unos treinta y dos años de edad, bien alimentado y de mejillas sonrosadas, entró un día cualquiera por la tarde en la casa de la señorita Imina, Olga Ivánovna, con quien vivía o, en sus palabras, arrastraba un largo y tedioso romance. Es cierto que las primeras páginas de esta novela amorosa, vital e inspirada, habían sido leídas hacía ya mucho; pero ahora una página seguía a otra página sin añadir nada nuevo o interesante.

Al no encontrar en casa a Olga Ivánovna, nuestro héroe se echó sobre una tumbona en la salita y se dispuso a esperar.

—Buenas noches, Nikolái Ilich —se escuchó una voz infantil—. Mamá está a punto de llegar. Ha ido a la modista con Sonia.

En esta misma salita, en un sofá, estaba tendido el hijo de Olga Ivánovna, Aliosha, un muchacho de unos ocho años de edad, alto para sus años, acicalado, vestido como un retrato con una chaqueta de terciopelo y largos calcetines oscuros. Estaba echado sobre un cojín de satén y era obvio que imitaba a un acróbata al que había visto recientemente en el circo, levantando primero una pierna y después la otra. Cuando sus elegantes piernas se cansaron de esta diversión, empezó a mover sus brazos, o bien se colocaba a cuatro patas antes de intentar levantarse sobre sus manos. Y lo hacía todo con la expresión más seria que pudiera imaginarse en su rostro, una de jadeo martirizado, justo como si no estuviera contento de que Dios le hubiera otorgado un cuerpo tan intranquilo.

—Oh, hola, amigo mío —dijo Beliáiev—. ¿Eres tú? No te había visto. ¿Está bien tu madre?

Aliosha, que había agarrado su pierna izquierda con su mano derecha por el tobillo en una postura poco natural, se giró, se levantó de un salto, y miró a Beliáiev por debajo de una lámpara grande y desvencijada.

—¿Qué puedo decir? —dijo encogiéndose de hombros—. De hecho mamá nunca está bien del todo. Ya sabes, es una mujer, y las mujeres, Nikolái Ilich, siempre tienen algo.

Beliáiev, porque no tenía nada mejor que hacer, comenzó a mirar la cara de Aliosha. Durante todo el tiempo que había conocido a Olga Ivánovna nunca le había prestado atención al niño, ignorando su existencia por completo: el niño aparecía delante de sus ojos, pero lo que estaba haciendo allí, o qué papel jugaba, era algo en lo que no quería pensar.

En el crepúsculo la cara de Aliosha, con su frente pálida y sus ojos abiertos y negros, le recordaron inesperadamente a Beliáiev a Olga Ivánovna, y a cómo había

sido durante las primeras páginas de aquella novela. Y sintió un fuerte deseo de acariciarlo.

—Ven aquí, pulguita —dijo—. Deja que te mire de cerca.

El niño saltó del sofá y corrió hacia Beliáiev.

—¿Y bien? —dijo Nikolái Ilich, poniendo una mano sobre su hombro menudo—. ¿Cómo te va?

—¿Qué puedo decir? La vida solía ser mucho mejor antes.

—¿Por qué dices eso?

—¡Eso es sencillo de responder! Yo y Sonia solíamos estudiar solamente música y lectura, y ahora tenemos que estudiar poesía francesa. ¡Te has cortado la barba!

—Sí, hace muy poco.

—Me he dado cuenta. Tu barba está mucho más corta. Déjame tocarla... ¿No te duele?

—No, no duele.

—¿Por qué será que cuando te arrancas un pelo duele, y cuando tiras de muchos no duele nada de nada? ¡Ja, ja! ¿Sabes? Es una pena que no tengas patillas. Podrías afeitarte aquí, y dejar algo de pelo en los lados...

El muchacho se acercó a Beliáiev y empezó a jugar con la cadena de su reloj.

—Cuando entre en el *gymnasium* —dijo—, mamá me comprará un reloj. Le pediré que me compre una cadena justo como esta... ¡Qué *me-da-lla*! Papá tiene una exactamente igual. Pero la tuya tiene rayas y la de él tiene letras. Y en la mitad tiene una fotografía de mamá. Y ahora papá tiene otra cadena, que no tiene eslabones sino que es como un lazo...

—¿Cómo lo sabes? ¿Me estás diciendo que has visto a tu padre?

—¿Yo? Mmm... ¡No! Yo...

Aliosha se ruborizó al sentir que lo habían pillado diciendo una mentira, y comenzó con enfado a rallar la medalla con las uñas. Beliáiev lo miró directamente en la cara e insistió:

—¿Ves a tu padre?

—Mmm... ¡No!

—Dime la verdad, por tu honor... Puedo decir por tu cara que me estás mintiendo. Lo has dicho, así que no puedes desdecirte ahora. Cuéntamelo, ¿de acuerdo? ¡Vamos, estamos entre amigos!

—Mmm... ¿Por qué?

—Es lo que dice papá. Él dice «niños infelices». Es extraño escucharle decir eso. Dice que tú eres infeliz, y que yo soy infeliz, y que mamá es infeliz. Él dice que debemos de rezar al cielo por él y por mamá.

Los ojos de Aliosha se detuvieron en un pájaro disecado, y volvió a caer en un contemplativo silencio.

—Bueno —murmuró Beliáiev—. Así que esas tenemos. Os veis en pastelerías. ¿Y mamá no lo sabe?

—Nooo... ¿Cómo iba a saberlo? Pelegaia no se lo contaría a nadie por ningún dinero, y antes de ayer papá nos dio peras. ¡Oh, tan dulces como la compota! Me comí dos.

—Mmm... En fin... Mira, ¿tu padre dice algo sobre mí?

—¿Sobre ti? Qué quieres que te diga...

Aliosha observó con precaución el rostro de Beliáiev y se encogió de hombros.

—No dice mucho.

—¿Y qué dice, por ejemplo?

—¿No te enfadarás?

—En absoluto. ¿Es que me insulta?

—No te insulta, pero se enfada contigo. Dice que es por tu causa que mamá es infeliz, y que tú le has traído la ruina. ¡Dice cosas muy raras! Yo siempre le digo que eres bueno y que nunca le gritas a mamá, y él niega con la cabeza.

—¿Eso es lo que dice, que yo le he traído la ruina?

—Sí. ¡No te enfades, Nikolái Ilich!

Beliáiev se levantó y se quedó quieto un segundo, para de inmediato comenzar a caminar por la salita.

—Esto es raro y risorio —murmuró, encogiéndose de hombros y con una sonrisa irónica—. Él tiene la culpa, ¿pero yo soy el que la ha arruinado? Él es un inocente corderito. ¿De veras ha dicho eso, que yo la he arruinado?

—Sí, pero... ¡Pero has dicho que no te enfadarías!

—No estoy ofendido, ¡y no te concierne si lo estoy! ¡Es incluso demasiado ridículo! He saltado del fuego para dar en las brasas, ¿y ahora soy yo el culpable?

El timbre sonó. El niño saltó de donde se encontraba y salió corriendo de la habitación. Un minuto después una mujer con una niñita entró en la salita: era Olga Ivánovna, la madre de Aliosha. Saltando detrás de ella, cantando en voz alta y gesticulando entró el pequeño. Beliáiev saludó con la cabeza y continuó recorriendo la sala de arriba abajo.

—Por supuesto, ¿quién es el culpable si no lo soy yo? —murmuró—. Tiene toda la razón, ¡él es un marido engañado!

—¿De qué estás hablando? —preguntó Olga Ivánovna.

—¿Qué de qué hablo? ¡Escucha a las cosas que tu legítimo esposo está contando por ahí! Resulta que soy un canalla y un ser despreciable, y que te he arruinado a ti y a los niños. ¡Todos sois infelices, y yo soy el único que es imposiblemente feliz! ¡Terriblemente felicísimo!

—No entiendo nada, Nikolái. ¿Qué está ocurriendo?

—Bueno, pues escucha a este joven caballerito —dijo Beliáiev apuntando a Aliosha con el dedo.

Aliosha se ruborizó para volverse lívido de inmediato, y su rostro estaba desencajado por el miedo.

—Nikolái Ilich —murmuró en voz alta—, ¡shh!

Olga Ivánovna miró a Aliosha sorprendida, después a Beliaiev, y después de nuevo a Aliosha.

—¡Pregúntale! —continuó Beliaiev—. Tu Pelegaia, esa estúpida, los lleva a pastelerías, y allí organiza encuentros con su querido papaíto. Pero eso no es lo peor. Lo peor es que el querido papaíto está sufriendo de forma terrible, y yo en cambio soy un malnacido, un monstruo, y he destruido tu vida...

—Nikolái Ilich —gruñó Aliosha—, ¿diste tu palabra de honor!

—Oh, déjame en paz —Beliaiev hizo un gesto despreciativo con la mano—, hay cosas más importantes en este asunto que una palabra de honor. ¡Estoy hablando de hipocresía, mentiras!

—No entiendo nada —dijo Olga Ivánovna, y lágrimas asomaron a sus ojos—. Dime, Liolka —dijo volviéndose hacia su hijo—, ¿ves a tu padre?

Aliosha no la escuchó, y volvió a mirar a Beliaiev horrorizado.

—No puede ser —dijo su madre—. Voy a hablar con Pelegaia.

Olga Ivánovna salió de la estancia.

—Pero, me diste tu palabra de honor —dijo Aliosha, con todo su cuerpo temblando.

Beliaiev volvió a hacer el mismo gesto con los brazos sin dejar de andar arriba y abajo por la salita. Se sentía ahogado en la más terrible de las ofensas y, como antes, ya no era consciente de la presencia del pequeño. Él, un adulto serio, estaba más allá de esos temas infantiles. Pero Aliosha se sentó en la esquina y comenzó a relatarle a Sonia, horrorizado, cómo había sido engañado. Se estremecía e hipaba, y lloraba sin cesar; era la primera vez en su vida que se había encontrado frente a frente y de una forma tan antipática con una mentira. Hasta aquel momento no había sido consciente de que en este mundo, existían otras muchas cosas además de las peras dulces, las tartas y los días felices, cosas que no tienen un nombre propio en el lenguaje de los niños.

GENTE DIFÍCIL

(Тяжелые люди)

Evgraf Ivánovich Shiriaiev, pequeño hacendado de origen eclesiástico (su padre, el difunto pope Iván, recibió de la generala Kuvshinnikova ciento dos desiatinas de tierra, como regalo), estaba en un rincón lavándose las manos en una jofaina de cobre. Como de ordinario, tenía un aspecto preocupado y sombrío y la barba revuelta y enmarañada.

—¡Valiente tiempesito! —rezongaba—. Un verdadero castigo de Dios. ¡Otra vez lloviendo!

Mientras él gruñía, su familia, sentada a la mesa, le esperaba para almorzar. Su mujer, Fedosia Semiónovna; su hijo Piotr, estudiante; la hija mayor, Varvara, y los tres menores llevaban ya un buen rato aguardando. Los chicuelos, Kolka, Vanka y Arjipka, chatos, churretosos, de caras gruesas y cabezas bastas y greñudas, movían, impacientes, las sillas, mientras que los mayores se mantenían inmóviles, cual si no les importase comer o esperar...

Como para probar la paciencia de todos, Shiriaiev secose las manos parsimoniosamente, se persignó con igual parsimonia y, sin darse prisa, se sentó a la mesa. Acto seguido sirvieron el schi^[94]. Afuera sonaba acompasado golpeteo de hachas (se estaba construyendo una nueva barraca para Shiriaiev) y la risa del bracero Fomka, que remedaba el graznido del pavo. Una lluvia gruesa, aunque espaciada, azotaba la ventana.

El estudiante Piotr, encorvado y con gafas, comía, sin dejar de intercambiar miradas con su madre. Varias veces puso la cuchara sobre la mesa y tosió, con intención de comenzar a hablar; pero, luego de mirar a su padre, tomaba a comer. Por último sirvieron unas gachas. Piotr tosió con energía y dijo:

—Quisiera irme en el tren de la tarde. Hace tiempo debí marcharme, pues ya he perdido dos semanas. Las clases empiezan el primero de septiembre.

—Bueno, pues vete —asintió Shiriaiev—. ¿Qué esperas? Márchate con Dios.

Siguió una pausa.

—Es que necesita dinero para el viaje, Evgraf Ivánich —habló la madre en voz baja.

—¿Dinero? ¡Claro! Sin dinero no se va a ninguna parte. Si lo necesitas, cógelo. Debiste hacerlo antes.

El estudiante suspiró aliviado e intercambió con la madre una sonrisa de alegría. Shiriaiev, con la misma lentitud de antes, sacó la cartera y se caló las gafas:

—¿Cuánto necesitas?

—El billete hasta Moscú vale once rublos con cuarenta y dos...

—¡Ay, maldito dinero! —suspiró el padre, que siempre suspiraba ante el dinero, aunque fuesen a dárselo—. Aquí tienes doce. La vuelta te la quedas para el camino.

—Gracias.

Al poco rato, el estudiante dijo:

—El año pasado no conseguí clases particulares en seguida. No sé cómo irán las cosas ahora: probablemente no encontraré en los primeros tiempos un medio de ganarme la vida. Le rogaría que me diera unos quince rublos para casa y comida.

Shiriaiev, pensativo, suspiró:

—Con diez tienes bastante. Toma.

El estudiante dio las gracias. Hubiera debido pedir todavía para ropa, para pagar la asistencia a ciertas lecciones, para libros... Pero, después de mirar fijamente a su padre, decidió no importunarle más. La madre, en cambio, poco política, e impulsiva como todas las madres, no se contuvo:

—Evgraf Ivánich, bien podías darle otros seis rublos para unas botas. Fíjate bien, ¿cómo va a irse a Moscú con ese desecho que lleva en los pies?

—Que se ponga las mías. Todavía están completamente nuevas.

—Pues, entonces, dale para que se compre unos pantalones. Da vergüenza ver los que lleva...

Después de estas palabras hizo aparición un signo ante el que temblaba la familia entera: el cuello de Shiriaiev, corto y rollizo, se puso de color purpúreo. El tinte rojo se extendió poco a poco hacia las orejas, de las orejas a las sienes y terminó inundando toda la cara. Evgraf Ivánich se removió en su asiento y desabrochó el cuello de la camisa, pues se ahogaba. Visiblemente, trataba de vencer la sensación que le invadía. Se hizo un silencio de muerte. Los niños contuvieron el aliento, y Fedosia Semiónovna, como sin percatarse de lo que le sucedía a su marido, continuó:

—Ten en cuenta que ya no es un chiquillo. Le avergüenza ir vestido de harapos.

Shiriaiev saltó súbitamente de su asiento y, con toda la fuerza de que era capaz, arrojó sobre la mesa su gruesa cartera, haciendo salir despedido un trozo de pan que había en un plato. Tenía una repulsiva expresión de cólera, de enojo, de avaricia.

—¡Tomadlo todo! —rugió con voz desconocida—. ¡Saqueadme, lleváoslo todo, ahogadme!

Apartándose de la mesa, agarrose la cabeza con las dos manos y, atropellado, echó a andar por la habitación.

—¡Quitadme hasta la camisa! —aulló—. ¡Sacadme hasta el último céntimo! ¡Robadme! ¡Estranguladme!

El estudiante enrojeció y bajó los ojos. No podía seguir comiendo. Fedosia Semiónovna, que en veinticinco años de matrimonio no había logrado acostumbrarse al violento genio del marido, encogiose mascullando oscuras palabras de justificación. En su escuálida cara de pájaro, siempre torpe y temerosa, se abrió paso una expresión de asombro y de miedo. Los niños y la hija mayor. Varvara, una adolescente de facciones pálidas y feas, soltaron las cucharas y quedaron como

estupefactos.

Shiriaiev, cada vez más furioso y pronunciando juramentos a cual más horrible, corrió hacia la mesa y se puso a tirar sobre ella dinero que sacaba de la cartera.

—¡Tomad! —gruñía, temblando con todo su cuerpo—. ¡Os lo habéis comido todo! ¡Os lo habéis bebido todo! ¡Ahora quedaos también con mi dinero! ¡No necesito nada! ¡Haceos botas y abrigos nuevos!

El estudiante, pálido, se levantó.

—Oiga, padre —le interrumpió sofocado—. Yo... Yo... le ruego que se calme, porque...

—¡A callar! —le gritó el padre con tanta violencia, que las gafas se le cayeron—. ¡A callar!

—Antes... podía tolerar estas escenas, pero... ahora no estoy ya acostumbrado. ¿Me entiende usted? No estoy acostumbrado a estas escenas.

—¡Silencio! —vociferó el padre, dando una gran patada en el suelo—, ¡A ti te toca oír y callar! ¡Digo lo que me da la gana, y tú, punto en boca! A tus años ganaba yo dinero, y tú, pedazo de canalla, ¿sabes lo que me cuestas? ¡Terminaré echándote de aquí, so zángano!

—Evgraf Ivánich —murmuró Fedosia Semiónovna, moviendo nerviosa los dedos—. Ten en cuenta que... Petia...

—¡A callar! —le gritó Shiriaiev, a quien la cólera había hecho que le acudiesen lágrimas a los ojos—. ¡Tú eres la que los has estropeado, con tanto mimo! ¡Tú, tú eres la culpable de todo! Ni nos respeta, ni reza, ni gana un ochavo. ¡Vosotros sois diez, y yo uno solo! ¡Os echaré a todos a la calle!

La hija Varvara miró largamente a su madre, con la boca abierta; después trasladó su mirada inexpresiva a la ventana, palideció y, exhalando un grito estridente, se reclinó sobre el respaldo de la silla. El padre hizo un ademán de desaliento, escupió y salió de la casa.

Así solían terminar las escenas familiares en casa de los Shiriaiev. Pero esta vez, infortunadamente, una rabia insuperable se apoderó del estudiante Piotr, tan vehemente y duro como su padre y como su abuelo el cura, que daba palos en la cabeza a los feligreses. Lívido, apretando los puños, se aproximó a su madre y le gritó en el tono más alto de que fue capaz:

—¡Me dan asco y repugnancia estos reproches! ¡No necesito nada de ustedes! ¡Nada! ¡Antes me moriré de hambre que comerme otro pedazo de pan de ustedes! ¡Tomen su maldito dinero! ¡Tómenlo!

La madre se apretó contra la pared y agitó las manos como si no tuviera ante ella a su hijo, sino una visión tétrica.

—¿Qué culpa tengo yo? —rompió a llorar—. ¿Qué culpa tengo?

El hijo hizo el mismo ademán de desaliento que el padre y huyó de la casa. Se hallaba ésta, solitaria, junto a un barranco que, al modo de un surco, atravesaba cinco o seis kilómetros de estepa; bordeado de chaparreras y de alisos, por su fondo corría

un arroyo. Por un lado, la casa daba al barranco; por el otro, a la estepa. No la circundaba ni valla ni empalizada: a su alrededor sólo había barracas y otras construcciones diversas que, pegadas las unas a las otras, formaban ante la casa una plazoleta a la que llamaban patio y por la que andaban gallinas, patos y cerdos.

El estudiante se dirigió al campo por el camino embarrado. Una humedad otoñal, penetrante, saturaba el aire. Brillaban charcos a derecha e izquierda, y el otoño, triste y sombrío, se hacía notar en la hierba de los campos amarillentos. A la derecha del camino había un huerto lúgubre, en el cual se veían girasoles con las cabezas ya negras e inclinadas.

Piotr pensó que no estaría mal irse a Moscú a pie, con aquella misma indumentaria: destocado, con las botas rotas y sin un cuarto en el bolsillo. En el kilómetro cien le alcanzaría su padre, desencajado y ansioso, pidiéndole que se volviera o que aceptase el dinero; pero él no se dignaría mirarlo y continuaría su marcha... A los bosques desnudos seguirían campos; a los campos, bosques. La tierra no tardaría en aparecer emblanquecida por las primeras nieves, y los riachuelos se cubrirían de hielo... Allá por las cercanías de Kursk o de Serpujov caería desfallecido de hambre y moriría. Encontrarían su cadáver, y todos los periódicos publicarían la noticia de que el estudiante Fulano de Tal había muerto de inanición...

Un perro blanco, de rabo sucio, que vagaba por el huerto en busca de algo, le miró y se fue tras él.

Carretera adelante. Piotr pensaba en la muerte, en la pena de sus parientes, en los sufrimientos morales de su padre; y al mismo tiempo se imaginaba mil aventuras del camino, a cuál más apasionante: parajes pintorescos, noches misteriosas, encuentros inesperados. Figúrese una caravana de peregrinas; una casucha en un bosque, con una sola ventana iluminada entre las tinieblas, en la que él pedía posada y, cuando se la daban, veía que era una guarida de ladrones; o, lo que era mejor, iba a parar a una gran mansión, propiedad de un hacendado, donde, al enterarse de quién era él, le daban de comer y de beber, tocaban por él el piano, oían sus quejas, y la hija del dueño, una hermosísima joven, se enamoraba de él.

Embargado por su pesar y por estas ideas, el joven Shiriaiev seguía anda que te anda. A lo lejos, sobre el fondo gris del nuboso horizonte, negreaba la silueta de una posada, y algo más allá divisábase un montículo: era la estación del ferrocarril. Aquel montículo le recordó el vínculo existente entre el lugar en que se hallaba y la ciudad de Moscú, donde alumbraban los faroles, corrían con estruendo las carrozas y se pronunciaban conferencias. Este recuerdo estuvo a punto de hacerle llorar de impaciencia y de nostalgia. El imponente paisaje, con su hermosura y con el silencio sepulcral reinante en derredor, se le había hecho odioso.

—¡Cuidado! —oyó tras de sí un vozarrón.

El ligero y elegante lando de una vieja terrateniente, conocida de él, pasó por su lado. Piotr le hizo una reverencia y sonrió, pero en seguida se percató de que aquella sonrisa no cuadraba con su triste estado de espíritu. ¿Cómo había podido sonreír

teniendo el alma llena de angustia y de melancolía?

Supuso que la propia Naturaleza había dotado al hombre de la facultad de mentir para que, incluso en los azarosos momentos de tensión espiritual, pudiese ocultar los secretos de su nido, como los oculta la zorra o el pato silvestre. Cada familia tiene sus alegrías y sus penas, pero por grandes que estas sean, no se muestran fácilmente a los ojos ajenos: constituyen un secreto. El padre de la hacendada que acababa de pasar había aguantado durante la mitad de su vida la cólera del zar Nicolás por un falso testimonio; su marido era un jugador empedernido; y ninguno de sus cuatro hijos había salido hombre de provecho. ¿Cuántas escenas horribles habría vivido aquella familia y cuántas lágrimas habría derramado? Sin embargo, la anciana parecía feliz, y a su sonrisa respondió con otra. Piotr se acordó de sus compañeros, tan reacios a hablar de la familia, y recordó también a su madre, que siempre mentía al hablar de su marido y de sus hijos...

Anduvo errante por varios caminos, lejos de la casa, entregado a sus lúgubres cavilaciones. Cuando comenzó a llover, decidió regresar y, mientras desandaba lo andado, resolvió hablar con su padre, haciéndole ver, de una vez para siempre, que era muy difícil y hasta daba miedo vivir con él.

Encontró la casa silenciosa. Su hermana Varvara, tendida tras un biombo, sollozaba atormentada por la jaqueca. La madre, con expresión de asombro y de arrepentimiento, estaba sentada a poca distancia, sobre un baúl, remendando los pantalones de Arjipka. Evgraf Ivánich iba de una ventana a otra refunfuñando contra el tiempo. Por sus andares, por su tos y hasta por su nuca notábase que se sentía culpable.

—¿Quiere decirse que has resuelto no marcharte hoy? —le preguntó al hijo.

El estudiante sintió compasión de él, pero, sobreponiéndose al sentimiento, dijo:

—Necesito hablar con usted... en serio. Sí, muy en serio... Siempre le he tenido respeto y nunca me he atrevido a hablarle en este tono; pero su conducta..., su último acto...

El padre miraba por la ventana al campo sin pronunciar palabra. El estudiante, como pensando lo que debía decir, enjugose la frente y continuó sus reproches, poseído de fuerte agitación:

—No hay almuerzo o cena en que no arme usted un escándalo. El pan que nos da usted se nos atraviesa a todos en la garganta... ¡No hay cosa más ofensiva ni humillante que echarle a uno en cara un mendrugo de pan! Será usted nuestro padre, pero nadie, ni Dios ni la Naturaleza, le ha dado derecho a insultar, a zaherir de una manera tan dolorosa, a desahogar en los débiles su mal humor. Tiene atormentada, fuera de sí, a mi madre; mi pobre hermana está irremisiblemente trastornada, y yo...

—A mí no me des lecciones...

—Sí, tengo que dárselas... A mí puede usted escarnecerme cuanto se le antoje; pero a mi madre, déjela en paz. ¡No le permito que la martirice! —continuó, centelleantes los ojos—. Como nadie se ha atrevido hasta ahora a hacerle frente, está

usted envalentonado e impone sus caprichos. Siempre han temblado todos ante usted, y nadie osaba rechistar, pero ¡se acabó! ¡Es usted un grosero y un mal educado! ¡Es usted un grosero! ¿Me oye? Es usted brutal, pesado, insensible. Ni siquiera los *muzhiks* pueden aguantarle...

Perdida la ilación de sus ideas, el estudiante ya no hablaba; más bien parecía disparar palabras sueltas. Evgraf Ivanovich le oía y callaba como aturdido. Pero, de pronto, su cuello enrojeció, el color de púrpura se le extendió por la cara, y su cuerpo tuvo un estremecimiento:

—¡A callar! —rugió.

—Bueno —replicó el hijo, sin ceder— ¿No le gusta oír la verdad? ¡Magnífico! ¡Estupendo! Comience usted a vociferar. ¡Magnífico!

—¡Te he dicho que te calles! —tronó, lleno de cólera, Evgraf Ivánovich.

En el umbral apareció Fedosia Semiónovna, con cara de asombro, muy pálida; quiso decir algo, pero no fue capaz de ello; limitose a mover los labios.

—¡La culpa es tuya! —recriminole el marido—. Eres tú la que le ha dado esa educación.

—¡No estoy dispuesto a seguir viviendo en esta casa! —gritó el estudiante, llorando de rabia y mirando coléricamente a su madre—. ¡No quiero vivir más con ustedes!

La hija Varvara exhaló un grito tras el biombo, y rompió en un llanto ruidoso. El cabeza de familia hizo su acostumbrado ademán de desesperación, y salió a la carrera.

Piotr se encaminó a su cuarto y se acostó tranquilamente. Permaneció inmóvil, sin abrir siquiera los ojos, hasta medianoche. No sentía ni cólera ni vergüenza, sino una amargura espiritual indefinida. Ni culpaba a su padre, ni compadecía a su madre, ni se atormentaba a sí mismo con cargos de conciencia; comprendía que, en aquel momento, todos los de casa experimentaban el mismo dolor, y sólo Dios sabía quién era el culpable y quién sufría más o quién menos...

A medianoche despertó al bracero y le ordenó que preparase el carro para las cinco de la mañana, pues tenía que ir a la estación. Acto seguido se desnudó y se cubrió con la manta, mas no consiguió conciliar el sueño. Hasta el amanecer estuvo oyendo a su padre, que iba y venía, suspirando, de una ventana a otra.

Nadie dormía. Todos hablaban cuchicheando, de tarde en tarde. Su madre vino a verle dos veces y, con su eterno semblante de asombro, estuvo santiguándole un buen espacio sin dejar de temblar, nerviosa...

A las cinco de la mañana, el estudiante se despidió afablemente de todos, e incluso derramó unas lágrimas. Al pasar ante la habitación de su padre miró al interior. Evgraf Ivánovich, vestido, pues no se había acostado, se hallaba junto a la ventana repiqueteando en los cristales con los dedos.

—Adiós, me marcho.

—Adiós... El dinero está en la mesilla redonda —respondió el padre sin volver la

cara.

Cuando iban en el carro, camino de la estación, caía una lluvia fría y desapacible. Los girasoles habían inclinado la cabeza más aún, y la hierba parecía más negra.

¡AY, LA MUELA!

(Ах, зубы!)

A Serguéi Alekseich Dibkin, apasionado de las artes escénicas, le duele una muela.

Según las damas expertas y los dentistas de Moscú, el dolor de muelas puede ser de tres clases: reumático, nervioso y provocado por la caries. Pero si observan el aspecto del pobre Dibkin, comprenderán que su dolor no se corresponde con ninguna de las tres clases. Es como si el mismísimo diablo y sus diablillos se hubieran sentado en su muela y se la estuvieran trabajando con las pezuñas, con los dientes y con los cuernos. Le va a estallar la cabeza al pobre, le zumban los oídos, se le están poniendo verdes los ojos, la nariz le pica. Se agarra la mejilla derecha con las dos manos, y va corriendo de un lado para otro sin dejar de pegar unos buenos gritos...

—¡Ayúdenme! —grita, pataleando—. ¡Me voy a suicidar! ¡Váyanse al diablo! ¡Me voy a ahorcar!

La cocinera le aconseja enjuagarse las muelas con vodka, la mamá pasarse un rábano picado y bañado en queroseno por la mejilla, su hermana le recomienda colonia mezclada con tinta, su tía le restriega yodo por las encías... Sin embargo todos estos remedios con peste a medicinas le dejaron aturrido y comenzó a gritar todavía más fuerte... Sólo quedaba por probar un último remedio: dispararse un balazo en la cabeza o beberse tres botellas de coñac de golpe, atontarse y ponerse a dormir. Al fin encuentra Dibkin a alguien inteligente que le aconseja ir a casa de Zagvosdkin, en la Tverskaia, donde reside el dentista Karkaman, que saca muelas al instante, sin dolor y a un precio barato. Dibkin se agarra a ese consejo como un mercader borracho se agarra a una barandilla, se coloca el abrigo y sale en coche en dicha dirección. Pasan por la Sadóvaia, por la Tverskaia... Pasan frente Siu, Filippov, Age, Gabay... Y por fin, un cartel: «Dentista Y. A. Karkman». ¡Stop! Salta del coche Dibkin y mientras gime sube corriendo por las escaleras de piedra. Aprieta el botón de la campana con tanta fuerza que una de sus finas uñas se rompe.

—¿Está en casa? ¿Recibe visitas? —le pregunta a la sirvienta.

—Adelante, le recibirá...

—¡Uff! ¡Rápido, ten el abrigo!

Un minuto después pareciera que la cabeza de la víctima fuera a estallar, por fin, de dolor. Como un loco, o más bien como un marido al que su buena esposa le ha echado agua hirviendo, entra corriendo en la recepción y... ¡Horror! La recepción está completamente llena de clientes. Corre Dibkin hasta la puerta del despacho, pero lo retienen por los faldones y le dicen que debe esperar su turno...

—¡Es que me duele! —dice acalorado—. ¡Por todos los demonios, estoy pasando unos minutos horribles!

—¡Como si fuera mucho! —le dicen indiferentes—. Tampoco es que nosotros nos estemos divirtiendo.

Mi héroe cae exhausto en un sillón, se agarra las mejillas y se dispone a esperar. Su cara parece recién lavada con vinagre, tiene los ojos en lágrimas...

—¡Es horrible! —llora—. ¡Me muueeeero!

—¡Pobre muchacho! —suspira una señora sentada a su lado—. Pero yo no estoy sufriendo menos que usted: ¡mis propios hijos me han echado de mi casa!

Ni un editorial de un periódico financiero, ni un espectáculo con fines benéficos podría ser tan escandalosamente aburrido como esperar en una recepción. Pasa una hora, pasa otra, una tercera, y el pobre Dibkin aún sigue sentado en la silla, gimiendo. Hace ya tiempo que comieron en la casa y enseguida pondrán el té de la tarde. Y todavía sentado... Cada minuto que pasa la muela se enfurece más y más...

Pero en esto, la eternidad de esta tortura pasa y le llega el turno a Dibkin. Salta del sillón y vuela hacia el gabinete.

—¡Por el amor de Dios! —se lamenta dejándose caer en una silla del gabinete y abriendo la boca—. ¡Se lo suplico!

—¿Qué es? ¿Qué le ocurre? —le pregunta el propietario del gabinete, un hombre con gafas y el cabello largo y rubio.

—¡Sáquemela! ¡Sáquemela! —jadea Dibkin.

—¿A quién le tengo que sacar?

—¡Oh, Dios mío! ¡La muela!

—¡Qué raro! —se encoge de hombros el rubio—. No tengo mucho tiempo, señor bromista, así que le pido que me diga: ¿qué es lo que desea?

Dibkin abre la boca como un tiburón y gime:

—¡Sáquemela, sáquemela! ¡Un moribundo no bromea! ¡Sáquemela, por Dios!

—Mmm... Si le duele una muela, tendrá que ir a un dentista.

Dibkin se levanta con la boca abierta, mirando confundido al rubio.

—¡Yo soy abogado! —continúa—. Si lo que necesita es un dentista, vaya a ver a Karkman. Vive un piso más abajo...

—¿Un-pi-so-más-a-ba-jo? —dice Dibkin asombrado—. ¡Que me lleven los demonios! ¡Soy una bestia! ¡Un cretino!

Estarán de acuerdo en que, después de esta escena, sólo le queda una opción: meterse el balazo en la cabeza... Y si no tiene un revolver a mano, beberse entonces las tres botellas de coñac de golpe, etcétera.

VENGANZA

(МЕСТЬ)

Lev Sávvich Turmanov, burgués robusto, que tenía un capitalito, una esposa joven y una respetable calva, jugaba al *whist* en casa de un amigo el día del santo de éste.

Cuando a consecuencia de un *minus* de consideración el sudor cubría todo su cuerpo, recordó de pronto que hacía mucho tiempo que no bebía vodka. Levantose, y andando de puntillas con un grave balanceo, se deslizó entre las mesas, atravesó el salón donde bailaba la juventud (aquí sonriendo con sonrisa indulgente propinó unos golpecitos al hombro de un joven farmacéutico) y se deslizó por la pequeña puerta que conducía al comedor. En él, sobre una mesa redonda, había botellas, frascos de vodka... Junto a éstas y a otros entremeses, entre el verdor de la cebolla y el perejil se veía un arenque empezado. Lev Sávvich se sirvió una copa, agitó los dedos en el aire como si se dispusiera a pronunciar un discurso, bebió y puso cara de sufrimiento. Después hundió el tenedor en el arenque y... justamente entonces, del otro lado de la pared, llegó el sonido de unas voces.

—¡Quizá..., quizá...! —proclamaba una voz femenina—. Sólo que... ¿cuándo será eso?

—¡Mi mujer! —reconoció Lev Sávvich—. ¿Con quién está?

—Cuando quiera, amiga mía —contestaba al otro lado de la pared una profunda y jugosa voz de bajo—. Hoy no viene bien, y mañana tengo el día entero ocupado...

«Es Degtiarev —pensó Turmanov, reconociendo en el bajo a uno de sus amigos—. ¡Tú también, bruto...! ¿Será posible que le haya conquistado ya...? ¡Qué mujer insaciable! ¡Ni un día sólo es capaz de respirar sin *novela*!».

—Sí. Mañana estoy ocupado —proseguía el bajo—. Ponme si quieres unas letras... Me alegraría mucho y me harán muy feliz...

Lo que tenemos que hacer es organizar bien nuestra correspondencia. Hay que idear algo. Enviarle por correo no resulta cómodo, porque si te escribo, tu pavo puede pescarle la carta al cartero. Si en cambio eres tú la que me escribes, mi media naranja la recibirá sin estar yo y la abrirá seguramente.

—¿Qué se puede hacer?

—Hay que idear algo. Mandarla a través de la servidumbre, tampoco es posible, porque tu Sobákevich^[95] tendrá con seguridad metidos en un puño a la doncella y al criado... ¿Oye? ¿Juega a las cartas?

—Sí... Y el muy tontón siempre pierde.

—Eso quiere decir que es afortunado en amor —rió Degtiarev—. Mira, mamaíta, lo que se me ha ocurrido... Mañana, a las seis en punto, saldré de la oficina y me

pasaré por el jardín público, donde tengo que ver al encargado... Tú puedes, almita mía, y procura que sea sin falta a las seis, no más tarde, poner una notita en el jarrón de mármol que está, como sabes, a la izquierda del cenador de la parra...

—Ya sé, ya sé...

—¡Resultará poético, misterioso y nuevo...! Ni tu tripudo ni mi costilla se enterarán. ¿Has comprendido?

Lev Sávvich se bebió otra copa y se dirigió nuevamente a la mesa de juego. El descubrimiento que acababa de hacer no le había producido asombro, ni extrañeza, ni la más leve indignación. Los días en que se enfurecía, organizaba escenas, se enfadaba y hasta se pegaba, hacía mucho tiempo que habían pasado. Ahora permanecía indiferente y hacía la vista gorda a las *novelas* de su ligera cónyuge. No obstante, se sentía molesto. Las expresiones de «pavo», «Sobákevich», «tripudo» y otras ofendían su amor propio.

«¡Hay que ver, sin embargo, lo canalla que es este Degtiarev! —pensaba mientras apuntaba sus *minus*—. ¡Nos encontramos en la calle y se finge el mejor amigo...! Todo son sonrisas, palmaditas en la tripa..., y luego... ¡hay que ver lo que anda tramando...! ¡En tu cara te habla como a un amigo, y a sus espaldas!, ¿qué soy para él...? Un “pavo” y un “tripudo”...».

Cuanto más se sumergía en sus desagradables *minus*, tanto más pesada se le hacía la ofensa...

«¡Mocoso...! —pensaba, rompiendo con enfado la tiza—. ¡Chiquilicuatro...! ¡Si no fuera porque no quiere uno armarla..., ya te enseñaría yo lo que es ser un Sobákevich!».

Durante la cena no podía mirar con indiferencia la cara de Degtariev. Éste, en cambio, llegaba a ponerse pegajoso a fuerza de hacerle incesantes preguntas: que si había ganado..., que por qué estaba tan triste..., y otras. Hasta tuvo la frescura, arrogándose el derecho de la buena amistad, de reprochar en voz alta a su cónyuge el no cuidar bastante la salud de su marido. La cónyuge, entre tanto, como si nada hubiera pasado, le miraba con ojos tiernos, reía alegremente y charlaba de modo tan ingenuo que ni el mismo diablo hubiera sospechado su infidelidad.

Al volver a su casa, Lev Sávvich se sentía enconado e insatisfecho, como si en vez de ternera hubiera comido un chanclo viejo. Tal vez violentando su ánimo hubiera podido olvidarlo todo, pero la charla de su cónyuge y sus sonrisas le traían a cada momento al recuerdo el «pavo», y el «ganso» y el «tripudo»...

«¡Merecería el canalla ese que le diera de bofetadas...! —pensaba—. ¡Que le pusiera en ridículo ante todo el mundo...!».

Y pensaba en lo grato que sería dar una paliza a Degtiarev, pegarle un tiro en duelo, como a un gorrión; hacerle perder el empleo o introducirle en el jarrón algo inconveniente, algo que apestará...: por ejemplo, una rata muerta... Tampoco estaría mal sustraer oportunamente la carta del jarrón y sustituirla por unos versitos escabrosos que llevaran esta firma: «Tu Akulka^[96], o cosa parecida».

Durante mucho tiempo Turmanov paseó por la estancia, deleitándose en semejantes ensueños. De pronto se detuvo, dándose una palmada en la frente.

—¡Bravo...! ¡Ya lo tengo! —exclamó resplandeciente de satisfacción—. ¡Esto sí que resultará magnífico...! ¡Mag-ní-fi-co...!

Cuando su mujer se durmió fue a sentarse a la mesa, y después de larga meditación, desfigurando la letra e introduciendo faltas de ortografía, escribió lo siguiente:

«Comerziante Dulinov. Muy señor mío: Si ha las seis de la tarde de oy, doze de setiembre, no a ponido usted doszientos rublos en el jarrón de mármol que se encuentra en el jardín público, a la icquierda del zenador de la parra, será asesinado y su comerzio de merzería volado por el ahire».

Una vez escrita esta carta. Lev Sávvich saltó de entusiasmo.

«¡Esto sí que está bien pensado! —mascullaba frotándose las manos—. ¡Estupendo...! ¡Una venganza mejor no la inventaría el propio Satanás...! El comerciante, naturalmente, se amedrentará, denunciará el caso a la policía, que se apostará entre los arbustos, y a las seis..., ¡zas...!, cogerán al palomito en el momento de agarrar la carta... ¡Vaya si se asustará entonces...! Por lo pronto, mientras el asunto se aclara, el muy canalla tendrá bastante tiempo de encierro y sufrimiento... ¡Bravo!».

Lev Sávvich pegó el sello a la carta y la llevó él mismo al correo. Durmióse con sonrisa beatífica y tan dulcemente como hacía mucho que no había dormido. Al despertarse al día siguiente y recordar su treta, canturrió alegremente y hasta acarició la barbilla de su infiel mujer. Camino de la oficina y después sentado en ella, no cesaba de sonreír imaginando el espanto de Degtiarev al caer en la trampa.

Cerca de las seis, no pudiendo ya resistir más, corrió al jardín público para recrearse personalmente en la desesperada situación del enemigo.

«¡Ajá...!», dijo para sus adentros al cruzarse con un guardia.

Llegado al cenador que cubrían las parras y sentándose bajo un arbusto, fijó la mirada ansiosa en el jarrón, disponiéndose a esperar. Su impaciencia no conocía límites.

A las seis en punto apareció Degtiarev. El joven aparentaba estar de humor inmejorable. La chistera le descansaba valientemente sobre la nuca y por el abrigo entreabierto, con el chaleco, parecía asomarse su propia alma. Silbaba y fumaba un cigarro...

«¡Ahora verás lo que es eso de “pavo” y de “Sobákevich”! —se decía Turmanov con morbosa alegría—. ¡Espera...!».

Degtiarev se acercó al jarrón e introdujo perezosamente la mano en él... Lev Sávvich, alzándose ligeramente, fijó en él la mirada... El joven extrajo del jarrón un paquete de regular tamaño, lo examinó por todos lados, se encogió de hombros y lo desenvolvió indeciso. Luego volvió a encogerse de hombros y su rostro expresó el

mayor asombro. ¡El paquete contenía dos billetes de Banco!

Largo rato permaneció Degtiarev examinando aquellos papeles. Finalmente, y sin cesar de encogerse de hombros, se los metió en el bolsillo y pronunció:

—Merci!

El infeliz Lev Sávvich oyó este *merci*. Luego estuvo la tarde entera parado ante la tienda de Dulinov, amenazando su rótulo con el puño y mascullando presa de indignación:

«¡Cobarde...! ¡Comerciantucho...! ¡Despreciable Kitich^[97]...!! ¡Cobarde...! ¡Liebre gorda y tripuda...!».

EN EL TRIBUNAL

(В суде)

En la ciudad de N***, y en un edificio oficial de color castaño, en el que ejercían sucesivamente sus actividades la Junta Administrativa de la provincia, el Colegio de Jueces de Paz, las audiencias campesinas y militares y otras diversas instituciones, examinaba en un día sombrío de otoño el tribunal de la región los procesamientos en curso. Comentando la antedicha casa color castaño, un administrador de la localidad había pronunciado la siguiente agudeza:

—¡Justicia! ¡Policía...! ¡Milicia...! ¡En fin...! ¡Como si dijéramos..., todo un pensionado de señoritas nobles!

Sin embargo, y así como dice el refrán que «en casa del herrero cuchara de palo...», esta casa despierta el asombro y pesa sobre cualquier recién llegado que no sea funcionario, por su triste aspecto cuartelado su vetustez y su absoluta ausencia de *confort*, tanto exterior como interiormente. Hasta en los más brillantes días de primavera la cubre una espesa sombra, y en las claras noches de luna, cuando los árboles y las casitas del vecindario, fundiéndose en una densa oscuridad, se sumergen en un sueño callado, ella sola, torpemente inoportuna, se eleva como pesada piedra en medio del modesto paisaje, altera la armonía general y permanece despierta como incapacitada para deshacerse del agobiante recuerdo de antiguos pecados todavía no perdonados. Dentro de ella todo tiene aspecto de barracón y carece de atractivo. Es singular el espectáculo que ofrecen tantos elegantes fiscales, miembros de tribunales, y presidentes, acostumbrados todos ellos a suscitar en sus propias casas una escena por el más ligero olor a comida, o la más pequeña mancha en el suelo, resignándose fácilmente al zumbido de los ventiladores, al repugnante olor de las velas y a las paredes sucias y eternamente sudorosas.

La sesión del tribunal regional dio comienzo pasadas las nueve. Inmediatamente, y con visible apresuramiento, empezaron a tratarse los asuntos. Éstos se sucedían unos a otros y terminaban rápidamente, como la misa sin cantores; tanto, que el espíritu no podía llegar a abarcar la abigarrada masa de rostros, movimientos, discursos, desdichas, verdades y mentiras que desfilaban velozmente, como un río... Próximas las dos, ya había mucho trabajo hecho. Dos individuos habían sido condenados a dos meses de presidio; otro, más privilegiado, despojado de sus derechos y enviado a la cárcel. Uno fue indultado, y pospuesto otro asunto... Al dar las dos, el que actuaba de presidente anunció lo que sigue:

—Inculpación recaída sobre el campesino Nikolái Jarlamov por asesinato de su mujer...

La composición del tribunal continuaba siendo la misma que durante el proceso anterior, con la sola excepción de que el lugar del profesor fue ocupado por un nuevo

personaje. Era éste un joven afeitado, candidato a un puesto en la magistratura y vestido con una levita con botones claros.

—¡Hagan pasar al acusado! —ordenó el presidente.

El acusado de antemano preparado, se dirigía ya en dirección a su banquillo. Era un *muzhik* robusto, de alta estatura y aproximadamente cincuenta y cinco años, completamente calvo, de rostro apático y velludo y gran barba rojiza. Armado de su fusil, seguía un soldadito pequeño y enclenque. Casi junto al mismo banquillo, ocurrió a este soldado un molesto incidente; habiendo de pronto tropezado, se le cayó de las manos el fusil, que volvió a recoger al vuelo, pero no sin poder evitar un fuerte culatazo. El público dejó oír una ligera risa, y el soldado, fuera por el dolor o por la vergüenza de su torpeza, enrojeció intensamente. Después de las habituales preguntas al acusado, de las deliberaciones de los letrados, de los llamamientos y prestación de juramento de los testigos, se procedió a la lectura del acta de acusación. El secretario, individuo de pálido rostro, estrecho de pecho, de una delgadez extrema para su uniforme y exhibiendo un emplasto en la mejilla, leía de prisa, con una voz suave de bajo profundo y con tonalidad de diácono (esto es, sin alzar ni bajar la voz), como si temiera un esfuerzo excesivo para su pecho. Acompañábale el ruido del ventilador que zumbaba incesantemente tras la mesa de uno de los jueces y el conjunto de este sonido daba a la sala un ambiente adormecedor y narcotizante. El presidente, hombre todavía joven, pero de rostro sumamente cansado y ojos miopes, permanecía inmóvil en su sillón y se llevaba la mano a la frente, como protegiendo su vista del sol. Bajo el zumbido del ventilador y del secretario, parecía pensar en algo. Cuando éste, antes de acometer la lectura de una nueva página, hizo una pequeña pausa, despabilose un poco, dirigió una soñolienta mirada al público que le rodeaba e inclinándose hacia la oreja del miembro del tribunal vecino suyo, preguntó con un suspiro:

—¿Usted, Matvei Petrovich, se aloja en casa de Demianov?

—De Demianov, sí —contestó el miembro despabilándose a su vez—. La próxima vez seguramente también me alojaré allí... ¡No puede usted figurarse...! ¡En esa casa Tipiakov es imposible vivir...! ¡Hay un barullo..., un ruido toda la noche...! ¡Dan golpes, tosen, lloran niños...! ¡Imposible...!

El vicefiscal, hombre robusto y bien nutrido, de lentes de oro y bonita y bien cuidada barba, con la mejilla descansando sobre la mano e inmóvil como una estatua, leía el *Caín* de Byron. Sus ojos estaban llenos de una atención ansiosa y sus cejas se levantaban expresando cada vez más asombro... De cuando en cuando, recostándose en el respaldo de su asiento, fijaba ante sí durante un minuto una mirada ausente y volvía a sumergirse en la lectura. El defensor, deslizando sobre la superficie de la mesa el revés de su lápiz, estaba pensativo. Su rostro juvenil expresaba tan sólo ese frío y quieto aburrimiento que muestran los rostros de los colegiales y de los empleados de oficina, obligados a permanecer día tras día contemplando las mismas caras y las mismas paredes. El discurso que le esperaba no le inquietaba lo más leve y además... ¡vaya un discurso! Tendría que pronunciarlo ante los letrados por

obediencia a la superioridad, por costumbre hacía tiempo establecida, pero sabía que había de ser incoloro, aburrido, sin pasión ni fuego, y que luego volvería a trotar el caballo de su coche por el barro, camino de la estación, para de allí dirigirse a la ciudad en la que pronto recibiría la orden de salir para otra región y pronunciar en ella otro discurso semejante. ¡Qué aburrimiento...!

El acusado tosiqueó primeramente, nervioso, en su bocamanga, y palideció, pero pronto la quietud, la monotonía y el tedio general llegaron a comunicársele. Con expresión obtusa y respetuosa miraba los uniformes de los jueces, las fatigadas caras de los letrados y parpadeaba con aire tranquilizado. El ambiente de la sala del tribunal y el período de espera que tanto atormentaban su alma cuando estaba en la cárcel, actuaban ahora en él de modo más apaciguador. Encontraba aquélla completamente distinta de lo que podía esperarse. Sobre él se cernía una acusación de asesinato y, sin embargo, no veía allí caras terribles ni miradas indignadas, ni oía frases altisonantes referentes a castigos, ni observaba muestra alguna de interés para su extraordinario destino. Ni uno sólo de los que le juzgaban había posado en él una mirada larga ni curiosa... Las turbias ventanas, las paredes, la voz del secretario, la postura del fiscal..., todo llevaba impreso un sello de indiferencia oficinística, respiraba frío, como si el asesino constituyera una pieza oficinística más, y como si estuviera siendo juzgado, no por seres vivientes, sino por unas invisibles máquinas puestas en marcha sabe Dios por quién...

El *muzhik*, tranquilizado, no comprendía que se pudiera nadie acostumbrar a las tragedias y a los dramas como en el hospital se acostumbran a las muertes, y que justamente en aquella impasibilidad maquinal se escondiera todo el horror, todo lo irremisible de su situación. Se le figuraba que si en lugar de permanecer allí sentado se levantara y empezara a suplicar, a pedir clemencia, a deshacerse en lágrimas, a arrepentirse amargamente o a morir de desesperación, todo ello se estrellaría contra los nervios insensibilizados y la costumbre, como la roca contra la piedra.

Cuando el secretario dio fin a su lectura, el presidente, no se sabe por qué, permaneció largo rato acariciando la mesa y mirando al acusado, al que preguntó al cabo, moviendo perezosamente la lengua:

—¡Acusado...! ¿Se reconoce usted culpable de haber asesinado a su mujer en la tarde del nueve de junio?

—No, señor —contestó el acusado poniéndose en pie y sujetándose la bata.

Tras esto el tribunal procedió a interrogar a los testigos. Fueron interrogados dos campesinos, cinco *muzhiks*, el policía que había intervenido en la encuesta. Todos ellos, cubiertos de barro, cansados de andar y de la espera en la sala de testigos, apesadumbrados y decaídos, declararon lo mismo. Declararon que Jarlamov vivía bien con su vieja... Esto es... que, como todos, le pegaba solamente cuando estaba borracho. El nueve de junio, la vieja fue hallada muerta en el zaguán con el cráneo roto. A su lado y en un charco de sangre yacía un hacha. Cuando se buscó a Nikolái para comunicarle la desgracia, éste no se encontraba en la isba ni en la calle.

Recorriose el pueblo en su busca, fueron recorridas todas las tabernas y las isbas sin que se diera con él en ninguna parte. Había desaparecido, pero al cabo de dos días, él mismo, pálido, con la vestimenta destrozada y temblando con todo su cuerpo, se presentó en el Juzgado. Le ataron y le condujeron a la cárcel.

—¡Acusado! —se dirigió a Jarlamov el presidente—. ¿Puede usted explicar al tribunal dónde pasó usted los dos días que siguieron al asesinato?

—Andaba por el campo..., sin comer ni beber...

—¿Y por qué se escondía usted si no era usted el que la había matado?

—Porque... me asusté... ¡Tenía miedo de que me llevaran a la justicia!

—¡Ajá...! ¡Siéntese!

El último interrogado fue el médico de la región que había hecho la autopsia de la vieja. Éste repitió al tribunal cuanto recordaba del informe presentado anteriormente y cuanto aquella mañana, camino del tribunal, había podido discurrir sobre el caso. El presidente miraba su temo completo negro, su elegante corbata, el movimiento de sus labios, y una idea perezosa daba vueltas por su cabeza: «Todo el mundo lleva ahora la levita corta... ¿Por qué éste se la habrá hecho larga?». Tras la espalda del presidente se oyó un cauteloso rechinar de zapatos.

—Mijaíl Vladimirovich... —dijo, inclinándose al oído del presidente—. ¡Es asombroso el descuido con que Koreiski está conduciendo la prueba judicial...! ¡No se ha hecho declarar al hermano...!

¡No se ha hecho declarar al *starosta*..., y de la descripción de la isba no se saca nada en limpio!

—¡Qué le vamos a hacer! ¡Qué le vamos a hacer! —suspiró el presidente recostándose en el respaldo del asiento—. ¡Es ya un trasto viejo!

—A propósito —seguía murmurando el vicefiscal—. ¡Fíjese bien...! Allí entre el público..., en primera fila, el tercero a la derecha... ¡Ese que tiene cara de actor...! Es el ricachón del pueblo. Tiene un capital de cerca de quinientos mil en efectivo...

—¿Ah, sí...? Pues no se le nota... ¡Querido!, ¿si hiciéramos un descanso?

—Mejor será terminar con la prueba judicial y después...

—Como quiera... Entonces —dijo el presidente alzando los ojos hacia el médico—, ¿considera usted que la muerte fue instantánea?

—Sí... ¡a causa del grave daño sufrido por la masa encefálica...!

Cuando terminó el médico, el presidente, mirando el espacio entre el fiscal y el defensor, propuso:

—¿Desea alguien hacer alguna pregunta?

El vicefiscal, levantando los ojos del *Caín*, movió negativamente la cabeza, en tanto que el defensor se movía inesperadamente, tosía y preguntaba:

—Diga, doctor... ¿Podría juzgarse del estado de ánimo del criminal por la dimensión de la herida...? Esto es..., ¿permite el tamaño de una herida pensar en si el acusado obraba o no bajo la influencia de un impulso?

El presidente fijó los ojos soñolientos e indiferentes sobre el defensor. El

procurador, abandonando el *Caín*, miró al presidente. No hicieron más que mirarse y sin que sus rostros expresaran asombro ni mostraran una sonrisa.

—Quizá... —vaciló el médico—. ¡Teniendo en cuenta la fuerza con que un criminal asesta el golpe...! ¡Por otra parte...! Perdone..., no he comprendido bien su pregunta.

En realidad no había sido contestada la pregunta del defensor, pero tampoco éste sentía necesidad de que le contestaran. Comprendía perfectamente que si aquella pregunta se le había pasado por la cabeza y salido luego por la boca, había sido por efecto de la quietud, del aburrimiento y del zumbido del ventilador.

Después de despedir al médico, el tribunal procedió a examinar las pruebas palpables de delito. Lo primero que se examinó fue un caftán en cuya manga negreaba una mancha de sangre pardusca. Preguntado Jarlamov por el origen de esa mancha contestó:

—Tres días antes de la muerte de la vieja... estaba Penkov sangrando su caballo... Yo estaba con él, ¡y ya se sabe...!, ¡al ayudar...! ¡me manché...!

—Sin embargo, Penkov acaba de declarar que no se acuerda de que usted estuviera presente durante la sangría.

—¡Eso no lo puedo saber!

—Siéntese.

Procediose a examinar el hacha con que había sido asesinada la vieja.

—Ésa no es mi hacha.

—Pues, ¿de quién es?

—¡No lo puedo saber! ¡Yo no tenía ningún hacha!

—¡Un campesino no puede pasarse ni un solo día sin hacha...! Su vecino Iván Timófeich, con el que componía usted el trineo, declaró que ésta era precisamente el hacha de usted.

—No lo puedo saber..., pero ¡como ante Dios...! —Jarlamov extendió las manos ante sí abriendo mucho los dedos— ¡Cómo ante el Creador...! ¡No me acuerdo siquiera de haber tenido nunca un hacha! Una vez tuve una como esa... puede que un poco más pequeña..., pero Projor, mi hijo, la perdió. ¡Hará cosa de dos años...! ¡Cuando le tocó el servicio militar...! ¡Tenía que ir a cortar leña, pero se fue de juerga con los muchachos y la perdió!

—Bien. Siéntese.

Aquella incredulidad sistemática, aquél no quererle creer, excitó y ofendió a Jarlamov. Parpadeaba y sobre sus pómulos aparecían unas manchas rojas.

—¡Como ante Dios...! —prosiguió el procesado estirando el cuello—. ¡Si no lo cree, sírvase preguntarle al Projor...! ¡Proschka...! ¿Dónde está el hacha? —preguntó de súbito con una voz brutal y volviéndose bruscamente hacia el escolta—, ¿Dónde?

¡Fue un instante penoso...! Todos los presentes parecieron achicarse, quedar reducidos de estatura. Por las cabezas de cuantos se encontraban en el tribunal pasó como el relámpago el mismo singular e imposible pensamiento: el pensamiento de

una fatal coincidencia; pero ni uno sólo de ellos se atrevió, se arriesgó a mirar el rostro del soldado. Todos prefirieron no dar crédito al pensamiento y pensar que habían oído mal.

—¡Procesado! ¡No se permite hablar con la guardia! —se apresuró a decir el presidente.

Nadie vio el rostro del escolta, y un espanto invisible, como cubierto de un antifaz, atravesó volando la sala. El juez pesquisidor, levantándose de su asiento, salió de ella, despacio; de puntillas y guardando el equilibrio con los brazos. Un minuto después se escuchó un retumbar de pisadas y el ruido correspondiente al relevo de la guardia. Todos alzaron la cabeza y esforzándose en aparentar que no había ocurrido nada, prosiguieron la tramitación de los asuntos.

ESTADÍSTICA

(Статистика)

Dijo el filósofo que si supieran los carteros cuántas tonterías, banalidades y disparates portan en sus bolsas, no se darían tanta prisa y, además, pedirían un aumento de sueldo. Y es cierto. Un cartero, rompiéndose la cabeza hasta el sofoco, llega volando hasta un sexto piso sólo para llevar una línea: «¡Alma mía, te mando un beso! Tuyo, Mishka». O una tarjeta de visita: «Kolonión Pantalónovich Podbriushkin». Otro pobre cartero tiene que estar llamando a una puerta durante un cuarto de hora, congelarse y consumirse para que llegue a su destinatario la minuciosa descripción de una orgía en casa del capitán Epishkin. Un tercero corre por el patio como loco buscando al portero para entregarle a un inquilino una carta en la que dicen: «¡Mejor que no te pille o te parto la cara!», o «¡Dadle besos a mis queridos niños y a Aniutochka por su cumpleaños!». ¡Y cuando lo ves pareciera que fuera cargando con los mismísimos Kant o Spinoza!

El ocioso Shpiekín, a quien tanto le gustaba hurgar para averiguar «qué novedades había en Europa», hizo una suerte de tabla estadística que ha resultado un valioso aporte científico. Es el resultado de largos años de observaciones y se comprueba que el contenido de las cartas, en general, varía según la estación del año. En primavera abundan las cartas de amor y de preocupación; en verano las domésticas y las que dan consejos matrimoniales; en otoño las de boda y juegos; en invierno las del servicio y los cotilleos. Si se toman en bloque todas las cartas de un año y se le aplica en sistema porcentual, por cada *cien* cartas correspondería:

Setenta y dos corrientes, escritas para nada, tan sólo por hacer algo y porque se tiene papel y sellos a mano. En esas cartas se describen bailes, paisajes, se da vueltas en la noria, se recoge agua en cubos, preguntan que por qué no se casa, se lamentan del tedio, se quejan, cuentan que Anna Semiónovna está en una situación interesante, mandan reverencias «a todos, a todos», reprenden por no ir a visitarlos, y así.

Cinco de amor, entre las cuales únicamente hay una petición de mano.

Cuatro de felicitaciones.

Cinco que piden prestado hasta el primer sueldo.

Tres bastante molestas, escritas por una mano con olor y letra de mujer. Recomiendan a un «joven» o piden cosas como un pase para el teatro, un libro nuevo y cosas por el estilo. Al final piden disculpas por haber escrito la carta de forma ininteligible y descuidada.

Dos con poemas dirigidos a la redacción de un periódico.

Una «inteligente», en la que Iván Kuzmich le da a Semión Semiónovich su opinión sobre los asuntos de Bulgaria o sobre los peligros la publicidad.

Una en la que un marido le exige por ley a su esposa que vuelva a casa para una

«convivencia conjunta».

Dos destinadas al sastre para que cosa un nuevo pantalón y espere aún por las deudas antiguas.

Una que recuerda una antigua deuda.

Tres de negocios y

una terrible, repleta de llantos, ruegos y lamentos. «Acaba de morir papá» o «Rápido, Kolia se ha suicidado». Etcétera.

UNA PROPUESTA

(CUENTO PARA SEÑORITAS)

(Предложение Рассказ для девиц)

El apuesto joven Valentín Petrovich Peredierkin se vistió el frac y los botines de charol, de punta estrecha y afilada, se encasquetó el *chapeau-claque* y fue, sin contener la emoción, a ver a la princesa Vera Zapískina...

¡Ah, qué pena que no conozcan ustedes a la princesa Vera! Es una adorable criatura, llena de gracia, los ojos del azul del cielo y unos rizos ondulados como la seda.

Las olas marinas estallan contra las rocas, pero contra las olas de sus rizos se rompería y desharía, por el contrario, cualquier roca... Habría que ser un insensible zoque para resistir de pie ante su sonrisa, ante el movimiento al respirar de su pequeño busto, que pareciera esculpido. ¡Ah, cómo se debe ser de impasible para no sentirse en lo más alto cuando ella habla, cuando se ríe y enseña sus dientes tan blancos que ciegan!

Peredierkin fue recibido...

Se sentó frente a la princesa y, casi desfalleciendo por la emoción, comenzó a decir:

—¿Puede usted atender, princesa?

—¡Oh, sí!

—Perdóneme usted, princesa, pero no sé cómo comenzar... Será algo tan inesperado... Tan al improviso que... Se va usted a enfadar...

Mientras él sacaba del bolsillo un pañuelo para limpiarse el sudor, la princesa sonreía con amabilidad y lo miraba con curiosidad.

—¡Princesa! —prosiguió—. Desde el momento en que la vi, en mi alma... despertó un irresistible deseo... No me deja tranquilo ese deseo, día y noche, y... si no llega a cumplirse, seré... seré infeliz.

La princesa entornó los ojos, pensativa. Peredierkin permaneció callado un poco más y siguió:

—A usted le sorprenderá, claro... Porque usted está por encima de lo terrenal, pero... Pero es usted lo más adecuado para mí...

Hubo un silencio.

—Además —suspiró Peredierkin—, mis terrenos colindan con los suyos... Soy rico...

—Pero ¿de qué se trata? —preguntó la princesa.

—¿Qué de que se trata? ¡Princesa! —Peredierkin se levantó y comenzó a hablar

con energía—. Se lo ruego, no me rechace... No arruine mis planes con un rechazo. ¡Permítame, querida, hacerle una propuesta!

Valentín Petrovich se sentó rápidamente, se inclinó hacia la princesa y le susurró:

—¡Es una propuesta ventajosa al máximo! ¡En un año venderemos, juntos, un millón de puds de tocino! ¡Levantaremos, en nuestros terrenos, una fábrica de tocino por encargo!

La princesa se quedó algo pensativa y dijo:

—Encantada...

Y ya puede quedarse tranquila la lectora que esperase un final melodramático.

UN HOMBRE EXTRAORDINARIO

(Необыкновенный)

Es la una de la madrugada. Ante la puerta de Maria Petrovna Koschkina, soltera, vieja y comadrona de profesión, se detiene un caballero de alta estatura, tocado con chistera y cubierto con un macferlán. La oscuridad de la noche otoñal no permite distinguir el rostro ni las manos del caballero; pero sólo su manera de toser y de tirar de la campanilla, revelan ya firmeza, seriedad y un algo que impone. Después del tercer campanillazo se abre la puerta, y la propia María Petrovna aparece en el umbral. Sobre su falda blanca lleva echado un abrigo masculino; la pequeña lámpara con pantalla verde que sostiene su mano, toma verdoso su rostro adormilado, lleno de pecas, su cuello de pronunciadas venas y el escaso pelo, de color rojizo, que escapa bajo su cofia.

—¿Puedo ver a la comadrona? —pregunta el caballero.

—Yo soy la comadrona. ¿Qué desea usted?

El caballero entra en el recibimiento, y la comadrona ve ante sí a un hombre de alta estatura, esbelto, ya no muy joven, pero de bello rostro, severo, y patillas vaporosas.

—Soy el asesor colegiado Kiriákov. Vengo a pedirle que vaya a ver a mi mujer. La ruego solamente que tenga la bondad de darse prisa.

—Bien... —accede la comadrona— Ahora mismo me visto. Sírvese esperarme en la antesala.

Kiriákov se despoja del macferlán y entra en la sala. La luz verde y macilenta de la lamparita cae sobre muebles baratos, vestidos con blancas fundas remendadas..., sobre pobres flores y quicios por los que trepa una enredadera. Huele a geranio y a lejía. El reloj de pared, como azarado ante un extraño, deja oír un tímido tictac.

—Ya estoy —dice María Petrovna entrando al cabo de cinco minutos en la sala, ya vestida, lavada y llena de energía—. ¡Vamos!

—En efecto, tenemos que damos prisa —dice Kiriákov—. Y a propósito... no estaría de más preguntarle cuánto suele usted llevar por su trabajo.

—Pues..., francamente, no lo sé... —dice María Petrovna sonriendo con alguna turbación—. ¡Lo que usted me dé...!

—No. Eso no me gusta —dice Kiriákov sin inmutarse y mirando fríamente a la comadrona—. Los negocios son los negocios, y a cada cual lo suyo. Por tanto, para que no sobrevenga después ninguna mala inteligencia, sería conveniente ponemos antes de acuerdo.

—Es que yo no sé..., francamente. No tengo precio fijo...

—Yo también trabajo... y, por lo mismo, acostumbro valorar el trabajo ajeno. Me desagrada la injusticia. Para, mí será tan desagradable el darle poco como que usted

me pida mucho. Por eso insisto en que me diga su precio.

—Es que el precio varía...

—¡Hum...! En vista de sus indecisiones (incomprensibles para mí), voy a ser yo el que fije el precio. Puedo darle dos rublos.

—¡Por Dios! —exclama María Petrovna enrojeciendo y retrocediendo—, ¡Me daría hasta vergüenza tomar dos rublos! ¡Para eso prefiero hacerlo gratis! ¿Le parecen cinco rublos...?

—Dos rublos, y ni un kopek más. No quiero nada de lo que le corresponda; pero tampoco tengo intención de pagar excesivamente.

—Como usted quiera; pero yo, desde luego, por dos rublos no iré.

—La ley no le permite a usted negarse.

—Muy bien... Iré gratis, entonces.

—Eso no. Gratis no quiero yo. Todo trabajo debe ser retribuido. Yo trabajo también y lo comprendo.

—Pues por dos rublos yo no voy —declara con alguna timidez María Petrovna—. Si usted quiere, iré gratis.

—En ese caso, siento haberla molestado... Tengo el honor de saludarla.

—Pero ¡cómo es usted...! —dice la comadrona en el recibimiento, despidiendo a Kiriákov—. En fin..., si está usted conforme, iré por tres rublos.

Kiriákov frunce el entrecejo y medita por espacio de dos minutos mirando fijamente al suelo. Luego pronuncia un «no» decisivo y sale a la calle.

La comadrona, azarada y llena de asombro, cierra la puerta tras él y se retira a su dormitorio.

«¡Guapo..., serio...!; pero ¡qué hombre tan extraño!», piensa mientras se acuesta.

No ha transcurrido aún media hora cuando de nuevo suena la campanilla. Cuando se levanta vuelve a ver en el recibimiento al mismo Kiriákov.

—¡Qué asombrosa desorganización! —dice al entrar— ¡Ni en la farmacia, ni los guardias, ni los vigilantes saben direcciones de comadronas! En vista de ello me veo obligado a aceptar sus condiciones. Le daré los tres rublos, pero le advierto que cuando tomo una sirvienta y, en general, cuando acepto servicios de quienquiera que sea, ajusto éstos por anticipado, con objeto de impedir que cuando llegue el momento del pago haya que hablar de suplementos..., propinas..., etcétera. Cada cual tiene derecho a lo suyo.

María Petrovna no lleva mucho tiempo escuchando a Kiriákov; pero ya éste la aburre, le da repugnancia..., siente caer su pausado discurso como plomo sobre su alma... Se viste y sale con él a la calle. El aire es quieto, pero frío, y a tal punto brumoso, que apenas se distinguen las luces de los faroles. Bajo los pies solloza la nieve encharcada. La comadrona mira atentamente a su alrededor y no ve ni un coche.

—¿Supongo que no estará lejos? —pregunta.

—No, no está lejos —contesta sombríamente Kiriákov.

Atraviesan un callejón, otro, un tercero... Kiriákov anda, y hasta su manera de andar revela estabilidad, medida...

—¡Qué tiempo tan horrible! —empieza a decir la comadrona.

Él continúa callado. Se le ve esforzándose en pisar sobre las piedras más lisas para no estropearse los chanclos. Por fin, después de larga caminata, la comadrona entra en un recibimiento, desde el que puede percibirse una sala bien alhajada. En ninguna habitación, ni siquiera en la que se encuentra la parturienta, hay un alma. Tampoco se ven en ellas a los parientes y las viejas que suelen acudir en semejantes circunstancias. Tan sólo la cocinera corre de un lado para otro, como loca y con cara asustada. Se oyen fuertes quejidos.

Han pasado tres horas. María Petrovna, sentada junto a la cama de la recién parida, murmura algo a ésta en voz baja. Ambas mujeres han tenido ya tiempo de conocerse, de hablar y de chismorrear...

—Debe usted estarse callada —se inquieta la comadrona, a pesar de ser ella precisamente la que le asedia a preguntas.

He aquí que de pronto se abre la puerta, y Kiriákov, silencioso y medido, entra en la habitación. Sentándose en una silla, se acaricia las patillas. Se hace el silencio... María Petrovna mira el bello e impasible rostro, que diríase tallado en madera, y espera a que empiece a hablar. Pero él continúa callado..., meditando sobre algo. Sin esperar más, la comadrona se decide a empezar ella la conversación, y pronuncia la frase de rigor en todos los partos:

—¡Gracias a Dios, ya hay una persona más en el mundo!

—Sí... Es grato —dice Kiriákov con su misma impasibilidad de madera—. Por otra parte, hay que considerar que para tener niños superfluos hay que tener dinero superfluo. Una criatura no viene al mundo comida y vestida...

Al rostro de la recién parida asoma una expresión de culpabilidad, como si pensara que había dado a luz a un ser vivo sin permiso o por mero capricho.

Kiriákov suspira, se levanta y sale con paso medido.

—¡Qué raro es! —dice a la madre la comadrona—. ¡Qué serio! ¡Ni siquiera se sonríe!

La recién parida cuenta que él es siempre así... Honrado, justo, formal, razonablemente ahorrativo...; pero todo en un grado tan extraordinario que los demás se sienten ahogados en su presencia. Los parientes acabaron distanciándose de él, las sirvientas no duran en la casa arriba de un mes, no tienen conocimientos, la mujer y los niños viven en perpetua tensión por el miedo a cada uno de sus pasos. No pega ni grita..., tiene muchas más cualidades que defectos; pero cuando sale de casa todos se sienten más sanos y más ligeros. ¿Por qué todo esto...? La esposa es la primera que no puede comprenderlo.

—Es preciso fregar bien las palanganas y guardarlas en el ropero —dice Kiriákov entrando otra vez en el dormitorio—. Estos frascos hay que guardarlos también, pueden volver a servir.

Todo cuanto dice es muy sencillo, muy común...; pero la comadrona, sin saber por qué, experimenta al oírle un sentimiento de repulsión. Empieza a tener miedo de este hombre y se estremece cada vez que oye sus pasos. Por la mañana, cuando se dispone a marcharse, ve tomando el té en el comedor a un colegial, el pequeño y pálido hijo de Kiriákov. Éste está frente a él diciéndole con su voz mesurada y tranquila:

—Ya que has aprendido a comer, debes aprender también a trabajar. Ahora mismo acabas de beberte un trago, pero ¿a que con seguridad no has pensado en que ese trago cuesta dinero y que el dinero se consigue trabajando...? ¡Come, pero piensa al mismo tiempo...!

La comadrona mira el rostro embotado del chiquillo y le parece que también el aire se ha contagiado de aquella pesadez y que, un poco más, y hasta las paredes se derrumbarán sin poder resistir por más tiempo la presencia opresora del hombre extraordinario. Llena de odio hacia él y presa de espanto, María Petrovna coge sus bábulos y se marcha apresuradamente.

A medio camino, se acuerda de que se ha olvidado de recoger sus tres rublos y, deteniéndose, medita un momento. Luego hace un gesto de indiferencia y echa a andar otra vez.

MIS PRECEPTOS

(Мой Домострой)

Cuando me repongo del sueño por la mañana y me planto ante el espejo para ponerme la corbata, entran en mi habitación en silencio y ceremoniosas mi suegra, mi esposa y mi cuñada. Se colocan en fila y me dan los buenos días con una sonrisa de respeto. Asiento con la cabeza y les doy un discurso con el que explicarles que el cabeza de la casa, soy yo.

—Soy yo, *racailles*, quien les da de comer, de beber, quien las instruye —les digo—, quien les enseño, memas, el ingenio y la razón, y por eso están obligadas a respetarme, a venerar, a temblar y admirarse con mis obras, y a no traspasar los límites de la obediencia ni un milímetro, o de lo contrario... ¡Oh, ya me conocen, un centenar de demonios y una bruja! ¡Las envío al cuerno! ¡Les enseñaría lo que es bueno...!

Después de escuchar mi discurso, mis coinquilinas salen y se ponen a sus tareas. Mi suegra y mi esposa llevan los artículos a las redacciones: mi esposa a *El despertador*, mi suegra a *Noticias del día*, que dirige Lipskierov. Mi cuñada se sienta a pasar a limpio mis folletines, mis relatos y mis tratados. Para cobrar mis honorarios, mando a mi suegra. Si el editor es de poco pagar y de invitar con «desayunos», entonces antes de mandarla a por el honorario, alimento tres días a mi suegra sólo con carne cruda, hasta que se enfurece y puede inspirarle un odio insuperable hacia la tribu editorial. Enrojecida, feroz, en plena ebullición, va a por el sueldo, y no ha habido vez en que volviese con las manos vacías. En sus obligaciones está proteger mi persona de los acreedores inoportunos. Si son muchos los acreedores y no me dejan dormir, pues infecto a mi suegra la rabia con el método de Pasteur, y la coloco en la puerta: ¡no se cuele ni un truhán!

Durante la comida, mientras me recreo en la sopa y el ganso con col, mi esposa se sienta al piano y toca para mí alguna parte del *Boccaccio*, o de *Elena* y *Las campanas de Corneville*, y mi suegra y mi cuñada danzan entorno a la mesa. A la que más me complace le prometo regalarle un libro de mi autoría junto al facsímil. Pero no mantengo la promesa porque la agraciada, por cualquier cosa que hace ese mismo día, incurre en mi ira, perdiendo así el derecho al premio. Más tarde, cuando me relajo en el diván, con el olor del tabaco extendiéndose a mi alrededor, mi cuñada lee en voz alta mi trabajo, mientras mi suegra y mi esposa escuchan.

—¡Oh, qué bonito! —están obligadas a exclamar—. ¡Magnífico! ¡Qué profundidad de pensamiento! ¡Qué marea de sentimientos! ¡Increíble!

Cuando me empiezo a quedar dormido, ellas se sientan a un lado y susurran en voz fuerte, para que yo pueda escuchar:

—¡Es un genio! ¡No, es un genio extraordinario! ¡Cuánto se pierde la humanidad

por no intentar comprenderlo! ¡Pero qué suerte la nuestra, tan miserables, que vivimos bajo el mismo techo de un genio así!

Si me quedo dormido, la que esté de servicio se sienta junto a la cabecera y espanta las moscas con un abanico.

Al despertar, grito:

—¡Pesadas, un té!

Y el té ya está listo. Lo traen y me piden con una reverencia:

—¡Coma, padre y benefactor! Aquí tiene la mermelada, aquí un bollo... Es la ofrenda que le damos.

Terminado el té, suelo castigarlas por fallos en el bienestar. Si no hay fallos, el castigo se registra a cuenta futura. El grado del castigo responde a la magnitud del fallo.

Así, si no estoy satisfecho con una de las copias, con el baile o con la mermelada, entonces la culpable está obligada a aprenderse de memoria varias escenas de la vida de un comerciante, correr a la pata coja por todas las habitaciones e ir buscar los honorarios a una redacción en la que yo no trabaje. En caso de desobediencia o expresión de descontento, recurro a medidas más severas: la encierro en la despensa, le doy a oler amoníaco y cosas así. Si mi suegra comienza a revolverse, entonces hago llamar al alguacil y al portero.

Por la noche, mientras duermo, ninguna de mis tres inquilinas duerme, sino que recorren las habitaciones y hacen guardia para que los ladrones no roben mis obras.

CIENO

(Тина)

I

Un joven con una casaca de oficial, blanca como la nieve, entró en el gran patio de la destilería de vodka *M. E. Rothstein Herederos*, balanceándose con gracia en su montura. El sol sonreía ligeramente en las pequeñas estrellas del teniente, en los blancos troncos de los abedules, en los montones de cristales rotos dispersos por aquí y por allá en el patio. La belleza radiante y vigorosa de ese día de verano lo cubría todo, y nada le impedía al follaje joven y frondoso agitarse con alegría y hacerle un guiño al despejado cielo azul. Ni siquiera el aspecto sucio de los cobertizos de ladrillos ni la peste asfixiante a aceite de fuel estropeaban el ambiente general. El teniente saltó del caballo contento, se lo entregó al mozo que llegaba corriendo y entró por la puerta principal mientras alisaba su fino bigote negro con un dedo. En el peldaño más alto de una antigua escalera lo recibió una sirvienta de rostro avejentado y un tanto estirado. El teniente le dio su tarjeta sin decir nada.

Mientras se dirigía al aposento con la tarjeta, la sirvienta pudo leer en la tarjeta: «Aleksandr Grigorievich Sokolski». Al minuto regresó y le dijo al teniente que la señora no podía recibirlo, ya que no se encontraba del todo bien. Sokolski miró al techo y estiró el labio inferior.

—¡Qué fastidio! —dijo—. Escúcheme, querida —rompió a hablar vivamente—. Vaya y dígle a Susanna Moiséievna, que necesitaría hablar con ella sin falta. ¡Sin falta! La entretendré sólo un minuto. Le pido disculpas.

La sirvienta se encogió de hombros y fue con desgana a ver a la señora.

—¡Está bien! —suspiró, al regresar un poco después—. ¡Preséntese!

El teniente atravesó tras ella cinco o seis grandes habitaciones, decoradas lujosamente, un pasillo y se encontró, al final del todo, en una estancia cuadrada, espaciosa en la que le admiró, nada más entrar, la abundancia de plantas floridas y un olor dulzón a jazmín, tan denso que repugnaba. Las flores se extendían a lo largo de las paredes, cubriendo las ventanas, colgando del techo; se enredaban en las esquinas, de modo que la habitación parecía más un invernadero, que un local habitable. Los azulejos, los canarios y los jilgueros volaban con pitidos entre el follaje, y se golpeaban con los cristales de las ventanas.

—¡Disculpe que lo reciba aquí, por favor! —el teniente escuchó una viva voz femenina que deslizaba el sonido r con cierto agrado—. Estuve ayer con migrañas, y para que no se repitan hoy, intento estar inmóvil. ¿Qué es lo que desea?

Justo frente a la entrada, en una gran butaca antigua, con la cabeza reposando

sobre una almohada, estaba sentada una mujer con una cara bata china y la cabeza cubierta con un pañuelo de lana. Tras él se veía sólo una pálida nariz, larga, puntiaguda y algo respingona, y un ojo negro y grande. La bata holgada disimulaba sus formas y estatura, pero por su bella mano blanca, su voz, su nariz y el ojo no habría quién le echara más de veintiséis o veintiocho años.

—Disculpe mi insistencia... —comenzó el teniente, haciendo sonar sus espuelas—. Tengo el honor de presentarme: ¡Sokolski! Un primo mío y vecino suyo, Alekséi Ivánovich Kriúkov, me encargó venir a verla y...

—¡Ah, ya lo sé! —interrumpió Susanna Moiséievna—. Conozco a Kriúkov. Tome asiento, no me gusta tener delante de mí algo tan grande.

—Me encargó mi primo rogarle cierta cosa —continuó el teniente, haciendo sonar sus espuelas otra vez antes de sentarse—. El asunto es que su difunto padre le había comprado avena a mi primo en invierno, pero le dejó a deber una pequeña suma. El plazo de los pagarés vencerá dentro de una semana y mi primo le ruega encarecidamente si fuera posible pagar hoy esa deuda.

El teniente hablaba y miraba de reojo a los lados.

«¿Por qué estoy en el dormitorio?», pensaba.

En una de las esquinas de la habitación bajo un baldaquino rosado, parecido a un sepulcro, había una cama desecha con un colchón rugoso. Allí mismo, sobre dos butacas, yacían montones de vestidos arrugados de mujer. Faldas y mangas con encajes y volantes tirados sobre la alfombra, en la que se veían también alguna cinta, dos o tres colillas y papeles de caramelos... Bajo la cama asomaban las puntas romas y agudas de una larga fila de zapatos de toda clase. Al teniente le pareció que el empalagoso olor a jazmín no venía de las flores, sino de la cama y los zapatos.

—¿De cuánto es la suma de la deuda? —preguntó Susanna Moiséievna.

—De dos mil trescientos.

—¡Ahá! —dijo la hebrea, mostrando su otro gran ojo negro—, ¡Y decía usted que era poco! Sería lo mismo pagarlo hoy que dentro de una semana, pero, en estos dos meses tras la muerte de mi padre he tenido tantos pagos, tantas gestiones estúpidas... ¡La cabeza me da vueltas! Le ruego encarecidamente, me hace falta ir al extranjero, y me obligan a dedicarme a estupideces. El vodka, la avena —farfulló, cerrando los ojos a medias—, la avena, las deudas, los intereses, o como dice mi tendero, «los inteses»... Es un horror. Ayer sin ir más lejos eché al cobrador. Se me arrima y le digo: ¡Váyase al diablo, no recibo a nadie! Así que besó la mano y se fue. Mire: ¿tal vez podría su primo esperar dos o tres meses?

—¡Una pregunta cruel! —se rió el teniente—. ¡Mi primo podría esperar hasta un año, pero soy yo quien no puede esperar! Debo decirle que esta gestión la hago por mí. Me hace falta el dinero sea como sea, y a mi primo ya no le sobra ni un rublo. Por fuerza debo ir a recoger el dinero. Antes estuve con un *muzhik* terrateniente, estoy sentado con usted, de aquí me iré aún a algún otro sitio, y así hasta que no recolecte cinco mil. ¡Falta me hace ese dinero!

—Espere, ¿para qué quiere un joven tanto dinero? Caprichos, travesuras. ¿Se lo gastó de fiesta, lo perdió jugando, es que se va a casar?

—¡Ha acertado! —se rió el teniente y, levantándose levemente, hizo sonar sus espuelas—. Ésa es la verdad, me caso...

Susanna Moiséievna le echó una mirada atenta a su visitante, puso una cara amarga y suspiró.

—¡No entiendo por qué a la gente le gusta casarse! —dijo buscando a su alrededor el pañuelo—. La vida es tan corta, hay tan poca libertad, y se siguen poniendo ataduras.

—Cada uno tiene su visión...

—Sí, sí, por supuesto, cada uno tiene su visión... Pero escuche, ¿se casaría usted con una pobre? ¿Por un amor apasionado? ¿Y por qué le hacen falta cinco mil, y no cuatro mil o tres mil?

«¡Cómo tiene de larga la lengua!», pensó el teniente y respondió:

—La historia es que, por ley, un oficial no puede casarse antes de los veintiocho años. Si quisiera casarse, deberá o abandonar servicio o depositar una fianza de cinco mil rublos.

—Ahá, ahora entiendo. Escuche, usted dijo que cada uno lo ve a su manera... Puede ser que su novia sea alguna notable pero... Decididamente no lo entiendo, ¿cómo puede un hombre honesto vivir con una mujer? Que me maten si lo entiendo. Llevo vividos, gracias al Señor, veintisiete años, pero nunca en mi vida he visto a una mujer pasable. Todas son unas afectadas, unas inmorales, unas mentirosas... Únicamente soporto a las sirvientas y a las cocineras, y a éstas a las que llaman honestas no las dejo acercarse ni a un tiro de escopeta. Sí, gracias a Dios, ellas mismas me odian y no se me acercan. Si les hace falta dinero, mandan al marido porque ellas mismas no vienen por nada. Y no es por orgullo, no, sino por simple cobardía, por miedo a que les monte una escenita. ¡Ah, comprendo perfectamente su odio! ¡Es más! Pongo a la vista con franqueza lo que ellas intentan ocultarle con todas sus fuerzas a Dios y a los hombres. ¿Cómo no odiarme tras eso? Seguro que a usted ya le hablaron de mí por los codos...

—Hace tan poco llegué aquí, que...

—¡Bueno, bueno, bueno...! ¡Lo veo en sus ojos! ¿De verdad la mujer de su primo no lo precavió en su partida? ¿Permite a un joven ir a ver a una mujer tan terrible sin prevenirlo? No es posible, ja, ja... ¿Bueno qué, cómo está su primo? Es tan valioso, un hombre tan guapo... Lo vi varias veces en la misa. ¿Por qué me mira así? ¡Yo voy a la iglesia con frecuencia! Todos tenemos un Dios. A las personas instruidas no les importan tanto el aspecto como el interior... ¿No es cierto?

—Sí, por supuesto... —sonrió el teniente.

—Sí, el aspecto interior... Y usted no se parece en nada a su primo. Usted es guapo también, pero su primo mucho más. ¡Es asombroso lo poco que se parecen!

—No es tan raro. No somos hermanos sino primos.

—Sí, es cierto. Entonces, ¿seguro le hace falta el dinero hoy? ¿Por qué hoy?

—En unos días se vence el plazo de mi licencia.

—¡Bueno! ¿Qué le vamos a hacer? —suspiró Susanna Moiséievna— ¡Le daré el dinero, aunque sé que después me maldecirá! Tras la boda se peleará con su mujer y dirá: «¡Si aquella tacaña judía no me hubiera dado el dinero ahora sería libre como un pájaro!». ¿Su novia es apuesta?

—Sí, no está mal...

—¡Mmm...! Bueno, algo es algo. Mejor belleza a nada. Por lo demás, por mucha belleza que tenga una mujer no puede compensar al marido por su vacío.

—¡Esto es nuevo! —se rió el teniente—. ¡Usted misma es mujer, y es tan misógina!

—Mujer... —sonrió Susanna con malicia—. ¿Acaso soy culpable de que Dios me diera este envoltorio? Tanta culpa tengo de eso como usted de que tenga bigotes. No depende del violín la elección de la funda. Me gusto mucho, pero cuando me recuerdan que soy mujer comienzo a odiarme. Bueno, ahora salga de aquí que tengo que vestirme. Espéreme en la sala.

El teniente salió y, en primer lugar, suspiró profundo para librarse del pesado olor a jazmín por el que ya le empezaba a dar vueltas la cabeza y a picarle la garganta. Estaba asombrado.

«¡Qué extraña! —pensaba mirando alrededor—. Todo fluía, pero... demasiado incluso. A decir verdad, tiene algo de psicópata».

La sala se encontraba decorada ricamente, con pretensiones de lujo y moda. Había platos de bronce oscuros, con relieves, vistas de Niza y del Rin en las mesas, jarrones antiguos, estatuillas japonesas; pero todos esos intentos de lujo y seguir las modas sólo resaltaban falta de gusto, sobre la que gritaban sin descanso las comisas doradas, el papel tapiz coloreado, los vividos manteles de terciopelo, las malas oleografías de marcos pesados. La falta de gusto la completaba ese inacabado y estrechez superflua, cuando parece que falta algo y que muchas cosas se deberían desechar. Se advertía que todo el ambiente no había sido adquirido de una vez, sino por partes, por medio de ocasiones ventajosas, de remates.

A saber cómo eran los gustos propios del teniente, pero incluso él advirtió que todo el ambiente tenía una característica peculiar, que no podía borrar ni el lujo ni la moda, y precisamente: la ausencia absoluta de toda huella de mano femenina; de una dueña que, como hacen, otorgara al decorado de la habitación un matiz de calidez, poesía y comodidad. Todo aquí transmitía frialdad, como en las salas de las estaciones ferroviarias, los clubes y los *foyeres* teatrales.

De tradición judía no había casi nada en la habitación, salvo acaso un gran cuadro que representaba el encuentro de Jacob con Esaú. El teniente echó una mirada a su alrededor y, tras encogerse de hombros, pensó en su nueva y extraña conocida, en su fresca y manera de hablar. Pero he aquí que se abrió la puerta y en el umbral apareció ella misma, esbelta, con un largo vestido negro de talle muy apretado, como

torneado. El teniente pudo ver entonces no sólo su nariz y sus ojos, sino también su rostro blanco, delgado, y su cabellera negra, rizada. No le gustó, aunque tampoco le pareciera fea. En general tenía un prejuicio contra los rostros que no son rusos. Notó además que los rizos negros y las cejas tupidas no le iban en absoluto al rostro blanco de la dueña, que con su blancura le recordaba, por algún motivo, al empalagoso olor a jazmín; y que su nariz y sus orejas eran asombrosamente pálidas, como si fueran de un muerto o estuvieran moldeadas con cera. Al sonreír enseñó unas pálidas encías bajo los dientes que tampoco le agradaron.

«Palidez endémica... —pensó—. Seguramente sea tan nerviosa como un pavo».

—¡Ya estoy! ¡Vamos! —dijo ella, yendo delante con rapidez, y arrancando por el camino las hojitas amarillas de las flores—. Ahora le daré el dinero, y si quiere, le serviré un desayuno. ¡Dos mil trescientos rublos! Después de este *gesheft*, de un negocio tan bueno, tendrá hambre. ¿Le gustan mis habitaciones? Las señoras de la zona dicen que en mi casa huele a ajo. Con esa agudeza de cocinera queda agotado todo su ingenio. Me apresuro a asegurarle, que no tengo ajos ni en el sótano. Una vez que vino de visita un doctor que olía a ajo, le rogué tomar su sombrero e irse con su fragancia a otra parte. En mi casa no huele a ajo, sino a medicinas. Mi padre estuvo acostado con parálisis año y medio, y las medicinas perfumaron toda la casa. ¡Año y medio! Me da pena de él, pero me alegro de que haya muerto: ¡sufrió tanto!

Llevó al oficial por dos habitaciones parecidas a la sala, por un salón y se detuvo en su gabinete, donde había un pequeño escritorio femenino cubierto de baratijas. Cerca de éste, sobre la alfombra, estaban tirados varios libros abiertos y torcidos. En el gabinete había una puerta pequeña, por la que se veía una mesa puesta para el desayuno.

Sin dejar de charlar, Susanna se sacó del bolsillo un manojito de llaves pequeñas, y abrió cierto armario con el mecanismo con una tapadera deslizante. Cuando la tapadera se alzó, el armario resonó con una melodía quejosa, que le recordó al teniente un arpa. Susanna eligió otra llave y la giró por segunda vez.

—Por aquí están los pasajes subterráneos y las puertas ocultas —dijo sacando una pequeña cartera—. ¿Un armario ridículo, no es verdad? En esta cartera está la cuarta parte de mi fortuna. ¡Mire qué gorda! ¿No me vaya a asfixiar, eh?

Susanna levantó la mirada hacia el teniente y se rió con gracia. El teniente se rió también.

«¡Es una gloria!», pensó, mientras miraba cómo las llaves corrían entre sus dedos.

—¡Aquí está! —dijo ella, sacando la llave de la cartera—. Bueno, señor acreedor, saque a escena los pagarés. ¡Qué cosa tan tonta es en general el dinero! ¡No vale para nada pero cómo le gusta a las mujeres! ¿Sabe?, yo soy judía hasta la médula, me gustan a rabiar los shmuls y los yankels, pero lo que me repugna de mi sangre semítica, es esa pasión por el lucro. Acumulan, y ni siquiera ellos saben, para qué acumulan. Hay que vivir y disfrutar, y tienen miedo de gastar un kopek de más. En ese sentido, yo me parezco más a un húsar que a un shmuls. No me gusta cuando el dinero está

mucho tiempo en un mismo lugar. En general, creo, me parezco poco a una judía. ¿Me delata mucho mi acento, verdad?

—¿Qué podría decirle? —murmuró el teniente—. Habla muy claro, sólo algunos sonidos...

Susanna se rió y metió la llavecita en la cerradura de la cartera. El teniente sacó del bolsillo un fajo de pagarés, y los puso sobre la mesa con un librito de apuntes.

—Nada delata tanto a un judío como su forma de hablar —continuó Susanna mirando alegre al teniente—. Por mucho que se las dé de ruso o de francés, pídale decir la palabra plumón, y él le dirá: *pliumón*... Y yo pronuncio correctamente: «¡plumón!, ¡plumón!, ¡plumón!».

Ambos se rieron.

«¡Por Dios, es una gloria!», pensó Sokolski.

Susanna puso la cartera en una silla, dio un paso hacia el teniente y, acercando su rostro al rostro de él, continuó:

—Después de los judíos, no amo a nadie tanto como a los rusos y los franceses. Fue mala estudiante en el instituto y no sé de historia, pero a mí me parece que el destino de la tierra está en las manos de esos dos pueblos. Yo viví largo tiempo en el extranjero... hasta viví medio año en Madrid... observé bastante a la gente, y llegué a la convicción de que, salvo rusos y franceses, no hay ningún pueblo honesto. Mire usted las lenguas... La lengua alemana es de caballos, el inglés, no se puede imaginar nada más estúpido que el inglés: *¡fight-feed-foot!* El italiano sólo es agradable cuando lo hablas despacio, pero si escuchas a las cotorras italianas, parece la mismísima jerga judía. ¿Y los polacos? ¡Dios mío, Señor! ¡No hay una lengua más repugnante! «Nie piepshi piepshem viepsha, Pietshe, bo mozhash pshepiepshits viepsha piepshem». Eso quiere decir: «no le pongas pimienta al cerdito, Piotr, puedes ponerle demasiada pimienta al cerdito». ¡Ja, ja, ja!

Susanna Moiséievna giró la mirada y arrancó a reír con una risa tan buena y contagiosa que el teniente, mirándola, se carcajeó contento y de modo ruidoso. Ésta tomó de un botón al visitante y continuó:

—A usted, por supuesto, no le gustan los judíos... No lo discuto, tienen muchos defectos, como cualquier nación. ¿Pero acaso tienen la culpa los judíos? ¡No, los judíos no son los culpables, sino sus mujeres! Ellas no son listas, son avaras, sin ninguna poesía, aburridas... ¡Usted nunca ha vivido con una judía y no conoce sus encantos!

Susanna Moiséievna alargó esas últimas palabras, ya sin animación y sin reírse. Se calló, como asustada por su franqueza, y su rostro de pronto se descompuso de una manera extraña e inexplicable. Sus ojos, sin parpadear, se fijaron en el teniente, sus labios se abrieron y revelaron unos dientes prietos. En todo su rostro, en su cuello e incluso en su pecho tembló una expresión maligna, felina. Sin apartar los ojos de su visitante, inclinó su talle hacia un costado con rapidez, y con ímpetu, como una gata, agarró algo de la mesa. Todo eso fue en cuestión de segundos. Siguiendo sus

movimientos, el teniente vio cómo sus cinco dedos estrujaron sus pagarés, cómo el blanco papel quebradizo pasó fugazmente ante sus ojos y se esfumó en el puño. Tal cambio brusco, inusitado de la risa bondadosa al delito lo asombró tanto, que se puso pálido y dio un paso atrás...

Y ella, sin quitar de él sus ojos asustados e inquisitivos, se pasaba el puño apretado por la cadera, y buscaba el bolsillo. Su puño, inquieto como un pez recién pescado, se pegaba contra el bolsillo y no entraba a la abertura. Un instante más, y los pagarés se hubieran esfumado en los escondrijos del vestido, pero ahí el teniente gritó levemente y, movido más por el instinto que por la razón, agarró a la judía por el brazo, cerca del puño apretado. Ésta, enseñando más los dientes, tiró con todas sus fuerzas y liberó su brazo. Entonces Sokolski la agarró con fuerza por la cintura con un brazo, y por el pecho con el otro, y empezó una lucha entre ellos. Temiendo ofender su feminidad y causarle dolor, intentaba solo no dejarla moverse, y cazar el puño con los pagarés; y ella, como una anguila, se retorció en sus brazos con su cuerpo ágil y elástico, tiraba, le pegaba en el pecho con los codos y lo arañaba de tal forma que las manos de él andaban por todo su cuerpo, y a la fuerza le causaba dolor y ofendía su pudor.

«¡Qué raro es todo esto! ¡Qué extraño!», pensaba asombrado, sin poder creérselo, y sintiendo con todo su ser cómo le daba náuseas el olor a jazmín.

Callados, respirando con dificultad, tropezando con los muebles, iban de un lugar a otro. Susanna se aficionó a la lucha. Se sonrojó, cerró los ojos y una vez incluso, fuera de sí, apretó su rostro fuertemente contra el rostro del teniente de forma que a éste le quedó en los labios un sabor dulzón. Finalmente, él logró agarrar el puño... Como al abrirlo no encontró los pagarés, soltó a la judía. Enrojecidos, despeinados, respirando con dificultad, se miraban el uno al otro. La expresión maligna, felina en el rostro de la judía, poco a poco, se tomó una sonrisa bondadosa. Se rió a carcajadas y, volviéndose sobre un pie, se dirigió a la habitación donde habían preparado el desayuno. El teniente arrastró los pies detrás. Ella se sentó a la mesa y roja aún, respirando con dificultad, se bebió media copita de oporto.

—Escúcheme —rompió el silencio el teniente—. Espero que esté usted bromeando.

—Para nada —respondió ella, metiéndose en la boca un trocito de pan.

—¡Mmm! ¿Y cómo me tengo que tomar esto?

—Como guste. ¡Siéntese a desayunar!

—¡Pero... es que esto es deshonesto!

—Podría ser. Pero no se moleste en darme un sermón. Tengo mi propia visión de las cosas.

—¿No me los va a dar?

—¡Por supuesto que no! Si usted fuera un hombre pobre, infeliz, que no tiene qué comer, bueno, otro gallo nos cantaría. ¡Pero lo que usted quiere es casarse!

—¡Pero es que no es mi dinero, sino el de mi primo!

—¿Y su primo, para qué quiere el dinero? ¿Para que su mujer se vista a la moda? Y a mí, resueltamente, me da lo mismo si su *belle-soeur* tiene vestidos o no.

El teniente se había olvidado que estaba en una casa ajena, con una dama desconocida, y no lo cohibía la decencia. Caminaba por la habitación, fruncía el ceño y tiraba de su chaleco de modo nervioso. Que con su acto deshonesto la judía se hubiera rebajado ante sus ojos, le había hecho crecerse.

—¡A saber! —farfullaba él—. ¡Mire, yo no me iré de aquí hasta que me entregue los pagarés!

—¡Ah, pues muy bien! —se reía Susanna—. Quédese a vivir aquí si quiere, así me lo pasaré mejor.

Alterado por el forcejeo, el teniente miraba el rostro risueño y descarado de Susanna, su boca que masticaba, su pecho que respiraba con dificultad, se tornaba y se crecía aún más. Por algún motivo, en lugar de pensar en los pagarés, empezó a recordar los cuentos de su primo sobre las aventuras románticas de la judía, sobre su modo de vida liberal, y esos recuerdos sólo incitaban su temeridad. Impetuosamente, se sentó al lado de la judía y, sin pensar en los pagarés, se puso a comer...

—¿Quiere usted vodka o vino? —preguntó Susanna riéndose— ¿Entonces se quedará esperando los pagarés? ¡Pobre...! ¡Cuántos días y noches tendrá que pasar conmigo esperándolos! ¿Estará de acuerdo su novia?

II

Cinco horas transcurrieron. El primo del teniente, Alekséi Ivánovich Kriúkov, envuelto en una bata y con pantuflas, paseaba por las habitaciones de su hacienda y largaba miradas impacientes por la ventana. Era un hombre alto, recio, con una gran barba negra, un rostro varonil y, como había dicho con acierto la judía, apuesto aunque ya había traspasado esa edad en que los hombres engordan demasiado, echan barriga y se quedan calvos. Por su razón y juicio pertenecía a ese número de naturalezas que enriquece tanto a nuestra intelectualidad: cordial y bondadoso, instruido, no ajeno a las ciencias, las artes, la fe, a los conceptos del honor más caballerescos, pero no tampoco profundo y aburrido. Le gustaba comer y beber bien, jugaba al *whist* a las mil maravillas, tenía gusto para las mujeres y para los caballos. En lo demás era lento e impasible, como una foca, y para sacarlo de su estado de sosiego, se requería algo inusitado, demasiado perturbador. Entonces ya se olvidaba de todo en el mundo, y mostraba una extrema movilidad: vociferaba sobre un duelo, escribía una petición de siete hojas al ministro, galopaba por el distrito rompiéndose la cabeza, fusilaba en público al «canalla», se metía en pleitos.

—¿Cómo es que nuestro Sasha no está aquí hasta ahora? —le preguntaba a su mujer, asomado a la ventana—. ¡Ya es la hora de comer!

Esperaron al teniente hasta las seis y los Kriúkov se sentaron a comer. Por la

noche, cuando ya era hora de cenar, Alekséi Ivánovich prestaba atención a los pasos, a los golpes de las puertas, y se encogía de hombros.

—¡Es raro! —decía—. Debe ser que el canalla se quedó donde el arrendatario.

Cuando se fueron a dormir tras la cena, Kriúkov decidió que el teniente había alargado su visita al arrendatario, porque tras una buena borrachera, se habría quedado a pernoctar.

Aleksandr Grigorievich regresó a la casa al día siguiente por la mañana. Traía un aspecto confuso y arrugado en extremo.

—Tengo que hablar contigo a solas —le dijo a su primo con misterio.

Fueron al gabinete. El teniente cerró la puerta y, antes de empezar a hablar, caminó un buen rato de una esquina a la otra.

—Ha pasado una cosa —comenzó— que no sé ni cómo contarte. No me vas a creer...

Y sin mirar a su primo, sonrojado, le narró la historia de los pagarés. Kriúkov, abriendo las piernas y bajando la cabeza, escuchaba y fruncía el ceño.

—¿Bromeas? —preguntó.

—¿Cómo diablos voy a estar bromeando? ¡Qué gracia puede tener!

—¡No lo entiendo! —musitó Kriúkov, poniéndose azul y extendiendo los brazos—. Esto es... es hasta inmoral por tu parte. La mujerzuela, ante tus propios ojos, comete un delito de tal vileza, vaya a saber con qué la tentó el diablo, ¡y tú vas y la besas!

—¡Pero es que ni yo mismo sé cómo pudo pasar! —susurró el teniente, parpadeando de modo culpable—. ¡Palabra de honor que no lo entiendo! ¡Por primera vez en mi vida me tropiezo con un monstruo así! No te atrapa con su belleza, ni con la mente, ¿entiendes? Sino con ese cinismo, con ese descaro...

—Descaro, cinismo... ¡Qué pulcro es eso! ¡Si lo que querías era descaro y cinismo, haber agarrado a un cerdo del fango y habértelo comido vivo! Por lo menos, es más barato. ¡Dos mil trescientos!

—¡Qué bien lo dices! —arrugó el rostro el teniente—. ¡Te daré esos dos mil trescientos!

—Claro que me los vas a dar, ¿pero es que todo el asunto está en el dinero? ¡Al diablo el dinero! A mí me preocupa tu debilidad... ¡Tu falta de ánimo! ¡Estás prometido! ¡Tienes novia!

—No me lo recuerdes... —se sonrojó el teniente—. A mí mismo ahora me repugna. Ya puedo hundirme en tierra. Me da asco y fastidia que, por esos cinco mil, tendré que ir a ver a mi tía...

Kriúkov se perturbó y refunfuñó un rato más aún. Cuando ya se había calmado, se sentó en el sofá y empezó a burlarse de su primo.

—¡Los tenientes! —decía con una voz irónica, despectiva—. ¡Los novios!

De pronto saltó como un resorte, golpeó el suelo y corrió por el gabinete.

—¡No, esto no va a quedar así! —rompió a hablar, agitando el puño—. ¡Los

pagarés los voy a cobrar! ¡Los tendré! ¡La voy a hornear! No hay que pegar a las mujeres, pero... ¡No le va a quedar hueso sano! ¡Yo no soy teniente! ¡A mí no me va a ablandar con descaro y cinismo! ¡Nooo! ¡Al diablo con ella! ¡Mishka! —gritó—. Rápido, ¡que preparen el coche de carrera!

Kriúkov se vistió con rapidez y, sin escuchar al alarmado teniente, se sentó en el coche de carrera, agitó la mano resuelto y partió hacia la casa de Susanna Moiséievna. El teniente observaba por la ventana la nube de polvo que dejaba atrás el coche, se desperezó, bostezó y se fue a su habitación. Al cuarto de hora ya dormía con un sueño profundo.

A las seis lo despertaron y lo llamaron a comer.

—¡Qué amable por parte de Alekséi! —lo recibió la cuñada en el comedor—. ¡Se hace esperar para comer!

—¿Todavía no ha venido? —bostezó el teniente—. Mmm... Quizá pasó a ver al arrendatario.

Pero Alekséi Ivánovich tampoco regresó para la cena. Su mujer y Sokolski decidieron que estaría jugando a las cartas con el arrendatario y, casi seguro, se quedaría allí a pernoctar. Pero no ocurrió lo que ellos habían supuesto.

Kriúkov regresó al día siguiente por la mañana y, sin saludar a nadie, en silencio, se metió en su gabinete.

—¿Entonces? —susurró el teniente, mirándolo fijamente.

Kriúkov hizo un ademán con la mano y refunfuñó.

—¿Pero qué pasa? ¿De qué te ríes?

Kriúkov se tumbó en el diván, hundió su cabeza en el cojín y se sacudió con una carcajada reprimida. Al minuto se levantó y, mirando al asombrado teniente, dijo llorando de risa:

—Cierra la puerta. ¡Lo que yo te diga, madre mía, qué mujer!

—¿Cobraste la deuda?

Kriúkov movió la mano y se carcajeó de nuevo.

—¡Qué mujer! —continuó—. ¡*Merci*, primo, por presentármela! Es un diablo con falda. Llego a su casa, entro, ¿y sabes qué? Me enfurecí tanto que a mí mismo me da miedo, como si fuera Júpiter..., me exasperé, hasta apreté los puños para ser más imponente... «¡Señora, se lo advierto, no me gustan las bromas!», y cosas así le dije. Y la amenacé con llevarla a juicio, con el gobernador... Ella primero lloraba, dijo que había bromeado contigo, y hasta me llevó al armario, para darme el dinero. Después empezó a demostrar que el futuro de Europa estaba en las manos de los rusos y los franceses, maldijo a las mujeres... Yo, como tú, agaché las orejas como un burro... Hizo alabanzas de mi belleza, me dio palmadas en el brazo cerca del hombro para ver cómo era de fuerte y... y como ves, hasta esta hora no me he ido de su casa... Ja, ja... ¡Contigo está extasiada!

—¡Bravo! —se rió el teniente—. Casado, respetable... ¿No te da vergüenza? ¿Te da asco? Sin bromas, hermano, parece que en vuestro distrito vengáis de una zarina

Tamara...

—¿Qué demonios? ¡No encontrarás otro camaleón como ése en toda Rusia! Desde que nací no he visto nada igual, y eso que conozco bien ese lado. Hasta he vivido con brujas, pero nunca vi nada igual. Es eso, te engancha con su descaro y su cinismo. ¿Dónde reside su atractivo? Pues en esos cambios bruscos, la mudanza de colores, ese ímpetu... ¡Ufff! Y la deuda: *¡fuite!* Escribe: se perdió. Los dos somos grandes pecadores, pero el pecado a medias. No te tengo en cuenta los dos mil trescientos, sino la mitad. Asegúrate de decirle a mi mujer que estuve con el arrendatario.

Kriúkov y el teniente hundieron sus cabezas en los cojines y soltaron una carcajada. Alzaron las cabezas, se miraron el uno al otro, y cayeron sobre los cojines de nuevo.

—¡Los novios! —se burlaba Kriúkov—. ¡Los tenientes!

—¡Los casados! —respondía Sokolski— ¡Los respetables! ¡Los padres de familia!

Durante la comida hablaron con alusiones, se guiñaban el ojo, y cada poco, para sorpresa de los más cercanos, se carcajearon en las servilletas. Después de la comida, hallándose aún en un estado de ánimo excelente, se disfrazaron de turcos y, persiguiéndose con armas el uno al otro, representaron una guerra para los niños. Por la noche discutieron largo y tendido. El teniente demostraba que era bajo y ruin aceptar la dote de una mujer, incluso aunque hubiera amor apasionado por ambas partes. Kriúkov golpeaba la mesa con los puños y decía que eso era absurdo, que un marido que no deseara que su mujer tuviera una propiedad, era un egoísta y un déspota. Ambos gritaban, se acaloraban, no se entendían el uno al otro, bebieron bastante y, al final de todo, recogidos los faldones de sus batas, se retiraron a sus dormitorios. Se durmieron rápida y profundamente.

La vida continuó como antes, regular, ociosa y sin penas. Las sombras caían sobre la tierra, el trueno tronaba en las nubes, el viento a veces gemía de modo lastimero, como deseando demostrar que la naturaleza podía llorar también, pero nada alteraba la tranquilidad habitual de estos hombres. No hablaban de Susanna Moiséievna y los pagarés. Parecía que a ambos les diera vergüenza hablar en voz alta de esa historia. Sin embargo, la recordaban y pensaban en ella con placer, como una farsa curiosa que la vida les había interpretado inesperada y casualmente. Y que sería bonito recordarlo cuando fueran viejos...

Al sexto o séptimo día de su encuentro con la judía, Kriúkov estaba sentado en su gabinete escribiendo a su tía una carta de felicitación. Cerca de la mesa, Aleksandr Grigorievich se paseaba callado. El teniente había dormido mal por la noche, se había despertado de mal humor y ahora estaba aburrido. Andaba y pensaba en el plazo de su licencia, en su novia que lo esperaba, en cómo la gente no se aburría de vivir toda su vida en el campo. Quieto junto a la ventana, miró los árboles largo tiempo, se fumó tres cigarrillos seguidos, y de pronto se giró hacia su primo.

—Te tengo que pedir algo, Aliosha —dijo—. Déjame hoy el caballo de silla...

Kriúkov le echó una mirada inquisitiva y, frunciendo el ceño, continuó escribiendo.

—¿Entonces? ¿Me lo prestas? —preguntó el teniente.

Kriúkov le echó una mirada de nuevo, después puso lentamente una cajita en la mesa y sacó de allí un grueso fajo que le dio a su primo.

—Aquí tienes. Cinco mil... —dijo—. Aunque no son míos, da igual, ve con Dios. Te aconsejo que pidas un caballo de posta y te vayas. ¡De verdad!

El teniente, por su parte, le echó una mirada inquisitiva a Kriúkov, y de pronto se echó a reír.

—Lo has adivinado, Aliosha —dijo sonrojado—. En realidad quería ir a verla. Cuando la lavandera, ayer por la tarde, me dio esa maldita guerrera, la que llevaba entonces, y me olió a jazmín... ¡Me devolvió a aquel lugar!

—Debes ir.

—Sí, de verdad. Por cierto, mi licencia ya terminó. ¡Hoy mismo me voy! ¡Por Dios! Da igual lo que viva, siempre marchando... ¡Me voy!

Ese mismo día, antes de la comida, trajeron los caballos de posta. El teniente se despidió de Kriúkov y, colmándolo de buenos deseos, se fue.

Pasó una semana más. Era un día nublado, pero caluroso y sofocante. Desde la misma mañana temprana, Kriúkov vagaba por las habitaciones sin objeto, se asomaba a la ventana u hojeaba unas revistas que ya le cansaban. Cuando aparecían ante sus ojos la mujer y los niños, empezaba a murmurar enfadado. Le parecía que por alguna razón ese día los niños se portaban de modo repulsivo, que su mujer miraba mal a los sirvientes, que los gastos no encajaban con los ingresos. Es decir, que «el señor» no estaba de humor.

Después de comer, Kriúkov, al que no le había gustado ni la sopa ni el asado, mandó a enganchar su coche de carrera. Salió del patio lentamente, fue trotando un cuarto de versta y se detuvo.

«¿Y si fuera a ver a esa... a ese demonio?», pensó, mirando al cielo nublado.

Se echó a reír Kriúkov como si se hiciera esa pregunta por primera vez en todo el día. Y al instante en su corazón se pasó todo el aburrimiento, y en sus ojos ociosos brilló el placer. Fustigó al caballo...

Durante todo el trayecto se dibujó en su imaginación cómo la judía se sorprendería por su llegada, él se reiría, charlarían un poco y regresaría a casa como nuevo...

«Una vez al mes hay que refrescarse con algo... fuera de lo común —pensaba—. alguna cosa que produzca en el organismo estancado una buena sacudida... una reacción... Aunque sea pasajera... Susanna. Es necesario».

Ya estaba oscureciendo cuando entró al patio de la destilería de vodka. Desde las ventanas abiertas de la casa de la dueña se oían risas y unas melodías:

«Brilla más que el rayo, quema más que la llama», cantaba una fuerte voz de

hombre.

«¡Ahá, tiene visita!», pensó Kriúkov.

Le desagradó que ella tuviera visita. «¿Tengo que regresar?», pensaba mientras agarraba la campanilla. Pero aun así llamó y subió por la conocida escalera. Desde el vestíbulo se asomó al salón. Habría unos cinco hombres allí: todos hacendados y funcionarios conocidos. Uno, alto y delgado, estaba sentado al piano de cola, golpeaba las teclas con sus dedos largos y cantaba. Los otros escuchaban y mostraban los dientes con placer. Kriúkov se miró en el espejo, y estaba dispuesto a entrar al salón, cuando en el vestíbulo irrumpió la propia Susanna Moiséievna, alegre, con el mismo vestido negro... Al ver a Kriúkov se quedó petrificada por un segundo, después gritó e estalló de júbilo.

—¿Es usted? —dijo ella, tomándole la mano—. ¡Qué sorpresa!

—¡Aquí estamos! —sonrió Kriúkov, agarrándola por la cintura—, ¿Entonces? ¿El destino de Europa está en manos de rusos y franceses?

—¡Qué alegría! —rió la judía, quitando su mano con cuidado—. Bueno, venga al salón. Los conoce a todos... Mandaré que le sirvan un té. ¿Usted se llamaba Alekséi, verdad? Venga, vaya, yo iré ahora mismo...

Ella hizo un gesto con la mano y salió corriendo del vestíbulo, dejando tras de sí el mismo olor a jazmín dulzón y empalagoso. Kriúkov alzó la cabeza y entró al salón. Conocía de modo cercano a todos los que estaban en el salón, pero apenas los saludó con la cabeza. Ellos apenas le respondieron también, como si el lugar donde se habían encontrado fuera indecente, o como si hubieran acordado mentalmente que les era más cómodo no reconocerse los unos a los otros.

Kriúkov pasó del salón a la sala y de allí a otra estancia. Por el camino se encontró con tres o cuatro visitantes, también conocidos, pero que apenas lo reconocieron. Sus caras estaban achispadas y alegres. Alekséi Ivánovich los miraba de reojo y no terminaba de comprender cómo ellos, respetables hombres de familia, que habían pasado penurias y necesidades, se podían rebajar a una diversión tan triste. Se encogía de hombros, sonreía y proseguía andando.

«Hay sitios —pensaba— donde al sobrio le da asco, y al borracho se le alegra el espíritu. No recuerdo haber ido sobrio ni una vez a la opereta de las gitanas. El vino hace al hombre más bueno, y lo reconcilia con el vicio...».

De repente se detuvo de golpe, y se agarró con ambas manos al quicio de la puerta. En el gabinete de Susanna, sentado en escritorio, estaba el teniente Aleksandr Grigorievich. Estaba charlando con un judío gordo y grasiento y, al ver a su primo, se sonrojó y bajó su mirada hacia una revista.

Cierta sensación de vergüenza sacudió a Kriúkov y toda sangre se le subió cerebro. Desquiciado por la sorpresa, la vergüenza y el enfado, se paseó en silencio cerca del escritorio. Sokolski bajó la mirada aún más. Su cara se crispó con una expresión de vergüenza angustiosa...

—¡Ah, eres tú, Aliosha! —dijo, esforzándose en levantar la mirada y sonreír—.

Pasé por aquí a saludar, y ya ves... ¡Mañana mismo me marchó!

«¿Y qué le puedo decir? ¿Qué? —pensaba Alekséi Ivánovich—. ¿Lo podría juzgar estando yo mismo aquí?».

Y salió lentamente, murmurando, sin decir ni una sola palabra. «No la llames celeste, y no se la arrebates a la tierra...», cantaba en el salón la voz grave. Poco más tarde, el coche de Kriúkov ya iba sacudiendo el polvo del camino.

EL INQUILINO

(Жилец)

El ex abogado Bríkovich, que ahora vivía de las rentas de su esposa, dueña de la pensión «Tunis», y que era un hombre todavía joven, pero ya calvo, salió al pasillo, a medianoche, dando un portazo enorme.

—¡Estúpida, idiota, cascarrabias! —vociferó cerrando los puños—. ¡Ha sido el diablo quien me ha amarrado a ti, puf! ¡Para gritar más que esta bruja se necesita un cañón!

Bríkovich se ahogaba de rabia y de ira; y si, mientras iba por los largos pasillos de la pensión, se le hubiera puesto en el camino cualquier recipiente o el soñoliento camarero del piso, de fijo que habría dado rienda suelta a sus manos, para desahogar de algún modo su cólera. Quería blasfemar, gritar, patear... Y el Destino, como si tratara de prestarle un servicio comprendiendo su situación, le lanzó al encuentro al músico Jaliavkin, inquilino del cuarto número treinta y uno, que no pagaba el alojamiento. Jaliavkin, ante su puerta, teniéndose en pie a duras penas, trataba de introducir la llave en la cerradura. Jadeante, se daba a los diablos; pero la llave no le obedecía y siempre chocaba donde no debiera. Jaliavkin operaba febrilmente con una mano, y en la otra sostenía el violín enfundado. Bríkovich se abalanzó hacia él, como un buitre, y le gritó amenazador:

—¡Ah, es usted! Pues escuche, caballero: ¿cuándo piensa pagar la habitación? Lleva usted dos semanas sin dignarse abonarla, señor. Ordenaré que no le pongan calefacción. ¡Y le desahuciaré, señor mío, qué diablo!

—Me está usted... Me está molestando... —replicó impasible, el músico— *Au re... Au revoir.*

—Podía darle a usted vergüenza, señor Jaliavkin —continuó Bríkovich—. Gana usted ciento veinte rublos mensuales; muy suficientes para poder pagar. Es una falta de conciencia, caballero. Una infamia.

La llave, por fin, entró, y se abrió la puerta.

—Sí, señor, es una falta de honradez —prosiguió Bríkovich, entrando en la habitación detrás del músico—. Le prevengo que si mañana no abona la cuenta, pasado mañana presento la reclamación judicial. ¡Ya verá usted! Y haga el favor de no tirar al suelo colillas encendidas, que es usted capaz de quemar la casa. No permitiré que vivan borrachos aquí.

Jaliavkin miró a Bríkovich con sus ojillos ebrios y alegres; y se echó a reír.

—No comprendo por qué se sulfura usted... —barbotó, mientras encendía un cigarrillo, quemándose los dedos con la cerilla— ¡No lo comprendo! Admitamos que yo no pago la habitación. Muy bien, no la pago; pero ¿qué tiene usted que ver con todo esto? Haga el favor de explicármelo. ¿Qué le importa a usted? Tampoco usted

paga nada por el alojamiento; y yo me meto con usted. ¿No paga? Bueno, pues no pague. Allá usted. Ni falta que hace...

—¡Cómo! ¿Qué está usted diciendo?

—Pues lo que oye... El due... el dueño de esto no es usted, sino su honorabilísima esposa... Usted aquí..., usted aquí es tan inquilino como los demás... No es suya la pensión... Por consiguiente, ¿para qué se preocupa? Siga mi ejemplo: ¿ve usted cómo yo estoy tan tranquilo? Usted no paga por su alojamiento, ¿y a mí qué? No pague; ni falta que hace. Yo no me inquieto en absoluto.

—No puedo comprenderle, señor mío —gruñó Bríkovich, adoptando un aire de hombre ofendido y dispuesto a salir por los fueros de su honor.

—¡Ah, dispénseme! Se me había olvidado que la pensión fue su dote... Discúlpeme, Aunque, por otra parte, si lo miramos desde el punto de vista moral —prosiguió Jaliavkin, tambaleándose— no debiera usted enfurruñarse... Consiguió usted la pensión del bal..., de balde, por una toma de rapé... Bien vistas las cosas, es tan suya como mía... ¿Con qué razón se la apropió? ¿Con la de que es el marido...? Pues ¡vaya un mérito! Marido lo es cualquiera. Tráigame doce docenas de mujeres, y ya verá cómo soy marido de todas. ¡Y, además, gratis! Hágame ese favor...

La ebria perorata del músico debió de ponerle a Bríkovich el dedo en la llaga. Rojo y desconcertado, estuvo largo rato sin saber qué contestar; pero luego avanzó hacia Jaliavkin; y, mirándolo con ira reconcentrada, descargó un formidable puñetazo sobre la mesa.

—¿Cómo se atreve a decir eso? —rugió—. ¿Cómo se atreve?

—Un momento —masculló Jaliavkin, retrocediendo—. Eso es ya *fortissimo*. No me explico por qué se enfada de esa manera. Yo... no lo digo por ofender, sino..., sino como un elogio a usted. Si a mí se me terciara una señora con una pensión así, no lo pensaba un instante. ¡Deme usted una ocasión...!

—Pero..., ¿cómo se atreve a insultarme? —gritó Bríkovich; y dio otro puñetazo en la mesa.

—No lo comprendo —encogiose de hombros Jaliavkin, dejando de sonreír—. Pero, en fin..., como estoy borracho..., es posible que le haya ofendido... En tal caso, discúlpeme. ¡Mamita, perdona al primer violín! No quería ofenderle...

—Es un caso de cinismo —refunfuñó Bríkovich, un tanto calmado por el tono conciliador de Jaliavkin—. Hay cosas de las que no se debe hablar en tal forma...

—Bueno, bueno, no lo haré más... ¡No lo haré, mamita! ¡Venga esa mano!

—Tanto más cuanto que yo no le he dado motivo... —continuó Bríkovich, con acento ofendido, pero ya dulcificado totalmente, aunque no tendió la mano al inquilino—. Yo no le he hecho a usted nada malo.

—Efectivamente, no había por qué sa..., por qué sacar a relucir un asunto tan quisquilloso... La borrachera me suelta esta lengua estúpida... ¡Perdón, mamita! Soy enteramente una bestia. Voy a mojarme la cabeza con agua fría y se me refrescará el entendimiento.

—Ya de por sí es bien repugnante la vida para que, además, venga usted con sus insultos —dijo Bríkovich, paseándose agitado por la habitación—. Nadie ve la verdad; pero cada cual murmura lo que le viene en gana. Me imagino lo que se dirá de mí, a espaldas mías, en estas habitaciones. Me lo figuro. Evidentemente, he obrado mal: ha sido una torpeza mía abordarle a medianoche con el pago. Soy culpable, pero... hay que saber perdonar, hacerse cargo de la situación... Y en lugar de eso, me sale con insinuaciones ofensivas.

—¡Pero es que estoy borracho, hermano! Me arrepiento y lo lamento. Palabra de honor que lo siento..., mamita. Y, además, pagaré. A primeros de mes, en cuanto cobre, pago. ¿Paz y concordia? ¡Bravo! ¡Oh, amigo mío de mi alma, cómo me gustan las personas instruidas! Yo también... he estudiado en el *conservatoservatorio*... ¡Diablo, que no hay manera de pronunciar la palabreja!

Jaliavkin derramó unas lágrimas, agarró por un brazo a Bríkovich y le dio un beso en un carrillo:

—¡Ay, querido amigo! Estoy borracho como una cuba; pero de todo me hago cargo. Mamita, dile al camarero que le traiga el samovar al primer violín. Aquí, en cuanto dan las once, no andes por el pasillo ni pidas el samovar. Y a mí, después del teatro, me entran unas ganas de tomar té...

Bríkovich apretó el timbre.

—Timoféi, tráele el samovar al señor Jaliavkin —ordenó al camarero del piso, que acudió a la llamada.

—Imposible —respondió Timoféi con voz de bajo—. La señora tiene prohibido traer el samovar después de las once.

—¡Pues yo te lo mando! —tronó Bríkovich, palideciendo.

—¿Quién puede mandármelo si lo tengo prohibido...? —murmuró el camarero saliendo de la habitación—. Está prohibido, y se acabó.

Bríkovich se mordió los labios y se volvió hacia la ventana.

—¡Vaya una situación! —suspiró Jaliavkin—. S-sí, señor, la cosa se las trae... Ahora bien, no le dé vergüenza... Yo comprendo todo esto... Le veo el alma al trasluz. Conocemos esta psicología... Bueno ¡qué se le va a hacer...! Tomaremos vodka, ya que nos prohíben el té... ¿Quieres un trago de vodka?

Jaliavkin cogió de la ventana la botella y un trozo de embutido y se acomodó en el diván para comenzar a beber y a comer. Bríkovich contemplaba tristemente al borracho; y escuchaba su interminable charla. Acaso al ver aquella cabeza desgredada, aquella botella y aquel trozo de embutido barato, recordara una época reciente, cuando él era todavía pobre, pero libre. Lo cierto es que su rostro se ensombreció más aún, y le entraron ganas de beber. Llegándose hasta la mesa, se tomó una copa y carraspeó.

—¡Maldita vida! —exclamó, meneando la cabeza—. ¡Es algo repugnante! Ahí tiene: me ha ofendido usted, me ha ofendido el camarero... Y así hasta el infinito. ¿Y por qué? En realidad, por nada...

Después de la tercera copa, Bríkovich se sentó en el diván, quedó pensativo con la barbilla apoyada sobre las manos, suspiró luego profundamente, y dijo:

—¡Qué equivocación! ¡Qué equivocación la mía! Vendí mi juventud, mi carrera, los principios... Y ahora la vida se venga de mí. ¡Una venganza horrible!

La vodka y la tristeza le habían hecho palidecer; y hasta parecía que hubiera adelgazado. Varias veces se mesó desesperadamente los cabellos, diciendo:

—¡Oh, qué vida la mía! ¡Si tú supieras! Dime la verdad —inquirió, fija la mirada en Jaliavkin—. Dime la verdad: ¿qué opinan de mí aquí? ¿Qué dicen los estudiantes que viven en estas habitaciones? Seguramente habrás oído lo que dicen...

—Pues sí. Lo he oído...

—¿Y qué dicen?

—No dicen nada, pero... te desprecian.

Los nuevos amigos no hablaron más. Se separaron solamente al amanecer, cuando empezaban a encender las estufas en el pasillo.

—A ésa no le pagues..., no le pagues... —barbotó Bríkovich al salir— No le pagues ni un kopek... Que se vaya a...

Jaliavkin se desplomó en el diván; y, apoyando la cabeza sobre la funda del violín, se puso a roncar atronadoramente.

A la noche siguiente volvieron a encontrarse...

Bríkovich, después de probar la dulzura de estos desahogos amistosos, no se pierde ya una sola noche. Y si no encuentra a Jaliavkin, se mete en cualquiera otra habitación, donde se queja del destino, bebe, bebe y vuelve a quejarse. Y así todas las noches.

UNA MALA NOCHE

(APUNTE)

(Недобрая ночь Наброски)

Se escucha ese ladrido cortante, ese aullido alarmante que dan los perros cuando olfatean al enemigo pero no pueden comprender quién es y dónde está. En el aire oscuro de otoño, rasgando el silencio de la noche, se ciernen sonidos de diverso género: un vago murmurar de voces humanas, un corretear agitado y nervioso, un chirrido de portezuelas, un trote de caballos.

Tres figuras negras están quietas en el patio de la hacienda Diadkinskaya, ante la terraza de la casa señorial, junto un parterre de flores. Con la abrigo acampanado, atado con una cuerda y jirones de lana de oveja colgando, no es difícil reconocer al guarda nocturno Semión. Junto a él, el hombre alto de piernas flacas, con el cuello de la levita alzado hasta las orejas, es el sirviente Gavrila. El tercero, con el chaleco y la camisa por fuera, robusto y torpe, que recuerda por la tosquedad de sus formas a los juguetes de madera que representan un *muzhik*, se llama Gavrila también, y trabaja de cochero. Los tres se apoyan en una pequeña valla con las manos y miran hacia la lejanía.

—Sálvanos y apiádate de nosotros, zarina de los cielos —murmura Semión con voz emocionada—. ¡Qué horror, qué honor! El Señor se enfadó... Madre soberana...

—No está lejos, hermanos... —dice con voz de bajo el sirviente Gavrila—. Solos unas seis verstas... Yo creo que es en las granjas alemanas...

—Las granjas alemanas están más a la izquierda —lo interrumpe el cochero Gavrila—. Las granjas alemanas están allí, si miras hacia ese abedul. Eso es en Krieshenski.

—En Krieshenski —asiente Semión.

Alguien descalzo pasa corriendo por la terraza, golpeando con sequedad con los talones, y llama a una puerta. La casa señorial está sumida en el sueño. Las ventanas negras como el hollín miran tétricamente, como en otoño, y sólo en una de éstas se ve la luz débil, opaca de una lámpara de pantalla rosada. Ahí, donde arde la lámpara, duerme la joven señora, María Serguéievna. Su esposo, Nikolái Alekséievich, fue a algún lugar a jugar a las cartas, y aún no ha vuelto.

—¡Nastasia! —se escucha gritar.

—Se despertó la señora —dice el sirviente Gavrila—. Esperen hermanos, le voy a dar un sermón. Dejen que me permita coger unos caballos y unos trabajadores, todos los que haya, e iré a Krieshénskoe rápidamente, este mismo... Esta gente no entiende, es tosca, hay que decirles cómo y qué.

—¡Pues díselo! Quiere dar órdenes y a él mismo le crujen los dientes. Sin contarte a ti ya hay bastante gente... Seguro que ya hay reunidos comisarios, suboficiales y señores.

En la terraza, la puerta con cristal se abre con sonido, y aparece la misma señora.

—¿Qué pasa? ¿Qué es ese ruido? —pregunta, acercándose a las tres siluetas—. ¿Semión, eres tú?

No ha llegado a responder Semión cuando, horrorizada, salta hacia atrás y junta las manos.

—¡Dios mío, qué desgracia! —grita—, ¿Hace mucho de esto? ¿Dónde es? ¿Por qué no me han despertado?

Todo el lado sur del cielo está cubierto de un denso resplandor púrpura. El cielo está enrojecido, un tinte siniestro centellea en él y tiembla como si latiera. Sobre el inmenso fondo púrpura mate se dibujan el relieve de las nubes, de las colinas, de los árboles. Se escucha un apresurado toque de alarma.

—Es terrible, es terrible —dice la señora—. ¿Dónde es el fuego?

—No muy lejos, en Krieshenski...

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! Nikolái Alekséich no está en casa, y yo no sé qué hacer. ¿Lo sabe el administrador?

—Lo sabe... Ha ido hacia allí con tres barriles.

—¡Pobre gente!

—Y sobre todo, señora, porque ellos no tienen río. Hay un estanque infecto, y ni siquiera en el mismo pueblo.

—¿Pero acaso lo sofocas con agua? —dice el sirviente Gavrila—. Lo principal es no darle curso al fuego. Hace falta que los que entienden manden destruir las isbas... Permítame ir, señora.

—No tienes por qué ir —responde María Serguéievna—. Allí sólo molestarías.

Gavrila tose ofendido y se aparta a un lado. Semión y el otro Gavrila, que no soportan el intelectualismo y el tono altanero del sirviente con levita, están muy satisfechos con la observación de la señora.

—¡En efecto, sólo molestaría! —dice Semión.

Y los dos, guarda y cochero comienzan a soltar términos religiosos como si quisieran presumir de su nivel ante la señora.

—Es un castigo Dios por sus pecados... ¡Eso es lo que es! El hombre peca y no piensa en eso, en cómo es, y el Señor...

La visión del resplandor influye en todos igualmente. Tanto la señora como los sirvientes sienten un temblor interno y frío, un frío tal que les tiemblan las manos, la cabeza, la voz... El miedo es grande, pero la impaciencia es aún más fuerte... ¡Uno querría subirse más alto y ver el propio fuego, el humo, a las personas! La avidez de sensaciones fuertes prevalece sobre el miedo y la compasión hacia el dolor ajeno. Cuando el resplandor palidece o parece menor, el cochero Gavrila anuncia con júbilo:

—¡Bueno, parece que lo están apagando! ¡Que Dios nos ayude!

Pero en su voz, de todas formas, se oye una notita de lamento. Cuando el resplandor se enciende y se hace expande, suspira y deja de la mano con desolación, pero por el afán con que intenta ponerse de puntillas, se advierte que experimenta cierto placer. Todos reconocen que ven un desastre terrible, tiemblan, pero si el incendio cesara de pronto, se sentirían insatisfechos. Esa dualidad es natural, y en vano se le reprocha al hombre egoísta.

Por muy siniestra que sea la belleza, es belleza de todas formas, y el instinto humano no está en condición de no rendirle tributo.

Se oye un trueno menor: alguien camina pesadamente por el tejado de hierro de la casa.

—¿Vanka, eres tú? —grita Semión.

—¡Yo, con Nastasia!

—¡Te vas a caer, demonios! ¿Se ve?

—¡Se ve! ¡En Krieshenski, hermanos!

—Es probable que por la ventana del tejado se vea —dice María Serguéievna—. ¿Y mirar desde ahí?

La visión del infortunio acerca a las personas. La señora, Semión y los dos Gavrilas van juntos a la casa. Pálidos, temblando de miedo y ansiosos de visiones, atraviesan todas las habitaciones y suben por la escalera al desván. Por todas partes está oscuro, y la vela que sostiene el sirviente Gavril no alumbra, y sólo arroja manchas opacas de luz a su alrededor. La señora ve por primera vez en su vida el desván... Las vigas, las esquinas oscuras, el conducto de la estufa, el olor a telaraña y el polvo, el suelo extraño, terroso, bajo los pies, todo eso le produce la impresión de una decoración fantástica.

«¿Es aquí donde viven los duendes?», piensa.

Desde la ventana del tejado, el resplandor parece más amplio y más púrpura. Se ve el fuego. En el horizonte se extiende una larga franja brillante, dorada. Se mueve y se tornasola, como el mercurio.

—No queda ardiendo ni una isba. ¡Ha afectado a medio pueblo, hermano! —dice el cochero Gavril.

—¿Lo escuchas? La campana ha dejado de tocar la alarma. Eso es que ha ardido la iglesia.

—¡Allí la iglesia es de madera! —dice la señora, asfixiándose con el fuerte olor que desprende el abrigo de camero de Semión—. ¡Qué desgracia!

Cansados de mirar, descienden. Pronto llega el señor, Nikolái Alekséich. Estuvo bebiendo con unos amigos, y ahora, acurrucado en el coche, ronca con fuerza. Lo despiertan. Contempla aturdido el resplandor y murmura:

—¡El caballo de si... silla! ¡Rá... rápido!

—¡No hace falta! —protesta María Serguéievna—. ¿Pero a dónde piensas ir en ese estado? ¡Vete a dormir!

—¡El ca... el caballo! —ordena él, moviendo la cabeza.

Le entregan el caballo. Se sube a la silla, sacude la cabeza y desaparece entre tinieblas. Los perros, entre tanto, aúllan y gruñen, como si olfatearan un lobo. Alrededor de Semión y los dos Gavrilas se reúnen las mujeres y los chiquillos. Los lamentos, los ayes, los suspiros y los signos de la cruz no tienen fin. Llega volando al patio un jinete.

—Seis personas se quemaron —farfulla sofocado—. ¡Medio pueblo! Por lo visto, el ganado se ha perdido. El viejo carpintero Stepán se ha quemado.

La impaciencia de la señora alcanza límites extremos. El tráfico y el vocerío la incitan. Ordena enganchar el carruaje y va sola hasta el incendio. La noche es oscura y fría. El terreno se endureció un poco con la leve helada de antes del amanecer, y los caballos trotan en él como por una alfombra. El sirviente Gavrila está sentado al pescante, junto al cochero, y se mueve impaciente. Escudriña, murmura, y cada poco tiempo se levanta con airado, como si la suerte de Krieshenski dependiera de él...

—Sobre todo, no hay que darle curso al fuego... —murmura—. Hay que hacerlo todo con conocimiento, pero ¿qué va a saber un simple *muzhik*?

Tras recorrer unas cinco o seis verstas, la señora observa algo inusitado, monstruoso, que no a todo el mundo le toca ver —con suerte una vez en la vida—, y que no puede imaginar ninguna rica fantasía. La aldea arde en una hoguera inmensa. El campo de visión está cubierto por una masa de llamas movediza, cegadora en la que, como en la neblina, se ahogan las isbas, los árboles y la iglesia. Una luz brillante, casi solar, se mezcla con las bocanadas de humo negro y el vapor; lenguas doradas se deslizan y, con un crujido voraz, sonriendo y ondeando alegremente, lamen los negros armazones. Nubes de un polvo rojizo y dorado vuelan hacia cielo con rapidez y palomas alarmadas se sumergen en esas nubes. En el aire hay una extraña mezcla de sonidos: un crujido monstruoso, un palmoteo de llamas parecido al palmoteo de miles de alas de pájaro, voces humanas, balidos, mugidos, chirrido de ruedas. La iglesia es un horror. Por sus ventanas se escapan al exterior las llamas y las nubes de humo denso. El campanario cuelga como un gigante negro dentro de una masa de luz y polvo dorado, ya ha ardido todo, pero aún cuelgan las campanas, y es difícil comprender cómo se sostienen...

A ambos lados del camino hay un tumulto que recuerda a un derrumbe o la primera construcción después de una inundación. Las personas, los caballos, los carros, las pilas de trastos, los barriles, todo moviéndose, mezclándose, haciendo ruido. La señora mira ese caos y escucha el grito estridente de su marido:

—¡Mandadlo al hospital! ¡Echadle agua!

Y el sirviente Gavrila está junto a la carreta y agita las manos. Iluminado, produciendo una larga sombra, parece más alto de lo que es...

—¡Se incendia! ¡Sería como darle de beber! —grita dando vueltas como el diablo antes de maitines—. ¡No hay que darle curso al fuego! ¡No hay que darle curso!

Donde uno mire, por todas partes hay rostros pálidos, aturridos, rígidos. Aúllan los perros, cacarean las gallinas...

—¡Tened cuidado! —gritan los cocheros de los hacendados vecinos reunidos.

¡Un cuadro inusual! María Serguéievna no cree lo que está viendo, y tan sólo el calor intenso le hace sentir que todo eso no es un sueño...

ENSUEÑOS

(Мечты)

Los guardias rurales, el uno de barba negra, corpulento y de piernas tan extraordinariamente cortas que visto por detrás diríase le empiezan estas mucho más abajo que al común de las gentes; el otro, largo, delgado y tieso como un palo, con una barbita clara de color rojo oscuro, conducen a la capital de la región a un vagabundo que no recuerda su filiación. La manera de andar del primero es remolona, va mirando a ambos lados del camino, mastica tan pronto una pajita como su propia manga; se golpea las caderas, canturrea, y su aspecto es, en general, despreocupado y ligero. El otro, pese a su escuálido rostro y estrechos hombros, tiene un continente grave, serio; el conjunto macizo de toda su figura le hace presentar semejanza con un pope del viejo rito o con uno de esos guerreros que reproducen las antiguas imágenes. «Por su sabiduría. Dios concediole mayor frente...». Quiero decir con esto que es calvo, lo que acentúa la semejanza aludida.

El primero se llama Andréi Ptaja; el segundo, Nikandr Sapojnikov.

El hombre a quien conducen no responde en absoluto a la idea que uno se ha formado de los vagabundos. Es pequeño, enclenque, débil, de rostro enfermizo, facciones menudas, incoloras y en extremo indefinidas. Aunque ha cumplido ya los treinta años, sus cejas son claras, su mirada sumisa, y tímida, y apenas le ha brotado el bigote. Su paso revela ausencia de valor; se encorva y mete las manos en sus bocamangas. El cuello de su abrigoillo, de paño raído y corte diferente al de los *muzhiks*, se alza hasta el borde mismo de su gorra, permitiendo solamente a su naricilla roja asomarse al mundo. Habla con una vocecilla de tenor y tosiquea a cada instante. ¡Difícil..., muy difícil es reconocer en él al vagabundo que esconde su filiación...! Mucho más fácil sería afirmar que es el hijo de un pope empobrecido y sin suerte, olvidado de

Dios..., o el escribano despedido a causa de sus borracheras..., o el hijo o sobrino de un comerciante que ha probado en la escena sus escasas aptitudes y marcha ahora a representar el último acto de la parábola del hijo pródigo... Tal vez, quizá, y a juzgar por la embotada paciencia con que lucha con el barro otoñal, sea un fanático o un huésped de monasterios que vaga de uno a otro buscando tenazmente y sin encontrarla, la vida de paz sin pecado...

Hace ya mucho tiempo que los caminantes emprendieron la marcha y aún no llevan recorrida más que una pequeña porción de terreno. Ante ellos se extienden unas quince varas de camino sucio, de color pardusco; otras tantas por detrás, y más allá, en cualquier punto en que se fije la mirada, una muralla de blanca niebla. Caminan y caminan, pero la tierra a su alrededor es siempre la misma, la muralla no se acerca y el trozo de terreno sigue siendo igual. Ante sus ojos desfilan raudos una

piedra angular blanquecina, un montoncillo de heno caído al pasar...; brilla un instante un charco de agua o se alza súbitamente, de modo inesperado, una sombra de imprecisos contornos. Cuanto más se aproximan a ella, tanto más pequeña y oscura se vuelve, hasta que, por fin, ante los ojos de los caminantes crece un poste torcido, con una cifra borrosa o una pobre encina mojada, desnuda como un mendigo errante. La encina murmura algo con los restos de sus hojas amarillas, y una de ellas, desprendiéndose, vuela perezosamente sobre la tierra... Luego, de nuevo, la niebla, el barro, la hierba pardusca a los bordes del camino. De esta última cuelgan turbias y malas lágrimas... ¡No son las lágrimas de alegría callada con que llora la tierra saliendo al encuentro del sol de verano...! ¡Aquéllas en las que beben la aurora las chochas y las esbeltas *kronschnepp*^[98] de largas patas...! Los pies de los caminantes se hunden en un pesado y pegajoso barro. Cada uno de sus pasos significa un esfuerzo.

Andréi Ptaja está algo excitado. Mira al vagabundo y trata de comprender por qué un hombre sobrio y vivo no puede recordar su nombre.

—¿Eres ortodoxo?

—Ortodoxo, sí —contesta mansamente el vagabundo.

—¡Hum...!, eso quiere decir que te han bautizado.

—¡Claro que sí! ¡No soy ningún turco! ¡Voy a la iglesia..., confieso y comulgo... y no como de carne cuando está prohibido...! ¡Sé cumplir con mis deberes religiosos!

—Pues entonces, ¿cómo te llamas?

—¡Llámame como quieras, muchacho!

Ptaja se encoge de hombros, y, presa del mayor asombro, se golpea las caderas. Nikandr Sapojnikov, el segundo guardia rural, mantiene un silencio grave; no es tan ingenuo como Ptaja, y con seguridad conoce perfectamente las causas que obligan a un hombre ortodoxo a esconder a las gentes su nombre. La expresión de su rostro es fría y severa. Marcha un poco retirado y no desciende a una charla superficial con sus compañeros, como esforzándose en mostrar a todos y hasta a la misma niebla su seriedad.

—¡Sabe Dios lo que habría que hacer para comprenderte! —continúa Ptaja—. ¡No eres ni *muzhik* ni señor...! ¡Entre una cosa y otra...! El otro día, lavando el cedazo en el estanque, cogí un bicho con aletas y rabo. Al principio se me figuró que era un pez, pero luego, mirándole más de cerca, dije: «¡Vaya...! ¡Si tiene patas...!». ¡No era ni pez ni bicho...! ¡Sabe el diablo lo que sería...! ¡Pues así mismo eres tú...! ¿Cuál es tu clase?

—Soy *muzhik*... De la clase campesina —suspira el vagabundo—. Mi mamaíta era sierva de los señores... Ya sé que por mi exterior no parezco un *muzhik*..., y así me ha salido el destino... Mi mamaíta era aya en casa de los señores, donde le daban todos los gustos, y yo, naturalmente..., como sangre de su sangre y carne de su carne..., estaba con ella en la casa señorial de los amos... Me cuidaban, me mimaban, querían sacarme de mi clase humilde y hacer de mí un hombre como es

debido... Dormía en cama, comía diariamente una comida de verdad, llevaba pantalones y zapatos como los que podía llevar un noble... ¡De todo lo que mamaíta comía me daban de comer a mí! Si los señores la regalaban tela para un vestido, me lo hacía a mí. ¡Qué buena vida era aquella...! ¡La de bombones que comí en mis tiempos de infancia...! ¡Si ahora..., supongamos, pudiera venderlos..., con el dinero que me dieran podría comprar un buen caballo...! Me enseñó a leer y a escribir, me inculcó desde niño el temor de Dios y me hizo de tal manera, ¡que ahora mismo sería incapaz de hablar con tan poca delicadeza como habla a veces un *muzhik*...! No bebo vodka, me visto con limpieza y sé comportarme en sociedad... ¡Que Dios le dé salud si vive todavía y que descanse en paz si se ha muerto!

El vagabundo se descubre la cabeza, de cabellos ralos como cerdas, alza la mirada y hace dos veces la señal de la cruz.

—¡Que Dios le conceda el descanso eterno! —dice, con una voz cantarína, más propia de una vieja que de un *muzhik*—. ¡Dios tenga en su gloria a su sierva Ksenia...! De no haber sido por mi mamaíta hubiera continuado siendo un simple *muzhik*..., sin ninguna educación... Y ahora, muchacho, pregúntame lo que quieras... ¡De todo entiendo...! Sé escribir, historia sagrada y catecismo...; vivo conforme a los mandamientos, no hago mal a la gente, me conservo limpio de alma y cuerpo, guardo las vigiliass y como a la hora debida. Hay otros hombres que sólo piensan en la vodka y en cosas del diablo, mientras que yo, cuando tengo tiempo, me siento en un rincón y me pongo a leer un libro. Leo y empiezo a llorar..., llorar...

—¿Y por qué lloras?

—¡Es que escriben de una manera que le da a uno pena...! ¡Pagas cinco kopeks y lloras y lloras hasta no poder más!

—Y tu padre... ¿murió? —pregunta Ptaja.

—¡No lo sé, muchacho! ¡No he conocido a mi padre! ¡No hay por qué ocultarlo...! Yo me hago esta cuenta..., que mi mamaíta... Mi mamaíta vivió toda su vida entre los señores y no tenía ganas de casarse con un simple *muzhik*.

—Y tropezó con el señor, ¿verdad? —sonríe Ptaja.

—¡No supo guardarse, desde luego...! ¡Eso es cierto...! Era una mujer piadosa y devota, pero no supo guardar su virginidad... ¡Claro que es un pecado..., un pecado muy grande, por supuesto, pero, en cambio, puede que yo tenga sangre noble...! ¡Puede que por la cuna sea nada más que un campesino, pero que por la naturaleza sea un señor!

El señor dice todo esto con voz de tenor dulzona, al tiempo que deja escapar por su helada naricilla unos sonidos rechinantes. Ptaja le escucha, le mira asombrado y no cesa de encogerse de hombros.

Después de recorridas unas seis versts, los guardias rurales y el vagabundo se sientan a descansar en un pequeño montículo.

—¡Hasta el perro se acuerda de su nombre...! —masculla Ptaja—. ¡Yo me llamo Andriuschka..., aquél se llama Nikandra...! ¡Todo el mundo tiene un nombre sagrado

y ese nombre es imposible olvidarlo!

—¿Y quién necesita saber mi nombre...? —suspira el vagabundo apoyando la mejilla en el pequeño puño cerrado—, ¡y qué utilidad me iba a traer el que se supiera...! ¡Si fuera a permitírseme ir donde yo quiero...! ¡Lo otro sería peor...!

—Yo, hermanitos ortodoxos, conozco la ley. Ahora soy sólo un vagabundo que no recuerda su filiación y que lo más que puede pasarle es que le manden al este de Siberia y le den treinta o cuarenta latigazos..., mientras que si dijera mi verdadero nombre y clase, me llevarían otra vez a trabajos forzados. ¡Lo sé muy bien...!

—¿Es que has estado en trabajos forzados?

—¡Estuve, amigo querido! ¡Cuatro años anduve con la cabeza rapada y grilletes!

—¿Y por qué asunto?

—Por homicidio, buen hombre. Siendo un chiquillo todavía (tendría unos dieciocho años), mi mamaíta, por descuido, echó arsénico en lugar de bicarbonato en el vaso del señor... ¡Había muchas cajas en la despensa y no era difícil confundirse...! —el vagabundo suspira, mueve la cabeza y prosigue—. ¡Era piadosa, pero quién podía conocerla a fondo...! ¡El alma ajena es como un bosque enmarañado...! ¡Puede que lo hiciera sin querer, pero puede también que su alma no pudiera soportar la ofensa de que el señor tomara una nueva sirvienta...! ¡Quizá lo hizo a propósito...! ¡Eso, Dios sólo lo sabrá...! ¡Yo era muy joven entonces y no todo lo comprendía...! De lo que sí me acuerdo es de que, en efecto, el señor tomó otra sirvienta favorita y de que mi mamaíta estaba muy disgustada... Nuestro juicio, luego, creo que duró cerca de dos años. A mi mamaíta la condenaron a veinte de trabajos forzados, y a mí, por mi corta edad, a siete.

—¿Y a ti por qué se te condenaba?

—Por cómplice. Yo fui el que llevé el vaso al señor. Lo hacíamos siempre así; mi mamaíta preparaba el bicarbonato y yo se lo servía... Ahora, hermanitos, os lo estoy contando todo como un cristiano..., como ante Dios...; pero les ruego que no se lo cuenten a nadie...

—¡No nos han de preguntar! —dice Ptaja—. Entonces..., ¿eso quiere decir que te fugaste de los trabajos forzados?

—¡Me fugué, amigo querido...! Nos fugamos unos catorce..., ¡que Dios los conserve en buena salud...! Era gente que se iba a fugar y me llevaron con ellos. ¡Juzga tú mismo ahora, en conciencia! ¿Por qué razón voy a descubrir mi nombre...? ¡Me mandarían otra vez a trabajos forzados...! ¿Y qué presidiario hago yo...? ¡Soy un hombre delicado, enfermizo...! ¡Me gusta comer y dormir limpio...! ¡Cuando rezo me gusta encender una lamparita o una vela y que no haya ruido alrededor...! ¡Si me inclino para besar el suelo, me gusta que no esté sucio y que no haya escupido nadie en él...! Por mi mamaíta lo beso cuarenta veces por la mañana y otras tantas por la noche...

El vagabundo se quita la gorra y se santigua.

—¡De que me manden al este de Siberia no tengo miedo...!

—¿Acaso es mejor eso?

—¡Es una cosa completamente distinta...! En trabajos forzados estás como un cangrejo en una cesta... ¡Todo se vuelven apreturas, empujones, achuchones...! ¡No puede uno ni respirar...! ¡Un verdadero infierno...! ¡Un infierno tal... que de él nos libre la Virgen Santísima...! ¡Lo mismo da que no seas como que seas un bandido...! ¡Te hacen peores honores que a un perro...! ¡Ni comer, ni dormir, ni rezar...! ¡Desterrado es otro asunto...! En el destierro lo primero que haré es inscribirme como otros en la comunidad... La jefatura, por la ley, está obligada a darme una participación... Sí... ¡Dicen que la tierra allí no vale nada... que es lo mismo que la nieve..., que coges de ella todo lo que quieres...! A mí, muchachos, me darán una tierrecita para cultivarla o para huerta o para vivienda... Empezaré como todo el mundo: por arar, por sembrar... Tendré ganado, muchas abejas, ovejas, perros..., y un gato de Siberia para que las ratas y los ratones no se le coman a uno los bienes... Construiré una casa, hermanos; me compraré imágenes... ¡Si Dios lo permite, me casaré...! ¡Tendré niños...!

El vagabundo balbucea y no mira ya a los oyentes, sino algún sitio, hacia un lado. Sus ensueños son muy ingenuos, pero los expresa de manera tan cándida, que se hace difícil no creer en ellos. Una sonrisa tuerce la boca del vagabundo, y su cara, sus ojos, su naricilla, se congelan en una expresión embotada, de presentimiento de lejana felicidad.

Los guardias rurales fijan en él una mirada seria, no exenta de compasión. También ellos creen.

—¡A Siberia no le tengo miedo! —prosigue su balbuceo—. ¡Siberia es también Rusia...! ¡Tiene el mismo Dios y el mismo zar...! De la misma manera ortodoxa que hablamos ahora tú y yo, hablan allí... ¡Lo que hay es más libertad, y la gente vive más ricamente...! ¡Allí todo es mejor...! Los ríos, por ejemplo, son mejores allí que aquí... ¡Aquello es un mar de peces y de caza...! ¡Para mí, hermano, no hay placer mayor que la pesca! ¡No me des nada..., pero eso sí..., déjame una caña! A fe mía que me gusta cualquier clase de pesca! Si yo solo no tengo fuerzas bastantes para pescar con arpón, por cinco kopeks alquilo un *muzhik*... ¡Y qué placer es, Dios mío...! ¡Pescas una Iota u otro pez... y te parece que te has encontrado con un hermano...! ¡Fíjate bien...! ¡Para cada pez hace falta una inteligencia...! Aunó le coges con un gusano, a otro con una rana o con un saltamontes... ¡De todo eso hay que entender...! ¡Digamos, por ejemplo, la Iota...! Es un pez poco delicado, y lo mismo se come un pescado que otro... A la carpa, le gustan los peces pequeños; al aspío, la mariposa... ¿Pues y pescar un bagre en un remolino...? ¡Placer mayor que ése no le hay...! Tienes treinta varas de línea bien tirante, sin peso, y con una mariposa o un escarabajo para que flote el cebo...; te metes en el agua sin pantalones, mientras el bagre está tira que te tira... ¡Eso sí..., hay que ser hábil y no dejar que el maldito te arranque el cebo...! En cuanto notas que el maldito está tirando del sedal, no tienes que seguir ya teniéndole tirante... ¡La cantidad de peces que habré pescado

en mi vida es fantástica...! En plena fuga, cuando los demás presidiarios, por ejemplo, dormían en el bosque..., yo no me podía dormir ¡y me iba al río...! ¡Allí los ríos dicen que son anchos, rápidos, que tienen las orillas muy escarpadas y en ellas hay bosques espesos y unos árboles tan altos que miras hacia arriba y te da vértigo...! ¡Según los precios de aquí, por cada pino podrían darte diez rublos...!

Bajo la desordenada invasión de los ensueños, de poéticas imágenes del pasado y de un dulce presentimiento de felicidad, el pobre hombre queda callado, mueve solamente los labios, como cuchicheando consigo mismo, y la embotada y beatífica sonrisa no se borra de su rostro. Los guardias rurales callan. Están pensativos y tienen la cabeza baja.

¡En la quietud otoñal, cuando el frío y la densa niebla alzándose penetran el alma, y cuando un muro, como el de una cárcel, se eleva ante el hombre confirmándole la limitación de su voluntad, es tan dulce pensar en los anchos y rápidos ríos de escarpadas orillas, en los impenetrables bosques y las ilimitadas estepas...! Paulatina y mansamente va dibujando la imaginación una mañana temprana... No ha desaparecido todavía en el cielo el rubor de la aurora, cuando, como una pequeña mota, sobre la escarpada orilla pasa corriendo un hombre; los inmensos pinos seculares agrupados a ambos lados de la corriente miran severamente a este hombre libre y gruñen enfurruñados; las raíces, las enormes piedras y los punzantes arbustos le cierran el camino, pero él es fuerte de cuerpo y espíritu, no teme a los pinos, ni a las piedras, ni a su soledad, ni al retumbar del eco que repite todos sus pasos...

También la imaginación de los guardias rurales dibuja cuadros de una vida libre que nunca fue suya... ¿Evocan acaso vagamente imágenes de cosas de las que en un tiempo oyeron hablar...? ¿O heredaron al mismo tiempo que el cuerpo y que la sangre aquellas imaginaciones sobre la vida libre, de lejanos y libres antepasados...? ¡Dios lo sabe...! Nikandr Sapojnikov, que había permanecido hasta ahora sin pronunciar palabra, es el primero en interrumpir el silencio. ¿Envidia tal vez la dicha ilusoria del vagabundo, o solamente siente en el fondo de su alma que los sueños de felicidad se acomodan mal con la niebla gris y el barro pardusco...? Se limita a mirar severamente al vagabundo, y dice:

—¡Así será...! ¡Será todo lo bueno que tú dices, pero hay una cosa, hermano...! ¡Que no llegarás nunca a esas tierras libres...! ¡Cómo vas a llegar...! ¡Andarás unas trescientas verstas y entregarás tu alma a Dios...! ¿No ves lo flojo que eres...? ¡No hemos hecho ni seis verstas y te falta ya la respiración...!

El vagabundo se vuelve lentamente hacia Nikandr, y la sonrisa beatífica se borra de su rostro. Mira con aire asustado y culpable la cara del guardia rural, y, sin duda, movido por algún recuerdo, baja la cabeza. De nuevo se hace el silencio. Los tres han vuelto a quedar pensativos. Los guardias rurales esfuerzan su pensamiento, intentando abarcar con él lo que tan sólo Dios puede conocer, o sea la inmensidad del terrible espacio que les separa de los territorios libres, mientras en la mente del vagabundo se agolpan cuadros más precisos, de mayor relieve, y más terribles que

este del espacio. Ante él surgen, vivos, rutinarios trámites judiciales, cárceles, barracones de presidiarios, fatigosos altos en el camino, crudos inviernos, enfermedades, muertes de compañeros... Con expresión culpable, parpadea, se seca con la manga la frente, de la que brotan pequeñas gotas, y resopla como si acabara de salir de los *baños* donde hiciera mucho calor. Luego se enjuga la frente con la otra manga, y, volviéndose temeroso, mira a ambos lados.

—¡Es verdad...! ¿Cómo ibas a poder llegar? —apoya Ptaja—. ¿Qué andarín eres tú...? ¡Mírate...! ¡Si no tienes más que la piel y los huesos...! ¡Nada más...! ¡Te morirás, hermano!

—¡Claro que se morirá! ¡Cómo va a poder! —dice Nikandr—. ¡Seguro que te metían en el hospital...! ¡Seguro!

El hombre que no se acuerda de su filiación mira espantado los severos e impasibles rostros de sus compañeros de camino, y sin quitarse la gorra y con los ojos desencajados se santigua apresuradamente... Todo él tiembla, sacude la cabeza y, como un gusano a quien han pisado, empieza a contorsionarse...

—Bueno, ya es hora —dice Nikandr, levantándose—. Ya hemos descansado.

Un minuto después han reanudado la marcha por el sucio camino. El vagabundo se encorva y hunde más profundamente las manos en sus bocamangas. Ptaja guarda silencio.

¡TSSS!

(Tccc!)

Iván Yegorovich Krasnujin, periodista mediocre, regresa a su casa preocupado, serio, con expresión particularmente reconcentrada. Su aspecto es el del hombre que espera un registro o medita la idea del suicidio. Después de dar unos cuantos pasos por la habitación se detiene, hunde los dedos en sus cabellos y dice con el tono de un Laertes disponiéndose a vengar a su hermana:

—¡Estás deshecho...! ¡Tu alma está cansada...! ¡La tristeza oprime tu corazón, y has de sentarte y escribir...! ¡Y que a esto se le llame vida...! ¿Por qué no ha descrito nadie todavía la torturadora contradicción ante la que se encuentra el escritor, obligado a hacer reír a las masas cuando está triste o a verter lágrimas, como por encargo, cuando está alegre...? ¡Forzosamente he de mostrarme jovial, impasiblemente frío, ingenioso...! Pero... ¿imaginan que me oprimiera la tristeza o, por ejemplo, que estuviera enfermo...? ¿Que se muriera el niño o diera a luz mi mujer...?

Mientras dice todo esto agita los puños y hace girar sus ojos... Después se encamina al dormitorio y despierta a su esposa.

—¡Nadia! —dice—. ¡Voy a ponerme a escribir! ¡Por favor, que nadie me moleste...! ¡Es imposible escribir si lloran los niños o roncan las cocineras! Ocúpate de prepararme el té y... quizá también un bistec... ¡Ya sabes que sin té no puedo escribir...! ¡El té es lo único que sostiene mis fuerzas durante el trabajo...!

De vuelta en su habitación, se quita la levita, el chaleco y los zapatos. Se desnuda despacio y, después, tras de hacer adoptar a su rostro una expresión de ingenuidad ofendida, se sienta ante la mesa del despacho.

Sobre la mesa no hay nada casual..., cotidiano... Todo, hasta la más pequeña bagatela, lleva impreso un sello de premeditación y parece sujeto a un rígido programa: los pequeños bustos y las fotografías de grandes escritores, el montón de borradores de los manuscritos, el volumen de Belinski^[99], con una página doblada; un hueso de nuca a guisa de cenicero, una hoja de periódico plegada al descuido aparentemente, pero de manera que quede visible el sitio acotado con lápiz azul, que lleva la palabra «vil» escrita al margen con grandes caracteres; cerca de una docena de lápices recién afilados, portaplumas con plumillas nuevas, sin duda colocadas allí en evitación de que causas exteriores o casuales, como, por ejemplo, una plumilla al estropearse, puedan entorpecer el libre vuelo creador.

Krasnujin se reclina en el respaldo del sillón, cierra los ojos y se sumerge en la meditación del tema elegido. Oye el chancleteo de su mujer, que prepara el samovar. El ruido de la tapadera y del cuchillo, cayéndosele de las manos, revela que aún no

está del todo despierta. Pronto el burbujeo del samovar y el chisporroteo de la carne al freírse llegan hasta él. La mujer corta después astillas y hace sonar las placas y las puertecillas del fogón. De repente. Krasnujin se estremece, abre asustado los ojos y empieza a olfatear la atmósfera.

—¡Dios mío...! ¡Tufo...! —gime con una mueca de sufrimiento—, ¡Tufo...! ¡Esta insoportable mujer mía se ha propuesto envenenarme...! ¡Quisiera que alguien me dijera, por el amor de Dios, cómo se puede trabajar en este ambiente...!

Corre a la cocina, y allí se desfoga con un clamor dramático. Cuando poco después la mujer, andando de puntillas y con grandes precauciones, le trae un vaso de té, está otra vez sentado en el sillón, con los ojos cerrados y sumergido en el tema. Permanece inmóvil, se golpea ligeramente la frente con los dedos y finge no darse cuenta de la presencia de su esposa... Su rostro, como antes, lleva impreso una expresión de ingenuidad ofendida.

Semejante a la niña a la que han regalado un rico abanico, hace gestos coquetos, monerías, presume ante sí mismo antes de escribir el título; se oprime las sienes, encoge el cuerpo, alza las rodillas bajo el sillón, como acometido por un dolor, o entorna lánguidamente los ojos igual que el gato sobre el diván... Por fin, no sin antes vacilar, extiende la mano hacia el tintero y, con la expresión del que está firmando una sentencia de muerte, escribe el título...

—¡Mamá...! ¡Dame agua...! —oye decir a la voz del hijo.

—¡Tssss...! —dice la madre— ¡Papá está escribiendo...! ¡Tssss...!

Papá escribe de prisa, de prisa; sin tachaduras ni paradas; apenas le da tiempo a volver las páginas. Los bustos y retratos de los escritores célebres, inmóviles, contemplan el rápido deslizarse de su pluma, y diríase que piensan: «¡Vaya, hermano...! ¡Qué bien te has hecho al oficio!».

«¡Tssss...!», chima la pluma.

«¡Tssss...!», emiten los escritores estremeciéndose con la mesa por un empujón de la rodilla.

De repente, Krasnujin se endereza, suelta la pluma y presta oído... Percibe un bisbiseo igual y monótono... Es el huésped, Foma Nikoláievich, que reza en la habitación contigua.

—¡Oiga! —grita Krasnujin—. ¡Tenga la bondad de rezar en voz baja! ¡No me deja usted escribir!

—Usted perdone... —contesta tímidamente Foma Nikoláievich.

—¡Tssss...!

Tras llenar cinco cuartillas, Krasnujin se despereza y consulta la hora.

—¡Dios mío...! ¡Son ya las tres...! —gime—. ¡La gente duerme, y yo soy el único que tiene que trabajar...!

Deshecho, cansado, inclinada de un lado la cabeza, se dirige al dormitorio, donde despierta a su mujer y la dice con lánguida voz:

—¡Nadia...! ¡Dame más té...! ¡Me siento flojo...!

Escribe hasta las cuatro, y de buena gana hubiera seguido escribiendo hasta las seis de no habersele agotado el tema. Aquel coqueteo y afectación ante los propios ojos y los objetos inanimados, lejos de la indiscreta mirada observadora; el despotismo, la tiranía ejercida sobre el minúsculo hormiguero que el Destino colocó bajo su férula, constituyen la sal y la miel de su existencia. ¡Cuán poco se asemeja este déspota, contemplado en su hogar, al hombrecillo rebajado, sometido, desprovisto de talento que acostumbramos ver en las redacciones!

—¡Estoy tan sumamente cansado que no sé si podré dormir! —dice al acostarse—. ¡Este trabajo nuestro..., este maldito trabajo de presidiario..., no cansa tanto el cuerpo como el alma! ¡No estaría de más tomar un poco de bromuro...! ¡Oh...! ¡Dios lo sabe...! ¡Si no fuera por la familia, mandaría a paseo un trabajo así...! ¡Escribir al dictado...! ¡Horrible...!

Se duerme hasta las doce o hasta la una, se duerme con un sueño profundo y saludable... ¡Oh! ¡Cuánto mejor dormiría..., qué sueños no serían los suyos... y cómo se desenvolvería si llegara una vez a ser escritor famoso, redactor, o editor a lo menos!

—¡Se ha pasado escribiendo la noche entera! —dice en voz baja la mujer, poniendo cara asustada—. ¡Tssss...!

Nadie se atreve a andar, a hablar, a hacer ruido... Aquel sueño es una cosa sagrada, y el culpable que lo perturbe pagará cara la ofensa.

¡Tssss...! —resuena en el piso—. ¡Tssss...!

BUENA GENTE

(Хорошие люди)

Érase que se era un tal Vladimir Semiónich Liadovski, residente en Moscú. Graduado en la Facultad de Derecho de la Universidad, trabajaba, no obstante, en el servicio de control de un ferrocarril, pero si usted le preguntaba cuáles eran sus ocupaciones, él le miraba a través de sus lentes de oro, con la mirada franca y sincera de sus grandes y brillantes ojos, y su plácida voz de barítono, una voz aterciopelada y siseante, respondía:

—Me dedico a la literatura.

Al licenciarse en la Universidad, Vladimir Semiónich publicó en un diario una crónica teatral. Pasó luego a colaborar en la sección bibliográfica, y al cabo de un año dirigía en el periódico un folletón crítico semanal. Pero de este comienzo no debe inferirse que era un *dilettante* o que su vena literaria fuese ocasional y efímera. Cuando veía su figura, pulcra y enjuta, su ancha frente y su larga melena, o cuando oía sus peroratas, siempre me parecía que las letras, dejando aparte lo que escribía y cómo lo escribía, le eran consustanciales, como los latidos del corazón, y que ya en el vientre de su madre debió germinar todo un programa literario en su cerebro. Hasta en sus andares, en sus gestos y en la manera de tirar la ceniza del cigarro leía yo este programa, desde la a hasta la z, con todo su aburrimiento y su minuciosidad. En él se notaba al escritor cuando, con semblante inspirado, colocaba una corona sobre la tumba de algún prócer o cuando, con expresión de solemne gravedad, recogía firmas para una felicitación. Su afán de trabar conocimiento con literatos ilustres, su habilidad para descubrir talento incluso donde no lo había, su permanente exaltación, sus ciento veinte pulsaciones por minuto, su desconocimiento de la vida, la pasión, puramente femenina, con que postulaba en los conciertos y veladas literarias a favor de la juventud estudiantil y su afición por la gente joven en general, le habían granjeado reputación de hombre sociable y de letras.

Era uno de esos escritores a los que les va muy bien exclamar: «¡Qué pocos somos!» o «¿Qué es la vida sin lucha? ¡Adelante!», aunque jamás luchó contra nadie ni avanzó hacia ninguna parte. No resultaba empalagoso cuando se ponía a hablar de ideales. En todos los aniversarios estudiantiles y en el día de Santa Tatiana, cogía una borrachera, entonaba —desentonaba— el *Gaudeamus*, y su rostro, radiante y sudoroso, parecía decir: «Fijaos, me he embriagado, estoy divirtiéndome». Y ni siquiera esto le iba mal.

Vladimir Semiónich creía sinceramente en su derecho a escribir, y en su programa desconocía lo que era la duda y, al parecer, estaba satisfechísimo de sí mismo. Sólo una cosa le entristecía: su periódico tenía pocos suscriptores y carecía de una reputación sólida. Pero Vladimir Semiónich pensaba que, tarde o temprano,

lograría entrar en una revista voluminosa que le ofrecería campo para desplegar sus actividades y mostrarse en toda su grandeza. Ante tan brillantes esperanzas palidecía su pequeño pesar.

De visita en casa de este simpático caballero conocí a su hermana. Vera Semiónovna, médica de profesión. Desde el mismo instante en que nos conocimos, me sorprendió el aire fatigado y enfermizo de aquella mujer. Era joven, apuesta, de facciones correctas, aunque un poco bastas; pero, en comparación con su hermano, ágil, elegante y hablador, parecía angulosa, indolente, desaliñada y triste. Sus ademanes, sus sonrisas y sus palabras encerraban un no sé qué de forzado, de frío, de apático; de ahí que no gustase, pues se la consideraba orgullosa y de pocos alcances.

En realidad, creo que lo que ella hacía era descansar.

—Mi dilecto amigo —solía decirme su hermano, suspirando y echando hacia atrás, con elegante ademán de escritor, su hermosa melena—: No juzgue nunca por las apariencias. Mire este libro. Está ya requeteleído, manoseado, yace en el polvo como un objeto innecesario; sin embargo, ábralo y su lectura le hará palidecer y llorar. Mi hermana se asemeja a este libro. Levante usted la portada, contemple su alma y se horrorizará. ¡En cosa de tres meses ha sufrido Vera más de lo que cabe sufrir en toda una vida!

Vladimir Semiónich, mirando a un lado y a otro, me cogió una vez del brazo y me susurró:

—Verá usted. Al terminar sus estudios, se casó, por amor, con un arquitecto. ¡Todo un drama! No habían vivido juntos ni dos meses cuando el marido, ¡paf!, se muere de tifus. Pero no acaba aquí la cosa. Ella, contagiada por él, cae también enferma y, al reponerse, se entera de que su Iván ha muerto, y se toma una dosis atroz de morfina. A no ser por la energía de sus amigas, mi Vera estaría ya en el paraíso. ¿No le parece un drama espantoso? ¿Y no se parece mi hermana a la *ingénue* que ha representado ya los cinco actos de su existencia? Bien está que el público presencie el vodevil; pero la *ingénue* debe ir a su casa a descansar.

Después de aquellos tres meses trágicos, Vera Semiónovna se fue a vivir a casa de su hermano. El ejercicio de la Medicina no se había hecho para ella; lejos de satisfacerla, la fatigaba; además, ella no producía impresión de saber mucho, y nunca la oí hablar de nada que guardase relación con la ciencia médica.

Apartada de la profesión, ociosa y taciturna, como una reclusa, gacha la cabeza y caídos los brazos, Vera Semiónovna daba fin a su juventud sin pena ni gloria. La presencia de su hermano, al que profesaba intenso cariño, era lo único que rompía su indiferencia y que iluminaba un poco el crepúsculo de su vida. Le amaba a él y a su programa; se extasiaba ante sus folletos y, si le preguntaban la ocupación de su hermano, respondía en voz queda, como temerosa de despertarle o de molestarle: «Escribe». De ordinario, mientras él escribía, ella, sentada a poca distancia, no apartaba la vista de su mano. En tales momentos, Vera Semiónovna parecía un animal corpulento calentándose al sol.

Una tarde de invierno, Vladimir Semiónich estaba escribiendo un folletón de crítica para el periódico. La hermana, sentada junto a él, tenía la vista fija en su mano, como de costumbre. El crítico escribía rápido, sin tachar nada ni detenerse. La pluma carraspeaba, rasgueante, sobre el papel. Encima de la mesa, muy cerca de la mano que escribía, había una revista gruesa, abierta, con las páginas recién cortadas por la plegadera.

Contenía la revista un relato sobre la vida rural, firmado con dos iniciales. Vladimir Semiónich estaba admirado. A su juicio, el autor había encontrado muy certeramente el estilo de la narración; describiendo la Naturaleza se asemejaba a Turguéniev; era sincero, y conocía a la perfección la vida campesina. El crítico sólo la conocía de oídas o por los libros; pero sus sentimientos y sus convicciones le inducían a creer en la veracidad del relato. Vladimir Semiónich auguraba al autor un porvenir radiante, aseguraba que esperaba impaciente la terminación de la obra, etcétera.

—¡Magnífica narración! —profirió, reclinándose en el respaldo de la silla y entornando los ojos de satisfacción—. Es una idea simpática en grado sumo...

Vera Semiónovna le miró, bostezó fuerte y, de pronto, le hizo una pregunta inesperada: por las tardes solía bostezar con nerviosismo y formular preguntas breves y tajantes, que no siempre guardaban relación con el tema que se estuviera tratando.

—Volodia —preguntó a su hermano—: ¿qué significa contemporizar con el mal?

—¿Contemporizar con el mal? —repitió Vladimir Semiónich la pregunta, abriendo los ojos.

—Sí. ¿Cómo lo entiendes tú?

—Pues verás, querida: suponte que te asaltan ladrones o bandoleros con ánimo de robarte, y que tú, en vez de...

—No, no. Quiero una definición lógica.

—¿Una definición lógica? ¡Ejem! Bueno, pues... —desconcertóse Vladimir Semiónich—. La contemporización con el mal expresa una actitud de indiferencia hacia todo aquello que en la esfera de la moralidad se denomina «mal».

Dicho esto, encorvose sobre la mesa y emprendió la lectura de una novela, cuya autora describía la angustia de una dama de la buena sociedad que vivía ilegítimamente, bajo el mismo techo, con su amante y con un hijo, también ilegítimo. A Vladimir Semiónich le gustaban el tema y su exposición. Explicando en forma resumida la novela, elegía los pasajes más salientes y comentaba: «¿No es cierto que todo corresponde a la realidad? ¡Qué veraz y qué pintoresco! El autor no es sólo un virtuoso de la narración, sino un sutilísimo psicólogo que sabe penetrar en el alma de sus personajes. Tomemos como ejemplo esta relevante descripción del estado espiritual de la protagonista durante el encuentro con su marido».

—Volodia —interrumpió Vera Semiónovna las divagaciones críticas del hermano —, una idea extraña me persigue desde ayer: ¿qué sería de nosotros si la vida de la humanidad se basase en el principio de la contemporización con el mal?

—Lo más seguro es que no sería nada: la contemporización con el mal daría libertad plena a los instintos criminales; y a causa de ello perecería no sólo la civilización, sino que no quedaría piedra sobre piedra en este mundo.

—¿Qué quedaría, pues?

—Bandidos y casas de prostitución. Creo que voy a tratar de este tema en el próximo folletón. Te agradezco que me lo hayas recordado.

Mi amigo cumplió su promesa a la semana siguiente. Era, precisamente, en la década del ochenta, cuando estaba tan en boga, lo mismo en el público que en la Prensa, hablar de la contemporización con el mal y del derecho a juzgar, a castigar y a luchar, cuando cierta gente renunció a tener criados, comenzó a irse al campo a labrar la tierra, a no comer carne y a abstenerse del amor carnal.

Después de leer el folletón escrito por su hermano, Vera Semiónovna meditó un poco y encogió levemente los hombros.

—Muy bonito —dijo—. No obstante, sigo sin comprender multitud de cosas. Por ejemplo, en *Los párrocos*, de Léskov, aparece un labrador muy chusco, que siembra para todos: para los compradores, para los mendigos y para aquéllos a quienes se les ocurra robar. ¿Obra racionalmente este hombre?

Por la expresión y por el tono de su hermana, Vladimir Semiónich sacó en conclusión que el artículo no le había gustado; y acaso por primera vez en su vida se sintió zaherido en su dignidad de autor. Su respuesta no estuvo exenta de irritación:

—El robo es un fenómeno inmoral. Sembrar para los ladrones supone reconocerles el derecho a la existencia. ¿Qué dirías si yo fundase un periódico y, al dividirlo en secciones, planease no sólo la inserción de ideas honradas, sino la práctica del chantaje? Según la lógica del labrador de Léskov, yo debería destinar también cierto espacio a los chantajistas, a los truhanes del pensamiento, ¿verdad que sí?

Vera Semiónovna no respondió. Levantándose de junto a la mesa, se dirigió perezosamente al diván y se tendió.

—No sé, no sé —dijo al fin, con aire pensativo—. Puede que lleves razón; pero me parece, y mi sentir me lo indica, que en nuestra lucha contra el mal hay algo falso, algo que no se confiesa o que se oculta. Sabe Dios si nuestros procedimientos de lucha contra el mal no son meros prejuicios tan arraigados en nosotros, que ya somos incapaces de desterrarlos y, por consiguiente, tampoco podemos ya enjuiciarlos con certeza.

—¿Cómo se entiende eso?

—No sé cómo explicártelo. Acaso el hombre se equivoca al considerarse con derecho y hasta en el deber de combatir el mal, como se equivoca creyendo que el corazón tiene la forma del llamado as de corazones en la baraja de naipes. Tal vez, en la lucha contra el mal, no debiéramos emplear la fuerza, sino su polo opuesto, es decir, que, si por ejemplo, quieres evitar que te roben ese cuadro, lo mejor no sería guardarlo, sino darlo...

—Muy discreto, muy ingenioso: si quiero casarme con la hija de un mercachifle rico, lo mejor para evitar que yo cometa semejante bajeza es que la niña del ricacho se adelante y se case conmigo por iniciativa propia.

Estuvieron conversando hasta medianoche, sin llegar a comprenderse. Cualquiera que les escuchase se quedaría sin saber qué era lo que quería él y qué lo que quería ella.

Los dos solían pasar las tardes en casa. Ni tenían familias conocidas ni sentían la necesidad de tenerlas. Al teatro no iban más que en días de estreno, según la costumbre de los escritores de entonces. Y no asistían a conciertos por no ser amantes de la música.

—Piensa lo que quieras —dijo al día siguiente Vera Semiónovna—. Para mí, el problema está parcialmente resuelto. Me he convencido de que no tengo el menor derecho a oponerme a un mal que vaya dirigido personalmente contra mí. ¿Qué quieren matarme? Que me maten. El asesino no se volverá mejor porque yo me defienda. Ahora me queda por resolver la segunda parte del problema: ¿cuál debe ser mi actitud ante un mal dirigido contra mi prójimo?

—Vera, déjate de locuras —replicó Vladimir Semiónich, echándose a reír—. Estoy viendo que la contemporización con el mal se convierte en tu *idée fixe*.

Pretendía transformar en cosa de broma aquellos fastidiosos coloquios, pero ya no había lugar a bromas: la sonrisa le salía torcida y agria. La hermana dejó de sentarse junto a su mesa y de seguir con veneración el movimiento de su mano al escribir; y él notaba todas las tardes que, detrás, tendida en el diván, había una persona disconforme con él... Ante esta sensación, parecía que la espalda se le petrificaba, y el alma se le llenaba de frío. La dignidad de autor es rencorosa, inexorable, no conoce el perdón; y su hermana era la primera y la única persona que había descubierto y lacerado este sentimiento inquieto, semejante a un cajón de vajilla, fácil de desembalar, pero imposible de colocar tal como estaba.

Pasaron semanas y meses sin que la hermana desterrase sus pensamientos ni tornara a sentarse junto a la mesa. Una tarde primaveral, Vladimir Semiónich se hallaba escribiendo un artículo sobre una novela en la que una maestra rural renunciaba al hombre amado, un joven rico e instruido que también la amaba a ella, por el solo hecho de que el matrimonio le impediría proseguir su labor pedagógica. Vera Semiónovna, tendida, como de costumbre, en el diván, estaba entregada a sus cavilaciones.

—¡Qué aburrimiento, Dios mío! —exclamó desperezándose—. ¡Qué vacía y qué anodina es esta vida! Yo no sé qué hacer conmigo misma, y tú pierdes tus mejores años ocupado en cosas que el diablo las entienda. Igual que un alquimista, andas revolviendo antiguallas inútiles, sin ton ni son. ¡Dios mío!

Vladimir Semiónich dejó la pluma y, lentamente, se tomó hacia su hermana.

—Da pena verte —continuó ésta—. Wagner, el de *Fausto*, desenterraba lombrices y gusanos; pero, al menos, lo hacía buscando un tesoro. Tú, en cambio, buscas los

gusanos por los gusanos...

—Eso está muy oscuro.

—Volodia, todos estos días he pensado mucho; me he devanado los sesos y he llegado a la conclusión de que eres un oscurantista y un rutinario sin remisión. A ver, pregúntate qué puede darte tu trabajo, tan tenaz y concienzudo. ¿Qué te va a dar? De los viejos desechos en que tú escarbas hace tiempo que han sacado todo cuanto era posible sacar. Por más que remuevas el agua en la probeta y por más que la desintegres, nunca dirás más de lo que ya han dicho los químicos...

—¡Ca-ram-ba! —prolongó Vladimir Semiónich la palabra, al tiempo que se levantaba—. Verdaderamente, todo esto es viejo, porque estas ideas son eternas. Pero, a tu entender, ¿qué es nuevo?

—Ya que te has puesto a trabajar en el terreno de las ideas, es obligación tuya encontrar alguna cosa nueva, yo no soy quién para enseñarte.

—¡Yo, alquimista! —exclamó el crítico, sorprendido e irritado a la vez, entornando los ojos con sorna—. ¿De manera que el arte y el progreso son alquimia?

—Mira, Volodia: creo que si todos los pensadores os dedicaseis a resolver grandes problemas, todos estos problemillas que tanto te dan que hacer, se solucionarían por sí, como por añadidura. Si te subes en un globo para contemplar desde arriba una ciudad, a la fuerza tienes que ver el campo, y los pueblos, y los ríos... Al extraer la estearina se obtiene, como producto adicional, la glicerina. Paréceme que el pensamiento moderno se ha estancado en un mismo sitio: es tímido por autosugestión, indolente, cobarde, conservador. Teme elevarse, volar a las grandes alturas, como tú y yo tememos subir a las grandes montañas...

Tales conversaciones habían de tener consecuencias, necesariamente: las relaciones entre los dos iban empeorando día tras día. El hermano se irritaba y no podía trabajar, pensando que la hermana, tendida en el diván, le miraba la espalda. Ella, por su parte, fruncía el ceño y se desperezaba cuando él, deseoso de revivir la armonía del pasado, trataba de compartir con ella sus entusiasmos. Vera Semiónovna se quejaba del tedio todas las tardes, y sacaba a relucir la libertad de pensamiento y la gente rutinaria. Llevada de sus nuevas ideas, afirmaba que el trabajo en que estaba sumido su hermano constituía un prejuicio, un esfuerzo vano de las mentes conservadoras por perpetuar lo que, habiendo representado ya su papel, debía abandonar la escena. Sus comparaciones no tenían fin: tan pronto comparaba a su hermano con un alquimista como con un exégeta cismático, capaz de sucumbir antes que ceder a la persuasión...

Poco a poco empezó a notarse un cambio en la vida de ella. Ahora podía permanecer tendida en el diván días enteros, ociosa, sin leer siquiera, entregada a sus cavilaciones; y su rostro adquiría la expresión fría y seca de los fanáticos que no admiten otra creencia que la suya. Renunció a los servicios de la criada; quitaba ella misma la mesa, barría, limpiaba las botas y lavaba. El hermano no podía menos de mirar con irritación y hasta con odio el frío semblante de ella al ejecutar las duras

faenas domésticas. En estas faenas, realizadas siempre con cierta solemnidad por Vera Semiónovna, advertía él algo forzado, falso, farisaico y presuntuoso. Y seguro de que no podría influir en su hermana por la persuasión, se burlaba de ella, remedándola como un colegial.

—No quieres oponerte al mal, pero te opones a que yo tenga criada —la punzaba—. Si la criada es un mal, ¿por qué te opones a ella? Es una falta de consecuencia.

Vladimir Semiónich sufría, se irritaba y hasta sentía vergüenza cuando su hermana empezaba a tontear en presencia de gente extraña.

—¡Es horrible, amigo! —me comunicó en secreto, con un ademán de desaliento—. Resulta que nuestra *ingénue* se ha quedado incluso a representar un papel en el vodevil. Se ha ido totalmente de la cabeza. Yo la he dejado ya por imposible: que piense como le dé la gana, pero ¿para qué hablar? ¿Por qué me saca de quicio? Bien pudiera pensar el gusto que me da oírla. Imagínese: ¡atreverse, en mi presencia, a cometer el sacrilegio de apelar a la doctrina de Cristo para respaldar sus extravíos! ¡Yo me ahogo, me dan sofocos cuando mi hermanita se pone a predicar sus teorías y pretende tergiversar el Evangelio en su favor mientras silencia premeditadamente la expulsión de los mercaderes del templo! Ahí tiene usted, amigo, lo que significa la falta de desarrollo y de entendimiento. ¡Ése es el resultado de una Facultad de Medicina que no proporciona una preparación general!

Una vez, al regresar de la oficina a su casa, Vladimir Semiónich encontró a su hermana llorando. Sentada en el diván, con la cabeza baja, parecía desolada, y abundantes lágrimas corrían por sus mejillas. El bondadoso corazón del crítico se contrajo dolorido. También sus ojos derramaron lágrimas. Quiso acariciar a la hermana, perdonarla, pedirle perdón, volver a la vida anterior... Hincándose de rodillas, le llenó de besos la cabeza, las manos, los hombros... Ella sonrió con sonrisa enigmática, amarga; y él, exhalando una exclamación de alegría, se levantó de un salto, cogió de la mesa la revista y dijo entusiasmado:

—¡Hurra, Vérochka! ¡Volvemos a vivir como antes! ¡Que el Señor nos bendiga! Si vieras lo que he preparado para ti... Vamos a leerlo juntos y nos servirá de champaña reconciliador. Es una obra estupenda, maravillosa...

—¡Oh, no, no! —asustose Vera Semiónovna apartando el libro—. Ya la he leído. No insistas, no.

—¿Cuándo la has leído?

—Hace un año... O quizá dos... Hace mucho que la leí. La conozco, la conozco.

—¡Oh, eres una fanática! —pronunció fríamente el hermano arrojando la revista sobre la mesa.

—¡No, el fanático eres tú, y no yo! ¡Eres tú!

Y Vera Semiónovna se hizo de nuevo un mar de lágrimas. Vladimir Semiónich, de pie ante ella, pensaba, contemplando sus hombros convulsos.

No pensaba en los sufrimientos de la soledad, que padece todo aquel que comienza a pensar de manera propia, ni en los que acompañan a toda revolución

espiritual seria, sino en su programa ofendido, en su dignidad de autor zaherida.

A partir de entonces comenzó a tratar a su hermana con despego, con soma despectiva; y la toleraba en su casa como se aguanta a una vieja gorrana. Por su parte, ella no cesaba de discutir con él, y a sus aseveraciones, a sus burlas y a sus intemperancias respondía con un silencio condescendiente, que irritaba más aún a Vladimir Semiónich. Una mañana estival. Vera Semiónovna, con ropa de viaje y un zurrón a la espalda, entró en la habitación del hermano y le besó con frialdad en la frente.

—¿Adónde vas? —sorprendiose Vladimir Semiónich.

—A la provincia de N., a vacunar gente.

El hermano salió a acompañarla a la calle.

—¡Hay que ver las cosas que se te ocurren...! —murmuró—. ¿Necesitas algo de dinero?

—No, gracias. Adiós.

Y, después de estrecharle la mano, se marchó.

—¿Cómo no has alquilado un coche? —le gritó Vladimir Semiónich.

La médica no respondió. Él estuvo contemplando el impermeable amarillo de la hermana y el movimiento de su cuerpo al compás de su paso lento; suspiró forzosamente, pero no experimentó ningún sentimiento de compasión. Vera Semiónovna era ya una extraña para él. Y él lo era también para ella. Por lo menos, la hermana no volvió la cabeza ni una sola vez.

De vuelta en su gabinete, Vladimir Semiónich se sentó en seguida y empozó a escribir un folletón.

No volví a encontrar a Vera Semiónovna. Ignoro dónde estará. Vladimir Semiónovich siguió escribiendo, colocando coronas, cantando el *Gaudeamus* y laborando en pro de una Caja de Socorros Mutuos de los empleados de las publicaciones periódicas moscovitas.

De buenas a primeras, hete aquí que atrapa una pulmonía. Estuvo enfermo tres meses, al principio en su casa, y luego en el Hospital Golitsin. Se le formó una fístula en una rodilla. Se hablaba de mandarlo a tratarse a Crimea, y se inició una suscripción en favor suyo. Pero no pudo ir a Crimea: se murió antes. Le enterramos en el cementerio de Vagankovskoie, en el sector izquierdo, donde se entierra a los artistas y a los literatos.

Una vez, estando los que escribimos reunidos en el restaurante Tártaro, referí que, días antes, había visitado el cementerio y visto la tumba de Vladimir Semiónich, que estaba totalmente abandonada, casi igualada con la tierra, y con la cruz medio caída. Propuse recoger unos cuantos rublos para adecentarla un poco...

Pero la indiferencia fue general. Nadie contestó ni una palabra, y no reuní un solo kopek. Ninguno se acordaba ya de Vladimir Semiónich. Estaba completamente olvidado.

UN ACONTECIMIENTO

(Событие)

Es por la mañana. A través del encaje helado que cubre los cristales de las ventanas, la fuerte luz del sol penetra deslizándose en el cuarto de los niños. Vania, chiquillo de, aproximadamente, seis años, cabellos cortados, nariz como un botón, y su hermana Nina de cuatro, pelito rizado, regordeta y pequeña no solamente por la edad, despertándose, se miran enfadados una a otro a través de los barrotes de las barandillas de sus camitas.

—¡Vaya con los sinvergüenzas...! —gruñe la *nianka*^[100]—. ¡La gente decente ya se ha bebido su té, y ustedes siguen todavía sin abrir los ojos...!

Los rayos solares hacen mil travesuras sobre la alfombra, sobre las paredes, sobre la falda de *nianka*, como invitando a que se juegue con ellos, pero los niños no lo observan. Se han despertado de mal humor. Nina, poniendo una boca enfurruñada y agria, empieza a decir, arrastrando las palabras:

—¡Quiero té...! ¡*Nianka*...! ¡Té!

Vania frunce la frente y piensa en el pretexto a elegir para romper a llorar. Ya ha empezado a pestañear y ha abierto la boca, pero en este momento le llega del salón la voz de mamá:

—¡No se olviden de la leche de la gata, ahora que tiene gatitos!

Los rostros de Vania y Nina se distienden y, perplejos, se miran el uno al otro. Luego, ambos saltan a la vez de sus camitas, y llenando el aire con sus chillidos agudos, se dirigen corriendo a la cocina, descalzos y sin más ropa que el camisón.

—¡La gata ha tenido cachorritos...! ¡La gata ha tenido cachorritos...! —gritan.

En la cocina, debajo del banco, hay un cajoncito, el mismo precisamente que utiliza Stepán para traer carbón para la chimenea. Por el cajón se asoma la gata. Su morrito gris expresa un cansancio extremo; sus ojos verdes, de niñas estrechas y negras, miran de un modo lánguido y sentimental... Su carucha revela que para que su felicidad sea completa sólo falta junto al cajón la presencia de *él*..., del padre de sus hijos, al que tan enteramente se entregara. Quiere maullar y abre mucho la boca, pero de su garganta no salen más que ronquidos, al tiempo que se escuchan débiles maullidos gatunos.

Los niños en cuclillas ante el cajón, inmóviles y conteniendo el aliento, contemplan a la gata... Sorprendidos y absortos no oyen gruñir a *nianka*, que viene tras ellos, y sus ojos brillan con la alegría más sincera.

En la educación y en la vida de los niños, los animales domésticos representan un papel apenas perceptible, pero indiscutiblemente bueno. ¿Quién de nosotros no recuerda a esos fuertes y nobles perrazos, a esos parásitos chinos, a esos pájaros

muertos en el cautiverio..., a los tontos y vanidosos pavos, a las tímidas viejas gatas que sabían perdonarnos el que, por entretenimiento, les pisáramos el rabo, causándoles un dolor lacerante...? Hasta me parece, a veces, que la paciencia, la fidelidad, el saber perdonarlo todo, la sinceridad..., estas cualidades comunes a nuestros animales domésticos, actúan sobre la inteligencia del niño mucho más fuerte y positivamente que la larga homilía de un pálido y seco Karl Kárlovich o los discursos embramados de la institutriz cuando se esfuerza en demostrar a un muchacho que el agua se compone de oxígeno e hidrógeno.

—¡Qué pequeñitos! —dice Nina abriendo mucho los ojos y dejándose invadir por una alegre risa—, ¡Parecen ratones...!

—¡Uno, dos, tres...! —cuenta Vania—. ¡Tres gatitos...! ¡Eso...! ¡Uno para mí, otro para ti y otro para... alguien!

—Brrrr... Brrrr... —rezonga la recién parida, halagada por aquella atención—, Brrrr... Brrrr...

Después de contemplar durante largo rato a los gatitos, los niños se los sacan de debajo a la gata y empiezan a estrujarlos.

Después, no satisfechos todavía, se los envuelven en los faldones del camisón y corren con ellos a las habitaciones principales.

—¡Mamá...! ¡La gata ha tenido cachorritos! —gritan.

La madre, que está sentada en el salón con un señor desconocido, al ver a los niños sin lavar ni vestir y con los faldones del camisón remangados, se azara y pone ojos severos.

—¡Bajaos esos camisones, desvergonzados! —dice—. ¡Salid de aquí si no queréis que os castigue!

Pero los niños hacen caso omiso de las amenazas de la madre y de la presencia de aquel extraño; depositan a los gatitos sobre la alfombra y arman una chillería ensordecedora. A su alrededor, maullando de un modo suplicante, da vueltas la recién parida. Cuando un poco después los niños son llevados a rastras a su cuarto, se les viste, se les hace rezar, se les sirve el desayuno, mientras ellos anhelan ardientemente verse liberados de estos prosaicos deberes y correr otra vez a la cocina.

Las ocupaciones y juegos de costumbre quedan relegados a segundo término; los gatitos, sobresaliendo con su viviente novedad, dejan en la sombra a todo lo demás y son la sensación del día. Si tanto a Vania como a Nina les hubieran entonces ofrecido un pud de caramelos o mil *grivenniks* por cada gatito, es indudable que hubieran rehusado el cambio sin la menor vacilación. Hasta el momento mismo de la comida, y pese a las encendidas protestas de *nianka* y de la cocinera, permanecen en la cocina entretenidos con ellos. La expresión de sus rostros es seria, reconcentrada y preocupada. No es su presente solo, sino también su porvenir, lo que les inquieta. Así, pues, queda resuelto que uno permanezca en la casa junto a la vieja gata, su madre, para servirle de consuelo; el segundo irá a la casa que tienen en el campo y en la que hay muchas ratas.

—Pero ¿por qué no miran? —se asombra Nina—. ¡Tienen los ojos ciegos como los mendigos!

Esta cuestión preocupa mucho a Vania. Intenta abrir los ojos a uno de los gatitos, soplando en ellos durante largo rato, pero la operación resulta infructuosa. También preocupa mucho a ambos el que los gatitos se nieguen terminantemente a tomar la carne y la leche que se les presenta; todo cuanto se coloca ante sus morritos es ingerido por la mamaíta gris.

—¡Vamos a hacerles una casa! —propone Vania—. ¡Que vivan en distintas casas y que la gata vaya a hacerles visitas!

En varios rincones de la cocina son colocadas las sombrereras de cartón que han de servir de vivienda a los gatitos; reparto familiar que resulta, sin embargo, prematuro, pues la gata, siempre con una expresión suplicante y sentimental en el morrito, recorre una por una todas las sombrereras y va llevándose a sus hijos a su primitiva morada.

—La gata es su madre... —observa Vania—, Pero el padre..., ¿quién es?

—Sí... ¿quién es el padre? —repite Nina.

—¡No pueden estar sin padre!

Vania y Nina discuten durante largo rato sobre quién puede ser el padre de los gatitos, y al cabo su elección recae en un gran caballo de color rojo oscuro, con el rabo roto, que se encuentra tirado en el suelo de la despensa, debajo de la escalera, en unión de otros juguetes que terminaron su vida en calidad de trastos viejos. Le sacan de la despensa y le ponen al lado del cajón.

—¡Escucha! —le amenaza— ¡No te muevas de ahí y cuida de que se porten bien!

Todo esto es hecho y dicho con la mayor seriedad y aire de gran preocupación. Vania y Nina no quieren saber nada de otro mundo que no sea el cajón en que se encuentran los gatitos. Su alegría no conoce límites, aunque también tienen que pasar por minutos difíciles y atormentados.

Un momento antes de la comida Vania, sentado en el despacho de su padre, contempla la mesa con expresión soñadora. Junto a la lámpara, sobre los pliegos de papel timbrado, se mueve un gatito. Vania sigue con la mirada todos sus movimientos, pinchándole el morrito tan pronto con el lápiz como con una cerilla. De repente, como brotado de la tierra, aparece junto a la mesa... el padre.

—¿Qué es esto? —oye decir Vania con voz enfadada.

—Es... Es un gatito, papá...

—¡Ya te daré yo a ti gatitos...! ¡Mira lo que has hecho..., chiquillo malo...! ¡Mancharme todo el papel!

Con gran asombro de Vania, papá no comparte sus simpatías por los gatitos, y en lugar de entusiasmarse y de ponerse contento, tira a Vania de las orejas y grita:

—¡Stepán...! ¡Llévese esta porquería!

Durante la comida ocurre un nuevo escándalo.

Cuando están tomando el segundo plato, los comensales oyen de pronto un breve

chillido. Buscando la causa se encuentra un gatito bajo el delantal de Nina.

—¡Nianka...! ¡Fuera de la casa! —se enfada el padre—. ¡Que tiren ahora mismo a la basura a esos gatos...! ¡Que no haya en casa semejante porquería...!

Vania y Nina están espantados... ¡Que mueran en la basura, además de la crueldad que esto supone, amenaza privar a la gata y al caballo de madera de sus hijos...! ¡Significa vaciar el cajón..., derrumbar sus planes para el futuro..., para aquel futuro maravilloso en que uno de los gatitos servirá de consuelo a su vieja madre, el otro irá a vivir a la casa de campo y el tercero cogerá ratas en la bodega...! Los niños rompen a llorar y suplican se perdone la vida de los gatitos. El padre accede, pero bajo la condición de que los niños no osen entrar en la cocina ni tocar a los gatos.

Después de la comida, Vania y Nina vagan desalentados por las habitaciones. La prohibición de ir a la cocina les llena de tristeza, rehúsan los dulces, hacen mañas y se portan impertinentemente con su madre. Cuando por la noche llega el tío Petrusha, le llaman aparte y se quejan a este de que el padre haya querido tirar los gatitos a la basura.

—¡Tío Pretusha...! —ruegan al tío—. ¡Di a mamá que deje entrar a los gatitos en el cuarto de los niños...! ¡Pídeselo tú...!

—Bueno, bueno... —contesta el tío, deshaciéndose de ellos—. ¡Está bien...!

El tío Petrusha, por lo general, no viene solo; suele acompañarle Nero, un perrazo danés de orejas colgantes y rabo duro como un palo. Es un perro callado, taciturno y convencido de su propia dignidad. Sin conceder a los niños un mínimo de atención, pasa ante ellos golpeando las sillas con el rabo. Los niños le odian con toda su alma, pero, sin embargo, esta vez los cálculos de carácter práctico son más fuertes en ellos que el sentimiento.

—¿Sabes, Nina...? —dice Vania, abriendo muy grandes los ojos— ¡Lo mejor es que sea Nero el padre, en lugar del caballo...! ¡El caballo está muerto y éste está vivo...!

El anochecer transcurre en la espera del momento en que papá se siente a jugar a las cartas y de un modo inadvertido pueda hacerse pasar a Nero a la cocina... He aquí que papá se sienta por fin a jugar a las cartas... Mamá, ocupada junto al samovar, no ve a los niños... ¡Llegó el momento feliz!

—Vamos —murmura Vania a su hermana.

En este instante entra Stepán en la habitación y dice, riendo:

—Señora... Nero se ha comido a los gatitos...

Nina y Vania, palideciendo, miran aterrados a Stepán.

—¡Como lo digo! —ríe el criado—, ¡Se acercó al cajón y se los zampó!

Los niños hubieran considerado natural que cuantas personas había allí se arrojaran inmediatamente sobre el criminal Nero; pero las personas continúan sentadas en sus asientos, asombrándose tan sólo del apetito del perrazo. Papá y mamá se ríen... Nero, dando vueltas alrededor de la mesa, mueve el rabo y se relame

satisfecho de sí mismo... Unicamente la gata está intranquila. Con el rabo tieso va de habitación en habitación, mirando con sospecha a todos y maullando tristemente.

—¡Niños...! ¡Ya son más de las nueve! ¡A dormir! —grita mamá.

Vania y Nina se van a dormir. Durante largo rato lloran pensando en la gata ofendida y en el cruel y descarado Nero, dejado sin castigo.

UN DRAMATURGO

(Драматург)

En la consulta de un médico entre un personaje de aspecto gris con cara de tener catarro. A juzgar por el tamaño de su nariz y la expresión sombría y melancólica de su rostro, a este personaje no le son ajenas las bebidas alcohólicas, ni la rinitis crónica ni la filosofía.

Se sienta en el sillón y se lamenta de la falta de aire, de los eructos, del ardor de estómago, de melancolía y de un sabor desagradable en la boca.

—¿Usted qué es lo que hace? —pregunta el doctor.

—¡Soy dramaturgo! —declara con orgullo el personaje.

El doctor en un instante muestra su estima al paciente y le sonríe con respeto.

—Oh, es una especialidad tan poco común —murmura—. ¡Es tanto el trabajo cerebral, nervioso!

—I-ma-gi-no...

—Los escritores son tan poco comunes... Sus vidas no se parecen a las de las personas normales... Así que le pediría que me describa su forma de vida, sus ocupaciones, sus costumbres, su situación... Es decir, cuál es el precio que paga usted por su trabajo...

—Con mucho gusto... —asiente el dramaturgo—. Me suelo despertar, señor mío, sobre las doce, a veces más temprano... Cuando ya estoy levantado, me fumo un cigarrillo y me bebo dos vasos de vodka, a veces tres... A veces, incluso, hasta cuatro en función de qué hubiera bebido la víspera... Es que... Si no bebo, me comienzan a centellear los ojos y a dolerme la cabeza.

—En general, ¿usted bebe mucho, verdad?

—No, nooo, ¿cómo que mucho? Si bebo en ayunas, es sólo por los nervios, supongo... Luego me visto y voy al restaurante Livorno o al de Savrasienkov para desayunar... En general suelo tener poco apetito... Suelo desayunar muy poco: un filetito o media ración de esturión con rábanos... Por cierto, uno se toma tres o cuatro copitas, y se le pasa el hambre... Después de desayunar, una cerveza o un vino, según el dinero...

—Bien, ¿y después?

—A continuación me voy a algún sitio como una taberna, de la taberna de nuevo al Livorno para jugar al billar... Así se pasan unas seis horas y a comer... Como fatal... Créame, uno se bebe unas seis o siete copas, ¡y nada de hambre! Sientes envidia al mirar a la gente: todos tomando sopa, y yo la sopa ni verla. En su lugar, me tomo una cerveza... Después de comer, al teatro...

—Mmm... ¿Le preocupa el teatro, quizá?

—¡Un horror! Me preocupa y me enfada, y siempre están ahí los compañeros:

¡bebamos algo, bebamos algo! Con uno bebo un vodka, con otro un vino tinto, con un tercero una cerveza y, así, al tercer acto ni te mantienes en pie... Ni el diablo sabe lo que sufro... Después del teatro, al *Salon des variétés* o a una mascarada de Rrrrodon... Usted lo sabe, del salón o del baile de máscaras uno no se escapa enseguida... Si se despierta uno en casa hay que dar gracias... A veces se pasan semanas sin pisar la casa...

—¿Le preocupa?

—Bueno, sí... Hubo una vez que me alteré tanto de los nervios que no volví a casa en todo un mes y hasta me olvidé de la dirección... Tuve que conseguirla en un censo postal... ¡Y así casa día, como podrá usted ver!

—Oiga, ¿y las obras teatrales cuándo las escribe?

—¿La obras? ¿Qué le puedo decir? —se encoge de hombros el dramaturgo—. Depende un poco de las circunstancias...

—Intente describirme su proceso de trabajo...

—Sobre todo, señor mío, me suele llegar a las manos por casualidad, o a través de amigos (¡a mí, que no tengo tiempo para nada!), alguna cosilla francesa o alemana. Si es buena, se la llevo a mi hermana, o le pago cinco rublos a un estudiante... la traducen y, ya sabe, yo la adapto a las costumbres rusas, le pongo apellidos rusos en vez de extranjeros, etcétera... Sólo eso, pero... ¡qué complicado! ¡Lo difícil que es!

El personaje de aspecto gris pone los ojos en blanco y suspira... El médico comienza a palparlo, auscultarlo y examinarlo...

EL ORADOR

(Оратор)

En una hermosa mañana celebrábase el entierro del asesor colegiado Kiril Ivánovich Vavilenov, muerto de dos enfermedades sumamente frecuentes en nuestra patria: una esposa maligna, y el vicio del alcohol. Mientras el cortejo fúnebre se dirigía de la iglesia al cementerio, uno de los compañeros de trabajo del difunto, un tal Poplavski, cogió un coche y se dirigió a toda prisa a casa de su amigo Grigori Petróvich Zapoikin, hombre, aunque joven, ya bastante popular. Tenía Zapoikin (como saben los lectores) un talento extraordinario para pronunciar discursos en bodas, jubilaciones y entierros. Estaba capacitado para hablar en cualquier momento: lo mismo recién despierto, que en ayunas, que borracho o que presa de fiebre. Su discurso fluía llanamente, sin interrupción..., tan abundantemente como fluye por un canalón el agua de la lluvia. Para expresar aflicción, encerraba el vocabulario del orador muchas más palabras que cucarachas tiene cualquier taberna. Sus discursos eran tan elocuentes y largos que, a veces, sobre todo en las bodas de los comerciantes, había que recurrir a la ayuda de la policía para hacerle callar.

—Vengo a buscarte, hermanito —empezó a decir Poplavski al encontrarlo en casa—. Vístete en seguida y vámonos. Ha muerto uno de los nuestros al que estamos ahora mismo en trance de enviar a otro mundo, conque hace falta, hermanito, que haya quiten diga alguna cosita para su despedida. Nuestra única esperanza eres tú. Si el muerto fuera uno de los subalternos... no te molestaríamos, pero éste era un secretario..., en cierto modo un jefe... Es desagradable enterrar a un personaje de su categoría sin que se diga algún discurso...

—¡Ah...!, ¡el secretario...! —bostezó Zapoikin—. ¿Aquel borracho...?

—Sí, aquel borracho... Habrá comida..., *blinis*..., entremeses... Además nos pagan el coche. ¡Vamos, alma mía! ¡Allí, junto a la tumba, pronunciarás un discurso ciceroniano y ya verás lo que te lo agradecen!

Zapoikin accedió de buen grado. Desmelenó su cabello, obligó a adoptar a su rostro una expresión de melancolía y salió a la calle en compañía de Poplavski.

—Conocía a vuestro secretario —dijo cuando se sentaba en el coche—. Que en paz descanse..., pero era un pillo y un bestia como hay pocos.

—No está bien, Grisha, eso de ofender a los difuntos...

—Cierto que *aut mortui nihil bene*... No obstante, era un bribón.

Los dos amigos dieron alcance al cortejo y se unieron a él. Como el féretro iba conducido a un paso muy lento, antes de llegar al cementerio, los amigos tuvieron tiempo de entrar cerca de tres veces en la taberna y de beber unas copitas al eterno descanso del difunto.

En el cementerio se celebró un oficio religioso. La suegra, la mujer y la cuñada,

como es costumbre, lloraron copiosamente, y la mujer hasta gritó cuando bajaban el ataúd a la fosa: «¡Dejadme ir con él...!». A pesar de lo cual, y recordando sin duda la viudedad que había de recibir... no se fue con él. Después de esperar un poco a que todo se tranquilizara, Zapoikin avanzó unos pasos, paseó su mirada sobre los presentes y empezó a decir:

—¿Puede uno creer lo que ven los ojos y oyen los oídos...? ¿Este ataúd..., estas caras llorosas..., estos lamentos y estos sollozos..., no serán una pesadilla...? ¡Ay de mí! ¡No es un sueño, no! ¡No nos engaña la vista! ¡Aquel que hasta hace tan poco vimos lleno de vigor, de juventud, de frescura y lozanía...! Aquel que aún hace tan poco tiempo, ante nuestros mismos ojos, llevaba su miel, cual abeja incansable, a la colmena común del bien del Estado..., ¡es el mismo que vemos ahora convertido en nada... en un *miráge*! ¡La muerte irreductible puso su mano sobre él cuando, a pesar de su avanzada edad, se encontraba aún lleno de fuerza y de esperanzas ultraterrenas...! ¡Su pérdida es irreemplazable! ¿Quién nos lo puede reemplazar...? Tenemos muchos buenos funcionarios, pero puede decirse que Prokofi Ósipich era único en su género...

Devoto hasta lo más profundo de su alma del honrado cumplimiento de sus obligaciones, lejos de regatear sus fuerzas, pasaba las noches en vela y era desinteresado e insobornable. ¡Cuánto despreciaba a aquellos que con perjuicio del interés general pretendían comprarlo...!, ¡que ofreciéndole tentadores bienes terrenales, se esforzaban en atraerlo hacia la traición de su deber! ¡Sí...! ¡Ante nuestros ojos hemos visto a Prokofi Ósipich repartir su modesto sueldo entre los más pobres de sus compañeros, y ustedes mismos acaban de oír hace un instante los sollozos de las viudas y de los huérfanos que vivían gracias a sus limosnas! Esclavo del servicio, de su deber, y de la bondad, no conoció la alegría, y hasta se rehusó a sí mismo la felicidad de la vida matrimonial. ¡Ya saben ustedes que hasta el final de su vida permaneció soltero! ¿Y como compañero...? ¿Quién podría reemplazarlo? ¡Lo mismo que si fuera ayer me parece ver su rostro conmovido y afeitado dirigido hacia nosotros...! ¡Su bondadosa sonrisa...! ¡Como si todavía fuera ayer, oigo su suave, cariñosa y afable voz...! ¡Descansa en paz, Prokofi Ósipich...! ¡Descansa..., honrado y noble trabajador!

Zapoikin continuaba perorando, pero los oyentes empezaron a hablar entre sí en voz baja. El discurso gustaba a todos y hacía verter algunas lágrimas. Mucho de él, sin embargo, resultaba extraño... En primer lugar era incomprensible por qué el orador llamaba al difunto Prokofi Ósipich cuando su nombre era Kiril Ivánovich. En segundo, todos sabían que éste había pasado la vida entera en perpetua lucha con su legítima esposa, y que, por tanto, no podía calificarle de soltero..., y en tercero, era inexplicable que habiendo tenido una espesa barba de color rojizo, que en su vida había hecho afeitar ni una sola vez, hubiera llamado el orador a su rostro afeitado. Los oyentes se miraban con extrañeza.

—¡Prokofi Ósipich! —proseguía el orador, mirando inspirado a la tumba—. ¡Tu

rostro era feo...!, ¡hasta deforme...! ¡Eras taciturno y severo, pero todos sabíamos que bajo aquella corteza latía un corazón honrado y afectuoso...!

Pronto, sin embargo, empezaron a observar los oyentes que algo extraño ocurría al orador, que sin apartar la vista de un mismo punto, se agitaba nervioso. De repente quedó callado, y con la boca abierta para el asombro, se volvió hacia Poplavski.

—¡Pero, oye...! ¡Si está vivo! —dijo con ojos espantados.

—¿Quién está vivo?

—¡Pues... Prokofi Osipich...! ¡Está junto al mausoleo!

—¡Si el muerto no es él! ¡Es Kiril Ivánovich!

—¡Si has sido tú mismo el que me ha dicho que había muerto el secretario!

—¡No...! ¡El secretario era Kiril Ivánovich! ¡Te has confundido, tonto...! ¡Claro que también Prokofi Osipich fue secretario..., pero hace ya dos años que le substituyeron!

—¡Diablo!

—¿Por qué te paras...? ¡Sigue!

Zapoikin volvió la cabeza hacia la fosa y con la misma elocuencia que antes prosiguió su interrumpido discurso.

Al lado del mausoleo se encontraba, en efecto, Prokofi Osipich, el viejo funcionario de la cara afeitada. Miraba éste con enfado al orador y fruncía las cejas.

—¿Qué ocurrencia te ha dado —reían los funcionarios, volviendo del entierro en compañía de Zapoikin— de enterrar a un vivo?

—¡Eso no está bien, joven! —gruñía Prokofi Osipich—. ¡Su discurso puede ser apropiado para un difunto, pero aplicado a un vivo es una burla! ¿Qué no me ha llamado usted...? Desinteresado..., incapaz de sobornar... ¡Tales cosas, refiriéndose a un vivo, sólo pueden decirse en son de burla! ¡Nadie le ha pedido tampoco, caballero, que hablara sobre mi cara...! Si soy feo y deforme..., ¡qué le vamos a hacer! ¿Para qué decir mi apellido delante de todo el mundo? ¡Esto es una ofensa!

LA OBRA DE ARTE

(Произведение искусства)

Sasha Smirnov, hijo único, entró con mustio semblante en la consulta del doctor Kochelkov. Debajo del brazo llevaba un paquete envuelto en el número 223 de *Las Noticias de la Bolsa*.

—¡Hola, jovencito! ¿Qué tal nos encontramos? ¿Qué se cuenta de bueno? —le preguntó afectuosamente, el médico.

Sasha empezó a parpadear y, llevándose la mano al corazón, dijo con voz temblorosa y agitada.

—Mi madre, Iván Nikoláievich, me rogó le saludara en su nombre y le diera las gracias... Yo soy su único hijo, y usted me salvó la vida..., me curó de una enfermedad peligrosa..., y ninguno de los dos sabemos cómo agradecerse.

—Está bien, está bien, joven —le interrumpió el médico, derritiéndose de satisfacción—. Sólo hice lo que cualquiera hubiese hecho en mi lugar.

—Soy el único hijo de mi madre... Somos gente pobre y, naturalmente, no podemos pagarle el trabajo que se ha tomado, pero... por eso mismo estamos muy avergonzados... y le rogamos encarecidamente se digne aceptar, en señal de nuestro agradecimiento, esto que... Es un objeto muy valioso, de bronce antiguo..., una verdadera obra de arte, muy rara...

—¡Para qué se ha molestado! No hacía falta —dijo el médico frunciendo el ceño.

—No, por favor, no lo rechace —prosiguió murmurando Sasha, mientras desenvolvía el paquete—. Si lo hace, nos ofenderá a mi madre y a mí... Es un objeto muy hermoso..., de bronce antiguo... Pertenecía a mi difunto padre y lo guardábamos como un recuerdo, casi como una reliquia... Mi padre se dedicaba a comprar objetos de bronce antiguo para venderlos a los aficionados. Ahora mi madre y yo seguiremos ocupándonos en lo mismo.

Sasha acabó de desenvolver el paquete y colocó triunfalmente sobre la mesa el objeto en cuestión. Era un candelabro, no muy grande, pero efectivamente de bronce antiguo y de admirable labor artística. Un pedestal sostenía un grupo de figuras femeninas ataviadas como Eva, y en tales posturas, que me encuentro incapaz de describirlas tanto por falta de valor como del necesario temperamento. Las figuras sonreían con coquetería, y todo en ellas atestiguaba claramente que, a no ser por la obligación que tenían de sostener una palmatoria, de buena gana habrían saltado del pedestal y organizado una juerga de tal categoría que sólo pensar en ella avergonzaría al lector.

El médico contemplaba el regalo con aire preocupado, rascándose la oreja; y por fin emitió un sonido inarticulado, sonándose con gesto inseguro:

—Sí; es un objeto realmente hermoso —consiguió murmurar—, pero verá usted,

no es del todo correcto... Eso no es precisamente un escote... Bueno, Dios sabe lo que es.

—Pero ¿por qué lo considera usted así?

—Porque ni el mismo diablo podía haber inventado nada peor... Colocar encima de mi mesa este objeto sería echar a perder la respetabilidad de la casa.

—Qué manera tan rara tiene usted de considerar el arte, doctor —exclamó Sasha, ofendido—. Pero mírelo usted bien. Se trata de una verdadera obra de arte. Hay en ella tal belleza y gracia que eleva nuestra alma y hace acudir lágrimas a nuestros ojos. ¡Fíjese qué movimiento, qué ligereza, cuánta expresión!

—Lo comprendo muy bien, querido —le interrumpió el médico—. Pero debe darse cuenta de que yo soy padre de familia, mis hijitos andan de un lado para otro y vienen señoras a verme.

—Claro, mirándolo desde el punto de vista del vulgo —dijo Sasha—, este objeto de tanto valor artístico resulta completamente distinto... Pero usted doctor, se halla tan por encima de la masa... Además, si lo rehúsa, nos apenará profundamente... Usted me salvó la vida..., y lo único que siento es no tener la pareja de este candelabro.

—Gracias, buen muchacho; le estoy muy agradecido. Salude a su madre, pero hágase cargo, palabra de honor, que por aquí andan niños y vienen señoras... ¡Bueno, qué se le va a hacer! ¡Déjelo! De todos modos, no lograré hacerle comprender mi situación.

—No hay más que hablar —dijo Sasha muy alegre—: el candelabro se pondrá aquí, al lado de este jarrón. ¡La lástima es que no tenga la pareja! ¡Sí, es una verdadera pena! Bueno... ¡Adiós, doctor!

Cuando se fue Sasha, el médico permaneció un buen rato rascándose la nuca con aire pensativo.

«Es indiscutible que se trata de un objeto de arte —decía para sí—, y sería una pena tirarlo. Sin embargo, es imposible tenerlo en casa... ¡Vaya problema! ¿A quién podría regalarlo o qué favor podría pagar con él?».

Después de muchas cavilaciones recordó a su buen amigo el abogado Ujov, con quien se sentía en deuda por un asunto que le arregló.

«Perfectamente —decidió el médico—; como es un gran amigo, no me aceptará dinero y será necesario hacerle un regalo. Voy a llevarle este condenado candelabro. Precisamente es soltero y algo calavera».

Y, sin esperar más, se vistió rápidamente, cogió el candelabro y se fue a ver a Ujov, a quien encontró casualmente en casa.

—¡Hola, amigo! —exclamó al entrar—. Vine para darte las gracias por las molestias que te tomaste conmigo, y como no quieres aceptar dinero, al menos acepta este objeto. Sí, querido amigo, se trata de un objeto valiosísimo...

Al ver el candelabro, el abogado prorrumpió en exclamaciones de entusiasmo.

—¡Vaya un objeto! —exclamó el abogado, echándose a reír—. ¡Ni el mismo

demonio sería capaz de inventar algo mejor! ¡Es estupendo! ¡Magnífico! ¿Dónde encontraste esta preciosidad?

Después de exteriorizar así su entusiasmo, echó una mirada temerosa a la puerta, y dijo:

—Sólo que, hermano, por favor, guarda tu regalo. ¡No lo quiero!

—¿Por qué? —inquirió el médico, asustado.

—Pues porque... a mi casa suele venir mi madre y también los clientes... Incluso delante de la criada resultará algo molesto...

—¡Ni hablar! ¡No te atreverás a hacerme este desaire! —exclamó, gesticulando, el galeno—. Esto sería un feo por tu parte. Además, tratándose de una obra de arte..., y fíjate qué movimiento..., cuánta expresión. ¡No digas nada más, que me enfado!

—Si al menos llevasen unas hojitas...

Pero el médico no le dejó continuar y empezó a hablar con gran vehemencia, gesticulando. Finalmente pudo irse contento a su casa por haberse deshecho del regalo.

En cuanto se marchó el doctor, el abogado se quedó contemplando el candelabro, le dio vueltas y más vueltas, palpándolo por todos lados, e, igual que su anterior dueño, estuvo cavilando sobre la misma cuestión. ¿Qué iba a hacer con aquel regalo?

«Es una obra magnífica —pensaba—. Sería lástima tirarla, pero tampoco es posible guardarla. Lo mejor será regalarlo a alguien... ¿Y si lo llevara esta noche al cómico Shashkin? A este sinvergüenza le gustan objetos de esta clase y, además, hoy tiene un festival benéfico...».

Y, dicho y hecho, por la noche envolvió el candelabro en un papel y lo envió al cómico Shashkin.

El camarín del artista estuvo lleno toda la tarde; a cada momento entraban hombres a contemplar el regalo; allí sólo se oía un rumor mezcla de exclamaciones y de risas, algo así como un relinchar. Cuando alguna de las artistas se acercaba a la puerta y preguntaba si podía entrar, en seguida se oía la voz ronca del cómico que gritaba:

—No chica, no. Estoy sin vestir.

Después de aquel espectáculo, el cómico, alzando los brazos y gesticulando, decía todo preocupado:

—Bueno, ¿y dónde meteré yo esta porquería de candelabro? Tengo un piso particular, pero es imposible llevarlo allí. Vienen a verme artistas, y esto no es una fotografía que se pueda esconder en el cajón de la mesa.

—Puede venderlo, señor —le aconsejó el peluquero, consolándole—, No muy lejos de aquí vive una vieja que compra antigüedades... Pregunte por la Smirnova. Todo el mundo la conoce.

El cómico siguió este consejo...

Dos días más tarde, cuando el médico Kochelkov estaba sentado en su gabinete con la cabeza entre las manos, pensando en los ácidos biliares, se abrió la puerta de

repente y entró en la habitación Sasha Smirnov. Sonreía resplandeciente de felicidad. Llevaba en las manos algo envuelto en un papel de periódico.

—¡Doctor! —exclamó todo sofocado—. ¡Figúrese qué alegría! Ha sido una suerte enorme para usted. Hemos encontrado la pareja de su candelabro... Mi madre está contenta... Usted me salvó la vida.

Y Sasha, cuya voz temblaba de emoción, colocó delante del médico el candelabro. El médico abrió la boca intentó decir algo, pero no pudo: su lengua estaba paralizada.

¿QUIÉN TIENE LA CULPA?

(КТО ВИНОВАТ?)

Mi tío Piotr Demianich, un irritable consejero colegiado, seco como un pescado ahumado rancio al que hubieran clavado un palo, advirtió un día cuando iba a la escuela donde enseñaba latín que la cubierta de su libro de sintaxis estabaro roída por ratones.

—Oye, Praskovia —dijo entrando a la cocina y dirigiéndose a la cocinera—. ¿Dónde se han podido criar ratones aquí? Porque ayer me mordisquearon un cilindro, hoy me arruinaron el libro de sintaxis... ¡Puede que empiecen a comerse la ropa!

—¿Y qué podría hacer yo? ¡No soy yo quien los trajo! —respondió Praskovia.

—¡Algo habrá que hacer! ¿Y si trajeras un gatito?

—Ya hay un gatito, ¿pero de qué sirve?

Y Praskovia señaló hacia un rincón donde, cerca de la escoba, delgado como una astilla, dormía acurrucado un gatito blanco.

—¿Y por qué no sirve? —preguntó Piotr Demianich.

—Es joven aún, y tonto. Haz las cuentas, no tiene ni dos meses aún.

—Mmm... ¡Pues habrá que amaestrarlo! Mejor sería que aprendiese en vez de estar acostado así.

Dicho esto, Piotr Demianich suspiró abrumado y salió de la cocina. El gatito levantó la cabeza, le echó una mirada con pereza y cerró los ojos de nuevo.

El gatito no dormía porque estaba pensativo. ¿En qué pensaba? Pues al no estar familiarizado con la vida real y sin tener impresiones previas con las que comparar, sólo podía pensar por instinto y dibujar su vida a través de las imágenes que había heredado junto a la carne y la sangre de sus antepasados los tigres (he aquí Darwin). La naturaleza de sus pensamientos era más como visiones de ensueño. Su imaginación felina dibujó algo parecido al desierto de Arabia, en el que flotaban unas sombras muy parecidas a Praskovia, a la estufa y a la escoba. Entre las sombras apareció, de pronto, un platito de leche, al platito le crecieron unas patas, empezó a moverse y a mostrar una débil intención de escapar; el gatito dio un salto pero, paralizado por un deseo sanguinario, le clavó las uñas... Cuando el platito se esfumó en la niebla, apareció un trozo de carne que había dejado caer Praskovia. La carne, con un chillido cobarde, corrió salió corriendo, pero el gatito dio un salto y le clavó las uñas... Todo lo que se le aparecía al joven soñador, tenía como punto de partida los saltos, las uñas y los dientes... «El alma ajena es oscuridad», y el alma felina aún más. Pero que todo cuanto se ha descrito en estas escenas estaba cerca de la verdad, se hace evidente por el siguiente hecho: entregado a sus visiones de ensueño, de repente el gatito dio un salto, miró a Praskovia con ojos brillantes, se le erizó la piel y, dando otro salto, clavó sus uñas en la falda de la cocinera. Obviamente había

nacido para cazar ratones, como un digno de sus sanguinarios antepasados. En su destino estaba predestinado a ser tormento de sótanos, almacenes y graneros, si no fuera por su educación... Pero no nos adelantemos...

Al regresar de la escuela, Piotr Demianich pasó por una tienda al por menor y compró una ratonera por cinco altíns^[101]. Después de la comida, puso en el ganchito un pedacito de carne y colocó la trampa bajo el diván, donde se acumulaban los ejercicios de sus estudiantes, que Praskovia usaba para las necesidades domésticas. A las seis en punto de la tarde, cuando el venerable latinista estaba sentado a la mesa y corregía los cuadernos de los alumnos, sonó de pronto un «clac» debajo del diván, tan fuerte que mi tío se estremeció y dejó caer su pluma. Inmediatamente fue hasta el diván y sacó la ratonera. Un pequeño ratón completamente limpio, del tamaño de un dedal, olfateaba el alambre y temblaba de miedo.

—¡Ahá! —murmuró Piotr Demianich, mirando con maldad al ratón—. ¡Caíste, bribón! ¡Te voy a enseñar yo a morder el libro de sintaxis!

Tras contemplar a su víctima, Piotr Demianich colocó la ratonera en el suelo y gritó:

—¡Praskovia, ha caído un ratón! ¡Trae aquí al gato!

—¡Ahora mismo! —respondió Praskovia y al minuto llegó con el pequeño descendiente de los tigres en sus manos.

—¡Excelente! —empezó a musitar Piotr Demianich frotándose las manos—. Le enseñaremos... Ponlo de frente a la ratonera... Así... Que lo mire y olfatee un poco... Eso es...

El gatito miró sorprendido al tío, a la butaca, olfateó la ratonera desconcertado, pero después, seguramente asustado por la brillante luz de la lámpara y la atención dirigida a él, salió corriendo horrorizado hacia la puerta.

—¡Detente! —le gritó el tío, agarrándolo del rabo—. ¡Detente, bribón! ¡El muy imbécil se asustó del ratón! ¡Míralo, pero si es un ratón! ¡Míralo! ¿Vale? ¡Te he dicho que mires!

Piotr Demianich agarró al gatito por el cuello y restregó su morro en la ratonera.

—¡Que mires! Praskovia, agárralo y sostenlo... Sostenlo frente a la puertecilla... En cuanto yo libere al ratón, tú suéltalo al instante... ¿Me oyes? ¡Suéltalo al instante! ¿Vale?

El tío puso una expresión misteriosa y levantó la puertecilla... El ratón salió dubitativo, olfateó el ambiente y voló como una flecha debajo del diván... El gatito levantó la cola y corrió debajo de la mesa.

—¡Se fue! ¡Se fue! —empezó a gritar Piotr Demianich, poniendo un rostro furioso—. ¿Dónde está el miserable? ¿Bajo la mesa? Espera y verás...

El tío sacó el gatito de debajo de la mesa y lo zarandeó en el aire...

—Eres un canalla... —empezó a murmurar, tirándole de una oreja—. ¡Lo tienes ahí! ¿Vas a volver a remolonear? Ca-na-lla...

Praskovia escuchó de nuevo el grito al día siguiente:

—¡Praskovia, ha caído un ratón! ¡Trae aquí al gato!

Tras la humillación del día anterior, el gatito se había escondido debajo de la estufa y no había salido de ahí en toda la noche. Cuando Praskovia lo sacó cogido por el cogote hasta el gabinete y lo puso frente a la ratonera, empezó a temblar con todo el cuerpo y a maullar de modo quejumbroso.

—¡Bueno, deja que primero se habitúe! —ordenó Piotr Demianich— Deja que mire y olfatee. ¡Mira y aprende! ¡Espera que lo suelte! —gritó al advertir cómo el gatito se apartaba de la ratonera—. ¡Lo voy a zarandear! ¡Tírale de la oreja! Eso es... Bueno, ahora ponlo frente a la puertecilla...

El tío levantó la puertecilla lentamente... El ratón salió rápido ante las mismas narices del gato, tropezó con la mano de Praskovia y corrió debajo del armario. El gatito, al sentirse libre, dio un saltito desesperado y se escondió debajo del diván.

—¡Dejó escapar otro ratón! —comenzó a gritar Piotr Demianich—. ¡¿Qué clase de gato es éste?! ¡Es una asquerosidad, una porquería! ¡Castigo! ¡A castigarlo junto a la ratonera!

Cuando un tercer ratón cayó, ante la visión de la ratonera y de su inquilino, el gatito empezó a temblar y le arañó la mano a Praskovia... Tras el cuarto ratón, el tío se desesperó y le lanzó una patada al gatito, mientras decía:

—¡Llévate esta basura! ¡Que desaparezca hoy mismo de esta casa! ¡Tíralo a algún lugar! ¡No sirve para nada!

Pasó un año. El gatito flaco y enfermizo se convirtió en un gato respetable y sensato. Una vez iba a una cita amorosa, pasando por el patio trasero. Cuando ya estaba cerca del objetivo, escuchó de repente un susurro y, acto seguido, vio a un ratón que coma desde el abrevadero hasta el establo... Mi héroe se erizó arqueándose, empezó a gruñir entre dientes y, temblando, huyó.

¡Ay! A veces yo también me siento en la posición ridícula del gato. Igual que un gatito, en mis tiempos tuve la suerte de aprender latín con el tío. Ahora, cuando me tengo que ver alguna obra de la antigüedad clásica, en lugar de extasiarme de admiración, empiezo a recordar *ut consecutivum*, los verbos irregulares, el rostro gris y amarillento del tío, el *ablativus absolutus*... Me pongo pálido, los pelos de punta e igual que el gato, acometo la cobarde huida.

EL HOMBRE

(ALGO DE FILOSOFÍA)

(Человек Немножко философии)

Era alto, delgado, joven aunque ya bastante baqueteado, llevaba un frac negro y una corbata blanca como la nieve, y se encontraba ante la puerta mirando, con algo de pena, la sala repleta de luces cegadoras y parejas que bailaban.

«¡Qué triste y aburrido es ser hombre! —pensaba—. No sólo es esclavo el hombre de sus pasiones, sino también de sus semejantes. ¡Sí, un esclavo! Esclavo de esta muchedumbre abigarrada, que divirtiéndose me paga a mí con no divertirme. Su voluntad y sus caprichos me dejan paralizado de pies y manos como la boa paraliza al conejo con su mirada. ¡No le tengo miedo al trabajo, sirvo contento, pero ser servicial es despreciable! Exactamente, ¿qué hago aquí? ¿A quién estoy sirviendo? ¡Un eterno lidiar con flores, champán y helados para las damas! ¡No se puede soportar! ¡No! ¡Eres terrible, destino del hombre! ¡Oh, cuán feliz será al dejar de ser un hombre!».

Quién sabe hasta dónde hubieran llegado los pensamientos del joven pesimista de no habersele acercado una chica de gran belleza. El rostro de la hermosa joven estaba sonrojado y mostraba decisión. Pasó su guante por la frente de mármol y, con una voz que sonaba como una melodía, dijo:

—¡Hombre, deme usted agua!

El hombre, con una mirada de respeto, saltó de su puesto para salir corriendo.

EN EL CAMINO

(На пути)

«La nubecita de oro pernoctaba
en el pecho de la roca gigante»

Lermontov

En la habitación que el propio amo de la fonda, el cosaco Semión Chistopliui, denominaba *de paso*..., esto es, en la destinada exclusivamente a los viajeros que sólo *de paso* se detenían en ella, y junto a una mesa de regular tamaño, desprovista de pintura, hallábase sentado un hombre de anchas espaldas, alta estatura y aproximadamente cuarenta años. Apoyado en la mesa y reclinada la cabeza sobre el puño cerrado, dormía. Un cabo de vela metido en un frasco de pomada iluminaba su barba cenicienta, su ancha y gruesa nariz, sus tostadas mejillas y espesas y negras cejas colgando sobre los ojos cerrados. Aquella nariz, mejillas y cejas... todos y cada uno por separado de aquellos rasgos, eran toscos y pesados como el mobiliario y la estufa de la habitación *de paso*, pero de su conjunto resultaba un efecto armonioso y hasta bello. Tal dice ser el carácter de la fisonomía rusa: cuanto más grande y pronunciadas las facciones, más blanda y bonachona aparece ésta. El hombre iba vestido con una americana de caballero ya gastada, pero con nuevo ribete de cinta, un chaleco de peluche y amplios pantalones negros que se perdían en unas grandes botas.

En uno de los bancos que se extendían a lo largo de la pared y echada sobre una pelliza de zorro, dormía una niña de unos ocho años, vestidito castaño y largas medias negras. La carita de la niña era pálida, el cabello rubio, los hombros estrechos, todo su cuerpo delgado y flaco, y su nariz sobresalía, en forma de piña, tan gruesa y fea como la del hombre. Profundamente dormida no se daba cuenta de que la peinetita, semejante a un aro, desprendida de su cabeza, le arañaba la mejilla.

Aquel día, la habitación *de paso* tenía aspecto de fiesta. El aire olía a suelos recién fregados, no colgaban trapos de la cuerda que atravesaba diagonalmente la habitación, y en el rincón, sobre la mesa, como una mancha roja, ardía la lamparita ante la imagen de san Jorge. Manteniendo la más severa y cuidadosa graduación entre lo religioso y lo profano, y partiendo de ambos lados de la imagen, una hilera de cromos se extendía por la pared. La turbia luz del cabo de vela formaba con estos cromos una raya única salpicada de negros manchones. Cuando la estufa de azulejos, pretendiendo unir su canto al del tiempo, aullaba aspirando aire, y los leños, avivándose y encendiéndose en fuerte llamarada, ardían con enfado, en las paredes de madera saltaban manchas encamadas, y sobre la cabeza del hombre dormido, tan pronto crecía la figura del viejo ermitaño Serafín como la del *sha* Nasr-Eddin o la de la robusta criatura de color castaño y ojos espantados que murmuraba algo al oído de

una joven de rostro extraordinariamente necio e indiferente...

En la calle hacía mal tiempo. Algo frenético, malvado, pero profundamente infeliz, volaba con violencia de ave de rapiña en torno a la fonda, esforzándose en penetrar en ella. Golpeaba puertas, ventanas y tejados; arañaba las paredes, tan pronto amenazando como suplicando, o guardaba silencio por breve espacio de tiempo, para luego, con alegre y traidor aullido, adentrarse impetuosamente por la chimenea. Pero los leños, encendiéndose en viva llamarada, lanzaban a esta como a perro encadenado rebosante de malicia al encuentro del enemigo, y la lucha quedaba entablada. Seguía después un sollozo, un chillido y un rugido de enfado, mientras la maligna tristeza, el odio insatisfecho y la debilidad ofendida de alguien, antes habituado a las victorias, flotaba en el ambiente.

Hechizada por esta música inhumana y salvaje, la habitación *de paso* parecía petrificada para siempre, pero he aquí que tras abrirse la puerta con un chillido entró en ella el chico de la fonda vestido con una blusa nueva de percal. Cojeando de un pie y con un parpadeo en sus ojos soñolientos, quitó con los dedos el pabilo a la vela, añadió leña a la estufa y se fue. En aquel preciso instante, en la iglesia de Los Rogachi, situada a unos trescientos pasos de la fonda, daban las campanadas de la medianoche. El viento, jugando con los sonidos como con los copos de nieve, los perseguía, los volteaba por el inmenso espacio, interrumpiendo a unos o prolongándolos en largas vibraciones y dejando a otros perderse totalmente en el ruido general.

Dentro de la habitación, una de las campanadas retumbó con tal claridad que parecía haber sonado al pie de las mismas ventanas. La niña que dormía sobre la pelliza de zorro, estremeciéndose, levantó la cabeza. Por espacio de un minuto permaneció atolondrada contemplando la ventana, a Nasr-Eddin, sobre el que, en este momento, la estufa hacía pasar una rauda llamarada carmesí: luego fijó la mirada en el hombre dormido.

—Papá... —dijo.

El hombre no se movió. La niña frunció, enfurruñada, las cejas, y recostándose encogió las piernas. Al otro lado de la puerta se oyó bostezar larga y ruidosamente; después, rechinar la puerta y unas voces confusas. Alguien entraba sacudiéndose la nieve y haciendo ruido con los *valenki*.

—¿Qué quieres? —preguntó perezosamente una voz femenina.

—Ha venido la señorita Ilovaiskaia —contestó una voz de bajo.

De nuevo rechinó el cerrojo de la puerta, percibiose el ruido de una ráfaga de viento y alguien, seguramente el chico cojo, corrió a la habitación *de paso* y tosiendo respetuosamente levantó el picaporte.

—Por aquí, señorita, tenga la bondad... —invitó una cantarina voz de mujer—. Aquí está todo limpio, hermosa.

La puerta se abrió de par en par, y en su umbral apareció un *muzhik* barbudo, con caftán de cochero, una gran maleta al hombro y envuelto todo él de pies a cabeza en

nieve. Tras él venía una figura femenina de mediana estatura (aproximadamente la mitad de la del cochero), sin cara ni manos, y tan arropada que parecía un envoltorio. Una humedad de bodega sopló del cochero y del envoltorio sobre la niña, y la llama de la vela osciló.

—¡Qué tontería! —dijo con enfado el envoltorio—. ¡Podía haberse ido perfectamente! ¡Sólo quedan doce verstas y todo el camino es por dentro del bosque! ¡No era posible perderse...!

—¡Perdemos no nos hubiéramos perdido..., pero los caballos no hubieran podido llevarnos, señorita...! ¡Dios mío...! ¡Parece enteramente que cree que lo he hecho a propósito!

—¡A saber dónde me habrás traído...! Pero calla... Me parece que hay aquí gente durmiendo... ¡Márchate!

El cochero depositó la maleta en el suelo; la nieve cayó de sus hombros y, saludando y dejando escapar un sollozo por la nariz, salió de la estancia.

Luego vio la niña cómo del centro del envoltorio salían dos pequeñas manos; cómo éstas se alzaban y empezaban a deshacer, enfadadas, un revoltijo de chales, pañuelos y bufandas. Primeramente cayó al suelo un gran chal; luego un *baschlik*, y tras él, un pañuelo de tejido de punto. Después de liberarse la cabeza, la recién llegada se despojó del abrigo, quedando en el acto reducida a la mitad. Ahora aparecía vestida con un largo abrigo gris adornado de grandes botones y salientes bolsillos. De uno de los bolsillos extrajo un paquete envuelto en papel; de otro, un llavero del que colgaban grandes y pesadas llaves, y lo dejó caer sobre la mesa con tal mudo que el hombre dormido, estremeciéndose, abrió los ojos. Por espacio de un momento fijó a su alrededor una mirada embotada, como si no se diera cuenta de dónde estaba; luego, sacudiendo la cabeza, se dirigió a un rincón; en el que se sentó... La recién llegada se quitó el abrigo, con lo que volvió a quedar reducida a la mitad de su tamaño; se quitó también las botas y se sentó a su vez.

Ahora no tenía ya el aspecto de un envoltorio. Era una morenita de unos veinte años, menuda y delgada, finita como una pequeña serpiente, de rostro blanco y ovalado y cabello rizado. Su nariz era larga y afilada; su barbilla, también larga y afilada; sus pestañas, largas; las comisuras de sus labios, pronunciadas, y esta agudez general comunicaba a su rostro una expresión punzante. Metida en un vestido negro, ornado de infinidad de encajes en el cuello y en las mangas, con sus agudos codos y sus largos y rosados dedos recordaba algunos retratos de damas inglesas de la Edad Media. La expresión seria y reconcentrada de su rostro acentuaba aún más este parecido.

La morenita paseó su mirada por la habitación, miró de reojo al hombre y a la niña, y encogiéndose de hombros se sentó junto a una de las oscuras ventanas que el húmedo viento oeste hacía retemblar. Los grandes copos de nieve de blancura reluciente quedaban un instante pegados a los cristales, pero desaparecían después arrastrados por el viento. La salvaje música crecía más y más... Tras un largo

silencio, la niña, rebulléndose de pronto, dijo enfadada y poniendo gran énfasis en las palabras:

—¡Dios mío...! ¡Dios mío...! ¡Qué desgraciada soy...! ¡No hay nadie en el mundo más desgraciada que yo...!

El hombre se levantó, y con un andar culpable, impropio de su enorme estatura y larga barba, se dirigió con menudos pasos hacia la niña.

—¿No duermes, nenita...? —preguntó, como excusándose—. ¿Qué quieres?

—¡No quiero nada...! ¡Me duele el hombro...! ¡Tú, papá..., eres una persona mala y Dios te castigará...! ¡Ya verás cómo te castigará...!

—¡Almita mía...! ¡Ya sé que te duele el hombro...! Pero ¿qué puedo hacer yo para aliviarte...? —respondió él en el tono que emplean los maridos bebidos para disculparse ante sus severas cónyuges—, ¡Es por el viaje por lo que te duele, Sasha...! ¡Mañana llegaremos a nuestro destino, descansaremos y todo se te pasará...!

—¡Mañana, mañana...! ¡Siempre me dices que mañana...! ¡Con seguridad nos pasaremos todavía veinte días viajando!

—¡Pero, nenita...! ¡Te doy mi palabra de honor..., mi palabra de *padre*..., de que llegaremos mañana! ¡Sabes que no miento nunca...! ¡De que la ventisca nos haya detenido no tengo yo la culpa!

—¡Ya no puedo sufrir más...! ¡No puedo! ¡No puedo...!

Sasha, haciendo con la pierna un brusco movimiento, comenzó a llenar la estancia con el sonido de su desagradable llanto chillón. El padre, con un gesto de desaliento, miró desconcertado a la morenita.

Ésta, de nuevo encogiéndose de hombros, se acercó indecisa a Sasha.

—Pero, guapita..., ¿por qué lloras...? ¡Claro que no es agradable que duela el hombro..., pero qué se le va a hacer...!

—¡Figúrese usted, señora...! —dijo, apresuradamente, el hombre en el tono del que se disculpa—. ¡Hemos pasado dos noches sin dormir y nos tocó viajar en un carruaje muy malo...! ¡Es natural que se sienta enferma y se entristezca...! Llevábamos, además, un cochero borracho, y nos robaron la maleta... ¡Luego la ventisca..., que no cesaba...! ¡Pero, en fin..., nada de eso es para llorar...! Dicho sea de paso, dormir sentado me fatigó, y ahora me encuentro como borracho... ¡Conque, a fe mía, que ya tiene uno bastante para que tú encima vengas con lloros...!

El hombre sacudió la cabeza y, con un gesto de desesperación, se dejó caer en el asiento.

—¡Claro que no es para llorar! —dijo la morenita—. ¡No lloran más que los niños de pecho...! Si te encuentras enferma, querida, lo que tienes que hacer es desnudarte y dormir... ¡Trae acá que te ayude!

Después de desnudarse, la niña quedó tranquila y volvió a hacerse el silencio. La morenita se sentó junto a la ventana y paseó perpleja la mirada por la habitación de la fonda, por la imagen, por la estufa... Encontraba, sin duda, singular aquel

aposento..., aquella niña de gruesa nariz y camisón corto de muchacho y aquel padre. Este ser singular hallábase sentado en un rincón, desde el que, aturdido y como borracho, miraba a su alrededor, en tanto que se frotaba el rostro con la palma de la mano. Parpadeaba y guardaba silencio. No era difícil suponer que había de tardar en hablar. Él fue, sin embargo, el que habló primero. Acaricióse las rodillas, tosió, y esbozando una sonrisa, dijo:

—¡A fe mía que todo parece una comedia...! Lo estoy viendo y no puedo dar crédito a mis propios ojos... ¿Por qué tenía que traernos el Destino a esta asquerosa fonda...? ¿Qué quiere hacemos ver...? ¡La vida da a veces tales saltos mortales que sólo puede uno contemplarlos asombrado...! ¿Y usted, señora...? ¿Se sirve usted dirigirse muy lejos...?

—No. No muy lejos —contestó la morenita—. Voy a una hacienda de nuestra propiedad que se encuentra a unas veinte verstas de aquí, y también a nuestro cortijo a ver a mi padre y a mi hermano. Mi nombre es Ilovaiskaia, y el del cortijo, que está a unas doce verstas de aquí, Ilovaiski... ¡Qué tiempo tan desagradable...!

—¡Peor, imposible!

En aquel momento el chico cojo entró en la habitación para introducir en el bote de pomada un nuevo cabo de vela.

—¡Oye, pequeño...! ¡Tendrás que prepararnos un samovar! —le indicó el hombre.

—¡Tomar té ahora! —sonrió el cojo—. ¡Es pecado beber antes de la misa!

—¡No te preocupes, amigo, que no serás tú el que arda en el infierno!

Mientras tomaban el té los nuevos conocidos, entablaron conversación. Ilovaiskaia supo que su interlocutor se llamaba Grigori Petrovich Líjariev, y que era hermano del Líjariev en un tiempo presidente de la nobleza en la región vecina, y terrateniente, al que la trampa había llevado todos los bienes. Líjariev supo, por su parte, que Ilovaiskaia se llamaba María Mijaílovna, que la hacienda de su padre era inmensa, pero que para conducirla no había más persona que ella, ya que el padre y el hermano, haciendo la vista gorda ante los problemas de la vida, eran seres despreocupados y excesivamente aficionados a los perros de caza.

—Mi padre y mi hermano están ahora completamente solos en el cortijo —decía Ilovaiskaia moviendo los dedos (tenía el hábito de mover los dedos ante su picudo rostro y de pasarse la picuda lengua por los labios después de cada frase)—. Son hombres indolentes..., incapaces de mover un dedo, ni siquiera para su propio provecho... ¡Quisiera yo saber quién preparará las cosas para la fiesta de Pascua...! ¡No tenemos madre, y el servicio es tan deficiente que si yo falto no sabrán ni poner un mantel como es debido...! ¡Imagínese la situación...! ¡Se quedarán sin comida de fiesta mientras yo me paso aquí la noche! ¡Qué extraño es todo esto...! —Ilovaiskaia, tras beber un sorbo de su taza, prosiguió—: ¡Hay fiestas que tienen su perfume especial...! ¡En la de la Pascua de Pentecostés y en la de la Navidad, hay un aroma particular en el aire...! ¡Hasta los incrédulos aman estas fiestas...! Mi hermano, por

ejemplo, dice que no hay Dios, pero cuando llega la Pascua de Resurrección es el primero en ir corriendo a misa.

Líjariev alzó los ojos hacia Ilovaiskaia y rió.

—Dicen que no hay Dios —prosiguió Ilovaiskaia, también riendo—. Dígame, entonces...: ¿por qué todos los célebres escritores, los sabios, y, en general, las personas eruditas, cuando se ven al fin de la vida empiezan a creer...?

—El que no haya creído en la juventud, señora, tampoco creerá en la vejez, aunque sea un buen escritor.

La voz de Líjariev, a juzgar por su tos, era de bajo, pero sin duda el miedo a levantarla, o la excesiva timidez, le hacían hablar en aquel momento como un tenor.

Después de permanecer algún tiempo callado, suspiró y dijo:

—La fe..., entiendo yo..., es una capacidad del espíritu. Es como el talento, que hay que nacer con él. Por lo que me permite juzgar la propia experiencia, por las personas que he conocido en la vida y por todo cuanto he visto ocurrir a mi alrededor, esta capacidad, en su mayor grado, es común a la gente rusa. La vida rusa es en sí misma una serie ininterrumpida de creencias y de ardores... La incredulidad y la negación, si le interesa saberlo, no ha querido olerías siquiera... Si un hombre ruso no cree en Dios, ello significará que cree en alguna otra cosa.

Líjariev tomó de las manos de Ilovaiskaia la taza de té que ésta le ofrecía, bebió de un sorbo la mitad de su contenido y prosiguió:

—Le hablaré de mí... En mi alma, la naturaleza ha puesto una extraordinaria capacidad de fe... Aunque la mitad de mi vida transcurrió entre ateos y nihilistas, jamás hubo en ella ni una hora siquiera en la que yo dejara de creer. Todos los talentos se manifiestan generalmente en la primera infancia... Así, pues, se manifestaba esta capacidad mía cuando mi cabeza no alcanzaba aún la altura de una mesa. Mi madre quería que sus hijos comieran abundantemente, por lo que al darme de comer solía decirme:

—¡Come...! ¡En la vida, lo principal es la sopa!

Yo lo creía y comía diez veces al día de aquella sopa... Comía como un tiburón, hasta la repugnancia, hasta desvanecerme... Si mi aya me contaba cuentos, creía en duendes familiares, en el espíritu del bosque y en todo un mundo endiablado. Llegaba hasta a robar a mi padre el sublimado para echárselo a los bollos y subir éstos a la guardilla con el fin de que los duendes se los comieran y murieran. ¡Pero lo grande fue cuando empecé a leer y a comprender lo que leía...! Me escapé de mi casa para marcharme a América y hacerme bandido... Rogué que me permitieran ingresar en un monasterio y alquilé chiquillos para que me martirizaran en nombre de Cristo... ¡Y dese cuenta de que mi fe era siempre una fe activa..., nunca muerta...! Cuando me escapé para marcharme a América no iba solo, sino que arrastraba conmigo a otro tan tonto como yo, y cuando tenía frío o me azotaban, me sentía contento. Después de la escapatoria que tenía por fin hacerme bandido, volví a casa con la cara destrozada. ¡Tuve una infancia muy inquieta, ésa es la verdad...! Más tarde, cuando entré en el

colegio y todas las ciencias cayeron profusamente sobre mí, cuando supe, por ejemplo, que la tierra giraba alrededor del sol, y que el color blanco no era blanco, sino que se componía de siete colores, la cabeza me empezó a dar vueltas... ¡Todo se fue de mí, rodando...! Josué, que detuvo el sol; mi madre, que encontraba inútil el pararrayos y le bastaba con invocar al profeta Elías; mi padre, indiferente a las *verdades* que yo aprendía... La claridad que se hacía en mí parecía inspirarme... Aturdido iba de cuadra en cuadra predicando mis *verdades*... Me espantaba la ignorancia y ardía de odio hacia cuantos en el color blanco no veían más que el color blanco... ¡Todo aquello, por supuesto, era tontería y chiquillada...! Mis arrebatos más serios y vigorosos..., digámoslo así..., empezaron después en la Universidad... ¿Usted, señora..., se sirvió seguir algún curso...?

—En Novocherkask. En el internado de Don.

—¿Pero eran cursos superiores los que seguía usted...? ¡Ah..., entonces eso quiere decir que ignora usted lo que son las ciencias...! Todas las ciencias, cuantas hay en el mundo, se presentan siempre con el mismo salvoconducto, sin el cual se consideran inadmisibles; la aspiración a la verdad. Cualquier formacología tiene por fin primordial la búsqueda de la verdad antes que la utilidad y la conveniencia para la vida... ¡Notable ciertamente...! Cuando empezamos a aprender alguna ciencia, lo primero que nos asombra es su iniciación... Le diré que nada hay más arrebatador y grandioso, nada aturde más al espíritu humano, ni se apodera de él con más fuerza, que la iniciación de alguna ciencia... Desde las cinco o seis primeras lecciones, las más vivas esperanzas le hacen crecer alas a uno. Cree uno estar ya en posesión de la verdad... Yo me entregué en cuerpo y alma, apasionadamente, a las ciencias, como a la mujer amada. Fui su esclavo, y fuera de ellas no quería saber nada de ningún otro sol. Día y noche, sin enderezar mi espada, estudiaba, me arruinaba en la compra de libros, lloraba cuando la gente, ante mis ojos, explotaba la ciencia para satisfacer intereses personales... ¡Sin embargo, aquel arrebato no me duró mucho tiempo...! Es el caso que cada ciencia tiene su principio, pero no su fin... ¡Igual que la fracción periódica pura...! La zoología ha descubierto treinta y cinco mil aspectos en los insectos, la química cuenta con sesenta cuerpos simples... Pues bien, si el tiempo llega a añadir diez ceros al lado derecho de esas cifras, la zoología y la química seguirán estando tan lejos de su final como ahora, quedando, por tanto, reducido todo el trabajo científico contemporáneo a un crecimiento de cifras. Esta prestidigitación me resultó clara cuando al descubrir el aspecto treinta y cinco mil uno... no experimenté satisfacción... Tampoco tuve tiempo de desilusionarme, pues pronto una nueva pasión se apoderaba de mí. Me metí de cabeza en el nihilismo con su acompañamiento de proclamas y cosas por el estilo... Fui de pueblo en pueblo introduciéndome entre los campesinos para explicarles mis *ideas*, trabajé como obrero en las fábricas, de engrasador en el ferrocarril o de simple cargador... Sin embargo, luego... cuando a través de mi vagar por Rusia conocí la vida rusa, me convertí en un devoto admirador de esta vida. Amé al pueblo ruso hasta el

sufrimiento, amé y creí en su Dios, en su idioma y en sus creaciones... ¡Y así... etcétera... etcétera! Haciéndome entonces eslavófilo, aburrí a Aksákov con mis cartas; me hice ucranófilo y arqueólogo y recogí las muestras de las creaciones populares... ¡Las ideas, las gentes, los acontecimientos y los lugares me arrastraban consigo..., me arrastraban sin interrupción a pesar de que cinco años antes servía a la idea de la negación de la propiedad y de que mi última pasión había sido la «no resistencia al mal»...!

En este momento se oyó jadear y suspirar a Sasha. Líjariev se levantó y se acercó a ella.

—¡Almita mía...! ¿Quieres un poco de té? —preguntó cariñosamente.

—¡Bebe tú si quieres! —contestó con brusquedad la niña.

Líjariev se turbó y con paso culpable se dirigió de nuevo a la mesa.

—Según lo que acaba de contarme, ha llevado usted una alegre vida —dijo Ilovaiskaia—. ¡Cuántos recuerdos tendrá...!

—Cierto que todo resulta alegre mientras se habla de ello sentado, tomando el té y charlando con una amable interlocutora... ¡Pero pregúnteme lo que me ha costado esta alegría...! ¡Lo que me ha costado esa variedad de la vida...! ¡Yo, señora, no he creído, como un doctor en filosofía alemán, no he vivido en un desierto, y cada una de esas pasiones mías me ha hecho encorvarme, ha desgarrado a tiras mi cuerpo...! ¡Juzgue usted misma! Fui rico, como lo son mis hermanos; pero ahora soy solamente un mendigo. La pasión en mis arrebatos me hizo dilapidar todos mis bienes, los de mi mujer y grandes cantidades de dinero ajeno. Tengo ahora cuarenta y dos años, la vejez se aproxima a mí, y como el perro que ha perdido a su amo, me encuentro sin hogar... Jamás en la vida conocí el sosiego, mi alma sufrió ininterrumpidamente, y hasta las mismas esperanzas me hicieron languidecer y sufrir... Me hizo sufrir el trabajo penoso y desordenado, me hicieron sufrir las privaciones..., fui encarcelado unas cinco veces y anduve errante por las regiones de Arcángel y Tobolsk... ¡Recordarlo me da pena...! ¡Viví... pero la pasión me impidió darme cuenta del proceso de mi vida! Me creerá usted o no me creerá, pero yo no recuerdo ni una sola primavera ni reparo jamás en si me amaba mi mujer o en si nacían mis hijos... ¿Qué más puedo decirle...? Para cuanto me quisieron fui una desdicha. Mi madre hace quince años que lleva luto por mí, y mis orgullosos hermanos, que por mi causa tuvieron que sufrir, que avergonzarse, que humillarse y que malgastar su dinero, acabaron odiándome como al veneno.

Líjariev se puso en pie, pero luego volvió a sentarse.

—¡Si solamente fuera desgraciado, daría por ello gracias a Dios! —prosiguió, sin mirar a Ilovaiskaia—. Pero mi desdicha personal queda relegada al último término cuando recuerdo con cuánta frecuencia mis arrebatos hacían de mí un ser grotesco, alejado de la verdad, injusto, cruel y peligroso... ¡Cuántas veces aborrecí y desprecié a los que debía haber amado, y viceversa...! Engañé en mil ocasiones... Creía un día, me inclinaba, y al día siguiente ya, como un cobarde, huía de mis dioses y de mis

nuevos amigos, tragándome en silencio el «¡canalla!» que me arrojaban a la espalda... ¡Dios sólo ha visto cuán a menudo, avergonzado de mis pasiones, lloré y mordí la almohada, y aunque ni una sola vez en la vida mentí ni hice daño premeditadamente, mi conciencia no está limpia...! ¡Señorita, yo no puedo jactarme siquiera de que no pese ninguna muerte sobre ella, ya que ante mis ojos murió mi mujer, que mi inconsciencia mató...! Escúcheme... Existen ahora dos conceptos sobre la mujer... Unos miden el cráneo femenino para demostrar que es inferior al del hombre... Buscan defectos en la mujer para hacerla objeto de burlas; pretenden ser originales ante ella y absuelven su animalidad. Otros, en cambio, ponen su esfuerzo y aplican todos sus afanes en elevar a la mujer hasta su misma altura; esto es: la obligan a aprender los antedichos treinta y cinco mil aspectos, a hablar y a escribir las mismas necedades que ellos dicen y escriben...

El rostro de Líjariev se ensombreció.

—¡Y yo le diré que la mujer siempre ha sido y será la esclava del hombre! —dijo, con voz de bajo y dando un fuerte puñetazo sobre la mesa—. ¡Es la tierna y blanda cera de la que el hombre moldea lo que quiere...! ¡Dios mío...! ¡Por lo que en un hombre es pequeñísima pasión, ella se corta el pelo, abandona a su familia, muere en tierras extrañas...! ¡Entre las ideas por las que se sacrifica no hay una sola para su provecho femenino...! ¡Es una esclava fiel...! Yo no he medido los cráneos, y si hablo es por mi propia y amarga experiencia. Las mujeres más orgullosas y más independientes, si encontraba la posibilidad de comunicarles mi inspiración, me seguían sin reflexionar, sin preguntarme nada, y hacían cuanto yo quería. Así, por ejemplo, de una monja hice una nihilista que después, según oí decir, disparó sobre un gendarme..., y en cuanto a mi mujer..., ni un solo minuto me abandonó en mi vida errabunda, cambiando sus ilusiones como una veleta paralelamente a como mis fantasías me hacían cambiar las mías.

Líjariev se levantó de un salto y empezó a andar por la habitación.

—¡Noble y elevada esclavitud! —prosiguió alzando las manos con un gesto de pasmo—. ¡En ella precisamente consiste toda la elevación de la vida de la mujer...! ¡Del terrible barullo que fue formándose poco a poco en mi cabeza, durante el tiempo de mi comunidad con las mujeres, de mi memoria, como de un filtro, sólo salieron incólumes, no las ideas ni las palabras inteligentes, sino esta asombrosa sumisión al Destino, esta filosofía, esta extraordinaria piedad y este saberlo perdonar todo...!

Líjariev apretó los puños, y fijando la mirada en un punto, dijo con apasionada tensión, como relamiendo cada una de las palabras pronunciadas entre los dientes apretados:

—¡Su entereza..., su fidelidad hasta la tumba y la poesía de su corazón..., todo el sentido de su vida está precisamente encerrado en ese martirio silencioso, en esas lágrimas capaces de ablandar la piedra, en ese inconmensurable amor que sabe perdonarlo todo, en ese amor que hace penetrar en el caos de nuestra vida la luz y el calor...!

Ilovaiskaia, se levantó lentamente, y avanzando un paso hacia Líjariev, clavó la mirada en el rostro de éste. Las lágrimas que brillaban en sus pestañas, su voz apasionada y temblorosa le revelaban con perfecta claridad que el tema de *las mujeres* no había sido abordado por él incidentalmente. Eran el objeto de su nueva pasión, o como él mismo decía, de su nueva fe. Por primera vez en su vida, Ilovaiskaia veía ante sí a un hombre capaz de apasionarse, de querer ardientemente... Con sus vivos ademanes y ojos brillantes, se le aparecía como un loco, como un perturbado, pero del fuego de sus ojos, de sus palabras, del movimiento de su robusto cuerpo irradiaba tanta belleza, que ella misma sin darse cuenta, contemplando admirada su rostro, se sentía ante él como petrificada.

—¡Mi madre, por ejemplo...! —siguió diciendo al tiempo que extendía las manos hacia Ilovaiskaia con expresión suplicante—. Envenené su existencia... Según ella, desglofié el linaje de los Líjariev... Le hice tanto, tanto daño como podía habérselo hecho al peor enemigo..., y sin embargo, ¿qué...? Mis hermanos le daban insignificantes cantidades de dinero para sus gastos piadosos, pero ella, forzando su sentimiento religioso, ahorra de ese dinero para enviárselo al tarambana de su Grigori... ¡Pues bien: una sola de esas pequeñeces ennoblece más el alma que todas las teorías, todas las palabras inteligentes y todo el conocimiento de los treinta mil aspectos...! Puedo citarle mil casos... El suyo, por ejemplo... En la calle reina la ventisca, es de noche y, sin embargo, usted se dirige en busca de su padre y de su hermano para, con una caricia, hacerles cálido el día de la fiesta, mientras ellos quizá ni siquiera piensan en usted y hasta puede que la hayan olvidado... ¡Y esperemos aún a que llegue el momento en que ame usted a un hombre...! ¡Entonces le seguiría usted hasta el polo Norte! ¿Verdad que le seguiría...?

—Sí..., si le amara...

—¿Lo ve usted? —dijo Líjariev golpeando de alegría el suelo con el pie—, ¡A fe mía que me siento contento de haberla conocido...! ¡Qué bueno es mi destino! ¡Siempre me hace tropezar con gentes magníficas! ¡Me procura unos conocimientos por los que pudiera darse el alma...! ¡En este mundo hay más seres buenos quémalos...! ¡Fíjese en nosotros, por ejemplo...! ¡Con cuánta franqueza hemos hablado! ¡Cómo si nos conociéramos desde hace cien años...! Le diré que a veces se pasa uno callado un año entero, guarda reservas con los amigos y con la mujer, y de pronto le abre uno el alma al primer cadete que se encuentra en un vagón... Con usted, a quien tenía el honor de ver hoy por primera vez, me he confesado como nunca me había confesado... ¿Por qué habrá sido?

Frotándose las manos y sonriendo alegremente, Líjariev dio unos cuantos pasos por la habitación y atacó de nuevo el tema de la mujer, en tanto que las campanas tocaban a misa de alba.

—¡Dios mío...! —lloró Sasha—. ¡Con sus conversaciones no me deja dormir!

—¡Ay, es verdad! —dijo Líjariev como el que cae en la cuenta—. ¡Perdóname, amiguita...! ¡Duerme, duerme...! Aparte de esta tengo otros dos hijos más —

cuchicheó—. Los otros, señora, viven con su tío, pero ésta, señora, no puede pasarse ni un solo día sin su padre... Sufre, se está siempre quejando, pero se pega a mí como las moscas a la miel... Me parece, señora, que he hablado demasiado. ¡Es verdad...! No le hubiera a usted venido mal descansar. ¿Me permite que le haga la cama?

Sin esperar el permiso, sacudió la mojada pelliza, la extendió con la piel para arriba sobre el banco, recogió los pañuelos y los chales diseminados por aquí y por allá y arrolló el abrigo para que reclinara sobre él la cabeza. Todo esto lo realizó en silencio y con tal expresión de veneración en el rostro, que más que vestidos femeninos parecía estar manejando trozos de objetos sagrados. En toda su figura había una actitud de culpabilidad, de turbación, como si ante la presencia de un ser débil se avergonzara de su estatura y de su fuerza... Cuando Ilovaiskaia se echó sobre el banco, él, tras apagar la vela, fue a sentarse en el taburete junto a la estufa.

—¡Así es, señora! —cuchicheó de nuevo mientras encendía un grueso cigarro y dejaba escapar el humo por la estufa—. ¡La naturaleza ha dotado al hombre ruso de una extraordinaria capacidad para creer, de inteligencia y del don de la meditación...! No obstante, todo esto se convierte en la nada..., en inconsciencia, en pereza, en despreocupación soñadora... ¡Así es...!

Ilovaiskaia, llena de asombro, fijaba la mirada en la oscuridad, distinguiendo solamente la mancha roja de la imagen y el raudo paso de la luz, despedida por la estufa sobre el rostro de Líjariev. La oscuridad, el sonido de las campanas, el rigor de la ventisca, el muchacho cojo, la quejumbrosa Sasha, el desdichado Líjariev y sus discursos..., todo ello, creciendo y fundiéndose en una enorme impresión, le presentaba a este mundo de Dios como un algo fantástico, lleno de milagros y de fuerzas encantadas... ¡Todo cuanto acababan de oír sus oídos continuaba resonando dentro de ellos, y la vida humana se le aparecía como un prodigioso y poético cuento sin fin...! La maravillosa impresión crecía, crecía... Velaba al raciocinio hasta convertirse en un dulce sueño...

A través de su sueño, Ilovaiskaia veía la lamparita, la gruesa nariz sobre la que saltaba la luz roja... Oía también llanto...

—¡Querido papá...! —suplicaba tiernamente la voz infantil—. ¡Volvamos a casa del tío...! ¡Allí hay árbol de Navidad... y allí están Stiopa y Kolia!

—¡Amiguita mía...! ¿Qué quieres que yo le haga...? —decía el persuasivo bajo masculino—. ¡Compréndeme! ¡Comprende...!

Y al llanto infantil se unía el de un hombre, y aquella voz impregnada de dolor humano y mezclada al aullido de la borrasca, hería con tal dulce música humana el oído de la joven, que ésta, no pudiendo soportar el deleite que en ella despertaba, rompió también a llorar. Luego oyó el ruido que hacía al acercarse despacio una sombra grande y negra que recogía del suelo los chales caídos y le envolvía con ellos los pies.

Un extraño rugido despertó a Ilovaiskaia. Levantándose de un salto, miró asombrada a su alrededor. Por las ventanas, cubiertas de nieve hasta su mitad,

asomaba la luz del amanecer. En la habitación había un crepúsculo gris en el que se destacaban claramente la estufa, la niña dormida y Nasr-Eddin. La estufa y la lamparita estaban apagadas, y por la puerta abierta de par en par alcanzaban a verse la gran sala de la taberna con su mostrador y sus mesas. Un hombre con rostro embotado de cingaro y ojos asombrados, en pie, en el centro de la habitación, sobre un charco de nieve derretida, sostenía en la mano un palo rematado por una gran estrella roja. Le rodeaba un grupo de chiquillos inmóviles como estatuas, con la nieve aún pegada a sus cuerpos. La luz de la estrella, atravesando el papel rojo, sonrosaba sus rostros mojados. El grupo dejaba oír un canto discordante y desordenado. Ilovaiskaia sólo pudo distinguir de entre aquellos berridos, la letra de una de las coplas:

¡Escucha, mocito!
¡Coge el cuchillito finito
y matememos, matememos al judío...
a ese hijo desdichado!

Junto al mostrador, Líjariev contemplaba conmovido a los cantores y llevaba el compás con el pie. Al ver a Ilovaiskaia sonrió con ancha sonrisa y avanzó hacia ella, que le sonrió a su vez.

—¡Felices Pascuas! —dijo—. ¡Veo que ha dormido usted muy bien!

Ilovaiskaia le miraba en silencio y continuaba sonriendo. Tras la conversación de la noche anterior, ya no le parecía aquel hombre ni alto ni robusto, sino pequeño; tan pequeño como nos parece el más grande de los vapores cuando se dice de él que ha atravesado el océano.

—¡En efecto..., pero ya es hora de que me vaya! —contestó ella—. Tengo que prepararme para la marcha. ¿Y usted..., dígame...? ¿Adónde va usted ahora?

—¿Yo...? A la estación Klinuschki. Desde allí a Sergievo y desde Sergievo tendré que recorrer cuarenta verstas en coche de caballos hasta llegar a las minas de carbón de cierto necio general Scascskovski, en las que mis hermanos me han encontrado un empleo de administrador. Voy a excavar carbón.

—¡Oh...! ¡Conozco esas minas! ¡Shashkovski es tío mío! ¿Para qué ir allí? —exclamó Ilovaiskaia mirándole asombrada.

—Para conducir los asuntos de las minas. Para ser su administrador.

—¡No lo comprendo! —dijo Ilovaiskaia encogiéndose de hombros—, ¡Las minas a que va usted están en medio de una estepa desnuda...! ¡Todo aquello es un despoblado y de un aburrimiento tal que no podrá permanecer allí arriba más de un día...! ¡En cuanto al carbón...!, ¡sepa que es un carbón malísimo, que no hay quien lo compre, que mi tío es un maniático, un déspota y un hombre en quiebra...! ¡No le pagarán ni el sueldo...!

—¡Qué más da...! —dijo Líjariev con indiferencia—. ¡Hasta las minas son de agradecer!

Ilovaiskaia volvió a encogerse de hombros, y presa de excitación empezó a dar vueltas por la estancia.

—¡No lo comprendo y no lo comprendo...! —decía jugando con los dedos, que elevaba a la altura de su rostro—, ¡Es algo imposible e insensato! ¿No ve que una cosa así es peor que el destierro...? ¡Que es la tumba para un ser viviente...! ¡Oh Dios mío...! —proseguía con ardor, acercándose a Líjariev y agitando los dedos ante su rostro sonriente. El suyo picudo había palidecido y su labio superior temblaba—. ¡Imagínese...! ¡Una estepa desnuda en la que reina la soledad más absoluta...! ¡En la que no hay nadie a quien dirigir la palabra...! ¡Y usted precisamente que siente ahora ese entusiasmo por las mujeres...! ¡Las minas y las mujeres...!

De repente, avergonzada del ardor puesto en sus palabras, Ilovaiskaia volvió la espalda a Líjariev y se dirigió a la ventana.

—¡No y no...! ¡Usted no puede ir allí! —dijo, pasando rápidamente el dedo por el cristal de ésta.

No solamente con el alma, sino con la propia espalda sentía tras ella la presencia de aquel hombre infinitamente desgraciado, perdido, que como si no tuviera conciencia de su desdicha, como si no fuera el mismo que llorara la noche anterior, la miraba sonriendo bondadosamente... ¡Cierto que más le hubiera valido seguir llorando...! Presa de excitación, paseó rápidamente por la estancia, deteniéndose después pensativa en un rincón. Líjariev le decía algo que ella no oía. Dándole la espalda, extrajo un billete de veinticinco rublos de su portamonedas, lo estrujó varias veces en su mano y se volvió hacia Líjariev, pero luego, enrojeciendo, introdujo de nuevo el billete en su bolsillo.

Al otro lado de la puerta se oyó la voz del cochero. Ilovaiskaia, en silencio, con rostro severo y reconcentrado, empezó a ponerse sus abrigo. Líjariev la ayudaba a cubrirse, charlando alegremente al tiempo que esto hacía, pero cada una de sus palabras caía como un peso en el alma de ella. ¡No es placentero oír expresarse en tono de chanza a los desgraciados y a los moribundos...!

Cuando la transformación de un ser vivo en un envoltorio informe estuvo terminada. Ilovaiskaia recomo por última vez con la mirada el cuarto *de paso*, permaneció unos momentos en pie en silencio y abandonó lentamente la estancia. Líjariev la acompañaba... En la calle..., Dios sabe por qué..., gruñía todavía enfadado el invierno. Verdaderas nubes de grandes y blancos copos de nieve revoloteaban inquietas sobre la tierra sin encontrar el sitio donde posarse. Los caballos, el trineo, los árboles, el toro atado a un poste..., ¡todo era de un blanco mullido y vaporoso...!

—¡Que Dios le conceda suerte! —balbucía Líjariev, ayudando a Ilovaiskaia a sentarse en el trineo—. ¡No conserve un mal recuerdo de mí...!

Ilovaiskaia guardaba silencio. Cuando el trineo, tras rodear un gran montón de nieve, se puso en marcha, volvióse hacia Líjariev como si deseara decirle algo. Éste se le acercó apresurado, pero ella, sin pronunciar una sola palabra, limitose a mirarle

a través de sus largas pestañas, de las que pendían copitos de nieve...

¿Supo, en efecto, el alma sensible de Líjariev leer en aquella mirada, o le engañaba quizá su imaginación...? Es el caso que de pronto le pareció que dos o tres buenas y fuertes pinceladas más hubieran bastado para que aquella joven le perdonara sus infortunios, su vejez, su suerte adversa y le siguiera sin preguntar ni reflexionar. Como petrificado permaneció en pie durante largo rato, mirando la huella dejada tras de sí por el trineo.

Los copitos de nieve se posaban afanosos sobre sus cabellos, sobre su barba, sobre sus hombros... Pronto la huella quedó borrada y él mismo, cubierto de nieve, empezó a adquirir el aspecto de una blanca roca, aunque sus ojos continuaban buscando algo entre las nubes de nieve.

VANKA

(Ванька)

Vanka Yúkov, un chico de nueve años enviado tres meses antes como aprendiz del zapatero Aliajin, no se acostó la noche de Navidad. Esperó a que los amos y los oficiales se fueran a la misa del gallo, entonces sacó del armario del patrón un frasco de tinta y una pluma con la plumilla enmohecida, puso delante una hoja arrugada y comenzó a escribir. Antes de dibujar la primera letra, miró atemorizado a la puerta y a las ventanas en varias ocasiones, observó el oscuro icono flanqueado por estantes con hormas, y suspiró. El papel estaba en un banco y se arrodilló frente a él.

«Querido abuelo Konstantin Makárich —escribió—: Te escribo una carta. Te deseo Feliz Navidad y que Dios nuestro Señor te dé todo lo mejor. No tengo padre ni madre, sólo me quedas tú».

Vanka dirigió sus ojos hacia la ventana oscura en la que se reflejaba la sombra oscilante de su vela y se imaginó vivamente a su abuelo Konstantin Makárich, empleado como guarda de noche en casa de los señores Yiraviov. Era un viejo de unos sesenta y cinco años, pequeño y enjuto, pero extraordinariamente ágil y vivaz, con cara siempre sonriente y ojos de borracho. De día dormía en la cocina del servicio o bromeaba con las cocineras, y de noche, envuelto en una pelliza ancha, recorría la hacienda y daba golpes con su chuzo. Tras él, con la cabeza gacha, iban la vieja perra Kashtanka^[102] y el joven perro Viun^[103], al que llamaron así por su color negro y su cuerpo alargado, como el de una comadreja. Ese Viun era muy cariñoso e infundía mucho respeto, miraba con igual ternura a propios y extraños, pero no inspiraba confianza. Bajo su aspecto respetable y pacífico se escondía la malicia más jesuítica. Nadie sabía mejor que él acechar y morder la pierna, entrar en la alacena o robar una gallina a un *muzhik*. Le habían lastimado las patas traseras varias veces, casi le ahorcan en dos ocasiones, cada semana le apaleaban hasta dejarlo medio muerto, pero siempre sobrevivía.

Seguro que el abuelo está ahora junto al portón, y con los ojos entornados mira las luces brillantes y rojas de la iglesia de la aldea y sacude el suelo con sus botas de fieltro. Lleva el chuzo atado al cinturón. Mueve las manos, se encoge de frío y con su risa de viejo, pellizca ya a la doncella ya a la cocinera.

—¿Queréis oler tabaco? —dice, ofreciendo su tabaquera a las mujeres.

Las mujeres aspiran y estornudan. El abuelo se entusiasma, ríe a carcajadas y grita:

—¡Quítatelo, que se te ha pegado!

Dan a oler el tabaco a los perros. Kashtanka estornuda, mueve el hocico y humillada se aparta a un lado. Viun, por respeto, no estornuda y mueve el rabo. El

tiempo es magnífico. El aire es suave, transparente y fresco. Hace una noche oscura, pero se ve toda la aldea con sus tejados blancos y las columnas de humo que salen de las chimeneas, los árboles plateados por la escarcha y los montones de nieve. Todo el cielo está sembrado de estrellas que centellean alegremente y la Vía Láctea se dibuja con tanta claridad como si para las fiestas la hubieran lavado y frotado con nieve...

Vanka suspiró, mojó la pluma y siguió escribiendo:

«Ayer me dieron una paliza. El amo me cogió de los pelos, me arrastró hasta el patio y me zurró con la correa porque meciendo la cuna de su bebé me quedé dormido en un descuido. La semana pasada la dueña me ordenó limpiar un arenque, yo empecé por la cola y ella lo cogió y se puso a darme en el morro con la cabeza del arenque. Los oficiales se ríen de mí, me mandan a la taberna a por vodka y me obligan a robar pepinos a los amos. El amo me pega con lo primero que encuentra. Y de comida, no hay nada. Por la mañana me dan pan, al almuerzo, gachas, y para la cena, también pan. El té y la sopa los toman los amos. Me mandan a dormir en el zaguán, pero cuando el bebé llora, yo no duermo y mezo la cuna. Querido abuelo, ten misericordia, llévame a casa, a la aldea, ya no puedo más... Me pongo a tus pies y rogaré por ti eternamente, sácame de aquí o me moriré...».

Vanka torció la boca, se secó los ojos con su puño negro y sollozó.

«Te picaré el tabaco —continuó—, rezaré a Dios, y si pasa algo, azótame con todas tus fuerzas. Y si piensas que no puedo ocuparme de nada, por Cristo que le pediré al mayoral que me tome como limpiabotas, o iré de zagal en lugar de Fedka. Querido abuelo, aquí nada es posible, sólo la muerte. Quisiera ir andando a la aldea, pero no tengo botas y me dan miedo las heladas. Cuando sea mayor te daré de comer y no dejaré que nadie te haga daño y cuando mueras, rezaré por el descanso de tu alma, igual que por la de mi madre Pelagueya.

»Moscú es una ciudad grande. Las casas son todas de señores y hay muchos caballos, pero no hay ovejas y los perros no son malos. Los niños no cantan villancicos y no dejan cantar a nadie en el coro. Una vez vi en el escaparate de una tienda que vendían anzuelos con sedal para todos los peces, muy caros, hasta hay un anzuelo que valdría para un pez de más de un pud. Y he visto tiendas donde hay escopetas como las que llevan los señores, que cuestan más de cien rublos cada una... Y en las carnicerías hay urogallos, ortegas y liebres, pero los tenderos no te dicen dónde las cazan.

«Querido abuelo: cuando los señores pongan el árbol de Navidad con dulces y golosinas, cógeme una nuez dorada y guárdala en el baúl verde. Pídesela a la señorita Olga Ignátievna, dile que es para Vanka».

Vanka suspiró profundamente y de nuevo fijó su mirada en la ventana. Recordó que el abuelo iba siempre al bosque para cortar el árbol de Navidad y se llevaba al nieto. ¡Qué tiempos tan felices! El abuelo carraspeaba, el hielo crujía y Vanka les miraba y carraspeaba. Antes de cortar el abeto, el abuelo solía encender su pipa, y olía el tabaco un buen rato y se reía de Vanka, que tiritaba... Los jóvenes abetos,

cubiertos de escarcha, se elevan inmóviles y esperan a cuál de ellos le tocará morir. De repente, una liebre cruza como una flecha los montones de nieve... Y el abuelo no puede dejar de gritar:

—¡Cógela, cógela... cógela! ¡Maldita liebre!

El abuelo llevaba el abeto cortado a la casa de los señores y allí se ponían a adornarlo... Quien más empeño ponía era la señorita Olga Ignátievna, la preferida de Vanka. Cuando aún vivía Pelagueia, la madre de Vanka, y trabajaba como sirvienta en casa de los señores, Olga Ignátievna le daba caramelos a Vanka y, como no tenía nada que hacer, le enseñó a leer, a escribir, a contar hasta cien e incluso a bailar la cuadrilla. Cuando Pelagueia murió, llevaron al huérfano de Vanka a la cocina del servicio, con el abuelo, y de la cocina a Moscú a casa del zapatero Aliajin...

«Querido abuelo: ven —prosiguió Vanka—, te lo suplico por el amor de Dios, llévame de aquí. Ten piedad de este pobre huérfano. Todos me pegan, paso mucha hambre, ni cuento cuánto me aburro, no paro de llorar. Hace unos días el zapatero me golpeó en la cabeza con una horma, tan fuerte que me caí y me costó mucho levantarme. Mi vida es un asco, es peor que la de un perro... También saludo a Aliona, al tuerto Yegorka y al cochero, y no des a nadie mi acordeón. Se despide de ti tu nieto Iván Yúkov. Querido abuelo, ven».

Vanka dobló en cuatro partes la hoja escrita y la metió en un sobre que había comprado la víspera por un kopek... Tras pensar un poco, mojó la pluma y escribió la dirección:

A la aldea de mi abuelo.

Luego se rascó la cabeza, pensó otro poco y añadió: «Para Konstantin Makárich». Contento de que no le hubieran molestado mientras escribía, se puso el gorro y, sin echarse por encima la pelliza, salió a la calle en mangas de camisa.

Los dependientes de la carnicería, a los que había preguntado el día anterior, le dijeron que las cartas se echan en los buzones de correos, y que desde esos buzones las reparten por todo el mundo en troikas de correos con cocheros borrachos y cascabeles que suenan. Vanka corrió hasta el primer buzón de correos y metió la valiosa carta por la ranura...

Mecido por dulces esperanzas, se durmió profundamente al cabo de una hora... Soñó con una estufa. Sobre la estufa estaba sentado el abuelo, descalzo, con las piernas colgando, y leía la carta a las cocineras... Viun estaba junto a la estufa y movía el rabo...

¡ERA ELLA!

(То была она!)

—¡Cuéntenos algo, Piotr Ivánovich! —decían las señoritas.

El coronel, retorciéndose el bigote y tosiendo para aclararse la voz, empezó:

—Esto ocurrió en el año mil ochocientos cuarenta y tres, cuando nuestro regimiento se encontraba cerca de Chemstojovo. He de advertirles, señoras mías, que aquel año el invierno era muy crudo; tanto, que no pasaba día sin que a los centinelas se les congelara la nariz o la ventisca borrara con la nieve los caminos. La fuerte helada que había comenzado a caer a finales de octubre se prolongó hasta el mismo abril. He de decirles también que en aquellos tiempos yo no tenía, como ahora, la apariencia de una pipa vieja y ahumada. Imagínense en cambio un hombre joven..., en toda la plenitud de la salud y, en una palabra... guapo. Este joven se pavoneaba como un pavo real, tiraba el dinero a derecha y a izquierda y se retorció el bigote como no se lo retorció ningún suboficial del mundo. Le bastaba con guiñar un ojo, hacer tintinear las espuelas y atusarse el bigote, para que la belleza más orgullosa se le convirtiera en la más obediente ovejilla. Tenía tanta ansia de mujeres como la araña de moscas, y si ahora, señoras mías, fuera a enumerar todas las jovencitas polacas y judías que estaban colgadas de su cuello, te atrevo a asegurar que las matemáticas no hubieran tenido bastantes cifras. Añádase a esto que era entonces ayudante del regimiento, que bailaba perfectamente bien la mazurca y que estaba casado con la mujer más maravillosa (que en paz descanse). De lo travieso que era y de lo loca que era su cabeza, no pueden ustedes hacerse idea. Si en la región se hablaba de alguna historia amorosa, si alguien tiraba de las patillas a un judío o daba de bofetadas a un polaco, ya se sabía que todo aquello había sido asunto del oficial Vivertov.

Mi cargo de ayudante me hacía recorrer frecuentemente la comarca. El motivo del viaje, unas veces era comprar avena o heno; otras vender a los polacos caballos defectuosos; pero las más de las veces, señoras mías, de lo que se trataba era de galopar, bajo el pretexto del servicio, hacia algún *rendez-vous* con jóvenes polacas o de jugar a las cartas en las casas de los ricos terratenientes. Una noche de Navidad (me acuerdo como si fuera ayer) me dirigía yo desde Chemstojovo a la aldea Shevelki, adonde me conducían necesidades del servicio. He de decirles que el tiempo era insoportable. La helada crujía y se ponía tan enfadada que hacía gruñir a los caballos, mientras que mi cochero y yo, en menos de media hora, nos habíamos convertido en dos témpanos de hielo. ¡Y todavía la helada podía soportarse..., pero imagínense lo que fue cuando a la mitad del camino se levantó la ventisca! Aquel blanco sudario giraba y daba vueltas como el diablo antes de la misa de alba. El viento se lamentaba como si le hubieran separado de su mujer, y el camino había desaparecido. No tardamos más de diez minutos en encontrarlos, el cochero, el caballo y yo, envueltos en nieve.

—Señoría..., hemos perdido el camino —dijo el cochero.

—¡Ah..., diablos! ¿Qué es lo que has ido mirando... tonto? Sigue derecho, que puede que demos con alguna vivienda.

Conque así caminamos y caminamos, dando vueltas y más vueltas, hasta que a eso de la medianoche nuestros caballos llegaron a las puertas de una hacienda (me acuerdo como si fuera ayer) propiedad del conde Boiadlovsky, un rico polaco. Los polacos y los judíos son para mí lo mismo que la *raíz fuerte* después de la comida, aunque, a decir verdad, los polacos son gente muy hospitalaria, y en cuanto a las polacas, no hay mujeres más ardientes que ellas. Nos hicieron entrar... Como por aquel entonces el conde Boiadlovsky vivía en París, nos recibió su administrador Kasimir Japtzinsky. Me acuerdo que no había pasado todavía media hora cuando ya estaba yo sentado en casa del administrador haciendo la corte a su mujer y bebiendo y jugando a las cartas. Después de ganarme al juego cinco *chervonetz*^[104] y de haber bebido bastante, pedí que me indicaran el lugar donde podía dormir. Por no haber sitio en casa del administrador, me prepararon habitación en los aposentos condales.

—¿No le dan a usted miedo los fantasmas? —me preguntó el administrador, acompañándome hasta la pequeña estancia situada junto a una enorme sala vacía, llena de frío y de oscuridad.

—¿Es que hay aquí fantasmas? —pregunté, escuchando cómo el eco repetía mis palabras y mis pasos.

—No sé... —rió el polaco—; pero este lugar me parece el más a propósito para fantasmas y fuerzas malignas.

Yo había bebido bien. Estaba tan ebrio como cuarenta mil zapateros, pero tengo que confesar que aquellas palabras me llenaron de frío. ¡Qué diablos! ¡Prefiero tener que habérmelas con cien circasianos que con un solo fantasma! ¿Qué iba a hacer, sin embargo? Me desvestí y me tumbé en la cama... Mi vela alumbraba escasamente las paredes, sobre las que, como pueden ustedes figurarse, pendían retratos de antepasados (cada uno más terrible que el otro), cuernos de caza, armas antiguas y demás fantasmagorías... Reinaba un silencio sepulcral. Tan sólo de la sala inmediata llegaba un ruido de carreras de ratones y un crujido de muebles secos. Lo que pasaba al otro lado de la ventana era infernal. El viento entonaba cánticos funerarios, los árboles se doblaban entre aullidos y llantos. Algo endiablado. Una persiana, sin duda, rechinaba y golpeaba de un modo quejumbroso en la ventana. Añada usted a esto que la cabeza me daba vueltas y el mundo entero con ella... Si cerraba los ojos, me parecía que mi cama volaba por toda la casa vacía y jugaba al marro con los espíritus. Para calmar mi miedo, me apresuré a apagar la vela, porque las habitaciones vacías son mucho más terribles con luz que en la oscuridad...

Las tres señoritas que escuchaban al narrador se habían acercado a él y le miraban fijamente.

—Pues bien... —prosiguió el coronel—: a pesar de los esfuerzos que hacía por dormirme, el sueño huía de mí. Tan pronto me figuraba que entraban ladrones por la

ventana, como que oía el murmullo de alguna voz o creía que alguien me tocaba en el hombro. En suma: todas esas cosas endiabladas, tan conocidas de los que han pasado por una tensión nerviosa de ese género. Pero figúrense que de pronto, en medio de aquel caos de sonidos, distingo perfectamente un mido semejante al de unos pies andando en chancletas. ¿Y qué piensan ustedes...? En esto oigo que alguien tose, que se acerca a la puerta y la abre.

—¿Quién está ahí? —pregunto levantándome.

—Soy yo... No temas —me contestó una voz femenina.

Me dirigí a la puerta... Pasaron unos cuantos segundos y sentí dos brazos femeninos, blandos como el plumón, echarse sobre mis hombros.

—Te quiero... Me eres más precioso que la vida entera —dijo la melodiosa voz femenina.

Un aliento caliente rozó mi mejilla... Olvidándome de la ventisca, de los espíritus y de todo lo que hay en el mundo, rodeé con mi brazo su talle, ¡y qué talle aquel...! ¡Talles así puede crearlos la naturaleza, y por encargo especial, una vez cada diez años! ¡Fino, cincelado, caliente, efímero como la respiración de una criatura! No pude contenerme y la estreché fuertemente entre mis brazos... Nuestros labios se unieron en un fuerte y prolongado beso, y juro por todas las mujeres que hay en el mundo que mientras viva no olvidaré este beso.

El coronel quedó silencioso, bebió medio vaso de agua y prosiguió bajando la voz:

—Cuando al día siguiente miré por la ventana, vi que la ventisca arreciaba, por lo que no había posibilidad de marcharse. Tuve que permanecer el día entero en casa del administrador, jugando a las cartas y bebiendo. Por la noche ya estaba otra vez en la casa vacía, y al dar las doce abrazaba aquel talle... Sí, señoritas; si no hubiera sido, por el amor, me hubiera muerto entonces de aburrimiento. ¡Quién sabe si hasta hubiera llegado a hacer excesos en la bebida...!

El coronel suspiró, se levantó y dio en silencio unos cuantos pasos por el salón.

—Bueno, pero ¿y qué pasó después? —preguntó, impaciente, una de las señoritas.

—Nada. Al día siguiente ya me había vuelto a poner en camino.

—Sí, pero... ¿quién era aquella mujer? —insistió, indecisa, la señorita.

—¿Quién iba a ser?

—No entiendo...

—¡Pues... mi mujer!

Las tres señoritas se levantaron de un salto, como si hubieran recibido un pinchazo.

—¿Cómo su mujer? —preguntaron todas a la vez.

—¡Pero, Dios mío...! —dijo enojado el coronel, encogiéndose de hombros— ¿Qué hay en ello de extraordinario? Creo, sin embargo, haberme explicado con suficiente claridad... Yo iba a Shevelki con mi mujer... Ella pasaba también la noche

en la casa vacía, en la habitación contigua... ¿Está claro?

—¡Ah! —dijeron a coro las señoritas, dejando caer las manos con desencanto—. Había usted empezado muy bien, pero la terminación... ¡Vaya un final...! ¡Su mujer...! Perdone, pero eso ya no resulta interesante ni inteligente.

—¡Qué cosa más particular...! Entonces, según eso, ¿ustedes hubieran preferido que no se hubiera tratado de mi mujer legítima, sino de cualquier otra mujer...? ¡Ah, señoritas, señoritas...! ¡Si piensan así ahora, cómo van a pensar cuando se casen...!

Las señoritas se azararon y quedaron calladas y enfurruñadas, frunciendo el entrecejo. Completamente desilusionadas, empezaron a bostezar ruidosamente.

Durante la cena no comieron nada, y haciendo bolitas de pan guardaron silencio.

—Sí —no pudo menos de decir una de ellas—. Ha sido casi una frescura. Si tenía ese final, ¿qué necesidad había de contarlo? Es una historia que no tiene ningún interés. ¡Hasta resulta rara!

—¡Empezarla de un modo tan sugestivo para luego cortarla de repente...! —añadió otra—. Ha sido una burla y nada más.

—¡Bueno! ¡Bueno...! ¡He estado bromeando...! —dijo el coronel—, ¡No se enfaden ustedes, señoritas, que fue una broma...! ¡Aquella mujer no era mi mujer, sino la del administrador...! —¿Sí...?

Las señoritas se animaron de pronto, sus ojos brillaron, se acercaron al coronel y, sirviéndole vino, empezaron a asediarse a preguntas. El aburrimiento había desaparecido, y la cena desapareció también muy pronto, pues las señoritas se pusieron a comer con gran apetito.



ANTÓN CHÉJOV (Tangarog, 1860 Badenweiler, 1904) es por derecho propio uno de los grandes clásicos de la literatura universal. Médico de profesión, comenzó a publicar sus primeros relatos en 1880 (bajo el seudónimo de Antosha Chejonté, entre otros). Recopilados, mientras aún vivía, en volúmenes como *Cuentos abigarrados* o *En el crepúsculo*, sus relatos están entre los más importantes del género. En 1887 escribe *Ivánov*, su primera pieza teatral y el comienzo de su carrera como dramaturgo, con obras tan importantes como *Las tres hermanas*, *La gaviota* o *Tío Vania*. Enfermo durante años y tras recorrer varios sanatorios, muere en Alemania a consecuencia de la tuberculosis.

Notas

[1] A excepción de ésta y del epígrafe «Final», el relato no presenta ninguna otra separación capitular, ni siquiera disposición tipográfica alguna que recuerde su primera publicación por entregas. Al contrario que varias ediciones —intentado mostrar un aspecto de novela convencional para su comercialización—, hemos respetado aquí ese rasgo.

De igual forma, en las notas a pie de página que siguen, todas de autor salvo que se indicara lo contrario, se ha mantenido la firma [A. Ch.], coincidente con la Chéjov, para mantener el juego premeditado entre autor y narrador o personaje. <<

[2] Ruego al lector que disculpe tales expresiones. La historia de Kamishev abunda en ellas y si no las omití fue sólo porque pensé que caracterizaban muy bien al autor de la novela. [A. Ch.] <<

[3] Expresión usada en las bodas para que las parejas se besen. <<

[4] En este punto están perfectamente tachadas ciento cuarenta líneas del manuscrito de Kamishev. (A. Ch.) <<

[5] En esta parte del manuscrito está dibujada la cara de una hermosa muchacha, con una expresión de horror en la mirada. Todo lo que está escrito debajo ha sido cuidadosamente borrado. La parte superior de la página siguiente está tachada y sólo la palabra «sienes» puede descifrarse a través de los espesos borrones de tinta. (A. Ch.) <<

[6] Aquí también hay algunas tachaduras. (A. Ch.) <<

[7] Aquí, desgraciadamente, hay nuevas tachaduras. Es evidente que Kamishev no las hizo en el momento de escribir, sino más adelante. Al final del relato volveré a referirme a ellas. (A. Ch.) <<

[8] Aquí está tachada casi toda una página. Sólo quedan unas cuantas palabras que no aclaran el sentido de lo tachado. (A. Ch.) <<

[9] Aquí sigue una pretenciosa explicación de la resistencia psíquica del autor. Según parece, la vista de los sufrimientos humanos, de la sangre, las autopsias judiciales, etcétera, no llegaban a producirle ninguna impresión. Todo este pasaje está cargado de simulación y de petulancia ingenua. Lo he suprimido porque su grosería me molestó. No lo considero esencial para comprender el carácter de Kamishev. (A. Ch.)

<<

[10] Aquí hay dos líneas borradas. (A. Ch.). <<

[11] Quiero atraer la atención del lector hacia cierto detalle. Kamishev, a quien le gusta en todo momento hablar, aun en sus disputas con Polikarp, de sus estados de ánimo, no dice nada respecto a la impresión que le causa la presencia de Olga en trance de muerte. Me parece que esta omisión es intencional. (A. Ch.). <<

[12] Me permito llamar la atención del lector sobre una circunstancia muy importante. Durante dos o tres horas Kamishev se ocupa sólo en ir de una habitación a otra, se indigna con los sirvientes, conversa con los médicos, distribuye bofetadas a granel a los sirvientes, etcétera. ¿Se puede reconocer en esas actividades la gestión de un juez de instrucción? Por lo visto, no tenía ninguna prisa y solamente trataba de ganar tiempo. Es evidente que sabía quién era el asesino. Por otra parte, las inútiles pesquisas en el cuarto de la Lechuza, como se verá después, y el interrogatorio de los gitanos, que más bien parece una parodia, no son sino dilaciones. (A. Ch.). <<

[13] La omisión de preguntas importantes sólo podía tener un objetivo: ganar tiempo, esperar la pérdida de conciencia que impidiera a Olga nombrar al asesino. Es asombroso que los médicos no lo hayan advertido. (A. Ch.). <<

[14] Si Kamishev necesitaba saber todo eso, ¿no hubiera sido mejor interrogar a los cocheros que habían conducido a los gitanos? (A. Ch.). <<

[15] ¿Por y para qué? Podemos admitir que el juez haya hecho todo esto en estado de embriaguez o de somnolencia, pero ¿por qué escribir sobre esto? ¿No hubiera sido mejor ocultarle al lector estos errores? (A. Ch.). <<

[16] Kamishev insulta al asistente del procurador sin motivo. El único argumento que maneja en su contra es que su cara no le agradaba. Más honesto habría sido confesar inexperiencia o errores deliberados. (A. Ch.). <<

[17] ¡Qué magnífico ejemplo de magistrado! En vez de continuar el interrogatorio y obtener la evidencia necesaria, se *enfurece*, lo que no puede admitirse en un hombre con su cargo. Aun por simple curiosidad humana, debía haber continuado el interrogatorio. (A. Ch.). <<

[18] Filetes rusos. <<

[19] «kapusta»: col. <<

[20] *Barin* significa señor, pero se aplicaba solamente a las personas de ascendencia hidalga. <<

[21] Entre los esclavos es corriente que un hombre bese a otro en señal de respeto o afecto. <<

[22] Campesinos. <<

[23] Galán Joven. <<

[24] ¿Qué quiere usted? <<

[25] Pero ¿qué quiere usted? <<

[26] ¿Qué más quiere? <<

[27] Quiero... <<

[28] Sopa fría de verduras y kvas. <<

[29] Diminutivo de Piotr o Pedro. <<

[30] Diminutivo de Grigori. <<

[31] Pájaro de campo. <<

[32] Porción acotada del río destinada al baño. <<

[33] Espíritu del bosque. <<

[34] Sopa fría, especie de gazpacho. <<

[35] Dos granos de calomel y cinco de azúcar, diez papelillos. (En latín). <<

[36] Especie de berlina. <<

[37] La letra «iat», pronunciada «e», está ahora en desuso. <<

[38] Pan. <<

[39] El galeno se marchó a la ciudad. <<

[40] Recuérdese que la división en clases en la antigua Rusia afectaba, incluso, al vestido. Los *kuptsí*, o mercaderes, tenían una indumentaria característica. <<

[41] Fineses del norte de Rusia. <<

[42] Famoso abogado. <<

[43] Asamblea o comunidad campesina. <<

[44] Condecoración. <<

[45] Conductor de un coche de alquiler. <<

[46] Billetes de tres rublos. <<

[47] Periódico infantil cuyo, título significa: «Palabra querida». <<

[48] Personaje de cuento. <<

[49] Todos los términos que se van dando en la nota son títulos, en minúscula de periódicos o revistas de la época. <<

[50] En 1885 se prohibió a las damas rusas que asistían al teatro permanecer con el sombrero puesto durante las funciones. <<

[51] Por su sentido, esta expresión significa. «Me importáis un bledo». <<

[52] Judas traidor. <<

[53] Venga usted aquí. (En alemán). <<

[54] Habla usted alemán. (En alemán). <<

[55] Nuevo rico <<

[56] De baja estofa <<

[57] De mal tono. <<

[58] Comer y beber. <<

[59] Venga aquí (en francés). <<

[60] Palabra que equivale a «borrachera persistente». <<

[61] Nuevo rico <<

[62] De baja estofa. <<

[63] De mal tono. <<

[64] Comer y beber. <<

[65] Nombre inventado, significa «Azúcar de Miel». <<

[66] La Gaceta de los Gansos. <<

[67] Sasha, lo mismo que Shura, es diminutivo de Aleksandr. <<

[68] Personaje de la obra *El inspector*, de Gogol. <<

[69] Condecoración. <<

[70] Coche de alquiler. <<

[71] Preparativos en el río para la ceremonia de la bendición de las aguas, llamados *Jordán*, en memoria del bautismo de Jesucristo. <<

[72] Juego de palabras. El apellido Piatorkin se deriva de *Piat* (cinco), mientras que Shestiorkin viene de *Shes*, es decir, seis. <<

[73] Barrio de Petersburgo. <<

[74] Especie de pastas secas. <<

[75] El 9 de mayo y el 6 de diciembre. <<

[76] Cantos y oraciones en honor de Jesucristo, la Virgen o los santos. <<

[77] Protagonista de la obra *La desgracia de ser inteligente*, de Griboiédov. <<

[78] La mujer es un martillo con el que el diablo suaviza y ablanda al mundo entero.
(En latín). <<

[79] Animal de cola corta. <<

[80] Juego de niños. <<

[81] Diminutivo de diablo. <<

[82] *Vinum gallicum rubrum*: Vino tinto francés. (En latín). <<

[83] *Quantum satis!*: Lo que haga falta. (En latín). <<

[84] *Per se*: Por sí mismo. (En latín). <<

[85] *Vinum plochissimum*: Vino muy flojo. (En latín). <<

[86] Aleksánder Griboiédov (1795-1829). Dramaturgo ruso, autor de la comedia *La desgracia de ser inteligente*. <<

[87] Chéjov utiliza este título en contraposición a la expresión popular «medias azules» que, en ruso y en otros idiomas, designa a la mujer «demasiado» instruida o sabihonda. <<

[88] También debe oírse a la otra parte. <<

[89] En Rusia, llamar a una persona por el apellido o por el nombre, a secas, no se considera tratamiento respetuoso. El respeto requiere llamar por el nombre y el patronímico. <<

[90] Galán joven. <<

[91] Palabra de honor. <<

[92] Encantador. <<

[93] La princesa Tarakánova se hacía pasar por hija de la emperatriz Isabel Petrovna y tenía ambiciones al trono; en 1775, Catalina II ordenó que la encerraran en la Fortaleza Pedro y Pablo, en San Petersburgo, donde murió ese mismo año. El cuadro del que se habla es obra del pintor K. D. Flavitski (1830-1866). En él se representa a la princesa Tarakánova en una celda durante una inundación, que llevó a las ratas de la cárcel a buscar refugio junto a ella. <<

[94] Sopa de col agria. <<

[95] Personaje de la obra *Almas muertas*, de Gógol. <<

[96] Nombre vulgar. <<

[97] De *kit*, ballena. <<

[98] Ave de caza. <<

[99] Famoso escritor y crítico literario. <<

[100] Niñera o ama seca. <<

[101] Un altín era equivalente a tres kopeks. <<

[102] *Kashtanka*: de color castaño. <<

[103] *Viun*: pez locha, del orden de los cypriniformes. <<

[104] Moneda de oro. <<